Blanco
y Negro

BLANCO
Y
NEGRO
REVISTA
ILUSTRADA
C. Varela
Tomo XIII

Digitized by the Internet Archive
in 2016 with funding from
Getty Research Institute

https://archive.org/details/blancoynegro6096unse

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

TEXTO

ACEBAL (Francisco). – El Garrucho, 630; El 102, 634.
ALMENDROS CAMPS (J.).—La cifra, 649.
ALVAREZ QUINTERO (S. y J.).—Cuatro coplas, 658.
ARZADUN (Juan).—El embargo, 635.
AZA (Vital).—Lengua trufada, 609; El perro fiel, 613.
BELLO (Luis).—Los dos crepúsculos, 611; La gran conquista de Oriente, 624; La Bolsa de Madrid, 627; La bandera de combate, 636; Los amores de Don Céfiro, 648.
BESTEIRO (Julián).—Sacrificio, 656.
BLANCO BELMONTE (M. R.).—Niñerías, 616.
BOTELLA (Cristóbal).—En las Tullerías, 619.
BUENO (Manuel).—Un duelo, 626.
CAMPOS CAMPAÑA (Francisco).—El amor del campo, 659.
CARRERE (Emilio).—Ante el clave, 651.
CASERO (Antonio). – Año nuevo, vida nueva, 610; La semana del obrero, 611; ¿Quién da la vez? 643.
CASTELL (Angel María).—Muros de Pravia, 641; Recuerdos del Casino de Biarritz, 643.
CASTRO (Cristóbal de).—Por la Castellana, 636; Un beso y un clavel, 650.
CASTRO Y TIEDRA (Manuel de).—La muerte del artista, 628.
CATARINEU (Ricardo J.).—Amor sin celos, 623; Lamentación, 641; Amanecer, 655.
CONDE DE LAS NAVAS.—El compañero en el Paraíso, 651.
COSPEDAL (Jesús de). Suances, 644.
CUENCA (Carlos Luis de). Uñas largas, 618; Entre prisa y prisa, 627.
DELGADO (Sinesio).—Sursum corda, 609.
DEUSDEDIT.—Opiniones, 633.
DREYFUS (Abraham).—La subasta de Susana, 629.
ECHEGARAY (José).—Lo que se puede hacer en un año, 609; La madrecita, 620.
ELCANO (Pablo de).—Guadalquivir, 610.
ENE.—Paisaje sin figuras, 617; La primera de abono, 623; La leyenda del Caballero Infortunio, 640; Mujer y gata, 653.
FERNÁNDEZ-ARIAS (Adelardo).— La primera nieve, 612.
FLORES GARCÍA (Francisco).—Nacer de pie, 637.
FLORIDOR (Jorge).—Baile de trajes, 616.
GABALDÓN (Luis).—Los zapatos nuevos, 609; Novela por entregas, 610; Novela de Paul de Kock, 611; Entre bastidores, 612; Novela de viajes, 613; Novela naturalista, 614; Género colorista, 616; Un balance curioso, 619; Los amigos del diestro, 623; La romería, 628; El retrato, 633; El onceno no estorbar, 639; Una Nochebuena, 660.
GIL (Ricardo). – ¡Inútil! 615; Tierra ingrata, 619; Noche mil y dos, 628; Divina fuerza, 648.
GOICHON (Alejandro).—El topo, 611.
GONZÁLEZ (Melitón).—El graznido intrépido, 610; Lengua á la escarlata, 618; A Pérez Zúñiga, 626.
GONZÁLEZ GIL (Luis).—La Arisca, 629; Sangre torera, 632; Soldados y banderas, 649.
GRILO (Antonio).—El Angel de la Guarda, 620.
HARAUCOURT (Edmundo).—El homenaje, 610.
HERNÁNDEZ Y HERNÁNDEZ (Isidoro). – Quevedo y Lope de Vega, 638.
JACKSON VEYÁN (JOSÉ).—¡Siempre lo mismo! 612; Notas al aire, 630; Tarifa de precios, 647.
JAQUES (Federico).—Bayona de Galicia, 639.
JIMÉNEZ (Juan R.) Coplas del valle, 639; Los idilios de Nérac, 651; Aire de aldea, 654.
KASABAL.—Hace cien años, 609; La Duquesa de Ahumada, 611; La Infanta Doña Paz, 612; El Ministerio Relámpago, 614; El almanaque de Gotha, 627.
LARRA (Luis de).—Fígaro y su hijo, 618.
LE ROUX (Hugo).—La ley del desierto, 612.
LIMENDOUX (Félix).—Sinceridad, 626; Trompé, 628.
LLORENTE (Teodoro).—Limosna de Nochebuena, 660.
LOPEZ ROBERTS (Mauricio).—Melchor, 609; Primero de Mayo, 626; La Reina de Sabá, 630; Juan, 632; Elia, 637; El paladín y la princesa, 641; Las hijas del Señor de Navarra, 649; El tesoro, 656; La ciudad de los autómatas, 659.
LOPEZ DE SAA (Leopoldo).—La bailarina, 614; Cuestión eterna, 620; El versolari, 645.
LUSTONO (Eduardo).—Los hombres de Octubre, 651.
MACHADO (Manuel).—Abel, 657; El arco iris, 659.
MARTIN (Anselmo).—Toros en Portugal, 630.
MARTINEZ SIERRA (Gregorio).—Sueño de Carnaval, 616; ...Y aconteció en el reino de la Primavera, 635; Panticosa y A orillas del Manzanares, 643; El valle del Lozoya y El Monasterio del Paular, 644; Pantomima 652; Lances de amor y galanía, 655.
MASEL (Francis de).—El rapto, 613; La leyenda de Clariana la desamorada, 660.
MAUREVERT (Jorge).—Un mártir, 623.
MEDINA (Vicente).—La promesa, 618; ¡Pobretico! 621; La diosa del aire, 625; Gracia de Dios, 637; Bendición, 652.
MERGELIZA (I. L. de).—La República del Salvador, 631.
MERIMEE (Próspero).—La Perla de Toledo, 613.
MIRAL (Domingo).—El valle de Hecho, 656.
NAVARRO Y LEDESMA (Francisco).—De aquí á cien años, 609; Sagasta, 611; La eterna manzana, 612; El Palacio de la Infanta Isabel, 617; Eusebio Blasco, 618; Romance de Primavera, 625; El anillo de Polícrates, 631; Don Bartolo Murillo, 644.
NOGALES (José).—Agua viva, 610; El gallo silvestre, 611; Caín, 613; Los balcones de la Armería, 621; Las narices del alférez, 624; Mariquilla, 626; Puerta de Hierro, 628; Un puñado de oro, 630; El filón, 640; Negocio redondo, 647; La noche del sábado, 657.
ORTEGA MUNILLA (José).—Malats, 659.
OSMONT (Eduardo) – Placeres sociales, 618.
PALACIO (Manuel del).—Ego sum, 636.
PALACIO (Roberto de).—Luna de miel, 637; Los faros de España, 657; Eduardo Berges, 658; El fresco de Navidad, 660.
PARDO BAZÁN (Emilia).—Curado, 617; El depósito, 619; La almohada, 621; El quinto, 624; El alma de Sirena, 627; La rosa, 636; El montero, 637; El alambre, 639; La reja, 642; La enfermera, 644; Vocación, 645; Idólatra, 648; Desencanto, 651; Esperanza y Ventura, 654; Paria, 658.
PELLICER Y ESCALONA (Francisco). El último tributo, 625.
PÉREZ (Darío).—Ignacio Iglesias, 617.
PÉREZ (Dionisio).—Leyenda olvidada, 629.
PÉREZ DE AYALA (Ramón).—Viudo, 644; Tío Rafael de Vaquín, 656.
PÉREZ GALDÓS (Benito).—Los duendes de la camarilla, 623.
PÉREZ NIEVA (Alfonso).—El negro de las fieras, 615; El niño rico, 646; En Toledo, 649; El árbol de Noe!, 660.
PÉREZ ZÚÑIGA (Juan).—No lo entiendo, 610; Lujo refinado, 617; Astronomía pura, 621; ¡Una idea! 625; Discusión original, 630; Una coleccionista, 631; Los sombreros de Paca, 633; Calambres de púrpura, 638; Oficios diversos, 646; Un caso raro, 648; En día de Difuntos, 653; Cosas de la Blasa, 654; Jacinto Rosales, 656; La dama previsora, 657; Dos desdichas, 658.
PICON (Jacinto Octavio).—El Compromiso de Caspe, 632.
POE (Edgard).—Eleonora, 616.
QUATRELLES.—El más guapo del regimiento, 621.
RAMOS CARRIÓN (Miguel).—El jardín de las monjas, 647; Villafuentes, 654.
REDACCIÓN.—¡Feliz año nuevo! y Reparto de juguetes en BLANCO Y NEGRO, 609; Vagabundos rusos y Muerte de Sagasta, 610 y 611; Retrato de Alfonso XIII por Villegas y Título de Ciudad concedido á Herrera de Río Pisuerga, 611; Muerte de Blowitz, 613; Medalla conmemorativa del pontificado de León XIII, Concurso de carteles del Círculo de Bellas Artes y La casa del «Heraldo», 614; Estatua de Bolognesi, La alcaldesa de Zamarramala y Una peseta bien aprovechada, 616; El tirador de siete años Marinito Pozo, Artistas callejeros y Alhucemas, 619; Concurso de Belleza femenina, 621 y 625; Texto del número de Semana Santa, 622; Muerte de Manolo Rodríguez, 623: Observaciones del eclipse de luna en el Observatorio de Madrid, La vida del soltero y El ingre

so en filas, 624; Las flores de Madrid, 625; La rendición de Breda y Paradojas fotográficas, 626; Los abonados del Retiro, «El béguinage» de Brujas y Muerte de Jiménez Aranda, 628; Una manifestación, 629; Medalla conmemorativa de Sagasta y Los gitanos de por a lá abajo, 630; Marconi y Los aprendices de paisajista, 631; Un pretendiente, El Dios Grande y Muerte de Núñez de Arce, 632; Resultado del Concurso de Belleza femenina, 634 y 638; Los exámenes, 634; Lucena del Cid, La hora del té y La Virgen de Guadix, 635; La madrugadora, 636; Las mujeres felibres y Junto al nido del cóndor, 637; Canton y El castillo de Fuentes de Valdepero, 638; La siega y la trilla y Los Príncipes de Asturias y sus hijos, 639; El lawn tennis y Cómo se hace una chistera, 640; Port-Said, Las Piletas, El raboteo y Las horchateras, 641; El caballo de guerra, 642; Maitre Labori y La siesta al aire libre, 644; Peregrinación á la Meca, 645; El golf y Haiti, 646; Singapur, La hora de la compra y Un rey sportman, 647; Pompeya, La mosca y el sabio y El amor en la aldea, 648; Amoríos veraniegos, 649; Convocatoria del VII Concurso artístico y La Colegiata de Cervatos, 650; Convocatoria del Concurso literario permanente, Los nardos y Un herradero, 651; Las dunas, Sorpresas de la fotografía y El Archivo de Simancas, 652; El Retiro en otoño y Castillos españoles, 653; Oropesa, La salida del simón y Preparativos de invierno, 654; Los domingos del Pardo, Hermenegildo Estevan, Sobre vino y Enrique Lacasa, 655; Juan Cardona y El Monasterio de Yuste, 656; Blasco Ibáñez en su estudio y El Canal de Aragón, 657; Los domingos en el Museo del Prado, 658; La iglesia de la Sagrada Familia, 659; La venta de pavos en Madrid y Convocatoria del VIII Concurso artístico: El retrato de D. Quijote, 660.

REINA (Manuel).—Ensueños de Shakespeare, 616; Fiesta veneciana, 645; Childe-Harold, 660.

REYES (Arturo).—En el Perchel, 612; Oriental, 632; Oriental, 633; Contra viento y marea, 650.

RÍO (Carlos del).—La aventura de los molinos de viento, 634; Curioseando el Guadarrama, 642.

RÍOS DE LAMPÉREZ (Blanca de los).—Garbo, 625; La otra vida, 638.

RODRÍGUEZ CHAVES (Angel).—Pasarse de listo, 660.

ROURE (José de).—El hijo del año, 609; Tarde de lluvia, 614.

RUEDA (Salvador).—La parranda triste, 612; Al tocar unos claveles, 655.

SANCHEZ ARÉVALO (C.).—Luces y flores, 657.

SÁNCHEZ PASTOR (Emilio).—La fuerza de la inocencia, 615; La moneda, 630.

SÁNCHEZ PÉREZ (Antonio).—La primera salida, 618; Noche toledana, 627.

SANDOVAL (Manuel de).—Un gitano, 614; ¡Siempre! 634; Recolección, 640; Otoño, 646; Un buen partido, 648; Sementera, 653; Agua soterrada, 659.

SARTHOU (Carlos).—¡A la Magdalena! 619.

SELLÉS (Eugenio).—Ardid judicial, 618; Huelga humana, 621; La fosa común, 625; Teatro libre, 631; El toque de oraciones, 642; La venganza sin castigo, 646; Madre Naturaleza, 650; La catapulta sagrada, 653.

SERRANO DE LA PEDROSA (Francisco).—Nuevo plan de estudios, 655; Una carga á la Vicaría, 659.

SIENKIEWICK (Enrique).—En la cumbre del Olimpo, 621.

SIUROT (Manuel).—*****, 652.

SOLAS (Pedro J.).—El diamante, 639; El paso á nivel, 657.

SOLSONA (Conrado).—¡Perdón, Dios mío! 629.

TERÁN (Luis de).—Gad, 632.

TORROMÉ (Rafael).—Del alma de Castilla, 612; Hidalguía castellana, 613; A secreto agravio secreta venganza, 618; La envidia sarracena, 620; Un caso de redención, 623; La flor de la sierra, 629; La muerte del héroe, 635; El trato engendra el cariño, 640; Eva triunfante, 645; La vanidad, 647; ¡Ecce Homo! 652; Los Zualzo, 653; El sueño del cura, 655.

TRAJANO MERA (J.).—El tío Machín, 642.

UN VECINO DE COLUMELA.—Las fresas, 627; El esquileo, 629.

URBANO (Ramón A.).—La buenaventura, 629.

VAL (Rafael del).—Coplitas, 640.

VALERA (Juan).—Elisa la Malagueña, 635.

VALERA (Luis).—El mayor tesoro, 643; El Haya, 659.

VALERO MARTIN (Alberto).—Frío, 658.

VALERO DE TORNOS (Juan).—De amor 628; Una crisis en tiempo de Isabel II, 634.

VIDAL (Josefa).—Cantares, 624.

VILLAR (Emilio H. del).—El Palacio de Fernán Núñez, 638.

VOGÜE (E. Melchor de).—Víctima del deber, 620.

WHITE AND BLACK.—La Puerta del Sol, 611; La leyenda del Sueño, 613; La Comedia Francesa y La campana del Angelus, 615; La Pascua del Carnero, 621; Mujeres argelinas, 625; Las hortensias, 626; El barco del desierto y La devoción de las flores, 627; Seducción frustrada, 628; La modelo vestida, 631; La balada del cura de pueblo y Teatros ambulantes en China, 632; La casa de Loti y La fiesta del Divino Amore, en Roma, 636; Serranilla de Guadarrama, 637; La fuente del Azoguejo, 638; La adormidera y la mariposa, 639; El valle de Ansó, 643; Recolección del arroz, 649; La primera lección, 650.

ZAHONERO (José de).—Jabato, 626; La del gobernador, 633.

BELLAS ARTES

ALBERTI (Fernando).—Esperando al amo, 625; Las hortensias, 626; La devoción de las flores, 627; ¡Vamos á la Casa de Fieras! 628; Don Bartolo Murillo, 644; Divina fuerza, 648; Al tocar unos claveles, 655.

ÁLVAREZ SALA (Ventura).—Un canal de Venecia, 614; Villa de Este, 641.

ÁLVAREZ DE SOTOMAYOR (Fernando).—Orfeo atacado por las bacantes, 643.

AMUTIO.—Busto del Gran Capitán, 637.

ANDRADE (Angel).—Flores silvestres, 615; Lanchas napolitanas, 616, El hijo del torero, 623; Puerto de Guetaria, 631; Campo de rosas, 633; Dúo á la sombra, 635; Los amores del obrero, 636; ¡Los señores están servidos! 642; Murallas de Tarragona, 643; Cercanías de Zumaya, 645; Recolección de otoño, 651; Luces de puerto, 652; ¡A recogerse! 655; La escena del jardín, 656; Alrededores de Zarauz, 658.

ARIJA (José).—Ilustraciones del número de Semana Santa, 622.

ATIZA.—¡El automóvil, mamá! 626; La primera verbena, 633; Cómo quedó el Chepa, 636; Desde la princesa altiva, 647; Una sesión de gramophone, 659.

AVENDAÑO (Serafín de).—El atardecer, 615; Astillero al aire libre, 625; Alrededores de Fuenterrabía, 640; Al caer de la tarde, 646; La carreta de algas, 647; Entrada de un huerto, 659.

BENEDITO.—La Divina Comedia, 643.

BENLLIURE (Mariano).—Portada del número de Semana Santa, 622; Estatuas La Fe y La Eternidad, para la Catedral de Cuenca, 642.

CAMPUZANO (Tomás).—En los Picos de Europa, 656.

CARDONA (Juan).—Callejuela de pueblo, 656.

CILLA (Ramón).—Un accidente, 611; Historia de un expediente, 633; Desde Figueira da Foz, 639; Lo que han sido los guerreros... 643; Idealismo puro, 658.

CUTANDA (Vicente).—El adiós del maquinista, 642.

ESTEVAN (Enrique).—Conversación interesante, 641; Luces y flores, 657.

ESTEVAN (Hermenegildo).—Las Columnas Honorarias en la Vía Sacra, 632; La Fons Juturnae, 659.

FRANCÉS (Juan).—Recolección, 640.

GARCÍA Y RAMOS (José).—Cantar andaluz, 611, 623; Después de las cofradías, 621; En la feria de Sevilla, 624; Pregones de Sevilla, 659.

GARCÍA Y RODRIGUEZ (Manuel).—Guadalquivir, 610; Para preparar la cena, 613; Una calle de Antequera, 618; El puente de Triana, 619; El Guadalquivir en Primavera, 624; Estación de Alcalá de los Panade os, 626; Lavanderas en el Guadaira, 627; La alberca del jardín, 635; La Torre del Salvador, 636; Triana del Guadalquivir, 637; Un vado en el Guadalquivir, 639; Las Piletas, 641; La hora melancólica, 649; Un rincón de Triana, 650; Tertulia de palomas, 652.

GASCON (Teodoro).—Cuento baturro, 621; ¡Mucho ojo con los arrieros! 625; El obsequio al deputao, 640; En Villafeliche, 644; En la barbería, 645.

GOMEZ MIR (Eugenio).—La Casa de las Chumberas, 631.

GUTIERREZ (Ernesto).—La fuente del Azoguejo, 638.

HUERTAS (Angel Díaz).—La fábula de la lechera, 626; La de los claveles rojos, 635.

KARIKATO.—Señoritas de compañía, 636.

LA ROCHA (Eduardo de).—La primera de abono, 623.

LA ROCHA (José de).—Mirando á la Alhambra, 653.

LEZCANO (Carlos).—Las sardineras, 645.

LHARDY (Agustín).—Un nuevo procedimiento gráfico, 648.

MARIN (Enrique).—Misericordia, 643.

MARIN (Ricardo).—La comba, 646.

MARINAS (Aniceto).—Lavabo modernista, 629; Busto de D. Federico Rubio, 655.
MARTIN (Tomás).—La modelo vestida, 631; Haciendo el pábilo, 637; Santillana del Mar, 639.
MARTINEZ ABADES (Juan).—¡Hoy traerán mucha pesca! 617; ¡Hala que hala! 651; ¡Hasta otro año! 653; Un práctico, 654.
MEDINA VERA (Inocencio).—¡Tan chico y ya con jindama! 648.
MONTESERIN. Cake Walk, 624; Ketty y su King-Charles, 627; American bar, 638.
MUÑOZ (Domingo).—Un episodio de 1808, 617; Primero de Mayo, 626; Serranilla de Guadarrama, 637; Una delación, 658.
MUÑOZ LUCENA (Tomás).—En los cármenes granadinos, 620; Romance de primavera, 625; Seducción frustrada, 628; ¡Ni el ruiseñor más sonoro! 632; Flores de balcón, 633; Idilio, 635; Lectora interesada, 646; Mercado de la Calderería, 647; Malvas reales, 658.
NAVARRETE (Francisco)—El cazador y el fantasma, 656.
NOMBELA (E.).—¡Nadie compra flores! 650.
PEÑA (Maximino).—Eva vestida, 646.
PEREA (Daniel).—Caza mayor, 639; Al quite la Providencia, 642.
PLA (Cecilio).—Día de nieve, 611; La Verbena de la Paloma, 614; El sport de las postales, 631; Fragmento de un techo del palacio de la Infanta Isabel, 633; La vecina curiosa, 640; Ofelia, 641; Un buen partido, 648; Pintura de guante blanco, 649; Mariposas, 650; Sportswoman, 651; Servicio obligatorio, 652; La yachtwoman, 654; La Perezosa, 656.
RAMOS ARTAL (Manuel). Paisaje de otoño, 651.
RAURICH (Nicolás).—Penumbra, 657; Tierra mojada, 658.
ROJAS (Pedro de).—Una tomadura de pelo, 624; Mal de muchos, 628; El rapto de la Sabina, 631; Hidrofobia hidroterápica, 637; El enemigo á la vista, 640; Las focas, 642; Consecuencias del abuso, 648; La visita del diputado, 649; El mono filarmónico, 651; Se aguó la fiesta, 655; El bostezo, 657.
ROMAN.—Las botas nuevas, 641.
SABADA (R.).—Carrera del Darro, 628; Impresión de sol en Granada, 633; A sol plano, 638; Una solana en Granada, 654.
SAENZ (Pedro).—Imperia, 625; Una ciudadana del 93, 645.
SALA (Emilio).—Tragedia para reir ó sainete para llorar, 613; Fruta prohibida, 615; Fiesta de precepto, 616; Las Horas, 617; Rosa de té, 618; Viudos consolados, 628; ¡Viva Córdoba! 649; ¡Ya viene! 655.
SOLÁ (Andrés).—Las fresas, 627.
SOUTO (Alfredo).—Paisaje sin figuras, 617; La flor del almendro, 620; La adormidera y la mariposa, 639; Orquídeas, 642; Los viejos de mi aldea, 654; El amor del campo, 659.
TORDESILLAS (Julián).—Día triste, 646.
TORRE Y ESTEFANIA (Rafael).—La balada del cura de pueblo, 632; La cifra, 649.
TOVAR (Manuel).—Física recreativa, 654.
TUR (Vicente).—Venganza femenina, 650.
UNCETA (Marcelino de).—Salida contra el enemigo, 657.
VARELA (Eulogio).—Semana Santa en la aldea, 621; Fiesta veneciana, 645.
VAZQUEZ (Carlos).—¡Huy, qué difícil! 612; La corbeille de encargo, 614; Five o'clock chocolat, 615; La primera de abono, 623; Un guerrero del Figuig, 636; Pintura feminista, 638; El Valle de Ansó, 643; Estilo Wattean, 647; La primera lección, 650; En el puerto de Barcelona, 652; Mujer y gata, 653; Primera tormenta, 655.
XAUDARÓ (Joaquín).—Juicio del año, 609; Apuntes cómicos, 611, 612, 613, 614, 615, 616, 617 y 618; Diferentes maneras de sentarse, 612; Frases y refranes de actualidad, 619; Chismes del otro jueves, 620; La alternativa del Morros, 623; Exposición de casos clínicos en el Palacio de Cristal del Retiro, 629; La carrera Palma-Madrid y Un caso clínico, 630; Lo que puede una pasión, 632; La cena de Navidad, 660.

LA MUJER Y LA CASA

Números 610, 619, 620.

TEATROS Y CIRCOS

Los Hijos artificiales, 610; La Noche del sábado y La Macarena, 620; Artistas del Circo de Parish y de los Jardines, 624; Lionel Strongfort en el Circo de Parish, 631; La Poupée, 634; El famoso Colirón, 637; La Guerrero en «Mariucha», 641; «Mariucha», 655; Al natural, 656; Resurrección, 657; La Reina mora y La Desequilibrada, 659.

VARIOS

Aguilas.—Embarcadero del Hornillo, 612.
Albacete.—La feria, 646.
Albuera.—Monumento conmemorativo, 630.
Alcañiz.—Mitin por la construcción de pantanos, 633.
Alcira.—Recogida de una maderada, 653.
Algeciras—Naufragio del vapor «Lahn», 613.
Alhucemas.—Vistas de la población, 619.
Alicante.—Los dunas, 652.
Almagro—Inauguración de los Caminos vecinales, 652.
Almería.—Minas de Sierra Almagrera, 631.
Aranjuez.—Una excursión de la Real Familia, 631.
Argel.—Viaje de M. Loubet, 626 y 627.
Austria.—Viaje del rey de Inglaterra; 645; El Zar en Viena, 649 y 650.
Avilés.—Huelga de mineros, 630; Iglesia de Santo Tomás, 646.
Barcelona.—Boda aristocrática, 612; Maternidad artificial, 614; Estación de palomas mensajeras en el Tibidabo, 619; Nuevo hospital, 636; Obreros á la salida de un mitin, 637; El nuevo Misterio de Montserrat, 644; Cartuja de Montalegre, 646; Carreras á pie, 652; La iglesia de la Sagrada Familia, 659.
Béjar.—Exposición regional de arte, 652.
Biarritz.—Incendio del Hotel du Palais, 615; Notas veraniegas, 646.
Bilbao.—Los campeones del foot ball, 624; Colonia escolar, 643; Huelga de mineros, 653.
Buenos Aires.—La embajada comercial española, 653 y 656; El buque «Uruguay» con los individuos de la expedición Nordenskjold, 660.
Bulgaria.—Ruinas del Banco Otomano, 628.
Burgos.—Carrera de automóviles París-Madrid, 628.
Cáceres.—Rogativas por la sequía, 625; El Monasterio de Yuste, 656.
Cádiz.—Pruebas del crucero «Princesa de Asturias», 616; Botadura del «Pedro Luis Lacave», 619; Maniobras del torpedero «Rayo», 630; El Corpus, 633.
Calatayud.—Cerro y castillo del «Reloj tonto», 616.
Cartagena.—Viaje de S. M. el Rey, 634.
Cenicero.—Catástrofe del Najerilla, 635.
Cercedilla.—Choque de trenes, 656.
Cieza.—Pantano de Alfonso XIII, 647.
Ciudad Real.—Inauguración de los Caminos vecinales, 652.
Coimbra.—Patio de la Universidad, 621.
Córdoba.—Manifestación obrera, 625; Exposición agrícola é industrial, 632; Bendición de las nuevas campanas de la Catedral, 642; Interior de la iglesia de San Pablo, 644.
Creta.—El Príncipe Jorge revistando las tropas, 631.
Cuenca.—El nuevo puente de San Pablo, 625.
Chile.—La cordillera de los Andes, 637.
China—Gruta de Camoens, en Macao, 628; Canton 638; Región del Tibet, 660.
Dublin.—Carrera de automóviles, 636.
Ecija.—Maniobras militares, 650.
Egipto.—Port-Said, 641; Peregrinación á la Meca, 645.
El Ferrol.—El acorazado «Prince George», 652.
El Pardo.—La fiesta de San Eugenio, 655.
Estados Unidos.—Una conferencia del profeta Elías en Nueva York, 653.
Francia.—Teatro de la Comedia Francesa, 615; Viaje del rey Eduardo VII, 627 y 628; Carrera de automóviles París-Madrid, 629 y 630; M. y Mad. Rostand en su quinta y La reina Natalia y Santos Dumont, 631; Recepción de Rostand en la Academia, 632; El Grand Prix, 633; La casa de Víctor Hugo, 635; La casa de Pierre Loti y El globo de Santos Dumont en los bulevares, 636; Incendio del Casino de Trouville y Exequias por las víctimas del Metropolitano, 642; El palacio de la Malmaison y Estatua á Renan, 645; Viaje del rey de Italia, 647; Maniobras militares, 648; Aniversario de Zola, 649; El globo «L'Aero Club II», 650; Los Reyes de Italia en París, 651; Ascensión del globo Santos Dumont número 10, 652; Carrera de las «midinettes», 653; Carrera á pie en Chantilly y El globo de los hermanos Lebaudy, 655 y 656; La fiesta de Santa Catalina y Mrs. Curie en su laboratorio, 657; Banquete á los parlamentarios ingleses y Estatua «Le penseur», 658.
Fuenterrabía.—La procesión «El Alarde», 645.
Gerona.—El Monasterio de Ripoll, 645.
Gibraltar.—Escuadra inglesa, 613; Un derrumbamiento, 635.
Granada.—Exposición de Artes é Industrias, 650.
Guadalajara.—El batallón infantil, 610.
Guadarrama.—El veraneo, 642.

Guipúzcoa.—El viaducto de Ormáiztegui, 642.
Haití.—Puerto Príncipe, 646.
Hijar.—La Semana Santa, 621.
Inglaterra.—El barco turbina «The Queen» y Revista de los Horse Guards, 636; Viaje de Loubet, 637.
Irún.—Fiesta escolar, 649.
Italia.—El Príncipe heredero de Alemania en el puerto de Brindisi, 621; Viaje del rey Eduardo VII, 627; Viaje del rey Guillermo II, 628; Vista de Carpineto, 638; Pompeya, 648.
Jerez.—Exposición regional, 613; Mitin pidiendo la construcción de pantanos, 625; Feria, 628; Batalla de flores, 647;
Lisboa.—Viaje del rey Eduardo VII, 624; Exposición de Bellas Artes, 626; Viaje de S. M. Don Alfonso XIII, 658 y 659.
Lucena del Cid.—Vistas y paisajes, 635.
Macedonia.—Escenas de la guerra, 646, 647 y 649; Boris Sarafof y su familia, 657.
Madrid.—Partido de foot ball y Colocación de la primera piedra de la iglesia de la Concepción, 609; Grupo «La Paz» para el monumento á D. Alfonso XII, 610; Recepción de M. Cambon, 613; Carrozas y máscaras premiados en Carnaval, y El Palacio de la Infanta Isabel, 617; Entierro de Eusebio Blasco, 618; Asalto de armas Pini-Merignac, 620; Agitación escolar y Corrida de inauguración, 622; La cogida de Fuentes, 624; El frontón de la Biblioteca Nacional, 625 y 626; Los congresistas médicos, 625 y 626; Una sala del nuevo Laboratorio Municipal, 625; Las elecciones y Entierro del almirante Valcárcel, 626; Manifestación del 1.º de Mayo, 627; Asamblea de Médicos titulares, 628; La romería de San Isidro, Fiesta del Arbol en la Ciudad Lineal, Apertura de Cortes y Exposición del Círculo de Bellas Artes, 629; Aniversario del Centro de Instrucción Comercial, 631; Exposición de cuadros Jiménez Aranda y Esculturas Blay en el Salón Amaré, 632; Proceso Gavilanes y Cantina escolar, 633; Exposición feminista en el Salón Amaré, 634; La misa de dos é Incendio del teatro Eldorado, 638; La iglesia de San Plácido, 639; Bendición de un altar en el Ministerio de Marina, El Jardín Botánico é Incendio en la calle de Fuencarral, 640; Mitin de obreras, 643; Las Vistillas, 645; «Mail Coach», 647; Ascensión del globo «Portugal», 648; El Museo de Reproducciones, 650; La tribu ruso-húngara, 652; El Retiro, 653; Las fieras del Parque, 658.
Marín.—Bendición del mar, 645.
Marruecos.—Murallas y Palacio de Fez, 610; Escenas de la guerra, 612, 624, 625 y 654; Sucesos del Figuig, 632 y 633.
Muros de Pravia.—Notas veraniegas, 641.
Navarra.—Viaje del Rey, 644.
Niza.—Corso de flores, 623.
Oropesa.—Artículo descriptivo, 654.
Palencia.—El castillo de Fuentes de Valdepero, 638; Exposición regional, 646;
Palma de Mallorca.—El nuevo Gran Hotel, 616; Exposición industrial, 643; La escuadra francesa, 653.
Panamá.—La guerra, 654.
Panticosa.—Notas veraniegas, 643.
Reinosa.—Una nevada, 612.
Reus.—Huelguistas vendedores de periódicos, 615.
Roma.—La fiesta del Divino Amore, 636; Consistorio para la beatificación de Juana de Arco, 638; Los funerales de León XIII, 639; Proclamación de Pío X y La familia del Papa, 641; El pintor Taddeus haciendo un retrato de Pío X, 652.
Sabadell.—Concurso de fotografías, 641.
Salamanca.—Edificio de la Facultad de Ciencias, 649.
San Petersburgo.—El palacio de Invierno, 633.
San Sebastián.—Concurso de Carteles de toros, 628; Inauguración de la nueva Plaza de Toros y Llegada del Príncipe de Mónaco, 641; Notas de verano, 644; Proyecto de puente sobre el río Urumea, 660.
Sanlúcar de Barrameda.—Visita del infante D. Antonio de Orleans, 640.
Santander.—Los Altos Hornos, 617; La Colegiata de Cervatos, 650; El puente de Treto en Santoña, 656.
Segovia.—La torre de San Esteban, 641; El Monasterio del Paular, 644.
Servia.—Asesinato de los Reyes, 633; Pedro I revistando las tropas, 637.
Sevilla.—La feria, 625; Concurso de balcones adornados, 627; Juegos florales, 629; Torpederos holandeses, 647; Inauguración de Caminos vecinales, 652.
Sierra Nevada.—Expedición al Muley-Hacén, 647.
Simancas.—El Archivo, 652.
Singapur. Artículo descriptivo, 647.
Soria.—Viaje del Rey, 646.
Suances.—Notas veraniegas, 644.
Talavera de la Reina.—La feria, 649.
Tánger.—La Pascua del Carnero, 621; Fiestas por el triunfo del Emperador, 636.
Tarifa.—Varadura de la fragata «Villa de Palamós», 614.
Tarragona.—Monasterio de Poblet, 633.
Tarrasa.—Banquete por la bendición de la bandera del somatén, 614
Toledo.—El Corpus, 633; Una misa en Pantoja, 657.
Turquía.—Funerales en Adrianópolis, 649.
Valencia.—Ejercicios de tiro, 615; La nueva Cárcel, 620, Las fallas, 621; Representación de «un milacre», 625; Jira en honor de Menéndez y Pelayo, 626; Banquete á D. Teodoro Llorente, 636; La feria, 639; Coso Blanco: los premios, 640; Juegos florales, 642; Banquete á los concejales republicanos, 644; Huelga de pescadores, 648; Recolección del arroz en Cullera, 649; El Tribunal de las Aguas, 650.
Valladolid.—Viaje del Rey, 646.
Venecia.—Colocación de la primera piedra del nuevo Campanile, 627.
Vigo.—La escuadra alemana, 630.
Villagarcía.—Regatas, 643.
Villaviciosa de Odón.—Inauguración de los Caminos vecinales, 652.
Zafra.—La feria, 650.
Zaragoza.—La Casa de la Infanta, 615; Bendición de las nuevas obras del Pilar, 621; Maniobras de los pontoneros, 626; El nuevo Mercado y Puente sobre el barranco de Lahoz, 635; Viaje del Rey, 644, 645, 646 y 651; El Patio de la Infanta, 648; La reina de los Juegos florales, 652; El pantano de Peñaforadada, 656.

RETRATOS

Accanti (D.), 633.
Ahumada (Duquesa), 611.
Albarrán (Dr.), 625.
Alejandro de Servia, 633.
Arrieta (E.), 651.
Asturias (Príncipes), 639.
Barrera (C.), 654.
Bassi (A.), 654.
Batlle (R.), 637.
Baviera (M. T.), 612.
Benavente (Condesa), 609.
Benlliure (J.), 660.
Benot (E.), 627.
Berges (E.), 658.
Bianchini (E.), 654.
Blanco García (Padre), 658.
Blasco (E.), 618.
Blowitz (Mr.), 613.
Bombita chico, 623.
Bordalba (C.), 612.
Borisoff (W.), 615.
Branciforte (Marquesa), 609.
Brouardel (Dr.), 625.
Bugallal (G.), 638.
Bunau-Varilla (F.), 655.
Carretero (A.), 654.
Carelli (E.), 611.
Clasenti (E.), 611.
Cobián (E.), 638.
Combes (M.), 648.
Coquelin, 625.
Cruz (P.), 613.
Chamberlain, 648
Chevigné (Mlle.), 637.
Denia (Duquesa), 642.
Domínguez Pascual (L.), 658.
Draga (Reina), 633.
Durán (A.), 651.
Edison (T. Alva), 624.
Elías (Profeta), 653.
Estevan (H.), 655.
Ferrándiz (J.), 658.
Figuera (T.), 642.
Fuentes (A.), 623.
Ganivet (A.), 657.
García de la Cruz (V.), 635.
García Alix (A.), 638.
Gasset (R.), 638.
Gerde (F.), 637.
Giné y Partagás (J.), 619.
Girard (Mlle.), 637.
González Besada (A.), 638.
Guerra (L.), 614.
Guerrero (M.), 641.
Huertas (General), 658.
Italia (Srta.), 624.
Lacasa (E.), 655.
Lagartijo, 623.
Larra (L. M.), 618.
Larra (M. J.), 618.
León XIII, 636, 638.
Lema (Marqués), 639.
Lista (A.), 651.
Loti (P.), 636.
Luca de Tena (T.), 655.
Machaquito, 623.
Malats (J.), 631.
Mantegazza (Dr.), 625.
Marc (L.), 634.
Marconi, 631.
Marinas (A.), 655.
Martitegui (V.), 638.
Maura y Gamazo (G.), 613.
Mazzantini (L.), 623.
Milano (Rey), 633.
Micucci (L.), 654.
Mistral (Mad.), 637.
Mommsen (T.), 654.
Mortera (Condesa), 613.
Natalia (Reina), 633.
Núñez de Arce (G.), 632.
Oreglia (Cardenal), 639.
Osma (G.), 658,
Pastor (V.), 623.
Pavés (M.), 639.
Paz (Infanta), 612.
Pecci (Conde), 617.
Pedro I de Servia, 634.
Pirala (A.), 634.
Pío X, 640.
Plata (Dolinda de la), 624.
Prosperi da Cori (A.), 617.
Querol (V.), 651.
Quinito, 623.
Reichenberger (H.), 614.
Reverte (A.), 646.
Richet (Dr.), 625.
Rodríguez (M.), 623.
Roumanille (T.), 637.
Sagasta (P.), 610, 611.
San Bernardo (Conde), 638.
Sánchez Calvo (E.), 644.
Sánchez Guerra (J.), 658.
Santos Guzmán (F.), 638.
Sepúlveda (E.), 637.
Soarez (A.), 633.
Tetuán (Duque), 615.
Tovar (A.), 610.
Villaverde (R. F.), 638.
Vinent (M.), 654.

FIN DEL TOMO DÉCIMOTERCERO

AÑO TRECE Y NÚMERO 609 MADRID DIA 3 DE ENERO DE 1903.

BLANCO Y NEGRO

¡FELIZ AÑO NUEVO!

A la hermosa alegoría del año naciente que encabeza estas líneas, sólo deberíamos añadir unas afectuosas frases de saludo para nuestros lectores, deseándoles venturas y prosperidades en el año que empieza.

Ese alegre niño que da su primer paso sostenido por los brazos de su madre, ese gentil infante simboliza algo más que la llegada del año nuevo. Toda obra humana ha tenido su infancia, y las iniciativas y los pensamientos llamados á obtener éxito feliz han dado como ese niño su primer paso sostenidos por los brazos de la esperanza, pero con la vacilación el que empieza á posar los pies sobre el suelo.

¡Dichosos los que por efecto de su propia energía, por azar de la suerte ó por el favor del público han llegado á caminar de un modo firme y seguro, recorriendo sin vacilación el camino que la esperanza, al sostenerlos amorosamente en los primeros momentos, les susurraba al oído como abierto ante sus pasos.

Y entre los favoritos de la fortuna, no por méritos propios, sino por halagos de la opinión, podemos contar á nuestra Revista, que en el año naciente alcanzará los trece de su existencia. Trece años de prosperidades y bienandanzas sin haber tenido jamás que lamentarse del desvío del público ni del desafecto de la inmensa mayoría de sus colegas en el periodismo.

Para un hombre, trece años de vida no es mucho; casi se olvidan esos años primeros entre las inquietudes, los placeres, los trabajos y las penas de los que vienen detrás. Para una publicación, trece años de existencia significa toda una vida; porque en tanto que cada hombre, máxime en la primera época de su existencia, apenas vive más que de sus propias alegrías infantiles y del cariño de los suyos, un periódico, por modesto que sea, tiene que saturarse de la agitada vida de la multitud, ha de convivir con el público, participar de sus aficiones, satisfacer sus deseos, adelantarse á sus mandatos, reflejar, en suma, los mil y mil aspectos de esa gran existencia colectiva que va arrastrada rápidamente por la velocidad del pasado, por el ansia del presente y por la atracción del porvenir. En esa obra, siempre renovada y jamás definitiva, de interpretar las aspiraciones artísticas, las preferencias literarias del público, satisfaciendo al mismo tiempo su curiosidad con la información gráfica de los principales sucesos ocurridos en el mundo; en esa tarea inacabable de reflejar las emociones, los pensamientos y los gustos de la multitud, la vida se gasta rápidamente y un año supone casi una edad.

Cuando recorremos nuestras colecciones y vemos el inmenso camino recorrido desde el primer número de BLANCO Y NEGRO hasta el actual, una sonrisa de satisfacción sube á nuestros labios, no lo hemos de negar, por las reformas y progresos de toda índole que en años sucesivos han ido mejorando nuestra publicación; pero bien pronto reflexionamos que esos progresos y esas mejoras no son obra nuestra, sino del público, que nos las imponía con el mandato más imperativo: el del cariño y el favor creciente hacia BLANCO Y NEGRO.

Como ese favor y ese cariño continúen, nosotros no cejaremos en la tarea de hacer cada día más digna de ellos á nuestra Revista; parcos en el prometer, seremos pródigos en el cumplir, y en el año que empieza, tan venturoso según nuestro deseo para los lectores, BLANCO Y NEGRO procurará aportarles algún nuevo aliciente para el recreo de sus espíritus.

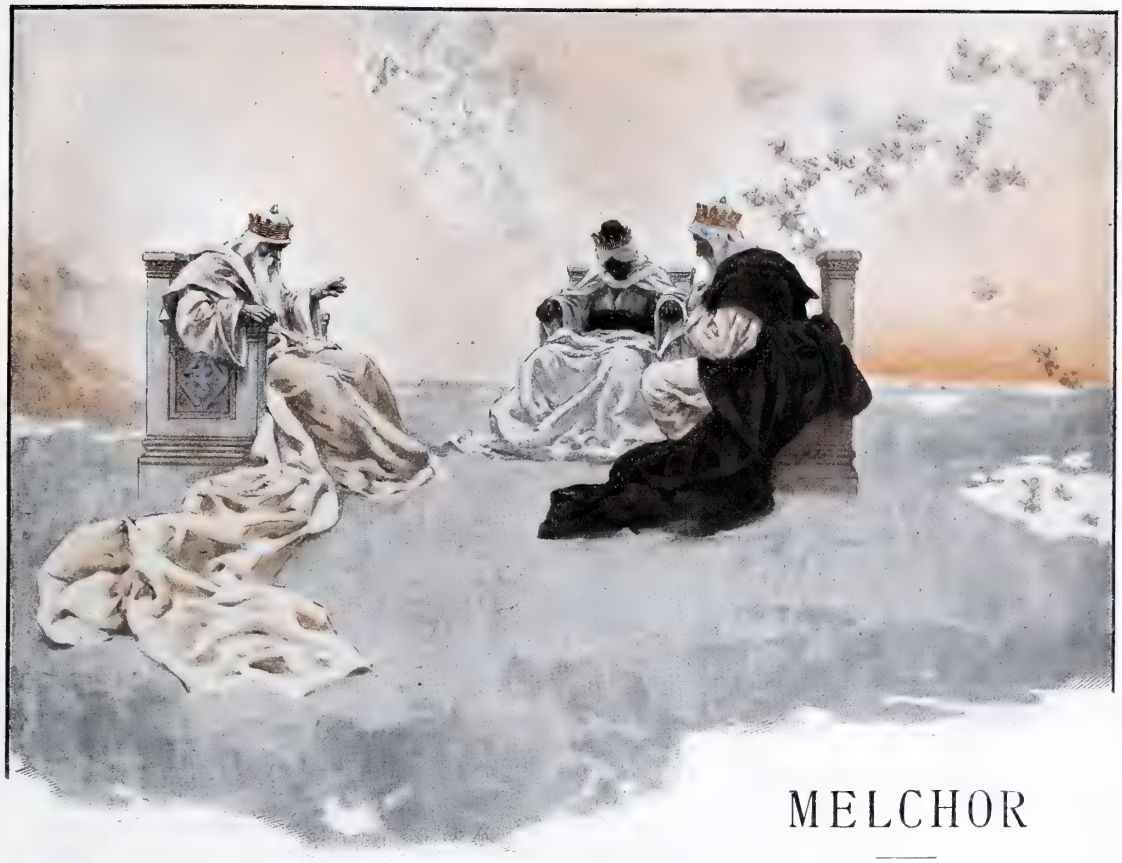
En suma: ¡feliz año nuevo para todos!

* * *

DIBUJO DE SALA

SALUDEMOS al año que empieza
confiados, tranquilos, alegres,
con la fe en la salud de la patria,
que las almas pequeñas no tienen.
Es verdad que á los rudos hachazos
de una raza enemiga más fuerte,
nuestro bosque de hermosas leyendas
descuajado quedó para siempre.
Y es verdad que los hombres que un día
dominaron de Oriente á Occidente,
al abismo insondable cayeron
dirigidos por tandas de imbéciles.
Pero nada concluye. Las tumbas
dan calor de la vida á los gérmenes,
y la encina que hendieron los rayos
presta savia á la nueva simiente.
Desoid el rumor quejumbroso
que levantan las almas enclenques,
que á través de las sombras espesas
no adivinan el astro que viene.
¡Levantad el espíritu! Giman
de dolor los cobardes que temen
que abandone la patria, su madre,
la corona ceñida á sus sienes.
Que los niños se asusten y lloren,
que las hembras se aflijan y recen,
pero sufran serenos y firmes
sus desdichas los hombres de temple.....
¡Y al trabajo con alma! Entretanto
los políticos viejos, los jefes,
apegados á rancias rutinas,
sus pasiones menudas revuelven,
y en ridícula lucha de hormigas
por el mísero grano se muerden,
y la augusta bandera en guiñapos
con estúpida saña convierten.
¡Trabajemos! Los campos esconden
codiciadas cosechas de mieses;
sólo esperan que vaya á regarlos
fecundante sudor de las frentes.
¡Maldición al que el hombro retire,
rezagado en la brega se quede,
ó traidor abandone las filas
y de sus compatriotas reniegue!
¡Al taller, á la fábrica, al barco!
¡á afrontar cara á cara la muerte!
y olvidando á los necios ilusos
que del mundo se erigen en jueces,
saludemos al año que empieza
confiados, tranquilos, alegres,
con la fe en la salud de la patria,
que las almas pequeñas no tienen.

SINESIO DELGADO



MELCHOR

Algunos días antes de su fiesta los tres Reyes Magos hablaban en el Paraíso. Sentados en soberbios tronos, refulgentes de pedrería, viendo lucir como esplendorosos anillos los círculos angélicos, y volar sobre abismos de luz los serafines de inmensas alas flamígeras, los Santos Monarcas trataban un asunto importante: saber cuál de los tres había de bajar aquel año á la tierra para enterarse de los deseos infantiles, y poder repartir juguetes que fuesen deseados.

Mientras Gaspar y Baltasar peroraban Melchor el Negro atendía sumiso, sin decir palabra.

—Sí, hermanos míos—concluyó Gaspar, irguiendo su figura vestida con túnica azul, recamada de oro;—yo descendería al mundo, pero si lo hago, ¿quién podrá ordenar los regalos? ¿quién preparará para el niño rico lo que anhela, para el niño pobre lo que necesita? Vosotros comprendéis que esto sólo yo puedo hacerlo, pues para mezclarse en tales menudencias, Baltasar es monarca demasiado grande (por el buen uso que de su poder hizo se sienta en ese trono imperecedero), y en cuanto á ti, Melchor hermano, eres tan limpio de corazón, de inteligencia tan sencilla (por eso gozas de la bienaventuranza), que te marearías y confundirías en medio del laberinto de los juguetes.

Acariciando su inmensa barba blanca, respondió desde su trono el majestuoso Baltasar:

—Hablas bien. Yo no entiendo de eso. Mi mente, sumida en la contemplación y adoración divinas, no acertaría á realizar lo que dices. Melchor, tú debes descender á la tierra. Tu alma etiópica, más próxima á la niñez que las nuestras, sondeará fácilmente los abismos de deseo que el ansia de un polichinela ó un tambor ahonda en los corazones infantiles. Baja, pues, escucha las aspiraciones de los niños, recoge en tu memoria cuanto oigas, y torna con nosotros para que juntos los tres, repartamos la alegría en los hogares fecundos, festejando la memoria de la noche memorable que nos hizo santos.

Diciendo esto, Baltasar se puso en pie y rogó, inclinando la cabeza coronada. Los otros dos Reyes también se alzaron, uniéndose en el homenaje. Después Melchor dijo:—Iré gustoso, hermanos.

Y los tres cruzaron el cielo, marchando hacia sus puertas. Llegados juntos al dintel, abrazáronse tiernamente, y cuando Melchor se aprestaba á salir, Gaspar le retuvo por una mano diciendo:

—Baja al mundo, puesta tu alma en Dios, fijo tu pensamiento en el cielo. En torno de la tierra gira una muchedumbre de almas irredimidas que se separaron de sus cuerpos antes de que la verdad naciese; pobres espíritus, presos allí por el peso de la falta primera, que les impide alzar su vuelo. Debes cruzar por medio de ellos, sumido en tu alegre beatitud, alejado de todo humano pensamiento. No atiendas, no repares en nada. Acuérdate sólo de tu santidad, de tu dicha inmarcesible y eterna.

Sonriendo plácidamente, Melchor prometió hacerlo, y luego, caballero en un blanco dromedario, se hundió en el vacío. Pasaban junto al Mago cometas desmelenados, llovían estrellas erráticas, los planetas giraban armoniosos, y el viajero, acercándose más y más á la tierra, pensaba en la inmensa felicidad de su bienaventuranza, en sus goces inefables, eternos, tan distintos de las incompletas alegrías terrenales como la luz de la sombra, y comparando unos con otras, evocó los recuerdos de aquel globo á que se acercaba. Veía los arenales etiópicos dorándose bajo el sol, los oasis frescos donde las fuentes susurraban bajo la sombra movible de las palmeras, las montañas azules, el mar inquieto y arrullador. La tierra próxima pareció enviar efluvios de su superficie al viajero, quien recibíalos cándidamente. Luego, junto á la cabalgadura, apareció una sombra, luego otra, y otra, muchas, innumerables, infinitas,

que hormigueaban confundiéndose, mezcladas y fundidas.

El Santo recordó entonces los consejos de Gaspar. Cerró su espíritu á toda remembranza, pero por algún resquicio invisible penetró en su mente un espectro: el de su padre. Y le vió tal y como fué en vida: guerrero terrible, de semblante adusto, curtido por el viento de las batallas, cariñoso en el hogar, que abandonó para perecer en un combate. Luego apareció la figura de su madre, surgiendo poco á poco, y la vió también, dulce, sumisa, sonriente bajo el penacho endiamantado que temblaba entre sus cabellos negros, y escuchó la canción con que le adormecía cuando era niño, mientras él apresaba con sus manos ya fuertes la materna palma, tibia y suave. Tras aquellas visiones aparecieron más, que acudían arremolinándose en torno del viajero: rostros de hermanos y de amigos, que le miraban con ojos leales: óvalos melancólicos de mujeres amadas, que sonreían amorosas; caras indiferentes, caras aborrecidas, apariencias de almas que no pudieron redimirse y que vagaban alrededor de la tierra.

El Santo Rey las contemplaba con pesar. De su alma ingénua se había apartado la felicidad que gozara, y el corazón del Negro se encogió de angustia viendo aquel triste destino. Las sombras surgían más apiñadas. El dromedario, cual la proa de un navío, hendía la multitud fantástica, y Melchor contemplaba bocas que rozaban sus pies, manos implorantes que agitaban en lo profundo dedos vaporosos, pupilas lucientes que relampagueaban un momento. Esforzándose en arrojar lejos de sí la tristeza que le abrumaba, recordó los esplendores paradisiacos, las venturas inacabables de su eternidad dichosa, el inefable arrobamiento de la presencia divina. Ante aquella evocación, las espectrales figuras parecían huir, cuando del montón más apretado brotó un confuso enredijo de bucles espesos, y bajo ellos unos ojos de azabache, inocentes y maliciosos, una naricilla respingada y una boca traviesa que reía. Al aparecer aquel espíritu, los demás se desvanecieron, y el Santo sintió estremecerse su alma.

En el espacio vacío quedaban solos el Mago y el espectrillo. Sin decir palabra, el niño se acercó más al Rey. Conforme se aproximaba, un dolor profundo, intensísimo, apoderóse de Melchor, viendo reproducida en la aparición la imagen de su hijo, el único, el que fué durante breves años su alegría, su orgullo, y cuya muerte hundió al Negro en sima profunda de dolor.

Aquel alma infantil que el bautismo tan fácilmente hubiese librado de su cadena, contemplaba con ojos suplicantes al Santo. En el corazón de éste crecía la amargura al comparar la pálida apariencia de su hijo con las de los angelillos celestes que se cernían en la gloria, todos luz y color. En ademán de ruego, el fantasma acercó las manos, unas manecitas gordezuelas, llenas de graciosas oquedades; iban á juntarse implorantes, cuando Melchor, arrancándose á aquel sentimiento tan extraño á su bienaventuranza, volvió grupas y ascendió rápidamente al cielo.

En furioso empuje, las sombras tornaron, pretendiendo alcanzarle, pero fué inútil, pues la pesadumbre del pecado no les permitió volar. Abajo quedaron agitándose como revueltas y confusas aguas, y sobre ellas, el fugitivo creyó entrever unos ojillos maliciosos cuya luz nublaba el llanto.

Volvieron á pasar junto á Melchor los cometas cabelludos: llovieron las estrellas fragmentadas: los astros giraron, pero el Negro nada percibió. Subía lleno de angustia, tan herido por los dolores humanos, que su naturaleza santificada hacía más sensibles, que cuando, una vez en la gloria, sus compañeros le interrogaron sobre su misión, nada pudo responder, pues los sollozos quebráronle la voz.

Comprendiendo los Reyes blancos el por qué de aquellas lágrimas, movieron las cabezas con aire de consuelo, y mientras Gaspar suspirando aprestábase á descender á la tierra, Baltasar el Majestuoso cubrió con su manto fulgente al Etíope, pues en el cielo no se debe llorar.

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

MAURICIO LÓPEZ ROBERTS

IDEAS SUELTAS

QUÉ cosas se pueden hacer en un año?

Esta fué la pregunta que me dirigió un amigo hace pocos días. Y en el acto le contesté que no comprendía la pregunta.

El la desarrolló y aclaró en los siguientes términos:

«Quiero decir, que cuántas invenciones, cuántos descubrimientos, cuántas maravillas de éstas á que nos ha acostumbrado el siglo XIX, podrían realizarse en el espacio de un año. Qué contingente son capaces de traer á la civilización doce meses empleados en el trabajo material y en el trabajo intelectual.»

«Ya usted comprende mi deseo, agregó, y sobre este tema quisiera que me escribiese usted un artículo.»

Yo deseaba complacer á mi buen amigo; pero la verdad es que no supe qué contestarle, y le pedí el plazo de algunos días para preparar la respuesta

El plazo ha terminado, y la respuesta no la encuentro.

Porque el problema me parece vago, indeterminado y susceptible de múltiples soluciones, según las circunstancias.

Para un hombre de mediano entendimiento, y aunque sea de gran entendimiento, un año puede pasar como un minuto; quiero decir, vacío, completamente vacío, rápido, fugaz, cargado de sombras y sin ningún punto brillante.

Puede estarse pensando un año entero en un drama, sin que el drama ni siquiera se dibuje en la penumbra; ó en la solución de un problema, sin que el problema llegue ni aun á plantearse en términos precisos; ó en una invención industrial, sin que aparezca la más insignificante ruedecilla de la nueva máquina.

Porque hay años que parecen de goma elástica: se encogen de un modo, que casi se juntan los dos extremos, el primero de Enero con el treinta y uno de Diciembre.

Y se quiere hacer la liquidación y no se encuentra cosa alguna que liquidar. El año era como un molde; pero el molde resultó vacío.

Enero, con sus fríos, sus hielos, sus escarchas, sus cielos tristes. Las celdillas cerebrales están ateridas, no se atreven á vibrar; el pensamiento en ellas se acurruca abrigándose con el protoplasma á manera de microscópico edredón, y allí se queda dormitando durante tres meses.

Y luego una primavera, como todas las primaveras, aunque las hay que se asemejan mucho al invierno; porque no todas las primaveras de la realidad se parecen á las primaveras de los poetas.

Ríome yo de las primaveras y aun de las mañanas de Abril ó Mayo, que las hay muy desagradables y que en nada se parecen á las primaveras convencionales de la poesía. Así es que en años de tales primaveras, el pensamiento no se atreve á abandonar su escondite cerebral para lanzarse á las esferas luminosas de los ideales.

Buenos ideales, si sopla viento sucio que los empolva, y vuelve el frío que los hiela y el turbión que los remoja.

En suma, que si hay inviernos en que no se hace nada, hay primaveras en que se hace otro tanto.

Y del verano no hablemos. Un pensamiento sudoroso y sofocado, no es pensamiento, ni es capaz de inventar cosa alguna: para trabajar, el sudor es de ley; para pensar no aprovecha.

Ni hablemos del otoño, que por un lado se abrasa con los ardores del verano y por otro extremo se hiela con los fríos de Diciembre.

De donde resulta que hay años en que no se hace nada ni se puede hacer nada.

La humanidad ha tenido muchas temporadas de éstas. Años de pereza, años de barbarie, cuando no años de ruina y destrucción.

Por eso, aun prescindiendo de las condiciones especiales de cada individuo, aun tomando en conjunto razas enteras, no se puede contestar categóricamente á la pregunta que encabeza este artículo.

¿Qué se puede hacer en un año?

Según como sea el año y la época histórica á que el año se refiera.

El primer año del Paraíso yo no sé lo que hicieron Adán y Eva; pero un año llegó en que en vez de hacer algo bueno nos perdieron para siempre por su ligereza.

Y viniendo á las épocas históricas, los años de los imperios orientales, los años majestuosos, pero pesados, de la civilización egipcia, debieron ser fecundos, pero muy lentos y poco cargado cada uno de materia civilizadora. Quizá en un año no se construiría ni media hilada de una gran pirámide.

Con labrar un obelisco ó las narices de una esfinge, ó con engordar al buey Apis, había tal vez labor para doce meses muy cumplidos.

Una civilización de ladrillo como la de la Asiria, ó una civilización de piedra como la de Egipto, debe marchar con mucha pausa, y es precaución prudente para no pisar á nadie; porque al que pisen tales moles queda definitivamente aplastado, y para él se acabó la cuenta de los años.

En cambio, ¡qué años tan nutridos, tan fecundos, tan llenos de luz los buenos años de la Grecia! ¡Qué maravillas de arte, qué prodigiosas creaciones filosóficas, qué estupendas creaciones científicas!

Por eso decíamos que hay años que parecen *siglos* por lo nutridos, y otros que parecen *segundos* de tiempo, verdaderos microbios de la Cronología, por lo pequeños, flacos y vacíos.

No, esta palabra, *duración de un año*, casi no tiene sentido. ¿Cómo puede ser igual un año de la Edad Media á un año del Renacimiento?

¿Ni cómo pueden compararse los primeros meses de un germen á un solo mes de vida en el ser que ha llegado á su pleno desarrollo?

¿Qué pudo hacer Newton en el primer año de lactancia? Mamar y mamar, como otro niño cualquiera. Todos los años son iguales para los niños mamones, que rellenan el tiempo hinchando y deshinchando los carrillos.

Y en cambio, ¿qué pudo hacer Newton el año en que descubrió la gravitación universal, ni cómo puede compararse este año glorioso al primer año lácteo, llamémoslo así, de su infancia?

Convengamos, pues, en que esta palabra, *año*, casi no tiene sentido.

Lo cual está conforme con la crítica moderna, y hasta con la filosofía de Kant.

El tiempo es una cosa vaga, indeterminada, una forma del mudar, dicen algunos filósofos. Y del *tiempo absoluto* no se hable, porque sabios ilustres lo niegan.

Verdad es que pretendemos medirlo; pero las medidas del tiempo son puramente convencionales y en el fondo son hipotéticas.

Un año es el tiempo que tarda la Tierra en dar la vuelta alrededor del Sol. Hemos convenido en que este tiempo es *constante;* ¿pero tenemos seguridad absoluta de que lo sea? ¿Dónde está el metro absoluto del tiempo? ¿Quién nos dice que todos los años son iguales?

Para medirlo partimos de una hipótesis, á saber: que cierto fenómeno físico se va á repetir con identidad absoluta una serie indefinida de veces. Por ejemplo, el oscilar de un péndulo, el vaciarse la misma ampolleta llena con la misma cantidad de arena, el dar una vuelta la Tierra sobre sí misma, el dar la vuelta la Tierra alrededor del Sol.

Es decir, una serie de hipótesis probables, sí, que parecen concordar unas con otras, no puede negarse; pero que no constituyen certeza absoluta, verdadera certeza.

De donde resulta que un año de tiempo es una cosa muy vaga.

Del año, del mes, del día y de la hora tiene el sér humano conciencias muy diversas, aun suponiendo que dentro de cada categoría las duraciones sean idénticas.

Una hora, rellena por el dolor, es eterna; no es una hora, ni un día, ni un año; es un siglo.

Una hora de placer es rápida; ni la corriente eléctrica pasa más veloz.

El péndulo habrá dado las mismas oscilaciones en uno y en otro caso; pero el número de vibraciones del alma humana no ha sido el mismo.

Sierra de infinitos dientes de acero que va cortando manojo interminable de fibras nerviosas en un caso, es el dolor; en otro caso, relámpago de luz que iluminó al sér humano entre dos negruras sin fin, es la dicha.

¿Qué cosas se pueden hacer en un año?

Después de pensarlo mucho, confieso que no lo sé.

Se pueden hacer maravillas que basten para llenar toda una civilización; se pueden hacer sandeces acumuladas en montón tan enorme, que pudieran cubrir las puntas de las pirámides egipcias y saciar todos los apetitos de imbecilidad de los mayores idiotas del Universo.

Se puede hacer mucho bueno ó mucho malo, ó se puede no hacer nada: un sueño de un año, durmiéndose en la Circuncisión del Señor y despertando el día de San Silvestre.

Yo creo después de todo, y después de pensarlo bien, que en realidad, en el período de un año se puede hacer muy poco. Y como antes dije que en ocasiones se podía hacer mucho, es preciso que salve esta contradicción y que me explique en términos precisos.

Decididamente un año es un período de tiempo cortísimo y en que se puede hacer muy poco, casi nada.

En un año no se puede aprender un idioma. Cinco años emplea el niño para empezar á hablar malamente.

En un año no se aprende una ciencia; apenas se empieza á deletrear la parte más elemental de los rudimentos.

No un año, siglos y siglos emplearía el hombre primitivo para inventar la rueda.

Y sin embargo, acaso en un minuto, en un segundo acaso, brotaría en la mente de Newton la ley de la gravitación universal.

La caldera tubular de la locomotora quizá fué inventada en una hora de meditación.

Golpeando con los dedos en un sombrero de copa, se dice que se le ocurrió á Bell el teléfono; y la dinamo no tardó un año en inventarse.

Las grandes invenciones, los grandes descubrimientos brotan á veces instantáneamente como explosión de una idea.

Shakespeare escribió más de un drama por año, y el *Quijote* debió escribirse en breve tiempo, al menos la primera parte. Su creación debió ser obra de días; las maravillosas aventuras debieron pasar rápidas ante los ojos del inmortal creador.

Quiero decir con esto, que con ser tan breve el período de un año, en él pueden realizarse empresas prodigiosas.

Pero distingamos.

El año de creación está precedido de años y aun de siglos de elaboración lenta, de acumulación de materiales, de acarreo de substancias explosivas.

Como que cada año condensa en sí los esfuerzos y el trabajo gigantesco de muchos millares de siglos y de muchas razas.

Millones de millones de ideas que han flotado en la atmósfera, millones y millones de cerebros que se han consumido pensando, masas humanas que han ido amasando con dolores y con lágrimas civilizaciones gigantescas.

Los siglos del Renacimiento fueron la explosión de toda la labor obscura, pero prodigiosa, de la Edad Media.

El siglo XIX con ser tan grande, yo creo que sumado todo, el mayor de los siglos, no brotó de repente en la historia, sino que es la condensación de una serie inacabable de siglos.

Por eso cuando se pregunta lo que puede hacerse en un año hay antes que preguntar de qué capital se dispone para la obra que se emprenda.

El trabajo actual vale siempre poco. El trabajo acumulado á través de las edades es el que realiza prodigios.

Preguntar lo que puede hacerse en un año es como preguntar qué peso puede levantarse en un momento dado.

Hay que saber de qué fuerza se dispone.

¿Se dispone sólo de la fuerza de un hombre? ¡Qué mezquino será el peso que se levante!

¿Se dispone de una máquina? Hay que saber cuál es su fuerza.

¿Son fuerzas geológicas almacenadas en las entrañas de la tierra? Pues podrán levantar en peso toda una isla y hundirla después en el océano.

¿Se dispone de la fuerza solar? Pues podrá suspender en el espacio plantas y planetas, mundos y mundos.

La pregunta que voy discutiendo se parece á esta otra: ¿qué se puede hacer en el espacio de un metro cúbico?

Si el metro cúbico está vacío, nada.

Si está relleno de agua podrán criarse unos cuantos peces, más ó menos estúpidos, en el cristalino acuarium.

Si el metro cúbico abarca un cerebro como el de Patón, ó el de Arquímedes, ó el de Galileo, ó el de Newton, ¡qué maravillas brotarán de ese metro cúbico!.....

Pues el espacio es como el tiempo. Dos formas sin forma, dos huecos sin límites, dos moldes sin contornos.

Todo cabe en el tiempo, todo cabe en el espacio.

Por eso hay que precisar los términos de los problemas.

Cuando un tren de viajeros corre entre dos estaciones, podría también preguntarse: en ese intervalo de tiempo ¿qué puede hacer la masa humana hacinada en los coches del tren?

Sufrir molestias, agitarse impacientes, luchar con las torturas del viaje, dormir mal, soñar acaso con descarrilamientos; y en aquella masa tal vez se encuentre algún intelectual, algún poeta, algún sabio que vaya pensando en cosas grandes y hermosas. Gérmenes del porvenir que marchan tras una locomotora.

Pues la tierra que habitamos es un tren á su manera, lleno de viajeros, no de primera, segunda y tercera clase, sino de muchas más. Los hay que viajan con ciertas comodidades, los hay que viajan dolorosamente, mientras la Tierra va dando la vuelta al Sol, para volver á las conjunciones que determinan el año completo.

¡Cuántos seres, cuántos pensamientos, cuántas alegrías y cuántos dolores!

¿Quién es capaz de decir todas las maldades, todas las infamias, todas las bajezas, y, al mismo tiempo, porque no todas son negruras, todos los sacrificios, todos los actos nobles que en el espacio de un año va á realizar la masa humana?

Si las ideas y los sentimientos, los dolores y las alegrías de cada ser humano pudieran materializarse en sombras y en luces, lo bueno en chispas brillantes y regueros de luz, lo malo en nudos de sombra y cabelleras negras, la Tierra, al girar alrededor del Sol, no sería un planeta, sino un cometa con inmensa cola, en que allá irían enmarañadas por el espacio hebras luminosas y hebras sombrías; la cabeza de un monstruo sería la Tierra con doble melena, la del Cielo y la del Infierno, revueltas ambas en maraña estupenda.

En rigor, cada año debía realizar algo superior al año precedente, porque el bien debía irse acumulando de una manera continua, y cada siglo está obligado á ser más inteligente, más rico, más sabio y más moral que el siglo anterior.

Pero la humanidad no sube por un plano inclinado, sube por ondulaciones, como la marea creciente, y estas ondulaciones á veces son estrechas, á veces son muy anchas.

Cada pequeña ondulación puede ser un año, puede ser un siglo, acaso muchos siglos. Y luego la historia mira y cuenta cumbres del oleaje y negras hondonadas de la marea humana.

Allí está Asia, una cumbre tan ancha que parece llanura; allí está Egipto, otra cresta; allí está Grecia, ¡qué espuma tan blanca!; allí está Roma, ¡qué gigantesca ondulación!; allí está la Edad Media, ¡qué hondonada!; allí está el Renacimiento, ¡otra vez luz!, y ¡cómo desde unas crestas se ven otras!

Allí está el siglo XIX; desde su cumbre se descubren casi todas las anteriores.

Y luego viene y empieza el siglo XX, y vamos á empezar el tercer año de este siglo.

¡Ya es fácil predecir lo que será el año y lo que será el siglo!

¿Será cresta, ó será hondonada?

¿Sigue el oleaje con espumas, ó con abismos?

Ni quiero ser optimista, por sobra de candidez.

Ni quiero ser pesimista, cuando jamás lo he sido.

En resumen: en un año se puede hacer mucho bien y mucho mal, ó se puede pasar el año en letargo profundo.

De todas maneras, la humanidad ha adquirido en estos últimos tiempos mucha fuerza viva; quiero decir que viene avanzando con inmensa velocidad.

Y cuando un tren camina con tal violencia, no es fácil que de pronto se detenga.

Lo que sí puede suceder es que descarrile.

Con que, vayan prevenidos los maquinistas, y no se distraigan los guardaagujas.

Y entretanto, adelante.

Que si ahora no me atrevo á anunciar lo que puede hacerse en un año, al fin del 903 se podrá hacer la liquidación y sabremos á punto fijo lo que hizo.

Ya veremos lo que arroja la liquidación del presupuesto humano en el año que empieza.

JOSÉ ECHEGARAY

LENGUA TRUFADA

Mi amada Restituta: Aquí te envío
la respetuosa carta que á tu tío
y tutor don Urbano
le dirijo pidiéndole tu mano.
Como es un académico cargante
que no admite una broma
y se pone furioso en el instante
que uno ataca los fueros del idioma,
en culto le dirijo la misiva,
ya que quiere que en culto se le escriba.
Todo el año pasado
no cesó de llamarme *mal hablado*.
¿Y por qué? ¿No te acuerdas, Restituta?
Pues porque un día le llamé *viruta*.
¡Qué nervioso le puso esa palabra!
¡Si está el pobre más loco que una cabra!
«¡Es usted un *estólido*, un *nesciente!*.....»
me dijo, y yo se lo aguanté prudente.
Hoy que empieza año nuevo, vida nueva.
Voy á darle una prueba
á tu apreciable tío don Urbano
de que como él domino el castellano.
El, que la da de sabio y erudito,
descifrará lo escrito.
Por algo es académico..... y pedante.
(De *acá* no tiene nada el pobrecito;
pero *demico* tiene lo bastante.)
Ahí va la carta. Dásela al instante,
y sabes que te quiere tu

Pepito.»

«Respetable don Urbano,
de los sabios *non plus ultra*,
no es este pliego una *plica*,
es solamente una súplica.
Y pues á usted nuestra lengua
aderezada le gusta,
la trufaré con vocablos,
que harán las veces de trufas.
Pávido á usted me dirijo
y *murrio*, porque es la murria
dolencia de los amantes,
si hay en el amor *yactura*.
No me dé con la de rengo
y haya luego una repulsa,
que mi corazón no es *sáxeo*
y mi *obduración* es mucha.
Tiene usted una sobrina
que es una joven *venusta*,
ojizarca, y me enamora
su hermosa nariz *adunca*.
Por ella paso la vida
ruando, pues ¿quién no *rúa*
y *barzonea*, si es ella
mujer que cual sol alumbra?

Goce yo de sus destellos
y no me deje en la *umbra*,
ni me venga usted con *vayas*
ó *cantaletas* ó zumbas.
Yo, de sus encantos *prono*,
no vivo sin Restituta,
y con un ¡no! *truculento*
será mi *occisión* segura.
Del amor en la pendiente
estoy en la *varga* brusca,
y *perecear* no quiero
magüer me mate la angustia.
Aunque á veces soy *vilordo*,
como quien su mal *remusga*,
noto es mi amor, y no temo
lo que diga un *otacusta*.
¡Vaya al diablo el *sicofante*
que *badomias* abulta,
y en *pecinal* trocar quiere
las honras más *impolutas!*
No me llame usted *ribaldo*
ó *nefario*, que me *añusca;*
jamás me he *dado á la briba*,
ni ando á la gandaya nunca.
Ninguno podrá *gazmiarse*
de faltas en mi conducta,
que soy honrado y no dejo
jamás las *chuecas inultas*.
Sea usted, pues, el *costrivo*
del que *exultaciones* busca,
y no haya *zuiza* y acalle
á un triste pecho que *ulula*.
Sea por usted *agible*
el *nexo* de mi coyunda,
y á quien es amante *mego*
no mande usted *á la dula*.»

«Querido Pepe: ¡Vaya un capricho!
Al pobre tío vas á matar,
pues no comprende lo que le has dicho,
y está furioso; ¡no lo ha de estar!
Con diccionarios y textos anda
buscando frases..... ¡Pobre señor!
No es *á la dula* donde te manda.
Es..... á otro sitio mucho peor.
«*¡Me toma el pelo!*» ¡Esto es un *bulo!*»
dice ya el tío..... ¡Pobre de mí!
¡Si hasta prefiere que hables en chulo
á que le escribas cartas así!
¡Por Dios, Pepito! ¡Yo te lo ruego!
Mi mano pides, y se acabó.
Pero habla claro; no hables en griego,
Que lo entendamos mi tío y yo.
No hagas que el tío se desespere.
¡Que mis angustias lleguen al fin!
Sabes, mi vida, cuánto te quiere
tu

Restituta.

¡Adios, monín!»

VITAL AZA

EL HIJO DEL AÑO

FANTASÍA

El alba del primer día del año levantaba apenas con mano temblorosa, allá por los límites de Oriente, el pesado cortinaje de la noche, asomando bajo el borde del tupido terciopelo una raya de claridad indecisa. Las sombras volaban aún á ras del suelo sacudiendo lentamente sus pesadas alas y cabeceando al avanzar medio dormidas por las desiertas calles de Madrid y los áridos campos que á la capital rodean. Era ese momento de modorra próximo al amanecer, durante el cual los ojos más resistentes á la vigilia cierran desmayadamente sus párpados y los enfermos experimentan la impresión de ese sueño profundo que empieza en la agonía.

Momento en el que, como si se empantanara de pronto el río de la total existencia, todo calla y todo duerme: el vicio con escalofrío; la virtud, por desvalida que se halle, sobre blanda almohada; el pobre en su miseria, el ambicioso en sus sueños, y hasta la misma esperanza de los hombres se aletarga un momento en el nido de las madrugadoras alondras.

Una de las sombras, que vagaba rastrera y medio dormida por los alrededores de Madrid y no lejos de la ciudad, sintió súbitamente que su cuerpo se caldeaba con sensación de vida. Despertó la sombra, se detuvo, y vió sobre la húmeda tierra el cuerpecillo desnudo de un niño recién nacido. La sombra, mujer al fin, llamó conmovida á sus hermanas, y todas ellas se apiñaron en torno del infante, que dormía tan cerca del nacer y tan próximo á la muerte.

Cogióle con amor la sombra en sus brazos y procuró inútilmente calentarle al contacto de su seno. ¡Por vez primera sintió la infeliz el frío de sus propias entrañas, y maldijo á su madre la noche!

—¡Huyamos!—le gritó otra sombra,—ya el día avanza.—¡Yo no abandono á este niño!—respondió ella con ronco acento; y agitando las alas, tendió con la criatura en los brazos el vuelo hacia Occidente.

Mas ¡ay! ya el sol triunfador asomaba su espléndido disco por los camarines de Levante y el agitado escuadrón de las últimas sombras se dispersaba en trágica fuga. La sombra que llevaba al niño en sus brazos sintióse desmayar, casi morir, y deteniendo su veloz huída depositó blandamente la criatura sobre un montón de hojas secas, le besó en los labios, se apartó mirándole como una madre que expira y se difuminó en el aire. ¡Ya el sol del primer día del año saludaba sonriendo á los hombres!

*
* *

El viejecillo Pérez, guarda del Parterre del Retiro, había sido un hombre madrugador toda su vida.

En la mañana del primer día del año, apenas nacido el sol, ya estaba Pérez entregado á sus faenas, limpiando las sendas del parterre, cuando de pronto soltó la escoba de brezos y se restregó los ojos como si viera visiones.

Y el caso no era para menos: sobre un montón de hojas secas había creído divisar el buen viejecillo

el desnudo cuerpo de una criatura. Se aproximó hacia el montón lentamente, como si fuese á cazar un pájaro, y ¡zas! allí estaba efectivamente el cachorro hecho un rebujo y amoratado de frío.

Por fortuna para la criatura, Pérez, más que un hombre reflexivo, era un hombre de acción; quitóse, pues, la bufanda, envolvió en ella al niño abandonado, y tomó el camino de Madrid pensando: «¡Veremos lo que dice Francisca!»

Francisca era su mujer. Dios, que todo lo dispone sabiamente, había hecho que no tuvieran hijos. Cuando Pérez llegó á su casa, le gritó á su mujer, que estaba trajinando en la cocina:—Francisca, aquí te traigo esto.—¿Qué es eso?—Un hijo.—¿Un hijo de quién?—Tuyo, mío y de nadie; el hijo del año; lo acabo de encontrar sobre un montón de hojas

secas, en el Parterre. ¡Como no sea de los niños que van allí á jugar!...—Toma, pues es muy guapo; ¡pobre criatura!—¿Nos quedamos con él?—¡Ya lo creo que nos quedamos!—Entonces ahí lo tienes; la vecina está criando; dáselo á ver si agarra, que yo me vuelvo á mi obligación.

Y de este modo, el hijo de las sombras, el hijo del año, el hijo de nadie, tuvo padre y madre conocidos.

Le pusieron de nombre Manuel, y vivió como vivimos todos, sin grandes alegrías ni espantosas desventuras, según verá el curioso lector.

***

Manuel era un muchachote robusto, y además hijo del guarda del Parterre. Por ambas poderosas razones, todos los chiquillos, vástagos unos de familias ilustres, y otros de familias modestas, que van allí á alegrar las

horas del doctor Benavente con sus risas y sus juegos, le respetaban más que al busto del doctor, y casi tanto como á la estatua de uno de los reyes godos desnarigados que escoltan al cariñoso amigo de la infancia.

Manuel, el hijo del año, el hijo de nadie, el hijo de la sombra, el hijo del guarda, era el árbitro de las diversiones en aquel lindo asilo de la niñez madrileña. Lo que él decía era mandato imperativo para toda la turba infantil; con su blusa remendada y su boína descolorida, imponía su jefatura á aquella legión de niños bien vestidos, los cuales hablaban de Manuel con cierto respeto cariñoso, y muchas veces, observando el bueno de Pérez la soberanía de su hijo adoptivo sobre la lucida caterva infantil, se preguntaba guiñando maliciosamente los ojos: «¿Si será hijo de un duque? ¿si será hijo de un rey?»

En suma, la primavera de la vida fué dichosa para Manuel; reía y mandaba, las dos cosas que más placen á los niños, y aunque alguna vez sentía una impresión extraña, como si le abrazaran los helados brazos de una sombra, un ahogo, una angustia, un frío indefinibles, el accidente era tan rápido y su naturaleza tan generosa, que la impresión no daba lugar al recuerdo. Había pasado todo, y el chicuelo volvía á reir y á jugar.

Pérez, ya muy viejecito, consultó con su mujer, que allá le andaba en años, y decidieron ambos dar el oficio de jardinero á Manuel. Ya sobre el labio superior de éste apuntaba el bozo cuando aprendía la difícil ciencia de los ingertos y el hermoso arte de preparar cosechas de flores. Por influencia del padre de uno de sus antiguos compañeros del Parterre, fué admitido Manuel en las estufas del Retiro, y el muchacho, á costa del Erario municipal, hacía cada ramo que daba miedo, para las chicas jóvenes y guapas de su barrio.

Sobre todo para una llamada Rosa, como es natural, puesto que Manuel era jardinero, hija de un honrado albañil harto de alinear ladrillos y de dar soldados á la patria.

Rosa, á fuerza de tener flores en la ventana, se enamoró del hijo del año que se las llevaba. En esto, el bueno de Pérez faltó un día á su obligación; al siguiente, ya no existía. Lloróle con toda su alma Manuel, y aún fresco el llanto en sus ojos, Francisca, su madre adoptiva, le llamó una mañana á su lecho y le dijo:—Manuel, me voy á buscar á mi marido.—¿Adónde?—le preguntó asombrado Manuel.—A su obligación, al Parterre, donde juegan los niños y descansan los viejos.—Y así lo hizo la infeliz; descansó. La pena de Manuel fué indecible; pero Rosa, después de consolarle como podía, le encargaba diariamente que le llevara flores, y el muchacho, con los ramos de su novia, se olvidó de la muerte de sus padres. Siempre sucede así.

***

¡El hijo del año se casó! Rosa le adoraba, fueron felices, todo lo felices que en el mundo cabe. En su humilde hogar sonaban con más frecuencia las risas que los sollozos, pero alguna vez se oían también éstos.

De todas suertes, Manuel, trabajador y honrado, y con una mujer cariñosa, hubiera podido ser completamente dichoso si alguna vez, en medio de su dicha, no experimentara una impresión extraña como si le abrazaran los helados brazos de una sombra, un ahogo, una angustia, un frío indecibles!... Tuvieron dos hijos: un niño y una niña, y al dar á luz á la segunda, falleció Rosa. Con la terrible pesadumbre que le causó esta muerte, empezó para Manuel el otoño de la vida. Fueron pasando los años; su hijo, joven aún, pero ambiciosuelo y descastado, partió para América en busca de fortuna. La hija de Manuel hubiera matado segunda vez á su madre. Unos aseguraron que fué raptada; otros, que fué seducida. Se la vió en un lujoso carruaje por los paseos de Madrid. Y Manuel, ya viejo, enfermo, abandonado, tan abandonado como cuando le alzó amorosamente del suelo la sombra de la noche, volvía hacia Madrid, después de visitar en el cementerio á su querida muerta, á su adorada Rosa, al anochecer del 31 de Diciembre. La nieve que desde la mañana caía espesa y terca, había cubierto de blancura todos los contornos de Madrid. Manuel sintió de pronto y más fuerte que nunca aquella impresión extraña, aquel ahogo, aquella angustia, aquel frío indecibles. Se detuvo para cobrar aliento, y sobre la blanca nevada vió destacarse por magia del recuerdo toda su vida: la infancia en el Parterre, la juventud con el amor de Rosa, el otoño con el desvío de sus hijos, el invierno caduco y abandonado. Le entró una congoja en el corazón, y como solemos todos, gritó Manuel desesperadamente: «¡Madre, madre mía!» Vaciló un instante, y cuando se desplomaba, la sombra de la noche, acudiendo rápida, le estrechó en sus brazos, le besó en los labios y murmuró amorosamente: «¡Hijo mío!» Después el cuerpo inanimado de Manuel encharcó la nieve.

. . . . . .

Perdónenme los lectores: yo hubiera podido hacer, ninguna causa me lo vedaba, al hijo del año emperador, y le hice jardinero; hubiera podido concederle brillantes aventuras, y le adjudiqué una existencia harto vulgar para una fantasía, ¡pero qué importa! La vida de los emperadores y de los jardineros tiene, lo mismo que los años, su primavera, su estío, su otoño y su invierno; y unos y otros vienen, al nacer, en los brazos de la sombra, y al morir, en los brazos de la sombra caen.

JOSÉ DE ROURE

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

HACE CIEN AÑOS

La coronada villa.—Salones aristocráticos y salones literarios.—Espectáculos y devociones.

Hoy hace un siglo—esto es, el año 1803 de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo, el 7002 de la Creación del mundo, el 4760 del Diluvio universal, el 2556 de la fundación de Roma, el 4047 de la de España, el 3972 de la de Madrid, el 221 de la Corrección gregoriana y el 4.º del pontificado del Santísimo padre Pío VII,—hacía dieciséis que reinaba en España y sus Indias, pues teníamos entonces extensas y ricas posesiones al otro lado de los mares, S. M. el Rey D. Carlos IV, que había nacido en Nápoles el 19 de Noviembre de 1748.

La familia real se componía de la reina doña María Luisa, nacida en Parma el 9 de Diciembre de 1751; de su hijo el príncipe de Asturias D. Fernando, que reinó con el nombre de Fernando VII; de la primera esposa de éste, la princesa de Asturias doña María Antonia, hija de la famosa María Carolina, reina de Nápoles; del hijo segundo de los reyes, el infante D. Carlos María Isidro, que nos había de causar después tan terribles males disputando la corona de España á su sobrina la reina Isabel; del hijo tercero de los reyes, el infante D. Francisco de Paula; del infante D. Antonio Pascual, el que se despidió en una ocasión solemne de los españoles hasta el valle de Josafat, y que era hermano del Rey; y del sobrino de éste, el infante D. Pedro Carlos Antonio.

Las hijas de SS. MM. se habían colocado fuera de España: la mayor, la infanta Carlota Joaquina, estaba casada con el príncipe heredero de la corona de Portugal; su hermana María Luisa era reina de Etruria, y su otra hermana María Isabel había dado su mano al príncipe Francisco Jenaro, duque de Calabria, heredero entonces de la corona real de las Dos Sicilias, que sufrió tantas vicisitudes al comenzar el siglo.

Madrid estaba en aquella época mucho peor que le dejó Carlos III, pues las disposiciones de policía urbana adoptadas en tiempos de aquel insigne monarca se habían ido dando al olvido con la facilidad que estas cosas ocurren en España, y las calles estaban convertidas en basureros. No había portal, como no fuera el del caserón de algún grande de España vigilado por portero, que no sirviese para la satisfacción de las necesidades más apremiantes de los vecinos de la coronada villa.

La camarera mayor de la reina, marquesa de Montealegre, se había quejado al corregidor D. Torcuato Antonio Collado de los mil apuros que las damas de S. M. pasaban para hacer que sus sillas de manos llegasen á Palacio por los desmontes y barrancos que rodeaban la morada de los reyes, pero ó poco ó nada se había hecho para remediarlo; y si esto sucedía en las inmediaciones del Palacio Real, figúrese el lector lo que ocurriría en otros sitios de la corte.

La mejor cuidada era la calle de Alcalá, donde vivían los embajadores y algunos grandes de España en casas de piso bajo y principal que ocupaban gran espacio, pero desprovistas por completo de gusto arquitectónico.

En una de ellas, de anchísimo zaguán, vivía la marquesa de Branciforte, señora de origen italiano, pero naturalizada en España y de tanta hermosura como talento. Era dama de la reina, y gozaba, según se decía, de la confianza de S. M., que la distinguía mucho y la había concedido la recién creada banda que llevaba su augusto nombre, al mismo tiempo que á la condesa de Aranda, á la duquesa de Medinaceli, á la condesa de Benavente, duquesa de Osuna y á otras damas de la más esclarecida nobleza.

La gente de la aristocracia frecuentaba entonces dos tertulias con especial predilección: la de la condesa-duquesa de Osuna y de Benavente, que recibía en su palacio de la Cuesta de la Vega á lo más rancio y linajudo de la nobleza; y la de la marquesa de Branciforte, que era de un carácter más ecléctico, y á la que concurrían los diplomáticos extranjeros y algunos literatos.

La primera tenía un carácter eminentemente realista y se marcaba en ella la tendencia contraria á Godoy, que había de ir tomando vuelo hasta derrumbar con el tiempo al famoso favorito.

La segunda, por el contrario, era favorable al príncipe de la Paz, cuyos partidarios concurrían allí mucho.

En el palacio de la Benavente, los ídolos ensalzados eran los príncipes de Asturias, y en especial la princesa, la joven esposa del heredero del trono, de cuyo talento contaban maravillas los cortesanos.

En casa de la Branciforte gozaba de gran predicamento el embajador de Francia, general Beurnonville, al que Godoy trataba cou gran consideración, deseando entablar con él relaciones políticas para contar en sus empresas con el apoyo de Bonaparte.

*
* *

Al comenzar el año 1803, el primer cónsul y su esposa Josefina, sin abandonar por completo la Mal Maison, se habían instalado en Las Tullerías, donde la hermosa criolla recibía ya con aparato de reina.

Josefina tenía en aquella época cuarenta años, y aunque su juvenil belleza se hallaba un tanto ajada, se arreglaba con tanto arte, sonreía con tanta dulzura y se vestía con tanta elegancia, que no dejaba de ser todavía seductora.

Tenía por dama de honor á la condesa de Remusat, señora de gran talento, muy ducha en las lides cortesanas, y que estaba en correspondencia con la marquesa de Branciforte y con el embajador francés en Madrid, siendo firme apoyo del Príncipe de la Paz cerca de Napoleón.

*
* *

Otra tertulia había, ahora hace un siglo, en Madrid, que era muy frecuentada por los literatos y artistas: la de doña María Lorenza de los Ríos, marquesa de Fuente Híjar, y esposa del subdelegado general de teatros.

Esta señora era literata; había escrito dos comedias: *El engreído* y *La sabia*, en las que los maliciosos creían ver la mano de Cienfuegos, gran amigo de la autora.

Máiquez, que ya había vuelto de su viaje á Francia, y que con el estreno del *Otello*, en 1.º de Enero de 1802, había alcanzado gran fama, frecuentaba esta tertulia con su amigo el tenor Manuel García, que electrizaba al público que acudía á escucharle en el teatro de los Caños del Peral, que hacía competencia á los de la Cruz y del Príncipe.

En el primero de estos dos actuaba la Bermeja, y en el segundo Rita Luna, que era la que más y más entusiastas partidarios tenía.

Se publicaba en aquel tiempo, dos veces por semana, un periódico titulado *Regañón general*, que se ocupaba principalmente de cuestiones literarias, y especialmente de teatros.

En lo referente á espectáculos no se estaba mal en Madrid el año 1803. Los devotos vivían como el pez en el agua, entre rosarios, procesiones, novenas y otras funciones de iglesia que llenaban los numerosos templos que había en la coronada villa, y eran pocos los espíritus previsores que se preocupasen de los sucesos que conmovían á Europa y habían de venir muy pronto á conmover hondamente á nuestra patria.

KASABAL

ORLAS DE VARELA

LA SEMANA PASADA

En vista de que vamos europeizándonos lenta, pero continuamente, como lo demuestra la hazaña gloriosa del inspector Caro, bueno será consignar, para admiración de las potencias extranjeras, que á más de tener polizontes dignos de pasearse por Picadilly ó por la plaza de la Concordia, poseemos ya verdadera habilidad en el *foot-ball*, deporte inglés fecundo en coscorrones y equimosis de primero y segundo grados.

Importantes partidos de *foot-ball*, ó dicho en castellano, de pelota para jugar con los pies, se han celebrado últimamente en el Hipódromo de la Castellana, sin que hasta el presente hayan tenido que lamentar los jugadores otros percances que algún chichón de menor cuantía y tal cual rotura ó descosido en la taleguilla.

Como premio y galardón honorífico á la habilidad de los jugadores, S. M. la Reina ha ofrecido una artística y valiosa copa, que por todo un año quedará á disposición del *team* ó cuadrilla que consiga la victoria.

El respetable público por su parte va tomándole también el gusto al *foot-ball*, y ya somos varios los ciudadanos que pronunciamos las palabras inglesas referentes al juego, con cierto sonsonete nasal y despectivo que nos cae muy bien, á falta de otra cosa mejor.

Por otra parte, aquí donde hay tanta gente que gobierna, escribe y realiza otra porción de funciones interesantes con los pies, no tendrá nada de particular el que salgan sujetos aventajados en jugar á la pelota con las extremidades abdominales.

COPA DE PLATA REGALADA COMO PREMIO Á LOS JUGADORES DE FOOT-BALL POR S. M LA REINA

PARTIDO DE FOOT-BALL EN EL HIPÓDROMO

*
* *

Mas si el tener *foot-ball*, tranvías eléctricos y de los otros é inspectores como Caro nos coloca á la altura de las grandes capitales de la civilización, en cambio, desde el punto de vista monumental, Madrid deja que desear muchísimo. Tenemos pocos edificios civiles buenos; quizás dos tan sólo: el Museo del Prado y el Palacio Real; y en cuanto á los templos no hay ninguno que por su belleza y capacidad resulte digno de la capital de España.

El barrio de Salamanca, uno de los más entonados y aristocráticos de Madrid, cuenta hoy para su numerosísimo vecindario con una iglesia parroquial mezquina y angosta, en donde los fieles no pueden rebullirse, y por añadidura, destituída de toda belleza y falta en absoluto de interés artístico.

Por fortuna, espléndidos vecinos del barrio, secundando las iniciativas del digno párroco de la Concepción, favorecidas por el Ilmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, han comenzado ya la obra del nuevo templo, cuya primera piedra colocó, con las solemnidades propias del caso, S. M. el Rey en persona. Es de suponer que las obras continuarán con actividad, y que en plazo breve, antes de concluirse la catedral de la Almudena, cuya terminación va para largo, tendremos en el ba-

SS. MM. Y EL ILMO. OBISPO DE MADRID-ALCALÁ YENDO Á COLOCAR LA PRIMERA PIEDRA DE LA IGLESIA DE LA CONCEPCIÓN

FOTS. ASENJO

ASPECTO DE LA CALLE DE SERRANO EL DÍA DE NUESTRA FIESTA INFANTIL

rrio de Salamanca un templo hermoso, artístico y grande, como es menester para las necesidades parroquiales de una parte tan importante y populosa de Madrid.

*
* *

A pesar del grandísimo y penoso trabajo de fin de año y de los preparativos complejos y difíciles que estábamos haciendo para la publicación del periódico *A B C*, no hemos podido privarnos del gusto de reunir en nuestra casa de BLANCO Y NEGRO algunos millares de niños pobres. La caridad de nuestros favorecedores, y singularmente la espléndida generosidad del joven monarca D. Alfonso XIII, que nos ha remitido mil pesetas para comprar juguetes, mostrando así la nobleza de su ánimo y su cariño á los ciudadanos del porvenir, han sido bastantes para que, sin propaganda ninguna por parte nuestra, lograsen satisfacer y ver cumplidas sus infantiles ilusiones tantos niños como en el día más apropiado para ello, en el de los Santos Inocentes, llenaron de risas é inundaron de cándida y sana alegría el lugar donde cotidianamente sólo se escucha el ruido ensordecedor de las máquinas de imprenta y se percibe el anhelo del trabajo apremiante y duro.

El reparto, que empezó á las dos de la tarde y se prolongó hasta las cinco, fué presenciado por muchas y distinguidas damas que honraron esta casa con su presencia, y por ilustrados compañeros de la Prensa madrileña, á la que debemos expresar nuestra gratitud por las frases que con motivo de la mencionada fiesta de caridad han dedicado á BLANCO Y NEGRO.

El acto resultó hermosísimo, y nosotros repetimos nuestro profundo reconocimiento á S. M. el Rey y á todos los generosos donantes que nos han ayudado en esta empresa. La bendición de las almas inocentes les premiará.

En el próximo número de BLANCO Y NEGRO publicaremos nuestra cuenta con el público, á quien tanto debemos.

REPARTO DE JUGUETES Á LOS NIÑOS POBRES EN EL PATIO DE MÁQUINAS DE «BLANCO Y NEGRO» FOTS. CIFUENTES

DE AQUÍ Á CIEN AÑOS

El día 1.º de Enero del año 2003, Fulano de Tal se levantará de su lecho. Un aparato le administrará una magnífica ducha, y no de agua *vulgar* infecta, llena de microbios y nada rica en oxígeno, sino de aire líquido, convenientemente esterilizado y saturado de brisas campestres, de olores á tomillo y á mejorana, que desperecen, refresquen y comuniquen nueva alegría y fresco bienestar al interesado. Y tampoco será una simple ducha exterior como las que ahora nos damos, sino que, por medio de complicadísima red de tubos y enchufes, limpiará boca, dientes, narices, oídos y aparato digestivo, dejando al paciente tan lubrificado por dentro y por fuera como un cañón modelo en un parque de artillería.

Como la limpieza del cuerpo engendra la alegría del alma, Fulano estará contento y satisfecho. Abrirá, pues, el balcón de su cuarto, que supondremos situado en la 123 avenida de la ciudad de Nueva York, y se dejará caer suave y graciosamente al suelo, merced á un paracaídas perfeccionado, que evitará el trabajo de bajar escaleras y el consiguiente desgaste muscular. Al llegar á la calle, Fulano encontrará en ella el bullicioso espectáculo habitual. Las aceras movibles instaladas á derecha é izquierda trasladarán de un punto á otro miles y miles de personas, que de pie ó sentadas en el suelo se distraerán, esperando, como el borracho del cuento, que llegue la casa á donde van, y leyendo revistas ó libros, conversando de negocios ó jugando al *ping-pong* y al *salta* en mesitas que alquilarán los golfos del siglo XXI. Fulano será hombre pudiente y podrá permitirse el lujo de andar á pie por el centro de la calle, bajo la sombra de los árboles, pagando por ello su cumquibus, supuesto que el andar á pie y despacio será entonces diversión carísima, sólo asequible á los potentados, quienes habrán de indemnizar en buena moneda á la sociedad el perjuicio que la causen al eludir la general ley del trabajo y al escurrir el hombro en el concierto del universal ajetreo.

Una vez en paseo, Fulano sentirá curiosidad de saber cuanto pasa en el mundo, y para cumplir su deseo se dirigirá á cualquiera de los periódicos situados á lo largo de calles y paseos, es decir, que se colocará ante una elegante columna de hierro forjado, algo parecida á las actuales básculas automáticas, y depositando un penique en la rendija, si quiere enterarse de la discusión verificada el día anterior en tal ó cual academia, liceo ó reñidero político, al punto verá desarrollarse ante sus ojos toda la escena en la tira de un cinematógrafo polícromo, mientras un fonógrafo perfecto y que no sonará á voz cascada de castañera vieja, como los de ahora, repetirá los discursos de los oradores, los rumores, los aplausos y hasta el ruido de las bofetadas y de los puntapiés, cuando los haya; si quiere saber de la obra estrenada en la noche precedente, el mismo cinematógrafo periodístico reproducirá todas las escenas, y el mismo fonógrafo todas las palabras de los actores, ó los gorgoritos de las tiples; y si á más de ver la pieza aspira á formar una opinión sensata sin molestarse en discurrir, por un penique más verá reproducidos los gestos y las palabras de los señores que compongan á la sazón el *trust* de la crítica teatral.

Saciada su momentánea curiosidad en poco tiempo, Fulano sentirá ganas de almorzar, y acto continuo se dirigirá á la botica ó laboratorio alimenticio más acreditado de Nueva York. Allí, por unos cuantos perros grandes, le suministrarán cinco píldoras de substancia químicamente pura asimilable en su totalidad, equivalentes á un *consommé;* un plato de huevos, otro de carne, otro de pescado y otro de legumbres, con los cuales quedará nutrido para unas cuantas horas, sin miedo á complicaciones gástricas ni intestinales. Pero como ya hemos dicho que Fulano es hombre rico, y la alimentación química, si bien habrá resuelto para entonces la parte más ardua y terrible del problema social, no tendrá nada de sibarítica, Fulano se irá con sus píldoras á uno de los más delicados *restaurants platóni-*

cos, y mientras deglute la píldora correspondiente al caldo, un camarero le pondrá ante ojos y narices una taza de auténtico, dorado y humeante caldo, y se la llevará intacta cuando con vista y olfato haya el cliente apurado el goce más intenso y espiritual de la gastronomía; lo mismo ocurrirá con los demás platos. Y aun cuando entonces las sociedades de templanza formarán parte de la máquina gubernamental del mundo, y el alcohol y sus preparados figurarán en la lista de los venenos, á los ricos se les tolerará la nefanda corruptela de oler una copita de whisky ó de coñac después de la comida; pero olerlo nada más, y eso teniendo en cuenta que la olfación de semejantes porquerías constituirá una intoxicación lenta, y el Estado tendrá verdadero interés en que fallezcan muchos ricos, porque, abolido ya entonces el sistema de los patrimonios, no habrá más universal heredero que la sociedad, la cual se encargará de enterrar al muerto y de mantener y cuidar á los vivos. De tal manera, nadie tendrá en que se muera este ó el otro señor sino un interés infinitesimal y á prorrata, quedando con esto suprimidos los tíos ricos y los sobrinos derrochadores tan usuales en comedias y caricaturas.

Terminada la comida, y teniendo Fulano todo el tiempo por suyo, alquilará un aparato de volar ó aeroplano de los que se usarán entonces para excursiones de recreo, pues los globos dirigibles, por su pesadez y la escasa estética de sus formas, se destinarán tan solo al transporte de mercancías y de gente ordinaria, y en un par de horas se dará una vueltecita por Europa y Asia, gozando de los espectáculos que en el día se verifiquen: unas carreras de caballos en Epsom, una corrida de toros en Sevilla, la degollación de cinco ó seis mandarines en Pekín, una caza de tigres en el Himalaya, etc., etc. Antes del anochecer recalará en Roma y gozará el placer delicadísimo de ver el crepúsculo y oir el toque de oraciones en todos los campaniles de la Ciudad Eterna desde el monte Pincio.

Aquel solemne y sublime espectáculo, presenciado como remate de una jornada de goces tan fuertes y variados, sumirá el espíritu de Fulano de Tal en cierta ensoñadora melancolía. Fulano experimentará entonces deseos extraños, inefables anhelos que todos sus millones y todos los adelantos del siglo XXI no bastarán á procurarle. Y recordará que dos meses antes, paseando por el boulevard de la Magdalena, en París, siguió á una mujer, ¿qué mujer? á una princesa de cuento de hadas; bajo un nimbo de oro formado por los cabellos, dos alas de mariposas, que eran los párpados, jugueteaban mostrando y escondiendo dos brasas, que eran los ojos..... Y Fulano la siguió, intentó abordarla, conversar con ella, ofrecerla tesoros inagotables de dinero y de amor, pero amor del puro y fino, de dieciocho quilates, incendiariamente romántico, refinadamente platónico..... y ella, nada, insensible, esquiva, desdeñosa, sin hacerle el menor caso. La aventura aquella, que en realidad no era aventura, sino interminable comienzo de ella, duraba ya dos meses, ¡dos meses! En el siglo XXI dos meses serán doscientos siglos. En aquellos dos meses se habrán descubierto doscientas mil nuevas especies de microbios, se habrán hundido doscientos millones de sociedades anónimas y se habrán formado otros tantos *trusts* poderosísimos. Todo habrá marchado doscientas veces más de prisa que en la actualidad, menos algo que es ó parece lo principal en la vida. Y Fulano de Tal, harto de recorrer mundo y de ver y gozar de todos los progresos imaginables, irá durante dos años, quizás durante veinte, hasta que esté hecho un carcamal, á *hacer el oso* en pos de una mujer que probablemente le dará calabazas entonces lo mismo que se dan ahora y que se daban hace treinta siglos.

F. NAVARRO Y LEDESMA

DIBUJOS DE REGIDOR

En un reducidísimo portal que más bien tenía honores de pasillo, había establecido su taller de zapatero el Sr. Joaquín: una mesilla baja, una silla de Vitoria, un barreño con cuatro carbones, eran toda la *mise en scene* de aquel modestísimo Crispín, que á la vez que tiraba de cabo ó machacaba suela, ejercía augustas funciones de portero y llevaba el alza y baja de la numerosa vecindad que ante sus ojos desfilaba, con sus historias y sus murmuraciones. Las alegres comadres del patio tenían en el Sr. Joaquín la crónica viva de todo lo que ocurría en la vecindad. El Sr. Joaquín era para todos la propia verdad, y cosa que asegurase el zapatero, no tenía vuelta de hoja.

El Sr. Joaquín, con poderes del casero, alquilaba y desalquilaba las habitaciones, y por consiguiente era el primero en tomar la filiación y dar el quién vive á los inquilinos. Una tarde en que nuestro hombre estaba muy atareado terminando unas botas de becerro que le había encargado un matador de novillos que iba á debutar en la plaza de Madrid en clase de fenómeno, se paró delante de la tablilla que decía «se alquilan cuartos interiores» una mujer joven, pobremente vestida, que llevaba una niña de la mano. Preguntó por el alquiler, lo encontró de su gusto, convinieron las condiciones, y al día siguiente quedó instalado en la nueva casa, por todo ajuar, una camita, una mesa-camilla, cuatro sillas y una máquina de coser. A los pocos días ya hubo junta magna en el chiribitil del Sr. Joaquín.

¿Quién sería la nueva inquilina? Las comadres trataron de levantar el rastro con su olfato de perros perdigueros, pero nada pudieron sacar en limpio; además, el carácter poco comunicativo de la joven, que se limitaba á decir «buenos días» cuando pasaba, era el obstáculo más serio para toda clase de indagaciones. El zapatero, sin embargo, ó más diplomático ó con mejor fortuna, pudo advertir que no había gato encerrado; aquella muchacha misteriosa era una obrera que vivía de lo que le producía su trabajo en un taller de ropa blanca. La conducta de la joven y su humildad despertaron entre los vecinos una profunda simpatía. Pasaron dos meses; la joven dejó de salir á las horas acostumbradas; su semblante, animoso y sonriente antes, se entristeció. El zapatero no dejó de notar este cambio. Llegaron las Pascuas; todo el mundo se dispuso á repicar fuerte en los panderos, y los corredores se alegraron con el repique de las castañuelas, el griterío de los chicos y el batir de los almirezes.

El Sr. Joaquín, que se interesaba vivamente por la muchacha, supo por una verdadera casualidad que la falta de trabajo la tenía reducida á la miseria; la niña, antes tan asiduamente limpia, iba mal vestida y casi descalza; cuando el zapatero la veía pasar, cogida á las faldas de su madre, dejaba el tirapié, y por encima de las antiparras la contemplaba con extraordinaria admiración. «¡Eso es virtud!» se decía. «¡Otra en su caso iba á aguantar lo que esta pobre!» y seguía machacando filosóficamente.

Era la víspera de Reyes; la niña, en un momento de alegría, abrazó á su madre al verla llorar, y la dijo con la ingenuidad encantadora de los niños: «¡No te apures, mamá! mañana los Reyes, que son muy buenos y que me quieren mucho, nos sacarán de apuros!» La madre miró tristemente á su hija y la besó. En la ventanita que daba al patio puso la niña sus zapatitos rotos. Se acostó, y abrazando á su madre le decía: «¡Ya verás, mamaíta, en cuanto amanezca, ya verás! ¡Los Reyes madrugan mucho!»

Con efecto; al siguiente día, en cuanto el alba desgarró las sombras de la noche, la niña, asomándose á la ventana, batió palmas de alegría. En lugar de los zapatitos rotos y sucios, encontró unos preciosos de charol. «¿Ves, mamá, como los reyes se han acordado de mí?»

En aquel momento el zapatero se metía en la cama, después de haber pasado toda la noche en vela para terminar á tiempo los zapatitos de charol.

LUIS GABALDÓN

DIBUJO DE ROJAS

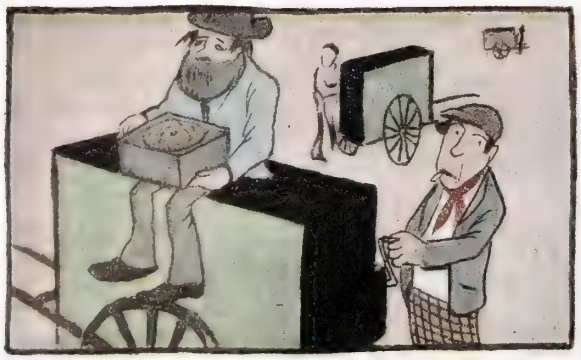
JUICIO DEL AÑO 1903

1.—Los jefes de los partidos se dedicarán exclusivamente á la regeneración de la patria.

2.—Los espadas de cartel entrarán á matar en corto y por derecho.

3.—En los teatros del género chico no se representarán ya zarzuelas regionales.

4.—Los empleados públicos despacharán los expedientes con la velocidad de un tren expreso.



5.—Por fin desaparecerán de las calles de Madrid los insoportables organillos.

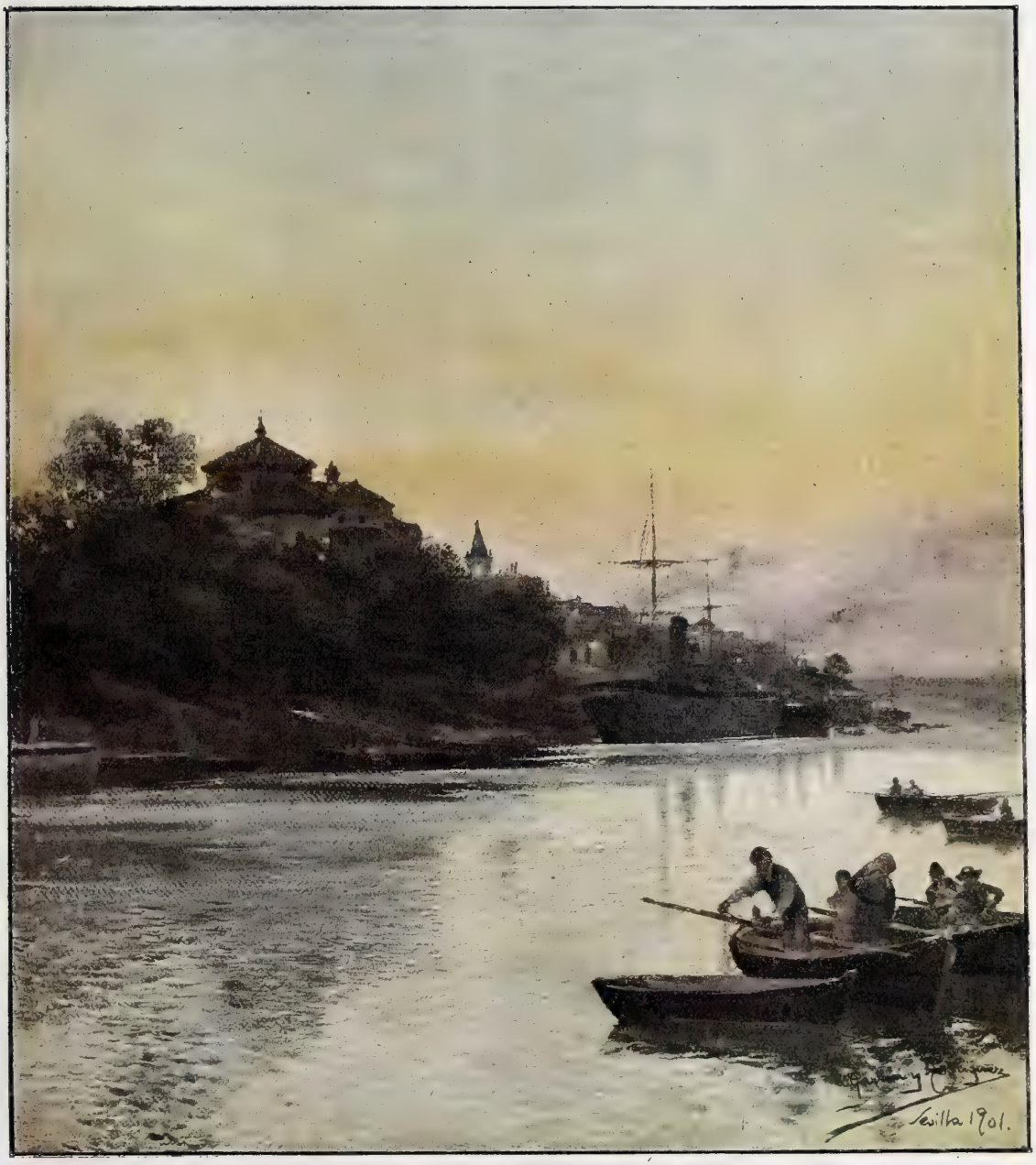
6.—Los tenderos de ultramarinos venderán géneros tan puros, que se digerirán á sí mismos.

7.—Los pobres pedigüeños se habrán hundido también en la sombría noche de los tiempos.

8.—Y el ministro de Hacienda obsequiará á los contribuyentes con billetes de Banco de mil pesetas.

AÑO TRECE Y NÚMERO 610 MADRID DÍA 10 DE ENERO DE 1903.

BLANCO Y NEGRO



GUADALQUIVIR

El hondo, el profundo le llamaron los griegos; el río grande le apellidaron los árabes, y en sus floridas márgenes, en sus apacibles riberas han descansado varias civilizaciones.

Ríos más anchos, de caudal más copioso, de cauce más largo, de más florecientes industrias en sus orillas, hay muchos en Europa, grandes vías para el comercio abiertas por la mano de Dios á la actividad humana.

Pero ningún río europeo tiene, como el Guadalquivir, tantos encantos en sus riberas para el ensueño, para la tradición, para las escapatorias del espíritu á la misteriosa región donde lo imaginario es realidad; ¡país dichoso, no más extenso que cualquiera de las floridas y minúsculas islas cuyo contorno acarician las aguas del Betis, pero más poblado que la nación más fecunda y poderosa de la tierra!

Asombra en las orillas del Ibaizábal, próximo ya á su desembocadura en el Cantábrico, contemplar las altas chimeneas y los negruzcos edificios de los altos hornos. Pone espanto en el ánimo ver cómo surge de pronto, á manera de estallido de un volcán, la inflamada lava de los convertidores, relámpago que se convierte en semillero de brillantes chispas que se reflejan é incendian con su resplandor las grises ondas del río vascongado.

Los mil y mil rumores estridentes de la actividad del hombre suenan á uno y otro lado del Nervión con crujidos de hierro, retumbos de barrenos, alaridos de sirenas que llaman ó despiden á los operarios de las fábricas, golpeteos roncos de mineral que cae en las entrañas de los buques, y el formidable himno del trabajo acompaña á las aguas del anchuroso río hasta que el mar las recibe en su seno.

Pero esos mil ruidos que atestiguan una vida nueva, y con su agria armonía evocan en el alma del que los escucha una vaga canción del porvenir, no tienen para muchos oídos el encanto que les produce el suave rumor de los remos batiendo los aguas del Guadalquivir, rumor lleno de caricias y misterios como una rima de Becquer.

En vano la industrial Sevilla desparrama por las orillas de su río grande centros fabriles y factorías comerciales; todo el vigor de la vida nueva, con tan poderoso relieve acusado en las márgenes rocosas del Nervión, bajo un cielo gris y en la proximidad del terrible Cantábrico, todo ese vigor cede y desmaya en las floridas riberas del Betis, inundadas de luz por el sol de Andalucía, y más propicias á los ensueños del amor que á las inclemencias del trabajo.

Ya aquellos sibaritas senadores romanos, de augusto entrecejo para dominar el mundo y de delicado paladar para el saboreo de los placeres, eligieron las márgenes del Guadalquivir como lugar predilecto de apartamiento y recreo. Los patricios de Roma poblaron aquellas risueñas orillas de preciosas quintas casi ocultas entre los rosales, y en ellas olvidaban las crueldades del César aspirando el delicioso perfume del azahar y de las rosas.

A la orilla del Betis edificó también el fantástico D. Juan su fantástica quinta, y á ella condujo á doña Inés para regalar su oído con las famosas décimas, balbuceadas por todos los actores y aficionados que en España han sido, y aun por todos los españoles que se sienten un poco Tenorios, es decir, por todos los españoles.

Y como si esto no fuera bastante, otro genio de nuestra literatura, el inmortal duque de Rivas, dejó en la más hermosa de sus producciones dramáticas aquellas frases que arranca á D. Alvaro el recuerdo del bien malogrado:

¡Sevilla, Guadalquivir,
cuál atormentáis mi mente!.....

que vienen á los labios de todo aquel que siente la nostalgia de algún sitio apacible y encantador perdido para él de por vida.

El Ebro será el río de nuestra nacionalidad, pero el Guadalquivir lo es de nuestras leyendas; el Ibaizábal ó Nervión arrastrará al Cantábrico sus aguas mezcladas con el sudor del trabajo, pero el Betis lleva las suyas al mar adormecidas por la dulzura balsámica del ensueño.

Conducid á un hombre, por frío que tenga el corazón y desengañada la mente, á una quinta de las orillas del Guadalquivir, y sentirá la inquietud sagrada de la poesía cuando la tarde decline, las aguas del río se iluminen con los postreros rayos del sol, las flores exhalen, cabeceando, sus perfumes, y el misterio vaya rodeándole con la laxa caricia de la sombra mientras pasan y pasan las ondas del río

DIBUJOS DE GARCÍA Y RODRIGUEZ

PABLO DE ELCANO

NOVELA POR ENTREGAS

CAPÍTULO XLVIII. DE DONDE SE VIENE EN CONOCIMIENTO DE QUIÉN ERA DON ENRIQUE DE QUIRÓS CON EL TRÁGICO SUCESO QUE ACONTECIÓ DESPUÉS

A la vuelta del camino real que conduce al vetusto castillo del Cuervo, nido de águilas y cigüeñas, únicos moradores hoy del que fué antiguo solar del condestable D. Pero Hernández de Zúñiga, muerto en infamante cadalso por haber caído en desgracia del rey, y en el mismo punto donde se separa, siguiendo la margen derecha del río, la carretera que va hasta Segovia, hay, ó mejor dicho, había por los años de 1600 un mesón llamado *El ciervo de oro*, donde era fama se servían los mejores cabritos y el mejor vino de la ribera. Era el tal mesón muy visitado por feriantes de los que allí pasaban á los mercados de Troncoso, Medina, Seca y Espinella; cuadrilleros de la Santa Hermandad, comediantes y alguna que otra silla de postas que hacía alto para mudar el tiro. No faltaban maliciosos que asegurasen que más que el vinillo y los cabritos, daba fama al mesón la hermosura de María, la hechicera hija del mesonero. Pero ninguno de los que por ella suspiró amores pudo rendir su corazón; digo ninguno, y miento: alguien había que más seductor que los demás ó más afortunado pudo cantar victoria. Oigamos, aunque pequemos de indiscretos, una interesante conversación al pie de un añoso roble, donde se veían todas las tardes María y el galán afortunado, un gentil capitán de arcabuceros llamado Enrique de Quirós.

—No sé qué os ocurre hoy, linda María, que os veo triste y silenciosa. ¿Acaso no me amáis? ¡Si eso fuera, me consideraría el hombre más desgraciado!

—¡Oh, no!—dijo vivamente la niña.—Quizás porque os amo tanto es por lo que me véis así.

Enrique suspiró satisfecho, y tomando una mano á María, la retuvo cariñosamente entre las suyas.

—¡Decís que por qué estoy pensativa! No sé por qué, recelo que vos no sois lo que me habéis dicho tantas veces, sino que sois persona más principal y acabada, y juzgo cuán difícil será entonces que la hija de un mesonero llegue hasta vos.

—¡Oh, callad, callad, preciosa criatura—dijo Enrique cubriendo de besos la mano de la niña;—desechad tal temor, que si así fuera, yo sería el primero en descubrirme ante vuestro padre dándole razón de mi estado; que yo os amo, encantadora niña, por vuestra hermosa alma y juveniles hechizos, capaces de trastornar la mente no á un modesto soldado como yo, sino al mismo rey en persona.

—¡Ah! sí, tenéis razón; os creo, os creo,—exclamó la joven radiante de alegría; pero arrepintiéndose de aquel arrebato amoroso, bajó con timidez la vista.

En este punto comenzó á caer la tarde. Por detrás de los montes, el sol se iba hundiendo lentamente, esparciendo por la llanura sus débiles reflejos de luz amarillenta. Los jóvenes amantes se pusieron en pie.

—Ya es hora—dijo María—de que regresemos al mesón.

Y entrelazadas sus manos, mirándose como queriendo fundir con su calor las dos almas, empezaron á caminar despacio, temerosos de llegar pronto, ebrios de felicidad y ajenos á todo cuanto á su alrededor pasaba; tan ajenos, que ni siquiera notaron el violento galopar de unos caballos que se acercaban. Los jinetes en poco tiempo dieron vista á la enamorada pareja, con gran contrariedad y visible disgusto de Quirós, que no tuvo tiempo para ocultarse de los jinetes. Estos, así que le vieron, echaron pie á tierra, y sin advertir la presencia de María, que atónita contemplaba la escena, exclamaron:

—¡Señor, poneos en marcha apresuradamente! Un grave motín, capitaneado por el conde de Buitrago, pone en peligro vuestra corona. Aún es tiempo; venid, que vuestros leales vasallos os esperan.

¡Era el rey! ¡Pobre María! Pálida como la muerte llegó al mesón, conteniendo difícilmente los sollozos que la oprimían el pecho; besó á su padre, que no advirtió en ella nada extraordinario, y después de leer repetidas veces la última carta de Quirós, se dirigió al pozo, y diciendo «¡Perdón, padre mío!», se arrojó desde el brocal al fondo.

Desde entonces cuentan que siempre que al anochecer se escucha por la carretera galopar de caballos, una figura vestida de blanco se asoma por uno de los torreones del castillo del Cuervo y agita un pañuelo encarnado.

NOTA. *Con la presente entrega recibirán nuestros lectores una plantilla para la colocación de las láminas.*

(Continuará «El amor en las novelas de Paul de Kock».)

POR LA PARODIA,
LUIS GABALDON

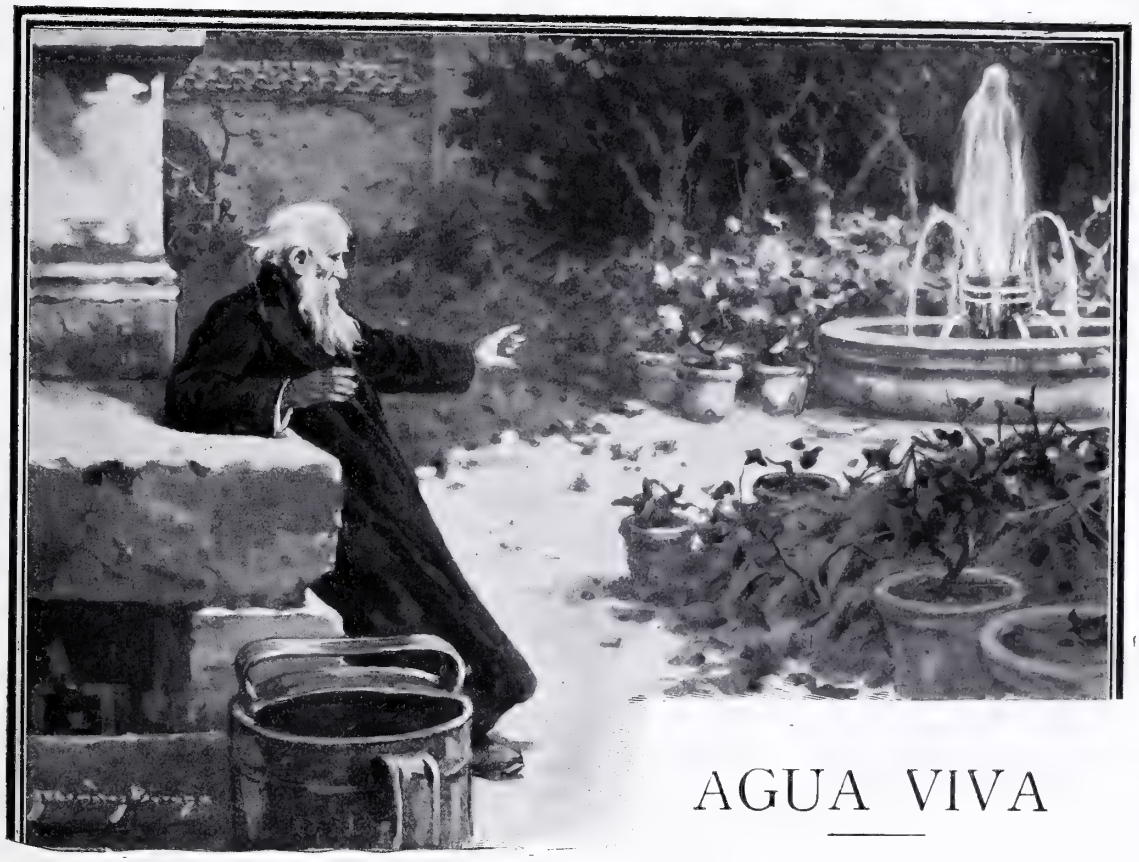
VAGABUNDOS RUSOS

Son los modelos de Gorki, el terrible narrador de las desdichas de un pueblo que no acaba nunca de libertarse y redimirse. Dicen los amantes de lo pintoresco, que España es el país de los mendigos interesantes. No hay tal cosa. El verdadero país de las grandes miserias no es España, no es tampoco la triste Irlanda, es la inmensa y desolada Rusia. De aquí que todos los escritores, Gogol, Dostoieusky, Tolstoi, y en estos últimos tiempos Máximo Gorki, sin quererlo ó queriendo resulten revolucionarios, enamorados de las reivindicaciones del pueblo sufrido é infeliz, porque basta pintar la realidad á conciencia, sin tapujos ni adornos, para que la intención nihilista resulte.

Vése bien claro esto en los cuatro tipos de vagabundos fotografiados en esta plana: en la niña rubia y anémica, retoño de una raza de sangre empobrecida, y que guía la carreta primitiva arrastrada por un jamelgo de aspecto tristísimo; en el pobre pedigüeño de luenga barba y catadura feroz; en el arriero que masculla su pipa, esperando vender su miserable mercancía de patatas ó escanciar á algún trabajador alcohólico el caneco de *vodka;* en fin, en el santero que á la puerta de todas las iglesias aldeanas pide para el mantenimiento de las imágenes y para la sustentación de los misérrimos *popes*, sacerdotes malpagados del culto griego.

Por las obras de Máximo Gorki, que ha sido uno de tantos vagabundos, circula, gruñendo en son de protesta, emborrachándose para olvidar sus malandanzas, profiriendo juramentos terribles y cometiendo crímenes horrorosos, toda esta muchedumbre hambrienta, triste, sin pan ni alegría. El efecto artístico de tales narraciones resulta el más humano, el más bello: la compasión.

* * *



AGUA VIVA

Se lo oí contar á mi tío, un buen hombre que pasaba noches en vela traduciendo á Horacio—nos decía don Juan, el último vástago de los Castros y Pimenteles de la comarca;—y hay que advertir que mi tío era doceañista, casi volteriano, nada avenido con brujerías y ñoñeces.

De aquí, de esta misma casa en que estamos, salieron muchos Castros y Pimenteles para hacer grandes servicios al país y al trono. Como en todas las extensas estirpes, hubo de todo. Uno que murió en Flandes; otro que desollaron los turcos: otro que sacó del gobierno de Méjico la plata por arrobas; tal, que murió en silla episcopal muy honrado y enaltecido; cuál, que brilló en las humanas letras y fué lumbrera de sinodos y cabildos; y por no faltar nada, no faltó quien muriera en la cárcel, no más que por excederse un tanto en adelantado y aventurero.

La casa, como ustedes ven, se viene abajo al peso de tanta gloria; y no hay pared sin grieta ni techo que no dé paso á la luz con harta y pecadora comodidad. Con la desamortización se fué el vínculo, se fueron las rentas, se fueron los censos y el señorío y el *coram vobis*... Ya no me queda más que esta ruina.

—También queda—dijo uno—ese blasonado y venerable tonel cuyo es el noble vino que bebemos.

—Vino mezclado con plebeyo mosto. No hay que fiarse, señores; al cabo de doscientos años, si el tonel no se refresca, no hay vino que beber. El doceañista tenía razón al escribir en su libro de horas —que alguna vez hacía que rezaba:—«Nos hace falta un poco de plebe.» Y en cierto lugar de *El Quijote* estampó también de su puño y letra esta otra rara observación: «Un conde pedía Sancho para su hija: *Don Quijote* adoraba á una labradora. Casárase con Sanchica y todo concluyera en paz y en honra de un linaje fuerte.»

Pues lo que iba diciendo es que mi tío, tan poco dispuesto á «libros de caballería», tuvo una noche el triste capricho de soltar los chorros de esa fuente hoy casi ahogada por las ortigas y jaramagos, como todo este condenado jardín que huele á cementerio. Tiró de aquella asa de hierro que veis en esa esquina, dejó caer el sillar verdinegro, y haciendo funcionar con gran trabajo el enmohecido resorte que hay en el hueco, lanzó sobre la fuente la espumosa vena. Era á estas horas, en el crepúsculo plenilunar, en que se funden suavemente los tonos rosados del sol desaparecido con la claridad plateada del astro de la noche.

Primero, dice que oyó un sonido ronco de fauces resecas; luego, una trepidación de mármoles despertando..... al fin, un cántico triunfal, una especie de himno á la gratitud y á la vida que acompañaron los polvorientos cipreses humedecidos y resucitados.

Un aura fresca se esparció por el jardín abandonado, como soplo de vida..... ¡Ah, el agua es divino deleite! Es como latido musical de las cosas confusamente animadas.

Os lo probaré haciendo lo mismo que mi tío: ayudadme á mover el resorte, que quizá funcione por última vez..... ¡Así! ¿No oís? Es el agua que ruge de alegría llenando las arterias rotas: ya salta, ya envuelve la fuente con sus caños espumosos; cada agujero, cada grieta, es otro caño. ¿No sentís cómo este jardín ha encontrado su alma? ¡Oh, Píndaro, qué bien hiciste al cantar al agua, «lo mejor del mundo!»

Ahora, ved eso: de la espuma se va formando una niebla en lo alto; la sombra de aquel ciprés la destaca, perfilada, casi personal.... ¿No veis que ya no es niebla, que es fantasma vago, medroso, ondulante, amarrado á la fuente por lazos aéreos é inrrompibles? ¿No os parece el contorno de una mujer blanca

que se yergue, se arrodilla, tiembla, se abate suplicante ó se alza amenazadora? No diréis ¡que le falta voz. La fuente recomida y destrozada le presta su múltiple voz, toda la grandiosa armonía de sus caños y sus grietas.

Mirad, desde aquí, frente á la luna, y veréis á través del fantasma aquel grupo de amapolas en lo alto del jarrón deshecho. ¿Es sangre, verdad? Parece que todo ese vago cuerpo se baña á veces en una trémula llamarada roja. Es como el alma de una estirpe aprisionada en el viejo solar. Y lo es, lo es, porque esa quimera vive... Es la carne sacrificada á nuestros Manes desventurados.

Oid: mi tio cuando vió eso, tuvo una inquietud muy honda. Quiso escudriñar el misterio entre las leyendas del linaje, oídas en la infancia como un canturreo adormecedor, y olvidadas en la juventud como un fardo inútil de falsa pedrería. Y al cabo, registrando papeles borrosos y libros gastados por la devoción de muchas generaciones, encontró en la deshilvanada crónica una página dramática de alto interés para nosotros:

«Día de la Ascensión de Nuestro Señor J. C., vino don Fernando Pimentel con hombres de su casa, á don Juan de Castro, su sobrino, para le honrar y visitar. Pidieron al dicho don Juan la esclava blanca que trujo de la mar de Levante y el hijo que el dicho don Juan hubo de la dicha esclava, para le degollar, por ser en deservicio de Dios que un tan gran linaje se desbaratase, parando en tal ruindad y flaqueza.

»Don Fernando Pimentel apretó en la entrega, pareciéndole que por conjuros y bebedizos de la dicha esclava, muy sabidos por los infieles, abandonaba don Juan honra y hacienda y daba treguas á recibir á doña María, cuyo esposo era antes de partirse al turco, y así como ya le vieran flojo y menos ahincado en su defensión, dos hombres de la casa de Pimentel buscaron á la esclava y la degollaron en el huerto, sin que declarase dónde estaba el hijo ni qué había sido de su persona.

»Dos meses corridos casó don Juan con doña María Pimentel, de la que hubo á don Alvaro y á doña Mencía, muriendo en su cama ahorcado sin que nada se pusiera en claro de este suceso que acaeció al sinventura.»

Y en un libro muy viejo de oraciones, en que alguna digna abuela guardaba recuerdos de amor y recetas para hacer guisos y confituras, vió mi tío una lacónica nota marginal que decía:

«Viernes por la mañana se empezó á hacer la fuente en medio del jardín. Dice el maestro Roselli que será cosa de ver cuando esté acabada y suenen los caños como un órgano. Se ha dispuesto en el mismo sitio en que dicen mataron á una esclava que ahorcó á un mi abuelo. Yo creo que es mentira, pero me da miedo.»

En otra nota, al final del horario, de letra más juvenil, se lee este lamento doloroso:

«Mañana voy al convento: no saldré ni viva ni muerta. ¡Qué pena tengo de dejar estas cosas! Anoche hice correr la fuente y vi al fantasma. Cantaba cosas de amor, y vi que tenía sangre..... ¿Será alguna mujer sacrificada? ¡Ay, somos muchas entonces! Yo también quisiera venir así, en forma de niebla, todas las noches, todas, ¡siempre!»

Entonces fué cuando estampó mi tío aquella frase desesperada de una estirpe que ansía vivir: «¡Nos hace falta un poco de plebe!»

José NOGALES

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

EL GRAZNIDO INTRÉPIDO

REVISTA

CUADRO PRIMERO

CALLE EN TELÓN CORTO

(MONÓLOGO, PERO QUE CON MUCHOS CHISTES)

Sale D. Segundo; lleva la mano derecha oculta y metida entre dos botones del gabán; en la izquierda, un cigarrillo encendido, y cada vez que se lo lleva á la boca y chupa, el flautín de la orquesta da unas notas que se suponen salir del cigarrillo; y vamos con los chistes de

D. SEGUNDO.—Yo... he sido gobernador; gobernador de... fuelles y paraguas; sobre todo de fuelles; pues bien; los fuelles me soplaron en... en la cárcel por no pagar la contribución. Esa fué mi primera profesión. Y ustedes dirán: ¡pobre hombre! al primer tapón, zurrapa. Pues no, señores; fué al segundo; porque yo, para servir á ustedes, me llamo Segundo Tapón Zurrapa, para lo que gusten mandar. Como desgraciado, lo soy, y mucho. Puse agencia de amas de cría, y al día siguiente se inventaron los biberones y la harina lacteadas; después, una tienda de abridores de latas de conserva; y á pesar de los abridores... tuve que cerrar. Luego me dió por las antigüedades, y me timaron, porque me ofrecieron un trozo de la levita de D. Rafael del Riego, mandé el dinero por delante, y recibí una manga de riego desboquillada y que se salía por todas partes; tanto, que la vendí por una peseta de las de cinco reales á la libra, porque era falsa. Me encargué estos pantalones, rayados, porque me dijo un oficial de artillería que con el rayado se alarga más... y me los sacaron cortos; y eso que con la tela que compré, el sastre, en vez de un pantalón, quería *hacer dos;* pero eso de... *á cerdos* me pareció una guarrería.

(Vuelve á chupar el cigarrillo y se oye el flautín.)

—¿A que no saben ustedes por qué suena este cigarrillo? ¡Porque no tenía papel de fumar y lo he liado con una carta de Chapí! Ahora, al marcharme, perdonen si no les saludo con la mano derecha; he sido atropellado por un coche, y me ha dislocado el codo y me ha destrozado la muñeca... ¡Qué lástima de muñeca!... *(Se desabrocha.)* Sí; lo menos creerán ustedes que voy á sacar una muñeca de juguete con la cabeza rota... ¡Ca! Una muñeca para barnizar las puertas de una tienda que acabo de abrir y pongo á la disposición de ustedes. *(Enseñando una muñequilla de trapo.)*

(Mutación; al frente tres puertas practicables, sobre las que se lee: «Verdulería y frutería; Confitería y repostería; Pollería y huevería».) Salen: de la verdulería, ARAGONÉS, VALENCIANO, VALENCIANA, Y HEBREA; *de la confitería,* DOÑA CLARA, POLÍTICO, ANARQUISTA *y un* CUALQUIERA; *de la pollería,* NODRIZA, SEÑORITO, ETC.

MÚSICA

ARAGONÉS. Esta calle sí que es calle;
tiene puertas infinitas;
cada puerta es una tienda,
cada tienda una revista.

DOÑA CLARA. Yo me llamo Clara...
la clara del huevo.

CUALQUIERA. Aquí están las yemas.....
(Mostrando los dedos.)
Una en cada dedo...

POLÍTICO. Yo soy de Gijona
el rico turrón...
ANARQUISTA. Y yo represento
al coco feroz.
VALENCIANO. Yo soy el melón.
VALENCIANA. Yo soy la sandía.
ARAGONÉS. Yo el melocotón.
HEBREA. Yo soy la judía.
NODRIZA. Yo soy la gallina.
SEÑORITO. Yo soy el pichón.
TODOS. Vivan las revistas,
á la jota, jota,
que son manantiales
que nunca se agotan
Sale la lechuga,
sale la cebá
y sale la paja
para una empajá.
ARAGONÉS. Con la paja y la cebada,
con la alfalfa y las verduras,
sacen milenta revistas
y también come mi burra.
TODOS. Vivan las revistas, etc.
(Hablado; melopea en la orquesta.)
SEGUNDO. De final, los altos hornos
de Bilbao, que es una cosa
que le pega á la revista
como á un santo dos pistolas.

MUTACIÓN

Interior de Altos Hornos de Bilbao, servidos por señoras del coro.

SEGUNDO. *(Al público.) (Sigue la melopea.)*
¡Loor al pueblo español
que en el trabajo se afana
y la actividad humana
demuestra de sol á sol!
(Bengalas.) (Telón.)

THALÍA PUTREFACTA

ESTILO ULTIMO

UN APROPÓSITO PARA EL BENEFICIO DE «LA CHUMBOS»

MONÓLOGO

Calle corta. LA CHUMBOS *vestida de golfo dice al público:*

De gracia no hago derroches,
ni me llamo Nicomedes;
mas... salgo á decir á ustedes:
Señores, muy buenas noches. *(Ríe.)*
Que les cuadre ó no les cuadre
mi sentimiento profundo,
sepan que estoy en el mundo
sola, sin padre ni madre. *(Nota sentida.)*
Ellos murieron y... al hoyo
los llevarían, supongo,
y hoy me encuentro como un hongo
en la mitad del arroyo. *(Ríe.)*
Perdonando los agravios
muestro relativa calma...
¡Con la tristeza en el alma! *(Nota sentida.)*
Con la alegría en los labios. *(Ríe.)*
Como necesito *luz (dinero)*,
yo les vendo, en tono módico,
por una perra, un periódico
de papel y sin Chapuz. *(Ríe.)*
Si me lo compran me salvo
y el pendingue luego cojo...
(Dirigiéndose á un señor de las butacas.)
¿Por qué me ha guiñado el ojo
ese caballero calvo? *(Ríe.)*
usted, sí; no haga sonrojo·
negarlo fuera prolijo...
¿Qué le vamos á hacer, hijo,
si usted me ha guiñado el ojo? *(Ríe.)*
Y á ese joven de los lentes
(señala al espectador que le parezca conveniente)
que de mi pudor con mengua
me está enseñando la lengua,
yo le enseñaré los dientes. *(Ríe.)*
Señores, tal desparpajo
no es posible se conciba;
me guiñan los de allí arriba *(gallinero)*;
me guiñan los de aquí abajo *(butacas)*. *(Ríe.)*
Al verlos tan alegrillos,
me tiro por las paredes.

Son muy repillos ustedes... *(Al público siempre.)*
pero que muy retepillos... *(Ríe.)*
Haré una cosa... ¡Anda la osa!
Quien quiera que alargue el húmero
y le regalaré un número;
no puedo hacer otra cosa. *(Ríe.)*
Así todo se concilia
cuando hay voluntad sin tasa;
con que... expresiones en casa;
recuerdos á la familia. *(Ríe.)*
(Vase riendo y á la carrera.)

MELITÓN GONZALEZ

EL HOMENAJE

El veintiuno de Enero la ciudad de Arras ardía en fiestas. Las campanas repicaban: de San Waast á San Nicolás sus ecos se respondían desde el amanecer, y sus graves notas de bronce al caer sobre la ciudad hacían temblar la nieve amontonada en los tejados. Las estrechas y sombrías calles empavesadas con banderas y gallardetes, adornadas con tapices, colgaduras y guirnaldas de flores, se esforzaban por resplandecer entre la niebla. Todo el vecindario estaba despierto y engalanado: los burgueses se habían calzado sus zapatos relucientes con hebilla de plata, y las burguesas con sus lindos vestidos de seda *pompadour* estudiaban, delante de sus espejos, la apostura de las marquesitas de entonces; las jovencitas, para conservar los bucles intactos hasta el momento supremo, habían pasado noche y mañana con los cabellos envueltos en *papillotes*, y los muchachos, impacientes, con el ojo avízor, se asomaban á las puertas entreabiertas.

El acontecimiento es de los más importantes. Monseñor el Delfín de Francia va á pasar por la ciudad y á parar en ella: hace tres días que se le espera, y se sabe que va á oir misa en San Waast. Lo ha dicho el señor cura, á quien se lo prometió el confesor de la Delfina, de la bellísima Delfina, que viene también con el Delfín. ¡Dicen que es tan bonita!..... Y su llegada es un grande honor para la ciudad, porque dentro de pocos días, sin duda, la joven pareja se sentará en el trono de Francia, pues Luis XV está muy enfermo.

—¿Qué nombre tomará el Delfín cuando sea rey?

—¡Toma! Luis XVI; es natural.

—Y su mujer, María Antonieta. No tiene más que dieciocho años.

—Y él no llega á los veinte. Debe de ser agradable ser rey á esa edad.

—¡Ya lo creo! Ese mocito hará carrera.

En la ciudad todo es prisas, tropezones, alegres encuentros. Los rostros flamencos se ensanchan aún más que de ordinario, animados por la risa. Los vecinos bien informados que presumen de buenas relaciones en la corte de Versalles, cuentan y no acaban del príncipe, de la princesa, de sus caractéres, de su vida.....—¿La habeis visto? ¡Es lindísima! ¡Tiene un color! ¡Y una piel, como si tuviese luz dentro!—Y además, es tan alegre..... Siempre está riendo.—Sobre todo con el conde de Artois. A cada instante están haciendo excursiones en burro por el parque de Versalles.—¿En burro?..... ¡Vamos, vamos! Usted

nos ha tomado por unos paletos. Las reinas montan á caballo, pero lo que es en burro..... Calle usted, por Dios. Las reinas montan la cabalgadura que quieren; si no ¿para qué les servía ser reinas? Y el rey la adora, según dicen.—¡Ya lo creo! es una excelente persona, y nada altivo ni orgulloso: me han dicho que en sus ratos de ocio se dedica á cerrajero.—¡Bah, bah! Hablillas..... Vaya usted á saber.....—No, si afirman que lo hace para adelgazar, que trabaja con un cerrajero de veras y que éste le está enseñando el oficio.—Pues á mí, eso me parece de perlas; está muy bien que los reyes sepan hacer algo.....

En esto, redoblan los tambores á lo lejos, suenan los pífanos, se levantan las nubes, el cielo aparece claro, pálido. Un rumor sordo y creciente se oye por la calle Vinocq..... «¡La carroza! ¡La carroza!» y todas las voces repiten este grito.

Como juguetes nuevecitos que salen de su caja, aparecen por la puerta grande de la Casa Consistorial los altos personajes vestidos de gran gala y se colocan entre las columnas de pórfido: en medio el obispo, á su derecha el párroco de San Waast, y detrás y en torno de ellos una marejada de sedas de colores chillones que se mueven, se agitan, se colocan. Por cima de las figuras los siete arcos de la columnata coronan de sombra la abigarrada visión; en el fondo oscuro del pórtico un grupo de muchachitas vestidas de blanco parece un ramillete de margaritas oculto en una cueva.

Súbito, la música municipal escondida en un rincón entona un paso de baile, y en aquel instante los dragones de la escolta desembocan en la plaza á todo galope. Detrás, por entre las cabezas de los caballos, se divisa una tabla brillante que refleja las luces: el techo de la carroza. Los curiosos se ponen de puntillas. La doble fila de los dragones se despliega en forma de abanico y el coche regio se adelanta hasta llegar á las alfombras; los caballerizos se lanzan á las portezuelas.

Primero baja del coche la Delfina: ya se la ve, erguida, sonriente. Tras ella aparece el Delfín, con casaca de color avellana. Levántase inmenso clamoreo en derredor de ellos, y en la plaza entera, en puertas y ventanas, en paredes y tejados suena un viva entusiasta, vibrante, grito de amor y de gratitud, alegría filial que envuelve á la pareja en quien todas las esperanzas se fundan, la futura reina y el futuro rey.

Todas las miradas se fijan en ellos. El está grave, un poco pálido, un poco fatigado, los ojos algo saltones: ella, al contrario, yergue la frente un tanto provocativa, aspira con fuerza el vaho de vida, lanza miradas de frente por bajo de los altaneros arcos de sus cejas: su boca parece lanzar un beso á la muchedumbre; plumas y penachos titilan sobre los rizos de sus cabellos rojos. Todo en ella parece vivo, animado: hasta sus ropas. El pueblo no tiene ojos sino para ella, y el *hurrah* del saludo popular acaba, al mirarla, en un suspiro de cariño y ternura. Mujer, al fin y al cabo, se ha visto rodeada de amor y torna la cabeza, sonriente, hacia otra persona que se desliza del carruaje. Es una figurita menuda, temblorosa, deslumbrada, con los ojos llenos de lágrimas al contemplar el

triunfo de su idolatrada amiga: es madama de Lamballe, que con mucho sobresalto dice á la Delfina:

—Señora, basta veros para amaros.

Al oirlo, un dulce recuerdo tiembla en lo hondo de su memoria, y la princesa pregunta sonriendo aún:

—¿Tienes celos acaso?

—¡Oh! no—contesta la interpelada;—al contrario, me da mucho gusto el veros tan adorada de todo el mundo.

En esto, la carroza se ha separado y el señor obispo de Arras se adelanta hacia los príncipes: la Delfina ha hecho una graciosa reverencia y se ve al prelado mover los labios, accionar, inclinarse, alzarse, volverse á inclinar, bajar la cabeza hacia aquí y hacia allá, deshaciéndose en salutaciones amables y rápidas: cada vez que mueve la cabeza, sus dos manos abiertas se alejan y se acercan como si lanzase al viento ramitos de flores invisibles.

En seguida el cortejo de las muchachas vestidas de blanco se pone en marcha con paso mecánico, militarmente.

Las dos más pequeñas, bajo la dirección del obispo, dan tres pasos al frente y se paran en seco, ofreciendo á la Delfina un enorme ramillete y una bombonera de porcelana de Arras con dibujo de palmas azules. María Antonieta se inclina y besa la frente de las dos niñas. Estallan atronadores vivas. Luis se vuelve y se descubre con gravedad, y la reina futura, con ademán coquetón, lanza un alegre y amistoso saludo con la punta de los dedos, diciendo á la de Lamballe:—¡Qué hermosa es la amistad del pueblo!—Y luego añade:—Toma este ramillete, que me pesa mucho.

De repente se echa á reir y añade en voz baja:

—Mira qué apuros está pasando el pobre Delfín con ese cuello tan apretado.

En efecto, Luis parece un tanto incómodo, y de vez en cuando alza la barbilla y echa la cabeza hacia atrás para evitar el sofoco que el cuello le produce..... Mas ya no se le ve; ya ha entrado en la iglesia y en pos de él todo el cortejo.

*
* *

En el antiquísimo castillo de Arras, en un salón grande y obscuro, dos sillones puestos sobre un estrado esperan á los ilustres huéspedes.

Apenas sentados éstos, el príncipe hace seña al obispo para que le presente á los personajes notables de la localidad. Los nombres flamencos, proferidos con unción sacerdotal, caen en el silencio; á cada uno de ellos acompaña una profunda reverencia ejecutada en la sombra por el personaje nombrado. Luego, á una señal, aparece un jovenzuelo azorado, torpe, con un papel en la mano temblorosa.

—¡Oh!—exclama la princesa.—¡Versos! ¡qué bonito!

Desgraciadamente, los versos son latinos. Con voz débil y mal entonada y acento agridulce, el adolescente lee su poema, y el párroco de San Waast marca los ritmos con la nariz; aprueba, bajando los párpados, las insulsas bellezas del recitado, regocijándose de ver á su discípulo favorito ante el Delfín, que sigue sofocadísimo por la tiranía y estrechez del cuello.

Los versos resuenan, cantando la majestad del trono, la felicidad de los pueblos regidos por un rey prudente, las promesas de un porvenir luminoso. Poco á poco el lector recobra la serenidad; á veces un epíteto relampaguea con la vehemencia de la excitación.

María Antonieta, muy aburrida porque no comprende jota, examina atentamente al mozuelo, flaco, chiquitín, seco de ademanes duros como los de un muñeco de palo.

—Parece que se va á romper,—dice la princesa á la de Lamballe.

El colegial ha oído que se burlan de él: se ha turbado un poco, pero recobrando pronto su aplomo; bien se ha notado esto en su faz biliosa, en su frente aplanada, en su nariz puntiaguda, en sus verdes ojos; su mirada se ha cruzado un segundo con la de los príncipes. María Antonieta, sorprendida, ya no sonríe; Luis, desabrido, frunce el entrecejo; acaso para cobrar aplomo se pasa un dedo por el cuello que le estrangula.

La homilia continúa. El Delfín se esfuerza por entender algunas palabras y adivinar lo demás. Por fin se acaba el poema.

—Os damos gracias, señor cura—dice el príncipe,—por las bellas frases y los lisonjeros votos que nos habeis hecho oir á la Señora Delfina y á mí. Este joven, sin duda, será discípulo vuestro.

—Y de los más aplicados, Monseñor. Le recogimos huérfano, y nos recompensa con sus virtudes y su buena voluntad, pues le educamos para ofrecerle en su día á Vuestra Alteza como el más leal servidor del trono.

—Será preciso, pues, señor cura, enviarle á París, donde los talentos se desarrollan.

—Así lo tenemos pensado.

—Muy bien, muy bien hecho.

El príncipe, para recoger el poema que le ofrece el joven, se vuelve hacia él, y sus miradas se encuentran de nuevo.

—¿Cómo os llamáis, caballero?—pregunta Luis.

—Maximiliano de Robespierre.

—Bien, bien; quizás nos veremos algún día.

El adolescente saluda. Y Luis se pasa otra vez la mano por el cuello.

EDMUNDO HARAUCOURT

DIBUJOS DE VÁZQUEZ

BOCETO DEL GRUPO «LA PAZ»,
MODELADO POR MIGUEL BLAY PARA EL MONUMENTO Á ALFONSO XII

LA SEMANA PASADA

Al modo de aquellas novelas que hace treinta años componían varios literatos, en cuadrilla ó sociedad, para publicarlas por entregas, va saliendo á pedazos el monumento á Alfonso XII de los estudios de diferentes artistas. Los lectores de Blanco y Negro conocen ya la estatua que ha de rematar el centro del monumento. Hoy podemos enseñarles uno de los grupos que le adornarán, ó. mejor dicho, el boceto para dicho grupo, modelado por el ilustre escultor Miguel Blay.

Nuestra fotografía permite reconocer la mano maestra del insigne autor de *Los primeros fríos* y de *Hacia el ideal* en el nervioso artista que ha compuesto ese grupo en que se abrazan los dos soldados de la guerra civil bajo la protectora figura de la Paz. ¡Bienhechor y hermoso abrazo el de los dos hermanos enemigos! ¡Admirable acierto el de Blay al colocar junto á ellos la figura de la mujer que no ha tomado parte en la lucha, y la del niño inocente, emblema de la generación pacífica, que no debe pagar las culpas ni cargar con los odios de los padres. ¡Todo en el grupo es equilibrio, armonía, pensamiento hondo, forma ajustada! Gran pensador, ejecutante exquisito, Blay merece todos los aplausos, los de aquéllos para quienes el arte consiste sólo en discurrir y los de quienes piensan que el arte es todo hacer

MURALLAS DE FEZ Y PUERTA DE LA CIUDAD

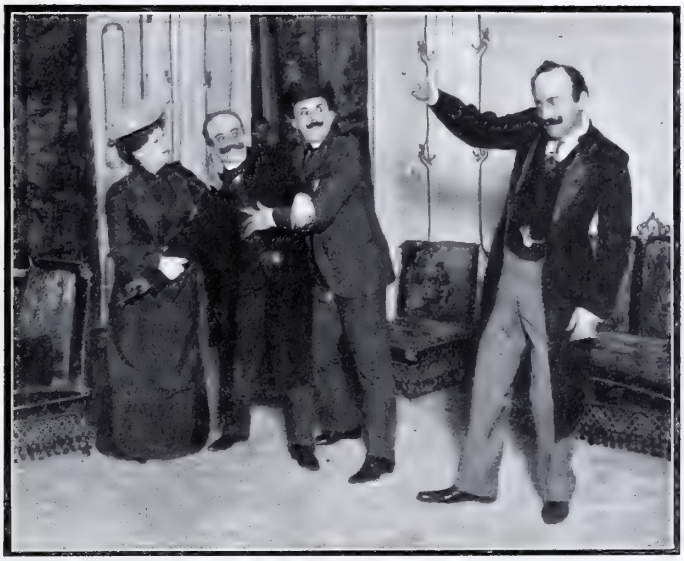
VISTA DEL PALACIO DE FEZ, DONDE SE REFUGIÓ EL SULTÁN DESPUÉS DE LA DERROTA DE TAZZA
FOTS. NAVARRO

De hacer más que de discurrir es la obra de arte que se está realizando al otro lado del Estrecho, entre nuestros suaves amigos y vecinos los marroquíes. Como drama ha comenzado. ¿Terminará como sainete? A la hora en que esto se escribe no sabemos si el sitio de Fez será algo así como *El gran cerco de Viena;* pero de seguro que drama, sainete ó tragicomedia, si alguien se ríe al final no seremos nosotros; será Inglaterra ó Francia, según caigan las pesas.

ACTO PRIMERO.—ESCENA VII

MELECIO, Sr. Sepúlveda.—ANGELA, Srta. Bremón.—VALENTINA, Srta. Santiago.—EUGENIA, Srta. Sánchez.—RAFAEL, Sr. Rubio. CATALINA, Sra. Caro.—SABAS, Sr. Mendiguchía.

ANGELA.—¡Ya sale mamá! ¡Un viva!



ACTO TERCERO. ESCENA XII FOTS CIFUENTES

MERCEDES, Sra. Dominguez. — BALTASAR PALMERÍN, Sr. Mora.
FERNANDO PALMERIN, Sr. Gonzálvez — RAFAEL, Sr. Rubio.

MERCEDES.—¿Qué vas á hacer, Baltasar?

de hambre, el pobre ruiseñor se queda tiritando, muerto con la cabeza debajo del ala. El mismo poeta lo decía:

Mi pena es como ninguna:
soy desgraciado y no tengo
á quien echarle la culpa.

Recuérdese esta otra profundísima sentencia:

Sube la cuesta despacio,
ó antes de llegar arriba
te va á matar el cansancio.

La vida, para Tovar, era cosa accidental, que no merecía la pena: un viaje inútil y trabajoso. Desde hace muchos años tomó su resolución, como un valiente:

En mi barquichuelo, solo, tiré los remos al agua
mar adentro me metí, ¡y cara al sol me dormí!

Y claro está, se ahogó, como se ahogan los hombres, sin gritar, sin pedir socorro. Y *como hombre al agua*, no hubo quien pusiese una cruz en su tumba, porque nadie hace cruces en el agua.

Para no terminar esta gacetilla con una nota triste, recordemos que el viernes último tuvimos el gusto de llenar de besos las caras

LA PLANA MAYOR DEL BATALLÓN INFANTIL DE GUADALAJARA
FOT. ASENJO

Inglaterra, Francia y hoy España, gracias á los señores Abati y Reparaz, se han reído hasta más no poder de una regocijadísima farsa alemana, titulada *Los hijos artificiales*, que se representa en el teatro de la Comedia. De puro graciosa, fatiga la tal obra, cansa, excita los nervios, prueba cuán verdadero es que tres horas de risa pueden engendrar una enfermedad.

Pobre, enfermo, triste, ha muerto en el Hospital general un tierno y delicado poeta, autor de cantares inspiradísimos, hondos como el sentir de los corazones simples. Alfonso Tovar era un desdichado poeta, inútil como un ruiseñor. En las casas bien organizadas, quiere decirse, en los Estados ricos, se cuida de que á los ruiseñores no les falte nunca el alpiste. Aquí, en esta casa pobre de España, el alpiste y las miguitas y las cortezas se las comen los pájaros más gordos... y un día de frío y

ALFONSO TOVAR

de un bravo comandante, varios capitanes y tenientes bizarrísimos y unos cuantos soldados veteranos, así como de una agraciada y aguerrida cantinera... Eran el jefe, oficiales, soldados y cantinera del batallón infantil de Guadalajara, que nos visitó después de haber sido recibido y agasajado por el Rey, jefe supremo del ejército.

Los gallardos militares, ninguno de los cuales llega á doce años de edad, están perfectamente instruídos y disciplinados, y por este ingenioso y caritativo procedimiento se han recogido á la buena vida, y hasta gozan de la satisfacción interior prevenida por la ordenanza, una porción de chiquillos que antes andaban por las calles de Guadalajara zurrándose la badana, sin la menor noción de Táctica ni de Estrategia.

D. PRÁXEDES MATEO SAGASTA EN SU DESPACHO

NACIÓ EL 21 DE JULIO DE 1827 EN TORRECILLA DE CAMEROS (PROVINCIA DE LOGROÑO)
† EL 5 DE ENERO DE 1903 EN MADRID

La triste noticia del fallecimiento del ilustre patricio, jefe del partido liberal y uno de los políticos españoles más eminentes de los actuales tiempos, llega á Blanco y Negro cuando el número, por exigencias de la tirada, está ajustado y á punto de entrar en máquina. Por esta razón, nos limitamos á publicar un retrato del finado, tributando así el debido homenaje de respeto á su memoria y á sus merecimientos, y nos obligamos á hacer información más extensa en el próximo número. * * *

FOT. FRANZEN

AÑO NUEVO, VIDA NUEVA

No hay que hablar más del asunto;
año nuevo, vida nueva:
voy á mirarte con gafas;
el vino, pa mi, *requiescan;*
voy á hablarte con el nuevo
dicionario de la Lengua;
voy á quererte lo mismo
que el Romeo á la Julieta,
y voy á ser más finolis
que unos embozos de felpa;
pa mí los bailes se ahogaron,
pa mí se ahogaron las juergas;
ni toco más la guitarra,
ni miro más á las hembras;
pa mí ya no habrá alegría,
ni vino, ni borrachera,
ni ganarán los juzgados
con un servidor más *perras;*
ya puedes tirar el árnica,
ya puedes tirar las vendas,
que no te hago más chichones
ni peligran más tus muelas;
en vez de papel de lija,
voy á ser pura manteca;
vas á hacer tú de mi cuerpo
lo que tu boquita quiera,
y voy á ser más honrao
que una figura de piedra,
y más bueno que un merengue,
y más serio que una suegra.
. . . . . .
¿Que todos los años vengo
con la misma cantinela
y en pasando una semana
vuelvo á la misma tarea?
¿que no cumplo lo que digo?
¿que no es vida la que llevas?
¿que andas como una azacana
alargando una peseta?
¿que te faltan cuatro dientes
que perdiste en cuatro grescas?
¿que soy un pillo me dices?
¿que soy un granuja? ¡Pepa,
no me faltes, no me faltes;
mira, muchacha, que aún quedan
muchas horas pa que el año
termine sin saldar cuentas,
y pué que entres en el otro
sin dentadura completa!
Si yo olvido mis palabras,
tus uñas me las recuerdan;
cuando te cortes las uñas,
que arañan como tachuelas,
jubilaré mi garrota
y no gastaré correa,
ni le haré pupa á tu cuerpo,
porque me da mucha pena
verte un dia y otro dia
de color de violeta.
Créemelo, te lo dice
tu esposo, aunque tú no quieras;
vas á vivir en la gloria
conmigo dende esta fecha.
Ahora, acércame la vara
que está detrás de la puerta,
pues por esos epitetos

que antes pronunció tu lengua,
voy á hacerte un encarguito,
á darte una reprimenda,
y las últimas lecciones
de solfeo que me restan,
y ¡miálas! dende mañana,
año nuevo, vida nueva.

ANTONIO CASERO

DIBUJO DE ALBERTI

NO LO ENTIENDO

Al sentirme incómodo
fuí á ver á don Pío,
que es famoso médico
y es amigo mío.
—La comida—díjele—
me da repugnancia,
y ayer tuve un cólico
de alguna importancia.
De escabeche y nísperos
una ración buena
me comí.
—¡Qué bárbaro!
¿Y eso fué en la cena?
—Sí, ya estaban próximas
las diez de la noche.
—Pues quien busca cólicos
logra mi reproche.
Aun de día puédese
comer ciertas cosas
que para el estómago
no son provechosas.
Mas ¡oh Juan carísimo!
así que anochece
hay que andar con método,
que el peligro crece.
Si amas á tu físico
no hagas disparates,
que el comer albérchigos,
truchas ó tomates,
de día es bonísimo,
de noche es horrendo.
—¿Así opina Hipócrates?
Pues yo no lo entiendo.
—¿Por qué á broma ¡oh vándalo!
tomas mi reproche?
—¡¡Porque en el estómago
es siempre de noche!!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

LA MUJER Y LA CASA
MODAS · MUEBLES · LABORES

APARTE el modelo que publicamos y que es uno de los más elegantes, la moda nos muestra este año una grandísima variedad en vestidos para banquetes y comidas. Sólo hay entre todas sus formas un *principio genérico:* el de que todos ellos son descotados, sin exageración.

DELANTERO DEL FIGURÍN EN COLOR

Las telas preferidas son la muselina de seda, el tul y la seda *liberty;* pero no porque se prefieran estas telas vaporosas y ligeras debe creerse completamente excluída la severidad solemne del terciopelo, que va recobrando su perdida boga, ni aun la de pana inglesa con dibujos rehundidos y bordados de azabache.

De esta última tela conocemos un bellísimo vestido, ideado por Laferrière: bolero muy corto, abierto sobre una camiseta de encajes, faja de pana reseda y falda bordada de azabaches negros.

Muy gracioso resulta asimismo un vestido de tul blanco adornado con Alençon, sobre fondo malva, y enriquecido con aplicaciones de ramos de malvas bordados: el bajo de la falda, *subrayado* por una tira de piel negra.

Un punto muy importante es éste de los adornos, que ya no adolecen de la antigua monotonía y regularidad con que solían colocarlos y distribuirlos las modistas, sino que cada vez van tomando carácter más artístico. Los grandes modistos de hoy día, que tienen mucho de pintores y de escultores, han comprendido el absurdo que resultaba, por ejemplo, de adornar con flores del mismo tamaño los brazos ó la cintura, donde se debe marcar la esbeltez y ligereza de las formas, y el bajo de la falda, en donde, por el contrario, hay espacio para que la fantasía ornamental se explaye.

Claro está que el lograr la ansiada proporción arquitectónica en el vestido femenil requiere mucho mayores dispendios, toda vez que cada uno de los adornos ó aplicaciones constituye una obra de arte distinta en tamaño, y muchas veces en tonalidad y colorido, porque se ha llegado en el estudio artístico del vestir hasta el extremo de pensar muy acertadamente que deben variar los tonos que estén cerca de la cara ó de los hombros y brazos, y diferenciarse de los que sólo tienen que contrastar con el color de la tela y no con el de la piel.

* * *

TRAJE PARA COMIDA

ES DE CREPÓN DE CHINA ADORNADO CON FLORES DE GUIPUR BORDADO, DESTACÁNDOSE SOBRE FONDO DE ENCAJE NEGRO VOLANTES DE MUSELINA PLEGADA EN LAS MANGAS Y ALREDEDOR DE LA COLA

FOTS. REUTLINGER

AÑO TRECE Y NÚMERO 611 MADRID DIA 17 DE ENERO DE 1903.

BLANCO Y NEGRO

DÍA DE NIEVE

En las provincias del Norte, la nieve es un huésped molesto cuya aparición se teme, porque aunque baja de los cielos se apelmaza en la tierra, borra todos los caminos, aisla todos los hogares é interrumpe por completo la vida.

Las molestias de ese infalible y temido bloqueo invernal impulsa á los habitantes de las provincias del Norte á proferir contra la nieve toda clase de denuestos, sin que su pureza ni su blancura la sirvan de escudo contra el mal humor de sus detractores. Bien es cierto que á los copos de nieve tanto les da oir alabanzas como insultos; ellos caen y caen con su suprema indiferencia, sin preocuparse de qué suelo los recibirá, ni de qué soplo de aire les tendrá antes suspensos un instante en el espacio.

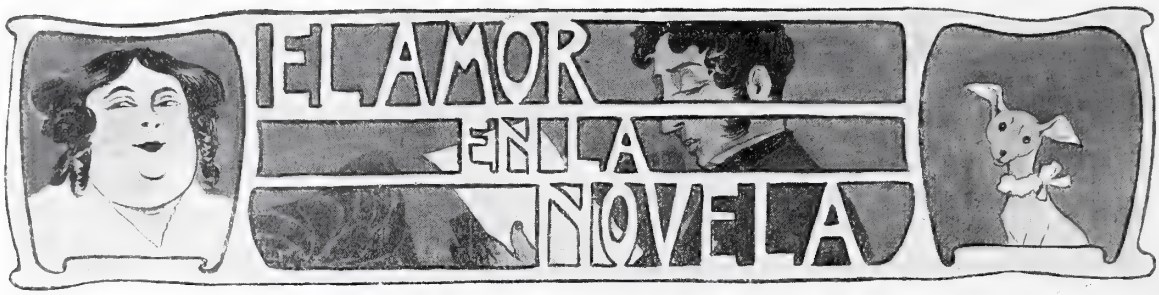
En Madrid un día de nieve es casi un día de fiesta. Los madrileños, que rara vez han presenciado una gran nevada, sienten por ese espectáculo, para ellos tan efímero, excepcional simpatía. En cuanto caen los primeros copos, el Retiro se puebla de expedicionarios polares provistos de máquinas instantáneas, y al gran balcón del Viaducto acuden presurosos graves próceres y jornaleros humildes, los cuales comentan con frases admirativas la grandiosidad del fenómeno.

En cuanto á los chicuelos de todos los barrios madrileños, para ellos un día de nieve es fiesta mayor; ¡como que les baja del cielo la materia prima de unos proyectiles con los cuales dan rienda suelta á sus instintos belicosos!

¡Pobre nieve, unos te insultan, otros te convierten en proyectil, y algunos pocos te admiran, no por tu belleza, sino por lo excepcional de tu aparición! Sólo ciertos espíritus desengañados ven en ti una gran amiga que les enseña á caer del cielo indiferentemente y á acoplarse en la tierra, esperando con igual indiferencia el instante de desaparecer.

* * *

DIBUJO DE C. PLA



NOVELA DE PAUL DE KOCK

CAPÍTULO XIII. UNA TORPEZA DEL CONDESITO D'ANTIN

Así que recibió la cartita de la honorable Hortensia, el condesito se apresuró á ir á casa de su buen amigo y camarada el elegante Gossé, para darle cuenta de su triunfo.

—He aquí—le dijo al leerla su amigo—un hombre verdaderamente dichoso. ¡Ah! querido d'Antin, cuando se tienen veinte años como vos, una cara tan seductora, un aire tan deliciosamente tímido y un abono en los Italianos, no es difícil rendir un corazón como el de madame Hortensia. Pero es preciso que perdais un tanto esos modales de colegial y adopteis maneras más resueltas y elegantes.

—Justamente por eso venía á veros; vos, por quien he conocido á algunas jóvenes grisetas y á las actrices del Chatelet, sois para mí, joven de provincia, mi más necesario Mentor. ¿Qué debo hacer para parecerle interesante á la preciosa Hortensia?

Gossé no pudo contener una sonora carcajada al ver la cara tan compungida que ponía su joven amigo, y decidido á sacarle de tan apurado trance, le dió algunas rudimentarias lecciones sobre lo que convenía hacer para conseguir el amor de madame Hortensia.

D'Antin salió muy satisfecho de casa de Gossé, tanto, que ni siquiera advirtió el primer peldaño de la escalera, y perdiendo terreno bajó rodando dos ó tres tramos, con gran contento de las oficialas de la señora Fabar, que subían en aquel instante y que no pudieron menos de soltar el trapo, riendo la ridícula situación del condesito de D'Antin. Nuestro amigo aprovechó la oportunidad de que pasaba un fiacre, y dándole al cochero la dirección de madame Hortensia, se dejó caer, confuso y avergonzado, sobre el asiento del carruaje.

Madame Hortensia aguardaba con impaciencia la visita del conde. Dos ó tres veces, en el transcurso de una hora, había llamado á Genoveva para preguntarla si la encontraba bella y capaz de inspirar una pasión. Hay que advertir que madame Hortensia frisaba muy cerca de los cuarenta años, extremadamente gruesa y pequeña de estatura; al verla en pie y echar á andar parecía una inmensa bola que venía rodando hacia nosotros. Por la mañana fué la desesperación de su peinadora. Ningún peinado lo encontraba de su gusto, y fué labor difícil poderla convencer de que estaba más hermosa que nunca. Había ceñido á su cuerpo una elegante bata de flores y dragones amarillos, y semejaba un inmenso farol japonés visto desde lejos. Sobre su cuerpo había materialmente volcado dos ó tres frascos de una esencia tan fuerte, que no se podía resistir. Sonó el timbre. «¡El es!» suspiró madame Hortensia, y tomando una actitud de alarmante pudor, esperó sonriente en su gabinete al joven condesito. Nuestro amigo, que ya no se acordaba ni por un momento de las breves lecciones que le había dado su amigo Gossé, empezó por tropezar al entrar en la habitación, entornada discretamente á media luz, en un magnífico jarrón, que cayó al suelo haciéndose mil pedazos. Madame Hortensia, que creyó adivinar en el condesito una emoción inspirada naturalmente por un amor intenso, haciendo una seña á la doncella mandó que le sirviesen al condesito una copa de Chartreuse.

D'Antin era la primera vez que bebía una copa de licor, y estuvo por rechazarla; pero acordándose por un instante de las lecciones de Gossé, aceptó, esforzándose por sonreir. Madame Hortensia la apuró de un trago, mientras el pobre D'Antin hacía mil esfuerzos para bebérsela. No bien la acabó de beber, cuando sintió grandes mareos, oleadas de calor en la cara, que madame Hortencia siguió creyendo eran rubores propios de una declaración amorosa. D'Antin se enjugó varias veces el rostro, y no pudiendo soportar por más tiempo su molestia, agravada por el penetrante olor de los perfumes, se puso en pie, y saliendo al vestíbulo, se dejó caer sobre un canapé, casi aplastando á *Zaby*, un perro faldero en el que madame Hortensia tenía puesto todo su cariño, y que, ajeno á lo que pasaba á su alrededor, dormía tranquilamente.

—¡Y para esto—se decía madame Hortensia—me he pasado tres horas en el tocador y perfumado mi cuerpo con esencia de Cleopatra!

¡Pobre D'Antin! Nunca pudo olvidar su primera entrevista amorosa.

LUIS GABALDÓN

LA SEMANA PASADA

TIENE cada semana olor, color y sabor propios. Arbitraria y artificial como es la división de la vida en pedazos de siete días, nos hallamos tan habituados á ella, que cual si fuese un drama en el teatro del vivir, donde las representaciones no cesan nunca y no hay cierres en verano ni cuesta de Enero, consideramos que en la semana hay exposición, nudo y desenlace. Ahora, con eso del descanso dominical, el desenlace es favorable, como en las comedias, si se quiere que el último día de la semana sea el domingo, como piensan los optimistas.

Los que no van á gusto en el machito, opinan, por el contrario, que la semana comienza el domingo, con las alegrías consiguientes á la huelga, y acaba el sábado con los desalientos y sudores que al trabajo suceden.

La semana pasada ha tenido sabor amargo, color de entierro y olor á cirio.

Hemos enterrado á un hombre ilustre, y no abunda la clase en términos que el duelo de los liberales no resulte luto nacional. Como sucede siempre en casos tales, han sido más pródigas en alabanzas y lamentaciones para el muerto las lenguas y las plumas que más habían procurado vituperar al vivo.

En esta ocasión los elogios eran justos, pero á juzgar por la puntualidad y exactitud con que seguimos el sistema, sería cosa de pensar en la conveniencia de que gobernasen, dirigiesen y encauzasen á España los fieles difuntos, ya que para conseguir la aprobación y el encomio unánimes de los españoles se hace necesario sucumbir previamente. Así se confirma una vez más el dicho de Verhaeren ó de quien sea: España es el país de la muerte. Sólo los muertos nos inspiran respeto y simpatía, y sólo cuando vemos á un prójimo cerca del sepulcro ó en el sepulcro mismo, nos parece un grande hombre por el mero hecho de morirse, como si en ello hubiese un mérito extraordinario.

MUCHOS pintores y escultores, y también no pocos pintamonas y pucherólogos, están que trinan al saber que este año no habrá Exposición de Bellas Artes, aun cuando la ley dispone que se celebre cada dos años un certamen de esos.

El ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes ha declarado que *faltan fondos para cuadros.*

—No tenemos fondos—ha dicho el Sr. Allendesalazar encogiéndose de hombros y haciendo retemblar el edificio,—y no habiendo fondos, no puede haber Exposición. ¡Como no los pinten!

Al oir esto, han sido muchos los artistas que se han ofrecido á pintar los fondos y hasta las figuras, pero Allendesalazar se ha cerrado á la banda *como un solo hombre*, aunque en realidad parece dos empalmados, y dice que por este año los artistas no podrán ver los fondos *ni en pintura*... ni en escultura, etcétera, etc.

Alegría consiguiente entre los críticos de arte contratados por horas ó por carreras para casos de Exposición y también entre los guardias civiles que ocupan pacíficamente el titulado Palacio de Bellas Artes; porque aquí, en cuanto no sabemos qué hacer de un edificio, lo dedicamos á cuartel. Así sucede con el antiguo Frontón de Fiesta Alegre, por ejemplo. ¿A quién diablos se le habrá ocurrido meter soldados en la cancha y en las graderías del exfrontón?

No aprenderán allí precisamente los soldados á formar el cuadro, pero sí á sacar del quince *ídem*, lo cual es menos heroico, pero más divertido.

NO para la Exposición, pero sí para la posteridad, ha pintado el maestro Villegas un retrato de S. M. el Rey D. Alfonso XIII vestido con el manto de la Orden de Carlos III.

Se ha propuesto, sin duda, el maes-

RETRATO DE S. M. EL REY, POR JOSÉ VILLEGAS

ESPERANZA CLASENTI

tro componer una obra de marcado carácter decorativo, y no se puede negar la grandiosidad que en la composiciôn domina, el exacto parecido de la cabeza, la esbeltez un poco rígida de la figura y la amplitud y riqueza en el diseño y colorido del ropaje.

La obra es digna de su ilustre autor, á quien saludamos respetuosamente, enviándole nuestra enhorabuena.

El teatro Real continúa fielmente cumpliendo su programa de ópera italiana á toda costa... y al prójimo Wagner contra una esquina. Bueno es reconocer que al menos el camino del *bel canto* lo sigue con acierto, escogiendo artistas de gran talento, como la celebrada tiple Emma Carelli, que se ha distinguido extraordinariamente, primero en *La boheme* y luego en *Cavalleria rusticana*.

Para desempalagar un tanto al público de las melodías italianas, se ha cantado con gran brillantez *Orfeo* por la eminente contralto Srta. Parsi y la Srta. Clasenti. La clásica obra de Glück ha sido admirablemente interpretada por estas dos bellas artistas, y el público se ha entusiasmado, como era natural y lógico, oyendo la admirable ópera, en cuya música ven críticos muy avisados el germen de las ideas wagnerianas. Tiene *Orfeo* la ventaja de contentar igualmente á los partidarios de la melodía pura y á los de la grandiosidad compositiva, propia del maestro de Bayreuth. Los abonados del regio coliseo recuerdan con gusto la maestría verdaderamente admirable con que cantaba y representaba esta obra la Stahl, famosa contralto, cuyas facultades no tiene que envidiar ciertamente la señorita Parsi, contralto de mucha fuerza.

EMMA CARELLI

TITULO DE CIUDAD CONCEDIDO Á LA VILLA DE HERRERA DEL RÍO PISUERGA

También recuerdan los íntimos de Gayarre el propósito que el rey de los tenores tuvo de cantar la ópera *Orfeo*. ¡Lástima grande que no hubiéramos podido oir en tan hermosa partitura la voz angélica del inolvidable artista!

El simpático diputado á Cortes por Saldaña y opulento aristócrata Sr. Conde de Garay, ha logrado que se concediera á la ilustre villa de Herrera del Río Pisuerga el título de ciudad. El documento es una obra artística que reproducimos con gusto, dando nuestro parabién á los ciudadanos de Herrera del Río Pisuerga y á su diputado.

Es la ciudad agraciada con este honroso título uno de los pueblos más trabajadores de la provincia de Palencia, situado entre los ríos Pisuerga y Burejo: tiene magníficas huertas con excelentes frutas é importantes fábricas de harinas, tejidos, curtidos y electricidad. Su población y riqueza han aumentado considerablemente en estos últimos años, justificando del todo la concesión del título indicado.

DON RUPERTO

Domingo, 11 de Enero.

En el Madrid aristocrático figuraba por derecho propio y brillaba por sus nobles cualidades la excelentísima señora doña Isabel Cristina Paz Mesía y de Queralt, nacida del primer matrimonio del tercer duque de Tamames, D. José Teresiano, con una hija del conde de Santa Coloma y de Cifuentes.

Poco después de cumplir los veinte años, y cuando estaba en todo el esplendor de su delicada belleza de rubia de cutis marfileño y cabellos de oro, casó con un bizarro militar, primogénito del insigne fundador de la Guardia civil, y que era entonces un gallardo caballero que llevaba el título de marqués de las Amarillas.

Como marquesa de las Amarillas figuró de recién casada, en sociedad, la bella hija del duque de Tamames, siendo una de las primeras damas que en los salones alfonsinos del tiempo de la Revolución lució la flor de lis, emblema de la causa restauradora por que tanto trabajaron las Superundas, Heredia Spínola, las Bailén y otras.

A la muerte de su padre político heredó su esposo el título de duque de Ahumada, y como duquesa de Ahumada ha figurado últimamente, ostentando la dignidad de dama de Reina con la malograda Doña Mercedes de Orleans y con la augusta madre de D. Alfonso XIII.

Pero más que por títulos y timbres nobiliarios, brilló la ilustre dama por aquellas prendas de su alma que la hicieron un prodigio de bondad y un modelo de cristianas virtudes.

El cielo no la dió hijos, y fué madre cariñosa de sus sobrinos, que en temprana edad quedaron huérfanos, y no bastando esto á su ansia de cariño, le prodigó en los asilos donde se acoge á los desdichados, y le llevó á las bohardillas de los pobres y á la cabecera de los enfermos.

Isabel se llamaba, y á su santa patrona la piadosa reina de Hungría imitó en este mundo. Dios se lo habrá recompensado en el cielo.

Aquí se lo pagábamos, pues no suele ser tan malo el mundo como se dice, en cariño y respeto, pues era imposible tratarla sin sentirse subyugado por aquella seductora bondad, que era el rasgo dominante de su carácter.

Para todo lo noble tenía alabanzas; para todo lo que no lo era, perdón y disculpas; y si alguien se hacía eco de la murmuración delante de ella, de sus labios salía un «¡Bendito el que no pecó!» que ponía coto á la maledicencia.

Ha muerto sin llegar á edad avanzada, pues nació el año 1844, y aunque molestada por padecimientos físicos, cumpliendo hasta última hora sus deberes en las sociedades de Beneficencia á que pertenecía, y desempeñando sus guardias en Palacio con la perseverancia de su noble afecto y de su acrisolada lealtad á los reyes.

Penas muy sinceras ha causado su muerte y elogios merecidos se tributan á su memoria. Con las lágrimas de los suyos han corrido las de las niñas de los asilos, que la adoraban.

Cuando vivía se decía después de conocerla:—«¡Qué buena es! ¡Dios la bendiga!»

Ahora que ha muerto se dice:—«¡Qué buena fué! ¡Dios la habrá dado lo que merecía!»

ORLA DE VARELA

KASABAL

APUNTES CÓMICOS
En Marruecos
En tierra de ciegos, el tuerto... ¿será rey?
SALON DE
- En el entresuelo está la Equitativa, compañía de seguros.
- ¿Y al lado?
- Al lado, el Círculo Liberal, compañía de inseguros.
Moret - ¡Tratar de la jefatura encontrándome aquí yo!...
Un romano - A Roma vienen por todo... más por jefaturas, no.
¡Chamberlain en salvo!
¡No ha sido nada lo del monóculo
J. Xaudaró

EL GALLO SILVESTRE

La más afamada curandera de la comarca lo había dicho: «Matadle uno de esos gallos azules que van de castaño en castaño, de roble en roble; guisadlo con salsa de tomillos y dos cabezas de ajos, con su pan rallado y corteza de limón, y yo respondo.»

¿De qué respondía? De la salud de Clara. ¡Pobre! Estaba en los huesos y de un color blanco de cera, tan transparente, que se veía el espantoso trabajo de disolución interna. El médico, un buen hombre, temía que aquel fuese un caso de tuberculosis. Después de la curandera fueron á consultar á la *sonámbula:* diez leguas mortales por caminos de herradura, en plena sierra, llevando una prenda de la enferma impregnada en los sudores de la fiebre.

¿Y qué vino á decir la *sonámbula?* Pues lo mismo: «Buscad el pájaro que vuela entre robles y tiene *la color* del cielo en los días serenos, y dádselo á comer con una pluma azul de la cola dentro de la salsa.» Total, igual. El médico también empujaba hacia el campo: «Llevadse á esta niña donde tenga aire limpio y sol y agua corriente..... que se nutra, que se alegre, que haga la vida sencilla y libre de los pájaros. ¡Dichosos ellos!»

Y así fué como instalaron á Clara en una alegre choza de la sierra, monte adentro, en deliciosa y apacible rinconada que el fresco y humedad del arroyo mantenía en todo tiempo verde, y la frondosidad perenne de las encinas resguardaba de los vientos más fríos y más duros del invierno.

En aquel medio sano y bravío, pareció revivir con intensa llamarada el espíritu de Clara; dos rosas fugaces se asomaron á sus mejillas, y aquel pecho enfermo y dolorido se caldeó con ráfagas de sol y con ásperas fragancias del campo. Pronto comenzaron los zagales á buscar el gallo silvestre, que ya no se oía lanzando su grito estridente de celo. Habían huído todos á tierras más bajas, á climas más dulces. El otoño en la montaña es gris, es frío, tiene la melancolía de las cosas tristes, de las almas enfermas y solitarias.

—No lo encontraréis—decía el gañán más viejo;—en la primavera, á docenas mataréis los gallos; ahora, me da el corazón que no.

Y un pobre muchacho, ágil y listo, que tenía en los ojos esa gravedad prematura que da el campo, consolaba á Clara, ofreciéndole que él sabría ir adonde van las aves fugitivas para traerle el gallo

azul que sin cesar buscaba. Fuese acostumbrando la niña á la compañía de aquel muchacho y á los sencillos obsequios con que la regalaba. Algunas veces charlaban bajo una carrasca á la vera del agua corriente, y sin saber por qué, hacían largas pausas, mirándose en los ojos. Con esto, las rosas fugaces se iban fijando sobre el color de cera en las mejillas de Clara.

Verdaderamente mejoraba; pero lentamente, con una calma llena de zozobras para los suyos. El ánimo se abría como una flor harto tiempo cerrada que siente impulsos tardíos de extender sus hojas, ocupando el espacio á que tenía derecho. Y en aquellas gratas pausas veía en los ojos del amigo una afirmación que envidiaba: la serena afirmación de vivir, que llenaba su propia naturaleza.

Pronto se agitó aquel débil chorro de energía interior que parecía invadirla perezosamente. La lesión ahondaba; era implacable como el destino de los seres; ante la clara llama del fogoril campestre, que tenía el color del sol y el zumbido de los enjambres afanosos, el muchacho lleno de salud como el corazón de una encina, y la niña doliente, charlaban también y se miraban en los ojos... ¡Feliz tú que vivirás! parecía decir ella con la muda tristeza de su mirada. ¿Por qué no has de vivir, cuando tantos viven? contestaba él con la inquietud de su silencio. Y aquellos dos pájaros amantes, el uno que emigraba á «tierras más bajas y á climas más dulces», y el otro que se quedaba allí para colgar su nido en el medio inclemente de la pobreza y del trabajo, parecían despedirse con largas miradas y gestos angustiosos.

Otra vez cundió la alarma en la familia: Clara se moría..... ¡Y ese gallo, ese condenado gallo de plumas azules.....! El zagal, el amigo, cogió la escopeta y juró mentalmente no volver sino con el ave deseada, así tuviera que cruzar el mundo. Y el propósito tan sólo engendró una fuerza inmensa, la fuerza de los fuertes y vencedores: la voluntad. Al llegar la noche no volvió el muchacho. Clara, con los ojos fijos en la llama opulenta, lo veía marchar por campos fecundos, por campos estériles, y otra llama brillaba en lo interior de aquel alma voluntariosa y fuerte.

—¡Qué tarde!—decía la niña, sintiéndose morir.—Y cuando un día entró el zagal con los pies sangrando, la ropa desgarrada y todo él como azotado por desconocidas inclemencias, y puso á sus pies el gallo de plumas azules, como el conquistador que pone á los pies de la Belleza el reino conquistado, la niña no dijo más que «¡es tarde..... muy tarde ya!» Y se fué serenamente, dulcemente, como otro pájaro de color de cera, á espacios más tibios y piadosos donde las flores abren sus corolas para beber la luz y la energía bajo los cielos fecundos.

Tenía razón. ¡El ave triunfadora había llegado muy tarde!

JOSÉ NOGALES

DIBUJOS DE M. RAMIREZ

LA PUERTA DEL SOL

Á FINES DEL SIGLO XVII

La Puerta del Sol debía de ser en un principio un torreón almenado como los de las murallas de Toledo ó de Avila, y tuvo cierta importancia militar en tiempo de las comunidades de Castilla. El venerable maestro de Cervantes, Juan López de Hoyos, conoció aún la puerta en pie, y dice que fué derribada á mediados del siglo XVI, «para ensanchar y desenfadar una tan principal salida.» Ya entonces la población comenzaba á ensancharse hacia la parte del Este.

Para formarse idea de lo que entonces era la gran plaza, menester es tomar en cuenta que no ocupaba ni la cuarta parte del espacio que en la actualidad. Donde está hoy el ministerio de la Gobernación, había como unas treinta ó cuarenta casucas de portal y balcón estrechísimos, habitadas por gente de no muy honesto vivir. Este desagradable vecindario se

LA FUENTE DE LA MARIBLANCA

extendía también por entre las calles Mayor y del Arenal, y en el vértice del ángulo se alzaba imponente, barroca, pesadísima, la mole de la iglesia de San Felipe, con las celebérrimas gradas donde estaba el Mentidero, desde la calle del Correo hasta la de Esparteros próximamente, sitio donde se reunían todos los desocupados y curiosos de Madrid, donde todo se sabía y se murmuraba.

EN 1840

Siguiendo la acera de Gobernación, tropezábase pronto con otro caserón inmenso, triste, sombrío, de altas paredes apenas rasgadas por míseros ventanucos; era el convento de la Victoria, y desde los citados ventanillos podían los reverendos padres atisbar el movimiento de personal y vigilar los tenderetes de carniceros y verduleros, que adosados á las paredes durante toda la mañana, eran escenario de motes y dicharachos y teatro de disputas y altercados.

El frente ó fachada que hay entre la Carrera de San Jerónimo y la calle de Alcalá, avanzaba casi hasta el centro actual de la plaza, y lo formaba un solo edificio: el hospital é iglesia del Buen Suceso, cuyos muros rehizo en 1529 Carlos V. Frente á la puerta del Buen Suceso estaba, como se ve en uno

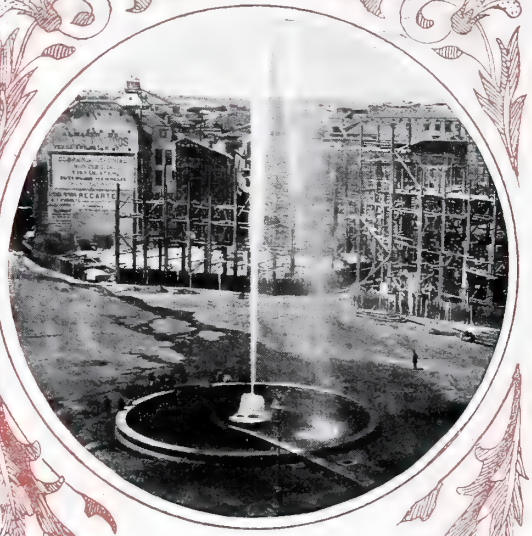
LA ACERA DE ENTRADA Á LA CALLE DE ALCALÁ EN 1854

de los grabados antiguos que reproducimos, la fuente de la Mariblanca, tantas veces mencionada en jácaras, romances y entremeses. El aspecto general de aquello, que en realidad más que plaza era una encrucijada ó pasadizo, no podía ser más feo, mezquino y triste; y no obstante, así se conservó hasta que las casuchas viejísimas acordaron poco á poco ir viniéndose abajo unas tras otras, y al empuje urbanizador de los monarcas Borbones fué ensanchando un poquillo tamañas angosturas.

En 1768 asombró á los madrileños la construcción del desaforado y feísimo armatoste que se llamó Casa de Correos y después ministerio de la Gobernación. En el siglo pasado, la desamortización derribó los conventos de San Felipe y de la Victoria, y con estos empujones, la plaza fué ensanchándose, ventilándose, aireándose, pero sin adquirir belleza ni aspecto monumental. Por los años de 1854 comenzaron proyectos, planos y expedientes de todos los géneros y para todos los gustos, con objeto de hacer de aquella plaza un magnífico centro de la gran capital de España. Aún yacen en los sótanos del ministerio de Hacienda centenares y centenares de legajos que contienen los documentos infinitos del interminable y famosísimo expediente titulado *Obras de la Puerta del Sol*, que duró hasta los tiempos de la Revolución. Muchos millones de pesetas y muchísimos años de discurrir y cavilar, pleitear é informar, expropiar é indemnizar, ha costado á Madrid el tener una plaza estrecha, irregular, circuída de caserones antiestéticos y burgueses, y en la que hasta hace pocos años había tan sólo aquella hermosa fuente que Fernández y González llamó *un río puesto de pie*, y ahora no hay ni siquiera eso, pero donde toda incomodidad, toda ratería, todo olor hediondo y todo estruendo enojoso tienen su natural asiento.

Esto ha sido materialmente la Puerta del Sol. Su historia moral, mucho más variada y más divertida; pero ni en este número ni en un semestre de BLANCO Y NEGRO habría espacio para esbozarla.

W. & B.



LAS OBRAS

DE LA PUERTA DEL SOL EN 1862

ESTADO ACTUAL

FOTS. ASENJO

LOS DOS CREPÚSCULOS

I

QUÉ le importaba la primavera á la hermana Angeles? Todas las estaciones eran iguales para ella. No podía ver en los árboles los brotes nuevos, ni la luz del sol llegaba hasta sus ojos sino para herirlos. El mundo se acababa en las paredes del jardín, mejor aún, en las paredes del colegio, porque no quería salir nunca. Tenía su clase de párvulas. Cierto que ni con gafas ni sin ellas alcanzaban á ver á las niñas sus ojos turbios; pero las conocía por la voz, y su ilusión era creer que no volaba una mosca sin que ella lo notara.

Brotaban en el jardín las primeras rosas; poblábase el alero de los tejados de golondrinas tempraneras, y por el cielo azul, purísimo y transparente, flotaban nubecillas blancas como ilusiones y ensueños infantiles. Pero la hermana Angeles dormitaba detrás de sus gafas..... ¿Qué le importaba á ella la primavera?

Las niñas sentían en las venas un hormigueo diabólico. Como estaban solas con la hermana Angeles, podían divertirse y alborotar y llamarse unas á otras en voz alta. Saltaban los bancos, revolvían los pupitres, volcaban los tinteros..... De vez en cuando la hermana alzaba la cabeza y volvía á dormirse murmurando:—¡Niñas!

Y cuando estaban las niñas así, Carmen, la señorita Carmen, apareció en la puerta. Huyeron todas á sus puestos rojas como la grana, metieron las narices en sus libros de lectura, y calló la clase con un silencio tan absoluto, que la hermana Angeles se despertó sobresaltada como si hubiere caído de pronto en el vacío. La señorita Carmen no dijo una palabra. Muy seria, muy grave, muy majestuosa, como siempre, sentóse ante su mesa, llamó á las párvulas, y empezó su lección. Traía arreboladas las mejillas y bajo el curvo velo de las pestañas brillaban en sus ojos lucecitas inquietas. Ni las niñas ni la hermana Angeles podían adivinar su excitación, pero estaba radiante de alegría.

¿Por qué? La señorita Carmen no era ya alumna. Su único sueño, el de llamarse *hermana* como las profesoras, el de tener su clase, su lección, sus niñas, como un derecho, no como concesión pasajera, iba á realizarse muy pronto. Tenía valor para abandonar el mundo, para dedicarse de lleno á su vocación. Iba á profesar en seguida, y mientras cumpliese sus años de noviciado, la clase sería suya. La superiora acababa de decírselo.

—Hija mía; te queremos tanto, tienes un talento tan claro y una voluntad tan hermosa, y, además, eres tan buena, que deseamos guardarte con nosotras. La pobre hermana Angeles está muy ancianita; no ve, no oye á las niñas..... se burlan de ella y no hacen caso. ¡Hija mía; vosotras teneis que sustituirnos! ¡Hacen falta manos jóvenes para sostener el peso que se cae de las nuestras!

¡Eran tan lindas, tan blancas, de líneas tan delicadas aquellas manos juveniles! Puestas así, sobre la cabecita inclinada de una niña que busca el premio de una caricia, descansando entre guedejas de oro, parecían más hermosas que nunca. ¿Dónde hallarían un empleo más noble y un ideal más puro?

II

Cuando se enteró la hermana Angeles no dijo una palabra. Era verdad: estaba muy achacosa, no veía ni de cerca ni de lejos, las niñas se burlaban. Bien comprendía ella las mudanzas del tiempo. La vida es tránsito, y para la pobre hermana ¡cuán lento, cuán fatigoso el paso por la vida!

La superiora la llamó á su cuarto:—«Hermana Angeles—la dijo,—quiero que me oiga usted bien. Es un asunto de orden interior, de disciplina del colegio.»

La única voz que llegaba claramente á los oídos de sor Angeles era la de la superiora, acaso porque la autoridad y el cariño aguzaban y sutilizaban sus sentidos. No necesitó oirlo dos veces. La disciplina del colegio exigía que ella cediese el puesto á una hermana más joven.

—Tendremos con nosotras á Carmen, que es un prodigio de dulzura y de talento. Profesará muy pronto. Está acostumbrada ya á dar la clase de las párvulas. Angeles, mi buena Angeles, las dos vamos

inclinándonos ya hacia la tierra que nos espera. *Hacen falta manos jóvenes para sostener el peso que se cae de las nuestras.*

¡Manos jóvenes!..... ¡Pobres manos esqueletosas, arrugadas, temblonas; manos débiles y vacilantes..... manos de momia infantil, heladas en la sombra del claustro! Como sarmientos secos, los dedos se acogían al amparo del crucifijo y no encontraban otro calor de vida que el que viene de la esperanza de un mundo celestial. Algún día fueron blancas como el ampo de la nieve, y como la nieve se deshizo su blancura, acariciando cabelleras infantiles, señalando las letras de los silabarios.

III

«.....Ya que te encierras para siempre y abandonas el mundo, déjanos que hoy te llenemos de flores.»

Las amigas pusieron en el vestido negro de Carmencita las flores más alegres, en la cintura y en el pecho manojos apretados de rosas y entre los cabellos un clavel abierto. Querían que entrase alegremente en su refugio y que abandonase, de la vida que abandonaba, un recuerdo fragante. Todos los amigos, ¡todos! la llenaron de flores también.

—Carmencita, antes de que te vayas tienes que oirnos, para que sepas lo hermosa que eres. Como ya no hemos de ver los ojos de Carmen, sino los de una *hermana;* como no hemos de verte sonreir como ahora, ni lucirán como hoy los bucles de tus cabellos, déjanos que te queramos y admiremos á nuestra Carmencita. Ya te respetaremos después como hermana y te veneraremos como santa.

Llegó Carmen á las gradas del colegio, se despidió de todos y subió de un vuelo la escalera. En su cuarto de colegiala dejó las flores esparcidas sobre la mesa, sobre el lecho, sobre sus libros de estudio y de oración. Luego abrió la ventana del jardín y por ella entraron tumultuosamente trinos de pájaros y efluvios de arboleda. ¡Qué hermoso estaba el cielo y cuán misteriosa la umbría! Creyó Carmen que antes de aquella primavera apacible no había habido ninguna y que iba á durar eternamente.

Se apartó de la ventana para entrar en la clase, cuando vió llegar á la hermana Angeles y detrás de ella otra hermana con un rimero de libros en los brazos. Eran todos los recuerdos de la ancianita, las páginas que habían entretenido sus horas de soledad.

—Así como tienes mis niñas—dijo á Carmen,—quiero que tengas también estos tesoros que yo no puedo volver á repasar.

Eran viejos libros de pedagogía, vidas de santos, obras piadosas y místicas. Abrió Carmen las primeras hojas y vió en casi todos una fecha: «*Abril 1830.*»

—Es la fecha de mi entrada en el colegio.

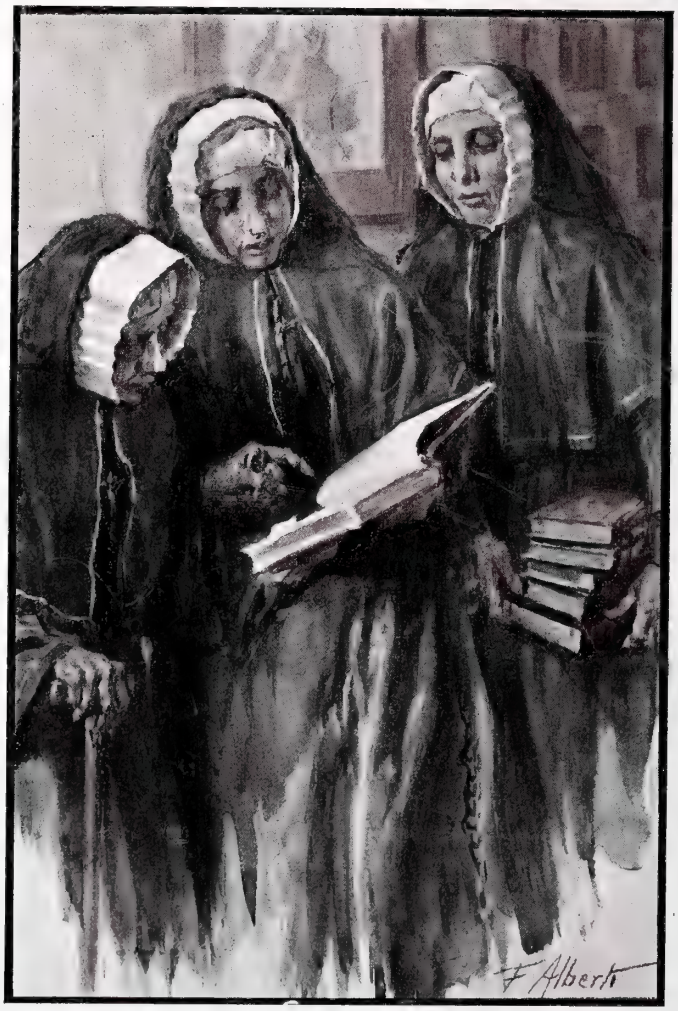
¡Más de sesenta años habían pasado desde entonces! Otro libro con cubierta de pergamino recio y amarillento, llevaba en tinta pálida una fecha más vieja: «*1780.*»

—Hija mía, me le dió una hermanita, como yo te le doy á ti.

Carmen sintió que corría por sus venas una frialdad extraña. La infundían temor y respeto aquellos libros cien veces repasados, como si en ellos estuviera el alma de sus antiguas dueñas y en ellos hubiera de quedarse también la suya.

—Y ahora, óyeme, Carmen: como no he de volver al rincón de la clase, pide á las niñas que ningún día dejen de venir á mi celda: quiero sentirlas cerca de mí para saber que vivo todavía.

¿Por quién fueron las lágrimas que asomaron á los ojos de Carmen? ¿Fué la piedad para la pobre anciana ó para su propio porvenir? Besó las manos de la hermana Angeles y entró en la clase. Calló la algarabía de las párvulas, que convertían el aula grande en un campo de trigo poblado de gorriones, y al sentarse ante su mesa de trabajo, Carmen sintió que recobraba la dulce serenidad del ánimo, el amor á un deber y la fe en un ideal.



IV

Todos los días antes de entrar en la clase las mayorcitas se asomaban á la celda.

—¡Buenos días, hermana Angeles!

Con esto se cercioraba de que no la habían olvidado, y el timbre de aquellas voces bastaba para que la obscuridad de su ceguera estuviese habitada por coros de ángeles. Algunas llegaban á besarla la mano; otras cumplían diariamente por rutina y pasaban de prisa con cierto pavor supersticioso.

Hasta que un día llegaron á su oído otras voces angélicas, y desde las puertas del cielo vió que la llamaba un enjambre bullicioso y alado. Estaban esperándola las almas puras de sus niñas, todas las que en sesenta años había visto abandonar la tierra, dejando en la clase de párvulas un banquito vacío.

LUIS BELLO

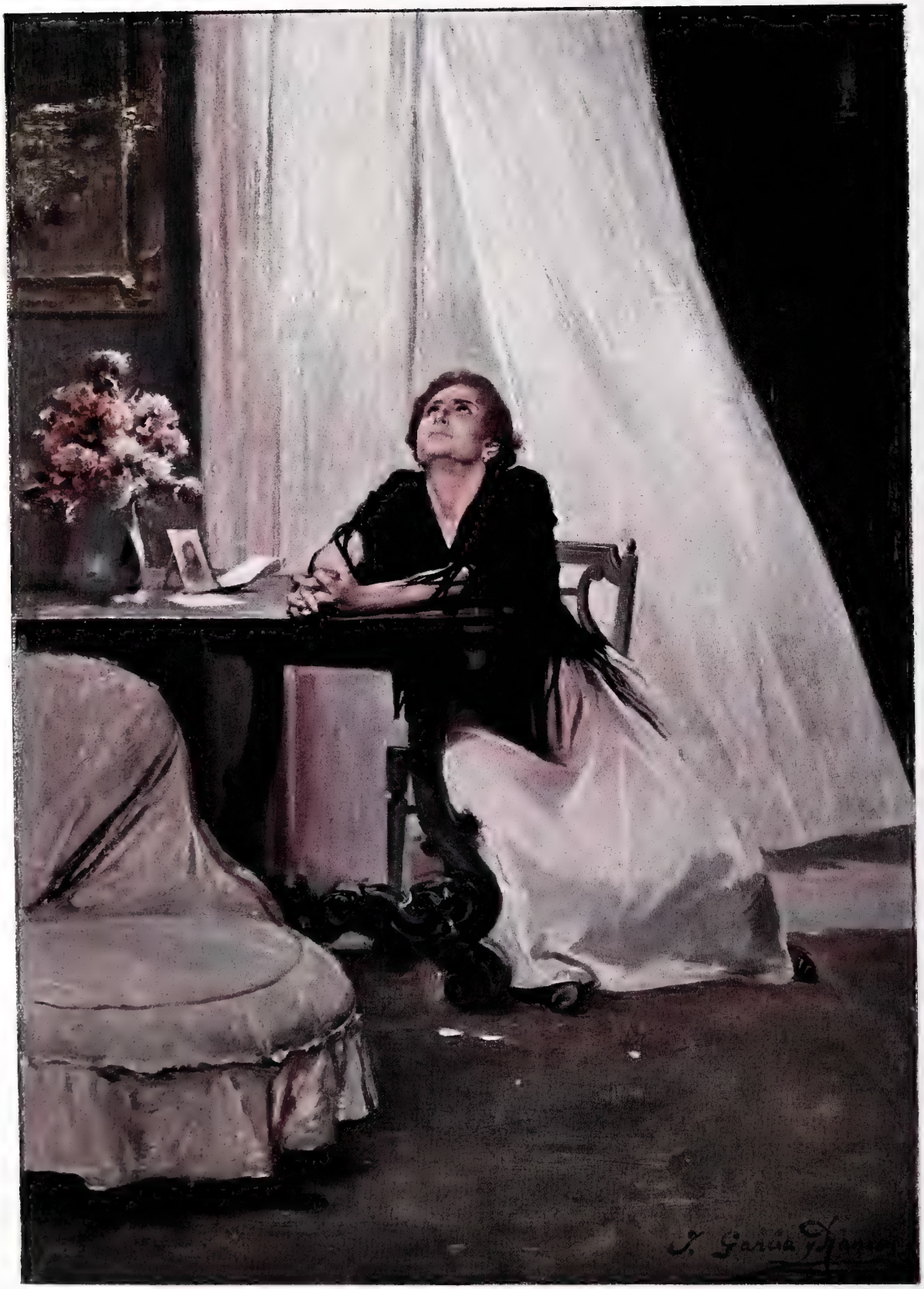
DIBUJOS DE ALBERTI

LA SEMANA DEL OBRERO

Con que dices que te casas
y quieres de mi persona
consejos, como hombre práctico
y mártir? Pues si los tomas
yo juro que te arrepientes
de hacer semejante cosa.
La semana del obrero
es un termómetro; anota
y escucha, pa que te vayas
enterando lo que es gloria:
El lunes, hermoso día,
está contenta la esposa
y te pone una gran cena
de patatas, alcachofas,
un cuarterón de carnero
y el vino que se te antoja.
Martes: bacalao, patatas,
algo seria la señora
y menos vino que el lunes
Miércoles: patatas solas,
medio cuartillo de vino;
á la parienta la adorna
un morro como un embudo;
epitetos, palabrotas
y rotura de vajilla.
El jueves, pan duro en sopas;

el hocico va en aumento,
la habitación silenciosa,
el botijo á todo pasto,
el vino con cuenta-gotas;
á la mujer la da un cólico
de hambre que se vuelve loca,
pidiendo por los pasillos
la separación forzosa.
Viernes: viernes de dolores;
ya no te queda ni mota;
en cuanto despunta el día
se reproduce la bronca;
ella se va con su madre,
mientras que yo le doy coba
al tabernero de al lado
pa que me fíe dos copas
y la vigésima parte
de un cocido y una rosca;
la tartera arrinconada,
la buhardilla triste y sola,
el grillo pasando ducas,
la cama sin una colcha,
y el gato por los tejados
limpiando lo que las tontas
dejan al fresco; ¡el delirio!
¡el hambre! ¡la bancarrota!
El sábado, pa el obrero
siempre el sábado es de gloria;
triste día el que se pasa
hasta la seis que se cobra;
sales contento y ufano
con los *perros* que ambicionas,
y se te presenta un chico
con carta de tu señora
que dice:—«Querido Paco:
estoy postrada y llorosa;
ven pronto, sin ti no vivo;
lo de ayer ha sido broma;
si has cobrao no te lo gastes,
que verás, verás ahora
qué bien lo gasta contigo
ésta que te quiere, Lola.»
Y, claro, ¿qué vas á hacerle?
vas, la ves, la mimas, lloras,
la suegra te llama «¡Pérjuro!»,
ella te mira animosa,
y el final son dos chuletas
de Barrionuevo, cogorza
y á la cama todo el mundo.
Domingo, día de moda,
gran almuerzo en las afueras,
una cena suntuosa;
la parienta te hace mimos,
la suegra te hace carocas;
eres el yerno más güeno
de la creación; la cosa
termina con tres cafeses
en San Millán; echan gotas
que á la suegra la hacen pupa
y á la mujer la sofocan,
y hay que llevarlas al catre
á puñaos; esta es la historia.
Con que mira si te casas,
no te toque una gazmoña
que te aborrezca los viernes
y te quiera cuando cobras.
—¿Y cuando no tiés trabajo?
—¡Vaya una pregunta tonta!
Pues cuando no se trabaja
tampoco se tiene esposa.

Antonio CASERO



CANTAR ANDALUZ

Todas las horas del dia
le estoy pidiendo á Jesús
que por su pasión y muerte
me lleve donde estás tú.

DIBUJO DE GARCÍA Y RAMOS

1825 SAGASTA 1903

EN 1856

EN 1860

EN 1865

EN 1869

EN 1875

EN 1880

No es tarde hoy, no lo será dentro de un siglo—para hablar del grande hombre muerto—la semana pasada, para recordar su fisonomía simpática, su poderosa inteligencia, su gravedad sonriente, su juvenil ancianidad, su elocuentísimo silencio, su calmosa y humana filosofía.

Mucho y bueno se ha dicho de él en los días pasados; mucho queda aún por decir, muchísimo tiene que hablar de él la Historia, y el juicio de ésta, por severo que quiera ser, no podrá menos de resultar favorable. El cejijunto historiador del porvenir tendrá la desgracia de no haber visto cara á cara al inmortal español; esto perjudicará algo á Sagasta, porque la amabilidad y la seducción que irradiaban de su persona eran propias, como la hermosura de Friné para desconcertar á los jueces más rígidos. Sagasta era un ilustre político, un orador incomparable, pero antes que eso y más que ello era un hombre, y según van poniéndose las cosas, dada la afectación histrionesca que nos domina y el afán de ostentar motes pegadizos, titulejos y calificativos, será menester considerar la calidad de *hombre* como título honroso, y grabarla en las tarjetas como si fuera una condecoración.

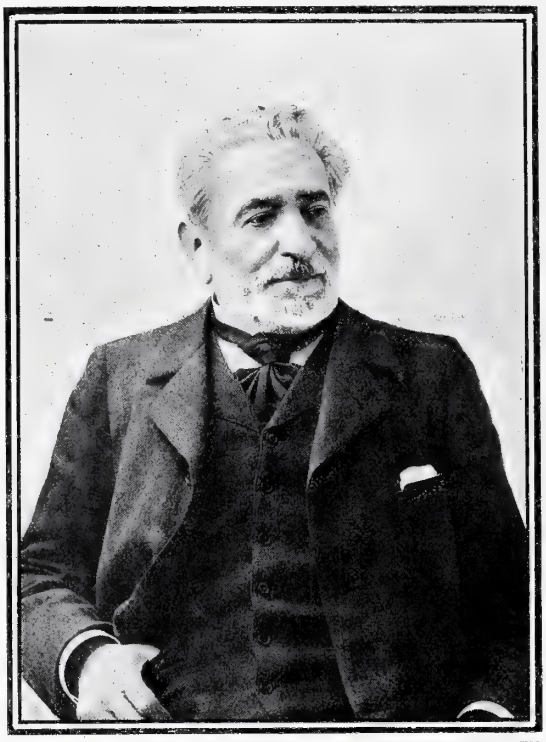
Sagasta era un hombre tanto más grande cuanto más humano. La superioridad de su naturaleza se

revelaba en su modestia, así como la superioridad de Cánovas se revelaba en su orgullo, igualmente simpático visto á la distancia debida, que la sencillez de Sagasta.

Acaso ningún español tuvo un concepto tan claro y tan exacto de la vida como D. Práxedes, porque tal vez ninguno recogió de la vida mayores y más provechosas enseñanzas, y de fijo ninguno supo grabarlas mejor que él en una memoria fidelísima, poco embarazada por nociones aprendidas en los libros, y deducir consecuencias con un entendimiento tan perspicaz y tan poco adulterado por el mero razonar discursivo y teórico.

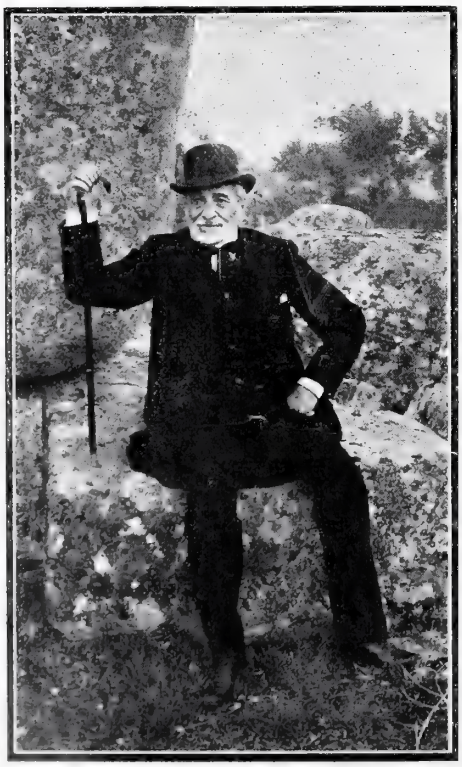
Por eso pudo Sagasta decir, copiando la frase famosa de D. Agustín Argüelles, que él no había sido ni querido ser en toda su vida otra cosa sino diputado y gobernante, hombre político, en suma: que para eso había nacido, y en tal calidad y condición ha muerto. Hombre político sólo, sin mezcla, no abogado, ni escritor, ni artista, ni hombre de sociedad, ni elegante ó petimetre de los que toman la política por deporte ó diversión. Y si era un gran artista cuando hablaba, no pudo decirse de él, como del orador clásico, que en sus labios habitaba la persuasión, sino más bien que en sus labios, en el gesto, en la sonrisa, en la actitud y ademán, en el tono de voz, todo ello insinuante, atrayente, comunicativo. Persuadía sin dar razones de gran peso, por la autoridad y el atractivo de la mirada, por la indeliberada y espontánea elegancia del accionar, por la gracia un poco irónica, un tanto escéptica, pero nunca fría ni académica, nunca rebuscada ni maligna, ni menos venenosa. Su hablar era sencillo, transparente, como lo es la vida para los hombres grandes, porque en la vida no hay retórica, y solamente los espíritus tortuosos y los tontos de solemnidad se empeñan en complicarla y dificultarla.

Y sin embargo, las cosas más grandes y mejores de que actualmente disfrutamos, la libertad y la tranquilidad, la paz y el sosiego de los ánimos, la seguridad de las personas y de las ideas, ¿á quién sino á él la debemos? Ha pasado con Sagasta, y perdónese lo vulgar de la comparación, lo mismo que con los más ilustres bienhechores de la humanidad, con el inventor del pan, el de los colchones, el de las aceras, etc., etc., que nadie sabe cómo se llamaban ni se acuerda de ellos y todos disfrutan de sus sencillas y admirables invenciones, sin tributarles la menor muestra de gratitud, mientras todos los días se alzan monumentos á cau-



FOT FRANZEN

EN 1898



EN 1900, EN EL BALNEARIO DE SANTA TERESA
FOT. DEL AFICIONADO SR. SIERRA

EN EL DIA DE LA ÚLTIMA CRISIS. NOVIEMBRE DE 1902
FOT. DEL AFICIONADO SR. SALVADOR

CONDUCCIÓN DEL CADÁVER AL CONGRESO — FOTOG. ASENJO — LA CAPILLA ARDIENTE

dillos que han derramado ríos de sangre ó á pensadores y teorizantes que han sumido á la humanidad en mares de confusiones.

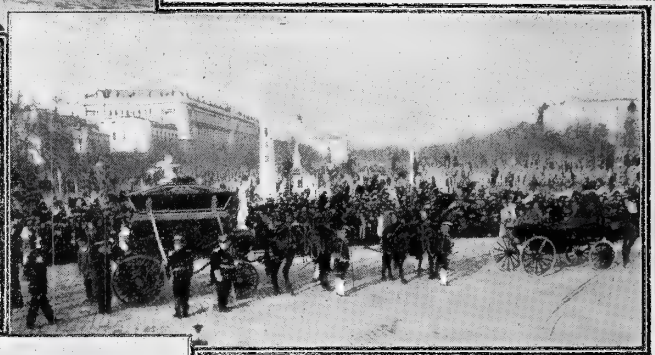
Pues bien; esto no hay que olvidarlo: ni por Cánovas, ni por Pí y Margall, ni por Martos, ni por el mismo Prim, con ser quizás todos ellos hombres de mayor elevación intelectual que Sagasta, al parecer, disfrutaríamos hoy de todas las libertades con absoluta tranquilidad y sin estremecimientos ni epilepsias. No; el salto dado desde los tiempos en que la misma cabeza de Sagasta corría peligro sobre sus hombros, como otros miles de cabezas de otros miles de ciudadanos, hasta los tiempos benignos de la Restauración, en los cuales ya no se fusilaba sino *lo más preciso*, y á estas últimas épocas en que, gracias á Dios, no es menester fusilar á nadie, ese salto mortal fué Sagasta quien lo dió, y supo darlo como un valiente, sin vacilar, sin hacer aspavientos, con la sonrisa en los labios. Y ante aquella sonrisa que á sus mayores adversarios hipnotizaba y confundía, los tigres de las dos manadas opuestas iban recomiéndose las uñas y achicándose y convirtiéndose en domésticos é inofensivos gatos... y algunos

VISITA DE SU MAJESTAD EL REY Á LA CAPILLA ARDIENTE — FOT. CIFUENTES

EL CORTEJO FÚNEBRE EN LA PLAZA DE CÁNOVAS
FOT. MEDIAVILLA Y GALLO

dándose, á costa de la generosidad de Sagasta, muy buenos hartazgos de cordilla y de algo más sustancioso.

Despreciable debe parecer á todo hombre de nobles sentimientos la acusación de que esa benevolencia mal calificada de *corrosiva* ha producido en los ánimos cierta blandura y molicie que contrastan con la implacable odiosidad reinante en los pasados tiempos. Al contrario, debe estimársele y agradecérsele á Sagasta, como uno de sus más grandes y positivos servicios, el gran progreso que la dulzura de su carácter bonachón ha introducido en las costumbres políticas, la cortesía y deferencia con que hoy día se tratan los adversarios en ideas, la hidalga tolerancia que existe entre los que hace cuarenta años se combatían á sangre y fuego. En tal sentido, puede asegurarse que nadie más que Sagasta ha *europeizado* nuestra política. Así, ya que no por otra cosa, pueden admirar nuestras Cámaras los extranjeros que las visitan por la discreción y mesura que en las discusiones suelen reinar; al recoger heroicamente un casco de granada caído en el hemiciclo la tarde en que fué bombardeado el Congreso, hizo Sagasta algo más que un sublime acto de valor cívico: recogió y arrojó lejos de las Cortes, con romana grandeza, un último rastro de nuestros feroces odios, de nuestras pasiones fratricidas. ¿Sería hoy posible, se concibe siquiera que un Gobierno condenase á muerte *en garrote vil*, como fué condenado Sagasta, al jefe del partido contrario?



LA CARROZA DE LOS MILICIANOS NACIONALES
FOT. MEDIAVILLA Y GALLO

EL PÚBLICO APIÑADO FRENTE AL PANTEÓN DE HOMBRES ILUSTRES FOT. X

Pues ciertamente que de los hombres de la Revolución, muchos de ellos con las manos manchadas de sangre, ninguno hubiera logrado suavizar los hábitos, dulcificar los procederes en tanto grado como Sagasta lo hizo. Y si después ha habido una *Mano negra* y un Montjuich, no ha tenido en ello culpa ni parte el bondadoso viejecito á quien ni errores ni desventuras pueden quitar el título de *padre de la patria.*

F. N. L.

LLEGADA DEL ENTIERRO AL PANTEÓN FOT. X.

EL TOPO

Todos los años, al llegar los primeros calores estivales, la familia Binot—incluso Mr. Binot, hijo de seis años de edad,—se traslada á la alegre casa de campo que posee en el país de Mans á descansar pacíficamente de las fatigas cotidianas y de la fiebre de la gran ciudad.

La casa es limpia y alegre, con su tejado de pizarras azules, sobre las que resbala el oro vivo de los mediodías soleados; con sus muros revocados de cal blanca por los que trepan los brazos nudosos de una parra centenaria. Un jardín cercado de setos vivos se desarrolla alrededor en arriates uniformes, en calles cuidadosamente limpias y llanas, que sólo manchan la sombra de los árboles vecinos; en macizos rodeados de boj, donde, como vírgenes en claustro, sonríen las flores más lindas y delicadas.

Este jardín, tierra inculta antaño, es el orgullo de la familia. Todas las mañanas, con el tibio resplandor que sigue á la aurora, acude á él Mr. Binot hijo, sin casi vestirse, con los cabellos enmarañados por el sueño, los ojos impacientes, porque quiere ser siempre el primero en contemplar las coles de vigoroso verde, por las que se deslizan perlas de cristal; los manzanos cargados de fruto aterciopelado, donde gorjean bandadas de gorriones; los linos rojos; los ligeros pétalos de fuego que bordean los paseos.

Y delante de los macizos, graciosamente floridos, se detiene y se siente feliz, contemplando con amor los pensamientos y las palmeras enanas que se despiertan á las caricias de los rayos del sol; cuenta las corolas nuevas de las hortensias multicolores, y absorbe el perfume embriagador de los claveles blancos y de las resedas.

II

Mr. Binot hijo no se ha desayunado hoy.

En el jardín—orgullo de la casa—un topo ha pataleado durante la noche las calles cuidadosamente llanas, ha hecho nacer en los macizos, donde sonreían las flores más lindas y delicadas, erupciones de estiércol, desagradables como botones de fuego en las frescas mejillas de una linda joven.

El jardín, horriblemente destruído, tiene el aspecto desolado de un campo de batalla, la tristeza silenciosa de un cementerio. Las hortensias, sepultadas bajo los montones recientemente removidos, sangran por todos sus tallos; los pensamientos parecen lanzar miradas melancólicas, agonizan dolorosamente y semejan implorar la piedad de las palmeras mutiladas y de las magulladas resedas.....

III

Mas ya cayó; ahí está preso en un lazo, donde se agita en vano, el topo, el horrible topo, vestido de negro como los saltatumbas, con los ojos disformemente redondos y llorones y las patas semejantes á las palas de un sepulturero.....

Mr. Binot hijo le examina fijamente, con rabia, y busca en su ruin cerebro de hombre culto un suplicio cruel, con infinitas torturas en relación con la monstruosidad del delito.

Quiere ahorcarle, quiere atarle cabeza abajo en cualquier rama de manzano, y verle retorcerse bajo los ardientes rayos del sol, en supremas convulsiones. Quiere ahogarle, zambullirle en el agua estancada de la cubeta vecina, y asistir triunfante á sus espasmos dolorosos, á su lenta, muy lenta agonía.

Y para darse más valor, para encontrar quizá un suplicio más atroz todavía, contempla de nuevo los macizos rodeados de boj, donde agonizan, como en jardinillo de hospital, las hortensias amputadas, donde se mueren los lastimeros pensamientos y las pálidas resedas.

IV

De pronto se ve á Mr. Binot hijo, radiante, satisfecho.

El castigo vengará como conviene á las pobres flores, las flores amadas, que poco antes sonreían tan lindas y fragantes; y ya todo su sér, estremecido de espanto, sueña con el horror del suplicio inventado.

En la tierra cava una fosa profunda, una fosa hecha para los últimos sufrimientos, y ¡entierra vivo al topo!.....

ALEJANDRO GOICHON

DIBUJO DE REGIDOR

EL CORTEJO FÚNEBRE EN LA PLAZA DE CÁNOVAS
FOT. MEDIAVILLA Y GALLO

tan los adversarios en ideas, la hidalga tolerancia que existe entre los que hace cuarenta años se combatían á sangre y fuego. En tal sentido, puede asegurarse que nadie más que Sagasta ha *europeizado* nuestra política. Así, ya que no por otra cosa, pueden admirar nuestras Cámaras los extranjeros que las visitan por la discreción y mesura que en las discusiones suelen reinar; al recoger heroicamente un casco de granada caído en el hemiciclo la tarde en que fué bombardeado el Congreso, hizo Sagasta algo más que un sublime acto de valor cívico: recogió y arrojó lejos de las Cortes, con romana grandeza, un último rastro de nuestros feroces odios, de nuestras pasiones fratricidas. ¿Sería hoy posible, se concibe siquiera que un Gobierno condenase á muerte *en garrote vil*, como fué condenado Sagasta, al jefe del partido contrario?

Pues ciertamente que de los hombres de la Revolución, muchos de ellos con las manos manchadas de sangre, ninguno hubiera logrado suavizar los hábitos, dulcificar los procederes en tanto grado como Sagasta lo hizo. Y si después ha habido una *Mano negra* y un Montjuich, no ha tenido en ello culpa ni parte el bondadoso viejecito á quien ni errores ni desventuras pueden quitar el título de *padre de la patria*.

F. N. L.

dándose, á costa de la generosidad de Sagasta, muy buenos hartazgos de cordilla y de algo más sustancioso.

Despreciable debe parecer á todo hombre de nobles sentimientos la acusación de que esa benevolencia mal calificada de *corrosiva* ha producido en los ánimos cierta blandura y molicie que contrastan con la implacable odiosidad reinante en los pasados tiempos. Al contrario, debe estimársele y agradecérsele á Sagasta, como uno de sus más grandes y positivos servicios, el gran progreso que la dulzura de su carácter bonachón ha introducido en las costumbres políticas, la cortesía y deferencia con que hoy día se tra-

LA CARROZA DE LOS MILICIANOS NACIONALES
FOT. MEDIAVILLA Y GALLO

EL PÚBLICO APIÑADO FRENTE AL PANTEÓN DE HOMBRES ILUSTRES POT. X

LLEGADA DEL ENTIERRO AL PANTEÓN FOT. X.

EL TOPO

Todos los años, al llegar los primeros calores estivales, la familia Binot—incluso Mr. Binot, hijo de seis años de edad,—se traslada á la alegre casa de campo que posee en el país de Mans á descansar pacíficamente de las fatigas cotidianas y de la fiebre de la gran ciudad.

La casa es limpia y alegre, con su tejado de pizarras azules, sobre las que resbala el oro vivo de los mediodías soleados; con sus muros revocados de cal blanca por los que trepan los brazos nudosos de una parra centenaria. Un jardín cercado de setos vivos se desarrolla alrededor en arriates uniformes, en calles cuidadosamente limpias y llanas, que sólo manchan la sombra de los árboles vecinos; en macizos rodeados de boj, donde, como vírgenes en claustro, sonríen las flores más lindas y delicadas.

Este jardín, tierra inculta antaño, es el orgullo de la familia. Todas las mañanas, con el tibio resplandor que sigue á la aurora, acude á él Mr. Binot hijo, sin casi vestirse, con los cabellos enmarañados por el sueño, los ojos impacientes, porque quiere ser siempre el primero en contemplar las coles de vigoroso verde, por las que se deslizan perlas de cristal; los manzanos cargados de fruto aterciopelado, donde gorjean bandadas de gorriones; los linos rojos; los ligeros pétalos de fuego que bordean los paseos.

Y delante de los macizos, graciosamente floridos, se detiene y se siente feliz, contemplando con amor los pensamientos y las palmeras enanas que se despiertan á las caricias de los rayos del sol; cuenta las corolas nuevas de las hortensias multicolores, y absorbe el perfume embriagador de los claveles blancos y de las resedas.

II

Mr. Binot hijo no se ha desayunado hoy.

En el jardín—orgullo de la casa—un topo ha pataleado durante la noche las calles cuidadosamente llanas, ha hecho nacer en los macizos, donde sonreían las flores más lindas y delicadas, erupciones de estiércol, desagradables como botones de fuego en las frescas mejillas de una linda joven.

El jardín, horriblemente destruído, tiene el aspecto desolado de un campo de batalla, la tristeza silenciosa de un cementerio. Las hortensias, sepultadas bajo los montones recientemente removidos, sangran por todos sus tallos; los pensamientos parecen lanzar miradas melancólicas, agonizan dolorosamente y semejan implorar la piedad de las palmeras mutiladas y de las magulladas resedas.....

III

Mas ya cayó; ahí está preso en un lazo, donde se agita en vano, el topo, el horrible topo, vestido de negro como los saltatumbas, con los ojos disformemente redondos y llorones y las patas semejantes á las palas de un sepulturero.....

Mr. Binot hijo le examina fijamente, con rabia, y busca en su ruin cerebro de hombre culto un suplicio cruel, con infinitas torturas en relación con la monstruosidad del delito.

Quiere ahorcarle, quiere atarle cabeza abajo en cualquier rama de manzano, y verle retorcerse bajo los ardientes rayos del sol, en supremas convulsiones. Quiere ahogarle, zambullirle en el agua estancada de la cubeta vecina, y asistir triunfante á sus espasmos dolorosos, á su lenta, muy lenta agonía.

Y para darse más valor, para encontrar quizá un suplicio más atroz todavía, contempla de nuevo los macizos rodeados de boj, donde agonizan, como en jardinillo de hospital, las hortensias amputadas, donde se mueren los lastimeros pensamientos y las pálidas resedas.

IV

De pronto se ve á Mr. Binot hijo, radiante, satisfecho.

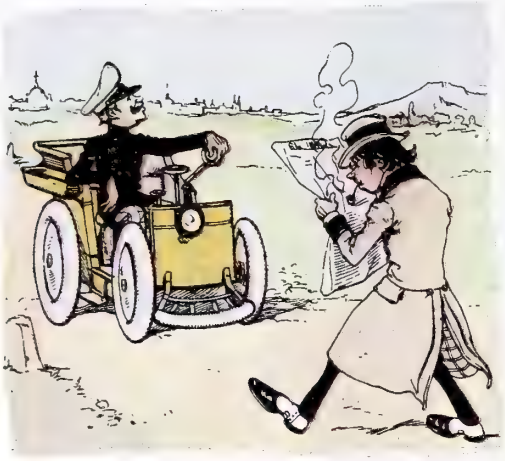
El castigo vengará como conviene á las pobres flores, las flores amadas, que poco antes sonreían tan lindas y fragantes; y ya todo su sér, estremecido de espanto, sueña con el horror del suplicio inventado.

En la tierra cava una fosa profunda, una fosa hecha para los últimos sufrimientos, y ¡entierra vivo al topo!.....

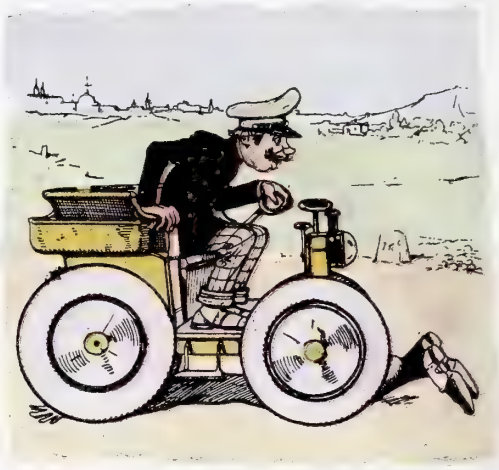
ALEJANDRO GOICHON

DIBUJO DE REGIDOR

UN ACCIDENTE, POR CILLA



1.—¡Qué hermoso es pasear en automóvil!

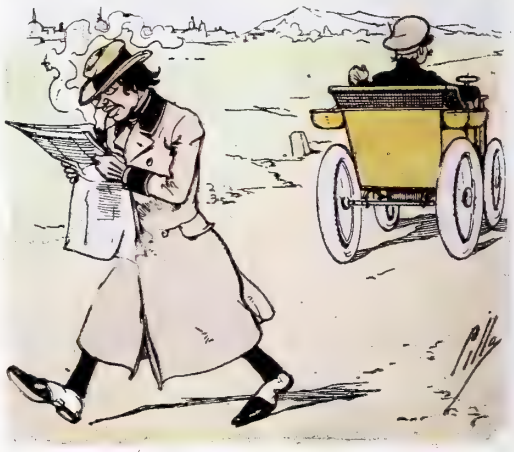


2.—Pero, si no me engaño, alguien me estorba.

3.—¡Oh cielos! Le dejé como una oblea.

4.—Si le pudiera hinchar con esta bomba.....

5.—Resucitó; salud, amigo mío.



6.—¡Y hay quien se queja del *sport* de moda!

AÑO TRECE Y NÚMERO 612 MADRID DIA 24 DE ENERO DE 1903.

BLANCO Y NEGRO

LA ETERNA MANZANA

Que la comas!

—¡Que no quiero!

—¡Que está muy rica!

—Que ha dicho tu papá que no comamos fruta de ese árbol, porque aún no está madura y nos dará grandes retortijones de tripas.

—Pues á mí me gusta *mismamente* por lo verdecita que está. Cómela, no seas tonto.

—Yo no desobedezco á tu papá; si fuera al mío..... á ese ya sé contentarle después: pero el tuyo, con eso de que soy su sobrino, me larga cada pescozón.....

—¡Yo lo que te digo es que está más agrita y más buena. ¡Y también está dulce! ¡Sabe..... así, como á yemas de coco en ensalada!

—Bueno, pero..... *(cediendo á la tentación.)*

—Vamos, anda, prueba este bocadito. *(Adán el chico muerde la manzana.*

—Pues, mira, á mí no me gusta, la verdad.

—Vaya, me alegro: así me la como yo toda.

Este diálogo, copia exacta del último del Paraíso, refundido en estos últimos tiempos y arreglado á la escena moderna, tiene por interlocutores á una Eva de cuatro años y un Adán de cinco.

La perversidad de la Eva moderna ha sido cien veces más grande que la de nuestra madre común, porque en este Paraíso contemporáneo, que es el jardín de un hotelito de la Guirnalera, no ha habido serpiente que tentase. El impulso criminal ha nacido espontáneo en el alma de la mujercita, y ésta, añadiendo el instinto de material destrucción y la crueldad con las plantas al deseo de pecar gravemente, ha incitado al chico para que, asiéndose á la más hermosa y más cargada rama del manzano y haciendo fuerza con todo el cuerpo, la quebrara y malograse una docena de hermosos frutos.

Regodeándose con su maldad, Eva sonríe. De Adán se apodera una tristeza meditabunda.

A lo mejor sobreviene, no el Padre Eterno, sino el papá de Eva y tío de Adán, y al ver quebrada la más hermosa rama del más hermoso manzano de su jardín, prorrumpe en exclamaciones de enojo.

El pobrecillo Adán paga el pato como siempre; los pescozones que con su natural perspicacia había vaticinado, no se hacen esperar.

—¡Ha sido Eva, tío, ha sido Eva! *¡Tío, yo no he sido!*

Esta frase última, sacramental desde los tiempos de la serpiente, indigna más al tío. Ni la niña alcanzaba á coger la rama, ni es creíble que á ella se le haya ocurrido tan funesta fechoría. Y los pescozones menudean «interesando la piel y los tejidos blandos», como dicen los *forenses*.

Eva presencia el deplorable espectáculo sin conmoverse lo más mínimo, y hasta sacando la lengua á hurtadillas.

Adán, cabizbajo y acongojadísimo, es conducido á la casa paterna, donde le aguardan nuevas reconvenciones. Afortunadamente el castigo se limita á pura retórica familiar, á cenar ligero y acostarse antes que las gallinas.

En el silencio de la noche y en la obscuridad de su cuarto, Adán, preocupadísimo, no puede dormir.

Tenía razón Eva: él, Adán, es un tonto, un maula al haberle hecho caso á ella para que luego se le burlase como una bribona la muy.... Pero lo cierto es que del pensamiento del chico no se aparta el recuerdo de su prima, de los ojillos que *le ponía* para convencerle. ¡Pobre Adán! ¡Perdido, perdido para siempre!

Entretanto en casa de Eva han ocurrido formidables acontecimientos. Como había previsto Adán, á eso del anochecer la niña siente unos intensísimos retortijones de tripas. La manzana verde *se le ha puesto de pie*, y la pecadora gime sin

consuelo, no plañendo su falta, no, sino quejándose del justo y condigno castigo.

El papá hace esfuerzos por fingir una actitud severa, pero bien se le conoce que á él le duele más que á su hija.

Llega el doctor, barbudo, terrible, con los ojos negrísimos metidos en los marcos de las gafas de oro; aquellos ojos, queriendo ser amables, regañan, pinchan, aterrorizan á la pobre Eva, que cree llegado su postrer momento.

El doctor manda hacer una cataplasma con láudano, y la cuitadilla nena siente que le abrasan la barriguita con una cosa que huele á azafrán y á hierbajos, como el cocido de los albañiles. Entonces, el miedo al dolor y la repugnancia física que aquel menjurge la causa, verifican una reacción en el ánimo de Eva. Reconoce su falta, aunque no lo confiese, y de pronto siente inmensa compasión por el pobre Adán, y de la compasión nace el amor en Eva, como en Adán había nacido ya del escozor de los pescozones.

Dios desde el cielo bendice la unión de aquellas dos almas, y Santo Tomás de Aquino, que anda por allí cerca, declara la necesidad del pecado, porque si el pecado de la manzana no hubiera acaecido, el mundo se hubiera quedado sin dolores, que son los que engendran el amor.

F. NAVARRO Y LEDESMA

DIBUJOS DE MUÑOZ LUCENA Y ALBERTI

LA SEMANA PASADA

LA ULTIMA NEVADA EN REINOSA FOT. LAPUENTE

HA sido una semana de aquellas en que aun las personas naturalmente ingeniosas y enemigas de la vulgaridad, al encontrarse en la calle con cualquier prójimo, le han interpelado echando mano del consabido *cliché* de los peluqueros:

—¿Ha visto usted qué tiempecito?...

Para consolarnos, sin duda, nuestro corresponsal de Reinosa nos remite una fotografía de la nevada última en aquellas alturas: una fotografía que pone la carne de gallina.

—¿Eso es la Nevada?—nos dice un amigo contemplando el paisaje.—Pues más bien parece la Patti.

Lo más lamentable no son los chistes como el precedente: lo más terrible es que en un país tan cristiano y tan caritativo como el que tenemos la incomodidad de habitar, haya ciudadanos que perezcan de frío, y otros que pidan por favor un albergue en la prevención de un distrito, para dormir bajo techado.

¡Qué cosa tan triste es la muerte de ese infeliz Ricardo Nocedo, helado junto á las tapias del Retiro, donde solía dormir *al calor* de un gallinero! *Por allí* algunos le conocían; decíase que había sido empleado; se le encontró una cédula vieja que rezaba: «Profesión, estudiante!...» Un pobre hombre, relativamente, ó quizás absolutamente, fino, distinguido, sin resistencia para el sufrimiento material. Había estudiado, había logrado evadirse á la esclavitud de la ignorancia, pero no sus-

SOLDADOS MARROQUÍES HACIENDO EJERCICIOS DE FUSIL
FOT LÓPEZ CARNICER

BATALLÓN DE ASKARIS EN MARCHA PARA COMBATIR A LAS KABILAS REBELDES

FOT. LÓPEZ CARNICER

TAMPOCO parece que le pasan los apreciables súbditos de Abd-el-Azís, cada vez más resueltos á seguir zurrándose la badana. ¡Qué pesadilla, señores, la guerra de Marruecos! Cuantos más extensos telegramas, cuantas más interesantes informaciones leemos sobre lo que pasa en el Imperio de frente á casa, según se baja, mayores son nuestras dudas y confusiones. No hay manera humana de ir desenvolviéndose en este inextricable lío. Las últimas noticias son contradictorias... como las primeras. El *padre de la burra* continúa sin caer de su hija, y el Sultán, después de haber sacado de la mazmorra en que estaba encerrado á su hermano mayor Muley Mohamed, le ha vuelto á enlacenar, diciéndole con fraternal cariño, mientras le abría la puerta de la cárcel:

—A lo que estamos, príncipe Tuerto.

COMO no todo lo que aquí hablemos se ha de referir á gentes heladas ni á moros embrollones y feos de suyo, bien será presentar á ustedes á la aplaudida tiple española Concha Bordalba, que canta en el teatro Real con gran aplauso de la concurrencia, y que, como guapa, es guapa, según pueden ustedes advertir.

traerse á la servidumbre, aún más espantosa, de la miseria. ¡Y pensar que un real, dos reales, le habrían librado de la muerte! ¿Es que, resueltamente, *esto* está bien arreglado? ¿No tenemos todos, todos, una parte de culpa en la muerte de Ricardo Nocedo? ¿Basta que con piedad pensemos que sus dolores le han llevado al cielo, donde no pasará frío?...

CONCHA BORDALBA

Y finalmente, como nos guía el noble afán de asociar lo útil con lo agradable, ahí tienen ustedes una magnífica obra que está realizándose en la bahía de Aguilas, uno de los puertos más importantes de nuestra costa levantina: el embarcadero ó muelle del Hornillo, en construcción para el embarque de minerales, y que cuando esté concluído, por su altura, amplitud y grandiosidad, llamará la atención de ingenieros y marinos mercantes. En la fotografía, *eso* no parece nada, pero lo cierto es que las naciones, como los individuos, según el catecismo, se salvan *con eso:* con caridad y *buenas obras.*

DON RUPERTO

GRAN EMBARCADERO DEL HORNILLO EN LA BAHÍA DE AGUILAS FOT BORRELL

LA INFANTA DOÑA PAZ

Y SU ÚLTIMA OBRA

SOR MANUELA TERESA DE BAVIERA
DE LA ORDEN DE SANTA CLARA

AYER celebró la Iglesia la fiesta de Nuestra Señora de la Paz, y fué el santo de la infanta de España, hermana del malogrado rey D. Alfonso XII, que después de su boda con el príncipe D. Fernando de Baviera fué á establecer su feliz hogar, que Dios ha bendecido, en las poéticas riberas del Isar, que antes de confundirse con el Danubio, refleja en sus aguas los monumentales edificios de una de las más artísticas metrópolis de Europa: la sabia y celebrada Munich.

En medio de sus dichas domésticas, no olvida á la patria en que nació la hermosa infanta española, y de vez en cuando nos traen los ecos de su lira inspirados versos á la Virgen del Pilar ó á Nuestra Señora de Atocha, que demuestran que viven puros é inextinguibles en su alma delicada los sentimientos que en ella arraigaron en los hermosos días de su infancia y en el gentil alborear de su lozana adolescencia.

Tampoco aquí la olvidamos, y cuando, como en la ocasión presente, recibimos una nueva muestra de su bien cultivada inteligencia, como la que da el libro que ha dedicado á narrar la historia de la princesa Manuela Teresa, religiosa de la Orden de Santa Clara é hija del Elector Máximo Manuel de Baviera, experimentamos sincero regocijo, no exento de legítimo orgullo, por los éxitos literarios de nuestra egregia compatriota.

La infanta doña Paz es una escritora que encanta por la sencillez y delicadeza de su estilo, en el que se refleja la sencillez de su alma.

«¡Hay tantas cosas desagradables en la historia de las Cortes!—dice en la interesante obra que motiva estas líneas—que no creo que haya mucha diferencia desde el tiempo de los Faraones hasta nuestros días. Y sin embargo, después que he leído las cartas de Máximo Manuel á su hija, este hombre, que yo conocía solamente por sus hechos de armas, su frívola reputación, su peluca á lo Luis XIV y su deslumbrador uniforme, me ha demostrado que bajo todo este esplendor palpita un corazón de hombre. En vez de experimentar como en otro tiempo, al pasar delante de su retrato que decora el palacio de Nymphenbourg, el sentimiento de que él desaprobaría mi vida sencilla de familia, le dirijo una sonrisa, pensando:—Tú me envidiarás, sin duda alguna.»

Esta sencillez de la vida de S. A. y la tranquilidad de que goza en su apacible retiro, la permiten consagrarse, después de atender en primer término á la dirección de la educación de sus hijos, á la investigación de los importantes documentos históricos que se guardan en los archivos de la corte de Baviera.

De ellos ha sacado la correspondencia del famoso Elector, que arroja luz sobre un período tan interesante como el transcurrido desde 1696 á 1750, y que presenta con todo su relieve la simpática figura de la que hubiera sido reina de España cuando murió Luisa Gabriela de Saboya, la primera mujer de Felipe V, si no la hubiera llamado su vocación al claustro, donde fué una ejemplar religiosa.

S. A. R. LA INFANTA DOÑA PAZ
FOT. FRANZEN

Como á la vida de Manuela Teresa va íntimamente unida la de su padre el famoso Elector, la de su madre Cunegonda, hija de Sobresky, rey de Bolonia, y de otros personajes de la época, el estudio histórico de S. A. la Infanta doña Paz resulta muy interesante.

Ilustran el libro preciosos grabados que reproducen retratos y cuadros históricos que se guardan en el palacio de Nymphenbourg, y que dan una muestra de los tesoros artísticos de la corte de Baviera, no sin razón llamada la Atenas de Alemania

Allí se cultiva el espíritu de nuestra augusta compatriota. Su esposo, el príncipe D. Fernando, que es doctor en medicina, ejerce en beneficio de los pobres su carrera, y va á los hospitales á practicar operaciones que alivian ó salvan á los desdichados que sufren. Doña Paz, en tanto, estudia y trabaja, y en medio de la apacible tranquilidad de su espíritu y de su alma, da á luz esos libros, que demuestran la cultura de una princesa de Borbón de la rama española, ó da forma en inspirados versos á los recuerdos que guarda de su primera patria, para la que son las ternuras de su cariño, prodigado también á sus hijos, de los que está haciendo modelos de príncipes.

KASABAL

APUNTES CÓMICOS
MAURA
En el Ministerio de la Bola (antes Gobernación) han comenzado los trabajos electorales.
ABD-EL-ATIS
AUÑON
GOMEZ Y MAZ
VERAGUA
LEYES.
DE
MARINA
-Gran Señor ¿Que hacemos con tu hermano el Principe Tuerto?
-Le metes en la cárcel... y puede saltarle el otro ojo ¡pá que vez!
SILVELA
MONEGAL
CONCESIÓN
¿No tiene Vd. más que pedir, amigo Monegal?
-Hombre, si tuviera Vd. por ahí la Biblia en pasta... es lo único que no he pedido...
S.TOCA
-¿Que está Vd. haciendo Sr. Sanchez Toca?
-Las reformas de Marina
-Pues eso más bien parece un fusilamiento

EN EL PERCHEL

En su rostro el *Cacatúa*
llevaba la angustia impresa,
cuando penetró convulso
de dolor, en la taberna
y le gritó al tabernero,
porraceando una mesa:
—*Cucurucho*, una tinaja
con tó el vino que le quepa,
á ver si ahogándome en vino
se ahogan en vino mis penas.
—¿Qué víbora te ha picao,
Cacatúa, pa que quieras
un diluvio de *Montilla?*
Porque pa que tú en *Solera*
te ahogues, se hace preciso
más caldo que dan las cepas;
con que á ver ese secreto.
—Si no son cosas secretas
las cosas que á mí me pasan;
si lo que á mí me destiempla
se puede decir á voces;
si lo que á mí me descuelga
el corazón de su sitio
es que tengo á mi morena
tosiendo y con calentura,
y el médico que va á verla
me dice que se me muere:
ya ves tú, ¡morirse ella!
¡ella, un pasmo de bonita!
la más graciosa y más buena
de toítas las mujeres,
con dieciséis primaveras,
y morirse cuando tengo
ya casi la casa puesta
y en la mano los papeles;
cuando pasando carencias
y fumando los cigarros
por dambas puntas, y á fuerza
de gastarme los pulpejos
y de sudar tinta negra
de escribir, ya le he comprao
un sofá, que es una prenda,
una camita de talla,
seis sillones y una mesa
de tocador con su espejo
y su tablero de piedra,
y tó lo que me pedía
cuando de noche en la reja
hablábamos del casorio.
. . . . . .

¡Ay, *Cucurucho*, qué pena
tan grande si se me muere,
qué dolor mirarla muerta,
con los ojitos cerraos,
la cara como la cera,
con las manos cruzaítas
sobre el pecho y entre ellas
un manojito de flores;
¡Ay, Dios santo! si he de verla
asín, yo quiero morirme
y que me entierren con ella.

Y descansando la frente
sobre la mano, dió suelta
al sollozo, y con acento
de hondas y rudas cadencias
repitió:—Trae una tinaja
con tó el vino que le quepa,
á ver si ahogándome en vino
se ahogan en vino mis penas.

ARTURO REYES

DIBUJO DE HUERTAS

¡HUY, QUÉ DIFICIL!

POR CARLOS VÁZQUEZ

PAISAJES SUIZOS

LA PRIMERA NIEVE

El tren se dividió; cada dos vagones eran arrastrados por una locomotora especial; parecía el cuerpo de un monstruo partido á hachazos.

Comenzó el tren la subida de la pendiente, con lentitud, agarrándose á los dientes de la cremallera; abajo se veía un valle y en él una aldea con su iglesia de torre alta, estrecha y picuda; enfrente, al otro lado del valle, inmensas montañas rocosas cerraban el horizonte; de lo alto de las montañas caía agua á torrentes que, escondiéndose entre los pliegues de las rocas, volvía á aparecer más abajo, dibujando en las montañas encajes de espuma blanca que luego se precipitaban en un arroyo, con figura de torbellino primero, manso después, y que al fin en correcto cauce iba á morir al lago más próximo.

El tren subía; hundíase el valle lentamente. El panorama cambió, y por fin llegamos á Brünig; era la cima del monte, y allí almorzamos.

Partimos nuevamente; bajábamos por el lado opuesto de la montaña; los vagones, de dos en dos, se sucedían de cien en cien metros; producía un extraño vértigo aquella bajada lenta hacia un sitio invisible con el precipicio á la derecha del tren, el precipicio natural de la montaña misma que bajábamos.

Ya hacía un cuarto de hora que el tren marchaba, cuando fijé mi atención en un nuevo viajero que en Brünig, sin duda, había montado en mi departamento. No debí esperar á verle leer una novela española para comprender que aquella señora, morena, de facciones claras, de rasgos decididos y ojos inteligentes, era una compatriota mía; sin embargo, hasta que no vi por el título del libro que la viajera leía en mi idioma, no osé decirle:

—Usted perdone, señora; ¿es usted española?

—¿Y usted compatriota mío, por lo que oigo?—me respondió.

—En efecto, soy español,—le dije.

—Y yo de Madrid,—añadió la viajera, cerrando el libro.

—¿Va usted muy lejos?

—A Interlaken,—contestóme.

—Y yo.

Entró el tren en un túnel y callamos; cuando un rayo de sol iluminó el interior del departamento, volví á preguntarle:

—¿Viene usted de Lucerna?

—No—me respondió;—hace una semana que estoy en Brünig; es un punto delicioso.

—Muy alto.

—Demasiado.

—¿No ha nevado aún?

—¡Oh, no; si hubiera nevado!.....

Hizo la viajera un movimiento como el de un escalofrío.

—¿No le gusta á usted la nieve?

—La temo.

—¡Es tan bonita!

—¡Es tan fría!—me respondío mi compañera de viaje filosóficamente.

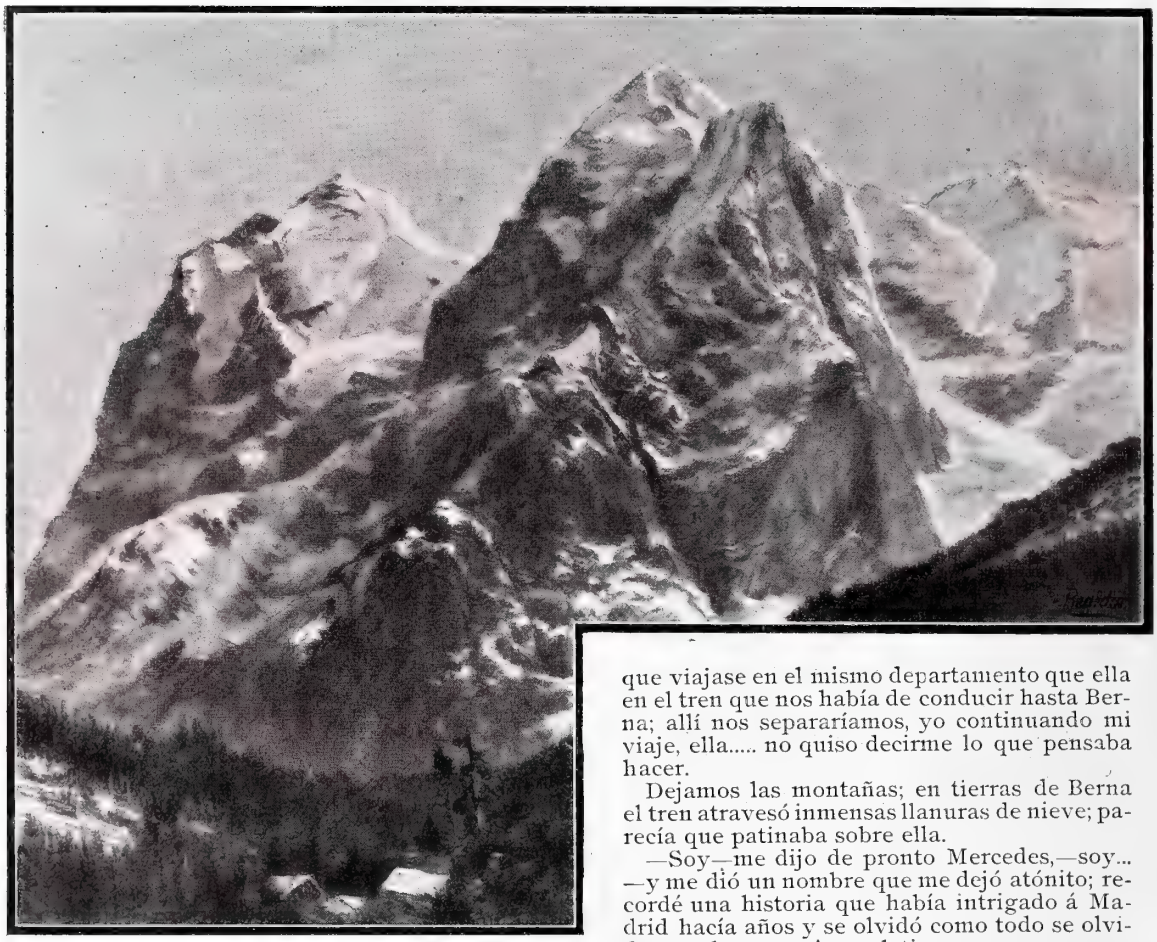
—¡Es tan poética!—insistí yo.

—¡Es tan triste!....

Hubo cinco minutos de silencio; iba yo á hablar, pero llegamos á Meiringen. El tren volvió á ligarse, los pedazos de la fiera se unieron y algunos minutos después corría todo el tren por un valle al lado de un río y con una velocidad extraordinaria; á la derecha se elevaba la montaña gigantesca que habíamos bajado, y á todo lo largo de aquel ciclópeo cuerpo de granito distinguíase una oblícua roturación: era la línea férrea; era la sangría abierta por el progreso á la Naturaleza.

Sólo algunas vulgaridades cambiamos mi compatriota y yo hasta la llegada á Brienz; allí bajamos del tren para entrar en el vapor que, atravesando el lago, nos había de llevar á Interlaken.

Sobre cubierta, acariciada la cara por un viento suave que la marcha del vapor producía, recorda-



mos nuestra España, evocamos el fantasma de nuestra tierra y de nuestro temperamento, tan diferente al de las personas que nos rodeaban.

Los cinco días que pasamos en Interlaken fueron idílicos, deliciosos, inolvidables. Aquellos recuerdos sobre cubierta, aquella oda cantada á la Patria mientras el barco que nos conducía se deslizaba por las aguas tranquilas del lago de Brienz, todo había abrazado á nuestras almas, y la poesía del conjunto era la razón más potente que había solidificado aquel abrazo. Fuimos felices: la Naturaleza se mostró espléndida, el clima era delicioso; nos rodeaba la poesía, nos besaba la dicha, nos enloquecía la suerte.

Una noche volvíamos de un concierto que un *virtuose* dió en la Kursaal; hacía frío; de la *Jungfrau* bajaba un viento sutil, pero helado; entramos en el hotel y pregunté á Mercedes:

—Vamos á ver; ya es hora de que te pregunte: ¿Quién eres?

—¿Y qué te importa?—me respondió.

—¡Cómo!.....

Hubo una pausa; Mercedes estaba pensativa.

—Dime, ¿por qué has esquivado siempre mis indirectas acerca de tu origen? Estoy intrigado; ahora no deseo, ahora quiero, necesito saber quién eres.

—¿Necesitas? ¿Quieres?.....

Y Mercedes rió á carcajadas como una loca.

En la mañana siguiente amaneció Interlaken cubierto de nieve; todo el panorama era de una gran monotonía; la cadena de los Alpes aterrorizaba, haciendo pensar en un probable talud de nieve que, desprendiéndose de sus cimas, sepultase para siempre á Interlaken.

Aunque se opuso, no pudo impedirme Mercedes que viajase en el mismo departamento que ella en el tren que nos había de conducir hasta Berna; allí nos separaríamos, yo continuando mi viaje, ella..... no quiso decirme lo que pensaba hacer.

Dejamos las montañas; en tierras de Berna el tren atravesó inmensas llanuras de nieve; parecía que patinaba sobre ella.

—Soy—me dijo de pronto Mercedes,—soy... —y me dió un nombre que me dejó atónito; recordé una historia que había intrigado á Madrid hacía años y se olvidó como todo se olvida, con la ausencia y el tiempo;—ya ves que no deseo ocultártelo; pero, como *Lohengrin*, te digo mi nombre cuando nos vamos á separar. Buscaba un hombre tan razonable, incapaz de dejarse dominar por una pasión tan vulgar como la curiosidad.

—¿Crees que es razonable amar un enigma?

—Quizás..... puesto que el despejar una incógnita equivale tanto como conocer lo desconocido; ahora, á otra ecuación.

—¡Oh, tú vives demasiado la vida ideal!

—La realidad es amarga.....

Callamos; el tren seguía tragándose kilómetros de nieve, y siempre veíamos el mismo paisaje.

—¡Qué hermoso es el sol!—murmuró Mercedes; —los valles verdes, el cielo azul, el clima cálido; qué felices días pasamos en Interlaken, hasta la noche en que me preguntaste.....

—La noche de la primera nieve,—le interrumpí.

—Sí, la primera nieve, la primera en la Naturaleza y en nuestro idilio.

Miró un instante al espacio y murmuró con pena:

—¡Es tan triste!..... ¡Es tan fría!.....

Salió por el pasillo del vagón; no la volví á ver; la busqué cuando el tren llegó á Berna; no estaba; quizás se apeó en una estación cualquiera.

Al día siguiente, camino de Zürich, iba yo solo en mi departamento contemplando la llanura cubierta de nieve que atravesaba.

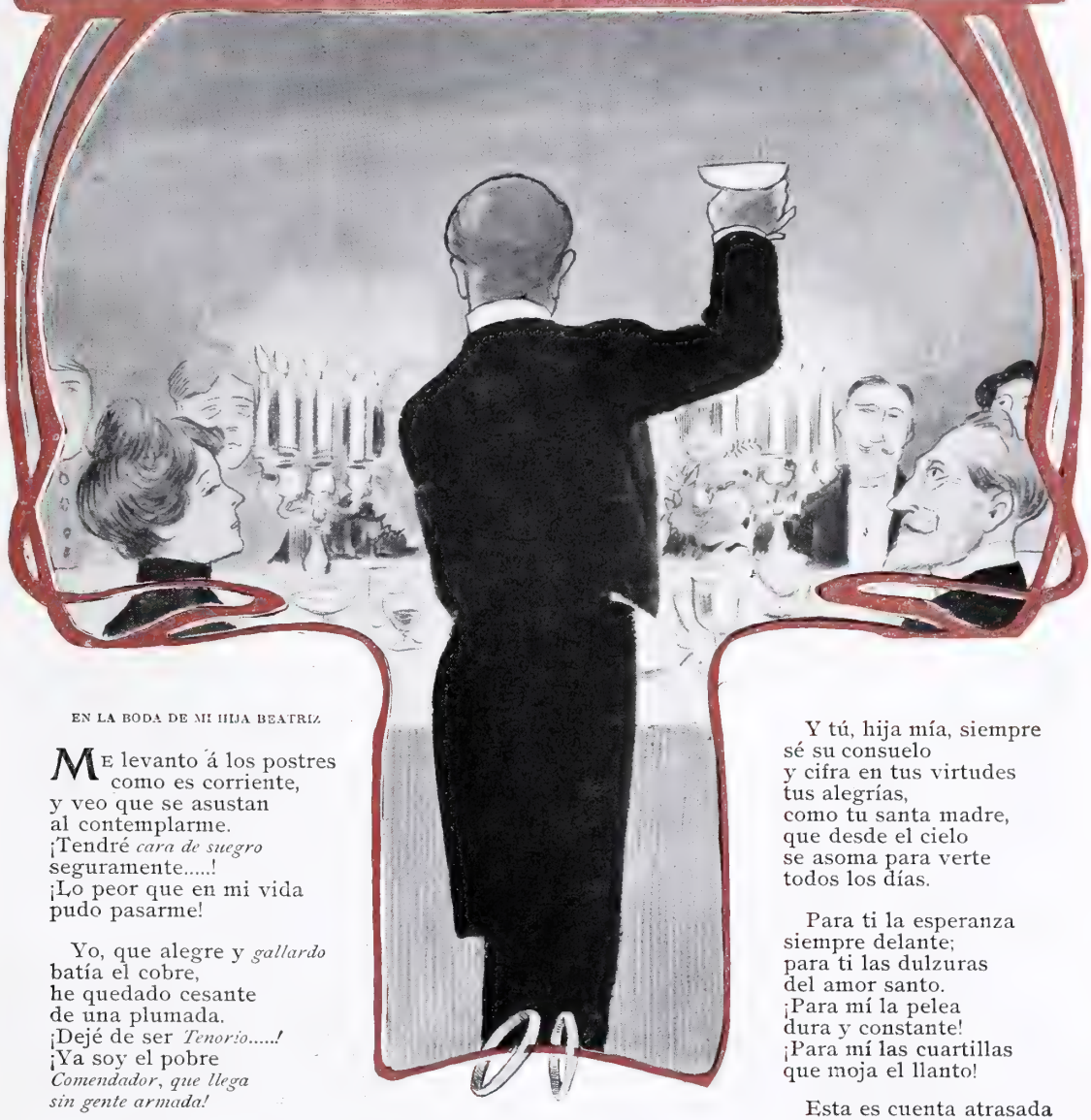
—¡Qué hermoso espectáculo!—me decía, y al mismo tiempo recordaba las palabras de Mercedes, que me golpeaban la razón, y murmuré maquinalmente:

—¡Qué fría es la nieve!..... ¡Qué triste!.....

ADELARDO FERNÁNDEZ-ARIAS

DIBUJOS DE REGIDOR

¡SIEMPRE LO MISMO!



EN LA BODA DE MI HIJA BEATRIZ

Me levanto á los postres
como es corriente,
y veo que se asustan
al contemplarme.
¡Tendré *cara de suegro*
seguramente.....!
¡Lo peor que en mi vida
pudo pasarme!

Yo, que alegre y *gallardo*
batía el cobre,
he quedado cesante
de una plumada.
¡Dejé de ser *Tenorio*.....!
¡Ya soy el pobre
Comendador, que llega
sin gente armada!

No es nuevo, pero es triste
lo que me pasa.
¡La mayor de mis hijas
se me ha casado!
¡Del palomar humilde
que tengo en casa,
un *ladrón palomito*
me la ha robado!

Si me causa tristezas
el egoísmo,
en el triste pasado
busco consuelo.
Yo también con tu madre
hice lo mismo:
¡Detrás de este *palomo*
tendió su vuelo!

Volar unos tras otros....
¡Esa es la vida;
y con ella, hijo amado,
volar te dejo.....!
¡A ver el *palomito*
si me la cuida
lo mismo que este pobre
palomo viejo!

Que sepa yo que en tu alma
su nido toma
sin temor á la nube
más pasajera,
y al mirar á tu lado
á *mi paloma*,
¡trátala con cariño,
que es mi alma entera!

Y tú, hija mía, siempre
sé su consuelo
y cifra en tus virtudes
tus alegrías,
como tu santa madre,
que desde el cielo
se asoma para verte
todos los días.

Para ti la esperanza
siempre delante;
para ti las dulzuras
del amor santo.
¡Para mí la pelea
dura y constante!
¡Para mí las cuartillas
que moja el llanto!

Esta es cuenta atrasada
que amor se cobra
con interés crecido;
pero la pago,
y con verte risueña
tengo de sobra:
con saber que me quieres
me satisfago.

Sepa yo que en mis penas
tú me acompañas,
y quiéreme lo mismo
que me quisiste.
¡No te olvides, *paloma*
de mis entrañas,
del *palomar humilde*
donde naciste!

JOSÉ JACKSON VEYAN

TRABAJABAN en uno de los teatros más favorecidos por el público; él era un actor cómico de nombre, y ella una linda muchacha de ingenio despierto é irresistibles simpatías. Se casaron, y él, descubriendo en su mujer maravillosas condiciones para la escena por su desenvoltura y gracejo, valido de su gran ascendiente sobre el público y la empresa, consiguió que fuese admitida en el teatro. Como Angel, que así se llamaba el actor, tenía un gran predicamento sobre autores y periodistas, á una ligera indicación suya, á un deseo apenas formulado, le fué muy fácil conseguir que su mujer desempeñara en las obras de nuevo reparto papelitos que se acomodaran bien á sus especiales aptitudes, y que la prensa, en las revistas y sueltos teatrales, la mencionase siempre, acompañando su nombre con algún adjetivo galante.

La muchacha fué desde el primer día muy bien recibida por el público, á quien favorablemente sorprendió su aire, ingenuamente picaresco y travieso. En pocas noches llegó á ser la niña mimada del teatro; los autores, los periodistas y los amigos acudían con asiduidad á su modesto cuarto, atraídos por la sugestiva gracia de la actriz. Las compañeras comenzaron á inquietarse del incremento, de la subida de aquel papel, mucho más cuando tuvieron noticia de que la empresa la había subido el sueldo. Pero las murmuraciones subieron de punto cuando se enteraron de que en la obra nueva, en la que la empresa fundaba grandes esperanzas, los autores la habían repartido el principal papel.—Claro, decían, como el primer actor cómico es su marido, la dan todo lo que quiere.—¿Pero de qué se asombran ustedes, criaturas? decía la característica, fea como una mala acción, y que envidiaba en la muchacha, más que su arte, la gentil expresión de su rostro; eso es natural; ¿no ven ustedes que su marido convida á almorzar todos los días á algún autor ó á algún periodista? ¡Qué ha de suceder! ¡Así me ponen á la niña por las nubes!—Y en honor á la verdad, eran argumentos de la envidia, porque el marido, que empezaba á sentir celos artísticos de su esposa, nada hacía por realzar sus méritos, aunque en público era su primer admirador.

Llegó el estreno, y hasta la salida de Pilar, que así se llamaba la muchacha, no *entró* la obra. En ella dieron rienda suelta á la risa, hasta el punto de que el papel de Angel, lleno de efectos cómicos y de situaciones, pasó casi inadvertido para el auditorio. Después del estreno, el cuarto de Pilar se llenó de entusiastas admiradores. Los autores, satisfechos, decían á la empresa:—Ya tenemos una actriz, lo que faltaba en este teatro. Ahora á escribir para ese portento de muchacha, y ya hay dinero largo.

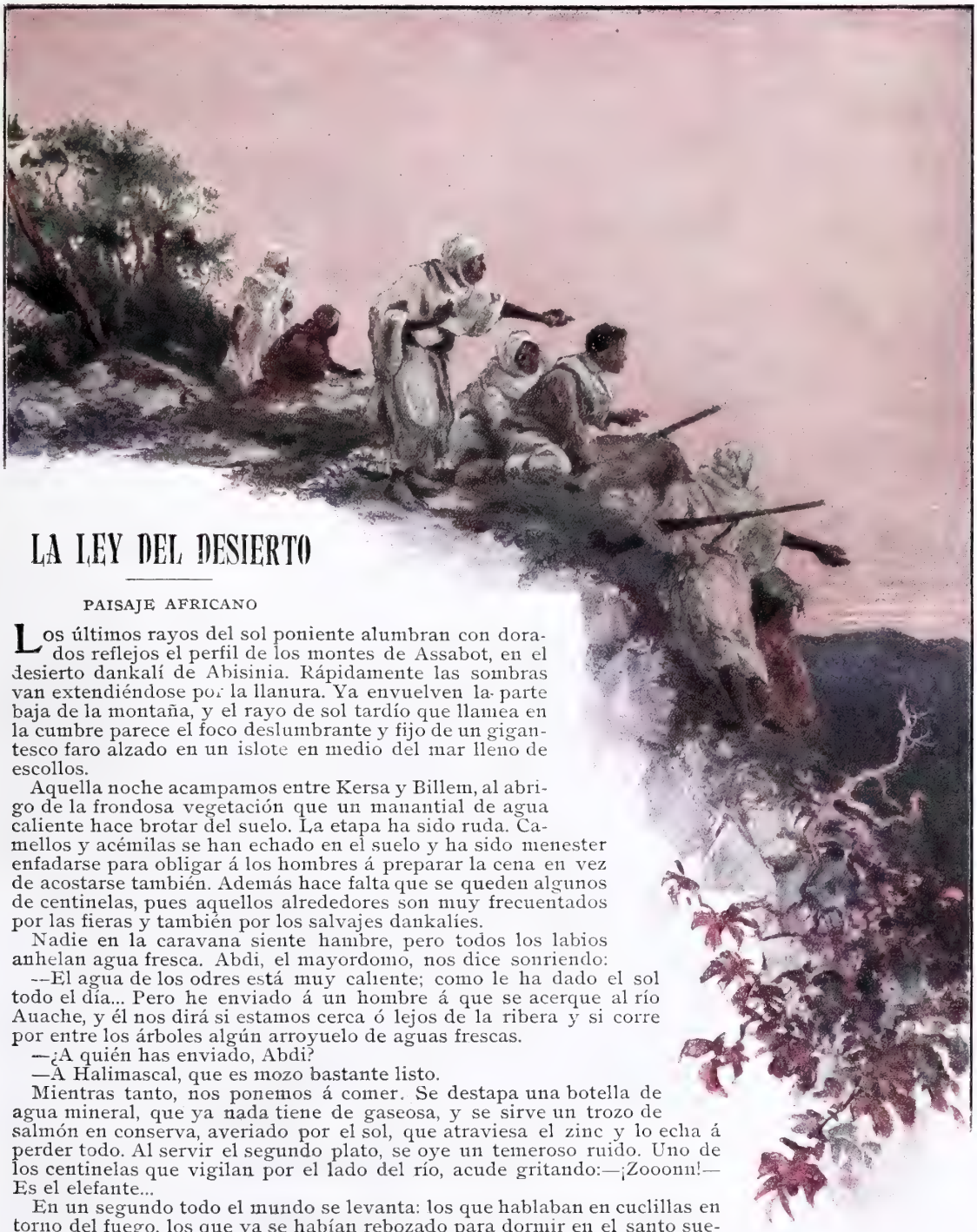
Los periódicos aseguraron que Pilar era desde aquel día la primer actriz cómica de nuestra escena. Tan calurosos fueron los elogios de los periódicos, que desde aquella noche Pilar ganó tanto sueldo como su marido. En cambio, por primera vez en su carrera, los críticos pusieron algunos reparos á la interpretación que del personaje hizo Angel; por primera vez el público no se entregó á él incondicionalmente como otras veces, riéndoselo todo, aplaudiéndole el más insignificante efecto. Esta impresión no fué pasajera; antes al contrario, fué afianzándose de tal modo, que en poco tiempo, todo lo que había subido el papel de Pilar, había bajado el de su esposo.

La mujer había ocupado en el público el puesto de Angel. Este, tan cariñoso, tan solícito antes con ella, llegó á sentir envidia, celos tan exagerados, que cuando oía hablar públicamente de su mujer, la rebajaba lo que podía, y en lugar de admirarla, la ponía defectos. La tertulia de su cuarto, antes llena de autores y amigos, se había pasado al de su mujer, que se le llevaba hasta eso, hasta sus afectos de amigos; la misma empresa le llamó una noche, y á vuelta de grandes protestas le dijo que se veía precisada á rebajarle el sueldo en vista de los últimos fracasos que había tenido; los periódicos ya se metían con él; pero en cambio el nombre de su esposa adquiría cada día mayores y entusiastas elogios. Desconcertado, confuso, quiso ganar nuevamente el favor del público á fuerza de descoyuntar los personajes; se hizo un payaso, tuvo que pagar crecidamente al jefe de la clac, que siempre era protestada por el público cuando le aplaudía, y hasta era recibida con siseos; en fin, tales cosas pasaron, que á no ser porque su mujer lo hizo cuestión de gabinete, la empresa lo hubiera suprimido de la compañía.

Su envidia llegó á propalar hasta chismes, y á decir que su mujer hablaba de sus compañeras, desacreditándolas. Pero con esto, lejos de conseguir lo que se proponía, dió con el pobre Angel en tierra. Y fué que por entrometido y chismoso, lo despidieron definitivamente.

LUIS GABALDÓN

DIBUJO DE ROJAS



LA LEY DEL DESIERTO

PAISAJE AFRICANO

Los últimos rayos del sol poniente alumbran con dorados reflejos el perfil de los montes de Assabot, en el desierto dankalí de Abisinia. Rápidamente las sombras van extendiéndose por la llanura. Ya envuelven la parte baja de la montaña, y el rayo de sol tardío que llamea en la cumbre parece el foco deslumbrante y fijo de un gigantesco faro alzado en un islote en medio del mar lleno de escollos.

Aquella noche acampamos entre Kersa y Billem, al abrigo de la frondosa vegetación que un manantial de agua caliente hace brotar del suelo. La etapa ha sido ruda. Camellos y acémilas se han echado en el suelo y ha sido menester enfadarse para obligar á los hombres á preparar la cena en vez de acostarse también. Además hace falta que se queden algunos de centinelas, pues aquellos alrededores son muy frecuentados por las fieras y también por los salvajes dankalíes.

Nadie en la caravana siente hambre, pero todos los labios anhelan agua fresca. Abdi, el mayordomo, nos dice sonriendo:

—El agua de los odres está muy caliente; como le ha dado el sol todo el día... Pero he enviado á un hombre á que se acerque al río Auache, y él nos dirá si estamos cerca ó lejos de la ribera y si corre por entre los árboles algún arroyuelo de aguas frescas.

—¿A quién has enviado, Abdi?

—A Halimascal, que es mozo bastante listo.

Mientras tanto, nos ponemos á comer. Se destapa una botella de agua mineral, que ya nada tiene de gaseosa, y se sirve un trozo de salmón en conserva, averiado por el sol, que atraviesa el zinc y lo echa á perder todo. Al servir el segundo plato, se oye un temeroso ruido. Uno de los centinelas que vigilan por el lado del río, acude gritando:—¡Zooonn!—Es el elefante...

En un segundo todo el mundo se levanta: los que hablaban en cuclillas en torno del fuego, los que ya se habían rebozado para dormir en el santo suelo... Corremos todos en pos del centinela hacia la loma en que éste se hallaba.

—Bueno, ¿pero dónde están los elefantes que dices?

—Allí abajo. ¿No veis aquella nube de polvo por cima de los árboles?

En efecto, el bosque brama. Una fuerza desconocida, que no es una de las trombas de arena y viento que suelen levantarse en aquellas soledades, hace, con formidable esfuerzo, ceder á la arboleda entera. Todos los cazadores abisinios llaman á esta oculta fuerza destructora como la ha llamado el centinela: ¡Zooonn!...

Es un rebaño de elefantes que aprovechan el fresco del anochecer para cambiar de pastos.

A la izquierda hay un poco de campo raso, es decir, que en un rancho los árboles aclaran. El movimiento y ruido del follaje parecen encaminarse hacia allí. Si los elefantes atraviesan el claro, dentro de pocos minutos los veremos al descubierto.

Preocupado, pregunto á Abdi, mirándole á los ojos:—¿Habrá que preparar los cartuchos del 4 y las balas explosivas?

—Acordáos—me responde meneando la cabeza—de lo que os dijo el Negus Menelik: «Los elefantes se han vuelto fieros desde que se les caza á tiros..... Ahora, ellos son los que atacan..... No los ataquéis jamás si no contáis con más fuerzas que ellos.» Esto es lo que el emperador os recomendó, ¿verdad? Pues bien; nosotros no somos más que veinte y ahí debe de haber más de veinte elefantes. Nuestros hombres están muy cansados. Si los elefantes ventean el campamento y se arrojan sobre nuestras tiendas, aquí nos dejaremos los huesos. Lo mejor que puede sucedernos, señor, es que los elefantes no nos vean y sigan su camino montaña arriba.

Siguiendo este consejo, nos tendemos todos boca abajo, la cara entre las manos, los codos clavados en tierra, esperando que los elefantes salgan de la espesura. De pronto los hombres gritan:—¡Ahí van, ahí van!—Abro los ojos cuanto puedo, y no veo nada. Los elefantes pasan como á unos dos kilómetros de nosotros, y ya la obscuridad ha invadido el horizonte. Yo esperaba verlos al salir del bosque, pero sólo veo desfilar por cima de las espigas de avena loca una serie de enormes caparazones que marchan como á cuatro ó cinco metros de altura sobre el suelo. Aquello parece la maniobra de *la tortuga* que los guerreros antiguos hacían con sus escudos al acercarse á una fortaleza, sólo que aquí son descomunales gigantes los que se resguardan bajo aquellas corazas negras para recibir los flechazos de llamas que todavía se desprenden de la cima del monte Assabot. Sólo dos ó tres veces han levantado las trompas ó empinado las cabezas, agitando las orejas enormes, como en mar tempestuoso un buque mercante desmantelado alza el bauprés y el botalón de proa, cargado con un par de anclas, hasta que la ola se lo traga é insensiblemente la estela se borra. Así los elefantes pasan como un golpe de resaca, seguidos de algunos remolinos, y después, como antes, vuelven las cosas á su reposo, á su inmovilidad, y las tinieblas siguen subiendo.

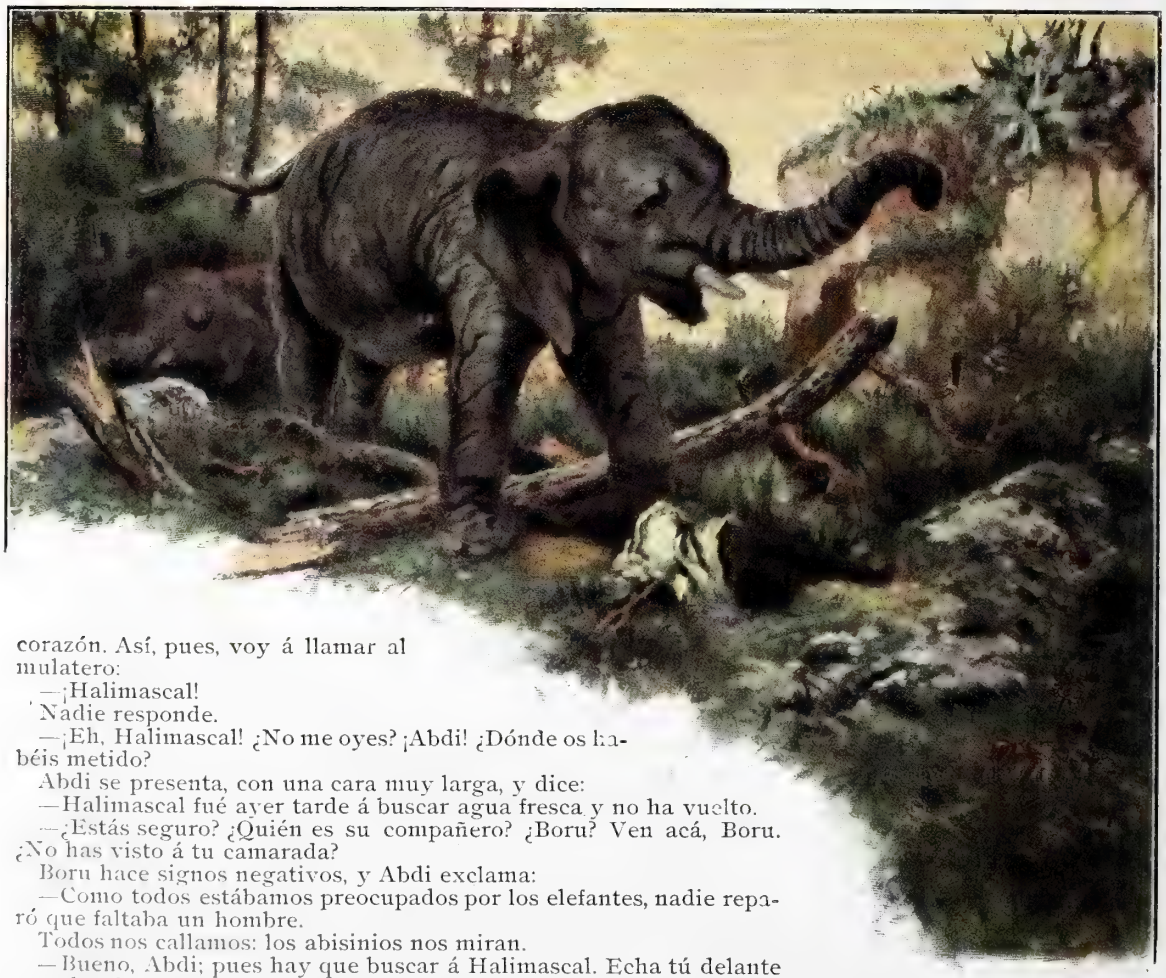
Regresamos á las tiendas y nos echamos sin más ni más en las camas de campaña, porque la jornada de mañana promete ser terrible.

Aún pesa el sueño como una roca sobre todos los pechos, cuando los centinelas de la última guardia vienen á despertarnos.

—¿Qué hora es?

—El sol está ya alto. Hay que levantarse, y pronto.

No tan pronto que no haya tiempo de buscar en las cajas de cartuchos para cambiar las cartucheras, pues las balas explosivas no sirven de nada para cazar elefantes; antes bien, estallan sin que les atraviesen el cuero. Solamente la bala maciza y larga puede penetrarles hasta los sesos ó llegarles al



corazón. Así, pues, voy á llamar al mulatero:

—¡Halimascal!

Nadie responde.

—¡Eh, Halimascal! ¿No me oyes? ¡Abdi! ¿Dónde os habéis metido?

Abdi se presenta, con una cara muy larga, y dice:

—Halimascal fué ayer tarde á buscar agua fresca y no ha vuelto.

—¿Estás seguro? ¿Quién es su compañero? ¿Boru? Ven acá, Boru. ¿No has visto á tu camarada?

Boru hace signos negativos, y Abdi exclama:

—Como todos estábamos preocupados por los elefantes, nadie reparó que faltaba un hombre.

Todos nos callamos: los abisinios nos miran.

—Bueno, Abdi; pues hay que buscar á Halimascal. Echa tú delante con dos ó tres hombres, mientras yo pongo en camino la caravana hacia Mullu, porque el sol no pára y es menester que á medio día encontremos agua para las bestias. En seguida iré yo en tu busca y llevaré el botiquín.

..... Dos horas después, cerca del río, Abdi sale á recibirme, sin prisa; no obstante, estoy seguro de

que ha encontrado á nuestro hombre, porque las huellas de los pies desnudos de Halimascal se reconocen en el polvo y en el barro.

—Está agonizando,—me dice gravemente Abdi.

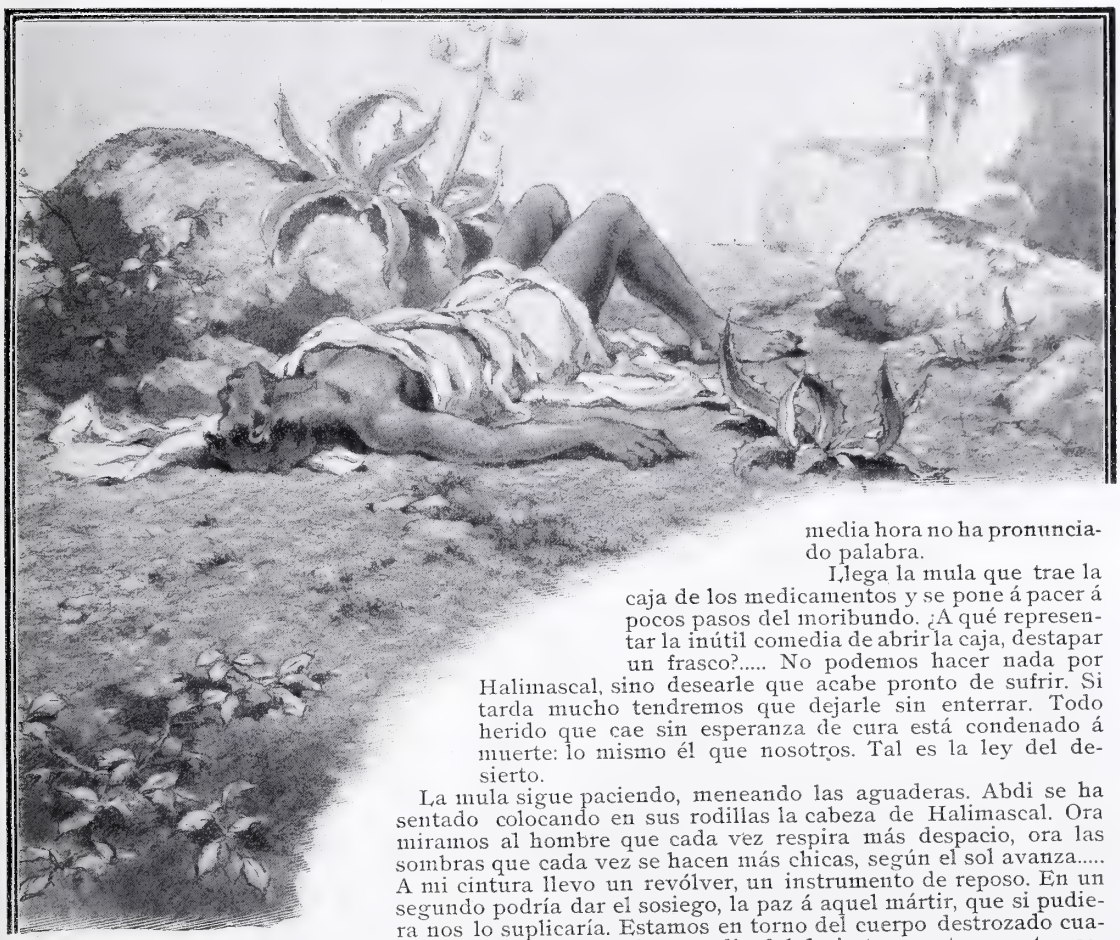
—¿Quién le ha matado? ¿Los dankalíes?

—Los elefantes..... Estaba cerca del agua, cuando el rebaño ha pasado entre él y nuestro campamento. Oculto entre las matas, dejó pasar á los elefantes sin que le vieran. Mas de pronto se le ha ocurrido una mala idea. Detrás de todo el rebaño iba una elefanta separada de los otros..... y más lejos, aún más lejos iba el cachorro, un elefantito de cinco ó seis meses. Entonces Halimascal pensó: «Si pudiera separarle de su madre, me le llevaba al campamento, y vendiéndole en Djibuti, ganaba una fortuna.....» Con esta idea salió de entre las matas, y habiendo espantado al elefantito con unas ramas, le obligó á echar á correr en dirección contraria á la del rebaño. Por desgracia, en la huída el cachorro mugió pidiendo auxilio. La madre volvió grupas, vió al abisinio y se lanzó sobre él á todo galope. Ya sabéis qué buenas piernas tiene Halimascal, pero no para correr más que un elefante. Viéndose perdido, se encaramó á un árbol, subiendo hasta donde no le alcanzase la trompa. Pero la elefanta estaba furiosa, quería matarle y comenzó á sacudir el árbol con toda su fuerza. El tronco era grueso y resistía, mas al cabo de dos horas cedió. Entonces, en el momento en que Halimascal cayó á tierra revuelto con un montón de ramas, la elefanta le ha pataleado, dejándolo por muerto. Así le hemos encontrado, le hemos llevado á la margen del río..... No quería más que beber. Cuando lleguéis, señor, quizás habrá muerto ya.

Desde lejos diviso á Halimascal, tendido en tierra, desnudo, porque los dos abisinios que le asisten le han hecho con las ropas una almohada. La cabeza reposa en un montón de tela ensangrentada y llena de fango. El herido parece una rata gigantesca destrozada, aplastada por la rueda de un carro.

Todo el cuerpo le tiene deshecho, el vientre roto, las costillas hundidas. Los abisinios le han lavado la cara, pero hilos de sangre le salen de narices y boca, y le caen pecho abajo. Tiene los ojos abiertos.

Le miro reposadamente, le hablo, pero quizás ni me ve ni me oye. Dicen los abisinios que desde hace



media hora no ha pronunciado palabra.

Llega la mula que trae la caja de los medicamentos y se pone á pacer á pocos pasos del moribundo. ¿A qué representar la inútil comedia de abrir la caja, destapar un frasco?..... No podemos hacer nada por Halimascal, sino desearle que acabe pronto de sufrir. Si tarda mucho tendremos que dejarle sin enterrar. Todo herido que cae sin esperanza de cura está condenado á muerte: lo mismo él que nosotros. Tal es la ley del desierto.

La mula sigue paciendo, meneando las aguaderas. Abdi se ha sentado colocando en sus rodillas la cabeza de Halimascal. Ora miramos al hombre que cada vez respira más despacio, ora las sombras que cada vez se hacen más chicas, según el sol avanza..... A mi cintura llevo un revólver, un instrumento de reposo. En un segundo podría dar el sosiego, la paz á aquel mártir, que si pudiera nos lo suplicaría. Estamos en torno del cuerpo destrozado cuatro hombres. Aun aquí, en medio del desierto, nosotros cuatro somos la sociedad entera que vela, con sus prejuicios, con sus exigencias..... pero estoy seguro de que si uno de nosotros se quedara solo velando al agonizante, la compasión podría más que nada y los ojos de Halimascal se cerrarían para siempre.

HUGO LE ROUX

DIBUJOS DE REGIDOR

BODA ARISTOCRÁTICA

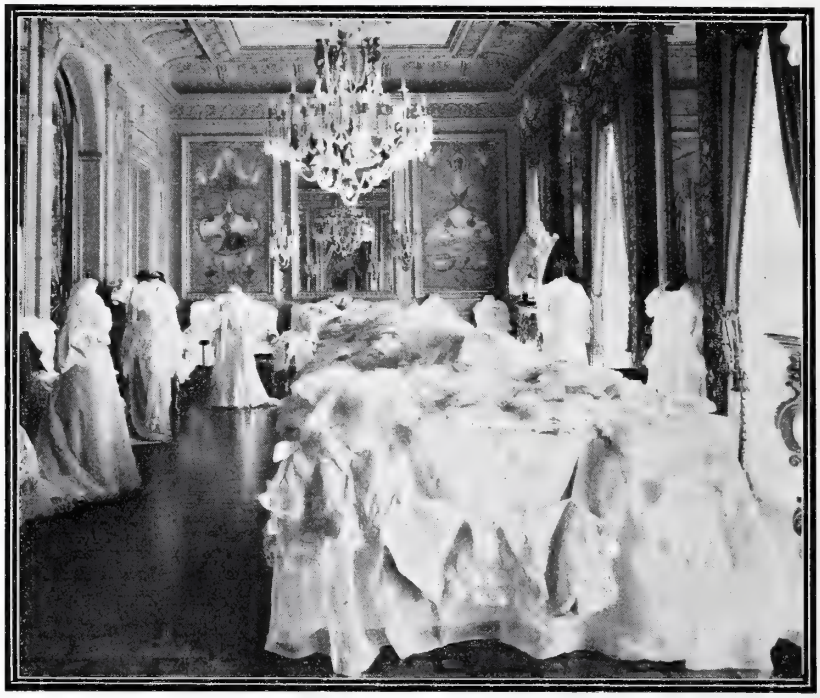
HACE pocos días, en el Palacio Episcopal, unió el cardenal Casañas en lazo indisoluble á Javier María Huelin, joven *sportman* y acaudalado banquero, y á la gentil Beatriz de Rocamora, gala y encanto de la sociedad barcelonesa, orgullosa de esta belleza del Norte, rubia como el sol pálido de invierno y todavía más ingenua y candorosa que bella.

Cuando la otra noche acudimos á felicitar á la opulenta y bondadosa Sra. Doña Beatriz de Anglada y á su hija, la suntuosa morada aparecía deslumbradora. En un salón admiramos riquísimos encajes de Alençon, de Valenciennes, de Irlanda, *duchesse*... destacando el velo de desposada,

EL VELO DE LA DESPOSADA

verdadera maravilla artística de *point de Alençon*, rameado con aquellas hojas sueltas, delicadísimas corolas de flores, no tan blancas como el rostro que han velado, envidiosas de la belleza de la novia.

Los trajes de la que ya es señora de Huelin, son muchos é irreprochables, descollando, entre otros, el de viaje, de estilo húsar; uno de los de visita, de raso negro con bordados de seda mate y perlas mate también; el de crespón inglés blanco; el de terciopelo blanco con alto volante de finísimo tul bordado con incrustaciones de Cluny, estilo Luis XV



EXPOSICIÓN DEL «TROUSSEAU»

LOS NOVIOS, LA MADRE Y LA ABUELA DE LA NOVIA

verdaderamente regio, y el de boda, de crespón royal con delantero y adornos del cuerpo en *point de Alençon* y guirnaldas de flor de azahar, que es un caso de admiración para los inteligentes.

La distinguida señora, que iba dando detalles á nuestra ignorancia masculina, describíanos elegantísimas *deshabilles*, cuando vimos reunidas en un gabinete á las señoras de la casa y á Javier Huelin.

—¡Un momento dedicado á BLANCO Y NEGRO!—suplicamos.

Y el artista que fotografiaba el *trousseau* expuesto sorprendió, sin hacer caso de protestas, el grupo que contemplaba varios regalos en que abundan brillantes de claras fulguraciones y toda clase de piedras preciosas, entre las que destacan perlas blancas, aceradas, crema, rosa, negras, magníficas todas en su magia de oriente y color.

Los novios pasean actualmente su dicha por las más hermosas ciudades del Extranjero. ¡Que sea el de su ventura manantial que no se agote!

FOT. P. RODRÍGUEZ

DEL ALMA DE CASTILLA

TOMÁS Berrueco, hijo de labrador acomodado, era la encarnación y representación cumplidas de la cerrilidad indígena en los pueblos de Castilla la Nueva, que ordinariamente se ocultan en hondonadas tristes y húmedas. entre las ondulaciones muertas de un mar de tierra semibaldía que se atiere con las escarchas del invierno y se retuesta con los ardores del estío, sin que las notas dulces de una fuente, de un árbol, de una flor, mitiguen la feroz amargura de tanta crudeza, la cual da conjuntamente vigor á la tierra y bravía rusticidad á las almas.

Era Berrueco el más bullidor en las rondas, el más procaz en la frase, el más temerario en las riñas, el más duro en el trabajo, el más sobrio en la comida, el más brutal en los juegos y el que resumía y expresaba más apropiadamente la bárbara simplicidad del terruño.

Juntábase con cierta camarilla de diez ó doce mozos, capitaneados por él, que eran el terror, no sólo del pueblo, sino de la comarca. En el lugar les llamaban *la nube*, y cuando les veían aparecer en cuadrilla por el extremo de alguna callejuela, las mozas se internaban en sus casas, las viejas atrancaban ventanas y puertas y hasta los perros huían como si el más temeroso enemigo se les acercase.

Hallábase *la nube* un domingo por la mañana frente á la iglesia, cuando Berrueco, al ver que algunos fieles comenzaban á salir del templo, terminada la misa, habló al oído á un compañero suyo, y ya los dos de acuerdo, se desciñó Berrueco apresuradamente su interminable faja, quedóse con un extremo de ella, alargóle el otro á su amigo, y cada cual de esta suerte se escondió tras una de las jambas del pórtico, teniendo entre ambos la faja junto al escalón del zaguán tirante y oculta; pero de vez en cuando, á una señal convenida, la elevaban un palmo sobre el suelo, y tropezando en ella, revueltos en tropel, rodaban por tierra hombres, mujeres y niños.

Unos protestaban, otros sonreían, y aun los mismos que habían caído y llenado de injurias á los *bromistas*, pasaban luego á ser público, y formando un gran semicírculo, miraban con salvaje regocijo el espectáculo.

Ya habían salido del templo casi todos los fieles y medido con su cuerpo el umbral de la puerta más de la mitad de ellos, cuando abriendo la cancela apareció una joven á la que llamaban la *Mozanca* porque era recia y campechana y mujer endurecida con la ruda labor de la escarda y de la siega.

Así que la vió Tomás, silbó para avisar á su compañero, y ambos elevaron bruscamente la tirante faja en el momento en que la joven se hallaba en vilo para descender del escalón, con lo cual cayó de bruces, magullándose el rostro contra las piedras de la calle.

Levantóse la *Mozanca* sangrando por boca y narices ante la algarabía de la popular carcajada, esforzada por Tomás con risa tan brutal, que arqueaba el cuerpo con un movimiento de vaivén mientras se daba puñetazos en entrambas caderas.

La *Mozanca* se recobró muy pronto, y vomitando maldiciones se abalanzó sobre una piedra, enarboló el brazo y lanzó el proyectil con tanto acierto contra Tomás, que le dió en la cabeza, y aunque no pudo romper aquel cráneo de hierro, le rasgó la piel y le hizo una descalabradura que le abarcó gran trecho de la frente.

Tomás osciló un segundo, sintió sobre los ojos el templado escurrir de la sangre, pero se limpió brevemente con el dorso de la mano, se anudó un pañuelo á la cabeza y dijo con aire de picador que pide caballo:

—¡Siga la broma!.....

Sin embargo, allí terminó el jolgorio; el alcalde intervino, las personas sensatas se hicieron oir, los mozos se cansaron de la zambra y *la nube* desapareció de la plaza, llevando en el centro al herido como á su rev triunfante.

. . . . . .

Al día siguiente Tomás esperó á la *Mozanca* junto al pilón de la fuente donde ella solía ir por agua, y así que la vió, bajó la vista y comenzó á golpear con su vara en el suelo.

Ella ni siquiera le dió los buenos días, pero de sobra sospechaba que Tomás estaba allí con alguna intención y le miraba seguidamente de reojo.

Al fin Tomás le dió un golpe con la vara en la falda; ella le empujó con tanto brío que estuvo á punto de zambullirle en el pilón de la fuente; empujó de nuevo Tomás á la moza y la moza á Tomás, y entre aquellos golpes cerriles y miradas querenciosas, se fueron acercando y atrayendo sus almas á través de la ruda maleza de su campestre ferocidad.

Al fin los dos se alejaron, acercándose y apartándose el uno del otro con pasos inciertos y diciéndose frases entrecortadas, unas soeces y otras tiernas, unas en voz alta y otras tan quedas que se oía el chapotear del agua del cántaro bulliciosa en la boca de su prisión de barro.

. . . . . .

El día en que se casaron la *Mozanca* y Tomás, sus compañeros de *la nube* agotaron el repertorio de las ferocidades: hubo cohetes, petardos, tiros, borracheras, gatos con la cola embreada y ardiendo; parecía que aquella *nube* al deshacerse se rompía estruendosamente con el rayo postrero. La algazara salvaje turbó al boticario, al cura, al médico, al maestro y á otras personalidades del pueblo que estaban jugando al tresillo en la rebotica.

—¡Qué bárbaros! ¡Qué brutos son los mozos de este pueblo!—exclamó el maestro. A lo cual el médico respondió:

—Esa brutalidad indica la energía de la raza. Esa brutalidad se convierte en valor en el campo de batalla, en resignación ante la miseria, en actividad en el trabajo; esa brutalidad es una fuerza, una gran fuerza como la del huracán, que no sabemos encauzar ni dirigir.

—Es una fuerza sin inteligencia,—exclamó el cura.

—En cambio—dijo el médico—nosotros, las personas de carrera que hay en el pueblo, somos inteligencia sin fuerza, porque no hacemos más que jugar al mus y al tresillo, olvidando lo poco que supimos y siendo inútiles á la sociedad.

—¡Órdago!—exclamó el veterinario aplastado por aquel exabrupto.

Todos sonrieron, y mientras los *sabios* del pueblo jugaban al tresillo, en la calle resonaban las guitarras y las voces rudas é ineducadas de aquella falange montaraz, cuyos aullidos de alegría iban á perderse en las escuetas llanuras de aquel inmenso mar de tierra castellana, donde algún olivo enteco, fiero, impasible, retorcido y duro, era el patente emblema de las almas.

DIBUJOS DE J. PRANCÉS

RAFAEL TORROMÉ

LA PARRANDA TRISTE

Por las enrejadas calles de mi tierra
suena la parranda,
por las pintorescas calles andaluzas
de la vieja España.
Grupo de mozuelos
lleva la guitarra,
y de reja en reja, lleno de alegría,
sus amores canta;
canta sus amores,
sin notar que pasa
bajo los calados de las notas leves
y bajo las cuerdas tirantes y largas,
la callada Muerte, puesta de andaluza,
luciendo abalorios de coplas á sartas.
Cerca ya del día
la tierra descansa
y la Muerte acecha las vidas que penden
de los moribundos para devorarlas;
es la hora en que ejerce
su oficio la *Trágica*,
y de su vendimia de sangre recoge
humanos racimos de cuerpos y almas.
En ese silencio
que el ánimo espanta,
la guitarra ríe, mas tiene su risa
iguales collares de notas y lágrimas;
sollozando ríe,
cual si la obligaran
á estar en la fiesta nocturna, teniendo
hechas mil pedazos las negras entrañas:
y es porque ella sabe que no hay alegría
que no esté de veneno formada,
y que es hervidero de coplas y penas
el pecho sonoro de cada guitarra.
Yendo por el mundo,
de alegre rondalla
sentí que estallaba de todas mis fibras
la fibra más cara,
y de las clavijas de mis huesos tristes
voló á los espacios abriendo las alas
una copla lo mismo que un treno
de negra y amarga,
cuyos cuatro versos, cual cuatro blandones
de pajizas llamas,
alumbran inmóviles sobre un paño negro
de sangre teñida, la cruz de mi alma.
El que descuidado
ríe en la parranda
dejando colgantes de notas prendidos
en cada ventana;
quien vierte sus sueños
en la copa mágica
de las campanillas azules que visten
las rejas amadas;
el que tienda sus puros anhelos
para que los doren las luces del alba,
como colgadura de sueños tejida
sobre los balcones de ilusión soñada
¡no espere que cuaje para sus amores
la dulce esperanza
más rosa brillante que la rosa triste
de la pasionaria!
Por las enrejadas calles de mi tierra
suena la parranda,
por las pintorescas calles andaluzas
llenas de claveles, nardos y albahäca.
Yo no sé qué tienen sus coplas sentidas,
que ya el alma mía no puede escucharlas
desde que se ha muerto la ilusión sublime
por quien yo cantaba.
La alegre vihuela
con que yo, á mis solas, iba de rondalla,
ya no tiene trastes, ni cuerdas sonoras
ni lazos de grana.
Como un nido viejo
sin trinos ni alas,
mi guitarra oscila colgada á los aires
de una seca rama.
Ya no es lira cólia
que á todas las brisas del mundo vibraba:
sin coplas ni arpegios,
ya es fúnebre caja
donde pega trastazos el viento
y la balancea con mecida trágica.

SALVADOR RUEDA

E. Varela

DIFERENTES MANERAS DE SENTARSE, POR XAUDARÓ

1, EN EL CLUB; 2, EN LA PLAZA; 3, EN EL CAMPO; 4, EN EL ESTUDIO; 5, EN LA OBRA; 6, EN EL RESTAURANT; 7, EN EL TABLADO; 8, EN EL PESCANTE; 9, EN EL MELONAR; 10, EN LA FOTOGRAFÍA; 11, EN LA PELUQUERÍA; 12, EN EL BANQUILLO

AÑO TRECE Y NÚMERO 613 MADRID DIA 1.º DE FEBRERO DE 1903

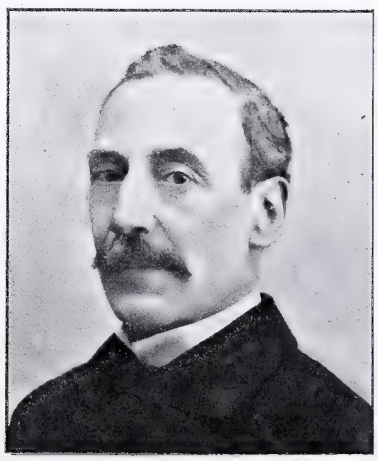
BLANCO Y NEGRO

EL EMBAJADOR FRANCÉS MR. CAMBON DE VUELTA AL PALACIO DE LA EMBAJADA DESPUÉS DE PRESENTAR SUS CREDENCIALES
FOT. MEDIAVILLA Y GALLO

LA SEMANA PASADA

PRESENTARON sus credenciales y fueron recibidos por S. M. el Rey el nuevo ministro del Ecuador, el nuevo ministro de Suecia y Noruega y el nuevo embajador de la República francesa, Mr. Cambon; todos ellos fueron conducidos á Palacio con las solemnidades de costumbre en los coches barrocos y ostentosos de la Casa Real. Como siempre, el espectáculo resultó interesante y divertido para los innumerables desocupados de la corte. El que más y el que menos se sabe de memoria los nombres y señas de las carrozas que salen á relucir en estas solemnes ocasiones. No hay azotacalles que no se considere en cierta manera algo dueño de todos aquellos dorados, de aquellas bamboleantes cajas de cristales y tablas estofadas, de aquellos erguidos y soberbios palafrenes; y en los espíritus de la gente desocupada, en los cuales no hay mucha mayor complicación psicológica que en las almas de los campesinos más candorosos, produce íntimo bienestar y grato regodeo el contemplar la pompa tradicional y el arreo prolijo de estos ceremoniosos cortejos. Cada cual se divierte como puede, y aun cuando estemos hartos de repetir, sin razón ni fundamento alguno, que España es el país de la alegría, la verdad es que los espectáculos callejeros abundan poquísimo. Lo único que suele verse en la calle con alguna frecuencia son *puñalás* y coscorrones de mayor ó menor cuantía. Nos alegramos y animamos tan sólo para ver de destrozarnos unos á otros.

POR lo mismo, se advierte gran animación entre los liberales faltos de jefe... y, al parecer, deseosos de estropearse mutuamente. ¡Cuánto se echa de menos ahora al grande hombre muerto! Su memoria tardará muchos años en extinguirse. Para completar el recuerdo que de su ilustre personalidad hemos trazado en estas páginas, publicamos hoy el retrato de su más fiel amigo, de su secretario particular y político, del que le acompañó y siguió constantemente en el poder y en la oposición: D. Pablo Cruz y Orgaz, cuya biografía va unida á la historia del Sr. Sagasta desde 1868. Hombre modestísimo, extremadamente discreto y de una corrección perfecta, el Sr. Cruz, en quien el ilustre jefe del partido liberal tenía depositadas su más íntima confianza y sus más caras afecciones, renunció á todas las grandes ventajas y los positi-



DON PABLO CRUZ
FOT F. DEBAS

vos medros que su situación excepcional pudo ofrecerle, sólo por ser útil á su grande y venerado amigo.

Don Pablo Cruz, que ha visto de cerca durante largos años lo que son las grandezas del mundo y los goces del poder, debe de contemplar ahora el estado de su partido y de los demás con cierta filosofía, en que habrá mucho más de amargo que de dulce.

En cambio, sólo dulzuras y mieles ofrece hoy día el mundo para la bellísima señorita y el galán caballero cuyos retratos aparecen en esta página.

Dentro de pocos días, el 7 ó el 8 del corriente, se unirán en indisoluble lazo, formando una pareja á la que parecen rodear todos los presagios de felicidad.

SEÑORITA CONDESA DE LA MORTERA
FOT. FRANZEN

Ella es la señorita de Herrera, condesa de la Mortera, hija del noble prócer que en Cuba trabajó tanto por la causa de España, y que pudo sobrevivir muy poco tiempo al desastre de aquella tierra española. Él es el joven abogado D. Gabriel Maura y Gamazo, hijo del ministro de la Gobernación y sobrino del difunto jefe de la disidencia liberal: un mozo de inteligencia clara y despierta, de fácil y elegante palabra, heredada con la sangre paterna y con la materna.

Antes de salir de la Universidad, tenía ya el señor Maura y Gamazo reputación de estudiante modelo, y á sus exámenes asistían con el mismo interés que á una discusión de Ateneo ó de Academia los escolares compañeros suyos. Posteriormente, el señor Maura y Gamazo ha educado su palabra y cultivado con gran extensión é intensidad sus raras facultades, dedicándose preferentemente á los estudios sociológicos y mostrándose partidario resuelto de las opiniones más avanzadas y expansivas.

DON GABRIEL MAURA Y GAMAZO
FOT. FRANZEN

Su boda con la condesa de la Mortera, que es una de las más ricas herederas de España, coloca al señor Maura en situación harto independiente y desembarazada para poder seguir propagando sus generosas ideas. Ya que el socialismo de la cátedra nada ha resuelto, será bueno saber los resultados que puede ofrecer el socialismo de los poderosos.

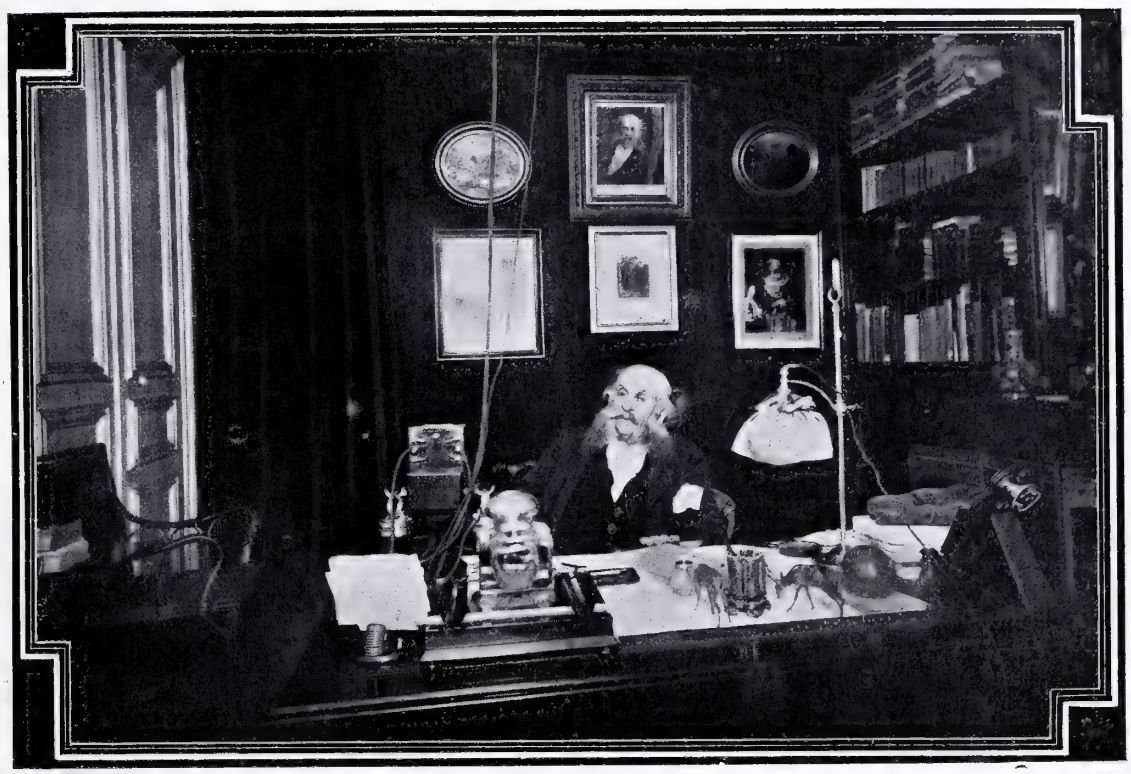
LA ESCUADRA INGLESA EN AGUAS DE GIBRALTAR
FOT. MONTEGRIFFO

Hablar de poderosos hoy es casi imposible sin que se nos vengan á la memoria los ingleses; mucho más teniendo á mano la fotografía que nuestro corresponsal de Gibraltar nos remite, y que representa á la escuadra inglesa del Mediterráneo, la cual anda hace días paseándose por las aguas del Estrecho á la husma de lo que pueda ocurrir á uno y á otro lado del agua.

Muestran los ingleses, ahora como siempre, ser no ya, según se ha dicho, los eternos pescadores de caña, no; más bien se parecen al cachazudo sujeto que pescaba truchas con mazo.

Por el Estrecho de Gibraltar podrán pasar pocas truchas, pero ¡la que pase!...

Un gran pescador, no de truchas, sino de noticias é informaciones de todas clases, ha



MR. DE BLOWITZ FOT. BRANGER DOYÉ

muerto en París: el famosísimo corresponsal del *Times*, Mr. de Blowitz. Nacido en Bohemia el año 1825 y profesor de alemán en varios colegios del Mediodía de Francia, abandonó esta ocupación en 1860 para ocuparse en política: naturalizado francés en 1870, formó parte de la guardia nacional, asistió á la guerra franco-prusiana, fué nombrado corresponsal del *Times* en 23 de Julio de 1871, y valiéndose del secretario de uno de los personajes que intervinieron en el Tratado de Berlín, pudo comunicar el texto de éste íntegro el mismo día en que fué firmado. Para ello, no se reunía jamás con el individuo citado por no despertar sospechas, pero iba á comer al mismo restaurant que él, y todos los días ambos personajes cambiaban de sombrero disimuladamente. En el forro del sombrero cambiado iban las cuartillas que contenían los artículos acordados en cada conferencia. Otra vez, para comunicar una noticia importantísima, Blowitz retuvo el hilo telegráfico de Londres, haciéndole al telegrafista transmitir casi todo el texto del Génesis. Hombre dotado de verdadero genio periodístico, recompensado espléndidamente por el *Times*, que le pagaba 250.000 francos de sueldo, Blowitz era odiado por los franceses, á quienes trataba con despreciativa superioridad. Varias veces se intentó expulsarle de Francia, y en una ocasión fué amonestado por el sindicato de la Prensa, porque había dicho que en París todas las embajadas disponían de fondos para *encauzar la opinión*. A cuantos le censuraban respondía que él era francés por su gusto, que amaba tiernamente á Francia y que *quien bien te quiera te hará llorar*.

NAUFRAGIOS y abordajes ha habido unos cuantos en la semana pasada. A punto de sufrir un gravísimo accidente ha estado el magnífico vapor *Lahn*, de la compañía alemana *Neudeutschen-Lloyd*, el cual embarrancó frente á la playa de Algeciras, llevando á bordo 721 pasajeros para los Estados Unidos. Después de valientes y hábiles maniobras practicadas por los vapores españoles *Hércules* y *Heracles* y por el remolcador inglés *Energetic*, logró ser puesto á flote y continuar su rumbo. Es curiosa la fotografía, que le representa embarrancado y rodeado de los buques auxiliares.

SALVAMENTO DEL VAPOR ALEMÁN «LAHN», ENCALLADO EN LA BAHÍA DE ALGECIRAS
FOT. MONTEGRIFFO

DON RUPERTO

APUNTES CÓMICOS

El último abordaje
¡Ministro al agua!

Lo de los Liberales
El segundo desconcierto de la temporada.

—¿Qué desea V., mister?
—Mi querer saber donde vá á ser el crimen de mañana.

ELS SEGADORS en Castilla
No van á dejar trigo con cabezas

EL RAPTO

(BALADA EN PROSA)

LANGUIDECÍA la niña triste, la niña sin amores. No amaba á su pueblo, no tenía afecto a las casitas jalbegadas ni á los sencillos campesinos que vivían en ellas.

Era la niña muy fina de cuerpo, muy falta de curvas, aguileño el perfil aristocrático, la nariz dominadora, los labios un tanto despreciativos, los ojos un mucho soñadores, la frente despejada, en donde los rayos de sol venían á quebrarse. Vestía una túnica roja de lana, que el sol crudo de los campos había empalidecido, convirtiendo con su luz creadora el humilde tejido en brocado de Venecia; y así vestida, mostraba en su paso y continente la majestad sencilla, propia de los reyes de veras, de aquellos reyes que pueden ufanarse de que entre sus abuelos ninguno conoció el uso del paraguas.

Y en el pueblo no había más que miseria. Y la niña no servía para nada; porque si bien es verdad que poseía una voz dulcísima y cantaba como los ángeles, los cantos que se le ocurrían no servían para que nadie bailara á su compás, ni podían acompañarse con guitarra, ni dulzaina, ni tamboril.

Además, eran unos cantos muy tristes; y si el cantar no sirve para fingir la alegría que no se posee ó para acompañar á la que se tiene, verdaderamente no merece la pena de ser oído. La niña pálida, pues, iba sembrando por las campiñas sus canciones sin compás, buscando sus amores en la umbría de los álamos, junto al arroyo, bajo la fresca enramada de las acacias, de los paraísos y de los enebros.

Pacían allí las bestias del pueblo, seres tan miserables y sufridos como sus amos.

Y había una hermosa borrica platera, que en su cabeza sumisa y en sus grandes orejas gachas mostraba la más admirable resignación y la más suave conformidad que filósofo ni predicador alguno ha aconsejado á las víctimas del infortunio.

La borrica amamantaba á un lindo y gracioso pollino negro, saltarín, corretón, de ojos grandes y alegres, sin malicia ni doblez; ojos de aterciopelada pupila, engarzada en la sedosa piel del animalito.

Los ojos inocentes del pollino fueron para la niña pálida una revelación. Ninguna mirada de hombre, al menos de los hombres que ella conocía, podía compararse en nobleza, blandura y honradez con la mirada del pollinito negro.

Y pronto, más pronto que ella pensara, el animal creció, se robusteció, se hizo un hermoso asno, de recios jarretes, de robustas orejas, que hendían el aire cuando el animal galopaba como las dos hélices de un gran navío; y aquél fué el burro más ligero y poderoso de la comarca.

Pero un día en que la niña pálida, ya mujer, plañía sus tristezas junto á los árboles y el hermoso asno la miraba implorante, el demonio debió de pasar por allí. La muchacha, resuelta, montó de un salto en los lomos poderosos de su amigo; el asno, gozoso de tan ligera y agradable carga, emprendió el galope... y nadie ha vuelto á ver á la muchacha pálida ni al asno mohíno...

Y el poeta que lo supo se dió á pensar en el número infinito de doncellas pálidas cuyas vidas se consumirán tristemente y sin amor, por no haber hallado ni un asno que las raptase.

FRANCIS DE MASEL

DIBUJO DE MUÑOZ LUCENA

PARA PREPARAR LA CENA

POR GARCÍA Y RODRÍQUEZ

NOVELA DE VIAJES

XXVI —MACA-ZIMA, HIJA DE KARA-UKARA, JEFE DE LOS MAKANDOS DE LAS MONTAÑAS VERDES (1), SE ENAMORA DEL HOMBRE BLANCO

PÁLIDA se quedó la negra Maca-Zima al escuchar la sentencia de su padre contra el hombre blanco. Se le condenaba á ser despedazado y á repartir su carne entre los pobres. El dios Tunapeque necesitaba una víctima para contentarle, pues hacía mucho tiempo que se mostraba enojadísimo contra los makandos, y ninguna víctima podía ser tan de su gusto como la que se le iba á ofrecer en el Zampaculca (2).

La suerte, pues, del hombre blanco estaba resuelta; pero Maca-Zima, que le adoraba, entró sigilosamente en su tienda, y arrodillándose tres veces seguidas, dijo en correcto makandónico:

—¡Que Brucmi-Pope (3) proteja mi vida y la tuya, hijo del sol, hermano mío!

El hombre blanco roncaba á pierna suelta, sin que le preocupase ni por un momento su apurada y grave situación. Maca-Zima hizo tres señales en el aire, y el hombre blanco despertó de muy mal humor, exclamando:

—¿Qué ocurre? ¿vienen ya por mí para llevarme al tostadero, á la Quantipó? (4).

Pero abriendo los ojos y fijándose en la hija de Kara-Ukara, dijo:

—¡Pardiez! Si es la salvaje que me persigue todos los días; la que siempre encuentro á la puerta de mi cabaña tumbada como un perro; la que baila cuando la doy un terrón de azúcar.

Y dando un agudo silbido, la mandó que se echase.

—Vengo á salvaros,—dijo suplicante la joven negra.—Echadme de aquí; dadme con el látigo si queréis, pero escuchadme. Desagraviad al dios Tunapeque, y mi padre os salvará.

—¿Qué dices, imbécil? ¿Se te figura que yo voy á cargar con tus sacerdotes, vestidos de plumas de ganso y mantos de juncos, sus llamas abrasadoras, sus burros rojos y sus sacrificios ante el dios Kinoceronte? Déjame, ¡voto á...!—y dando una vuelta en el *lipampé* (5), se dispuso á dormir.

—No, no; no dormiros—dijo con resolución Maca-Zima ante el peligro que corría el hombre blanco; y cogiéndole de una pierna, tiraba desesperadamente. Desde la cabaña se oía el *chapakri* (6) de los makandos ante el templo de Zampaculca.—Escúchame: soy la hija de una raza de guerreros; mi padre es el gran Kara-Ukara, jefe de los dioses y las tribus de las montañas verdes. Dispongo del tesoro del dios Tu-

(1) Se llaman verdes, porque entonces tenían ese color.
(2) Templo en construcción.
(3) Otro dios adorado por los makandos, aunque no de tanta circulación como Tunapeque.
(4) Quantipó, lugar del tormento entre los makandos. Consiste en un tablado con dos perchas altas y una escalera vertical, por la que se le hace subir al condenado tres veces, para indicarle que á la tercera va la vencida. (Brihtson. *Aventuras de un piloto en pleno Kukando*. Tomo I.)
(5) Cama del país, compuesta de dos colchones de arroz y una especie de sábana de hojas de acacia *tirantiama*.
(6) Especie de canto guerrero que entonan los makandos el día antes de ser tostado un cautivo. (Brihtson. *Aventuras de un piloto en pleno Kukando*. Tomo II).

napeque. Tengo collares, perlas y rubíes, vasos sagrados y ropa blanca. Todo será tuyo, si eres mío, si te unes ante el dios Cham-Bon con la hija de Kara-Ukara. ¡Ah! si supieras ¡cuánto sufro! tú tienes un Dios á quien amar, á quien llamar bueno. Yo no le conozco; yo, desde que te vi, no he vuelto á ser dichosa; no creo en mis dioses; reniego de mi padre; ya no bailo el *kankoe* (1), ni me estremezco ante los acordes del *marcorno*, ni me interesan las danzas *pitoes* (2). Tú eres mi rey, mi dueño; tú el hombre blanco que todavía puede ser el jefe de todos mis guerreros. Mira que si no, la pobre Maca-Zima huirá por los bosques y entregará su cuerpo á las panteras y al *ajoli* (3).

—Vaya—interrumpió el hombre blanco,—que todavía tendré que casarme contigo, hacerme un salvaje y ser padre de una porción de cafres y cafrecitos. ¡Pardiez, que me has hecho reir, Maca-Zima!

La pobre joven, muerta por el dolor y enrojecida su negra cara por la vergüenza, se puso en pie, y despertándose en ella la fiereza de su raza y la soberbia de la hija de su padre, exclamó haciendo cuatro señales en el aire:

—¡Tú morirás, bello europeo! Mañana los guerreros pondrán en sus arcos cebo de tu carne. ¡Ya que no seas mío, que te lleve el *Thkhñg!* (4).

Y diciendo esto, salió majestuosa de cólera de la cabaña.

El hombre blanco no pudo menos de enternecerse; pero desechando bien pronto sus sentimientos de compasión, se puso á pensar en la gravedad de las circunstancias. Seguramente no le quedaba más que un día de vida. Escribió una larga carta á su amante esposa, epístola que metió en una botella, por si las aguas llegaban algún día hasta allí y la conducían á Europa; carta tiernísima en la que el hombre blanco hacía relación á su amante Carlota de las penalidades sufridas y de la viudedad que la correspondía. Sereno y confiado aguardaba el amanecer, hora señalada para el tormento, cuando su vista alcanzó en la lejanía un bergantín, que por el andar juzgó el hombre blanco que debía ser noruego. Aunque le separaba alguna distancia del mar, el hombre blanco empezó á hacer señales desesperadamente con el pañuelo. ¡Qué alegría! Era el primer buque que cruzaba por aquellas aguas, y además, en tan críticos momentos, representaba su salvación. Pasó media hora mortal; pero ya desde el bergantín advirtieron la presencia del hombre blanco, y comenzaron las maniobras para acercarse á la costa. Desde unas cinco millas inglesas le arrojaron una gruesa maroma, á la que el hombre blanco se asió y de la que tiraron fuertemente desde el barco.

Ya era tiempo; desde la cubierta del bergantín pudo ver el hombre blanco la desesperación de los makandos, que se daban puñetazos unos á otros por habérseles escapado la presa, y el dolor de Maca-Zima, que haciendo tres señales en el aire, se ahorcó de un *acantoce* (5).

El hombre blanco no pudo menos de verter una lágrima por la pobre Maca-Zima, que le había querido con la fidelidad de un perro.

LUIS GABALDÓN

DIBUJOS DE XAUDARÓ

(1) Baile típico de la tierra; una especie de gallegada.

(2) Debe referirse Comprigman á las danzas que se bailaban en las fiestas nupciales. (Brihtson. *Aventuras de un piloto*. Tomo III.—Thopmson. *La música entre los salvajes*, pág. 123)

(3) Especie de rata grande de perversos instintos. No se alimenta más que de sangre y costillas humanas.

(4) *Thkhñg*: demonio muy popular, aunque de difícil pronunciación.

(5) Especie de árbol, muy frecuente en el territorio makando, del cual extraen los naturales del país el aceite y el vinagre para sus ensaladas. (Véase *Breves apuntes del doctor Whust sobre la fauna y flora makandas*. Tomo IX.)

«TRAGEDIA PARA REIR, O SAINETE PARA LLORAR»

POR EMILIO SALA

EL PERRO FIEL

Tenía don Facundo Borrajera,
vecino de San Juan de la Rivera,
un perro perdiguero,
que era su único amigo y compañero.
El perro le quería
como quieren los perros: ciegamente.
Y afirmaba la gente
que si el buen don Facundo se moría,
no tendría de fijo otro heredero
que su perro *Leal* el perdiguero.

Por causas que ninguno se ha explicado,
andaba don Facundo algo *chiflado*
(aunque más que un *chiflado*, era un demente)
Y un día en su paseo acostumbrado,
siempre de su *Leal* acompañado,
en la mitad del puente
—que por lo esbelto y elevado era
orgullo de San Juan de la Rivera,—
llegando de su mal al paroxismo,
saltó el pretil y se arrojó al abismo.
El perro que lo vió, nada rehacio,
saltó tras él y se lanzó al espacio,
llegando el pobrecillo
al fondo del barranco hecho un ovillo.
. . . . . .
Murió del batacazo don Facundo,
y quedó el pobre perro moribundo.

Un pastor que el rebaño apacentaba,
y que mudo de espanto y de tristeza
aquel doble suicidio presenciaba,
repuesto ya del susto, con presteza
corrió al pueblo á decir lo que pasaba.
Y al sitio del suceso acudió al punto
todo el pueblo, y el cura á la cabeza,
el cual, por los vecinos coreado,
rezó con gran fervor ante el difunto
el responso obligado,
exclamando después emocionado:
—¡Infeliz! ¡se arrojó desde esa altura!
¡Pobre señor! ¡Dios le haya perdonado!
Le mató su dolencia, su locura.
Tan sólo el que está loco á Dios no acata,
pues en plena razón, nadie se mata.
Mas ved aquí, hijos míos, un notable
ejemplo de cariño inimitable.
¡Ved del pobre *Leal* la triste suerte!
¡Él fué su compañero inseparable!
¡Fiel á su amo, le siguió en la muerte!
(Y dijo al fin, llorando como un niño):
—¡Eso es fidelidad! ¡eso es cariño!
¡Bien dicen que hay algunos animales
mejores que los seres racionales...!

El perro que le oía, tristemente,
abrió los ojos, y mirando al cura,
rompió á hablar, con asombro de la gente,
diciendo con hondísima amargura:
—Muchas gracias, señor. Yo le agradezco
sus frases de bondad, que no merezco.
Cierto que yo á mi amo le quería,
pues él, más que mi amo, era mi amigo.
Mas le aseguro á usted que no sabía
que el pobre estaba loco de remate.
Créame que es verdad lo que le digo.
Si yo sé que está loco, no le sigo.
¡No fué fidelidad! ¡Qué disparate!
Yo cuerdo le juzgaba,
y salté sin temor, pues él saltaba.
Si yo llego á saber que hay esa altura,
¿qué he de saltar? ¡No salto, señor cura!

Vital Aza

LA LEYENDA DEL SUEÑO

La Mitología representa al Sueño como un niño alado, grácil, ligero, que se posa en los tallos cimbreantes de la adormidera, bellísima flor que encorva hacia el suelo su cabeza gallarda, pero muy voluminosa para la delgadez de su tronco.

En el poema inmortal de Homero, en la *Iliada*, y en uno de los pasajes más hermosos del canto XIV, Juno, la esposa de Júpiter, deseando favorecer á los griegos que frente á los muros de Troya combaten por vengar el honor de su príncipe Menelao, y que á la sazón van casi de vencida, llama al Sueño, habitante de la feraz isla de Lemnos, y prodigándole las más tiernas y respetuosas expresiones («Rey y señor de las Deidades todas y de todos los hombres»), le conjura á que visite á Júpiter, protector de los troyanos, para que vencido por suave letargo, abandone ó deje de su mano á éstos y permita la victoria de los griegos. El Sueño contesta á la diosa, y dice que sobre todos los mortales é inmortales ejercería su señorío, menos sobre Júpiter, quien ya en pasada ocasión quiso castigarle por haberse atrevido á obscurecer un momento su mente. Insiste Juno en sus ruegos, y para convencer al Sueño le ofrece nada menos que el amor de una de las tres Gracias, de la lindísima Pasitea, á quien el Sueño amó siempre. Pero como los dioses del Olimpo griego se parecían bastante á los hombres políticos de ahora en lo de ofrecer para no cumplir, el Sueño, algo escamado, obliga á la diosa á que le jure que, en efecto, Pasitea le pertenecerá. Mas para adormecer á Júpiter, ni aun el mismo Sueño basta, y es menester que le ayude el Amor, símbolo admirable cuya interpretación al curioso lector queda.

DIBUJO DE SOUTO

W. & B.

LA PERLA DE TOLEDO

QUIÉN me dirá si es más hermoso el sol en el alba ó en el ocaso? ¿Quién me dirá qué árbol es más bello, el olivo ó el almendro? ¿Quién me dirá si es más bravo el valenciano ó el andaluz? ¿Quién me dirá cuál es la más hermosa entre todas las mujeres? Yo te lo diré: la más bella entre todas las mujeres es Aurora de Vargas, la perla de Toledo.

El moro Tuzani ha pedido su lanza, ha pedido su escudo; empuña en la diestra la lanza, cuelga de sus hombros el escudo. Baja á su caballeriza: contempla sus cuarenta yeguas, una por una, y dice: «Berja es la más vigorosa; sobre su ancha grupa llevaré á la Perla de Toledo; ¡por Allah! Córdoba no volverá á verme jamás...» Parte, camina, llega á Toledo: encuentra un viejo cerca del Zocodover, y le dice: «Viejo de la barba blanca, lleva esta carta á Don Gutierre, á Don Gutierre de Saldaña. Si es caballero, vendrá á pelear conmigo en las cercanías de la fuente de Almanís. La Perla de Toledo tiene que pertenecer á uno de los dos.»

Y el viejo ha tomado la carta, la ha tomado y la ha llevado al conde de Saldaña, que estaba jugando al ajedrez con la Perla de Toledo. El conde ha leído la carta, ha leído el reto y ha pegado tan fuerte golpe en la mesa, que todas las piezas han caído al suelo. Se levanta, pide su lanza y su mejor caballo; la Perla se levanta también, toda temblorosa, porque ha comprendido que el conde va á un desafío.

—Señor Gutierre, señor Gutierre de Saldaña, quedáos, yo os lo ruego; juguemos otra partida.

—No es hora de jugar al ajedrez, sino de jugar las lanzas en la fuente de Almanís.

Y las lágrimas de Aurora no pudieron detenerle, que nada detiene á un caballero al que se ha citado á un desafío. Entonces la Perla de Toledo toma su manto, monta en su mula, se encamina á la fuente de Almanís. Alrededor de la fuente el césped está rojo. Roja también el agua de la fuente; pero no es la sangre de un cristiano la que enrojece el césped y el agua de la fuente. El moro Tuzani está tendido cara al cielo; la lanza de Don Gutierre se ha hecho pedazos en su pecho; toda la sangre la está perdiendo poco á poco. Su yegua Berja le mira tristemente, llorando, porque no puede curar la herida de su amo. La Perla se baja de su mula.

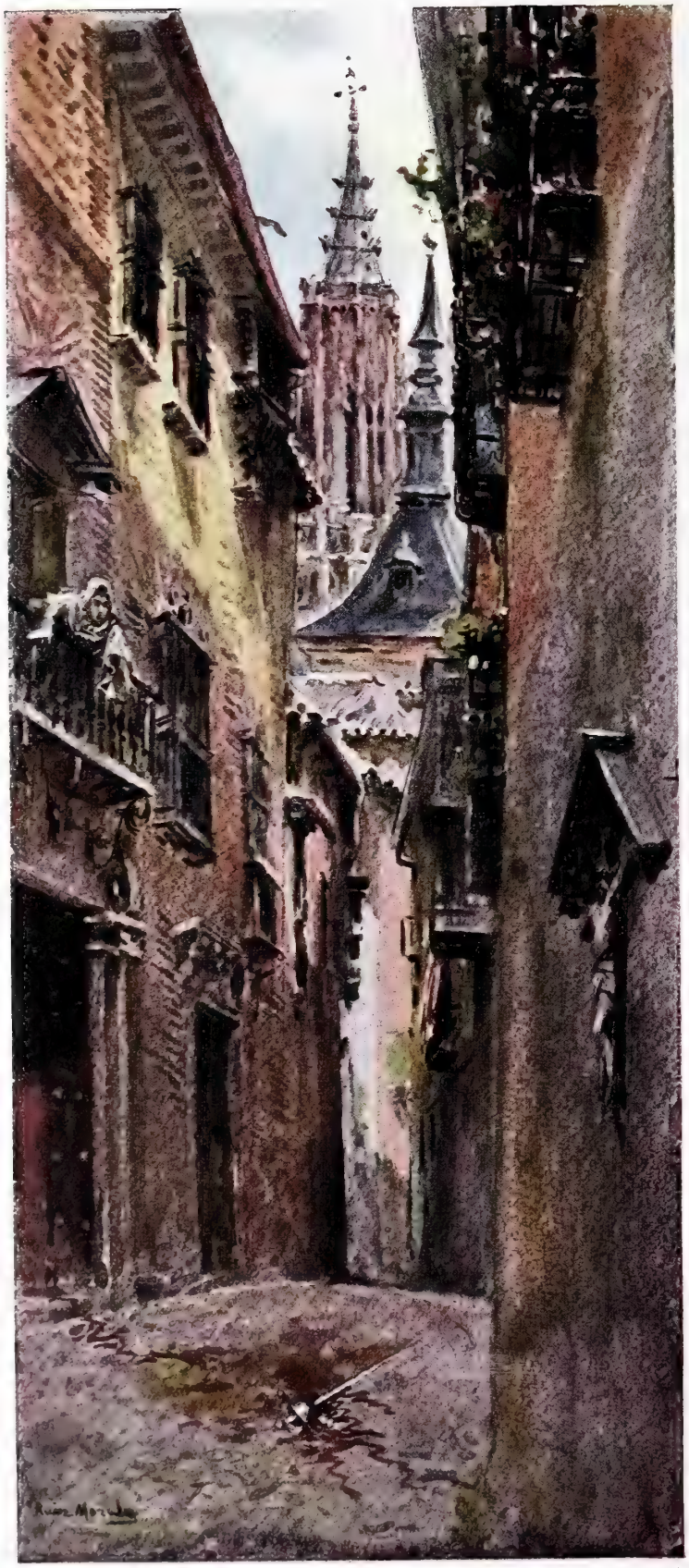
—Valor, caballero—le dice;—aún sanarás, vivirás, podrás casarte con una bella mora; mi mano sabe curar las heridas que hace mi caballero.

—¡Oh, Perla blanca; oh, Perla bella; arranca de mi pecho este pedazo de lanza que le desgarra; el frío del acero me hiela y me traspasa!

La Perla se acerca confiada; pero el moro se reanima al verla cerca, y la cruza la cara de un sablazo.

DIBUJO DE MARCELINO DE UNCETA

PRÓSPERO MÉRIMÉE



HIDALGUÍA CASTELLANA

LEYENDA

Don Fernando de Quirós,
con el acero en la mano,
huyendo de la justicia
por haber muerto á un hidalgo,
tomó, buscando refugio,
una casa por asalto,
de la cual en una estancia,
y reclinada en su estrado,
halló una dama, que al verle
se incorporó con espanto.
—No temáis. Vengo á valerme
de vos. A un hombre he matado.
—¿La muerte fué bueno á bueno?
—Cuerpo á cuerpo y mano á mano.
—Venid; que si eso es verdad,
prometo que he de salvaros.

. . . . . .

. . . . . .

En la puerta de la calle
sonó fuerte aldabonazo,
y entró el alguacil mayor
de los corchetes cercado.
—Marquesa—el justicia dijo,—
se esconde en vuestro palacio
un hombre que en esta calle
la vida á otro hombre ha quitado.
—¿Y cómo ha sido la muerte?
—Frente á frente peleando.
—Registrad la casa toda,
toda menos este cuarto,
que por ser mi camarín
mi honor os lo deja á salvo.
Como á ninguno encontraran,
volvió el justicia irritado,
y le dijo á la marquesa
entre desenvuelto y manso:
—La sangre que se ha vertido
es tal, que es en vuestro daño.
—¿Quién es el muerto? Decid;
nada temáis; yo lo mando.
—Es don Diego, vuestro hijo.
—¡Don Diego! ¡mi hijo! ¡Dios santo!
Quedó aterrada la dama
y el justicia apesarado.
—Partid—dijo la marquesa,—
partid de aquí confiados
en que he hecho por la justicia
todo lo que está en mi mano.
Se ausentaron los corchetes;
salió después don Fernando,
y á las plantas de la dama
se postró vertiendo llanto.
Sacó su acero y la dijo:
—Tomad mi espada y vengáos.
—Dejadme, dijo la dama,
dejadme con mi quebranto,
que lo que hice fué por mí,
no por vos, puesto que es llano
que una vez que ya contraje
la obligación de salvaros,
á mí misma me debía
la palabra que os he dado.

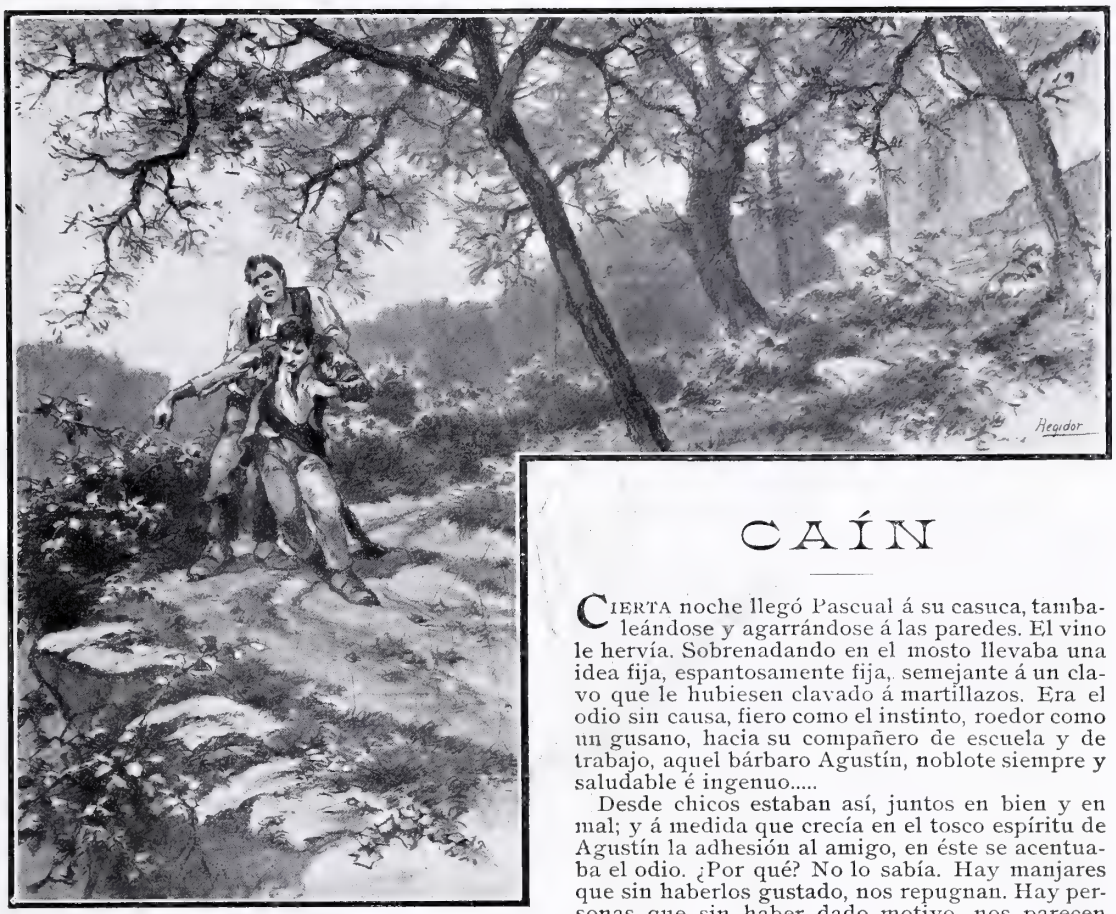
. . . . . .

. . . . . .

Cuando volvió la marquesa
de larguísimo desmayo,
vió á sus pies bañada en sangre
la espada de don Fernando;
abrió el balcón y arrojó
aquel acero nefasto
á la solitaria calle,
donde el alba, despuntando,
en la sangre de don Diego
manchó sus primeros rayos.

Rafael TORROMÉ

DIBUJO DE RUIZ MORALES



CAÍN

CIERTA noche llegó Pascual á su casuca, tambaleándose y agarrándose á las paredes. El vino le hervía. Sobrenadando en el mosto llevaba una idea fija, espantosamente fija, semejante á un clavo que le hubiesen clavado á martillazos. Era el odio sin causa, fiero como el instinto, roedor como un gusano, hacia su compañero de escuela y de trabajo, aquel bárbaro Agustín, noblote siempre y saludable é ingenuo.....

Desde chicos estaban así, juntos en bien y en mal; y á medida que crecía en el tosco espíritu de Agustín la adhesión al amigo, en éste se acentuaba el odio. ¿Por qué? No lo sabía. Hay manjares que sin haberlos gustado, nos repugnan. Hay personas que sin haber dado motivo, nos parecen odiosas.

La reducida vida social en aquel pueblo los había reunido, primero en la escuela, luego en los corros, más tarde en el trabajo y en las diversiones. De una de estas fiestas de taberna salía Pascual aquella noche. La presencia de Agustín le excitaba los nervios: le había insultado, le había amenazado, sabiendo que el otro era más fuerte, y por toda contestación había visto brillar en los enemigos ojos una chispa de luz compasiva y afectuosa: «¡Pobre Pascual, estás borracho! No bebas más.»

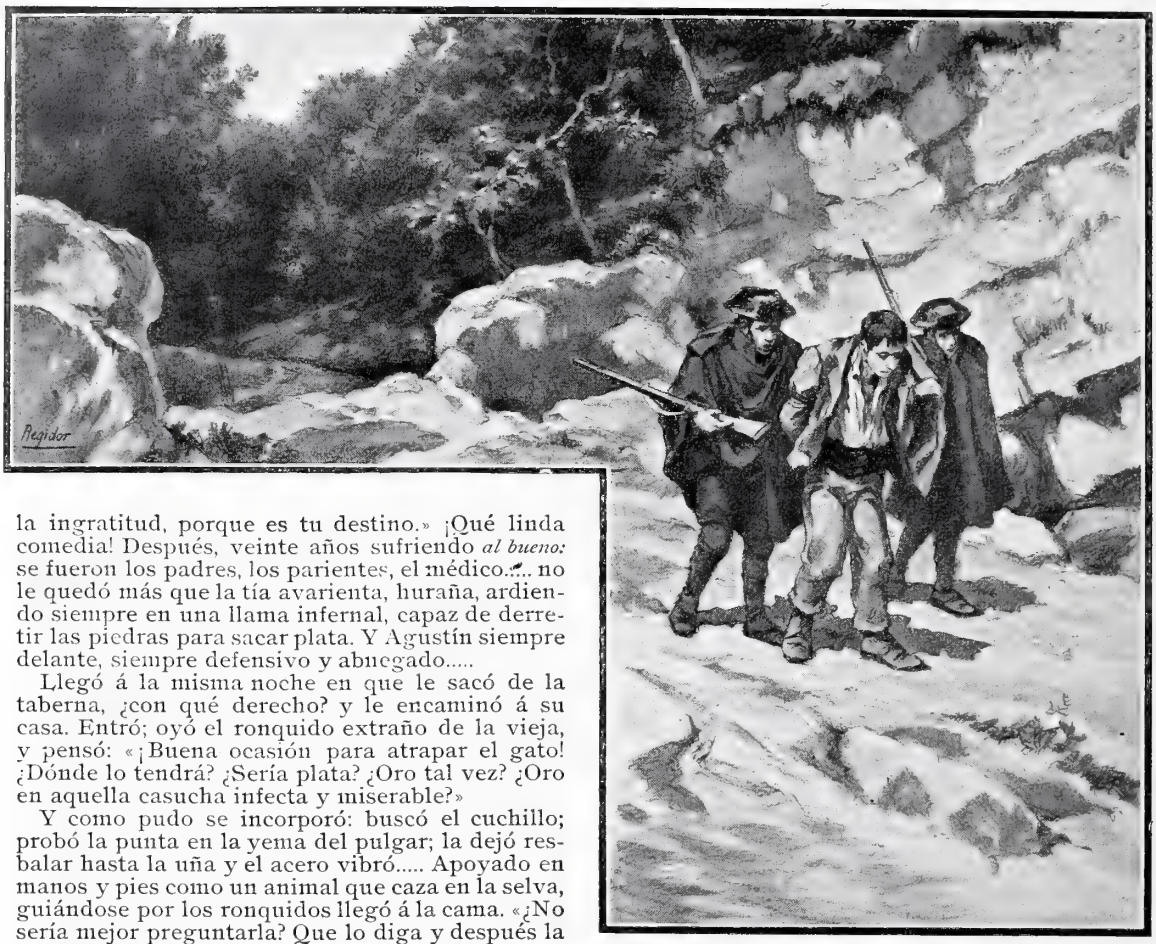
¿Que no? Ahora sí que bebería. Y cuando sintióse envuelto en una nube densa que pesaba sobre todo su cuerpo, los brazos de Agustín le sostuvieron, le guiaron maternalmente en aquel camino obscuro, á través del campo, en que los árboles parecían grandes fantasmas negros que movían brazos greñudos, cogiendo puñados de sombra..... El borracho sintió la afrenta de aquella serena amistad que le sostenía.

«¡Agustinazo..... animal! ¿No sabes que no te puedo ver? ¿Que te mataría?.....» «Lo sé», respondió Agustín con una tristeza conmovedora. «¿Que lo sabes? Me alegro. Entonces, ¿por qué no te largas? ¿Ves? Esto que hago es para sacar el cuchillo..... ¿A que para esto no me ayudas?..... ¡Vete!» «Espera un poco: ya estamos cerca. Te pasaré más allá de la zanja..... si cayeras ahí, no volverías á ver el sol. Ya estamos en terreno libre. Todo por derecho, y hasta mañana.» «¡Hasta mañana! ¡Vaya un consuelo que me da el bruto! Hasta mañana..... si antes no te quito de en medio.» Y entró como pudo, sin atinar luego á meter la tranca de la puerta en su sitio. Oyó roncar alto y sonoro á la vieja, su tía, y le hizo mucha gracia que no hubiese despertado con el ruido, ella que, como vieja avara, dormía con el sueño inquieto de las liebres. «¡Buena ocasión para atrapar el *gato!* ¿Dónde lo tendrá? ¿Sería plata? ¿Oro tal vez? ¡Oro en aquella casucha infecta y miserable!»

Y á tientas buscó el camastro y se echó de un golpe en que gimieron las tablas. La cosa negra, infinita, que le rodeaba, empezó á dar vueltas. No hay nada tan espantoso como este rodar de la negrura en el seno del silencio. El cuerpo del borracho se abandonó inerte; la sombra pesada, henchida de angustias mortales, le fué empujando hasta echarlo de la cama, y en este instante se eclipsó el espíritu. Resurgió á la cárdena luz de la pesadilla en que tiene la unidad facultad de desdoblarse, y Pascual, apartándose de aquel hediondo cuerpo lleno de mosto, se contempló á sí mismo, en esa libertad sin límites en que no hay lugar, ni tiempo, ni espacio.....

Vióse un día al salir de la escuela, llevado en piara con otros chiquillos á casa del médico, un viejo loco que se quitaba los dientes para comer. Esperaron en el patio, pateando con los pies desnudos para deshacer la escarcha. Vinieron gentes machuchas, padres y madres y toda la parentela de los chicos. Entraron al fin, y el viejecillo les fué tentando la cabeza, por aquí, por allá, como si buscase el punto de madurez de los melones. Después, decía cuatro cosas de que se reía la gente. Para el tenteo fueron juntos él y Agustín. «¿Sois amigos?», les preguntó el viejo. Agustinazo dijo que sí: él no dijo nada. Pero al final el médico pronunció la sentencia: «Este chiquillo, este Pascualín de los diablos, tarde ó temprano dará que hacer.»

Y del otro, ¿qué dijo?..... Ah, sí. «Agustín, hijo mío; eres bueno y sufrirás. No te digo que huyas de



la ingratitud, porque es tu destino.» ¡Qué linda comedia! Después, veinte años sufriendo *al bueno:* se fueron los padres, los parientes, el médico..... no le quedó más que la tía avarienta, huraña, ardiendo siempre en una llama infernal, capaz de derretir las piedras para sacar plata. Y Agustín siempre delante, siempre defensivo y abnegado.....

Llegó á la misma noche en que le sacó de la taberna, ¿con qué derecho? y le encaminó á su casa. Entró; oyó el ronquido extraño de la vieja, y pensó: «¡Buena ocasión para atrapar el gato! ¿Dónde lo tendrá? ¿Sería plata? ¿Oro tal vez? ¿Oro en aquella casucha infecta y miserable?»

Y como pudo se incorporó: buscó el cuchillo; probó la punta en la yema del pulgar; la dejó resbalar hasta la uña y el acero vibró..... Apoyado en manos y pies como un animal que caza en la selva, guiándose por los ronquidos llegó á la cama. «¿No sería mejor preguntarla? Que lo diga y después la mato. Eso es lo mejor.»

La vieja despertó, pero ya tenía la zarpa en el cuello. «¿Dónde tienes el dinero? Dilo. ¡Ah, maldita; la avaricia te ahoga!.....» La vieja volvió á roncar; después tembló toda; por último se estiró y no volvió á menearse; Pascual soltó el cuello, trayéndose carne en las uñas. Ha soltado el alma por no soltar el dinero. Y buscó y removió las ropas. Una ira sangrienta le iba invadiendo; la burla de aquel guiñapo le volvía loco. «¿No lo dices?» Se hirió el puño aporreando aquellos huesos que se iban enfriando. No lo dijo.

Pues al otro. Y atravesó la zanja con agilidad felina; pasó bajo los árboles, que parecían fantasmas; corrió por las calles desiertas y llamó á la puerta de *su enemigo.* «Agustín, sal, que te espero.» «Voy; ¿cómo te has refrescado?» Y salió sereno, compasivo, diligente..... «¿Qué quieres, Pascual?» «¿No sabes que no te puedo ver? ¿Que te mataria?.....» «Lo sé. ¡Ve tú lo que son las cosas! Yo te quiero.» «Yo no. ¿Tienes armas? Defiéndete» «Muchas veces te defendí; de ti no me defiendo. ¿Te acuerdas del médico?» «¡Maldito sea él y tú y todo lo que vive! Defiéndete, que te mato.»

Y le mató. De una sola puñalado entre la quinta y séptima costilla izquierda. La punta del cuchillo se dobló en el espinazo. El chorro de sangre le mojó la cara..... y huyó, huyó en la noche sin fin, de una negrura infinita. Era libre. El bosque sombrío le brindaba asilo: allí en una cueva profunda se echó á dormir. Las sombras, henchidas de angustia, rodaban pesadamente, empujándole, echándole á la luz..... Entre aquella informe negrura oía el roncar agónico de la vieja y una voz zumbadora que decía: «¡Caín! ¿qué has hecho de tu hermano?»

Eso le dijo una pareja de civiles que le encontró en la cueva. «¿Cómo habéis dado conmigo en esta obscuridad? ¿Quién os dijo dónde estaba?» «Mira.» Y abrió los ojos, y á la cárdena luz que entraba del bosque, vió detrás de los civiles la cara irónica del viejo médico. «Yo he sido, Pascualín. Ya se lo dije á los tuyos.....»

Y á través del campo, en un frío amanecer en que los árboles se estremecían, Pascual atado, custodiado por los guardias, caminaba hacia un horizonte de nieblas en que se dibujaba vagamente una silueta espantosa y patibularia.....

. . . . . .

Aquella mañana Pascual, todavía con la pesadez del mosto en el cerebro y en la lengua, se levantó y dijo á su tía: «No le conviene á usted dormir con nadie en casa; ronca usted demasiado.» Y recogiendo sus herramientas fuese al trabajo, buscó á Agustín y le dijo tendiéndole la mano: «Amigo mío; encontré acomodo muy lejos de aquí: ¿quieres darme un abrazo?» «No, porque me voy contigo. Donde cabe uno.....» «¡Qué equivocado estás! Hay sitios ó mundos en que dos no caben. *¡Adios, Abel!*»

Y *Abel* se quedó mirando cómo se alejaba el amigo, el hermano, por el bosque sin hojas, envuelto en la fría neblina, pisando la escarcha invernal, que crujía como la carne herida en que entra un cuchillo que va á doblarse en el espinazo.....

JOSÉ NOGALES

DIBUJOS DE REGIDOR

DESPACHO DEL PRESIDENTE
SR. MARQUÉS DE BONANZA

EXPOSICIÓN EN JEREZ

ÁNGULO DEL CLAUSTRO
LOCAL DE LA EXPOSICIÓN

HABRÁ muchos españoles que al leer este título crean que se trata de una Exposición vinícola y encojan desdeñosamente los hombros, dado que en la fabricación de vinos de Jerez no puede ser muy grande el progreso. Desde tiempo del patriarca Noé hasta nuestros días, las personas de gusto reconocen que no se ha catado mejor vino que el jerezano, y no es posible en tales materias la mejoría, digan lo que quieran los químicos, pues el Jerez es un fruto de la tierra y del cielo.

Pero no se trata de eso ahora. La Exposición que actualmente se celebra en la bellísima ciudad, es una Exposición de productos y trabajos del país, organizada y dirigida por un ilustre patriota, el señor marqués de Bonanza, é instalada en excepcionales condiciones de presentación artística.

La dejadez y la incuria, nuestros vicios nacionales inveterados, nos impiden saber que en nuestro propio país, á más de las riquezas naturales y de las que atesoramos como muestras del arte de antaño, podemos tener y tenemos incalculables riquezas en el ingenio y el arte

de nuestros obreros y artífices. Así lo prueba la Exposición jerezana, donde se admiran valiosísimos trabajos de ebanistería, talla, carpintería artística, metalistería y otra porción de industrias y artes que en aquella bendita tierra florecen y se cultivan hoy con no menos acierto y delicadeza que en los países extranjeros más acreditados y famosos por su gusto exquisito. Los muebles expuestos en la Exposición de Jerez, y en particular los vargueños y credencias, pueden competir con lo mejor que se hace en Viena, á donde nuestros millonarios suelen acudir para pagar á precios fabulosos lo que en su propia patria tienen.

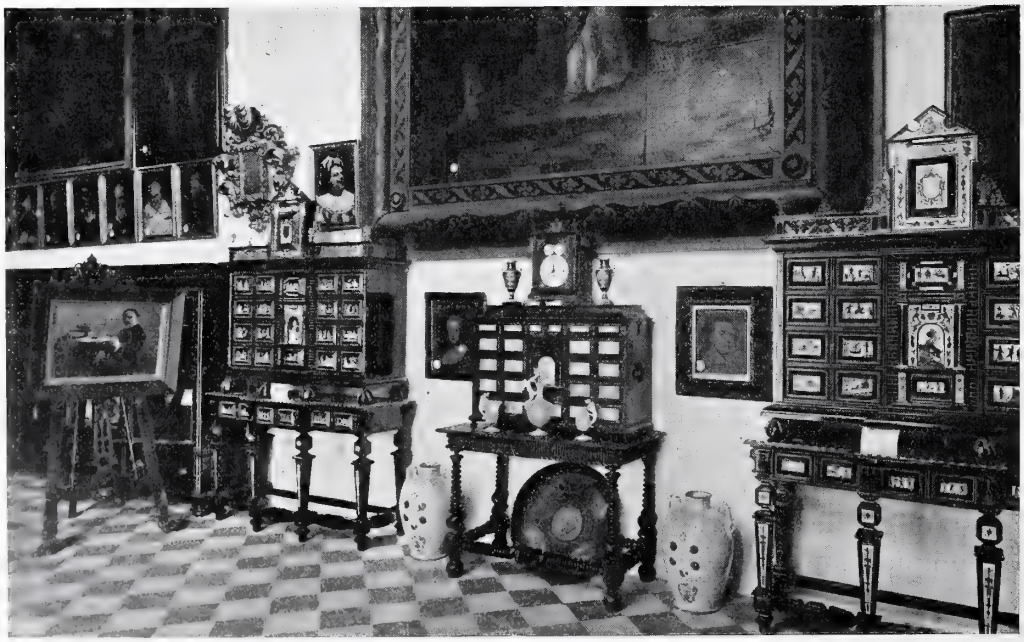
Para estímulo de los artistas y productores, el marqués de Bonanza ha colocado en la Exposición peregrinas obras artísticas antiguas de su galería particular y de otras casas de la provincia. Por haberlo organizado dicho culto patricio, y por haberle ayudado los artistas de su país, merecen bien de la patria grande.

De todo corazón felicitamos á los organizadores de la Exposición jerezana y nos felicitamos nosotros mismos por tan simpática y delicada muestra del buen gusto y de la cultura española.

* * *

FOTOGRAFÍAS DIEGO GONZÁLEZ

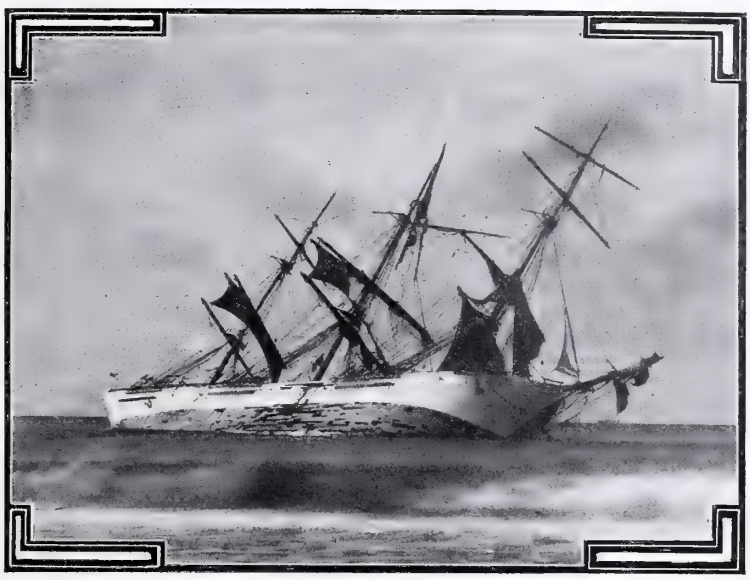
UNA INSTALACIÓN ARTÍSTICA



VARGUEÑOS Ó ESCRITORIOS FABRICADOS EN JEREZ, IMITACIÓN DEL GUSTO ESPAÑOL ANTIGUO

AÑO TRECE Y NUMERO 614 MADRID DIA 8 DE FEBRERO DE 1903

BLANCO Y NEGRO



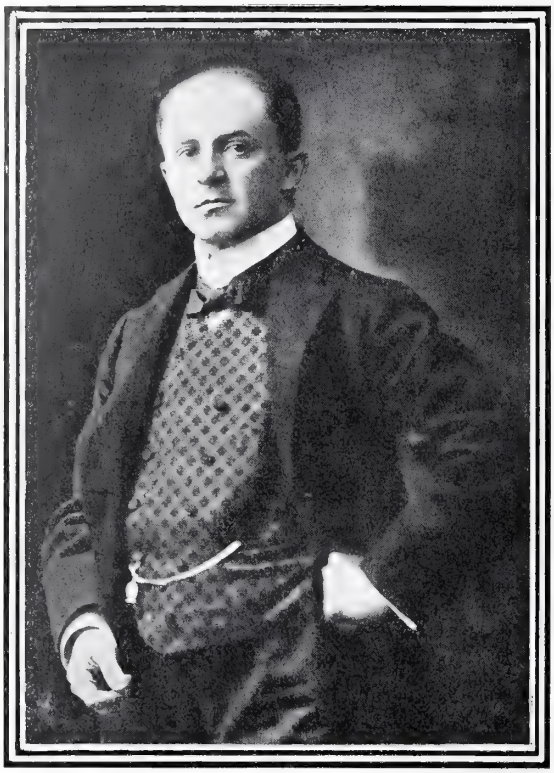
LA FRAGATA «VILLA DE PALAMOS», VARADA FRENTE A TARIFA
FOT. M. FUENTES

LA SEMANA PASADA

La trivial actualidad callejera, que es la que más nos preocupa á cuantos vivimos bajo techado, roba muchas veces parte de nuestra atención á los grandes dramas que fuera de las ciudades ocurren. Y sin embargo, ¡qué interesantes y qué trágicos suelen ser éstos! ¿Qué sucesos podremos fotografiar en una ciudad tan dramáticos é imponentes como el que nos revela una fotografía de nuestro corresponsal de Tarifa? ¿Qué espectáculo tan sugestivo como el de esa hermosa fragata arrojada brutalmente á la costa por el temporal? El barco era el *Villa de Palamós*, de un armador de Montevideo. Iba de Brunswick para Valencia con cargamento de madera: veinte hombres lo tripulaban. El salvamento de aquellos veinte marineros desesperados y ateridos lo realizó heroicamente un lanchón de Tarifa. Tres horas de valiente y empeñada lucha con el mar embravecido necesitaron para conseguir su humanitario fin esos hombres, santos ó mártires cuyos nombres ni siquiera sabemos, ni á ellos les importa que se divulguen. Resueltamente la humanidad no es rematada, como algunos creen. Sobre todo la humanidad que no suele vivir bajo techado.

Para reconciliarse con la humanidad, es una receta excelente y eficacísima el escuchar á la grande, á la incomparable artista argentina María Luisa Guerra, que en una función benéfica ha vuelto á presentarse ante el público madrileño, ante sus fieles idólatras de siempre. Hace unos cuantos años, cuando María Luisa era una niña aún, habría constituído una grave preocupación para los pianistas más famosos y eminentes del mundo, si ella hubiese querido hacerles la competencia. Hoy día es una artista, no digamos que superior á todos, pues poco decir es, sino distinta, diferente de todos ellos, porque ninguno posee como ella un alma de ave apasionada, turbulenta, febril. Los hay más clásicos, más correctos, más fieles al papel escrito: no más inspirados, más briosos y valientes. Cada concierto supone para María Luisa Guerra una enfermedad. Todo aquello que oímos al escucharla, es cierto, hondo, no es fingimiento ni comedia. Pasa lo que le decía el genio del toreo al genio de la escena: «*Señó* Máiquez, estas no son *trigedias:* aquí, el que se muere, se muere de verdad.»

MARÍA LUISA GUERRA



HUGO REICHENBERGER

Y es que hay dos maneras distintas de entender el arte y de cultivarle, ambas dignas de respeto. El maestro Reichenberger, director de los conciertos últimamente celebrados por la Sociedad madrileña, no entiende el arte como un sacrificio, como una *trigedia* real, sino como un ministerio, como una tragedia muy bien representada. Es muy jóven, pero muy frío, muy correcto, muy respetuoso. Los críticos y *dilettanti* se regocijan viéndole dirigir. El público echa de menos en él un poco de pasión.

MEDALLA CONMEMORATIVA DEL 25.° ANIVERSARIO DEL PONTIFICADO DE LEÓN XIII
FOT. A. ALVAREZ

Su Santidad el Papa León XIII celebrará el día 18 del corriente el vigésimoquinto aniversario de su elevación al Pontificado, ó sean sus bodas de plata con la tiara. Para conmemorar esta fecha, el notable escultor francés Mr. Revillon ha modelado la medalla que reproducimos, y que por encargo de una alta personalidad ha sido acuñada en Bilbao, en los talleres de los Sres. Alvarez y Compañía.

La antigua y patriótica institución armada de los somatenes catalanes celebró el 25 del pasado una hermosa fiesta en Tarrasa para festejar la jura de la nueva bandera bendecida por el Sr. Vicario general de Barcelona. Presidió el acto el general Ruiz Rañoy, y bajo la bandera se reunieron en ban-

BANQUETE CELEBRADO EN TARRASA CON MOTIVO DE BENDECIRSE LA BANDERA DEL SOMATÉN
FOT. P. CARDELLACH

quete fraternal y entusiasta más de quinientas personas.

Como todos los años por esta época, el Círculo de Bellas Artes se prepara á celebrar su baile de máscaras, una de las pocas fiestas que nos permitimos en este valle de lágrimas vulgarmente llamado España, y en la parte más lacrimatoria y luctuosa de él, vulgarmente llamada Madrid.

Porque bueno es decirlo: en este Madrid tan odiado, tan denigrado y tan vilipendiado; en este pobre Madrid que muchos inocentes creen un centro de corrupciones y horrores, donde todo el vecindario se pasa la existencia en perpetuo jolgorio, faltando abierta y escandalosamente á todos los preceptos de la moral y á todos los deberes que impone el Decálogo, lo cierto es que nos divertimos poquísimo. Aquí se trabaja de firme, se suda tinta, se vive muy mal, no se goza de comodidad alguna, y sólo allá una ó dos veces al año se permiten unos cuantos elegidos la inocente expansión de concurrir á uno ó dos bailes que en el teatro Real se verifican, y que en verdad nada tienen de orgías, bacanales ni lupercales, ni nada pagano que pueda molestar ni aun á las más recatadas y meticulosas pudibundeces.

PRIMER PREMIO
LEMA «MACTE ANIMO»
D. JUAN FRANCÉS

Y para poner esto aún más de relieve, el Círculo de Bellas Artes tiene el buen acierto de dar á esa función anual un carácter esencialmente artístico organizando cada año el espectáculo como una fiesta propia de personas de buen gusto que se divierten sin contravenir á ninguna ordenanza, ni echar en olvido ningún precepto.

El primero de todos los preparativos para el baile suele constituirlo un Certamen artístico de carteles anunciadores, estímulo para que los pintores y dibujantes hallen motivo á manifestar su inspiración y los progresos que realizan en el difícil arte de la pintura decorativa y mural.

Al concurso de este año se han presentado obras de excelente gusto y de muy simpático efecto.

El premio de quinientas pesetas lo ha obtenido el cartel que llevaba por lema la frase *¡Macte animo!* Es una graciosa composición original de nuestro distinguido colaborador el joven artista D. Juan Francés y Mexía, y representa una linda máscara que alzando la cortina deja entrever el salón, lleno de la animación y del bullicio del baile.

La figura es muy agradable, y si el fin del cartel no debe de ser otro que el de invitar á los rehacios á que se animen y tomen billetes, no cabe dudar que las promesas que esa figurita y su actitud envuelven, no pueden ser más halagadoras.

El accésit ha sido otorgado al cartel *Minerva*, de los señores Pueyo y Gutiérrez, el cual representa una robusta y apetitosa *Locura* muy propia para dejar sin seso á los más cuerdos y timoratos.

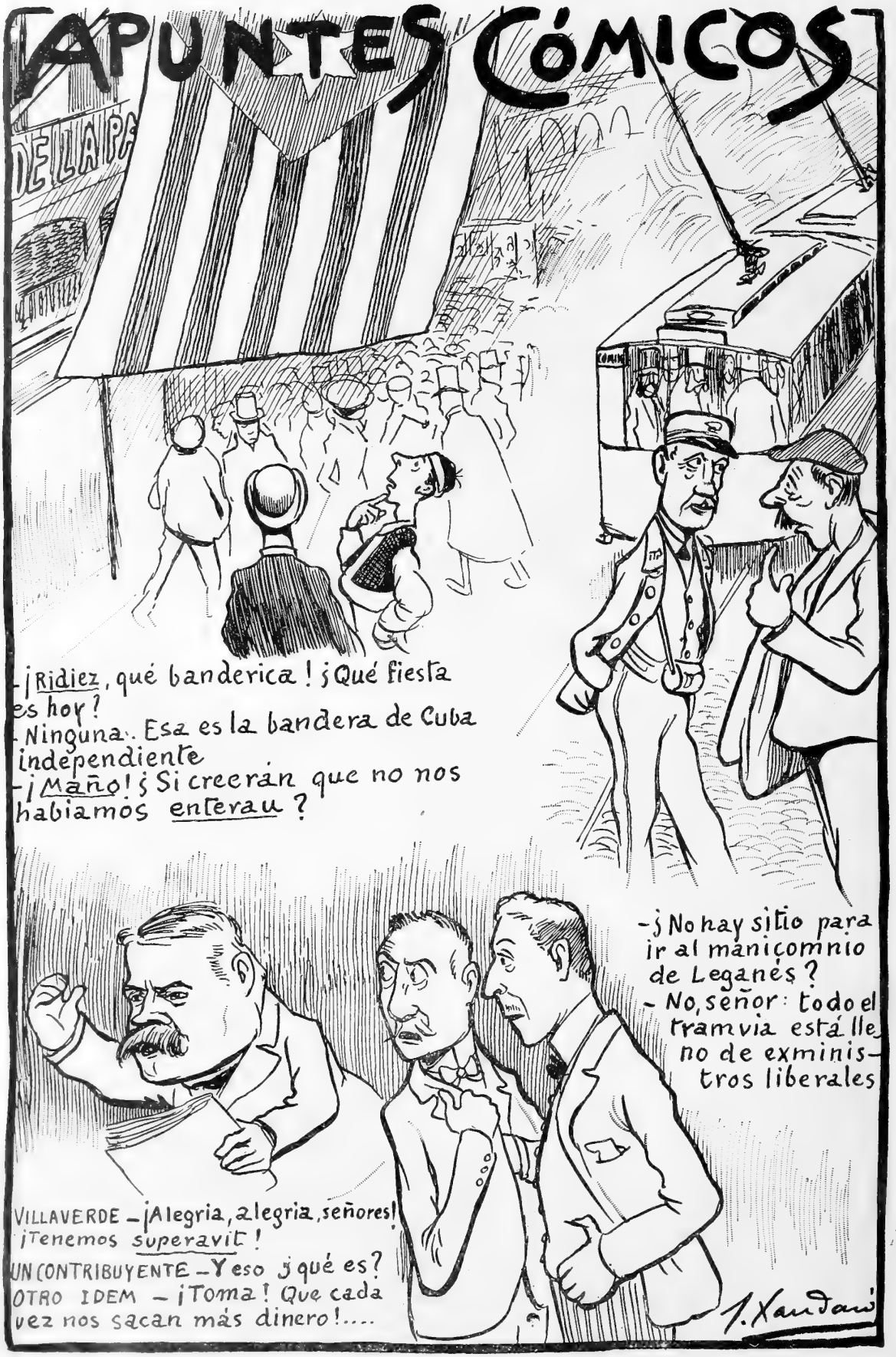
En fin, aun cuando no haya sido premiado, reproducimos otro cartel, *La enamorada de Pierrot*, que nos parece lleno de delicadeza en cuanto al pensamiento y muy feliz y acertado en la ejecución.

DON RUPERTO

FOTS. ASENJO

ACCESIT. LEMA, «MINERVA
SRES PUEYO Y GUTIERREZ

LEMA
«ENAMORADA DE PIERROT»


APUNTES CÓMICOS
DE LA PA
-¡Ridiez, qué banderica! ¿Qué fiesta es hoy?
-Ninguna. Esa es la bandera de Cuba independiente
-¡Maño! ¿Si creerán que no nos habiamos enterau?
-¿No hay sitio para ir al manicomnio de Leganés?
-No, señor: todo el tramvia está lleno de exministros liberales
VILLAVERDE -¡Alegria, alegria, señores! ¡Tenemos superavit!
UN CONTRIBUYENTE -Y eso ¿qué es?
OTRO IDEM -¡Toma! Que cada vez nos sacan más dinero!....
J. Xaudaró

TARDE DE LLUVIA

Como si hubiese una reunión de bolsistas en el cielo hablando de la baja de los fondos, las nubes se complacen en enviarnos rociadas de lluvia menuda y fatigosa, que empapa los cuerpos y entristece las almas.

¡Lloviendo, lloviendo siempre! Dicen que esa lluvia continua es beneficiosa para los campos; ¿pues entonces por qué cae dentro de las ciudades? Las nubes que nos obsequian con ella están estafando á la Naturaleza; cada una de esas gotas puede ser en el campo una espiga; en la ciudad sólo forma barro.

¡Y qué barro tan innoble y tan despreciable! En la senda enlodada de la aldea, cada pie que la pisa deja una huella distinta y clara; contemplándola, puede decirse sin vacilación alguna: «por aquí pasó un hombre»; y cuando el sol endurece días después aquel barro, el tosco vaciado del pie humano se fija y permanece durante algún tiempo como sello del dominio del hombre sobre la tierra; pero en ese lodo pegajoso y cernido de las ciudades nada se graba, nada se determina ni se concreta; los mil pies de la multitud lo pisotean y desmenuzan sin dejar en él huella, ni contorno; es un lodo indiferente é inactivo que ni sirve para lecho del germen ni retiene la forma del pie que lo pisa. Manchar es todo su oficio; parece que lo escupen bocas de envidiosos.

¡Y esta lluvia sin tregua que nos amodorra!

Reconozco, sin embargo, que el ver llover tiene á veces sus delicias. Es grato ver llover cuando en compañía de la mujer amada nos aproximamos á los cristales del balcón diciéndola: «¡Mira qué calle tan desierta! ¡mira qué lluvia tan copiosa!»

Parece que la cortina que forma delante de nosotros el agua nos aisla y nos separa del mundo todo, haciendo más íntima nuestra intimidad y más esquivo nuestro apartamiento.

Es grato también ver llover cuando al soltar de improviso el pincel con el cual intentábamos inútilmente dar vida á la figura dibujada en el lienzo, buscamos cómodo asilo en la *chaisse-longue* próxima, y al través de los vidrios del estudio contemplamos aquel inmenso lienzo gris que forma la lluvia.

A los pocos momentos de soñadora contemplación, ¡oh prodigio! la rebelde figura se destaca briosa y viva en el húmedo lienzo, y lo que eran resistencias y tropiezos para el pincel en la tela, son para la fantasía atrevidísimos toques estampados sobre aquel fondo movible de la lluvia.

También resulta bastante agradable ver la lluvia desde un coche ó desde un tranvía, y más si al subir á éste ó aquél encuentra uno en los asientos una cartera sin tarjetas ni iniciales ni documento alguno de su dueño, y que al ser abierta por vuestras curiosas manos deja caer una lluvia de billetes.

Esta lluvia resulta tan beneficiosa para los campos como para las ciudades.

José de Roure

DIBUJO DE C. PLÁ

LA CORBEILLE DE ENCARGO

POR CARLOS VÁZQUEZ

EL AMOR EN LA NOVELA

NOVELA NATURALISTA

Se conocieron y se amaron un domingo en el jardín de Luxemburgo. A él le llamó la atención aquella linda muchacha, menudita, graciosa, vestida de limpio, con su trajecito de percal rameado de flores y su pañoleta al cuello, y á ella no dejó de gustarle él, con su aspecto de atleta, con sus anchos hombros y sus brazos de orangután, vestido de blusa azul con grandes botones de nácar. Los dos, después de breve examen, se comprendieron: dos trabajadores, dos explotados, dos víctimas de la codicia humana. Ella en un taller de planchado, coloreadas sus mejillas por el constante fuego del horno de las planchas; él en el ténder de la locomotora, curtido su rostro por el frío y el agua. El vivía sólo en una mala vivienda del arrabal de San Antonio; ella bajo el poder de una tía suya que la hacía sufrir constantes tormentos si no la entregaba todo el jornal, martirizándola si se negaba á vender flores por las noches en *Folies Bergères* y en *Folies Marigni*.

Se miraron y se comprendieron, se contaron mutuamente sus penas; él la cogió del brazo, lastimándola sin querer con sus fuerzas de oso, y juntos emprendieron el regreso, cuando ya las orillas del Sena aparecían iluminadas. Inútil es decir que desde aquel momento no se separaron, y que Adela, que así se llamaba, no volvió por el taller aborrecido.

Muy temprano, con los primeros rayos del sol que entraban en aquel alegre y limpio sotabanco bañándole de luz, se levantaba Adela, para darle á «su pequeño oso», como le decía cariñosamente, el desayuno: un buen tazón de leche y un pan de higos, que él devoraba en un momento con el vertiginoso abrir y cerrar de sus poderosas mandíbulas. Luego, y como á un niño, le vestía cuidadosamente, le calzaba sus anchos borceguíes, liábale bien ceñida la faja á su cuerpo, y cuidaba de que no faltase en la bolsa tabaco para el día. Como recompensa, Federico la sentaba sobre sus anchas rodillas, cantándola aires bretones, recitándola fábulas de Lafontaine, que Adela escuchaba abriendo sus grandes ojos meridionales. Después Federico se iba á la estación y Adela se ponía á coser. En esta existencia feliz se pasaron los primeros meses.

Una tarde, al volver Federico del trabajo, encontró á su Adela preocupada, pensativa. Federico, no pudiendo adivinar la causa, arrugó su ancho entrecejo, y apoyando su manaza sobre la cabeza, esperó. Adela entonces, acercándose muy despacio á Federico, ruborosamente, con timidez, le dijo unas cosas tan agradables, tan inesperadas, que Federico empezó á dar saltos de alegría por la habitación, y después, sin reparar en el estado de Adela, quiso bailar una mazurka. ¡Pobre muchacha! ¡Qué feliz era viendo á su pequeño oso correr y brincar por el sotabanco, nido de su felicidad! «¡Yo padre!, decía Federico. ¡Padre! Desde mañana me suprimes mi ración de vino. Tenemos que ahorrar para el pequeño. ¡Con qué gusto lo llevaré en mi máquina, moviendo con sus manecitas las enormes palancas! ¡Y será fuerte! ¡Un hombre como yo, al que acostumbraré desde pequeño á pegar á todos los chicos del arrabal! ¡Nada de llevarle á la escuela; no quiero que sufra! Para ser fuerte no necesita saber leer. He de hacerle gimnasta. ¡Con qué envidia le veré musculoso, hecho un hércules!»

Y el buen Federico cantaba sus aires bretones y llevaba en alto por la habitación á su pequeña Adela en señal de triunfo y de victoria.

DIBUJO DE ROJAS

LUIS GABALDÓN

LA BAILARINA

AÉREA, gentil, vaporosa,
esparce al abrir sus gasas
perfumes enervadores
que la atmósfera embalsaman.
Desde el fondo de la escena
rápidamente adelanta
encorvándose ó alzando
su figura soberana.
Tiene caprichos de ondina;
yérguese furiosa, salta;
ya es flor que gira, ya es rápido
remolino que arrebata;
ya es la mujer picaresca
que, rebosando de gracia,
lleva el compás de la música
con su cabeza gitana;
ya es el ángel que, moviendo
con suave rumor las alas,
al tomar impulso adquiere
vaguedades de fantasma,
y que en éxtasis divino
súbitamente se para,
envuelta en el rayo de oro
que la sigue mientras baila.
Destellos deslumbradores
la luz de su traje arranca,
y claridades de aurora
se reflejan en su cara;
es la figura sublime
que no envejece ni pasa,
es eterna; simboliza
la juventud y la gracia.

LEOPOLDO LÓPEZ DE SÁA

DIBUJO DE HUERTAS

FIGURAS TEATRALES

LA VERBENA DE LA PALOMA Ó EL BOTICARIO Y LAS CHULAPAS Y CELOS MAL REPRIMIDOS

DISCÚTASE cuanto se quiera sobre si tenemos ó no tenemos ópera española, es indudable que el sainete lírico existe, con carácter propio, original y genuínamente español; y uno de los más bellos y característicos de este género es el popularísimo de Ricardo de la Vega y el maestro Bretón, y cuyo título va más arriba. La escena principal de la famosa obra ha servido al insigne artista Cecilio Pla para componer uno de sus cuadritos lleno de espíritu y de gracia y pintado con verdadera maestría. En primer término forman agradable contraste las figuras del boticario y las chulapas, envueltas en mantones de la *China-ná*, y en el fondo se divisa al célebre Julián... ¡que *tiés* madre!

MATERNIDAD ARTIFICIAL

LA «NURSERY», LOCAL DONDE SE VISTE Y ALIMENTA Á LOS NIÑOS

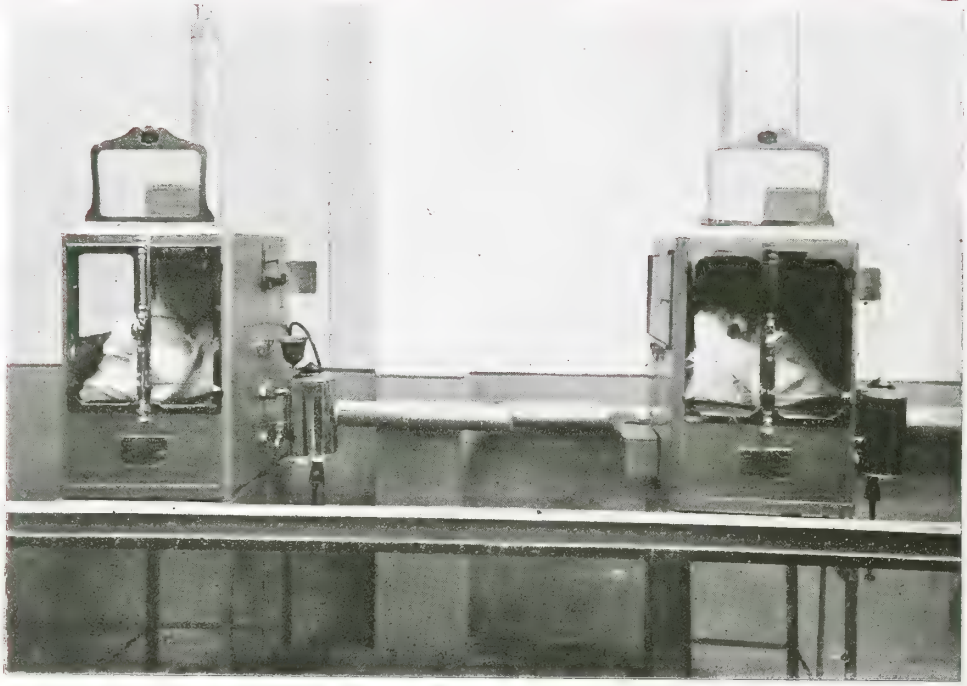
Se ha establecido en Barcelona

La incubadora tiene por objeto dar *calor de madre* á las criaturas que por nacer antes de tiempo ó por nacer débiles tienen tendencia á enfriarse y á morir. En esos niños el calor disminuye visiblemente: baja á 36,5, á 35° y más, se endurece su piel, se *acartonan* y mueren por *esclerema*.

Como instrumento, la incubadora se reduce á una caja cuadrangular con su depósito de agua caliente en la mitad inferior, que templa el aire; la de Alexandre Lion, la más perfecta de todas las conocidas, está compuesta de hierro niquelado ó barnizado y cristal; tiene un sistema de calefacción que, mediante un mecanismo especial, regula automáticamente el calor del agua y de la cámara, y de esta suerte, una vez regulado el aparato de calefacción, que puede ser de petróleo, gas ó alcohol, el aparato se mantiene por sí solo á una temperatura constante.

Las tres cualidades especiales necesarias á toda incubadora las reune á a perfección la de Barcelona, á saber: calor uniforme, aire filtrado y abundante siempre en curso, cual lo demuestra el areómetro, y una limpieza absoluta que hace imposible todo contagio. La esterilización de estas incubadoras es facilísima; en las antiguas de madera era imposible.

Resuelven tres problemas. El *legal:* se ensancha el período de viabilidad; hoy se han rescatado niños que nacieron en el sexto mes del embarazo y con un peso de un kilogramo doscientos gramos, siendo así que todo niño al nacer suele pesar tres kilogramos ó más. El *social:* la mortalidad de estos niños antes de la incubadora era de 90 por 100; hoy se ha reducido á 20 por 100, y aun á menos. El *familiar* ó doméstico, que más bien pudiéramos llamar problema *de humanidad*, puesto que la incubadora garantiza hasta donde es posible la vida del recién nacido, aun en casos en que éste se encuentra en escasas ó malas condiciones de viabilidad, y



DOS INCUBADORAS ALEXANDRE LION

evita una porción de operaciones peligrosas y cruentas. Aparato destinado á evitar grandes dolores físicos y más terribles dolores morales, la incubadora es una verdadera *madre artificial*, aun cuando estas dos palabras parezcan inconciliables: una madre artificial que no cría precisamente hijos artificiales, como los de la comedia.

* * *

PERSONAL ENCARGADO DE LAS INCUBADORAS

UN GITANO

NACIDO en las *Costanillas*,
antigua calle que en Córdoba
por ser calle de gitanos
fué conocida y famosa,

del tiempo viejo conserva
usos, modales y ropa,
con el afán con que el noble
conserva su ejecutoria.

Dan á su rostro cetrino
las patillas de hacha sombra,
y su calva frente ciñe
pañuelo de seda roja,

sobre el cual, de medio lado
y al desgaire, se coloca
el calañés puntiagudo
de antigua y típica forma.

Viste, á la usanza gitana,
chaqueta entallada y corta,
y pantalón ajustado
de pana fina y lustrosa,

que, cubriendo la rodilla,
por encima de la corva
con lucientes pasadores
de monedillas se abrocha.

Y entre la encarnada faja,
que á su cintura se arrolla,
las afiladas tijeras
ojos y puntas asoman.

Es ya viejo, mas los años
su firme cuerpo no doblan,
ni en la inseparable vara
para caminar se apoya.

Aún en las ferias los potros
apenas domados monta,
sin que en la silla le muevan
saltos, botes ni cabriolas.

Aún esgrime con denuedo,
si se arma gresca ó camorra,
la enorme faca que dice:
¡Viva mi dueño! en la hoja.

Aún sigue siendo el primero
en las juergas y en las broncas;
aún á los mozos no teme
y aún le temen á él las mozas.

Nadie como él trueca en negra
una mula blanca ó torda,
de modo tal que ni el dueño
si la encuentra la conozca.

Nadie como él en los tratos
hay que pondere ó que ponga
excelencias cuando vende
y defectos cuando compra.

Nadie como él la guitarra
para acompañarse toca,
arrancando de sus cuerdas
gemidos en vez de notas,

á su compás entonando
cien intencionadas coplas
que de repente improvisa
al mismo tiempo que entona.

Como de feria en mercado
ha corrido España toda,
y de cuanto vió y ha oído
es archivo su memoria,

en cuanto suelta el torrent
de su voz aguardentosa
y con pintoresco estilo
refiere cuentos ó historias,

la gente, de oir sus palabras
y ver sus gestos ansiosa,
en torno de él en silencio
formando corro se agolpa;

y sin cesar de sus labios
chistes y mentiras brotan,
que con malicioso ingenio
él ameniza y sazona,

pues no desentonarían,
repetidos por su boca,
los avisos y consejos
que al amante de *Preciosa*

da aquel discreto gitano
en páginas que son gloria
preclara é inmarcesible
de las letras españolas.

MANUEL DE SANDOVAL

DIBUJO DE MUÑOZ LUCENA

UN CANAL DE VENECIA

POR ALVAREZ SALA

PÁGINAS DE HISTORIA

EL MINISTERIO RELÁMPAGO

La publicación del segundo tomo de la cuarta serie de los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós, titulada *Narváez*, trae á la actualidad la figura de aquel intrépido general y notable hombre de Estado y los sucesos más notables de su vida pública.

Se destaca entre éstos aquella famosa conspiración de una *monja*, un *clérigo* y un *rey*, que le derribó del poder por espacio de veinticuatro horas, sustituyéndole en aquel breve espacio de tiempo el Gabinete que ha pasado á la Historia con el nombre de *Ministerio Relámpago*.

Los principales actores de esta intriga fueron sor Patrocinio de Quiroga, monja profesa en el Convento de Jesús, que gozaba fama de santidad y alardeaba de tener en manos, pies y costado llagas como las que á Jesucristo causaron los clavos de la Cruz, y la lanzada con que le hirieron en el Calvario.

El rey consorte D. Francisco de Asís visitaba mucho á esta monja, aconsejado por su confesor el P. Fulgencio, escolapio de sutil ingenio, elegantes maneras y dulce y melosa palabra, que se había apoderado por completo del ánimo de S. M., convenciéndole de que debía tomar una parte activa en la política, imponiendo para gobernar á España el Ministerio que le indicase sor Patrocinio, que recibía directamente sus inspiraciones del cielo.

Entraron en la conspiración como agentes subalternos el gentilhombre Quiroga, hermano de la monja, el secretario del rey Sr. Rondón, y varios personajes de los que se habían convenido en Vergara y hacían política carlista en las tertulias de Madrid, donde dominaban algunas beatas, que con la fingida santidad de su vejez intentaban hacer olvidar atrevimientos de su juventud.

No fué muy fácil convencer á doña Isabel II para que despidiese á Narváez, pero al fin lograron su intento explotando los sentimientos religiosos de la Soberana, que escribió al conde de Pinohermoso una carta en la cual le manifestaba que estaba disgustadísima con el Gobierno que presidía el duque de Valencia, y que no podía soportar por más tiempo las genialidades de éste, aunque reconocía que era un perfecto caballero y un buen patriota.

El conde de Pinohermoso era hermano del marqués de Molins, que formaba parte del ministerio Narváez, y le enseñó la carta de la Reina, que el marqués llevó á su jefe, que al leerla estalló en ira.

Fué inmediatamente á Palacio á pedir explicaciones, y halló á la Reina llorando, dominada por la camarilla del cuarto de su augusto esposo, y presentó con ademán colérico su dimisión y la de sus compañeros, retirándose hecho una furia á su residencia oficial, en la Inspección de Milicias, donde reunió á los ministros para darles cuenta de lo que había hecho.

Los de la camarilla no se descuidaron, y apenas salió Narváez de Palacio arreglaron el Ministerio que quedó constituído en la siguiente forma:

Presidente del Consejo y ministro de la Guerra, el conde de Cleonard, teniente general, de ideas eminentemente reaccionarias.

Ministro de la Gobernación, D. Trinidad Balboa, mariscal de campo, que tenía muchas simpatías por los absolutistas.

Ministro de Hacienda, D. Vicente Armesto, que no había pasado de contador de la clase de segundos del Tribunal de Cuentas.

Ministro de Gracia y Justicia, D. José Manresa, abogado del Colegio de Madrid.

De Estado el conde de Colombi, hermano de Cea Bermúdez y secretario de embajada; de Marina, Bustillos, brigadier de la Armada.

El efecto que produjo la formación de este Ministe-

rio fué desastroso; muchos le recibieron con carcajadas, pero la mayoría con indignación, y hasta las personas que vivían alejadas de la política se escandalizaron.

De las más sorprendidas é indignadas fué la reina madre doña María Cristina, que vivía con su segundo esposo D. Fernando Muñoz, duque de Riansares, en su palacio de la calle de las Rejas.

No pudo contenerse, y se fué inmediatamente al regio alcázar, diciendo á todo el mundo que iba á enterarse de si su hija se había vuelto loca.

La entrevista entre las dos reinas fué borrascosa. Doña Isabel se defendía con sus lágrimas, pero María Cristina no salió de la estancia de su hija sin haberla resuelto á deshacer lo hecho, volviendo á llamar á Narváez para que se encargase otra vez del mando.

Narváez, aunque estaba muy disgustado, acudió al llamamiento de la Soberana, y después de oponer alguna resistencia, aceptó la Presidencia del Consejo de Ministros, reconstituyendo el Gabinete que había presentado la dimisión.

Cuando el conde de Cleonard fué al día siguiente á despachar con la Reina, se encontró en la cámara real á Narváez, que le dijo muy risueño:

—Mi general, no se moleste usted, que el que despacha con S. M. soy yo. Retírese usted, por lo tanto, á su casa, y descanse de sus fatigas.

Tal fué el Ministerio Relámpago, que no duró en el poder más que veinticuatro horas.

La primera disposición de Narváez al volver al poder fué prender al P. Fulgencio y recoger todos los papeles que tenía en su celda del convento de San Antón, en la calle de Hortaleza. Desde el Gobierno civil le mandaron al convento de su orden, en Archidona.

Sor Patrocinio fué desterrada á Talavera de la Reina, y su hermano, el gentil hombre Quiroga, á Ronda.

El duque de Valencia triunfó por aquella vez de la camarilla del Rey consorte, pero no disfrutó mucho tiempo de su triunfo.

KASABAL

DIBUJOS DE ESTEVAN

HERALDO DE MADRID

CARTEL DEL «HERALDO», PINTADO POR SOROLLA

LA CASA DEL «HERALDO»

Lejos están ya, por fortuna, los tiempos en que la Prensa arrastraba una existencia precaria, á merced de protecciones inseguras y del bamboleo constante de los partidos; lejos las épocas en que el periódico, obedeciendo á un criterio doctrinal cerrado, servía exclusivamente á la secta y á los afiliados á ella, y no llegaba á establecer comunicación espiritual asidua, cotidiana, con el público, único dueño y señor á quien sirve hoy la Prensa, cuando quiere vivir robusta é independiente vida.

El artículo famoso de Fígaro *¿Quién es el público y dónde se le encuentra?* es uno de los pocos de su autor que podrían enterrarse hoy día.

Ya se sabe, ya se conoce con toda exactitud quién es el público; ya es fácil encontrarle en todas partes, seguirle á donde va, adivinar sus gustos, reconocer sus aficiones y tendencias. Lo que no es tan fácil, lo que aún constituye obra de romanos es dirigirle, formar su gusto, encauzar sus ideas. La prensa de gran circulación no es ya un cuadro pintado con figuras dibujadas á capricho de uno ó de varios señores, sino un espejo fiel, claro, que con exactitud y precisión refleja y reproduce el pensar y el sentir de la multitud.

FACHADA DE LA CASA DEL «HERALDO»

Existe entre mucha gente el grave error de pensar que los lectores de los grandes diarios no se toman el trabajo de discurrir, sino que al adquirir el periódico prefeferido compran por los cinco céntimos una cantidad de opiniones y de juicios sobre sucesos é ideas para aprovecharlos después en la conversación. Nada menos cierto. Si así fuera, sería tarea facilísima el escribir un periódico para la muchedumbre. Pero, precisamente, ocurre lo contrario: que el periódico más favorecido por el público es aquél que con mayor agudeza y precisión reproduce lo que éste hace, piensa y quiere. Y como el público es una masa ondulante, amorfa, escurridiza, de escasa consistencia y tarda en pronunciarse en cualquier sentido, de ahí que se requiera habilidad grandísima para eso que llaman *pulsar la opinión.*

Conseguir tan difícil triunfo es tarea de entendimientos muy perspicaces, de oídos muy despiertos, de plumas muy

avisadas; y uno de los diarios que lo han logrado con mayor acierto y felicidad es nuestro querido colega el *Heraldo de Madrid*, que gracias al favor constante del público, ha llegado á realizar la aspiración más legítima y satisfactoria de toda persona y de toda empresa ordenada: la de tener casa propia.

El nuevo edificio adquirido por nuestro colega es una hermosa casa situada en esta corte, en la calle de la Colegiata, número 7. Es un local amplio, desahogado, alegre, con todas las condiciones apetecibles para el fin á que ha sido destinado. Tiene un gran patio de máquinas, dependencias suficientes y aun sobrantes para todas las complicadas operaciones que requiere la buena organización de un gran periódico, y habitaciones cómodas, discretas, silenciosas para el trabajo de redacción.

El distinguido arquitecto D. Francisco Pingarrón y el inteligentísimo maestro de obras don Lorenzo Yuste han conseguido, no sin grandes trabajos de apeo y colgado de muros, habilitar admirablemente para redacción é imprenta lo que era una casa particular. El adorno de la fachada ha corrido á cargo de don Lucas Bartolezzi.

EL DIRECTOR SR. FRANCOS RODRÍGUEZ DESPACHANDO CON EL SECRETARIO SR. CASTRO

Satisfecha puede estar la empresa del *Heraldo*, y contentos nuestros queridos amigos sus ilustrados redactores, que con sus talentos han contribuído principalmente al gran éxito del popular diario madrileño.

Nosotros tenemos verdadero gusto en felicitarles por ello. Nada puede regocijarnos y enorgullecernos tanto como los triunfos conseguidos por la Prensa española, que sin disponer de los poderosísimos medios con que cuentan los grandes diarios extranjeros, y cohibida, sobre todo, por la baratura verdaderamente inverosímil de su precio para el público, va abriéndose paso poco á poco y realizando con honra y con relativo desahogo los altos fines á que se dedica en todas partes *el cuarto poder*.

* * *

LOS REDACTORES DEL «HERALDO» REUNIDOS EN LA SALA DE REDACCIÓN — FOT. ARENJO

FLORES SILVESTRES

POR A. ANDRADE

AÑO TRECE Y NUMERO 615 MADRID DIA 15 DE FEBRERO DE 1903

BLANCO Y NEGRO

EL HOTEL DU PALAIS, PALACIO IMPERIAL, ANTES DEL INCENDIO

LA SEMANA PASADA

TRISTE sino parece acompañar á todos los objetos y personas que constituyen recuerdo notable del segundo Imperio francés.

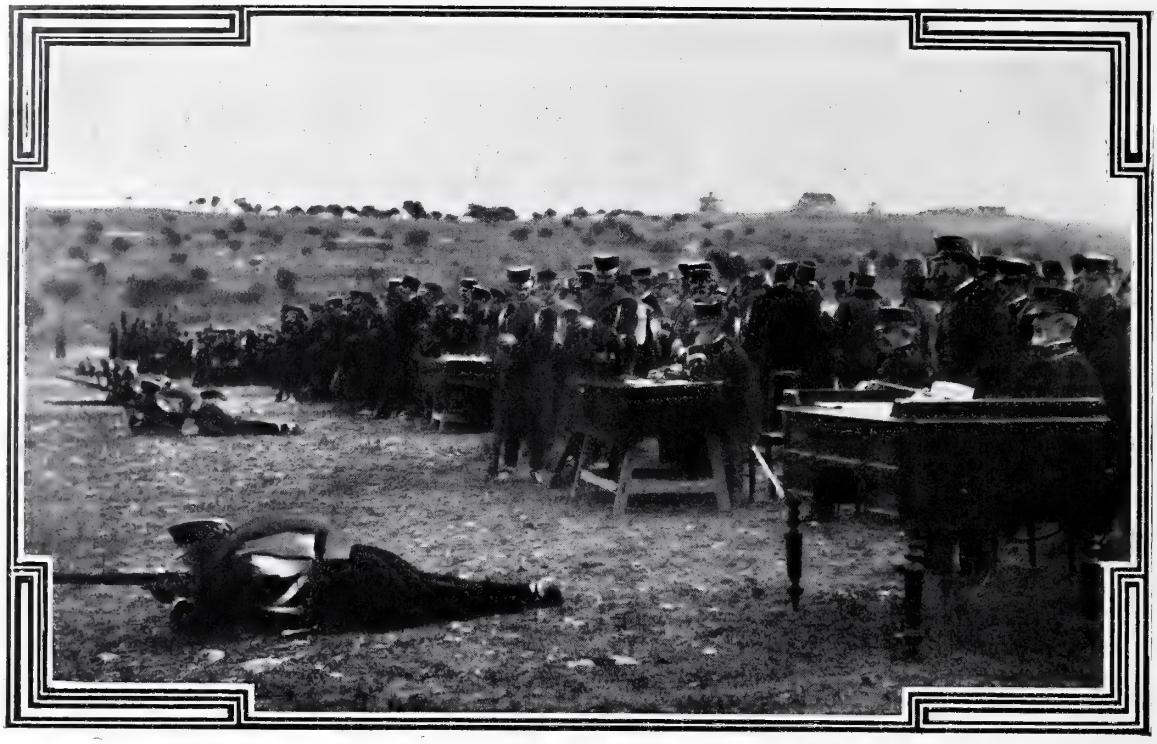
Una vez más se ha demostrado esto con motivo del incendio que ha destruído en gran parte el que fué palacio imperial de Biarritz, precioso edificio que primeramente se llamó *Villa Eugenia*, nombre de la que fué Emperatriz de los franceses. Contribuyó acaso más que nadie la Emperatriz con su predilección por Biarritz á poner de moda esta playa, que tanto tiempo ha conservado la supremacía entre las demás. Agradaba sobremanera á la que fué Doña Eugenia de Guzmán hallarse cerca de España, estar una temporada en relación y sociedad con sus paisanos y parientes los aristócratas españoles que iban á Biarritz al comenzar el otoño.

Caído el Imperio, el palacio fué habilitado para alquilarse, y después, añadiendo á la primitiva construcción toda un ala enorme de edificio, se convirtió en un Gran Hotel, concurridísimo habitualmente: pero la parte que se ha quemado es la antigua, la primitiva *Villa Eugenia*.

El espectáculo del incendio fué imponente. Las llamas, acrecentadas por el viento, iluminaban los acantilados de la costa y se reflejaban en las olas mientras caía un copioso aguacero, llovían chispas de fuego del suntuoso edificio. Inmensa multitud presenciaba el desastre.

Las pérdidas materiales han sido muy cuantiosas.

INCENDIO DEL HOTEL DU PALAIS, EN BIARRITZ — FOTOGRAFÍAS D. GARCÍA



EJERCICIOS DE TIRO AL BLANCO EN VALENCIA — FOT. M. CABEDO

NOTABILÍSIMO ha sido el certamen de tiro verificado en Paterna, cerca de Valencia, el día 31 del pasado mes. Tomaron parte en el concurso cabos, sargentos y soldados que ya gozaban de buena reputación como tiradores. Asistió á los ejercicios numeroso público, presidiendo el certamen el capitán general, que entregó premios en metálico á los vencedores.

El primer ejercicio ofrecía verdadero interés por las condiciones fijadas para realizarle: tiro individual á 300 metros de distancia y haciendo cinco disparos en 70 segundos. De esta manera puede comprobarse la eficacia de los tiros repetidos del Maüser. Tomaron parte en esta prueba sargentos, cabos y soldados de los regimientos de Otumba y de Mallorca, del de caballería de Sesma y del 5.º montado de Artillería, saliendo premiados el sargento Luengo, de Otumba; el sargento Belando, de Sesma; el soldado Sevilla, de Mallorca; y el soldado Ronda, del 5.º montado.

El segundo ejercicio consistía en tirar por grupos á mil metros, rodilla en tierra ó todo el cuerpo en tierra, y después avanzando á paso ligero desde 800 metros y disparando desde 600. Obtuvo el premio el regimiento de Mallorca, cuyos soldados son, sin duda, admirables tiradores.

Los resultados de este certamen han sido, pues, serios y concluyentes y muy halagüeños para los bizarros cuerpos que en él han tomado parte.

LA sensación pura y avasalladora de la belleza femenina triunfando é imponiéndose á todo un público habituado á contemplar un día y otro hermosuras extraordinarias, la ha experimentado el público del Real en las últimas representaciones de *Aida*, viendo aparecer á *Amneris* personificada en la Srta. Wanda Borisoff, una de las cantantes más espléndidamente hermosas que han pisado aquellas tablas.

Además canta muy bien: vamos, que es como si la Venus de Médicis tuviera un ruiseñor en la garganta; de suerte, que en esta ocasión no se sabe qué admirar más, si el *plumage* ó el *ramage*, como decía el zorro de la fábula. Y para que no quede nada que pedir, la Srta. Borisoff ostenta unas joyas que quitan el sentido, según los más autorizados dictámenes.

En suma, una mujer de aquellas que, según

WANDA BORISOFF

decía Amicis, si mal no recordamos, al mismo Rotschild le harían exclamar encogiéndose:

—¡Pobre de mí!

ALTÍSIMO ejemplo de fortaleza de ánimo y de resignación cristiana ha dado en su larga y dolorosa agonía el Excmo. Sr. Duque de Tetuán, fallecido en Madrid en la madrugada del 9. La entereza de su carácter de hierro era harto conocida; pero son raros los hombres que saben sostener tamaña energía en los últimos momentos de la existencia, y muy contados los casos en que un hombre anciano que ha conocido y gustado todas las grandezas del mundo, y que, como jefe de un partido, comprende sus responsabilidades y su significación, abandone con absoluta tranquilidad la vida, despidiéndose de cuantos seres le fueron caros, desde el jefe del Estado hasta las personas de más inmediato y familiar afecto.

EL DUQUE DE TETUÁN

LA prensa diaria ha concedido la atención debida á la huelga de Reus. Nadie ignora la importancia enorme que tiene la población obrera en la bella é industriosa ciudad, segunda capital de Cataluña. Así, pues, si la huelga hubiese sido organizada con mayor regularidad, como lo fué la famosa huelga general de Barcelona, las consecuencias hubieran podido ser terribles.

De todos modos, ya es bastante triste el ver desanimada, inactiva y perezosa una ciudad que toda es movimiento y vida en épocas ordinarias. Quizás nunca se hayan visto en un día de trabajo tantos obreros reusenses ociosos paseándose como burgueses por la plaza de Prim. La estatua del noble é inmortal caudillo nunca habrá tenido tantos admiradores contemplándola con los brazos cruzados.

Una nota originalísima y nueva en esta huelga la han dado los vendedores de periódicos, respetables sujetos de ocho á doce años de edad, los cuales, constituídos en sociedad de resistencia, con su presidente, su vicepresidente y su secretario, que son los compañeros ó compañerillos José Serra, Paco Barragán y José Borrell, han dirigido un serio *ultimatum* á su patrono el capataz, intimándole la concesión del 25 por 100 para la venta de papel, y amenazándole con el *paro* general, que llevaron á efecto.

Los retratos de estos simpáticos y precoces sectarios de Karl Marx y de Bebel merecen pasar á la historia del socialismo de acción, y con tal designio los publicamos, advirtiendo á los historiadores del porvenir que el personaje sentado en el centro es el presidente, á su derecha está el vice y á la izquierda el secretario.

Y muy porro será quien crea que estas son cosas de burlas.

DON RUPERTO

LA HUELGA DE REUS. HUELGUISTAS VENDEDORES DE PERIÓDICOS FOT. TORRES

APUNTES CÓMICOS

-¿Que tal son esas almendras?
-Le diré a V.; el domingo pasado eran democráticas, este domingo son republicanas pero creo que no le harán á V. daño.

-Señor, tampoco ahora hemos cogido al Roqui
-¡Por Alah!: Si tuviese yo un Cotarelo!...

-Niño ¿que estás haciendo ahi?
-Estoy revolviendo los papeles de papaito Maura, ahora que se ha marchado.

El programa de Montero mucho trabajo costó. Entre todos lo firmaron y él solo se reventó

NOVELAS RELÁMPAGOS

EL NEGRO DE LAS FIERAS

I

QUÉ frío hace en este Madrí, Madresita de lo Dolore! No se pué pará en la calle. Se queda uno má helao que lo sorbete que se le servían al comandante melitá de la colonia. ¡Perro de hombre! Por su mala sangre me veo yo ahora tan lejo de mi patria pidiendo limona. El creerá que hace tiempo estoy en el estómago de un cachalote. Los que se escapan á nado del pontón se lo engullen lo tiburone que rondan el barco. No me faltó mucho pa que me devoraran.

¡Siquiera calentara el sol! ¡Pero quiá! Esto no é sol. No hay más sol que aquel que llueve fuego sobre lo desierto de arena. ¡Quién me diera verlo ahora! ¡Quién me diera atravesá á nado, con el cuchillo en lo diente, la desembocadura del río. ¡Y lo árbole de por allí, que no lo abarcan seis hombre cogidito de la mano! Los tronco de aquí son una miseria. Luego por acá no hay una mala fiera ni pa contalo!

¡Qué hambre tengo! En mi paí no lo pasaría, porque con subime á un banano y cogé media dosena de plátano, lito. ¿Qué haré? No encuentro trabajo. Tóo el mundo se ríe de mí; lo chiquillo me tiran piedra. Hata que un día me siegue y mate á uno. ¡Señó, una limonita por Dió pa el pobe nego, que no ha comido nada hoy!

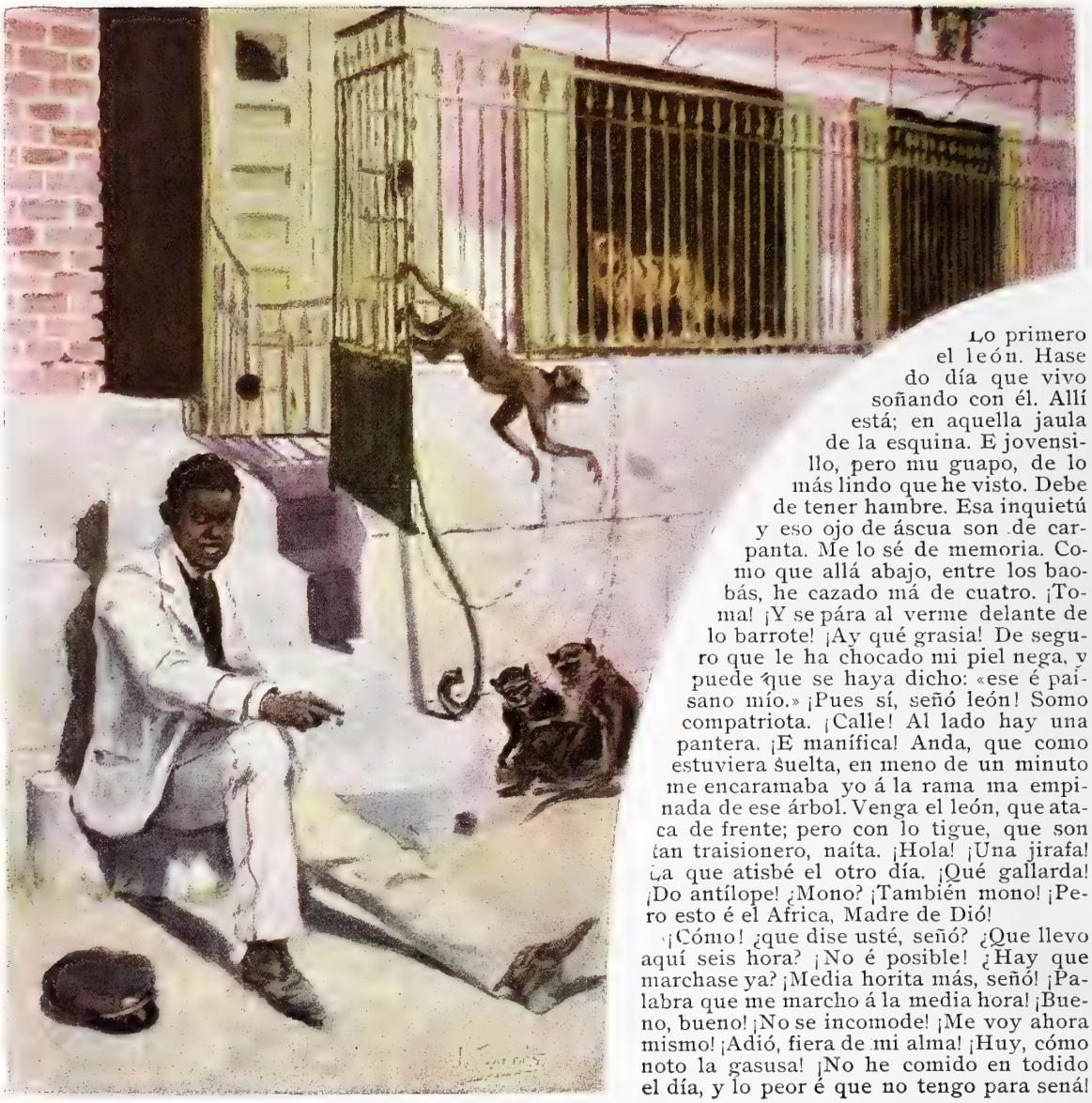
II

—¡Vaya, eso ruido que salen de eso cajone por la mirilla abierta en lo alto, junto al techo, son rugido! ¡Si lo conoseré yo! ¡Pero ca! ¿Rugido aquí? No é posible. He oído mal. Con el hambre no tié uno bien lo sentido. Sin embago, lo cajone paresen jaula tapada con tablone, y la mula que lo arrastran van alarmá, con la oreja tiesa, olfateando algo. ¡Y son batante carro! Dié. ¡Hola! Pue ahora no me cabe duda. Ahí dentro va un león. Le preguntaré á uno de los carretero. ¡Cómo! ¿Fiera? ¿Llevan utede fiera? ¿Fiera en Madrí? ¿Y á dónde? ¡A una casa que hay en un jardín que se llama e Retiro! Grasia, señó.

Echo detrá de lo carro, por ete camino, y así no me pierdo. ¡Oh! Yo nesesito ver ese león, y la otra fiera que vienen con él. ¿Quién iba á sospechá que aquí hubiera fiera? ¡Cómo ruge! ¡Acostumbrado á la libertá y al calor! Igual que yo. Lo do somo extranjero. ¿Qué es eso que descubro por la mirilla de ese otro cajón? Un cuello de jirafa. Hemo llegado. Pero ¿qué? ¿Qué cueta dinero la entrada? ¡Si yo no tengo un séntimo! ¿Y cuánto, buen señó? ¿Do reale? ¡Do reale! ¿De dónde saco yo do reale, si ni para un panesillo dipongo? Y mientra, lo carro salvan la verja, dejándome á mí á la puerta. ¡Dió santo! Yo nesesito á toda cota eso do reale; ¡pero si aquí no hay apena gente á quien alargá la mano! ¡León de mi vida, que no te veo hoy!

III

—Tome usté, señó. ¿Creía usté que le engañaba? Ahí van lo do reale. Venga mi billete. ¿De modo que puedo está aquí todito el tiempo que me dé la gana? Bueno. Pue vamo para adentro.



Lo primero el león. Hase do día que vivo soñando con él. Allí está; en aquella jaula de la esquina. E jovensillo, pero mu guapo, de lo más lindo que he visto. Debe de tener hambre. Esa inquietú y eso ojo de áscua son de carpanta. Me lo sé de memoria. Como que allá abajo, entre los baobás, he cazado má de cuatro. ¡Toma! ¡Y se pára al verme delante de lo barrote! ¡Ay qué grasia! De seguro que le ha chocado mi piel nega, y puede que se haya dicho: «ese é paisano mío.» ¡Pues sí, señó león! Somo compatriota. ¡Calle! Al lado hay una pantera. ¡E manífica! Anda, que como estuviera suelta, en meno de un minuto me encaramaba yo á la rama ma empinada de ese árbol. Venga el león, que ataca de frente; pero con lo tigue, que son tan traisionero, naíta. ¡Hola! ¡Una jirafa! ¡La que atisbé el otro día. ¡Qué gallarda! ¡Do antílope! ¿Mono? ¡También mono! ¡Pero esto é el Africa, Madre de Dió!

¡Cómo! ¿que dise usté, señó? ¿Que llevo aquí seis hora? ¡No é posible! ¿Hay que marchase ya? ¡Media horita más, señó! ¡Palabra que me marcho á la media hora! ¡Bueno, bueno! ¡No se incomode! ¡Me voy ahora mismo! ¡Adió, fiera de mi alma! ¡Huy, cómo noto la gasusa! ¡No he comido en todido el día, y lo peor é que no tengo para sená!

IV

—¿Qué es eso?

—Pues el negro de todas las tardes, que ya está ají, agarrado á la verja, empeñado en que le dejemos entrar un minuto á ver las fieras, y en que se lo digamos á usted.

—¿Pero viene todos los días?

—¡Así caigan chuzos! No sirve espantarle. Se le ha arrimado hasta algún pescozón, pero ¡que si quieres! se aguanta y vuelve. Los guardas ya le han dejado por imposible.

—¡Es notable! ¡Tráele aquí! ¡Hola! ¿Qué te pasa, hombre? ¿No sabes que aquí no se entra sino pagando?

—Ya lo sé, señó; pero ¡no tengo un cuarto!

—¡Me gusta la frescura! Pero ¿por qué ese empeño en ver las fieras? ¿No te valdría más estar trabajando? Sin ver las fieras se puede vivir.

—No señó; no se puede. No sabe uste, señó, lo que es estar lejo, muy lejo de la tribu; no sentir en las epalda aquel sol que abrasa; no ver á la mujere de carbón, que serán má fea que la blanca, pero que son la mía, señó. El hambre no mata, señó, pero lo recuerdo sí; y desde que he visto esa fiera, todito se me han revuelto.

—¿De dónde eres?

—Africano, señó.

—Bueno, pues anda. Entra á hacer una visita á tus amigos. ¡Quita, hombre; la mano no se le besa más que á los curas!

V

—El Dió de lo padre misionero, que es el mío, y que é mu bueno, é el que me ha proporsionado esta plasita de criado de la casa de fiera. Viví con lo leone y lo tigue y lo mono, é viví en mi paí. ¡No me cambio yo ahora ni por el rey de lo inglese!

ALFONSO PÉREZ NIEVA

DIBUJOS DE J. FRANCÉS

INÚTIL

Mi corazón templó con sus lecciones
dura pobreza, y adiestró mis manos.
Sin padres, sin hogar, fuerte me hizo
para ganar el pan de mis hermanos.
Eramos cinco: sólo dos varones;
pero Juan, el menor, nació enfermizo.

En un rincón del soto, no lejana
de la arenosa orilla que desgrana
el ancho río con su roce manso,
se alzaba nuestra choza. El hambre en ella
no penetró: no conocí el descanso.
Siempre, brillando la primer estrella,
con el orgullo del deber cumplido
regresaba á mi nido;
y siempre, tiritando junto al fuego,
en forzado sosiego
hallaba á Juan. Al verme sonreía
y con su voz de mansedumbre llena
por aliviar mi pena,
—«Estoy mejor»—tosiendo me decía.
¡Pobre Juan! Para el mártir no hubo infancia.
Cuando cediendo á tentadora instancia
que á sus años el alma no resiste,
con otros niños en alegre bando
corrió, bien pronto á detenerle vino
la fatiga, la tos... y era muy triste
verle sentado al borde del camino
mientras en rumoroso torbellino
sus camaradas se iban alejando...
Creció en cuerpo; no en fuerzas. Ya mancebo,
apuró un dolor nuevo:
quiso ayudarme en mi labor... no pudo:
insistió con porfía generosa;
mas una y otra vez el ástil rudo
dejó caer al suelo, jadeante,
muerto el brazo y la frente sudorosa.
Perdió con la esperanza la entereza.
—«Inútil»...»—dijo, y desde aquel instante
anocheció en sus ojos la tristeza.

¡Inútil él... Su inteligencia clara
causaba pasmo, y su senil aplomo
reñido estaba con su sangre moza:
á leer aprendió, yo no sé cómo,
y á explicar, sin que nadie le enseñara,
de las frases oscuras el sentido.
En las veladas de la humilde choza
nos leía esos libros inspirados
por una paz y una ternura inmensas
en los que el mismo Dios compadecido
habla á los desgraciados,
y nuestras almas, de su voz suspensas,
sentían ese afán de ser mejores
que sintieron en noche venturosa
al escuchar al ángel, los pastores.

Llegó el otoño, la estación lluviosa.
¡Qué triste fué aquel año! Cierto día
en la ermita anunciaron las campanas
de un anciano pariente la agonía
y á su lado conduje á mis hermanas.
Regresaba yo solo. De repente
vi que subía en dispersión del llano
corriendo, loca de terror, la gente;
y entre sordos lamentos el lejano
clamor oí del caracol huertano...
Trepé por el atajo á la colina
que la vega domina
llamando á Juan... Con el zumbar del trueno
el río, despreciando el cauce roto,
dilataba sus hondas, y era el soto
un proceloso mar color de cieno.
¡Al agua me lancé... Fuí arrastrado,
pero asido á un madero me sostuve,
y aunque falto de aliento y golpeado
pronto al alcance de la choza estuve;
vacilaba su techo... al fin caído
arrasó el oleaje sus escombros
y las manos de Juan sentí en mis hombros
y sus labios pegados á mi oído...
En el instante aquel ¡angustia horrible!
al peso de los dos se hundió el madero...
Fué un batallar desesperado y fiero
de segundos—¡de siglos!...—con la muerte.
Oí su voz:—«¡Los dos es imposible
salvarnos... vive tú ya que eres fuerte...!
¡Piensa en ellas!...»
La tabla sumergida
tornó á flotar; al agua embravecida
entregó sin luchar el cuerpo inerte.
. . . . . .
. . . . . .
¡Inútil él!... ¡Y nos salvó la vida!...

RICARDO GIL

DIBUJO DE REGIDOR

FACHADA DE LA COMEDIA FRANCESA

LOS GRANDES TEATROS

LA COMEDIA FRANCESA

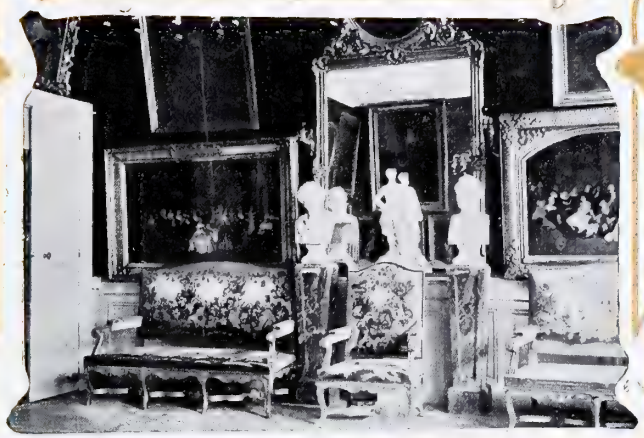
La Comedia francesa es una gloria de Francia—dijo Napoleón.—La Ópera no es más que una vanagloria.»

El Teatro Francés ó de la Comedia Francesa, situado en París en la calle de Richelieu, es, en efecto, uno de los coliseos más interesantes y más antiguos de Europa. Existía en realidad mucho antes de la Real cédula que Luis XIV suscribió en 8 de Abril de 1680, mandando que se uniese la compañía del inmortal autor y actor Molière, con la que funcionaba en el Hotel de Borgoña, porque no se hacen, como aquí han creído algunos, las comedias para los teatros, sino al revés: los teatros para las comedias.

El genio francés, tan amigo de sujetarlo todo á reglamentos y disposiciones administrativas, convirtió pronto su teatro nacional en una dependencia del Estado con una subvención anual de 240.000 francos, una renta propia de 100.000 francos que le otorgó Napoleón, un administrador general nombrado por el Estado, y una complicada organización jerárquica en cuanto al personal de actores y actrices, la cual ha dado origen á no pocos pleitos y cuestiones que en todo tiempo han agitado la opinión francesa.

La legislación y la jurisprudencia referentes á

EL «FOYER» DEL PÚBLICO



UN RINCÓN DEL «FOYER» DE LOS ACTORES

este extraño y magnífico teatro formarían ya un grueso volumen. Hay un Real decreto ó Código, digámoslo así, dado por Napoleón en 1812 (el llamado *Decreto de Moscou)*, pero en lo no previsto por él rigen aún algunas ordenanzas y costumbres viejas establecidas durante los reinados de Luis XIV y Luis XV, cuando los cómicos y los autores trabajaban—según la frase oficial—«para contribuir á los placeres de Monseñor y de los príncipes.»

El edificio, de escaso valor artístico en su exterior, tiene una fachada de cincuenta metros de longitud á la calle de Richelieu, con un peristilo de orden dórico, sobre el cual corre otro de orden corintio y una hilera de quince ventanas encima. Coronan la fachada un gran ático y una azotea. El interior en cambio es tan suntuoso como severo. Una galería donde se ven dos hileras de bustos de autores y actores famosos, conduce al vestíbulo central, elíptico, con dos hileras de columnas dóricas. En él dos estatuas de Duret personifican á la Tragedia en Mademoiselle Rachel, y á la Comedia en Mlle. Mars. El gran salón de descanso del piso principal luce un hermoso techo pintado por Clairin, y en el salón, en los pasillos y galerías abundan las obras de arte, entre las cuales merecen especial recuerdo el busto de Rotrou, por Caffieri; el de Molière, por Houdon, y sobre todo la magnífica estatua de Voltaire, por el mismo Houdon.

La sala, muy hermosa, es capaz de 1.500 localidades, tiene riquísimo techo pintado por Mazerolles.

La Comedia Francesa se parece todo cuanto un teatro puede parecerse á un templo. En él se penetra con respeto, se escucha con recogimiento y devoción, se aplaude discretamente, no se protesta casi nunca. Las actrices tienen humos y empaque de grandes damas aristocráticas. Los actores son personajes más considerados y respetados que ministros. El público de la Comedia Francesa es un público especial, compuesto en gran parte de extranjeros que acuden allí más por curiosidad que por entusiasmo, y en mucha parte también de escritores que van para académicos, de señoronas aristocráticas, de estudiantes y de provincianos que quieren perfeccionarse en la dicción y aprender maneras nobles y elegantes.

El teatro, á más de templo del arte, tiene algo de residencia oficial, de academia y de cátedra.

No cabe negar que este es un espectáculo notabilísimo y digno de verse como se ven los cuadros y las estatuas de un museo, pero no con el interés y arrebato con que se contempla el grande y sugestivo espectáculo de la vida humana.

W. & B.

LA ESTATUA DE VOLTAIRE, POR HOUDON

GALERÍA DE BUSTOS DE AUTORES Y ACTORES

FOT. GRIBAYEDOFF

EL ATARDECER

La luz fría y tenue de la opaca luna de invierno comienza á luchar con los fugitivos reflejos del crepúsculo en los campos muertos. Los troncos desnudos se ennegrecen, y pronto sus ramas secas parecerán brazos y alas de fantasmas extraños y temibles. La tierra duerme.

La vida se refugia en el habitual asilo de la muerte, debajo de tierra. Las semillas sepultadas en el terruño viven, se desarrollan, procrean, trabajan para el mañana incierto. El hielo no las cuaja, el frío no las atemoriza; la lluvia, que á hombres y animales hace estremecer, á ellas les alienta y vivifica. Ministros y ángeles de Dios, los agentes químicos que en la tierra labrada obran, reaccionan, descomponen, fermentan, preparan el porvenir del hombre, el pan nuestro de cada día, que si baja del cielo en forma de lluvias y de nieves, tambien sube del suelo en forma de tallos y de espigas.

Atardece. La luna, como una oblea amarilla, queda única dueña y señora de los campos, repartiendo en ellos sus rayos misteriosos. Todo parece hallarse quieto, moribundo: pero el sabio y el bueno comprenden que todo está en actividad, que todo trabaja y tiene vida, porque dijo bien el sabio que vivimos de la muerte.

DIBUJO DE AVENDAÑO

FRUTA PROHIBIDA

El padre grave se ha marchado, dejando de par en par las puertas del despacho, habitación severa, triste, llena de estantes viejos, presidida y autorizada por graves señorones, cuyas cabezas flacas y ascéticas, pero llenas de noble distinción, como pintadas por Domenico Theotocópulos, *el Greco*, asoman sus pómulos enjutos y sus barbas puntiagudas por entre la blancura de la golilla. El padre grave se ha marchado preocupado, triste, como un retrato del propio griego, y que echase á andar pensando en prosaicos negocios de la vida moderna.

La niña morena y la niña rubia han entrado en la habitación triste, llenándola de seductora alegría; han curioseado un poco los papeles de la mesa, aunque sin atreverse á desordenarlos ni á poner mano en ellos. Luego... la rubia, á la verdad, no se atrevía; pero la morena, dominada por extraños y revolucionarios ímpetus, se ha dirigido resueltamente al estante donde se custodia la fruta prohibida, los libros que, por expresa determinación del padre grave, no deben leer las niñas morenas ni rubias, ni de ningún otro color, hasta que sean señoras casadas... ¡y así y todo, con permiso de sus futuros dueños y señores!

¿Qué recónditos secretos, qué misteriosos arcanos encerrarán aquellos libros? ¿Qué carcajadas malsanas ó qué maliciosas sonrisas, qué lánguidos suspiros ó qué incomprensibles expresiones encerrarán en sus páginas? ¡Quién sabe! Las dos niñas tiemblan al cometer el nefando crimen, y la rubia, que ha aprovechado ya la audacia de su compañera, cogiendo un librito, de cuyo título, dicho sea de paso, no comprende una palabra, le agasaja y le acaricia llena de miedo, como se acaricia á un gato, de quien no se sabe si llegará á sacar las uñas. El temor de la rubia, la resolución de la morena, hacen pensar algo muy hondo, muy poético: recuerdan el verso fatal de Francesca de Rímini:

Galeotto fu el libro e chi lo scrisse...

Pero desde Francesca hasta *nuestros días*, las cosas han variado mucho. Hoy día no son los libros ni los poetas los Galeottos. Por eso la rubia y la morena leen, leen con avidez los libros cuya lectura constituía un delito... y no le sacan substancia al pecado. Unas cosas no les interesan; otras no las entienden.

Se equivocaba Dante; se equivocaba también el padre grave al prohibir á las jóvenes estas ó las otras lecturas. La rubia y la morena son primas hermanas de aquella asceta instruída que aprendió *por las vidas de los santos* lo que decía el maestro Campoamor, y que todas vosotras recordáis, lectoras jóvenes (ya sé que no me dirijo á viejas).

¿Qué enseñan los libros en sus páginas muertas; qué muestran que no haya mostrado vivo y palpitante la realidad aun á las morenas más tímidas y á las rubias más candorosas?

La rubia y la morena, después de un rato de lectura, vuelven á dejar en los estantes los libros. Con el primer pecado han ganado la primera desilusión.

* * *

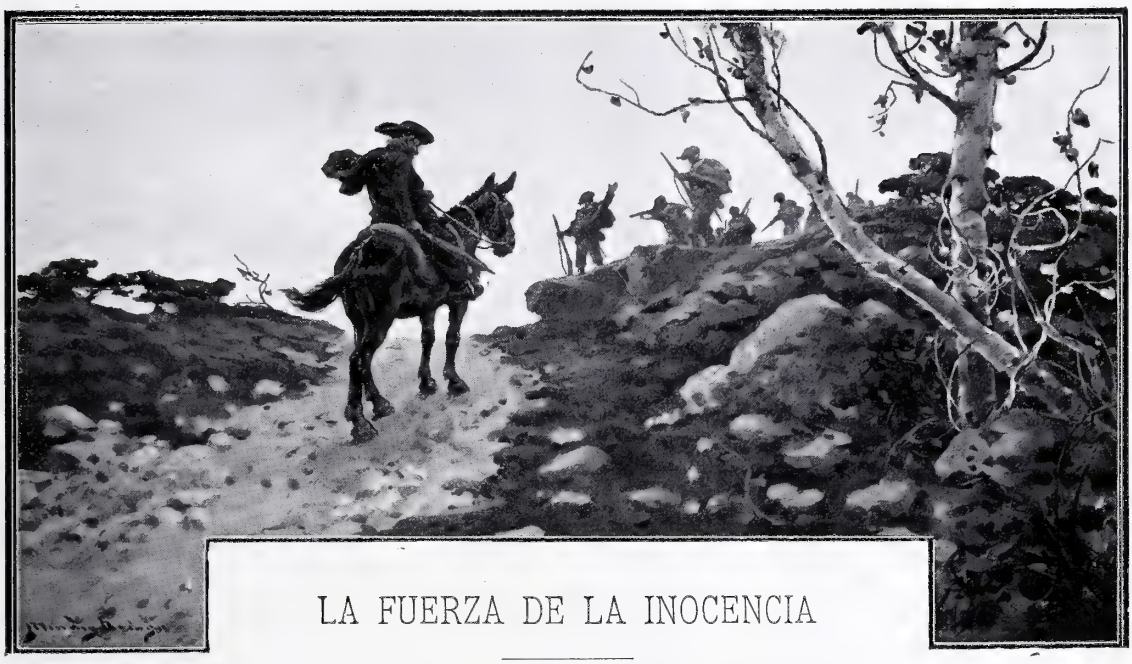
DIBUJO DE EMILIO SALA

LA CAMPANA DEL ANGELUS

DULCE y misteriosa
campana del Angelus,
cuya voz desciende como voz divina
y esparce sus sones por los yermos campos:
á quien tu armonía
nunca haya escuchado
caer en la calma mortal de la tarde
desde el derruído viejo campanario;
á quien no tenga en su alma algún eco
que á los ecos tuyos responda temblando,
ni al oirle deje una plegaria
subir á sus labios...
dulce y misteriosa
campana del Angelus,
déjale... perdónale...
¡es un desdichado!

W. & B.

DIBUJO DE SOUTO



LA FUERZA DE LA INOCENCIA

No había en todo el Maestrazgo durante la primera guerra civil un cabecilla más brutal que el denominado Pepet. Verdadera furia del infierno, se complacía en todo género de crueldades, y convertía la guerra, que siempre tiene algo de noble como todo lo grande, en una especie de pelea tabernaria, donde la traición y la sorpresa eran los únicos medios y la carnicería más horrenda el único fin.

Los mismos jefes de la facción habían advertido ya á Carlos V que el cabecilla Pepet era la deshonra de la causa, y convenía adoptar una medida rigurosa que pusiera de manifiesto al mundo entero que no se hacía el ejército carlista cómplice de las barbaridades de aquella fiera con boína. Cabrera mismo le había dirigido serias amonestaciones por su conducta; pero Pepet, rodeado de una banda de forajidos tan duros de corazón como él y tan feroces de instintos como su jefe, despreciaba toda clase de advertencias, y contestaba que hacía la guerra como le daba gana, y que el mismo D. Carlos con sus huestes sería impotente para disolver su partida ni someterle á ninguna clase de organización militar.

Cerca del pueblo de Cuevas de Vinromá había un suburbio, que hoy está destruído, llamado el Caballet, compuesto de dos docenas de casas y una capilla, donde los domingos decía misa el cura del primer pueblo, recorriendo en mansa mula los tres kilómetros que le separaban del arrabal citado. Aquel pequeño barrio, situado entre montañas, estaba defendido por la naturaleza, y sus habitantes, todos liberales, se hallaban armados y decididos á resistir á Pepet, que andaba siempre por sus alrededores.

Pepet, una madrugada, sorprendió al cura que iba de Cuevas á Caballet á decir la misa, y le impuso la obligación de que, en cuanto terminase el santo sacrificio, dijera á todos los vecinos de esta aldea que depusieran las armas y se aprestasen á recibirle triunfalmente el día que le pareciera conveniente entrar en el pueblo en busca de raciones.

El buen sacerdote, aunque temblando por la sorpresa del encuentro, tuvo energía bastante para replicar que su misión en aquel pueblo era hacer que sus habitantes cumpliesen los deberes de cristianos oyendo misa todos los días de precepto, y que ni por su estado ni por el objeto que llevaba podía ser portador de semejantes intimaciones.

No quiso oir más Pepet, y desatándose en groseros denuestos, acusando de impío al cura porque iba á decir misa á un pueblo de liberales, mandó que le dieran una paliza, orden bárbara que cumplieron los suyos con regocijo de fieras y entre la más inmunda chacota.

Este hecho alarmó profundamente á toda la comarca; pero principalmente á los vecinos del Caballet, que adquirieron la certeza de que tarde ó temprano serían visitados por el famoso guerrillero. Lo que más preocupaba era la suerte de las mujeres si el pueblo caía en poder del cabecilla. Las mayores ofensas cometidas contra el derecho de gentes por Pepet se habían realizado siempre en personas del sexo femenino: las esposas é hijas de liberales eran el botín que más le complacía y el objeto de los más duros castigos.

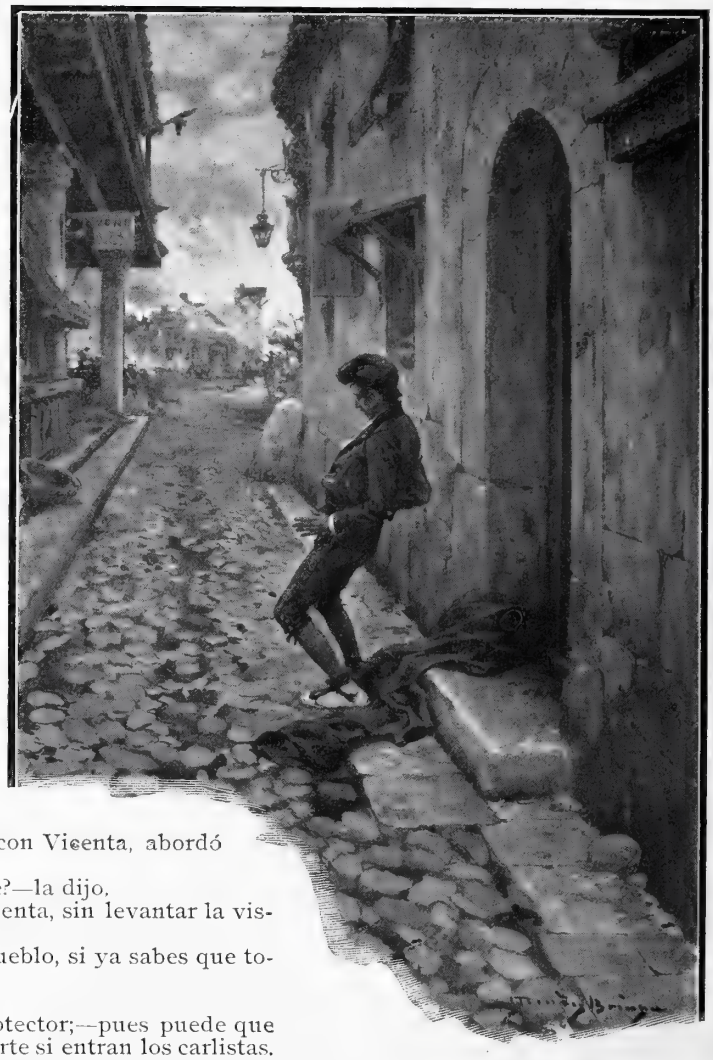
Precisamente esta última circunstancia es la que había motivado las reclamaciones de los mismos carlistas á su rey contra este cabecilla, y precisamente por esto se le había ordenado su presentación inmediata en la corte de Oñate, orden que él no cumplía, suponiendo, y con razón, que había de ser víctima de severa sentencia.

En Caballet no se pensó ya más que en salvar á las mujeres; poco á poco fueron saliendo todas las jóvenes; unas iban á los pueblos inmediatos, donde, por ser más grandes, había más seguridad de que el cabecilla no pondría en ellos su planta.

Sólo quedó en el pueblo una bellísima mujer, Vicenta, la hija de la médica, según todos la llamaban, por haber sido su madre, viuda hacía muchos años, mujer del médico de Cuevas. Vicenta llamaba la atención por su excesiva belleza. La hermosura de su rostro, con ser mucha, resultaba inferior á la corrección de formas de que el cielo la había dotado. Todo el conjunto era artístico y lo realzaba la majestad que presta el alma virtuosa á la mujer que, puesto su pensamiento en Dios, parece criada para el cielo. Vicenta, desde muy niña, había huído de la conversación de los hombres, y sintiendo en su alma viva vocación de consagrarse al claustro, se disponía á profesar, cuando una grave enfer-

medad de su madre la obligó á volver del convento donde hacía el noviciado, para dedicarse á cuidarla.

Volvió de la casa del Señor más hermosa que se fué, si esto era posible, y no hubo en el pueblo mozo que no sintiera deseos de pedir su mano; pero la sencilla austeridad de su continente alejaba pronto á los más decididos. Sólo uno, Antón el veterinario, se sentía más rabioso cuanto más imposible veía que Vicenta accediese á ser su mujer. Los desvíos le irritaban, y perdido todo juicio por la fuerza de la pasión, soñaba con las más terribles venganzas y con los proyectos más descabellados para conseguir su empeño. El amor propio había casi sustituído al amor que en un principio sintió por Vicenta, y éste sabido es que obra sobre los seres sin educación moral con más fuerza que todas las pasiones humanas.



Cuando Antón supo que Vicenta se negaba á abandonar á su madre enferma, sintió un alegrón en toda su alma, y empezó á vislumbrar que quizá los sucesos le darían ocasión de satisfacer su deseo. Quiso cerciorarse por sí mismo de la decisión de Vicenta, y á pretexto de enterarse del estado de su madre, fué á visitarla una noche. La madre estaba mejor, por fortuna; pero aún no podía abandonar el lecho. Antón, aprovechando el instante de hallarse solo con Vicenta, abordó la cuestión nuevamente.

—¿Sigues empeñada en no quererme?—la dijo.

—No hablemos de eso—contestó Vicenta, sin levantar la vista del suelo;—mi vocación es decidida.

—¿Y por qué te has quedado en el pueblo, si ya sabes que todas las mozas se han ido?

—Por no abandonar á mi madre.

—Bueno—dijo Antón con aire de protector;—pues puede que me necesites; aquí vendré yo á defenderte si entran los carlistas.

—Gracias—contestó Vicenta;—pero Dios querrá que no hagas falta.

—¿Pues quién te va á defender, infeliz?

—No sé; la honradez y la inocencia dan mucha fuerza á la mujer, dice mi confesor.

Antón soltó una carcajada brutal, y añadió:

—Si entra el Pepet, verás qué fuerza tiene tu virtud.

Vicenta se tapó la cara con las manos y no contestó una palabra. Antón, al ver que nada respondía salió sin saludar y más furioso que nunca.

—Es mala—pensó;—ni para que la defienda me quiere; y es que prefiere caer en las manos de Pepet á caer en las mías. Esa es una ofensa que no se le hace á ningún hombre como yo; este desprecio me lo paga, y caro; yo no debo vacilar un momento.

No había andado muchos pasos cuando sintió un tiro hacia el extremo del arrabal; al estampido siguió un griterío inmenso, y nuevas descargas sonaron más cerca. «¡Los carlistas!» comenzó á gritar todo el mundo, y de un lado á otro se veía correr á hombres desesperados que no sabían dónde refugiarse para salvar su vida. Antón, absorto de terror, se había quedado quieto; un vecino que huía le dijo en pocas y entrecortadas palabras lo que ocurría. Pepet había atacado la aldea por dos ó tres puntos; los centinelas de las avanzadas habían sido muertos, y ya no había medio de evitarlo; los carlistas se apoderaban del Caballet. Inmediatamente un resplandor siniestro iluminó el espacio y disipó las sombras: era la capilla que ardía, el único punto fortificado de los defensores del pueblo. Antón, recostado en la pared, cerró instintivamente los ojos acometido por el más horrible pánico. En torno suyo sentía ruido de armas, de espuelas, gritos y ayes que le helaban la sangre.

Una injuria feroz y una mano que le oprimía fuertemente el pescuezo le hicieron salir de su estado de inmovilidad. Era un carlista.

—¿Qué haces aquí, perro de liberal?—le dijo.

—No soy liberal,—contestó Antón temblando.

—Eso ahora lo veremos—contestó el carlista, y le dió un fuerte culatazo al tiempo que gritaba;—al Ayuntamiento de prisa.

Antón echó á andar tambaleándose. En el portal de la Casa-ayuntamiento había mandado Pepet que se reunieran los prisioneros que se hiciesen, y allí encontró Antón á varios convecinos suyos, rezando unos, cubiertos de sangre otros, y esperando todos la muerte próxima, porque ya sabían cómo las gastaba Pepet.

Como centinelas de vista había dos hombres de la partida, uno de los cuales llevaba los galones de cabo. Cuando Antón se serenó comenzó á pensar en Vicenta; probablemente ya estaría vengado de

sus desdenes, y eso le consolaba en aquella horrible situación. Una hora llevaría haciendo cálculos sobre su suerte y la de Vicenta, cuando en el portal del Ayuntamiento entró á hablar con el cabo uno de la partida que debía tener gran autoridad, á juzgar por el respeto con que por aquél fué recibido. Antón aplicó el oído. El recién venido hablaba de lo furioso que se hallaba el coronel (así llamaban á Pepet los suyos), porque en el pueblo no había encontrado mujeres. El cabo asentía á las palabras de su compañero; eso para Pepet debía ser una contrariedad terrible; porque no parecía sino que hacía la guerra sólo para sacrificar víctimas femeninas.

Antón, que no tenía más que malos pensamientos en la cabeza, concibió uno brutal en el acto, y acercándose á los que hablaban, anunció que él sabía dónde estaba la joven más hermosa de la comarca; si le perdonaban la vida iría él mismo á indicar la casa y la habitación donde se hallaba.

—¿Pero es hija de liberal?—objetó el recién llegado, que conocía la especialidad de su jefe.

—Hija de un médico que ya ha muerto y que era el cristino mayor de esta tierra,—contestó Antón.

El carlista le invitó á seguirle; sabía que iba á prestar un gran servicio á su jefe, y no dudó un momento en llevarse á Antón. Pepet se había instalado en la mejor casa del barrio; oyó la delación, y en el acto mandó que fueran con Antón dos hombres, y si encontraban á la joven la llevasen á una sala de la Casa-ayuntamiento, donde se la dejaría encerrada y desnuda durante toda la noche, para pasearla en público y azotarla á la mañana siguiente. Antón, en cuanto indicase la casa, debía volver al portal del Ayuntamiento con los demás prisioneros.

—¿Pero se me perdonará la vida?—preguntó.

—Te doy mi palabra,—replicó Pepet con dulzura alargándole la mano.

Todo se verificó como se había ordenado; Antón quedó á la puerta de la casa de Vicenta con uno de los carlistas; el otro, después de derribar las hojas á culatazos, entró en las habitaciones, y á los pocos momentos salió con Vicenta. Apareció ésta en el dintel de la puerta muda, vertiendo dos hilos de lágrimas y triste como la estatua del dolor.

Antón sonrió ferozmente al verla.

Era ya muy cerca de la madrugada cuando Pepet acabó de adoptar las disposiciones necesarias para alojar á su gente, requerir los fondos que necesitaba y tomar las medidas convenientes para no ser sorprendido por una columna liberal.

Despachados todos los asuntos urgentes, colgó sus pistolas al cinto, se embozó en un largo capotón y se dirigió al Ayuntamiento para comenzar el martirio de la prisionera.

Vicenta estaba encerrada en la sala de sesiones; cuando los soldados arrancaron sus vestiduras á tirones, quedó desmayada; el frío la había hecho volver en sí, y entonces, con las desnudas rodillas sobre el suelo, pidió á Dios con toda su alma que la quitara la vida antes que la honra.

Cuando sintió abrir la puerta de su cárcel, levantó la vista al cielo y redobló su fervor con tal fe, que quedó poco menos que en éxtasis.

Pepet entró en la estancia y clavó sus ojos ávidos en Vicenta. ¿Y cómo explicar el fenómeno que se operó en el feroz cabecilla? Ante la contemplación de aquellas puras líneas artísticas circundadas de invisible pero sentida inocencia, sufrió Pepet una transformación rápida en toda su persona. La castidad del arte y la santidad de un alma pura hacían de Vicenta en aquel instante un sér sobrehumano.

Pepet enrojeció de vergüenza; se sintió repulsivo á sí propio, y arrojó su capotón sobre la desnudez de Vicenta, que con la vista fija en lo alto parecía no darse cuenta de que se hallaba en la tierra.

El cabecilla abandonó rápidamente la sala capitular murmurando para sí: «Es un ángel»; y como el hombre cuando tiene conciencia de que ha cometido una acción villana busca á quién echar la culpa y sobre quién descargar la responsabilidad, se acordó en el acto de Antón, del delator de aquella beldad.

Bajó apresuradamente al portal del Ayuntamiento, y entrando donde se hallaban los prisioneros, dijo con voz enérgica:

—Todos en libertad, menos ese, que será pasado por las armas en cuanto amanezca,—y señaló á Antón.

Cuando llegaba á su alojamiento empezaba á rayar el día. Una descarga le anunció que su orden se acababa de cumplir.

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

LA CASA DE LA INFANTA
EN ZARAGOZA

Por punible incuria y odiosa mezquindad del Estado, de un Estado que no sabe engendrar glorias del presente ni del porvenir, pero tampoco acierta á conservar las del pasado, va á perderse y á hacerse añicos, vendiéndose á pedazos en subasta pública, uno de los más bellos ejemplares del arte plateresco español, es decir, del estilo arquitectónico más castizo, de aquél en que mejor fórmula y expresión supieron hallar las cualidades salientes de nuestra raza en la época de su poderío y de su imperio en el mundo.

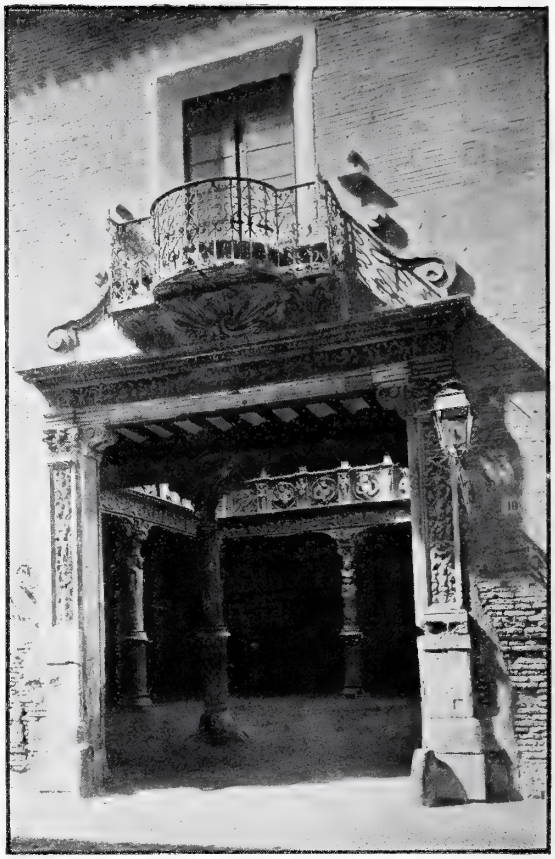
Nos referimos al histórico palacio de Zaporta, en Zaragoza, llamado vulgarmente *Casa de la Infanta*, por haber vivido en ella cuando fué desterrada á la capital de Aragón la famosa Vallabriga, esposa del infante D. Luis.

La casa de Zaporta ó de la Infanta es un modelo de arquitectura civil del siglo XVI; es la casa noble y rica de una gran familia aragonesa. Por los apuntes fotográficos que publicamos puede formarse idea de la portada y del patio, cuya traza y cuya riquísima ornamentación plateresca hizo el Berruguete de Aragón, el célebre Tudelilla. Pocas muestras más características existirán de un arte que era todo gracia, alegría y expansión; de un estilo en que casi todo el ornamento, por contraste con el gótico puro, era cosa viva: cariátides, mascarones, niños, guerreros, grifos, bichas, guirnaldas de flores, etc., etc.

¡Qué lástima...!

Y ya, como Dios no haga un milagro, semejantes preciosidades se perderán para siempre ó quedarán dispersas y mutiladas por ahí.

* * *



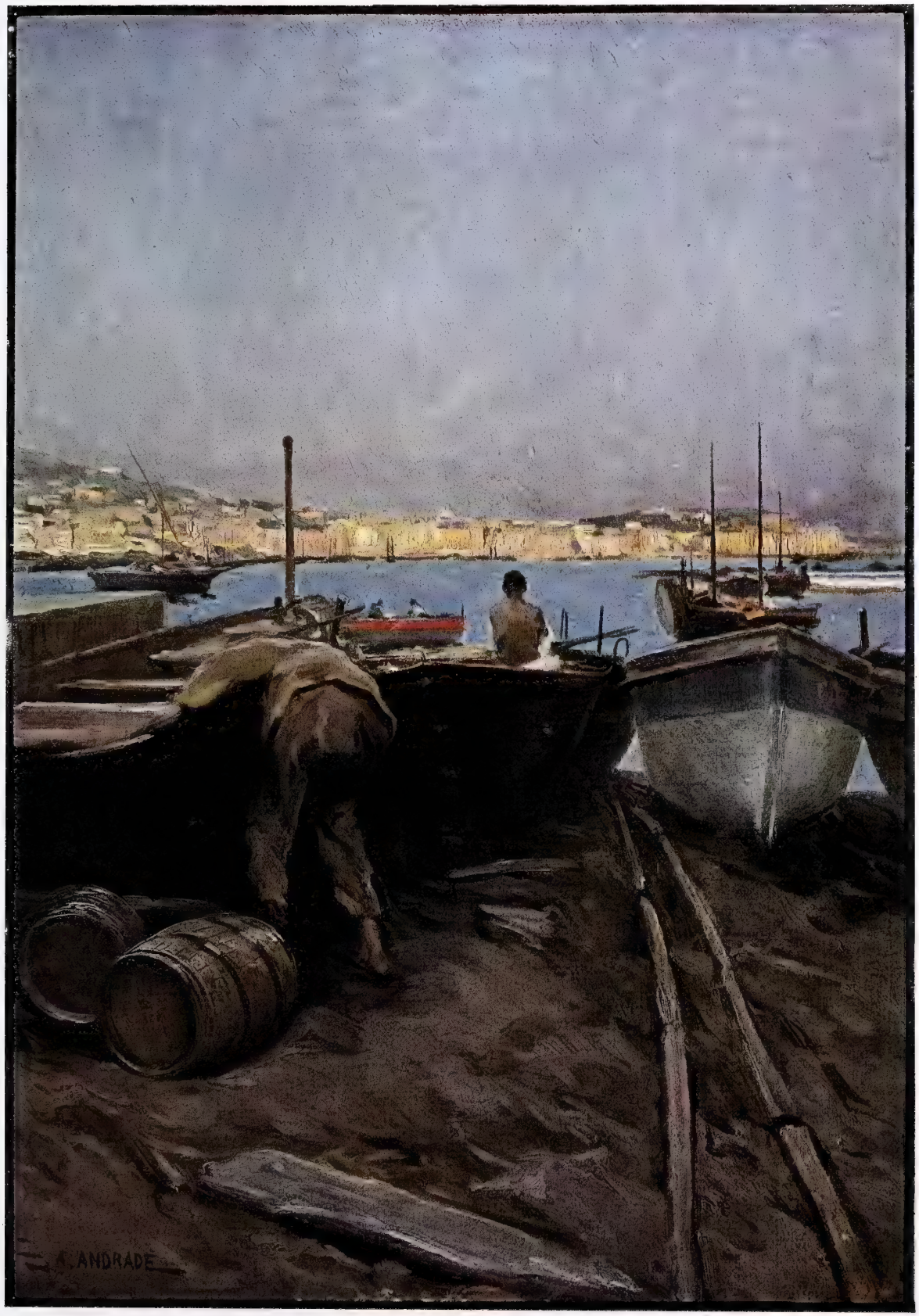
FOTOGRAFÍAS LACOSTE

PORTADA DE LA CASA DE LA INFANTA

PATIO PLATERESCO, DE TUDELILLA

FIVE O'CLOCK «CHOCOLAT»

POR C. VÁZQUEZ



LANCHAS NAPOLITANAS

POR A. ANDRADE

AÑO TRECE Y NUMERO 616 MADRID DIA 22 DE FEBRERO DE 1903

BLANCO Y NEGRO

ESTATUA DE BOLOGNESI. POR AGUSTÍN QUEROL
FOT. ASENJO

LA SEMANA PASADA

CUANDO se hizo pública la grata noticia del gran triunfo conseguido en América por nuestro ilustre artista Agustín Querol, que en competencia con otros muchos escultores extranjeros obtuvo el premio ofrecido al mejor proyecto de monumento para honrar la memoria de D. Francisco Bolognesi, heroico defensor de Arica, fuimos de los primeros en publicar el boceto modelado en barro.

Hoy, terminada ya de labrar la estatua que rematará y coronará el monumento, ofrecemos á nuestros lectores una fotografía de ella.

Huyendo, con gran acierto, de la vulgaridad de las actitudes teatrales en que muchos escultores acostumbran colocar á los héroes, como si fuesen personajes de zarzuela ó de opera, Querol ha escogido para representar á Bolognesi el dramático momento en que el bravo caudillo, mortalmente herido, vacilante y moribundo, inclina la cabeza, empuñando nerviosamente en la diestra un revólver y abrazando con la izquierda el pabellón de la patria.

La estatua nos parece concebida y ejecutada con la más feliz originalidad, y por tan raro acierto felicitamos al maestro Querol, triunfador en todos los combates.

OTRA obra artística de extraordinario mérito y de importancia excepcional en los anales de la moderna arquitectura española, es el nuevo y magnífico hotel inaugurado el 9 del corriente en la hermosa ciudad de Palma de Mallorca.

No es en nuestro país, por desgracia, suceso tan común la construcción de un edificio artísticamente trazado, que no merezca mencionarse y recordarse como algo muy notable y singular.

Por la fotografía pueden juzgar nuestros lectores de la extraordinaria magnificencia y riqueza de la fachada. Según nuestras noticias, el interior responde cumplidamente á la suntuosidad del exterior.

Es autor del magnífico edificio el ilustre arquitecto catalán y diputado á Cortes don Luis Domenech y Montaner, y las obras han sido dirigidas por otro arquitecto, el Sr. Alsina. El Sr. Domenech, cuyo gran talento artístico reconoce toda España, ha estado acertadísimo en el proyecto, verdadero modelo de arquitectura civil.

Otros dos insignes artistas catalanes, Santiago Rusiñol y Joaquín Mir, han contribuído con su genial inspiración al decorado de la obra, adornando las paredes del comedor con admirables lienzos que representan paisajes de la hermosa isla de Mallorca.

La ciudad de Palma está de enhorabuena por contar entre su caserío un edificio nuevo que no desdice en nada de las bellezas arquitectónicas de la famosa Lonja y de la Catedral palmesana.

GRATO es ver cómo en el arte de la edificación se procura conservar algunas veces las hermosas tradiciones artísticas de los tiempos pasados. Muy bello resulta asimismo el respeto á la tradición en materia de indumentaria... cuando la indumentaria tiene carácter é interés artístico. Por eso con

FACHADA DEL NUEVO GRAN HOTEL, EN PALMA DE MALLORCA FOT. J. MUNTANER

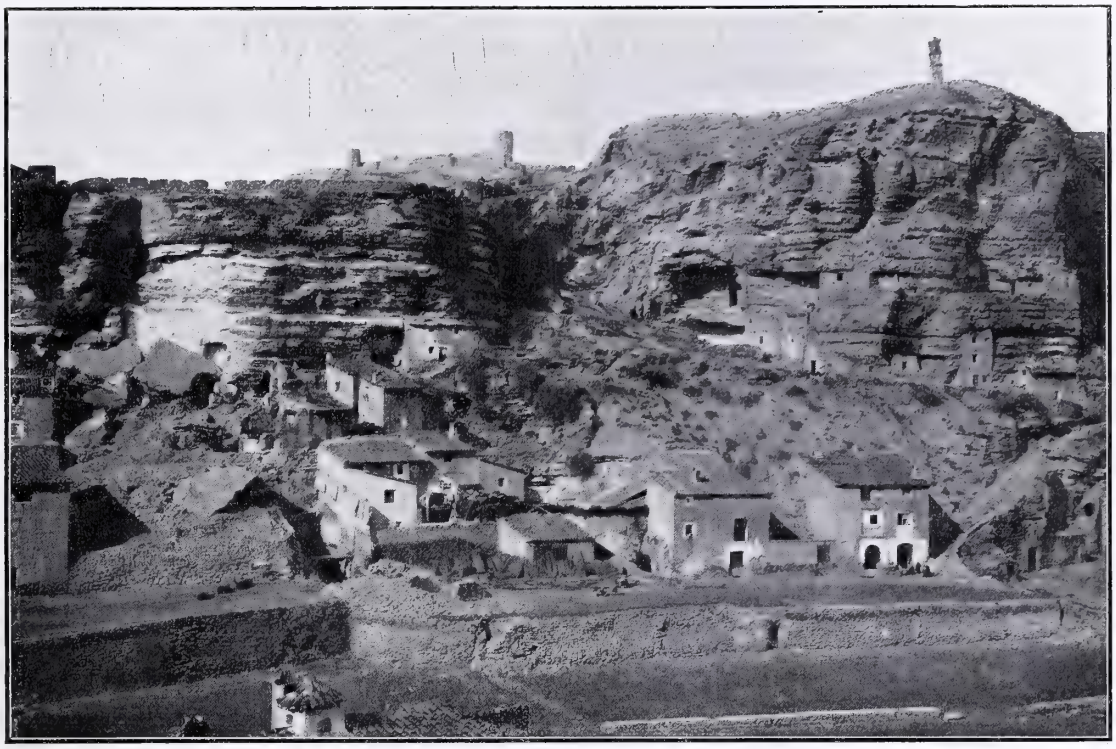
LA ALCALDESA DE ZAMARRAMALA (SEGOVIA) EN LA FIESTA DE SANTA AGUEDA

FOT. T. UNTURBE

verdadero gusto publicamos una fotografía que nos remite nuestro corresponsal de Segovia y que representa dos tipos de aldeanas del pueblecito de Zamarramala, la alcaldesa y su acompañante, las cuales, cumpliendo una costumbre ritual en la provincia, concurren á la fiesta de Santa Agueda vestidas elegantísimamente con el hermoso traje clásico del país. En ese vestido, que en gentileza y gracia aventaja á los más de los antiguos trajes de España, parecen resumirse las más amables y simpáticas cualidades del carácter castellano. Ataviada así, la más humilde aldeana tiene aire y brío de gran señora, y compensa la severidad orgullosa de las líneas del cuerpo y la falda el gracioso tocado, la caperuza ó montera segoviana.

Dos pueblos de la ribera del Jalón, Alhama y Calatayud, se encuentran en grave peligro de sufrir una catástrofe por desprendimiento de tierras que se supone socavadas por las filtraciones de la corriente.

De Calatayud recibimos una fotografía que representa el cerro que amenaza desplomarse sobre las viviendas de muchos pobres labradores, quienes habitan miserablemente á estilo de trogloditas en cuevas horadadas en la caliza peña. Las lluvias continuas y acaso las filtraciones subterráneas han abierto enormes grietas en el cerro, del que se desprenden continuamente trozos que causarán una desgracia si no se cumplen pronto las disposiciones adoptadas en principio por el Ministro de Obras públicas. El cerro citado domina la parte alta de la ciudad y sobre él se alza el castillo denominado *El Reloj tonto*, cuya campana, según tradición, fué regalada por el rey D. Pedro IV el Ceremonioso.



CERRO Y CASTILLO DEL «RELOJ TONTO», EN CALATAYUD FOT. V. ROYO

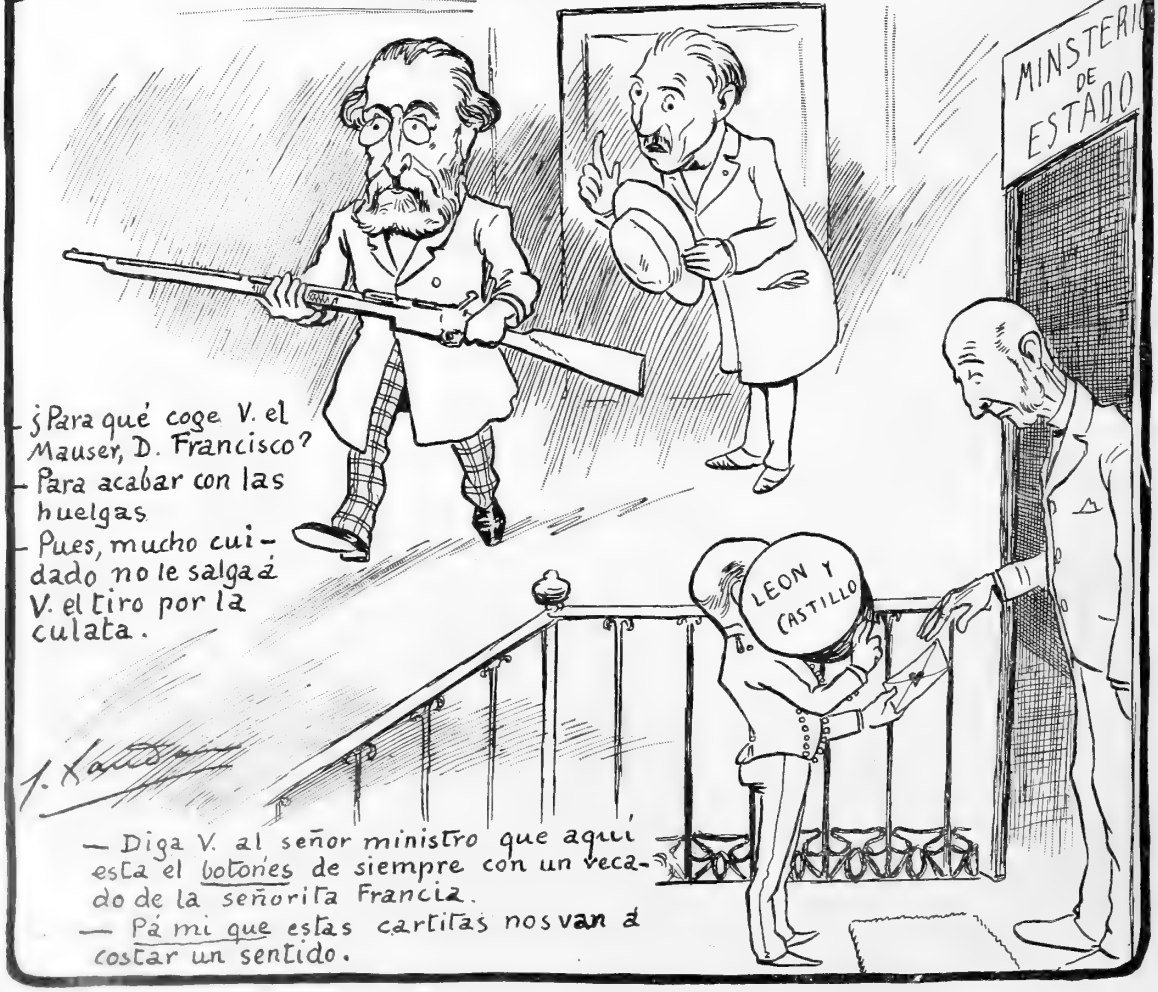
LA Armada española contará en breve con un nuevo y excelente buque: el *Princesa de Asturias*, crucero acorazado que verificó recientemente sus pruebas en Cádiz. En ellas hubieron de notarse algunos pequeños defectos, lo cual obliga á repetirlas. Encomendémosnos al santo patrón de los buques de guerra, que debe de ser Santa Rita, para que salgan bien las pruebas próximas

DON RUPERTO

CUBIERTA DEL NUEVO CRUCERO ACORAZADO «PRINCESA DE ASTURIAS» FOT. REYMUNDO

APUNTES CÓMICOS

La aplaudida compañía cómico-lírica del tenor Canalejas, sigue su campaña, ora en Madrid, ora en Belchite .... y ora en todas partes.



— ¿Para qué coge V. el Mauser, D. Francisco?
— Para acabar con las huelgas.
— Pues, mucho cuidado no le salga á V. el tiro por la culata.

— Diga V. al señor ministro que aquí está el botones de siempre con un recado de la señorita Francia.
— Pá mi que estas cartitas nos van á costar un sentido.

NIÑERÍAS

I

Entre los niños, yo soy un niño;
tras sus cariños va mi cariño
como un latido de noble amor;
y es que la infancia dulce y serena
es la promesa de un alma buena,
es sin espinas fragante flor.
Hay en los niños el tierno encanto
de lo que es puro, de lo que es santo,
de lo que siente y hace sentir;
de lo inocente, de lo risueño,
de lo que guarda con lo pequeño
todo lo grande del porvenir.
Con ellos juego, con ellos lloro,
en su belleza rendido adoro,
y al contemplarlos con emoción,
viendo sus frentes cual los jazmines,
viendo sus rostros de querubines,
vibra gozoso mi corazón.
En sus pupilas se copia el cielo,
con sus sonrisas se ahuyenta el duelo
que pone lutos en el hogar;
y cuando alegres corren y saltan,
son pajarillos, sólo les faltan
las firmes alas para volar.
Ellos inspiran mis pensamientos;
á mis estrofas como á mis cuentos
prestan perfumes y nitidez,
que en los instantes de horrible angustia,
la siempreviva que no se mustia
es el recuerdo de la niñez.

II

Yo que idolatro la tierna infancia,
yo que me embriago con la fragancia
de los capullos por desplegar,
con entusiasmos de pobre artista
suelo mil veces pasar revista
á los juguetes en el bazar.
Allí contempla mi afán profundo
todas las cosas que hay en el mundo:
con sus melenas está el león,
con sus corcovas el dromedario,
con sus campanas el campanario
y los palacios con la ambición.
Mintiendo temple de fino acero,
suspira un sable por el guerrero
que á las batallas lo ha de llevar;
y entre una trompa y una escopeta
luce sus galas linda y coqueta
una muñeca *que sabe hablar.*
Tan diminuta como sencilla
muestra sus platos una vajilla
á una gatita bella y gentil;
las peonzas sueñan con locas danzas
y allí le cuentan sus esperanzas
tres soldaditos á un tamboril.
Junto á damitas encopetadas
miro las blusas; veo las azadas
entre las joyas limpias brillar,
y ante ese cuadro mi afán profundo
se ensancha y goza fingiendo un mundo
como el que al mundo brinda el bazar.

III

Cuando la tarde murió tranquila,
cuando en la torre vibró la esquila
como una endecha de honrada fe,
dócil al ruego de los cariños,
tras la bandada de rubios niños
en el soberbio bazar entré.
Ante los marcos de las vitrinas,
con aletazos de golondrinas
sus trajecitos ví revolar;
trajes tan blancos como sus dueños,

trajes azules como los sueños
que sólo el niño sabe soñar.
Niñas radiantes, niños hermosos,
eran felices y eran dichosos,
y era muy grato y halagador
ver á los padres junto á los niños
comprar juguetes, cambiar cariños
y ofrecer besos llenos de amor.
Pálida y débil, con el encanto
de la inocencia bañada en llanto,
á una niñita vi sollozar;
era muy pobre la niña hermosa
que contemplaba triste y llorosa
los mil juguetes del gran bazar.
—¿Por qué sollozas, envidiosilla?...
¿lloras, acaso, pobre chiquilla
por un juguete que te agradó?...
Y la niñita, con eco blando,
—¡lloro por besos!—dijo llorando,
y del soberbio bazar salió.

M. R. BLANCO-BELMONTE

GÉNERO COLORISTA

XIV

¡SIEMPRE!
Schopenhauer

El azul del cielo envolvía la tierra en una inmensa gasa, engarzando en el fondo, donde aparecía como valiosa piedra montada al aire, un sol que mandaba á la tierra, borracha de luz, sus haces de lumbre, de lumbre caliente, girando en el espacio como una rueda de fuegos artificiales que estelan el infinito con la brillantez de sus bengalas. Aquel sol que vibraba en la inmensa turquesa del cielo, parecía como un grandioso solitario puesto en el dedo de Dios.

La campiña, húmeda y tibia, acariciada por la termodinámica del astro, sacudía el espasmo voluptuoso del rocío de la noche y aparecía lozana y verdosa, con una juventud primaveral, arrastrando por el prado la undosa cabellera de la madreselva. Apoyada en la ventana, mirando con ojos negros, como los carbones de un arco voltaico, encendidos por la tifoidea, vagaba su espíritu, sujeto por los alicates del recuerdo. En sus labios calenturientos, pálidos por la anemia, que amorfinaba aquel cuerpo en corriente de linfa, se modulaba un nombre: ¡Enrique! Su codiciado Enrique que huía de su lado, perdiéndose en el rastrojo del recuerdo; después, sus manos acariciaban las hebras de su pelo, de sus enmarañados cabellos, como mal devanada madeja de hilandera flamenca, destrenzados por un largo convalecer abradacabrante.

Una mariposa, con una orgía espléndida de colores en sus alas de nipis, se posó en su cabeza como un artístico prendido. Ella sonrió con tristeza de alma enamorada, cogió la mariposa y besó sus alas, que dejaron impregnados sus labios de un polvillo sutil ligeramente coloreado; después una tosecilla seca, sonando en su pecho como la hojarasca otoñal en el suelo al ser barrida por el aire, encendió su rostro, coloreó el esfuerzo aquellas lindas mejillas de *peluche* delicado, abrió sus grandes ojos azules de muñeca, y al tender la vista, una bandada de pájaros alegres, pintoresca caravana de charleros, se posó en el alféizar de la ventana. Eran los gorriones, que todos los días iban á saludar á la enfermita con más solicitud que Enrique, que no volvía. Ella, tomándoles uno á uno, les besaba en el pico, y después tendían su vuelo sereno por el firmamento como majestuosas cometas que al remontar el espacio se esfuman en la lejanía. La pobre niña levantó los ojos hacia lo azul, y luego sus labios modelaron con el buril del pensamiento un nombre querido é insondable. El sol la miraba como queriendo ofrecerla su calor, fundirlo en sus venas y meter su fuego en aquella sangre degenerada, pobre, anémica, aguanosa. Pero la niña seguía tosiendo, el *peluche* de sus mejillas animándose, y el carmín de sus párpados encendiéndose más.

Por entre los álamos, copudos y arrogantes, derechos y firmes como una parada militar, paseaban dos enamorados, tejiendo una corona de jazmines, que ella iba guardando en su falda, mientras él, con sus labios ebrios de gozo y temblorosos como el azogue, pretendía beber en su boca el néctar supremo del amor, con el ansia que la caravana busca los oasis en el agobiante desierto, con el afán de un pastor al buscar su perdida oveja, como Dafnis perseguía á Cloe. La niña, en la ventana, dió un grito, grande, inmenso, desgarrador como el acento doloroso de una madre; tan angustioso, que el mismo sol, al escucharlo, frunció su ígneo entrecejo. Era su Enrique, su amado Enrique. ¡Aquellos jazmines no eran para adornar sus sienes púberes! Sus ojos no quisieron ver más; vidrióse el cristal de su retina, un hilillo de sangre salpicó el alféizar de la ventana y sus brazos cayeron abatidos á lo largo del muro como los de una *marionette* al terminar la comedia de Arlequín. Y allí quedó su exangüe cuerpo, como un pájaro suspendido de una rama, como una gota de rocío sacudida por el cáliz de una flor... Y palideció el astro del día, y una lluvia lenta, menuda y continua, como perdido eco de elegante minué, roció, bendiciéndole, el cuerpo de la niña, empapando la tierra aún caliente por los besos del sol. ¡Ah...!

LUIS GABALDÓN

ELEONORA

Yo pertenezco á una raza ilustre y célebre, por su imaginación vigorosa y por sus ardientes pasiones.

Los hombres tiénenme por loco; mas la ciencia no nos ha enseñado aún si la locura es ó no es lo más sublime de la inteligencia, ni si la gloria y el genio proceden ó no de una enfermedad del pensamiento, de una especial disposición ó modalidad del espíritu exaltado á expensas del entendimiento vulgar. Los que sueñan despiertos conocen mil cosas que desconocen los que sólo sueñan dormidos. En sus visiones brumosas llegan á percibir jirones de la eternidad, y al despertar se estremecen pensando que por un instante se han hallado en el umbral del gran secreto. De este modo adquieren á retazos algún conocimiento de la ciencia del Bien y más aún de la ciencia del Mal. Sin timón ni brújula penetran en el vasto océano de la *Luz inefable*, é imitando á los aventureros del geógrafo de Nubia, «penetran en el mar de las Tinieblas y exploran lo que en él hay».

Confesemos, pues, que estoy loco. Pero al menos reconozco en mi existencia espiritual dos situaciones distintas: la situación indudablemente lúcida y razonable, que se aplica al recuerdo de los sucesos ocurridos en la primera época de mi vida, y una situación dudosa, llena de vacilaciones y de tinieblas, que se refiere al presente y á la memoria de cuanto constituye la segunda época de mi existencia. Así, pues, creed cuanto os diga del primer período, y si algo os cuento de época posterior, no creáis sino lo que os parezca aceptable; os autorízo hasta para que lo dudéis todo; mas si no dudáis de todo, por favor, tratad de ser el Edipo de este enigma.

La que yo amaba en mi mocedad, aquella cuyo recuerdo conservo clara y distintamente, era hija única de la única hermana de mi madre, ya difunta. Mi prima se llamaba Eleonora. Juntos habíamos vivido siempre, bajo el sol tropical, en el valle del Césped Verde, en el cual jamás había penetrado nadie sin guía, porque estaba situado en el centro de una cordillera de gigantescas montañas que le rodeaban y ensombrecían sus laderas. Ni camino ni vereda había para llegar hasta allí, y para entrar en nuestro apacible retiro era menester cortar el ramaje de miles de árboles centenarios y hollar cruelmente millones de perfumadas florecillas. Así vivíamos solitarios y sin conocer del mundo nada más que aquel valle mi prima, mi tía y yo.

Desde lo alto de las regiones obscuras situadas tras los montes, en lo más encumbrado de nuestros repuestos dominios, se deslizaba un estrecho y hondo riachuelo, más brillante que todo cuanto no fuese los ojos de Eleonora; y serpenteando aquí y allá en numerosos remansos, huía al fin por una tenebrosa garganta al través de montañas aún más obscuras que aquéllas de donde venía. Le llamábamos río del Silencio, y parecía tener su curso una influencia aquietadora. Ningún murmullo se levantaba de sus ondas, y el agua corría con tal suavidad, que los granos de arena, claros como perlas, que nos gustaba contemplar en lo profundo de su lecho, permanecían quietos, reposaban en plácida inmovilidad, cada cual en su lugar antiguo, brillando con eterno fulgor...

Las orillas del río y de muchos lindos arroyuelos que por diferentes partes desembocaban en él, y todo el espacio que se extendía desde las márgenes hasta el fondo de cantos rodados bajo las aguas transparentes, y también todo el suelo del valle del río á las montañas, estaban tapizados de un césped verde claro, espeso, corto, de igual altura, y que olía á vainilla, constelado en toda su extensión de do-

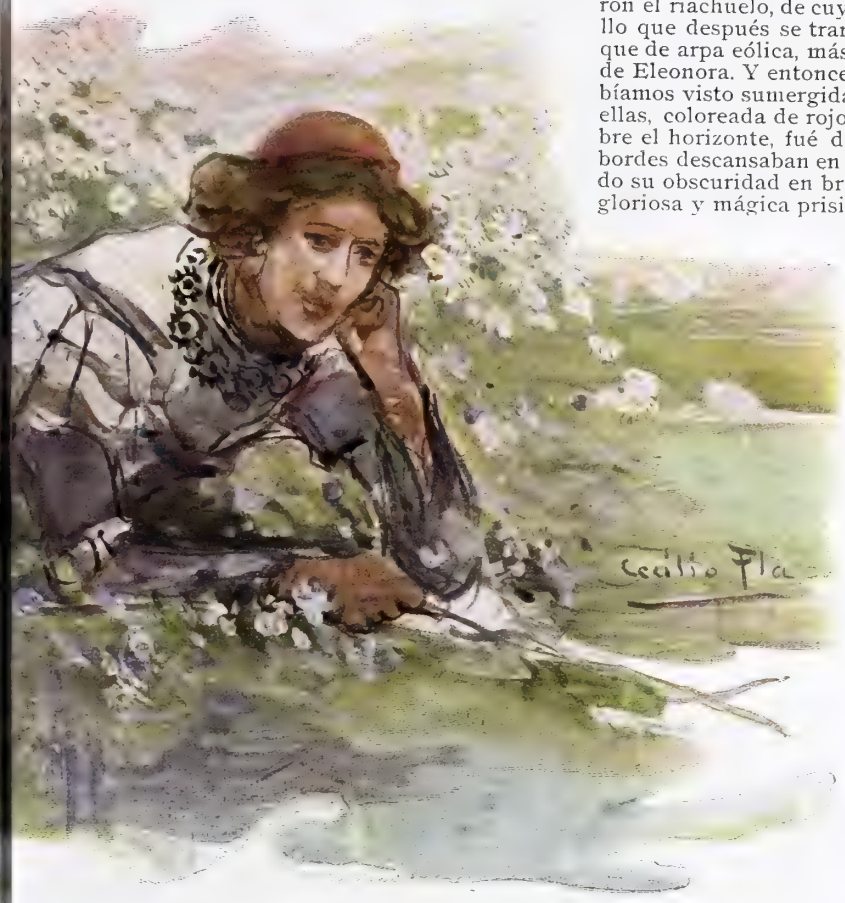
rados ranúnculos, de margaritas blancas, de violetas moradas y de gamones ó asfodelos rojos como rubíes, de manera que tan maravillosa belleza hablaba á nuestros corazones, con llameantes conceptos, del amor y de la gloria de Dios.

Además, aquí y allá, sobre el césped, surgían apiñados, como en imaginación ó ensueño, fantásticos árboles, cuyos troncos añosos ó flexibles se inclinaban graciosamente hacia la luz que á mediodía inundaba el centro del valle. Las cortezas de los troncos parecían mosqueadas de ébano y de plata, y más tersas que todo cuanto no fuese las mejillas de Eleonora, tanto, que á no ser por el brillante verdor de las anchas hojas que se extendían en sus copas, trazando líneas temblorosas y jugueteando con los céfiros, se hubiera creído que eran los troncos mostruosas serpientes de Siria que rendían homenaje á su soberano el sol.

Eleonora y yo paseábamos, cogidos de la mano, por el valle, sin que el amor penetrase en nuestros corazones. Esto ocurrió una tarde al terminar el tercer lustro de su vida y el cuarto de la mía, hallándonos sentados bajo los árboles que serpientes semejaban, mientras contemplábamos nuestras imágenes en las aguas del río del Silencio. Aquella tarde no pronunciamos palabra, y aun á la mañana siguiente hablábamos poco y temblando. De aquellas ondas cristalinas habíamos sacado al dios Eros. Entonces sentimos renacer en nosotros las apasionadas almas de nuestros ascendientes. Las pasiones, que durante siglos habían distinguido nuestra raza, se lanzaron desatadas, mezclándose con las fantasías que á nuestros mayores hicieron célebres, y un huracán de alegría delirante sopló en el valle del Césped Verde.

Verificóse un cambio en todas las cosas. Flores raras, brillantes y estrelladas brotaron de los árboles donde ja-

más se mostró flor alguna. Los colores de la verde alfombra adquirieron más intenso brillo; una á una fueron desapareciendo las blancas margaritas, y por cada una de ellas salieron diez asfodelos rojos como rubíes. Bajo nuestros pasos fluía la vida; y alegres y chilladores pájaros de incendiarios colores se dejaron ver; y un gran flamenco, ave que nunca habíamos visto, extendió ante nosotros su plumaje escarlata. Lindos peces de plata y de oro poblaron el riachuelo, de cuyo seno fué saliendo lentamente un arrullo que después se transformó en lánguida melodía, más divina que de arpa eólica, más dulce que todo cuanto no fuese la voz de Eleonora. Y entonces una pesada nube que largo tiempo habíamos visto sumergida en las regiones de Héspero, se alzó de ellas, coloreada de rojo y oro, y colocándose apaciblemente sobre el horizonte, fué descendiendo paso á paso hasta que sus bordes descansaban en las puntas de las montañas, transformando su obscuridad en brillante aureola y encerrándonos como en gloriosa y mágica prisión de esplendor y de beatitud.



Eleonora era bella como los serafines; cándida, sencilla é inocente, como convenía á su corta vida pasada entre flores. Ninguna malicia venía á disfrazar el fervor amoroso de su corazón, cuyos repliegues más íntimos examinaba y descubría conmigo mientras discurríamos juntos por el valle del Césped Verde, comentando los grandes cambios que en él se habían operado á la sazón.

Por fin, un día me habló, llorosa, de la cruel transformación final que espera á la pobre humanidad; y desde entonces no pensó más que en este triste asunto, mezclándole en todos nuestros coloquios, así como en las canciones del bardo de Schiraz las mismas imágenes se presentan obstinadamente en cada variación de la frase.

Eleonora había visto el dedo de la Muerte inclinarse hacia su seno, y comprendía que su hermosura, como la del insectillo llamado efímera, había llegado á perfecta madurez para morir en seguida. Mas para ella los terrores todos de la muerte se resumían en un pensamiento único que me reveló una tarde, hacia el crepúsculo, junto á la ribera del río del Silencio. La cuitada se afligía, pensando que después de haberla enterrado en el valle del Césped Verde yo abandonaría para siempre aquel feliz retiro y entregaría mi corazón, que entonces era tan apasionadamente suyo, á cualquier muchacha vulgar del mundo lejano. Yo, de vez en cuando, me arrojaba á los pies de Eleonora, y ante ella y ante el cielo juraba que no contraería matrimonio con ninguna mujer de la tierra, que en ninguna ocasión sería infiel á su sagrada memoria ni al recuerdo de la ferviente afección que me había tenido, é invocaba al Todopoderoso, soberano del universo, como testigo de la solemnidad piadosa de mi juramento, y la maldición con que les pedía que me confundiesen Dios y ella—cuando fuera una santa del cielo—si por acaso llegaba á ser perjuro, implicaba un castigo tan prodigiosamente horrendo, que no me atrevo á confiarlo al papel.

Al oir tales palabras, los rutilantes ojos de Eleonora brillaron con más vivo resplandor; suspiró como si hubiese descargado su pecho de un peso mortal; tembló y sollozó amargamente, pero aceptó mi juramento—¿qué había de hacer si era una niña?—y mi juramento endulzó las amarguras de su agonía.

Pocos días después, al morir tranquilamente, me decía que en premio á lo que yo había hecho por el descanso de su alma, ella velaría por mí en espíritu después de muerta, y que si le era lícito se me aparecería en las horas nocturnas; pero que si este deseo no podía cumplirse por un alma bienaventurada del cielo, al menos sabría dar me frecuentes señales de su presencia suspirando en torno mío, envuelta en las brisas de la noche ó embalsamando el aire que yo respirara con perfumes robados al incensario de los ángeles. Y con estas palabras en los labios acabó su inocente vida, y con ella la primera época de la mía.

Hasta aquí he hablado cuerdamente. Mas al pasar en el camino del tiempo esta valla que cerró la muerte de mi amada, según voy avanzando en el segundo período de mi existencia, siento que espesa nube se amontona en mi cerebro, y llego á poner en duda la fidelidad de mi memoria. Pero dejadme continuar.

Los años se arrastraron pesadamente uno á otro, y yo seguía habitando el valle del Césped Verde. Mas un nuevo cambio se notaba en todas las cosas. Las flores estrelladas se rehundieron en el tronco de los árboles y no volvieron á aparecer. Los colores de la verde alfombra de césped se mustiaron, y uno por uno perecieron los asfodelos, rojos como rubíes, y en su lugar salieron por docenas las violetas sombrías, semejantes á ojos calenturientos que penosamente parpadearan, y siempre humedecidas con lágrimas de rocío. La vida se alejó de los senderos que holláramos, y el gran flamenco ya no desplegó su plumaje escarlata, sino que huyó volando tristemente desde el valle á la montaña, con todos los alegres pájaros de encendidos colores que le acompañaron al venir. Y los peces de oro y de plata nadaron, nadaron hacia la oculta garganta, huyeron por el extremo de nuestros dominios y no volvieron á embellecer el manso riachuelo. Y aquella música acariciadora, más dulce que el arpa de Eolo y que todo cuanto no fuese la voz de Eleonora, fué extinguiéndose y muriendo en murmullos, que se debilitaron gradualmente, hasta que el río volvió, en fin, completamente á la solemnidad de su primitivo silencio. Y finalmente,

la pesada nube se levantó, y dejando las crestas de los montes sumidas en las tinieblas de antaño, retrocedió hacia las regiones de Héspero, y se llevó lejos del valle del Césped Verde el espectáculo de su purpúrea magnificencia.

Sin embargo, Eleonora no había olvidado sus promesas, porque en torno mío no dejé de oir el balanceo de los ángélicos incensarios, y los efluvios del celestial perfume flotaban siempre, siempre al través del valle: y en las horas de soledad, cuando mi corazón palpitaba con fuerza, los vientos que oreaban mi frente llegaban cargados de dulces suspiros; murmullos confusos llenaban el aire por las noches, y una vez—¡oh! una vez tan solo—desperté de mi sueño, pesado como el sueño de la muerte, porque unos labios inmateriales habían rozado los míos.

Mas, á pesar de esto, el vacío de mi corazón no se llenaba: estaba ansioso de aquel amor que le había inundado. A la larga, el valle, poblado por los recuerdos de Eleonora, se me hizo inhabitable, y le abandoné para siempre en busca de las vanidades y triunfos tumultuosos del mundo.

. . . . . .

Me encontraba en una ciudad extranjera, donde todas las cosas parecían hechas para borrar de la memoria los dulces ensueños tanto tiempo acariciados en el Valle del Césped Verde. La pompa y aparato de una corte imponente, el resonar bélico de las armas y la belleza espléndida de las mujeres, todo deslumbraba y embriagaba mi cerebro; pero hasta entonces mi alma había permanecido fiel á sus juramentos, y en las horas silenciosas de la noche, Eleonora seguía dándome señales de su presencia. Súbitamente, estas apariciones cesaron, y el mundo se ennegreció á mis ojos, y quedé espantado de los pensamientos ardorosos que me poseían, de las terribles tentaciones que me asediaban, porque de lejos, de muy lejos, de no sé qué país desconocido, había llegado á la corte del rey á quien yo servía una joven, cuya hermosura conquistó al punto mi corazón apóstata. Ante su altar me prosterné sin la menor resistencia, con la más ardiente y abyecta idolatría amorosa. ¿Qué era, á la verdad, mi pasión por la dulce niña del valle en comparación con el fervor, el delirio y el éxtasis creciente de adoración en que se desbordaba mi alma llorosa á los pies de la etérea Ermengarda?—¡Oh brillante y seráfica Ermengarda!—exclamaba, y esta idea no dejaba lugar en mi ánimo á otra alguna. ¡Oh divina y angelical Ermengarda! Y cuando me hundía en la profundidad de sus ojos impregnados de nostalgia, no soñaba sino con ellos y con ella.

Me casé con ella sin temor á la maldición que había invocado... y no recibí la visita de su fantasma vengador. Y una vez, una vez tan sólo, en el silencio de la noche, los dulces suspiros que me habían ya abandonado, entreabrieron las celosías de mi ventana, y modulando una voz deliciosa y familiar, me dijeron:

—Duerme en paz, porque el espíritu de amor es el Soberano que gobierna y que juzga, y al recibir en tu corazón apasionado á Ermengarda, estás relevado del juramento que hiciste á Eleonora, por motivos que te serán descubiertos aquí... en el cielo.

EDGAR POE

DIBUJOS DE C. PLA

RUBIO como la mies, fuerte y bizarro
cual griego luchador, en clara tarde
Shakespeare, adolescente, perseguía
los ciervos en el bosque, cuando hiriendo
con singular destreza á nívea corza,
vió, estático y alegre, convertirse
la dulce res, más blanca que la luna,
en juvenil deidad. Su noble rostro
era pálido y bello; sus miradas
entre copiosas lágrimas lucían,
como relumbra el sol entre la lluvia;
manaba de su pecho hilo de sangre,
y calzaba su pie regio coturno.
La hermosura, en el hueco de su mano,
dió al mancebo á beber las gratas linfas
de un raudal melodioso, y, de repente,
el joven cazador se hizo poeta,
y el vate se hizo dios. Luego, abrazado
á la beldad, su generosa musa,
caminando por lóbrego sendero
erizado de abrojos punzadores,
asciende á excelsa cumbre. A las grandiosas
llamaradas del genio soberano,
allí aparecen Hamlet, siempre inquieto
y sarcástico siempre y doloroso;
Ofelia, deshojando húmedas flores
y dando al aire su canción, más triste
que el fúnebre clamor de una campana;
la sublime, dulcísima Cordelia
junto á su viejo y abatido padre,
como un rosal al pie de torre hundida;
Otelo, por la víbora mordido
de los furiosos celos, fulminando
la terrible centella de sus ojos
sobre su esposa, corazón más puro
que los lirios que adornan los altares;
y, envuelto en sombras, Yago, el torvo Yago
siempre escondiendo con falaz sonrisa
su odio infernal. Allí aparecen Mácbeth,
encadenado al vengador fantasma
de su delito; la siniestra Lady,
más que la muerte, aterradora y fria,
más vil que la traición. Julieta, hermosa,
su faz aún encendida por el beso,
que interrumpió la alondra con su canto;
Titania, envuelta en fúlgidos celajes
de mágica leyenda; los monarcas
Juan y Ricardo, de almas tenebrosas
cual negro calabozo; Julio César,
la frente iluminada por el genio,
como cielo dorado por la aurora;
el valeroso y rudo Marco Antonio,
que cambia su laurel por las caricias
de coronada sierpe, y Coriolano
rompiendo, enternecido por el lloro
de su madre infeliz, la invicta espada.
Aparecen también sobre la cumbre
Pericles, Shilock, Falstaff, Cimbelina,
Mansilio, Horacio, Póstumo, Miranda,
Porcia, Antígono, Puck, Viola, Calíban...
y brujas espantables como el crimen,
y hadas más bellas que el amor. De pronto
rugen los huracanes desatados,
se hunde en la sombra el sol, y larga noche
cubre con sus tinieblas á la musa,
al vate y á sus héroes. La mañana
brilla al fin, y en la cumbre reaparecen
la bella inspiradora, el dios britano
y sus maravillosas creaciones
¡bañados en la luz de eterno día!

*
* *

Tal ensueño al altísimo poeta
arroba en clara tarde, en que, arrullado
por deliciosos céfiros de gloria,
se duerme al pie de su morera amada,
árbol que finge resonante lira:
son las ramas sus cuerdas vibradoras;
su música, los cantos de las aves.

MANUEL REINA

DIBUJO DE VARELA

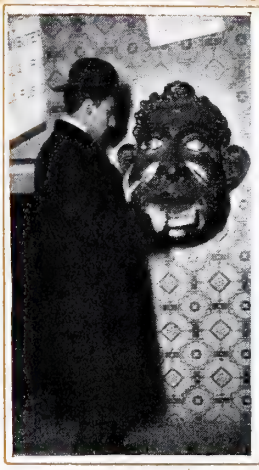
Una Peseta Bien Aprovechada

Un perro gordo en tranvía

otro en saber cuanto peso.

dos en echar unas copas.

en oir „Pagliacci", otro perro.



otro igual en un regalo.

otro en el vicio del juego

en postales ¡horror! otro

y en ver chicas, dos pequeños

y aún si me encuentro un mendigo ¡quedo como un caballero!

L. Varela

SUEÑO DE CARNAVAL

NOCHE de Carnaval en el alcázar de la reina Locura. Orgía de luces, de canciones, de risas... La reina, erguida en su trono, repiquetea á intervalos los cascabeles del tirso, y entonces los ruidos se desbordan como espumas, y las risas estallan como chisporroteo de fogata. Después viene un instante de calma; hay languideces que flotan en el aire como jirones de neblina; los ojos se entornan; los labios, en vez de reir, besan.

—¿Qué es esto?—dice la Locura indignada. —¿Por qué habéis dejado de cantar? ¿Qué significa este silencio? ¡Reid, necios, reid!

Sacude el tirso frenéticamente. El silencio responde á sus voces, y el argentino cascabeleo va chocando en los muros y repercutiendo de salón en salón, dándose á sí mismo irónica respuesta.

—¿Dónde estáis vosotras, las Risas?

Y las Risas, humildes, responden:

—Señora y reina nuestra...

La Locura interroga:

—¿Por qué abandonáis á mis súbditos?

—Señora, oculto hechizo destruye nuestro esfuerzo. Un genio maléfico va interrumpiendo las canciones y apagando el reir...

—Búsquese al culpable y venga á mi presencia.

Pausa. Los emisarios de la Locura recorren el alcázar; bien pronto retornan, trayendo prisionero á un rapaz de azules ojos y encrespada greña.

—Hele aquí, reina.

—¿Quién eres?

—Soy el que hace llorar á los que tú hiciste reir.

—Pregunto tu nombre.

—Amor me llamo.

—¿Y osas desafiar mi poderío?

—Me hizo el destino, señora, fuerte como la muerte.

—Sueñas, rapaz; conozco á los hombres, y sé que una mirada quiebra tu cetro y una sonrisa hiende tu coraza. ¡Mío es el mundo!

—¡Mía es el alma!

—Vasallos: arrojad de mi presencia al temerario que me hace frente. Salga de mi reino.

—Ved que me he de vengar.

—Defiéndete primero.

El rapaz calla. Las Risas se apoderan de él y le arrojan del alcázar.

La deshecha alegría renace. Vanse buscando por los aires los fragmentos de risa, y se anudan en cadencias de arpegios. El baile se hace torbellino... La Locura triunfa....

*
* *

Oyese un canto lejano, triste como si todos los pesares de la tierra se hubiesen encargado de darle ritmo: la voz que le canta parece emplear sollozos por notas...

...Dióme la vida amargura
en deseos y en pasiones.
¡Oh, Locura!
tú, que sanas con sonrisas corazones,
llega y cura
mis tristezas con tus dones...

—¿Quién se atreve á cantar tristezas á mi puerta?—dice la reina.

—Señora—contestan las Risas,—es un pobre extranjero que pide compasión.

—Decidle que pase de largo.

—Ved, señora, que parece desconsolado, y el frío de la noche pesa sobre su alma.

—Ha de entristecernos si le vemos.

—Habéis de alegrarle si le dejáis que os vea.

—Entre, pues; pero deje en el umbral de mi alcázar laúd y pesares.

Entra el cantor conducido por las Risas. Sin duda, su melancolía ha de estar encerrada muy alma adentro, porque su frente se muestra tersa como trono de paz y sus ojos fulguran malicias. Viste, con garbo, harapos de trovador pobre.

Llegado al trono, inclínase y dice:

—Gracias, Locura, por tu hospitalidad.

—Triste cantabas, y ahora pareces feliz.

—Mi tristeza, ¡oh Locura! fué ardid para llegar á tu presencia.

—Inhábil ardid. ¿No sabes que no gusto de penas?

—¿A cantar gozos, me hubieras oído?

—Eres discreto. ¿Qué quieres de mí?

—Reina; tu vida no es feliz.

Movimiento de asombro en el cortejo de la Locura. Las Risas tiemblan. Las máscaras se agrupan en derredor del trono. La reina ríe estrepitosamente.

—Me diviertes, juglar.

—Mientras que todos ríen por tí y se agitan movidos de tu impulso, tú, erguida sobre el trono, sufres tedio: haces reir, y no ríes; inspiras canciones, y no cantas; corre el vino en tu nombre, y no enciende chispas en tus ojos, No suspires, señora; sabía tu mal, y vengo de muy lejos á remediarle; esta noche has de bajar del trono, has de danzar en la farándula, y yo he de ser tu caballero.

Calla el trovador y tiende la mano, solicitando favor de la Locura. Los cortesanos murmuran. Las Risas se aprestan á expulsar al audaz; pero la reina ríe de nuevo, y alzándose benévola,

—Tienes ideas peregrinas, bufón harapiento,—dice.

Y tomando la mano del trovador, desciende del trono y se mezcla en la danza.

Las máscaras gritan. Chisporrotean las luces, y los arpegios de la orquesta se trenzan en confusión macabra, como risas de loco. La Locura danza, la Locura ríe, la Locura entona desaforadas canciones, quiebra el cristal de las copas, pirutea en los rayos de luz, se mira en los espejos, va deshojando flores y arrojándolas al rostro de sus amigos. El trovador baila con ella, y mientras ella canta, desgrana en su oído palabras misteriosas. Hienden la multitud en revuelta fantástica, van abriéndose paso, cual si sus cuerpos fuesen vibraciones de luz, suben y bajan, tornan y giran; al cabo, una neblina los secuestra, se abre una puerta, corre un tapiz... El trovador y la reina han desaparecido.

Palidecen las luces, y alárganse las llamas como lenguas de ahogados que buscasen aire; los ruidos se extinguen, las canciones callan, la espuma del champagne cae en las copas pegajosa y amarga...

—¡Locura! ¡Reina! ¿Dónde estás?

*
* *

—Díme quién eres, tú que me has vencido.

—Soy, señora, el Amor, y tu amor es mi venganza.

El cantor de melancolías aléjase riendo. La reina llora, enferma para siempre de amores, porque una vez desafió al Amor...

G. MARTÍNEZ SIERRA

DIBUJOS DE MENDEZ DIRINGA

BAILE DE TRAJES

Oye, Felipe, acércate; ¿tú no lees nunca los carteles de los teatros? ¿tú no has visto hoy por las esquinas unas grandes tiras que dicen: *Baile de máscaras. ¡Ande el movimiento! ¡Gran concurso de disfraces!*

—Sí que las he visto.

—¿Y no te ha dicho el corazón: «Felipe, ¡abajo la tiranía! ¡vete al baile esta noche?»

—Pues mira, si me lo ha dicho, yo no me he enterado.

—Pues yo, sí. Esta noche me siento otro hombre, capaz de sacudir un yugo matrimonial de veintinueve años.

—¡Pero hombre! ¡dos personas serias como nosotros, á nuestra edad en busca de aventuras!

—Vamos, no seas pusilánime; una noche es una noche; nuestras mujeres no sospecharán nada.

—Sí; pero hay que encontrar un medio, un pretexto, algo que no deje lugar á duda.

—Todo lo tengo sabiamente previsto. Como los rumores de crisis son cada día más acentuados, nada tiene de particular que esta noche nos la pasemos en la oficina ordenando el trabajo más urgente del ministro llamado á presentar la dimisión.

—No está mal pensado; y para darle mayor carácter, yo pediré en casa las zapatillas y encargaré que me hagan una friolera para tomar un bocadillo á media noche; tú haces lo mismo, y... *veni, vidi, vici.*

—Bueno; pero lo que no podemos hacer es ir al baile con estas caras, porque nos exponemos á que nos vea cualquiera, ¡y para qué queríamos más!

—En eso no hay inconveniente. Como el baile es de trajes, salimos de casa, cruzamos el patio, subimos á casa de ese sastre de teatros que vive en el tercero, le alquilamos dos trajes, y así nadie nos puede conocer. ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Tengo ó no tengo ideas peregrinas?

—Bueno; ¿y á qué hora?

—A las nueve te aguardo en casa; y digo en casa y no en la tuya, porque mi mujer es menos celosa y no desconfiará ni sospechará nada cuando entres.

Los dos amigos se separaron, muy satisfechos de la que iban á correr. D. Felipe, sobre todo, marchaba con aire muy jacarandoso, diciendo chicoleos á las muchachas. D. Felipe llegó á su domicilio. ¡Toda la culpa era del jefe! ¡Maldito jefe, que le hacía ir aquella noche á la oficina! Su mujer cayó fácilmente en el garlito; el aire de D. Felipe revelaba tanta extrariedad, que no dejaba lugar á duda. Dieron las nueve; entró D. Eugenio, y contó la misma historia, con igual éxito. Venía con un voluminoso paquete: las consabidas zapatillas y una americana vieja, para estar más á gusto en la oficina; pero no había tal, sino un abundante surtido de fiambres.

Cuando los dos amigos se vieron en la escalera, entonaron á media voz el himno de Riego, cruzaron el patio y llamaron en casa del sastre. D. Felipe se probó varios trajes, pero con desgraciado éxito; tenía

especial capricho en disfrazarse de paje del siglo XV; pero su monstruoso vientre se oponía con tenacidad desesperante Por fin encontraron dos Mefistófeles que les encajaban á las mil maravillas.

—Mira, no está mal—decía D. Felipe;—puesto que somos dos diablillos, nada más natural que ir al baile disfrazados de Mefistófeles;—y le daba golpecitos cariñosos en la barriga.

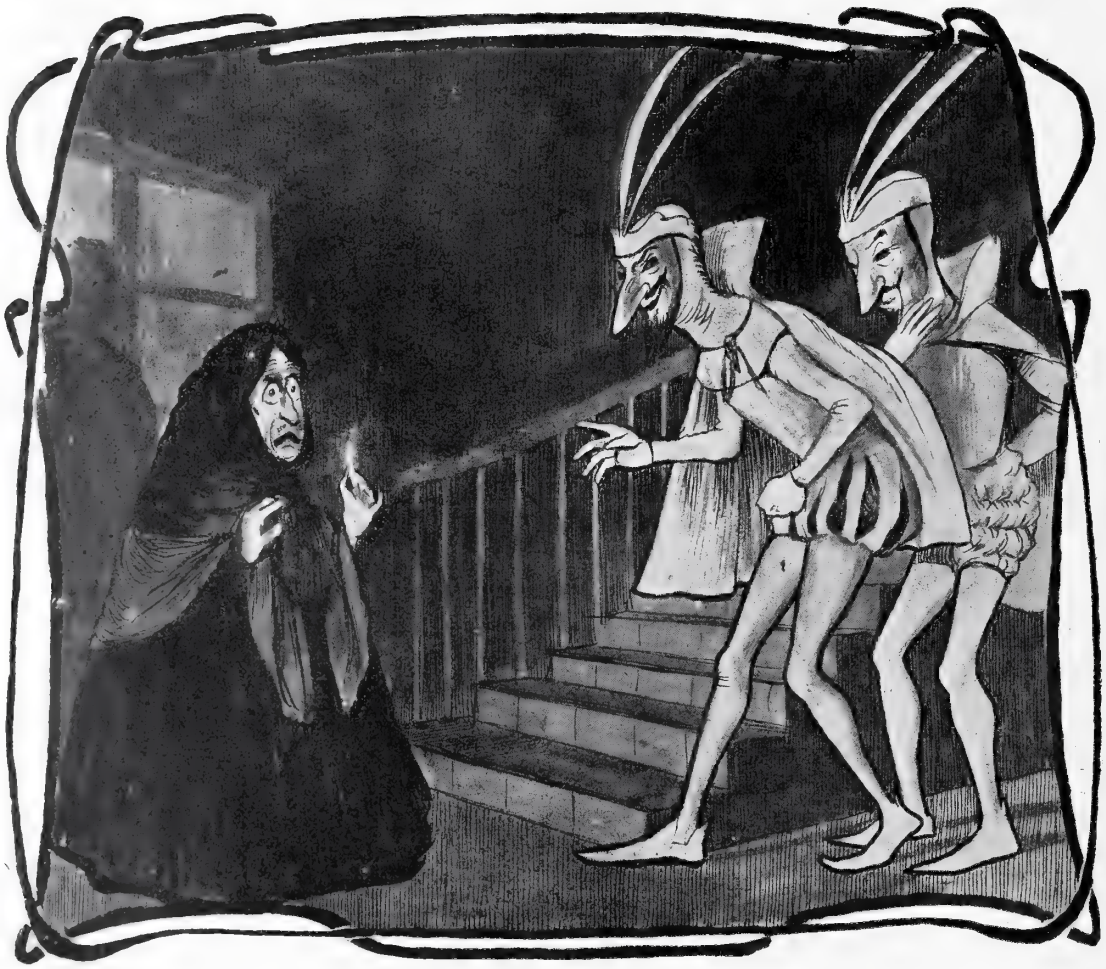
Dieron las once. El portal ya estaba cerrado.

—No hay tiempo que perder,—dijo D. Eugenio.

—Bueno, pues baja tú delante. Oye, *Mefistófeles*, á medida que nos acercamos al portal, las piernas me flaquean de alegría.

—Calla; es la emoción, *Satán*.

Ya cerca de la puerta y al borde de la felicidad, los dos amigos sintieron que abrían la puerta de la calle. Para no ser vistos se escondieron en la parte baja de la escalera que conducía á los sótanos. «¿Quién será?» se preguntaron impacientes los enmascarados. Entró una vieja, tan miedosa y timorata, que no se acostaba ninguna noche sin registrar todos los rincones y mirar cuidadosamente debajo de las camas. La inquilina encendió una cerilla, con tan desdichada oportunidad, que descubrió á los dos inseparables amigos en el momento de ganar la puerta, aprovechando la ocasión que se les presentaba.



La buena señora, para quien no era un cuento la existencia de almas del otro mundo y hechicerías de brujas al ver á los dos Mefistófeles dió un grito. «¡El diablo El demonio en esta casa!» Y comenzó á hacerles á los dos amigos la señal de la cruz. De miedo temblaban D. Felipe y D. Eugenio, por lo que la vieja fué creciéndose, creyendo la buena mujer que si temblaban era gracias á sus exorcismos. La escalera se llenó de luces. La vieja, seguida por la gente, discutía á piés juntillas la verdad de la aparición.

—Todo esto nos pasa—decía D. Felipe,—por no haber salido con el pie derecho.

—No te quejes por eso, porque hemos metido los dos.

El sereno trató de llevarse á los dos enmascarados á la prevención, suponiendo que eran dos ladrones. Con todo transigía últimamente D. Felipe, con tal de que su mujer no descubriera la aventura; pero la celosa señora de D. Felipe, al reconocerle, la emprendió contra él, corriéndole por todo el patio; y alcanzándole, quitándose las horquillas del moño, se dispuso á clavarlo en la pared como un insecto. D. Felipe, que conocía sobradamente á su costilla, pudo, haciéndola un regate, esconderse detrás del sereno, y con acento suplicante le dijo: «¡Por Dios, sereno, lléveme usted á la prevención del distrito! ¡Que no se le quite á usted esa idea!»

JORGE FLORIDOR

FIESTA DE PRECEPTO

POR R. SALA

AÑO TRECE Y NUMERO 617 MADRID DIA 1.º DE MARZO DE 1903

BLANCO Y NEGRO

EL CONDE LUDOVICO DE PECCI
PADRE DE SU SANTIDAD LEÓN XIII
FOT. J. PEDROSA

LA SEMANA PASADA

VEINTICINCO años han pasado desde el día solemne en que fué elegido Papa el venerable anciano que con tanto acierto como felicidad rige los destinos de la Iglesia católica, y que nació en 2 de Marzo de 1810, es decir, que en el día de mañana cumplirá los noventa y tres años.

Con este motivo, publicamos los retratos de los padres de Su Santidad, en reproducción fotográfica de los que pintados al óleo se encuentran en la sala principal del palacio de Carpineto, mansión solariega de la nobilísima familia de Pecci, á que pertenece el que en el siglo se llamó Joaquín Vicente Pecci, hijo mayor del conde Ludovico y de la condesa Ana Prosperi da Cori. Huérfano de madre á los catorce años, Su Santidad ha conservado toda su vida un dulcísimo recuerdo de la noble señora, á quien amó tiernamente.

LA CONDESA ANA PROSPERI DA CORI
MADRE DE SU SANTIDAD

En el palacio de Carpineto se conserva todo tal como estaba cuando en él vivía León XIII, quien muchas veces, gracias á su feliz memoria, habla con sus servidores y dignatarios de los años juveniles pasados en la señorial residencia.

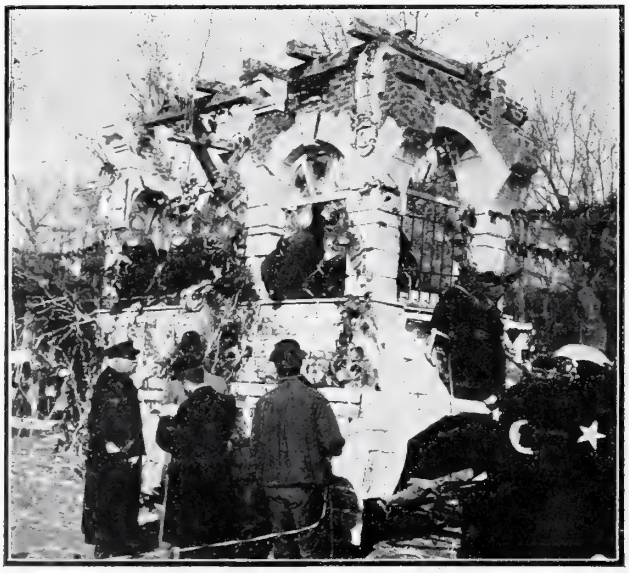
NUESTRO corresponsal de Santander nos remite interesantes fotografías de los nuevos talleres de la empresa Altos Hornos de la Montaña, próspera sociedad industrial que hace pocos años ha acometido con bríos extraordinarios la explotación de la riqueza minera que encierran los mon-

VISTA GENERAL DE LOS ALTOS HORNOS DE SANTANDER FOT. F. MADRAZO

tes de Cabarga y los de Camargo, no inferiores, según parece, á las ponderadas y famosas vetas de hierro de Bilbao, ya un tanto decadentes, según aseguran los que de tales cosas están enterados. A creer á ciertas malas lenguas, dentro de poco habrá que llevar hierro á Bilbao, contradiciendo la frase proverbial; pero aun cuando de semejante creencia *quitemos bastante hierro*, bien será notar que antes Bilbao solo se bastaba y sobraba, y ahora la producción de hierro y su preparación se extienden por todas las regiones de la Península. Cada día se descubren nuevos filones, y si Dios no lo remedia, será preciso igualmente modificar otra frase proverbial, la de que este país es un país «eminentemente agrícola y pecuario», sustituyéndola por la de que es un país eminentemente metalúrgico. Y hechas estas pequeñas modificaciones, *tutti contenti*.

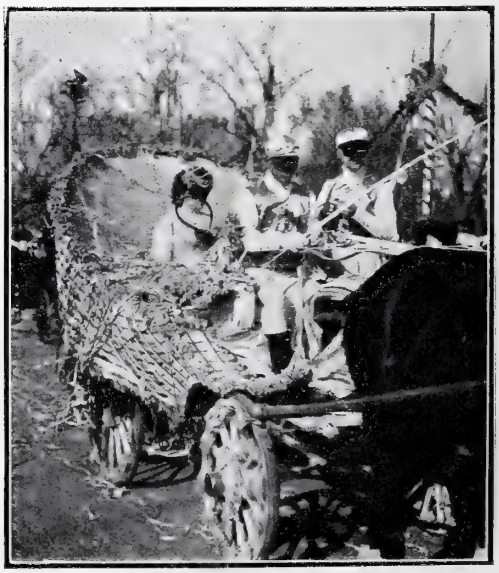
GRUPO DE HORNOS Y APARATOS COWPER — FOT. F. MADRAZO

LAS fiestas de Carnaval en Madrid han resultado este año más animadas y más artísticas que nunca. Nuestro excelentísimo Ayuntamiento, ya que no gaste los cuartos ó no los tenga para cosas de mayor utilidad, procura divertir al vecindario una vez al año ofreciendo recompensas de una esplendidez relativa á los sujetos ingeniosos y dotados de cierto gusto artístico que saben combinar é inventar disfraces para sí mismos, ó para sus caballos y carruajes. Citando á granel y rápidamente lo más notable que se ha visto en el Retiro y en la Castellana durante las Carnestolendas, recordaremos entre las máscaras á pie al consecuente D. Pablo Cavestany, que ha obtenido el primer premio por segunda vez, vestido de heraldo de bronce, según unos autores, y de candelabro según otros: á D. José Mayol, que ha tenido la idea endiablada de *vestirse* de tarjeta postal con sumo gusto y propiedad; y al Sr. García Hispaleto, que imitaba una pandereta pintada, cuyas cintas eran las piernas del propio interesado.



PRIMER PREMIO DE CARROZAS
«ÚNICOS MORADORES». CASTILLO EN RUINAS

Los coches engalanados que han conseguido los dos primeros premios, fueron respectivamente *Una concha* con dos perlas, de la Sra. Viuda de Magariños, y un *Nido de canarios*, de las Srtas. de Aurioles También eran



PRIMER PREMIO DE COCHES ENGALANADOS
CONCHA Y MADREPERLA

PRIMER PREMIO DE MÁSCARAS A PIE
CANDELABRO DE BRONCE

SEGUNDO PREMIO DE CARROZAS
CESTA DE NARANJAS

muy elegantes y de muy vistoso efecto los coches *Canastilla de flores*, de la Marquesa de Amboage; *Violetas*, de D. Luis Felipe Aguilera; *Napolitanas*, del Sr. Antelo, y otros.

En fin, donde se ha derrochado el lujo y la imaginación verdaderamente volcánica de que, gracias á Dios, aún no estamos tan faltos como se da en decir por ahí, ha sido en las carrozas, obteniendo entre ellas el primer premio la titulada *Únicos moradores*, del Sr. Herreros de Tejada; el segundo, la *Cesta de naranjas*, del Sr. Monasterio, y el tercero, *Fruto de Junio (sera de calabazas)*, del Sr. Marqués de Villamayor. Llamaron también la atención, aunque no fueran premiadas, las carrozas *Una huelga*, del Sr. Martínez del Campo; *Infierno del Dante*, del Sr. Richi; *La locura*, del Sr. Labra; *Una gallina con pollos*, de los Sres. Pruneda y Gamboa, y otras muchas.

De las estudiantinas, obtuvo el primer premio la ya famosa orquesta de Linares el *Fígaro linarense*, y los segundo y tercero *La Lira Matritense* y la *Blanco y Negro*, de Madrid.

Entre las máscaras montadas á caballo ó en bicicleta, no hubo ninguna que mereciera premio.

La transformación, ya iniciada en años anteriores, del prosaico y chabacano Carnaval en una fiesta artística, se ha acentuado hogaño, para bien de la cultura pública.

DON RUPERTO

SEGUNDO PREMIO DE COCHES ENGALANADOS
NIDO DE CANARIOS

SEGUNDO PREMIO DE MÁSCARAS Á PIE
TARJETA POSTAL

FOTOGRAFÍAS DE MUÑOZ DE BAENA Y ASENJO

¿DE QUÉ SE HAN DISFRAZADO LOS MINISTROS?

¡APUNTES CÓMICOS!

SILVELA
De Madame Sans-Gene

MAURA
De Robespierre desde arriba

VILLAVERDE
De superávit

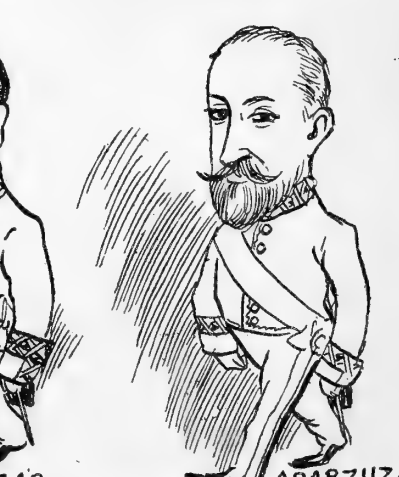
SANCHEZ TOCA
-No necesita disfraz, con la nariz le basta.

VADILLO
De Lechera Holandesa

LINARES
De gentilhombre con vela en el entierro

DATO
De hombre de ¡al higuí!

ALLENDE SALAZAR



ABARZUZA

De ministros... y no los conoció nadie.

UN EPISODIO DE 1808

POETAS, novelistas é historiadores han narrado, con más ó menos detalles pintorescos, el asunto que el pintor esboza y que en su cuadrito se adivina.

El protagonista es uno de aquellos húsares de Murat que, imitando á su general, hacían ostentoso é insolente alarde de guapeza y gallardía. Todos eran buenos mozos, presumidos, audaces con las mujeres, y algunos hallaron la muerte en su atrevimiento.

En más de una ocasión ocurrió que el petulante húsar galantease con felices resultados á mozas y casadas, pero alguna vez había de tropezar con el exaltado patriotismo de las españolas. Una de ellas, acosada por las solicitaciones del soldado napoleónico, le envía una carta en que se insinúa una cita amorosa. La pastorcilla encargada del mensaje finge la mayor inocencia. En el fondo, los compañeros del húsar sonríen y le envidian su buena suerte. El afortunado galán contesta á la misiva prometiendo acudir al sitio indicado.

Y, en efecto, va, y nadie vuelve á ver jamas al húsar. Ha caído en un lazo tendido por los patriotas. De la airosa figura, del brillante uniforme, del sable fanfarrón, de las sonoras espuelas, no quedan ni rastros. Quizás al cabo de cincuenta ó sesenta años, al destapar en el pueblo una pipa de añejo vino castellano, se vea que la cuba *tenía francés*...

W. &. B.

DIBUJO DE DOMINGO MUÑOZ

¡HOY TRAERAN MUCHA PESCA!

POR MARTÍNEZ ABADES

EL PALACIO DE LA INFANTA ISABEL

PUERTA DEL PALACIO EN LA CALLE DE QUINTANA

ANTES de abandonar sus habitaciones del Regio Alcázar, compró Su Alteza Real la Infanta Doña Isabel el palacio perteneciente al conde de Cerragería, en la calle de Quintana. En 1900 comenzaron las obras de restauración, dirigidas por el arquitecto señor Repullés, auxiliado del maestro D. Bernardo García.

La reforma ha sido tan completa y radical, que el palacio parece absolutamente nuevo. Todo el mundo sabe que Su Alteza es una artista de exquisito gusto y una patriota entusiasta. Así no es de extrañar que la casa en que habite revele la elegancia y distinción de su ilustre propietaria, ni que los artistas que han tomado parte en la ejecución de las obras, arquitectos, pintores, escultores, carpinteros y decoradores, fueran españoles todos.

La fachada del palacio es de una gran sobriedad y sencillez. Ni las paredes de ladrillo, ni el balconaje bastante modesto, ni tampoco la tapia que cierra el jardín, dan idea de que el interior sea tan lujoso como es. Pasada la puerta y penetrando en el vestíbulo, se encuentra la escalera principal, de forma elegantísima, con balaustres de bronce dorado y un techo al que el genial artista Mariano Benlliure, recordando las maravillosas inspiraciones del maestro Goya en San Antonio de la Florida, ha hecho asomar muy graciosas damiselas vestidas con el traje clásico de las manolas, que llenan de alegría y de luz el cerramiento de la escalera.

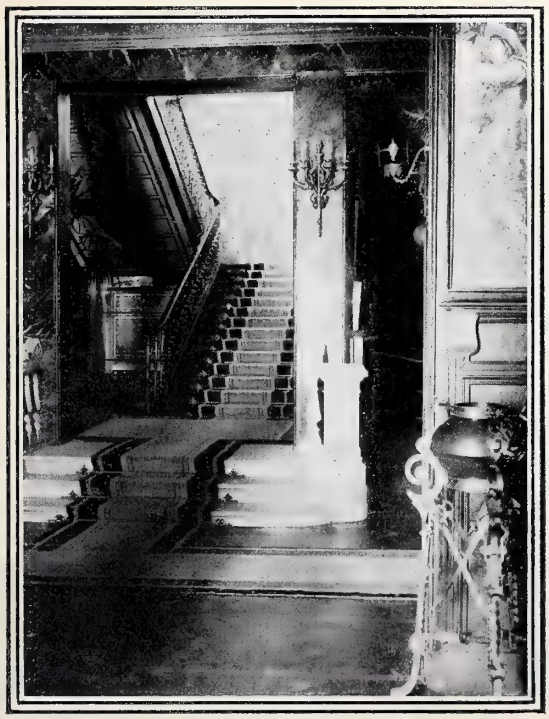
En el rellano de ésta, junto á la puerta del piso principal, se ostenta el retrato de D. Alfonso XIII hecho en mármol por el Sr. Jorreto.

En la imposibilidad de recordar todas las preciosidades artísticas que el lindo palacio encierra, daremos una ligera idea de las habitaciones principales.

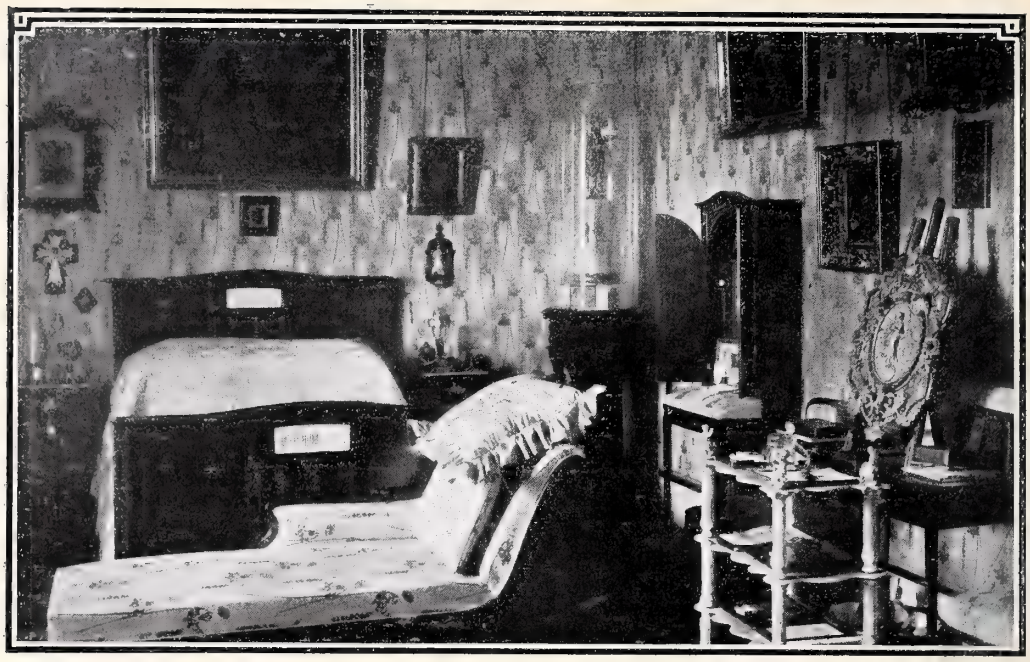
El comedor ha sido trazado y ejecutado por el Sr. Suárez. Es de estilo Imperio; todos los muebles, como corresponde al estilo, son de caoba barnizada con aplicaciones de bronce dorado, y van revestidos de rica tela de color salmón.

El reloj, de bronce y mármol, es copia del que tenía en su alcoba el emperador Napoleón I. Decoran las paredes tapices copiados de los cartones de Goya. La alfombra, magnífica por todo extremo, ha sido hecha en la Real Fábrica de Tapices de Madrid. Las porcelanas y platos que adornan las paredes son regalo del secretario de Su Alteza, nuestro distinguido amigo Sr. Coello, y representan escenas y tipos rusos. El sitio que Doña Isabel acostumbra ocupar es el que hace frente á la chimenea, en caso de no haber convidados: si los hay, se sienta en el opuesto.

El salón de recibir



ESCALERA DE HONOR



ALCOBA PRINCIPAL

distínguese por su elegante sencillez. Domina en él el estilo Luis XVI: los muebles, tapizados de seda *moiré* blanca, son de madera del mismo color y han sido construídos por el tapicero Sr. Lucia.

En los ángulos se ven unos candelabros de bronce, de extraordinario mérito y belleza, que fueron regalados á su hija por el difunto Rey D. Francisco. Ante los balcones lucen dos soberbios jarrones de porcelana de Sèvres: por cierto que uno de ellos, habiéndose caído, se hizo añicos, pero se halló un hábil artífice que supo después de prolijo examen componerlo, unir los pedazos y dejarlo como nuevo, sin que hoy se distinga el roto del sano.

El techo de esta habitación es la magnífica composición *Las Horas*, debida al pincel del maestro Emilio Sala.

DESPACHO

LAS HORAS

TECHO PINTADO POR EMILIO SALA

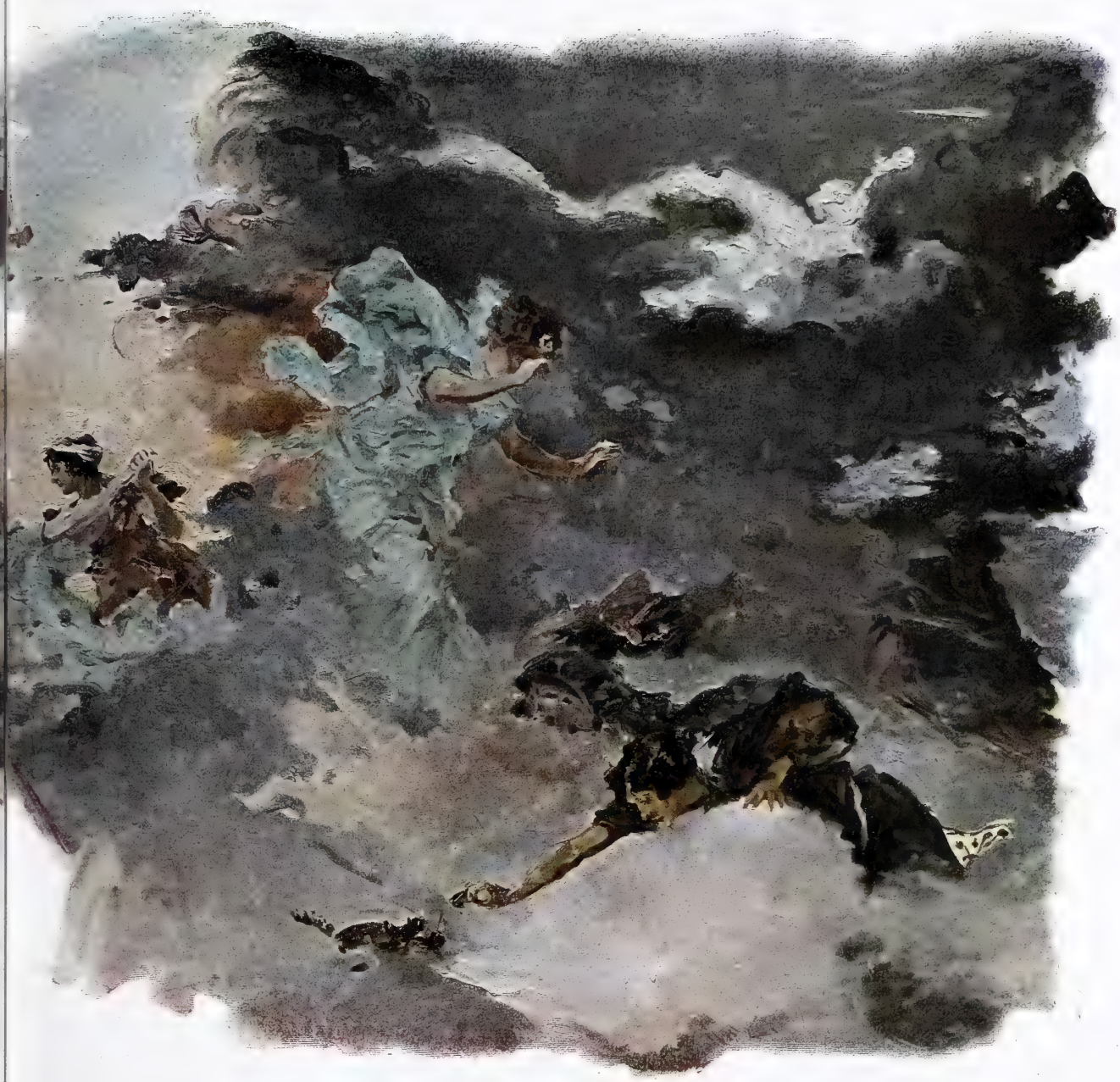
El maestro Sala reune á sus incomparables dotes de colorista otras más altas y más sustanciales de pensador y filósofo. «Hombre de agudos dichos», como era, según uno de sus biógrafos, Domenico Theotocópulos el Greco, es, además, Sala, un meditador profundo, un observador atento y refinado, de aquellos que se quedan con las impresiones bien guardaditas en la imaginación y no las sueltan sino en el momento oportuno. Mientras los ojillos alegres chancean amablemente con el interlocutor, el ceño reflexivo recoge cuanto hay de interés en torno suyo. En el siglo XVII hubiera sido, á tener fortuna, un príncipe artista ó un artista príncipe de aquellos tan finos y suaves en su trato, que al tonto le hacían pasar por discreto y creérselo, al discreto por sabio, al sabio por igual que ellos.

Parecía que á este pintor extraordinario le quedaban pocas cosas por expresar con los pinceles. Ya había pintado la tragedia histórica en *El príncipe de Viana* y el poema épico en *La expulsión de los judíos;* y fuera de estos grandes y teatrales asuntos, nadie le aventajaba en las escenas corrientes de la comedia humana: en el madrigal ó la pastorela versallesca interpretada por pastorcitas con ahuecadores y caballeretes con espadín y casaca; en el goyesco sainete de manolas y chisperos; en la novela callejera de señoritos y modistas. Ni faltaban en la galería de sus obras las fisonomías más salientes de la España contemporánea. Lo había pintado todo y á todos, desde las blancas patillas de filósofo escéptico de Campoamor, hasta las patillas negras y achuladas de López Silva

Pero el maestro es en extremo descontentadizo y ambicioso. Aun el pintar todo lo que llevaba pintado, le parecía poco. ¿Qué es pintar *el espacio*, las formas sólidas y concretas de las cosas y de los hombres, los bultos materiales en que unas y otros se ofrecen á nuestra vista? Eso, al fin y al cabo, es arte primitivo, propio de la infancia, pero insuficiente para quien vive de ideas inefables, de formas indistintas, para quien piensa en nuevas fórmulas estéticas. Y pensó entonces en que sería muy hermoso *pintar el tiempo*, trasladar á un lienzo las sensaciones, matizadas con variedad de inexplicables matices, de las horas del día y de la noche, y no ya de las horas separadas, aisladas, formando esas unidades convencionales que el reloj mide y acusa con la voz de su campana, sino el conjunto y la sucesión de todas ellas, las imperceptibles degradaciones en que la luz y la sombra van resolviéndose y distanciándose, en melódica prosecución, en total armonía...

Y como obra de artista moderno y tan exquisito, *Las Horas*, de Sala, en nada se parecen, como concepto ni como expresión, á las Horas de los pintores y escultores de la Mitología griega, porque éstas eran personajes macizos, acabados, llenos de humanidad, y *Las Horas*, de Sala, sin dejar de tener formas humanas y mujeriles, son criaturas de ensueño, sutiles y vaporosas creaciones de aquellas que nunca llegará á concebir ni á poner en un lienzo el ramplón copista para quien no hay más arte sino copiar el modelo.

Los partidarios del *trozo pintado*, de la pintura cruda y sin condimento espiritual, acaso no reconozcan al techo de Sala todo el valor que positivamente tiene. Mas quien piense un poco más alto, concederá la elevada significación artística que tienen, en efecto, las figuritas aéreas de *Las Horas*, donde fuera las bellezas *técnicas* de colorido que á nadie pueden extrañar tratándose de Sala, hay una picante y graciosa originalidad en la composición, que se aparta en absoluto del patrón clásico, abrumador, con arreglo al cual se pintaron los celebérrimos y aparatosos techos de Lucas Jordán y de Tiépolo. Con acierto singular ha huído Sala de lo que pudiéramos llamar la fuerza centrípeta de las figuras, esto es, de la tendencia á agruparlas todas en el centro ó en dirección al centro, dando á un techo la unidad de acción y de interés que sólo puede haber en un cuadro hecho para visto en pie. Lejos de eso, en el techo de Sala, cada hora conserva su individualidad y todas ellas forman conjunto, sin que el contraste de colorido y sombra entre las del día y las de la noche parta la composición en dos mitades.



¿Cómo ha logrado esto? Merced á deliciosas y admirables observaciones, á riquísimos estudios de nubes y celajes, los cuales en nuestra opinión tienen en el conjunto valor casi tan grande como el de las figuras. Gracias á la exactitud lumínica de cada nube y á la armónica fusión de todas ellas, quedan en su lugar propio y dentro de su debida atmósfera las horas del sueño, la del despertar, la del tocado y adorno, la de la lectura y meditación, la de la comida, la de la música, la de la pintura, la de la poesía, la del baile, la del juego, la del amor, la del misterio... Y en todas ellas se advierte lo mismo, la vaguedad imperceptible del tiempo que pasa ligero ó presuroso, pero siempre callado, suave. Para representar y transmitir una sensación tan complicada y misteriosa, le hubieran estorbado al autor las ninfas orondas, carnosas y desnudas que Jordán solía desparramar por sus techos, y cuyos brazos y piernas teme uno que se le caigan encima desde la considerable altura á que se hallan. Precisamente las figuras de las Horas resultan aéreas é ingrávidas, no pesan, por el arte y la destreza con que aparecen no ya vestidas, envueltas en ropajes cuyos contornos en las nubes se esfuman. Esto era un problema importante, porque ha de tenerse en cuenta que el techo le ha colocado á una altura no muy grande en una habitación de forma alargada y de una perspectiva especial.

Otro riesgo muy notable salvado con gran maestría por el autor lo originaba el tamaño de las figuras, muy á propósito para que á un pintor vulgar le hubiesen resultado *muñecos*. No ha sido así, por fortuna, y á ello contribuye la atmósfera de cosa ideal y ensoñada en que toda la obra aparece envuelta.

En fin, nos parecen también de una gran novedad las dificultades técnicas de perspectiva que el maestro ha logrado vencer, marcando términos y distancias no ya sólo por magnitudes y tamaños, sino por valores relativos de luces y medias tintas, por el peso ó el volar de las telas, por la claridad ó el espesor del ambiente.

Consideramos, pues, el techo *Las Horas* como una obra importantísima entre las muchas que el arte debe á la rica paleta del maestro Sala: como una excepción simpática y honradísima en medio de la grosera vulgaridad en que andan metidos muchos artistas que no pintan más que lo que ven... y no ven más allá de sus narices.

F. N. L.

SALÓN DE RECEPCIONES

El despacho, que no obedece á estilo determinado, contiene muebles, sillas, librerías abarrotadas de libros, mesitas donde se ven las numerosas publicaciones periódicas que Su Alteza lee á diario con atenta y bien dirigida curiosidad. La mesa de escribir hállase habitualmente casi oculta bajo un montón de libros, notas, cartas que Su Alteza recibe y contesta, consultas, encargos caritativos, etc., etc.

Las paredes están tapizadas de seda azul ceniciento y en ellas se ven numerosos retratos de la Familia real. En una de las sillas reposa perezosamente el precioso Tigre, gato favorito de Su Alteza.

La alcoba es de nogal y ha sido construída por el Sr. Lissárraga. El lecho, que es una verdadera

COMEDOR

PINTURA MURAL DEL «HALL», POR J. GARNELO — Fot. Cifuentes

obra de arte, ostenta en sus cabeceras dibujo y figuras de estilo pompeyano sobre fondo azul. Sobre la cabecera hay una hermosa imagen, al óleo, de Santa Catalina de Sena, legado del Conde de Altamira dedicado «á Su Majestad el Rey en prueba de respeto y lealdad.» En el ángulo derecho del dormitorio está la espléndida imagen de Nuestra Señora del Pilar, en plata y oro repujado, que regalaron á Su Alteza cuando estuvo en Zaragoza.

Llama asimismo la atención otra bella imagen de la Purísima Concepción, en plata, modelada en alto relieve, con suntuoso marco de bronce dorado.

Finalmente, en el piso bajo, á la derecha de la escalera principal, se encuentra el espacioso *hall*, cuyas paredes aparecen revestidas por una hermosa pintura mural, compuesta y ejecutada por el laureado artista José Garnelo, y cuyo asunto es *La proclamación de los Reyes Católicos en la ciudad de Segovia*. Este es, sin duda, uno de los asuntos más bellos y simpáticos de la historia patria, y el solo acierto de haberle elegido constituye un gran mérito del artista.

FOTOGRAFIAS ASENJO

TECHO DE LA ESCALERA .POR MARIANO BENLLIURE

PAISAJE SIN FIGURAS

DIVAGACIÓN CASI FILOSÓFICA

De su primitiva manera de vivir, apenas modificada por esto que llamamos cultura y progreso, ha conservado la humanidad la aficion á juntarse en asociaciones que á veces pueden llamarse rebaños, á veces enjambres, otras veces piaras. Algo de estas tres cosas tienen las grandes ciudades, monstruosos y horrendos montones de humanidad amasados y revueltos contra natura.

Por algún tiempo, en que la verdadera libertad señoreó los espíritus, pudo creerse que el individuo iba á romper valientemente los lazos que al rebaño le unían. ¡Lastimoso error! Pronto el socialismo, el industrialismo y otros ismos peligrosos han esclavizado de nuevo al hombre, ten-

diendo á su cuello y á sus brazos más duras cadenas, apretando unas contra otras las cabezas de la piara.

La ciudad, la metrópoli se lo traga todo, esfuerzos de la naturaleza y energías de los hombres, y el campo, el noble y hermoso terruño permanece solitario y triste, como padre viejo á quien sus hijos abandonan y menosprecian.

Como consecuencia del absurdo vivir de los ciudadanos ó cortesanos, el amor al paisaje se pierde, no nos interesan más que *las figuras*, los hombres y las mujeres, y á voz en cuello pedimos á toda obra de arte que sea ante todo *humana*, cuando debiéramos contentarnos con que sobre todo y ante todo fuera *natural*, ya que es lo natural, según se mire, flor y fruto de lo divino, como pensaba el venerable maestro Fr. Luis de León, ó raíz y fundamento de ello, como probaba el maestro Fr. Luis de Granada.

Por eso el paisaje ocupa tan poco lugar en nuestra literatura, y contamos en ella obras magníficas en que no se hace mención de árboles ni de fuentes, de prados ni de bosques. Y lo mismo nos sucede en la pintura, siendo de notar que el más ilustre paisajista español con los pinceles fué el primer pintor de todos, Velázquez, así como el más insigne paisajista con la pluma fué el primer escritor de todos, Cervantes.

Pensarán algunos que nuestro genio, en otros siglos inquieto, levantisco é inclinado á la acción, nuestra altiva y activa cólera no nos daba calma y paciencia para recrearnos en la contemplación y fruición del paisaje, como hacían los cachazudos holandeses, maestros é iniciadores del género: pero desde *aquellos tiempos* á los actuales ha llovido mucho, y es lo cierto que la mayoría de los españoles no acierta á sentir la hermosura de la Naturaleza, no ama al campo, no reverencia al árbol, no interroga con anhelo y entusiasmo á la planta y al arroyo, no se recrea oyendo los sordos ruidos del silencio campestre. La frase vulgar *siente crecer la hierba*, en vez de ser una expresión poética y casi musical, tiene un sentido bajo y despreciable y se aplica habitualmente á gentecillas habilidosas, mezquinas é intrigantuelas, maestras en las malas artes del vivir ciudadano.

Este desprecio del paisaje y este desapoderado amor á figuras, figurillas y figurones forman y modelan espíritus gurruminos de burócratas comineros, politicuchos sin ideas ni sensaciones, y cicateruelos de todos los órdenes, hombrecillos que no saben vivir sino bajo techado: seres á quienes el aire libre embaza, el sol puro deslumbra y el suelo sin ladrillos despea.

Aún hay artistas, literatos y músicos á quienes nada dicen los árboles y las aguas corrientes y que consideran el paisaje *bueno para fondo*, pero nada más.

Prívanse voluntariamente estos desdichados de un mundo entero de sensaciones inapreciables, de una grandísima cantidad de piedras de toque y términos de comparación para contrapesar y equilibrar los efectos destructores que en el ánimo produce la consideración cotidiana de los hombres, de sus pasiones y luchas. Lo que se llama ordinariamente *ponderación de fuerzas* no se verifica en las almas delicadas de otra manera que encalmando y apaciguando la sobrexcitación que el trato y comercio humanos producen, y para lograr semejante calma y aplacamiento no hay más ni mejor terapéutica que el paisaje sin figuras.

¡Cuántos hombres no conocemos menos apreciables sin duda que una planta ó que un árbol! ¡Qué diferencia no hay entre una rosa de Alejandría y un ministro de Hacienda, por ejemplo! ¿Será más útil á la humanidad, más hermosa y más moralizadora la existencia de un magnífico álamo negro ó la de un sujeto de esos que se dedican á la *compraventa mercantil*, ó sea á la *noble* usura?

Amable y estimable es á veces la humanidad, pero no hay ningún hombre discreto que unas cuantas veces no haya sentido impulsos de huir de ella, exclamando con un grande y malogrado filósofo español: «Prefiero á los hombres los animales, porque no hablan: y prefiero á los animales los árboles, porque ni siquiera se mueven.»

DIBUJOS DE SOUTO

ENE

CURADO

Al salir el médico rural, bien arropado en su capote porque diluviaba; al afianzarle el estribo para que montase en su jaco, la mujerona lloraba como una Magdalena. ¡Ay de Dios, que tenían en la casa la muerte! ¡De qué valía tanta medicina, cuatro pesos gastados en cosas de la botica! ¡Y á más el otro peso en una misa al glorioso San Mamed, á ver si hacía un milagriño!

El enfermo, cada día á peor, á peor... Se abría á vómitos. No guardaba en el cuerpo migaja que le diesen; era una compasión haber cocido para eso la sustancia, haber retorcido el pescuezo á la gallina negra, tan hermosa, ¡con una enjundia! y haber comprado en Areal una libra entera de chocolate, ocho reales que embolsó el ladrón del *Bonito*, el del almacén... Ende sanando, bien empleado todo... ¡vender la camisa...! pero si fallecía, si ya no tenía ánimo ni de abrir los ojos... ¡Y era el hijo mayor, el que trabajaba el lugar! ¡Los otros, unos rapaces que cabían bajo una cesta! ¡El padre, en América, sin escribir nunca! ¡Qué iba á ser de todos! ¡A los caminos, á pedir limosna!

Secándose las lágrimas con el dorso de la negra y callosa mano, la mujerona entró, cerró la cancilla, no sin arrojar una mirada de odio al médico, que indiferente se alejaba al trotecillo animado de su yegua. Estaban *arrendados* con él, según la costumbre aldeana, por un ferrado de trigo anual; no costaban nada sus visitas... pero ¡cata! ellos se hermanan con el boticario, recetan y recetan, cobran la mitad si cuadra... ¡todo robar, todo quitarle su pobreza al pobre! Y allí, sobre la artesa mugrienta, otro papel otra recetiña, que sabe Dios lo que valdría, además del viaje á Areal, rompiendo zapatos y mojándose hasta los huesos.

Lejos, en el fondo de la cocina, apenas alumbrada por una candileja de petróleo, se oía el fatigoso anhelar del enfermo y el hálito igual, dulce, de los tres niños echados en un mismo jergón de hojas de maíz. El fuego del lar aún ardía semiextinguido. Una sabandija corrió un instante por la pared y se ocultó en un resquicio, dejando la medrosa impresión de su culebreo fantástico, agigantado por la proyección de sombra. La vaca, en el establo, mugió insistente, llamando á su ternerillo; fuera aulló el perro. La mujerona, con movimiento de cólera, agarró la receta, la echó á las brasas, donde se consumió trabajosamente el recio papel...

Quejóse el enfermo, con aquel quejido suyo, desgarrador, de rabia y náusea, y la madre, acercándose al cajón de tablas pegado al muro, el lecho aldeano, se inclinó sobre el mozo y susurró á su oído:

—Calla, mi yalma, que en amaneciendo voy por el mediquín, y te lo traigo, y te cura. ¡Como hay Dios que voy por él! ¡Ya no me pasa el médico esa puerta!

Era el supremo recurso, la postrer ilusión de todo labriego en aquella parroquia de Noan,—el curandero, el médico libre, sin título, que ejercía secretamente, acertando más ¡buena comparanza! que los otros pillos.—El mediquín no recetaba. Llevaba consigo, en el profundo bolso, tres ó cuatro frasquetes y papelitos doblados, unas gotas y unos polvos, y en el acto administraba lo preciso; no había que trotar hasta Areal, esperar los siete esperares en la botica, largar pesos al boticario, que el diaño cargue con él. Una peseta ó dos al mismo mediquín, y campantes, y el mozo, antes de una semana, sachando en la heredad

Aún no blanqueaba el alba, anunciándola tan sólo vago reflejo cárdeno hacia el bosque,—cuando salió la mujerona, rebujada la cabeza en su *mantelo* de burel, haciendo saltar barro líquido ¡flac! ¡flac! de los charcos, al hincar en ellos las enormes zuecas. Cuando volvió, acompañada del curandero, que renegaba del tiempo—¡vaya una invernía, vaya un perro llover!—á la puerta de la choza la esperaba el mayor de los pequeños, Juaniño, asustado, descalzo, manoteando.

—¡Señora madre..., que Augenio está al cabo! ¡Que ya no atiende cuando le gritan!

La mujerona y el curandero se precipitaron; el interior de la choza parecía tenebroso á quien venía del exterior, de la claridad que ya empezaba á derramar un mustio amanecer de Noviembre,—y el mediquín encendió cerillas, y á la intermitente luz examinó al moribundo. Un gemido horrible, lento, rumiado, por decirlo así, salió de la fétida cama.

—¡Ay Virgen de la Guía! ¡Ay San Mamed!—clamó la madre.—¡Es el estortor! ¡Está gunizando!

—No, mujer, no; calle, no se desdiche, que va á descansar.

La voz del curandero fué como un conjuro. El gemido se atenuó. Por la única ventana de la choza entró un rayo dorado del sol naciente. Los tres chicuelos asombrados y respetuosos, permanecían de pie, mal despiertos, enredados los rubios rizos, sofocados aún los carrillos, metido el índice en la boca. Esperaban el milagro que iba á realizarse, y sus almitas cándidas y nuevas se entreabrían para acoger el rocío de lo maravilloso. ¡Aquel señor regordecho, de gabán de paño azul y gorra de cuadros verdes, podía curar á Eugenio! ¿Cómo, de qué manera? Por *una virtud*... Eso, por una virtud... El caso es que iba á curarle. Eugenio no gemiría más; no tendría aquellas ansias tan grandísimas; cerraría los ojos y dormiría como un santo bendito.

El curandero, entretanto, sacaba del bolso uno de sus frasquetes no rotulados, lo miraba un instante al trasluz, enderezaba el cuentagotas, pedía agua, que le traían en un cuenco de barro, dosificaba, y cuenco en mano, volvía á llegarse al lecho... Con un brazo pasado alrededor del cuello del moribundo, le hacía beber, beber... ¡Asombroso caso! El mozo bebía y guardaba lo bebido... Cruzó las manos la madre, deshaciéndose en bendiciones. El curandero dejó suavemente sobre la almohada de foliato la cabeza de revueltas greñas, de cara demacrada, color de arcilla. Una imperceptible sonrisa, una ráfaga de paz, de bienestar, sosegaron un momento la dolorosa faz...

—¿Te va bien, yalma? preguntó embelesada la mujerona.

—Sí, señora... muy bien... respondió el enfermo dulcemente.

Del pico de un pañuelo salieron tres pesetas, que el curandero, al retirarse, guardó en el ancho bolsón de su abrigo; el precio de la visita y de la pócima. Los pequeñuelos permanecían absortos. ¡Eugenio no se quejaba ya! ¡Le veían así... dormido, tan sereno... respirando maino, á modo del aire entre el trigal! ¡Como un santo, un santo bendito!

Ni se enteraron de que hacia mediodía aquel ligero susurro cesó... La madre, al acercarse para administrarle otra dosis de la medicina milagrosa, tocó algo ya frío, rígido: un cuerpo inerte. Alzó estridente alarido. Se mesó las canas á puñados; se clavó las uñas en el pergamino del rostro... y el Juaniño, consolándola, cogiéndose á su zagalejo remendado, repetía:

—No se apure, señora... Voy por el curandero... Calle, que lo traigo ahora mismo...

EMILIA PARDO BAZAN

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

IGNACIO IGLESIAS

CASAS, el gran artista, comenzó á dibujar nerviosamente. Iglesias, el dramaturgo insigne á quien hoy festeja Barcelona, continuaba:

—...Tengo treinta años: desde los diecinueve lucho sin descanso. En aquella época estrené mi primera obra en el teatro de la Gran Vía un lluvioso domingo por la tarde. El éxito fué ensordecedor. La prensa ¡ni nombró mi drama!... ¡Nadie me hizo caso! Mi humilde familia, que no entiende de estas cosas, me creyó loco...

Otra noche, mi excelente madre me escondió la gorra y me quitó del bolsillo dos únicas pesetas Logré escaparme. ¡Desde San Andrés de Palomar al teatro! Con la cabeza desnuda, corrí algunos kilómetros. Llegué jadeante... Limpié el barro de mis pantalones; entré en el escenario. Acababa el acto. Me vi en las candilejas aturdido por los clamorosos vítores del público. Luego un drama, y otro y otro... Así he llegado á *Els vells*, que no es el mejor, aunque sea el de mayor éxito.

¿Cuál la génesis de esta obra? ¡Verá usted! Como Ibsen tiene su mesa en la cervecería, tengo la mía en un café de mi solitario barrio. A ella acuden obreros y aficionados al teatro, á los que alecciono. Un día encontré allí á dos viejos, parroquianos nuevos... Hablé con ellos. Eran dos vencidos. Trabajaban, á pesar de sus sesenta años y pico, 16 horas diarias y ganaban 8 pesetas semanales. Escuché emocionado su historia de dolores. Esos dos viejos son los protagonistas de mi obra; sus penas me hicieron llorar. ¡Comprendo que, oyéndolas ahora, llore el público!...

La otra noche fué uno de ellos á Romea. Se negó á pagar la entrada. Se creía con derecho á entrar libremente... Vino al escenario y se fijó en Borrás, que lo caracteriza admirablemente. Se encaró con el notable actor y díjole:—¡Está *bè vostè;* pero representa *deu anys mes que jo!*

En *Els vells* late una protesta; al final apunta un ideal, mi sueño, el teatro que yo haré... El dolor es la realidad ambiente; hay que arrancar la alegría de una vida fuerte y sana, del mismo dolor tan humano. ¡Voy á eso!...

E interrumpimos la conversación. La luz, tamizada por la esmerilada cristalería, caía suave en el retrato, que, concluído, era el mismo Iglesias con su mirar hondo y triste, su expresión de áspero misticismo, su cabeza enmarañada, con toda su alma resignada pero rebelde, tenaz, de luchador, sorprendida por el inspirado artista catalán.

DARÍO PÉREZ

DIBUJO DE R. CASAS

Luto Refinado

POBRE Canuto Rojo! Quedó viudo
contra la voluntad de su Liboria,
que murió un día crudo
del invierno traidor allá en Vitoria.

¡Desdichada mujer! Él la quería
como quieren los grandes corazones
Enviudó, y aquel día
las manifestaciones
del luto que se guarda á las esposas
pareciéronle poco rigurosas.
La gasa en el sombrero
parecióle un detalle muy ligero,
y el papel con filetes,
más preciso en fogones que en bufetes.

Desde que la señora de Canuto
á la muerte rindió fatal tributo,
nada al pobre le alegra;
¡no hace más que pasar la pena negra,
que es la que pasan los que están de luto!
El pelo, que era rubio como el oro,
se lo ha puesto más negro que el de un moro.
y hoy, en vez de sus lentes de seis grados,
lleva anteojos ahumados.
Es cazador, y de los más protervos;
mas por causa del luto, el pobrecillo,
ya no caza perdices, sino cuervos,
y en la jaula del loro ha puesto un grillo.
Es su afán por lo negro tan patente,
que desde que enviudó se pasa el día
en la carbonería
de la casa de enfrente.
Al Cantábrico mar todos los años
solía ir á los baños;
mas por causa del luto, con su suegro
este año irá á tomarlos al mar Negro.
Como aferrado á su luctuosa idea,
firmarse «Rojo» le repugna al hombre,
con el fin de que el Rojo no se vea,
suele echar un borrón sobre su nombre.
¡Ya ven ustedes si la cosa es fea!
Pues bien; anoche, cuando á más llegaba
su luto exagerado;
cuando más por lo negro se afanaba,
de palabra y de acción fué maltratado
por su acreedor don Serafín Monterde,
que dió al traste en su enojo
con el luto de Rojo,
porque así que le vió *le puso verde.*

. . . . . .

¡Y al ver con esto interrumpido el luto
por aquella mujer que era tan buena,
ahogándose hoy de pena,
está á la muerte el infeliz Canuto!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

DIBUJO DE ROJAS

AÑO TRECE Y NUMERO 618 MADRID DÍA 7 DE MARZO DE 1903

BLANCO Y NEGRO

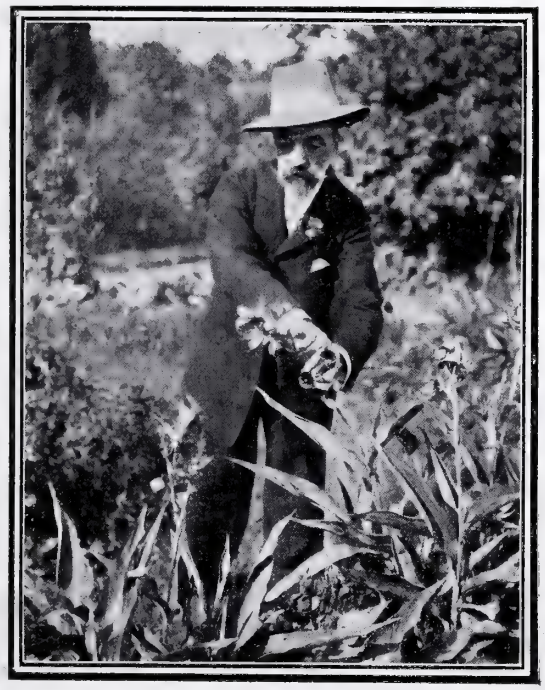
EUSEBIO BLASCO

EN MADRID. 1866

JUNTO á la casa en que vivió Lope de Vega y no lejos de la casa en donde vivió Cervantes, en un barrio de Madrid que siempre fué habitado por poetas y gente de teatro, ha muerto cristianamente, después de larga lucha con el dolor, un noble y castizo poeta descendiente de aquellos grandes ingenios, popular en Madrid como lo fué Lope y más que Cervantes, cuyo entierro no acompañó, de seguro, tanta ni tan buena gente como el de Eusebio Blasco.

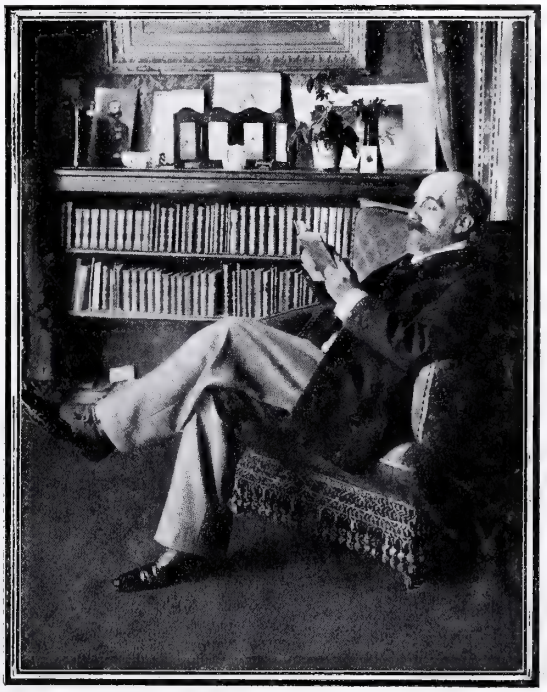
No sería justo ni oportuno comparar con Cervantes ni con Lope á Eusebio Blasco: sí lo es hacer notar que, tanto como ellos, supo llegar al público de su tiempo, ser simpático y amable, lograr que repitiesen su nombre como el de alguien á quien se conoce y se estima, los distraídos transeuntes, los millares de hombres y de mujeres á quienes la literatura no importa ni los literatos interesan. ¿Y por qué? Porque Blasco antes que todo era un escritor *humano*, un hombre como los demás, porque tenía el arte sin arte de hacerse comprender de grandes y chicos, porque acertaba siempre á comunicar con todos, á comulgar en el pensamiento ó en el sentimiento común dominante á cada día, en cada momento.

EN PARÍS. 1875

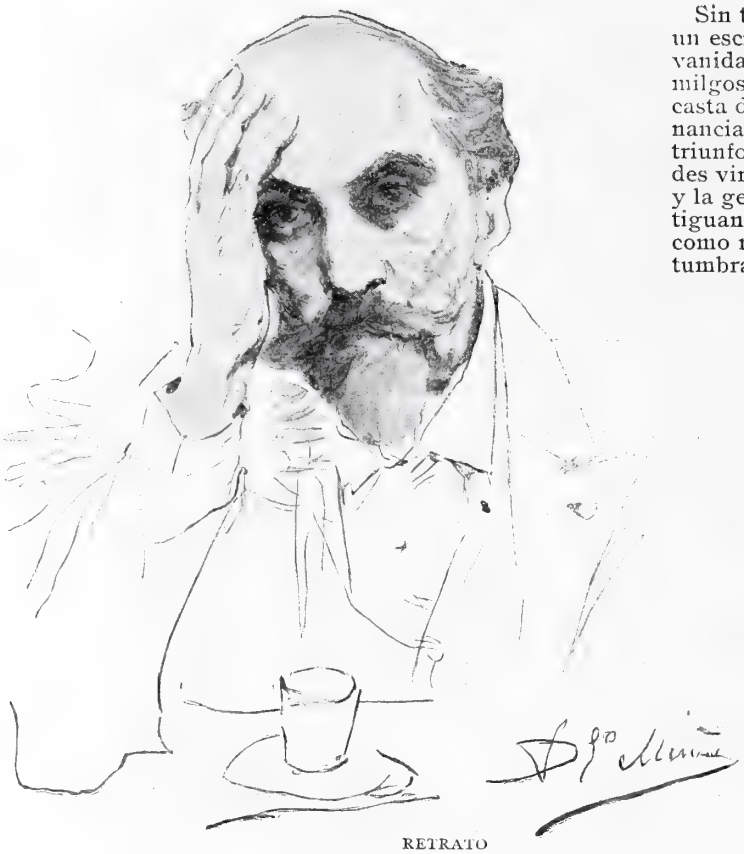


EN LOS JARDINES DE ARANJUEZ

FOTS. MUÑOZ DE BAENA



EN SU DESPACHO DE MADRID



RETRATO
Apunte al lápiz por Domingo Muñoz

Sin tener otro oficio que el de escritor, no era un escritor de oficio: á su alma no llegaban las vanidades, las envidias, las hipocresías y los remilgos que hoy como ayer caracterizan á esta casta de artistas de la pluma. La fama y las ganancias de los demás no le descontentaban: los triunfos ajenos no le inspiraban recelo. Sus grandes virtudes, cada vez más raras, eran la alegría y la generosidad. Siendo en el fondo, según atestiguan sus mejores versos, sentimental y triste, como nacido y criado en época romántica, acostumbraba guardarse las melancolías y poner á mal tiempo cara alegre. Estaba seguro de que buen corazón quebranta mala ventura, y siendo oro puro su corazón, derrochaba aquel capital, único que tuvo y conservó hasta el trance de la muerte.

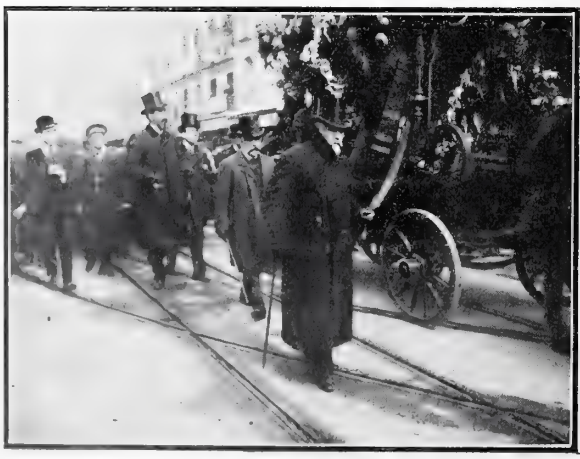
Muchos le ofendieron: pagó las afrentas con beneficios. Algunos envidiaron su ingenio, su alegría, la suave amenidad de su trato, el afable chispear de su conversación. Pocos han imitado ó imitarán la franqueza de sus pensamientos, traducido siempre en palabras graciosas: ninguno acaso la tenacidad de sus empeños para llevar á cabo acciones humanitarias y caritativas.

No se puede ahora medir lo que pierden con la muerte de Blasco la literatura y el periodismo; sí asegurar que pierden mucho los pobres, los menesterosos, los oprimidos, los que padecen persecución por la justicia. No comprendió el socialismo económico y estadístico fundado en raciocinios matemáticos de Carlos Marx, ni el utópico y soñador anarquismo de Kropotkine y de Reclus. Por eso le rechazaron los socialistas de blusa y los anarquistas de levita y largas melenas. Era español antes que nada y sentimental sobre todo: era bueno. Razonaba con la fantasía muchas veces, porque había visto á tantos grandes hombres razonar con la razón nada más y hacer tantos disparates y causar tamañas desdichas, que no tenía gran fe en las leyes de la lógica humana, viejo y artificioso armatoste que á cada paso está rompiéndose y necesitando composturas y arreglos.

Todos cuantos hemos comenzado á escribir después que él le debemos algún favor inapreciable, una sonrisa aprobatoria, un apretón de manos en momento de apuro, una línea bondadosa, un empujón enérgico á la puerta que tardaba en abrirse. Nadie le estorbaba: no le hacía sombra nadie. Jamás se quejó de que nadie le pisase los talones. «Para todos hay», pensaba y decía siempre. No sería tan buen escritor como Lope y Cervantes sus *vecinos*, pero sí tan buen hombre como el mejor de aquellos dos pecadores, que deben de estar en el cielo.

En esta casa de BLANCO Y NEGRO se le quería á Blasco lo mismo que en todas las redacciones en donde trabajaba el insigne periodista. Con su muerte estamos todos de luto.

F. N. L.



EN EL ENTIERRO. LAS CINTAS DEL FÉRETRO

SRES. ECHEGARAY, RAMOS CARRIÓN, VITAL AZA Y DÍAZ DE MENDOZA

SRES MOYA (D. MIGUEL), BUENO Y AVILÉS

FOTS. L. ALONSO

FÍGARO Y SU HIJO

D. MARIANO JOSÉ DE LARRA (FÍGARO) EN 1836

D. LUIS MARIANO DE LARRA EN 1899

El mes de Febrero dejó amargos recuerdos en la familia Larra. Por triste coincidencia, murieron el padre y el hijo en dicho mes: el 13 (de 1837) el gran crítico, y el 20 (sesenta y tres años después) el infatigable autor dramático que heredó su gloria y su apellido.

Ni es ocasión de juzgarles, ni yo sería jamás el llamado á hacerlo, ni mis alabanzas habrían de añadir un quilate á la indiscutible y universal fama del padre ni á la justa reputación del hijo.

Pretendo sólo señalar algu as coincidencias que entre ambos existen y que estimo curiosas por lo desconocidas.

De intimidades de familia, de carácter, de aficiones, de modo de pensar y sentir, podría decir tanto, que no sabría contenerme en los límites del cronista.

Fígaro tuvo tres hijos, y tres tuvo su hijo varón; ninguno de ambos vió morir á ninguno de sus hijos; los dos murieron antes que sus esposas respectivas; y lo más extraño es que *Fígaro* y su hijo fueron los dos escritores españoles que ganaron más dinero, cada cual en su época, y que ambos murieron pobres.

Sabido es que en España el cultivo de las letras produce mucho menos que el cultivo de las tierras; y si esto ocurre en pleno siglo XX, ¿qué ocurriría en la tercer decena del siglo XIX? Por eso considero asombroso, y á no tener delante cartas, contratos y libros, estimaría inverosímil que D. Mariano José de Larra consiguiera ganar en España hasta el año *1837* la suma de *veinticinco mil duros*, y que D Luis Mariano de Larra hasta *1880* cobrara por derechos de propiedad de sus obras dramáticas *tres millones de reales*.

Por contrato celebrado el 28 de Noviembre de 1836 entre *Fígaro* y D. Juan Jordán, empresario de los periódicos *El Redactor General* y *El Mundo*, se obligó el primero á escribir seis artículos jocosos al mes y dos de fondo, para el primero de dichos periódicos, y uno á la semana para el segundo; y la empresa se obligó á dar á mi ilustre abuelo por el empeño que contrajo, el sueldo anual de *cuarenta mil reales*. Esto sólo por la primera publicación de sus artículos, pues *Fígaro* se reservaba el derecho de vender la propiedad de los mismos después de publicados, como lo efectuó á D. Manuel Delgado, de quien percibió en dicho año la suma de *treinta y cinco mil novecientos noventa reales*, según detalle del que reproduzco algunos datos.

Por el artículo titulado *Primera carta de Fígaro*, 1.000 reales; *Segunda* y *Tercera carta de Fígaro*, 5.000; *Cuarta carta de Fígaro*, 2.500. Es decir, que la venta de cuatro artículos, *ya publicados*, le produjo *8.500 reales*.

Por *El Doncel*, 6.000 reales; por los tomitos primero y segundo de *Colección de artículos*, 3.000; por el tomo tercero de la misma, 2.000; por los tomos cuarto y quinto, 3.000; por *El dogma de los hombres libres*, 3.000; por *No más mostrador*, 3.540; etc., etc.

Si á esto se añade que el periódico *El Español* le pagó en un año 16.000 reales y que no había empresa periodística ó teatral que no le arrebatara de las manos cuanto salía de su pluma, pagándolo á precio hasta entonces desconocido, se comprenderá fácilmente que en *seis años* pudiera aquel hombre excepcional y único ganar con el periodismo lo que aún hoy resulta fabuloso.

Las cifras que voy á citar no asombrarán tanto como las anteriores, porque hoy algunos autores dramáticos ganan mucho más de lo que ganó mi padre hasta el año *1880*; pero hasta dicha fecha no llegó ninguno á cobrar lo que él, si he de atenerme á carta que conservo de D. Alonso Gullón, en la que dice: «Este año, como el pasado, es usted el que ha puesto el cascabel al gato: la adjunta cuenta le sorprenderá á usted tanto como á mí me regocija.»

La Oración de la tarde le produjo 140.814 reales; *Bienaventurados los que lloran*, 105.558; *El amor y el interes*, 100.299; *Los lazos de la familia*, 93.219; *Oros, copas, espadas y bastos*, 92.942. Esto entre las comedias y los dramas. Entre las zarzuelas, *El barberillo de Lavapiés*, 211.455 reales; *Las hijas de Eva*, 139.623; *Sueños de oro*, 130.197; *La conquista de Madrid*, 128.283; *La vuelta al mundo*, 117.743. Otras obras hasta 150, entre ellas *Los hijos de Madrid* y los arreglos de *Las campanas de Carrión* y *Bocaccio*, completan los tres millones de reales.

A pesar de esto, repito que mi padre murió pobre (tan pobre como murió el suyo), y tuvo que malvender sus obras, que producían siete ú ocho mil duros al año, en la mezquina cantidad de setenta mil pesetas. Desde su venta hasta el día habrán producido triple.

Si la humanitaria y salvadora Sociedad de Autores Españoles hubiera nacido veinte años antes, yo sería rico, como lo serían los herederos de Camprodón, Eguílaz, Gaztambide y otros, y la terrible y escandalosa usura de los editores, que empobreció á todos los autores del siglo XIX, hubiera quedado burlada, como burlada ha quedado en el XX.

Descansen en paz mis dos antepasados, que al legarme su famoso apellido me obligan tanto, cuanto obligado les quedo. Reciba el abuelo un recuerdo de admiración y respeto, y reciba el padre, á quien debo lo poco que valgo, un recuerdo más de adoración de los muchos que le dedico á todas horas.

LUIS DE LARRA

APUNTES CÓMICOS

El boyero: —¡Que gusto! ¡Ya no nos tocan el timbre!

Los maradores, imitando á Cúchares, echan el toro encima al picador.

UNA CALLE DE ANTEQUERA

POR GARCÍA Y RODRÍGUEZ

A SECRETO AGRAVIO, SECRETA VENGANZA

Don Enrique de Aguilar,
que era Justicia en Toledo
tenía, si no la prueba,
indicio seguro y cierto
de que su esposa y don Juan
su limpio honor ofendieron.
No provocó á su ofensor
por no divulgar sus celos,
rompiendo de su deshonra
el bien guardado secreto;
pero ya que era el Justicia,
supo asirse de un pretexto
para prender á don Juan,
recluyéndole al momento
en la casa que antes fué
cuartel de los cuadrilleros;
y así que estuvo don Juan
asegurado en su encierro,
ahuyentó de allí el Justicia
á todos los carceleros;
sin ser visto de don Juan,
dejó el postigo entreabierto,
la llave en la cerradura
y espada y daga en el suelo,
quedando tras la cancela
recatado y en acecho.
Pronto observó que se hallaba
sin guardias el prisionero,
y pues que no dió palabra
de quedar en aquel puesto
y al quebrantar su prisión
dejaba su honor ileso,
recogió don Juan las armas
que halló en tierra, salió luego,
miró en derredor, y huyó
por un pasadizo estrecho,
tan solitario, que fué
cómplice de sus intentos.
Tras don Juan salió el Justicia
desenvainando su acero;
dióle una voz, revolvióse,
se encararon y riñeron,
quedando en tierra don Juan
sin vida y sangrando el pecho.
Al rayar el nuevo día,
el Justicia de Toledo
á su esposa doña Luz
refirió el triste suceso,
y como viere á la dama
temblorosa y sin aliento,
cuando supo que á don Juan
su marido había muerto,

el Justicia replicó
con grave y pausado acento
—Nadie ultraja impunemente
al Justicia de Toledo.
porque sabe ser Justicia
y sabe ser caballero,
y dar secreta venganza
á los agravios secretos.

RAFAEL TORROMÉ

DIBUJO DE RUIZ MORALES

LA PRIMERA SALIDA

CUENTO

Mucho más contento y mucho más alborozado que Don Quijote cuando «por la puerta falsa de un corral» salió al campo en uno de los calurosos días del mes de Julio, dispuso también su primera excursión en automóvil Manolito Juvi, muchacho con muy buenas prendas..... de ropa, aficionado al modernismo, y por *ende* á ese peligroso y molesto y antiestético linaje de locomoción, generalizado como es sabido para compensar el quebranto que la competencia incontrarrestable del alumbrado eléctrico ha producido á los especuladores del petróleo: especuladores cuyo *trusts* (pronúnciese *trasts*, ó *troests*, ó *treusts*, ó como se quiera, porque el uso autoriza todas esas pronunciaciones y muchas otras), cuyo *trusts*, digo, ó *trasts*, ó como fuere, maneja grandes capitales, y merced á ellos, impone las modas que le convienen, por estrafalarias y perniciosas que sean.

No era Manolito Juvi altruísta como Don Quijote; ni le apretaban para realizar su salida, lo mismo que al hidalgo manchego, «los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que mejorar y deudas que satisfacer». Nada de eso; Manolito no pensó nunca en deshacer agravios, ni en enderezar tuertos, ni mucho menos aún en satisfacer deudas de otros; él, que solía no pagar las suyas.

No; el propósito de Juvi se reducía, por de pronto, á divertirse; y elevando un poquito más sus aspiraciones, á darse tono después entre sus amigos, y sobre todo entre sus amigas, relatando los incidentes de la arriesgada expedición al Pardo. Era el del automóvil *sport* poco extendido todavía entre nosotros, aunque ya muy usado, casi vulgar, en París, en Londres y en New-York. Presumía Juvi, por consiguiente, que en concepto de *sportman* iba á dar golpe..... y, en efecto, en muy poco estuvo que lo diera; pero no anticipemos los sucesos, como decían los noveladores de antaño y aún siguen diciendo algunos de hogaño.

Está claro que no se puso Manolito *la mal compuesta celada, ni embrazó la adarga, ni tomó la lanza;* pero hubo menester de varias operaciones preliminares para montar en el *carruaje con mecanismo*..... (así define la Academia al *automóvil;* vocablo al que ha concedido hospitalidad, como por misericordia, en el apéndice de la décimotercia edición de su Diccionario).

Calóse la capucha del impermeable hasta cubrir con ella la frente; *se calzó* gruesos guantes de gamuza; puso ante los ojos cristales obscuros; introdujo algodones en el conducto auditivo externo; obstruyó la nariz como le fué posible sin atafagarse, y una vez llevados á término feliz esos preparativos con que se convirtió artificialmente en sordo y en daltoniano y se produjo, también artificialmente, la *anosmía* y la falta de tacto; privado, como se ve, casi por completo de cuatro sentidos corporales y sin medio de utilizar el quinto, subió como Dios le dió á entender, en su artefacto, bastante menos dócil que el pobre Rocinante, y..... ¡hala ¡hala! camino del Pardo, á divertirse y á lucir sus habilidades de *automovilista*.

Es de advertir, que antes de adoptar todas las precauciones dichas para defender el cabello y los ojos, las manos y los oídos, el órgano del olfato y el rostro respectivamente, ya de los rigores del sol, ya del polvo de la carretera, tanto de los vapores del petróleo cuanto del estridente y desagradable chirriar del vehículo, y, en resumen, de las mil y una molestias que el aparato proporciona, había recibido Manolo algunas lecciones indispensables para dirigir su coche, construído con arreglo á los últimos adelantos, según le dijo el fabricante cuando, recién concluído el automóvil, se lo remitió desde París.

Como alma que lleva el demonio—según frase vulgar en tiempo de nuestros abuelos—se lanzó por el camino de San Antonio adelante la máquina, con gran contentamiento de Juvi, que se de-

jaba llevar como un fardo, aunque figurándose que era director del movimiento. Los algodones con que había tapado sus orejas libráronle de oir las maldiciones que carreteros y simones y transeuntes de á pie y jinetes en toda clases de cabalgaduras lanzaron sobre el automóvil y sobre el animal que iba dentro.

Manolito se figuraba que realizaba una marcha triunfal, y que las gentes se detenían para admirarlo y aplaudirlo.

Y así, entre maldiciones y dicterios, entre blasfemias y amenazas, que á Juvi se le antojaron manifestaciones de simpatía, llegó al Pardo.

Creyó el *sportman* que había llegado el momento de apearse. Intentó llevar á cabo la maniobra más sencilla de cuantas le habían enseñado: la de hacer que el carruaje se detuviera, y no acertó con ella.

Aprieta de aquí, tira de allá; vuelve este tornillo, retuerce el otro; como si no; el vehículo seguía corriendo y corriendo, sin obedecer al amo. El cual amo, desconocedor del terreno, no sabía hacia dónde le llevaba su aparato.

Por fin, uno de los tornillos cedió á la presión. Cierto que no se detuvo el carruaje, pero giró hasta dar media vuelta, y continuó disparado, recorriendo en sentido inverso el mismo camino que había andado desde Madrid.

«Pues nada—pensó Juvi;—á Madrid me vuelvo; es decir, á Madrid me vuelven. Mejor es esto que seguir corriendo á la ventura hasta sabe Dios dónde.»

Llegado á la puerta de San Vicente, pretendió el viajero por centésima vez que el carruaje se detuviera; pero el carruaje, erre que erre, sin querer pararse.

«Pues señor—se dijo el pobre excursionista sintiéndose sofocado;—¿adónde voy yo con este chis-

me, sin poder pararlo, y que me llevará por ahí haciéndome la irrisión de mis amigos si me ven?»—Y tornó á la maniobra de desandar lo andado; y nada, otra vez hacia el Pardo.

No llegó hasta allá. Como á dos kilómetros del Real Sitio, el automóvil se paró en seco.

Sin duda se le habría concluído la cuerda al mecanismo, ó el combustible. En fin, que no le dió la gana de andar más.

Y así terminó la primera salida de Manolito Juvi, que ataviado como se hallaba hubo de regresar á pie por el camino del Pardo, hasta que encontró un coche de los vulgares en que guarecerse, para no ser objeto de la burla de cuantos lo veían con tan extravagante indumentaria.

El automóvil allí se quedó tan plantado, y fué preciso que otro carruaje, no automóvil, lo remolcase hasta el domicilio del *sportsman*. Quien habiendo leído algunos días después en varios periódicos la relación de trágicos accidentes ocurridos á otros expedicionarios, quedó muy agradecido á su aparato, recordando al personaje de una comedia muy aplaudida cuando dice:

> Nos destierra; pudo ahorcarnos.
> Conque mejor que mejor.

Pero renunció para en adelante al *cultivo* de ese *sport*. De modo, que aquella salida de Juvi fué la primera y la última.

A. SANCHEZ PÉREZ

DIBUJOS DE XAUDARÓ

ROSA DE TE

POR E. SALA

Mi siempre pulcro y atildado amigo Inocente Palomino se presentó anoche en el café, después de algunas semanas de ausencia, un tanto descuidado de ropa, bastante desordenado de pelo y desmesuradamente crecido de uñas.

Gran extrañeza nos causó á todos los contertulios aquel inesperado cambio; pero aún nos la produjo mayor, que un hombre como Inocente, manantial inagotable de chirigotas y malabarista consumado de retruécanos y chistes de tirabuzón, escuchase las bromas que le dirigimos con la más imperturbable seriedad del mundo, sin contestar ni una palabra. Solamente cuando les tocó el turno á las uñas alzó solemnemente ambas manos para que apreciásemos mejor aquellas excrecencias que sobre las yemas de sus diez dedos asomaban como peinetas de maja de Goya, y nos dijo con enfático tono:

—¿Esto? ¡Esto es un símbolo!

—Nosotros creíamos que era una porquería.—díjole uno de la reunión.

Pero Inocente, sin darse por entendido. continuó diciendo:

—¡Un símbolo! Y torpe será hasta no ver por tela de cedazo dos dedos más allá de sus narices el que no lea claramente en estos diez puntiagudos caracteres que *Homo sum.* ¡Ya lo creo que lo *sum;* y por consiguiente... *humani nihil á me alienum puto! ¡Nihil*, caballeros; absolutamente *nihil!*

Aquí hizo una pausa, esperando sin duda alguna objeción á que agarrarse para continuar su oración; mas como ninguno le dijéramos ni una sílaba, cerró el paréntesis y se metió en harina diciendo:

—¡Ah, señores! Muchos días de copiosas lecturas y no pocas noches de profundas meditaciones, han incrustado en mi ánimo la evidente certeza de que Proudhon dijo una solemne majadería cuando afirmó que la propiedad es un robo, porque lo cierto es precisamente lo contrario. *¡El robo es una propiedad!* Una propiedad característica de la especie humana. Dióle al hombre la sabia Naturaleza uñas en los veinte dedos, y se las dió crecederas, y la vanidad y la hipocresía le llevaron á cortárselas. ¿Por qué? Yo no me avergüenzo de mi origen, ni disfrazo mi natural instinto, ni reniego de mi fatal destino, y me las dejo crecer. *Homo sum...* etc. ¿Os extrañan mis palabras? ¿Os espantan mis ideas? Ya las comprenderéis cuando leáis mi obra, donde más menuda y detalladamente se tratará esta materia, y convendréis conmigo de todo en todo. Porque habéis de saber que la tengo aquí, dijo dejando cinco uñas señaladas en su frente, y dentro de unos días saldré para un retiro donde pueda escribirla á mis anchas, que todavía no sé si será Leganés ó San Baudilio de Llobregat el lugar que para ello escoja. Allí os probaré que el instinto del robo es innato en el hombre, haciéndoos ver cómo el niño, así que se da cuenta de lo que le rodea, se apresura á echar la manecita á lo ajeno. Allí se verá cómo á la criatura que no quiere la papilla se le hace entender que es para otro niño ó para el gato, á fin de despertar su apetito, que se abre de par en par en cuanto cree la cucharada *ajena.* Por algo á los muchachos se les llama *rapaces.* De la semilla de este diminuto instinto, nace y se desarrolla la planta de sus ulteriores rapiñas. y frutos copiosos de ella ruedan por esos mundos. Ahí están, para no dejarme mentir, el granuja que os limpia el reloj, el compañero que os birla el destino, el amigo que os quita la novia, el mercader que os saca los ojos, el tahur que os tira el pego, el salteador que os arranca la bolsa con un trabuco, el conquistador que os afana una isla con una escuadra. Hemos convenido en ocultar este instinto, y hasta hemos inventado códigos y edificado presidios para que se crea que nos es odiosa la afición á lo ajeno, y nos cortamos el símbolo de seres de rapiña; pero á lo mejor se nos escapa y revelamos en nuestras frases lo agradable que nos es la cosa. En el más bonito juego de naipes, nuestro mayor encanto está en el *robo.* Ponderamos el mérito de las mujeres suponiéndolas ladronas: desde el *tripili* que cantaban nuestros abuelos,

olé chiquilla,
dale con gracia,
que *me has robado* el alma,

hasta las peteneras porque se salían nuestros padres para la hija del señor alcalde mayor,

ay Soledad, Soledad,
que roba los corazones,

y para cualquier hija de vecino que si nos mira á *hurtadillas* nos *quita* el sentido. Altos timbres se lograron en la heráldica por lo *Hurtado* de Mendoza y por lo *Ladrón* de Guevara. Ovaciones, palmas y tabacos se tributan al torero que en apurado trance sabe *hurtar* el cuerpo. Y hasta el respetable Código, al que paga religiosamente la letra que el librador le gira, le llama... *tomador.* El ladrón de más categoría fué Júpiter, que robó á Europa. El más afortunado fué Caco, qae pasó á la historia como prototipo de ladrones sólo por robar unas miserables terneras, y cuando para mayor ignominia... *fué habido.* Pero el colmo del robo se cometió en poesía con aquel célebre rubí

partido por gala en dos,
arrancado para ti
de la corona de Dios!!

—El colmo es otro, le dijimos entonces, y debe figurar en tu obra, porque es de tu género y de tu estilo.

—¿Cuál?

—El colmo del robo es robar al robo mismo, aunque sea una letra.

Y dándose una palmada en la frente, salió corriendo y gritando:

—¡Ya lo tengo! ¡¡¡¡El colmo del *robo*... es el *Rob*... Laffecteur!!!!

Y entonces le reconocimos.

CARLOS LUIS DE CUENCA

LA PROMESA

I

¡Pobrecita Lola!
Lola la del *Huerto de la pasionaria*...
tan malita se encuentra la pobre,
que milagro será si se salva...

¡Pobrecita Lola! parece mentira,
¡si vendía salud, de tan sana!...
siempre tan sencilla, siempre tan alegre,
¡tan buena muchacha!....

Su madre está loca
de pena, no duerme desde há tres semanas...
de la cabecera de la pobrecita
Lola, no se aparta....
¡se parten las piedras
de oir sus palabras!...

Ayer, de rodillas,
la infeliz estaba
diciendo con toda
la fe de su alma:
—¡Virgen de mi vida, no me desampares!...
¡Madre soberana,
te prometo subir de rodillas
á tu ermita, si á mi hija me salvas!...
. . . . . .

Le han administrado ya los sacramentos
á la pobre Lola, y el cortejo pasa
por los olivares,
elevando á los cielos plegarias...
en Dios todavía
puesta la esperanza...
¡De los olivares y el huerto callado,
donde ya no canta
Lola como en tiempos,
también se levantan
así como rezos, cuando el viento agita
rumorosamente las frondosas ramas!
. . . . . .
. . . . . .

II

En lo alto del monte
se encuentra enclavada
la ermita, como una
paloma de blanca...
La escabrosa cuesta sube de rodillas
una pobre mujer fatigada,
cayendo de bruces infinitas veces,
de fuerzas ya falta...
¡la frente se ha herido, punzado las manos...
¡sus rodillas sangran!...

Lola, que la sigue,
se deshace en lágrimas,
y la pobre mujer, que es su madre,
¡lleva de alegría radiante la cara!

VICENTE MEDINA

DIBUJO DE REGIDOR

PLACERES SOCIALES

Una hermosa mañana, sin saber á punto fijo por qué, la señora de Píriz experimentó repentinamente la necesidad imperiosa de ver á unos cuantos semejantes suyos dar vueltas á la redonda en su salón. Inmediatamente participó su deseo á su señor marido, el cual prestó su aquiescencia, no sin que dejase adivinar cierta leve melancolía.

Sin pérdida de tiempo, la señora de Píriz se entregó con afán al ímprobo trabajo de redactar las invitaciones. Tenía mucho empeño en que fuesen correctísimas y al mismo tiempo en que se saliesen de los límites de la trivialidad acostumbrada en esta clase de documentos. Al efecto, compuso distintos y muy variados borradores; comparó las diferentes fórmulas en ellos empleadas, y para saber con toda precisión y exactitud el alcance y valor de algunas palabras, no vaciló en recurrir á los buenos oficios del amigo Perico Larousse y de su excelente *Gran Diccionario Universal del siglo XIX*. La señora gozaba cierta reputación de persona ilustrada, y tenía deseo de no comprometerla con un error ó una incorrección. Al fin, después de muchas probaturas, la señora de Píriz dió á luz una fórmula definitiva, que comunicó en seguida á su señor marido, quien prestó su aprobación, no sin dejar entrever la más profunda indiferencia.

En vista de ello, la ilustrada dama se puso manos á la obra. Se levantaba con el alba, y diez ó doce horas del día pasábalos encorvada sobre el bufete, escribiendo unas cartulinas rectangulares. Durante una semana, al presentarse á la mesa llevaba los dedos vergonzosa é indeleblemente manchados de tinta. Pero con una constancia de niño aplicadito, su ardor para la escritura era tan grande, que, una vez terminada su labor, por más que hizo no pudo privarse de seguir escribiendo etiquetas nuevas para todos los tarros de dulces y conservas que había en la casa.

Entretanto sus amigos, sus conocidos y los conocidos de sus conocidos, y los amigos de sus amigos, habían recibido las invitaciones para el baile.

El día fijado para la fiesta, una multitud de individuas é individuos vestidos de gala y simpáticos en apariencia comparecieron resueltos á animar con su presencia la fría desnudez de los salones y á poblar el solemne vacío de los espejos. Como si obedeciesen á una consigna, todos los caballeros habían vestido el ridículo traje de los camareros de fonda. Las damas, al contrario, se distinguían tanto por lo variado cuanto por lo selecto y rebuscado de sus vestidos.

Bien pronto los ritmos de la música empezaron á entrelazarse de una manera desenfrenada bajo el arco frenético de los violines que manejaban las *damas vienesas*.

Entonces pasó una cosa increíble, inverosímil. Una porción de caballeros jóvenes y de la más fina educación, al parecer, tomaron entre sus brazos estrechamente á diversas personas del sexo contrario. Los brazos se crispaban sobre las cinturas. Las manos se apoyaban en los hombros... Y sin embargo, ninguna de las mamás allí presentes pareció conmoverse lo más mínimo. Agrupadas de tal modo las parejas, comenzaron á dar vueltas á la redonda, saltitos ridículos y resbalones indecorosos, sin que ninguno de los graves varones que contemplaban el espectáculo arrimados al hueco de los balcones y de las puertas experimentase la menor tentación de risa. Discretas y agudas conversaciones se traba-

ban acerca de la temperatura y de otros trascendentales asuntos entre las parejas que parecían más interesadas. Otras conversaciones versaban sobre los placeres y encantos de la vida social. Y sin embargo, ninguno de aquellos seres inteligentes sentía ganas de llorar de tedio

De pronto circuló la noticia de que la señora de Píriz tenía reservada á sus invitados una gran sorpresa: el poeta de moda iba á recitar algunos de los versos que tanta fama le había dado en las tertulias de café y de cervecería. Inmediatamente formáronse grupos de espectadores atentos, y el alumno de las musas apareció. Abrochado hasta el cuello, su levita raída intentaba en vano disimular unos puños y un cuello nada curiosos. Su cabellera, abundante en demasía, no evocaba sino una remotísima idea de los elementales cuidados de la jofaina. Sus uñas parecían llorar la reciente pérdida de un pariente muy cercano. Si cualquiera de aquellas señoras se le hubiese encontrado en un sitio solitario, se habría muerto de miedo; pero en aquella atmósfera tibia y á la luz resplandeciente del gas, fué proclamado como un sér distinguidísimo.

De codos en la chimenea, el poeta parecía absorto en profunda meditación; mas de súbito sacudió la melena; su mirada, llena de inspiración, recorrió lentamente la sala, y su sonrisa de muñeco de palo recorrió toda la elegante concurrencia, no sin cierto desprecio. De su boca iban cayendo las palabras, lentas, solemnes, como si estallasen en la atmósfera... Oyéronse murmullos. Nadie aplaudía por no destruir el encanto. Terminada la recitación, casi todas las jóvenes se disputaron la gloria de ser presentadas al ilustre vate y de bailar con él. Al día siguiente, la mancha de cuatro dedos y de un pulgar grasientos en la cintura de sus vestidos les habría hecho no olvidar que habían bailado con el poeta, si los pies de las pobrecillas, deshechos á pisotones, no se lo hubiesen recordado tristemente.

Los bailes continuaban cada vez con más ardor. De vez en cuando, algunas personas se dirigían al *buffet*, ansiosas de cerciorarse de la buena calidad de los comestibles. Forzoso es creer que la mayor parte de ellas eran personas serias y escrupulosas, harto prudentes para fiarse de la primera impresión, puesto que se creían obligadas á repetir la prueba. Como las señoras no habían de dirigirse solas hacia los *sandwichs* y hacia el Champagne, no pocos caballeros jóvenes se disputaban el honor de acompañarlas, satisfaciendo al par los preceptos de la galantería y las exigencias del estómago.

Los que se juzgaban ya suficientemente nutridos, no tardaban en marcharse; y ¡cosa extraña! su marcha se verificaba empleando procederes de una grosería sin igual. Aquellas personas que en toda la noche habían prodigado, sin regatear, las más refinadas fórmulas de la política, no titubeaban en emplear estratagemas y ardides, propios de indios apaches, para largarse con sigilo sin dar siquiera las gracias á los dueños de la casa. Y los invitados que sorprendían estos manejos, se contentaban con sonreir, persuadidos de que asistían á un espectáculo absolutamente británico.

En estas y en las otras, la luz del alba hizo pensar á los rezagados que ya era hora de irse á la cama...

El señor y la señora de Píriz se quedaron, por fin, solos. Y viendo su salón destrozado, sus muebles deslucidos, su *bibelots* saqueados, y observando el agotamiento total de sus vituallas, con cuyos restos habían contado para *rellenar* las comidas de la semana siguiente, no dudaron en calificar de groseros y de soeces á sus convidados, mientras que en la escalera el último grupo de éstos declaraba, con la mayor amargura, que los señores de Píriz estaban absolutamente faltos de todo trato social y que recibían como unos verdaderos marranos.

EDUARDO OSMONT

DIBUJOS DE MONTESERIN

ARDID JUDICIAL

Los vecinos de la Castañeda pusieron á Santiago el mote de *El Erizo*, comparando lo áspero y espinoso de su carácter con el fruto de aquel gran bosque que daba nombre á la aldea. Pero no penetraban toda la exactitud del mote; *El Erizo* también guardaba bajo su punzante corteza un corazón blando y dulce.

Sus malos modos le hacían odioso á quienes le trataban por encima; pero los que ahondaban en él, descortezándolo con el trato, le amaban como á un bendito salvaje.

Por eso sin duda, y además por su buena presencia, le amaba tanto Mariuca, una guapa moza que le conocía desde que, siendo ambos rapaces, andaban á pescozones debajo de los castaños por quitarse las castañas. Moza y mozo servían en la casa del Sr. Juanón, á quien llamaban señor, no porque lo fuera de alcurnia, pues era un campesino tosco, sino porque le confería aquel tratamiento respetuoso su hacienda, la cual, sin ser mucha, era la mayor de la aldea.

Juanón, al revés de Santiago, era suave por fuera y venenoso por dentro. Buena cara y mal corazón.

*
* *

Cierta mañana el amo dijo al criado:

—Oye, Santiago; sospecho que andan duendes en la era del maizal. El maíz merma mucho desde la era al hórreo. Vaya la verdad: no me fío del guarda.

Como el tal guarda era Lucas, el padre de Mariuca, *El Erizo* le defendió.

—Pues es muy de fiar. No hay hombre más santo y bueno.

—Convenido: pero por demasiado bueno, es malo para el oficio. Como no hace daño á nadie, nadie le teme. Y se dejará hurtar el grano antes que dar con la hoz á los atreros; vais á cambiar de puestos mientras dure la recolección. El vendrá á casa, y tú irás al maizal. Allí se necesita cara de perro como la tuya.

Santiago obedeció, en primer lugar, porque sabía que su amo no cambiaba nunca sus decisiones, y en segundo lugar, porque le agradaba cumplirlas en esta ocasión. En el campo del maíz estaba la casa de Mariuca. El mismo Juanón acercaba los dos corazones enamorados.

*
* *

Los vecinos de la Castañeda estaban aterrados y afligidos; aterrados por el crimen, nuevo entre aquella gente honradota; afligidos por la víctima, á quien hombres y mujeres querían igualmente, unos por su gracia y otras por sú bondad.

La pobre Mariuca había aparecido estrangulada en un despoblado.

El homicidio se cometió indudablemente en las primeras horas de la noche, porque al oscurecer, Lucas se despidió de su hija para irse á la casa de su amo, donde hacía interinamente el servicio de la caballeriza.

Y al amanecer hallaron el cadáver, ya frío, los segadores que iban á sus faenas.

El juzgado iba y venía y actuaba sin descanso, ya reconociendo el lugar del suceso y la habitación de Mariuca, ya tomando declaraciones, sin dar con el criminal ni con la causa del crimen.

La opinión pública se encaminó desde los primeros instantes por una pista: *El Erizo* había asesinado á Mariuca. El juez, hombre de buen sentido y poco sujeto por su experiencia á los prejuicios y fantasías populares, se resistía á ellos, porque en las declaraciones de Santiago encontró sinceridad y dolor hondo que no podía ser tan bien fingido por un hombre inculto y desmañado.

—¿No decís que la adoraba?—preguntaba el juez.

—Con el alma y la vida—respondían todos.—Pero, por eso, señor, por eso cabalmente. El mozo es

arrebatado lo mismo para el cariño que para la furia. O la rapaza le habrá dado algún disgusto ó alguna mala razón, ¿quién sabe? ó quizá él se habrá encelado y ciego y bruto le dió el golpe.

Por su parte, el Sr. Juanón dijo que Santiago y sólo Santiago tenía ocasiones para ver á Mariuca, porque pasaba las noches junto á la casa, como único guarda de la era; y que él mismo los vió hablando á la tardecita última que precedió al crimen. Los indicios acusaban, y el juez declaró procesado al triste viudo del alma, llevándoselo preso á la cabeza del partido.

—¡Que me ahorquen! ¡Y cuanto más pronto, mejor! ¡Para qué voy á vivir yo, si no vive ella!

Así exclamaba, al salir de la aldea entre guardias civiles, llorando, más que por su infortunio, por su Mariuca.

*
* *

Pocos días después de esto, Lucas se presentó en el Juzgado.

—Señor juez: ¿usía cree que un padre puede querer salvar á quien le ha matado á la hija? Pues yo vengo á salvar á Santiago.

—¿Cree usted que no es el homicida?

—Como creo en Dios, que sabe todo lo que está pasando y no hace un milagro para decírnoslo.

—¿Pero tiene usted pruebas?

—Todas y ninguna, porque no son de las que se ven. *El Erizo* no es capaz de una mala acción como esa. Nadie le conoce más que yo y mi pobrecita muerta. Parece un lobo, y era un córdero con ella. ¡Vamos, que no ha sido él, cuando no me lo comí antes de llegar la justicia! ¡Y en vez de eso anda libre alguno á quien me dan ganas de morder!

—¿Quién es?

—El señor Juanón, ¿para qué voy á callarlo? Siempre andaba rondando y buscándome las vueltas cuando yo salía á mi obligación para hablar con mi Mariuca; y ella no le podía ver. Y él me separó de mi casa tres días antes del crimen. Y, como si lo viera, fué para que mi hija se quedara sin defensa en el campo. Y él me mandaba á dormir en la caballeriza, para que no le viera salir por las noches. Pero lo vi más de una. Y él envió á Santiago á la era para esto, para esto; para que le echaran la culpa si ocurría algún desavío á mi pobrecita rapaza.

—Bueno; no sepa nadie lo que hablamos. Y si las cosas van saliendo, yo le diré lo que haya de hacerse.

*
* *

Mariuca, después de despedir á su padre á las ocho de la noche, cerró la puerta de su casa, dejando abierta una ventana baja para que entrase el fresco, y también para mirar por ella hacia la no distante era, en la cual desde dos noches antes velaba su querido Santiago.

Por aquella ventana entró el fantasma: tal le pareció á la moza el hombre audaz que asaltó rápidamente el cuarto.

Trató al principio de enamorarla con palabras melosas; después, de persuadirla con ofertas de dinero, y al cabo, de vencerla por la violencia.

La muchacha se defendió bravamente, ya con palabras, ya á empujones. Y cuando pudo desasirse se plantó de cuatro saltos fuera de la casa, dándose á correr por el campo. Como su perseguidor la alcanzara, ella gritó llamando en su socorro á Santiago, que no debía de estar lejos. El momento fué terrible. Aquel desalmado, cada vez más enloquecido por el deseo y por la resistencia, le tapó la boca con un pañuelo para ahogar los gritos; tanto temía la llegada de Santiago, quien, más ágil que él, le hubiera alcanzado y muerto. Y no sólo fueron ahogados los gritos: se ahogó también el resuello, y Mariuca expiró abandonada y sin que nadie pudiese valerla en la soledad del campo y en la tiniebla de la noche.

Así fué el crimen. Acaso excedió á la intención del homicida. El delito llama al delito.

Entretanto, el rapaz de ocho años, único compañero de Mariuca, lloraba de miedo en un rincón de

la cocina, llamando á su hermana y sin atreverse á salir para buscarla.

***

Todo era hervir de gente, bulla y comentarios á la puerta del Juzgado, donde se ampliaban las declaraciones del reo y de los testigos y se iban á celebrar careos entre unos y otros. El fiscal asistía á la diligencia. Santiago contestaba al interrogatorio con más gemidos que palabras.

Entró primeramente el hermanito de Mariuca.

—Tú declaraste hace días —le dijo el juez—que viste á un hombre dentro de tu casa con Mariuca. ¿No le oiste hablar?

—No, señor Me desperté, porque mi hermana abrió con mucho ruido la puerta. Él no hablaba, porque ella estaba ya fuera.

—¿Pero le viste?

—Cuando pasó por delante de mi cuarto, de donde no quise salir; tenía miedo.

—¿Te fijaste en la ropa que llevaba?

—Por fuerza; como que ya he dicho que lo vi.

—¿Es esa?—preguntó el juez señalando á la que Santiago llevaba puesta.

El chico miró atentamente.

—Esa misma es: la chaqueta parda y el chaleco rojo.

Seguidamente entraron el señor Juanón y Lucas.

—Ha declarado usted, señor Juan, que vió juntos al procesado y á la víctima pocas horas antes del delito. Recordará usted la ropa que vestían.

—Ella, la misma con que murió.

—¿Y él? Un testigo ha dicho que la misma que lleva ahora el procesado. Usted, ¿qué dice?

Juanón se quedó parado un instante; no sabía cómo responder, porque en realidad no había visto lo que declaró falsamente. El tío Lucas, previo permiso, dijo:

—Señor juez, esa pregunta es muy fácil de contestar; da hecha la respuesta, porque los pobres no tenemos más que un traje, y gracias. No nos remudamos como los señores.

Juanón vió el cielo abierto.

—Efectivamente, esa es; esa misma; la recuerdo bien

—Fíjese el testigo.

—Fíjese también usía en que la chaqueta está ya rota. Desde aquí estoy viendo los zurcidos de los desgarrones que debió de hacer la víctima en la lucha.

—¡Perro asesino!—gritó Lucas sin poder contenerse.—¡Bien muestras que has visto morir á la pobrecita de mi alma! Te hemos cogido en la trampa lobera. Esa ropa está hecha ahora por el mismo sastre que hace la tuya, y es copia de la que llevabas aquella mala noche. Yo te la vi por la mañana, y vi dónde estaban los desgarrones. Y no has vuelto á ponerte aquella ropa.

—Efectivamente—dijo el juez;—todo eso se ha hecho por acuerdo del Juzgado. La ropa es nueva; los zurcidos son aparentes y sobrepuestos de propósito. ¿Puede usted presentar la ropa que usaba antes del crimen?

Confundido y balbuciente Juanón, contestó:

—No puedo; no sé dónde está; era vieja y se habrá tirado al corral.

—Mentira; está segura en la casa, aunque no sé dónde.

***

Practicado un registro, se encontró la ropa desgarrada como la vió Lucas. El infeliz Santiago fué puesto en libertad, porque Juanón, acosado por las pruebas, hizo confesión, por la cual se supo que el crimen ocurrió tal y como queda relatado.

Y el vecindario de la Castañeda quedó atónito, viendo cómo aquel suavísimo hipócrita escondía pasiones fieras en su pecho, cómo aquel *Erizo* era una malva, y cómo pueden servir á la justicia los recursos teatrales.

EUGENIO SELLÉS

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

Lengua á la escarlata (1)

Mi estimada sobrina: Te remito
la carta que contesto á tu Pepito.
Si la entiende, es que sabe castellano,
y en premio le daré tu blanca mano.
No le pongo palabras, como él puso,
creyendo colocarme en un aprieto,
latinas, *enoemáticas*, sin uso,
arcaicas y en germán estrafalario;
le escribo castellano puro y neto
de la última edición del Diccionario

Respetable don Pepito:
He empezado una novela
que viene á ser un *centón*
de escritura *bustrofeda*.
Como en *acribología*
figura usté en el *exedra*,
le envío el primer capítulo
para que la bondad tenga
de poner una *postila*
en aquello que no entienda.

«Por terrenos de *abadengo*
cierto *aldrán* guía una *tena*,
que trae desde el *enciso*
pisando *sábulo* y piedras,
entre viejo *nocedal*
y novísima *fresneda*.
Le sigue entre los *filopos*,
con gran *carlanca*, una perra
que tendrá su *ablactación*
dentro de semana y media.
Del hombre que nos ocupa
voy á hacerle la *etopea:*
Agnado de un *cachupín*
turiferario de aldea,
que á la *ignispicia* se daba;
cospico de *cadañera*
entendida en *cerdoristica*
y de Velázquez *coera;*
es *escaro* y *anfaristero*,
goza de gran *eutropelia*,
y es tan *abstemio* y *apoto*
que no prueba ni *purrela;*
es *goitroso* y *traspillado*,
y no puede hacerse *crencha*,
porque es de nación *chamorro*,
es *tartaja* y *barbotea;*
es *taheño* y *recoquín*,
con *perigallo* de á tercia.
Cayó dentro de una *cavra*,
por ir mirando una *ortega;*
se hizo daño, quedó *rengo*,
y hoy, al caminar, *renquea*.
Va en busca de su *mapalia*,
porque es día en que la *mesta*
á la *nona* se reune
para tratar de la *freza*.
Viste *brandis albazano;*
caladaris son sus medias
delgadas como la *fárfara*
y sujetas con *pineda;*
lleva zapatones de *hirma*
y de *olona* la chaqueta;
calzones con *cachirulo*
y tirantes de *crizneja;*
va tocando el *birimbao*
para distraer la *inedia;*
así llega hasta un *bivio*
y se sienta *á media anqueta*,
de un *almear* á la sombra,
junto á unas tierras *ubérrimas*
cercadas de *cabrahigos*,
carascetos y *caléndulas;*
es tal su *manducidad*,
que saca de una *añafea*
un *fajardo* hecho en *padilla*;
y acto seguido lo *encenta;*
come un poco de unos *horcos*,
acemita, *calagreña*,
avugos y *coscarana*,
y después toda una *almuerza*
de bellotas muy sabrosas,
tirando la *avellaneda;*
bebió un trago en una *burga*,
y echó el hombre á pierna suelta,
cual si fuera el *conticinio*
ó el *gallicinio*, la siesta,
mientras á su alrededor,
aves, batracios y fieras,
guañen, *croscitan*, *rebudian*,
hipan, *crotoran*, *coznean*,
parpan, *pipian*, *croajan*,
croan y *castañetean*.
Entre sueños ve á su *cuya*,
la rica *chamarilera*,
poseedora de una *cilla*
donde un *hectóstero* encierra
de *camuñas*, *acemite*,
macías, *corzuelo* y *melgas*;
metida en unas *artolas*
la ve sobre yegua *arcela*,
con su pañuelo *briscado*,
con falda *isocre* de seda,
con pendientes de *barruecos*
y, de su *dactilioteca*,
con las más ricas tumbagas,
con su cara fina, tersa
y lisa como el *exergo*
de medalla recién hecha...
nuestro buen *aldrán zollipa*,
manutigia y balbucea,
pues es su *cuya*, aunque *naife*
hamadriade en la selva,
en los mares una náyade
y en el bosque una *napea*.»

Si lo escrito usté no entiende,
merece golpes de *penca*,
y es su carta documento
irrito que se desprecia;
métase usté á *bululú*
ó á cómico de la legua
en *gangarilla*, *cambales*
ó en *naque*, y... á hacer comedias.

MELITÓN GONZÁLEZ

(1) Contestación á la «Lengua trufada», de Vital Aza (véase el núm. 609).

EL PUENTE DE TRIANA
POR GARCÍA Y RODRÍGUEZ

AÑO TRECE Y NUMERO 619 MADRID DIA 14 DE MARZO DE 1903

BLANCO Y NEGRO

FOTÓGRAFOS Y AFICIONADOS BARCELONESES ASISTENTES AL CONCURSO DE FOTOGRAFÍAS

LA SEMANA PASADA

En el sitio más pintoresco y alegre de los alrededores de Barcelona, en la cumbre del Tibidabo, á donde se sube por un ferrocarril funicular, y desde donde se goza una de las más hermosas perspectivas que ofrecen las rientes orillas del mar latino, se ha inaugurado una estación de palomas mensajeras, fundada y dirigida por la Real Sociedad Colombófila de Barcelona.

El domingo 1.º de Marzo ingresaron en la torre-palomar situada en la cumbre 120 pichones que han de constituir su dotación, y que todos los días han de realizar á las doce próximamente, y á toque de campana, viajes de ida y vuelta, por el procedimiento *Malagoli*, hasta el local de la Sociedad, junto á la plaza del Teatro de Barcelona, y también concursos ó *vuelos de velocidad* desde diferentes puntos de Aragón, otorgándose premios como en una carrera de caballos. Inmediatamente después se soltaron grupos de mensajeras pertenecientes á diversos palomares de Cataluña, con sus despachos respectivos, y otras con silbatos chinos atados á la cola, los cuales, al volar las palomas, producían extraños y curiosos sonidos como de sirenas y locomotoras lejanas. Verificóse después la *suelta monstruo* de varios millares de palomas, que después de evolucionar lanzáronse en distintas direcciones á los ochenta palomares de donde procedían. Pero el mayor y más agradable atractivo de la fiesta fué el concurso de fotografías verificado en el mismo instante de la suelta de palomas.

Como nuestros lectores pueden ver, los fotógrafos y aficionados acudieron por centenares y adoptaron todo género de posiciones con el fin de reproducir el vuelo de las mensajeras. Se han obtenido clichés fotográficos verdaderamente valiosos, cuya propiedad y el derecho de publicarlos se reserva la Sociedad Colombófila, pero que para el artista y el observador pueden constituir pruebas muy dignas de estudio.

SUELTA DE PALOMAS MENSAJERAS EN LA CUMBRE DEL TIBIDABO

FOT. SOLERA

MOMENTO DE SER LANZADO AL AGUA EL NUEVO BUQUE FOT. REYMUNDO

OTRO espectáculo hermoso ha sido el que han disfrutado los gaditanos con motivo de la botadura del magnífico vapor mercante *Pedro Luis Lacave*, construído en el astillero de aquel puerto.

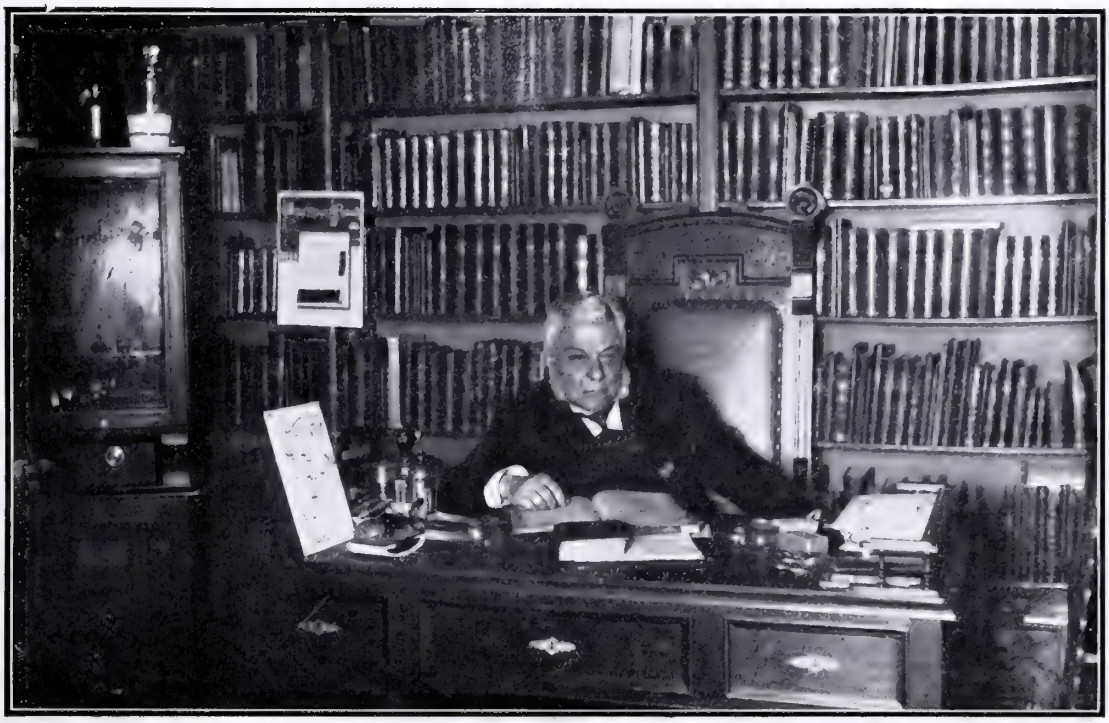
El proyecto se debe al ingeniero D. Miguel Rechea y la ejecución principalmente á los maestros don José Paredes, D. Gaspar Zuazúa, D. Rafael Manzano y D. Antonio González, así como al capataz Oliva y al contramaestre Garrido, nombres que tenemos el mayor gusto en publicar, por lo mismo que son los de modestos obreros.

Ha sido madrina del vapor la Sra. Doña Serafina Blázquez de Lacave, quien regaló á los obreros que tomaron parte en la construcción del buque trescientas cincuenta botellas de vino de Jerez de sus propias bodegas. La ceremonia del lanzamiento revistió la solemnidad acostumbrada en tales casos y resultó en alto grado emocionante. Después de recorrer la grada para inspeccionar el barco la madrina y multitud de elegantes y distinguidas damas invitadas al acto, procedióse á la botadura, que se verificó *sobre la quilla*, procedimiento que requiere exactitud asombrosa en el cálculo y gran solidez en las gradas, pues al quitar los puntales y entrar en funciones la prensa hidráulica, el casco ha de conservar perfectísimo equilibrio.

BOTADURA DEL «PEDRO LUIS LACAVE». LA PRENSA HIDRÁULICA FUNCIONANDO
FOT. REYMUNDO

Así ha ocurrido en la botadura del *Lacave*, resultando un espectáculo de indescriptible efecto.

UN sabio ilustre y un gran bienhechor de la humanidad ha muerto en Barcelona; el Dr. D. Juan Giné y Partagás, que ha



EL DOCTOR D. JUAN GINÉ Y PARTAGÁS FOT. L. GUERRERO

bía nacido en la capital de Cataluña á 18 de Noviembre de 1836, y que ha consagrado su vida entera á la humanidad doliente, no ya sólo dedicándola su inteligencia privilegiada y su gran saber teórico, manifestado en libros tan notables como sus tratados de Higiene rural, de Dermatología quirúrgica, de Frenopatología, de Historia médica, sino contribuyendo con su esfuerzo á todas las obras de beneficencia y filantropía, regalando á los epidemiados la mitad de su sueldo durante una invasión de fiebre amarilla, realizando continuas campañas en favor de la Higiene pública y privada

Desde 1873 era el Dr. Giné y Partagás director del manicomio Nueva Belén, situado en San Gervasio de Casolas, y dedicaba principalmente su actividad al estudio de las enfermedades mentales. Era además un literato muy distinguido, y á su pluma se deben muy curiosas elucubraciones inspiradas en sus estudios favoritos, como la singular novela *Un viaje á Cerebrópolis* y otras.

EL TIRADOR DE SIETE AÑOS MARIANITO POZO
EN UN ASALTO CON EL PROFESOR MERLINI

Las proezas de Pini y Merignac nos hacen volver la vista hacia Gijón, donde ha aparecido un excelente profesor de esgrima, Marianito Pozo, que sólo cuenta siete años de edad, pero que en diferentes asaltos y recientemente en uno verificado en el teatro de Jovellanos con el profesor italiano Signor Merlini, ha quedado acreditado como un maestro.

Así lo da á entender una quintilla que le dedicó Ramos Carrión, y que dice:

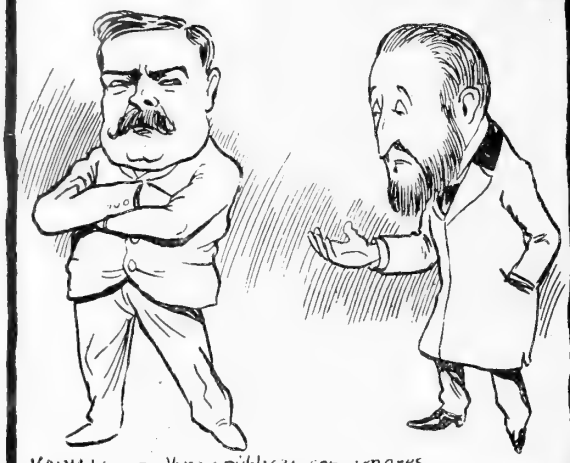
Tú serás maestro al fin,
porque empiezas chiquitín
y con destreza probada;
pero aunque tires la espada,
no seas espada... chín.

Y Vital Aza le dirigió estas dos ingeniosas cuartetas:

Tan chiquito y ya tan diestro
en ataques y paradas,
pronto hasta Pini, el maestro,
temerá tus estocadas.
¡Dichoso tú, que al entrar
de la vida en el vaivén,
sabrás sereno parar
los sablazos que te den!

DON RUPERTO

FRASES Y REFRANES DE ACTUALIDAD



VAHILLC — Obras públicas son amores y no buenas reducciones

JUNTA CENTRAL DEL CENSO —Cuando uno no quiere, dos no reganan

D JOAQUIN SANCHEZ ... Toca el violon
Los marinos le dan una Pita .... da Veiga.

SILVELA — Maura con gusto no pica.

MAURA - Tú que no quieres caldo, taza y media.

A LA MAGDALENA

PANORAMA DEL PRIMITIVO CASTELLON

NOTA TRADICIONAL DE CASTELLÓN DE LA PLANA

En el monte que hoy corona la vetusta ermita de la Magdalena edificaron los griegos jonios un castillo. A su alrededor se cobijaron algunas gentes que improvisaron pobres edificios. Ese fué el oscuro origen de la antigua *Castalia*, cuna del actual Castellón. Cuando el conquistador aragonés paseó victoriosas sus armas, arrojando á los musulmanes de la Plana, encargó en 1233 á Giménez Pérez de Arenós el traslado de aquella población á la fértil pradera sobre cuya verde alfombra hoy se asienta.

Amante este pueblo de sus tradiciones, las perpetúa elevando una hermosa estatua al rey D. Jaime y conmemorando el aniversario del traslado al llano, con una hermosa feria y típica romería á los destruídos muros que un día fueron hermosa población. Centenares de vehículos y numerosos grupos á pié animan el camino de la montaña presididos por el Ayuntamiento.. Allá celebran una lucida función religiosa á la Patrona; y después de batir las mandíbulas contra las vituallas y de bromear alegremente entre los puestos de venta del clásico rollo de pan, se recoge aquel campamento y los romeros regresan á la población. Los que no fueron esperan á los romeros, y todos organizan una típica procesión nocturna, de la que forman parte artísticos carros de triunfo.

CARLOS SARTHOU (HIJO)

ROMERÍA DE LA MAGDALENA — FOT. SARTHOU

ARTISTAS CALLEJEROS

TRES variedades principales pueden distinguirse en los artistas callejeros de Madrid. Pertenecen á la primera las cuadrillas de *filarmónicos* cuartetos ó tercetos, generalmente formados por dos violines, una viola que no hace sino rascar, y un contrabajo que lanza gruñidos caprichosos cuando se acuerda. Estos pobres seres, de color de humo, tristes como personajes huídos de una novela de Gorki, se dedican al género sentimental y llorón, que emociona y suspende al paseante romántico, á la señoringa cursi ó á la modista sensible. Cuando la emprenden con la *vecchia zimarra* de la *Bohème* ó con la *siciliana* de *Cavallería*, arrastrando los calderones de una manera desgarradora, hay muchacha á quien se le queda el corazón como un higo paso.

La segunda variedad tiene su principal representante en el memorable y

LOS DEL CUARTETO FILARMÓNICO

perínclito Paco *el Feo*, *cantaor* por lo *jondo*, ya un poco averiado, por desgracia, y que cultiva los ayes y enjuagaduras de la tierra de María Santísima, coplas de rondeña ó de *soledá*, en que indefectiblemente se trata de la *mare*, de la cárcel y del cementerio, ó dígase camposanto.

Por último, el tercer género tiene por principal mantenedor al ilustre ciego Modesto Escribano, verdadero periodista de

EL TANGO DE ACTUALIDAD

EL CIEGO MODESTO ESCRIBANO DICTANDO A SU HIJA EL TANGO DE LA CECILIA. OP. 5.000 Y PICO

la guitarra, con la cual acompaña, aprovechando cualquier música de tango, los versos que escribe acerca del asunto de actualidad más palpitante. Modesto Escribano, cuyos tangos se imprimen siempre en la clásica oficina tipográfica de la calle de Cabestreros, es el poeta más popular de España. Sus obras

PACO EL FEO Y SUS ADMIRADORES

más memorables, como la jota *estropeada* de *El dúo de la Africana*, el tango de *Varela* y el reciente de la *Cecilia*, han alcanzado tiradas de quinientos mil ejemplares. Y sin embargo, este poetámbulo, Modesto Escribano, cuyo nombre y apellido parecen simbólicos, según noticias vive pobre, y aunque viejo, sigue lanzando al aire un día y otro las inspiraciones de su Musa, y es probable que muera menesteroso y ambulante, como su ascendiente el autor de la *Iliada*.

FOTOGRAFIAS L. ALONSO

RECUERDOS DEL SIGLO XIX

EN LAS TULLERÍAS

El 23 de Febrero de 1848, el rey se decidió al fin á separarse del ministerio de Guizot; llamó á las Tullerías al prestigioso ministro M. Molé, y prometió las reformas. Al anochecer del día 23 extendióse por París la buena nueva, que produjo en el pueblo entusiasmo indescriptible. La muchedumbre recorrió las calles cantando y gritando con gran júbilo; desaparecieron las barricadas y se engalanaron las casas, y poco después de las diez de la noche, apiñada multitud con banderas y hachones se detuvo ante el ministerio de Negocios Extranjeros pidiendo que se iluminase el edificio. En aquel momento sonó un tiro, y los militares que allí estaban, creyendo que alguien les atacaba, hicieron una descarga, dejando en tierra, entre muertos y heridos, 52 personas. Apoderóse del pueblo furor inaudito; colocáronse los cadáveres sobre angarillas, y á la luz de las antorchas y al grito de *¡A las armas; se nos asesina!* invadieron las masas de nuevo las calles de la capital.

A las doce de la noche llenaba el espacio el estruendo de los tambores y de las campanas que tocaban á rebato. De este modo amaneció el 24 de Febrero del año 48.

Poco antes de la una de la madrugada avisó el rey por tercera vez á M. Molé, que aún no se había presentado en Palacio. Viendo que no llegaba, decidióse el rey á llamar á Thiers, que no se hizo esperar.

Thiers aceptó el Gobierno; impuso el nombre de Barrot; redactó breve alocución dirigida al pueblo, prometiendo moralidad, libertades y reformas; ordenó que su manifiesto apareciese al despuntar el día en todas las calles de París, y retiróse tranquilo á descansar.

Cuando amaneció parecía París un campamento, y aún mejor, un campo de batalla. M. Thiers se había equivocado; ni sus promesas, ni los prestigios de su nombre, habían influído en el ánimo del pueblo. Acompañado de Odilon Barrot fué á las barricadas y arengó á la muchedumbre, y sus palabras se perdieron en el vacío. A las siete de la mañana volvió á las Tullerías y allí reunió á los ministros; adoptó nuevas medidas y mandó que las tropas conservaran sus posiciones, sin hacer uso de las armas contra los paisanos.

Dos horas después observóse en el propio Palacio desusada agitación, y las fuerzas encargadas de su defensa se apercibieron para la lucha. Era que hasta los mismos muros de la regia estancia habían llegado balas disparadas en la calle de Rívoli. La duquesa de Orleans tuvo que cerrar las ventanas de sus habitaciones, se trasladó á las del rey y ordenó que se vistiesen apresuradamente sus hijos y se trasladasen á las que ocupaba la reina. Se cogieron tres ó cuatro prisioneros, se doblaron las guardias y la calma volvió á Palacio.

A las diez de la mañana, como de costumbre, se reunió la familia real en la galería de Diana para tomar el desayuno. Se esperó algunos instantes á Luis Felipe, que llegó sonriente, seguro del triunfo de los liberales, sus nuevos consejeros. Apenas se había sentado abrióse con estrépito una puerta, y sin previo anuncio y sin reparar en etiquetas palaciegas, se presentaron dos de los más flamantes ministros, más que pálidos, lívidos. El duque de Montpensier se levantó y se dirigió hacia ellos, y en pos suyo fueron el rey y la reina.

—Señor—dijo M. de Rémusat;—¿ignora V. M. lo que sucede?

—¿Qué pasa?...—preguntó el rey.

—Aquí mismo, en la plaza de la Concordia, á doscientos pasos de V. M., los soldados entregan sus armas y los dragones rinden sus sables.

—¡Imposible!...—exclamó Luis Felipe.

—Señor—interrumpió M. Lanbessein,—lo hemos visto nosotros.

Por primera vez llegaba la verdad á oídos del rey. Nadie intentó volver á la mesa. La reina intervino en el diálogo, y dijo á su esposo estas palabras:

—Monta á caballo y muere en la lucha si es preciso. Desde un balcón de Palacio te contemplarán tu mujer y tus hijos.

El rey obedeció; montó á caballo, revistó las tropas reunidas en el patio de las Tullerías y escuchó los vivas de ordenanza. La reina y las princesas, desde una ventana, siguieron con la vista sus movimientos. El rey volvió pronto á sus habitaciones, en donde le esperaba M. Thiers, quien perdida la esperanza que en su popularidad había puesto, pidió se le sustituyera con Odilon Barrot. En el momento en que el monarca cogía la pluma para firmar el nuevo nombramiento, se presentó en su despacho M. Girardin.

—¿Qué va á escribir V. M.?—dijo.

—Voy á nombrar á Barrot presidente del Consejo.

—¡Es ya tarde!

Luis Felipe le miró asombrado; era la segunda vez que había oído pronunciar aquella mañana esas tres palabras.

—No se trata, señor—añadió Girardin,—de un cambio de ministerio. El pueblo pide la abdicación de V. M., y si V. M. no abdica inmediatamente, dentro de una hora se habrá derrumbado la Monarquía y habrá sucumbido Francia.

El rey dejó caer la pluma, y M. Girardin la recogió, la colocó de nuevo en sus manos é insistió con estas palabras:

—Señor, un minuto de tardanza, y... ¡todo se habrá perdido!

—Hay que hacerlo por la salvación de Francia,—agregó el duque de Montpensier.

—Sea,—contestó Luis Felipe, al propio tiempo que escribía su abdicación en estos términos:

«Abdico en favor de mi nieto el conde de París, y pido á Dios que sea más feliz que yo.»

Se propaló la noticia y tampoco produjo el efecto apetecido, y el rey oyó por tercera vez que *era ya tarde*. Los sucesos se precipitaron rápidamente,

y llegó el instante en que se decidió que la familia real abandonase París. Mientras que el *rey de los franceses* cambiaba su uniforme militar por modesto traje de burgués, le contemplaba inmóvil la reina. Después, dirigiéndose á Thiers, dijo con acento severo:

—¡Esta es vuestra obra!...

Una vez que todo estuvo dispuesto, el mismo Luis Felipe pidió los coches, y supo que era imposible disponer de los suyos, y que le esperaban dos que con este fin se habían alquilado.

—La regencia—preguntó Mr. Cremieux,—¿corresponderá á la duquesa de Orleans?

—La regencia—dijo el rey—pertenece al duque de Nemours. Así lo dispone la ley; pero... no hay inconveniente en que se falte á ella.

Luis Felipe salió apoyado en el brazo de la reina y seguido por los duques de Montpensier y la duquesa de Nemours. Andando por caminos ocultos llegaron á los coches; hasta allí les acompañó Mr. Cremieux, que al perder de vista los carruajes, exclamó:

—¡Paso á un gran infortunio!

*
* *

Entretanto la duquesa de Orleans, rodeada por personas fieles á la dinastía, esperaba con creciente impaciencia nuevas impresiones. Desde la escena del desayuno no había vuelto á ver al rey. En los instantes en que era mayor el estrépito del combate que se libraba á las puertas mismas de Palacio, un modesto servidor de la Monarquía se acercó á la duquesa y pronunció esta frase:

—Los reyes han abandonado las Tullerías.

—¡Cómo!...

—Sí, el conde de París es el rey y vuestra alteza la regente.

—Mr. de Boimillon—gritó la duquesa,—es necesario buscar á alguien, hay que reunir gente; es imposible que me dejen á mí sola en situación tan difícil.

Mr. de Boimillon obedeció y recorrió inútilmente las desiertas estancias de Palacio.

—Señora—tuvo que decir,—no hay nadie.

—Pues bien—respondió la duquesa de Orleans—iré á pedir inspiración al retrato de mi marido, y allí, abrazada á mis dos hijos, me encontrará quien venga á darme la regencia ó á matarme.

Al ponerse de pie vió aparecer en el umbral de la puerta á M. Dupin, y dirigiéndose á él añadió:

—¿Qué ocurre? Disponed de mí: mi vida pertenece á Francia y á mis hijos.

—Vamos, vamos de prisa; no hay que perder tiempo.

—¿Adónde?

—A la Cámara.

Estas últimas palabras las oyó el duque de Nemours al entrar en la habitación de la duquesa de Orleans. Era la única persona de la familia real que se había quedado en Palacio para acompañar á la viuda de su hermano el duque de Orleans y para resignar á su favor la Regencia que le correspondía con arreglo á la ley.

En los momentos mismos en que la duquesa de Orleans y las personas que la seguían salían de las Tullerías por una puerta, por otra entraba el pueblo. La duquesa daba la mano al conde de París, y un ayudante llevaba al duque de Chartres.

Al atravesar el puente de la Concordia, el conde, el nuevo rey de Francia, tropezó y dió con su cuerpo en tierra. No se había causado daño y se levantó al instante. Hubo quien pensó que aquel era un triste presagio.

Desde el 10 de Agosto de 1792, era la tercera vez que las masas, embriagadas por el triunfo, penetraban, en son de guerra, en el Palacio Real. Por allí pasaron de nuevo como un torrente, destruyéndolo y desbaratándolo todo.

Estas escenas ocurieron á la una de la tarde, y la Cámara de los Diputados estaba reunida desde las doce. Allí se hallaba ya Thiers, pero nadie daba razón de Odilon Barrot. Cuando se supo la llegada de la duquesa de Orleans se colocaron al pie de la mesa presidencial tres sillones. La Regente entró en la Cámara en medio de profundo silencio, que significaba sentimientos muy distintos. El presidente M. Sanset, puesto de pie, concedió la palabra á M. Dupin, quien dió cuenta en brevísimas frases de la abdicación de Luis Felipe.

Sus palabras fueron acogidas por los diputados que ocupaban el centro de la Cámara con tres entusiastas aclamaciones: *¡Viva el rey! ¡Viva el conde de París! ¡Viva la Regente!*

—Señores—dijo el presidente,—esas aclamaciones indican que la Cámara, por voto unánime...

No pudo concluir; las protestas ahogaron su voz, y desde aquel instante imperó terrible confusión. Todos quisieron hablar á la vez. La duquesa de Orleans comprendió que la causa de su hijo estaba perdida; pero hubo un episodio que la dió nueva esperanza. La inesperada presencia de M. Odilon Barrot calmó los ánimos. Su voz se hizo oir, y su voz se pronunció en defensa del conde de París.

Cuando parecía que la tempestad se disipaba, las puertas de la Cámara se abrieron con estrépito y dejaron paso franco al pueblo, al mismo pueblo que había invadido las Tullerías.

Nadie pensó entonces más que en huir. La duquesa de Orleans abandonó la corona del conde de París para defender la vida de sus hijos.

Allí se proclamó la República; se formó el Gobierno provisional; se levantó sobre el pavés á Lamartine y se glorificó á Luis Blanc.

Así concluyó en París el 24 de Febrero de 1848, día sin igual en la Historia. En pocas horas consumió el prestigio y la popularidad de muchos hombres; echó por tierra tres ministerios; derrumbó dos tronos; puso fin á una Regencia y proclamó una República.

CRISTÓBAL BOTELLA

DIBUJOS DE C. VÁZ Z

VISTA GENERAL DE ALHUCEMAS

ALHUCEMAS

CENTINELA avanzado de la costa de Africa y punto estratégico importantísimo de apoyo para un ataque ó una defensa, álzase, como dijo el poeta,

... un peñón de la costa
que bate el mar noche y día,

un angosto, empinado y casi inaccesible nido de águilas, presidio, fortaleza y racimo de edificaciones que parecen columpiarse, prontas á caer al abismo, y colocadas en la más pintoresca y bizarra disposición que á hombres se les haya ocurrido dar á habitaciones suyas.

Es el peñón de Alhucemas un balcón ó saledizo de la costa africana, y forma el ángulo Oeste de la bahía del mismo nombre, la cual es bastante accesible, limpia y muy querenciosa para desembarcos ó invasiones. La artillería del peñón la defiende, según parece.

FORTIFICACIONES Y CEMENTERIO

Nuestras fotografías reproducen principalmente vistas del peñón, el cual tiene unos 150 metros de largo por 70 de ancho y 26 de altura en el frente del Norte, ocupado por el baluarte del Veedor. Todo él está ocupado por una verdadera piña de edificios, entre los que se abren estrechísimas callejuelas de aspecto oriental. La población que allí habita, guarnición inclusive, no llega á quinientas almas, pero aún es demasiada para la escasa cabida de aquel peñasco, el cual, además, para mayor tranquilidad del vecindario y por efecto de la constante labor de las aguas, se halla horadado en sus cimientos, por lo que en los días de borrasca precipítanse viento y mar en los agujeros y socavones, y los edificios retiemblan, y todo el peñón parece un gigantesco órgano en el que

CASERÍO DE LA PLAZA

cien ejecutantes locos la emprendiesen á un tiempo con el *crescendo* de la overtura de *Los maestros cantores*.

En estas amenas condiciones viven los excelentes soldados que guarnecen Alhucemas y de quienes nadie suele acordarse, por lo mismo que éste es uno de los servicios más penosos que la patria confía á sus hijos.

Desde el día 28 de Agosto de 1673, en que la plaza fué ocupada por los navíos españoles *San Agustín* y *San Carlos*, hasta el día de la fecha, apenas se habrá preocupado ningún gobernante español de que poseemos en Africa esa posición tan importante, y de la que cualquier otra nación más celosa de sus intereses habría procurado sacar partido.

Llevados, como siempre, de nuestro amor á lo fantástico, teatral y folletinesco, lejos de aprovechar las magníficas condiciones de la bahía, cuya extensión es de unas ocho millas y en cuyas márgenes se podía haber creado una población que sirviese de base para establecer comercio y comunicaciones con el interior y para ir aproximándonos amigablemente á los africanos, como ha hecho Francia en Argelia y como hace Italia en Trípoli, nos hemos contentado con fortificar mejor ó peor un pedrusco, por la melodramática posición que ocupa.

Y en vez de enviar allí comerciantes que representasen la industria y la civilización, hemos enviado presidiarios, representantes de la barbarie y muchas veces inferiores en cultura y en sentimientos á los mismos riffeños que antes del siglo XVII ocupaban la bahía y peñón de Alhucemas. El único espectáculo eminentemente español que las kábilas vecinas de Alhucemas pudieron presenciar el 15 de Noviembre de 1838, fué la sublevación de los francos de Granada que guarnecían el presidio, y á quienes los confinados políticos, carlistas en su mayor parte, lograron convencer para que se pronunciasen y alzaran en favor del pretendiente llamado Carlos V. Poco tiempo duró el pronunciamiento, pues comprendiendo los sublevados, en total 280 hombres, que no podrían resistir á las fuerzas que contra ellos se enviasen, apresaron dos barcos mercantes y huyeron hacia España, llevándose las municiones y las piezas de artillería que había en la plaza.

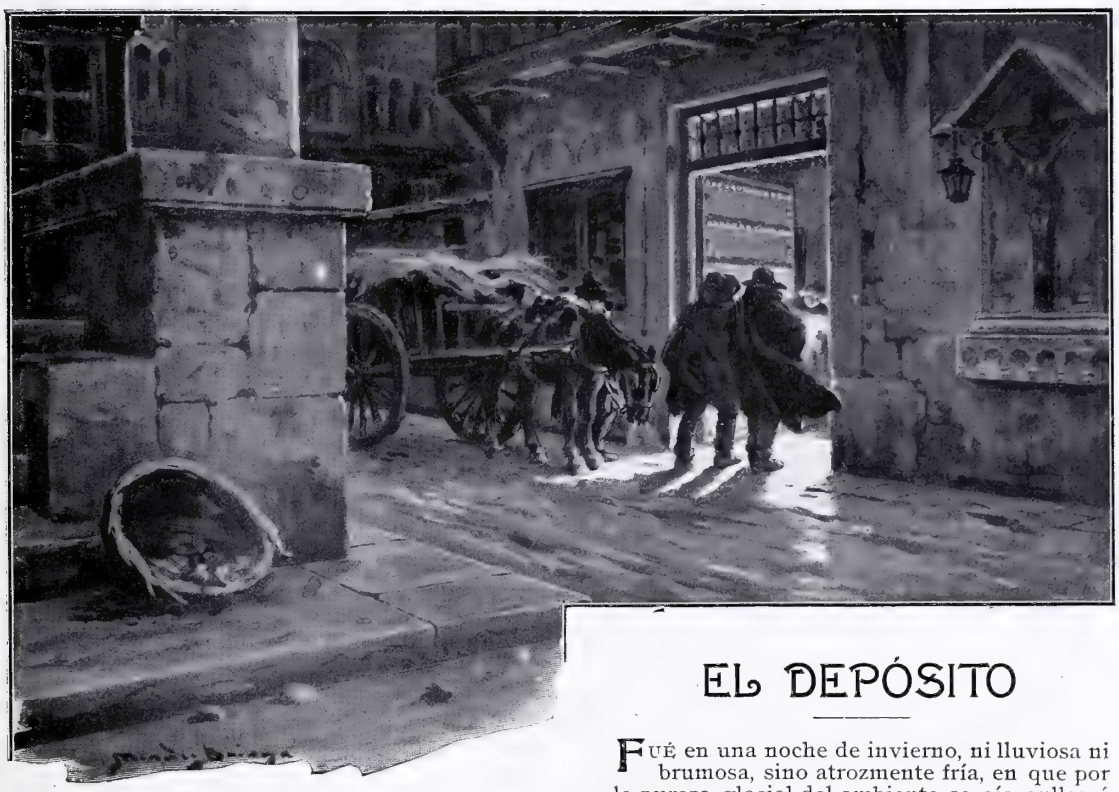
Con la ayuda de los buques de la marina de Francia y de Inglaterra que oportunamente se había solicitado por el Gobierno español, fueron perseguidos los sublevados, los cuales, ya por encontrar vientos contrarios ó porque los patrones de los buques buscasen huir su complicidad, fueron á parar á la costa africana, arribando el uno á Orán y encallando el otro en la misma costa. Las autoridades francesas los apresaron y desarmaron, conduciéndolos á Tolón.

* * *

TORRE DEL VIGÍA Y GOBIERNO MILITAR

EMBARCADERO DEL PEÑÓN DE ALHUCEMAS

CALLE CALDERETA FOTS. DÍAZ GÓNGORA



EL DEPÓSITO

Fué en una noche de invierno, ni lluviosa ni brumosa, sino atrozmente fría, en que por la pureza glacial del ambiente se oía aullar á los lobos lo mismo que si estuviesen al pie de la solitaria rectoral y la amenazasen con sus siniestros *¡ouu... bée!*—cuando el cura de Andianes, á quien tenía desvelado la inquietud, oyó fuera la convenida señal, el canto del *cucorei*, y saltando de la cama, arropándose con un balandrán viejo, encendiendo un cabo de bujía, descendió precipitadamente á abrir. Sus piernas vacilaban, y el cabo, en sus manos agitadas también por la emoción, goteaba candentes lágrimas de esperma.

Al descorrerse los mohosos cerrojos y pegarse á la pared la gruesa puerta de roble, dejando penetrar por el boquete la negrura y el helado soplo nocturno, alguien que no estuviese prevenido sentiría pavor viendo avanzar á tres hombres, más que embozados, encubiertos, tapados por el cuello de los capotes, que se juntaba con el ala del amplio sombrerazo. Detrás del pelotón se adivinaba el bulto de un carrito y se oía el jadear del caballejo que lo arrastraba, y cuyas peludas patas temblaban aún, no sólo por el agria subida de la sierra, sino por haber sentido tan cerca el ardiente hálito de los lobos monteses hambrientos.

—¿Está todo corriente?—preguntó el que parecía capitanear el grupo.

—Todo. No hay más alma viviente que yo en la casa. ¡Pasen, pasen, que va un frío que pela á la gente...!

Metiéronse en el portal é hicieron avanzar el carrito, que al fin cupo, no sin trabajo, por el hueco de la puerta; cerráronla aprisa solo con llave, sin echar los cerrojos otra vez, y ya defendidos de curiosidades—aunque en tal lugar y tal noche no era verosímil ningún riesgo,—bajaron los cuellos de los abrigos y se vieron unos rostros curtidos por la intemperie, animados por la resolución; unas barbas salpicadas de gotitas—la respiración, liquidada al abrigo del paño.

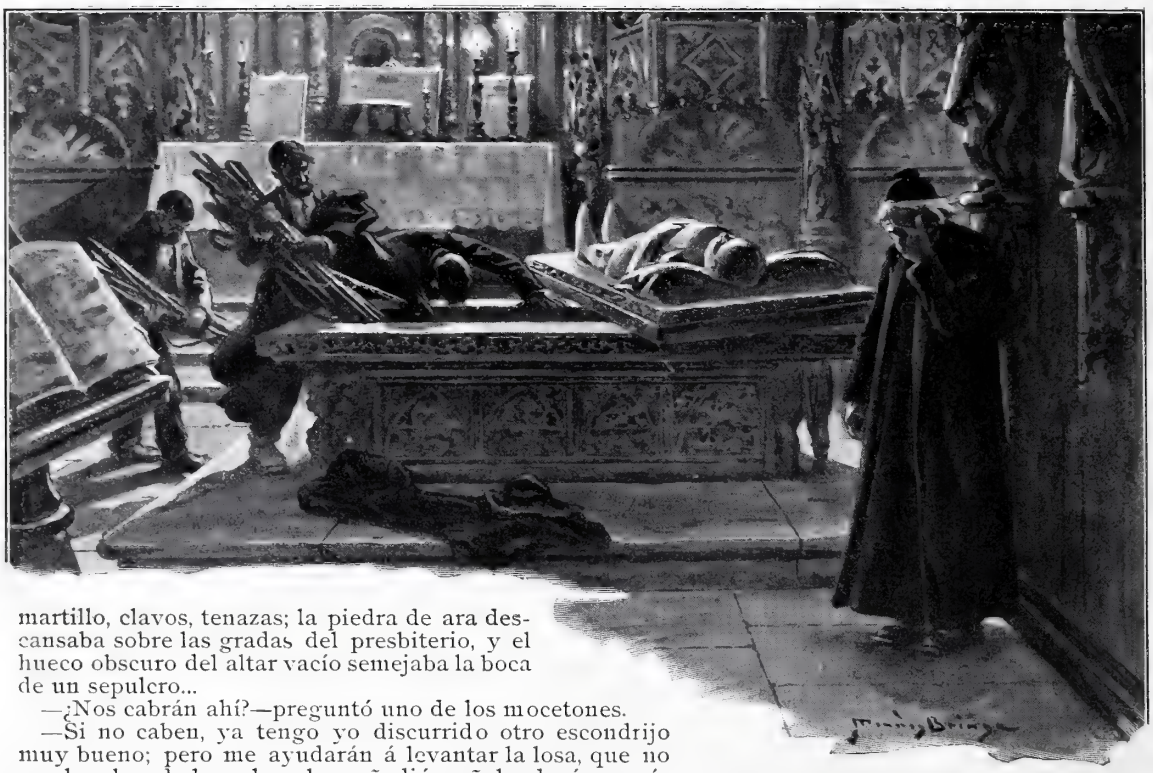
—Suban,—dijo el párroco solícitamente.—Hay en la mesa buen jamón, queso, vino... Echen un chisco, caliéntense

—¡Mal truco!—juró el jefe de la partida.—Interin no se acomoda el género... nadie bebe un chisco aquí. ¡A lo que venimos!

Obedeció el cura, alzando cuanto pudo la luz; quitaron prestamente la capa de paja que cubría el carro, y apareció relleno, atestado de armas diversas, desde la anticuada escopeta de caza y el arcaico trabuco, hasta los revólveres de ordenanza y el fusil Remington. Una corriente de orgullo, un espíritu de reto, de provocacion, surgió de aquel hacinamiento de bélicos trastos. El párroco olvidó los temores que momentos antes hacían entrechocarse sus dientes; los tres mocetones montañeses rieron y blasfemaron de gusto. ¡A ver cuándo llegaba el día de estrenar el armamento! Y no había de tardar, ¡mal truco! Ahora, á esconder el arsenal donde ni el mismo diaño acierte con él...

—Más secreto, imposible...—afirmó el cura.—Mis sobrinas, en Compostela desde antes de ayer. ¡En lenguas de mujeres no hay fianza! El sacristán pasa todo el día de hoy y el de mañana en Cebre con su hermano, el tendero, que necesita que le saque las cuentas del almacén. Por aquí, con el frío lobero, la nieve amagando, no aporta alma cristiana. Tenemos veinte horas nuestras. Si prefieren cenar y dormir...

Repitieron que no. En quitándose de encima el ansia de esconder aquello, ya comerían, ya dormirían... Ahora, ¡al negocio! De la carga del carro tomó cada cual lo que pudo, y guiando el cura, que amparaba la luz con la mano, salieron al huerto, comunicado con la iglesia por una puerta baja abierta en el románico ábside y que daba acceso á la sacristía. El frío del cañón de los fusiles les quemaba los dedos, y resbalaban en la escarcha de los senderos, guarnecidos de árboles frutales sin hojas. Dentro de la iglesia ya, encendió el cura los dos cirios colocados ante la efigie de Nuestra Señora, y se vió que los tableros que cubrían la mesa del altar habían sido desclavados; en el suelo yacía una espuerta con



martillo, clavos, tenazas; la piedra de ara descansaba sobre las gradas del presbiterio, y el hueco obscuro del altar vacío semejaba la boca de un sepulcro...

—¿Nos cabrán ahí?—preguntó uno de los mocetones.

—Si no caben, ya tengo yo discurrido otro escondrijo muy bueno; pero me ayudarán á levantar la losa, que no soy hombre de hacerlo solo,—añadió, señalando á un gótico sarcófago sostenido por dos leones toscamente labrados y sobre el cual reposaba un paladín de granito, armado de punta en blanco, ceñudo, severo.

Comenzaron á depositar el contrabando en el hueco del altar: á pocos viajes, quedaron acomodadas las dos terceras partes de las armas, hasta el borde. Clavaron otra vez los tableros, encajó el cura la piedra de ara, extendió el mantelillo, restableció en orden las sacras, los candeleros, el atril—y aquí no ha pasado cosa alguna.—Ahora era preciso alzar la losa de la tumba de granito, interrumpir el sueño secular del paladín. Aplicáronse á ello los tres forzudos mocetones; arrancaron la argamasa, dura como mármol, y sirviéndose de trabucos á guisa de palanquetas, lograron desquiciar y alzar la losa, corriéndola á un lado. El cura retrocedió despavorido: en el fondo del sepulcro había huesos, cenizas, guiñapos, polvo humano,—lo que restaba de aquel batallador, ¡lo que ha de restar de todos los hombres!—La idea de la profanación humedeció su frente con sudor frío; precipitadamente hizo la señal de la cruz. ¡De *aquello* no podía salir cosa buena! Entretanto, los mocetones, sin cuidarse de la suerte que corrían los despojos del valeroso caballero, acomodaban en la tumba el resto del depósito,—fusiles, escopetas, cartuchos, balas...—Al volver á colocar con violento esfuerzo la losa, preguntaron:

—¿No habrá un poco de mezcla?

—No... Dejarlo ahora así; yo le echaré la mezcla cuando esté solo y tenga tiempo...

Hicieron desaparecer las últimas huellas de la misteriosa labor; apagaron los cirios; cruzaron el huerto; subieron á la salita de la rectoral—y ni los lobos que les habían seguido de lejos echándoles unos ojos como brasas, devoran así. Engulleron todo—el jamón curado de Lugo, el queso de San Simón, el pan de centeno,—y tres veces vieron el fondo del botellón de añejo vino. Rieron, contaron chascarrillos de cazadores, describieron plásticamente á la médica de Cebre, el mejor bocado en seis leguas á la redonda, y sobre todo, evocaron las contingencias de un alzamiento ya inminente, la distribución y empleo de aquella ferranchinería escondida con tanta habilidad, que ni el mismo diaño... ¡Mal truco! ¡No tendría tiempo de comérsela el orín! ¡Ya sonaría, ya, manejada por quien sabemos! Estábamos en Nadal, ¿no? ¡Pues allá para Antruejo... lo más tarde! ¡A embromar al Gobierno y á la guardia civil!

Hartos, semichispos aún, después de un sueño de cinco horas,—se marcharon á medio día con su carrito, donde por disimular, por si les daban el alto, metieron cerro, habas secas, haces de paja. Sólo quedó el cura con el depósito.

Sólo... y espantado.—Siempre que decía misa en el altar, relleno de armas, creía oir que se entrechocaban, que el hierro hablaba, amenazaba, que las balas querían atravesar los tableros irradiando destrucción. «Paciencia», pensaba: esto, poco ha de durar: allá para Antruejo...» Vinieron los gordos Carnavales, con su escolta de ollas tocineras y de *filloas* amarillas, vinieron la Semana Santa, la Pascua, el mes de María... y como si tal cosa; el país reposaba tranquilo. Estaba el cura lo mismo que si hubiese asesinado á alguien, enterrando el cadáver secretamente, y temiese á cada minuto que iban á descubrir el cuerpo.—No comía, ni dormía; en cada rostro pensaba leer que el secreto había transpirado que se cuchicheaba, que vendrían los civiles á registrar, que se le llevarían á él, ¡un sacerdote! atado codo con codo, sabe Dios á qué destierro, á qué presidio... ¡á qué consejo de guerra! Y corría el año, y volvía la nieve á poner monteritas blancas á los abruptos picos de la sierra; y del famoso alzamiento... ni indicios. «No puedo vivir más con este embuchado», resolvió el cura. «Me volveré loco.» En arranque repentino y febril, metió ropa en el cofre, se despidió de sus sobrinas, montó en la yegua, llegó á Marineda en tres jornadas, y el primer vapor de emigrantes que salió de la linda bahía acogió en su seno á un hombre que iba huyendo de un altar y de un sepulcro.

EMILIA PARDO BAZÁN

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

UN BALANCE CURIOSO

Se desea saber el paradero de Vicente Sánchez para un asunto que le interesa; dirigirse á la calle de San Hermenegildo, 35, tercero derecha, Madrid.» Esto leyó con asombrados ojos el bueno de Vicente, que allá en su pueblo entregábase al dulce *sport* de la caza, ya que un modesto pasar permitíale asegurar sus ocios.

—¿Qué será?

Y mientras se hacía esta pregunta y colocaba en un reducido maletín lo más indispensable para su estancia en la corte, el tío Melero abría la portezuela del carruaje para que subiera el señorito.

Poco después, el campanilleo de los cascabeles de las mulas y una nube espesa de polvo que se difuminaba en la lejanía, separaban á Vicente del pueblo para conducirlo á la estación.

***

Se trataba de una herencia, de la que tenía que tomar posesión por el buen acuerdo de un pariente lejano que acertó á morirse cuando ya se iba quedando sin cartuchos el bueno de Vicente.

No pudo venir más á tiempo.

Como una primavera, comenzaron á brotar al lado de nuestro héroe amigos y deudos que en su vida había conocido.

Joven, con dinero fresco para gastarlo alegremente, el interés supo disfrazarse con tal habilidad, que Vicente llegó hasta creer en el amor puro, tamizado, exquisito. No faltó quien supiera conmoverle con una historia sollozada á tiempo, y nuestro pobre amigo cayó en la red que se le tendía con la inocencia de un salmonete.

De una de las hojas de su cartera copio lo que á consecuencia de una pasión pura se vió obligado á gastar el héroe.

Y decía:

Balance del primer mes de mi estancia en Madrid:

	PESETAS
Abono diario de coche	250
Casa en la calle de Serrano	150
Muebles	5.000
Un aderezo de casa de Ansorena	10.000
Flores	1.000
Palco en los toros	400
Cuenta de la modista y el sastre	3.000
Alfileres	1.000
Varios	2.500
Total	23.[illegible]00

Pocos meses después, y gracias á la indiscreción de un amigo, pude ver el balance del *joven*, que era el siguiente:

Gastos de este mes:

	PESETAS
Casa en la calle de Fuencarral	40
Dos cubiertos diarios del restaurant de la calle de la Aduana	75
Dos asientos de grada en los novillos una tarde	3,50
Una sortija de *Los diamantes americanos*	10
Dos horas de coche	4
Flores (dos ramitos)	0,20
Al médico por un parto	100
Un corte de vestido de señora	5
Un traje de caballero del *Aguila*	25
Un cuarterón de tabaco y un librito de papel de Layana	1,55
Total	264,25

Pero no pararon ahí las cosas, y transcurridos tres meses, la hoja de gastos decía:

Gastos de este mes:

	PESETAS
Dos cocidos diarios de la taberna de la esquina, con chorizo los domingos	20
Alquiler de una alcoba sin asistencia	10
Tranvía	1,50
Por medias suelas	3
Flores... cordiales para *esa*	0,20
Por un parto de dos gemelos á la comadrona	20
Por un juicio de faltas después del nacimiento	12,50
Total	67,20

En esta situación, ya francamente angustiosa, vino á sorprender á Vicente la noticia de una nueva herencia que dejábale un tío suyo; pero ya, escarmentado de sus locuras anteriores, recogió el dinero, puso á servir á la mujer que tanto amó, é hizo una nueva cuenta, la última, en la que refrescaba sus aficiones de cazador:

	PESETAS
Cartuchos (un paquete)	5
Escopeta	50
Viaje en segunda al pueblo	12,50

Y no volví á saber más de Vicente, á quien esperaba en la estación el tío Melero, con la portezuela del coche abierta para que subiera el señorito.

LUIS GABALDÓN

DIBUJO DE ROJAS

TIERRA INGRATA

Mugiendo la sirena, borbotando
un humo rojo y negro,
con mar gruesa y con cielo amenazante
arrancó el trasatlántico del puerto.
Como el frío arreciaba, la cubierta
abandonaron pronto los viajeros.
Declinaba la tarde.
La tierra fué perdiéndose á lo lejos.

Entre la bruma gris, junto á la borda,
un grupo numeroso
quedó olvidado, un grupo de emigrantes
hacinados allí como un estorbo.
Rendidos por el rudo balanceo,
en doliente actitud callaban todos,
buscando todavía
la ya borrada costa con sus ojos.

Hombres, mujeres, niños recostados
en la dura madera,
enflaquecidos por el hambre, humildes,
con la triste humildad de la miseria,
callaban; pero había en sus harapos
restos de campesinas opulencias,
honradez en sus rostros,
y en su silencio un trágico poema.

De repente una voz vibrante y dura
exclamó:—¡Tierra ingrata!...—
y un viejo que por único equipaje
tosco saquillo junto á sí llevaba,
irguióse á medias, y en tensión los brazos,
las manos por la cólera crispadas,
á la invisible costa
apostrofó con gesto de amenaza.

—«Tierra ingrata que robas á tus hijos
el sudor y la sangre
(prosiguió aquella voz que por momentos
iba siendo más dura y más vibrante),
que nos niegas el pan y nos obligas
á llamar con temor á otros hogares...
aunque yo no lo haga,
¡Dios te maldecirá por mala madre!...

En esto allá en la popa un marinero
arrió la bandera
y el viejo enmudeció. Luego en voz baja
con acento impregnado de tristeza
dijo á un mancebo:—«Escucha: en el saquillo
va un puñado de tierra...
Júrame que si muero en suelo extraño
mis pobres huesos cubrirás con ella.»

RICARDO GIL

DIBUJO DE REGIDOR

VESTIDO DE BANQUETE

Es de raso Liberty, adornado de encajes. Delantal y chaleco de muselina de seda. El escote, adornado de muselina de seda y encaje, con una cinta de terciopelo.

CLICHÉ REUTLINGER

EN LOS CÁRMENES GRANADINOS
POR T. MUÑOZ LUCENA

AÑO TRECE Y NUMERO 620 MADRID DIA 21 DE MARZO DE 1903

BLANCO Y NEGRO

LA SEMANA PASADA

INMENSA expectación había producido no ya sólo entre los aficionados á la esgrima y en el público madrileño en general, sino entre todos los *amateurs* de Europa, el anunciado *match* que había de verificarse en Madrid, como terreno neutral apropiado para la lucha de Pini y Merignac, ó mejor dicho, de la escuela italiana y la escuela francesa, á quienes brillantemente representan los dos colosos de la espada.

Sin que pretendamos ejercer el fácil oficio de profetas del pasado, ni alardear de competencia en estos asuntos, bueno será hacer constar que los aficionados madrileños conocedores y admiradores antiguos de la destreza de Pini, daban por seguro desde el principio el triunfo del gran tirador italiano.

ASALTO DE ARMAS PINI-MERIGNAC. LA ÚLTIMA SESIÓN Fot. Candela

No sucedía lo mismo en toda Europa. La opinión francesa era muy favorable á Merignac, en lo que influía no poco la atmósfera creada en pro del campeón francés con motivo del triunfo que recientemente consiguió sobre los maestros italianos en el célebre *match* de Merignac-Kirchhofer y Vega-Pessina.

Desde la primera sesión verificada en Madrid, pudo, no obstante, apreciarse perfectamente la superioridad incontestable de Pini sobre su adversario. Y sin embargo, en esta ocasión las simpatías de gran parte del público no han ido con el italiano, sino con el francés. Acaso en esto haya tenido parte la consideración de que Merignac llevaba desde luego desventaja: quizás la elegancia clásica, la serenidad y el noble continente de Merignac, que contrastaban con la felina ligereza y la extraordinaria astucia de Pini. Con todo, ambos han quedado como dos perfectos caballeros, merecedores por igual del triunfo.

VISTA EXTERIOR DE LA NUEVA CÁRCEL MODELO DE VALENCIA — Fot. J. Nebot

ALGUNOS millones y algunos años de trabajo se han pasado en la construcción de la nueva Cárcel Modelo de Valencia, cuya fotografía pueden ustedes ver.

El Sr. Ministro de Gracia y Justicia se proponía asistir á la inauguración del nuevo y costoso edificio. Tratábase con ello de realizar un acto solemne y trascendental. La importancia del nuevo edificio, su coste y la perfección y escrupulosidad con que en él han sido observados los principios de la ciencia penitenciaria, justifican plenamente el entusiasmo que sin duda habrá despertado en algunos espíritus la apertura de la nueva Cárcel.

«LA NOCHE DEL SÁBADO» — Fot. Cifuentes

ESCENA I. EN EL HALL DE LA VILLA DEL PRÍNCIPE MIGUEL ALEJANDRO

JACINTO Benavente, el delicadísimo ingenio que tantas y tan finas pruebas de buen gusto ha dado en el teatro, estrenó el martes en el Español *La noche del sábado*, «novela escénica» en cinco cuadros, que ha sido presentada por la empresa Guerrero-Mendoza con lujo y propiedad dignos de los mejores teatros de París. En el reparto figura un batallón de actrices y actores, y todos salieron vestidos con elegancia y gusto, y cumplieron su cometido á conciencia.

LA MACARENA

Sainete de costumbres andaluzas, original de los Sres. Alonso y López del Toro

Dos autores andaluces, uno el poeta de Huelva D. Sebastián Alonso, y otro el músico Sr. López del Toro, que ya habían sido muy aplaudidos en los teatros de Barcelona, Sevilla y Valencia, han estrenado en el de la Zarzuela, de esta corte, un sainete de costumbres sevillanas titulado *La Macarena*.

La obrita, concebida y ejecutada dentro del estilo y gusto que tanta fama han dado á los ingeniosísimos hermanos Alvarez Quintero, realiza sin pretensiones de ninguna especie el fin de distraer agradablemente al público, haciéndole reir á veces con espontáneas carcajadas.

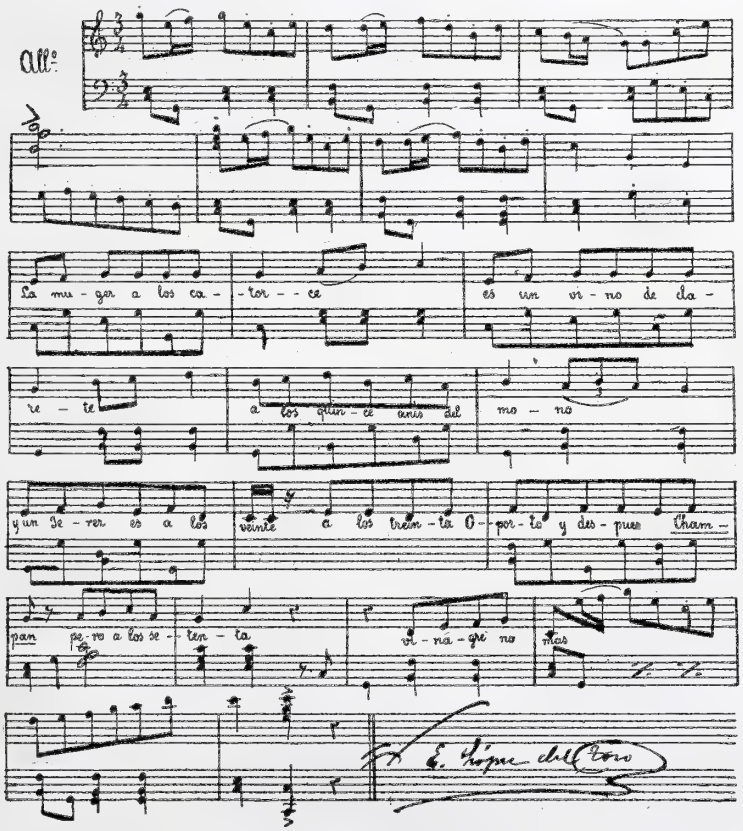
Esto, que no parece gran cosa, es bastante, sobre todo si se tiene en cuenta que de algún tiempo á esta parte apenas se puede entrar en un teatro por horas sin tropezar con parejas de chulos sentimentales y cursis, cuyos lamentos contribuyen grandemente á amargar nuestra existencia, ya bastante triste por causa del Gobierno y por otras *concausas*.

CUADRO PRIMERO.—ESCENA VI

D. Luis (Sr. Sigler).—... Siéntate y charlaremos... á menos que no tengas miedo de tu hermano.
Lola (Srta. Taberner).—¿Yo?... ya lo ves.

COUPLETS

CANTADOS POR EL SR. OREJÓN



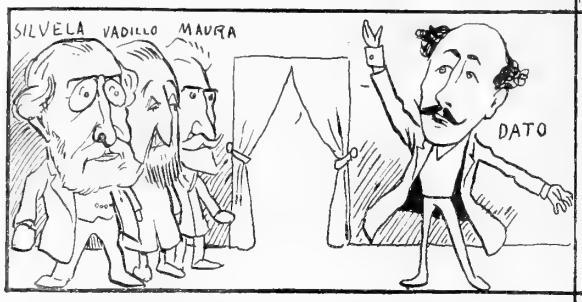
CUADRO SEGUNDO
Curro Chabeta (Sr. Orejón) cantando los couplets.

FOTS. FRANZEN

CHISMES DEL OTRO JUEVES

Los estudiantes de Valencia y de otras partes han declarado que les molestaba entrar en clase.

El ministro de Instrucción Pública ha comunicado á una comisión de alumnos que á él también le molesta ir al Ministerio. Los estudiantes le dicen que para eso cobra, y él contesta que también ellos *van á cobrar* si siguen faltando



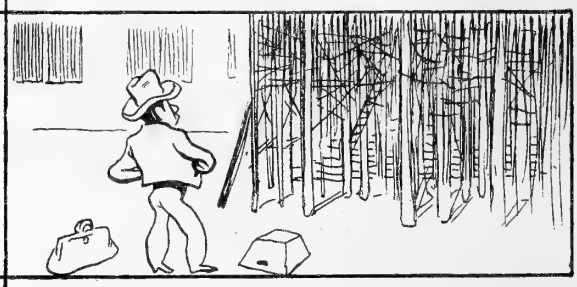
El ministro de Gracia y Justicia se ha negado á representar la última escena de *El nudo gordiano*, que ya tenía ensayada con todo.

Sabido es que la obra de Sellés, refundida por Dato, iba á concluir con estos versos:

Los Ministros.—¿Y la honra del Ministerio?
Dato.—*Se va a la carcel conmigo.*

En el bosque de pinos que brotó recientemente delante del Palacio de la Biblioteca Nacional, han salido unas figuras de mármol que andan por los aires, sin que hasta ahora se sepa por qué ni para qué.

Se cree que esta noticia está relacionada con la vuelta de Don Tancredo, que ha regresado de America.



EN EL TRIBUNAL CONTENCIOSO

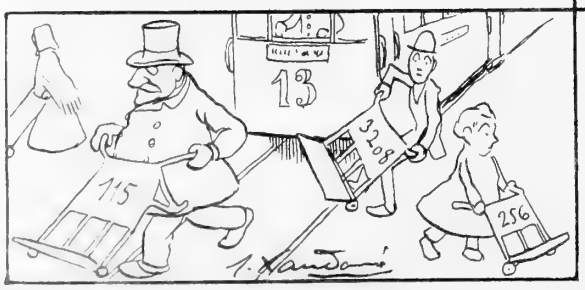
—¿Qué desea usted?

—Soy la Compañía de Tranvías del Norte, y como me han rebajado ustedes á cuatro mil pesetillas las trescientas mil que me impuso de multa la autoridad, pues... vengo á ver si se contentan ustedes con dos pesetas.

EN GOBERNACION

—Señor, ahí están unos vecinos de Ibiza, que vienen á pedir una limosna, porque dicen que V. E. los ha dejado en cueros con sus reales órdenes.

—Bueno, pues que les den un puchero de los que han sobrado de las elecciones.



LA CUESTIÓN DE LOS SALVAVIDAS

En vista del ningún resultado que han ofrecido las pruebas de los salvavidas, á nuestro paternal gobernador se le ha ocurrido una idea luminosa. En vez de poner salvavidas á los tranvías, ¿no será conveniente ponérselos á los transeuntes?

Víctima del deber

El capitán de vapor mercante ó trasatlántico es el jefe supremo y paternal de la familia que se reune á bordo durante algunos días: galante con las damas, indiferente y frío en los asuntos de servicio, alegre en el salón, con aquella simpática alegría franca de los curas de aldea viejos, alegría que es secuela natural del cumplimiento cotidiano de un deber modesto y rudo.

Pronto se traban amistades con estos hombres de corazón enérgico y abierto, á quienes confiaría uno el honor como les confía la vida, sin vacilar. El sueño dorado de todos ellos para el día del retiro es una casita tranquila en la costa de Provenza, y algunos campos de siemprevivas, que produzcan hasta unos seis mil francos de renta. Las siemprevivas, esas flores de muerto que cubren los cementerios de París, han sido cultivadas por marinos viejos, por manos que han gobernado el timón, desafiando á las olas, antes de consagrarse á cosechar los emblemas del reposo.

El capitán del *Tanais*, de las Mensajerías Marítimas, pertenecía á una familia de colonos ingleses establecida en Santo Domingo y arruinada por la rebelión de los negros, y habiendo ingresado muy

joven en la marina de guerra, aceptó, cual otros muchos camaradas suyos, en tiempo de paz el mando de un vapor mercante Muchas veces me había yo encontrado al capitán B... en mis viajes, y en cuanto le divisaba sobre el puente, con su sotabarba entrecana, al embarcarme en Constantinopla, en Smirna ó en Jaffa, teníalo por presagio de una travesía feliz, con largas charladas y paseatas por la toldilla, durante los cuartos de noche. Desde la primera mirada se penetraba en aquella alma sencilla que evocaba el recuerdo de las aguas marinas en lechos de roca, reposadas, frías, iluminadas hasta el fondo de granito. También él decía sentir impaciencia por retirarse á cultivar las siemprevivas. Supongo que habrá ya realizado su sueño de oro, pero estoy seguro de que siente no tenerlo, y que á veces transcurre horas enteras volviendo atrás la vista hacia aquellos hermosos y dulces años pasados en el mar...

Cuando el capitán B... se sentó junto á nosotros, una joven pasajera le rogó que narrase algún incidente dramático de sus veinticinco años de navegación. El capitán sonrió encogiéndose ligeramente de hombros, como un viejo escéptico á quien sus nietos piden que les cuente una historia de duendes ó aparecidos; pero después de un instante de vacilación, durante el cual pareció que luchaba con un mal recuerdo, exclamó:—«Ved lo que son las cosas: en el colegio nos enseñan una porción de frases históricas de efecto atribuídas á griegos y romanos; pues bien, en una noche como ésta dejamos nosotros en el mar Caribe á un pobre diablo que valía tanto como todos esos farsantes de la antigüedad. Y fué como vais á oir...»—Y nos contó lo que voy á copiar textualmente, sin quitar al relato nada de su sencillez y de su rudo sabor marítimo, y sin ponerlo en duda, porque los hombres como aquél han visto tantas cosas grandes y terribles, que no han menester inventar nada.

—En 18...—dijo—la *Belicosa* aparejó en Cherburgo para hacer la travesía de las Antillas. Yo era el segundo de á bordo, y tenía entre mis marineros á un mozo de Ploulgoec, que durante el tiempo de la licencia se había casado. Reembarcado con nosotros para cumplir sus años de servicio, esperaba coger

la absoluta á fin de año, y después de esto pensaba relevar del trabajo á su suegro, un pescador de Ploulgoec que tenía tres barcas suyas propias, y á quien en las conversaciones de entrepuente se le consideraba como hombre de suposición. Hasta llegar á las Islas llevamos una travesía soberbia: pero al entrar en el mar Caribe, la mar comenzó á enfurruñarse, y entre la isla Guadalupe y la Deseada nos atrapó un terrible vendaval del Nordeste. Cerró la noche; el canal estaba negro como boca de horno apagado, y tremendas ráfagas de ventarrón desigual descomponían el velamen y hacían cabecear al barco, que con gran trabajo se sostenía: un verdadero infierno. Yo estaba de cuarto. Una tras otra, hice cargar todas las velas. Al doblar el cabo San Pedro para sortear los arrecifes, que se prolongan mucho por allí, había que formar un ángulo muy abierto con la dirección del viento, que á cada instante arreciaba más. A la primera vuelta del timón, dos olas inmensas barrieron el puente: el barco titubeó como un borracho y se inclinó hasta que la amura de estribor rozaba el agua. Entonces vi que aún era preciso cargar más tela, y di mis órdenes al contramaestre, que avisó con un silbido á las gavias. Transmitida así mi orden, nadie se movió. Se trataba de subir á las cofas: es decir, de darse un paseíto por una verga, que en aquel momento describía un arco próximamente de 90 grados. Sonó otro silbido. Los hombres parecían clavados en el puente. Furioso, entonces, salté de un brinco desde la pasarela á la toldilla, y encarándome con los marineros:—¿Cómo?—grité.—¿Desde cuándo los hombres de la *Belicosa* tienen miedo de subir á los mástiles?—Entonces el marinero de Ploulgoec, avanzando hacia la escala de cuerda, con ese paso arrastrado y lento que toma uno en estas tablas, gruñó para sus barbas:—Un minuto, mi capitán, ya, ya va en seguida.—Y agarrándose á los nudos con sus manazas hercúleas, comenzó á subir la escala, que el viento sacudía y hacía chasquetear contra el mástil. Nosotros le mirábamos. El viento, que inflaba su blusa cual una vela, tan pronto le separaba como parecía arrojarle contra el mástil. Cuando llegó á la cofa, la noche era tan negra que no le distinguíamos ya. Tan sólo vimos su sombra pasar por delante del fanal de vigía. Un instante después, en tanto que yo volvía la cara para ordenar la maniobra, cubrió mi voz el ruido seco de un madero que se quebraba, seguido á los tres segundos por el sordo rumor de un cuerpo que caía al mar.—¡Hombre al agua!—gritaron á proa. Instintivamente di orden al timonel para que virase á babor y mandé lanzar un bote: los marineros se arrojaron á los pescantes; pero apenas había bajado unos cuantos pies la canoa, arrebatada por el viento, rompió las amarras, vino á chocar con los cañones de la fragata y cayó al mar hecha astillas. En tanto el buque, obediente al gobernalle, hacía un cuarto de conversión y se presentaba al viento de través. Las velas, bruscamente desinfladas, pendían á lo largo de los mástiles, dejándonos sin defensa contra las olas, que nos arrojaban con ímpetu á la costa. Avisé al capitán. Llegó, acompañado de otros oficiales; le puse al corriente en dos palabras, mostrándole al pobre náufrago, que flotaba á merced de las revueltas ondas, agarrado á una astilla del bote.

—Señores—nos dijo el jefe,—el tiempo apremia: el consejo de á bordo tiene que decidir la suerte de ese hombre. ¿Podemos intentar el salvamento de ese desgraciado sin poner á nuestro barco en riesgo de perderse y de perdernos á todos? Los que así lo crean, que alcen la mano, pero pronto, presto, ¡por Dios vivo!

Estábamos agrupados á la luz de uno de los fanales; en torno nuestro, la tripulación entera aguardaba la suprema decisión; y os juro que, á ser de día, se hubiera visto á no pocos hombres de pelo en pecho, viejos lobos de mar, tan pálidos como una inglesa en la travesía del canal de la Mancha. De una ojeada inspeccionamos rápidamente el buque, el horizonte, la dirección de las olas, la línea negra de las costas á pocos cables de distancia; hacia aquellos arrecifes corríamos á estrellarnos. Todos movíamos tristemente la cabeza; ni una sola mano se alzó. Entonces el capitán, con la voz un poco turbada, dijo encarándose con la tripulación:—Por unanimidad y en conciencia, declaramos que nada podemos hacer para salvar á ese hombre. ¡Que Dios le perdone!—Y volviéndose al timonel, gritó con voz recia:—¡Todo á estribor y avante!

La fragata dió vuelta sobre sí misma, presentando las velas al viento, que las hinchó silbando de alegría; el barco saltó sobre las olas y partió como una flecha. A cinco ó seis brazas apenas, el pobre marinero daba vueltas como una peonza en medio del descompuesto oleaje, que á veces casi le sostenía de pie. Cuando me divisó junto al fanal, le vi erguirse de puños sobre el tablón, clavar en mí sus ojos enormes y mover los labios para hablarme. Me incliné ahuecando las manos junto á los oídos para tratar de oir la última palabra del desventurado marinero. Fuerte y distinta llega al través del huracán su voz gritando:—¡Capitán, capitán, el mástil se quebró...!

Una ola formidable pasó, nivelando la superficie del mar; ya no vi más que la blanca estela de la fragata, que iba como alma que lleva el diablo.

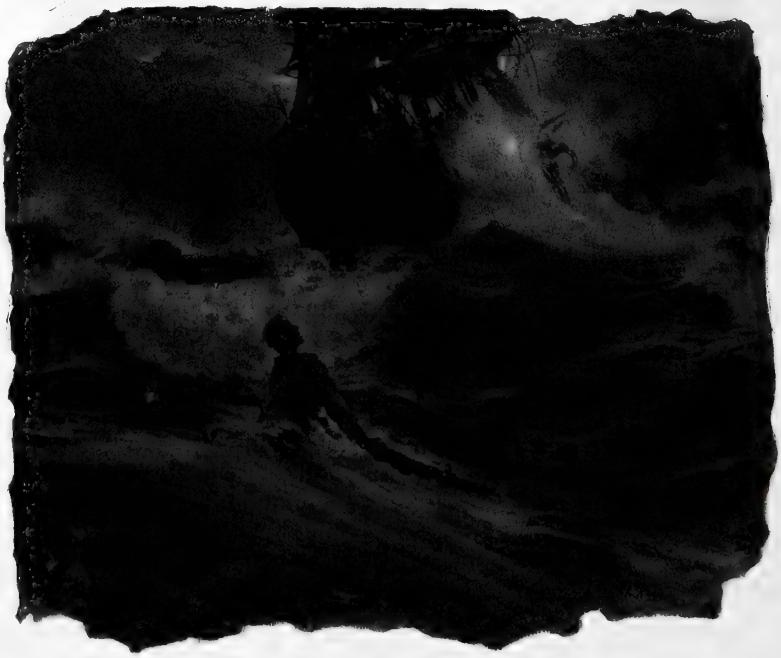
Cuando el capitán terminó su historia, calló un momento, su espeso entrecejo gris se crispaba; las arrugas de su frente se contraían... Bebió un gran trago de *punch*.

—Y ¿cómo se llamaba aquella víctima del deber?—pregunté yo después de algunos instantes.

El capitán alzó los ojos hacia el techo y meditó un rato.

—¿Su nombre?—dijo.—¡Ah! Pues no lo sé.

E. MELCHOR DE VOGÜÉ



DIBUJOS DE J. MARTINEZ ABADES

LA MADRECITA

Así se llamaba una chicuela de pocos años.

La edad no se sabe á punto fijo; ni en ciertos seres míseros, nacidos en el abandono y criados en la miseria, es fácil adivinarla.

Podía la niña tener cinco años, y podía tener ocho ó más; como las manchas no se podían contar sobre sus andrajos, ni se podían contar los desgarrones, no se podían contar en su cuerpecito las horas de dolor, de hambre y de miseria.

¡Qué son tres años más ó menos de vida en una chicuela de la calle! Unos cuantos lamparones más sobre el alma, unos cuantos estremecimientos más por el cuerpo, y algunos angustiosos latidos de más ó de menos en el corazón.

La niña no parecía bonita. La miseria pocas veces fabrica estatuas griegas. Con el barro se hacen primores; pero hay que pasarlo por el fuego.

Con estiércol y barro se amasan adoves, y no es poco.

La niña no era bonita, repetimos, ó no lo parecía, que la verdad vaya usted á conocerla en este mundo.

Acaso lavándole la cara, dejando que se cicatrizasen unos cuantos arañazos, peinándole bien los revueltos cabellos, refrescándole los ojos y aseándolos convenientemente, que al fin y al cabo ni el mismo cielo es azul si aguaceros y vientos no lo limpian de nubes, resultaría una cabecita mona; pero esto no lo sabemos, porque ni en el Manzanares, ni en el Canalillo, ni en las fuentes públicas, se hizo jamás el experimento.

Con los humildes de la Tierra, de estos experimentos se hacen pocos.

Convengamos, pues, provisionalmente, en que la niña era sucia y casi fea.

Cuidaba de ella, ó mejor dicho, la explotaba para pedir limosna, una mujerona de cincuenta años, mal encarada y por añadidura holgazana y brutal.

Prefería á fatigarse los brazos en cualquier trabajo fatigar las piernecitas desnudas de la niña, haciéndola correr por las aceras tras los caballeros y las señoras con importunidades quejumbrosas de hija prestada de pordiosera.

Para completar la biografía de nuestra heroína, sólo diremos que se ignoraba su nombre; otros chiquillos y otras chiquillas de otras mendigas le habían puesto por mote *la Madrecita*, porque la chiquilla mostraba gran ternura para los niños más pequeños que ella, y aun para los perros chiquitos. Los cogía en brazos á los unos ó á los otros, les tapaba con algún jirón de sus guiñapos, les mecía dulcemente y hasta intentaba cantarles alguna canción aprendida en el arroyo, que siempre resultaba grosera por la letra, aunque casi melodiosa por lo argentino de la voz.

Y por eso en su círculo de golfos y golfas, mendigos y mozos de cuerda, todos le llamaban *la Madrecita*.

Vea usted qué contrastes: ¡resultaba *Madrecita* la que nunca había tenido madre!

Y por las mañanas al salir *á su oficio*, le decía la mujerona mal encarada, mientras se bebía unas copas de aguardiente: «Si hoy no me recoges por lo menos veinte perras gordas, buena paliza le espera á *la Madrecita*.»

Y á las calles, y á rodar por las aceras.

Sucedió una vez que, saliendo la mujerona y la niña á pordiosear, se metieron por las calles de una barriada nueva de casas lujosas, y como la mujerona se encontrase casualmente con un amigo tan mal encarado como ella, y éste le convidase á echar unas copas, convinieron en irse juntos. Pero antes ella le dijo á *la Madrecita*: «Quédate aquí y espérame, que volveré dentro de un rato; si pasa alguien, síguele hasta que te dé, por lo menos, un perro chico. Habla claro, y no se te olvide lo que has de decirle: *Por el amor de Dios, que no tengo padre, y mi madre se está muriendo, y tenemos hambre; que Dios se lo pagará; mire que mi pobrecita madre no puede más*. Y si es preciso te echas á llorar, y que llores bien, que no se te conozca que es de mentirijillas, porque vas á llorar de veras. Y lo mejor sería que te quedases llorando de verdad, porque así el que pasara vería lágrimas, que bien se marcan en tu cara sucia.»

Y diciendo y haciendo, para que el llanto de la niña tuviera todo el realismo que el arte moderno exige, le dió unos cuantos cachetes, llamándole

holgazana, cochina y torpe, con lo cual se enardeció la mujer á sí misma, se llenó de razón, se convenció de la justicia del castigo, y levantándole las faldas, la madre postiza le dió á *la Madrecita* una azotaina de las que dejan las carnes amoratadas.

Al fin, el amigo tuvo que decirle: «Déjala, mujer, que bien de veras está llorando.»

—Pues que siga así,—dijo la mujerona separándose de la niña, pero volviendo de cuando en cuando la cabeza para lanzar á la pobre criatura miradas de odio y de cólera.

La Madrecita quedó tirada en la acera, con los puños en los ojos, sollozando hondamente y sin aliento casi.

El llanto se regularizó. Se le dilató el pechito, los sollozos ya se oían, y las lágrimas le corrían por las mejillas con abundancia y regularidad.

La niña había caído, como hemos dicho, sobre la acera, al pie de una ventana baja de una casa lujosísima, y desde la ventana había estado observando el pequeño drama, pequeño por la heroína, grande por el dolor, una niña como de diez años, que tenía en brazos una preciosa muñeca de gran tamaño.

Abajo, la niña de la pordiosera sollozando; un poco más arriba, inclinándose fuera de la ventana, la niña aristocrática mirándola con ojos húmedos y compasivos.

Entre aquellas dos almas pequeñitas debió establecerse, por misteriosa simpatía, algo así como un pequeño telégrafo sin hilos.

Por lo menos, un diálogo en voz muy baja, que se desarrolló de este modo:

—Oye tú, niña, ¿por qué te han pegado?

—No sé.

—¿Es tu madre?

—No tengo madre.

—¿Es tu abuela?

—Puede que lo sea; abuela la llaman todos.

—¿Te ha hecho mucho daño?

—Como que todavía me duele.

—No seas tonta, no llores.

—Pues entonces, ¿qué he de hacer?

—Consolarte.

—¿Qué es eso?—dijo *la Madrecita* levantando sus ojos hacia la niña de la ventana; y como el llanto los había limpiado, parecían azules y bonitos.

—Eso es ponerte alegre,—dijo la niña aristocrática riendo.

—Bueno; si usted quiere me pondré alegre—dijo *la Madrecita;*—para qué estoy, sino para obedecer á todo el mundo,—y se echó á reir.

Por el telégrafo sin hilos, entre la acera y la ventana, corrieron risas infantiles.

—¿Cómo te llamas?

—Me llaman *Madrecita.*

—Esa no es una Santa.

—¡Anda, anda, no ha de ser Santa!

—No está en el almanaque.

—No sé; pero yo madrecita soy.

—¿Y tienes niños?

—Eso sí que no tengo,—dijo la niña volviendo á su tristeza. Y poniéndose en pie, mirando hacia la ventana con ánsia, extendiendo el bracito y apuntando con el diminuto dedo hacia la muñeca, agregó con envidia, casi con ira: «Usted sí».

—Sí, es mi hijita.

—Yo no tengo hijita, no tengo más que abuela; y se echó á llorar otra vez.

La niña de la ventana se inclinó aún más hacia fuera, le latió el corazón como late cuando aconseja alguna acción hermosa, y en voz muy baja le preguntó á la niña pobre, y al mismo tiempo sacaba del todo la muñeca para que le diese bien la luz:

—Mírala; ¿te gusta?

—¡Ay, sí me gusta!—dijo *la Madrecita*, extendiendo los brazos hacia arriba, como extienden los brazos los devotos hacia los Angeles y hacia la Virgen.

—¿Te gustaría tenerla?

—¿Para besarla?

—No, para ti.

—¿Para mí...?

—Para ti siempre.

—Pero ¿cómo?

—Mira, no llores, ponte contenta y tómala, que yo te la doy para ti; y le echó la muñeca, que recibió en sus brazos *la Madrecita.*

Después la de arriba, riendo y casi llorando, se retiró de la ventana.

La Madrecita se quedó en pie en la acera, con los ojos muy brillantes, mirando hacia la ventana vacía y apretando la muñeca entre sus bracitos.

Ni se daba cuenta de la situación, ni sabía lo que le pasaba.

Los golpes ya no le dolían. Los lagrimones se habían secado sobre las sucias mejillas, los ojos miraban, no hacia el cielo, sino hacia el fondo obscuro de la ventana, que era para *la Madrecita* otro cielo más luminoso que el de arriba; y el corazoncito le latía violentamente.

A todo esto apretaba y apretaba la muñeca contra la descarnada tablita de su pecho.

Al fin se convenció de que la muñeca era suya;

dió un grito de alegría, miró por última vez hacia arriba diciendo: «Usté sí que es buena; usté sí que es madrecita; que el cielo se lo premie, el cielo se lo dé de salud», y toda la retahila que decía cuando le daban limosna.

En seguida, apretando la muñeca, dió media vuelta y echó á correr calle abajo.

Pero comprendía, que con las fórmulas de costumbre no conseguía expresar toda su gratitud, y agregó por lo bajo: «Si Dios quisiera que esa niña fuera pobre como yo y que juntas pidiésemos limosna, ¡qué contentas estaríamos las dos!...»

Después se sentó en un portal y se quedó contemplando embebecida la preciosa muñeca. ¡Qué grande era, casi una niña de veras, y doblaba las piernas, y doblaba los brazos, y qué carita tan mona, y qué ojos tan brillantes! ¿Pues y el vestido? Ni las señoras que iban en coche llevaban vestidos más majos. Sedas y blondas, y bordados, y un pelito rubio como el oro, y unos zapatitos que eran dos monadas.

Le quitó uno á la muñeca y se lo quiso poner y no pudo, y apenas si logró calzar el dedito gordo del pie, con lo cual estuvo riendo como una loca largo rato.

Después de la admiración vino el enternecimiento. ¡Cuánto quería á su muñeca, cómo la cuidaría, cómo la daría de comer; para su muñeca le robaría á la mujerona las cosas buenas que para sí se reservaba aquella fiera egoísta!

Aunque su muñequita fuese muy mala, no le pegaría nunca.

Y la apretó contra su pecho, y separando andrajos, aplicó la cabecita de porcelana contra su propia carne, como si quisiera amamantar á su hijita. Después resolvió que dormirían juntas y pasearían juntas, y cuando hubiera que pedir limosna las dos pedirían limosna juntas también.

Todo esto lo pensaba *la Madrecita*, no con estas mismas palabras que aquí escribimos, sino allá á su manera y en su lenguaje infantil.

Las ideas se expresan de muchos modos, y de muchos modos se representan, y *la Madrecita* pensaba todo esto en forma de imágenes, y acompañaba cada imagen con latiditos del corazón, y risas y saltitos sobre la piedra en que estaba sentada.

La Madrecita era feliz, tenía una hijita muy mona; ¿qué le importaba el mundo, ni sus miserias, ni sus dolores?

Por mucho que le pegase la mujerona, ya nunca lloraría.

El amor de madre, un amor muy chiquito, pero muy vivo, inundaba su sér y se derretía en ternuras.

¡Qué mona, pero qué mona era la muñequita!

La sentó sobre sus piernas, y empezó á peinarle los pelitos rubios, cuando de pronto una sombra se le puso delante.

Levantó la cabeza y quedó aterrada; era la mujerona que venía de la taberna, completamente ébria. La cara inyectada de sangre, el pañuelo del cuello manchado de vino, los ojos entornados, las carnazas macilentas, la boca torcida por una risa cruel.

¡La mujerona, más mujerona y más fea y más repugnante y más cruel que nunca!

—¿Qué haces ahí?—preguntó con voz torpe y aguardentosa.

La niña no contestó; la miró aterrada y apretó la muñeca.

—¿Qué es eso, á ver?

—Me la ha regalado una señorita.

—A ver, repitió la mujerona.

Y cogiendo la muñeca, la estuvo mirando un rato.

—¡Caracoles! Es muy hermosa y muy nueva, y vale mucho: lo menos me dan por ella cuatro duros.

Y la codicia despejó un tanto la borrachera.

—Eso es, lo menos cuatro duros; yo sé dónde me la compran;—toma, que á mí se me puede caer, y ven conmigo.

—¿A qué?—preguntó la niña con valor inusitado, apretando los labios y apretando la muñeca contra su pecho.

—A vender ese juguete.

Incendios de ira y sacudidas de valor brotaron dentro de *la Madrecita*, y con voz ronca dijo poniéndose en pie:

—No quiero: es mía.

La mujerona se quedó asombrada; luego cogió por los pelos á *la Madrecita*, la sacudió brutalmente y la arrojó contra la tapia.

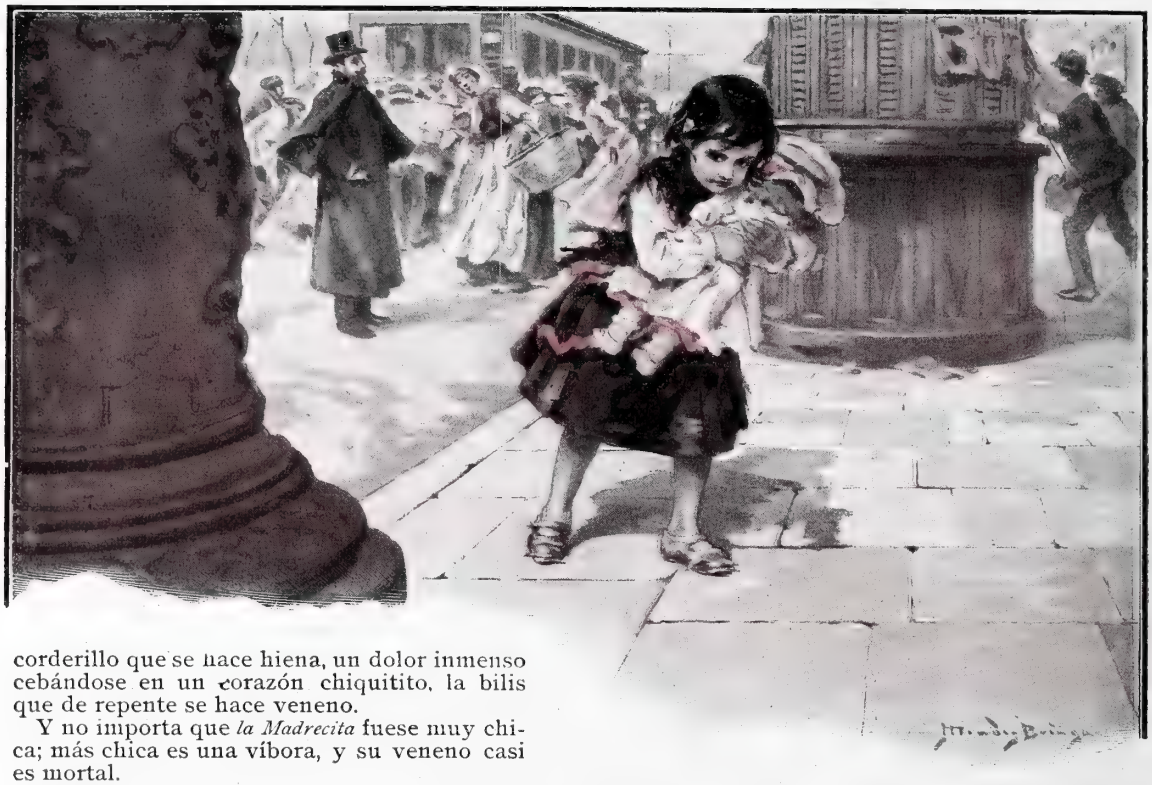
Unas gotas de sangre brotaron de la frente de la niña y mancharon la muñeca: ya estaba bautizada.

—Y ahora echa á andar,—dijo la mujerona empujándola brutalmente.

Y como aún resistía con fiereza infantil, la cogió por la mano y se la llevó á rastras.

¿Qué pasó por el alma de aquella niña? ¡Qué difícil es explicarlo!

Un enano que se hace gigante de pronto, un



corderillo que se hace hiena, un dolor inmenso cebándose en un corazón chiquitito, la bilis que de repente se hace veneno.

Y no importa que *la Madrecita* fuese muy chica; más chica es una víbora, y su veneno casi es mortal.

¡Quién sabe! Acaso la víbora era buena: le arrebataron el ser á quien amaba, y por la fuerza del dolor, su sangre escurrió el veneno que mata.

Fué uno de aquellos instantes en que de un ser bueno se hace un malvado; que así como un golpe puede torcer una columna vertebral, un dolor ó una injusticia pueden torcer un alma para siempre, dejándola para siempre jorobada.

La Madrecita seguía á la mujerona; pero por dentro, ¡qué cosas tan infernales se iban deslizando! ¡Si hubiera conocido el idioma, qué maldiciones, qué gritos trágicos hubiera lanzado!...

Pero para sentir, para odiar, no se necesitan palabras; basta con unas cuantas sacudidas del sistema nervioso. De este modo seguían, la mujerona delante tirando de *la Madrecita*, *la Madrecita* apretando la muñeca y murmurando: «¡Quiere venderla, quiere venderla, y es mía, es mía; maldita, remaldita, malditísima!...»

En esto, llegaron á una calle muy ancha y vieron venir un eléctrico á toda velocidad.

La mujerona se detuvo casi junto á los carriles. Entonces... ¿qué pasó por el alma de *la Madrecita*? En pequeño debió pasar algo semejante á lo que debió sentir Guzmán el Bueno cuando arrojó el puñal para que matasen á su hijo, ó á lo que sintió el padre de Virginia al dar muerte á su hija para salvarla de la deshonra.

Hay tragedias grandes; pero también hay tragedias chiquititas, tragedias para niñas y muñecas.

En rigor, la sublimidad no tiene tamaño, ni de ella tiene la exclusiva el mundo clásico.

Ni más ni menos, y como lo decimos fué: *la Madrecita*, sin saberlo, se sintió sublime. Acaso dentro de sí expresó la idea en forma prosaica, con estas palabras: «Para que reviente de rabia la mujerona; no la venderá, no la venderá.»

Y rápidamente arrojó la muñeca sobre el carril. La mujerona dió un grito, comprendió la intención de la niña, y se precipitó para salvar la muñeca.

Pero en aquel instante el eléctrico llegó, y cogiéndola de lleno, la arrastró hecha una masa, y pasó por encima destrozándola: allí acabó la mujerona entre náuseas de borrachera y aplastamiento de carnazas.

Muchos gritos, mucha gente que corre, el eléctrico que se detiene y un tropel que rodea los destrozados restos de la mendiga.

La Madrecita quedó algo aturdida; pero pronto se rehizo, y metiéndose por entre las piernas de los espectadores, llegó á los ensangrentados restos de la mujerona; de entre sus revueltos vestidos sacó rápidamente la muñeca, y apretándola con los dos bracitos, salió del tropel y se alejó corriendo.

Un señor grave, que debía de ser sabio, ó filósofo, ó sociólogo, le dijo á otro señor que le acompañaba:

—Vea usted, vea usted lo que ha hecho esa niña: matan á su madre, y sólo piensa en salvar su muñeca; ¡y luego que digan que no hay criminales natos!

Una mujer del pueblo decía al mismo tiempo:

—¡Ave María Purísima, qué chiquilla! Corre, corre, que ya pararás en el garrote.

Una señora de edad también la seguía con la vista, y persignándose con terror, murmuraba:

—¡Dios nos libre de ti cuando seas grande!

Observaciones todas muy juiciosas, no lo negamos; pero el mundo sería mucho mejor si todas fueran *Madrecitas* que á todo correr pusieran en salvo sus muñecas.

Víctor Hugo lo dijo: «Comprenderlo todo, acaso sería perdonarlo todo.»

José ECHEGARAY

DIBUJOS DE MENDEZ BRINGA

La flor del almendro

Dijo Alfonso Karr que esta flor es el símbolo de la imprudencia, porque nace antes de tiempo, con lo cual vienen las heladas y la matan, por regla general, antes que pueda trocarse en fruto sabroso.

Si Alfonso Karr fuera español, hubiera dicho que la flor del almendro, tan abundante en nuestro país, puede considerarse como un emblema del carácter, de la idiosincrasia nacional.

Lo que ahora suele llamarse la *mentalidad* española, es cosa muy parecida á la flor del almendro: algo instintivo, prematuro, rápido, muy hermoso, muy brillante, de color tan delicado y quebradizo, que pronto se aja; algo que promete mucho y que en la mayoría de los casos nada realiza.

A ningún árbol más que al almendro se le ocurre la endemoniada idea de echar las flores antes que las hojas.

A ningún pueblo más que al español se le pasa por las mientes el funesto error de poner por delante de toda la labor diaria el ensueño y la poesía, que en toda sociedad bien organizada vienen después del trabajo útil y de la reflexión provechosa.

Quien tiene su capital en almendros, á no hallarse éstos en clima igual y templado, poco medrará.

Quien tiene sus fondos intelectuales en bellas y poéticas fantasías y ha de exponerlas á las desigualdades de un ambiente tan inseguro como el de España, no puede hacerse rico, ni siquiera gozar de una tranquilidad mediana.

Pero, en cambio, cuando el azar de los tiempos viene bien y las flores del almendro cuajan, y sus verdes y valientes frutos se endurecen y doblan con su peso las ramas retorcidas del arbusto, la cosecha es de las más ricas y productivas.

De igual modo, cuando por la frente de uno de nuestros soñadores y poetas cruza una idea luminosa, y por ventura logra cuajar en la realidad, ¡ah, entonces...! entonces regalamos á la humanidad mundos nuevos, los conquistamos en nuestra propia alma, descubrimos los canales y ríos de la humana sangre ó escribimos el *Quijote*.

DIBUJO DE SOUTO

El Angel de la Guarda

Cuando ya ha muerto el sol; cuando aún sus huellas
las cumbres pintan de purpúreas gasas;
cuando el «Angelus» llena de oraciones
los templos y las almas;

cuando los tristes álamos del río
parece que se acuestan en el agua
por el fondo que finge en la corriente
la luna plateada;

cuando el ciprés medroso y solitario
más bien parece aterrador fantasma
al asomar su aguja melancólica
del huerto por las tapias;

cuando perfuman el sereno ambiente
trémulas al abrir las pasionarias,
y hasta parece que las hojas rezan
y llora la campana,

un ángel con dulcísima sonrisa
desciende á la bohardilla y al alcázar,
y el lecho del monarca y del mendigo
defiende con sus alas!

Es el ángel que ruega por nosotros,
el que se sienta al pie de nuestra cama,
el ángel de la noche y del silencio,
¡el Angel de la Guarda!

Antonio Grilo

LA ENVIDIA SARRACENA

(LEYENDA DE TOLEDO)

En tiempos de Alhakem II, cuando las letras árabes españolas llegaron á su esplendor más alto, reuníanse en el palacio que poseía en Toledo el rico alfaquí Almed-ben-Said-ben-Cautir, los más doctos literatos y los más ilustres poetas de la gran ciudad; y allí, durante los meses del invierno, celebraban sus veladas en vastísimo salón alrededor de un gran tubo de hierro del vuelo de un hombre, cubierto de molduras doradas y repleto de leña de encina hecha áscuas. Todo era allí espléndido y rebosante de magnificencia; el lujo se superponía al lujo, el arte al arte. Sobre los riquísimos aliceres se extendía la más preciosa alfombra de tafilete; por delante de los arabescos murales pendían y colgaban tapices y paños labrados; velando la techumbre, cuyas molduras recaladas parecían ensueños de huríes, desprendíanse colgaduras y doseles de cachemir y damasco; en los ángulos del salón se alzaban sobre columnas de pórfido repujados pebeteros de plata, y los moros, sentados en dobles almohadones de lana y seda, oían ó recitaban sus versos, respirando en tanto aquel ambiente de suspiros de virgen, dulce, tibio y perfumado.

Comenzaban sus conferencias leyendo con voz solemne y cadenciosa la *hizbe*, ó sección correspondiente de su libro santo, como obligado proemio de sus pláticas; después recitaban sus obras poéticas y las discutían con la emoción del amor propio revuelto, y, por fin, los criados de Ben-Cautir encendían los pebeteros que arrojaban bocanadas de humos bien olientes y rociaban á todos los moros con agua de rosas. En seguida servían á los comensales carnes de cabrito en abundancia, aves y otros manjares; después leche cuajada y en espuma, manteca, alajú y variedad de dulces, y, por fin, sabrosas frutas del tiempo, entre las que no faltaban dátiles adobados.

Ben-Cautir era rico, generoso, magnánimo, literato selecto, poeta inspirado y hombre tan benigno, que acogía en su casa y regalaba en su mesa á sus rivales y á sus émulos, desdeñando en ellos su malevolencia en gracia á las bondades de su ingenio; y llevó á punto tal esta grandeza del alma, que permitió que frecuentara su palacio el temible Yaix-ben-Muhammad, tan rival suyo, que no sólo pretendió arrebatarle la supremacía lírica entre los vates de Toledo, sino los amores de la hermosa Zaida, cuyo padre, desdeñando á Yaix, entregó su hija á Ben-Cautir para que fuera su mujer favorita y la reina de su harem.

De esta rivalidad quedaban los rescoldos en el corazón de Yaix, el cual, bajo el dulzor de expresiones amistosas, ocultaba sus acerados odios contra Ben-Cautir que, muy ajeno de ello, pensaba que la hoz del olvido había segado aquellos sentimientos.

No era, sin embargo, Ben-Cautir tan perfecto que no tuviese defecto alguno; participaba de los de su raza: era vanidoso, porque el árabe cuando se instruye, como su caballo cuando se empenacha, se yerguen y pavonean y creen que no tienen par. De esta suerte, Ben-Cautir se embebecía con sus propios versos, los escribía con el cerebro y se los escuchaba con toda el alma, y queriendo que sus mujeres saboreasen con él los triunfos que obtenía en sus veladas, comunicó por medio de una reja el harem con el salón, de manera que, á través de gruesos hierros y de espesas celosías, pudieran presenciar ellas, con el rostro encubierto, las victorias de su musa y los rendidos plácemes de sus émulos.

Desde que los contertulios de Cautir supieron que las mujeres iban á escucharles, sintieron todos más enconadas sus competencias, singularmente Yaix, que sabiendo que su hermosa Zaida había de ser testigo de las arrogancias de su ingenio en aquel torneo, andaba caviloso pensando agudas sátiras contra su rival, y preocupado imaginando expresiones eróticas por donde se revelase el escondido fuego de su alma; pero como no las pudiera hallar en sí mismo, porque la pasión, cuanto más cierta, sale con más incertidumbre á los labios, resolvió copiar los versos anónimos de un viejo pergamino que, refle-

jando situación análoga á la suya, tenían francas declaraciones para Zaida y amargas ironías para Cautir.

Llegó la hora de la velada: el salón estaba espléndido y brillante, el tubo de hierro esparció templado calor de estufa, sentáronse los moros formando semicírculo alrededor de la lumbre, y de vez en cuando dirigían furtivas miradas hacia la reja del harem, en cuyo fondo, á través de tupidas celosías, apenas se dibujaban las obscuras siluetas de seres humanos.

Leyeron la *hizbe*, recitaron algunos versos los comensales, y después de que Cautir recibió muy nutridos aplausos de sus amigos, se levantó Yaix á leer la atrevida poesía con voz en que la pasión temblaba en la garganta. Las estrofas se dirigían hacia la reja como descargas pasionales, y las ironías contra Cautir llegaban á él como saetas envenenadas. Los moros, que se percataban de la doble intención de aquellos versos, tomaban regocijados silenciosa parte en la venganza, y al terminar la lectura de la poesía, inspirada, sonora, varonil y gallarda como jamás allí se había recitado otra, resonó una gran salva de aplausos, con la cual los moros se vengaron de las esplendideces con que Ben-Cautir les favorecía y les humillaba á un tiempo mismo.

El anfitrión aplaudió también, y después con la mayor calma dijo, como acostumbraba:—«¿Qué objeciones pueden hacerse á los versos que se han leído?»

Todos guardaron silencio, y ya iban á prorrumpir en unánimes voces diciendo que eran muy bellos, cuando escucharon que de la reja del harem salía una voz femenina que exclamaba:

—Esos versos no son de Yaix, sino del insigne maestro Abderramán-ben-Isaac-ben-Modareg.

—Es verdad, Zaida—exclamó Yaix lleno de cólera;—pero también es cierto, como ellos dicen, que Cautir es un imbécil y que yo te amo.

Diciendo estas palabras, se precipitó hacia la puerta y se alejó de allí sin volver el rostro.

Todos pensaban que Cautir le perseguiría para vengarse; pero el moro se cruzó de brazos, y como si nada hubiera sucedido, dijo á sus criados:

—Servidnos la cena.

. . . . . .

Tan ciego salió Yaix de la casa de su rival, que, una vez en la calle, no observó que tropezó con varios magnates árabes, lastimando á uno de ellos, lo cual produjo la natural protesta del atropellado, en tanto que, deteniendo á Yaix, le preguntó de aquellos hombres el que parecía jefe y caudillo de todos:

—¿Quién eres tú, que así andas; de dónde vienes y adónde vas?

Yaix reconoció á la luz de las antorchas de su séquito que era Alhakem II quien le hablaba, y cayendo de rodillas, exclamó:

—Señor, perdón; no os creía en Toledo... Yo soy Yaix, hijo de Muhammad; vengo de la Academia literaria de Ben-Cautir y voy hacia mi casa...

—Tu semblante revela que allí te ha ocurrido algo extraordinario.

—He tenido un disgusto con Ben-Cautir.

—¿Por qué?

—Porque... es un hombre soberbio, altivo, necio, vanidoso, que nos ofende con su riqueza y nos molesta con sus versos.

—Tú le envidias, Yaix.
—Yo... no...
—A ti te aflige su dicha, su bienestar, su dinero, su talento.
—No... no...
—Pues bien; vuelve á su casa y dile de mi parte que le nombro walí de Toledo.
—¡Señor, por Alah, no me hagas volver á su casa! exclamó Yaix.
—Si no cumples esta noche la comisión que te doy para Cautir, mañana pondré tu cabeza en la punta de una lanza.
Diciendo estas palabras se alejó Alhakem, y Yaix quedó anonadado.

. . . . . .

A los pocos momentos apareció Yaix en la puerta del salón de Cautir, y allí se detuvo pálido, temeroso, balbuciente. Los comensales, ante aquella aparición, se pusieron de pie, temiendo una desgracia, y sólo Ben-Cautir permaneció sentado, y mirando á su rival le dijo con serena frialdad:
—¿Qué quieres?
—Vengo á pedirte perdón... Alah ha despertado la voz de la justicia en mi alma, y declaro y reconozco que he sido grosero é injusto contigo. Tú, Cautir, eres rico, y nosotros tan pobres y humildes que no merecemos besar tus pies. Tú, Cautir, eres generoso y de alma espléndida, y nosotros miserables é indignos de tu amistad; tú, Cautir, eres un gran poeta, y nosotros cerriles copleros faltos de inspiración y de energía moral; tú eres sabio y nosotros ignorantes; tú eres puro y nosotros torpes; tú eres el águila y nosotros los reptiles.
Cada una de estas frases de Yaix caía como acero derretido en el corazón de aquellos envidiosos.
—Ahora, Cautir, añadió Yaix, vengo de parte de Alhakem á decirte que serás nombrado walí de Toledo, y que ya con la representación del califa podrás disponer de nuestras vidas y haciendas y eclipsarnos con tu poderío.
Esta noticia aumentó las represadas amarguras del humillado auditorio.
Después Yaix, que iba graduando los efectos psicológicos de sus intenciones, se puso de hinojos y dijo á sus amigos:
—Ea, compañeros, prosternémonos delante de Cautir.
Los moros repugnaron llegar á tal extremo de humillación, y mientras Yaix permanecía en tierra, se fueron escurriendo hacia la puerta con el corazón palpitante de envidia. No tardó mucho en reunírseles en la calle el pérfido rival del generoso poeta para inducirles con violentas frases á que asesinasen al hombre que así con su fortuna y su ingenio les eclipsaba, y siguiendo las instigaciones de esta

venganza que satisfacía las crueles ansias de su envidia sarracena, penetraron todos de nuevo tumultuosamente en el salón de Cautir y rasgaron con sus puñales las carnes del poeta en aquel mismo espléndido teatro de sus generosidades, mientras Yaix se dirigía al palacio de Alhakem para decirle:
—Señor, ya he dicho á Cautir que será nombrado walí de Toledo. He cumplido tu comisión. Ahora... ¡Alah sobre todo!...
De esta suerte eran la vanidad, la envidia y la hipocresía, los defectos y los vicios de los ilustrados árabes españoles. ¡Dios quiera que nosotros no hayamos heredado de ellos cosa alguna! (1)

DIBUJOS DE ESTEVAN

RAFAEL TORROMÉ

(1) No sólo fué la envidia causa principal de que se cerraran las academias literarias de los árabes, como se desprende de la narración que D. Antonio Martín Gamero inserta al finalizar el capítulo V de la segunda parte de su Historia de Toledo, en el cual pasaje se inspira esta leyenda, sino que también la envidia motivó la clausura de las academias literarias españolas en los siglos XVI y XVII, como muestra con ejemplos prolijos la historia de nuestra literatura

CUESTIÓN ETERNA

¡Llegó tu carta!... Ni odio ni despecho
leyéndola sentí,
ni el corazón se aceleró en mi pecho,
ni de ira ó de temor palidecí.
¡Estaba descontado! ¡lo sabía!
Mientras lleno de amor te descubría
mis impresiones por primera vez;
mientras tú, avergonzada y temblorosa,
con tu voz armoniosa
fingías adorable timidez,
ya sonaba en mi oido
frase á frase el epilogo temido
que Dios á las pasiones añadió.
Ya creía escuchar trémulo y fiero
tu acento que gritaba: «Caballero,
entre nosotros todo terminó.»

¡Todo! No esperes que mi ardiente mano
manche el papel con súplicas ó quejas,
y lágrimas derrame y pida en vano
que me digas, mi bien, por qué me dejas.
Perdóname y no llores;
si antes, del mal de amores
solía sucumbir alguna hermosa
hoy que un doctor experto
analizando el mal ha descubierto
que es una enfermedad muy peligrosa,
cambia todo en amor de tal manera,
que es el que adora con pasión, nocivo,
infeccioso el galán que persevera,
y el ingrato que olvida, un revulsivo.

¡Te amé, sí! ¡Cuántas veces,
puesta en la tuya la mirada mía,
y escuchando tu voz, sentí con creces
pagada mi ferviente idolatría!
Pero el tiempo pasaba,
y tu voz de inflexiones no cambiaba
y mi loco entusiasmo decrecía,
y pensaba en mi horrible aburrimiento
que es monótono y pobre el diccionario,
y que si es un pesar el aislamiento,
el oir á diario
el eterno «te adoro», es un tormento.
¡Ya es ridículo amar! Nadie conoce
el misterioso goce
que tiene para el hombre su egoísmo.
En el siglo actual no se concibe
que haya un hombre que viva, si no vive
consagrándose al culto de sí mismo,
ni mujer que, fatídica figura,
sombra del arte y cosa sin empleo,
no deba ir á ocultar su desventura
como olvidada y clásica escultura
en el negro rincón de algún museo.
Odiame, sí; mi corazón doliente,
como la peña en medio del torrente,
ve destrenzarse el manantial fecundo
y queda triste, ennegrecido, aislado,
mientras pasan rugientes á su lado
los torrentes de lágrimas del mundo.

Leopoldo LÓPEZ DE SÁA

DIBUJO DE VALERA COULLAUT

VESTIDO DE BANQUETE PARA SEÑORITA Ó SEÑORA JOVEN

Falda y cuerpo de crespón de la China, plegado, adornado con finos entredoses de Irlanda festoneados de «guipure» de dibujo más grueso y sembrados de medalloncitos bordados.

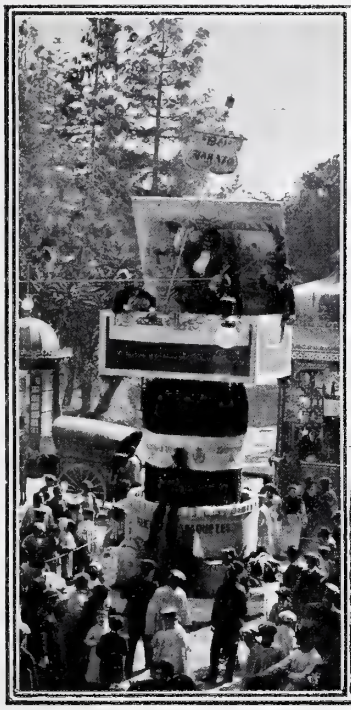
CLICHÉ REUTLINGER

AÑO TRECE Y NUMERO 621 MADRID DIA 28 DE MARZO DE 1903

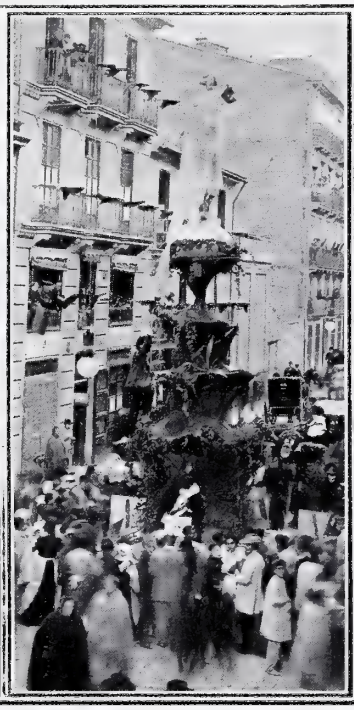
BLANCO Y NEGRO

LA SEMANA PASADA

Por fin se ha repartido el premio de 5.000 pesetas ofrecido por el Sr. Rodríguez Abaytúa á los que descubriesen el paradero de Cecilia Aznar, y tenemos la satisfacción de que uno de los agraciados con 500 pesetas haya sido nuestro compañero el redactor-fotógrafo de Blanco y Negro D. Manuel Asenjo. Alguien ha discutido la justicia en la repartición del premio, pero no creemos que nadie pueda ponerla en tela de juicio por lo que hace á nuestro compañero, pues sabido es que gracias á haberse publicado en Blanco y Negro antes que en ningún periódico el retrato que el Sr. Asenjo encontró, fué posible que se reconociese la personalidad de Cecilia y su verdadera pista.



PRIMER PREMIO



SEGUNDO PREMIO

TERCER PREMIO

LAS FALLAS DE VALENCIA — FOT. BARBERÁ MASIP

Como todos los años, se ha celebrado éste en Valencia la fiesta de San José ó *San Chusep*, alzando en las calles y plazas de la hermosa ciudad las tradicionales *fallas*.

Obtuvo el primer premio la falla titulada *Las víctimas de la Tabacalera*, que estaba expuesta en la Bajada de San Francisco. Encargáronse de su construcción los artistas Cabrelles y Blesa, y nada más temible que el aspecto de los gigantescos puros de á doce céntimos y medio y de las formidables cajetillas de cuarenta y cinco que formaban los basamentos y el plinto de la composición.

El segundo premio se concedió á una alegoría del juego, y su autor es el Sr. Romero Orozco..

En fin, el tercero se otorgó á una falla que representaba á una porción de personajes conocidos en Valencia como «amadores de las glorias valencianas», y decididos á entregar los premios á las *fallas del sistema antiguo*.

Coimbra, la hermosa y pacífica Atenas lusitana, ha visto en pasados días ensangrentadas sus calles y turbado el sosiego de su vida esencialmente académica, no ya por el vocear alegre de la juventud estudiosa, sino por el estrépito y arrebatado griterío del motín.

Terrible indicio del estado en que se encuentran los ánimos y de la situación social y política del vecino reino es el hecho de que los estudiantes hayan hecho causa común con las masas populares en una cuestión cuyo origen no fué más que un nuevo impuesto, alcabala ó carga que la mayoría del pueblo consideró abusiva, dada la miseria que el país padece.

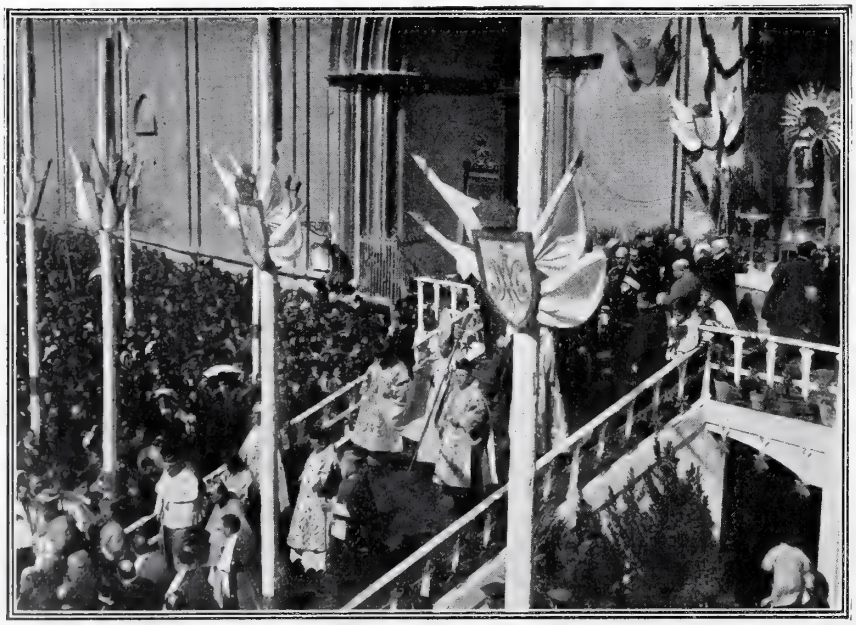
PATIO DE LA UNIVERSIDAD DE COIMBRA FOT. LACOSTE

No es frecuente que la juventud escolar se preocupe de estos asuntos de impuestos, y si lo ha hecho en la ocasión presente, ha sido para protestar de la conducta torpísima del Gobierno y de los excesos de las autoridades.

En vano ha sido que el Rector diese orden á los estudiantes para que, cerrada la Universidad, se marchasen á sus pueblos respectivos en el término de veinticuatro horas. La contestación de los estudiantes á tan despótica orden ha sido admirable y está escrita en forma llena de nobleza y de energía.

«La noble Academia de Coimbra—dice á pesar de la orden del Rectorado mandándola salir de esta ciudad dentro de veinticuatro horas, permanece y se queda en ella al lado de las clases trabajadoras, que han sido arcabuceadas por pretorianos inconscientes. ¡Viva la Academia! ¡Viva el pueblo!»

Mal sino espera al Gobierno que se ponga frente á los estudiantes. Aquí ya lo sabemos. En Portugal, parece que lo han olvidado.



LOS PRELADOS ASISTENTES Á LA BENDICIÓN DE LAS OBRAS DEL PILAR FOT. LETE

UNA ceremonia que ha revestido grandísima importancia y que ha tenido, como podía esperarse, carácter popular, ha sido la inauguración de las nuevas obras del venerado templo del Pilar, verificada en Zaragoza el día 19.

Asistieron al acto siete prelados de la archidiócesis de Zaragoza, y concurrieron todo el Ayuntamiento zaragozano, las autoridades civiles y militares, la oficialidad de la guarnición, las personas más importantes y señaladas de Zaragoza y un piquete con bandera y música. Pero aun todos estos elementos no hubieran hecho sino prestar solemnidad y carácter oficial á la ceremonia, que habría sido como tantas otras semejantes si no hubiesen asistido á ella millares y millares de zaragozanos entusiastas, un pueblo entero lleno de fe inextinguible y de amor á su Santa Patrona: porque la pompa y ostentosidad de los

altos personajes que á semejantes actos suelen concurrir, no equivalen al fervor de los corazones devotos ni pueden sustituirle cuando no exista.

Zaragoza sigue adorando á su Pilar, al través de los siglos: y si el Pilar se derrumbase, los zaragozanos le alzarían de nuevo más grandioso y rico.

LOS PRELADOS Y LAS AUTORIDADES RETIRANDOSE AL TERMINAR LA CEREMONIA

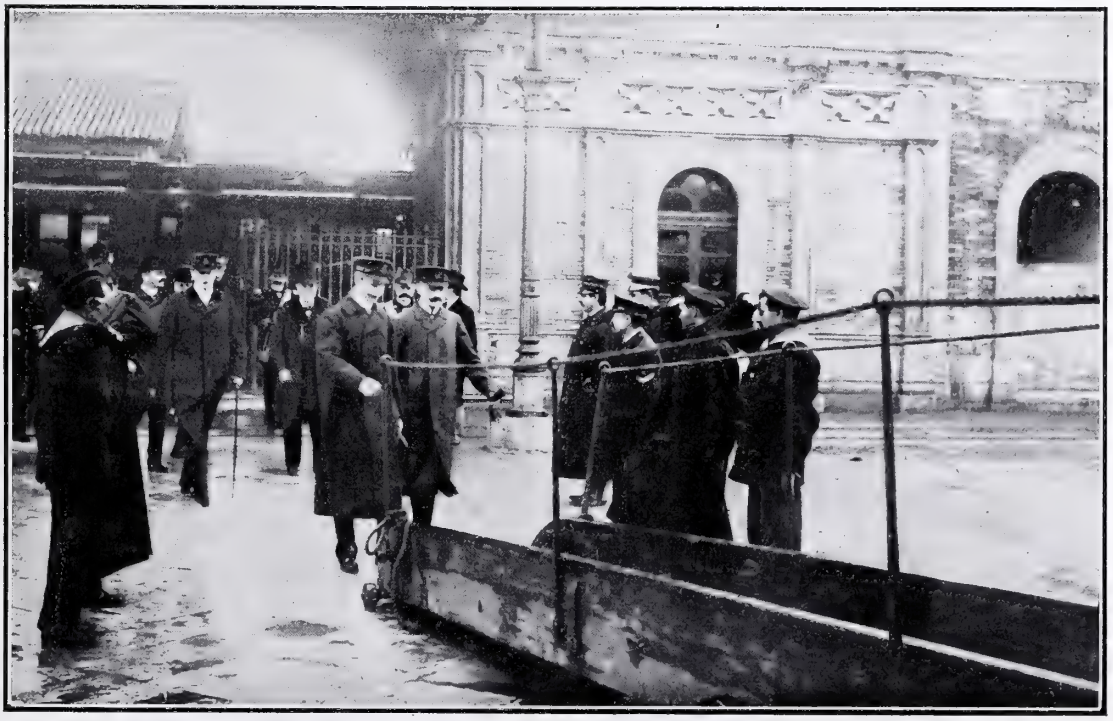
FOT. LETE

DEL puerto de Brindisi (Italia) nos remiten fotografías representando el embarque del kronprinz ó príncipe imperial de Alemania en el magnífico yate *Saphir*, que el duque de Bedford ha puesto á la disposición del heredero de Guillermo II para que, acompañado por su hermano menor el príncipe Eitel-Federico, recorra los puertos y costas orientales del Mediterráneo.

El kronprinz, que acaba de terminar sus estudios, por cierto un tanto borrascosos, en la Universidad de Bonn, comienza con esta excursión la serie de viajes que emprenderá para completar su educación.

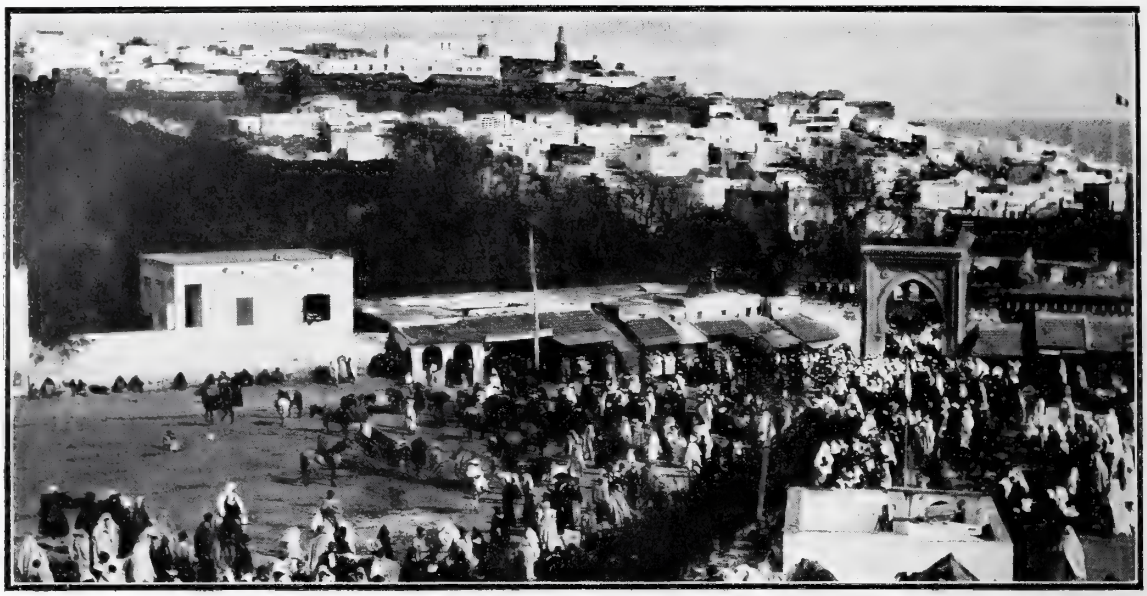
No le ha comenzado precisamente bajo los mejores auspicios. Al llegar al Cairo, el príncipe Eitel, el menor de los dos hermanos, ha sido atacado del sarampión, y tuvo que quedarse en aquella ciudad. El kronprinz continuó su viaje, á pesar de esto, y hallándose en Lucsor, se ha visto en el mismo caso que su hermano. Los médicos no temen complicaciones, y creen que el viaje puede continuar. Así el príncipe comienza á prepararse á poner el ojo donde quizás pongan las garras más tarde ó más temprano las consabidas águilas imperiales.

DON RUPERTO



EL PRÍNCIPE HEREDERO DE ALEMANIA EMBARCANDO EN EL PUERTO DE BRINDISI

FOT. ALFIERI Y LACROIX



ASPECTO DEL SOCCO DE TÁNGER EL DIA DE LA PASCUA DEL CARNERO

CROQUIS AFRICANOS

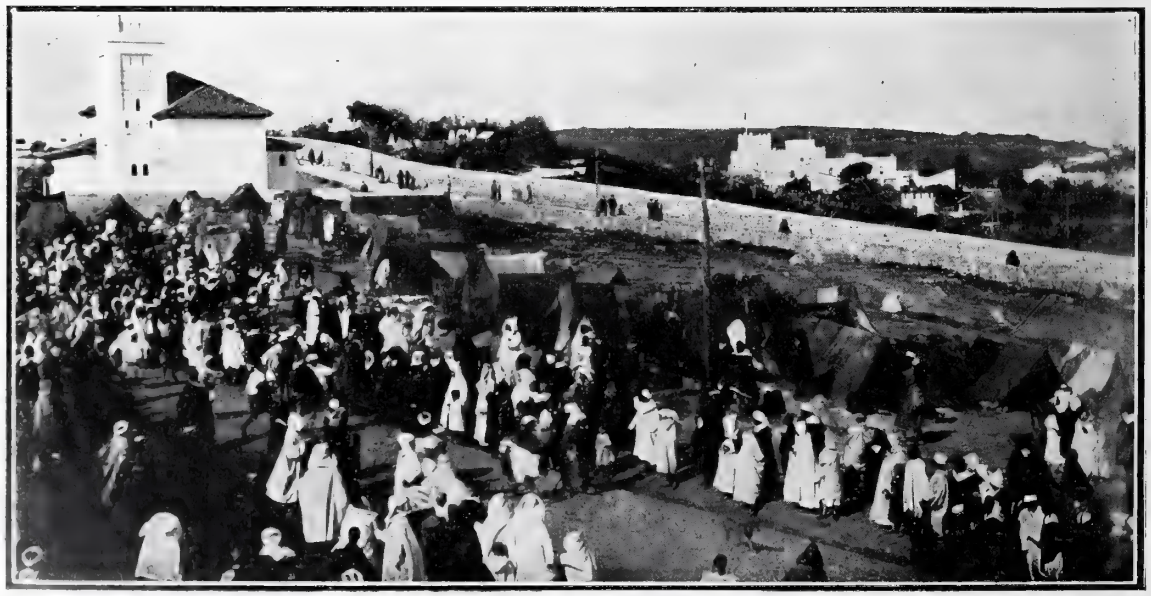
La Pascua del carnero

UNA de las festividades tradicionales más curiosas entre los marroquíes es la celebración de la Pascua del carnero (Aid-el-Kebir), con la cual se conmemora el sacrificio de Isaac, como se dice habitualmente, ó el sacrificio de Abraham, como decían con más acierto nuestros escritores del siglo XVI, puesto que Isaac no fué sacrificado y sí Abraham, á quien exigió el Señor la más grave resolución imaginable: la de que matase á su propio hijo.

Celebran esta fiesta los moros de Tánger y los de otras ciudades marroquíes dirigiéndose todo el pueblo en masa, con los personajes y autoridades oficiales al frente, á un santuario, donde el cadí, armado de alfanje, descarga un solo golpe sobre la cabeza del carnero. Inmediatamente, sin perder un solo instante, dos moros cogen en una espuerta al carnero medio degollado, y corriendo todo cuanto pueden, le conducen á la casa del cadí. Si llega á ella vivo, creen los moros que el año será próspero y de buena cosecha; si no puede resistir y muere antes de llegar á la casa, tiénenlo por augurio malísimo.

A la ceremonia asisten, á más de las autoridades y el pueblo, las tropas imperiales, que terminada aquélla desfilan ante el cadí, del cual suponemos piadosamente que acabará comiéndose al carnero simbólico.

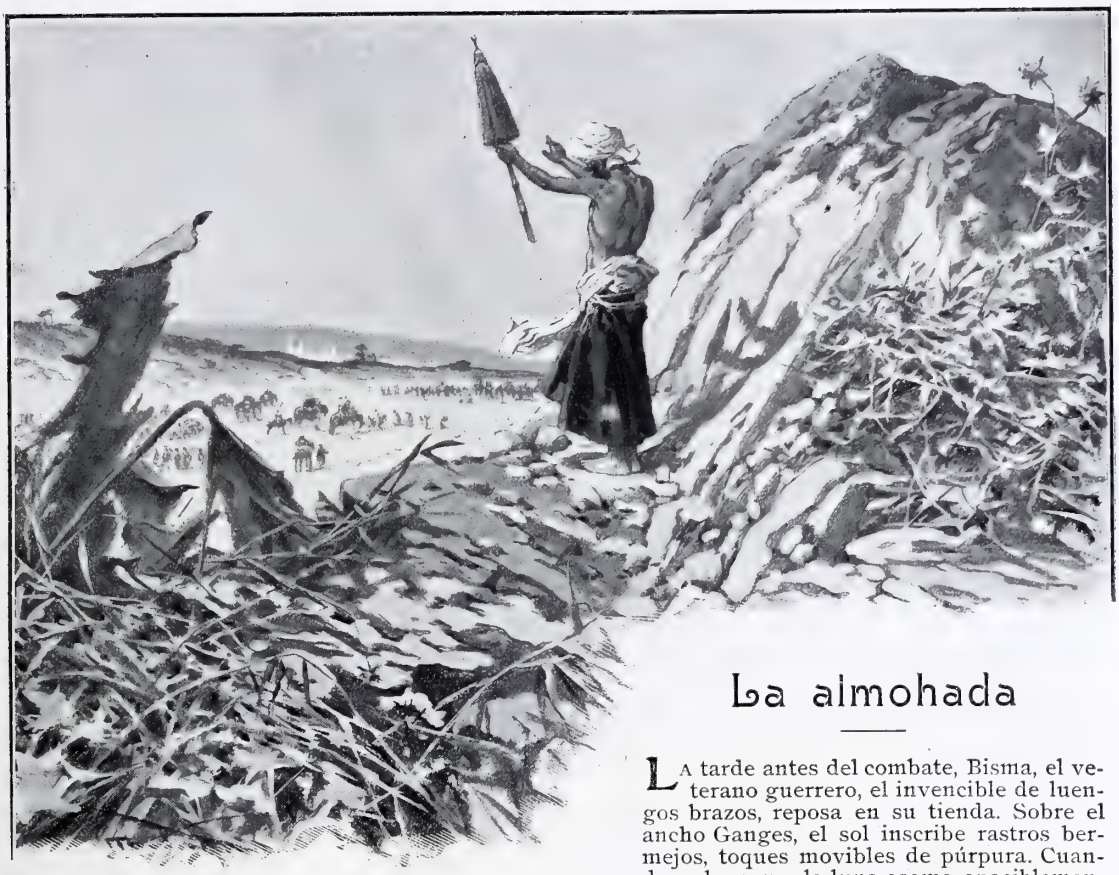
W. & B.



LOS MOROS CORRIENDO CON EL CARNERO MORIBUNDO — FOTS. A. MORILLO

COSTUMBRES SEVILLANAS. DESPUÉS DE LAS COFRADÍAS, POR GARCÍA Y RAMOS.

SEMANA SANTA EN LA ALDEA, POR E. VARELA



La almohada

La tarde antes del combate, Bisma, el veterano guerrero, el invencible de luengos brazos, reposa en su tienda. Sobre el ancho Ganges, el sol inscribe rastros bermejos, toques movibles de púrpura. Cuando se borran y la luna asoma apaciblemente, Bisma junta las manos en forma de copa y recita la plegaria á Kali, diosa de la guerra y de la muerte.

«¡Adoración á ti, divinidad del collar de cráneos! ¡Diosa furibunda! ¡Libertadora! ¡La que usa lanza, escudo y cimitarra! ¡A quien le es grata la sangre de los búfalos! ¡Diosa de la risa violenta, de la faz de loba! ¡Adoración á ti!»

Mientras oraba, Bisma creyó escuchar una ardiente respiración y ver unos ojos de brasa, devoradores, como de loba hambrienta, que se clavaban en los suyos. Jamás Kali, la Exterminadora, se le había manifestado así: un presentimiento indefinible nubló el corazón del héroe. Casi en el mismo instante la abertura de la tienda se ensanchó y penetró por ella un hombre: Kunti el bramán. Silencioso permaneció de pie ante Bisma, y al preguntarle el Longibrazo qué buscaba á tal hora allí, Kunti respondió, espaciando las palabras para que se hincasen bien en la mente:

—Bisma, sé que al rayar el sol lucharéis los dos bandos de la familia, hermanos contra hermanos. Quiero amonestarte. Medita, sujeta las serpientes de tu cólera. ¿Qué importan el poder, los goces, la vida? Son deseos, aspiraciones, ilusiones; el bien consiste en la indiferencia. El sabio, cuando ve, oye, toca y respira, dice para sí:—Es otro, no yo mismo, no mi esencia quien hace todo esto. El insensato está aherrojado por sus deseos. El autor del mundo no ha creado ni la actividad ni las obras: lo que tiene principio y fin, no es digno del sabio. Junta las cejas, iguala la respiración, fija los ojos en el suelo... y no pienses en pelear contra tu descendencia.

—No es igual el bramán estudioso al chatria batallador—contestó desdeñosamente Bisma.—Para el chatria, no hay manjar tan sabroso como un combate. Para el chatria, la muerte es muy preferible á la deshonra. El varón á quien agradan los quehaceres propios de su casta, ese es varón perfecto. Además, también sé yo, aunque rudo, mi poco de filosofía, y te digo, en verdad, que la muerte no existe. El alma es invulnerable; lo que perece es el cuerpo. El alma es eterna. Si abandona mi cuerpo, pasará á otro nuevo y robusto, ¿Qué matamos? Un despojo, un poco de tierra. Déjame dormir, que necesito fuerzas para mañana.

Retiróse Kunti entristecido; había visto (fúnebre presagio) alrededor de Bisma una niebla roja. Pasó la noche meditando, hasta que al amanecer le sobrecogió el alboroto de las caracolas, tambores y trompetas; los ejércitos iban á entrechocarse, á abrazarse con el abrazo formidable de dos tigres en celo. Las falanjes ondulaban; cuando se confundió su oleaje, se alzó un estrépito como el del mar en días de tormenta; más alto que aquel eco pavoroso, el clamor de Bisma retando al enemigo hizo temblar hasta á los elefantes portadores de torres repletas de arqueros, cuyas flechas silbaban ya desgarrando el aire.

Bisma abría á su alrededor un círculo; ante su maza, esgrimida por los largos brazos nervudos, el suelo se cubría de carne palpitante; los más resueltos evitaban acercarse allí; se había formado una especie de plaza, que caminaba con el guerrero, variando de lugar según él avanzaba, más ancha cada vez. Circundando aquel emplazamiento libre se desarrollaba la lid, y atronaba su ruido formado por sonidos discordes: el pataleo y trajín de los infantes, el batir del casco de los caballos, el choque de las ferradas porras y de los garfios de hierro, el hondo campaneo de los escudos, el tilinteo de las campanillas que adornaban el pretal de los elefantes, el gemido de los moribundos, el largo silbo de las en-

cendidas flechas y algo más espantable aún: el crugido de los cuerpos reventados, aplastados por las patazas elefantinas. Pero donde Bisma jugaba su maza colosal, relativo silencio permitía escuchar las injurias que el enemigo dirige al enemigo en la viril embriaguez de la lucha. Los que habían caído anonadados por un mazazo, sangrando como bueyes, aún respiraban; los afanes inconscientes de la agonía les obligaban á arrastrarse por el suelo, comprimiendo con la mano sus entrañas, que se salían del roto vientre. Y Bisma, orgulloso, se apoyó en la maza y descansó un instante, esperando enemigos de refresco. Entonces vió que Sueta, el gallardo príncipe, avanzaba contra él, solo, desnudo, sin más armas que su lanza.

Por un instante Bisma vaciló entre la inacción y la acción. Aquel guerrero tan hermoso, cuyo torso moreno, escultural, parecía de oro bruñido á los rayos del sol, era un retoño de su propia raíz: era su nieto. Era, además, muy mozo, y todavía las apsaras, que ofrecen la copa del amor á los mortales, no le habían ungido los labios con el licor extraído de las flores. El momento de incertidumbre y de compasión fué brevísimo. Bisma alzó la maza; Sueta arrojó la lanza, á fin de combatir desde lejos y evitar el primer ímpetu de su adversario, pero Bisma saltó de costado, la lanza se clavó en tierra, y el mazazo, de refilón, tocó al joven en la sien. Bastó para derribarle, redondo, sin sufrimientos, sin herida visible. Quedó como dulcemente dormido, y Bisma, al mirarle á sus pies, soltó la maza; un estupor repentino, una fascinación misteriosa le obligó á arrodillarse al lado del cadáver de su descendiente y alzarle en sus brazos. ¡Era un guerrero hermoso de veras!

Cuando Bisma dejó caer el inanimado cuerpo y se incorporó, el círculo abierto á su alrededor no existía. La corriente desbordada de la batalla le arrastraba ya. Ni tiempo tuvo de recoger su maza. No le quedaba más defensa que sus luengos brazos. Le envolvía el oleaje, le arrebataba una fuerza desatada como un elemento. Se sintió perdido, ahogado, acribillado, consumido cual la arista por el fuego. De lo alto de las torres llovían flechas. La primera se le clavó en un muslo; después otra en el cuello; dos en el hombro. Con las manos quiso guarecerse; sus manos fueron atravesadas de parte á parte por finísimas lenguas de áspid, de hierro, y las dejó caer, exhalando un rugido de dolor. Descubierto el rostro, en él se hincaron los dardos, y al penetrar uno en la cavidad del ojo izquierdo, Bisma se desplomó, exhalando un quejido lúgubre. Cayeron sobre él innumerables contrarios y le destrozaron á porfía con krises, puñales, lanzas cortas, espadas curvas, garfios, piedras aguzadas, hachas de jade: no quedó sitio de su cuerpo que no recibiese herida: ya ni las sentía. Allí quedó expirante el héroe, conservando todavía algún resíduo de aliento vital. Aún se estremecía bajo la garra del dolor su carne, cuando, cerrada ya la noche y extinguido el furor de la batalla, Kunti el bramán se atrevió á recorrer el campo buscando al viejo guerrero, y le encontró, y le conoció por sus brazos largos, y se arrodilló á su lado, acercando á sus labios una calabaza llena de agua fresca.

—Voy á morir—articuló Bisma.—Tenías razón, hombre puro y sabio: la guerra es una cosa horrible... pero el chatria respira con deleite el olor de la sangre. ¡Cuánta á mi alrededor! ¡Cuánta! Arroyos, torrentes, mares... Me ahoga. Dame almohada en que recostar la cabeza para morir.

Kunti trató de acomodar en su regazo, sobre sus rodillas, la desfigurada cabeza, monstruosa. Como viese que Bisma no descansaba así, á una ojeada expresiva del veterano, recogió del suelo varias agudas flechas, las colocó en haz, y sobre ellas acomodó cuidadosamente la testa, donde la muerte empezaba ya á tender velo sombrío. Bisma sonrió contento, y murmurando: «Adoración á ti, Kali, la de la faz de loba», dejó que se desciñese el estrecho abrazo de su cuerpo y su alma.

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRIGA

EMILIA PARDO BAZÁN

AIRES MURCIANOS

¡POBRETICO!

No espegas los labios... ni siquiá te quejas...
nunca como ahora de apocao te he visto...
¡por lo que con ella te encierras y vives,
la melancolía páece tu cariño!...

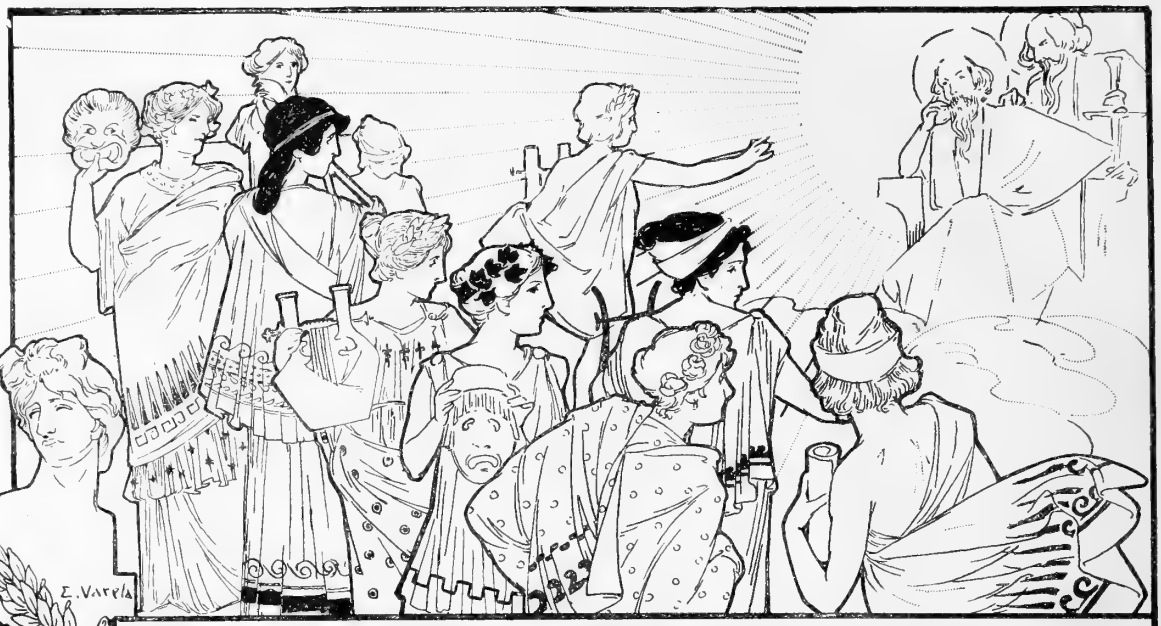
Sé lo que te pasa
igual que si fuera tu sentir el mío:
que nenguna moza del pueblo te quiere,
que no hay quien te mire ni te haga un roalico,
que eres un extraño pa tós, que no sabes
lo que es un amigo...
Te esprecian porque eres un pobre inclusero...
¡y tan pobretico!...
á más que no tienes sobre qué caerte,
¡ni padre ni madre tan siquiá has tenío!...

Sin sombra de náide te ves, y ya piensas
que tós en el mundo semos lo mesmico...
No te esansies tanto... Repara que hay alguien
que pena contigo...
Yo seré, si quieres, tu madre, tu hermana...
andas falto de amor y de cuidio...
Cuando te estremescas en tu desamparo,
como el pobre que tiembla de frío
¡acurrúcate en mí como un nene!...
¡yo seré tu abrigo!...

No tós en el mundo
semos lo mesmico...
Repara que hay alguien
que pena contigo...
Si hay quien no te quiere por ser pobre y solo,
¡yo, de verte triste, te he tomao cariño!

Vicente MEDINA

DIBUJO DE J. FRANCÉS



EN LA CVMBRE DEL OLIMPO

NOCHE de primavera, apacible, argéntea, embalsamada con el hálito de los jazmines, humedecida por suave rocío . La luna llena se alza sobre el Olimpo y la cana cima del mónte se ilumina con luz triste, verdosa, pálida.

Hacia el valle de Tempé se dibujan las hondas penumbras de los matorrales de alheñas ó aligustres, donde tiembla el canto de los ruiseñores, donde palpitan plegarias y quejas, súplicas y suspiros amorosos. Semejantes á música lejana de flautas y caramillos, todas las voces de las cosas, todos los murmullos del misterio llenan el silencio nocturno, como una lluvia espesa ocupa el espacio, formando una cortina de lágrimas...; después van extinguiéndose, trocándose en arroyo de aguas vivas y mansas.

Poco á poco todo ruido se extingue, y el silencio es tan grande, que parece oirse el blando rumor de las nieves que se deshacen en las cumbres al cálido aliento de Mayo.

¡Noche de ambrosía! ¡Noche mágica! ¡Noche primaveral!

En aquella noche, los dos Apóstolos Pedro y Pablo se sentaron como jueces en la alta meseta para sentenciar á los dioses viejos del paganismo. Sobre sus cabezas, radiantes nimbos bañaban de luz la nieve de sus cabellos, sus fruncidos entrecejos, sus ojos severos y graves. Más allá, á la sombra de las hayas, la blanca muchedumbre de los dioses abandonados y perdidos aguardaba con angustia la sentencia definitiva.

Pedro alzó la mano, y á esta seña, el dios que mandaba en las nubes, Zeus Nefelegeretes, se adelantó primero y marchó hacia los Apóstoles, aún formidable, inmenso todavía, como el coloso que Fidias labró en mármol, pero ya decrépito y achacoso. Siguiendo sus pasos, se arrastraba un águila vieja y alicortada. Azulados, carcomidos de herrumbre, consumido su fuego, los rayos vengadores se escapaban de la diestra de Aquel que fué padre de los dioses y de los hombres.

Pero cuando se vió frente á los Apóstoles, su pecho gigantesco se hinchó con la seguridad de su omnipotencia. Y alzando la cabeza con orgullo, fijó en el viejo pescador de Galilea sus divinos ojos llenos de luz, fulgurantes de soberbia, soltando relámpagos de furor.

Y entonces, ante la furia del Señor, servilmente atemorizado el Olimpo tembló en sus cimientos: las hayas movieron medrosas sus troncos: el canto de los ruiseñores se extinguió: y la luna, por cima de las nieves perdió su blancor de plata y quedó transparente como la tela que Aracné tejía... Del corvo pico del águila salió un último y temeroso graznido. El rayo vengador, atizado de súbito, se retorció á los pies de Zeus, alzó su cabeza de llamas, crepitante y silbadora, como una serpiente pronta á lanzar su mortal veneno... Pedro puso el pie sobre los llameantes zig zags del rayo y los forzó á soterrarse. Luego, dirigiéndose al Señor de las nubes, dijo:

—Maldito y reprobado seas por toda la eternidad.

Incontinenti, el dios empalideció, desmayóse, y murmurando con sus labios negruzcos «¡ananké! ¡ananké!» (¡fatalidad! ¡fatalidad!) hundióse en las entrañas de la tierra.

Al punto surgió entre los apóstoles otro dios de rizada cabellera: Poseidón ó Neptuno... Traía la negra noche en las pupilas y un mellado tridente en la mano.

—Ya no serás tú—le dijo Pedro—quien pueda á su antojo embravecer ó aplacar las olas, ni quien guíe las naos errantes hacia la paz de los puertos. No serás tú, no, sino la *Maris Stella*, la Santísima Estrella del mar...

Y al oir esto el dios, atravesado por un dolor repentino, mugió y se disipó entre neblina vaporosa. En pos de él, la cóncava cítara en la mano, se alzó Apolo, el dios de las flechas de plata, y avanzó hacia los Santos Hombres. Tras él seguían lentamente, como un bando de blancas palomas, las nueve musas. Llenas de temor, paráronse ante sus jueces, agitados

los alientos, los corazones vacíos de esperanza. Volvió la vista hacia Pablo, y con voz parecida á la música de los astros, cantó el Radiante Apolo:

—No me hagas perecer, Señor. Señor, defiéndeme. Pronto tendrías que volverme á la vida.. Yo soy la flor y la alegría del alma humana. Yo soy la luz y la nostalgia de lo Divino. Mejor que ningún sér vivo sabes, Señor, que el canto de la tierra no volará al cielo si se quiebran sus alas. ¡Santos Hombres, no hagáis que perezca la Poesía...!

Hubo una pausa. Pedro alzó sus miradas á las estrellas. Pablo cruzó las manos sobre el puño de su espada, apoyó en ellas la frente y permaneció abismado en sus ensueños.

Luego se levantó. Trazó el signo de la cruz sobre la radiante cabeza del dios y dijo:

—Que viva, pues, la Poesía.

Apolo se sentó, sin dejar la cítara, á los pies del Apóstol. Las luces de la noche brillaron más intensas, los jazmines despidieron más penetrante su perfume, las fuentes lejanas rieron con más alegría.

Juntas, como una nidada de cisnes blancos, con las voces aún temblorosas de miedo, las musas comenzaron á cantar dulcemente palabras cual jamás las oyó el alto Olimpo.

«Santa Madre de Dios, ampáranos con tu manto glorioso...
No rechaces nuestras súplicas...
Líbranos de los peligros que nos acechan...
Virgen gloriosa...»

Así cantaban, sentadas en el césped, los ojos en el cielo, las nueve musas como nueve blancas y pías religiosas de un convento.

. . . . . .

Pasaron después los demás dioses... Pasó en voleo impetuoso el cortejo de Baco, salvaje, desenfrenado, coronado de pámpanos y de hiedra, empuñando tirsos y cítaras, lanzando gritos de delirio, de desesperación, de locura... para hundirse en el abismo sin fondo.

Después surgió ante Pablo y Pedro otra divinidad. Altiva, arrogante, amarga, sin esperar preguntas, sin escuchar la sentencia, habló, con sonrisa despreciativa en los labios:

—Yo soy Palas Atenea: no os pido la vida, porque no soy más que un fantasma. Ulises me escuchó y me adoró hasta llegar á la vejez. Telémaco, hasta el día en que sus mejillas se cubrieron de barbas. Vosotros mismos no sois capaces de arrebatarme mi inmortalidad, porque soy imperecedera... Pero, en cambio, sabed que nunca he sido más que una sombra vana, que no soy sino sombra, y sombra seré por los siglos de los siglos.

Por fin le llegó el turno á Ella: á Ella, á Venus Afrodita, la diosa del amor, la más bella, la más fervientemente adorada.

Suave, inefable, emocionada, se acercó. Bajo su pecho de nieve su corazón palpitaba rápido, desatinado como el de un ave: sus labios rojos temblaban como los de un niño que teme el castigo. Y cayendo á los pies de los Santos Hombres, tendió hacia ellos sus brazos divinos é imploró humildemente llena de pavor:

—Soy culpable... soy criminal... Mas, ¡oh Dios mío! soy la Felicidad humana. ¡Misericordia! ¡Señor, perdonadme! ¡Soy toda la Felicidad humana!... ¡la única!...

Y su voz se apagó entre sollozos.

Pedro la contempló, y sobre sus cabellos de oro posó la mano venerable. Pablo arrancó del suelo un ramo de azucenas, le puso en manos de la divina criatura, y dijo:

—Has de ser como este cáliz...; pero vivirás, vivirás, Felicidad humana.

En esto se hizo de día. En lo alto de las cimas rocosas el alba sonrosada apuntó. Callaron los ruiseñores. Los jilgueros, los pardales, los pinzones y las cogujadas, sacando sus cabecitas perezosas de entre el abrigo de sus alas, sacudieron los plumajes cargados de rocío y cantaron alegremente:—Ya está aquí, aquí, aquí, la aurora...

La Tierra se desperezó sonriendo y despertó gozosa, pues la habían dejado la Poesía y el Amor.

ENRIQUE SIENKIEWICZ

DIBUJOS DE VARELA

El inspector de primera enseñanza no quiso descansar. Era la primera vez que ponía sus oficiales pies en la escuela de aquel pueblo, y á ella se dirigió inmediatamente, dando principio al examen de párvulos, el más listo de los cuales fué interrogado por el inspector, que quiso ver á qué altura andaban por allí de conocimientos astronómicos. He aquí el interrogatorio.

—¿Conoces algún *astro de primera magnitud?*

—Sí, señor: el diputado del distrito.

—¿Y sabes dónde está *Saturno?*

—¿Saturno López? En el molino.

—¿Y *Mercurio?*

—En el termómetro.

—¿Y *Venus?*

—En el estanco ¡Vaya una estanquera guapa!

—¿Dónde están las *Cabrillas?*

—En el ganado.

—¿Y los *luceros?*

—En el rostro de la sobrina del cura.

—¿Habrás visto el *lucero del alba?*

—Sí, señor; cuando estuvieron aquí los zarzueleros.

—¿Conoces la *Osa mayor?*

—Es la suegra del médico.

—¿Y los *puntos cardinales?*

—Son los hijos de Cardín, el juez. ¡Buenos puntos están!

—¿Se ve desde aquí á *Neptuno?*

—No, señor, porque está en la Plaza de Cánovas.

—¿Sabes algo de la *Tierra?*

—¡Ya lo creo! Como que mi padre es labrador.

—¿Cuantas zonas tiene la tierra?

—Aquí tres: la tórrida está en la torre, la templada en el templo y la glacial en el sótano.

—¿Has oído hablar de la *aurora boreal?*

—Sí, señor; de Doña Aurora Boreal, que es la mujer del boticario, todo el mundo habla.

—¿Sabes qué son *Cometas??*

—¡Anda! ¡Si son nuestro juguete favorito!

—Y qué me dices de la *luna?*

—Que ahora están en ella (en la de miel, por supuesto) Pepe Urano y la hermana del sacristán.

—¿Hay *cuartos* en esa luna?

—No, señor; la están pasando medianamente.

—¿Será *luna nueva?*

—¡Quiá! ¡Si los dos eran viudos!

—¿De modo que, según tú, no hay *cuartos crecientes?*

—Sí, señor; los del rematante de consumos.

—¿Y *cuartos menguantes?*

—Los de mi padre.

—¿Has visto las *estrellas* alguna vez?

—Muchas. ¡Me han dado cada zurra!...

—¿Cuáles son las *estrellas fijas?*

—Las de mi tío el capitán, que está de reemplazo.

—¿Y las *estrellas errantes?*

—Los novios de mis hermanas.

—¿Brillan mucho?

—Sí, señor; pero se pierden de vista.

—¿Qué es movimiento de *rotación?*

—El que engendran cuando bailan.

—¿Y de *traslación?*

—El que emplean cuando se acerca mi madre.

—¿Puedes ponerme un ejemplo de *nebulosas?*

—Sí, señor; las cuentas municipales.

—¿Qué me dices de *Marte?*

—Que es un planeta aciago.

—¿Hay un solo *Marte?*

—No, señor; martes hay muchos. Lo sé por el calendario.

—Pues si este pueblo es una especie de firmamento donde hay de todo, no faltarán los *signos del zodiaco.*

—Algunos hay; verbi-gracia: *Acuario* en el estanque, *Piscis* en la piscina, *Cáncer* en la nariz del tabernero...

—¿Y *Libra?*

—En las tiendas de ultramarinos.

—¿Conoces más estrellas?

—La *Stella matutina.*

—¿Y esa hacia dónde cae?

—Hacia la letanía.

—¿Ha caído aquí algún *bólido?*

—Sí, señor; el mes pasado.

—¿En qué forma?

—En forma de recaudador de contribuciones.

—¿Causó mucho daño?

—En mi casa, sí, señor; como que á consecuencia de él tuvimos un *eclipse total* de pesetas, *visible* para todos nuestros abastecedores.

—Veo que eres listo y precoz en sumo grado. ¿Cómo te llamas?

—Polo Soldevilla.

—*¿Polo Sol-de-villa?* ¡Hasta en eso eres astronómico! ¿Y qué tal andas de escritura?

—Sé firmar solamente. Aquí todos sabemos firmar.

—¡Cuando yo decía que esto era el *firmamento!...*

. . . . . .

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

DIBUJO DE XAUDARÓ

LOS BALCONES DE LA ARMERIA

SABIDO es que en el plan de obras contiguas al Palacio Real presentado por el ilustre Saqueti, figuraban una catedral, un teatro, un viaducto y la prolongación en dos alas de la fachada principal de la regia residencia, formando la gran plaza de la Armería, cerrada en su frente por una verja monumental.

El teatro, la plaza de Oriente y el Viaducto, son obras realizadas en el reinado de Isabel II; la Catedral se empezó en el de Alfonso XII, y la plaza de la Armería se acabó durante la regencia del actual Monarca Alfonso XIII.

El plan de Saqueti, corregido y aumentado en armonía con las posteriores reformas y mejoras municipales, más que pese á la desconfianza de nuestros antepasados, ha tenido plausible realización.

La disposición de la citada plaza de la Armería da singular idea de grandeza y contribuye á fijar en los sentidos las proporciones majestuosas del palacio que hizo exclamar á Napoleón al visitar al rey su hermano: «¡Estás mejor alojado que yo!»

Tiene aquella plaza el encanto de la extensión; pero aparte de esto, para todo el mundo tiene otro encanto singularísimo, sugestivo, muy madrileño, muy racional también. El encanto de aquellos balcones prodigiosos, recreos del ánimo y expansión gratuita de los espíritus curiosos ó melancólicos.

Madrid es raro, es antitético. A los quince minutos de caminar alejándose del centro, de la turbulenta Puerta del Sol, de la lujosa Carrera, de la grandiosa calle de Alcalá, entramos en barrios míseros, en los que se detuvo el tiempo enredado en sus callejones; en los que vive la gente en la calle y en ella guisa y se peina y charlotea y tiende la ropa, como si fuesen tribus nómadas habituadas á la intemperie más que al recinto incómodo de las chozas. Si miramos hacia la parte sur y oriental de las afueras, el paisaje es triste, ceniciento, de una esterilidad desconsoladora. Tiene aquel paisaje *su alma*, pero muy íntima, muy escondida en la planicie gris, muy difundida en la extensión del desierto castellano...

Por contraste, á la parte del poniente y hacia el norte, cambia la decoración de un modo que sorprende. Y para recibir la plena sensación de lo undoso y fresco y admirable, como trozo magnífico de naturaleza, hay que asomarse á los balcones de aquella plaza de la Armería y beber por los ojos la gran hermosura de los campos fértiles.

A nuestros pies se extiende la arboleda altísima del Campo del Moro, una floresta encerrada en dorada verja que refleja la luz del sol con ráfagas resplandecientes: más allá, entre alamedas seculares, la iglesia de San Antonio, ilustrada por el pincel de Goya; los barrios lejanos y humeantes en que el obrero vive; el río impuro, brillando á distancia con argentina pureza; los puentes vetustos, los carriles modernos, los bosques inmensos de la Moncloa y la Casa de Campo; los encinares del Pardo, y más lejos, más lejos, cerrando el horizonte como una barrera gigantesca, la alba sierra, nevada, refulgente, recortando su augusto perfil sobre el azul del cielo, ó desvanecida entre rosadas brumas de una ideal y delicada transparencia. Aquel inmenso cuadro viviente y vigoroso mantiene su gran belleza natural á través de todas las estaciones. Es alegre y fortísimo en primavera, en que el olor de la savia se difunde como un efluvio de fecundidad maravillosa. Es melancólico en los días otoñales, teñidos de aquel rojo suave de la hoja muriente: es severo y triste en el invierno, en que los soplos helados del Guadarrama sacuden las ramas esqueléticas de aquellos bosques, que chocan con clamor de huesos desamparados y con sordas quejumbres de fantasmas heridos...

Desde los balcones de la Armería vemos la parte viva, fecunda y espléndorosa de la tierra que rodea á Madrid. Desde aquel sitio podemos entablar un diálogo mental con la sierra llena de nieve, refrigerante y hermosa mientras el calor hace hervir la arena de la gran plaza y avienta á las palomas que constelan de manchas azules y movedizas el gran arco zodiacal que corona la fachada del palacio regio.

DIBUJO DE NEGIDOR

JOSÉ NOGALES

CUENTO BATURRO, POR GASCÓN

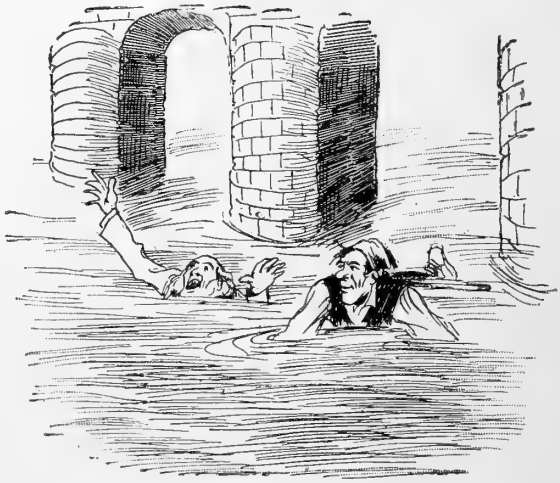
1.—¿Con que éste es el Ebro famoso?
—Pa sirvir á usté.
—Bueno; va usted á darme en él un buen paseo con su barca; yo soy muy aficionado al sport náutico.
—No sé lo que es eso.

2.—¿No sabe usted lo que es sport náutico? Pero al menos sabrá usted algo de Filosofía...
—¿Filosofía? ¡Quiá!
—¡Ah!... Pues ha perdido usted la tercera parte de su vida.

3.—Y diga usted: ¿sabe algo de Astronomía?
—Tampoco; ¿pa qué eso?
—Entonces es peor; ha perdido usted en tonto la mitad de su vida.

4.—¡Pero, hombre, algo sabrá usted! ¿Sabe Geología?
—(¡Rediez, qué tío!) No siñor.
—¡Es usted un analfabeto! Ha perdido usted las tres cuartas partes de su vida.
—(¡Ya te daré yo el alfabeto!)

5.—¡¡¡Socorro!!! ¡¡Nos vamos á pique!!
—¡No hay cudiau! ¿Sabe usté nadar?



6.—No... no... sé nadar...
—Pus entonces ha perdido usté toa la vida.

El más guapo del regimiento

TAMBOR, un redoble para que el auditorio sepa que voy á contar la verídica historia del soldado más guapo del 97 de Cazadores, al que tenemos todos el honor de pertenecer, y del que, en mi calidad de vuestro superior, con tres reenganches, soy el más perfecto modelo. ¡Aaaaa... tención! La lengua quieta, los ojos fijos... Más fijos todavía. Todo rumor intempestivo será castigado con cuarenta y ocho horas de imaginaria. Una, dos, tres: toca, tambor. ¡Rrrrrrrrrrán! ¡En marcha! Pues señor... El 97 de Cazadores... ¿sabéis lo que es el 97 de Cazadores en el ejército francés? Pues por sus méritos y su garbo es, como quien dice, el pollo en ensalada; el jamón con tomate; el superlativo y el néctar... Cuando uno puede imprimir en su tarjeta: FULANO DE TAL, *soldado del 97*... vamos, vale tanto como llevar una charretera, dos charreteras, tres charreteras. Yo, este individuo que os está hablando, he visto á un teniente coronel de artillería... cuyo nombre no recuerdo... permutar con un cabo que era camarada mío. Y aún tuvo que esperarle dos años. Un suponer: uno de vosotros, tú, vas con tu general á la tienda de vinos por el aquel de hacerle una fineza. La tabernera, que ha visto el número del regimiento, se sonríe... así... ó así, lanzándote una mirada... vamos, una mirada de veinte francos la docena... y sin decir oste ni moste, le sirve al general media copa de balarrasa, y á ti te administra una de *fine champagne*, como el que se destila exclusivamente para la reina de Inglaterra... ¡que sabe lo que es bueno! Todos los taberneros tienen una botella especial para el 97 de Cazadores: es cosa corriente.

Otro suponer; tú tienes ciertas preferencias por una joven del barrio, cocinera, dependienta de comercio, rentista ó lo que fuere, y naturalmente, sueñas con que sea amiga tuya. Muy bien: te diriges á ella para *labrar* su felicidad, cuando de pronto sabes que el menistro de la Guerra está loco perdido por ella. Sin preocuparte por ello lo más mínimo, pasas tu tarjeta al objeto de tus preferencias, y ¡zás!... el menistro se va á freir espárragos: vamos, que en cuanto se entera, lo que hace es retirarse, y á guisa de excusas, te da los galones de cabo.

Ahí tenéis lo que es el 97 de Cazadores. Tambor, un redoble en honor de nuestro hermosísimo regimiento.

Bueno; pues en el tiempo de que voy á hablar, el 97 de Cazadores estaba acuartelado en la *Nueva Francia*... Estoy viendo á Duval que me mira con ojos de idiota, como para preguntarme la *estismología* de este nombre. Desde el momento en que el Gobierno lo ha escogido, es una indiscreción salir con semejante pregunta. Por consiguiente, Duval me pasará veinticuatro horas de imaginaria.

—¡Pero, mi primero, si no he abierto la boca!...

—Usted me ha interrumpido con los ojos, Duval... Ahora, si prefiere usted pagar unas tintas...

—¡Ya lo creo que lo prefiero!

—Yo también... Pero prosigo. Serían como las once, ó las once y cuarenta y siete de la mañana. Truffiot y yo estábamos sentados en un banco á la puerta del cuartel. Bueno será deciros, para que lo sepáis, que Truffiot era un buen muchacho: lo que se llama un buen muchacho... ¿cómo he de explicároslo? En fin; Truffiot pagaba dos tintas á los soldados viejos por cualquier motivo... Digo esto para que os forméis idea. Y luego, complaciente como un perro y vivo como la pólvora. No había más que decirle: «Truffiot, ¿sabes lo que debes hacer?...» cuando echaba á correr sin oir una palabra más. Bien; pues estábamos hablando del tiempo, como aquel que dice, por pasar el rato, y no es que tuviésemos cosa de importancia que decirnos, ¡quiá! pero si no moviese uno la lengua, no tendría sed nunca... cuando de repente... ¡Atención, ganapanes! Cuando el que os está contando una historia dice: *De repente*... la más elemental cortesía os obliga á abrir la boca, los ojos y las orejas... Esto anima mucho al orador, y yo lo soy ahora... *De repente*, digo, Truffiot y yo vimos acercarse á nosotros una viejecilla, con la cara hecha una arruga, de color de forro de guerrera: una cosa así como un níspero caído del árbol

en Noviembre y recogido á fin de Mayo. Ya os la estáis figurando: unos ojillos tiernos, una papalina blanca, zapatones de orillo y la espalda un tanto gibosa.

—Sargento—me dijo,—no me dejan entrar en el cuartel, y yo querría abrazar á mi hijo, que está ahí dentro. ¿Seríais tan complaciente que le hiciérais saber cómo su madre, la vieja Reinette, acaba de llegar de Senlis á pie para darle un beso, una cesta de manzanas y un traguito de vino dulce., y que le espera aquí, en la calle... á vuestras órdenes?

Desde las primeras palabras, Truffiot se había levantado presintiendo que iba á poder prestar un servicio á alguien.

—Usted dispense, buena mujer—dijo;—pero ¿cómo es su hijo de usted? Yo soy de Vineuil, casi vecino, casi paisano.

—Mi hijo, mi hijo... ¿Que cómo es mi hijo? Pues el más guapo del regimiento.

—Entonces ya le conozco—afirmó Truffiot.—Y sin oir una palabra más apretó á correr, entró en el cuartel y desapareció.

Yo había cedido el asiento á la buena mujer, por aquello de que parece que en todas las madres hay algo de la nuestra. Yo quiero muy bien á las viejas... sin que por esto les haga ascos á las jóvenes, claro está.

No había pasado un minuto, cuando vuelve Truffiot con el tambor mayor, ya sabéis quién os digo, Gabariot, un mocetón de siete pies, que metido en filas parece un álamo en un campo de rábanos.

—¿Este mi hijo? ¿Este arrapiezo? ¡Bah, bah! Mi hijo es mucho más guapo y mejor mozo,—dijo la vieja irguiéndose con la mar de orgullo.

—¡Bien, otra vez no me desmentirá!—pensó Truffiot.—Y dejando al tambor mayor aturrullado volvió adentro del cuartel, y al cabo de tres minutos volvió con el maestro armero, ya le conocéis, Grascassac... un mozo tan arrogante, que todas las testas coronadas vienen á verle cuando pasan por esta capital.

—¿Quién ha preguntado por mí?—exclamaba Grascassac atusándose el bigote;—¿una rubia? ¿una morena? ¿una reina? ¿una emperatriz? ¿una...

—Nada de eso—dijo Truffiot,—sino tu mamá; tu mamá, que llega de Senlis á pie para darte un abrazo, unas manzanas hermosísimas y una botella de moscatel; aquí está esperándote á la puerta.

—¿Quién, esa mi madre?—gruñó el maestro armero.

—¿Ese mi hijo?—dijo riéndose á carcajadas la buena mujer.—¡Entonces no habéis entendido quién os digo! ¡Os digo que mi hijo es el más guapo y el mejor mozo del regimiento!

Truffiot echó á correr de nuevo, dejando á la puerta á Grascassac no menos patidifuso que Gabariot.

Y sucesivamente hizo desfilar por delante de la vieja al mayor Libidinois, tan apreciado de las damas; al abanderado, al músico mayor, al teniente Casquapoil, al coronel... ¡hasta al mismísimo coronel!... en fin, á todos los mejores mozos y los más guapos... cuando, quién os dice que de repente la vieja se cuela en el patio del cuartel burlándose del centinela y de los reglamentos y se lanza con los brazos abiertos sobre un pistolo que parecía un escuerzo, idiota, sucio, tiñoso, piojoso, á quien ni las moscas se le acercaban, y empieza á gritar:

—¡Este, éste es mi hijo, mi Juanito, mi adorado, mi Benjamín, el más guapo, el mejor mozo del regimiento!...

Así que, en todos los regimientos, como en el 97 de Cazadores, como en el mundo entero, siempre nos parece lo más hermoso lo que más queremos.

Y con esto se levanta la sesión. Tambor, un redoble. Y tú, Duval, ven á pagarme esas tintas.

DIBUJOS DE C. VÁZQUEZ

QUATRELLES

HUELGA HUMANA

La sociedad, eterna viajera embarcada en este nuestro globo, cambia incesantemente de rumbo, como tripulación perdida y desorientada en busca del puerto de su destino. Párase unas veces, capea temporales y aguanta tormentas; otras veces apresura vertiginosamente su marcha, impelida por vientos favorables ó arrastrada por durísimos huracanes.

Así va marchando la civilización, llevada de vientos flojos, con escaso pero tranquilo andar en la edad antigua; parada en la calma tenebrosa de la edad media; arrastrada en la moderna por torbellinos revolucionarios, que le hicieron ganar en un día el camino atrasado en muchos años, aunque á riesgo de hundirse en la borrasca, apresurándose en los dos siglos últimos con tal velocidad, que deja olvidado el punto de su partida. Y se halla tan distante, que el hombre actual es otro hombre que el de la edad prehistórica, así en lo interior como en lo exterior. Parecen distintas su naturaleza espiritual y su naturaleza corporal.

¿Quién reconocería, por ejemplo, en las encantadoras mujeres de ahora y en los exquisitos poetas y oradores griegos y romanos, en los refinados artistas del Renacimiento, en los filósofos y científicos de los días modernos, á aquella semibestia de cabezota aplanada y obtusa, casi sin frente, casi sin cráneo, casi sin meollo y casi sin palabra, que pensaba con el instinto y aullaba más que hablaba con monosílabos guturales aprendidos por imitación de los animales, compañeros de su vida selvática? Y en medio de esa transformación total en que parece como si se hubiera roto y truncado la cadena de la generación humana, hay algo que permanece y perdura fijo é invariable, y es la inclinación á la pereza. El hombre es un sér substancialmente perezoso; un tardígrado de dos pies. El ocio es su naturaleza, como la de la ardilla es el movimiento. Recuérdense sus primeros actos en el Paraíso. Apenas creado Adán, se tendió á dormir; y en aquel sueño, Dios le extrajo la costilla con que formó á Eva. La humanidad nació en el ocio y destinada á vivir en él si no se lo hubieran frustrado sus primeros padres.

Mírese, para comprobación, á las razas viejas, á los pueblos orientales, á los que están más atrasados, y por ello más cercanos á la naturaleza primitiva. Son los más indolentes. Han inventado el fatalismo para no preocuparse con las agitaciones de la existencia ni con las incertidumbres de lo porvenir. ¿Lo que ha de suceder está escrito? Pues no tienen que hacer sino esperarlo en cuclillas, como les enseña la postura simbólica de las divinidades indias.

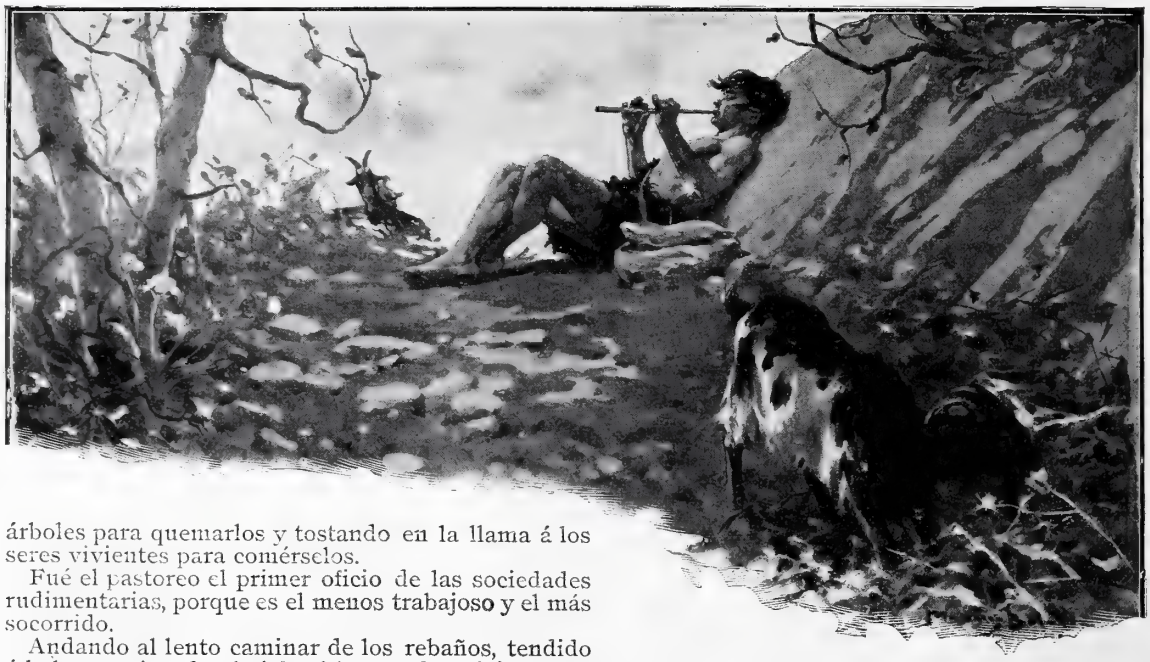
No viven la vida: la van pasando desmayadamente. No la disfrutan: la reposan. El opio la adormece.

Y mírese también á las instituciones humanas que se dicen fundadas en la naturaleza: la institución de la familia, y dentro de la familia la institución testamentaria. La ciencia del derecho creó la herencia para liberar del trabajo á los seres queridos. El primer deseo de un buen padre es el de acumular bienes para que sus hijos no trabajen en lo futuro.

Toda la historia de la humanidad y todos los estudios del hombre se dirigen á un ideal: el de vivir con mucha comodidad y poco trabajo.

Fueron sin duda duros y afanosos sus primeros días, allá en la época del mamuth y del reno, cuando abandonado á sus fuerzas sobre el haz de la tierra, errante por los bosques ó guarecido en las cavernas naturales, el hombre se veía obligado á buscarse el sustento, ni más ni menos que cualquiera de las especies irracionales. Pero bien pronto aguzó el ingenio y abusó de él para desarrimarse del trabajo y cargarlo sobre ellas.

Empezó á domar á los animales para ponerlos á su servicio, convirtiéndolos en criados y agricultores gratuítos. Sacó punta hasta á las piedras, y las afiló para convertirlas en instrumentos de trabajo que le ahorrasen el suyo. Sacó lumbre de los pedernales y encendió el fuego para simular el calor del sol cuando le faltaba, y, tirano cruel de la naturaleza, la sacrificó entera á su comodidad, amputando los



árboles para quemarlos y tostando en la llama á los seres vivientes para comérselos.

Fué el pastoreo el primer oficio de las sociedades rudimentarias, porque es el menos trabajoso y el más socorrido.

Andando al lento caminar de los rebaños, tendido á la larga mirando al cielo, ó buscando músicas gratas y sonidos rústicos en la flauta de caña, el pastor tiene á la mano cuanto há menester: alimento en la leche y la carne, y vestido en la pelleja de sus ganados.

Y después, cuando la civilización progresa y la inteligencia humana va desaturdiéndose del primitivo embrutecimiento, todas sus artes se enderezan á la supresión del trabajo.

La locomoción fatiga los miembros y daña los pies. El hombre montó á las bestias, obligándolas á llevarle y traerle.

Parecióle todavía incómodo el ir á horcajadas; quiso ¡oh antítesis ideal de la comodidad! trasladarse sin moverse, andar sentado, y entonces inventó el carro.

El carro era perezoso: los perezosos de suyo son los más activos para remover á los demás. Y se inventó el ferrocarril para los caminos; se aplicó el tranvía á las calles urbanas.

Y el viajar no es ya fatiga, sino descanso del cuerpo.

Era necesario emplear la propia mano para lograr los frutos de la tierra y sembrarlos y recogerlos; y para hilar el copo de lana, y tejer la tela que había de vestirse.

Las manos de carne se lastimaban en tales faenas, y entonces se inventó la mano de hierro.

Se labró el metal, y sometiéndolo á servidumbre humilde, fueron construídas las maquinarias agrícolas é industriales.

Se ara, se siembra, se siega, se trilla, se muele á máquina; se hila, se teje, se cose á máquina; se anda, se viaja, se navega á máquina; se caldea ó se refresca el ambiente á máquina; se ilumina el espacio á maquina; hasta se escribe á máquina.

¡Huelga y reposo general de los miembros y aparatos concedidos al hombre para servirse á sí propio! ¡Huelga de las piernas, de los brazos, de las manos!

Solamente la cabeza queda exceptuada de este holgar común; solamente el obrero intelectual es servidor irredimible de sí mismo sin esperanza de sustitución ajena; solamente él sigue obedeciendo al mandato supremo, á la pena del trabajo impuesta á la especie humana al salir del Paraíso.

Acaso sea el único obediente, porque es el predilecto, el más cercano y el más influído de la divinidad.

La huelga domina el mundo: hasta se ha convertido en arma de combate de las legiones obreras.

Los antiguos menestrales pedían sus derechos ó vengaban los ultrajes de la tiranía con el hierro y con el fuego, entre el griterío tumultuario y la sangre de la revolución. Se alzaban en comunidad en Castilla contra la corrompida administración flamenca, ó se agermanaban en Valencia contra los atropellos señoriales. Cansaban á la guillotina al fin del siglo XVIII, y al mediar el XIX alborotaban á Europa, derrumbaban un trono y conmovían á los demás.

La revolución era trabajo, actividad, movimiento y fuerza de individuos y de masas.

Véase ahora esa muchedumbre que abandona en orden los campos y los talleres, que pasea en silencio las plazas, cruzados sobre el pecho los brazos que debían estar sobre la máquina ó el azadón.

¿Qué pide esa muchedumbre? Menos trabajo.

¿Cómo lo pide? Con la huelga.

Otra multitud corre por las calles cerrando tiendas y rompiendo cristales. ¿Qué quiere? El descanso dominical. ¡Siempre descanso y huelga!

¡Cuánto han variado las rutas de la desorientada humanidad en lo religioso, en lo social, en lo político, en lo científico!

Sólo permanece constante y fijo un rumbo, desde la sociedad primitiva á la presente: el que dirige al puerto tranquilo del reposo.

La humanidad quiere regresar al Paraíso terrenal después de haber corrido y trastornado la tierra.

Es como si quisiera volver á la inocencia después de haber corrido las borrascas del mundo.

Podrá acaso encontrar la huelga del cuerpo: no encontrará la huelga del espíritu, más conturbado y trabajado cada día.

EUGENIO SELLÉS

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

LA SEMANA SANTA EN HÍJAR

ENTRE los muchos pueblos de España que celebran la Semana Mayor de una manera solemne y original, distínguese particularmente la villa de Híjar.

En ese pueblo del riñón de la tierra aragonesa, el instrumento favorito de los ciudadanos todos no es la guitarra, sino el tambor. Grandes y chicos, ancianos y mozos se dedican durante todo el año á ensayar los más variados redobles, y la Cuaresma entera se invierte en templar los tambores para los días de las procesiones, Jueves y Viernes Santos. Inútil es decir que los mozos de Híjar, mezclando lo

LOS VECINOS DE HÍJAR YENDO Á BUSCAR LOS «PASOS»

LA COHORTE ROMANA

sagrado con lo profano, suelen dedicar algunos de los más elocuentes redobles de sus tambores, tamboriles y tamboras (porque los hay de varios tamaños y *sexos)* á las mozas, formando una rondalla con instrumentos de viento capaces de no dejar dormir al pacífico vecindario.

Los *pasos* para la procesión de Híjar hállanse en una ermita próxima al pueblo, por lo cual es menester ir á buscarlos, y con esta ocasión comienza la *tamborada*. Bajan las imágenes á la iglesia parroquial de Híjar precedidas de unos trescientos tambores que, doblando en son de marcha fúnebre, atruenan los aires. Los mismos instrumentos manejados por viejos, mozos y chicos vestidos de penitentes, baten marcha en las procesiones de Jueves y Viernes Santo, y á ésta última acompaña lucida cohorte de soldados romanos con brillantes armaduras y espantables barbas postizas, entre las cuales asoman las enérgicas facciones de los baturros, apos que en nada desdicen de la naturaleza de los personajes que representan.

PROCESIÓN DEL SANTO ENTIERRO AL TRAVÉS DE LOS CAMPOS

EL PUEBLO ARRODILLADO ESCUCHANDO EL «PREGÓN»

Solemne y conmovedora es también la escena del *pregón*, que se da el Jueves Santo por la mañana. Un sacerdote vestido de sotana y bonete y cubierto con un velo, recorre las calles de la población acompañado por los tambores, y en cada plaza ó encrucijada anuncia á los fieles solemnemente que á las tres de la tarde se verificará el Descendimiento, y les invita á que no falten, como así ocurre, pues salvo los enfermos é impedidos, no queda en Híjar quien no asista con tambor ó sin él.

FOT. A. DOSSET

Nuestro concurso de Belleza femenina

Casi todas las publicaciones artísticas de Europa y América, y entre ellas el *Figaro Illustre*, de París, han celebrado concursos como el que hoy tenemos el gusto de convocar, solicitando para ello la benévola aquiescencia y el simpático auxilio de nuestras hermosas lectoras, en primer término, y también de todos los amantes de la Estética femenina, así como de los artistas fotógrafos de España.

La absoluta seriedad que Blanco y Negro ha acreditado en concursos anteriores, creemos que ofrecerá las necesarias garantías para que puedan honrar nuestro Certamen las señoras y señoritas españolas.

BASES

1.ª Las personas que deseen acudir á este concurso de belleza, deberán remitir á la Redacción de Blanco y Negro, Serrano, 55, Madrid, retratos hechos en fotografía del tamaño de placa, ó sea de 18 por 24 centímetros, pegados en un cartón ó *passe-partout*, cuyas márgenes tendrán 5 centímetros de ancho. Las fotografías serán retratos directos, sin iluminar, de mujeres españolas mayores de quince años y que vivan actualmente, y deberán ser entregadas en esta Redacción señaladas con un lema. Las fotografías que nos remitan de provincias deberán venir en carta certificada dirigida á nuestro Director.

2.ª Un Jurado, compuesto de redactores de Blanco y Negro, se encargará de la admisión de fotografías. Desde luego serán rechazadas las que hayan sido publicadas en cualquier forma, las que no se ajusten á las dimensiones indicadas y las que no resulten apropiadas á la índole y condiciones de nuestra Revista.

3.ª Una vez admitidas y numeradas las fotografías, serán expuestas en el Salón de Fiestas de Blanco y Negro, si la exposición tiene importancia suficiente para ello.

4.ª Un Jurado, compuesto de nuestros más eminentes pintores y escultores, examinará todas las fotografías aceptadas y escogerá las doce que juzgue dignas de premio, las cuales, numeradas y reproducidas por el fotograbado, se publicarán en un número especial de Blanco y Negro. A este número acompañará un boletín para que nuestros lectores, por sufragio universal, designen cuál es la hermosa que merece el premio, á imitación de lo hecho por el *Figaro Illustré*. Este se concederá por mayoría absoluta de votos, y en caso de empate, decidirá la suerte. El escrutinio y recuento de votos, así como la proclamación del premio, se verificarán, con todas las formalidades legales, ante un notario del Colegio de Madrid.

5.ª Blanco y Negro ofrece á la señora ó señorita que resulte premiada *una alhaja artística*, cuyo valor no será inferior á mil pesetas. Para recogerla, deberá la agraciada acreditar su personalidad, su nacionalidad española y su edad, no inferior á quince años, de una manera auténtica é indudable; y si desea guardar el incógnito, la Dirección de Blanco y Negro se obliga solemnemente á reservar el nombre de la señora ó señorita premiada.

6.ª El plazo para la admisión de fotografías termina el 1.º de Mayo, á las doce de la noche.

EL DIRECTOR,
TORCUATO LUCA DE TENA

Madrid 28 de Marzo de 1903

PERSONAJES:

MUNACIO, SOLDADO ROMANO.
RUFA, MUJER TARTESIA, VENDEDORA DE GRANADAS

4 ABRIL 1903. NÚM. 622.
CUARENTA CÉNTIMOS

ESCENA I. EN LA COLINA DE BETFAGÉ, CERCA DE JERUSALEN

MUNACIO.—O los ojos me engañan ó tú eres Rufa la tartesia, á quien conocí en Málaga repiqueteando las castañuelas cuando yo servía en la VII legión.

RUFA.—La misma soy, aunque algo cambiada. Y tú ¿quién eres? Porque soldados de la VII ¡he conocido tantos...!

MUNACIO.—Yo soy... Pero ¿qué tropel de gente es ese? ¿Veremos alguna vez tranquilos y callados á estos vocingleros judíos?

RUFA.—Eso es que Rabbí Jeschuá de Nazareth se acerca á la ciudad.

MUNACIO.—¿Y quién es ese Rabbí? Porque en el tiempo que llevo en esta tierra he conocido tantos Rabbíes ilustres como tú soldados de la VII. Rabbí Gad, Rabbí Hillel, Rabbí Gamaliel, Rabbí Ezequías... ¡qué sé yo! Y, según ellos, todos son santos y venerables.

RUFA.—Pero no como éste. Rabbí Jeschuá de Nazareth es el Cristo, el Hijo de Dios, que ha venido á la tierra.

MUNACIO.—¡Por Pólux, pues vaya un sitio que ha ido á escoger...! Mas no entiendo bien lo que dices ni á cuál de los dioses te refieres. ¿Acaso es hijo de Jove, de Baco ó de Febo?

RUFA.—Pero ¿tú no sabes que no hay más que un Dios?

MUNACIO.—¿Qué es eso, Rufa? ¿También á ti te han engatusado los fariseos, ó los saduceos, ó los esenios, con sus historias de un Dios solo?

RUFA.—Ya se acercan... Mira, soldado: sigamos á Rabbí Jeschuá; escucharás sus palabras. Él lo sabe todo, lo explica todo.

(Aumenta el tumulto. Entre confuso tropel de hombres y mujeres pasa Él, caballero en una pollina. Todos gritan:—¡Hossanna en las alturas! ¡Viva el Rey, que viene en nombre del Señor!)

MUNACIO *(siguiendo al cortejo)*.—Vamos, vamos. *(Aspirando con fuerza.)* ¿Qué perfume es éste...?

ESCENA II. EN EL ATRIO DEL TEMPLO DE JERUSALEN

RUFA (*pregonando.*)—¡Granadas, las ricas granadas de Hebrón! ¡Tres por un as! (*Abriéndose paso por entre la muchedumbre de cambiantes, vendedores de palomas para el sacrificio y de corderos para la cena pascual, gente híbrida de varias castas y naciones, que llena el atrio con sus mercancías y aturde con sus gritos á los fieles.*) ¡Vamos, abran paso, que todos somos hijos de Dios! ¿Es justo que toda la ganancia se la lleven los ricos ganaderos de Galaad y esos insaciables fariseos que, no contentos con poseer la tierra, se apoderan del aire y son dueños de todas las bandadas de palomas de Eugadí? ¡Abran paso! ¡Compren granadas, ricas granadas!

MUNACIO (*imponiéndose á codazos, con marcial desenfado.*)—¡Paso, dejen pasar á la vendedora! Estos malditos judíos todo lo quieren para sí. (*Pausa.*) Oye, Rufa, has dicho que todos somos hijos de Dios. Explícame eso.

RUFA.—Que todos somos hermanos; así lo predica Rabbí Jeschuá; yo se lo he oído mil veces.

MUNACIO.—Entonces, yo soy hermano de mi centurión Quinto Sempronio... (*confuso*) y del procurador Poncio... (*muy pensativo*) y hasta de César, del Augusto César Cayo Tiberio, el Pannónico, el Ilírico, el Germánico, el Emperador, el Pacificador, en cuyas huestes sirvo... No entiendo esto... Y también hermano tuyo y de tu santo Rabbí Jeschuá...

(*Promuévese formidable alboroto entre los vendedores; salen éstos corriendo atropelladamente y lanzando gritos desaforados. En la puerta del templo se oye una gran voz irritada que dice: «Mi casa, casa de oración es, mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.» Los mercaderes huyen aterrados.*)

MUNACIO (*mirando fijamente.*)—Por Pólux, que nunca oí voz tan extraña. ¿De dónde sale? (*Señalando la puerta, por la cual sale vivísima luz.*) ¡Ah! ¡Allí!... El templo resplandece, el templo arde. Los mercaderes han huído. (*Gritando.*) Rufa, Rufa, dime qué es esto: no huyas. Esa luz no mata. Ese fuego no quema.

ESCENA III. PLAZA PÚBLICA FRENTE AL TEMPLO DE JERUSALEN

MUNACIO.—Ya creí que no te encontraba, que te habían atropellado esos malsines.

RUFA.—Ni una sola granada se me ha caído de la cesta. En cambio, á ellos, mira... *(señala un bando de palomas que, habiendo escapado de las redes de los vendedores, revolotean en círculos por la plaza).*

MUNACIO.—Según eso, la mercancía tuya no ofende á tu Dios, y las de los judíos ricos, sí. Entonces, ¿Rabbí Jeschuá desprecia á los ricos?

RUFA.—No; ama á los pobres.

MUNACIO.—¿Y no teme á los poderosos?

RUFA.—Jamás anidó el temor en su alma.

MUNACIO.—¿Y qué pensaría, qué diría si se hallase enfrente de César? Sospecho que tu Rabbí ha de ser un rebelde como los ilirios y los pannonios.

RUFA.—Mírale, allí viene. *(Acércase, rodeado de los Apóstoles. Habla animadamente con unos fariseos que le muestran una moneda.)* ¿Oyes? De César habla.

MUNACIO.—Pero no entiendo su lenguaje.

RUFA *(después de escuchar atentamente).*—Le han preguntado si es lícito pagar los impuestos al Emperador.

MUNACIO *(ansiosamente).*—¿Y qué ha respondido?

RUFA.—«Dad á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios.»

MUNACIO *(reflexionando).*—Ya... ya comienzo á comprender. *(Pausa.)* No es un rebelde, no es un enemigo de César. Sigámosle.

ESCENA IV. INTERIOR DEL TEMPLO, JUNTO AL ARCA DE LAS OFRENDAS

RUFA.—Ahí están, míralos; esos son los judíos ricos. Allí viene Rabbí Oseas, el de la luenga barba. Aquel es Rabbí Jonatás, el guardador del Pentateuco. Esotro es el piadosísimo Rabbí Gad.

MUNACIO.—¡Qué aposturas tan nobles! ¡Qué hopalandas tan graves! Si no llevasen los párpados caídos, como si quisieran hundir los ojos en el suelo, parecerían patricios romanos paseándose por la vía Appia. ¿Y qué hacen con esos bolsos de dinero?

RUFA.—Dejarlos en el arca de las ofrendas, en el gazofilacio.

MUNACIO.— Pues tu Rabbí Jeschuá no les hace caso ninguno. Allí está sentado, mirando al viento que pasa.

RUFA.—Ahora se ha acercado una pobre viuda: mírala. Lleva las tocas negras y ha dejado en el arca dos cuartos de as, de cobre. Rabbí Jeschuá se levanta y la bendice.

MUNACIO.—¿Por qué?

RUFA.—Porque dice Él que los dos cuartos de as de la viuda, que son el sustento de un día para ella, valen más que los miles de esos ricos á quienes sobra todo.

MUNACIO.—Poca cosa son dos cuartos de as, Rufa.

RUFA.—Grandísima, si con buena voluntad se emplean; porque mi Dios no atesora dineros, sino corazones sencillos.

MUNACIO.—¡Oh! Eso está bien para ti, que vendes granados, para las mujeres y los muchachos; pero ¿y la fuerza, Rufa, y el poder de los ejércitos, y la gloria del Imperio, y la riqueza de las provincias dominadas, y el aparato y pompa del Senado, se compran con dos cuartos de as? ¿También esto ha de perecer?

RUFA.—Calla y escucha. *(Óyese nuevamente la voz que llena el templo. Todos callan.)*

ESCENA V. OTRO LUGAR EN EL INTERIOR DEL TEMPLO

MUNACIO.—Rufa, muy altas cosas dice el Rabbí. Algunas comprendo; otras se me escapan.

RUFA (*repitiendo las palabras que oye*).—«Días vendrán en que no quedará piedra sobre piedra.»

MUNACIO.—¡Oh, bien; muy bien! ¡Así fuera mañana el día en que acabásemos con estos judíos hipócritas y rebeldes, enemigos de Roma!

RUFA.—«Se levantará gente contra gente y reino contra reino.»

MUNACIO.—Eso; y no daremos paz á la espada. Allí me encontraré yo; allí vendrá César cargado de laureles.

RUFA.—No, no, escucha... «Y entonces verán al Hijo del hombre venir sobre una nube con grande poder y majestad.»

MUNACIO.—¿Cómo? ¿El Hijo del hombre? (*Muy excitado.*) Rufa, no entiendo; me vuelvo loco. ¿Para qué entonces la guerra, para qué esta cimera empenachada, para qué mi buen peto (*golpeándose el pecho*), y esta hoja que templaron las aguas del Jalón? Es nuestro oficio destruir: destruyamos, pues, el templo y todos los templos, pero aniden sobre sus ruinas las águilas de nuestras enseñas vencedoras. Mas ¿y luego?...

RUFA (*repitiendo lo que oye*).—«El cielo y la tierra pasarán: sólo no pasarán mis palabras.» Oye esto, soldado, no lo olvides.

MUNACIO (*distraído*).—¿Quién es aquel hombre pelirrojo que se aparta del Rabbí y sale del templo?

RUFA.—Es uno de sus discípulos.

MUNACIO.—Creo haberle visto. ¿Sabes cómo se llama?

RUFA.—Se llama Judas de Keriot.

ESCENA VI. UNA CALLE DE JERUSALÉN. ES DE NOCHE

MUNACIO.—Rufa, he seguido al hombre pelirrojo, á ese Judas á quien conoces. Sujeto peligroso me parece. Según iba siguiéndole, noté que volvía la cabeza con recelo y cambiaba frecuentemente de camino, como suelen hacer los cortabolsas de Roma cuando la guardia de noche les persigue por las callejuelas de Suburra. Al fin, entró en casa del rico Oseas: le aguardé. Salió al poco rato. Me fingí borracho, y tropezando con él de propósito, noté que llevaba dinero; bajo la túnica le sonaron monedas argentinas. Y yo pregunto: ¿á qué va el discípulo de Rabbí Jeschuá por dinero á casa de los enemigos de su Maestro?

RUFA.—Es muy raro eso que dices. (*Pausa.*) Yo, en cambio, he seguido á otro discípulo, á Juan el mozuelo; deseaba hablarle, porque hoy es el día de los Ázimos.

MUNACIO.—Bien, ¿y qué?

RUFA.—Rabbí Jeschuá ha comido el pan y ha bebido el vino con sus discípulos.

MUNACIO.—Eso, en Roma, indica matrimonio ó contrato.

RUFA.—Contrato ha sido, según Juan. Y al partir el pan, les dijo: «Este es mi cuerpo.» Y al partir el vino, añadió: «Esta es mi sangre.»

MUNACIO. — Palabras misteriosas parecen esas, como de sibila ó pitonisa. (*Pasa un pelotón de soldados y gente del pueblo con antorchas encendidas.*) ¡Por Hércules, esos son soldados de mi cohorte... y algunos de mi compañía! ¡Y no va el centurión con ellos! ¿Quién los dirige? (*Lanzando un grito de asombro.*) ¡Ah! El hombre rojo; el mismo: Judas de Keriot... Cara, ojos, pelo, túnica; ¡todo él de color de sangre!

ESCENA VII. EN EL MONTE DE LAS OLIVAS.

RUFA.—Por el atajo llegamos antes que ellos. ¿Ves? Ahí están.

MUNACIO.—¿Qué hacen?

RUFA.—Los discípulos duermen. El Maestro vela.

MUNACIO.—Debiéramos avisarle para que se pusiese en salvo.

RUFA.—Calla, Munacio. Si Él quisiera salvarse, no nos había menester á nosotros.

MUNACIO.—¿Tan poderoso es?

RUFA.—Escucha; pon el oído atento.

MUNACIO *(extasiado, oyendo)*.—Música suavísima es, cual nunca la oí.

RUFA *(arrobada, fuera de sí)*.—Angeles... serafines...

MUNACIO.—¿Pero por qué es tan triste ese canto? *(Acércase el pelotón de soldados y pueblo. A la luz de las teas se ve al hombre rojo que se encara con el Orante y le da un beso. Los discípulos se despiertan. Kefas saca la espada y hiere á Malkos. Los soldados rodean al preso, le maniatan por orden de Judas de Keriot. Transcurren en toda la escena cinco minutos.)*

RUFA *(angustiada)*.—¡Munacio, le prenden, le atan, se le llevan!

MUNACIO *(como embobado)*.—¿Cómo? ¡Soldados de la gloriosa Roma sirviendo á un traidor judío! ¡Y todo ese pelotón de gente contra un hombre solo é indefenso! Apresurémonos, Rufa; algo muy grande va á ocurrir. *(Salen precipitadamente.)*

ESCENA VIII. ATRIO Ó ZAGUAN DEL PRETORIO

RUFA.—Por aquí han entrado. Mira, aquí está el discípulo más anciano, el más respetable, Kefas, á quien el Maestro llama Piedra ó Pedro.

MUNACIO.—Acerquémosnos al fuego, donde él está.

RUFA.—No, Munacio; quizás tema que le reconozcamos.

MUNACIO.—¿No dices tú que estos hombres no conocen el temor? (*Escucha la conversación de Pedro con la criada de Pilato.*) Esa mujer le ha preguntado si conoce al preso. ¿Y qué contesta el discípulo, Kefas el fuerte?

RUFA (*entristecida.*)—¡Ay de mí! Que no le conoce. (*Se acerca respetuosamente al apóstol y le pregunta con timidez.*) ¿Has dicho que no conoces á Rabbí Jeschuá de Nazareth? (*Kefas hace signos negativos y murmura unas palabras borrosas.*)

MUNACIO.—¡Por Cástor, esto es demasiado! Voy á ver si á mí me contesta lo mismo. (*Dirigiéndose á Kefas.*) ¿Afirmas, galileo, que no sabes quién es el Hombre á quien acompañabas?... ¿Lo juras? (*Kefas indica por señas que no entiende la pregunta y sale del átrio. El gallo canta. Por el portón comienza á penetrar una claridad amarillenta.*) No me ha entendido. Pero niega. Se marcha...

RUFA.—Va llorando como un niño.

MUNACIO.—Y ¿por qué niega, por qué llora el discípulo más fuerte?

RUFA.—«Hasta las piedras se desharán en llanto», dijo el Profeta. Y el Maestro, al entrar aquí: «Esta es vuestra hora, éste el poder de las tinieblas.» (*Amanece.*)

ESCENA IX. SALA JUNTO AL CUERPO DE GUARDIA, EN EL PRETORIO

MUNACIO.—Mucha gente hay aquí y muy extraña al servicio de la casa. Gran escándalo me parece que se haya permitido la entrada á toda esta chusma.

RUFA.— Hoy es día en que han de verse grandes cosas. (*Señalando á un rincón de la sala, donde está el Maestro sentado, solo. Rodéanle algunos judíos astrosos y feroces que le insultan y le golpean. Otros, mejor vestidos, comentan con sarcasmo pedantesco palabras y sentencias que le atribuyen. Por la puerta abierta del cuerpo de guardia se escuchan las carcajadas y los juramentos de los militares que juegan á los dados.*) ¿Qué piensas de esto, Munacio? El Maestro escarnecido, golpeado por esos infames. (*Al ver á Rufa con la cesta de granadas, los judíos discurren que será muy divertido apedrear al Rabbí; le vendan los ojos, y vaciando la cesta procuran hacerle blanco, diciéndole entre grandes risas:* «¡Adivina quién te hirió!»)

MUNACIO.—¿Qué hacéis, malsines? ¡A un hombre atado os atrevéis de tal modo, canalla ruin y soez! (*Mete mano á la espada.*) Pues, ¡voto á Jove Capitolino!, que si no salís pronto... (*Gritando muy fuerte.*) ¡A mí, los legionarios de la VI! (*Salen del cuerpo de guardia algunos soldados y oficiales. El centurión Quinto Sempronio los apacigua, mandándoles envainar los aceros. Los judíos han escapado.*) Rabbí Jeschuá, yo no sé si eres ó no eres el Hijo de Dios: pero aquí tienes un brazo y una espada.

ESCENA X. PATIO DEL PRETORIO. EN EL FONDO, UNA VELA Ó TOLDO CARMESÍ DA SOMBRA Á LA SILLA CURUL DEL PROCURADOR DE JUDEA, PONCIO, LLAMADO PILATO.

MUNACIO.—¿Lo ves, Rufa? El procurador tiene razón. Mi glorioso jefe Poncio, á quien conocí y serví en el país de los bátavos, ¿cómo ha de ceder á los antojos de cuatro judíos egoístas que sólo desean la destrucción de Roma?

RUFA.—Luego entonces, ¿no le condena?

MUNACIO.—¿Cómo ha de condenarle? ¿Es que estos odiosos judíos piensan que en el Imperio no hay leyes, que el senado es una reunión de comadres y el poder de César una farsa? ¿Creen que se puede condenar á un hombre sin derecho para ello?

RUFA.—Entonces, ¿por qué no le sueltan ya?

MUNACIO (*con petulancia*).—Tú no entiendes de esto, Rufa. El glorioso Poncio, como representante político y militar de Cayo Tiberio, se declara incompetente para juzgar en asuntos de religión, y envía al Acusado á que le juzguen los sacerdotes y los magistrados del templo.

RUFA.—¡Ay de mí! Perdidos somos entonces. Esos lobos no se satisfarán si no se hartan de la sangre del Maestro.

MUNACIO.—He creído entender que van á llevarle á casa del tetrarca Herodes Antipas.

RUFA.—¡El Señor nos valga!

MUNACIO.—¿Por qué?

RUFA.—¿No sabes quién es ese malvado? Es el asesino de Iaokanan, el que mandó cortar la cabeza al Bautista...

ESCENA XI. PATIO EN EL PALACIO DE HERODES

MUNACIO.—También ahora te engañaron tus presentimientos, Rufa.

RUFA.—¿Cómo?

MUNACIO.—Herodes Antipas no ha condenado al Rabbí.

RUFA.—¿Entonces le ha dejado en libertad?

MUNACIO.—Tampoco; devuelve el preso al glorioso procurador Poncio, que se le envió.

RUFA.—¡Oh, no está libre aún! Tengo miedo, mucho miedo, Munacio. (*Óyese á lo lejos el rumor del pueblo alborotado.*)

MUNACIO.—¿Qué voces serán esas? (*El rumor va acercándose.*)

RUFA (*con penetración dolorosa*).—¡Dios mío, lo que dicen! (*Escuchando con más fijeza.*) «¡Crucifícale! ¡crucifícale!»

MUNACIO.—¿Eso han dicho? Pero ¿por qué? ¡Oh plebe sangrienta y bárbara! Si el procurador Poncio quisiera hacer caso de mí... Pero yo ¿qué puedo, Rufa? Soy un pobre legionario, sin grados, sin apoyo; aquí estoy, como podía estar en Hispania, en Batavia, en Iliria, donde ya estuve. Acaso á estas horas se ha alzado en cada lugar de esos un profeta predicando el reino de Dios, la felicidad de los hombres... (*Sale entre soldados y pueblo Rabbí Jeschuá, vestido con alba túnica, por mandato de Herodes.*)

RUFA.—No, Munacio, no; desvarías; Éste es el único, el verdadero. Mírale: blanco, puro como la nieve de la sierra.

ESCENA XII. GALERIA PRINCIPAL EN EL PRETORIO

RUFA (*que llega desalentada, dirigiéndose á Munacio, que está de guardia con otro legionario á la puerta del salón*).—¿Qué ha sucedido, Munacio?

MUNACIO (*con la pica terciada, sin pestañear*).—Nada aún. Esos malditos rabbíes van á volver loco al procurador. No sé, no sé...

RUFA.—¿Pero qué le han pedido? (*Voces fuera del Pretorio:* «Crucifícale, crucifícale.»)

MUNACIO.—Ya lo oyes; lo mismo que pide el pueblo.

RUFA (*ansiosamente*).—¿Y no podemos hacer nada? Munacio, tú eres un hombre, un bravo militar de Roma, llevas una espada al cinto...

MUNACIO.—Tú has dicho que si Rabbí Jeschuá quiere salvarse, el sólo se salvará... Además, yo soy un soldado, cumplo mis consignas, obedezco ciegamente, voy á donde me mandan. (*Salen del salón discutiendo acaloradamente y vociferando escribas, fariseos, sacerdotes, magistrados judíos. En pos de ellos un centurión que pide ocho hombres para acompañar al Reo condenado á muerte. Munacio saluda militarmente.*) Presente, centurión. Voy por los seis hombres que hacen falta.

RUFA.—¡Tú, Munacio, tú mismo has de acompañarle al suplicio! No, por Dios; piensa en mí, te lo ruega Rufa, tu amiga de siempre, la que tan bien repicaba los palillos tartesios. No vayas, Munacio, si en algo me estimas. (*Se arrodilla ante él.*)

MUNACIO (*rechazándola*).—Quita, mujer; tú no sabes de disciplina militar. ¿Lo mandan? Se obedece. ¡Por la gloria de César! ¡Por el honor de Roma!

1903

ESCENA XIII. EN LA CALLE DE LA AMARGURA

MUNACIO (*acompañando con otros siete soldados al Maestro, que va cargado con la Cruz*).—Esto no puede ser, no debe ser. (*Colérico.*) Soldados somos de Roma, no verdugos. El Reo no puede más: ya ha caído tres eces. (*Viendo á un labrador que vuelve del trabajo con la azada á cuestas.*) ¡Eh, tú, judío, como te llames! (*El hombre dice que se llama Simón y es de Cirene.*) Bien, pues tú, Simón Cirineo, ayuda al condenado á llevar la cruz, ó si no ¡por Hércules!... (*Fijándose en las mujeres que rodean al Maestro.*) ¿Aquí estás, Rufa? ¿Á qué viniste, á llorar y gemir, afligiendo más al condenado? ¿No decías que podía salvarse si quisiera? Pues, lo que es ahora, yo, en su lugar... Este no es Dios, Rufa; ningún Dios hasta ahora ha inspirado lástima. Y á fe mía que este Hombre da compasión. Mira tú si habré visto muertes... y te juro que llevo el corazón oprimido.

RUFA (*llorando*).—¡Señor, Señor; así habíamos de verte! (*Escucha atentamente las palabras divinas*).

MUNACIO.—No comprendo. ¿Ha pedido algo? ¿Qué os ha dicho?

RUFA (*repitiendo lo que oyó*).—«Hijas de Jerusalén, no lloréis sobre mí; antes llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos.» ¡Pobre Señor nuestro, cómo suda, cómo sangra!

MUNACIO (*á los otros soldados*).—¡Ea, adelante, vamos! (*Para sí.*) Pero si es Dios, ¿por qué no se salva?

ESCENA XIV. EN EL MONTE DE LA CALAVERA.

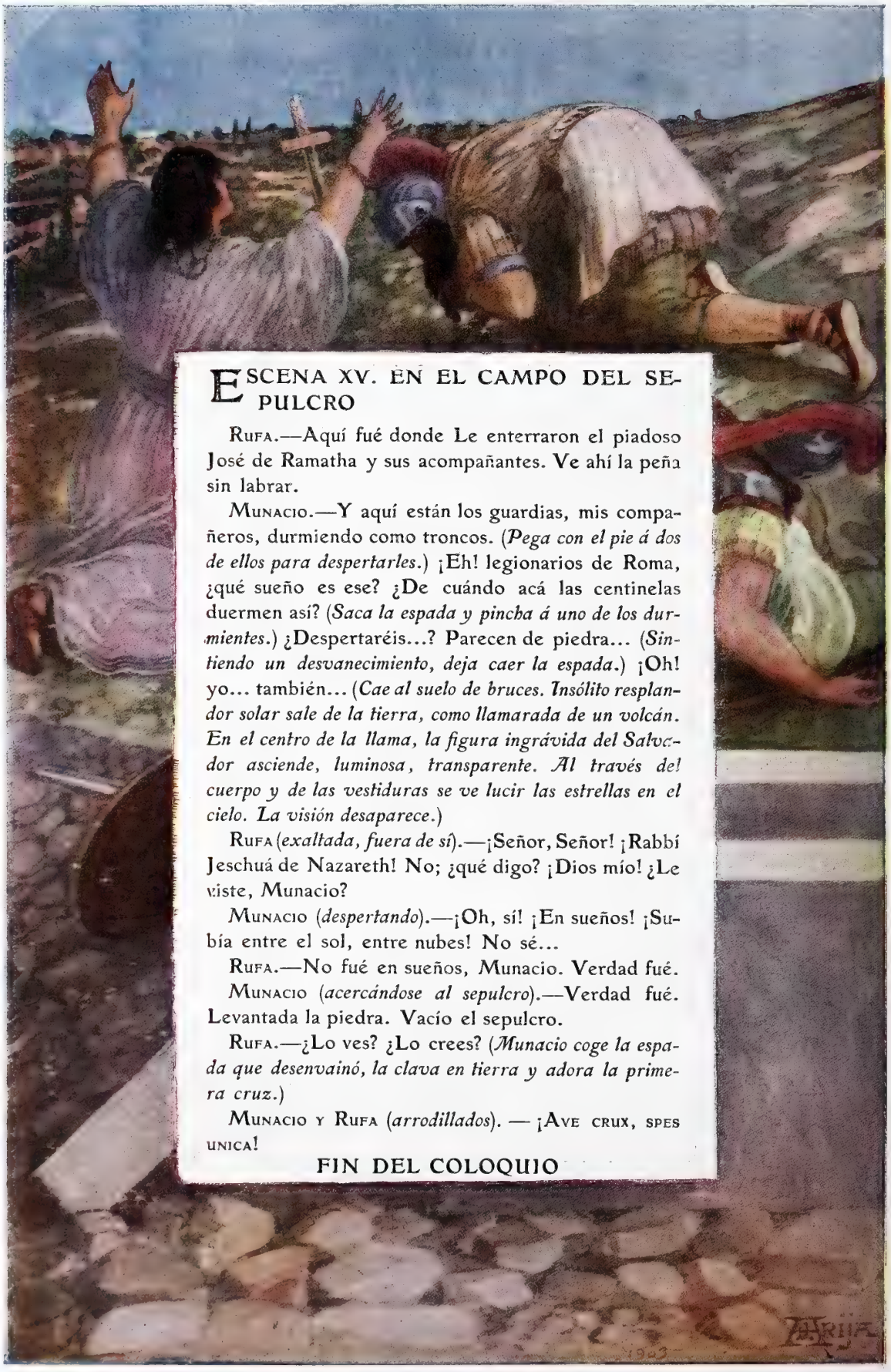
MUNACIO (*á los otros soldados, que juegan con él la vestidura del Reo*).—Taba. Gano. Para mí es la túnica. ¿Qué? ¿Creéis que voy á venderla? No haré tal. La guardaré. Vosotros no sabéis lo que esta tela vale; yo... no lo sé de cierto, pero algo misterioso hay en ella. (*Dando vueltas al paño.*) ¿Lo véis, ciegos, tontos, locos? Esta tela no tiene costura. En ella no han andado manos de hombre ni de mujer. (*Se sienta pensativo. Los otros siguen jugando.*)

RUFA (*vacilante, rendida, acercándose á la cruz*).—¿Ha muerto ya, Munacio?

MUNACIO.—No; todavía no. (*Revolviendo espantado los ojos.*) Pero ¿qué es esto? El sol se obscurece... y aún no es la hora de sexta. (*Tambaleándose como borracho.*) La tierra ha temblado. (*Mirando á Jerusalén.*) El templo vacila. La torre Antonia se ha inclinado como para caerse. (*Una voz inefable, grave, profunda, cubre el ruido del huracán, sonando: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»*)

RUFA (*Cayendo á tierra desmayada*).—¡Muerto, muerto, muerto!

MUNACIO.—¿Qué es esto? Rufa, Rufa, vuelve en ti. Mira, escucha; no ha muerto. Los dioses no mueren, y éste, Este era un Dios, sí, lo era. Yo no entiendo estas cosas; me parece que éste no era el dios de César, ni el del Imperio, ni el dios de los ricos y de los poderosos. Creo, creo firmemente que era nuestro Dios, el de los pobres, el de los obedientes. (*Ve al centurión, que ha caído de rodillas ante la cruz.*) Tenías razón, Rufa. El centurión se arrodilla. Postrémosnos todos.



ESCENA XV. EN EL CAMPO DEL SEPULCRO

RUFA.—Aquí fué donde Le enterraron el piadoso José de Ramatha y sus acompañantes. Ve ahí la peña sin labrar.

MUNACIO.—Y aquí están los guardias, mis compañeros, durmiendo como troncos. (*Pega con el pie á dos de ellos para despertarles.*) ¡Eh! legionarios de Roma, ¿qué sueño es ese? ¿De cuándo acá las centinelas duermen así? (*Saca la espada y pincha á uno de los durmientes.*) ¿Despertaréis...? Parecen de piedra... (*Sintiendo un desvanecimiento, deja caer la espada.*) ¡Oh! yo... también... (*Cae al suelo de bruces. Insólito resplandor solar sale de la tierra, como llamarada de un volcán. En el centro de la llama, la figura ingrávida del Salvador asciende, luminosa, transparente. Al través del cuerpo y de las vestiduras se ve lucir las estrellas en el cielo. La visión desaparece.*)

RUFA (*exaltada, fuera de sí*).—¡Señor, Señor! ¡Rabbí Jeschuá de Nazareth! No; ¿qué digo? ¡Dios mío! ¿Le viste, Munacio?

MUNACIO (*despertando*).—¡Oh, sí! ¡En sueños! ¡Subía entre el sol, entre nubes! No sé...

RUFA.—No fué en sueños, Munacio. Verdad fué.

MUNACIO (*acercándose al sepulcro*).—Verdad fué. Levantada la piedra. Vacío el sepulcro.

RUFA.—¿Lo ves? ¿Lo crees? (*Munacio coge la espada que desenvainó, la clava en tierra y adora la primera cruz.*)

MUNACIO Y RUFA (*arrodillados*). — ¡AVE CRUX, SPES UNICA!

FIN DEL COLOQUIO

AÑO TRECE Y NUMERO 623 MADRID DIA 11 DE ABRIL DE 1903

BLANCO Y NEGRO

AGITACIÓN ESCOLAR

Los tristes y deplorables sucesos que han ensangrentado las calles y enardecido unánimemente los espíritus en la semana última, habrán terminado ya quizás cuando estas líneas se publiquen.

Las condiciones tipográficas especiales de BLANCO Y NEGRO nos hacen hablar de estas cosas de actualidad siempre con cierto temor de que al salir al público lo que escribimos con bastantes días de anticipación, se haya operado un cambio radical en la manera de sentir ó de pensar de nuestros lectores. Así, para proceder con franqueza, no hemos de ocultar que dividimos empíricamente las actualidades en actualidades *que pasan* y actualidades *que quedan*. Mucho nos tememos que en la ocasión presente la actualidad dure todavía hasta el sábado en que BLANCO Y NEGRO sale á luz, y en todo caso no podemos menos de unir nuestras lamentaciones á las protestas generales por los graves sucesos de Salamanca y de Madrid. Cuando se está acostumbrado á apreciar los sucesos no con la perentoriedad del periódico diario, sino con la calma y parsimonia relativas propias de una revista de complicada confección, llegan á explicarse, á comprenderse y hasta á paliarse muchos acaecimientos que en el primer instante tienen visos de intolerables; pero lo que no se explica ni se justifica en modo alguno, ni á largo ni á corto plazo, es el derramamiento brutal de sangre, la muerte cruel como castigo de un grito ó de una pedrada.

LA JUNTA DIRECTIVA DE LA UNIÓN ESCOLAR REUNIDA EN SESIÓN PERMANENTE

Fot. Cifuentes

MANIFESTACIÓN EN LA PLAZA DE ISABEL II FOT. ASENJO

Cuando no protestáramos como hombres, como ciudadanos de un país libre protestaríamos como artistas y como patriotas de que se haya manchado de sangre inocente el sagrado recinto de la ilustre Universidad salmantina. Crimen es siempre matar; pero matar al sabio ó al estudiante, que lleva en la mano los libros de estudio y quién sabe si en el cerebro llevaba la ciencia del porvenir, es al propio tiempo crimen y martirio.

* * *

Los duendes de la camarilla

(Primer capítulo del episodio nacional que se pone á la venta mañana)

I

MEDIO siglo era por filo... poco menos. Corría Noviembre de 1850. Lugar de referencia: Madrid, en una de sus más pobres y feas calles, la llamada de Rodas, que sube y baja entre Embajadores y el Rastro.

La mañana había sido glacial, destemplada, y brumosa la tarde; entró la noche con tinieblas y lluvia, un gotear lento, menudo, sin tregua, como el llanto de las aflicciones que no tienen ni esperanza remota de consuelo. A las diez, la embocadura de la calle de Rodas por la de Embajadores era temerosa, siniestro el espacio que la obscuridad permitía ver entre las dos filas de casas negras, gibosas, mal encaradas. El farol de la esquina dormía en descuidada lobreguez; el inmediato pestañeaba con resplandor agónico; sólo brillaba, despierto y acechante, como bandido plantado en la encrucijada, el que al promedio de la calle alumbra el paso á una mísera vía descendente: la Peña de Francia. Animas del Purgatorio andarían de fijo por allí; las vivientes y visibles eran: un ciego que entró en la calle apaleando el suelo; el sereno, cuya presencia en la bajada al Rastro se advirtió por la temblorosa linterna que hacía eses de una en otra puerta, hasta eclipsarse en el despacho de vinos; una mendiga seguida de un perro, al cual se agregó otro can, y siguieron los tres calle abajo... En el momento de mayor soledad, una mujer dobló con decidido paso la esquina de Embajadores, y puso cara y pecho á la siniestra calle, sin vacilación ni recelo, metiéndose por la obscuridad, afrontando animosa las molestias y peligros del suelo, que no eran pocos, pues donde no había charco, había resbaladizas piedras, y aquí y allá objetos abandonados, como cestos rotos ó montones de virutas, dispersos bultos que figuraban en la obscuridad perros dormidos ó gatos en acecho.

Que la mujer era joven se revelaba en la viveza de su marcha y en la gracia exquisita de aquel paso de baile con que sus pies ligeros sabían evitar las mojaduras y asentar en los puntos más sólidos. Tan pronto se arrimaba á las casas de la derecha como á las de la izquierda, con pericia de práctico navegante. Las gotas de lluvia bailaban en los charcos, produciendo un punteado luminoso: era la única claridad que permitía discernir los contornos de aquel archipiélago y precisar sus sirtes engañosas ó el seguro de sus islotes. La moza, que tal era sin duda, pues no hay disfraz que disimule la juventud, iba totalmente vestida de negro, falda y pañuelo de manta del color de la noche, lo mismo que el pañuelo de la cabeza. Sólo llevaba color chillón en los pies, calzados con zapatos ó borceguíes rojos, de un tono vivo de púrpura, como la sotana de los monagos. Esto era en verdad singularísimo, y cuando se levantaba la faldamenta, no tanto para evitar el lodo, como para tener mayor desembarazo en sus ondulaciones coreográficas, el paso de la consabida mujer hacía pensar en artes y travesuras de brujería... En la pendiente de la calle estaba ya, donde los baches y pedruscos entorpecían más el perverso camino, cuando vió sombrajos de personas que subían del Rastro. El recelo y la curiosidad la detuvieron; se metió detrás de un esquinazo para observar. Su actitud habría podido trasladarse al lenguaje común sin más literatura que esta sencilla interrogación: «¿Serán...?» Parecía que se tranquilizaba oyendo y reconociendo sus voces; y cuando les vió escurrirse por la Peña de Francia, descender á prisa dando tumbos por lo que más parecía torrente que calle, y sumirse por un agujero, como alimañas que habitan en los cimientos de los edificios, la moza recobró completamente su tranquilidad. Los chapines rojos, que eran lo único de ella que en aquel silencioso navegar hablaba, dijeron claramente, brincando de guijarro en guijarro: «No hay cuidado; son...» A poco de esto, empujaba una puerta, en la acera derecha, y se metía en un antro...

El cual no era otra cosa que un vasto depósito de puertas, ventanas, balcones, rejas y persianas, despojo de casas derribadas; todo ello, por obra de la obscuridad de aquella noche tristísima, convertido en aglomeración de formas durmientes. Dormían las filas de puertas ordenadas por tamaños, como inmensos tomos de interminables enciclopedias; dormían los que fueron balcones y ya parecían jaulas; dormían las rejas, que ya eran como descomunales parrillas para el asado de bueyes enteros. Peor estaban aquellos pisos que los de la calle, porque junto á la entrada se había formado una laguna de riberas lejanas desconocidas. Pero la viajera de los rojos escarpines, que ya dominaba la orografía de aquellos lugares, se escabulló lindamente con viradas ó quiebros oportunos, hasta que arribó al puerto... Vió luz, entró bajo techo, y una mujer ó señora, que esto no podía definirse aún, le tocó la ropa y con lástima cariñosa le dijo: «Vienes caladita. Vete á la cocina y sécate, y come alguna cosa, mujer.» La de los zapatos colorados respondió con una fórmula de gratitud, añadiendo que no podía entretenerse... Fácilmente se comprendía que una mayor querencia que el secarse y comer solicitaba con im-

perio su voluntad. «Vete, vete pronto arriba—le dijo la que sin duda era dueña de la casa.—Estás deshecha por llegar pronto y hartarte de mimo... ¡Ay, hija! la juventud es un gusanillo que pide ilusión, y tienes que dársela: si no, te come toda la vida. Más vale suspirar de joven por enamorada que de vieja por desconsolada. Aprovecha el tiempo, que vuela, hija, llevándose las ocasiones, y el muy perro se las guarda para que no puedan volver...» Más dijo, más quiso decir, revelándose en tan corto instante como habladora sin tasa; pero la otra, que ya conocía y padecer solía el torbellino de sus vanos discursos, no la dejó aquella noche asegurar la hebra, y extremando sus prisas impacientes dijo: «Señá Casta, con permiso... déjeme subir, que vengo retrasada y estará con cuidado.»

Sin dar espacio á más razones metióse por un pasillo anguloso, saludó á una criada, acarició á dos niños que de los aposentos alumbrados y calentitos salían á verla, y por una puerta próxima á la cocina humeante pasó á otro patio más pequeño que el primero, y como aquél, húmedo, tenebroso, atestado de material de derribos, predominando los fragmentos de altares, de púlpitos y demás carpintería eclesiástica. Por la estrecha calle que las pilas de aquellos nobles vestigios dejaban al tránsito, se escabulló con ligereza hasta dar con una escalera por la cual subió, como si dijéramos, de memoria, palpando y reconociendo con manos y pies. De ladrillo y nada corto era el primer tramo. Torciendo á la derecha encontró la moza el segundo, de madera, interminable serie de peldaños temblorosos y gemebundos, sin ningún descanso, sin vuelta, todo seguido, seguido en fatigante línea recta trazada en los senos de la pesadilla. La última parte de aquella lucha opresora con las alturas iba por descubiertos espacios. Mirando hacia abajo se veía el patio grande, parte de la calle de Rodas, y á la izquierda patios de casas domingueras, en cuyas celdas se veían claridades, y á lo largo de los corredores ó en las entornadas puertas sombras movibles. Rumor de humanidad subía también, y un cuchicheo de la vida afanosa requiriendo el descanso nocturno...

Vencido el último escalón encontróse la mujer en un secadero de pieles, que antes de ser visto se denunciaba por el olor nauseabundo. Pasó la viajera, conteniendo el aliento, por los bordes del tenderete, y llegó á una como azotea, secadero abandonado y en ruinas, conservando los pies derechos que habían sostenido su techumbre. Allí se detuvo un instante para tomar resuello y meter aire limpio en sus pulmones. Vió el patio de otra casa de corredor, correspondiente á la calle de la Pasión, y por costumbre de mirar al cielo en tales alturas echó atrás la cabeza con movimiento de astrónomo. Pero el cielo, que otras noches despegaba su soberana hermosura sobre este montón de miseria y porquería en que vivimos, aquella noche parecía espejo en que se retrataba lo de abajo, un fangal sucio, tenebroso. Arreciaba la lluvia en aquel instante, y el agua, escurriéndose aquí, goteando allá, buscando presurosa todos los caminos y conductos que la condujeran á la tierra, hacía los ruidos más extraños. En los apanzados techos mohosos corría un bullicio de arroyuelo campesino, y en las canales rotas entregábase á ejercicios de fontanería burlesca. Los absorbederos en buen uso la paladeaban antes de tragarla.

En todo esto fijó brevemente su atención la de los rojos chapines, buscando en la observación de tales ruidos un alivio al miedo que otros le causaban, como el galopar frenético de ratones en retirada y el bufido de gatos feroces que les buscaban las vueltas en las entradas y salidas del colgadero de pellejos... Aún tenía que franquear la moza un paso difícil para llegar al término de su viaje. Pisando tablas rotas, metióse por estrecho espacio entre una medianería y un grupo de chimeneas; llegó al alcance de un ventanón de vidrios emplomados, en parte rotos y sustituídos con papeles, y al reconocerlo por la claridad que los sucios cristales transparentaban, golpeó con los nudillos como anunciando su llegada... De allí pasó á un segundo hueco, que lo mismo podía ser ventana que puerta, con un batiente de cuarterones y otro de cristalera alambrada: empujó... Entró como paloma que vuelve al nido.

Era un recinto abohardillado, como de seis varas de largo por tres de anchura; por un extremo, de elevación bastante para que personas de buena estatura pudieran estar en pie; por el otro, suficiente no más para un perro de mediana talla... La entrada de la mujer fué ruidosa: en ella, como un júbilo triunfal; en el que la esperaba, como término de ansiedad expectante. El farolillo que alumbraba la

mísera estancia daba la claridad precisa para determinar vagamente los objetos, y no tomar por personas las prendas de ropa colgadas de una cuerda. La moza se adelantó hacia un camastro, que más bien debiera llamarse rimero de pieles, mantas y enjalmas; de aquel diván humilde surgió el busto de un hombre, que abiertos en cruz los brazos, exclamó:—¡Cuánto has tardado, mi alma! ¡En qué ansiedad me has tenido, corazón! No me consolaba más que la idea de morirme esta noche.

—¿Morirte tú, mi *Tolomín*, sin que tu Cigüela te dé licencia?... No faltaba más...—dijo ella sin abrazarle más que con la intención.—Chiquillo, no me abraces tú... Toca, y verás que estoy hecha una esponja. Déjame que me sacuda...

Diciéndolo, de un tirón desenlazó el pañuelo de la cabeza, quitóse el de manta, y ambas piezas colgó en la cuerda de que pendían otras. Luego, risueña, con gracioso brinco, llegóse al camastro, y alzando una pierna mostró el chapín rojo puntiagudo.—*Miá, miá* qué pinreles traigo, Tolomín.

—¡Ay qué bonitos! ¿De dónde has sacado eso?—dijo el hombre tirando del borceguí, que chorreaba.

—Ya te contaré—replicó la moza alargando el otro pie para que lo descalzara.—Pero antes de hablar eso, tengo que contarte otras cosas... muchas cosas, Tolomín

Desnudos quedaron los pies de Cigüela, y mojaditos como si hubiera venido descalza. El hombre acostado le tiró de la falda, la obligó á sentarse junto á él, y le secó un pie diciéndole cariñoso:—¡Pobre *Güela*, los trabajos que ella pasa por su Tolomín!... Dame ahora el otro; están heladitos.

—Ya se calentarán... ¡Con sentarme sobre ellos...! Pero antes tengo que arreglarte un poco tu sala, tu gabinete, tu camarín y toítas estas dependencias *manificas*, como decimos las manolas, y *maggg... níficas*, como dicen las señoritas del pan pringado... Verás, Tolomín, qué pronto despacho.

—Mientras me ordenas el mechinal, cuéntame lo que pasa en Madrid, que ello habrá sido gordo...

—No pasa nada, hijo...

—¿Cómo que no? Yo he oído tiros.

—Estás soñando.

—Tiros de fusilería, y alguno, alguno de cañón—afirmó el hombre con sincero convencimiento.—Oyéndolos, me dije: «Ya se armó.» Y como tardabas, pensé que por estar cortadas las calles no podías pasar hacia acá, y también me asaltó la idea de que te cogiera una bala perdida...

—¡Pobre Tolomín!... Dormido has oído los tiros; que quien despierto sueña con revoluciones y trifulcas, más ha de soñar cuando cierra el ojo.

—No, no; bien despierto estaba cuando oí los disparos de fusilería... y ello sonaba por esta parte; primero lejos, como en la Puerta del Sol; después más cerca, como en Puerta Cerrada.

—¡Ay, qué engañoso y qué visionero!... Te aseguro que esos tiros no han sonado más que en tu pobre magín enfermo, y que Madrid está más tranquilo que un convento de monjas... no, no es buena comparación... más tranquilo que un cementerio...

—¿De veras no hay barricadas?... ¡Cigüela!

—Tolomín, no hay barricadas. Las habrá; consuélate con la esperanza. Las habrá... y tan altas que lleguen á los pisos terceros, si quieres... Pero lo que es hoy... ¡Bueno ha estado el día, y bonita la noche para esas bromas! Con las calles mojadas y la pólvora revenida, ¿quieres tú jarana?... Las revoluciones quieren sol, como los toros, y el patriotismo no ha de ser pasado por agua...

—Por decírmelo tú lo creo, que cuanto tú dices es para mí artículo de fe; pero yo estoy bien seguro de lo que oí... segurísimo... ¡Pim, pan...! ¡Fuego...! ¡pim, pam...! duro y á la cabeza... ¡pim, pam!

—Ea, no te encalabrines... Te volverá la calentura.

—¡Libertad ó muerte! ¡Fuego!

—Juicio, mi capitán... No estamos tan lejos del mundo, que...

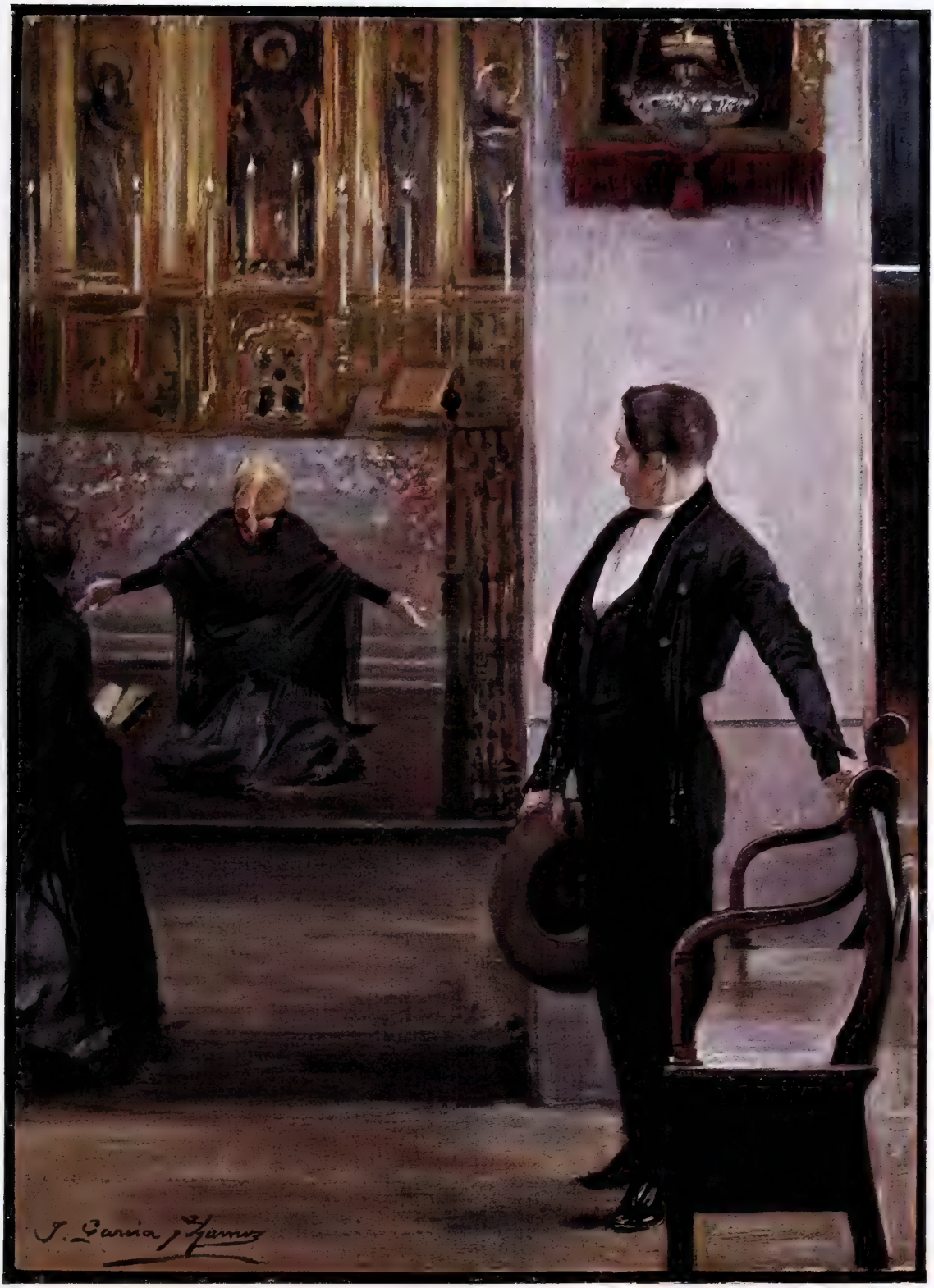
—¡Viva Isabel II!

—¡Chitón!

—¡Viva España, viva la Libertad! Todo esto va contigo, boba; la Reina eres tú; tú eres España, tú la Libertad...

BENITO PÉREZ GALDÓS

DIBUJOS DE EMILIO SALA



CANTAR ANDALUZ

DIBUJO DE GARCIA Y RAMOS

Pidiendo estás que te olvide:
pídeselo á Santa Rita,
abogada de imposibles.

El hijo del torero

El día de Resurrección, risueño y alegre en casi todos los hogares de la cristiandad, es un día tristísimo en las casas de los toreros. Las valerosas mujeres de nuestros artistas de coleta necesitan echar mano en tal día de toda su fortaleza y resignación. Comienza para ellas una temporada de zozobras constantes y de perpetuo desasosiego. El tesoro de energía mora¹ la suma de sufrimientos mejor ó peor disimulados que en estos meses desgastan esas existencias frágiles, ¿quién será capaz de medirlos y apreciarlos? Unicamente un Daudet, que describió en admirables páginas las *Mujeres de artistas*, hubiera podido trazar con su mágica pluma las figuras temblorosas y acongojadas de las mujeres de toreros.

La de nuestro cuadro siquiera tiene un dulce consuelo en las horas de angustia: el pequeñuelo que realiza el milagro de llenar de alegría un patio andaluz, lo cual es como llevar hierro á Bilbao. El hijo del torero heredará la nobleza y gallardía de su progenitor, mas ya tendrá su madre buen cuidado para que desde pequeño cobre horror á la fiesta nacional. No será torero, no.

¡Torero el hijo del torero! Eso era antaño, cuando el oficio no producía sino disgustos y cornadas. Hoy día el torero de cartel no es más que un matemático aplicado á resolver el problema del millón ó de los diez millones, según su *tronío*. La cuestión está en resolverle pronto para convertirse en el más pacífico y barrigudo burgués de la tierra. No hay cuidado, no. El chico del torero, á poca suerte que tenga su padre, será ingeniero industrial, abogado, paseante ó diputado á Cortes.

* * *

DIBUJO DE ANDRADE

Amor sin celos

Porque el labio indiscreto
dejó en mis sueños escapar un nombre,
¡en el camino ya de mi secreto,
tiemblas, mujer, por la traición del hombre!
Oye, no tengas celos, vida mía.
Yo era niño, muy niño todavía,
y presentí el amor en lontananza
por una alegre niña que tenía
los ojos del color de la esperanza.
¡Qué horizontes serenos me ofrecía!
¡Aún la recuerdo, deslumbrado y ciego!
Mirándonos, mil veces cada día
poníamos mil pausas en el juego.
Su pelo era más negro que el basalto;
sus mejillas tan rojas como el fuego.
Era dulce, era tímida y sencilla,
¡y ya tenía el corazón muy alto,
cuando aún era más baja que una silla!
Reía sin rumor, sin alboroto;
saltaba, y era un vuelo cada salto...
¡Era tan inocente, era tan bella!
¡No sé cómo mil veces no se ha roto
mi pobre corazón, pensando en ella!
No te enojes si ves que su memoria
de mis ensueños resucita el germen,
ni tengas celos de saber su historia.
¡Amémonos, mi gloria!
¡Los vivos aman y los muertos duermen!
No agravia su recuerdo á tu cariño.
¡Murió sin ser mujer! Yo la quería...
Fué una ilusión de niño,
un juego de dos ángeles traviesos.
Aún guarda su inocencia el alma mía,
y ella está en mí cuando te doy mis besos.
Era el amor del niño, no el del hombre,
y al querernos tú y yo no la ofendimos.
Fué una hija anticipada que perdimos
antes de darle nuestra sangre y nombre..
Si mi labio indiscreto
evoca en sueños la perdida estrella,
ten piedad, no maldigas mi secreto;
sueña conmigo y rezarás por ella.
Y luego el santo lazo
en que á mi amor tu corazón reciba,
será el solemne y misterioso abrazo
del alma muerta con el alma viva.

Ricardo J. Catarineu

DIBUJO DE VARELA

El hijo del torero

El día de Resurrección, risueño y alegre en casi todos los hogares de la cristiandad, es un día tristísimo en las casas de los toreros. Las valerosas mujeres de nuestros artistas de coleta necesitan echar mano en tal día de toda su fortaleza y resignación. Comienza para ellas una temporada de zozobras constantes y de perpetuo desasosiego. El tesoro de energía moral la suma de sufrimientos mejor ó peor disimulados que en estos meses desgastan esas existencias frágiles, ¿quién será capaz de medirlos y apreciarlos? Unicamente un Daudet, que describió en admirables páginas las *Mujeres de artistas*, hubiera podido trazar con su mágica pluma las figuras temblorosas y acongojadas de las mujeres de toreros.

La de nuestro cuadro siquiera tiene un dulce consuelo en las horas de angustia: el pequeñuelo que realiza el milagro de llenar de alegría un patio andaluz, lo cual es como llevar hierro á Bilbao. El hijo del torero heredará la nobleza y gallardía de su progenitor, mas ya tendrá su madre buen cuidado para que desde pequeño cobre horror á la fiesta nacional. No será torero, no.

¡Torero el hijo del torero! Eso era antaño, cuando el oficio no producía sino disgustos y cornadas. Hoy día el torero de cartel no es más que un matemático aplicado á resolver el problema del millón ó de los diez millones, según su *tronío*. La cuestión está en resolverle pronto para convertirse en el más pacífico y barrigudo burgués de la tierra. No hay cuidado, no. El chico del torero, á poca suerte que tenga su padre, será ingeniero industrial, abogado, paseante ó diputado á Cortes.

* * *

DIEGO DE ANDRADE

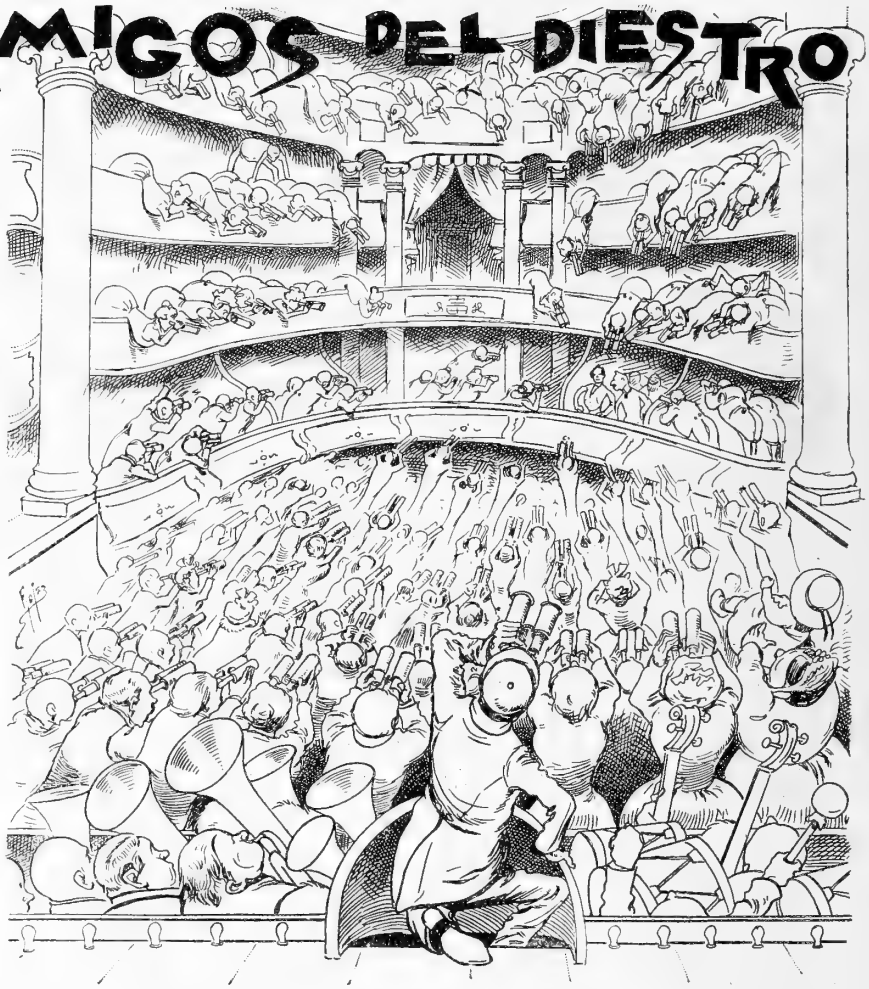
Amor sin celos

Porque el labio indiscreto
dejó en mis sueños escapar un nombre,
¡en el camino ya de mi secreto,
tiemblas, mujer, por la traición del hombre!
Oye, no tengas celos, vida mía.
Yo era niño, muy niño todavía,
y presentí el amor en lontananza
por una alegre niña que tenía
los ojos del color de la esperanza.
¡Qué horizontes serenos me ofrecía!
¡Aún la recuerdo, deslumbrado y ciego!
Mirándonos, mil veces cada día
poníamos mil pausas en el juego.
Su pelo era más negro que el basalto;
sus mejillas tan rojas como el fuego.
Era dulce, era tímida y sencilla,
¡y ya tenía el corazón muy alto,
cuando aún era más baja que una silla!
Reía sin rumor, sin alboroto;
saltaba, y era un vuelo cada salto...
¡Era tan inocente, era tan bella!
¡No sé cómo mil veces no se ha roto
mi pobre corazón, pensando en ella!
No te enojes si ves que su memoria
de mis ensueños resucita el germen,
ni tengas celos de saber su historia.
¡Amémonos, mi gloria!
¡Los vivos aman y los muertos duermen!
No agravia su recuerdo á tu cariño.
¡Murió sin ser mujer! Yo la quería...
Fué una ilusión de niño,
un juego de dos ángeles traviesos.
Aún guarda su inocencia el alma mía,
y ella está en mí cuando te doy mis besos.
Era el amor del niño, no el del hombre,
y al querernos tú y yo no la ofendimos.
Fué una hija anticipada que perdimos
antes de darle nuestra sangre y nombre..
Si mi labio indiscreto
evoca en sueños la perdida estrella,
ten piedad, no maldigas mi secreto;
sueña conmigo y rezarás por ella.
Y luego el santo lazo
en que á mi amor tu corazón reciba,
será el solemne y misterioso abrazo
del alma muerta con el alma viva.

Ricardo J. Catarineu

DIBUJO DE VARELA

LOS AMIGOS DEL DIESTRO



La felicidad no es, como suponen algunos, un ideal perpetuamente rebelde á ser conquistado por el hombre, algo que no siendo terreno, se escapa fácilmente á la percepción de la vista humana, no; la felicidad no hay que suponerla único y exclusivo premio de una futura existencia; la felicidad positivamente existe en la vida y vive en el orgullo; y esto es tan cierto, que todos los que son presuntuosos, pagados de sí mismo, primeros é incondicionales admiradores de sus propias personas, son indudablemente felices, porque ellos se consideran seguros de haber realizado en la vida el fin para que fueron creados, tienen la firme creencia de que han resuelto satisfactoriamente su misión en el mundo, y así tenemos muchos políticos, literatos, artistas, etc., absolutamente felices. ¿Quién más que ellos? ¿qué talento comparable con el suyo? Nadie. ¿Hay sér más dichoso en el mundo que el torero afamado, el espada de moda, que ante su corte de admiradores pasa por el rey del toreo? Sus amigos sienten también un reflejo de felicidad, pasean por las calles el orgullo de que todo el mundo les vea acompañando al matador, y hasta miran con arrogancia á la multitud como diciéndola: «¡Fijarse bien en mí, que soy amigo de este fenómeno!» En eso estriban su felicidad, y muchos hasta su profesión, y en este punto recuerdo lo de aquel aficionado rabioso que se hizo unas tarjetas que decían: «*Pedro Gutiérrez*, amigo de *Bombita*.» Y en realidad, Gutiérrez en la vida no era otra cosa.

¿No han visto ustedes en la Plaza cuando el torero, después de hecho el desfile, arroja su capote de lujo á la barrera, con qué fruición los amigos lo extienden de punta á punta para que todo el mundo lo vea y se muera de envidia?

Si el muchacho tiene la suerte aquella tarde de tener el santo de cara, como dicen, hay que oir luego á los amigos en la tertulia del café: «¡Bendita sea tu madre, alma mía, y cómo has estado hoy, chiquillo!» dice uno de los entusiastas admiradores. «Yo, desde que le vi cómo le tanteó, tomándole con la izquierda, me dije: ¡lo hace polvo! ¡Cómo ha *cobrao* ese toro el niño! ¡Fué lástima que escupiera el estoque la primera vez!» Y el niño, que ocupa el centro de la mesa, sonríe con cierta significación y dice alguna tontería, que sus admiradores aplauden y hasta la escriben, para el día de mañana consignarlo en sus datos biográficos.

El matador de toros, como no puede vivir sin cuadrilla, va al teatro con la que forman sus admiradores. Al entrar, la gente se fija en el palco; las mujeres, con cierta instintiva curiosidad, preguntan cómo se llama aquel torero, y muchos padres de familia, castizos y aficionados, levantan en alto á los niños para decirles: «¡Mira, aquel que ves de la coleta en ese palco es el *Niño de la Camila!*» Los amigos que van con el diestro se regodean de satisfacción al ver que son objeto de la atención y del interés de la gente, y se vuelven con frecuencia al espada, hablándole con animación, como para demostrar al público la confianza que tienen con él.

¿Puede haber en la tierra felicidad comparable á la de estos privilegiados seres y dichosos mortales?

Hay quien guarda como venerable reliquia la zapatilla derecha del día que tomó la alternativa, los calzoncillos que llevaba la tarde que le cogió un toro de Concha y Sierra en Utrera, y un diente que perdió una noche en una disputa con un picador.

Para demostrar su familiaridad, su confianza, siempre le oirán ustedes decir á cualquiera de estos admiradores: «Hoy comemos con Manolillo.» «Mañana vamos á correr liebres con Manolillo.» «Me voy dentro de unos días á verle á Manolillo torear las cuatro de Utiel.» «Ayer he tenido telegrama de Manolillo.» Y así sucesivamente.

Felicidad refleja, como decía al comienzo de este artículo, pero de todos modos muy envidiable. Pues qué, ¿no vale más que todo, ser amigo íntimo de... Manolillo?

LUIS GABALDON

DIBUJO DE ROJAS

UN MÁRTIR

Cipriano Chènevis fué puesto en libertad el 27 de Diciembre de 19... A las siete de la mañana se encontró en mitad de la calle, frente á las altas paredes de la cárcel. La calle, de casas bajas, estaba desierta, sombría. En la jaula de cristal de los faroles, protegida por una corona mural, revoloteaban todavía las mariposas de luz. El viento pulverizaba la helada llovizna... Chènevis tiritaba. Acababa de abandonar el lecho caliente, y no tenía por todo abrigo más que la ropa ligerita que llevaba cuando le metieron en la cárcel.

Atisbando al centinela, que daba diente con diente en su garita, exclamó con triste sorna:

—No, verdaderamente, no es por ganas de quejarme, pero bien podían haberme indultado después de Navidades.

—¡Largo de ahí!—le intimó brutalmente el soldado.

Chènevis, molesto, replicó:

—¡Vaya, vaya, amigo, bien podías tener mejor crianza!... Soy un preso político.—¡Y pensar—reflexionó—que á semejantes animales queremos sacarles de la esclavitud!... ¡Está bien! ¡Pásese usted dos años preso por favorecer á individuos de esta clase!..

Chènevis, que había sido primeramente vendedor y repartidor y después corresponsal del periódico anarquista *Gnaff* en un pueblecillo de los alrededores de París, con motivo de una huelga de mozos de café había escrito un artículo exhortando á estos interesantes ciudadanos á envenenar á los clientes poseedores de sombreros de copa; y aunque el artículo estaba escrito en un francés pintoresco y, en último resultado, la proposición tal vez pareció un tanto desatinada, el tribunal, conmovido, no pudo menos de enviar á la cárcel á Chènevis, condenándole á dos años de prisión correccional. La clemencia presidencial acababa de indultarle dos tercios de la pena. Su proceso había tenido cierta resonancia, y su actitud insolente y audaz durante las vistas le había procurado alguna reputación.

Chènevis no lo había pasado mal del todo en la cárcel. Durante cuatro meses había sido compañero de celda del célebre folletista satírico Rolando de Montjoye, realista irreductible, ultramontano rabioso, condenado por tentativa de restauración monárquica.

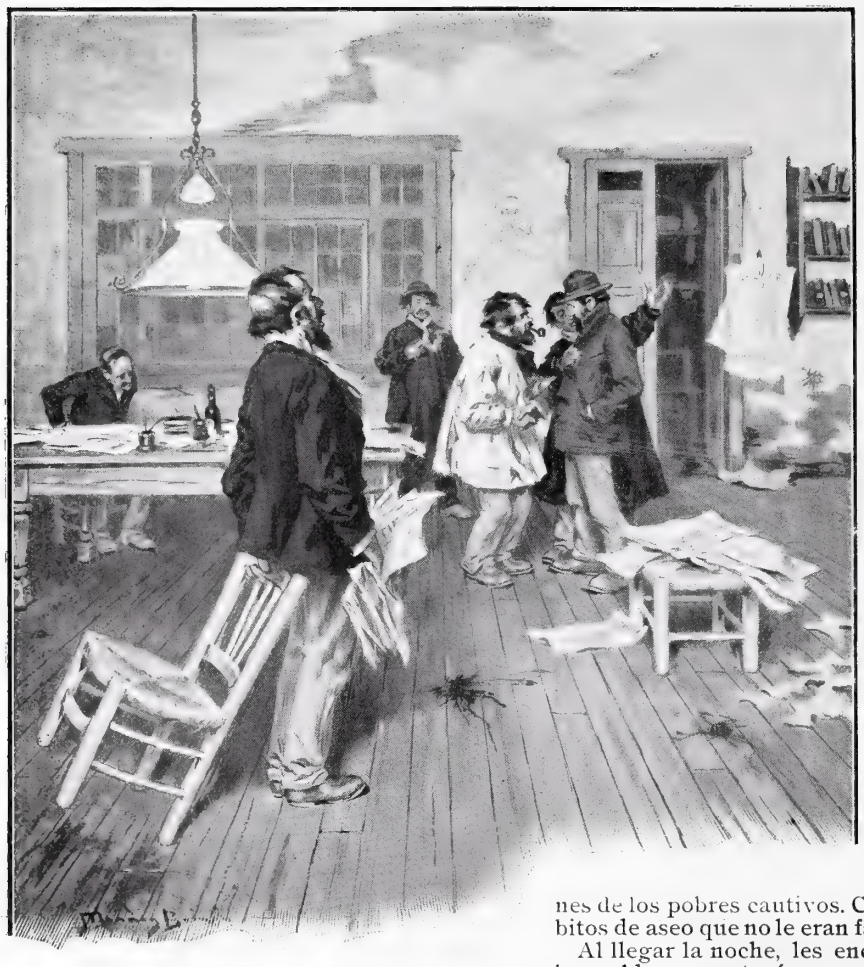
El conservador y el libertario habían hecho excelentes migas: el anarquista divertía al reaccionario y el reaccionario maravillaba al anarquista. Por otra parte, ambos tenían ideas comunes de derribar la República, aunque las expresaban en formas diferentes.

El señor de Montjoye daba participación á Chènevis en los mil regalos consentidos por el reglamento. Todos los días, un mandadero venía á recibir órdenes de *aquellos señores* para el almuerzo y la comida que traían del restaurant, á costa del polemista, naturalmente. Y Chènevis se cebaba cuanto podía en la caja de habanos del *indecente burgués*, como llegó á llamarle en la intimidad.

Lo más curioso é interesante era la hora de las visitas. Mientras que el realista recibía, en el vasto locutorio que sirve para los detenidos políticos, la visita de matarifes, de empedradores, de vinateros, de horteras y de mozos de cordel que formaban de ordinario su estado mayor—multitud un tanto vulgar, realzada á veces por la discreta presencia de alguna dama aristocrática ó de algún socio del Jockey Club—el anarquista, en cambio, recibía una elegante procesión de *intelectuales*, escritores conocidos, artistas notables, sabios eminentes... hasta dos miembros de la Academia francesa.

Los carceleros, por otra parte, discretamente educados y advertidos, se deshacían en atenciones y miramientos hacia los dos presos políticos: les hablaban siempre gorra en mano, y al llegar ciertas visitas misteriosas se retiraban sonriendo con diplomática reserva.

Desde las siete de la mañana á las siete de la noche se hallaban ambos en posesión exclusiva de un jardín bastante grandecito, plantado de evonymus, de helechos y de otros arbustos de verdor perenne. Como el señor de Montjoye había conservado excelentes relaciones con el ministro de Justicia, le



habían permitido, so pretexto de restablecer su delicada salud, hacer ejercicios físicos, esgrima, pesas, boxeo: había llegado á colocar unas paralelas en el jardín, y los deportes, cuando el tiempo era desapacible, se verificaban en el locutorio. Todos los días Chènevis practicaba la esgrima y el boxeo con el señor de Montjoye, ó bien con los complacientes carceleros, apostándoselas, ya en las picas, ya en las anillas.

Chènevis no abandonaba los ejercicios físicos sino á la hora de visita, requerido por los deberes sociales. Así, había mejorado notablemente su salud, un tanto alterada por la fatal existencia de antaño. La buena comida, la tranquilidad y un ejercicio atlético juicioso le robustecieron músculos y estómago en dos meses. Además, en la cárcel había una sala de baños, con *masseur* y pedícuro á las órdenes de los pobres cautivos. Chènevis adquirió allí hábitos de aseo que no le eran familiares hasta entonces.

Al llegar la noche, les encerraban suavemente en las celdas, que tenían puerta de comunicación, y como tenían á su disposición la luz eléctrica pasaban el rato leyendo, escribiendo ó entablando formidables partidas de damas, de ajedrez ó de tresillo. Ocioso es decir que, mediante una módica retribución, confiaban á los carceleros, viles esclavos, el cuidado de hacer las camas y de barrer el piso.

El señor de Montjoye había abandonado la cárcel seis semanas antes del indulto de Chènevis. Su marcha dió lugar á tiernas despedidas y conmovió profundamente á los carceleros. El aristócrata dejó á su colega en posesión de los chismes de *sport* y de algunas cajas de cigarros, obsequio que al *infortunado* Chènevis le llegó al corazón.

Así es que la marcha del señor de Montjoye no cambió gran cosa la manera de vivir de Cipriano Chènevis. Acaso de vez en cuando sentía cierta nostalgia de los platos delicados que antes compartía con el polemista; pero los socorros que le enviaban los *intelectuales* y algunos compañeros le permitían alimentarse en la cantina, cuyas comidas eran sanas y abundantes.

Además, ya llegaba el invierno, los días horribles de lluvia, viento y nieve. Bien agazapado en su celda, cuya calefacción no dejaba nada que desear, Chènevis no se preocupaba de las variaciones atmosféricas, ni le producía la menor incomodidad la idea de una invernada obligatoria en aquel sitio.

¡En esto, al indecente gobierno que regía en Francia se le ocurrió la pesada broma de arrojarle á la calle en pleno invierno!...

Ya hemos hecho constar más arriba que las primeras palabras de Chènevis al salir de la cárcel fueron una protesta contra semejante abuso del poder público.

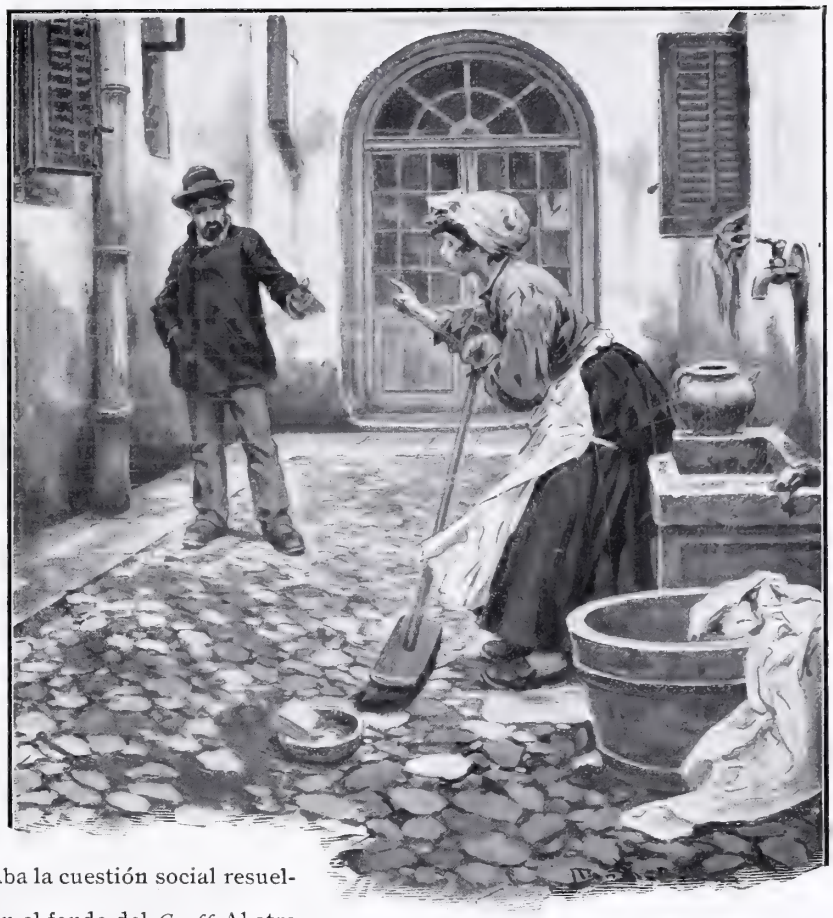
Formulada la protesta, el hombre se encaminaba melancólicamente hacia la calle de Mouffetard, donde estaba la redacción de *Gnaff*, y ¡caso curioso! se maravillaba de no sentir la menor alegría al encontrarse en libertad...! Por más que hacía por entusiasmarse y regocijarse, repitiendo interiormente:—¡Ya estoy libre, ya estoy libre!...—¡nada! Era una cosa rarísima, pero aquellas tres palabras mágicas no hallaban el menor eco simpático en su interior.

Calado hasta los huesos y transido de frío llegó á la redacción del *Gnaff*... Algunos compañeros que se encontraban allí se extrañaron, no sin envidia, de su gordura, de su excelente aspecto.—Bien, hombre; tienes la facha de un hombre próspero y feliz. ¡Cuidado que te ha sentado bien la jaula! ¿eh?—Estas y otras expresiones vulgares y brutales á que no estaba habituado, le causaron detestable efecto...

Pero todavía le fué peor cuando, después de haber gastado sus cortas economías, tuvo que agarrarse nuevamente, apretado por la necesidad, á su antiguo oficio de vendedor de periódicos, correr el temporal por las calles, recibir empujones y codazos, exponerse á laringitis y bronquitis voceando los periódicos; todo para obtener irrisorios jornales, que á lo sumo le permitían comer en figones inmundos y dormir en un tabuco miserable... ¡Ah! ¿qué había sido de los cuidados corporales de antaño, el atletismo, el *farniente*, los habanos, las lecturas, las partidas de tresillo, y la buena manutención y la mullida cama... y la consideración social?...

A todas sus pesadumbres vino á añadirse una mayor. Desde el día en que dejó de ser hombre cono-

cido, *político*, los sentimientos de su amada Eulalia variaron. El amor de Chènevis, mientras éste fué un Silvio Pellico libertario, era para ella un trofeo, una aureola de gloria; pero una vez libre de la cárcel, el hombre quedó y desvanecióse el héroe... Eulalia obsequió á Cipriano con unas afrentosas calabazas.



Aquél fué el golpe definitivo, el que decidió la vocación de *mártir* de Chènevis. Sin aguardar á más, el hombre redactó una diatriba volcánica, en la cual proponía como la cosa más sencilla á los obreros, próximos á una huelga general, minar previamente las ciudades ó aldeas donde estuviesen acantonados los regimientos encargados de la represión y hacerlos saltar por medio de la dinamita el mismo día y á la misma hora. Al día siguiente, exterminado el ejército, se acababa la burguesía, y así, con gran facilidad, quedaba la cuestión social resuelta para siempre.

El artículo se publicó en el fondo del *Gnaff*. Al otro día, el periódico fué recogido y Chènevis entregado á la justicia. El fiscal, en una peroración que le valió el ascenso inmediato, pidió un ejemplar castigo para aquel reincidente peligroso, para aquel Erostrato sanguinario, para aquel tigre ansioso de carnicería, á quien la sociedad debía sin compasión hundir en las mazmorras tenebrosas de la Anarquía.

De aquella hecha, Chènevis pescó una pensioncita regular: diez años de prisión correccional. Cuando escuchó la sentencia, una vaga sonrisa de desprecio iluminó el semblante de la víctima. Y Chènevis, con la frente alta, volvió á atravesar los umbrales de la cárcel.

Allí encontró á sus carceleros, conmovidos de volverle á ver, sus ejercicios, sus baños... No faltaban admiradores pródigos en socorros, y hasta Eulalia, arrepentida, volvió á adorarle. El hombre tornaba á su vida apacible y regalona.

Pero de los escarmentados nacen los avisados, y cuando al cabo de dos años se le ofreció la gracia de indulto, la rechazó con indignación, «no queriendo recoger su libertad de manos de la tiranía». Esta conducta, digna de un héroe clásico, le valió calurosas felicitaciones aun de sus adversarios políticos.

Tres años después, su abogado volvía á la carga, sin conseguir nada.—Oiga usted, querido Chènevis, está usted obcecado... le aseguro... en el ministerio hay las mejores intenciones respecto de usted. Le conceden la libertad sin restricción alguna... Francamente, ¿qué más podía usted desear?

Chènevis dejó pasar unos minutos, colocó su mano solemnemente en el hombro del picapleitos y rugió con voz sorda:—¡Quiero la Legión de Honor!...—Esta frase fué la comidilla de París algún tiempo, y reverdeció la celebridad de su autor. Se le compadecía, se le admiraba. En muchas tarjetas postales le representaban con el grillete al pie, la barba crecida, en un calabozo lóbrego y húmedo, junto á un cántaro de agua, disputando á las ratas un pedazo de pan duro.

Pero concluyamos. Sabido es que algunos días después de salir de su celda asumió heroicamente la responsabilidad de otro artículo, que le valió otra condena á dos lustros de cautiverio.

Sabido es también que al llegar la Revolución social ¡por fin! Cipriano Chènevis fué sacado del calabozo por la muchedumbre entusiasta y delirante, que aclamaba al *mártir*.

***

(Sacado de la sección de noticias del diario *Los Tiempos Futuros*, de 19 de Julio de 19...) «Hemos procurado adquirir noticias de Cipriano Chènevis, una de las más nobles é ilustres víctimas del antiguo orden de cosas, completamente abolido por el maravilloso movimiento revolucionario del 10 de Julio último. Desgraciadamente, abrigamos el temor de que la razón del gran ciudadano no haya podido resistir á un choque tan imprevisto, á un cambio tan radical de situación, pues nos ha dicho que vituperaba á los que le habían sacado de la cárcel, y que echaba muy de menos aquellos tiempos de lucha en que al menos se podía sufrir, y en caso necesario morir por una idea...»

JORGE MAUREVERT

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

Un caso de redención

Cuando murió cierto funcionario del Ministerio de Gracia y Justicia, antes de haber cumplido veinticinco años de servicios, quedó su familia en situación muy precaria, obligada á luchar con sus antiguas necesidades burguesas y con sus presentes desnudeces paupérrimas, de manera que la madre suprimió la criada, las hijas los sombreros, los hijos los estudios, y el primogénito, que ya era un pollito, ahorcó la carrera y quedó el infeliz, como víctima de nuestras pésimas costumbres, sin hábitos de villano y sin traje de caballero, imposibilitado para el libro é incapacitado para el yunque; obligado á vivir en esa especie de vagancia siniestra que sufren muchos de los que buscan un buen destino porque son incapaces de ganar un mal jornal.

Comenzó Ambrosio, que así el joven se llamaba, por pedir dinero prestado, después lo sustrajo con amenazas, al fin lo arrebató con engaños y ardides criminales, y acabó por ser un timador de oficio, conocido por nuestra policía con el nombre de *el Piti*, porque era bajo y desmedrado y tan ruin de alma como de cuerpo.

Unióse á una rapaza de su edad que no tenía mejores inclinaciones ni más pomposa historia, y constituyeron una especie de contubernio para explotar la pérdida de su vergüenza y visitar la cárcel, pasando por el bolsillo del prójimo.

Algunas veces encontraba *el Piti* á un antiguo amigo de su padre, llamado D. Pantaleón, empleado en oficinas del Municipio, y aunque no era un dechado de moralidad, porque el hombre chanchullaba sin pudor con motivo de los expedientes, resultaba un ser de extraordinaria virtud comparado con aquel *Rinconete ó Cortadillo*, al cual solía decir con el tono más grave y ceremonioso:

—¡Estás deshonrando la memoria de tu padre! ¡Tú que has estudiado! ¡Tú...!

—Déjeme usted de sermones, D. Pantaleón, replicaba *el Piti*, que si me hubieran dado algo más que eso, no me vería yo como me veo... Todos tenemos dentro de nosotros una balanza; en un platillo de ella está el estómago y en el otro la conciencia: cuando el estómago se encuentra vacío, como éste pesa poco, el platillo de la conciencia baja; cuando el estómago se ve lleno, como pesa más, el platillo de la conciencia sube; de suerte que las alzas y bajas de la conciencia son reguladas por el peso del estómago.

El Piti, psicológicamente envenenado, porque tenía instrucción sin educación, que es un tósigo del alma, convertía de este modo la pueril sustancia de sus estudios oficiales en la pestilencia de su charla culta y criminal, en tanto que *Delfina*, que así de apodo su amiga se llamaba, distraía su aburrimiento mirando á D. Pantaleón con ojos provocadores y traviesos y haciéndole desvergonzadas carantoñas á espaldas de su amigo.

De esta suerte, unos días presos y otros perseguidos, continuaron los dos jóvenes, hasta que la vida se les hizo imposible, porque la policía, conocedora de su madriguera, la frecuentaba demasiado, reclamándoles á menudo el fruto de sus *negocios* y colgándoles milagros que no eran suyos, por cuya causa *el Piti*, después de cometer un timo de cinco ó seis mil pesetas, se resolvió á emigrar á cierta república de América, favorecido por el cónsul de ella, á quien lograron engañar él y *Delfina*, haciéndole creer que eran un matrimonio desgraciado sin trabajo y con hijos...

Se embarcaron en Cádiz, zarpó el buque, y por primera vez sintieron en el rostro el fresco aliento de las olas y el infinito beso del mar, y á medida que la tierra que atrás dejaban se empequeñecía, y que la inmensidad azul les circundaba, iban percibiendo los dos crecientemente la necesidad moral de unirse y de aproximarse, hasta que llegada la noche, con vagos temores á lo desconocido, bajo un cielo sin límites cuajado de estrellas y un mar inmenso cuyas fosforescencias y espumas brillaban con siniestras amenazas de muerte, al notar vigorosamente el golpe de las grandezas naturales que llamaban por primera vez á todos sus sentidos, los dos infelices jóvenes se dieron con ternura las manos, y latiendo en sus cuerpos, ajados por el vicio, sus almas, sedientas de mutuo refugio al verse anonadadas por la majestuosa inmensidad, se asomaron como nunca á sus pupilas y se unieron y se casaron con afectos y con ansias que trascendían á pudores virginales.

Al desembarcar, se hizo cargo de ellos una de esas grandes compañías agrícolas que explotan á los emigrantes. Les condujeron al corazón de aquellas selvas semivírgenes, les dieron una cabaña, un

campo extenso, aperos de labranza y animales domésticos, y repitiendo la frase con que se inauguró la tragedia de la vida:—*Ganarás el pan con el sudor de tu frente*—les dejaron abandonados en aquellas verdísimas llanuras.

El primer impulso de *el Piti* fué venderlo todo, hasta la casa, y huir de allí, para ir á una ciudad donde pudiese ejercer sus timos, pero los colonos próximos á su hacienda le convencieron de que su plan era imposible, hiciéronle ver que nadie le compraría ni los aperos ni las bestias, que sería perseguido y encarcelado, y que tal vez los agentes de la compañía le matasen á palos; de suerte que *el Piti* empuñó el azadón por vez primera, con repugnancia grande, y la tierra se mostró esquiva al débil esfuerzo de su brazo; pero á medida que iban pasando los días y que su cuerpo endurecíase con vigor de hombre, el terruño amansaba sus esquiveces y más benignamente abría el seno para entregarle sus tesoros.

. . . . . .

Aquel D. Pantaleón amigo del padre de Ambrosio, cometió con ofensa del Código un chanchullo en cierto expediente, y como se descubriera el gatuperio, le fué preciso huir de España con el producto de su obra, para no cruzar el dintel que separa la carne libre de la presidiaria. Recordó que *el Piti* le había escrito, y pensando valerse de las habilidades del muchacho para poner una agencia de *negocios* no muy limpios, llegó á América y á la república y al campo donde su presunto colaborador vivía.

Ambrosio se encontraba á más de dos kilómetros de distancia dirigiendo una máquina segadora, y al entrar D. Pantaleón en la casa se encontró con *Delfina*, que se hallaba cosiendo en el portal y moviendo con el pie la cuna de su niño.

Delfina estaba mucho más gruesa, había en su mirada cierta serenidad honesta impropia de ella; sentada en su silla de esparto parecía una reina en su trono, y al mirar al viejo recién llegado no dejó de mover el pie que mecía la cuna. D. Pantaleón esperaba que le hiciera guiños y carantoñas como en otro tiempo, y hasta inició algunas bromas picantes, á las cuales respondió *Delfina* con la más natural indiferencia diciendo:

—No levante usted la voz, D. Pantaleón, que se puede despertar el niño.

Al poco rato llegó Ambrosio; desechó los planes que le proponía D. Pantaleón, le habló de la felicidad del trabajo, de que la Compañía le daría pronto participación en las ganancias, y se dió importancia tal, que el viejo de los chanchullos le recordó imprudentemente que había sido *el Piti*.

—Es verdad, exclamó el joven, pero ahora soy Ambrosio; *el Piti* es el perro que tengo en la finca para que me libre de los ladrones. No se acerque usted mucho, por si acaso.

—Pero, ¿eres feliz?

—Sí, señor; el primer año he sufrido mucho, pero al fin he saboreado el placer del trabajo y el gozo de la honradez. La vida del labrador es una interrogación permanente que liga el día de hoy al de mañana con lazos de interés y de esperanza. Las lluvias, las nubes, el frío, el calor, el viento, el sol, llegan á nuestro campo y llaman á nuestra casa cargados de amenazas ó repletos de promesas; no son seres indiferentes que pasan, sino aliados ó enemigos que nos conmueven y acrecientan el afán de existir. Nuestra vida es una lucha con los favores y los desdenes del suelo; nuestro sudor es vivificante, nosotros ponemos en relación la fecunda tierra con el cielo engendrador y vivimos en la tercería de estos infinitos amores.

Salió de allí aturdido y desesperanzado el viejo D. Pantaleón, diciendo para su capote:—¡Quién había de pensar que yo envidiase á *el Piti!*—Y cuando sintió hasta en las entrañas el embate del viento que arrastraba consigo los olores campestres de la siembra después de haberse revolcado en ella; cuando escuchó la esquila de los bueyes, el chirriar de las yuntas, los cantos y rumores de los animales domésticos, entonando el himno eterno de la libertad y la virtud; cuando vió al *Piti* apoyado en el hombro de su esposa bella y tranquila, y él fuerte y sano y redimido por el trabajo, saludándole á lo lejos con la serena tranquilidad de un rey de su casa, el pobre viejo, despreciado, sin honra y sin familia, sintió amarga envidia y exclamó con un suspiro:

—¡Quién fuera joven!

RAFAEL TORROMÉ

DIBUJOS DE E. ESTEVA

LA ALTERNATIVA DEL «MORROS»

HISTORIETA TAURINA, POR XAUDARO

1. ¿Eh? ¡Vaya un hombrecito quitando moños y despegando coletas! Tres toros, tres estocadas.

2. A casa, que llueven orejas.

3. ¡Chócala, que has estao güeno...! Oye, ¿tendrías ahí, por un casual, cinco duros?

4. ¡De chipén, chavaliyo! Asín empesó er *Tato*, mi disípulo mejó. Aquer era un hombre con reaños y generoso. Pero tú no serás menos, y...

5. ¡Ay, hijo e mi arma, lo que yo he resao por ti esta tarde y los sartos que me ha dao er corasón! ¡Pa tila y asahar, nesesito lo menos sei mir reales...

6. Ahora, señor de *Morros*, es indispensable hacerse cuarenta docenas de retratos. No es nada todo ello. Total... 1.500 pesetillas.

7. ¿Su señora mamá ejercía la noble profesión de lavandera? ¡Oh, qué dato tan interesante! ¿Que si fumo? Le diré á usted: habanos no más. Ayer acabé una caja...

8. ¡Favor, socorro! Todas las murgas del pueblo juntas. ¡Esto es peor que el hule! Dales los últimos veinte duros, y quédate con una peseta para un parte.

9. Escribe ahí:

«Alternativa *Morros*, superior. Tres toros, tres estocadas...»

Y pués añidir: «y cuarenta sablazos».

La primera de abono

De lo más hondo y apartado de la calle de los Tres Peces, de un viejísimo caserón cuyos habitantes, al menos la mayoría, estaban más duchos en echar las tres cartas y en jugar del encuentro, del tirón y de la mecha que en otros oficios quizás más útiles pero no tan florecientes y gustosos, extrajo su cuerpo lleno de garbo y envuelto en un mantón de Manila fiado por la señá Bárbara la corredora del Salitre, la Isidra Peco, hembra de mucho cuidado, guarnecedora de botinas, bravía donde hubiera otra, sin palabra buena ni hecho malo, como suelen ser muchas del barrio aquél, con hieles en la boca y mieles en la orza. Las de cuello vuelto que ella habría arreado en este mundo, y principalmente en la parte del planeta comprendida entre el almacén de calzado de Barrionuevo y la esquina del Ave María, no tenían cuenta: ni tampoco la tenían las monstruosidades, cacologías, solecismos y burradas puras y simples que le habrían salido, como decía el poeta, de *entre un labio y otro colorado*, á la resuelta ninfa.

El resultado del genial de la Isidra era que el *Posturas*, ilustre y acreditado puntillero de la cuadrilla del *Jindama chico*, viera sus vísceras más importantes corroídas por hondo pesar. Estaba enamorado, mucho más enamorado que Macías, á causa de ser bastante más bruto, y no había proeza taurómaca de que no se sintiese capaz cuando por azar tropezaban sus ojos con los de la Isidra Peco. El escalaría los cielos, mataría seis toros de una estocada, haría un montón de *orejas* más alto que la torre de Santa Cruz, entraría como entraba *Frascuelo* y saldría como salía *Lagartijo*... ó se quedaría hecho astillas en la plaza como el pobrecito *Espartero*...

—¡Los hay muy alabanciosos!—contestaba casi siempre la altiva guarnecedora.

Pero al cabo se ofreció ocasión y escenario apropiado para las proyectadas heroicidades del *Posturas*. Su espada, el *Jindama chico*, había sido contratado para la temporada de primavera, y toreaba en la corrida de inauguración; era uno de estos toreritos majos á quienes los madrileños estamos deseando aupar, por el aquel de que no nos aburran con tanto Córdoba y tanto Sevilla. El *Posturas* obsequió á su amada con un tabloncillo de tendido. Ella tomó el billete, y no dijo si iría ó si no iría. Fué. En toda la tarde ¡rayos del cielo y maldita sea la suerte de los hombres! no pudo, no hubo manera, medio ni ocasión de que el *Posturas* realizase la menor hazaña. Discreto y prudente, siendo el último peón y el más moderno, ¿cómo había él de meter un capote? Para colmo de males, el *Jindamà chico* quedó tan bien, que despachó sus dos toros de dos estocadas fulminantes; el *Posturas* no logró ni siquiera coger la puntilla. Volvíase para casa muerto de vergüenza. ¿Qué iba á decir, qué habría dicho ya la Isidra? Que él, el bravo *Posturas*, un hombre á quien le bailaba el corazón hasta saltarle los botones del chaleco, era un badanas, un *menflis*, un parapoco. Aquella noche no se atrevió á parecer por los Tres Peces; no durmió, no sosegó. A la mañana fué en busca de la Isidra; la habló, y ¡señores, vamos, se cuenta y no se cree! ¿quién será el sabio capaz de conocer el corazón de una guarnecedora de botinas? Pues nada, que conforme la Isidra iba á la plaza decidida á no enamorarse ni dejarse alucinar por las ofrecidas y ponderadas maravillas del *Posturas*, cuando le vió en el redondel con el traje tabaco de alamares negros y su buen manguito envolviéndole el brazo, como si fuera el escribano de la cuadrilla, el corazón se le revolvió en el pecho á la brava moza. Vamos, que aquél era un hombrecito ganándose los duros con salero, sin mancharse ni romperse la ropa. Están muy lejos los tiempos de la *Iliada*, y en mi barrio gustan más los hombres formales y apañados

que los héroes. Al acercarse el *Posturas* á la Isidra, al día siguiente, oyo de los labios de su amada aquella sublime frase que la suya dijo al *Labi:*

—Te quiero por lo bonito que eres y por lo *desinificante.*

Y luego, borracho de gozo, le decía en Levante á un mozo que le felicitaba, tomándole el pelo, por lo bien que había quedado en la de inauguración:

– ¿Sabes tú en la que he quedado bien? En una corrida que no he toreado: en la primera de abono.

DIBUJOS DE E. LARROCHA Y C. VÁZQUEZ

ENE

ACTUALIDADES

La Orden civil del Trabajo.—La corrida de inauguración.—Lo que dicen los espadas.
El «Corso» de flores en Niza.—Manolo Rodríguez.

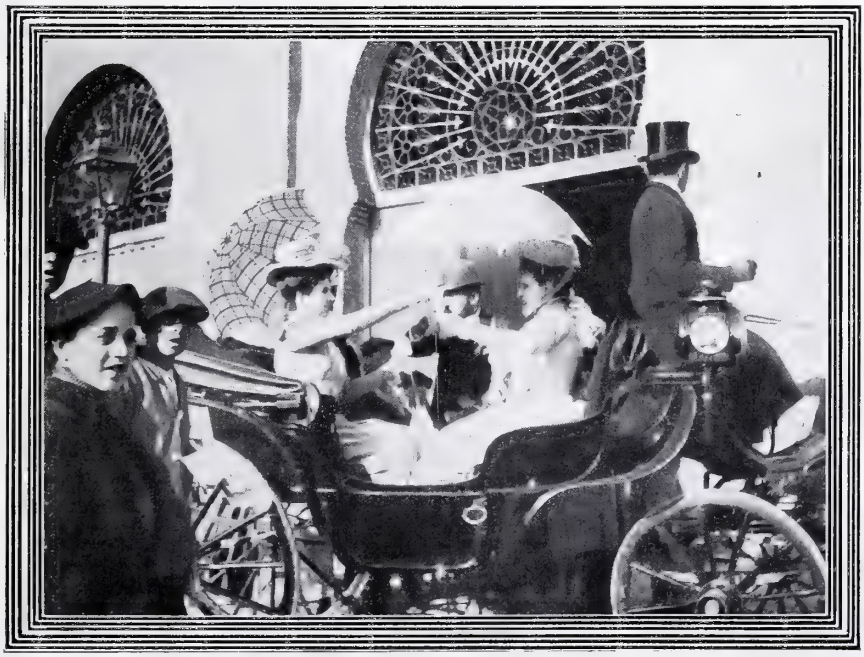
GRATA satisfacción nos ha causado la noticia de que, á propuesta de S. M. el Rey, se ha tratado en uno de los últimos Consejos de ministros de crear la Orden civil del Trabajo, como recompensa y premio á los méritos demostrados en cualquiera de las aplicaciones de la actividad práctica y no ya puramente científica ó especulativa.

Justifica nuestra satisfacción el hecho de haber sido nosotros los primeros en convocar en España un concurso de Mérito obrero y en conseguir para un obrero como recompensa á su constancia en el trabajo, la cruz de Isabel la Católica. Entonces preconizamos la necesidad de crear un nuevo y honroso estímulo para los trabajadores españoles, una nueva distinción honorífica con que premiarlos, y hoy celebramos con íntimo regocijo que S. M. el Rey haya llevado á la práctica nuestra idea, mostrando con ello al par la nobleza de sus sentimientos y su amor á las clases trabajadoras.

LAS DE LA DELANTERA DE GRADA

EN todas partes el fin de la Cuaresma es principio de alegría y beatitud. En Madrid lo es doblemente, porque el Domingo de Resurrección comienza la temporada taurina y las almas de nuestras mujeres, nunca ahítas de emociones, se hinchan de esperanza ante la perspectiva del espectáculo nacional, siempre variado y siempre el mismo.

El entusiasmo taurino de las mujeres es mucho más simpático, más noble y desinteresado que el de los hombres. Estos van á la Plaza decididos á divertirse, y desde que suena el clarín hasta que tiran las almohadillas al ruedo, no hacen más que rabiar, chillar desaforadamente, denostar á las autoridades, á los toreros, á los caballos y á los toros, á los acomodadores y á los vecinos del tendido ó de grada y pasar unas sofoquinas terribles. Los apasionamientos, injusticias y parcialidades de los aficionados son enormes, antipáticos. Salen de la plaza tétricos, aburridos, y en el rostro llevan pintado el sufrimiento más acerbo: parece que durante dos horas han estado siendo víctimas de los tormentos inquisitoriales.



LAS ABONADAS DE PALCO — Fotografías Asenjo

En cambio, las mujeres van á los toros resueltas á divertirse, y con esta resolución recobran su alma infantil y se divierten como niños, con todo, con el espectáculo del redondel y con el de los tendidos, gradas y palcos, con el ronco chillar del tío de la bocina y con la maña y destreza del pícaro que dispara las naranjas á alturas inverosímiles y da siempre en el blanco.

No digamos que no tienen sus preferencias las mujeres, no: las tienen, y no sería difícil señalar entre

los matadores del cartel de abono cuál es el que goza de las simpatías femeninas. Pero de todos modos, ellas toman en la plaza el partido más prudente que tomarse puede: el de divertirse á toda costa. Exactamente lo mismo que haría Aristóteles si asistiese á *la de inauguración.*

* * *

¿Qué le gusta á usted más de la fiesta de toros? ¿Qué le gusta á usted menos de la fiesta de toros?

ESTAS dos preguntas, acaso algo impertinentes, hemos dirigido á los siete matadores que forman *el cartel de abono* de la temporada presente en la plaza de Madrid.

Y los matadores, que en esta época se encuentran en la misma situación de los hombres políticos ante unas Cortes abiertas, han contestado á nuestras preguntas haciendo amables y trascendentales declaraciones, cuya importancia no necesitamos poner de relieve, porque ya estamos figurándonos la ansiedad indescriptible pintada en los rostros de los aficionados de ambos sexos, y porque, como dijo nuestro amigo el clásico sevillano,

Esto Inés, ello se alaba:
no es menester alaballo.

MAZZANTINI

La contestación de Mazzantini á nuestras preguntas es casi casi un discurso académico. No en balde el decano de los espadas de cartel tiene añeja y merecida reputación de hombre culto y versado en las letras humanas y no sabemos si también en las divinas. Todo el mundo recuerda sus elocuentísimos *speaches* ante el palco presidencial, si bien hay algunos individuos ineducados y atrabiliarios para quienes la elocuencia de Mazzantini está en el estoque y en el crítico momento de *la reunión.*

En fin, lean ustedes, ó mejor dicho, paladeen lo que el egregio maestro de Elgoibar ha contestado á nuestras dos preguntas:

A la primera: «*Que el público se vaya muy contento porque los que hayamos toreado*, teniendo el santo de cara, *satisfagamos sus aficiones dentro de sus simpatías.*»

A la segunda: «*Que no haya orden en el redondel y que no estemos algunas veces en el puesto debido, evitando así peligros que de otro modo no ocurrirían. ¡Ah!... y que no me silben.*»

Como ustedes ven, la contestación no puede ser más gubernamental. En ella se respeta el sufragio determinado por las simpatías y se proclama la necesidad del orden. Mazzantini, como era de esperar, muestra una tendencia conservadora altamente plausible en quien arriesga el pellejo á cada triquitraque.

El simpático Joaquín Navarro (*Quinito*) contesta á nuestras preguntas con una concisión verdaderamente lapidaria:

A la primera: *Las palmas.*

A la segunda: *El segundo aviso.*

Aquí no hay vaguedades ni floreos retóricos. *Quinito*, hombre de acción ante todo, como deben serlo los buenos espadas y los buenos gobernantes, menciona dos hechos únicamente, dos hechos claros y significativos. De sus contestaciones se deduce lógicamente que trabaja por la gloria del momento, que le importa antes que nada el aplauso fugaz y caprichoso de las masas...; y de la segunda contestación se infiere que para él lo primero es el pundonor, eso que llaman vergüenza torera.

QUINITO

Las respuestas del elegante *gentleman* que conoce el público por el nombre de Antonio Fuentes, son en alto grado satisfactorias para nuestro orgullo nacional, y confirman que también entre la gente de coleta existe el *nacionalismo intelectual* de que tanto se habla ahora en el Ateneo y en sus alrededores.

—Lo que más me gusta de la fiesta de toros—dice Fuentes—es *el carácter puramente español que tiene;* lo que más me disgusta es *el tercer aviso.*

Después de esas explícitas declaraciones, ¿cómo va á torear Fuentes ante un público catalanista, por ejemplo? En fin, felicitémosnos, entusiasma-

FUENTES

BOMBITA CHICO

LAGARTIJO

dos como un solo intelectual nacionalista ó no, al ver el amor de Fuentes á la patria grande.

Ricardo Torres nos dice que lo que más le gusta es *el quite en el momento expuesto del compañero*, y lo que menos le gusta *el alguacilillo, por la mucha prisa que se da para avisar cuando estamos pesados en nuestra faena;* y si en esta respuesta coincide con otros dos preopinantes, en la primera prueba algo que ya conocíamos: la generosidad y nobleza de sus sentimientos.

Los matadores cordobeses contestan con notable unanimidad y con una alegría de que no suele dar frecuentes muestras nuestra juventud. Por algo ha sido siempre timbre y nota del toreo cordobés la alegría.

—Lo que más me gusta—dice Rafael Molina *(Lagartijo)*—es *empezar las corridas, ó sea salir toreando.* Lo que menos me gusta es *que se acaben cuando son los toros muy bravos.*

Rafael González, el bravo *Machaquito*, por su parte contesta á la primera pregunta en esta forma: *Me gusta más cuando me azomo al arrastradero y veo la plaza llena hasta el tejao.*

Y á la segunda: *No me gusta cuando salen los toros mansos perdios.*

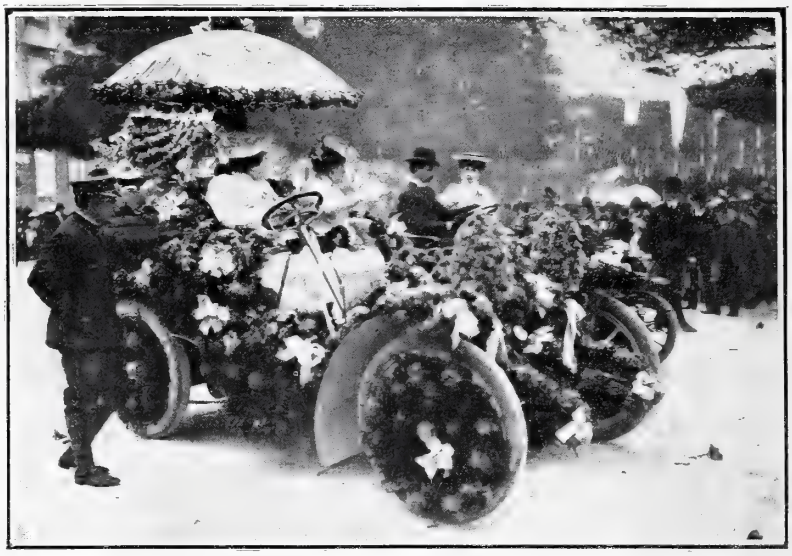
Por último, el valiente madrileño Vicente Pastor, mucho más matador de toros que torero completo, presenta al descubierto su alma diciendo que lo que más le gusta es *la suerte de matar*, y da señales

MACHAQUITO

V. PASTOR

de sus loables aspiraciones declarando que lo que menos le gusta es *el no ser el mejor.*

Así han hablado los matadores, y tenemos verdadera salisfacción en publicar sus palabras, dando gracias á los valientes diestros por su amable complacencia, ya que ésta nos permite conocer *su estado de alma.*



EN EL «CORSO» DE FLORES DE NIZA

NIZA, el bellísimo rincón del Mediterráneo donde los poderosos de la tierra gustan de buscar el reposo y la salud y de distraer sus aburrimientos crónicos, celebra todos los años la llegada de la primavera con fiestas magníficas, entre las que sobresale el *Corso* ó batalla de flores.

Este año lo más notable del *Corso* han sido los automóviles adornados. Sabido es ya que quien desee ver automóviles de todas las marcas conocidas y de todas las formas imaginables, no tiene que hacer sino darse un paseíto por la *Corniche;* pero ni allí ni en parte alguna se encuentra hasta ahora un coche de esos hermoso y elegante de veras, pues sin duda el ingenio de los constructores, preocupado por las dificultades técnicas, no ha sabido buscar una forma artística y simpática á unos carruajes que hoy resultan algo así como aparatos de guerra ó formidables monstros antediluvianos de traza achaparrada y fea. La dificultad la han resuelto por el momento los millonarios de Niza engalanando sus coches con ramos y guirnaldas que los cubrían por completo, según puede verse en nuestros grabados. Pero el remedio resulta costoso y dura... lo que dijo el poeta: *l'espace d'une matin.*

UN AUTOMÓVIL ADORNADO

Fotografías Branger Doyé

Allas! ¡Poor Yorick!—exclamaba el príncipe Hamlet, llorando al recordar á su antiguo amigo, al que tanto le hizo reir cuando muchacho; y aquella exclamación que estremece nuestras entrañas, porque en ella hay algo de risa pasada y mucho de tristeza actual, nos viene á las mientes recordando al bueno, al graciosísimo, al regocijado actor que perdimos la semana pasada. ¡Ay, pobre Manolo Rodríguez! Como Yorick, él acertó á divertir y solazar sin malicia á varias generaciones de futuros hombres; porque Rodríguez, alma sana y festiva, era como un niño grande, y al divertir á los demás, gozaba él naturalmente, sin preparación, sin arte, con absoluta y candorosa espontaneidad.

Para calificar y definir al excelente actor, no encontramos nada más exacto que la frase de un amigo nuestro, padre de familia, quien decía que si él fuera millonario, entre otras cosas tendría un gran palacio y un hermoso jardín destinado á que en él jugaran sus chicos ¡con Rodríguez!

¡Pobre Rodríguez! *¡Poor Yorick!* Ya no diviertes á nadie con tus ademanes y tus gracias... como no sea á los Santos Inocentes en el cielo.

DON RUPERTO

MANOLO RODRÍGUEZ Fot. Cifuentes

AÑO TRECE Y NUMERO 624 MADRID DIA 18 DE ABRIL DE 1903

BLANCO Y NEGRO

LA SEMANA PASADA

La primavera se halla en todo su esplendor y hace florecer los brotes en los árboles y los ojales en los chaquets de entretiempo: las casas de préstamos inúndanse de capas pertenecientes á todas las *idem* sociales: los cogotes de los ciudadanos sanguíneos y aun de los simplemente flemáticos muéstranse jaspeados de granos y espinillas: se oye hablar mucho de Niembro, el consecuente republicano y empresario de la Plaza de Toros: y por no ser menos que los demás seres y fuerzas de la Naturaleza, el señor Presidente del Consejo hace brotar entre la aridez de las notas oficiosas algunos chistes completamente primaverales, sí que también *fuera de cacho*.

CABOS DE LAS KÁBILAS REBELDES CERCA DE MELILLA

Sin embargo, aun cuando el Presidente finja una serenidad «que está muy lejos de poseer,» á casi nadie se oculta que S. E. debe de hallarse hondamente preocupado con eso de Melilla, que es sin duda cosa grave, tan grave por lo menos como la movilización de las huestes de Sidi Mohamed Maura en dirección á sus distritos más ó menos respectivos.

Creíase que los riffeños de las kábilas inmediatas á Melilla eran fieles al Emperador ó no pensaban tomar parte en la lucha. Nada más erróneo. Aun cuando se hallen lejos del sitio en que los combates son más empeñados y estén tan mal de noticias que lleguen á confundir al Roguí con el príncipe Mohamed el Tuerto, lo cual viene á ser como confundir á Maura con Villaverde, nuestros antiguos amigos los de Frajana, Mazuza y Benider se sienten *farrucos* una vez más y andan á tiros bajo los más fútiles pretextos, y hasta han tenido cercado y encerrado en Melilla al importante personaje Muley el Amrani. Ha llegado, pues, el momento en que se ven pelar las barbas del vecino, y no sería nada extraño ni infundado que echásemos las nuestras en remojo, aun cuando no nos creamos obligados á adoptar actitudes belicosas, ni

MULEY EL AMRANI Y SU ESCOLTA
SALIENDO DE LA COMANDANCIA MILITAR DE MELILLA
FOTOGRAFÍAS R. GÓMEZ

LOS CAMPEONES DEL «FOOT-BALL». FOT. SEGURA
EL «TEAM» DEL «ATHLETIC CLUB» DE BILBAO

á confirmar siquiera remotamente la fantástica sospecha que no hace muchos días apuntaba el infatigable periodista francés Paul Adam.

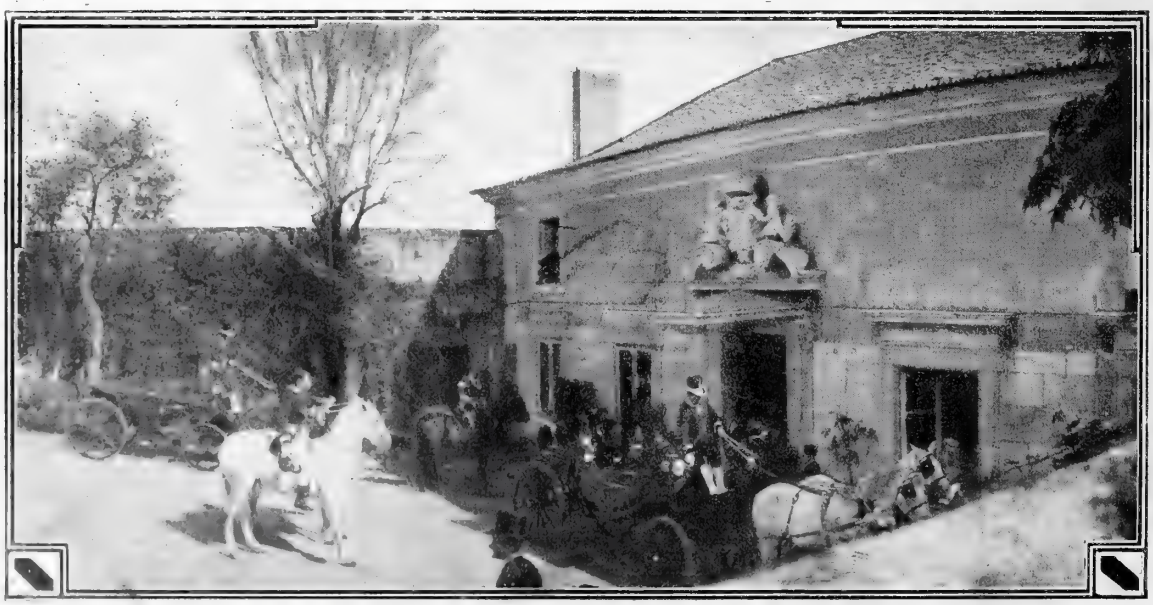
Suponía este ubícuo articulista que existía ya, si bien secreta aún, una alianza entre España é Inglaterra, y que en virtud de esta alianza nuestro ejército, apoyado por la escuadra inglesa, había de ejercitar una acción militar enérgica é inmediata en Marruecos para repartirnos amigablemente españoles é ingleses lo más floreciente y saneado del Moghreb.

PERO lo cierto es que hasta ahora no ha habido ó no es ni sospechable que exista semejante inteligencia, y lo único en que sí parece probada la influencia de los ingleses sobre nosotros es en la boga y el desarrollo del ejercicio, por cierto no muy noble y artístico, del *foot ball*. Para formarse idea de un entusiasmo como el que este juego despierta en grandes y chicos, tenemos que *retrotraer* nuestro pensamiento á los tiempos heroicos de la bicicleta ó del juego de pelota. Los paseantes del Retiro estamos un tanto escamados por la manera verdaderamente abusiva y anárquica en que se usa y se abusa del *foot ball*, con grave riesgo de nuestros sombreros, cuando no de lo en ellos contenido.

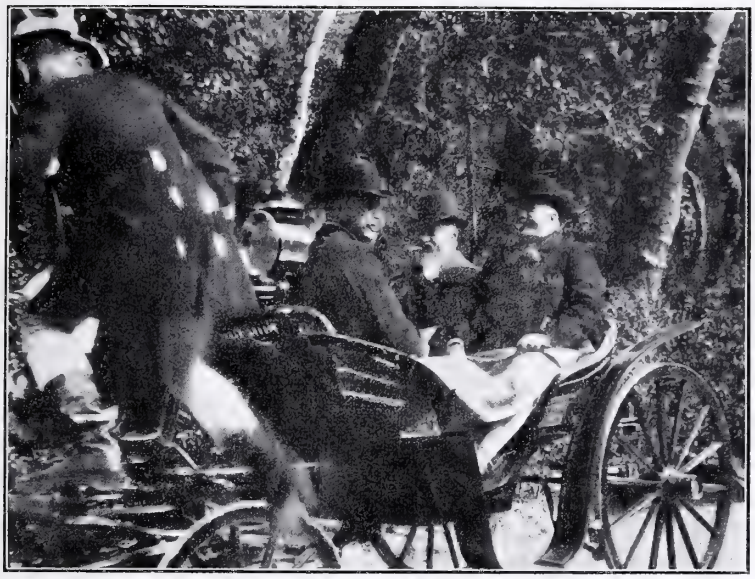
Claro está que nada de esto reza con los jugadores del *foot ball* con arreglo á principios, como los del *Athletic Club* de Bilbao, á quienes tenemos el gusto de presentar á ustedes, y que en la última lucha han resultado campeones de España y poseedores de la copa ofrecida como galardón por Su Majestad el Rey.

LÁSTIMA es que no haya presenciado nuestros partidos de *foot ball* (que aunque nacientes son los mejores y más sanos

S. M. EDUARDO VII A BORDO DEL BERGANTÍN Ó FALÚA REAL, EN LISBOA
FOT. A. NOVAES



LLEGADA DEL REY DE INGLATERRA AL «BRITISH CLUB»



SS. MM. LOS REYES DE INGLATERRA Y DE PORTUGAL PASEANDO POR LISBOA
FOT. A. NOVAE

de nuestros partidos) Su Majestad Eduardo VII, Rey de Inglaterra y Emperador de la India, cuya visita al vecino reino y á la plaza de Gibraltar ha sido objeto de los mayores comentarios y de las más caprichosas interpretaciones.

Los portugueses, grandes amigos y aliados de Inglaterra, han prodigado al rey Eduardo VII las más entusiastas manifestaciones de afecto, si hemos de creer lo que nos cuenta la prensa del reino vecino.

Hay quien asegura que en estas manifestaciones, como suele decirse vulgarmente, *otra les queda* á los buenos lusitanos, y sin que esto sea meternos en honduras peligrosas, no hace falta poseer el don de profecía para predecir que más tarde ó más temprano, venta, cesión ó cambalache de terrenos en Africa ó en la India vendrán á ser las consecuencias de tantos rendimientos y cortesías.

Aun cuando la mayoría de los madrileños no lo hayan notado, hemos tenido la suerte de admirar un magnífico eclipse de luna, previamente anunciado en los programas científicos, con todos los cuadros, versos y cantables que tenía la obra. Nosotros, gracias á la amabilidad de los señores del Observatorio Astronómico, pudimos ejercer de Acteones sorprendiendo los secretos de la *casta diva* con ayuda de unos anteojos de tamaño mucho mayor que el *natural*. La luna fué ocultando graciosamente su cara, coqueteando con el abanico de sombra que el cielo tuvo á bien concederla por unos momentos, y aseguramos que supo manejarle con tan buen arte como la más salada mozuela de Sevilla.

No podemos terminar esta crónica esencialmente primaveral de mejor manera que hablando de los espectáculos primaverales. Tenemos este año la dicha de disfrutar

LOS ASTRONOMOS DEL OBSERVATORIO
SEÑORES ASCARZA, TARAZONA Y COBO
LA NOCHE DEL ECLIPSE
FOT. CIFUENTES

dos circos ecuestres: uno el antiguo de Parish, otro el nuevo de los Jardines del Buen Retiro. Y se divierte uno los imposibles, ya viendo al ciclista de Parish hacer ejercicios

EL CICLISTA BUD SYNDER, DEL CIRCO DE PARISH

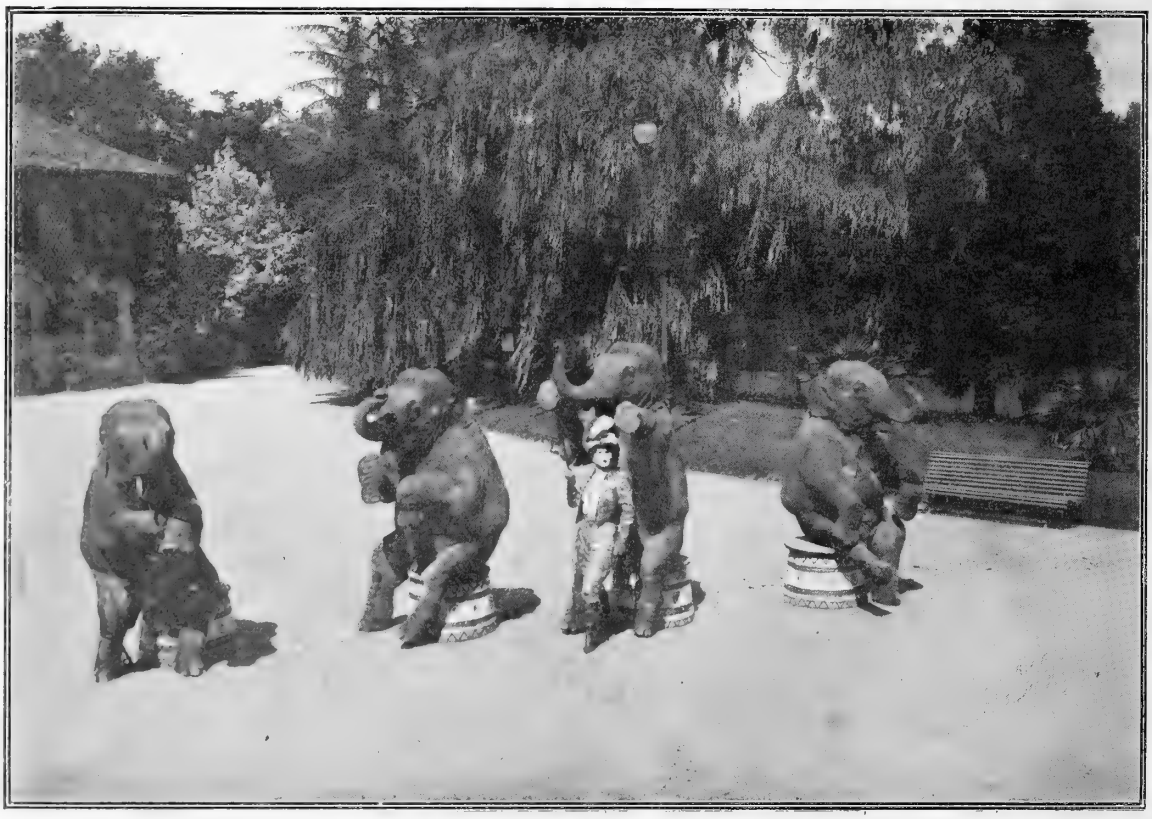
SRTA. ITALIA
AEROPEDESTRE

FAMILIA ANCILLOTTI, CICLISTAS

DOLINDA DE LA PLATA
ECUYERE

mucho más arriesgados y difíciles que el famoso *looping the loop*, ya admirando en los Jardines á la graciosa *ecuyére* Dolinda de la Plata; á la familia ciclista Ancillotti, cuyos individuos parece que han nacido, se han criado, viven y es de esperar que mueran en bicicleta; ora entusiasmándose con los cuatro elefantes sabios de Mlle. C. de Valsois, apreciables proboscidianos que, según parece, van para académicos; ora, en fin, viendo andar por los aires á la señorita Italia, si bien este ejercicio no puede sacarnos de nuestras casillas, porque más por los aires andamos todos los españoles hace tiempo.

Hablando sinceramente, como no suele hablarse, confesamos que nos divierten los espectáculos de los circos ecuestres y acrobáticos tanto ó más que á los niños. Entra por mucho quizás en nuestro entusiasmo la consideración, que nosotros creemos tener derecho á reputar profundamente filosófica, de



MLLE. VALSOIS Y SUS CUATRO ELEFANTES... «BIEN EDUCADOS»

que en todas estas dislocaciones, locuras y barbaridades que en los circos se cometen y perpetran no ha de verse sino un reflejo de las agitaciones, sandeces y payasadas de nuestra vida interior, tan ajetreada y cambiante.

DON RUPERTO

EL GUADALQUIVIR EN PRIMAVERA, POR GARCÍA Y RODRÍGUEZ.

Una guitarra nueva

Las dificultades que en todo tiempo ofreció el cultivo de la poesía popular, y particularmente de los cantares ó coplas líricas, aumentan de día en día. El gusto del público va refinándose; los sentimientos se aguzan y destilan y pierden la sencillez necesaria para traducirse en esas fórmulas breves y enérgicas de la inspiración del pueblo. Por eso debe saludarse con entusiasmo toda tentativa que los poetas hagan por expresar su sentir como expresa el suyo el pueblo, y la aparición de un poeta nuevo que escribe cantares no es un suceso vulgar y que no merezca ser consignado.

En el caso actual, el poeta es una joven distinguidísima: la señorita Josefa Vidal, que ha reunido algunos de sus versos en un volumen titulado *Vibraciones*. Del hondo sabor popular y de la brillante inspiración que en los cantares de la señorita Vidal se advierten, podrán juzgar nuestros lectores por las muestras que, hojeando el libro, sin ánimo de escoger, copiamos, teniendo por señalado honor el presentar al público á esta ilustre artista:

Después de vender su alma,
tan sólo piensa en rezar...
Esta mujer está loca;
¡hasta á Dios quiere engañar
con las mieles de su boca!

En la tumba de mi madre
la flor del quebranto cuido;
siempre que por allí paso,
la flor me dice:—¡Hijo mío:
tú solito me haces caso...!

A otras personas de mí
te quejas, no sé por qué,
y hasta á olvidar te enseñé
cuando este saber perdí.

Dentro de mi corazón
guardo tu cariño muerto:
para un cadáver tan chico,
¡qué sepulcro tan inmenso!

A la criatura infeliz,
hasta el tiempo le hace burla.
si goza, pasa corriendo;
si sufre, no pasa nunca.

A la sombra de tu casa
me puse á considerar:
¡si será bruto tu padre,
que no me puedo sentar...!

He de hacer una escritura
y sellarla con mi sangre,
donde conste que si he muerto
fuiste tú quien me mataste.

Cuando mi madre murió,
me dijo su alma al oído:
«Se fué la que te quería;
¡no pienses más en cariños!»

Como odias hasta mi sombra,
me voy para darte gusto;
¡ya ves si me marcho lejos,
que me marcho al otro mundo!

En ti puse mi esperanza,
y aunque no lo merecías,
te di el corazón y el alma...
¡Si quieres, toma mi vida,
porque ya no me hace falta!

Me preguntastes un día:
«¿Por qué doblan las campanas?»
y acababas de matarme
toditas mis esperanzas.

Vete, por Dios, de mi vera,
porque me vas á matar,
y no quiero que me mates
pa poderte perdonar.

Donde quiera que tropieces,
mira el sitio con afán,
y encomiéndate al Señor
cuando vuelvas á pasar.

Cuando miro á las estrellas,
ojos tristes me parecen
de amados seres que dicen:
«¡Vente con nosotros, vente!»

No hay quien sienta el mal ajeno:
cuando mi madre murió,
mientras yo estaba llorando
cantaba el enterrador.

Viste que mi pecho ardía
y no apagaste la hoguera:
supiste que me moría,
y no acudiste siquiera
á socorrer mi agonía.

No vengas con ese orgullo;
no vengas con esos cuentos;
cuanto más la lumbre humea,
es que tiene menos fuego.

Pasé por su tumba, y vi
medio marchita una flor,
que regué, pensando en ella,
con llanto del corazón,
y dije con amargura:
—Para nada sirvo ya;
flor que riego, se marchita;
alma que quiero... ¡se va!

No sé por qué ríes;
no sé por qué cantas,
si ves que de pena yo me estoy muriendo,
y tú eres la causa.

Pasó por mi vera
con la vista baja;
por no perdonarle sus malas partidas..
¡le volví la espalda!

Muerto tengo el corazón,
y no lo puedo enterrar,
porque se ha muerto en tu pecho
y no me lo quieres dar.

No desmayes en pedir,
aunque no te escuche Dios,
que el consuelo de esperar
es el consuelo mayor.

Delante de un Santo Cristo
hicimos un juramento,
y al que á faltar se atreviera
se lo tragara el infierno.
¿Te acuerdas lo que juramos?
No olvidar nuestro querer.
¡Adiós, que en el fuego eterno
nos volveremos á ver...!

DIBUJO DE VARELA

EL QUINTO

No puedo dudarlo. *Ella* se aproxima: oigo el ruido de madera seca de sus canillas y el golpeteo de sus pies sin carne sobre los peldaños de la escalera. No la quieren dejar pasar los médicos: mis sobrinos la aguardan con secreta ansiedad... *Ella* está segura de entrar cuando lo juzgue oportuno. Pondrá los mondos huesecillos de sus dedos sobre mi corazón, y el péndulo se parará eternamente.

Viene como acreedora: sabe que la debo una vida... que al fin cobró, pero que yo me negaba á entregar. Y es que en mi conciencia estaba grabado el precepto santo que nos manda no extinguir la antorcha que Dios enciende. ¿Hice bien? ¿Hice mal? Voy á recordar aquel episodio, por si á la luz de esta hora suprema lo descifro. Otros sienten remordimientos de haber matado. Yo no puedo reconciliarme conmigo mismo... porque no maté.

Fué mi mejor amigo de la juventud el marqués de Moncerrada. Juntos cursamos la facultad de Derecho; juntos corrimos las primeras aventuras. No teníamos dinero propio: todo era común, y ni el interés, ni la vanidad, ni la mujer, la terrible y destructora mujer, abrieron entre nosotros grieta alguna. De dos que se quieren, siempre hay uno que se impone: aquí fué Enrique, y yo me avine á sus gustos, me adapté á su genio. Al pronto no me dí cuenta del ascendiente que sobre mí ejercía: cuando lo advertí, experimenté cierta involuntaria mortificación. En mi interior surgió el afán inconsciente de reivindicar mi personalidad si se presentaba una ocasión decisiva.

En las cosas pequeñas no es á veces más difícil transigir que en las grandes. Yo, capaz de dar por Enrique Moncerrada hasta la piel, no acertaba á soportar con su afición á rodearse de animales, sobre todo caballos y perros. A instancias suyas aprendí á montar, y de mala gana sufrí las caricias de Medora, la perrilla predilecta, una faldera rizada, blanca como el ampo de la nieve, con hocico rosado y dos ojos lo mismo que cuentas de azabache. La verdad es que era un encanto, y nos hacía mil travesuras graciosas, semejantes á coqueterías de niña ó de mujer. Con Enrique partía el lecho, el suave calor del edredón y de las mantas.

Un día... Esto sí que lo tengo presente, hasta en sus circunstancias más mínimas.—Volvía yo de alquilar unos dominós para el baile del Real por encargo de Enrique; eran las cinco de la tarde, y le encontré cerca de la ventana, aplicándose un parche de tafetán inglés sobre la mano derecha. «Figúrate —exclamó—que Medorita me ha clavado los dientes... no sé hasta dónde. ¡Así son todas las hembras! ¡Tan pronto halagos, como mordiscos! La vi triste; me empeñé en distraerla y que jugase... y ahí tienes el premio;» y diciéndolo, reía.—Por mis venas corrió hondo escalofrío. Adiviné con tremenda lucidez, en un relámpago; una luz lívida, horrible, me cegó, y viéndome vacilar, Enrique me miró asombrado.

—¿Qué te pasa?

No contesté. En un rincón, sobre fofo cojín de seda, se enroscaba Medorita, abatida, inerte. Mis ojos se fijaron con tal extravío en el animal, que Enrique, á su vez, comprendió. Nunca he visto semejante expresión de terror en un rostro humano. Su palidez fué de muerto, de muerto ya descompuesto en la tumba.—No cruzamos palabra. Saqué del bolsillo mi cortaplumas; arranqué el tafetán inglés que cubría las heridas; las dilaté; calenté la hoja en la chimenea, hasta enrojecerla, y practiqué el cauterio—brutalmente, como supe, como pude. Enrique rechinaba los dientes, pero no gemía. Al fin murmuró con acento desesperado:

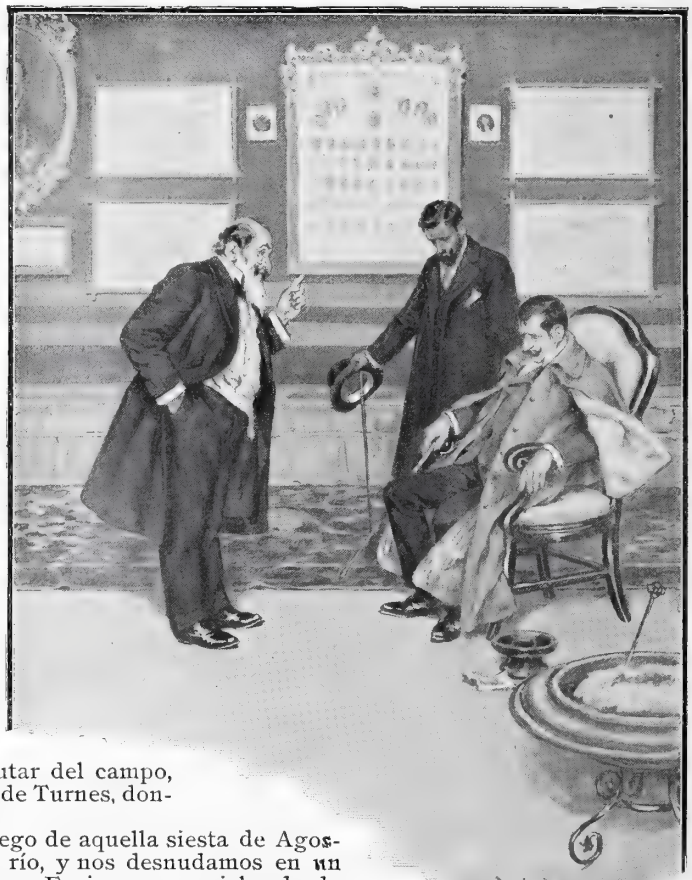
—Si está rabiosa... tiempo perdido. ¡Es muy tarde! ¡Mordió muy hondo!

Huímos del gabinete, cerramos con llave, para asegurar á Medorita—y esperamos al veterinario, avisado urgentemente. Buscando un pretexto, yo le aguardé en el portal, y le rogué que sólo á mí dijese la verdad entera. Convinimos en que si la perra estaba en efecto rabiosa, él afirmaría que no,

pero por precaución daría orden de matarla.—Así se hizo. El veterinario examinó á Medorita, salió chanceándose torpemente, afirmando que no padecía sino los primeros síntomas de un mal cutáneo muy repugnante, que á eso se debían su tristeza y su furor, y que convenía evitarla sufrimientos con un tiro. «Y no tenga usted pizca de aprensión, señor marqués...» Cogí el revólver de Enrique, y á boca de jarro disparé dos veces. Medorita dió un salto y cayó, tiesa y erizada, con la cabeza deshecha y el espinazo partido... Al volverme, impresionado como si acabase de cometer un crimen, sentí que Enrique se abalanzaba á mi cuello. Fué un momento atroz... Creí que *me mordía*:—y era que con acento sobrenumano murmuraba á mi oído:

—Es inútil tratar de engañarme... ¿Entiendes? Inútil. ¡Vas á prometerme por tu honor, por tu madre... que al declarárseme la rabia, me matarás á mí lo mismo que á Medora!

Y, subyugado, prometí: prometí por mi honor. Enrique pareció tranquilizarse un poco.—Inmediatamente nos dedicamos á consultar á las eminencias. Entonces no se conocían los atrevidos métodos modernos para combatir la rabia, pero el misterio del extraño mal era el mismo que es hoy. ¡Inmensa extensión de nuestra ignorancia!—«Nada podemos afirmar, nada pronosticar»—declararon los *hombres de ciencia*.—«La rabia puede presentarse y puede no presentarse. Si se presenta, no conocemos remedio seguro... Cruzarse de brazos... Calma y no preocupar el espíritu, que es peor.»



¡No preocupar el espíritu! Enrique, al oir este consejo, soltó una risa demoniaca, una risa que blasfemaba.—¡Qué período aquel el de los brazos cruzados! Mi amigo no me hablaba sino del fatídico plazo, de la hora espantable... «¡Me matarás!» repetía con imperio.—En vano trataba yo de distraerle, de llevar su pensamiento á otros caminos. La idea fija derivaba hacia la locura. Sin embargo, corrían días, meses, trimestres; corrió medio año, un año... y nada indicaba la aparición del mal. El tiempo hizo su oficio de lima: Enrique renació á la esperanza: empezó á interesarle algo de la vida exterior, á salir, á ver gente, á *olvidar*... ¡soberana medicina de todos los males de la tierra! Creyóse indultado, y entonces su juventud le rebosó por los poros, en vibrantes explosiones de alegría y de placer. Siempre había sido aficionado á la caza, y cuando me propuso una cacería, encontré en ella pretexto para disfrutar del campo, y acepté. Nos trasladamos al pueblecillo de Turnes, donde Enrique poseía una casa solariega.

Aún me parece respirar el hálito de fuego de aquella siesta de Agosto... Habíamos resuelto bañarnos en el río, y nos desnudamos en un paraje solitario, bajo unos frondosos alisos. Enrique se quejaba desde hacía días, de vago malestar, de tener la garganta apretada, las fauces secas: era sin duda el bochorno canicular... Vi sus blancas piernas musculosas sumergirse en el agua transparente, y de pronto escuché un grito, un alarido más bien, algo estremecedor. Y le vi correr como un insensato hacia mí, agarrarse á mí, clavarme las uñas en la desnuda carne. Sus ojos salían de las órbitas.

—¡Ahí!—balbuceaba.—¡Ahí! ¡Medora! ¡Ahí! ¡Está ahí quieta, en el fondo del río! ¡La he visto en el espejo del agua!

Y cayó, revolcándose. Su boca espumaba; sus brazos se retorcían: pegaba prodigiosos saltos, como si no le pesase el cuerpo. Aparecía más aterrador en su desnudez de demente. Al fin se calmó un poco. Enjugué su sudor frío, le hice vestirse, me vestí, y cuando, sosteniéndole, volvíamos á casa, me suplicó, juntando las manos con angustiosa vehemencia:

—¡Acuérdate de lo que me has prometido!

—¡Infeliz! No me atreví á cumplir. Le dejé agonizar ocho días, entre torturas, en manos de curanderos, de médicos rurales, que le recetaban ruda cocida, con sal y vino blanco, y que por último le sangraron, porque no se le podía sujetar. No quise acceder á quebrantar el quinto mandamiento... Y por no infringirlo, por resistir al imperio que en mí ejercía Enrique, di lugar á que él, en un acceso más violento que ninguno, comunicase el horrible mal á la hija de la mayordoma que, piadosa, le quería asistir. Enrique sucumbió entre dolores y frenesíes, y en los últimos momentos me gritó:

—¡Cobarde!

Yo huí; no sé qué hicieron de su cuerpo; no le vi enterrar; no pregunté por la infeliz mordida, en quien la cadena de desesperación soldó otro anillo... A pesar de haber cumplido mi deber, no tuve una hora de alegría; viví huraño, solo, deseoso de morir también... Y ahora que *ella* se aproxima, desearía cerrarla el paso. Pero avanza inflexible, y va á apoyar sobre mi agitado corazón los mondos huesecillos de sus dedos, parando el péndulo eternamente.

EMILIA PARDO BAZÁN

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

LA VIDA DEL SOLTERO

ME DESPIERTO: CHOCOLATE
CIGARRILLO Y LOS DIARIOS

LUEGO ME PONGO
LAS BOTAS
(O ME LAS PONE
EL CRIADO)

ME CALZO LOS NICKER-
BOCKERS
Y UN PASEITO A CABALLO

A TOMAR UN PISCOLABIS
EN LA TIENDA DE LOS PAJAROS

REGRESO A
CASA SIN GA-
NAS.....
MEDITACION
ANTE EL PLATO

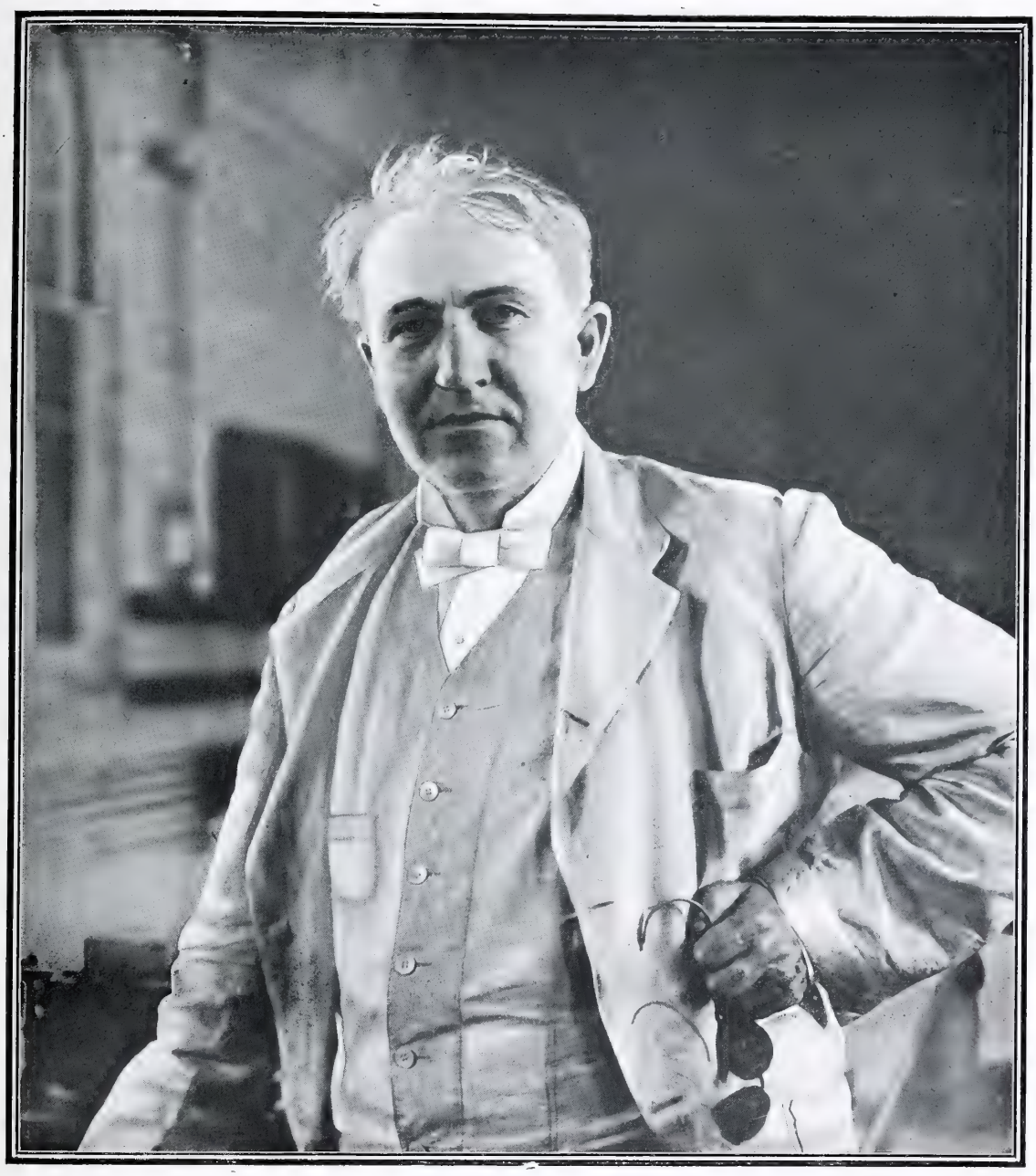
AL TEF TEF.....Y A VER SI
PUEDO
REVENTAR A UN CIUDADANO

REPRESENTADO POR EL DISTINGUIDO ACTOR SR. CAYUELA

FOTS. DE MUÑOZ DE BAENA

EN LA FERIA DE SEVILLA

POR GARCÍA Y RAMOS



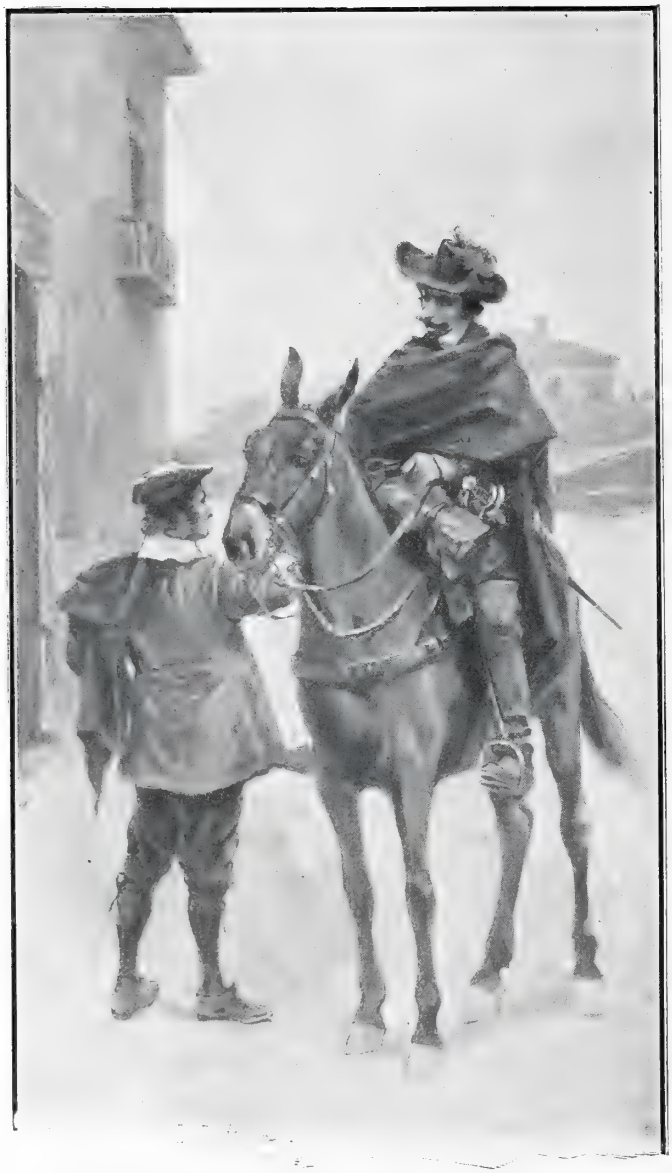
TOMÁS ALVA EDISON EN SU TALLER

La figura gigantesca del insigne inventor americano, en quien parece encarnar y representarse el genio del siglo XIX, es siempre una figura de actualidad, pero hoy lo es más particularmente porque ya corre por el mundo entero la feliz noticia de que el mago de Menlo Park, como suelen llamarle sus paisanos, ha resuelto ó tiene en vías de pronta y completa resolución el capitalísimo problema de construir acumuladores de poco peso y escaso coste.

Si la noticia resulta cierta, no podemos menos de anunciar una de las revoluciones más trascendentales y enormes de la Mecánica y, con ella, uno de los más grandes progresos de la Humanidad. Cuando se piensa en la cantidad de esfuerzos, de penalidades y de fatigas que los inventos de Edison han ahorrado á los hombres y en los incalculables beneficios no ya sólo materiales, sino morales, afectivos y hasta de orden artístico que han producido, se reconoce, con el gran Carlyle, que el temple de alma del sabio moderno es el mismo de los antiguos santos: que santa es la hermosa labor de redimir almas y cuerpos de las mil esclavitudes que hoy impone la civilización, como antaño las imponía la barbarie.

Y si no *cara de santo*, como dicen las gitanas, si tiene, á juzgar por su último retrato, *cara de bueno*, de hombre nobilísimo y generoso. Es el de Edison un rostro de bellas y regulares facciones, afinadas por la meditación constante: semblante de sabio y de artista á la vez.

DEL «BERLINER ILLUSTRIRTE ZEITUNG»



Las narices del alférez

El alférez D. Rodrigo de Tordesillas, parado ante la puerta de un mesón cercano á la Puerta de Atocha, tuvo que dar voces para que saliese alguno á tenerle el estribo y le ayudase á desmontar de su flaca mula, harto más helada y acabadiza que el jinete. Como la tarde aquella de Enero era asaz desapacible, los mozos del mesón andaban revueltos en la cocina no osando desamparar la lumbre, en que podía asarse un ternero, según el rojo braserío y el gran abanico de llamas que llenaban de suave resplandor la mejor pieza de la casa.

Venía el alférez ataviado mitad á la soldadesca y mitad á lo estudiantil. De lo primero, traía el sombrero de falda recogida, el coleto sudado y el espadón «con más rejas que un locutorio», y más que nada el aire fanfarrón y de pocos amigos: de lo segundo, un cumplido manteo bien remendado y desteñido; tan feble, que sin bajar el rebozo, con sólo empujar, sacaba la mano por donde quería.

En su maletín de cuero caballar traía unas camisas, dos pañizuelos y un rollo de papeles en que venían apuntados sus servicios.

Mientras acomodaban la mula en la cuadra más abrigada, el alférez tomó puesto en la lumbre, echando una ristra de por vidas y votos, á fin de que cuantos allí estaban le tuviesen por tal soldado y no de los de partes quietas. Con mucha autoridad mandó llamar al mesonero, y al tenerle delante le manifestó que tuviese en mucho su calidad y persona, que fiaba, amén de su buen talle y presencia, cierto maragato, antiguo cliente del mesón, que para tal efecto le encomendaba.

El mesonero dijo que se haría conforme el hidalgo se fuese mereciendo, y tras de esto, puso al alcance de sus manos un jarrillo de vino de Arganda. Con el calor de la llama y el del vino, comenzó á sentir el soldado algo como un molesto hervor en las narices, cosa que le alborotó. Enterado de que venía de tierra de León, díjole el mesonero que esa era señal cierta de su paso por Guadarrama, puerto que tiene más narices á su cargo que soldados tenían Flandes y las Indias; mas que todo vendría á quedarse en unas bubas de resfriado que con la templanza y buena comodidad de la Corte se irían gastando, ya que en larga pretensión no queda nada que no se gaste.

A eso venía el buen Tordesillas, como al punto caló el astuto huésped. A pretender el favor del Conde-Duque, en cata de algún adelanto y mejora en su oficio. Como valedores contaba con su tía Sor Magdalena de la Encarnación, monja trinitaria descalza, y con un paje de bolsa de cierto consejero de Castilla, paisano suyo y mozo bien despabilado. El alférez había estado en Flandes poco tiempo, y sin probar su valor le enviaron á Nápoles y de allí pasó embarcado á Portugal, donde se eternizó en la molicie.

No fué culpa suya, sino de la casualidad, que sin duda á cosas pacíficas le encaminaba: mas desconsolábale no poder descubrir, como hacían otros pretensores, ya el chirlo de á cuarta, ya la mitad de la oreja que le dejó el turco ó le partió el tudesco, ora el brazo cercenado ó la pierna mechada: y como pasados unos cuantos días se le enconara la nariz, semejante á un rábano de Fuencarral, ideó la traza de sacar partido de aquel accidente, y salió por todas partes pregonando que la pestilencia del *Maestrich* y las humedades del Tajo aguantados en servicio del rey, le habían marcado de aquellas honrosísimas señales que pedían á voces recompensa.

No pudo ver á su tía Sor Magdalena, metida en ásperas penitencias, por lo que hubo de escribirle cierto papel bien floreado, á que contestó con otro la citada monja aún más rodeado y sutil, conforme al gusto epistolar de la época.

«El parabién de la llegada de vuesamerced antes lo recibo que lo doy: porque si el bien más es en nosotros que en los demás, no sería en los demás si no es en nosotros. De sus méritos y servicios será bien que atiendan, ya que atender es mérito y servicio de Dios siempre. Mas si no atendieran, será para vuesamerced feliz suceso, que eso tendría más en cargo de Dios, y mayor el premio cuanto menor

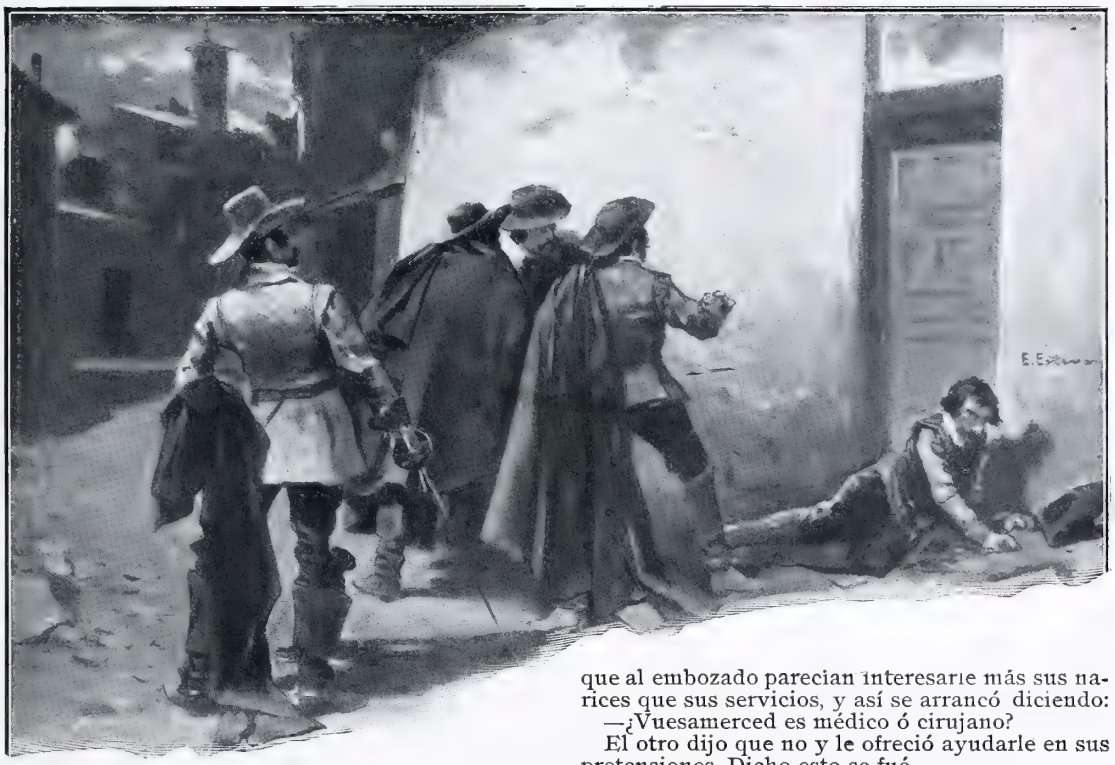
la justicia de los hombres. Así, que alégrese si le estiman y regocíjese si le desprecian; que es mejor aumentar la deuda por aumentar la paga».

Con tan deslabazada despedida tuvo el alférez otro hervor de narices que alarmó al mesonero. Acudió al paje de bolsa, y éste le introdujo en la antesala del valido diciéndole que no faltase á la hora de recibir, que era al clarear el día, y pudiera ser que alguna vez el ministro reparase y le pidiese relación de sus pretensiones. Acudía con su papelorio todas las mañanas, y era ya conocido entre el concurso de pedigüeños. Una vez se le acercó un embozado y por señas le dijo que le siguiera: dióle al alférez un vuelco el corazón y pensó ¡esta es la mía! Metidos en el rincón de un portal preguntóle el embozado, que parecía persona principal, quién era y á qué venía, de lo que dió cuenta muy por menudo.

—¿Y ese alifafe de las narices?

—Esta es la paga de mis servicios. Y contó que cierta noche muy cruda pasada en el Rosellón se le fueron helando, y cuando le llevaron á la fortaleza y *olió* la lumbre, sintió un hervor...

El embozado daba cabezadas afirmando con gran interés, y le rogó le dijese cuáles remedios le habían dado y con cuáles sintió mejoría. Aquella insistencia inquietó á Tordesillas, quien comprendió



que al embozado parecían interesarle más sus narices que sus servicios, y así se arrancó diciendo:

—¿Vuesamerced es médico ó cirujano?

El otro dijo que no y le ofreció ayudarle en sus pretensiones. Dicho esto se fué.

Cierta noche venía el alférez por una calle del barrio de Segovia revolviendo en los sesos industrias para acercarse al valido, cuando al llegar á una encrucijada que se hace á espaldas de San Justo, le entrecogieron cuatro rufianes y espada en mano le acometieron á cintarazos, dejándole pidiendo confesión con lastimeras voces.

Le recogió la ronda y llegó á la posada tan desencuadernado, que hubo que bizmarlo de la cruz á la fecha. Cuando convalecía, recibió de incógnitas manos un bolsillo con ducados que le confortaron, pues ya su bolsa había dado las boqueadas. Por más que indagó, no supo de quién le vino tan oportuna merced. Aconsejado por el huésped, fué á cierta botica del Barquillo á comprar ungüento apropiado á sus alifafes, y no bien entró, alborotóse el boticario y empezó á vocear: «¡Ladrón, tras de quitarme la honra, vienes por mi vida y hacienda!» Salieron dos mozos de mortero, el uno con la maja y el otro con la espátula caliente, le acosaron y aporrearon, y como suele decirse, «á los ojos hermosos se va el humo», las mejores porradas se encaminaron á las narices, punto el más débil y doliente.

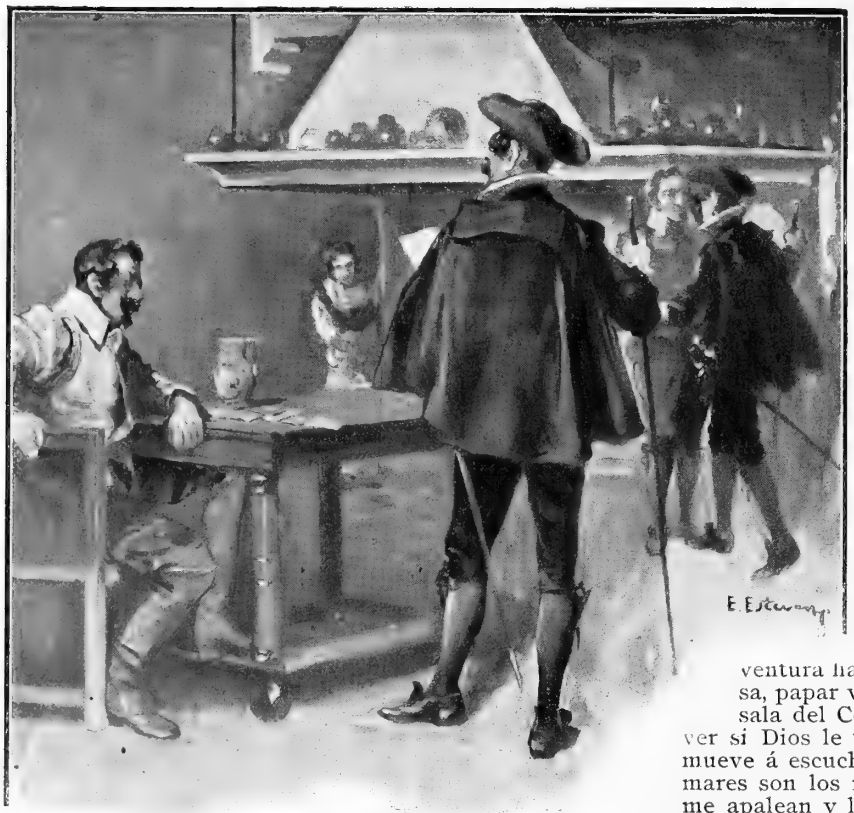
Y como en aquel aprieto el boticario no cesaba de pedirle su honra con poderoso ahínco de ofendido padre, el alférez, sin saber qué hacer ni qué decir, enteramente aturdido, decía:

—Yo no la tengo, señores, ¡que me registren!

Estando en la cama, de aquella *recaída*, recibió otra ayuda de costa. «Del mal el menos, díjole el huésped; muchos conozco que son aporreados y no son favorecidos. Pero ande vuesamerced con ojo, que este debe ser sino suyo, y cuando aquí se declara este sino, acaba uno por encontrarse cosido de una puñalada en los pechos.»

Con esto, no osaba andar de noche por las calles y en cada esquina veía un asesino. Un día recibió una carta de la monja, que le dejó como quien ve visiones:

«De vuestros dares y tomares son tantas cosas las que me cuentan, que me devuelvo los parabienes de vuestra llegada. De hombres es afrontar el peligro y de animales el buscarlo, según el latino, y más como animal que como hombre anda vuesamerced por el mundo. Yo diera lo que á vuesamerced le falta porque tuviera lo que yo no hé menester, y aunque falta me hiciera, daríalo por caridad; que de ese modo vuesamerced andaría más honrado y yo quedaría más satisfecha.»



Consultado el caso con el huésped, opinó que el dinero no podía venir sino de la monja, y á eso se refería el discreteo de «diera y no diera» y lo demás que no se entendía; pero que de todos modos, como aviso había que tenerlo en mucho, porque de lo que no se enteraran las monjas no había corchete que lo sospechara.

—Dos días hace que veo rondar al *Manquillo*, el más fino alguacil que hay en la corte, y siempre que ha rondado ha sacado presa. Andese vuesamerced con tiento y no meta cucharada en guiso que se le atragante.

—¡Qué he de meter, pesia á mi casta! ¿Por ventura hago otra cosa que oir misa, papar viento y acudir á la antesala del Conde-Duque mi señor, á ver si Dios le toca en el corazón y le mueve á escucharme? ¿Qué dares y tomares son los míos, sino que los unos me apalean y los otros me muelen pidiéndome una honra que así conozco como conozco al gran Turco?

El caso es que una noche á punto de oraciones, cuatro alguaciles del Santo Oficio prendieron en la posada al alférez y se lo llevaron, amén de su ropa y papeles. No hay que decir las zozobras é inquietudes del preso, incomunicado en sombrío calabozo.—¿Qué habré hecho yo, Señor, contra la Fe?

Llevado á presencia de los temibles jueces, fué interrogado en la sala inmediata á la *Cámara del tormento*. Nada, que á la fuerza era un delincuentazo. Había escalado las tapias de un convento, forzando la clausura con ánimo pecaminoso. Habían interceptado tres billetes para una religiosa, uno de ellos en verso... Confesó que había escrito á una monja, á su tía, pero nada que trascendiese á profanidad y siempre en prosa culterana; pero de escalos y otras nefandas cosas, estaba tan inocente como cuando nació. En vista de su negativa, hubo *cuestión de tormento*, de la que salió malparado. Siguió la causa y siguió el martirio. Por fin, una noche vió entrar en el calabozo la figura de aquel embozado que le sacó de la antesala del Conde-Duque.

—Soy D. Hernando de Sandoval y Tenorio: como familiar del Santo Oficio, he podido venir á traerle consuelos y esperanzas.

—Falta me hacen, señor.

—Lo primero que le recomiendo es paciencia, y lo segundo el milagroso ungüento que hace una monja de San Plácido, con el que me he curado un hervor de narices igual que el de vuesamerced.

—¡Ya!—exclamó el alférez, viendo tan claro como á la luz del día.—Sin duda fuísteis á buscar el ungüento saltando por las tapias. ¡Malditas tapias, que me han traído aquí!

—Todo se compondrá con una penitencia. Para que le sea más llevadera, le daré la alcaidía de Veracruz con un situado de quinientos ducados y el tercio de las alcabalas. No es mal bocado para un alférez.

—Aun para capitán es demasiado. ¡Gracias, señor!

—Esta coincidencia de resfriados ha sido la causa de vuestros males. Aún yo la tapaba lo que podía: mas vuesamerced la pregonaba haciendo mérito, cuando yo sé que esas bubas son legítimas del Guadarrama y no de Flandes ni del Portugal. En cuantos lances me vi estos días iba dejando la seña cierta de la nariz con romadizo, y á vuesamerced se la cargaban en cuenta. Sufra yo la hazaña y vuesamerced el embuste.

Así quedaron. El alférez fué penitenciado y salió con sambenito y coroza á un *antillo* en Santa María, con harta más vergüenza que temor. Después el D. Hernando de Sandoval revolvió á Roma con Santiago, mudaron nombres, arreglaron papeles, obtuvieron licencias, y dieron á Tordesillas la suspirada plaza.

Al despedirse del mesonero, que se deshacía en lisonjas proponiéndole remedios ciertos para el pertinaz romadizo, el alférez le respondió con la majestad de un empleado en Indias:

—No se canse vuesamerced. Con estas narices gobernaré y me haré famoso. No pienso quitarles su fuero así se hunda el mundo. ¡No son mis servicios, sino estas bubas, las que me hicieron hombre!

José NOGALES

DIBUJOS DE ESTEVAN

UNA TOMADURA DE PELO, POR ROJAS

1.—Es un producto *comágeno* que resulta superior.

2.—Veamos. ¡Entre farmacéuticos hay cada exageración!

3.—Vaya, pues parece ¡cáscaras! que el boticario acertó.

4.—¡Diantre, esto es incomodísimo! ¡Puff! ¡Qué barba más atroz!

5.—¡Yo no puedo más! ¡Santísima Virgen Librada, ¡favor!

6.—¡Con todo esto, ni la acémila puede ya, ni puedo yo!

7.—Mí dar á osté diez mil dollars... —¡Ahí va mi barba, milord!

8.—¡Si hubiese otro inglés estúpido... repetía la función!

CAKE WALK

EL "CAKE WALK,, (PRONÚNCIESE
SI SE QUIERE "KÉIK WOLK,,)
ES INVENCIÓN RIDÍCULA,
MAS CON ESTA INVENCIÓN
POLLOS ELEGANTÍSIMOS
DAN SOLEMNE MENTÍS
Á LA DOCTRINA ERRÓNEA
DEL AMIGO DARWIN.
DE LOS ANTROPOPÍTECOS
NO DESCENDEMOS, NO,
SINO ELLOS DE NOSOTROS.
LO DEMUESTRA EL "KÉIK WOLK,,

W. S. B.

DIBUJO DE MONTESERÍN

FUENTES ENTRE BARRERAS MOMENTOS ANTES DE LA COGIDA
FOT. MUÑOZ DE BAENA

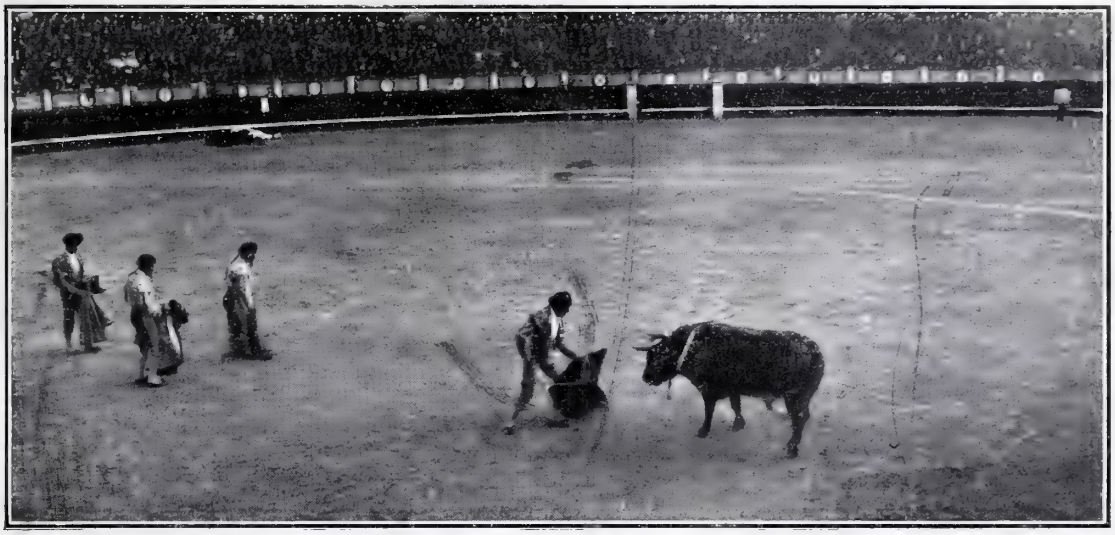
LA COGIDA DE FUENTES

Con desgracia ha comenzado la primera temporada taurina en las plazas de Madrid y de Barcelona. De lo que en esta última ocurrió no sabemos á quién culpar. De la grave cogida que sufrió en Madrid el simpático maestro Antonio Fuentes, se echa la culpa al ganado, que no reunía las condiciones reglamentarias, por lo que, entre grandes protestas del público, fueron retirados ¡caso nunca visto! dos de los toros de D. Víctor Biencinto escogidos para la corrida de inauguración.

En sustitución del quinto, retirado, salió á la plaza un toro de la ganadería portuguesa de Palha, quizás uno de los que tuviera la empresa reservados para los infelices novilleros, que suelen pagar el pato y tener que habérselas con os *pavos* peores. Sin ser excesivamente corpulento, era una res de muchísimo cuidado, de aquéllas que no hay fuerzas humanas para *fijarlas*, y Fuentes cometió el error, que con su cuerpo ha pagado, de querer torearla por derecho y sujetarla con ambos brazos en los medios de la plaza. Llevado el toro á las tablas y entrando de largo con rapidez y con alivios, no le hubiera sido difícil al matador sevillano hacerse con él; pero quiso matarle cara á cara, y la estocada resultó *frascuelina*, pero la cogida también.

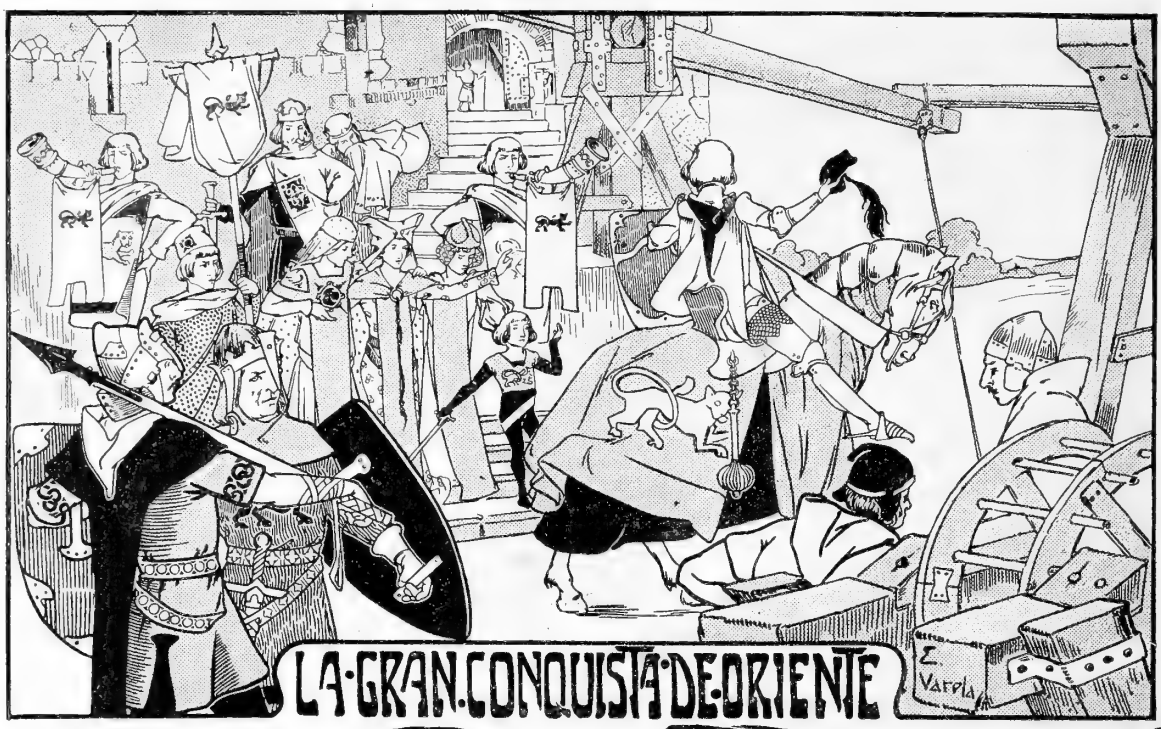
¡Quiera Dios que la cogida no tenga consecuencias más graves!

* * *



EL ÚLTIMO PASE DE FUENTES ANTES DE SER ENGANCHADO FOT. IRIGOYEN

LA COGIDA FOT. L. ALONSO



LA GRAN CONQUISTA DE ORIENTE

Dónde está la dicha? ¿En la gloria ó en la fortuna? ¿En la guerra ó en el amor? ¿Dónde podrá hallarse una frente feliz, sin arrugas ni sombras? ¿Bajo el casco del guerrero? ¿Bajo la corona del rey? ¿Bajo los laureles del poeta? ¿Bajo la capucha del cenobita?... Muchas veces hemos ido tú y yo á la orilla apacible del río, y entre los juncos y espadañas de los remansos has visto una nación inquieta de seres diminutos que nacen y se agitan y mueren en el breve término de un día, gozando de la vida en el seno de las «corrientes aguas, puras, cristalinas...» ¿No reirías si supieras que ambicionaban? Pues igual da vivir una hora ó vivir un siglo. ¡Créeme! Vivamos el presente, sin inquietudes ni ambiciones.

Y escucha este cuento que me contaron en tierras muy lejanas, mientras yo miro la gloria reflejada en las pupilas de tus ojos azules.

I

El príncipe heredero dejaba su patria para ir en busca de la gloria y no llevaba más compañía que la de su corazón, su caballo y sus armas. Todos los ejércitos del rey fueron á despedirle, como sus hermanos y sus maestros. Un rumor de armas agitadas, un llamear de espadas que amenazaban á la tierra y al cielo.

Ni la reina, su madre, ni las hermanitas derramaron lágrimas, porque aquella raza tan dura no se alteraba más que por el júbilo de la victoria. Los hermanos miraban al primogénito con ojos de admiración y envidia y erguían sus cuerpecillos infantiles y llevaban la diestra á sus espadas de juguete como si se sintieran capaces de conquistar cien mundos.

Allá va el príncipe por montes y valles. El sol le marca durante el día su camino, y por la noche las estrellas, con su luz parpadeante y misteriosa, le dictan desde el cielo los destinos que tiene que cumplir para ser grato á los ojos de su patria... ¿Dónde va? me preguntas. Al Oriente, donde nace el Sol; al país del oro, donde los árboles dan frutos nunca gustados en otras tierras y el suelo está veteado de metales preciosos y las olas del mar mueven en la playa perlas en vez de arenas. Para triunfar ha de presentarse solo, cruzar el gran río que circunda el reino, asaltar la gran muralla que le cierra y vencer al mejor caballero, al más valeroso, al más ágil y al más prudente.

¡Mira con qué arrogancia atraviesa el príncipe las fronteras de su patria. No teme á nada ni á nadie, y la bóveda del cielo le parece pequeña para contener la grandeza de su corazón!

II

Eran muy prudentes, muy ladinos los consejeros del país del Sol. Conocían los propósitos y el viaje del príncipe guerrero y no quisieron oponerle campeones ni ejércitos.

Un sabio que no había estudiado en ningún libro y que lo sabía todo, dijo al rey:

—En los ojos de las mujeres están escritas todas las derrotas de los hombres. Manda á la orilla del gran río á la más hermosa de tus hijas. Allí perecerá el aventurero.

Figúrate que te vistieran de ténues sedas orientales, que adornaran tu hermosa cabellera rubia con diadema de oro, tus brazos con ajorcas, tu garganta con hilillos de perlas. Figúrate que tu talle delicado y tu busto de reina estuvieran envueltos en una nube de gasa transparente, tachonada de estrellitas de plata, de brillantes como lágrimas. ¡Cómo lucirían tus ojos! ¡Qué hermosos los arcos de tus cejas! ¡Qué encendidos tus labios! Tu cuello blanco erguido, tu piececito calzado como el de la *Cenicienta* para pisar rasos y flores... Yo mismo no me atrevería á mirarte y tendrías que sonreirme para que yo supiera que eras siempre la misma.

Pues así, tan hermosa, estaba la princesita á la orilla del río esperando al príncipe guerrero enemigo de su patria. Fijos los ojos en la otra orilla, no los apartaba sino para mirar la aguja de finísimo oro que le habían entregado. Al mirarla se estremecía de miedo, porque se la habían dado para atravesarle con ella el corazón.

III

Al cruzar el gran río de aguas silenciosas, sufrió el príncipe la primera pena de su viaje. Su alazán de batalla se hundió en ellas, vencido sin combate. Pensando iba en él, y antes de entrar en el bosque volvía la cabeza para mirar por última vez las aguas silenciosas que le habían sepultado, cuando le pareció oir un lamento, como un eco perdido, de una voz lejana. Entró en el bosque y debajo de un árbol vió á la princesita con las manos cruzadas sobre el pecho en actitud de súplica y los ojos llenos de lágrimas. ¡Cruel é impío tenía que ser el que hiciese llorar á aquellos ojos tan hermosos! Se acercó á consolarla y á preguntarla:

—¿Por qué lloras?

Pero ella no contestó nada, y al verle tan joven y tan lindo, rompió á llorar con más desconsuelo.

—¿Has perdido á tus padres? ¿Tienes miedo? ¿Tienes hambre? Dime por qué lloras y yo te vengaré.

Y como en su tierra fortalecían el corazón del príncipe con el amor de los peligros, los ojos le llameaban al sacar la espada y al blandirla amenazando á seres imaginarios. Entre las lágrimas vió la princesita aquellos ademanes tan gallardos y sonrió con cierta coquetería maliciosa que no les falta ni aun á las niñas de los cuentos azules. Aquella sonrisa le pareció al mancebo un rayo de alegría.

—¿Quién eres?—la preguntó.—¿Cómo te llamas?

—Soy hija del rey.

—¿Y á quién esperas?

—A ti. Me ha enviado el rey, mi padre, á la frontera de su reino para avisarle cuando tú llegaras.

Todo lo había olvidado; las palabras del rey y las lecciones de los sabios. Su corazón estaba confundido por una emoción extraña. Tenía miedo, y al mismo tiempo sentía valor bastante para no acordarse de la aguja de oro.

—Me esperabas á mí... ¿Pero sabes quién soy?

—El príncipe que quiere conquistar nuestras tierras.

—¿Y me esperas? ¿Por qué?

Entonces la niña volvió á llorar amargamente. No había sufrido nunca la herida de un dolor verdadero, y sus lágrimas brotaban á borbotones. ¡Qué hermosa estaba entonces! Tendía las manos hácia el príncipe como pidiéndole perdón, y fuera su pecho de bronce si no se conmoviese al verla.

Hincó el mancebo las rodillas en tierra como si él fuera el culpable y la besó la mano lleno de confusión. Ella, sin mirarle, salió del bosque, desprendió sus cabellos y enseñó un objeto que relucía á los rayos del sol. Era la aguja de oro. Con toda su fuerza la lanzó en el agua del río. Luego volvió hacia el príncipe, y al mirarle, su sonrisa la iluminaba con una aureola gloriosa.

IV

Mucho tiempo esperaron los reyes guerreros noticia de su príncipe. Mucho tiempo aguardaron en el país del Sol á la princesita más linda. La reina, su madre, lloraba la libertad de la patria, conseguida con tal dolor y con tal precio. Entretanto *ellos* vivían en la apartada soledad de los bosques, lejos del mundo, á solas con su idilio. ¿Para qué la guerra, la victoria, el fausto y la pompa cortesana?

Y un día, sus hermanos, los más pequeños, que ya ceñían espada, fueron á buscarle en su refugio y le increparon, llenos de ira, por su debilidad, por la deshonra de su nombre. Sonaban las imprecaciones como llamadas de un clarín de guerra y el bosque se conmovía como si pasaran ráfagas de tormenta.

No contestó más que estas dos palabras:

—Soy feliz.

Y sonreía al decirlas... Y los hermanos tuvieron que volverse á su patria para no matar al príncipe heredero, que indudablemente había perdido la razón.

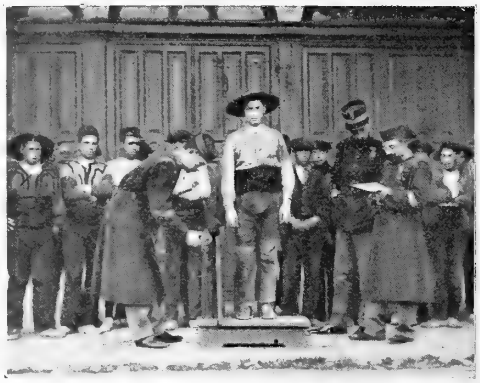
*
* *

Y ahora que me has oído, ¿dónde está la dicha? ¿Verdad que es preferible conquistar la felicidad á conquistar la tierra? Tus labios de mujer, y de mujer amada, no pueden contestar otra cosa.

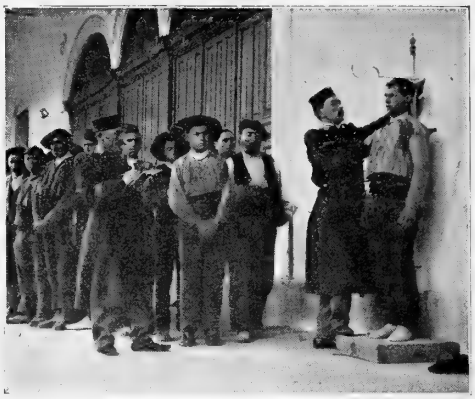
LUIS BELLO

DIBUJOS DE VARELA

EL INGRESO EN FILAS

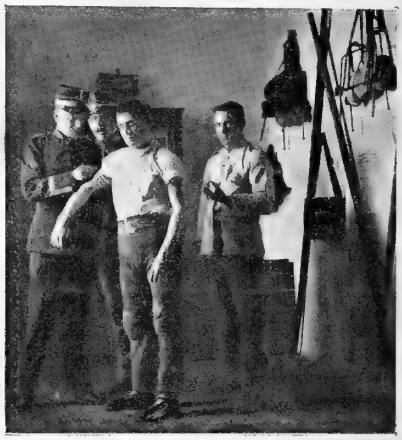


1. Lo primero es pesar al recluta, dato importantísimo para su historial.



2. Después se le talla, porque ¿cómo es posible que un regimiento marche sin eso?

3. Luego se le afeita y se le corta el pelo, para que no se lo tomen con tanta facilidad.



4. Una vez pelón, se procede á vacunarle de la propia ternera, ó de un colega.

5. La alineación perfecta es el primer paso para la victoria futura.

6. Y en aprendiendo á saludar de una manera algo airosa, ya está un hombre listo.

FOT. J. COUSILLAS

AÑO TRECE Y NUMERO 625 MADRID DIA 25 DE ABRIL DE 1903

BLANCO Y NEGRO

GARBO

I

Fué la historia perdurable y nueva siempre: el primer amor que nace á su hora divina, como nacen en Abril los tiernos brotes, á los mismos besos del sol, al propio fermentar de la savia generosa.

Carlos Garcés conoció á Mercedes Alda en un puerto del Norte; ella estaba allí con una familia amiga, y en la fácil y ancha vida veraniega sobraron á los dos ocasiones para verse, hablarse y decirse, al fin—en todos los tonos dulces de esa música que en cada alma tiene sonidos distintos,—que se amaban.

De vuelta á Madrid, empezaron las dificultades para verse y escribirse. Mercedes no quería que su familia—los tíos con quienes vivía, porque era huérfana—supieran nada aún de aquellos amores. Carlos no había logrado la posición codiciada; importaba preparar convenientemente el terreno. Ya vendría la ocasión. Entretanto, se veían á salto de mata; por las tardes, en casa de los complacientes compañeros de veraneo; por las mañanas, cuando Mercedes salía con la doncella á tiendas ó á misa.

Viéndolos juntos, dudábase si aquel poema estaba solo en el alma de Carlos. No era éste ya un niño, se acercaba á los treinta; no podía ser novicio en noviazgos ni aun en galanteos y aventuras; pero ¿amor?... Aquél era el primero en su vida. Y el amor—¡cómo le conocieron los que le fingían con venda!—pone ante los ojos cendales maravillosos á través de los cuales el amado es cuanto sueña el amador. Así, Mercedes la madrileñita, nerviosa, morena, traviesa, con dejos chulescos, sangre inflamable, gracia burlona y coquetería maestra, era para Carlos la virgen murillesca, infantil y candorosa, nítida é inmaculada como el primer albor del día.

El amor de Carlos era el amor verdadero, hecho de timidez vergonzosa y de ternura extática como la del creyente que ve la aparición divina desprenderse de los abiertos cielos, flotar por los espacios cerúleos y venir sonriente á él andando sobre la luz. Así cuando á veces una carcajada burlona ó un desplante flamenco de Mercedes chocaban de frente con el arrobo paradisiaco de Carlos, éste sentía en el alma ruda sacudida, fuerte conato á despertar de su ensueño; pero el ensueño triunfaba y Mercedes seguía sonriendo dentro de su halo de luz supramundana.

II

Un día, en casa de los amigos protectores hablóse de caballos de hermosa estampa y de jinetes hábiles y gallardos, y Mercedes se enardeció de suerte en el elogio del bello y nobilísimo arte de la equitación, que Carlos, que montaba como un picador sevillano, resolvió comprarse un corcel fogoso en que lucir ante su novia toda su gentileza.

En España, pensar en caballo hermoso es pensar en caballo andaluz. Posee mi tierra andaluza, quizás por don nativo, acaso por atavismo oriental, la intuición de la estética dinámica, la belleza en movimiento, que alcanza expresión insuperable en la bailadora de *seguidillas*; en las mortales gallardías del torero, que vestido de seda y oro afronta á la brava res, sin más defensa y sin más armas que el rojo trapo y el estoque desnudo; y en el caballo castizo, que hace reales las hipérboles de nuestros poetas, que tantas veces le pintaron resoplando fuego, nevando espumas, *bordando los campos*, ó arrancando estrellas con el ferrado callo. *Garbo*, la jaca andaluza que compró Garcés para deslumbrar á Mercedes, era el arquetipo de la raza, la *jaca torda* del *Don Alvaro*, en toda su legendaria perfección: nervios de acero, pelaje de nácares y plata, movimientos de cadenciosa armonía, curvas y escorzos de escultórica belleza. Ni en sueños hubiese hallado Carlos montura más conforme á su ideal de caballeresco jinete que rinde á su gentil señora el culto de su viril arrojo y hermosura, festejándola con el arriesgado alarde de su destreza y gallardía. Con razón afirmaba el picador andaluz que con chalaneos gitanescos

se la vendió á Garcés, que *Garbo* era *mu zeñora* marchando, y que sus cuatros remos *jerraitos* de nuevo parecían cuatro *martillitos e plata* repicando á gloria en los pedernales de la calle, porque el animal parecía poseer la intuición y aun el orgullo de su hermosura de líneas, gozándose en realzarla con la gracia, soltura, arrogancia y dignidad de sus movimientos, que parecían música sin sonidos, armonía visible.

Y luego... ¡qué sensibilidad, qué finura de instinto, qué obediencia inteligente, casi adivinatoria, al pulso del jinete, á las riendas, á la más leve presión de las piernas del caballero, que jamás necesitaba ofender con la espuela la piel impecable de *Garbo!* Cada estremecimiento de aquel sutil organismo, corría en rieles de plata por el luciente pelaje sedoso, que parecía limpio espejo de las impresiones del noble animal.

—¡Da gloria montarla—decía el picador.—En cuanto le siente á uno en la silla, ya va pensando con uno.—En efecto, *Garbo* y su jinete parecían realizar la bella fábula griega del Centauro.

III

Moríase Carlos por lucir su jaca á Mercedes; así, cuando tras breves ensayos y ejercicios de equitación hallóse dueño de *Garbo*, cuando adquirió el pleno señorío del generoso animal, que parecía, no obedecerle, adivinarle, hecho ya una pieza y como un sér con su montura de ensueño y de leyenda, echó á rodar reparos y prohibiciones y guió resuelto hacia la casa de Mercedes.

Diríase que *Garbo* adivinaba á su dueño y trotaba ligera, satisfecha, orgullosa como delante de su pensamiento, como si conociese el camino ó presintiera su término y objeto; pero sin apresurar el compasado trote, respondiendo fielmente al ritmo que la rienda le marcaba. Iba como su dueño quería, muy sentada, muy digna, *muy señora*, como quien caminando hacia la dicha, retardase la llegada para saborear más largamente el deseo.—Así, así—murmuraba Garcés, acariciando el cuello nervioso y enarcado de la jaca andaluza,—así te quiero, *Garbo;* así entraremos por su calle, despacito, marcando bien el trote para que en el silencio resuenen largamente tus pisadas sonoras y Mercedes se asome y se sorprenda.

Pero... ¡cosa inexplicable! Al embocar en la calle apartada en que Mercedes vivía, *Garbo* alzó la fina cabeza, sacudió la plata fluída de sus crines, lanzó un relincho belicoso, resonante, metálico, resopló fuerte, alzó las patas delanteras y comenzó á gallardearse, á encabritarse, á saltar locamente, perdido todo respeto á la rienda y al jinete. Y como Garcés no quería dejarse llevar del ímpetu ciego del animal, rota la armonía entre él y su montura, falto el uno de aplomo y gallardía, falta la otra de dirección y dominio inteligente, iban como arrastrados por el viento, en lucha desigual, encorvado el jinete, encabritada la jaca, furioso el caballero, rebelde la bestia y como poseída de un vértigo de fiera alegría salvaje. Ni á la blanda caricia de la mano en el cuello, ni á la dura refrenada, ni al bárbaro espolazo en el redondo vientre, á nada respondía *Garbo*, y así recorrieron una y otra vez la calle, furioso Garcés, desmandada y como frenética su cabalgadura. Al fin, como por inexplicable impulso ó por extraña querencia, la jaca se plantó en seco ante la casa en que vivía Mercedes, y un chicuelo que desde la acera habíase estado mirando con grande atención aquellos hípicos escarceos, adelantóse resuelto, y, como orgulloso de lucir su amistad con el hermoso animal, díjole familiarmente, mientras halagaba con las palmas su cuello:—¡Hola, *Garbo*, tú siempre tan loca y tan maja!—y alzando la cabeza al jinete preguntóle con llaneza:—¿Quiere el señorito que le tenga la rienda, si desmonta?

Sorprendido Garcés con aquella inesperada intervención, preguntó al niño:

—¿Quién eres tú?

—El hijo de la portera *del seis* (la casa en que vivía Mercedes).

—¿Y cómo sabes el nombre de esta jaca?

—Pues porque la conozco mucho.

—¿La conoces?... ¿Y de qué?

—¿De qué?...¡Anda!... ¡Pues si todos los días venía aquí, más de dos veces, con el *tiniente* de húsares!

—¿Y quién es ese teniente?

—El novio de la señorita del segundo... ¡que tiene más paseá esta calle!

—El... novio... ¿de qué señorita?

—Pues de la señorita Mercedes... ¡una más guapa!

—¿Y dices que venía?... Anda, cuéntame eso, añadió Garcés con forzada sonrisa, alargando unas monedas al chicuelo, cuyos ojos chispearon.

—¡Pus, que si venía!... ¡Con que se pasaba aquí

media vida! ¡Como que dice mi madre que estaba *amelonao!* Ná, llegar, largarme la rienda y coger las escaleras con un repiqueteo de botas y espuelas que avisaba á los vecinos; y él arriba las horas y las horas; y yo aquí con *Garbo* en *comensación* como dos amigos... ¿Verdá, tunanta?—encarándose con la jaca y acariciándola.—¡Miála usted cómo me quiere; si esto vale más que una persona!

Carlos había sentido una punta fría hincársele en el corazón, pero aún quiso dominarse, saber más.

—¿Y hace mucho que no viene el teniente?

—Toma, *antiyer* vino *por últimas*. A la cuenta... como que era un *perdis*—dijo el pilluelo guiñando maliciosamente los ojillos,—se jugó hasta la jaca: —¿Es usted el que se la ha ganao?

Carlos no respondió; una polvareda de chispas de colores comenzó á girar ante sus ojos; la cabeza le daba vueltas, el cielo se obscurecía; de la raíz de sus cabellos brotaban gotitas heladas y de su mano se escapaban las riendas. El chico, interpretando á su favor aquel silencio, creyó que su pagada charla podía ser aún más productiva, y prosiguió con desenfado, dirigiéndose más á la jaca que al jinete:

—¡Qué bien enseñá la tenía aquel *punto* de señorito! Lo mismo era asomar por la esquina, que el animal se deshacía braceando y caracoleando mejor que los del circo ¡troncho! y en cuanto sonaba la persiana, ¡eche usté floreo fino! Como que la señorita Mercedes estaba loquita por el *tiniente* y *paecia* que quería echarse del balcón á la calle.

Carlos, como si se despertase de un sueño, asió con ira la rienda, enarboló ciego la fusta... poco faltó para que cruzase con ella la cara al entrometido; pero rehaciéndose, clavó espuelas á *Garbo*, que de una fiera arrancada estuvo á punto de tirarle, y se plantó en medio de la calle, á tiempo que arriba rechinaban las bisagras de una persiana abierta con cautela. Oir la jaca aquel chirriar de hierro herrumbroso y entregarse como tomada de un delirio al más frenético alarde de gracia, agilidad y alegría, fué todo uno. Jamás corcel andaluz expresó con los acordes movimientos de su gallardo cuerpo tanta belleza y arrogancia; era aquello como una sinfonía de líneas y actitudes, gracia en acción, hermosura dinámica, expresión animada del poema de amores sentido por la naturaleza toda, cantado por los ruiseñores, arrullado por las tórtolas, rugido por las fieras en brama, que el noble caballo, compañero del hombre, describía y traducía con sus gentiles movimientos, como haciéndose un sér con el jinete enamorado que lo montaba á los pies de la mujer querida. Sin el furor de celos que poseía á Carlos, aquel homenaje rendido á su novia por el noble animal, hubiera sido el colmo de su goce; pero cuando en su alma rugía una tormenta de celos y desesperación, ¡qué sarcasmo aquel alarde de la jaca enseñada por *el otro* á festejar á Mercedes!

Parecíale á Carlos que no era *Garbo*, sino el amor de su rival el que triunfante y orgulloso le arrastraba, á despecho suyo, á recoger las burlas con que Mercedes celebraría el desairado papel de novio burlado y escarnecido que estaba él haciendo bajo sus balcones, luciendo contra su voluntad las gracias del caballo adiestrado por el amante preferido, y hubiese dado la mitad de su vida por refrenar los escarceos del fogoso animal. Y era lo peor que cuanto más se empeñaba en refrenarlos moviéndose á contratiempo de la jaca, tanto más aplomo y seguridad perdía; y con la conciencia de su desgarbo y deslucimiento aumentaban su rabia y el ridículo de su situación, más desesperada cuanto más cómica aparecía; porque, para mayor escarnio, tenía público: al chico de la portera juntáronse varios cocheros, criados y galopines de la vecindad; por los balcones asomaban figuras femeninas, y el pobre mozo, objeto del agresivo fisgoneo, oía risas burlonas, sentía la mofa callejera escupirle su vil saliva al rostro, abrasado por la ira y los celos; y hasta hubo un momento en que creyó oir risas comprimidas en el balcón de Mercedes. Entonces Carlos vió rojo, una nube de sangre y fuego se extendió ante su vista, zumbaron sus oídos, latieron con loca pulsación sus sienes... y con el ciego impulso que lanza á los hombres á la muerte ó al crimen, tiró brutalmente de las riendas á *Garbo* hasta desgarrarle la boca, hincóle furioso las espuelas hasta hacer salpicar su sangre, y la jaca frenética, enloquecida, saltó con salvaje ímpetu, partió desbocada y arrojó con bárbaro bote al jinete, que, al caer, se deshizo el cráneo contra las piedras de la calle.

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ

¡UNA IDEA!

Iba yo en la plataforma
de un tranvía (en la de atrás)
por la cuesta más pendiente
de la calle de Alcalá,
cuando paramos en seco,
y al volver á echar á andar
sufrió el coche en la arrancada
sacudida tan brutal,
que todos los que allí estábamos
hubimos de vacilar,
yendo á chocar mis narices
contra las de un capellán
que se agarró á una señora...
En fin, para terminar,
con el violento vaivén
«perdimos la gravedad».
Más tarde, y en el tranvía
de la calle de Ferraz,
iba yo en la plataforma
de delante muy formal
(por lo menos dando pruebas
de «plataformalidad»),
cuando una viajera hermosa
«de á pie» me empezó á lanzar
(aunque en balde) unas miradas
llenas de amoroso afán,
que hicieron que sin quererlo
«perdiera mi gravedad».
Visto lo visto, señores,
me atrevo á manifestar
esta idea que no deja
de ser algo original:
«¿Por qué no se hace que lleve
(siquiera por caridad)
cada plataforma de esas
uno, dos ó tres ó más
pobres enfermos de los
que en estado grave están,
puesto que es un sitio en donde
«se pierde la gravedad?»

Juan Pérez Zúñiga

ASTILLERO AL AIRE LIBRE EN EL ARENAL DE VIGO

POR S. DE AVENDAÑO

LA FOSA COMÚN

El entierro iba lentamente calle abajo hacia el convento de las Trinitarias Descalzas. No lo seguían ni aparato oficial, ni pompa eclesiástica, ni más cortejo sino el de pocos amigos y algunos hermanos de la Orden Tercera y congregantes del Olivar y del Caballero de Gracia.

La villa de Madrid abandonó al muerto. Desde el Rey abajo, toda aquella corte frailuna y todo aquel pueblo devoto asistían en aquella misma hora á la traslación de la imagen de Atocha desde Santa María á Santo Domingo el Real, en rogativa para implorar del cielo que rociara con su lluvia los sedientos campos de Castilla.

El ataúd entró en la iglesia y fué posado en el suelo por los hermanos Terceros que lo llevaban en hombros. Solamente lloraron de verdad unos ojos juveniles, pegados á la celosía del coro para mirar por última vez á quien los engendrara.

Rezáronse los oficios de rúbrica, y bajo una de las losas del pavimento recibió sepultura aquel cuerpo que llevaba descubierta la cara, tendidos los brazos, asida la mano derecha á una cruz y tapada la frente con la capucha del hábito gris de San Francisco que lo amortajaba.

Allí quedó no lejos de una modesta monja, única vecina entonces de su enterramiento: después en la compañía de los seres amados de su corazón; más tarde ¿quién sabe en qué compañía? Entre fieles desconocidos que la piedad sepultaba en las iglesias. Acaso junto á algún alguacil de los que le persiguieron en vida, ó algún clérigo de misa y olla de los que no le entendieron jamás, ó algún presuntuoso covachuelista de los que le desdeñaron en el mundo por la humilde categoría de los empleos que el difunto ejerció con más vilipendio que remuneración. Esqueletos todavía tiesos de vanidad, que tal vez se apartaron con asco para no codearse con aquel pobrete que les cayó en la inevitable vecindad del osario.

¿Quién era el nuevo huésped de la eternidad? Un soldado inválido, un alcabalero, un comisionado de apremio, que, apremiado á su vez por el hambre, había compuesto algunos libros de esos que con riqueza sobrada para hacer muchas estatuas de bronce al muerto, no la tuvieron para hacer unas pocas monedas con que remediar al vivo.

Y allí se quedó obscuro y olvidado, en huesa siempre ignorada, sin sufragio ni memorias de aquella corte dividida en dos camarillas: una, para acompañar en sus devociones al rey piadoso, y otra, para acompañar en sus divertimientos al príncipe alegre: ambas ocupadas en la inhumana intriga de un hijo conspirador contra el gobierno de su padre.

Entretanto el duque de Lerma se preparaba grandioso mausoleo en San Pablo de Valladolid. Entretanto al duque de Uceda le esperaba suntuoso sepulcro en el Sacramento de Madrid. Entretanto al conde y después duque de Olivares le aguardaba magnífico panteón en Loeches.

¡Ah! pero detrás de aquellas comitivas vistosas, detrás de aquellas exequias solemnes, debajo de aquellos sarcófagos monumentales, se enterraron todo el hombre, toda la vida y toda la obra de los tres magnates que, juzgando por el encumbramiento, grandeza y ruido con que existieron, parecían destinados á gloria imperecedera y á segura resurrección en el recuerdo de las gentes.

Nada de ellos quedó sobre la tierra. Y vivieran en el misericordioso olvido de la muerte total si alguna vez, para abominar de sus nombres y de sus hechos, no les removieran los huesos las implacables profanaciones de la historia.

En cambio, aquel despreciado Miguel de Cervantes á quien sus coetáneos quitaron hasta el *Don*, sobrevive entre las más excelsas majestades del mundo.

Su cabeza, fuerte para levantar la losa sepulcral, se ha escapado del monstruo insaciable cuyas bocas, una vez cerradas, no se abren jamás para devolver lo que engulleron.

Unico desquite que el genio toma de los orgullos vanos que lo menosprecian en el mundo. Venganza triste, porque el vengado no la saborea; justicia ya ineficaz, porque es como indulto llegado después del agarrotamiento: pero justicia entera, irrevocable y ejemplar, porque aunque no da vida al muerto, da esperanza á los vivos.

Ved esas grandes vanidades de la tierra: esas hidropesías de la popularidad momentánea. El acaso de la fortuna hincha sus cuerpos faltos de nervios y de músculos. Se llaman por los nombres más sonoros: emperadores, reyes, dignidades del Estado, del poder, del oro, del linaje, de la milicia. Viven obedecidos, acatados, temidos, adulados. Pasan por las alturas del horizonte social iluminándolo todo, deslumbrando á los que los miran, calentando á los que se cobijan bajo su altanera protección. El vulgo cree ver en ellos soles que nunca se hundirán definitivamente, que desaparecerán por su ocaso para reaparecer al otro día por oriente.

Mueren. Por allí va su entierro. Plazas y balcones se llenan de curiosos: los ojos de la muchedumbre no van á llorar sino á ver. El larguísimo cortejo ocupa muchas calles. Los cientos de coronas tapan la muerte como un bosque de laureles tapa los gusanos de la tierra. Uniformes, entorchados, bandas multicolores ofuscan la vista. La fila de carruajes no se acaba. Las campanas doblan, las músicas llenan el aire con marchas fúnebres, los cañones retumban como trompeta del juicio final que anuncia ya anticipadamente la resurrección.

Y el cadáver queda alojado en el ancho hueco de cripta abovedada ó en labrado sepulcro de templo monumental.

La tierra, que á todos nos recoge con el último abrazo, no cubre á aquel hijo desdeñoso que queda, no debajo, sino encima de ella, como si siguiera poseyéndola y dominándola desde un trono de mármol.

Pero ¡ay! aquello será también fosa general. Aquel sarcófago esculpido, aquel panteón apartado de la casa de vecindad de la muerte, no es más que fosa común.

La humanidad, que hace sus entierros por millones de seres, tiene su fosa común donde tira también á los grandes muertos, pese á los mausoleos falsos y á las glorificaciones artificiales que les dedicaron la adulación, la ceguedad ó el interés de los contemporáneos.

Cómese la podredumbre del tiempo las pompas y vestiduras que diferenciaban á los poderosos de los desvalidos, pulveriza sus huesos, pasa el rasero igualador sobre las cenizas, y cada siglo hace luego la monda en su gran cementerio, echando al hoyo común del olvido los nombres que no tenían derecho cabal á sepultura privilegiada.

Sin ir muy atrás ni muy lejos, ¿quién recuerda ya los millares de nombres que parecieron excelsos é inmortales á la España de los siglos XVIII y XIX?

Altos dignatarios civiles, militares, eclesiásticos de entonces, ¿dónde están?

Sin duda su descendencia los adivina todavía detrás de los soberbios epitafios de sus panteones. Pero las sepulturas valían más que los sepultados y los escupieron afuera. La memoria popular los ha echado á la fosa común del olvido, confundiéndolos con el vulgo de los enterrados sin epitafio. A esta distancia todos son igualmente invisibles.

Y mírese ahora al soldado inválido, al alcabalero, al comisionado de apremio redimido en Argel de limosna, y de limosna enterrado por la Orden Trinitaria.

Hasta sus huesos se han perdido en el osario de los anónimos. Y sin embargo, desde donde quiera que estén resplandecen vivamente con el fósforo del cerebro que los coronó, y á través de la maciza losa ó las espesas capas de tierra iluminan con luz de gloria el universo, y tienen mausoleo único levantado en el corazón de España.

¡Cuántas veces, y salvando la proporción, estamos viendo repetido el caso de Cervantes!

Muere un figurón del día. Tuvo mandos y honores elevados. Repartió empleos y mercedes. Dispuso de la patria, de la fortuna pública, de la vida de los hombres. Cuatro líneas de los periódicos son su epitafio á pesar del ruido oficial con que se rodea su entierro y cae en la sepultura todo entero: cuerpo y nombre, hechos y memoria. Nadie se acuerda de él al segundo aniversario. ¡Fosa, fosa común!

Mírese por otra parte á ese que fué cultivador afanado de la ciencia, de las letras ó de las artes. Vivió modestamente, cuando no pobremente, quizá mirado de alto abajo por el figurón muerto ayer, tal vez pidiéndole inútilmente protección, acaso sirviendo á sus órdenes en oficio subalterno.

Muere, y parece que nace: es la resurrección del espíritu en el entierro de la carne.

No le acompañan uniformes bordados, ni honores militares: la losa de su tumba no se cierra al estampido del cañón.

Pero de ella, con murmullo tranquilo fluirá perenne la fama de sus obras para correr hasta lugares y tiempos lejanos, como fluye un río de entre el hueco de las peñas.

Y de aquella monda que cada siglo hace en su cementerio, sólo se conservan en sepultura personal los hombres que tuvieron cabeza privilegiada.

Hay cráneos que no caben en la fosa: que no se sepultan, sino se siembran, y, como simiente de fortísimo roble, revientan y rompen hacia arriba, aunque los desdenes, las vanidades y las injusticias de los hombres apisonen cien días la tierra que cae sobre ellos.

EUGENIO SELLÉS

DIBUJOS DE ESTEVAN

ROMANCE DE PRIMAVERA

En el jardín silencioso
y entre las hojas que cantan,
la doncella sin amores
sonríe á sus esperanzas,
que revolotean y huyen
cual las mariposas blancas
que fugitivos instantes
entre las flores se paran,
dejando sobre los pétalos
el polvillo de sus alas.
Un pedestal olvidado
que el Tiempo, en sus asechanzas
destructoras y crueles,
dejó huérfano de estatua
(porque el tiempo no respeta
lo que en el aire se alza
mas lo que en el duro suelo
sólidas raíces clava),
ofrece á la niña sitio
donde reposen sus ansias.
Nunca á más bella columna
sirvió el pedestal de basa,
nunca fué sostén el mármol
de escultura más gallarda;
el codo sobre la diestra
y en la siniestra la barba,
dejando errar por el rostro
una sonrisa dorada,
la sonrisa de los veinte,
que es la más dulce y simpática,
pues siendo la que enamora,
no es la sonrisa que mata,
mirando al espacio, espera
la candorosa muchacha,
mientras se quiebra en el aire
la multicolora gama
de las luces diamantinas
que el sol á la tierra lanza,
mientras se llena la atmósfera
de misteriosas fragancias,
desconocidos alientos
de mil flores ignoradas
que ocultas entre las hierbas
su polen fecundo exhalan,
y mientras en leves ondas
vienen músicas extrañas,
nunca cídas melopeas
de aves nunca divisadas,
de pájaros que entre sueños
adormecen cuerpo y alma.
Y en tanto que á los sentidos
sol, aves y flores hablan
y el corazón brinca inquieto,
y la sangre bulle, brava,
pues luz, música y aromas
la encienden y la emborrachan,
el corazón de la niña
llenan insólitas ansias,
desconocidas angustias,
congojas inesperadas
y calores que dan frío
y escalofríos que abrasan,
que aun la humedad de la tierra
viene de fuego cargada
y forma un ambiente de horno
el hálito de las plantas.
Sus chorros los surtidores
partiendo los aires lanzan
y entonan canción vibrante
al caer sobre las tazas
espantando, con la espuma
que arrojan pulverizada,
los amarillos enjambres
de las avispas erráticas,
cuyos zumbidos repiten
los ecos por las mañanas,
cual repiten por las tardes
los cantos de las calandrias
y remedan por las noches
del ruiseñor las trinadas...
La Primavera es, que ríe,
la Primavera que canta,
que habla de amores y dichas
á las juveniles almas,
y explica nuevos conceptos
y enseña nuevas palabras
y pinta colores gayos
y entona nuevas sonatas
é inventa extraños perfumes
y de crear no se cansa,
y en jardines silenciosos,
entre las hojas velada,
á las niñas sin amores
les busca dulce compañía
la Primavera que ríe,
la Primavera que canta.

F. M. L.

DIBUJO DE MUÑOZ LUCENA

EL FRONTÓN DE LA BIBLIOTECA

Se ha dicho por ahí que España es el país de los viceversas. La frase es inexacta: España es el país de los andamios. Con lo que aquí gastamos en andamios, en otros países se hacen ciudades enteras.

La humanidad que, según cierto filósofo barato, marcha por el camino de la Historia de estupefacción en estupefacción, había contemplado pocas veces más ingente montón de madera que el colocado en el imafronte de la Biblioteca Nacional, con objeto de sustituir el apolillado frontón palomar y las deleznables figuras de yeso que adornaban sus vértices, por otro frontón y otras estatuas de mármol de Carrara.

Después de contemplar un rato el inconmensurable andamio armado para tal fin, el espectador se daba cuenta de la grandísima razón que asiste á los buenos patricios cuando se lamentan de la decadencia forestal de nuestra desdichada patria.

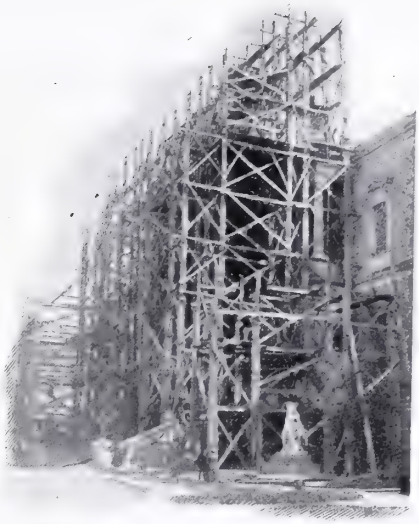
En efecto, bosques enteros debieron de quedar despoblados y mondos para formar tan complicado é inextricable armatoste.

Nuestro fotógrafo, gracias á *la circunstancia* de ser hombre de pocas carnes, pudo realizar la hazaña de meterse por entre los andamios y ver cómo se elevaban al tejado de la Biblioteca el *Genio* y el *Estudio*, con no menos trabajo y en poco menos tiempo que tardan en elevarse las entidades que aquellas estatuas simbolizan.

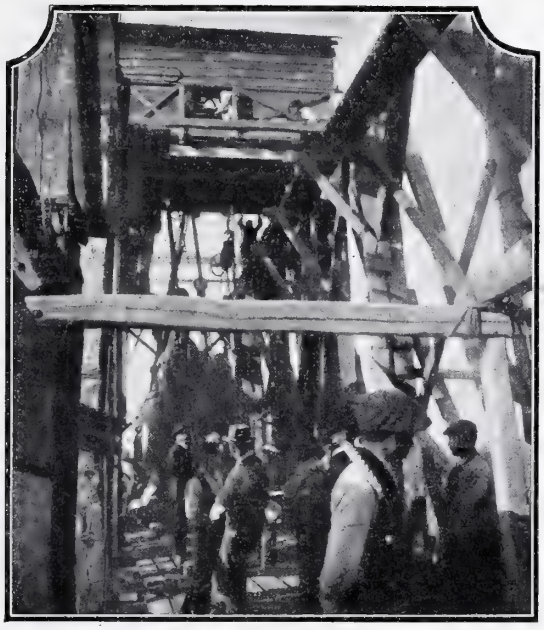
Al fin ya están arriba: pero el andamio no ha podido ser descolgado á tiempo, y los extranjeros ilustres que nos visitan estos días se han convencido de que están en un país provisional, como decía el inolvidable D. Manolo Fernández y González; en un país donde son muchos los andamios y pocos los edificios, abundante la madera y escaso el mármol; en un país donde todo se vuelve preparativos para algo que no se sabe cuándo se realizará.

En fin, menos mal que por esta vez hemos quitado los palitroques, aunque no á tiempo de que no los viesen los forasteros.

FOT. L. ALONSO



EL ANDAMIO DE LA BIBLIOTECA (VISTA EXTERIOR)



INTERIOR DEL ANDAMIO

ESPAÑA Y SU LEÓN EN LA GRÚA

VISTA DEL FRONTÓN POR DENTRO DEL ANDAMIO

LA SEMANA PASADA

EL MITIN DE JEREZ DE LA FRONTERA. EL SR. GASSET Y SUS ACOMPAÑANTES AL SALIR DEL TEATRO
FOT. D. GONZÁLEZ

Las cosas han llegado ya á un extremo tal, que en Jerez, ¡en el propio Jerez de la Frontera! se celebró días pasados un *meeting* ó mitin, como decimos ahora, en demanda de agua.

Cuando en Jerez piden agua, claro está que la cosa no tiene remedio en todo lo demás de la Península; y no hablemos de las islas adyacentes, porque también corremos peligro de que se nos queden pronto en seco y ya no sean islas ni nada.

Sin ir más allá, en la pacífica y moruna Córdoba, donde toda calma y todo sosiego tienen su natural habitación, también se han excitado los ánimos de la clase trabajadora, á quien la pertinaz sequía

MANIFESTACIÓN OBRERA EN CÓRDOBA. UN ORADOR AL AIRE LIBRE FOT. T. MOLINA

LA VIRGEN DE LA MONTAÑA SACADA EN ROGATIVA EN CÁCERES

FOT. H. JIMENEZ

quita el pan de la boca. Como no hay nada más elocuente que el hambre, no han tardado en surgir espontáneos oradores con chaqueta corta y pavero, quienes han arengado á la menesterosa multitud, sin que por fortuna todo ello haya revestido más graves caracteres.

Otras ciudades de España, desconfiando de los recursos humanos, han invocado la protección divina: tal ha sucedido en Cáceres, donde el devoto vecindario sacó en rogativa *ad petendam pluvium* á la venerable patrona de la ciudad, Nuestra Señora de la Montaña, según puede verse en nuestra fotografía.

Al agarrarnos al agua como único recurso heroico y medio extremo de salvarnos, venimos á hacer lo que el borracho famoso, que después de confesarse y recibir la Extremaunción, pidió que le llevasen un vaso de agua para reconciliarse con todos sus enemigos.

De igual manera nosotros, que hemos ido tantos años dando tumbos como borrachos por todos los esquinazos y callejuelas de la política, caemos ahora en la cuenta de que tantas embriagueces nos hacían mucho daño, y en cambio el agua es nuestra sola salvación.

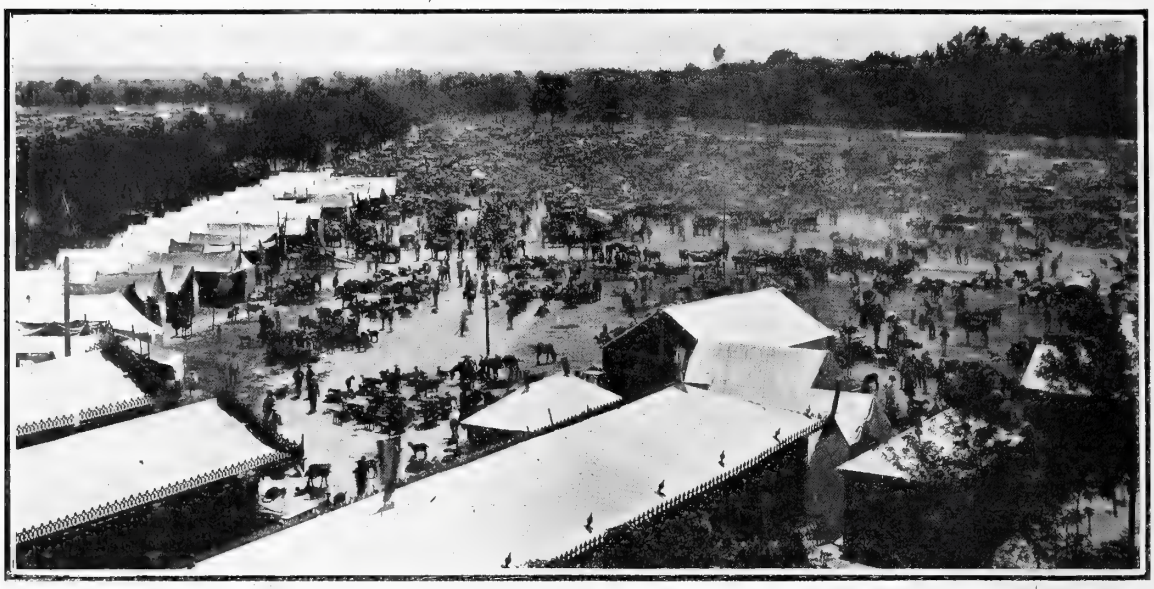
Costa (D. Joaquín) fué el primero, el más elocuente defensor de la política hidráulica; dedicóse luego á nadar en otras aguas, y ha recogido su bandera un político joven, animoso, de gran voluntad y de claro talento, D. Rafael Gasset, uno de los pocos exministros que han salido enteros é incólumes de un Gabinete de partido.

La ocasión escogida no ha podido ser más oportuna. Todos los españoles, ya tengamos tierra en los campos, ya la poseamos tan sólo en el cielo de la boca (porque en estos días se tragan cantidades inverosímiles de polvo), estamos llorando por agua, y como dice la leyenda andaluza, *esperando la del cielo*. No es culpa del Gobierno el que no llueva, como apunta *La Época* con su habitual sensatez, pero sí de todos los Gobiernos el que tengamos mal administradas las aguas de nuestros ríos, y repartidas sin equidad alguna, y derrochadas de la manera más deplorable.

Por eso todo el mundo aplaude la campaña del Sr. Gasset y desea que este hombre de buena voluntad se salga con la suya.

PERO mientras tan gratas y halagüeñas esperanzas se realizan, el pueblo sigue confiando en la intervención divina y creyendo en los milagros. De ello son buena prueba los grandes festejos celebrados en Valencia en honor del Santo Patrón de la ciudad San Vicente Ferrer, y de los cuales recogemos una característica nota que recuerda las representaciones teatrales celebradas en la Edad Media, primero en el interior del templo, después en el atrio. No sabemos de ningún historiador de nuestra literatura que se haya hecho debidamente cargo de los *milacres*, autos ó piezas dramáticas religiosas y populares, como la

REPRESENTACIÓN DE UN «MILACRE» EN LA PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN DE VALENCIA FOT. F. GÓMEZ



LA FERIA DE SEVILLA. ASPECTO GENERAL DE LA EXPOSICIÓN DE GANADOS FOT. ALMELA

que este año se ha representado en la iglesia de San Miguel y en otras por muchachos y mozos, y que lleva por título *La conversió dels chudeus* (La conversión de los judíos).

Al ver tanta y tan espontánea devoción, el Santo no podrá menos de conceder á sus paisanos la deseada lluvia.

BIEN—pensarán algunos lectores,—y siendo tan terrible la sequía y augurándose tan malísima cosecha, ¿cómo va á ser posible mantener á tantos y tantos millares de cabezas de ganado como se han visto y expuesto en la feria de Sevilla? ¿Cómo se explica que ésta se haya visto este año más concurrida y animada que nunca?

Pero el problema aún es más gordo y trascendental, porque los ganados podrán vivir ó morirse, pero ¿y las personas? Por lo pronto nos comeremos los ganados *pa que no penen*, como decía el baturro de la pulga, pero ¿y luego?

Tampoco hemos de echar al Gobierno la culpa de que se haya formado este espantoso ambiente de

SEVILLANAS BAILADAS EN LA CASETA DEL CASINO EN LA FERIA FOT. BARRERA

PABELLÓN DEL CENTRO DE BELLAS ARTES EN LA FERIA DE SEVILLA
FOT. CEMBRANO

de juerga y de jaleo, sigue habiéndolo tanto ó más que en los tiempos más felices de nuestra historia.

Sólo para divertirse han construído los socios del Círculo de Bellas Artes de Sevilla un *corral de vecinos*, como quien dice; una manzana de casas exclusivamente destinadas á *arder en fiestas*. Y allí van los maestros del *humour*, que son los ingleses, y se quedan con tanta boca abierta hechos unos papanatas y llenos de envidia.

Porque si la filosofía no tiene como principal objeto el pasar la vida lo mejor y lo más alegremente posible, ¿para qué servirá la filosofía?

TANTO ó más filósofos que los sevillanos, sus casi correligionarios y antiguos amigos del otro lado del Estrecho, han salido, no obstante, de su marasmo habitual y *estar* cada vez más *farruecos*.

Es decir, que como á perro flaco todas son pulgas, con la sequía y la baja de los fondos y la subida de los cambios vienen á complicarse los peligros que ofrece la cuestión de Marruecos, peligros que ya vaticinábamos hace ocho días, dejándonos llevar de nuestra habitual malicia. Nuestro corresponsal el Sr. Gómez nos ha enviado varias fotografías que prueban lo grave de la situación en Melilla. Gracias á esas pruebas hemos tenido el honor de conocer al respetable Sr de Schadly, nuevo bajá del campo ó representante del pío felice triunfador Roghí, entre las kabilas de los alrededores de Melilla; y hemos visto de

LOS ÁSKARIS IMPERIALES ACAMPADOS EN LA PLAZA DE TOROS DE MELILLA FOT. R. GÓMEZ

apetito que se respira por doquier pero ¿tienen la culpa los hambrientos? ¿Cómo tapar tantas y tan abiertas bocas? *¿Qué hacer?* como decía el novelista ruso.

Por lo pronto, divertirse, contestan los alegres sevillanos, para quienes las penas no existen; admirables filósofos que toman la realidad cual debe tomarla un maestro de la vida. ¡Oh, si todos fuéramos como ellos! ¡Ah, si toda España fuera Sevilla en tiempo de feria!...

Vean ustedes: allí, aun cuando la atmósfera esté seca y se trague polvo, quina y todo cuanto tragamos los españoles á estas fechas, no hay miedo de que la gente pierda el buen humor. No habrá *humour* á la inglesa, ó humorismo en esta nuestra patria, según asegura muy formalmente el sabio D Miguel de Unamuno; pero lo que se dice *buen humor*, vamos, ganas

EL NUEVO BAJÁ INSURRECTO DEL CAMPO DE MELILLA
FOT. R. GÓMEZ

qué manera los áskaris ó soldados imperiales batidos por las rebeldes kábilas han tenido que refugiarse en nuestra Plaza de Toros y acampar en pleno redondel hasta que venga el Roghí á darles la puntilla.

Las noticias últimamente recibidas en el momento en que esto se escribe, indican una reacción favorable á la autoridad del emperador legítimo, porque se asegura que algunas kábilas se han convencido ya de su error al confundir al Roghí con el príncipe Muley Mohamed el Tuerto; pero de todas maneras los áskaris no han podido aún salir de *los medios* de la plaza de toros, ni volver á la Alcazaba, de donde les echaron los rebeldes... entre otras razones, porque éstos tuvieron la precaución de destruir la Alcazaba.

DR. BROUARDEL

DR. MANTEGAZZA

DR. RICHET

DR. ALBARRÁN

MIENTRAS en Melilla y sus alrededores se desarrollan tan graves sucesos, en esta M. H. Villa no necesitamos más que salir á la calle para convencernos de que estamos muy malitos.

En efecto; tenemos la felicidad de albergar *en nuestro seno* unos cuantos millares de médicos de diversas procedencias, de muy distintos lenguajes, de muy varias especialidades y de temibles aplicaciones.

Y, sin embargo, estamos tan tranquilos, y no sólo tan tranquilos, sino muy contentos, como si quisiéramos demostrar á los sabios Hipócrates extranjeros y nacionales que nos honran con su presencia hasta qué punto ésta es innecesaria, en vista de la excelente salud que disfrutamos.

No obstante, como todos los congresistas, dados sus méritos y su profesión, no pueden menos de ser excelentes observadores, á poco que hayan podido hacerse cargo de los asuntos dominantes en las conversaciones familiares españolas, habrán confirmado cuán verdadero resulta el nombre de *el país de la muerte*, que un escritor belga dió á España.

Creemos firmemente que no hay nación ni pueblo alguno en donde las enfermedades preocupen tanto á enfermos y sanos; á hablar de ellas dedicamos los españoles y las españolas el tiempo y el ingenio que en otros países se consagra á tratar de asuntos agradables y divertidos. Por eso hemos recibido con extraordinario entusiasmo á los eminentes doctores de todos los países representados en el Congreso, y tampoco les han faltado á los Galenos consultas y visitas. á modo de *hors d'oeuvres*, entre discusión y discusión.

BANQUETE OFRECIDO EN LHARDY Á LOS CONGRESISTAS EXTRANJEROS POR EL DR. CORTEZO

FOT. CIFUENTES

EL NUEVO PUENTE DE SAN PABLO EN CUENCA — FOT. J. ENERO

La olvidada y desatendida Cuenca acaba de inaugurar una magnífica y nueva construcción, el viaducto de hierro que ha sustituído al antiguo puente de San Pablo, destruído por bárbaro capricho hace años.

El nuevo puente ha sido costeado con fondos del Seminario Conciliar de San Julián, y se debe á la actividad é inteligencia del ilustrísimo prelado de Cuenca Sr. D. Wenceslao Sangüesa y Guía.

De la importancia de la obra pueden juzgar nuestros lectores sin que demos más pormenores.

Otro hecho muy importante de la semana y muy propio para que los extranjeros se lleven excelente idea de nuestra cultura, ha sido la inauguración del nuevo Laboratorio Municipal de Madrid, establecimiento que, en verdad, puede ser estimado como un modelo en su clase, y que revela algo que ya conocíamos los madrileños: la escrupulosidad científica y el gran talento del doctor Chicote, jefe, organizador y alma del Laboratorio.

Teniendo ya Madrid un tan avisado centinela de su salud, suponemos que se acabarán las adulteraciones de comestibles, y serán castigadas todas las faltas que contra la higiene se cometan.

INTERIOR DEL LABORATORIO MUNICIPAL INAUGURADO EN MADRID
FOT. CIFUENTES

COQUELIN EL MAYOR EN «TARTUFE»

Y para convencer á nuestros huéspedes de lo muy cultos que somos, hasta hemos podido ofrecerles un sermón del conocido y *latero* orador y crítico francés Mr. Brunetière, y una representación de los hermanos Coquelin: dos espectáculos esencialmente europeos y tan amenos el uno como el otro.

DON RUPERTO

Nuestro concurso de Belleza femenina

Casi todas las publicaciones artísticas de Europa y América, y entre ellas el *Figaro Illustré*, de París, han celebrado concursos como el que hoy tenemos el gusto de convocar, solicitando para ello la benévola aquiescencia y el simpático auxilio de nuestras hermosas lectoras, en primer término, y también de todos los amantes de la Estética femenina, así como de los artistas fotógrafos de España.

A las mujeres españolas, cuya fama de bellas llena el mundo entero, nos dirigimos rogándolas que nos envíen sus retratos, y que al hacerlo no vean en ello un acto de orgullo personal, sino de satisfacción artística y patriótica, pues el culto de la belleza es la más alta muestra de civilización de un pueblo cuando se practica noble y desinteresadamente, como en este caso, sin que por las condiciones del Concurso ni por el absoluto incógnito en que los nombres han de quedar, pueda ninguna señora ni señorita experimentar escrúpulo para enviar su retrato.

A los artistas fotógrafos recurrimos igualmente, puesto que ellos conocen mejor que nadie los caracteres de la belleza femenina española y las mejores maneras de hacerla resaltar y lucir: ellos deben ser los más interesados en que á nuestro Concurso acudan mujeres hermosas de todas las clases y condiciones sociales.

La absoluta seriedad que Blanco y Negro ha acreditado en concursos anteriores, creemos que ofrecerá las necesarias garantías para que puedan honrar nuestro Certamen las señoras y señoritas españolas.

BASES

1.a Las personas que deseen acudir á este Concurso de Belleza, deberán remitir á la Redacción de Blanco y Negro, Serrano, 55, Madrid, retratos hechos en fotografía del tamaño de placa, ó sea de 18 por 24 centímetros, pegados en un cartón ó *passe-partout*, cuyas márgenes tendrán 5 centímetros de ancho. Las fotografías serán retratos directos, sin iluminar, de mujeres españolas mayores de quince años y que vivan actualmente, y deberán ser entregadas en esta Redacción señaladas con un lema. Las fotografías que nos remitan de provincias deberán venir en carta certificada dirigida á nuestro Director.

2.a Un Jurado, compuesto de redactores de Blanco y Negro, se encargará de la admisión de fotografías. Desde luego serán rechazadas las que hayan sido publicadas en cualquier forma, las que no se ajusten á las dimensiones indicadas y las que no resulten apropiadas á la índole y condiciones de nuestra Revista.

3.a Una vez admitidas y numeradas las fotografías, serán expuestas en el Salón de Fiestas de Blanco y Negro, si la exposición tiene importancia suficiente para ello.

4.a Un Jurado, compuesto de nuestros más eminentes pintores y escultores, examinará todas las fotografías aceptadas y escogerá las doce que juzgue dignas de premio, las cuales, numeradas y reproducidas por el fotograbado, se publicarán en un número especial de Blanco y Negro. A este número acompañará un boletín para que nuestros lectores, por sufragio universal, designen cuál es la hermosa que merece el premio, á imitación de lo hecho por el *Figaro Illustré*. Este se concederá por mayoría absoluta de votos, y en caso de empate decidirá la suerte. El escrutinio y recuento de votos, así como la proclamación del premio, se verificarán con todas las formalidades legales ante un notario del Colegio de Madrid.

5.a Blanco y Negro ofrece á la señora ó señorita que resulte premiada **una alhaja artística** cuyo valor no será inferior á **mil pesetas.** Para recogerla, deberá la agraciada acreditar su personalidad, su nacionalidad española y su edad, no inferior á quince años, de una manera auténtica é indudable; y si desea guardar el incógnito, la Dirección de Blanco y Negro se obliga solemnemente á reservar el nombre de la señora ó señorita premiada. Si resultase premiada una fotografía presentada, no por una señora ó señorita, sino por un artista fotógrafo debidamente autorizado por la interesada, se entregará á éste el premio y se publicará su nombre, si lo desea.

6.a El plazo para la admisión de fotografías termina el 1.º de Mayo, á las doce de la noche.

25 Abril 1903.

EL DIRECTOR,
TORCUATO LUCA DE TENA

CREACIONES TEATRALES

IMPERIA

Ufana, alegre, altiva, enamorada, como el *pardo* jilguerillo que cantó el clásico, se presenta á los ojos de sus apasionados, que son cuantos la ven, la figura del drama shakespeariano de Benavente, *La noche del sábado*. Y conste que se dice aquí shakespeariano y que no se rebaja ni una línea del calificativo, porque el grande ingenio del joven é ilustre autor, ya en plena madurez, ha llegado en esa *novela dramática*, según él mismo la califica, á mostrar intuiciones verdaderamente geniales de nuevas y generosas fórmulas de teatro amplio, como lo es la vida concebida y llevada á las tablas por Shakespeare.

Imperia es una criatura loca y extraña, soñadora é inquietante, como tantas criaturas de Shakespeare, como Rosalina, como Catalina... Adorna su cabeza gentil con todas las flores silvestres que engalanaron la de Ofelia, la loca enamorada, exceptuando tan sólo la flor del naranjo, y en torno suyo se forma tibio ambiente amoroso. No es flor de estío ardiente, ni de lozana primavera, sino de invierno soleado y de otoño melancólico. Es alta, noble... y no pueden amarla ni comprenderla los imbéciles.

ENE

DIBUJO DE PEDRO SÁENZ

LAS FLORES DE MADRID

UNA de las mayores y más motivadas tristezas que debemos tener los madrileños la constituye un hecho inexplicable: en Madrid hay muy pocas flores... y no hay razón para que no abunden esos bellos y gratos dones del cielo.

Es una perogrullada ya el afirmar que los tiestos son las joyerías de las bellezas pobres, pero no se concibe ni se justifica el desdén de alguna parte de nuestra burguesía y de nuestra aristocracia por las flores que en casa se crían, y que llegan á constituir una íntima y cara afección, delicada, sencilla y tierna como la que se siente por el pájaro ó por el animal doméstico, por el cuadro, el bronce ó el mueble preferido.

UN CRIADERO

Así, la industria de las flores en Madrid se halla muy poco adelantada Cuatro ó cinco jardines importantes existen nada más en los alrededores de Madrid, y aun éstos no tienen puntos de venta fijos más que para la flor exótica ó rara, que á veces cuesta un sentido, y que se expone en escaparates suntuosos como una joya de inestimable precio. No hay mercado de flores como en París ó como en Barcelona, y los grandes criaderos proveen tan sólo á los vendederes ambulantes que llevan á la espalda ó á lomos de un borriquillo el jardín, ó á los pocos y conocidos puestos que existen á la puerta de algunas iglesias.

SACANDO TIESTOS DEL INVERNADERO

EL TIO DE LAS FLORES

Debiéramos preocuparnos de esto, ya que pocos medios hay tan fáciles y baratos para embellecer la existencia madrileña, tan falta de atractivos.

PUESTO EN EL ATRIO DE UNA IGLESIA

Fotografías de Muñoz de Baena

CROQUIS AFRICANOS

MUJERES ARGELINAS

La prudente y entendida colonización francesa ha variado casi por completo el aspecto y manera de ser de la región argelina. Las enormes inmigraciones italianas y españolas y el desarrollo de la riqueza en un país antes pobre y abandonado, han producido afluencia de razas distintas, cruzamientos y mezclas y, por tanto, en muchos casos, modificación de los tipos antiguos de hombres y mujeres. Las argelinas de raza antigua eran mujeres de grande y aristocrática belleza, de correctas y finas facciones, como descendientes acaso del puro tipo fenicio que en aquella parte de Africa debió de conservarse: de tez morena ó pálida, pero no negra, sin las narices aplastadas ni los colgantes belfos de las negras de las kábilas del Riff.

Nuestras fotografías permiten distinguir cuatro tipos de mujeres argelinas: uno, la mujer del pueblo, criada ú obrera manual, que más bien parece una cafre ú hotentota, de cuya raza desciende sin duda: otro, la muchacha que llena el cubo de agua en la pila, y que bien pudiera pasar por granadina de la Alpujarra ó labradora de los Abruzos. Ambas van vestidas con telas europeas, y sólo conservan de característico el gorrito puntiagudo que no les tapa la cara, lo cual indica su calidad servil.

Otro tipo interesante es el de la mujer que lleva en brazos el niño. Esta es una señora vestida á la antigua usanza y con el rostro por completo velado y no simplemente cubierto desde la boca, cual suelen llevarlo las mujeres turcas. El amplio ropaje en que se envuelve lleva elegante orla bordada, lo cual en Oriente y en Occidente fué siempre indicio de superioridad social.

En fín, el otro tipo, el más hermoso y notable, nos lo ofrecen las mujeres pertenecientes á la tribu de los Uled Naila, bellas y elegantísimas damas, cuyo atavío trae á la memoria el recuerdo de la reina de Sabá y de todas las princesas y emperatrices de la Biblia y de los cuentos orientales. No es posible imaginar nada más noble, gracioso y rico que esos turbantes de los que penden ínfulas y arracadas y rosarios y collares de medallas y discos grabados y repujados: ni nada más ostentoso que el adorno de brazos y piernas con ajorcas complicadísimas; ni nada más vistoso que las flotantes túnicas de alegres tonos.

Lástima es que tan bellos y originales trajes vayan desapareciendo y sólo se conserven en algunas tribus apegadas á la tradición.

W. & B.

ESPERANDO AL AMO

Lo mismo en Castilla la Nueva que en Castilla la Vieja, la palabra *amo*, que tanto molesta y ofende á los socialistas cuanto era grata y simpática al amigo Nietzche, se pronuncia, por lo general, sin amargura ni odio. En la Mancha, el marido llama á la mujer *el ama* y ella le da á él el nombre de *amo* cuando la paz reina en el matrimonio y el amor resplandece en el hogar.

Acaso más arriba de Castilla la Vieja, allá en Asturias y en Galicia, el *amo* inspira miedo ó engendra servilismos y humillaciones. En esto que los catalanistas suelen llamar despectivamente *la meseta central*, no suele haber amos que humillen ni criados que se presten al servilismo. De algo había de servirnos ese tradicional orgullo castellano al que no hemos sacado mejor ni más provechosa y nutritiva sustancia.

Esas dos mujeres que Alberti ha pintado, están, pues, aguardando la llegada del *amo*.

Pero ahí se ve bien claro que el *amo* no es el dueño material de la casa y el jefe de las personas, sino el padre y el esposo, quiere decirse, marido de la vieja y padre de la chica.

Esta ha puesto la mesa, alisando cuidadosamente el blanco mantelillo, y escancia en el jarro talaverano el preciosísimo jugo que en su vientre encierra la divina bota

toda llena
de misterios,

como cantó en versos inmortales, ponderativos y enrevesados Maese Francisco Rabelais, primo de Sancho Panza y amigo y devoto del celebérrimo Panarra, á quien admiró y ensalzó Quevedo.

El *amo* á quien se espera debe de venir fatigado y hambriento, puesto que le aguardan dos fuentes hondas, que según todas las probabilidades, no habrán de contener melindres ni mermeladas, sino un puchero de fragante y dorada sopa que la moza calará según arte momentos depués de aparecer el interesado, y medio almud de tiernos garbanzos de Castilla, perfumados por el confortante olor del chorizo salmantino, de ese trascendental embutido que tanto contribuye á formar los caracteres y que es gloria cuando, como en el caso que estamos viendo, quien ha de comerlo ha tenido la fortuna de conocer *personalmente* al apreciable cerdo que para la fabricación del tal embutido hizo el sacrificio de sus recias y apretadas carnes.

Después... bien lo indica la actitud de la vieja: después, para coronamiento y fin de tales antes, habrá postres presididos por una homérica ensalada. La buena mujer está limpiando con mucha curiosidad la fuente y en seguida restregará en ella de una manera equitativa y prudente una ó dos cabezas de ajos de esas que en la silla de al lado se ven: sobre este magnífico cimiento caerán las alegres y blancas labores gótico floridas de la escarola como sobre su base natural.

Terminados los preparativos, la anciana reanudará la calceta, la moza se asomará á la puerta (ventana es probable que no la haya, por lo menos á la calle) y el apreciable gato, *el más feliz de los tres*, según la frase picaresca de los franceses, se tumbará, mientras llega la solemne hora de las piltrafas.

Ea, ya está puesta la mesa: el *amo* va á llegar. Ya llega, nos invita con la grave cortesanía de los hombres de su tierra. Dejemos la pluma: á la mesa.

W. & B

DIBUJO DE ALBERTI

LA DIOSA DEL AIRE

¡La estrella del circo! ¡La diosa del aire!
Era menudita, linda, delicada...
suelto y en desorden su blondo cabello,
lucía su cara
roja como el fuego, ¡como una amapola
en un haz brillante de espigas doradas!...

Sobre el hilo de alambre corría,
sobre él adoptaba
bellas actitudes
perezosas, lánguidas...
Sonriendo después amorosa,
gentil y gallarda,
como leve pluma
sobre el hilo de alambre saltaba...

Todo al son de una música alegre
con aires de danza,
que escuchábase sólo en aquellos
peligrosos trabajos del hada...
¡música ligera que á veces tenía
dejos melancólicos y notas amargas!

. . . . . .

El cortejo fúnebre pasó por la calle;
la orquesta del circo que lo acompañaba
repetía la música aquella
con aires de danza,
que á veces tenía
dejos melancólicos y notas amargas.

. . . . . .

¡Ya no vimos nunca los blondos cabellos
ni vimos tampoco más aquella cara,
que lucía como una amapola
en un haz brillante de espigas doradas!

VICENTE MEDINA

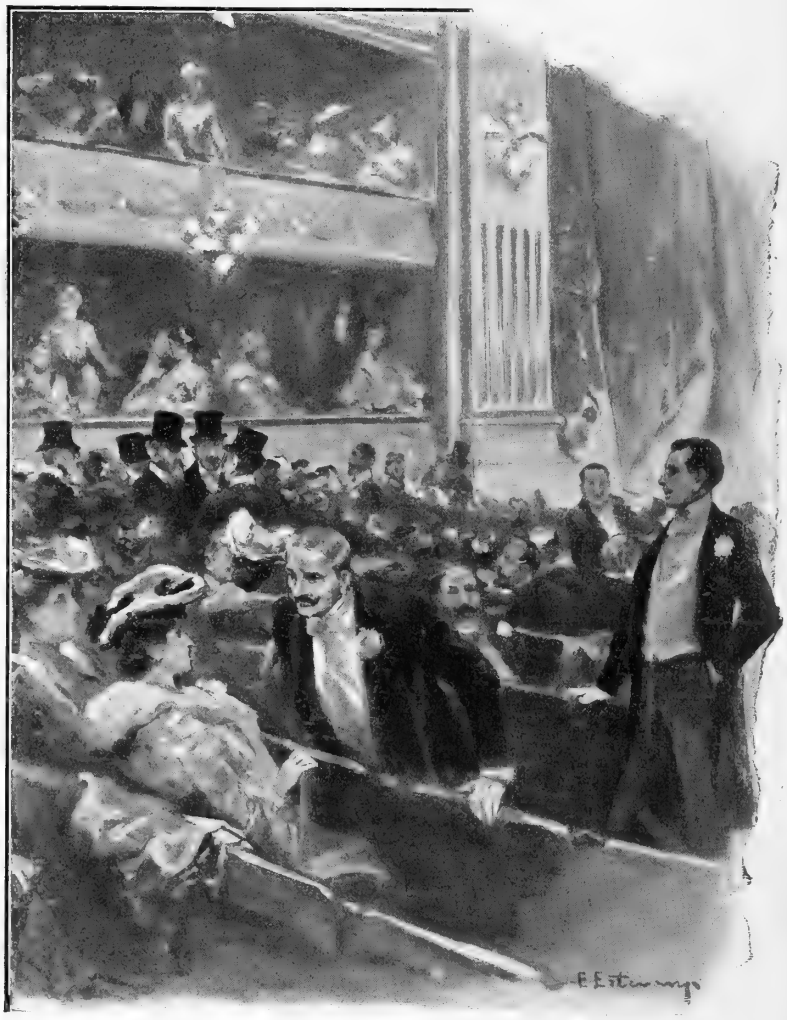
DIBUJO DE REGIDOR

EL ÚLTIMO TRIBUTO

CUENTO

El teatro estaba lleno. En palcos y butacas se veía lo más distinguido y selecto de la sociedad madrileña. La curiosidad era muy grande.

La forma en que se había anunciado el estreno; el incógnito que se guardaba respecto al autor, del cual no se sabía sino que la obra era su primera producción, según anunciaban los carteles, todo había contribuído á que al sonar el timbre anunciando que la representación iba á empezar, un profundo silencio reinase en la sala.



Lo único que se sabía era el título del drama: *Desdenes*. A las primeras escenas entró el público de lleno en la obra, aplaudiendo sin cesar los sonoros y brillantes versos, que dichos con gran maestría por el actor, convencían á los literatos que entienden y conmovían á los ignorantes que sienten.

El autor era un muchacho joven: apenas tendría veinte años, y nunca había escrito nada. Enamorado locamente de una mujer, no hizo otra cosa que trasladar fielmente al papel los sentimientos que movían su alma, pintar sus tristezas y encarnar en el protagonista su situación, y en la dama principal el desdén con que en la realidad era correspondido.

Temeroso como todo el que empieza, guardaba un incógnito tal, que hasta los ensayos fueron dirigidos por un amigo suyo, poseedor de todos sus secretos é incapaz de revelárselos á nadie.

Cuando al concluir el primer acto el público pidió con insistencia el nombre del autor de la nueva producción, uno de los autores dijo únicamente que no se encontraba en el teatro, y que deseaba que su nombre permaneciese oculto hasta el final de la obra. El principio de ella era de lo mejor que se había escrito: versos magníficos, caracteres trazados con mano maestra, situaciones dramáticas y poéticas sin caer en la cursilería; un acto, en fin, que mereció la aprobación de cuantas personas lo escucharon y el beneplácito de los autores más insignes.

—Esto es magnífico.

—Difícilmente se escribe nada mejor.

—Yo no tendría inconveniente en firmarlo,—exclamó un poeta de los mejores.

—Dicen que es la primera obra que escribe; pero ¿quién es el autor?

—Sea quien sea, no podemos negar que es, de lo bueno, lo mejor.

Estas y otras exclamaciones parecidas se oían en todos los corrillos. Pocas veces estaría la opinión tan unánime. Todos convenían en que la nueva producción daría honra, provecho y dinero á su autor.

Este andaba errante de un corrillo á otro, oyendo impresiones que le halagaban en alto grado.

Cansado ya, entró en la sala de butacas y dirigió con gran ansiedad su mirada hacia un palco entresuelo.

Allí estaba ella, la verdadera autora de todo.

¿Le habría parecido bien como al resto del público? ¿Habría adivinado quién sería el autor de la obra por el argumento y las situaciones? No era posible; y sin embargo, en su rostro se notaba una emoción profunda; su mirada, de continuo alegre, fijábase en él con honda melancolía, como queriendo interrogarle ó como si deseara adivinar por la expresión de su semblante los sentimientos que agitaban su alma.

Era en vano; aquel rostro aniñado, aquellos ojos grandes y negros, aquella frente espaciosa, aquella mirada franca nada le decían; y él como aturdido por la persecución de aquella mirada, volvía distraí-

do la cabeza hacia todas partes queriendo no verla, y en todas partes la veía. La tenía grabada en su corazón.

Con desdén pagaba ella su cariño.

No podía quererle, no debía. Niña enferma, planta de estufa criada artificialmente entre los aires malsanos de una sociedad egoísta, que envenenan el alma y hacen enfermar al cuerpo, padecía una enfermedad del corazón; por eso no quería entregárselo á él. Al hombre que se quiere se le entrega un corazón sano, no un corazón enfermo, porque al unirse los dos enfermará el bueno y no sanará por ello el dañado. Débil naturaleza es la nuestra, que contagia la enfermedad y no transmite la salud. Por eso él comprendía que su amor era imposible, por eso mismo lo deseaba.

El éxito del primer acto fué en aumento en el segundo y llegó al colmo en el tercero. Todo el público, palcos y butacas, aplaudía sin cesar, y puestos de pie, pedían con insistencia el nombre del autor. El entusiasmo era indescriptible. Nuestro hombre, adosado, por decirlo así, á la primera caja de bastidores, escuchaba atontado aquellos aplausos, y sin atreverse á salir, solamente fijaba su vista en el palco de ella. ¡También le aplaudía! Durante la representación la había visto llorar; había logrado enternecer su alma. El desdén con que él había sido tratado, pintado fielmente, y adornado con versos hermosísimos, le habían conmovido. ¿Le querría cuando supiese que era el autor de todo? De esta especie de abstracción fué sacado por la voz de uno de los actores que le decía:—Vamos, hombre, hay que salir á saludar...—y le cogió por un brazo.

Maquinalmente y sin saber lo que hacía, salió como arrastrado á la escena. Entonces el entusiasmo se desbordó. Las señoras, los caballeros, todo el público aplaudía de una manera ruidosa, y aplaudían no al autor del presente, sino al poeta y al dramaturgo del porvenir. Su figura elegante se hacía por extremo simpática al público, que esperaba encontrarse con un hombre y hallaba casi un niño.

Fijóse nuevamente en el palco de ella, y la vió primero aplaudir, después llevarse el pañuelo á los ojos, y por último, como hipnotizada por su mirada, que fija en ella parecía reprocharle su conducta, la vió palidecer rápidamente, y dando un grito caer sin sentido en una silla, presa de un violento accidente.

Todo el público clavó sus ojos en el palco; bajóse el telón, y el objeto de todas las conversaciones era aquella especie de desmayo, cuya causa sólo sabía una persona: el nuevo autor.

Avisóse al médico sin pérdida de tiempo. Cuando llegó, no hacía ya falta.

Aquel corazón dañado había dejado de latir. La mujer amada no había podido resistir la realidad de su desdén: la planta de estufa salió á recibir el aire que á todas las vivifica, y no acostumbrada á él, se marchitó. La mujer se había muerto. El amor se había extinguido.

. . . . . .

. . . . . .

Al día siguiente un lujoso entierro atravesaba las calles de Madrid, seguido de interminable serie de coches. Llegó al cementerio, y nadie se fijó en un hombre que, vestido de riguroso luto, se hallaba en un rincón del patio donde ella iba á ser enterrada.

Rezáronse las preces de rigor, y al sonar el frío ruido de las primeras paletadas de tierra, al caer sobre aquel ataúd que encerraba su cuerpo inmaculado, fuése dispersando el acompañamiento.

Al fin quedó el patio solo. Entonces aquel hombre, cuyo rostro reflejaba el más profundo dolor, acercóse á la fosa, poco antes tan acompañada y ahora tan sola, llevando en la mano un manuscrito.

Arrodillóse, y pudiendo apenas contener el llanto que á sus ojos asomaba, exclamó:

—Aquí tienes mi último tributo. Todos te dedican coronas, yo no; te dedico estos pedazos de papeles, testigos de tu ingratitud para conmigo; aquí los tienes, en tu fosa los dejo; que ellos te acompañen siempre y no se separen jamás de ti.

Y cayendo de rodillas, quedó rezando por su alma...

Aquel drama, á pesar del éxito obtenido, no se volvió á representar más.

FRANCISCO PELLICER Y ESCALONA

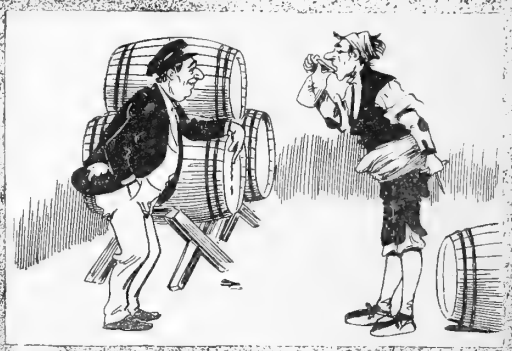
DIBUJOS DE ESTEVAN

¡Mucho ojo con los arrieros! Cuento baturro por Gascòn

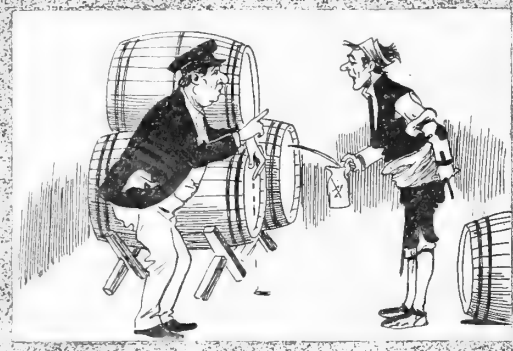
1.—Deja con los otros ese pellejo, que ensiguida voy yo.
—Con estos arrieros hay que tener mucho ojo.

2.—Pues siñor, tiene usté un vino superior; me voy muy contento con él.
—Pero no se irá usté sin prebar estos tres tonelicos. Voy po la barrena.

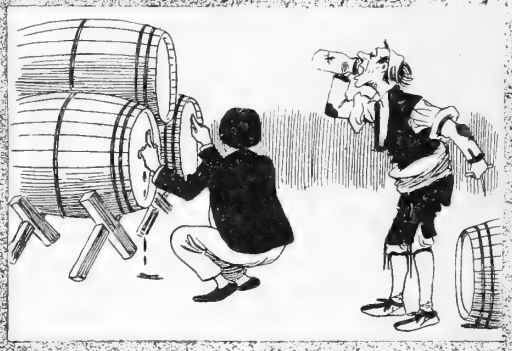
3.—Quiá, hombre, yo tengo de todo. ¿Ve usté? Ya está hecho el barreno. Venga la jarra. Tape usté con el dedo en cuanto se llene.



4.—¿Eh, qué le paice ese vino? ¡Eso es un neztar! Sólo tiene seis eños; es el más joven de los tres, pero... promete, promete.



5.—Este es mu superior. ¿No nota usté ya el aroma?
—¡Ya lo creo! Diez años y el tonel de cerezo; en fin, tós los requisitos.



6.—No empine usté mucho si quie salir con bien de la bodega; miuste que éste es capaz de volcar á un toro.

7.—Este no se ha prebau hace veinte años. ¿Y con qué tapo ese aujero?
—Con la lengua, hombre. No se le ocurre á usté nada.

8.—Conque... ¿sube usté á recibir la cuenta? Lo mejor será dejalo pa... cuando güelva, que agora paice que está usté muy ocupao.

AÑO TRECE Y NUMERO 626 MADRID DIA 2 DE MAYO DE 1903

BLANCO Y NEGRO

JABATO

I

Ya un lindísimo jazminero tapizaba las barrosas paredes de adobes no bien enjalbegadas, y un profuso rosario de rojas, gualdas y blancas rosas ceñía como linde el gran cuadro de flores, como las enredaderas acortinaban la reja de la escuela y subían hasta la ventana del principal, habitación del señor maestro. Había allí dos arbolitos, antes enfermos y ahora muy surtidos y gallardos, un peral y un ciruelo. ¡Lástima que á la vieja parra no se la hubiera podido dar un vigoroso reverdecimiento; ¡pero si tenía ya tantos años! A pesar de esto se reparó, y ofrecía un punto que asombraba con algunas anchas hojas y allí era ya posible sentarse á leer como debajo de un amplio quitasol.

En jardín estaba convertido aquel antiguo corralejo herboso, encizañado y triste, en el que tanto tiempo habían crecido desbordadamente ortigas cicutosas, amarillo jaramago, entre algunas malvas selváticas.

Todo ello era obra del maestro «nuevo».

Joven de veintiocho años y muy bizarro, don Gabriel, aunque muy modoso, parecía un gran señor y seguramente muy sabio. Era músico, era pintor, tenía muchas habilidades, hablaba con mucha gracia y afabilidad.

—¡Es una perla!—había dicho el señor cura.

¡Qué gran claridad iluminaba el entendimiento de aquel «nuevo» maestro, y qué alma tan hermosa su alma! ¡Portentoso idealismo brillante, inefable é íntimo amor, pensamiento de una noble inteligencia, exquisita afectividad de un delicado corazón se revelaba en las palabras y en las acciones del maestro «nuevo»!

A poco de llegar Margarita, la de Varsen y Frente al Sol, que con su padre el señor conde de Varsen iba algunos años á pasar la temporada de verano en su casa-palacio, situada á unos doscientos pasos de la aldea, decía á la joven el señor cura párroco:

—Pues sí, señorita; la gran novedad es el maestro «nuevo». Yo sospecho que es todo un personaje que se oculta aquí y anda disfrazado entre nosotros. Vino con carta de recomendación de su ilustrísima el señor obispo de la diócesis para mí y del señor gobernador de la provincia para el señor alcalde. La escuela, por supuesto, la ha ganado por oposición. ¡Una miseria!... Pero él cuenta con otros recursos, pues todos los meses recibe una letra de veinticinco duros de casa particular. Yo se los veo cobrar en casa del estanquero los días 1 ó 2 cuanto más tarde. Es muy buenazo y muy prudente, y además un gran cristiano. Enseña á los chicos á hablar, á leer, escribir, hacer cuentas y la doctrina. Ha pintado..., pero muy bien, los cartones de láminas de la Historia Sagrada... Además tiene un pequeño armonium y da lecciones de solfeo... Pasa mucho tiempo en un jardín que ha hecho en la escuela... y allí está rodeado de chiquitines... y con los mayores sale al campo y sube al cerro... y herboriza y caza insec-

tos... y por las noches, á chicos y á grandes nos habla á campo raso del cielo ó en la cocina grande del Sr Carpillo, nos cuenta historias... ¡Lo que yo digo, es una perla metida entre estas casuchas como entre las negras valvas de la ostra perlinera!

¡Qué permanente se hizo la imagen de Margarita, su figura airosa y elegante, aquel cuello tan blanco, tan hermoso, y la cabecita de rizos de oro, y los admirables ojos azules, por los que se traslucía el esplendor de un alma grande y la vitalidad de un corazón delicadísimo! Y así la boca hechicera, la tersa frente, los contornos de un cuerpo todo gentileza, y el gesto gracioso, y el ademán mesurado, y la voz dulce, la palabra prudente, el estilo revelador de inocencia y cultura, sinceridad y recato... de tan distinguida «señorita». No, Gabriel no dejaba de ver en sí mismo, en su alma, la imagen de la bellísima Margarita.

Bien se vió que era hombre muy sociable; el conde halló en él un amigo y un jugador de ajedrez, y Margarita un discretísimo caballero.

—¿Quiere usted que la diga quién soy? Pues un día desapareció de la sociedad del buen tono un caballerete elegante—según decían, gastador rumboso,—hijo de una familia distinguida y rica, y apareció en este pueblo el nuevo maestro, montado en un caballejo de la sierra y con sólo un gran maletín por todo equipaje. ¡Me había quedado solo y arruinado...! Unicamente podía contar con seis mil reales de renta. Resolví hacerme útil, educar para educarme; gané esta escuela... y aquí estoy... para esperar el momento de mi reaparición con honroso triunfo en Madrid... ¡no bien acabe mi ópera!

Después de esta primera confidencia hecha á Margarita, y luego de sucederse muchos días de amigable trato en cacerías, lecciones de pintura, sesiones de música, convites y gratísimas pláticas, llegó á hacer Gabriel á Margarita otra íntima revelación:

—Yo presento las bandas paralelas á las aristas del prisma, y luego esos admirables colores en las plantas, en las florecillas y hasta en las tierras y las piedras; no doy *tecnicismos* confusos, sino impresión viva de la naturaleza; educo los sentidos de los niños para que diferencien con acierto; yo infundo en sus cerebros la escala, y les hago sentir la melodía, y los educo para que comprendan la belleza amplia del conjunto armónico. ¡Cómo despiertan y se avivan! Luego los fortalezco en una enseñanza y en una acción laboriosa. Haré tenaces viticultores, labradores ilustrados, ganaderos celosos... ¡hombres de bien! Crea usted que esta vida me predispone luego admirablemente para meditar y sentir... é inspirarme en la soledad, ensayando en el armonium mis concepciones, fijando en el pentagrama mi inspiración.

Llegó el señor conde de Varsen á mirar un día á la pareja, á Margarita y á Gabriel, y arrugó un poco el entrecejo, como acentuando la expresión de extrañeza y de recelo que se hizo visible en su rostro.

—¡Bah! ¡qué tontería! la divierte... No puede pasar á más... ¡Vaya una ocurrencia!

Se amaban, y se amaban verdaderamente... Con aquella alteza mental, con aquella finísima y nobilísima sinceridad de los seres superiores...

Sin embargo, á trastornar un poco aquel afecto hizo la suerte que apareciese un salvaje: *Jabato*.

Era hosco, huraño, feroz... Un montaraz dotado de la inconsciente fiereza de los animales carniceros y de la bravía independencia de las aves de rapiña.

Capricho de Diana, Margarita quería que aquel monstruo se convirtiera en hombre.

—Ahí le tiene usted, Gabriel... lo he mandado venir de nuestra dehesa. Era allí rey, como lo fué el hijo pródigo... Yo quiero que usted lo dome, lo eduque, lo civilice...

El muchacho parecía estar como bestia acorralada por los perros y los cazadores... Dirigía miradas furiosas, como dispuesto á escapar abriéndose paso con los dientes y las uñas.

Era de más que mediana estatura, negruzco, fuerte como un gorila; tenía la frente estrecha, los ojos pequeños y desconfiados y terribles, la nariz ancha, la boca grande. Hablaba como gruñendo. El pelo negro, cerdoso, desgreñado...

—¡Margarita! murmuró Gabriel espantado.

—¿Que no se atreve usted á educarlo? Hace un año conocí yo á Saturnino, así se llama... y al verle tan como es... hice intención de hacer que lo educaran.

—¡Que lo educaran! Sí, educación en perfecta armonía con la vida que lleva... Uno más...

—¿Es imposible?

—Imposible, no; pero...

Nada más dijo Gabriel; pero fijó en el monstruo aquél escrutadora mirada de antropólogo, de maestro, penetrantísima, llena de atención y bien templada por la fina perspicacia...

—¿Duda usted? Tampoco usted me le va á pulir... ¡Todos le desprecian á mi pobre simplón!...

—No es simple... es rudo. ¿Cómo dicen que se llama?

El muchacho replicó ásperamente:

—Jabato.

—¿Jabato? Eso no, ya no se dice esa palabra. «Saturnino.»

¡Ah, qué labor de esmero, qué diligencia paternal, qué exquisito cuidado de artista, qué certeza de sabio, qué entusiasmo de educador... puso Gabriel en aquel tronco tan tosco!

Torpe... no era torpe para entender, sobre todo letras y números; leyó y contó, y aun pudo escribir... Pero para la música era como un sepulcro, que por fuera expone una losa de piedra y dentro guarda un muerto.

Al año siguiente, cuando Margarita y el conde se disponían á marchar, Margarita, satisfecha y agradecida por la obra de Gabriel, dijo:

—Me llevo á Saturnino á Madrid... Puesto que usted no quiere enseñarle más... á Madrid.

—¿A Madrid? ¿De lacayo?

—No; para que aprenda y perfeccione. Será un excelente ayuda de cámara.

—A Madrid... ¡no, por Dios! Aprendió todo cuanto es prudente que aprenda... ¿Más?... ¡quién sabe! replicó misteriosamente Gabriel.

—No, no; que vea mundo... Me he propuesto hacer de Saturnino un hombre de mérito.

Esto dijo Margarita, y se echó á reir.

—¿Para qué? exclamó Margarita.

Habían llegado ella y el conde á la aldea el día anterior, después de una ausencia de siete meses.

Luego de referirse mutuamente y de palabra la vida que uno y otro habían llevado, y de la que por cartas se habían ya dado cuenta todos los días, tuvo Margarita que hablar de Saturnino. Era su guardián, su esclavo; callado, pero mañoso y servicial.

No podía perder del todo su rudeza, pero ya tenía otro paso, otro andar, otras maneras.

Gustábale el teatro, leía mucho, sobre todo periódicos y novelas. Se había avispado; era más ladino.

—Por mí siente gratitud y una lealtad de perro. Le sorprendo mirándome con fervor de fanático...

Ya no es Jabato. Cuando pasen algunos años le casaré con Clarita, mi doncella... y los haré felices.

Gabriel callaba; Gabriel nada dijo.

—¡Le tienen una envidia los demás criados! Raro es el día que no llega hasta mí un chisme: «¡Que Saturnino ha pegado injustamente á un pinche de la cocina!» Esto sí; se ciega de vez en cuando, y resulta brutalmente impulsivo; pero cuando le dan motivo para ello.

III

Una tarde, Margarita esperaba impaciente en el jardín del palacio á Gabriel. Ya era necesario tratar del momento oportuno en que Gabriel debía pedir al conde la mano de su hija. Pues bien; los acechaban; alguien caminó cautelosamente tras de los arbustos para seguir los pasos de los enamorados; alguien oyó sus gratas confidencias, sus palabras cariñosas; alguien... surgió del abismo, apareció en la sombra á nublar aquella inefable dicha. Era Jabato, la fiera, el barbón, el salvaje, al cual la enseñanza mal dirigida había avivado deseos y apetitos... ¡Jabato! Monstruo de la feroz envidia y armado de una faca... hirió por la espalda á Margarita, y cuando se disponía á herir á Gabriel, éste, disparándole un tiro de revólver, clavóle una bala en el duro testuz, y poco después veía el pobre maestro á sus pies al ángel de sus ensueños y al demonio de sus terrores... y rompió á llorar sin tregua ni consuelo.

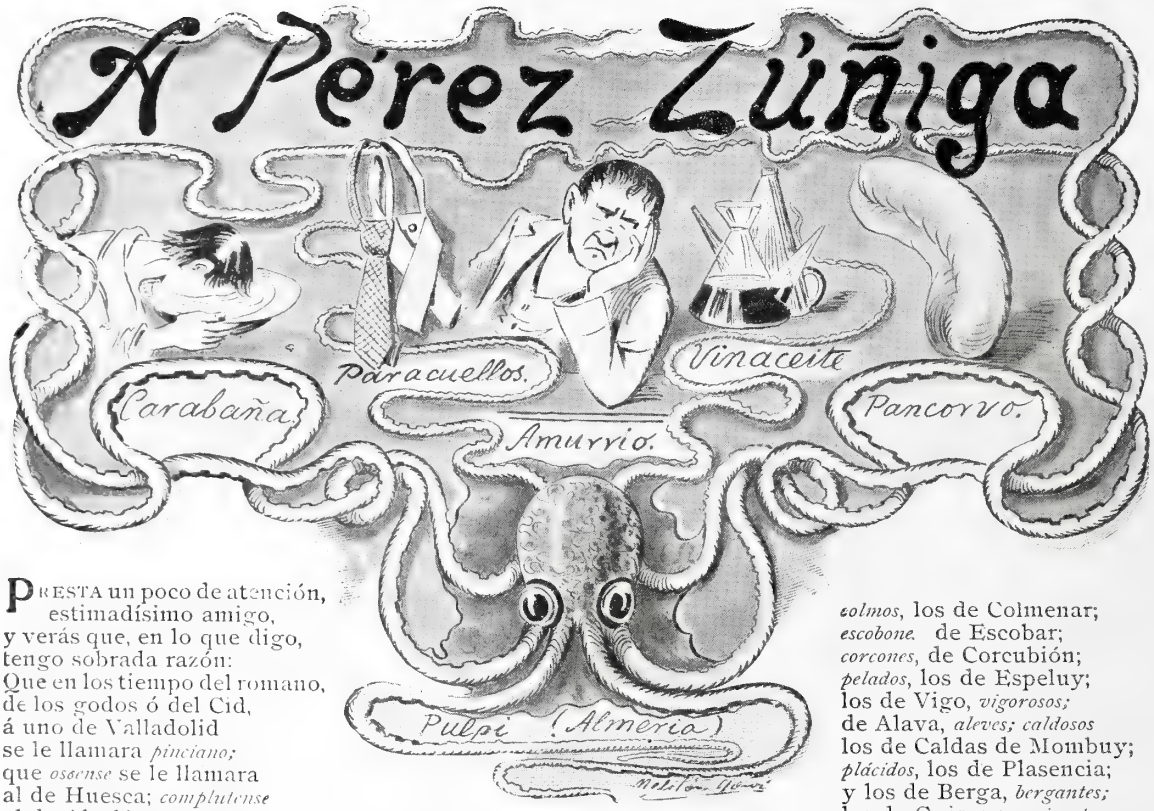
II

—Ya todo se presenta luminoso; sí, Gabriel mío... No he cejado, he persistido... Nosalbes tomó con empeño tu pleito de familia, y fué ganado en primera instancia. Tu ópera se estrenará en el Real. Mi padre espera que tú le hables...

—Margarita, esperemos el arreglo terminado de mis asuntos y el comienzo de mi gran carrera.

José ZAHONERO

DIBUJOS DE REGIDOR



PRESTA un poco de atención,
estimadísimo amigo,
y verás que, en lo que digo,
tengo sobrada razón:
Que en los tiempo del romano,
de los godos ó del Cid,
á uno de Valladolid
se le llamara *pinciano;*
que *osoense* se le llamara
al de Huesca; *complutense*
al de Alcalá; *y caracense*
á uno de Guadalajara,
justo es; de Pincia, *pinciano;*
complutense, de *Compluto...*
esto, desde el sabio al bruto,
lo encontrarán liso y llano.
Pero, si fueron cambiados
los nombres de las ciudades
de las antiguas edades,
¿por qué no sus derivados?
¿De Calatayud? pues ese,
¿qué ha de ser *bilbilitano?*
será *calatayudano,*
y así es, pese á quien pese.
Y por tal jurisprudencia,
deben llamarse desde hoy:
Alcoyones, los de Alcoy;
paletos, los de Palencia;
viciosos, los de Vicién;
leídos, los de León;
toreros, los de Torón;
bailarines, de Bailén;
de Brincole, *saltarines;*
utilizables, de Utiel;
dulzarrones, de Daimiel;
los de Almadén, *almohadines;*
bisbes, los de La Bisbal;
de Calahorra, *caleros,*
calahorros, calahorreros
ó *ahorradores de cal;*
salmones, de Salamó;
caspitines, los de Caspe;
constipados, los de ¡Axpe!
asquerosos, los de Ascó;
amoscados, los de Amusco;
pontevidrios, Pontevedra;
y los de Cantalapiedra,
cantadores al pedrusco;
astados, de Cornellá;
desgraciados, de Consuegra;
ácidos, los de Viniegra;
álcalis, los de Alcalá;
pítimos, de Vinaroz;
miserables, los de Noain;
modestos, de Garinoain;
badajos, de Badajoz;
tocineros, de Tocina;
los de Cerralbo, *cerriles;*
de Paredes, *albañiles;*
molidos, los de Molina;
halagüeños, de Alagón;
arabueyes, de Aravaca;
jacarandosos, de Jaca;
y *chinches*, los de Chinchón;
los de Lugo, *lugareños;*
los de Purullena, *puros;*
y *extremadamente duros*
llámese á los extremeños;
tuertos, á los de Tortosa;
melosos, los de Melilla;
bobos, los de Bobadilla;
enfangados, de Lodosa;
cigarros, los de Cigales;
grises, los de Cenicero;
y, los de Navalcarnero,
serán *carneros navales;*
lerdos, de Lerín y Lérida;
los de Gandesa, *gandules;*
anulados, los de Nules;
meritorios, los de Mérida;
escamones, de Escamilla;
cestones, los de Cestona;
pamplinosos, de Pamplona;
y *mansos*, los de Mansilla;
escoriados, de Escorial;
de Vaciamadrid, *vaciados;*
y, *cabezones salados,*
de Cabezón de la Sal;
lechuguinos, de Lechón;
colmos, los de Colmenar;
escobone. de Escobar;
corcones, de Corcubión;
pelados, los de Espeluy;
los de Vigo, *vigorosos;*
de Alava, *aleves; caldosos*
los de Caldas de Mombuy;
plácidos, los de Plasencia;
y los de Berga, *bergantes;*
los de Guisona, *guisantes;*
valientes, los de Valencia;
de Estercuel, *estercoleros;*
llenados, los de Llerena;
barbos, los de Barbacena;
y los de Infiesto, *infestados;*
los de Anchurón, *anchurosos;*
los de Tardienta, *tardíos;*
los de Yelo y Yeles, *fríos;*
los de Muchamiel, *pringosos;*
de Hospitalet, *hospicianos;*
juncales, los de Junquera;
utrerillos, los de Utrera;
y si son de Alar, *alanos;*
ajumados, de Jumilla;
de Deva, *devastadores;*
son los de Orense, *oradores;*
membrillos, los de Membrilla;
los de Lucena, son *lucios;*
mondados, de Mondaríz;
cañizos, los de Alcañíz;
los de Emtrambas-Aguas, *sucios;*
los de Logroño, *logreros;*
turrones, de Miguelturra;
escurridos, los de Ezcurra;
de Novelda, *noveleros;*
los de Záncara, *zancudos;*
los de Alcolea, *alcoholes;*
de Caracuel, *caracoles;*
y de Barbastro, *barbudos;*
castrenses, de Castro-Urdiales;
carlistas, de Carcabuey;
y, los de Olías del Rey,
olfateadores reales.

*
* *

¿Tengo ó no tengo razón?
Contéstame, compañero.
Sabes que lo es verdadero
y te aprecia

MELITÓN

DIBUJO DE MELITON GONZALEZ

La fábula de la lechera

La *Canela* es la mejor del rebaño. No hay otra cabra más dócil, más sumisa, ni mejor criadora ni que más produzca á su ama.

En premio á sus virtudes públicas y privadas y á su poder lactógeno, ostenta la *Canela* la más alta y honorífica distinción que en los rebaños de cabras se concede: la encomienda de... ¡Jesús, qué disparate! la cencerra consabida. Ya íbamos á hablar de las honoríficas y altas distinciones que en los rebaños de hombres suelen concederse.

La muchacha, que ama tiernamente á su cabrita, la abraza y sonríe con dulzura al risueño porvenir. Es la eterna historia: con lo que la cabra produzca hoy, habrá el día de mañana otras cabras, gallinas en el corral, lucio y hermoso cebón para Navidades, un valiente asno para portear la leche á la ciudad... y una vez en la ciudad, ¡Dios nos ayude! habrá trapos y moños, amor y descanso, felicidad y alegría.

La fábula que el indio compuso hace miles de años es una fábula inmortal, como que toca á lo más vivo de la humanidad, á lo que ella más estima y más siente perder: es el emblema de la ilusión que nos conduce al través de la vida.

DIBUJO DE HUERTAS

UN DUELO

RELATO DE UN TESTIGO

Mi amigo se prendó de la esgrima con un calor y una tenacidad que rara vez ponemos ni aun en nuestras intimidades con las mujeres. Su existencia transcurre en las salas de armas, en las cuales todo le es familiar: el maestro, los prebostes, el linoleum, las panoplias y hasta el aire viciado que allá se respira en las horas de ejercicio. Cuando nos encontramos en la calle me saluda poniendo el bastón en alto, con el puño sobre los labios, como quien se

LOS PADRINOS EN EL TERRENO

MIDIENDO LAS ARMAS

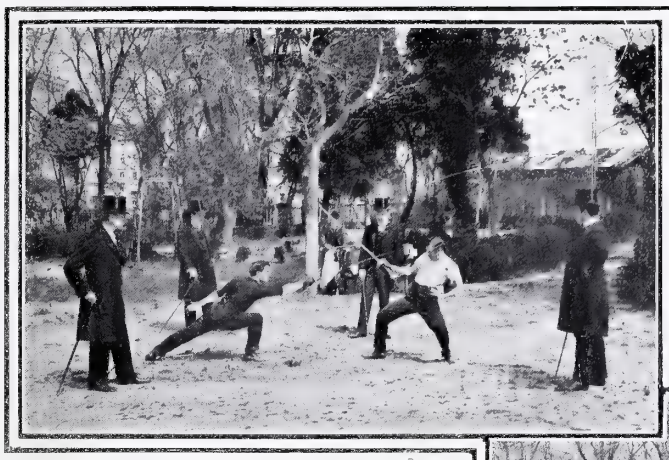
dispone á empezar un asalto de esgrima. Si habla, entrevera en las conversaciones más triviales vocablos de armas. Una agudeza ingeniosa equivale para él á un golpe recto. Callar es romper...

Ayer me refirió episodios del desafío en que ha intervenido recientemente. Su voz sanguínea y enérgica adquiría entonaciones de mando, como si aún estuviese disponiendo el combate sobre el terreno. «Chico, un duelo decente—habla él,—un duelo como rara vez se ultima en España. Ya conoces á los adversarios: Pascual Andrade, de la sala de Bordas, y Diego Berthier, aquel francesito que estuvo de preboste con León Brontin. ¿Te acuerdas? Bajito, anguloso, de escasas carnes, poco palabrero, pero todo nervio. Chico, ¡qué golpe recto el suyo! No lo pára ni el mismo Villaverde, que ha parado todos los sablazos de Es-

YA ESTAN DESINFECTADAS

paña entera. ¿Motivos de la cuestión? Pues, los más fútiles al principio... Luego se agravaron. Tú sabes que Pascual Andrade se llevó el campeonato de florete en Málaga. (Asiento con un movimiento de cabeza.) De ahí vino la cuestión. Berthier, que dicho sea de ti para mí, es más tirador, está celoso. En resumen: se dijeron cuatro frescas, Andrade levantó el puño y... dos horas después habíamos concertado el encuentro. Espada francesa, terreno á devolver una vez, guante de calle, etc.

Padrinos de Berthier, Joaquinito Dorregui y yo; padrinos de Andrade, Natalio Villar y Fernando Fresneda. ¡Qué mañana tan espléndida en el Reti-



EL PRIMER ENCUENTRO

ro! El sol invitaba á todo menos á batirse. Los llevamos frente á la casuca en que está instalado el ambigú, sitio llano, sin grava y con extenso trecho de sombra. A un lado media docena de setos vivos que no molestaban, y un grupo de castaños silvestres que ya verdeguean. Al otro lado un espacio franco de muchos metros. Los médicos desinfectaron las armas; colocamos á Berthier y á Andrade en sus puestos, y yo, que era juez de campo, di las voces. ¡Chico, qué asalto! Cayeron en guardia como en la sala; Andrade, con el brazo tendido, buscando la línea baja; Berthier, en su manera habitual, un poco inclinado hacia adelante, recogiendo el brazo. Andrade empezó atacando con una dos partiendo de cuarta y *coupé*. Berthier paró más con la distancia que con el hierro. En el primer encuentro no llegaron á trabar lo que se llama en esgrima una frase, porque el francesito rompía mucho y arrestaba más. En el segundo asalto, Berthier amagó una estocada al pecho con fondo entero paró su contrincante con sexta, contestando *de esous*, pero ya había

UN CORPS Á CORPS

recobrado Berthier la guardia con una parada de segunda y respuesta abajo, que Andrade eludió rompiendo. Este había perdido el terreno. El tercer encuentro fué breve. Se conoce que el perder el terreno desconcertó al pobre Andrade. Cayeron en guardia, y el hombre quiso batir el hierro de Berthier desde la línea de cuarta, pero éste le engañó librando el arma por el otro

¡FUERA DE COMBATE!

lado. Total: tres centímetros de espada en el segundo espacio intercostal derecho de Andrade. Tiene cama para un mes. Antes de separarnos los invitamos á reconciliarse, y consintieron. ¡Chico, qué simpático es ese francesito...!

Despidióse mi amigo estrechándome la diestra con fuerza. Iba tan ufano de haber asistido á un duelo, como si hubiese resuelto el problema de la lluvia á voluntad.

Y yo me quedé pensando que en la mitad de las ocasiones eso que se llama honor no tiene otro mérito que el de servir de asunto á unas fotografías.

MANUEL BUENO

Fotografías de Muñoz de Baena

EL HONOR ESTÁ SATISFECHO

PRIMERO DE MAYO

A [illegible] faltaría el sol en el [illegible] que Juan Dumont en el patio de Maravillas, la moza más garrida del barrio del Barquillo.

Aquella pasión asombraba por lo duradera á los compañeros del arrogante húsar, pues si bien el francés se había enamorado muchas veces en sus correrías europeas, nunca le apresó el amor tan fuertemente como entonces.

Tenían razón en admirarse los demás húsares. Su camarada pasaba las horas libres de servicio charlando con la madrileña, y la movible sombra de las hojas tiernas de una parra y el patiecillo lleno de calderos y cacharros, vieron nacer la humilde flor del amor verdadero en el alma encallecida de Dumont.

Poco á poco y sin que él se diese cuenta, abandonó el tonillo insolente y fanfarrón de los primeros días. Medio español, nacido en Pau, de madre navarra, el militar hablaba un castellano ampuloso y enfático del que se reía Maravillas, respondiendo á las amorosas protestas del húsar con chanzas y bromas.

Pero también se iba enamorando la madrileña, á pesar de sus bromas. Su instinto de hembra la hacía recrearse en el atavío coquetón del húsar, en los áureos cordones, en las sedosas pieles del dolman, en el portapliegos charolado, donde se ensanchaban las alas imperiales del águila napoleónica; todo ello le atraía como el vidrio á un salvaje. En el alma de la moza el afecto nacía; la pasión estaba cerca.

Una tarde casi apareció. Hablaban los jóvenes en el patio. Bajo la ventana de Maravillas esponjábanse, rojos y recortados, unos soberbios claveles. El vientecillo primaveral los mecía, y las flores, balanceándose sobre los gráciles tallos, amenazaban romper con la pesadumbre de sus pétalos. El perfume poderoso y picante incensaba á Dumont.

—¡Qué bellos son esos claveles,—dijo el húsar.—¿Eres tú quien los cuida?

—Sí, respondió Maravillas, inclinándose sobre el alféizar para ver las flores

—Me parecería, murmuró él,—te pediría uno.

—¡Ay, no! ¡No riego yo mis claveles *pa* ti! Pues hombre...

—Mira, ese que aún no se ha abierto,—suplicó Dumont, mirando amantemente.

—Bueno, dijo ella, ablandó entonces, pero disimulando su enternecimiento, respondió:

—Pues, bueno. Mañana.

—¿Pues, bueno, mañana? Dímelo, para que bendiga su fecha.

—Y, mirando al blanco muro con la púrpura de sus flores, respondió la

MAURICIO LÓPEZ ROBERTS

LA SEMANA PASADA

FRONTÓN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL. OBRA DE AGUSTÍN QUEROL FOT. PORTELA

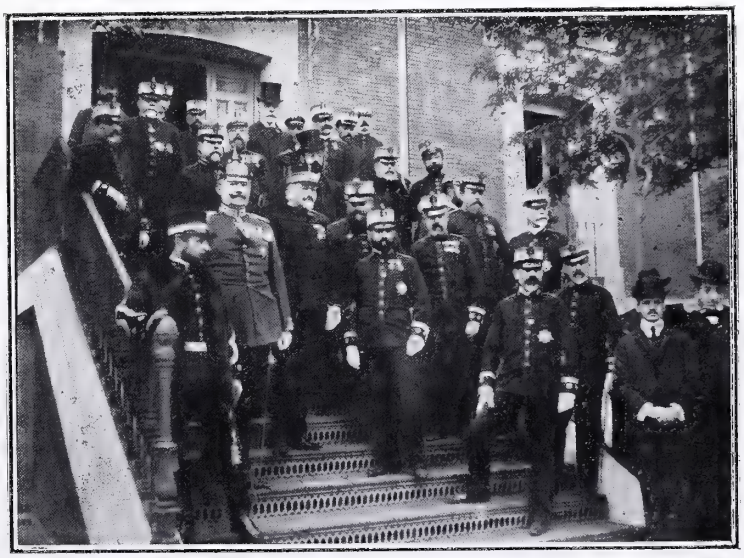
En el número anterior hablábamos de la *lenta pero continua desaparición* del enorme andamiaje que se colocó en la fachada de la Biblioteca para elevar el frontón en mármol modelado por el insigne artista Querol. Representa este frontón, en veintidós figuras de dos metros y medio de altura, la Paz coronando á la Agricultura, la Industria, el Comercio, las cinco Bellas Artes, la Historia, la Jurisprudencia, la Teología, la Filosofía, la Astronomía, las Matemáticas, la Geografía, la Química y la Medicina. En el vértice del tímpano se alza la estatua de España, y en las acroteras las figuras del Genio y el Estudio. Es muy curioso lo que nos dice Querol acerca de esta magnífica obra suya. Aun á riesgo de pasar por indiscretos, copiamos las palabras del gran artista catalán:

«La obra escultórica del frontón—dice—se me dió previo concurso y por el precio de 160.000 pesetas, entendiéndose por este precio colocadas en su sitio todas las figuras labradas en mármol blanco de primera clase... Al tomarlo yo, no preví el gran coste del traslado de los enormes bloques de mármol desde Carrara á Madrid, y mucho menos el quebranto de los giros sobre el Extranjero por razón del precio del oro. Hube de hacer esos giros desde el año 1895 al 1900, y por ellos he pagado desde el 40 al 110 por 100; así que, sin contar mi trabajo personal la obra del frontón me cuesta 210.000 pesetas, es decir, 50.000 pesetas más de lo que me ha dado el Gobierno. Como artista puedo estar satisfecho de mi obra, pero creo que ha sido un mal negocio como empresario. Hace tres años que estaba la obra acabada. Si se hubiera adoptado otro sistema de andamiaje más sencillo, habría sobrado tiempo para tener desembarazado aquel sitio con ocasión del Congreso Médico.»

LA RECEPCIÓN EN PALACIO. MÉDICO MILITAR TURCO FOT. MARÍN

MÉDICOS MILITARES ALEMANES FOT. MARÍN

En efecto, ni aun los últimos congresistas rezagados han podido penetrar en la Biblioteca sin tropezar con algunos palitroques.



LOS CONGRESISTAS VISITANDO EL HOSPITAL MILITAR DE CARABANCHEL FOT. ASENJO

VIAJE DE MR. LOUBET. LAS ESCUADRAS EXTRANJERAS EN LA RADA DE ARGEL FOT. LEROUX

MR. LOUBET DIRIGIÉNDOSE AL PALACIO DEL GOBIERNO
FOT. LEÓN BOUET

Así han podido apreciar nuestros ilustres huéspedes cómo en España abundan los estorbos de todas clases, aun cuando, á la verdad, y dicho sea en honor nuestro, á los extranjeros se les haya proporcionado todo género de facilidades y se haya procurado amenizar su residencia en Madrid por todos los medios posibles.

Con haber sido tan importante el Congreso Médico de Madrid, aún ha fijado mucho más la atención de Europa el viaje del presidente de la República vecina, Mr. Loubet, á las posesiones francesas del Africa septentrional.

Nuestro corresponsal en Argel nos remite fotografías que reflejan perfectamente la importancia internacional de esta visita, pues en el puerto de Ar-

JEFES ÁRABES EN LA GRAN REVISTA MILITAR FOT. LEROUX

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES EN LISBOA — FOT. NOVAES

ASPECTO DE UN SALÓN — UN CUADRO DE S. M. EL REY D. CARLOS

LAS ELECCIONES EN MADRID. LOS SEÑORES LLANO Y PERSI Y RUBAUDONADEU ENTRANDO EN UN COLEGIO ELECTORAL

FOT. ASENJO

Parece ser que el pintor que se lleva la palma del concurso es un antiguo conocido nuestro, el ilustre artista Malhoa, que presentó en una de nuestras últimas Exposiciones un magnífico retrato muy admirado por el público y elogiado por la crítica madrileña.

PERO dejemos este asunto, porque para *exposición* y grande, la del Gobierno conservador, cuya derrota en las elecciones de diputados á Cortes no ha podido ser más grande.

Aun cuando sea uno absolutamente escéptico en materia política, no puede menos de reconocer que pocas veces se había dado el caso de un cuerpo electoral en más absoluta y radical disonancia con el Gobierno. Este ha podido convencerse de que no cuenta con más simpatías que las

gel se han visto representadas por buques de guerra poderosos las principales potencias europeas, como si al saludar con sus barcos al presidente de la mayor República de Europa quisieran demostrar al Africa la intención de avanzar paso á paso y de común acuerdo en la gran obra de la civilización del continente hermosísimo, del cual se pudo antes decir que nos separaba el Mediterráneo, y hoy puede afirmarse que el Mediterráneo nos une.

RELACIONAN muchos este viaje de Mr. Loubet con el que está haciendo por Portugal, Italia, Francia y las posesiones británicas del Mediterráneo S. M. Eduardo VII. Recogíamos estos rumores en nuestro número anterior, y ahora hemos de notar que se habla de una visita próxima del propio Loubet á Inglaterra. Si esto se verificase, habría que creer ya en la famosa *entente cordiale* tan preconizada hace algunos años por los grandes diarios franceses.

Como recuerdo el más duradero y artístico de la visita de Eduardo VII á Portugal, ha quedado abierta en Lisboa una interesantísima Exposición de Bellas Artes que ambos monarcas inauguraron.

A esta Exposición concurre Su Majestad el Rey D. Carlos con varios excelentes paisajes.

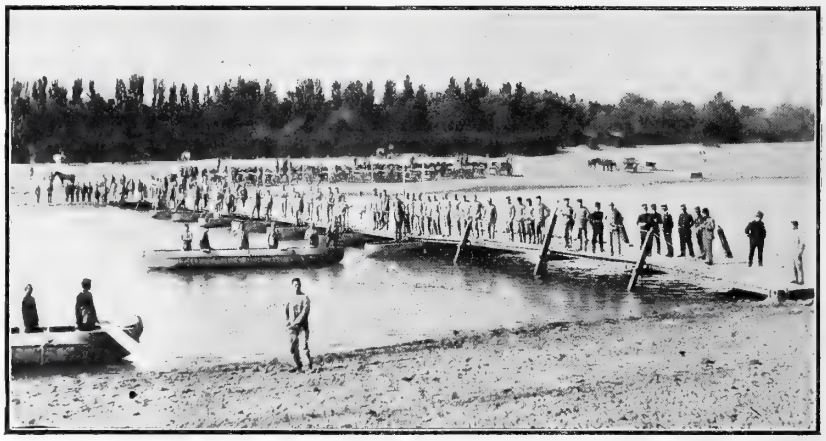
FIESTA REPUBLICANA EN EL RASTRO — FOT. BAGLIETTO

ENTIERRO DEL ALMIRANTE VALCÁRCEL. LA PRESIDENCIA DEL DUELO
FOT. L. ALONSO

de estómago agradecido, y ya se sabe lo que de ellas puede esperarse.

Los congresistas extranjeros han gozado, pues, del espectáculo de unas elecciones contrarias al Gobierno, y han podido asistir á un entierro de primera clase y de los que pocas veces se ven: al entierro del anciano almirante de la Armada D. Carlos Valcárcel y Usel de Guimbarda, uno de los pocos ó quizás el único de los marinos supervivientes de la gloriosa jornada del Callao ¡En paz descanse.

Un cuerpo de los más notables de nuestro ejército, el Batallón de Pontoneros que se halla en Zaragoza, acaba de dar brillantes pruebas de su actividad y excelente instrucción tendiendo puentes sobre el Ebro en brevísimo espacio y con resultados muy útiles. De ello nos dan pruebas las fotografías que nos remite un cabo de dicho batallón, debidamente autorizado por sus brillantes jefes.



EL REGIMIENTO DE PONTONEROS PROBANDO UN PUENTE DE BARCAS SOBRE EL EBRO
FOT. V. NÚÑEZ

Cerramos esta crónica dando cuenta de los agasajos de que ha sido objeto en la cultísima Valencia el sabio maestro D. Marcelino Menéndez y Pelayo, quien ha pasado en aquella ciudad algunos días.

Uno de los más agradables obsequios que se le hicieron fué una excursión á la Albufera, á donde le acompañaron el ilustre poeta valenciano D. Teodoro Llorente, el sabio investigador y archivero de la Catedral, canónigo D. Roque Chabás, el presidente y socios de la insigne sociedad *Lo Rat Penat*, el erudito escritor Sr. Tramoyeres y otros muchos amigos, discípulos y admiradores del insigne maestro.

Sirvióse una comida espléndida compuesta de platos valencianos, y á los postres se habló de reanudar seria é inmediatamente la existencia de la *Sociedad de bibliófilos valencianos*, siendo elegido presidente honorario de ella el Sr. Menéndez y Pelayo, quien puso á disposición de los socios una parte de su incomparable inteligencia y de su pasmosa actividad.

Fué, pues, la fiesta celebrada en el terreno que sirve de escenario á la gran novela *Cañas y Barro*, una hermosa fiesta literaria, cuyos resultados mostrarán el progreso de la admirable capital de Levante.

DON RUPERTO

LA [illegible] EN VALENCIA AL SR. MENÉNDEZ Y PELAYO
FOT. MARTÍNEZ ALOY

LAS HORTENSIAS

(APÓLOGO POLÍTICO)

Son las lindas sombrillas
de las hortensias
centenares de flores
que se congregan.
Cada una de las flores,
pequeña, pálida,
de pétalos endebles,
no vale nada.
Mas se apiñan, se juntan,
y sus corolas
dan una flor altiva,
noble, orgullosa.
¡Oh pueblos decaídos,
Naturaleza
nos da con estas flores
lección severa!
Vivamos cual corolas
de las hortensias
y apiñados valdremos....
¡Unión es fuerza!

W. & B

La Rendición de Breda

E. Varela

Dos cuadros hay en el Museo del Prado que representan el mismo asunto: uno pintado por el aragonés José Leonardo; otro, la inmortal obra de Velázquez reproducida en esta página

Comparando ambos cuadros, se echa de ver claramente la diferencia que va del artista discreto y concienzudo que *llega* á fuerza de trabajosa meditación, al genio extraordinario á quien un vuelo basta para remontarse á las más altas cumbres.

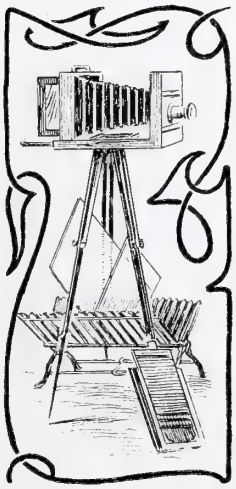
En la obra total de Velázquez, en la que todos los críticos del mundo unánimes reconocen ya la personalidad más poderosa y genial que haya manejado pinceles, el cuadro de las Lanzas representa uno de los pasos más firmes, seguros y definitivos. Marca este cuadro el momento en que Velázquez, dueño absoluto del color y poseedor de todos los secretos de la técnica pictórica, en la que él introdujo tan trascendentales innovaciones, llegó á ese estado de concentración cerebral (la *polarización* de las facultades, según la frase admirable del ilustre Ramón y Cajal) en que no hay nada baldío ó inútil para el artista, en que éste lo aprovecha todo y de todo saca partido, alcanzando el extraño poder, que delegación del Creador parece, de hacer converger lo grande y lo menudo, lo importante y lo accesorio, hacia el punto deseado, para que la obra forme un conjunto armónico, íntegro, en el que nada falte ni sobre.

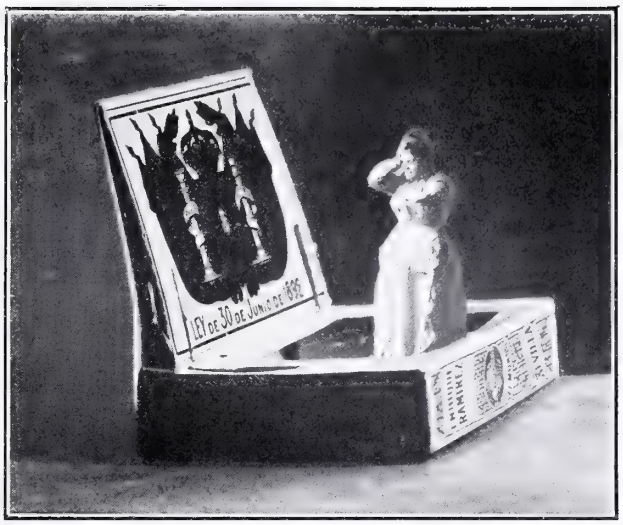
El cuadro de las Lanzas es todo un tratado de Estética pictórica. Para la Técnica del arte es tan importante como sus dos hermanos mayores, aunque nacidos posteriormente, *Las hilanderas* y *Las meninas*, porque en el cuadro de las Lanzas se nos muestra lo que pensaba el verbo de la pintura español respecto del paisaje, respecto de la perspectiva, de la relación entre fondo y figuras, del asunto más o menos dramático, del *plein air* y de otra porción de problemas que preocupan y preocuparán siempre á los pintores y aficionados.

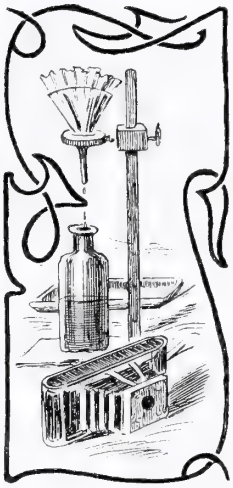
Este cuadro está pintado casi de memoria: Velázquez no conocía *de visu* el lugar, y cuando el cuadro en 1647 habían ya muerto ó no estaban á su alcance los personajes que en él figuraban. Aunque Velázquez conoció y trató largamente al protagonista, al insigne marqués de Espínola, la atención profundísima de Velázquez á las palabras en que el viejo é ilustre marqués, aquel hecho memorable en su gloriosa existencia de caudillo triunfador! ¡Qué expresión, qué sugestión no ejercerían tales palabras, y qué intensa fantasía la de Velázquez para producir el suceso, fundándose en ellas!

Y en *Las hilanderas* muéstrase la absoluta maestría, el arte sumo, que consiste en *pintar* [illegible] la potente visión sintética, el arranque soberano del genio que vence á [illegible] de nuevo y eternizando el fugaz instante, parando el sol y no por un día sólo, [illegible] por los siglos de los siglos.

FOT. DE LACOSTE







CAJA DE CERILLAS HABITADA

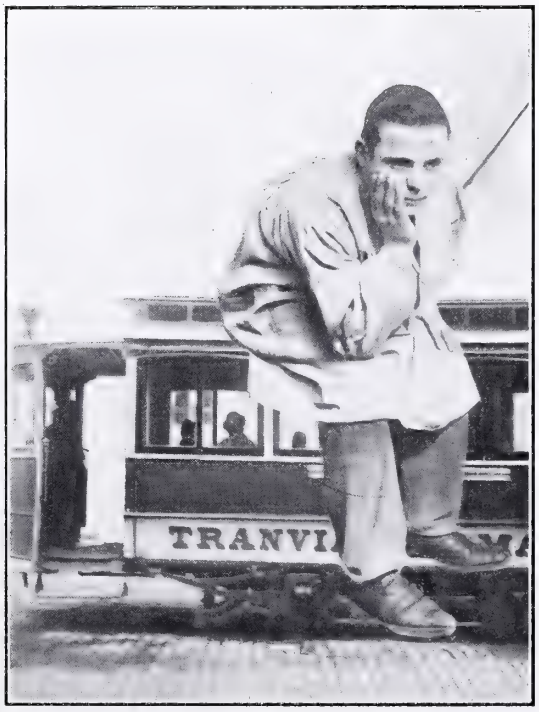
PARADOJAS FOTOGRÁFICAS

Se pasan la vida sabios y filósofos buscando la verdad, y no la encuentran.

Invéntase un arte al parecer tan exacto, preciso y matemático cual la Fotografía. El sabio sonríe satisfecho. Ya lo ha conseguido todo: ya ha aprisionado la realidad entera entre las seis tablillas de una cámara. Pero pasa el tiempo, y recobrándose de la primitiva sorpresa, caen sabios é ignorantes en la cuenta de que no hay nada más embustero que la fotografía, nada que menos se asemeje á la realidad, ni que más remota y absurda noción dé de ella.

Vean ustedes, véanlo en tres ejemplos gráficos, ó mejor dicho, fotográficos. Contémplenlo en esa señora gorda que se asusta de verse dentro de una caja de cerillas de las de gomas: en ese apreciable mancebo de botica, que al ofrecer un frasco al parroquiano se encuentra cogido por la mano gigantesca de éste, que le maneja como á un monigote: en fin, en ese dependiente de ultramarinos que, fatigado de correr, ha querido sentarse un momento y está descansando apoyado en un tranvía del barrio de Argüelles: todo ello por una distracción del fotógrafo... por una broma de la Verdad.

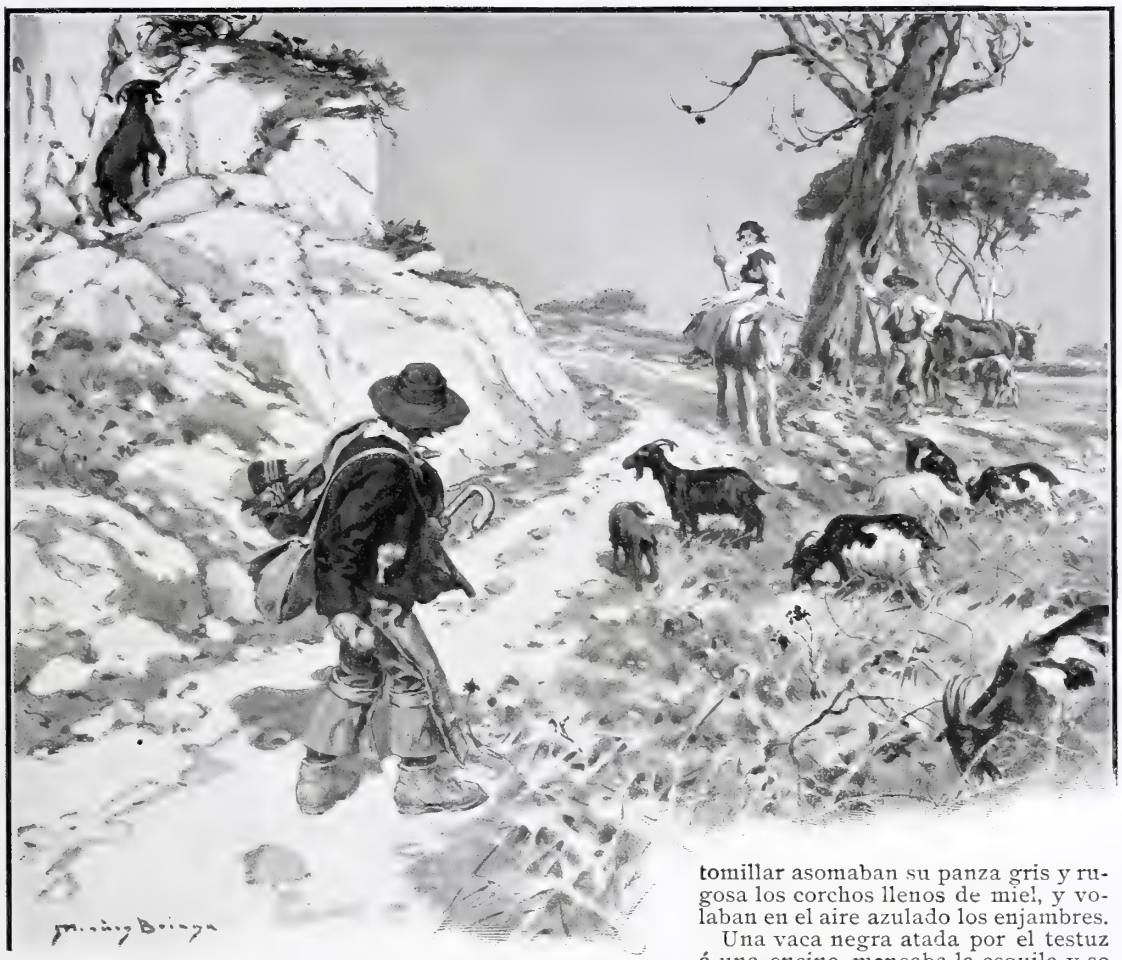
EL BOTICARIO Y EL CLIENTE



UN MOMENTO DE DESCANSO

Fotografías de Alonso

PAISAJES SEVILLANOS. ESTACION DE ALCALÁ DE LOS PANADEROS, POR GARCÍA Y RODRÍGUEZ



MARIQUILLA

Venía camino abajo por la cañada pendiente, bordeando las tierras sembradas de centeno. Allá en lo alto veía su chocil blanco de escarcha, y detrás los grandes robles espolvoreados también de aquella blancura. La lumbre del sol se extendía en las cimas y en las copas de los castaños, que daban su hoja nueva con claro verdor.

Sentada en el lomo de la vieja borrica, iba camino abajo, hacia el molino de *Las tres encinas:* al llegar á la hondonada, los débiles cascos de la bestezuela sonaban en la senda de piedra labrada por las herraduras no sé en cuántos siglos.

El brazo largo y flexible de una zarza agarróle el pañuelo de la cabeza é irguióse tremolándolo en el aire. A los gritos y risas, una perdiz en celo echó á volar azorada. Del castañar salía un ritmo ronco de sierra: un hombre descalzo sosteniéndose en pié sobre el tronco horizontal, se doblaba por la cintura, empujando la sierra ancha y reluciente: otro hombre la empujaba hacia arriba, los dos á compás, y á cada golpe salía un reguero de blanco serrín que se iba amontonando en el suelo.

—Eh, Mariquilla, temprano recoges. ¿No hay pan en casa?

—Dos panes quedan y son de centeno. Hoy amasaré trigo.

El roncar de la sierra sonaba ya lejos: el son de una esquila alegraba el prado de hierbas bravías, de flores moradas de cantueso, y en el repecho del tomillar asomaban su panza gris y rugosa los corchos llenos de miel, y volaban en el aire azulado los enjambres.

Una vaca negra atada por el testuz á una encina, meneaba la esquila y se defendía con largos mugidos. El becerro con el bozal de esparto puesto en el hocico húmedo y goloso, apretujaba las ubres, que engañadas, se rendían. Un muchacho llenaba la cuerna hasta que en sus bordes se alzó un copete de espuma.

—¿Es primeriza?

—Primeriza es. Así se defiende.

Un pastor viejo pasó con su punta de cabras: á una que se encaramó en el risco de la linde y puesta en dos patas, alargando el pescuezo, comenzó á descogollar una chaparra, tiróle dos piedras que sonaron en la panza como en un tamboril.

—Me pierde esa indina. Tres denuncias tengo en Alapa, y allí no me quieren... Id al molino y comeréis la chanfaina.

—¿Se desnucó alguna?

—Una horra, ayer tarde. Yo mismo la arrastré por los cuernos: allá abajo, en la fuente, boqueó.

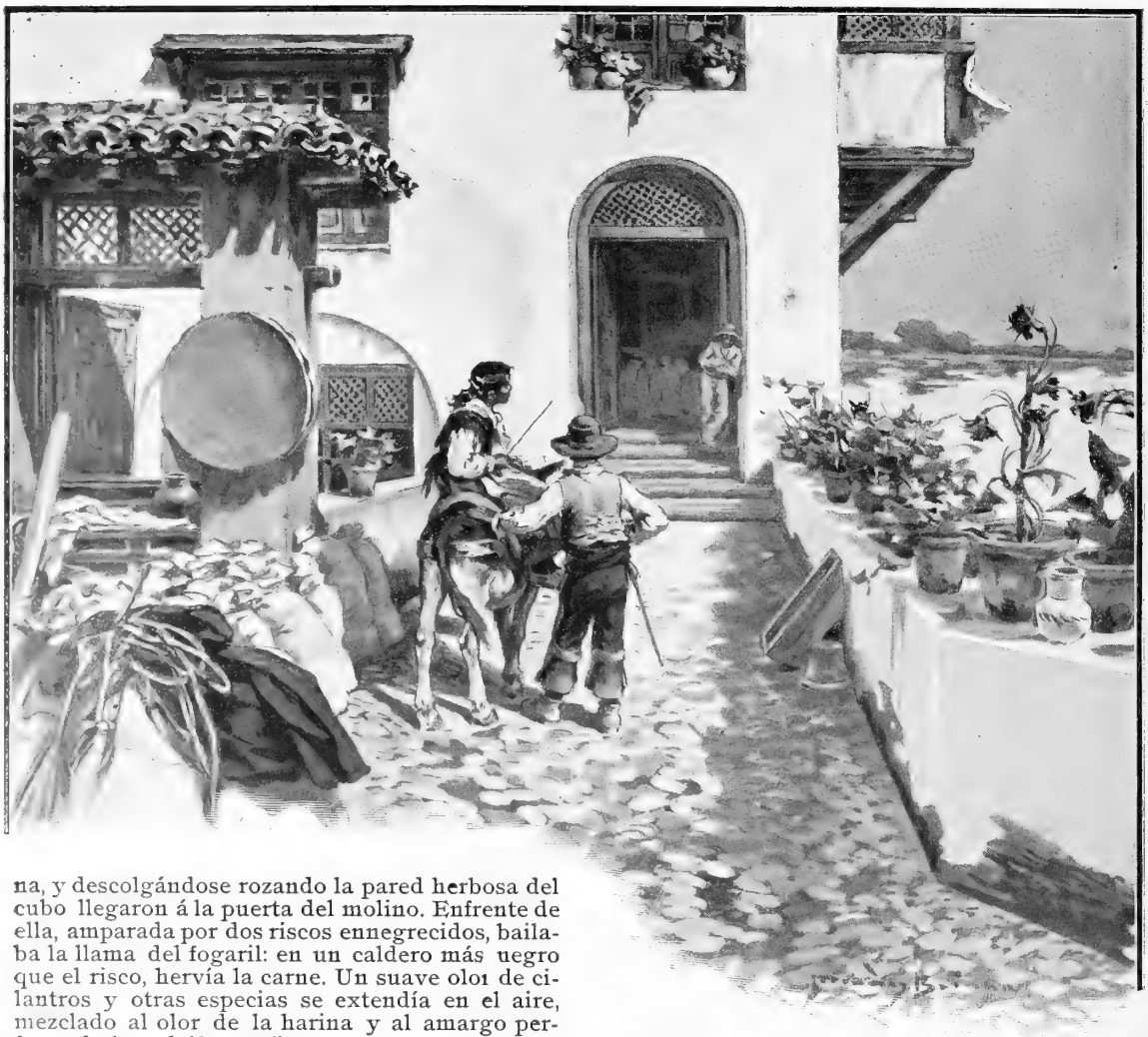
El muchacho limpióse las manos en los zahones y soltando la vaca brincó entre la hierba.—Pues si hay chanfaina, vamos allá. ¿Mariquilla, vendrás hogaño á escarmenar lino?—¿Qué me darás?

—Te daré una cuchara de raíz de madroña, que es buena para el mal del querer.

—Ya tengo. Y barbas de la encina vieja, con dos hojas de roble en que dice «Jesús.»

El sol llenaba todas las cañadas, todos los prados. El camino parecía á lo lejos una cosa viva y ondulante que se amoldaba á las curvas del arroyo. Allá abajo se alzaba la copa lobulada de la encina de tres troncos unidos en su base.

Mariquilla y el muchacho bordearon la presa, á nivel de la que se veía el techo cubierto de hari-



na, y descolgándose rozando la pared herbosa del cubo llegaron á la puerta del molino. Enfrente de ella, amparada por dos riscos ennegrecidos, bailaba la llama del fogaril: en un caldero más negro que el risco, hervía la carne. Un suave olor de cilantros y otras especias se extendía en el aire, mezclado al olor de la harina y al amargo perfume de las adelfas en flor.

—A tiempo llegáis,—dijo el molinero, un viejecillo tan blanco que parecía lleno de escarcha.

—¿No anda el molino?

—Ahora va á andar. Ya hay agua bastante. ¿Cuál es tu talega? ¿No es ésta? Esta es.

—Espere, tío Frasco, quiero verle dar vueltas.

—No te arrimes al rodezno, que es como el querer. Cuando agarra, no suelta.

Asomada á la covacha, respiró aquella humedad de riscos sudorosos, cubiertos de culantrillos: en cada hoja temblaba una gota azulada. En el fondo vió la rueda negra de hierro; oyó á tío Frasco trajinando arriba, llenando la tolva, subiendo hasta el cubo. En seguida sintió un ruido profundo de fauces que se llenan, y de golpe, por entre las sentadas cuñas, salieron unas espadas de agua, fieras, violentas, tan continuas y rígidas como el acero.

La rueda empezó á girar rápidamente: arriba volteaba la muela, y la cítola marcaba el ritmo. Un polvo tibio espesaba la faldilla de arpillera y volaba en el aire. Las pestañas de Mariquilla se pusieron albinas. Daba gozo aquel olor de pan.

—¿Qué traes, malino?

—Un nido de oropéndolas que cogí en un castaño.

—Nido sin huevos, trae mala suerte,—dijo el molinero.

—¿Sabes, Mariquilla, que por San Alberto cumpliré quince años? Ya soy un hombre.

Y hablaron de cosas muy dulces, envueltos en la lumbre solar que se extendía por los campos. El ritmo de la cítola parecía un canto de labios alegres: el son bronco de las espadas de agua, hiriendo el rodezno, salía de la cueva entre borbotones de espuma, como latido de corazones profundos. Dos pájaros negros y amarillos piaban dolorosamente, buscando de rama en rama el nido que no parecía...

—¿Qué, os váis sin probarla?—gritó el viejecillo quitando el caldero de la llama. Un olor de cilantros y otras especias llenó el aire del rellano, mezclándose al amargo perfume de las adelfas.

—Es tarde, y el camino es largo.

—Por despacio que lo andéis, corto os parecerá. Sé de estas cosas... ¿No véis que soy viejo?

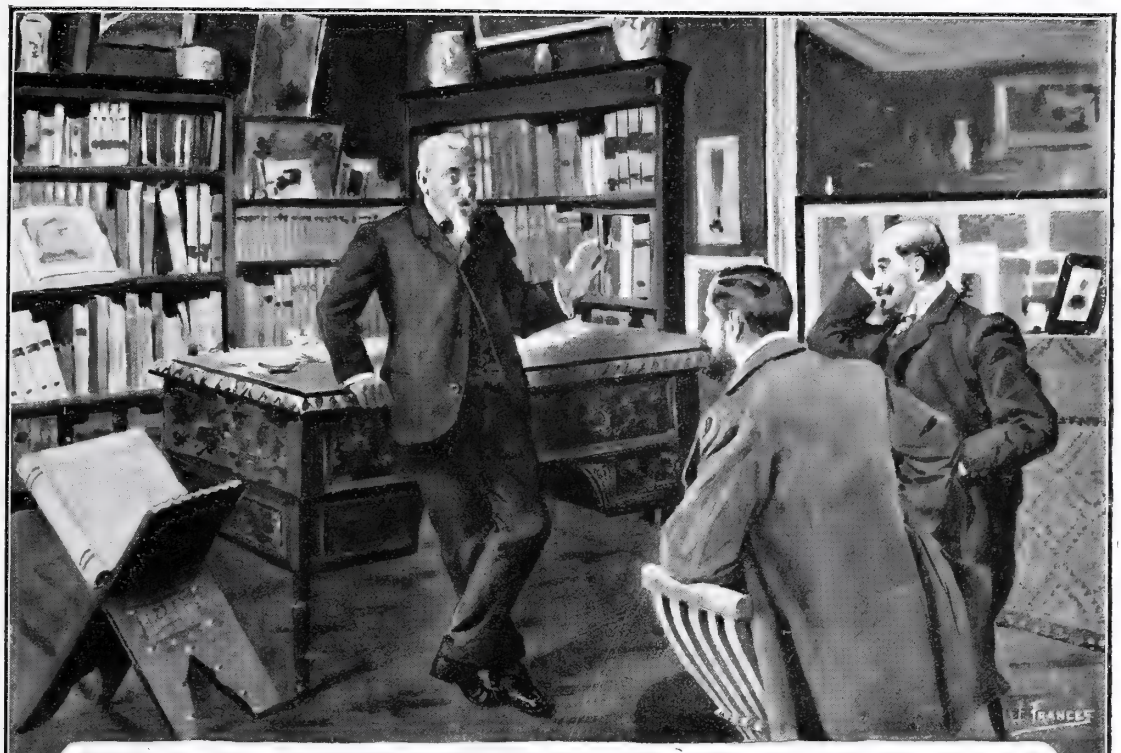
Al llegar al prado se apartaron: siguió Mariquilla oyendo el son de la esquila que la despedía. Allá á lo lejos volvió á sonar como un jadeo el acompasado mordisco de la sierra.

Ascendía por la ladera, entre sembrados de centeno. En la cumbre veía su chocil, y detrás los grandes robles oscuros con su blando follaje de terciopelo... ¿Qué decía aquel manso bramar de la arboleda, aquel zumbido de las mieses, aquel brusco aleteo de las perdices asustadas, aquel sonido vago del aire celeste...?

«¿Sabes que por San Alberto tendrá quince años?» El campo entero no decía otra cosa.

JOSÉ NOGALES

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA



SINCERIDAD

—¿Con que una piececita?...
¡No me parece mal, amigos míos!
¿Y ustedes solicitan mi consejo,
mi protección, mi ayuda y mi prestigio!
¡Pues se han lucido ustedes
viniéndome á buscar con tal motivo!

***

¡No, por Dios! Ante todo,
guárdense el *mamotreto* en el bolsillo,
pues no han de convencerme
colocándome todo el manuscrito.
Me figuro lo que es, y de antemano
conozco las escenas y los tipos,
los números de música,
los efectos, los chistes y el estilo.
Por mucho que hayan hecho, de seguro
para romper los moldes, hoy antiguos,
no habrán podido ustedes
prescindir de elementos tan precisos
como son los paletos y los chulos,
las niñas cursis y los pollos tímidos,
las patronas groseras, los maestros,
los alcaldes, los síndicos,
los maridos celosos, las esposas,
más celosas aún que sus maridos,
y los burros que *salen* sin llamarlos
como muchos autores que *salimos*.
Les aseguro á ustedes
que, sin querer, siguieron el camino
por donde fueron desde ya hace mucho
los mil autores *que en el mundo han sido*.

***

Por eso, antes de nada,
puesto que me lo piden, yo me obligo
para ser tan sincero con ustedes
como sincero soy conmigo mismo.
Es inútil que yo, con gran empeño,
les recomiende á ustedes en un sitio
donde el mérito propio solamente
puede abrirse camino.
Ni llevando un mensaje de Silvela,
que hoy preside el Consejo de ministros,
logran ustedes que el señor de... Gómez,
empresario de Eslava ó... de otro sitio,
sacrifique sus propios intereses
y les ponga en escena el juguetito...
¿Que sí? ¿Que lo consiguen?
¿Que tiene un verdadero compromiso
el empresario *tal* con el Gobierno
y estrenará la pieza? ¡Convenido!
Pero vamos á ver: y si la noche
que podemos llamar *del sacrificio*,
los señores que toman su butaca
pagando más del precio convenido,
no se ríen de un chiste
ni encuentran nada del aplauso digno
y acaban por *usar* de los bastones
para dar su opinión y hacer juicio,
¿les van ustedes á obligar que callen
y suspendan las voces y los gritos,
diciéndoles á todos que Silvela
les ha recomendado y protegido...?

***

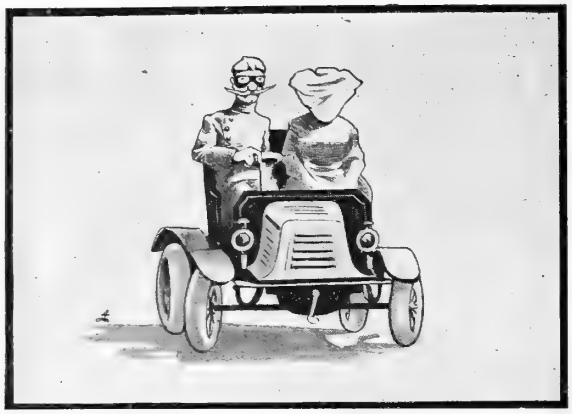
Con que ya ven ustedes si es inútil
que busquen mi favor y mi prestigio...!
No discuto el valor de su sainete;
lo doy por admitido;
¡y como tenga gracia, se lo aplauden
sin recomendaciones de ministro...!

FÉLIX LIMENDOUX

DIBUJO DE J. FRANCÉS

¡EL AUTOMÓVIL, MAMÁ...!

HISTORIETA EN SEIS CUADROS, POR ATIZA



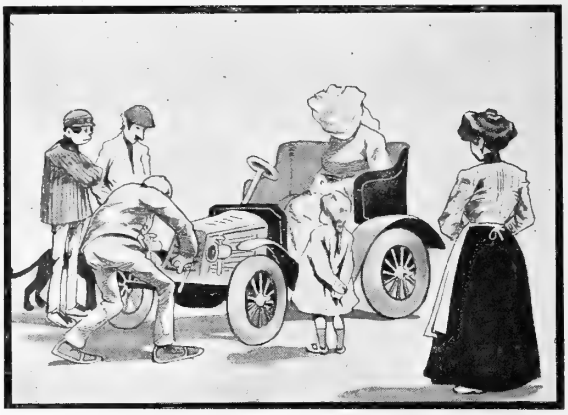
1.—Vamos a entrenarnos para la carrera París-Madrid. Es preciso á toda costa que quedemos en buen lugar, porque si no, ¿para qué quiere uno máquina de 30.000 francos?

2.—¡Admirable! ¡Nueve kilómetros en los primeros cinco minutos! ¡Qué marcha la nuestra! ¡Me río yo de la *Marcha de las Antorchas número 2!*

3.—¡Caramba, parece que este aparato comienza á cansarse!

—Yo creo que va á parar.

—Que pára... que pára... ¡que paró!



4.—¿Si estará aquí la dificultad? Por más que hago, no veo en qué diantres consiste...

—No, mira: á mí se me figura que la dificultad debe de estar por ahí...

5.—Tenías razón: se te ha ocurrido una idea salvadora. Aquí, aquí le duele.

—¿Lo ves? Si no hay como tu mujercita para salir bien de estos tropie...

6.—¡Aaaaah!

—¡Uuuuuh!

—¡Eeeeeh! ¡A ese, al automóvil, que se me escapa!

—¡Ahora sí que hemos quedado en buen lugar!

AÑO TRECE Y NUMERO 627 MADRID DIA 9 DE MAYO DE 1903

BLANCO Y NEGRO

LA MANIFESTACIÓN OBRERA DEL 1.º DE MAYO EN LA CIBELES
FOT. ASENJO

LA SEMANA PASADA

La fiesta socialista del 1.º de Mayo, que aún no hace diez años constituía el terror de los burgueses y el espanto de las clases que por ella se creían amenazadas en su tranquilidad y beatitud, va convirtiéndose, conforme pasa el tiempo, en un día más de grata expansión para la clase obrera. Cada vez también va siendo mayor el número de trabajadores que á la fiesta concurren, y más loables la cordura y templanza que demuestran, tanto en sus palabras como en sus actos.

Quien viese la manifestación obrera de Madrid, en la que no hubo de imponente nada más que el número de los manifestantes, y quien mirase á éstos por la tarde divididos en grupos, regalándose alegremente con substanciosas meriendas en los mal llamados campos que cercan la capital, y hasta en pleno paseo de la Castellana, podía pensar, y de fijo acertaría, que no hay motivo serio para que los hombres de orden ni las clases gubernamentales tiemblen ante eso que los periódicos reaccionarios llaman *las amenazas del proletariado.*

En estas mismas columnas publicábamos no hace mucho la fotografía del derrumbamiento del *Campanile* que se alzaba en la hermosa plaza de San Marcos de Venecia.

Pero Italia no es España. Allí lo que se derrumba pronto se reconstruye, y los venecianos, celosísimos amantes de sus glorias arquitectónicas y fieles continuadores de una brillante tradición artística, se han apresurado á proyectar y han colocado ya la primera piedra de un nuevo *Campanile*, que será más gallardo y arrogante aún que el destruído últimamente.

COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA DEL NUEVO «CAMPANILE» EN VENECIA
FOT. ALFIERI Y LACROIX

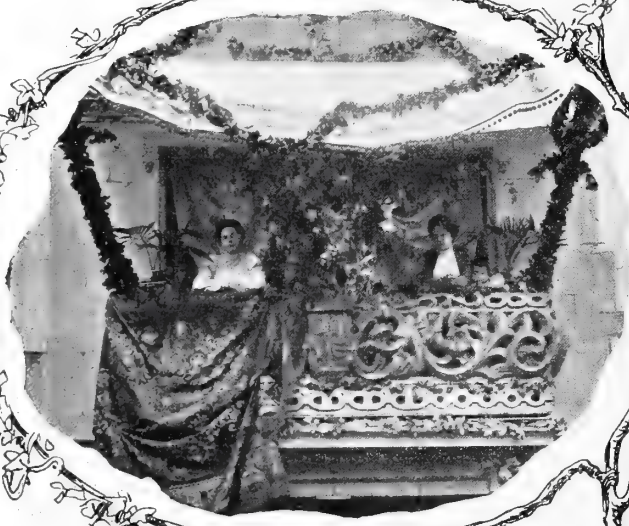
La ceremonia no tuvo, no podía tener el carácter de una mera función oficial, sino que todo el noble pueblo veneciano tomó parte en ella dando grandes muestras de alegría. Previamente se habían repuesto en sus sitios los elevadísimos mástiles que sustentan el pendón veneciano, y que también perecieron al caer á tierra el *Campanile*.

PERO si aquí no solemos ser muy diligentes para reconstruir lo arruinado, en cambio tenemos ciudades hermosas como Sevilla que viven ufanas y satisfechas del presente y saben dar carácter artístico á todas sus fiestas y alegrías.

Buena prueba de ello es el originalísimo concurso de balcones adornados artísticamente convocado por el Municipio sevillano con motivo de las fiestas de la feria. Como pueden juzgar nuestros lectores por las fotografías que publicamos, ha sido el adorno de balcones y fachadas una prueba del buen gusto que en Sevilla no es patrimonio de ninguna categoría social, sino herencia de ricos y pobres, de grandes y pequeños. Y el acierto más grande que han tenido los *autores* de los balcones premiados ha sido aprovechar para la ornamentación de éstos principalmente las dos cosas más bonitas de Sevilla: las flores y las sevillanas.

DON RUPERTO

CONCURSO DE BALCONES EN SEVILLA
PREMIO DE HONOR
FOT. BARRERA



SEGUNDO PREMIO FOT. BARRERA

BALCÓN DECORADO POR EL AYUNTAMIENTO
FUERA DE CONCURSO FOT. CEMBRANO

PRIMER PREMIO FOT. BARRERA

KETTY Y SU «KING CHARLES», POR MONTESERÍN.

CROQUIS AFRICANOS

El barco del Desierto

UN CORREO

TAL es el poético nombre que los árabes dan á su más bella conquista, al camello, preciosísimo animal, fuerte como el buey, paciente y manso como el asno, más brioso que el mejor caballo, más fiel que el perro de buena raza. El amor del árabe á su camello es una de las afecciones más tiernas y delicadas de la humanidad: relación fundada en mutuos y continuos sacrificios, estrechada por días, meses y años de sufrimientos cual los que engendra y acarrea el vivir en el desierto, y á veces sellada con la muerte, como los grandes amores humanos.

Un apotegma árabe dice: «En el *socco*, un hombre vale por diez camellos; pero en el desierto, un camello vale más que diez hombres.»

Y así es, efectivamente, puesto que un camello de mediana fuerza y de regular alzada puede hacer jornadas de diez á doce horas, y aún más, cargado con cincuenta arrobas de peso, comiendo poquísimo y sin beber, bajo un sol como el del desierto de Sahara y con un ambiente en el que los hombres apenas pueden respirar.

Pero aparte las ventajas y excelencias materiales del inapreciable animal, aparte las conocidas virtudes del camello vivo y las casi milagrosas cualidades del camello muerto, justo es hacerse cargo de la enorme influencia que dichas condiciones tienen en la manera de ser y en el carácter de los árabes, en la envidiable independencia de su vida, en la persistencia de sus hábitos tradicionales, porque un árabe poseedor de un buen camello es como un hombre con una sola inteligencia, pero servida por veinte brazos y veinte piernas: puede osarlo todo y emprenderlo todo, con una seguridad y una audacia de que no tenemos idea los que vivimos bajo techado con el ferrocarril á la puerta de casa y el teléfono al alcance de la mano.

EN EL ABREVADERO

EL ARADO EN EL DESIERTO

Se ha ponderado mucho la fealdad del camello por aquellos individuos que teniendo un criterio limitadísimo en materia estética, toman como tipo de cuadrúpedos al caballo. Un gran escultor inglés, ya fallecido, tuvo la originalísima idea de dar prácticamente un mentís á semejante preocupación, y al hacer la estatua del ilustre general y mártir inglés Gordon, colocó la figura de éste sobre un camello, como convenía á un soldado que usó preferentemente esa cabalgadura en sus campañas de Egipto y Abisinia. Y la estatua es mucho más hermosa que casi todas las ecuestres que se ven por ahí.

W. & B.

UNA CARAVANA

El alma de Sirena

Ya los cipreses del camposanto no resaltaban sobre fondo de púrpura sino sobre el lánguido matiz de agua marina que precede á la obscuridad. Leonelo, llevando en un cestillo su cosecha de flores de muerte, salió del recinto, y por el sendero apenas abierto entre la hierba húmeda, se dirigió á la quinta, en cuyas vidrieras aún espejeaba el último rayo del sol poniente.

Llenaban y acentuaban la soledad ruidos extraños, cadencias amortiguadas, suaves, que sugerían algo no perceptible para los sentidos. Eran quizá susurros de follaje estremecido por los dedos de sombra de la noche; revuelos de aves acomodándose en el nidal, para dormir erizando sus plumas; quejas flébiles del agua, que en las horas nocturnas solloza libremente, sin tener que reprimirse ante la alegre y burlona mirada del sol; resonancias del mar en la no lejana playa, propagadas en el aire tranquilo, con fúnebre solemnidad de hondo canto gregoriano; y, transmitidas de eco en eco, estrofas de cantares pastoriles, allá en el monte, donde se recogían al establo los lentos bueyes y las vacas de temblantes ubres. Leonelo se detuvo un instante, acortado de aliento, y se sentó en una piedra vieja, toda mullida de musgo, á escuchar aquel concierto vagamente difundido por los ámbitos del aire sosegado ya. De la cestilla ascendía aroma: Leonelo, al aspirarlo, sintió una embriaguez de recuerdos. Se levantó y continuó su camino.

Pasó la verja de la quinta. Moro, el perro de guarda, le recibió con la alegre y humilde efusión de costumbre. Todas las puertas estaban abiertas; en la salita, sobre la gran mesa de rudo castaño, el criado había puesto la encendida lámpara, y contra su tubo de cristal las falenas, idealistas empedernidas, soñadoras de la luz, se destrozaban las alas de polvillo de plata y los corseletes de felpa, cayendo abrasadas en un éxtasis de martirio. Leonelo se encajó en el sillón de cuero lustrado por el uso, y colocó ante sí el ligero cesto de mimbres: las flores cortadas lo colmaban en gracioso y artístico desorden.

—¡Las mismas flores, las mismas que crecen á la orilla de la presa del molino, en el sendero, en los matorrales de la linde, en cada rincón!—murmuró alto, con asombro inmenso. Hasta aquel instante no se había dado cuenta del hecho sencillo y maravilloso: las flores del camposanto eran exactamente idénticas á las otras, á cualesquiera. Las manzanillas tenían el propio olor amargo, igual blancura abrasada en el centro por toque súbito de rubor; las trigueñas madreselvas, igual penetrante aroma; las cicutas, el eterno oro vivaz de sus pétalos; las digitales, la habitual primorosa elegancia de sus campanas atigradas y velludas. ¿Era posible que no se diferenciasen de las que sólo absorbían jugos de terruño, aquellas flores nutridas con la sustancia de *alguien* que le había amado á él, que le había amado tanto, hasta la última hora del vivir?

Sobre la fosa de Sirena—fué depuesta en tierra, hasta sin ataúd, por su expresa voluntad—brotaban aquellas flores que Leonelo contemplaba fascinado, á las cuales preguntaba secretos de la región desconocida. Si el mundo fuese algo más que incoherente sueño; si bajo las apariencias estuviese oculta la raíz sagrada de la verdad—las flores que Leonelo revolvía con diestra febril debían manar sangre y gotear llanto. No lucía en ellas sino el primer rocío vespertino, pálido aljófar apenas visible. El alma de Sirena no se escondía en sus cálices.

Por la ventana, abierta sobre el cortinaje movible y frondoso del jardín, entró con ímpetu algo negro, que vino á batir contra la lámpara y mató la luz, arrancándola un estertoroso gemido. La sala

quedó á obscuras, y al rostro del aterrado Leonelo se adhirieron dos como palmas de manos frías, palpitantes, y unos labios glaciales, yertos para siempre. Leonelo echó atrás la cabeza y se desvaneció, de terror, de superstición, de un miedo sobrenatural al beso funerario que recibía.

Cuando recobró el conocimiento, el criado estaba allí: había vuelto á encender la lámpara, cerrado la ventana, y á toallazos aturdido al murciélago, que semivivo yacía encima de las flores, apagando la alegría del colorido con la mancha de humo de sus alas encogidas y de su cuerpo de visión goyesca.

—¡Un avechucho horrible! —pensó dolorosamente Leonelo.—¡No fué tampoco el alma de Sirena la que me acarició la cara!

Se levantó vacilando; se dirigió á su dormitorio y descolgó de la cabecera de la cama una pálida miniatura, con cerco de oro cincelado. La aproximó á la lámpara y surgió una figurita con traje blanco, encuadrada en una orla de castaños cabellos. Leonelo se esforzaba en reconstruir, con los rasgos de la miniatura, la imagen familiar de la mujer que ya iba borrándose allá dentro de su memoria. ¿Era Sirena, la verdadera Sirena? ¿Qué, tenía aquel cuello delgado, aquel talle redondo, aquel corte de cara que se prolongaba hacia la barbilla, aquellas sienes deprimidas, aquellos ojos? ¡No: los ojos de Sirena no podían retratarse! ¡Miraban de otra suerte, con una expresión tan distinta! Lo que miraba por los ojos de Sirena era también su alma, un alma intensa, de múltiples capas agitadas y espumantes que terminaban en sereno fondo, criadero de perlas magníficas. El pintor se había limitado á copiar un fugaz momento de expresión del mirar de Sirena: tal vez aquél en que, pudorosa ó fatigada, su alma se recogía al santuario, y aparecía únicamente en las anchas pupilas el agua muerta, el cendal que encubre los misterios. Leonelo depositó la miniatura sobre la mesa, apoyó en ella los codos, descansó la frente en las cruzadas manos, y, cerrando los ojos, prestó oído, involuntariamente, al ritmo de su corazón.

Lo sintió desigual, ora precipitado y violento, ora desmayado, torpe, confuso. Ya se activase, ya se adormiese, causaba á Leonelo un dolor sordo, fijo—cual si una mano estuviese comprimiendo la víscera, sin estrujarla, gozándose en percibir y prolongar el sufrimiento. Dominando la sensación, flotaba en el cerebro la idea triste: «No la encuentro, no la encontraré en ninguna parte, nunca. Es inútil que llame á su alma; no está ni en las flores, ni en el aire, ni en la placa de marfil de una miniatura...» Como si desde lejos le respondiesen, su corazón, entre los dedos infatigables, atormentadores, se debatió, saltó, y con su aleteo formó una palabra, zumbadora en los oídos. Decía: «aquí».

—¡Aquí! repitió con alocada vehemencia Leonelo. No podía dudarlo: el alma de Sirena ¿dónde había de estar? Libre ya de su cuerpo, libre de toda traba, libre en absoluto,—se había refugiado en el sitio preferido, de elección. Y era ella la que, poco á poco, para mejor delatar su presencia, oprimía el corazón olvidadizo, le obligaba al recuerdo. Quedamente, quedamente, zumbando de un modo sordo y fatídico, repetía:

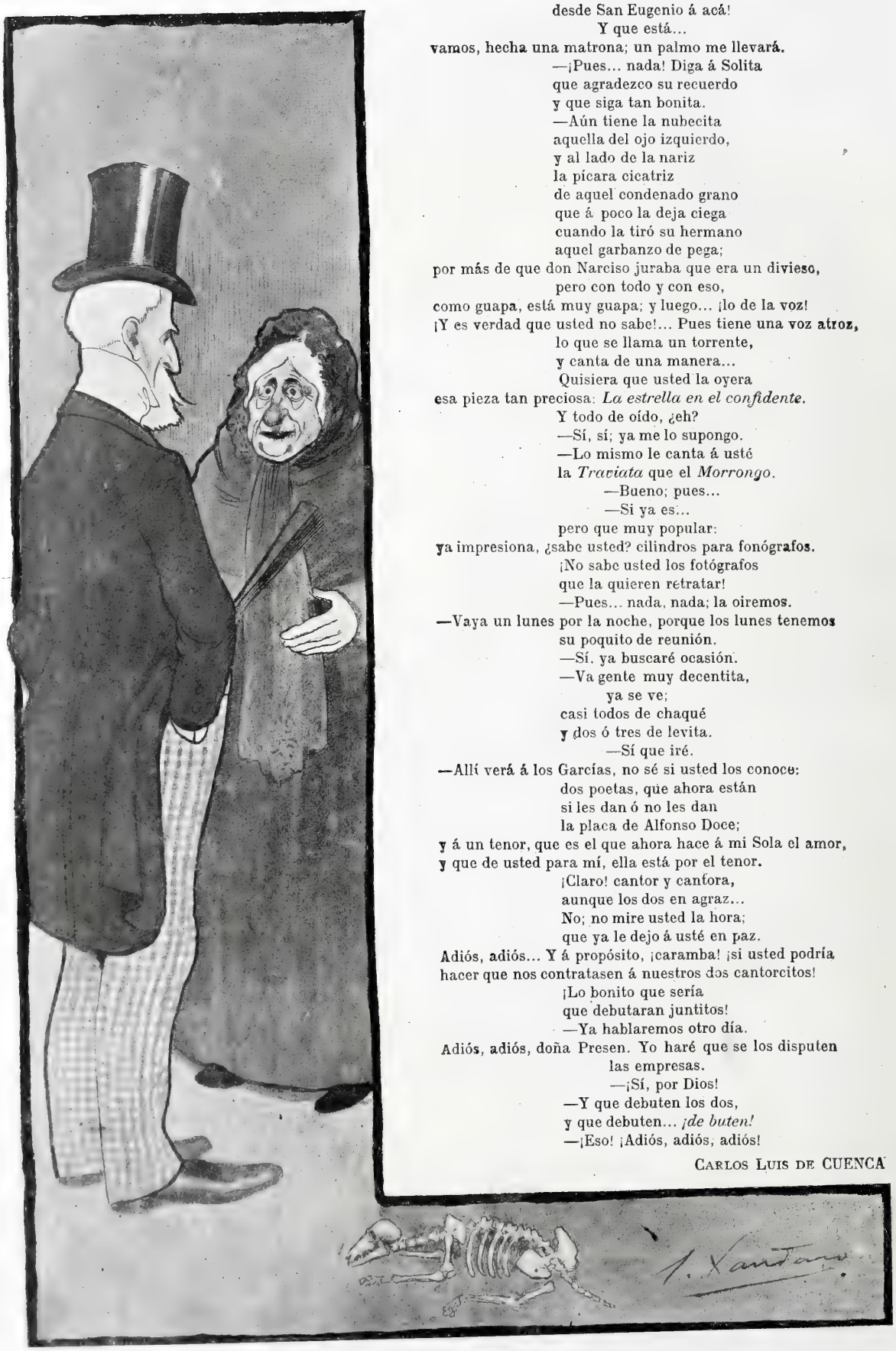
—¡Aquí! ¿Por qué me buscabas fuera?

EMILIA PARDO BAZÁN

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

ENTRE PRISA Y PRISA

HOMBRE, guarde usted la bolsa, pero salude á la gente.
—¡Caramba! ¡Si es doña Presen!... No la había conocido.
—¡Como va usted tan de prisa!...
—Y á un asunto muy urgente
—Pues siento la mar, entonces, el haberle detenido;
¡sí que lo siento la mar!
—¡Por Dios! ¿Quiere usted callar?
Yo sí que siento ir de prisa; pero en fin, ya habrá ocasión
de que echemos un gran párrafo... Bien, doña Presentación,
¡por usted no pasan días!
—¡Siempre el mismo! ¡Tan guasón!
—Que no es guasa:
¡que la encuentro á usted más joven que cuando estaba en su casa!
—¡Ay qué risa!
¡En el Dulcísimo!... Pero los dos estamos de prisa;
á usted le espera su asunto.
—Y á usted sus huéspedes, ¿eh?
—¡Otra! Si *los traspasé.*
—¡Caracoles! ¡Pobre gente!
—Sí señor, dejé la casa; pero no fué mayormente
por temor á la fatiga
ni al trajín...
porque, no es ponerme moños ni está bien que yo lo diga,
pero en fin,
donde haya habido mujeres de esas que no pierden ripio
y donde haya habido casas de diez reales con principio,
no hay que hablar
de si la Presentación se ha podido presentar,
y eso usted mejor que nadie lo comprende.
—¡Lo comprendo!
—¡Pero usted tenía prisa y lo estoy entreteniendo!
—Sí, da la casualidad...
—Por lo demás, usted sabe y toda la vecindad
que yo tengo arranque aún
y fuerzas para aquel trote;
pero ahí tiene
usted lo que son las cosas, ahora ya no me conviene,
y de no salirme algún
señor solo ó sacerdote...
—¿Con ó sin?
—¡Vaya! No sea usté atroz ni hable usted con retintín,
porque le suelto el quién vive;
demasiado sabe usté
que lo digo *al respective...*
—¿Al... respective de qué?
—De que ya no es como antes,
y no está bien que mi casa esté llena de estudiantes
habiendo una señorita.
—¿Quién?
—¡Otra! Pues... ¡mi Solita!
—¿Solita? La niña aquélla...
¡Y es verdad!
¡Ay, Soledad, Soledad!
¡que no me acordaba de ella!
—¿No? ¡Bendito y alabado!... ¿De veras? ¡Qué disparate!
Pues ella bien que se acuerda de usted de cuando la daba
la sopa de chocolate
cuando era chiquirritita.
Las veces que me pregunta: «¿Y el señor de la sopita?»
¿Qué hora es ésta? ¡Los tres cuartos! ¡Y usted tenía que hacer!
—¡A los pies de Soledad, que ya será una mujer!
—¡A ver!
¡Diez y siete y lo que va

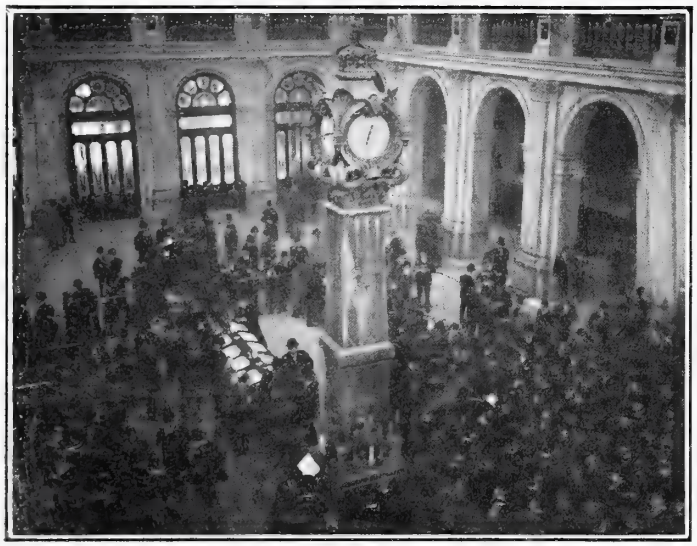


desde San Eugenio á acá!
Y que está...
vamos, hecha una matrona; un palmo me llevará.
—¡Pues... nada! Diga á Solita
que agradezco su recuerdo
y que siga tan bonita.
—Aún tiene la nubecita
aquella del ojo izquierdo,
y al lado de la nariz
la pícara cicatriz
de aquel condenado grano
que á poco la deja ciega
cuando la tiró su hermano
aquel garbanzo de pega;
por más de que don Narciso juraba que era un divieso,
pero con todo y con eso,
como guapa, está muy guapa; y luego... ¡lo de la voz!
¡Y es verdad que usted no sabe!... Pues tiene una voz atroz,
lo que se llama un torrente,
y canta de una manera...
Quisiera que usted la oyera
esa pieza tan preciosa: *La estrella en el confidente.*
Y todo de oído, ¿eh?
—Sí, sí; ya me lo supongo.
—Lo mismo le canta á usté
la *Traviata* que el *Morrongo.*
—Bueno; pues...
—Si ya es...
pero que muy popular:
ya impresiona, ¿sabe usted? cilindros para fonógrafos.
¡No sabe usted los fotógrafos
que la quieren retratar!
—Pues... nada, nada; la oiremos.
—Vaya un lunes por la noche, porque los lunes tenemos
su poquito de reunión.
—Sí, ya buscaré ocasión.
—Va gente muy decentita,
ya se ve;
casi todos de chaqué
y dos ó tres de levita.
—Sí que iré.
—Allí verá á los Garcías, no sé si usted los conoce:
dos poetas, que ahora están
si les dan ó no les dan
la placa de Alfonso Doce;
y á un tenor, que es el que ahora hace á mi Sola el amor,
y que de usted para mí, ella está por el tenor.
¡Claro! cantor y cantora,
aunque los dos en agraz...
No; no mire usted la hora;
que ya le dejo á usté en paz.
Adiós, adiós... Y á propósito, ¡caramba! ¡si usted podría
hacer que nos contratasen á nuestros dos cantorcitos!
¡Lo bonito que sería
que debutaran juntitos!
—Ya hablaremos otro día.
Adiós, adiós, doña Presen. Yo haré que se los disputen
las empresas.
—¡Sí, por Dios!
—Y que debuten los dos,
y que debuten... *¡de buten!*
—¡Eso! ¡Adiós, adiós, adiós!

CARLOS LUIS DE CUENCA

PAISAJES ANDALUCES. LAVANDERAS EN EL GUADAIRA, POR GARCÍA Y RODRÍGUEZ.

LA BOLSA DE MADRID



SALÓN DE CONTRATACIONES

El palacio de la Bolsa y el del Banco tienen distinta arquitectura, porque tienen también distinto espíritu. El Banco es una losa de enormes proporciones, que pesa á un tiempo sobre el paseo del Prado y sobre la nación. La Bolsa es un hermoso edificio de líneas serenas y monumentales. Está abierta á los cuatro vientos para que éntre y salga la fortuna como en su casa. La planta es irregular, y el interior tiene más simpatía que grandeza. Es lo que debe ser una Bolsa madrileña donde se pierde todo y se gana todo «en confianza»; donde llega la riqueza para unos, y para otros el desastre sin ninguna solemnidad, como en familia.

Para nosotros los profanos, la Bolsa es la cocina en que se guisan los millones. Salen de la tierra, atraviesan montes y mares, y allí van á zambullirse en la cartera de un agente colegiado. Hay muchos que los esperan y que van á buscarlos todos los días, atravesando el Prado y entrando de dos á tres por la puerta de la calle de Juan de Mena. Para ellos el salón de contrataciones es el campo de batalla. La consulta á los bien informados, el secreteo en los pasillos, la persecución del pez gordo que descubre su juego en el *parquet*, la alarma, el pánico... Son dos horas de fiebre bajo la presidencia inexorable del reloj central, que se alza sobre su pilar de mármol indicando que el tiempo no se detiene y va derecho al fin de mes.

En el «corro grande», alrededor del *parquet*, en que se mueven los agentes, aparecen todos los días los héroes de las novelas de Balzac, los dueños y las víctimas de «L'Argent». Junto á los bolsistas y á los que por

JUNTO AL «PARQUET»

LOS CORREDORES DE COMERCIO

oficio se mezclan en la oferta y la demanda sin otro interés que el de servir á sus clientes, están las aves de paso, las destinadas á sufrir irremisiblemente el cañazo de una liquidación ruinosa. Son los pobres que juzgan y predicen los sucesos según su criterio personal: los que entran en Bolsa diciendo «¡Esto es pan comido!» y acaban por no tener pan que comer. Desde que se fundó la Bolsa de Madrid en 1831, sobre las mesas del café del Espejo, con dieciséis agentes colegiados y dos docenas de comitentes, ¿cuántos de estos ilusos habrán desfilado por ella? Los bolsistas antiguos los conocen al llegar y saben por experiencia cuál es el calvario que les espera.

La suma de energías que en aquel recinto se han gastado, la cantidad de esfuerzos que allí se han empleado en combinaciones falibles y fallidas, hubieran bastado quizás, bien dirigidas, á remediar no la ruina de un particular, sino la de la nación entera.

Una tarde en la Bolsa, en días de agitación, vale por un curso de filosofía de la vida. Antes de que suenen los timbres y empiecen las primeras ofertas, atraviesa por los pasillos un viento de inquietud y de zozobra. Los que llegan aguardan en silencio. «Barcelona viene muy bajo.» «En París lo han hundido un entero.» Aparecen las grandes figuras de la banca, los que se reservan para las situaciones apuradas. Entran en el corro. Todos venden. Crece el pánico y funciona sin descanso la oficina de Telégrafos. Van y vienen las órdenes, y parece que España entera desciende al fondo del abismo á medida que baja el signo de su crédito. Los peces chicos van arrastrados á la zaga de los capitalistas, y cuando llega la noticia salvadora, la reacción, el alza inevitable, para ellos es ya tarde. Los ujieres echan á los rehacios á las gradas de la plaza de La Lealtad y transcurre la hora oficial y se disuelve el corro de la calle y acaba la batalla del día. No hay «muertos vistos»; no se muestra el dolor de las heridas. Disimulan heroicamente hasta quedarse solos, y cuando nadie los ve, al llegar á su casa, entonces cada hogar es un hospital de sangre.

EL TELÉGRAFO DE LA BOLSA

ÚLTIMA HORA. EN LA CALLE

LUIS BELLO

FOTOGRAFÍAS MUÑOZ DE BAENA

LA DEVOCION DE LAS FLORES

Mayo es el mes de las risas,
Mayo es el mes de las flores:
en Mayo de calor suave
se llenan los corazones
y se ven mejillas frescas
en las rosas de los bosques,
y rosas en las mejillas
de las mozas con amores.
Mayo es el mes de la Virgen,
y á Ella van las devociones
de las almas inocentes
que liviandad no conocen.
Madre del Amor Hermoso»
la llaman con tiernas voces,
y la adornan y la miman,
la entonan dulces canciones
y la festejan con luces
y la agasajan con flores. . . . .
Con la alegría de Mayo
yo no sé qué fuego corre
devorante y misterioso
por entre las venas jóvenes,
fuego que despertar suele
las dormidas sensaciones
y que zumba en los oidos
y que enronquece las voces.
Calor es inexplicable
que sienten ricos y pobres,
que llena los días largos
y alarga las cortas noches,
y en el silencio nocturno
bajo los pechos da golpes
cual de corceles soñados
en fantástico galope . . . . .
Cuando el alba allá en los cerros
sus luces trémulas pone,
la mocita de la aldea
madruga, y ya los albores,
por muy temprano que salgan
la encuentran, la reconocen
y se quiebran en lo espeso
del moño de picaporte,
y el pañuelo de sandía
que talle y seno recoge
y el aparejo redondo
pintan de alegres colores.
En la pared de su cuarto,
que es muy limpio, si muy pobre,
un humilde repostero
de tela y cintas esconde
un viejo cuadro borroso,
donde con sus manos torpes
pintó un artista ignorado
la Virgen de los Dolores.
Una mariposa de oro
vuela ante ella dia y noche;
la luz es su flor de invierno;
mas llega el mes de las flores,
y las más lindas y frescas
la niña devota escoge
para que á la vieja imagen
un hermoso marco formen.
Dentro del marco sonrie
la Virgen: benigna, oye
los ruegos de la mozuela,
y á tanto amor corresponde
bendiciendo sus deseos,
rindiéndole corazones;
por algo de Amor Hermoso
tiene el regalado nombre,
y es su devoción más grata
la devoción de las flores».

W. & B.

DIBUJO DE ALBERTI

NOCHE TOLEDANA

(CUENTO Ú COSA ASÍ)

No era trasnochador Romarico, no, señor; no lo era. Muy al contrario: sin que fuese de los que se acuestan con las gallinas, gustaba muy poco de pasar las noches en claro, y no asistió nunca á las *cuartas de Apolo*. Ni tomaba chocolate en el café á las *altas horas*, ni cenaba en el casino á la salida del teatro, y, por supuesto, ni tiraba de la oreja á Jorge en ninguna parte. Romarico, en sus años juveniles, tuvo muchas novias, no simultánea, sino sucesivamente; conste, en honra suya, esta aclaración; pero bien porque las novias lo dejasen, bien porque él dejase á las novias, Romarico llegó célibe á la que nombraba Espronceda

Funesta edad de amargos desengaños (1)

y renunció definitivamente á ser cabeza de familia, cargo para el cual no se consideraba con aptitudes necesarias y suficientes.

Pero como, por otra parte, aborrecía cordialmente á las patronas, bajo cuyo poder había padecido mientras fué estudiante, solicitó y obtuvo hospitalidad en casa de un su amigo y hasta pariente, si bien al tal parentesco no lo alcanzaba un galgo, y con el amigo y con la familia del amigo habitaba; pagando su escote por supuesto, que tampoco Romarico era hombre dado á vivir de gorra.

Pues, señor, ocurrió cierto día que la familia en cuyo hogar se hospedaba el solterón impenitente tuvo necesidad de trasladarse á Guadalajara y de permanecer allí algunas horas. El patrón y su esposa propusieron al huésped que los acompañase, pero Romarico, agradeciendo con toda su alma la franca invitación, que en otras circunstancias habría aceptado gustosísimo, no pudo acceder á los insistentes ruegos de sus amigos, porque andaba tras de ver á un excelentísimo señor ministro hacía ya muchos meses, y justamente para el día del holgorio había conseguido una audiencia. Como ni Romarico podía renunciar á la entrevista con *Su Excelencia*, ni á sus amigos era conveniente aplazar el viaje, se acordó por el consejo de familia en pleno, que (por aquellas veinticuatro horas y sin ejemplar) hiciera Romarico vida de calavera; que renovara sus travesurillas de estudiante cuando se emancipaba, por breve tiempo, de la tiranía de patronas avariciosas y groseras, y que, después de este paréntesis abierto en su existencia metódica y ordenada, tornase á la vida normal y ordinaria.

II

Y así se verificó, punto por punto.

Nuestro hombre se desayunó en el Suizo; paseó por Recoletos; leyó la prensa diaria y miró los *monos* de las ilustraciones en el casino; almorzó en el Inglés y comió en Fornos; nada, lo que él se decía á sí mismo, restregándose las manos como encantado de todo aquello: «día de crápula, de verdadera crápula».

Las horas transcurridas entre la de almorzar y la de comer, se deslizaron para Romarico en la antesala del ministerio, esperando con la santa paciencia de cualquier émulo de Job á que Su Excelencia pudiera ó quisiera recibirlo.

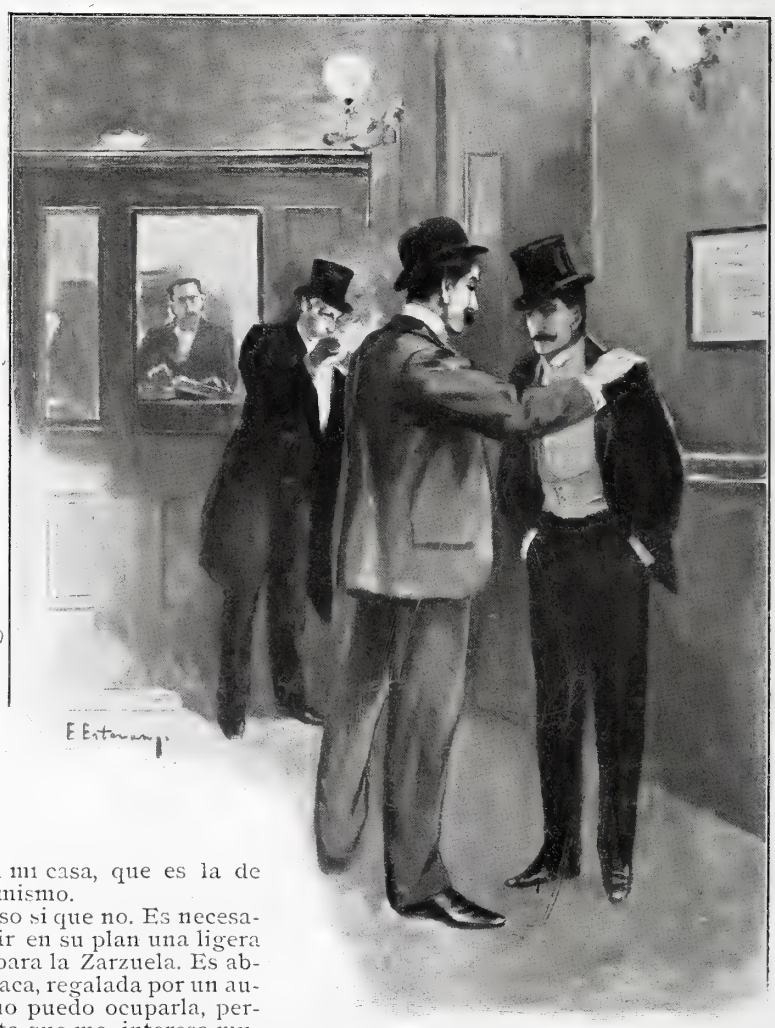
Cuando ya desesperaba de lograr aquel disparatado honor y se disponía á poner término á tan prolongada espera, un portero, profusamente adornado de galones de oro, anunció con voz reposada y grave y sonora la llegada del jefe.

Y llegó el jefe, efectivamente, y recibió en colectividad á las muchas personas que lo esperaban, y

(1) O cosa parecida.

en un verbo despachó las audiencias todas. Un saludo afectuoso, un cambio de sonrisas, un expresivo apretón de manos, tal cual palmadita en la espalda de los privilegiados, y las palabras «descuide usted», «estoy en hacerlo», «la primera ocasión que se ofrezca será aprovechada», etc., etc.; todo esto equitativamente repartido y como automáticamente hecho, constituyó la audiencia tanto tiempo esperada.

De suerte, que todos y cada uno de los que allí habían acudido salían completamente seguros de que Su Excelencia no se había enterado absolutamente de nada, y de que si algo había comprendido por la mayor insistencia de un pretendiente obstinado, lo había dado al olvido el excelentísimo señor antes de salir de la sala. Por fortuna para Romarico, su pretensión le interesaba poco; no hacía gestiones por cuenta propia, sino por encargo de un antiguo condiscípulo suyo que residía en provincias, y que solicitaba un ascenso, al cual tenía perfectísimo y completo derecho; que era de ley y de justicia concederle; y que, está claro, con tales condiciones, tenía lo bastante para no conseguirlo nunca. De esa manera se lo comunicó al interesado al salir de aquella audiencia insípida é incolora; y cumplido ese triste deber de compañerismo, *sin derramar una lágrima á la memoria de aquél*, como el personaje de Narciso Serra, decidió comer en Fornos, proponiéndose que aquel gaudeamus fuese la última calaverada del día.



Pero ¡ay! el hombre propone y Dios dispone; Romarico se había propuesto volver á su hogar solitario aquella noche, á la hora acostumbrada, minutos más, minutos menos; y cuando se preparaba á realizar tan prudente determinación, cátate que se acerca á él un compañero del casino y le pregunta:

—¿Tiene usted algún compromiso para esta noche?

—Hombre, replicó Romarico algo amostazado, yo no tengo compromiso ni esta noche ni ninguna otra.

—Quiero decir, si tiene usted ya decidido dónde va á pasar la velada.

—Sí que lo tengo decidido: en mi casa, que es la de usted, y á donde me voy ahora mismo.

—Eso sí que no, amigo mío, eso sí que no. Es necesario que acceda usted á introducir en su plan una ligera variante. Yo tengo hoy butaca para la Zarzuela. Es absolutamente preciso que esa butaca, regalada por un autor, aparezca hoy ocupada. Yo no puedo ocuparla, porque debo acudir á una cierta cita que me interesa mucho: como le interesaría á usted en igual caso. Con que, nada, lo dicho: usted se va á la Zarzuela, pasa usted un buen rato sin costarle dinero, me hace usted un favor, y yo le quedo agradecido y obligado.

Y no hubo tu tía. Romarico aceptó la butaca y se resignó á recogerse tarde. «Así como así, pensó, hoy no hay nadie en casa y á nadie causa extorsión este retraso. Está de Dios que el día sea por completo de disolución. ¡Quién sabe! Puede ser que esas cosas del género chico me diviertan.»

III

Y allá se fué: al teatro de la calle de Jovellanos. Ocupó su asiento, donde no obstante haber pasado con exceso la hora señalada para comenzar la primera función, reinaba la *espantosa soledad* de que nos habla el insigne autor de *Consuelo*.

Como los minutos pasaban y el público no acudía, pensó Romarico, no sin fundamento, que aquella noche principiarían las funciones por la segunda, visto que para la primera no había espectadores. Se equivocó: los artistas representaron al fin una zarzuelita para los acomodadores y para Romarico, el cual sintió más de una vez impulsos de interrumpir la representación gritando á los artistas: «Basta, señores, basta; por mí no se molesten ustedes más; estoy satisfecho, y lo que falta de la obra lo doy por visto.»

Temeroso de que aquellos señores echasen á mala parte la desinteresada y caritativa advertencia, se contuvo y escuchó sin pestañear toda la obra, que, en verdad sea dicho, le pareció abominable.

En el primer entreacto, es decir, muy cerca de las diez, comenzó á entrar gente.

Romarico estaba justamente en el centro de una fila, y cuando menos lo esperaba, vióse rodeado por señoras, todas guapas y todas elegantes; por lo menos, elegantes y guapas le parecían á Romarico.

A la derecha de éste se sentó una mujer de arrogante presencia, alta, morena, de cabello negro y envuelta en un magnífico abrigo de raso forrado de pieles; á la izquierda tomó asiento una niña rubia, de ojos azules, de tez nacarada, y que parecía figurita de retablo; también llevaba abrigo de pieles. La morena iba en compañía de su marido; á la rubia le acompañaba su padre. Esto es, por lo menos, lo que Romarico supuso, pensando piadosamente de la una pareja y de la otra.

Como si ambas obedeciesen á una misma voz de mando, la rubia y la morena arrojaron airosamente y con desenfado de buen tono en los respaldos de las butacas sus abrigos respectivos, y un olor insoportable, mezcla de alcantor y de naftalina, impresionó repentinamente el nervio olfatorio del desdichado Romarico. Si tratando de evitar el ambiente alcanforado volvía su rostro hacia la izquierda, iban á herirle cruelmente en la pituitaria los miasmas de la naftalina, y viceversa. Martirio era aquél con el cual ni remotamente había contado Romarico y que, sin embargo, es muy frecuente en los principios de temporada, cuando sin las necesarias precauciones, adoptadas en obsequio del prójimo, salen á relucir abrigos cuidadosamente guardados por mujer temerosa de la polilla.

Para remate de fiestas, la morena y la rubia llevaban, según exigía entonces la moda, mangas terminadas en dos formidables globos, de cero y cincuenta de diámetro, con las cuales, y sin ellas pretenderlo ni poderlo excusar, no cesaban de hacerle cosquillas en las orejas.

Las señoras que delante de Romarico se sentaron y á las que no llegó á ver la cara, ostentaban sombreros monumentales, con la fauna y la flora de cualquier región americana; con lo que, dicho se está, que para el infeliz hubo eclipse total de escenario. En cuanto á las hembras que ocuparon las butacas posteriores, sólo pudo decir que ambas tomaron tranquilamente el asiento de Romarico para banqueta, y que no cesaban de darle puntapiés desde que llegaron. Por supuesto, que ellas no lo hacían á mal hacer, no; ni se enteraban siquiera; creían buenamente que aquella butaca estaba allí para eso, y que no molestaban á nadie colocando los pies en ella.

Acordonado de tal modo, y teniendo en cuenta que ninguna de aquellas seis damas cesaba de charlar en voz alta y de reir á carcajadas, dicho se está que Romarico no logró ver una sola escena de la función segunda.

Para entretenerse de algún modo, sacó el periódico que en el vestíbulo del teatro había comprado, y la primera noticia con que tropezaron sus ojos fué la siguiente:

«*La fiesta de los ladrones.*—Hoy, día festivo, han celebrado los cacos su fiesta dominguera de costumbre, robando en una de las habitaciones de la calle de Tal, número Tantos, mientras los inquilinos se expansionaban en los paseos.

Cuando regresen á casa esta noche, se sabrá lo que han robado los ladrones.»

Del efecto que esa lectura produjo á Romarico podrá formarse idea sabiendo que en la casa número Tantos de la calle Tal, era precisamente donde él vivía...

IV

Todo se redujo á una falsa alarma. El noticiero había trocado el número de la casa, y en vez de 17 escribió 71, que no es precisamente lo mismo.

Romarico, que sin pararse en barras había salido como una exhalación del teatro, produciendo en los expectadores extrañeza y aun susto, se tranquilizó cuando supo que lo del robo no iba con él; pero no volvió al teatro, y se metió entre sábanas renegando de los noticieros que alarman, y de los sombreros grandes, y de los pies pequeños y mal criados, y sin poder librarse en toda la noche del maldito olor de la naftalina.

ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ

DIBUJOS DE ESTEVAN

SOBRE la mesa de despacho de todos los diplomáticos, en el gabinete de estudio ó en el saloncillo de lectura de todas las princesas de Europa, se ve desde principios de Diciembre la nueva edición del Almanaque de Gotha.

La del año 1903 es la 140 edición del famoso libro, que comenzó siendo una modesta agenda de bolsillo, en los revueltos años con que terminaba el siglo XVIII.

Desde hace ya mucho tiempo viste uniforme rojo galoneado de oro, como el de los chambelanes del Imperio; luce imperial diadema sobre ramos de laurel y oliva entrelazados, y debajo, en letras de oro, el *Justus Perthes*. Este año se engalana con los retratos de SS. MM. el Rey y la Reina de la Gran Bretaña y de Irlanda, con el de Mr. Teodoro Roosevelt, presidente de los Estados Unidos de la América del Norte, y con el del príncipe de Stolberg-Wernigerode, vicepresidente de los señores mediatizados alemanes.

En ciento cuarenta años de publicación, ese libro ha registrado todos los sucesos memorables del mundo y ha señalado el esplendor y la decadencia de familias que fueron poderosas.

En media página y con media docena de nombres despacha esta ciento cuarenta edición á los Bonapartes, que llenaban muchas páginas al comenzar el siglo XIX.

El príncipe Napoleón Víctor, su hermano el príncipe Napoleón Luis y su hermana la princesa Leticia, casada con el conde de Turín, son los que figuran en primera línea.

Luego sigue la madre de éstos, la princesa Clotilde, viuda del príncipe Jerónimo; la princesa Matilde, hermana de éste, señora de ochenta y tres años, y por último, la que fué la primera, nuestra compatriota la emperatriz Eugenia, que pasea sus tristezas por el mundo.

Y no hay más Bonapartes en la primera parte del Almanaque, como no hay más Borbones reinando que los de España, ni más Braganzas que los de Portugal.

El decano de los soberanos de Europa es, después del Papa, el emperador Francisco José, que comenzó á reinar en Austria y Hungría el 2 de Diciembre de 1848.

Este decanato correspondería á la reina doña Isabel II si no hubiera dejado de reinar, pues subió al trono en 1830, el año en que nació Francisco José.

El rey Cristhián IX de Dinamarca es más viejo que él, pero no ciñó la corona hasta el año 1863, en que sucedió al rey Federico VII.

El monarca más joven es el de España, y la princesa más anciana de las que figuran en el Almanaque es Clementina de Orleans, la única hija que vive del rey Luis Felipe y de la reina María Amelia. Nació en París el año 1817; es viuda del príncipe Augusto de Sajonia Coburgo Gotha y madre de Fernando de Bulgaria.

Le siguen la princesa Matilde Bonaparte y la princesa Alejandrina, hermana del gran duque de Bade, que son de 1820, y la archiduquesa doña Beatriz, madre del pretendiente D. Carlos, que vive retirada en un convento de Austria y nació en 1824.

Las princesas son más en número que los príncipes en las familias reinantes de Europa. El zar Nicolás II tiene cuatro hijas y ningún hijo; el rey de Italia, dos hijas; el emperador de Austria, otras dos; el rey de los belgas, tres; el de Inglaterra, tres hijas y un hijo; el rey de España no tiene más que hermanas. La reina de los Países Bajos, el rey de Rumanía y el de Servia, no tienen descendencia.

Preponderan los varones en la corte de Suecia, pues el rey tiene cuatro hijos y ninguna hija; en la de Alemania, donde el emperador tiene seis hijos y una sola hija; en la de Grecia, seis hijos y una hija.

El rey de Dinamarca tiene tres hijos y tres hijas, que son la reina de Inglaterra, la emperatriz viuda de Rusia, madre del zar, y la duquesa Thyra de Cumberland.

De los varones, el uno es el rey de Grecia; el otro el heredero de Dinamarca, y el tercero el príncipe Valdemar.

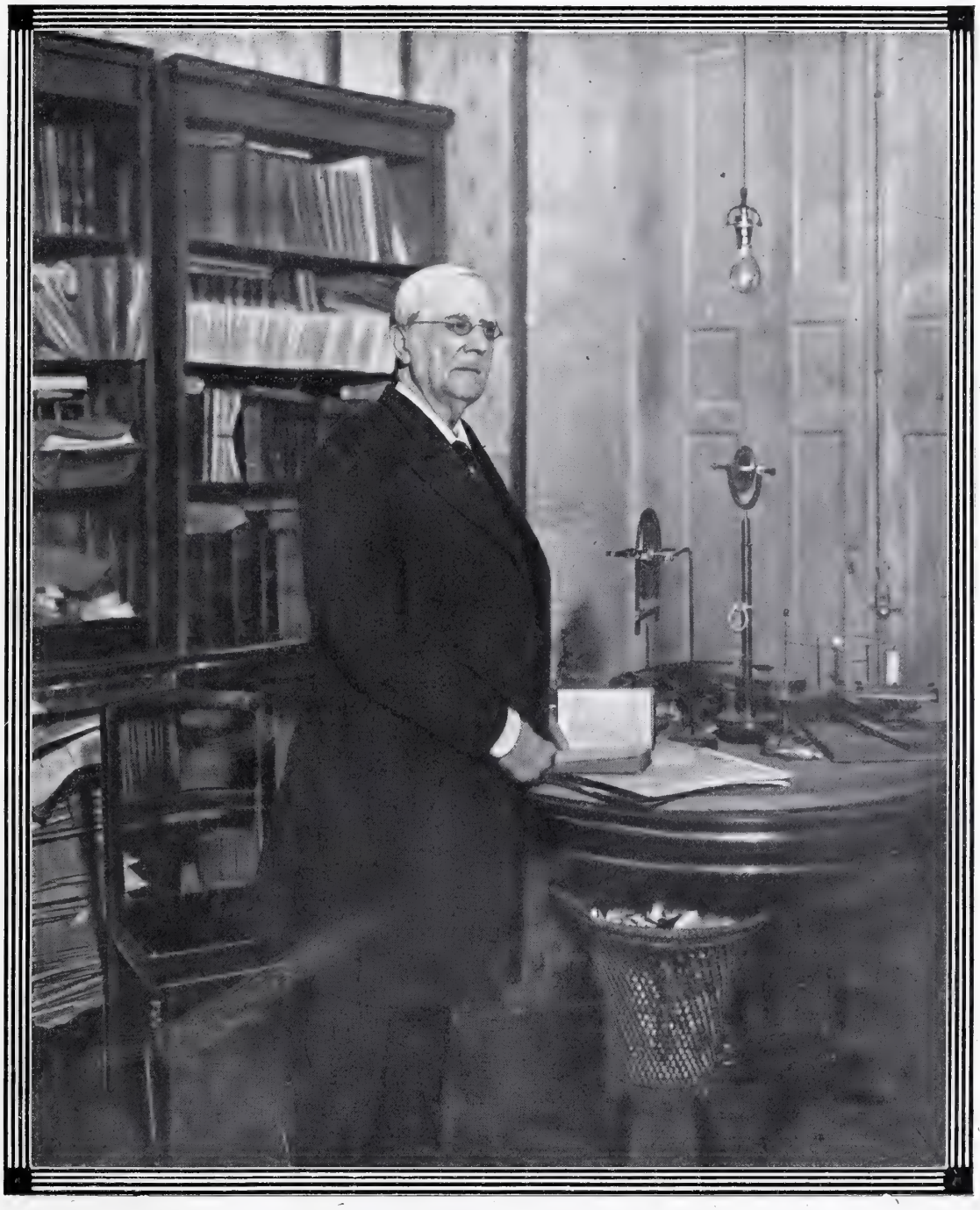
Hay pocos padres que hayan tenido la suerte de colocar mejor á sus hijos y á sus hijas.

En la ciento cuarenta edición del Almanaque se da entrada por primera vez á las casas de la Grandeza española, figurando en ella la de Osuna y Villahermosa, con datos copiados, según consigna el Almanaque, de la *Historia genealógica y heráldica de la Monarquía española*, por D. Francisco Fernández de Bethancourt, de la Real Academia de la Historia. Mil doscientas páginas forman la edición de este año, que señala el advenimiento al trono de un nuevo rey de Sajonia y de un nuevo príncipe de Reuss, y la desaparición del mundo de los vivos de la reina de los belgas y del rey D. Francisco de Asís.

Todas las princesas y todos los príncipes que se hallan en estado de merecer, suelen manejar el Gotha para buscar en él sus medias naranjas; hay diplomáticos que le conocen al dedillo, como se dice vulgarmente; pero que le sepa de memoria, sólo hay una persona en Europa: la infanta doña Isabel.

KASABAL

DIBUJO DE VARELA



ESPAÑOLES ILUSTRES

DON EDUARDO BENOT

HONRA esta página el retrato de un varón justo, prudente, sabio, modelo de ciudadanos, espejo de trabajadores y de patriotas. Sus ojos cansados, que apenas ven la luz externa, reflejan una luz interior potentísima que los años no han logrado extinguir ni amortiguar. La actividad de este ilustre octogenario, de este *great old man*, es pasmosa. Su figura moral, como su cuerpo, sostiénese erguida y arrogante en medio de las claudicaciones de los jóvenes y de las contemporizaciones de los egoístas. Benot, sapientísimo físico y matemático, innovador feliz de nuestra apolillada Gramática, grande y refinado poeta, jefe del partido más idealista y más desinteresado de España, es hoy día uno de los pocos españoles á quienes nadie discute y á quienes rodean el respeto y la admiración universales.

N.

FOT. MEDIAVILLA Y GALLO

LAS FRESAS

DICEN los botánicos que la fresa, ó mejor dicho, el fresal es una planta de la familia de las rosáceas, especie de las driadeas, característica por su fruto, que es una pulpa carnosa cubierta de carpelas duras que se llaman granos. Distínguese la fresa silvestre de la fresa cultivada, y en ésta hay ya una porción de especies producto de cruzamientos y cultivos metódicos, como la fresa de los Alpes, la de todo el año (parecida á lo que nosotros llamamos *fresón*), la fresa escarlata americana ó de Virginia, las inglesas de Rosebery y de Grimstone, la fresa piña ó fresa rosada, en la que hay variedades rarísimas que llevan los nombres de sus inventores ó cultivadores, como por ejemplo, la fresa del Conde de París, la de Elisa Myatt, la del Duque de Malakoff y la del Doctor Nicaise. Diferente de estas variedades por el color, el sabor, el perfume y el tamaño, es el fresón ó fresa de Chile. De ésta hay dos clases modernas: una la *Reina Victoria* y otra la de Wilmot, cuyos frutos á veces tienen el tamaño de una pera de Don Guindo.

Muchas de estas especies se cultivan en España, aun cuando sólo en Aranjuez y en determinados puntos de la Huerta valenciana y de la zaragozana se tenga cuidado de conservar puras y sin mezcla las simientes, único medio de que este noble y delicado fruto conserve la finura de la casta. El atraso en que vivimos, y que nos ha hecho perder *las puras sangres* en el ganado lanar y cabrío, en el caballar y vacuno, mientras nuestras razas de carneros, caballos, cabras y bueyes eran trasplantadas á otros países que sabían conservarlas científicamente, ha sido también causa de que siendo la tierra española una de las más abonadas para la producción de rica fresa, no la hagamos fruto de exportación ni afinemos las especies, ni mucho menos tratemos de inventar otras nuevas como se ha hecho en Inglaterra, en Francia y en América. Esclavos de la rutina y de la ignorancia, apenas si sabemos cultivar un fruto como la fresa; y ¡queremos cultivar y gustar las ideas madres de que alimentan sus almas los pueblos señores!...

Y si alguien sale con la tecla de que somos muy desgraciados y tenemos poca suerte, bueno será contestarle que no hay tal cosa. Cultivándola como lo hacían nuestros tatarabuelos, sin embargo, es nuestra fresa de Aranjuez la más sabrosa del mundo: sus frutos son como labios frescos y vírgenes, su gusto es como de un beso que la naturaleza madre nos da para celebrar la alegría de la primavera. Pero nosotros somos haraganes é ingratos y no sabemos corresponder á tan halagüeña caricia, y cometemos errores tan fundamentales como los siguientes, que un verdadero *fresófilo* (valga el disparate) ó amante de las fresas no puede menos de rechazar indignado:

Primero, cogemos las fresas á cualquier hora del día, error profundísimo, pues la ciencia y la experiencia de consuno demuestran que no se deben coger hasta media tarde, como indica el lindo apunte de Solá á que sirven de marco estas líneas, es decir, cuando ya el horizonte se cubre de esas neblinas azuladas, rosadas ó de color de oro donde el sol reverbera por refracción.

Segundo, después de coger las fresas, las despojamos de sus cálices y las arrancamos los rabillos, lo cual es otra monstruosidad con la que les quitamos lo mejor del perfume. No se deben arrancar las partes verdes hasta momentos antes de ir á comer el fruto.

Y por último, solemos servirnos de la fresa como postre, después de copiosas comidas, cuando en realidad la divina fruta es almuerzo ó desayuno, y tomada en ayunas posee preciosas y eficaces virtudes medicinales.

UN VECINO DE COLUMELA

DIBUJO DE ANDRÉS SOLA

MR. LOUBET EN ARGELIA. DESFILE DE TROPAS ÁRABES FOT. LEÓN BOUET

ACTUALIDAD EXTRANJERA

Ya en el número anterior dábamos cuenta del viaje del presidente de la República francesa Mr. Loubet á Argelia y de la importancia que la opinión había concedido á este viaje.

Hoy hemos de hacernos cargo de algunas notas pintorescas recogidas por nuestros corresponsales fotográficos, como la gran revista militar, á la que asistieron, á más de las tropas que el gobierno francés tiene en Argelia, numerosas tribus argelinas bien armadas y perfectamente aguerridas, y entre ellas varios escuadrones de caballería montados en camellos.

El hecho de haber asistido estas tropas irregulares y eventuales hasta hace poco, á rendir homenaje á Loubet, prueba la adhesión del elemento militar indígena al Gobierno francés y constituye para éste y para su sistema de colonización un timbre de gloria digno de respeto universal.

Pero no han sido solamente las tribus: también las autoridades árabes han acudido á visitar y festejar al presidente, y es un hecho verdaderamente curioso y elocuentísimo la facilidad y la satisfacción con que aquellos hombres de jaique y albornoz han llegado á adoptar los usos y las instituciones de la democracia europea, hecho que maravilla á quienes no conocen la rectitud, la caballerosidad y el espíritu de justicia innatos en la gran raza árabe, y del cual, á pesar de los siete siglos de vida común con ellos, tan poco hemos sabido penetrarnos los españoles.

LOS CONCEJALES INDÍGENAS DE SIDI-BEL-ABBÉS SALUDANDO Á MR. LOUBET FOT. L'ACTUALITÉ

Finalmente, es también nota muy sugestiva la de la merienda ó banquete *(diffá)* celebrado por los árabes en un descanso de la revista militar, y en la cual, sirviendo de asadores las lanzas de la caballería, se asaron centenares de carneros que enganchados en las mismas lanzas ofrecían los soldados argelinos á Mr. Loubet, acompañando la oferta con su poquito de danza y de pantomima.

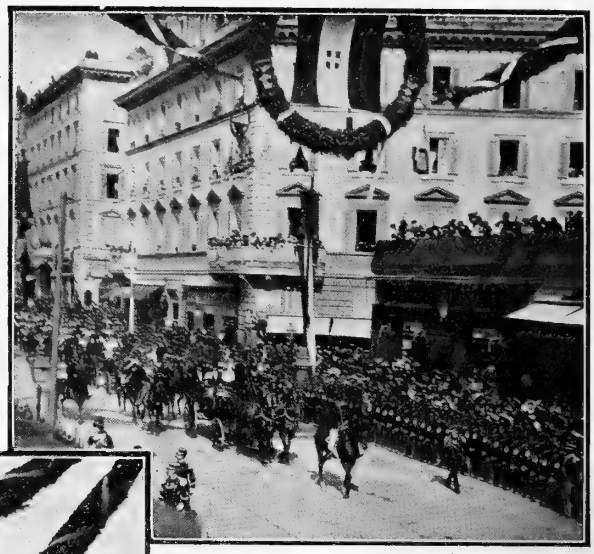
EL «DIFFÁ». SOLDADOS ÁRABES OFRECIENDO AL PRESIDENTE CARNEROS ASADOS FOT. LEÓN BOUET

Pero si Mr. Loubet y los franceses no se duermen, el rey de Inglaterra tampoco anda muy mal de pupila, como decimos por acá.

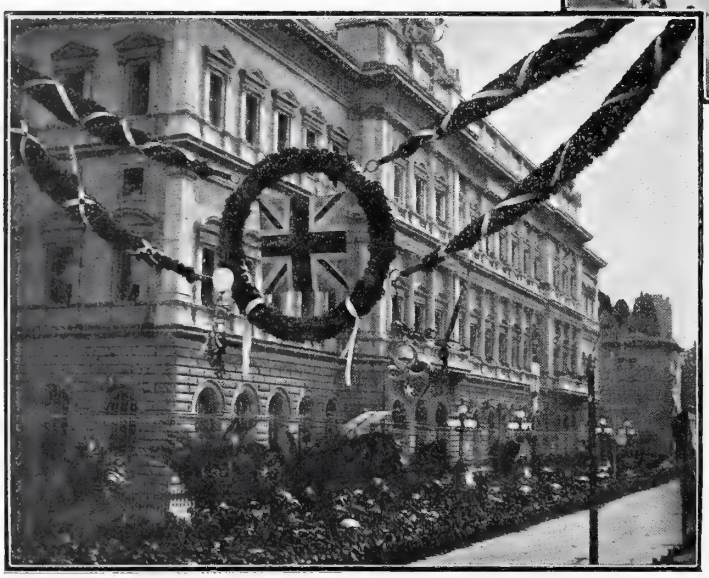
Lo demuestra su visita al rey de Italia y á Su Santidad; visitas que acreditan cómo Eduardo VII sigue el prudente y diplomático proceder que consiste en echar una de cal y otra de arena ó en poner una vela á San Miguel y otra al diablo.

No comprendemos nosotros con claridad la razón del entusiasmo que en el pueblo de Roma ha despertado, según las fotografías nos revelan, la visita de Eduardo VII. Los italianos están ya hartizos y escarmentados de alianzas que les han costado sudar sangre y oro y no les han servido para nada útil al llegar el momento del peligro.

Quizás la explicación de ese entusiasmo sea la creencia general de que al rey de la Gran Bretaña le guía en estos viajes un fin principalmente pacífico; pero de todos modos, algo de escama es muy conveniente siempre para juzgar de estas cosas.



LOS REYES DE INGLATERRA Y DE ITALIA DIRIGIÉNDOSE AL QUIRINAL
FOT. E. CHAO



EL PÚBLICO ESPERANDO Á LOS REYES DELANTE DEL BANCO DE ITALIA
FOT. E. CHAO

Con igual creencia, sin duda, los parisienses, que ya conocían muy bien, quizás demasiado bien, á Eduardo VII cuando era príncipe de Gales, le han hecho ahora que es rey un ostentoso recibimiento.

Los franceses son admirables: son unos republicanos que se perecen por gritar ¡Viva el rey! Y lo han gritado y han engalanado calles y palacios y se han desgañitado ¿en aras de qué? Acaso, como decíamos la semana pasada, en aras de la *entente cordiale.*

Un periódico siniestramente bello y ferozmente satírico, *L'assiette au beurre*, comenta de la manera más acre y cruel la recepción hecha al rey de Inglaterra, con sangrientas caricaturas. La última representa á Krüger, que contempla las banderolas y los arcos y dice lleno de amargura sarcástica: «Son los mismos que se alzaron en honor de la República del Transvaal.»

Lo cierto es que los pueblos cambian de opinión y de sentimientos como lo que son: como niños grandes y mal educados.

* * *

EL REY EDUARDO VII Y EL PRESIDENTE LOUBET EN LA ESTACIÓN DE LLEGADA
FOT. CHUSSEAU FLAVIENS

AÑO TRECE Y NUMERO 628 MADRID DIA 16 DE MAYO DE 1903

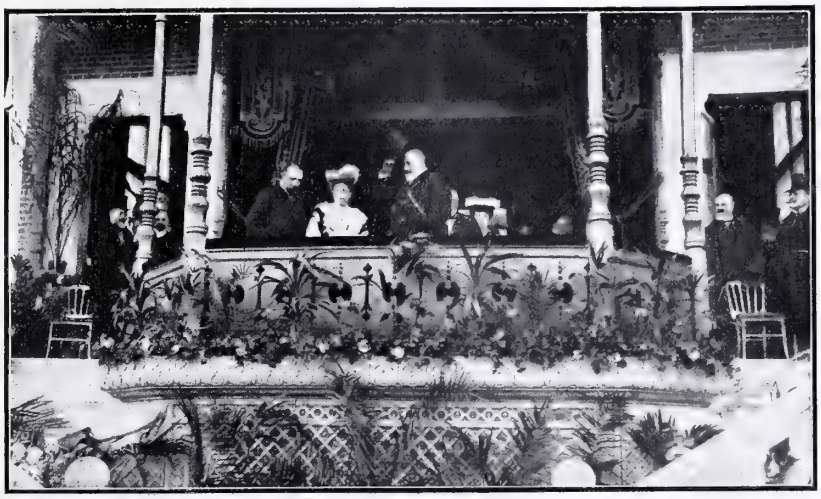
BLANCO Y NEGRO

ACTUALIDAD EXTRANJERA

CONTINUAMOS nuestra información publicando la efigie de Eduardo VII en el momento solemnísimo en que saludó al pueblo francés, ó por lo menos al público de París, desde la ya famosa tribuna de Longchamps, tan frecuentada por otros varios soberanos y autócratas de lo mejorcito de Europa.

Ya está Su Majestad en Londres descansando de tantas fatigosas ovaciones, pero dispuesto á tomar de nuevo el tole en cuanto sea preciso.

En cuanto á Mr. Loubet, ya está haciendo la maleta con dirección á Roma, ciudad á donde se va por todo, ya en calidad de rey, ya en la de simple peregrino.



EL REY EDUARDO VII EN LA TRIBUNA DE LONGCHAMPS

FOT. LEÓN BOUET

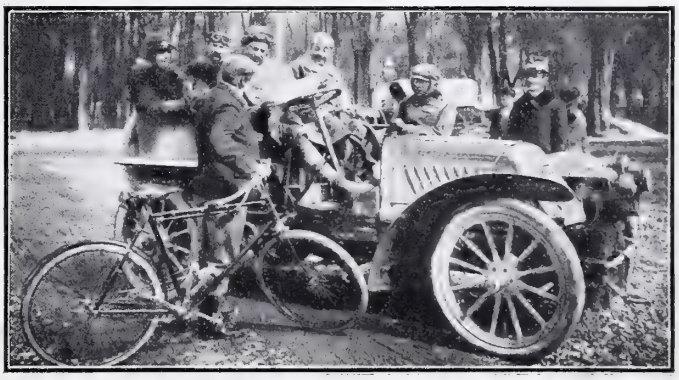
EL EMPERADOR GUILLERMO II Y EL REY DE ITALIA REVISTANDO Á LOS BERSAGLIERI

FOT. E. CHAO

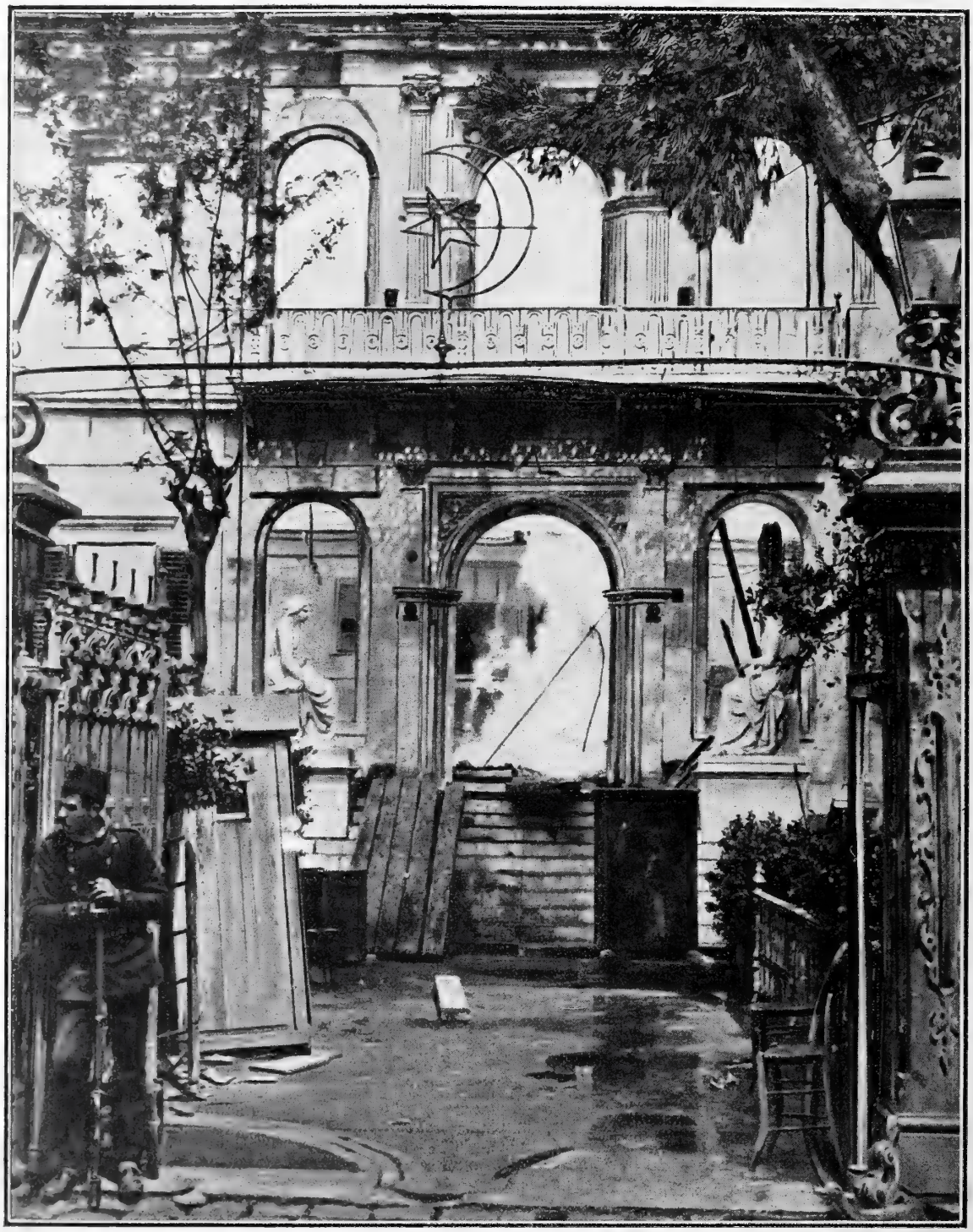
PRUEBA de ello que, no bien salió Eduardo VII de la Ciudad Eterna, se presentó en ella Guillermo II, y no en el *landau* burgués propio del rey constitucional, sino en soberbio alazán de guerra, piafante y trotador, como corcel de Walkyria.

Contraste magnífico y de singular elocuencia el de esos dos monarcas: el uno, que en cuanto puede cubre con la modesta chistera del ciudadano sencillo la cabeza que dirige al pueblo más poderoso de la tierra, el otro, á quien jamás vió nadie vestir de paisano y que aprovecha todas las ocasiones posibles para embutir el cuerpo dentro de una coraza y tocar la cabeza con una cimera resplandeciente en cuyo remate extienda las alas de oro el águila del Imperio. Y uno y otro han visitado no sabemos con qué designios al joven monarca italiano, tan demócrata, tan simpático, tan noble.

¿Qué tramarán, qué maquinarán, qué traerán entre manos? El averiguarlo, caro le ha de costar á alguien.



MR. FOURNIER Y SU AUTOMÓVIL EN BURGOS FOT. D'ASLOC



RUINAS DEL BANCO OTOMANO DE SALÓNICA FOT. L'ILLUSTRATION

Por nuestra parte, ya que no de reyes ni de príncipes, vamos á recibir en breve la visita de muchos extranjeros que vendrán disparados por esas carreteras, atropellando cuanto al paso les salga, en la esperada carrera de automóviles *París-Madrid*.

Por lo pronto, Mr. Fournier, el vencedor de la carrera *París-Berlín*, ya ha venido á examinar y reconocer el terreno, con lo cual lleva una ventaja á los que hagan el recorrido por vez primera.

No cerramos la croniquilla sin dar una vista del Banco de Salónica, donde han ocurrido, como habrán ustedes visto en la prensa diaria, las más sangrientas barbaridades que registra la Historia de estos últimos años.

Los búlgaros han hecho de las suyas, que casi son de las nuestras, porque también aquí solemos cometer, en cuanto nos dejan, no pocas *bulgaridades*.

W. & B.

VIUDOS CONSOLADOS,
POR EMILIO SALA.

LOS ABONADOS DEL RETIRO

Días pasados, paseando por el Retiro, nos decía uno de los médicos extranjeros concurrentes al Congreso Internacional:

—Me parece que los compañeros médicos de Madrid exageran bastante cuando hablan de las malas condiciones higiénicas de la capital. Vea usted, vea usted cuántos niños hay aquí hermosos, sanos, robustos y alegres, jugando al aire libre en un sitio sano y soleado. Supongo yo que en los demás barrios de Madrid habrá algún otro jardín como éste.

No quisimos sacar de su dulce error al extranjero: el patriotismo y la negra honrilla nos vedaban decirle que así como en Madrid no hay, según la frase de D. Miguel de los Santos Alvarez, más que veinticinco duros que andan rodando de unas manos á otras, así tampoco hay más de ciento cincuenta á doscientos niños sanos y alegres á quienes vemos todos los días en el Retiro. A los demás niños de esta población de medio millón de almas no se les suele ver en parte alguna... aunque bien se adivina á muchos de ellos dentro de esas cajitas blancas que en aterradora procesión suben todos los días camino de las Ventas...

Hermosos, alegres, encantadores son los *abonados del Retiro*, pero son pocos, muy pocos, y como á los abonados del Real ó de la Comedia, á los dos días se les conoce á todos.

Nosotros, aunque nos esté mal el decirlo, tenemos excelentes y sólidas relaciones de amistad con los susodichos abonados de nuestro único paseo infantil. Nos parecen mucho más apreciables que los *asíduos* de los teatros, de los Casinos, del Ateneo y del Congreso, y no porque creamos, como se pensaba antes, que los niños son dechados de inocencia y de candidez, error destruído por todos los modernos autores de Psicogenesia, sino porque siendo tan egoístas, tan tiránicos, tan voluntariosos, tan avaros y tan mezquinos como los grandes, al menos los chicos no tienen la picardía de disimularlo.

FOTOG. DE L. ALONSO

LA MUERTE DEL ARTISTA

Le conocí y le quise. Era un carácter. Envuelto en su andrajoso vestido, que sólo por ironía podía recibir sin menoscabo de la dignidad el nombre de tal, andaba por el mundo, sin preocuparse de lo que el mundo dijera de él viéndole sucio, desastrado y en ruda oposición con todo lo que fuera normalidad, sumisión y adaptamiento. Decían que estaba loco. ¡Loco! ¿Quién sabe lo que es eso? ¿Son ellos? ¿Somos nosotros...?

¿Su nombre? Como el de cualquiera: López, Fernández; es lo mismo. Dentro llevaba un artista. Un artista de espíritu amplio, de grandes aspiraciones. No concebía obras pequeñas; sus cuadros, de los que nunca pudo hacer más que bocetos, eran siempre de muchos metros de lienzo, y sus asuntos, hondos, llenos de filosofía, generalmente amarga.

Si alguna vez le hablaban de hacer cosas que pudieran mejorar su suerte, contestaba con arrogancia: «Prefiero la gloria sin pan, al bienestar sin laureles».

Luchó por salir de la obscuridad, por romper el anónimo; pero sus esfuerzos se estrellaron contra esa muda y fría resistencia que encuentran siempre en su camino los que lo emprenden animosos, fiados en sus propias fuerzas y sin contar con la ayuda de nadie.

Así era y así vivía.

Dejé de verle, hasta que un día, pasado bastante tiempo, halléme con él y mi asombro no tuvo límites. Encontré al pintor afeitado, limpio, peinado con pulcritud y luciendo un traje flamante. Por todos los detalles de indumentaria, parecía un *dandy*. Un oso con monóculo y sombrero de copa me hubiera hecho reir menos. Me invitó á almorzar, acepté lleno de estupefacción, creyendo que todo aquello no sería más que una broma.

De sobremesa, no pudiendo resistir por más tiempo mi curiosidad, decidí interrogarle.

—No me choca tu admiración por mi cambio—me respondió con sonrisa un tanto amarga;—yo también me admiro; pero las circunstancias mandan, y á mí me han llevado hasta el crimen.

Para conseguir esta transformación he tenido que cometer un asesinato. He matado mi otro yo.

El artista ha muerto. Ya sólo vive el pintor.

Llegó un momento en que el hambre y los acreedores me perseguían como á una bestia feroz, ensordeciéndome con sus aullidos y dispuestos á desgarrar mis carnes con uñas y dientes si no les daba algo con que saciar su apetito. Yo no podía soportarlos.

Luché como luchan los valientes, pero el combate era desigual.

Yo solo; la sociedad entera contra mí. Mis armas, una paleta, unos pinceles y un mundo de ilusio-

nes en el cerebro. ¡Ya ves, hasta me hacía la ilusión de tener talento! Ellos, todo un enjambre de alguaciles, jueces, alcaldes y escribanos dispuestos á caer sobre el infeliz que comete el imperdonable delito de no tener dinero.

Sus ladridos me despertaron; sus voces me hicieron dirigir los ojos hacia la tierra. Comprendí que tenían razón y decidí descender de las nubes. Miré para abajo, escupí y bajé.

Ya soy un simple mortal. Ya no sueño. Sé soportar á los imbéciles, transijo con los amos; dentro de poco, aprenderé á adular. Empieza á sonreirme la fortuna. Cómo todos los días, no paso frío, tengo ropa y siempre dispongo de unos duros. ¿Cómo? Con el producto de mi trabajo honrado.

Pinto tablitas, que adornan los cuartos de niñas cursis, que miran más al marco que al asunto; dibujo abanicos *antiguos*, que lucen en los teatros viejas ridículas, dándose el lustre de decir que son heredados, y hago retratos de personajes ilustres que quieren legar á sus descendientes los colorines chillones de uniformes que no significan otra cosa sino que sus dueños supieron tener dinero.

Ahora que no soy mas que una máquina inconsciente, tengo consideraciones, comodidades y amigos; cuando era algo, cuando sentía en mí la llama del genio y pretendía dar á mi patria un nombre ilustre, carecía de todo, me negaban las gentes el saludo y no comía. Es necesario desengañarse: no hay talento posible si no está envuelto en un gabán de pieles.

Para mí terminó la lucha, esa brutal contienda á que se lanzan los inexpertos; ya soy un hombre equilibrado que se adapta al medio en que vive y que explota la estupidez de sus conciudadanos.

¡El arte! ¿Para qué sirve eso? ¿Qué es? ¿Cuál su finalidad? Wagner, un loco; Cervantes, un insensato; Boticelli, un necio. El primero no debió pasar de tocar un organillo por las calles; el segundo, hacer romances de ciego; Boticelli, lo que yo; y Benvenuto hubiera estado muy bien fabricando muñecos de rinconera.

Después de cuanto te he dicho, ya no te asombrará verme en el estado floreciente en que me hallo.

Me ha costado hacer un gran esfuerzo de voluntad, pero ahora ya estoy seguro del porvenir, conozco á mis contemporáneos y sé que Guerra Junqueiro tiene razón cuando dice:

a vida e uma farsada.

Convencido de esta verdad y de que la humanidad es un conjunto de idiotas y locos, he procurado colocarme en el término medio y soy casi feliz. Tenía derecho á la vida, y vivo.

MANUEL DE CASTRO Y TIEDRA

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

NOCHE MIL Y DOS

E. Varela

Sherazada, la musa de los cuentos,
así dicen que habló
al poderoso emir de los creyentes
la noche mil y dos:
«¿Que no hay hombre feliz en este mundo...?
Sin salir de Bagdad,
buscando en la calleja más obscura
el más sucio portal,
encontraréis en él acurrucado
en la sombra á Yusuf,
al viejo Ben-Yusuf el usurero;
la araña odia la luz.
Blanquean de aquel antro en la penumbra
su raído alquicel
y su mugrienta barba, que al sentarse
le acaricia los pies,
y se creyera estar ante la momia
de algún santo alfaquí,
si en dos cuencas profundas no se viesen
dos ascuas relucir.
Es ya muy viejo; un cuervo le acompaña
de cien años de edad,
y en su lenguaje le apellida abuelo
con respeto filial.
Como fiera en acecho yace siempre
en el mismo rincón;
debajo de la losa en que descansa
un silo construyó,
y en él, una tras otra, las monedas
va dejando caer;
el alma de Yusuf, más que en su cuerpo,
está en el silo aquél;
allí come, allí duerme; en otro sitio
no podría vivir,
y ha escrito un testamento, en el que ruega
que le entierren allí.
No conoció familia, y rinde gracias
á Dios por este bien;
al cuervo estima, porque nunca tuvo
que darle de comer.
Es muy sordo; ya pueden á su oído
sus víctimas gritar...
voces que insultan ó que piden algo
no las oye jamás,
y sin embargo, acude con pasmosa
viveza de reptil
si al pasar en las piedras del arroyo
alguien suena un cequí.
No hay en la guzla nota que conmueva
tanto su corazón;
al fulgurar el oro, palidece
á sus ojos el sol.
Cierto día, en su angosta madriguera
se entregaba al placer
de pensar como siempre en su tesoro
con creciente avidez,
cuando inundó la obscura callejuela
intensa claridad,
y una visión de espléndida hermosura
traspasó aquel umbral;
de «Tásuron», el genio de la dicha,
en el aire flotó
la túnica, de un tul que á cada instante
varía de color,
y su voz, de cadencias argentinas,
esto dijo á Yusuf,
mientras brillaba con matices de oro
el caprichoso tul:
—Mortal, aquí me tienes... ¿Qué te falta...?
¿Contento estás de mí?
El viejo respondió postrado en tierra:
—¡Oh genio...! soy feliz.
Cuanto pueda pedirte, generoso
me concediste ya;
mi dicha está encerrada en este silo.
y aumenta sin cesar;
con el oro en su seno acumulado,
placeres, gloria, amor...
comprarse pueden que saciar consigan
la más loca ambición...
Pensando en mi tesoro, no me asustan
el hambre, ni la sed,
ni el desprecio...; sentado en esa piedra,
¿qué trono envidiaré...?
Ayudadme, buen genio, á levantarla;
por verle siento afán,
y me faltan las fuerzas...—Pero el genio
se alejó sin hablar.
Al llegar á este punto Sherazada
la interrumpió el emir:
—¿Tan grande es el tesoro...?—Y sonriendo
la hermosa dijo así:
—El silo está vacío; taladrado
por mano criminal
fué su muro en las sombras; hoy encierra
polvo y aire no más.
Pero él lo ignora, y goza su tesoro
con dulce beatitud.
¿No es igual que lo guarde en aquel silo
ó en su mente Yusuf...?
¡Oh poderoso emir de los creyentes:
con empeño tenaz
buscáis en torno vuestro una ventura
que sólo en vos está...!
Cerrad los ojos é invocad el nombre
del genio bienhechor
«Tásuron» (que en idioma de cristianos
es «imaginación»).

Ricardo Gil

RINCONES DE MADRID

PUERTA DE HIERRO

CERRANDO la carretera del Pardo, á unos cinco kilómetros escasos de Madrid, se alza la modesta Puerta, con cierto alarde monumental que no engaña á nadie.

Para llegar hasta allí hay que pasar todos esos sitios alegres y amenos que bordean la carretera á orillas del Manzanares. Primero la Florida con sus inacabables lavaderos, llenando de una nota de blancura flotante la orilla izquierda, las isletas arenosas que salpica el río, y el hueco de los puentes de piedra que allá abajo tienden sus moles obscuras; más allá, la doble fila de merenderos de la Bombilla, con su continuo estruendo de pianillos y su algazara dominguera; después los amplios Viveros henchidos de oxígeno; y huertas á un lado y otro, rincones verdes y apacibles en que rechinan las norias en una soledad bucólica en que se espacía largamente el manso mugido de las vacas trabajadoras.

El arrecife está sombreado por copudos plátanos y olmos gigantescos de troncos ahuecados; detrás de los setos de zarzamoras y de acacias enanas, se oye el son alegre del agua que corre llenando los surcos y las albercas, rebosando en las cunetas, haciendo anchos remansos alrededor de los troncos que el limo moja con su claro verdín...

En las rinconadas de este camino de la salud y de la paz, hay unas barracas de madera apoyadas en los setos de las huertas. En toscas mesillas comen al sol obreros que van con sus mujeres y sus chiquillos: comen del rubio pan y de las frutas compradas allí mismo, y beben un vino que tiene el color del jugo de las granadas; una turba de gallinas blancas picotea entre los piés, y unos pájaros de largas colas azuladas lanzan alegres gritos en las copas de los árboles.

De vez en cuando pasa un automóvil con su rítmico trepidar, dejando una nube de gases y de polvo; luego algún ciclista dando bocinazos entrecortados y algún que otro carruaje de lujo en que pasean graves personas muellemente tendidas y abrigadas.

Los obreros miran todo aquello sin rencor: ¡también ellos son felices! El ancho rayo de sol, el pedazo de pan rubio como las mieses, la fruta recién comprada, el frasco lleno de vino, las gallinas que picotean, la alegría de los suyos que se bañan en aire, las monedas de cobre en el bolsillo de la blusa... ¡y á vivir!

Pasada la *Puerta de Hierro*, el bosque se dilata con aspecto bravío de verdadera grandeza. Los encinares, los quejigos, los claros poblados de retamas grises y amargas, los prados de hierba otoñal donde escarban los conejos por la noche; aquella suntuosidad arbórea de la que asciende un gran olor áspero que trae gérmenes profundos de salud y de energía á la humana máquina debilitada y doliente, son para la masa sedentaria el mejor sanatorio.

Una extensa alameda que llega hasta el puente de la carretera de Galicia, á la orilla del Manzanares, por allí claro y diáfano, es el sitio donde los grupos populares se solazan á sus anchas. En fogatas que hacen con leña seca que arrastra el río, guisan su comida; corren y juegan con estruendo libre; duermen sobre la arena, tan blanca como la sal de las salinas.

Y allá en el lejano fondo, empenachada de nubes y neblinas, la sierra altísima con sus nieves y sus peñascos se alza formidable, como una protesta eterna de esta calumniada Naturaleza de Castilla, á la que una ignorante rutina le negó siempre sus encantos.

JOSÉ NOGALES

DIBUJO DE REGIDOR

¡VAMOS Á LA CASA DE FIERAS!, DIBUJO DE ALBERTI

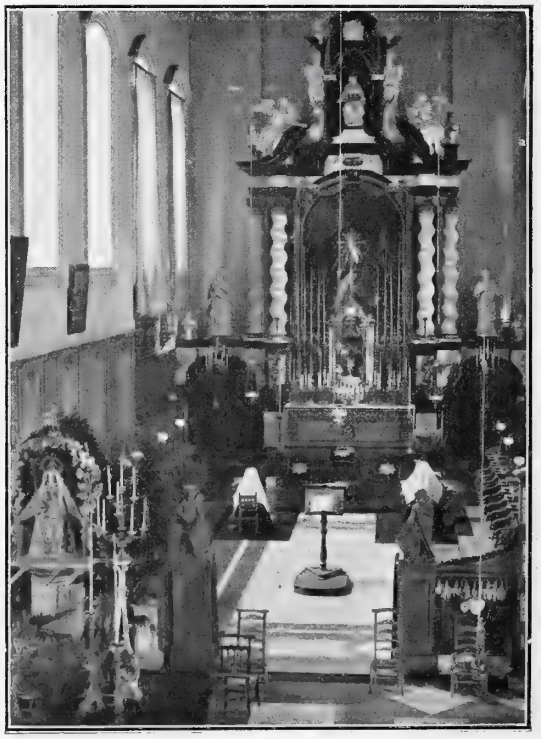
El «béguinage» de Brujas.

Un exquisito y malogrado artista nacido en Flandes, Jorge Rodenbach, ha descrito en dos libros-poemas, *Bruges la Morte* y *Musée de béguines*, lo que es la vida de las *béguines* ó beatas flamencas, en algún concepto semejantes á las Doncellas Nobles del Colegio que en Toledo fundó el cardenal Silíceo, preceptor de Felipe II, ó más aún á las Caballeras de Santiago y á las modernas *señoras de piso*.

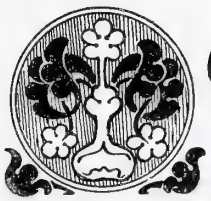
En un silencioso y apartado sitio de la muerta Brujas, ciudad tan parecida á Toledo por su quietud claustral por el misterio encantador de sus calles y por los recuerdos que en ella se conservan vivos de las pasadas grandezas de España, se encuentra el *béguinage* ó beaterio más importante y más aristocrático de Flandes, el llamado *del lago de Amor*. Es un gran cercado en el que crecen árboles rectos, magníficos y cuidados con esmero, y donde hay hermosos planteles de flores. Dan sombra estos árboles á unas cuantas casitas de construcción arcáica, de dos pisos tan solo, y con los tejados en punta muy aguda. En cada casita vive una beata, independiente de las demás, y entregada á la meditación, al trabajo de lencería, bordados ó encajes, y al cultivo de plantas y flores con que adornar los altares

LA GRAN DAMA
EN TRAJE DE CALLE

LA GRAN DAMA EN SU CELDA



PRESBITERIO Y CORO DE LA CAPILLA



de la Capilla ó agasajar á la imagen de la Virgen que hay en el invernadero.

Todas las beatas, en la actualidad catorce solamente, reconocen la autoridad de una, la Gran Dama, á quien eligen por tres años.

Para entrar en el Beaterio, hacen falta cuatro años de noviciado al lado de la Gran Dama, al cabo de los cuales se pronuncian los votos, excepto el de pobreza, ante el obispo de Brujas. Las *béguines* no se llaman *hermanas* ni *madres* como las monjas, sino *señoritas*, y conservan sus nombres y apellidos. Han de poseer una renta de dos mil quinientos francos para mantenerse, cuidar su casita y sus flores, pagar á la sirviente y vestirse, puesto que todos cuantos trabajos de aguja hagan, los realizan sin idea alguna de lucro ni competencia industrial.

LAS BEATAS CUIDANDO EL JARDÍN

Las beatas del lago de Amor se levantan á las cinco de la mañana. A las seis oyen misa en el coro, y en lo demás del día rezan las horas canónicas. La regla no tiene severidad alguna, ni las prohibe ocuparse en la administración de sus bienes y en los asuntos de familia, recibir visitas y salir de paseo por parejas, volviendo á la hora marcada para recogerse. En cambio, tampoco les permite adornar sus habitaciones con ningún objeto que represente lujo ó superfluidad, ni alfombrarlas, ni empapelarlas: son verdaderas celdas ó aposentos de casa solariega española.

El traje de casa es el mismo que llevaban las beatas en el siglo XIII, y la cofía de muselina blanca rodea los rostros de una aureola que simboliza muy bien la paz de aquellos espíritus sosegados.

¡Felices ellas! En medio del ardoroso é infatigable tráfago mercantil á que hoy está entregado el país flamenco, el suave retiro del lago de Amor viene á ser como el perfume que aún delata que por allí pasaron los hidalgos españoles, si grandes en la acción, mayores aún en la soledad.

EL TÉ EN UNO DE LOS INVERNADEROS DEL «BÉGUINAGE»

FOTOGRAFÍAS DE «LA VIE HEUREUSE»

SEDUCCION FRUSTRADA

(DIÁLOGO PRIMAVERAL)

OYE, ¿no quieres que juguemos al *tennis*, Lilí? Mira, aquí he traído las raquetas y ahí están esos esperándonos.

—Antonio Luis, no seas inocente. A mí ya me aburren muchísimo el *tennis* y el *cricket* y el *golf*. Todos esos juegos son como las gracias inglesas: es preciso avisar para que uno conozca cuándo se está divirtiendo.

—¡Qué ridícula eres, Lilí! Pues qué ¿querías que jugásemos al marro ó al toro *dao*, como los golfos de la calle?

—No, tampoco eso. Lo menos vas á creerte que yo tengo los gustos de tu prima, la marquesita esa á quien llaman la *petrolette*...

—¡Qué gracia! Y todo porque su papá se hizo millonario vendiendo petróleo... y la casó con un marqués.

—Claro, y por eso luego le decían sus amigos: «Hijo, parece que ahora andas bien de luz...» Y él contestaba riéndose: «No hay como el petróleo para hacer andar los automóviles.» Pero yo lo que te digo que tu prima es una ordinaria. Figúrate que ahora dice que va á ponerse los pantalones.

—Yo creo que ya se los ha puesto, Lilí. Ayer se lo oí decir á las de Madúrez, que estuvieron en casa.

—No, tonto; dice que se va á poner unos pantalones para aprender al *foot-ball*... y ¡oye, qué risa! su doncella le ha contado al lacayo de casa, ¿sabes? á Felipe, ese rubito, que algunas mañanitas el marqués y la marquesa se ensayan al *foot-ball* en el jardín, y asegura que la señorita es capaz de pegarle una patada á un baúl mundo y hacer *goal*.

—Pues mira, deben de divertirse la mar.

—¡Anda, pues yo para eso no me casaría! ¿Crees tú que se casa una para pasarse la vida pegando puntapiés á un *ballon?*

—¡Tanto como eso, Lilí...!

—Claro, memo; es que tú no has pensado nunca en el matrimonio seriamente.

—¡Toma! No faltaba más. Mientras no acabe el grado de bachiller...

—Claro, mientras no acabes ese grado, te bastará un ligero *flirt* con la cocinera; amoríos con vistas á la despensa, lo cual es como si fumaras aún cigarrillos de chocolate ¡á tus años!

—Pues no, hija: fumo cajetillas del khedive, de esas del escudito dorado...

—Di que se las birlas á tu tía Tití.

—Aguarda; y el otro día se dejó papá unas águilas imperiales de aquellas gordas que tienen el aguilucho de oro pintado en la misma hoja y un anillo en la punta para que se sepa hasta dónde hay que cortar, ¡y me la fumé toda sin marearme! Eso para que me creas un párvulo.

—Bien; pues yo creo en vista de eso que debieras pensar en una resolución grave, importante.

—Eso quisieran algunas...

—Algunas incluseras ó bizcas ó patituertas. ¿Te burlabas, mamarracho?

—Es que á mí esos amores que se piensan con seriedad me parecen mucho más aburridos que á ti el *tennis*, el *golf* y el *cricket*. ¡Quita, quita! Pues no es menuda penitencia cartita aquí y secretito allá, y hacerle la corte á la *miss*, y buscarle las vueltas á la doncella, y fingirse niño bobo para desorientar á los mayores. ¡A mis raquetas me atengo!

—¡Hijo mío, qué imbécil te han criado tus papás! Ahora sólo te faltaba hablar un poquito de Silvela y del problema de los cambios para acabar de parecerte al barón de Casa-Latas, ese senador vitalicio amigo de papá. Bien dice Miss Maud:—¡Cómo están estos jóvenes de hoy!

—Es que yo soy de mañana. Ea, ¿no juegas? Pues abur, porque á nosotros *los de mañana* nos gusta jugar á todo menos á los amorcitos.

B. Y N.

DIBUJO DE CECILIO PLÁ

TROMPE

...No cabe duda: sus ojos
me lo dicen claramente,
sin que pueda ser posible
que la vanidad me ciegue.
Tras los cristales su busto
destaca gallardamente,
y con impulso süave
la mecedora se mueve
balanceando su cuerpo
que modelado parece.
Sobre su pecho las flores
agrupándose se yergüen
como orgullosas, sin duda,
del jardín donde florecen,
y la mirada indecisa
de sus ojos transparentes
semeja buscar ansiosa
desconocidos placeres.
¿Por qué risueña me mira
desde hace más de dos meses
tras su balcón, colocado
del de mi despacho enfrente?...
¡No es posible que se engañe
galán de los de mi temple,
que supo rendir á tantas
hermosísimas mujeres!
Sé que es viuda, que es rica,
que desde América viene
tal vez buscando emociones
para su espíritu ardiente,
y con tenaz insistencia
desde hace más de dos meses
en la luz voluptuosa
de su mirada me envuelve;
y mientras lucho indeciso
con mi corazón rebelde,
ella mira y se sonríe,
¡mira y se sonríe siempre!

—

¡Cielos! ¡Se marcha! ¡No hay duda
Los criados van y vienen,
y el camión á la puerta
los mozos cargan de muebles...
Ella, en traje de partida,
corre, torna, gira, vuelve,
y al pasar por los balcones
mira y se sonríe siempre...
Ya baja... ya está en la calle...
Sigue mirando... parece
como que me invita á hablarla...
¡Corro, puesto que ella quiere!

—

—Caballero...
—Señorita,
ruego á usted que me dispense...
—No tal; si yo deseaba
un momento como éste
para poder revelarle
lo que quizá no sospeche.
—Sí, señora, lo sospecho,
y es inútil que se esfuerce...
—Hubiera sentido mucho
irme al otro continente
sin decirle lo que vengo
observando hace dos meses.
Despida usted en seguida
ese criado que tiene,
porque todas las mañanas,
cuando entra en el gabinete,
se limpia la boca... ¡con
su cepillo de los dientes!...

FÉLIX LIMENDOUX

DIBUJO DE J. FRANCÉS

HAY quien se consideraría indigno de llevar su apellido, mirándose con cierto desprecio, si no cumpliera con uno de los más característicos mandamientos que nos enseña la rutina, y es á saber: *no dejar de visitar en vano la pradera de San Isidro en día de romería.* ¡Cómo es posible no asistir á estas fiestas de precepto! Y claro está que lo de no visitarla en vano, que dice el mandamiento, se refiere á que el feligrés debe hacer uso y abuso de bebidas más ó menos tónicas; hincarle el diente, si es que puede y la parte contraria se lo permite, á las tan acreditadas rosquillas de la clásica tía Javiera; dedicarse al solaz y recreo de los columpios, tíos Vivos y montañas rusas; retratarse en fotografías á la intemperie, vistas impresionar, y marearse, si es su gusto, bailando al son que le quieran tocar las sociedades de cuartetos que pululan por la Pradera.

Es también de ritual, absolutamente indispensable, que el feligrés compre un pito con la cabeza de algún ministro de la situación, ya que no le es posible conseguirla de otra manera, y un botijo simbólico de forma caprichosa, para que se pueda beber con cierta ilusión.

El que observe en todas sus partes este mandamiento, podrá con razón aspirar al título de perfecto *isidrista*, que quiere decir *hombre que tiene puesta su fe en la romería de San Isidro, y por el que no pasan años.*

El *isidrista* es, como nadie, el fiel guardador de nuestras tradiciones. No sólo cumple con la rutina en estos días, sino en todos los demás de precepto y ya consagrados.

Es el primero en asistir á la fiesta de San Antón para ver cómo van enjaezados los jacos y los jinetes, los burros y sus amos; en Carnaval forma parte del brillante cortejo del entierro de la sardina; ocupa siempre el mejor sitio para admirar á su gusto las procesiones del Viernes Santo y Corpus; oye la primera misa por las víctimas del 2 de Mayo, leyendo en ese día hasta cuatro ó cinco veces, para saturarse de amor patrio y odio al invasor, las famosas décimas de Bernardo López, y se descubre respetuosamente al pasar los milicianos; no pierde ocasión todos los sábados de saludar á los Reyes cuando van á la Salve, y es el primero en acudir á las vistas famosas de crímenes de gran espectáculo.

¿Cómo es posible que un hombre tan celoso de sus deberes falte á la romería de San Isidro? ¡Antes se hacía canalejista el marqués de Vadillo!

Muchos dicen que eso es lo típico, lo genuinamente español y nuestro, casi lo gubernamental.

Exactamente nos pintaba el inglés de que hace referencia Benavente, cuando explicándole unos amigos que á la Pradera le llevaron, cómo mientras San Isidro estaba en oración los ángeles le labraban la tierra, respondió: «¡Oh, qué milagro tan español!»

LUIS GABALDON

DIBUJO DE XAUDARÓ

«DE AMOR»

I

QUÉ desdicha!—pensó María al acabar de leer la carta aquella en la que Jorge decíala lo solo que vivía, lo ahogado de recuerdos, allí en Ombrajosa, en el derruído castillo rodeado de pinos...

¡Pobre Adela!—siguió pensando mi heroína.—¡Si desde el cielo se ve, y soy de los que creen en corrientes misteriosas de un alma á otra; si desde el cielo se ve, cómo seguirá amando la pobre Adela á su fidelísimo Jorge!

¡Qué placer si yo me casara y me muriera, y mi viudo me llorara así!—dicen que dijo en un brote de sentimentalismo é ingenuidad femenina.

II

... y echábase atrás aquellos ricitos rubios que parecían como el nimbo con que nos presentan las grandes virtudes de los cielos, como si al agitar los cabellos en arrogante movimiento de cabeza y destaparse la frente, consiguiera sacudir sus dudas y despejar sus pensamientos.

¿Era amistad? ¿Era amor? ¿Era la poesía de una vida condensada en una gratitud?

Y por centésima vez leyó la última carta de Jorge, que decía así:

«María de mi alma, de mi vida y de mi corazón: ¡Qué hubiera usted podido hacer que nos atara más!

Es usted muy buena, muy buena; un ángel bendito que sabe sufrir con el que sufre. Todos los amigos me han ido abandonando; y usted ¿por qué no me abandona también?

Es usted joven, guapa, debe usted pensar sólo en reir, y sin embargo, me ofrece usted su corazón para llorar, para llorar conmigo á aquella santa cuyo culto sólo usted y yo sabemos guardar.

Fuensal me escribió días pasados. El padre y la hermana de mi pobrecita, de nuestra pobrecita Adela, ¡de color y en el Real!

Sólo usted, usted sola, María de mi alma, ha sido la única persona que ha fundido su devoción con la devoción más grande de mi vida. Usted, usted sola ha pensado en pedirme su pelo, su pelito negro «para besarlo cerrando los ojos y figurarme que la beso á ella.»

¡Dios se lo pague, María!

Para un escéptico á la moderna, podría ser esto nada más que una delicadeza; para mí, templado por un carácter esencialmente romántico y soñador, es algo más, es algo que no diría á usted si no la creyera sublimemente grande; es algo sobrenatural ó divino, así como inspiración del cielo; algo que es para mí como tener su alma de usted ante mis ojos, estrecharla contra mi corazón frenética y religiosamente, é irla adosando, inculcando, fundiéndola con la mía, cobijándola y escondiéndola para mí solo dentro del pecho... ¡Ah, si viera usted, María, cómo hago tangibles las almas que adoro!

¡Si supiera yo decir con la nobleza que lo siento todas mis emociones al leer el párrafo en que me ofrece rezar por ella!

Siento verdadera ansia de que llegue el día 20 para confortarme con sus palabras como con sus cartas, que riego de lágrimas...»

III

Llegó el 20, y con él Jorge á casa de los padres de María, quien de luto por su amiga del alma, más riguroso aquél que los días anteriores, esperábale impacientísima y turbada.

Un abrazo estrechísimo y un silencio absoluto sirvió de prólogo á la frase que algún tiempo después y con su vehemencia de siempre decía convencidísimo á María el viudo de Adela, paseando por aquellos mismos pinares y á la opaca luz de la misma luna, que impávida desde su altura contemplaba con gesto de idiota indiferente aquella escena tantas veces repetida.

—«No, María mía, no hablemos de morir... ¿Crees tú que resistiría yo tu muerte?

Y María, completamente vencida, le miró confiada con mirada joven, larga, brillante, llena de fuego y simplicidad amorosa...

JUAN VALERO DE TORNOS

DIBUJO DE ALBERTI

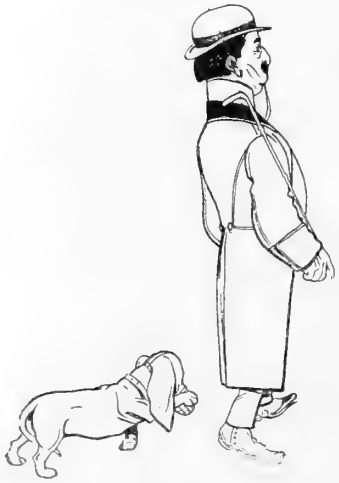
MAL DE MUCHOS...

MONÓLOGO DE UN PERRO, POR ROJAS

1 ¡Mecachis, el bozal!

2 ¡Guau!

3 ¡Güeu!



4 ¡Güiu!

5 ¡Guou!

6 ¡Guuu!

7 ¿Dónde iremos ahora?

8 ¡Gracias á Dios!

9 ¡Anda, ahora se pone bozal el amo!

CROQUIS ASIÁTICOS

LA GRUTA DE CAMOENS EN MACAO

MACAO, la antigua colonia lusitana, que algún portugués llamó el Cádiz del Mar de la China, perdió hace mucho tiempo su antiguo esplendor comercial, arrebatado por los grandes puertos de Hong-Kong, Canton, Shanghai, etc. En cambio no hay ningún rincón en Asia más grato para los amantes de la poesía. En Macao, desterrado y víctima de la feroz injusticia de sus paisanos, lloró sus tristezas el príncipe de los poetas portugueses, Luis de Camoens: allí escribió los últimos cantos de su inmortal poema *Los Lusiadas*. Allí, en el hueco de una montaña por entre cuyas peñas crece lujuriante vegetación, un patriota portugués, el Sr. Márquez, elevó en la llamada gruta de Camoens el busto del poeta, y en torno de él mandó grabar en lápidas de mármol los mejores versos de *Los Lusiadas* y los más inspirados sonetos del pobre genio que en aquel sitio debió de pasar, aunque desterrado, los días menos amargos de su triste vida

GRANADA. CARRERA DEL DARRO, POR R. SÁDABA.

RETRATO DE D. JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA
PINTADO POR ÉL MISMO

JIMÉNEZ ARANDA

Entrado en la edad madura, pero lleno aún de vida y de inspiración, ha muerto este insigne artista sevillano, cuya pérdida priva al arte español de uno de sus más castizos cultivadores.

D. José Jiménez Aranda no era quizás el mejor pintor de la actual escuela sevillana, porque no siempre el sol puso sus rayos en la paleta del maestro; pero pocos, quizás ninguno le aventajó en la corrección y soltura del dibujo, en la gracia movible de la línea.

Nadie ha olvidado la revolución que en la pintura oficial, de *Exposiciones*, causó Jiménez Aranda al volver de París y ganar primera medalla, no ya por voto del Jurado, sino por unánime aprobación del público entero, con un cuadrito de poco más de un metro de anchura, que representaba treinta ó cuarenta transeuntes parisienses arremolinados junto á un andamio del cual acababa de caerse un albañil. Algunos *coloristas* ó *chafarrinistas* rabiosos dijeron que aquello *era frío*. Otros académicos partidarios de la pintura de historia por kilómetros cuadrados, aseveraron que el asunto era vulgar, callejero, basto.

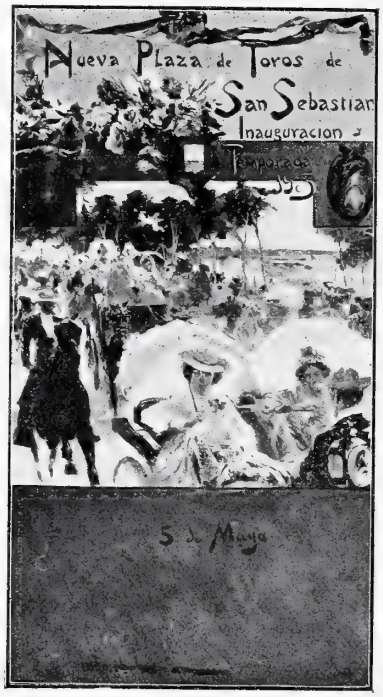
Desde entonces, la mayoría del público se desengañó, y que no le vayan ya con pintura de ópera italiana ni con figurones históricos.

Pero la obra magna del gran maestro son sus *ilustraciones al Quijote*. En ellas unió todo el vigor de la juventud con toda la experiencia de la vejez. Cervantes hubiera reconocido en el Sancho, el cura, el barbero y los demás personajes de Jiménez Aranda, á los suyos propios.

* * *

ILUSTRACIÓN DE «EL CAPITÁN MONTOYA», DE ZORRILLA, POR JIMÉNEZ ARANDA — FOT. ASENJO

LEMA: «CORTO Y DERECHO



LEMA: «5 DE MAYO»

LEMA: «LA MISSUS»
FOTS. ASENJO

LA SEMANA PASADA

HEMOS tenido *otro* concurso de carteles. Esta vez los carteles habían de anunciar las *sensacionales* y *suntuosas* corridas de San Sebastián, y la empresa ha procurado echar el resto.

Los artistas también lo han echado. Y en vez de concederse un solo premio, se han concedido tres, ó, mejor dicho, uno partido por gala en tres, y además se han recomendado para su adquisición otros siete.

Ahora, si después de hacer unos carteles tan bonitos, las corridas resultan malas, será preciso echar al corral á los toros, multar á los toreros y conceder las orejas á los pintores.

ASPECTO GENERAL DE LA FERIA DE JEREZ
FOTS. DIEGO GONZÁLEZ

UN RINCÓN DE LA FERIA

EN Jerez de la Frontera ha habido una feria magnífica. Yo no la he visto, pero me consta que aquéllo no ha sido lo que la gente cree de Jerez: tres palos cortados y á casa. Todo lo contrario. Como fiesta alegre, rica y divertida, lo ha sido de veras. Ha habido muchísimos ganados y ningún perdido.

EN Madrid se reunieron los médicos titulares en Asamblea: después han constituído una Junta central.

Muy necesaria es la unión en todas las clases; más entre los médicos de partido, que tienen que luchar con la enfermedad, con la miseria y con la ignorancia. Alma de la unión es el ilustre doctor D. Antonio Muñoz, nuestro querido amigo, á quien, como á todos sus compañeros, felicitamos.

DON RUPERTO

JUNTA CENTRAL DE LA ASAMBLEA DE MÉDICOS TITULARES DE ESPAÑA FOT. ASENJO

AÑO TRECE Y NUMERO 629 MADRID DIA 23 DE MAYO DE 1903

BLANCO Y NEGRO

FAENAS DEL CAMPO

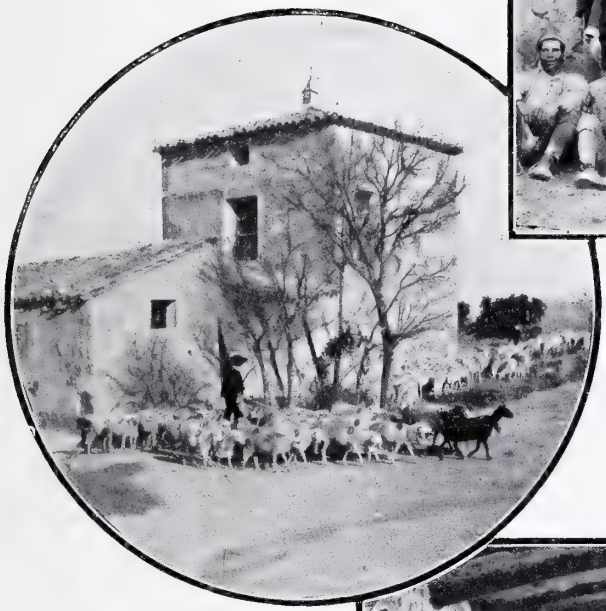
EL ESQUILEO

MAYO no es solamente el mes de las flores fragantes y de las primeras sabrosas frutas: también es el mes de la ganadería, el que pastores y ganaderos esperan con ansia, porque en él, vencidos con mejor

UN RANCHO DE ESQUILADORES

ó peor suerte los rigores invernales, muestra la grey su lozanía y la riqueza que es capaz de producir. El día primero de Mayo suelen comenzar los esquileos en las zonas más templadas de nuestra península y duran hasta fines de Junio, época en que los *ranchos* ó cuadrillas de esquiladores terminan su campaña en los terrenos montañosos con el ganado que pasta en las sierras.

Con el esquileo obtiene el ganadero un



SALIDA DEL GANADO

producto que en otros tiempos fué importantísimo, aun cuando hoy sufre una gran depreciación por causa de los tratados de comercio, desfavorables á las lanas españolas; por la degeneración en los tipos y calidades de éstas, y también porque hoy se atiende más á la abundancia de carnes de las reses que á su pelaje.

Además, en estos días se organizan y distribuyen los rebaños, se dividen ó separan las crías ó *chicadas*, el ganadero recuenta sus reses, elige las que han de reponer las bajas naturales del año y separa las viejas para revenderlas.

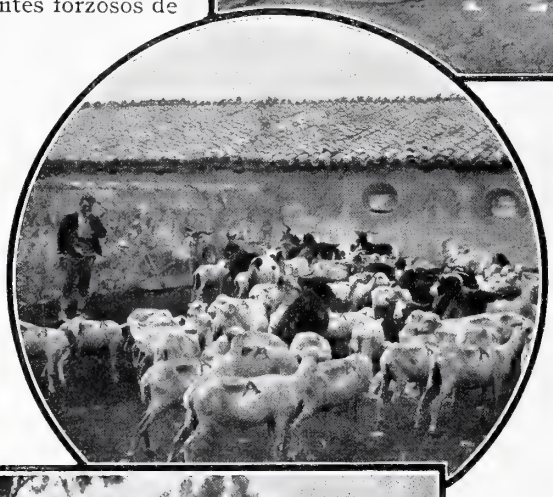
El esquileo fué antaño y aún es en algunos sitios una de las más alegres y típicas

LOS ESQUILADORES EN FUNCIONES

fiestas primaverales. Celebrábase con gran regocijo y algazara, se invitaba á presenciarle á todos los amigos y conocidos del dueño, y éste se desvivía por atender y agasajar á sus invitados. Estos patriarcales hábitos van perdiéndose, pero aún el esquileo constituye una gran alegría y una preocupación importante en las comarcas donde la riqueza lanera es importante.

Antes de *pintar el día* salen los rebaños á pastar ordinariamente, pero el día del esquileo, las reses quedan sujetas á una prudente vigilia; y si se les saca del corral es sólo para que den un paseíto y se *descorreen*. Así resulta que al volver á los corrales muy de mañana, los animalitos vienen balando de hambre con no menor desconsuelo que el de los paseantes forzosos de la calle de Sevilla. Después se habilita un cobertizo ó porche cerrado con zarzos y en él se mete cuantas ovejas quepan y algunas más, bien apretaditas y algunas *patiatadas*, para que suden y tengan la piel bien dispuesta, bajo la lana, á dejar escurrir la tijera. En esto llegan los esquiladores, que suelen ser gente decidora y maleante, maestros en dar vaya á los pastores y en echar coplas á los amos y á las autoridades ó personas graves y prestigiosas allí presentes. Pronto las infelices ovejas, panza arriba, van dejando su vellón, no entre las zarzas, según la expresión bíblica, sino entre las manos de los esquiladores, quienes, semejantes en todo á los que esquilan á la humanidad, ó dígase á los barberos, no dan paz á la lengua un instante. Al compás de las tijeras menudean las canciones, llueve el vino en colodras, que no en vasos, y cuando la tijera, manejada por un puño vacilante, causa algún rasguño, antes que el *cliente* lance un balido, ya está gritando el culpable: —*¡Moreno!*—y á este grito cabalístico acude con gran solicitud un galopín portador de una batea ó cazuela llena de ceniza, con la cual se restañan las heridas más graves en el linaje ovejuno. Esquiladas ya, las ovejas manifiestan su satisfacción con admirables desperezos y graciosas carreritas. Después se procede á *empegarlas*, ó sea á ponerles en el anca el sello de la ganadería aplicándoles un hierro untado en pez, y cumplido este requisito, ovejas y carneros vuelven al pasto con mejor apetito que nunca.

MARCANDO LAS RESES



DESPUES DEL ESQUILEO: EN EL CORRAL Y EN EL CAMPO

Las ovejas esquiladas parecen mucho más feas que antes de dicha operación, pero la lana es como la retórica, la oratoria y todos los trampantojos con que los hombres ocultan sus miserias: en quitándola se descubren todas las flaquezas, se ven los huesos salientes, las mataduras y las macas de todo género. La lástima es que para esas cosas no haya también esquiladores.

El ganadero y el inteligente en ganadería sólo después del esquileo aprecian en todo su valor lo que vale una oveja ó un cordero, la dureza de su carne, la amplitud de su vientre, la resistencia de sus músculos. Y si en vez de realizarse tan importante operación de una manera empírica y rutinaria, se practicara científicamente y con mayor cuidado, mayores serían también los rendimientos de la ganadería.

Por desgracia, en nuestro descuidado é incipiente país, la Agricultura y la Ganadería se encuentran en el mismo atraso y abandono que otras cosas menos importantes.

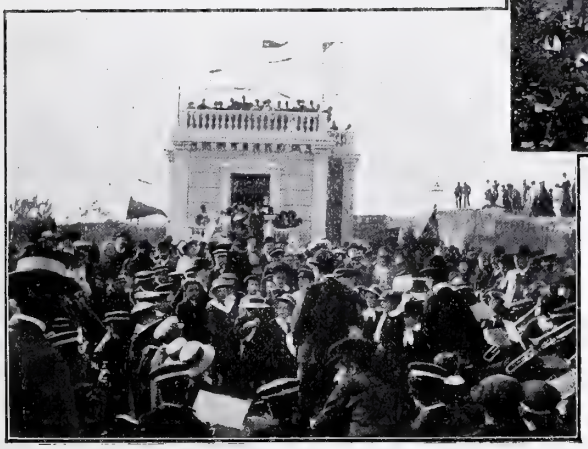
FOTOGRAFÍAS DOSSET

UN VECINO DE COLUMELA

LA SEMANA PASADA

El bienaventurado Labrador que sirve de patrón á esta M. H. Villa en que tenemos la incomodidad y la poca precaución de habitar, ha tenido este año la excelente idea de favorecer á sus devotos los *isidros* y á la muchedumbre de vendedores y feriantes de la Pradera, con un tiempo espléndido. Años hacía que no disfrutábamos de una *isidrada* más copiosa y regocijante. ¡Admirable gente que toma por golosina torraos y avellanas; por pradera, un erial; por diversión y recreo el contemplar á la mujer gorda ó á la ternera de dos cabezas, y por motivo de recreo y distracción espiritual las consabidas *cabezas de ministro!...*

ASPECTO GENERAL DE LA PRADERA DE SAN ISIDRO
FOT. A. AGUILAR



FIESTAS EN LA CIUDAD LINEAL
FOT. ASENJO

Otra prueba de lo poco que necesitamos para divertirnos es la animación con que se celebró el domingo pasado la fiesta del Arbol en la *Ciudad lineal*, cuya población va aumentando y prosperando considerablemente, cual merece tan práctico y hermoso pensamiento. Allí fuimos también, nos divertimos con cuatro cucañas y cuatro globos, admiramos *nuestros* arbolitos, es decir, los consagrados á los periódicos madrileños, é hicimos votos por el florecimiento de aquel nuevo barrio.

Dios ponga tiento en las manos de los *chauffeurs* y en las manivelas, en las ruedas y en los ejes de los automóviles que van á tomar parte en la dislocante carrera de París á Madrid!

Cuando estas líneas se publiquen, la sobrexcitación de los aficionados será tremenda y muy fundada. Los profanos ya vemos en lontananza terribles visiones de cabezas separadas del tronco y de miembros rotos y lanzados á distancias inverosímiles. ¡Ojalá nuestras visiones no resulten confirmadas!

DAMAS AUTOMOVILISTAS
CONCURRENTES AL RECORD
FOT. BRANGER DOYÉ

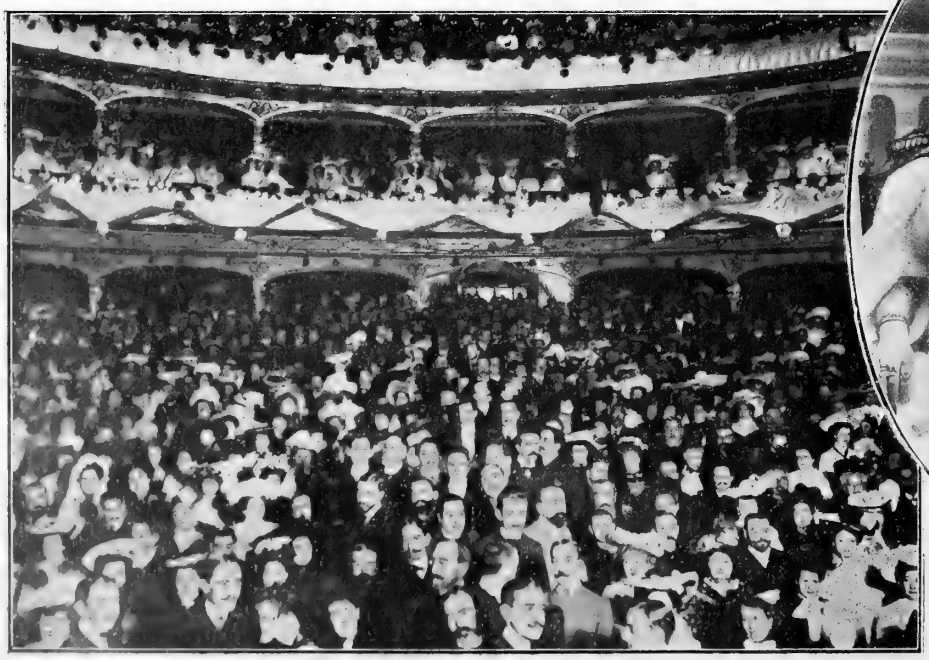
AUTOMÓVIL DEL CONDE DE RECOPÉ
ENSAYÁNDOSE PARA LA CARRERA PARÍS-MADRID
FOT. WALLON BORIE

APERTURA DE LAS CORTES. S. A. R. LA INFANTA DOÑA EULALIA BAJANDO DEL COCHE
FOT. MUÑOZ DE BAENA

En tanto se verifica la carrera de automóviles, ya ha comenzado el *record* parlamentario con la brillantez de costumbre. El espectáculo resultó espléndido, lo mismo que siempre. Lo malo es que en esta obra la *overtura* suele valer mucho más que la representación.

Magnífica ha sido también la fiesta de los Juegos florales celebrados últimamente en Sevilla, á los cuales concurrió como mantenedor el insigne Echegaray, siendo elegida reina de la fiesta una bellísima señorita, hija del ilustrado prócer marqués de Jerez de los Caballeros: una joven digna de ser lo que es, lo que decía Campoamor: *morena y sevillana.*

DON RUPERTO



LA SALA DEL TEATRO DE SAN FERNANDO DE SEVILLA DURANTE LOS JUEGOS FLORALES FOT. J. BARRERA

LA REINA
DE LOS JUEGOS FLORALES
DE SEVILLA

LEYENDA OLVIDADA

CUENTO

Existe aún en el Puerto de Santa María la casa donde un monje, famosísimo por sus virtudes, pasó larga temporada sirviendo de consejero espiritual á D. Juan Luis de la Cerda y á su esposa, duques de Medinaceli, marqueses de Cogolludo y de Alcalá, señores de las villas de Deza, Enciso y Lobón, comendadores de la Moraleja, condes de la ciudad y gran puerto de Santa María, etcétera, etcétera.

No hay para qué encomiar, ni importa á este relato, la grandeza de tales señores. Quevedo dedicó al Duque una de sus mejores obras, y llenos están los cronicones de la época de ejemplares, hechos, famosos sucesos, graves sentencias, heroicas empresas y gloriosas aventuras en las que el generoso D. Juan Luis de la Cerda resalta y luce como quien era.

Uno de los criados del Duque, mocetón de veinticinco años, estaba recién casado con una joven de extremada belleza. Su luna de miel fué muy breve. En vano la esposa hacía al lado de la Duquesa una vida ejemplar y ponía en todas sus acciones singularísimo recato. Acusábala el marido de imaginarios deslices, y devorado por los celos, sometíala á terribles pruebas y á villano espionaje.

Enterado de ello fray Donoso de las Mercedes, que así llamaban al santo varón, recetó á la muchacha la medicina que la Religión tiene para estos casos: conformidad y oraciones; pero mientras más se resignaba con su cruz y más rezaba la pobre niña, más celoso estaba el marido y con mayor furia la acusaba y maltrataba, creyendo que su mujer, además de traidora, era una grandísima hipócrita, que ponía falsamente á Dios por testigo de su inocencia.

Con tales luchas y quebrantos, el servicio que á uno y otro estaba encomendado en el palacio de los Duques andaba tan descuidado, que el mayordomo se quejó á sus señores, quienes llamaron al matrimonio y averiguaron el hondo drama de aquellos desatinados celos.

Comprendió D. Juan Luis de la Cerda que para poner en paz el espíritu de su criado eran ineficaces las predicaciones, la oración y los ayunos, y así lo dijo á fray Donoso, prometiéndole, si lograba la intercesión divina en aquel negocio, construir á sus expensas un convento para la Orden franciscana.

Llamó el piadoso fraile al marido, pero las exhortaciones que le hizo consiguieron sólo enfurecerle más, creyendo el insensato que su mujer había buscado el auxilio del monje y de los Duques para gozar mayor impunidad en sus deslealtades. Le vió fray Donoso tan loco y tan fuera de sí, que determinó apelar á un recurso supremo antes de pedir á Dios hiciera un milagro para salvar aquel alma enamorada que el diablo de los celos quería perder irremisiblemente.

—Tu mujer—le dijo,—vendrá esta tarde con la Duquesa. Mientras yo confieso á nuestra señora, tú mismo oirás la confesión de tu esposa, y sin que nadie sepa nada de este sacrilegio, penetrarás en su alma y sabrás de ella tanto como Dios mismo, y Él nos perdone en gracia de la paz de tu espíritu.

Llamó luego el santo varón á uno de los monjes que con él vivían, y le ordenó que pusiera al criado de los Duques un hábito de la Orden y le condujera al confesonario de fray Juan, varón virtuosísimo que no está en los altares porque sus muchos ayunos y maceraciones le trastornaron en su vejez el seso, y el pobre murió loco rematado, diciendo grandes atrocidades y haciendo creer á las gentes que el diablo se había apoderado de su escuálido cuerpecillo.....

Llegó á la capilla la duquesa de Medinaceli, acompañada de las mujeres de su servidumbre, y adelantándose fray Donoso á recibir á su protectora, dijo á la hermosa doncella:

—Id al confesonario de fray Juan.

Allá fué la pobre niña al más obscuro rincón de la capilla, donde impaciente estaba su marido, en-

vuelto en un sayal de estameña y oculto el rostro con la amplia capucha.

La gentil muchacha comenzó sus oraciones tartamudeando, y á poco lágrimas y sollozos convirtieron su voz en lento gemido.

—Padre—decía la sinventura,—mientras tuve la seguridad de que amaba á mi marido, soporté gustosa las penas que sus infames celos me causaban; pero no puedo sufrir más tiempo el agravio que me hace y comienzo a aborrecerle. Me causa tedio su presencia, y cuando me habla siento que mi odio me atormenta más que sus insultos.

No pudo escuchar más el marido. Sus manos crispadas buscaron un puñal que antes había escondido entre una arruga del hábito y el cordón que lo sujetaba á su cintura.

Se puso en pie, salió del confesonario, levantó el brazo derecho en alto, y al dejarlo caer en golpe mortal sobre la infeliz criatura, que seguía gimiendo arrodillada, brutal estremecimiento agitó su cuerpo, cegaron sus ojos y paralizóse la voz en su garganta.

Quedó así un breve instante y luego miró aterrado el puñal convertido en crucifijo de bronce, y creyó que aquella dulcísima boca de Cristo, entreabierta, lanzaba un gemido doliente, y que de las heridas manaba sangre, y que la frente se contraía agujereada por la brutal corona de espinas.

—¡Milagro!—gritó.

El espanto de su voz temblorosa causó en los fieles terror sobrenatural. Ninguno se atrevió á moverse. Solo fray Donoso se acercó al muchachote, que seguía gritando:

—¡Milagro! ¡Milagro!...

—¿Qué es esto?—preguntó el monje.

—¡Perdonadme! Escondí mi puñal para matar á mi mujer si confesaba su adulterio...

—¿Os lo ha confesado?

—No; me habló de su odio, y al querer herirla encontré en vez de mi puñal ¡un crucifijo!.....

Salieron los fieles de la santa casa pálidos y temblorosos. La noticia del portento divino corrió la ciudad en un instante. El crucifijo, colocado bajo urna en el altar, vió á los esposos rezar muchas horas, deshechos en lágrimas de arrepentimiento y alegría.

El pueblo corría presuroso á ver el *Cristo del Puñal*, y mientras, fray Donoso consolaba á un pobre monje que, creyéndose en gravísimo pecado, le decía:

—«Castigadme, santo padre; castigadme como queráis. Esto es una superchería, lo sé. Pero quise hacer una buena obra. Al disfrazar al criado del Duque le vi esconderse el puñal, y temiendo por la vida de alguien se lo cambié con maña por el crucifijo de mi celda.

—Levántate, hermano mío—replicó fray Donoso.—¡Milagro ha sido, sin embargo; que Dios se vale de los medios más sencillos para salvar á sus criaturas!

En el tumultuoso correr del tiempo, el crucifijo se ha perdido, y el convento que en memoria del milagro hicieron levantar los Duques, está ruinoso. ¡Hasta la leyenda se ha olvidado, no quedando de ella rastro en las crónicas de la Orden á que fray Donoso pertenecía, ni en los anales de la ciudad, y gracias á que yo la he adivinado en una noche de insomnio...!

DIONISIO PÉREZ

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

LA FLOR DE LA SIERRA

En cierta villa humilde hay un maestro de escuela
que ha escrito un himno á España lleno de patrio ardor,
y porque sus discípulos le canten, se desvela
sus notas repitiendo con paternal amor.

Los niños le circundan, y él, con aspecto grave,
por cima de las gafas contempla el cuadro aquél,
impóneles silencio, y canta con voz suave
en tanto que los niños se están mofando de él.

Los mozos de la villa se van aproximando
para oir con sorna y burla del maestro la canción,
y el viejo, de alma de ángel, prosigue así cantando,
con voz que á la garganta impele el corazón:

. . . . . .

«España su cabeza recuesta en los sillares
de un monte que separa su suelo del francés,
y extiéndese su cuerpo cercado por dos mares
que se unen á sus plantas para besar sus pies.

Sus montes asemejan petrificadas olas
que alzan sus cumbres altas del uno al otro mar;
rico verjel guarnece las costas españolas
y, á trechos, en Castilla le vemos verdear.

Siento, España, mi sangre brotada de tus mieses,
nacida de tus aguas, tus frutos y tu sol,
yo gozo con tus glorias, yo lloro tus reveses,
y late en mis entrañas tu espíritu español.

¡Tú eres más que mi madre, soy parte de tu vida;
me diste á luz y aún sigo viviendo siempre en ti!
¡El día en que yo muera, tu tierra bendecida
cual maternal abrazo ha de llegar á mí!»

. . . . . .

Las vecinas del pueblo, que ya lo saben todo,
murmurando del viejo, exclaman al pasar:
—¡El sueldo que le damos adquiere de este modo!
¡Qué falta hace á los niños que aprendan á cantar!

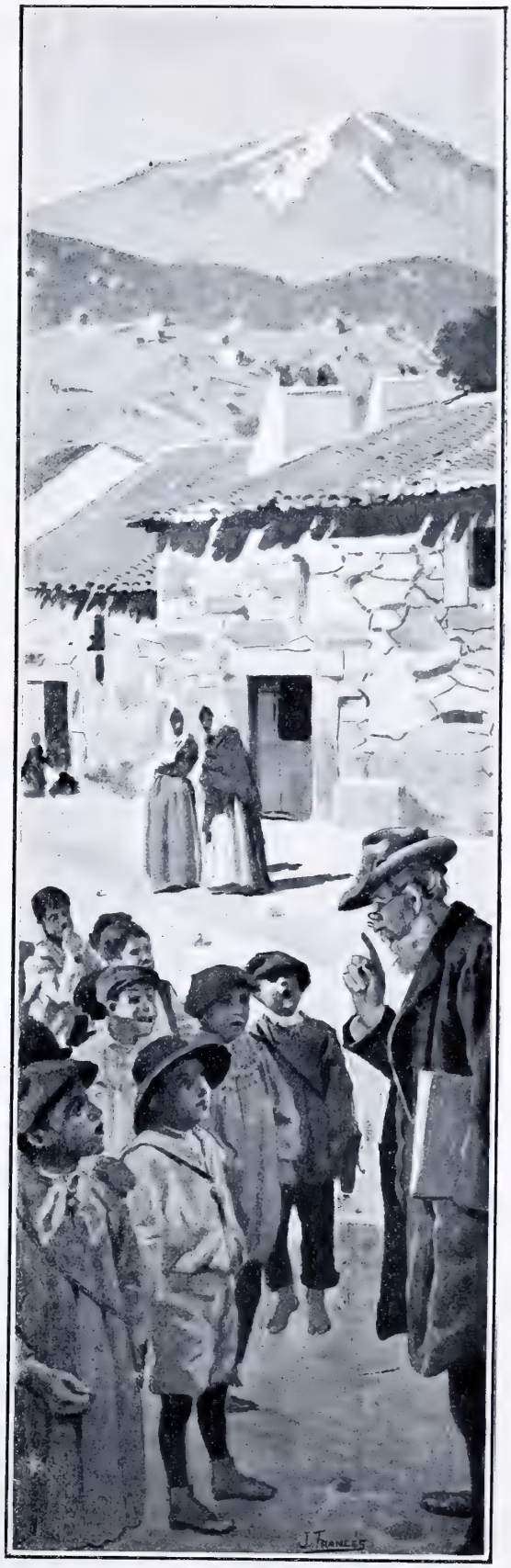
En tanto, el desgraciado repasa nuestra Historia
y quiere sus grandezas de nuevo remover,
y canta nuestras lides y ensalza nuestra gloria
sin que la chusma ruda le acierte á comprender.

Y canta y canta el viejo en tanto que le abruma
del vecindario inculto la burla general;
como el árbol que al hacha que le astilla perfuma,
el desgraciado viejo devuelve bien por mal.

Su alma es la flor que nace de la sierra en la altura,
embalsamando al cierzo que al fin la hará morir,
que en soledad perenne consume su hermosura
viviendo en la inconsciencia completa de vivir.

Cuando contemplo quienes los altos puestos llenan,
los recuerdos del viejo me asaltan en tropel,
del himno las estrofas dentro de mí resuenan
y me ciegan mis lágrimas al acordarme de él.

RAFAEL TORROMÉ



DIBUJO DE J. FRANCES

¡PERDÓN, DIOS MÍO!

Subí la empinada vertiente, y atrás quedaron el arroyo que lame las lindes del camino, el puente, los caseríos del ganado, el paso á nivel, la vía de tierra y la de grava, el rail y la cuneta. Llegué al sendero y emprendí la ascensión á los picos más altos. Parecía una cinta que midiera el terreno la estrecha carretera que se veía y se ocultaba en vueltas y revueltas. Atravesé la fronda, dejé la vegetación de los arbustos y las plantas silvestres, y seguí ascendiendo.

La respiración se me hizo facilísima. El aire puro entraba y salía de mis pulmones sin el menor esfuerzo. No advertía la más importante función de mi organismo. Respiraba sin la menor fatiga. Y gocé de aquel ambiente que entre la tierra y el cielo es una medicina para todas las enfermedades del trabajo y de la melancolía: penas capitales del cuerpo y del alma. Subía y subía...

Llegué á dos mil metros sobre el nivel del mar. Los olores de la ciudad no llegan tan arriba. Los olores del monte se disipan más abajo. La atmósfera, completamente diáfana, no empañaba ninguna línea de la cordillera ni obscurecía ningún pedazo del cielo.

Ni el rumor más ligero me atormentaba.

En algunos momentos, como si los oídos tuvieran ojos, me parecía que miraban hacia adentro y que escuchaban mis pensamientos... una música cerebral incomparable: la que oye la madre que lleva al hijo en las entrañas; la que oye el que reza, algo del alma, algo de aquel salmo en que la creación entera canta y adora.

Envuelto en esa gran cortina que llaman atmósfera los sabios y llaman firmamento los creyentes, y detrás el cielo... algo parecía que del cielo me llegaba.

Lo demás, á mis pies. Las torres, los palacios, los monumentos, las casas, las cuevas, las guaridas, las piedras, las plantas, los animales, los hombres... Como dice la filosofía: lo que gravita, lo que vive, lo que siente, lo que piensa. La catedral y la ermita.

Y seguía subiendo. En la más alta cima descansé. Un libro de Geografía asegura que ya estaba á tres mil metros sobre el nivel de las aguas saladas. Con un anteojo divisé una línea obscura... El mar á muchas leguas. La meseta era estrecha y de piedra viva.

Ni las cabras suben tanto, porque la comida de estos animales se acaba más abajo.

Las nubes se apiñaban á mis pies. El sol no tenía celajes. Calentaba menos que en el valle, y admiraba con más fuerza y mayor atracción.

Pasajeramente me distrajeron dos águilas que descendían con majestuoso aleteo á la llanura, después de mirar al sol cara á cara. Y puesto sobre el pico de la cumbre, sentí una emoción inexplicable que me avasallaba, que me anonadaba, que se me imponía con divina pesadumbre.

¡Todo lo veía en el fondo, muy abajo, muy abajo!

Tronos, instituciones, organismos, fuerzas, magnates, señores, pordioseros, tiranos y verdugos, filántropos, locos y cuerdos... Allí los odios brutales del parentesco, las más encarnizadas luchas de la amistad, las envidias venenosas de la vida colectiva, los fingidos afectos, y ardiendo los rencores del daño causado y del daño recibido. Cuanto nos divide, separa, aniquila y destruye.

Todo el contenido del corazón humano, según Balzac.

Dos sentimientos agitaron entonces mi espíritu: el primero me decía:

—¡Levántate, mira hacia abajo y maldice!

Me dominó el segundo, y exclamé de rodillas levantando los ojos, el pensamiento y el corazón al cielo:

—¡Perdón, Dios mío!

C. SOLSONA

DIBUJO DE REGIDOR

La subasta de Susana

SUSANA ya no es una niña chica. Pronto va á cumplir tres años. No es que á los tres años sea uno viejo, pero ya se tienen ideas concretas de muchas cosas y se posee lo que las personas mayores llaman *principios;* es decir, testarudez. Cuando Susana ha tomado una decisión cualquiera, sin saber por qué la ha tomado, no quiere volverse atrás ni á tres tirones: en suma, es muy temosa.

Además tiene otro defecto: el de trepar por todos los muebles. Se pierde la cuenta de las veces que ha caído al suelo, arrastrando tras sí la silla ó la butaca que imprudentemente había querido escalar. Otra cualquiera se hubiera corregido de tan funesta manía: ella no.

Y ahora vais á ver las desgracias que puede acarrear la asociación de dos defectos tan graves como la testarudez y la pasión de las ascensiones.

El otro día Susana se había subido en una silla del salón. Si se hubiera contentado con sentarse, como una persona razonable, á mirar el álbum colocado en la mesa, nadie la habría dicho palabra. Pero á Susana no la divierten los retratos ni las estampas, por bellas que sean: al cabo de un minuto, ya había arrojado al suelo el libro, y arrodillada en la silla se entretenía en balancear un jarrón con flores colocado al alcance de su mano.

—¡Cuidado, Susana—le dijo su mamá,—que vas á romper el jarrón!

Susana no hizo caso.

—¿Me has oído?—repitió la mamá.—Te digo que vas á romper el jarrón.

Susana, sin volver la cabeza, repuso:

—SI LO ROMPO, LO PAGARÉ.

¿Quién había podido sugerirle tan insolente respuesta? Semejante manera de hablar no es cosa corriente en aquella casa, en que los criados son atentos y corteses. Lo malo es que en el piso de arriba hay una cocinera terrible que se pasa el día vociferando, al punto de que muy á menudo es preciso cerrar las ventanas para que sus desaforados gritos no lleguen á oídos de la niña. Sin duda algún día en que las ventanas se hallaban abiertas, la tal mujerona dió aquella contestación á su señora, después de haber roto un plato. Sea como sea, la mamá de Susana estaba toda sofocada por la impertinencia de su hija, cuando... ¡pataplúm! El jarrón, la silla y Susana cayeron al suelo: el jarrón, naturalmente, hecho añicos, la silla despatarrada, y Susana con la cara como un tomate, pero sin rechistar, porque en casos tales, ya sea porque el sentimiento de su falta le impida quejarse, ó porque la emoción le prive de lágrimas, Susana no llora jamás.

En aquel momento llega el papá y se entera de lo ocurrido.

—Bueno—dice con frialdad.—Es muy sencillo: Susana ha declarado que si rompía el jarrón lo pagaría. Lo ha roto: que lo pague; á no ser que, arrepentida sinceramente de su desobediencia, pida perdón en seguida.

Susana se muerde los labios. La mamá se acerca y la dice:

—Vamos, Susana, pide perdón.

Susana permanece muda.

—¡Ah! ¿No quieres pedir perdón?

Susana no profiere palabra.

—Eso es que la niña quiere pagar—replica el padre.—Que vaya á buscar su dinero.

Susana lo hace. El dinero está en una hucha que regaló á la niña su tío Félix. Lo trae, lo abre, no sin pena, entrega á su madre el contenido, algunas monedas de plata nuevecitas: total, doce francos.

—Pero—dice el padre—el jarrón ese costó mucho más caro. Lo menos valía cien francos. ¿Ha calculado usted esto, señorita?

Susana no responde.

—Y tú, ¿qué opinas?—pregunta el padre á la mamá.

—Opino que Susana siente mucho lo que ha hecho, y que en seguida va á besar la mano á su papá. ¿No es así?...

Susana baja la cabeza.

—Vamos, hijita, sé dócil: dame la mano, y vamos á pedir perdón á papá.

Susana esconde la mano.

—¡Pero niña! ¡Susana!

—Déjala, mujer, déjala. Puesto que se empeña en no pedir perdón y los doce francos no alcanzan para pagar el jarrón roto, nos veremos obligados á vender los objetos que le pertenecen. Vamos á ver, ¿qué cosas posee Susana?

—Tiene sus vestidos, un sombrero muy bonito...

—¡Eso no! Los vestidos de una niña pertenecen á sus padres que se los prestan para que no vaya desnuda [illegible] calles...

[illegible] hace una mueca significativa.

[illegible] continúa, impasible:

—[illegible] realidad, no tiene suyos más que sus juguetes y [illegible], y esos objetos son los que vamos á vender.

—¿Dónde?

—[illegible] mañana. Cabalmente, sus primos y primas [illegible] á pasar la tarde... ¡Digo! Serán unos [illegible] ni pintados.

* * *

Al día siguiente, á las dos, primos y primas, acompañados por tíos y tías, llegan á casa de Susana. Están invitados hasta los parientes más lejanos y algunos amiguitos y amiguitas. El salón donde había de verificarse la subasta estaba lleno de gente, y había sido necesario despejar los muebles cual si fuera á celebrarse un baile, y colocar cinco filas de sillas sólo para los chicos. Los papás permanecían de pie ó entraban y salían en el comedor contiguo. La casa estaba revuelta. Es de advertir—porque en una historia tan importante como ésta no debe echarse en olvido el más mínimo detalle—que se había preparado una rica merienda, previendo que las pujas estarían muy animadas y que los postores tendrían necesidad de reparar sus fuerzas.

¿Y Susana qué decía?

Seguía sin decir nada. Ya habéis visto con qué calma había escuchado la decisión paterna. Continuaba, pues, encerrada en un mutismo absoluto. Sin embargo, la noche antes, su mamá había creído oir no sé qué rumor de sollozos ahogados en la camita cercana á la suya, é intranquila había preguntado á Susana: «¿Lloras, hijita?» pero la niña contestó: «No, mamá; es que estoy soñándome.»

Así, pues, comenzó la subasta. Tío Jorge se había encargado de las funciones de perito tasador. De ordinario, tío Jorge es sumamente jovial; sabe discurrir muy graciosas diversiones para la gente menuda, y sus cuentos extravagantes tienen gran éxito entre los chicos; pero en aquella ocasión, penetrado de la gravedad del

papel que le incumbía, tío Jorge no tenía ganas de reir. Lentamente había subido los escalones del estrado, y sentado detrás de la mesa, con el martillo de subasta en la mano, dirigía á los circunstantes una mirada solemne y severa. Tío Julio, que tiene muy buena voz, había tomado á su cargo el oficio de pregonero ó voceador, y por orden del perito comenzó:

—Señores (sin dirigirse á las señoras, según costumbre de las subastas), se pone á la venta una muñeca vestida y articulada: cabellos rizados, ojos de cristal, cabeza de porcelana... Pueden ustedes examinarla.

Prodújose gran rebullicio en el público, sobre todo entre las chicas; los chiquillos fingían una gran indiferencia, y pasaban la muñeca de mano en mano sin dignarse mirarla.

Una de las niñas, Maruja, la miró extasiada y dijo al oído á Elena, que estaba á su lado:

—Mira, la cabeza es de porcelana.

—¡Quiá, tonta—repuso Elena,—si es de mentirijillas!

—¿Cuánto ofrecen?—gritó el pregonero.

Todos callados.

—Hay un postor que da cincuenta céntimos,—exclamó tío Jorge.

La asamblea no chistaba.

—¡Anda, cómprala!—indicó Andrés á su hermanita.—Di que das treinta céntimos.

—¡Treinta céntimos!—chilló Maruja.

—Vamos, nada de bromas,—repuso tío Jorge.—Esta subasta es cosa muy seria, y os advierto que no toleraré chanzas He dicho que hay comprador por cincuenta céntimos; por consiguiente, para pujar hay que ofrecer sesenta, setenta, ochenta, noventa... y así sucesivamente.

—¡Ochenta céntimos!—gritó Elisa.

—Bien, bien—exclamó tío Jorge,—veo que me han comprendido. Sigamos.

—¡Un franco!—añadió Elena;—y Elisa, temblona, levantándose, ofreció:—¡Un franco y diez céntimos!

Elena se puso de pie también, y la lucha se hizo reñida, apasionada:

—¡Un franco veinte!

—¡Uno treinta!

—¡Uno cincuenta!

—¡Uno sesenta!

Esta última tasación produjo estupor verdadero. Elisa, derrotada, se sentó.

—¿No hay quien dé más?—gritó tío Jorge;—y después de un instante, dió un martillazo en la mesa y declaró:

—Se adjudica la muñeca á la señorita Elena, digo María.

De igual modo se vendieron otras muñecas, y en pos de las muñecas una porción de juguetes, regalados por los numerosos tíos y tías de Susana, que siempre había sido muy mimada. Los tíos, las tías y los amigos de la casa la habían hecho infinitos regalos, no sospechando, naturalmente, que había de llegar un día en que, por consecuencia de la orgullosa obstinación de Susana, tan lindos regalos se verían dispersados por el viento de una subasta pública.

No entraré en más pormenores, que alargarían desmesuradamente este relato: en la subasta abundaron los incidentes trágicos y cómicos: las disputas y escaramuzas entre los postores, los ardides y maquiavélicos recursos de éstos para adquirir á precios ventajosos...

—¿Y Susana?—me preguntaréis.—¿Qué actitud había observado durante la subasta?

—¡Bah, bah! la actitud de una persona absolutamente indiferente.

—¡No es posible!

—¿Que no? Es la pura verdad. Susana no aparentó la

más leve emocion Que eso no es creíble dices?... Aguardad, que no he concluido. Ya se habían vendido todos los juguetes expuestos, y hasta tío Emilio, representante de la Beneficencia pública, adquirió un lote de juguetes á diez céntimos para los niños pobres del barrio, cuando la niñera de Susana atisbó una muñeca olvidada en un armario. Era, en verdad, una muñeca feísima que antaño había conocido tiempos más felices. Cuando el amigo Joaquín se la regaló á Susana, ésta, entusiasmada con la posesión de tan linda criatura, la puso el nombre de Joaquinita por gratitud al donante; pero ya hacía de esto un año, y Susana, preocupada después por la numerosa prole que formaban sus otras muñecas, había abandonado á la pobre Joaquinita, que rodando por los rincones perdió sucesivamente un brazo, una pierna, un ojo y la mitad del cabello... Mas no importaba: aún era un objeto vendible. Tío Julio se apoderó de ella.

—Se pone á la venta una muñeca enferma de gravedad...

No pudo concluir esta frase, porque ya Susana se había lanzado hacia él para arrebatarle la muñeca.

—¡No, no! ¡Esa no! ¡Es mi Joaquinita! ¡No quiero que vendan mi Joaquinita!—clamó gritando, sollozando como loca; y al acercarse á ella los padres: —¡Perdón, papá! ¡Perdón, mamá! ¡Es mi Joaquinita! ¡No quiero que vendan mi Joaquinita! ¡Perdón, perdón, perdón...!

El perito tasador se había puesto en pie con mucha dignidad.

—¿De modo, señorita—dijo,—que ha pedido usted perdón?

—Sí, sí; quiero mi Joaquinita.

—Basta, pues; concedido el perdón, la subasta no tiene razón de ser... Tío Julio, devuelva usted la Joaquinita á su mamá.

Tío Julio obedeció, y Susana, habiendo recobrado á su hijita más querida, la acariciaba tiernamente y recibía besos y felicitaciones, prometiendo á sus papás ser muy juiciosa para no tener que avergonzarse de sus actos ante Joaquinita.

Al renacer en su corazón el sentimiento maternal, había despertado al amor filial, aletargado por un momento.

—¿Y esa es toda la historia?

—Claro.

—Pero como Susana había pedido perdón, ¿la devolverían todos los juguetes?

—¡Quiá! No os acordáis de las solemnes palabras de tío Jorge. La subasta se verificaba con toda seriedad; por consiguiente, lo vendido, bien vendido está, y no había por qué devolverlo...

—¡Qué lástima!

—Sólo que, para consolar á Susana y [illegible] compensar su arrepentimiento, los [illegible] comprado un mobiliario completo á Joaquinita. Esta, al recobrar el afecto de su mamá, no ha podido, ciertamente, [illegible] su brazo, su pierna y su [illegible]ro Susana le ha dicho que, si era [illegible] volverían á brotarle los cabellos, [illegible]da con esta promesa, Joaquinita [illegible] tranquila todas las noches en la lin[illegible] cuna rosa que le ha regalado

ABRAHAM DREYFUS

LA ARISCA

En una hendidura de la montaña estaba la vivienda, construída por la Naturaleza con *bloques* de roca próximos á desplomarse. Ni camino vecinal, ni cañada, ni senda accesible cruzaban por la pedregosa pendiente; sólo inmensas moles de granito rodeaban la covacha, que parecía esconderse en un pliegue de la sierra. No era posible que allí viviese persona alguna, incomunicada con el pueblo, sin más imágenes que las luces del cielo en los días claros y la monotonía del suelo infecundo. Por eso decían los vecinos de Villabaja:

—¿La *Arisca?*... ¡Puaf! ¡Si eso no es *presona! ¡Miá* que vivir en un nido *e buitres!*...

Pues en el nido se albergaba hacía quince años; desde que á los veinte de su edad se casó con ella un pobrete cazador de oficio.

—Oye, *Arisca*—le dijo.—Tú no *tiés* padre, ni madre... ni, como *ijo* el otro, *ande amparate.* Tú no quisiste á tu tío, ni has *querío* á tus amos... ni, como *ijo* el otro, á la camisa que quizá lleves puesta. *¿Quiés* que *mus* casemos... el uno con el otro?

Y como á la *Arisca* le daba lo mismo decir que sí ó decir que no, dijo que sí; se casaron, y el cazador la llevó á unas rocas solitarias, donde fabricaron su nido, al arrullo del estridente alarido de los grajos y de los silbidos del viento. Pero ella no cambió de condición en su nuevo estado; continuó impasible, con el alma dura y fría, lo mismo que el manto de nieve que se extendía hasta el horizonte. La *Arisca* era una piedra más colocada en aquel terreno de aridez perdurable.

El matrimonio duró once años, sin tener hijos; y cuando el hombre murió, no recibió más beso que el de los labios de su mujer, tan fríos como la misma muerte.

*
* *

La *Arisca* volvió á encontrarse sola.

¿Sola?... La verdad es que, á poco de enviudar, cuando todas las tardes regresaba del pueblo con la miserable limosna trabajosamente conseguida, al recogerse en su escondrijo se sentía menos sola que nunca... ¿Por qué?

Amaba ya algo que presentía desde el fondo de sus entrañas; y su condición inflexible, ruda, se rebelaba contra este sentimiento. El querido y molesto invasor venía á destruir todas las negruras de su egoísmo, desvaneciéndolas como un chorro de luz que rasga bruscamente las sombras y cae en la retina.

La *Arisca* fué evolucionando, despojándose de sus asperezas. El germen de una nueva vida le prestaba, desde la clausura, perfumes de bondad y de sentimentalismo inconsciente: tomó cariño á la covacha donde vivía, y algunas noches, al mirar desde la alta punta de una roca la majestad del firmamento y los matices del campo—que á lo lejos festoneaba la sierra con encaje de esmeralda,—se le figuraba que tanta hermosura, estrellas y flores, se ponían sus más vistosas galas para recibir al retoño de la *Arisca.*

Jamás criatura alguna entró en el mundo más amada que aquel muñequillo enclenque y menudito. Los treinta años de la *Arisca* sin amores y sin deseos, la sirvieron para acumular resistencia, acaso con la esperanza de que este día llegase. La madre no hacía más que admirar al chiquillo, rebujarle entre las sayas burdas para que no le hiriese el frío, y maldecir del tablón que, á modo de puerta y mal sujeto por una bisagra, no evitaba el paso del viento, que quería arrebatarle á su niño.

Cuando ya avanzada la primavera, comenzó la luz del sol caldear la corteza de la sierra, la *Arisca* sacaba de la covacha la cunita hecha con refajos de colorines, y permanecía mucho tiempo embobada en la contemplación de aquel monigote de ojos azules y carnes finas y blancas como las de un señor.. El pequeñuelo miraba con indiferencia á todas partes, y la *Arisca* concluía por comérselo á besos. De vez en cuando algún cuervo cruzaba por delante de la cuna, rozándola con sus alazas negras; el niño rompía á llorar atemorizado, y la madre llenaba de improperios al *gran ladrón*. Como tenía que bajar todas las tardes á la aldea para comer al día siguiente, era cosa de verla ir y venir con su hijo colgado del pecho, cruzando cañadas, rodeando simas y saltando sobre los peñascos, ágil como una cabra, feliz y orgullosa como una reina.

*
* *

A los tres años el niño no acertaba á correr; sus piernecillas débiles no le servían en aquel suelo accidentado y rudo... No parecía hijo de aldeanos, engendrado y nacido en una abrupta montaña: los cabellos rubios, la nariz afilada y la extraordinaria delicadeza de todo su organismo, hacían pensar en un frágil muñeco de porcelana, animado con un soplo de vida... Hubiera sido muy bello si pudieran aunarse la hermosura y la miseria.

Pero no desmentía su raza en el temperamento: nada quería, nada admiraba; ni siquiera cuando, al bajar al pueblo, veía juguetes en manos de otros niños más afortunados, demostraba envidia ó deseos de posesión. Sólo una vez... Fué una tarde de los primeros días del otoño. La *Arisca*, con su hijo en brazos, descansaba en un altozano del valle, al regreso de la aldea, y vió acercarse un rebaño que el pastor conducía á la majada...

—*Miá* tú, lucero... las cabritas,—dijo señalando al cardizal por donde se extendía el hato con bullicioso cencerreo.

El pequeño irguió la cabeza con infantil curiosidad, y extendiendo un dedito descarnado y mugriento, balbució:

—El... chivito...

—Sí, sí... ¡el chivito! ¡el chivito! ¡*Miá* el chivito!—repetía la madre mientras el niño, iluminado por una sonrisa, seguía con sus ojos los impetuosos saltos de un cabritillo.

Y entre la *Arisca* y su hijo se entabló un pugilato de insistencia cómica; ella mirando al niño y el niño mirando al rebaño, se quitaban la palabra de la boca:

—Chivito...

—Chivito... sí.

Diez minutos después, cuando el ganado se ocultó en un recodo de la vereda, al mismo tiempo que caía el sol detrás de una montaña, la madre y su pequeño encima, subían hacia el puerto, repitiendo ella con amorosa persuasión:

—¡El chivito!...

El niño volvió la cabeza hacia el fondo del valle, por donde había desaparecido tan pronto su primera alegría.

*
* *

El invierno fué terriblemente cruel. Hielos y ventiscas azotaban sin piedad la covacha; y aquellos [illegible] de la puerta, que la *Arisca* hubiese querido cubrir con su cuerpo, eran enemigos peligrosos

del pobre niño; éste, amedrentado y encogido, se resguardaba con su madre durante las noches en el rinconcillo de los trapos, y por el día respiraba el humazo espeso de los troncos resquebrajados por el fuego.

La *Arisca*, aunque temía vagamente por la salud de su hijo, no dejaba de llevarle al pueblo todos los días: le arropaba mucho, y apretándole contra su pecho, ¡hala! ¡hala!... no les impedía el viaje ni cierzo ni nieves... ¿Había de dejarle solo?

***

Una noche, en las mejillas del niño se reveló la fiebre y quedó amodorrado. Al amanecer se revolvió inquieto en la cama, agitó uno de los brazos, y entreabriendo la boca, murmuró muy quedo: «¡Chivito!» Deliraba... La madre fué á besarle y se asustó al sentir el roce de la piel ardiente bajo sus labios... Después, cuando el niño, con la cara hacia la pared, parecía dormido, se levantó ella, le envolvió en una mirada de amorosa angustia, se anudó un pañuelo á la cabeza y salió en silencio. La montaña, bañada por los rayos del sol, recibía las caricias de la primavera naciente.

La *Arisca* descendía muy de prisa. ¿Adónde iba? No estaba muy segura... Al pueblo... ¿No era verdad que su hijo estaba grave?... «Pues que lo curasen. Los *méicos ¿pa* qué son?...» La infeliz pensaba todo esto, monologando mientras andaba, incierta... sin voluntad... empujada por impulso vesánico. Pero ¿por qué había de estar grave el niño? ¡Delgaducho siempre lo estuvo! ¡Y qué! ¿no viven así muchos niños?... Sí que tenía calor... ¡mucho calor en la cara!...; pero como le había echado encima tanta ropa...

Con este incesante ajetreo de su imaginación exaltada, se aproximaba al valle; y al descender la última colina vió un rebaño que pacía alegremente, desparramándose por las estribaciones del monte; en primer término, una hermosa cabra tenía entre sus patas abiertas un chivo blanco. La *Arisca* se detuvo sacudida por un recuerdo... La primera, la única alegría de su hijo...

Se quedó pensativa mirándolos...

—¿Y por qué no?...—se dijo.—¿Qué es lo que él quiere?... *Toavía* pensaba en ello esta noche... ¡Si no ha *pedío* más!... ¡Si no *nesecita* otra cosa! ¿Por qué no ha *e lleváselo* su madre?...

No vaciló; no pensó si era suyo, ni se cuidó de que pudiesen verla... Lo pedía su hijo. Y si es verdad que el delito afea, ó no lo era aquello, ó Dios lo perdonaba; porque la *Arisca* en aquel momento, iluminada por la luz del sol en la entrada del campo abierto, con su saya cimera recogida á la cintura y sujetando al mamoncillo como un tesoro codiciado, estaba hermosa por la primera vez en su vida.

Sin oir los lamentos de la cabra, que entristecían el valle, la *Arisca* subió corriendo, en venturosa ascensión, hasta la covacha. Cuando llegó no podía respirar apenas... más por la emoción que por el cansancio. Entró muy despacito, entornó la puerta, y dejando el chivo en el suelo se dirigió de puntillas á la cama. El niño permanecía en la misma postura, con la cara hacia la pared, inmóvil..., y la *Arisca*, al acercarse á él, se detuvo con terror invencible... ¿De qué? ¿Presintió acaso que sus ojos se cerraron para siempre?...

Este pensamiento la hizo creer en un castigo de Dios, y cayó de rodillas, balbuciendo con unción infinita palabras entrecortadas por el llanto:

–¡Perdóname, Dios mío! ¡Yo lo he hecho por mi hijo! ¡Tú lo sabes! ¡Sólo por mi hijo!

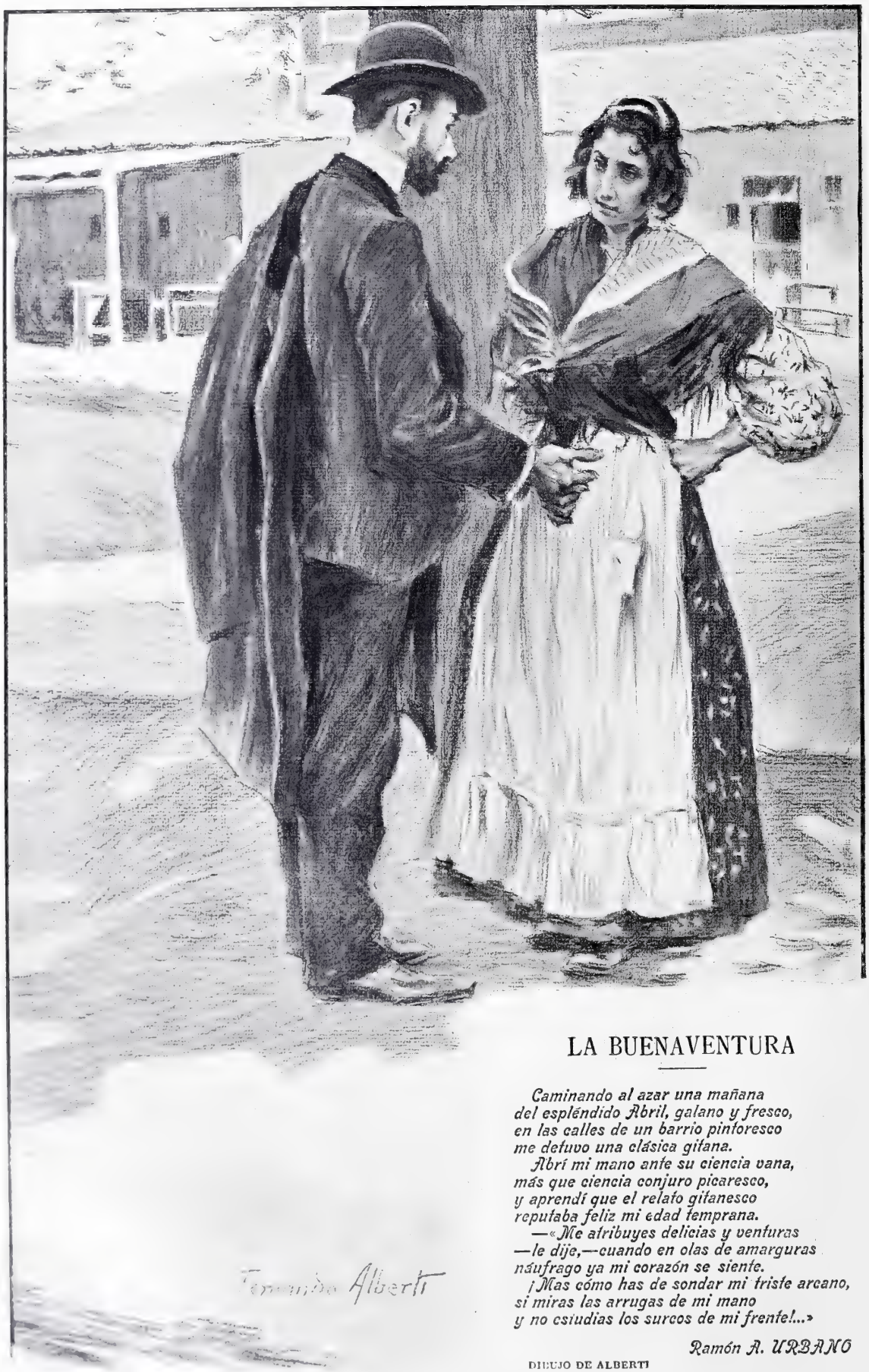
.....

En aquel instante la puerta se entreabrió, arañada bruscamente por fuera. Asomó una cabeza roja, con cuernos muy largos—que á la *Arisca* le parecieron los del mismo demonio,—y dos ojazos tristes que exploraban con angustia el fondo de la cueva...

Un balido lastimero y prolongado retumbó como un trueno en las paredes de granito... Y el chivito blanco salió triscando detrás de su madre.

LUIS GONZÁLEZ GIL

DIBUJOS DE REGIDOR



LA BUENAVENTURA

Caminando al azar una mañana
del espléndido Abril, galano y fresco,
en las calles de un barrio pintoresco
me detuvo una clásica gitana.
Abrí mi mano ante su ciencia vana,
más que ciencia conjuro picaresco,
y aprendí que el relato gitanesco
reputaba feliz mi edad temprana.
—«Me atribuyes delicias y venturas
—le dije,—cuando en olas de amarguras
náufrago ya mi corazón se siente.
¡Mas cómo has de sondar mi triste arcano,
si miras las arrugas de mi mano
y no estudias los surcos de mi frente!...»

Ramón A. URBANO

DIBUJO DE ALBERTI

ACTUALIDAD ARTÍSTICA

LAVABO MODELADO POR ANICETO MARINAS

El insigne y joven maestro Aniceto Marinas, al concurrir á oposiciones para una cátedra de Composición decorativa, ha presentado como prueba práctica de su talento en materia de Arte aplicado á la industria, el precioso y originalísimo lavabo cuya reproducción publicamos.

Mientras los maestrazos trabajan por ensanchar en todas direcciones la actual esfera del Arte plástico, los jóvenes no se están quietos.

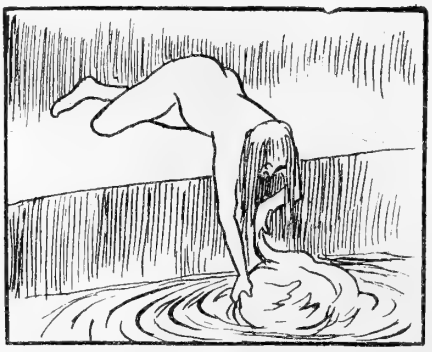
La Exposición del Círculo de Bellas Artes, inaugurada el miércoles último, es una prueba de actividad que no tenemos inconveniente en calificar de febril y aun de febriscitante. Los *isidros* que hayan visitado la Exposición se habrán quedado suspensos, turulatos y patidifusos, y nosotros, sin ser *isidros*, reconocemos que hay en ella mucho que mirar y que admirar.

EXPOSICIÓN DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES EN EL PALACIO DE CRISTAL FOT. ASENJO

EXPOSICIÓN DE CASOS CLÍNICOS EN EL PALACIO DE CRISTAL DEL RETIRO

(DIAGNOSTICOS DEL DOCTOR XAUDARÓ)

232 MEDINA VERA
La pelagra hereditaria.



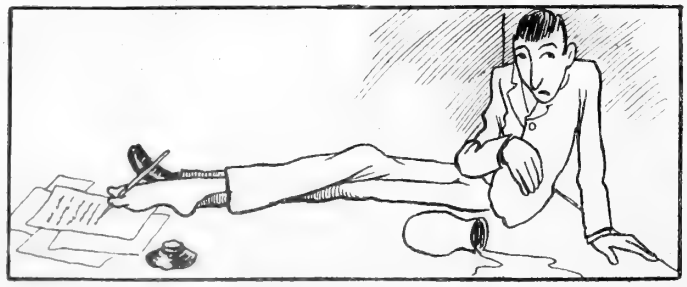
95 FERNÁNDEZ DE LA TORRE
Locura lavatoria.

220 CUBELLS
Desviación de segundo grado de la columna vertebral.

339 J DEL VAL
Bonito caso de tisis galopante.

75 J CUERDA
Ceguera por oftalmia purulenta.

264 ORTIZ Y ECHAGUE
La operada después de la amputación de ambos pies.



201 MANERO
Loco grafómano escribiendo con los pies.

J LLIMONA
[illegible] interesante problema patologico.

269 OTERMIN
Hidropesia aguda, ó, por lo menos, puntiaguda.

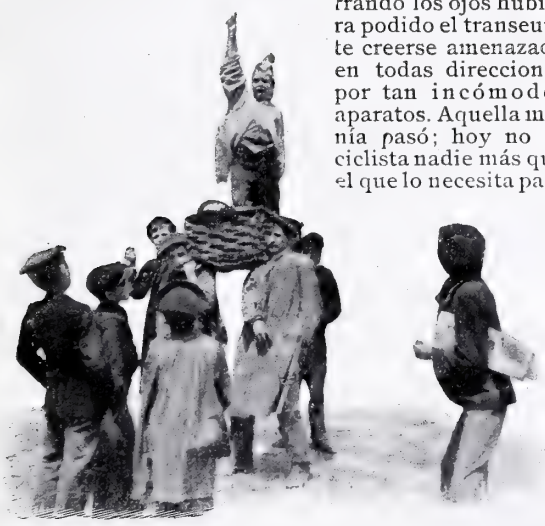
131 GILI ROIG
Caso fulminante de fiebre amarilla.

UNA MANIFESTACIÓN

UNA larga, triste y dolorosa experiencia ha llegado á convencernos, á fuerza de golpes, de que en esta M. H. Villa y Corte no hay personas más sensatas y mejor dispuestas para la vida que los admirables seres á quienes nuestra trivialidad ha bautizado con el denigrante é insignificativo mote de *golfos*.

A medida que los *grandes*, los mayores de edad, y más aún los viejos, van cometiendo tonterías y ridiculeces en público, vemos á los golfos imitarlas y ponerlas en solfa, y no ya sólo por el instinto imitativo propio de los simios, como han dicho y propalado calumniosamente algunos observadores de á perro chico y psicólogos de á real y medio la pieza. No: el mono imita torpemente, poseído por la admiración: el golfo imita satirizando, y generalmente lo hace con gracia.

Todos los madrileños recordamos el donaire y la perfección con que hace algunos años, cuando se generalizó la ciclomanía, imitaban los golfos la corneta neumática, el timbre de alarma y hasta el ruido especial de la bicicleta. Había tardes, en las calles del Príncipe y de la Cruz, en que cerrando los ojos hubiera podido el transeunte creerse amenazado en todas direcciones por tan incómodos aparatos. Aquella manía pasó; hoy no es ciclista nadie más que el que lo necesita para su salud ó sus negocios, y los golfos han tenido otra porción de cosas que imitar



Hace pocos días presenciamos una manifestación seria y admirablemente organizada por el *Rispis*, el *Tonete*, el *Chanela* y otros amigos de ocho á doce años en los barrios bajos.

El organizador, jefe y *leader* del movimiento, había hecho de papel una cosa que tanto podía parecerse á un gorro frigio como á un pimiento de los de asar, pero una vez encasquetada tan maravillosa prenda, la autoridad de su poseedor resultaba indiscutible, demostrándose una vez más que no hay nada como saber ponerse á tiempo gorro, sombrero, casco ó cualquier otro atavío de cabeza para imponerse á las muchedumbres. Estas, representadas por los colegas y ya admiradores del chico del gorro no tardaron en elevarle sobre el pavés, que era una banasta, y hubieron de pasearle en triunfo por el barrio, entre las risotadas de las comadres.

Por desgracia, los tiempos no están para andarse con bromas. La *manifestación* carecía de autorización gubernativa... y de autoridad moral, y cuando el orador se hallaba más entusiasmado con su triunfo, la presencia de dos *guindillas* dió al traste con todo el entusiasmo: la muchedumbre se disolvió, cayó al suelo la banasta, y el *leader* demócrata se hizo dos ó tres chichones.

Y gracias á que la instantánea tuvo la precaución de recoger tan trascendentales sucesos.

FOTOGRAFÍAS MUÑOZ DE BAENA

REVOLUCION EN LA EDICION MUSICAL

IMPORTANTE A TODOS LOS MÚSICOS Y AFICIONADOS

NUEVA IDEA ◆ NUEVO PLAN ◆ NUEVO MODO DE PUBLICACIÓN

UNICA BIBLIOTECA COMPLETA

DE TODAS LAS OBRAS MUSICALES DEL

MAESTRO CHAPÍ

ESTRENADAS CON ÉXITO ANTES DE 1.º DE FEBRERO DE 1903

Y PUBLICADAS POR LA

CASA DOTÉSIO

Nueva edición enteramente completa, sin corte alguno, conforme á las ediciones originales aprobadas por el Maestro, y la mayoría reducidas y arregladas por Don U. de Arín

PRECIOS REDUCIDOS Á MENOS DE LA TERCERA PARTE

GRANDES FACILIDADES DE PAGO Y VENTA Á PLAZOS PARA COMPRAS DE 100 PESETAS EN ADELANTE
GRANDES DESCUENTOS POR PAGO AL CONTADO DE COMPRAS DE 100 A 400 PESETAS

Leed con atención el Catálogo especial, que se envía gratis á quien lo solicite, comparando los precios y condiciones con los de las anticuadas colecciones y suscripciones, sistemas ya desacreditados y deshechos por caros, molestos y nada prácticos, por las personas inteligentes que no quieren cargar con obras que no les sirven ó que ya tienen adquiridas antes, ni tampoco quieran esperar las eternidades que suelen tardar en publicarse las suscripciones.

Las ventajas de nuestro nuevo sistema son:

1.º **La Biblioteca se forma á gusto del comprador, quien elige solamente las obras que necesita.**
2.º **Entrega inmediata de las obras elegidas, puesto que todo lo tenemos ya publicado.**
3.º **Precios increíbles por su baratura y facilidades para el pago.**

Las condiciones de esta publicación son:

1.º Las obras se enviarán franco de correo en España y Portugal, contra recibo de su importe. Las personas que deseen recibirlas certificadas, añadirán 25 céntimos de peseta á su remesa.

2.º Las personas que elijan, por lo menos, por 100 pesetas de obras del **Maestro Chapí,** podrán pagarlas á plazos, remitiendo la cuarta parte de su importe con su pedido y pagando el resto á razón de 5 pesetas mensuales. Por ejemplo, quien compra de una vez por 140 pesetas, enviará 35 pesetas con su pedido y pagará 5 pesetas mensuales durante veintiún meses. De 150 á 240 pesetas, se pagará la cuarta parte al contado, y el resto á 10 pesetas mensuales. Por ejemplo, quien compre de una vez por 240 pesetas, enviará 60 pesetas con su pedido y pagará 10 pesetas mensuales durante dieciocho meses. De 250 pesetas para arriba, se pagará la cuarta parte al contado, y el resto á razón de 15 pesetas mensuales. Así, quien elija por 400 pesetas de una vez, enviará 100 pesetas con su pedido y pagará 15 pesetas mensuales durante veinte meses. Toda la música pedida se mandará franca de porte en el momento de recibido el importe de su cuarta parte y de haber el interesado firmado un pequeño contrato para los plazos á pagar.

3.º Las personas que elijan de una vez por más de 100 pesetas de obras del **Maestro Chapí** y envíen su importe con el pedido, tendrán un descuento del 10 por 100; pasando de 200 pesetas, el descuento será del 15 por 100; de 300 pesetas, el 20 por 100, y de 400 pesetas, el 25 por 100.

Es decir, quien nos envíe 300 pesetas recibirá en el acto y franco de porte las **400** pesetas de Obras del Maestro Chapí que haya elegido en el catálogo.

PEDID EL CATÁLOGO ESPECIAL, QUE SE ENVÍA GRATIS Y FRANCO DE CORREO, Á LA

SOCIEDAD ANÓNIMA CASA DOTÉSIO

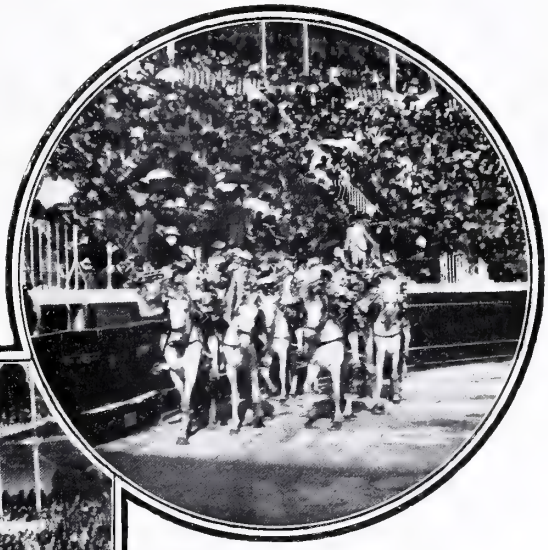
34, Carrera de San Jerónimo, y 5, Preciados, Madrid; 8, Doña María Muñoz, y 3, Bidebarrieta, Bilbao; 129, Rambla San José, y 1 y 3, Puerta del Angel, Barcelona; 7, Wad-Ras, Santander.

AÑO TRECE Y NUMERO 630 MADRID DIA 30 DE MAYO DE 1909

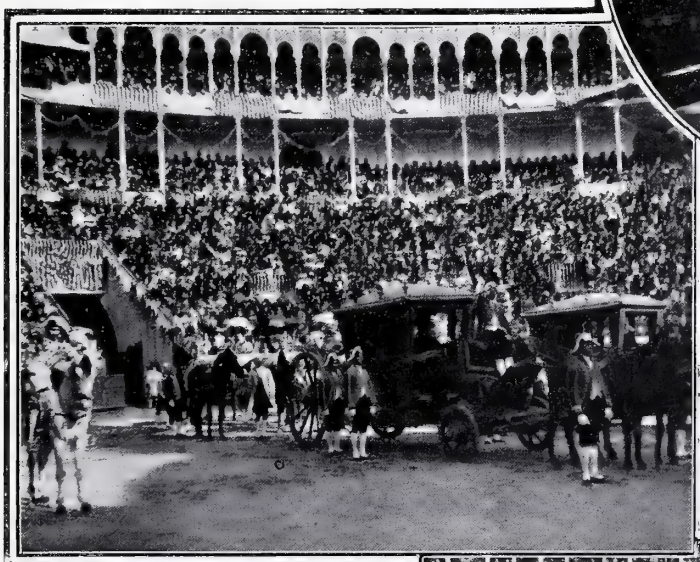
BLANCO Y NEGRO

Toros en Portugal

PUEDE declarar un español que no es aficionado á nuestro espectáculo *más nacional?* ¿Y por qué no, si la autoridad del Sr. Maura, con ser tanta, aún no nos ha prohibido la expresión de este pensamiento? Así, pues, yo declaro que no soy aficionado á los toros. No obstante, si la ocasión se presenta, si el padre Febo esplende en el sereno azul, y el ambiente es de primavera, y suenan en mi bolsillo algunas pesetas, y un amigo inteligente me brinda con su grata compañía, yo rindo mi homenaje á la clásica



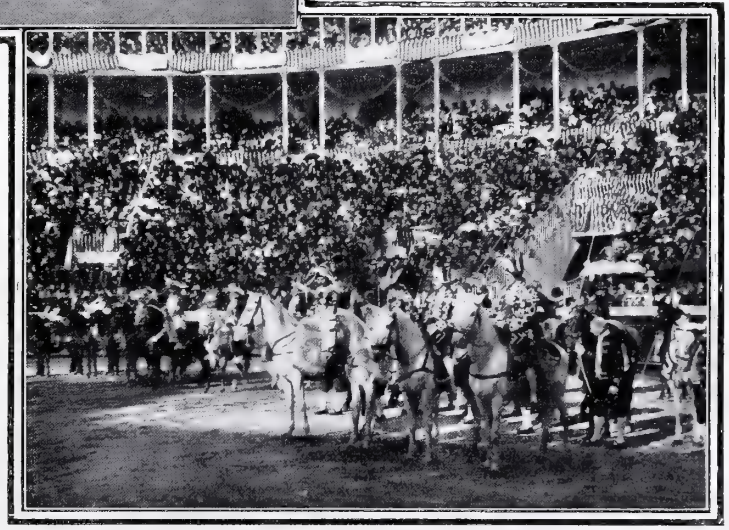
TROMPETEROS Y HERALDOS



CARROZAS CON LOS CABALLEROS

fiesta, y voy á la Plaza, y su animación me anima, y su alegría me contagia, y chillo, y comento y discuto los lances cual corresponde al buen aficionado...

Esto es precisamente lo que no pude hacer, aunque también me lo propuse, las dos ó tres veces que presencié en otras tantas plazas portuguesas corridas de toros ó, por mejor decir, *touradas* á la usanza del país. Simulacro poco interesante, escaramuza antiartística para el buen taurófilo amante de las glorias del toreo, tiene mediano interés para el viajero que sólo á título de curiosidad las contempla. Salvo los lances de capa, que son los mismos en los dos idiomas—bien que el lenguaje de la capa debe de ser universal,—las corridas de toros en Portugal y en España son tan distintas, que pueden presentarse como argumento aplastante contra la suspirada unión ibérica. Protegido por la ley, el noble toro no puede ser en Portugal sino corrido y atontado; nunca el hierro *homicida* entra en sus carnes, ni pueden pasar de simples é insignificantes pincha-



LOS CABALLEROS EN PLAZA CON SU CORTEJO

zos en la dura piel las molestias físicas que se le proporcionen. De las banderillas no se pasa, y éstas con señalar el golpe cumplen su misión; los rejoneadores no lo son ni aun á primera sangre, y con ó sin *pegadores*, el toro, en la mansa compañía de los cabestros, vuelve al corral para entregarse á las labores propias de su sexo...

Lo característico, lo típico del toreo portugués, corre á cargo de *pegadores* y rejoneadores. Capeado y casi banderilleado el noble bruto, los *pegadores* entran en funciones. Le citan, le *alegran*, le llaman la atención, por si no basta para que el toro se fije, con sus fajas y sus gorras rojas ó verdes. Y en apretada fila, de uno en fondo, aguardan la acometida. El delantero da algunos pasos, y á pecho limpio recibe, cuando no sortea ó aminora, el golpe del testuz ó la caricia de los cuernos, que, por fortuna, van embolados convenientemente, y á ellos se agarra y forcejea y lucha pretendiendo derribar á la res, y ayudado por sus compañeros que la empujan y colean por si con ella dan en tierra. A veces lo consiguen, pero antes ya rodaron algunos *pegadores* por el suelo, pisoteados y maltrechos, mientras el caporal vuela por los aires *e cade como corpo morto cade*, que decimos los italianos.

¡Verdaderamente que este sugestivo combate tiene muy poco de artístico, aunque nos recuerde las hazañas de Hércules! Tal vez en él encuentren los super-hombres un motivo para elogiar al hombre fuerte y censurar, de paso, al toro débil... Artístico ó no, ello es que el espectáculo les gusta á los por-

SALIDA DE LAS CUADRILLAS DE LIDIADORES Y DE LOS CABALLEROS EN PLAZA

tugueses, que lo piden á gritos muchas veces después de ser rejoneado un cornúpeto, y que en él toman parte en *touradas* de aficionados, jóvenes de distinguidas familias... ¡Allí como aquí!... Este puede ser un argumento en favor de la suspirada Unión Ibérica.

Los rejoneadores, en cambio, son siempre un número vistoso, atrayente y artístico de veras en la *tourada*. Excelentes jinetes, de arrogante figura, gallardo aspecto y pintoresco traje, ejecutan sus lances con rapidez y seguridad, ágilmente, con ojo certero, con verdadera maestría, en suma. En un par de vueltas á la plaza, sujetando al caballo que corre orgulloso y cabecea bizarramente, la capa ondeando, el sombrero en la mano prodigando saludos, el rejoneador conquista á su público. Y luego le entusiasma al esquivar su caballo de las iras del toro, al citar á su rival y al señalar el rejonazo, burlando la carga arrancada... ¡Es lástima que la ley no le consienta pasar de sus amagos! Aquí, en Madrid, he[illegible] muchísimas diferentes veces, y todos lo recuerdan, caballeros portugueses rejoneando de veras y rematando la suerte *como las propias rosas*, que dicen los clásicos.

[illegible] Inglaterra, que como buen inglés es aficionado á caballos y caballeros, habrá admirado [illegible] los jinetes portugueses que rejonearon en la *tourada* regia que en su honor se celebró [illegible] Y habrá admirado también la pompa y magnificencia de su presentación: magníficas ca[illegible] caballos, trajes vistosos, plumas agitadas por el viento, libreas espléndidas, ¡un cuento [illegible] si dijéramos! Y los saludos y ceremonias que sirvieron de prólogo al simpático y artístico [illegible], gustarían sin duda á su Graciosa Majestad.

ANSELMO MARTÍN

[illegible]

EL GARRUCHO

Al verme, después de cinco años de ausencia, en mi pueblo costero, en mi casa frontera al mar, entre los míos, por quien pregunté ante todo y con pregunta tenaz fué por mi amigo Braulio Recacho.

Habíamos sido camaradas hasta que los azares de la vida me arrastraron á mí tierra adentro y á él mar afuera; quiere decir que mis ambiciones me llevaron á la corte, lejos del oreo marino, mientras que á Braulio su carrera de piloto le llevó á navegar los mares. Desde la infancia fué cosa patente la oposición de nuestro rumbo, hasta que un día desaparecimos de Rañeces, él metido en un cachamarín y yo en una diligencia. Braulio marchó dando tumbos sobre las olas y yo dando tumbos también sobre la hoyosa carretera.

Los de mi casa respondieron que Braulio Recacho estaba en Rañeces, que ya no navegaba, que su carácter chancero había *virado en redondo*, trocándose ceñudo, y la casa naviera que le utilizó antes para capitanear vapores le tenía ahora por lástima ó de limosna amarrado á un escritorio, como nave inservible que se vara en un rincón del puerto. Aquellas revelaciones fueron ese acíbar que nos envenena las más sanas alegrías. Ya no gocé yo á gusto la vuelta á mi pueblo, la entrada en mi hogar. En la existencia de Braulio olfateaba un drama terrible y obscuro de los que tronchan y desgarran la vida, aunque esta vida sea como la de Recacho, áspera y dura. Vinieron á mi memoria trágicas narraciones de la profesión marineresca, y aquella noche dormí con sueño cortado.

A la mañana siguiente fuí en busca de mi amigo. Recacho no era el hombre que yo había conocido: su barba negra estaba encanecida; su faz casi cobriza, tostada, tenía la verdosa palidez de los enfermos del espíritu; sus ojos, antes brilladores, los vi mortecinos. Recacho no era el hombre que yo había conocido.

De calle en calle, dimos en el puerto, remontamos el malecón, y sentados cara al mar, mansamente, suave y mañero, le arranqué el caso.

—Pues nada—me dijo,—cosas de la vida... de la vida marinera. Que una vez, navegando, navegando... Tú sabrás que yo mandaba el *Covadonga*. Pues, mandando el *Covadonga*, íbamos de cabotaje; cosa de juego; tiempo bonancible, mar bella... De pronto que viene una mano de viento y otra mano después y otra luego, arreciando todas, y que la mar se engruesa y comienzan las guiñadas y los bandazos y comenzamos á embarcar agua. Total: temporalazo duro, cosa fea, pero íbamos avante, barloventeábamos bien. Los maretazos nos barrían la cubierta de borda á borda, cuando en éstas *Garrucho*, que era el grumete, amedrentado, despavorido, viene á metérseme entre los pies.

Al *Garrucho* lo había embarcado yo. ¿Te acuerdas tú de *Garrucha*, la que nos preparaba los arenques cuando íbamos al Escabón á merendar en el bote del *Chinelo?* Pues hazte cuenta que era un hijo de *Garrucha*, un pillete de trece años, tirado por los botes, en las ramblas, en eterna espera de uno de esos *castellanos* que echa una peseta al mar por ver á los rapaces desnudarse, tirarse de cabeza, bucear á lo somormujo y sacar la pesetuca entre los dientes.

Un día le tropiezo y le pregunto:—¿Tú quieres navegar?—Y él me responde:—¿Navegar, navegar? Yo quiero, mi madre no quiere: mi *pac* acabó en una navegación.

Fuí á su madre y le dije:—*Garrucho* va á navegar.—Y ella me responde:—Si es con usted, que navegue.

Cuando le dije al *Garrucho* que iba á ser navegante del *Covadonga*, abrió la boca, abrió los ojos, las ventanas de la nariz, toda su caraza se abrió. Yo rompí á reir. El decía:—¡En el *Covadonga!* ¡En el *Covadonga*, Dios! ¡De máquina, vapor y dos chimeneas!...

Creí que la boca, la nariz, los anchos respiraderos del *Garrucho* no volvían á cerrarse más, abiertos como estaban de par en par, aspirando una chorretada de alegría, olfateando vida marinera... Cada vez que me acuerdo me parece tenerle delante de mí.

Ibamos en que los golpes de mar nos barrían la cubierta y en que *Garrucho*, que era grumete, vino despavorido á metérseme entre los pies. Fuí á disponer una maniobra, y le vi agazapado como un perro estorbándome el paso.—¡Quita, bruto!—le grité.—¿Tú qué pensaste que era navegar?

No di tiempo á la respuesta; de una empellada le eché á rodar escalerilla abajo. En el mismo instante que rodaba el *Garrucho*, un golpe de ventolera nos troncha el mastelero del mayor. Cayó el palo sobre cubierta, casi encima del *Garrucho;* no le mató, pero el grumete, enredándose entre los obenques, vuelve á gatear escalerilla arriba, y vuelve á metérseme entre los pies, pegándose á mí como lamprea. —¡Orza! bramé yo.—De esta vez el empellón le arrojó contra una rinconada del puente. Vi un momento su cara, la misma caraza de pasmo que cuando le dije: «Navegarás en el *Covadonga*».

Y á todas éstas la cosa fea, cada vez más fea, y el *Garrucho* me distraía, me estorbaba el mando de la nave. Lo cojo, lo levanto, resuelto, completamente resuelto á tirarle á la mar. Ni se defendió. Pero no sé cómo ni por qué, me acuerdo entonces de cuando íbamos tú y yo á comer los arenques de la *Garrucha*, en el Escabón, y acordándome de esto, en vez de arrojarle por la borda, le meto en el pañol del puente, cierro y doy vuelta á la llave, para que no estorbe más.

Media hora después, estábamos sin gobierno, con los masteleros rotos... si zozobramos, si no zozobramos. Se arrían los botes. La tripulación salta á ellos; yo quedé solo; tuve que saltar también. Allá quedaba el *Covadonga* escorando de popa. ¡Allá quedaba...! Mi bote empezó á alejarse; quiere decir, le llevaban los maretazos á donde querían. Bogar, ¡quién bogaba allí!

Ibamos diez ó doce tripulantes; de pronto que uno grita señalando al *Covadonga:*—¡Allí queda un hombre!

—¡*Garrucho!*—dije yo cortando la palabra de mi amigo Braulio Recacho.

—[illegible] me respondió;—*Garrucho*, que por el ventanuco del pañol sacaba el brazo y agitaba un [illegible].

Quisimos acercarnos; quisimos bogar; quisimos poner proa al *Covadonga;* quisimos... quisimos... Perdimos de vista al *Covadonga;* perdimos de vista el pingajo del *Garrucho*.

FRANCISCO ACEBAL

DIBUJOS DE J. MARTINEZ ABADES

NOTAS AL AIRE

EN EL ABANICO DE PACA

Con la faldita corta
te he conocido,
enseñando sin miedo
la pantorrilla,
y hoy te encuentro del brazo
de tu marido
y con «unas hechuras»
de «¡Olé, chiquilla!»

Todos dicen al veros
enamorados:
«¡Vaya una chica guapa
y un guapo chico...!»
A mí también me gusta
veros casados,
y ahí va mi enhorabuena
en tu abanico.

¿Que sois pobres...? ¡No importa!
Más os conviene
un caudal de cariño
firme y constante.
¡Si es honrado y trabaja,
de sobra tiene!
¡Si eres buena y bonita,
tienes bastante!

Inspira tu hermosura
amor sagrado,
y en tus dulces miradas
la fe se esconde.
¡Yo no sé de qué iglesia
te has escapado,
pero he visto tu imagen
yo no sé dónde!

Si desea tu esposo
fama de santo,
dile que mis palabras
no tome á broma.
¡Que te haga un altarcito,
te ponga un manto,
y ya tiene á la Virgen
de la Paloma!

Una virgen dispuesta
á protegerle
y á disculpar sus faltas
y á perdornarle,
con un alma muy noble
para quererle,
y una boca muy dulce
para besarle.

Cuando Dios da ventura,
no pone tasa.
Dile á Luis que ya es suerte
la que ha logrado.
¡Un pedazo de gloria
dentro de casa,
y una cara de cielo
siempre á su lado!

José JACKSON VEYAN

UN PUÑADO DE ORO

Seis noches lleva el guitarrero acompañando á los quintos: de día, en el trabajo; de noche, en la ronda. No sé cómo cantan.

Su jornal le pagan: ¿no habían de pagarle, si es pobre, y está hambriento y desnudo desde que nació?

—¡Otra copla, Carillo! ¿Eh, se duermen los dedos? ¡Malhaya el dinero, que á unos les sobra y á otros nos falta...! Por faltarnos, nos vamos allá, donde manden, donde quieran otros; á pasar amargores y quizá á dejar la pelleja tan lejos, tan lejos...

—Dios no lo *quedrá*.

—Los pobres nos vamos, los otros se quedan... ¡Ay del que tiene que amasar el pan con sus brazos! ¿Por qué será esto?

—Porque Dios *quedrá*. ¿Pensáis que el dinero se hizo para nosotros? Nos asusta verlo; nos quema las manos y el alma, como un ascua de leña de encina... No es para nosotros, no.

—¿Tú lo has tenido?

—Una vez lo tuve, y metidas las manos en oro me sentí quemarme.

—Eso fué en sueños.

—Más despierto estaba que ahora.

—¡Hará mucho tiempo!

—Un zagal era yo todavía. Fué una mañana que íbamos por juncia: mi padre, montado en la burra; yo detrás, llevando el hocino. Medio pan llevábamos por junto. ¡Cómo verdeaban los trigales, cómo olían los habares, más blancos que los paños de lino que hay en la iglesia! Una alondra pasó cantando en lo alto, y mi padre dijo: «esa ya comió. En el apartadero del camino que va al Fontanal, vimos un saquillo en el suelo.—¿Qué será eso? Cógelo. ¿Pesa? Si pesa, es dinero.

—Pues, dinero es. Abrílo y revolví sus entrañas.

—Es oro, padre.

—¿Oro? Pues déjalo estar. No te quemes, muchacho.

—¿Y habremos de ir por juncia?

—¡Qué habíamos de ir! Ni por juncia ni á casa. Hay que aguardar aquí al que perdió ese dinero. Pudiera costarle la vida, si es para un pago... Si es memorioso, poco tardará: si lleva fanfarria en los sesos, buscará más tarde y tendrá más ahinco. Deja el saquillo y amarra la burra donde hay hierba fresca, al pie del vallado.

Lo que usted quiera, padre. ¿No es nuestro el dinero? ¿El hallazgo no es nuestro?

En yacija honrada nacimos, más pobre que un pajar: fuera del hambre y el frío, ¿has visto cosas que duelan y quiten el sueño?

—¿Hay otras cosas, padre?

—Muchas. Y las trae el dinero que á otros se quita, que con la sangre de otros se junta.

—Así no lo quiero.

—Haces bien: que es en nosotros escándalo y fuego que quema. Hay que ser pávidos y saber apegarse á la tierra que no es de nosotros...

Pasaba la gente á su labor.—¿Qué hacéis, haraganes? ¿No íbais por juncia? ¡Vaya un par de mostrencos para ir á jornal!

—No rechistes, querido: déjalos que digan, que Dios sabe lo que hacemos. ¿Tienes hambre? Cómete el medio pan, que para ti lo *truje*.

Iba el sol muy alto: tres veces mudé de sitio á la burra, que repelaba el vallado. En los sembrados cantaban las escardadoras y yo veía entre las mieses el colorín de sus zagalejos. En parejas negras pasaban los cuervos en lo alto del aire.

—¡No viene ese hombre!

—Cuando eche de menos lo que perdió, se quedará sin pulsos. Mira allá abajo; ¿no ves?

—Un poco de polvo.

—Ese hombre es. Viene al galope, y sin pararse, todo lo registra.

Llegó hasta nosotros: traía la cara más blanca que un cirio de cera: el caballo venía llenito de una espuma sucia y traía los ijares sajados como un pedazo de carne que quieren asar. Con el chorro de aliento me mojó la cara.

—Buen hombre—dijo,—¿está aquí hace mucho tiempo?

—Desde esta mañana al salir el sol.

—Por Dios y mi vida, ¿no habéis hallado algo en el camino?

—Sí que hallé una cosa: ¿qué señas tiene?

—Un saquillo de tela de cáñamo con una cruz negra, pintada.

—¿Y qué lleva dentro?

—Monedas de oro, y en un papel una cuenta.

—Este es. Tómelo, buen hombre, y de provecho sirva.

—No es mío, es del amo, y con este saquillo se me cayeron la vida y el ánima si no doy con gentes honradas como vosotros. Pensé ir á la cárcel y que allí se me pudrieran los huesos... ¿Qué os daría, si soy otro pobre?

—Si lleva usted pan, es bastante: porque mi padre no ha comido.

—Pan llevo y además otras cosas.

—¡A la paz de Dios!

—¡Que Dios os ampare, según sois de buenos!

—Vámonos nosotros, hijo. Hay día por delante. Comida y descanso llevamos, y alegría por dentro.

Y nos fuimos para el Fontanal á segar juncia; mi padre montado en la burra: yo, detrás, llevando el hocino...

José NOGALES

DIBUJO DE J. FRANCÉS

LA SEMANA PASADA

EL MONUMENTO DE LA ALBUERA. LA MISA SOLEMNE — FOT. R. GUERRERO

En la histórica villa de la Albuera se celebró este año con gran solemnidad el aniversario de la gloriosa batalla ganada á los franceses invasores el día 16 de Mayo de 1811 por los ejércitos aliados de España, Inglaterra y Portugal.

Gracias al patriótico desprendimiento de un generoso y noble prócer de Badajoz, el Sr. Conde de la Torre del Fresno, se ha restaurado el sencillo monumento arquitectónico erigido en el mismo lugar de la batalla, y que amenazaba ruina.

A la inauguración del monumento restaurado asistieron millares de vecinos de Badajoz, comisiones de los regimientos de infantería y caballería de Albuera, el regimiento de infantería de Castilla, los generales Macón y Grayera, y en representación del ejército portugués el Excmo. Sr. D. Antonio Arturo da Costa Mendes d'Almeida, teniente coronel de ingenieros, y otras muchas ilustres personalidades.

EL TORPEDERO «RAYO» EN MANIOBRAS

EXPLOSIÓN DE UN TORPEDO DE FONDO SISTEMA BUSTAMANTE

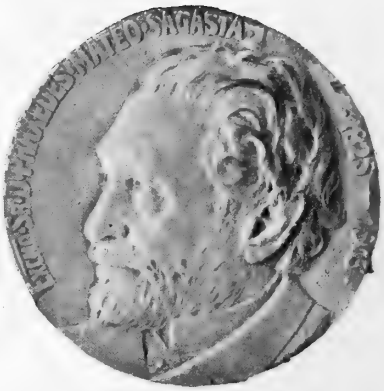
FOTS. J. FOSSI

El recuerdo de glorias pasadas como la de Albuera no debe ocultarnos las preocupaciones del presente. Por eso, con verdadera satisfacción recogemos las notas que nos envían de Cádiz respecto de las maniobras verificadas en estos últimos días por la brigada torpedista de la Carraca.

Este año las maniobras han tenido el interés de haberse agregado el torpedero *Rayo* para lanzar torpedos movibles.

Un artista valenciano, D. Francisco Pallás, ha modelado una preciosa medalla en recuerdo del insigne patricio D. Práxedes Mateo Sagasta.

El bronce, de gran tamaño, representa en el anverso con bastante carácter y marcada expresión la cabeza del inolvidable hombre público. El relieve, muy acusado aunque sin exceder del bulto propio de las medallas, es de una ejecución muy fina y feliz.



MEDALLA CONMEMORATIVA DEL SEÑOR SAGASTA.—ANVERSO

La prensa diaria ha tratado ya de la importante huelga ocurrida en la fábrica de zinc que en Arnao, cerca de Avilés, posee la Real Compañía Asturiana, poseedora de una mina submarina cuyas galerías en cinco pisos avanzan más de media legua mar adentro.

Los huelguistas, en número de un millar, intentaron sujetarse á que sirviera de mediador entre ellos y los patronos el ilustre sociólogo Sr. Buylla. Por desgracia, las gestiones del sabio profesor resultaron inútiles, y el Centro Obrero, establecido en Salinas, ha acordado mantener la huelga.

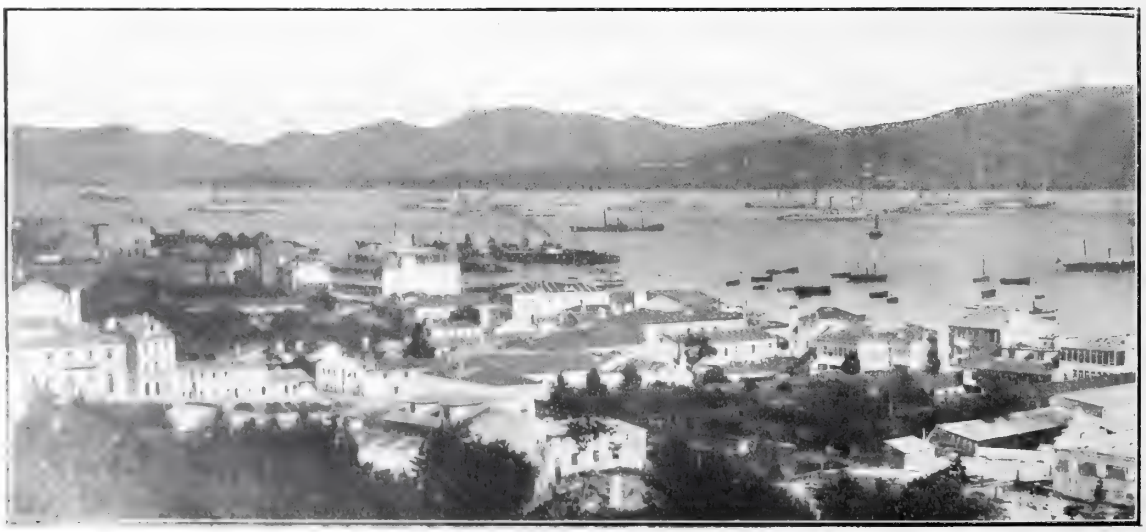
LUGAR QUE OCUPA LA MINA SUBMARINA DE ARNAO FOT. ARIAS

Mucha importancia atribuye la Prensa al viaje realizado por el almirante de la escuadra alemana Príncipe Enrique de Prusia, á la presencia de los formidables acorazados alemanes en la costa gallega y á la visita de dicho augusto personaje á Madrid.

No creemos que la cosa encierre ningún pavoroso misterio. A los amigos de interpretaciones caprichosas bueno será recordarles que el papel más feo es el de la vieja cotorrona empeñada en convencer á los demás de que todo el mundo le hace el amor.

DON RUPERTO

EL CENTRO OBRERO DE SALINAS, FOCO DE LA HUELGA DE AVILÉS FOT. MENÉNDEZ



LA ESCUADRA ALEMANA QUE MANDA EL PRÍNCIPE ENRIQUE, EN AGUAS DE VIGO FOT. MAURA

LA REINA DE SABÁ

El halcón se cernió un instante, dejó caer el mensaje en el regazo de la reina Belkis y huyó rápidamente. La reina de Sabá, llena de asombro, le vió marchar y perderse en la intensa claridad del sol; tornó luego sus ojos al papiro, y desenrollándolo leyó:

«Salomón, hijo de David y servidor del Altísimo, á Belkis, reina del Mediodía: En nombre del Dios de Misericordia, te saludo, ¡oh, señora del reino de Sabá, que brillas en el mundo como el diamante en la diadema! Los vientos, que son mis servidores, y las aves, que son esclavas mías, me han cantado tu hermosura y tu saber. Ansío conocerte, reina Belkis. Acude á Jerusalén; juntos descifraremos enigmas, juntos interrogaremos el cielo y la tierra. Mis ojos gozarán de tu belleza, mi inteligencia gustará de la tuya. En nombre del Dios Todopoderoso, accede á mi invitación. Sé dichosa.»

Dejando rodar la misiva al suelo de la terraza, Belkis apoyó la barbilla en una de sus manos y meditó. Sus ojos negros escrutaban la inmensa llanura sábea, que se esfumaba á lo lejos entre torbellinos de polvo, bajo la irradiación calcinadora del sol. Cerca del palacio, palmeras y sicomoros inclinaban sus ramas inertes sobre la taza marmórea de un estanque, donde dormitaba filosóficamente una cigüeña, enrojeciendo la blancura de su vientre con el repliegue coralino de una de sus patas.

La reina se decía: «Las brisas y los pájaros esparcen mis alabanzas. El mundo entero sabe que soy bella y sabia. El mismo Salomón, sumo poder, excelsa sabiduría, me ruega le visite. También yo ansío conocerle, pero temo que á su vista se aleje de mi espíritu la grata paz de que gozo. Temo que mi corazón se desasosiegue ante un hombre digno de él, distinto de esta turba vulgar que me rodea como las arenas á la montaña. Mas no he de enterrar mi hermosura entre mis súbditos, que la adoran sin comprenderla. Mi inteligencia sutil puede refinarse aún más. Lejos de mí el temor. En las inmensidades celestes, los astros más bellos no son los que agujerean quietamente el negror de la noche, sino los que se mueven de un extremo á otro del infinito, arrastrando colas llameantes, ciñendo esplendorosas coronas. Sea yo como ellos. No permanezca inmóvil, luciendo con resplandor monótono y débil. Abandono mi órbita y acudo á ti ¡oh Salomón! ¡Oh sol que me atraes!»

Belkis se alzó del trono de marfil que ocupaba. Tras ella se desplegó su vestido, espumeando en remolinos de ligero tejido verde. Anduvo algunos pasos; su cuerpo se erguía cimbreante y joven bajo la túnica que le ocultaba. Los hombros descubiertos emergían de la glauca tela cual una azucena entre el pálido verdor de las hojas tiernas, y el cuello delgado sostenía con orgullo la cabeza más hermosa que los siglos vieron. En aquella flor de belleza los ojos profundos inquietaban como el mar, los rojos labios atraían como la llama, los cabellos revolaban inquietos y aéreos y la tez blanqueaba purísima, con reflejos de nieves y transparencias de pétalos. Cuantos portentos, grandezas y maravillas existen en el Universo, parecían haber besado aquel rostro perfecto, y en él se amalgamaba y fundía lo más inconexo y heterogéneo, el aire y la tierra, las flores y el fuego.

«Tharmet, Ancinoh, camaristas, esclavos, ministros, servidores míos. Aquí todos. Belkis os llama», gritó la reina palmoteando.

Por las puertas que comunicaban la terraza con el palacio apareció multitud de siervos. Corriendo se precipitaron hacia la soberana, y llegados á cierta distancia, cayeron todos de rodillas.

«Ancinoh, escucha», dijo Belkis. Del grupo se destacó un hombre pálido y alto vestido con largo túnico azul. Sobre su pecho serpenteaba una enorme cadena de oro. Arrodillado aproximóse á Belkis, y ya junto á ella besó devoto el extremo de la sandalia real que empedrado de esmeraldas lucía sobre el mosaico del pavimento. «Mandadme, dulce y bella señora», dijo luego.

«Atiende, fiel Ancinoh. El rey Salomón me llama á su reino, á esa Jerusalén misteriosa, donde dicen las gentes que se elevan palacios y templos espléndidos. Como deseo que mi llegada sea tan magnífica cual corresponde á mi poderío, te ordeno que dispongas desde ahora cuanto sea preciso para que el lujo de mi séquito eclipse ó iguale el boato de la corte salomónica.»

Ancinoh besó otra vez el pie de la soberana diciendo: «Seréis obedecida, hermosa reina.»

Pero Belkis, sin atenderle, trazó rápidamente algunos caracteres en un papiro, y dándosele á Ancinoh, añadió: «Esta es mi respuesta á Salomón el sabio. Que un mensajero parta al instante para entregar al rey mi misiva. Y vosotros, concluyó dirigiéndose á los demás sirvientes, corred, apresuráos, preparad vestiduras, pulid metales, abrillantad arneses, discurrid adornos, verted perfumes en vuestros trajes, sembradlos de gemas preciadas, pues la reina Belkis va á visitar á Salomón el grande y no quiere que en el reino de Sabá quede una flor que embalsame, ni una piedra que chispee, mientras ella esté ausente. Conmigo vendrán todas las fragancias, todos los colores, todos los reflejos, acompañando, esclareciendo y aromatizando mi hermosura, que irá en medio de ellos más resplandeciente que cuantos esplendores la han de rodear. Id.»

Los servidores desaparecieron rápidamente, en tanto que la reina de Sabá, acodándose en la balaustrada de la terraza y viendo desaparecer al emisario entre las sombras de la ya cercana noche, murmuraba lentamente: «Salomón, Salomón.»

II

Desde lo alto de la escalera de mármol del palacio de Salomón, hasta perderse en lontananza, se extendía el tapiz que el rey sabio hizo colocar para que la reina Belkis hollase púrpura y oro en vez de arenas y guijarros. Pasaba la alfombra por las calles tumultuosas de Jerusalén, cortaba las amplias plazas, franqueaba las murallas y alejábase de la ciudad, dejando atrás el blanco caserío, cruzando puentes, atravesando bosques espesos y verdes prados, hasta estrecharse y reducirse á un hilo casi imperceptible, que en la lejanía serpenteaba por las laderas de los montes, enrojeciendo el perenne verdor de los cedros.

Por aquel suntuoso sendero había de llegar la reina de Sabá ante Salomón, y éste, para añadir esplendores nuevos á los innumerables de su corte, hizo levantar junto á su palacio dos murallas que aprisionaban el camino alfombrado. Uno de aquellos muros era de plata y reflejaba el primer rielar de la luna naciente; el otro era de oro é inflamábase con los últimos rayos del sol. Al pie de ambos sujetó Salomón con cadenas de pedrería á infinitos y raros animales de formas extrañas y paradógicas, á maléficos espíritus que sojuzgaba con su anillo, y á genios y demonios que le obedecían y acataban. Las apariencias irreales de aquellos mónstruos se copiaban en las pulidas paredes, y sus saltos, sus contorsiones y sus muecas, duplicadas en el espejo de los metales, creaban una cuádruple fila de seres asombrosos y fantásticos.

Ansiando Salomón demostrar á Belkis que su poder alcanzaba á todas las criaturas, dispuso que las aves más pintadas y los insectos más lindos aplicaran sobre las murallas la magia de sus matices, y obedeciéndole, los

pavos reales irisados, los faisanes, las altivas garzas, las propéndolas, los multicolores papagayos, los flamencos purpúreos, se alinearon en lo alto de los muros y allí desplegaban sus colas, henchían la plumazón sedosa de sus gargantas, erguían sus penachos, alisaban los abanicos de sus alas, mientras los pájaros más pequeños, las mariposas, los esmaltados escarabajos y las libélulas. salpicaban el oro y la plata de gota de color.

Por los escalones de mármol rodaban cataratas de rosas, y al final de la escalera, allá en lo alto, aparecía Salomón, erguido sobre su áureo trono. El rey cubríase de púrpura, y su barba negra caía rizosa sobre el pecho ancho y fuerte. La nariz aguileña separaba las luces de los ojos, que en aquel instante aprestábanse á contemplar la más sublime hermosura, que se aproximaba, anunciada á lo lejos por el brillar de picas y de lanzas.

Las masas enormes de dos elefantes blancos aparecieron en el extremo visible de la alfombra, y tras aquellos viéronse muchos más, que en multitud gigantesca se acercaban pausadamente, balanceando las trompas serpentinas, haciendo entrechocar las placas de acero de sus collares y sonar los cascabeles de oro de sus adornos. Sobre los lomos de aquellas vivientes rocas se alzaban ligeras torres de marfil, y desde ellas, esclavos etíopes vertían raudales de perfumes, impregnando la atmósfera de fragancia de nardo. Seguían á los elefantes tropeles de mulas y cebras ricamente enjaezadas, que porteaban sacos de seda llenos de incienso, de cinamomo, de aloe y de sándalo. Seguían á aquellos pebeteros ambulantes una muchedumbre de siervos, vestidos como reyes, que sostenían canastillos de oro, repletos de rubíes, de jacintos, de berilos, de calcedonias y de topacios. Apagando los fulgores de las piedras y esparciendo suavísimo olor, pasaron luego centenares de esclavas muy hermosas, que llenaban sus manos con haces de flores. Todos desfilaban impasibles ante Salomón, sin admirar las murallas ni los mónstruos. Cuando todos pasaron quedó el tapiz vacío por un momento, y después, en la lejanía, apareció una mancha blanca. Conforme se aproximaba, precisáronse más sus contornos y se señalaron las líneas irisadas de un carro de nácar, claveteado de perlas. De él tiraban dos albos unicornios que sacudían con orgullo la crin argentina y hacían brillar, con los movimientos de sus cabezas, los enormes diamantes que incrustaban las únicas astas de sus frentes. Y dentro del carro, apoyada en montones de azucenas y de lirios, Belkis aparecía, eclipsando con su belleza los esplendores que la rodeaban. La nieve de una túnica vestía su cuerpo, y más blanca que cuanta blancura la avecindaba, sólo rompía la purísima monotonía de su tez y de su traje con el lucir tenebroso de un colosal brillante negro que fulgía sobre su frente y con la línea de un collar de azabache que cercaba su garganta, cayendo desde allí hasta los pies desnudos en rosario de cuentas chispeantes.

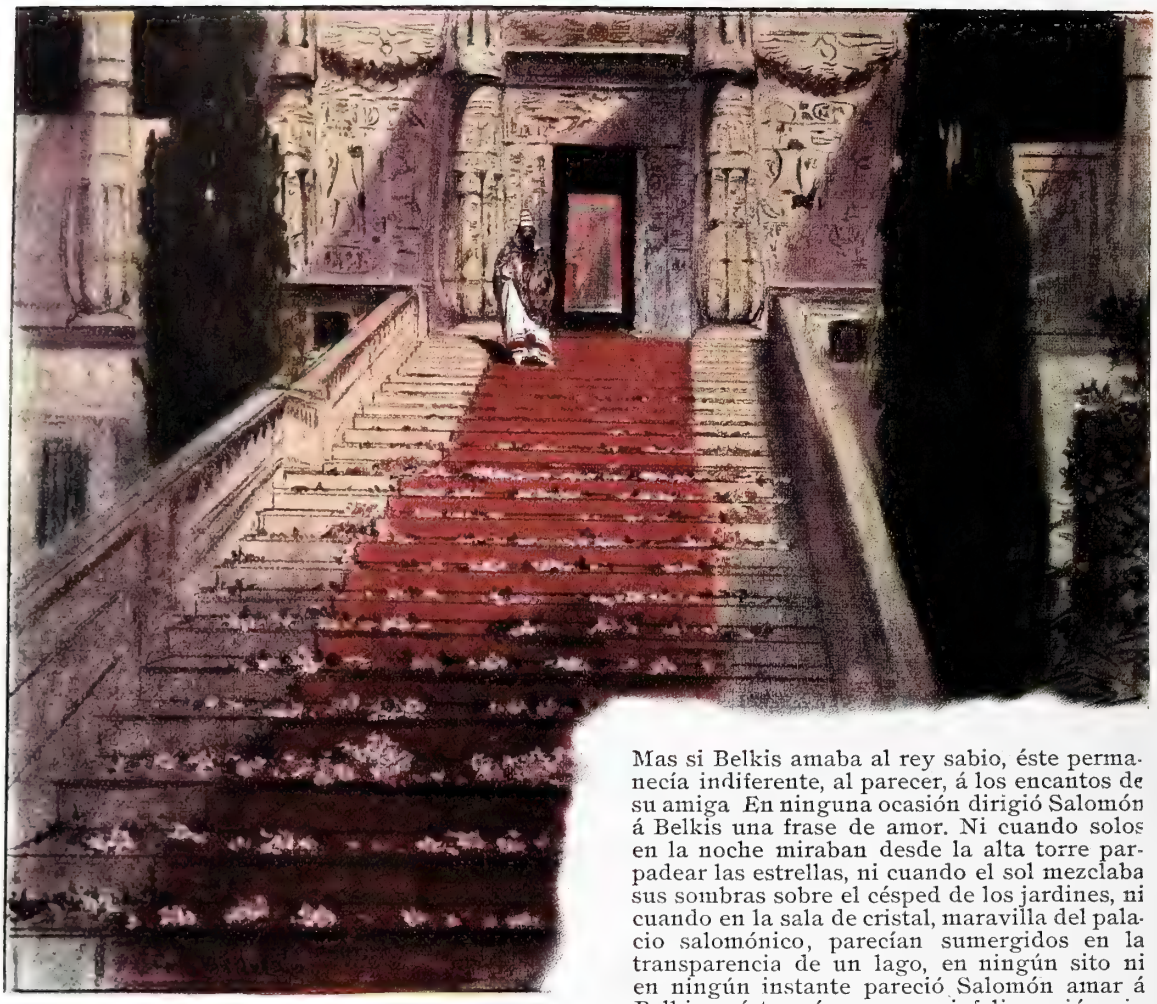
Al ver á Belkis, aquietáronse los mónstruos y los espíritus, las aves esponjaron satisfechas su plumaje, y las mariposas y las libélulas, abandonando las murallas, se arremolinaron en torno de aquella flor viviente.

Mas la reina de Sabá nada vió. Desdeñando sus miradas aquellos portentos, resbalaron sobre las preciosas paredes, sobre la luminosidad de las piedras, sobre el suave matiz de las flores, siguieron la línea purpúrea del tapiz, y ascendiendo por los escalones de mármol, detuviéronse extáticas en el rostro del rey. Y éste, sin ver el fausto que cercaba á Belkis, tampoco apreció el dulce reflejo del nacarino carro, ni admiró los unicornios, ni cegó sus ojos con el centellear de los diamantes, y los dos, el señor de Jerusalén y la reina del Mediodía, despreciando cuanto no fuera el sumo saber y la hermosura perfecta, se admiraron mutuamente.

III

Los días pasaban para Belkis felices y rápidos. Departiendo con Salomón por los verjeles reales, sondeando con él la infinita profundidad del espacio donde las estrellas se ocultan, esclareciendo misterios, interrogando á los vientos sojuzgados que narraban á los reyes leyendas de lejanos países, veía Belkis deslizarse las horas. Y poco á poco, como si la ciencia compartida soldase su voluntad á la del monarca, Belkis unía sus pensamientos y sus deseos á los de Salomón.

El amor, dueño de todos los humanos, avasallaba lentamente á la reina, quien sintió despertar su corazón.



Mas si Belkis amaba al rey sabio, éste permanecía indiferente, al parecer, á los encantos de su amiga En ninguna ocasión dirigió Salomón á Belkis una frase de amor. Ni cuando solos en la noche miraban desde la alta torre parpadear las estrellas, ni cuando el sol mezclaba sus sombras sobre el césped de los jardines, ni cuando en la sala de cristal, maravilla del palacio salomónico, parecían sumergidos en la transparencia de un lago, en ningún sito ni en ningún instante pareció Salomón amar á Belkis, y ésta veía crecer su infeliz pasión, sin esperar consuelo alguno.

Durante algunas semanas fué mujer, fué desgraciada, y su hermosura, antes impasible como la de los dioses, se humanizó con el dolor. En medio de la pena vió llegar Belkis el día de su marcha.

Queriendo Salomón rodear la partida de la reina con los mismos esplendores que acogieron su lleegada, hizo que el tapiz extendiese su faja roja hasta perderse de vista, encadenó los mónstruos, mandó á las aves y á los insectos que esmaltaran otra vez las murallas.

Y llegado el último día, Belkis se despidió de Salomón al pie de la escalera.

El amor apretaba con dogal de angustia la alabastrina garganta de la reina, su voz temblaba, su corazón latía descompuesto, y en los hondos ojos el llanto asomábase, empañando las pupilas.

Belkis se aprestaba á subir al carro, cuando Salomón, deteniéndola suavemente, le dijo: «¡Oh reina de Sabá! ¡Mil veces bendigo á mi Dios y Señor que te permió llegar á Jerusalén! ¡Oh Belkis! ¡Ya puedo morir tranquilo, pues mi espíritu se recreó con la perfección de tu belleza! Y queriéndote pagar con algo este don sublime que me hiciste, deseo concederte la gracia que ansíes. Pide sin temor, mi poder es grande, más aún mi ansia en servirte. ¿Qué quieres?»

Clavando el dardo de sus miradas en los ojos de Salomón, donde parecía brillar una luz de amor, Belkis murmuró: «Rey mío, nada quiero. Mas ya que mi hermosura ha sido fuente de dicha para ti, concédela que perdure y no se marchite, que acompañe mi vida toda, para que así, cuando yo muera, puedan decir las gentes: Fué siempre bella, porque Salomón la miró con agrado.»

Oyendo esto, el rey sabio se acercó á Belkis. Rogó un instante, sus labios recitaron algún maravilloso conjuro, y después, pasando sus manos sobre los ojos de Belkis, dijo solemnemente: «No lloréis»; y apoyando en seguida la diestra sobre el corazón de la enamorada, ordenó: «No ames». Al mandato del rey se evaporaron las lágrimas próximas á brotar, y las pupilas de Belkis lucieron puras, radiantes, alejadas por siempre de ellas las penas y los dolores. Y el corazón, obedeciendo á la mano del mágico rito, su movimiento y latió tranquilo, acompasado, sin alterarse por el amor y la pasión, que huyeron para no volver jamás.

Belkis, serena y sonriente, subió en el carro. Sobre el blando tapiz las ruedas rodaron, alejando á la señora de Sabá que marchaba á su reino, sin volver atrás la vista. Y mientras la reina indiferente se perdía á la lejos, dos gruesas lágrimas redondas y cristalinas se desprendieron de los ojos de Salomón, y resbalando por su rostro se ocultaron en el rizado torrente de su barba.

MAURICIO LÓPEZ ROBERTS

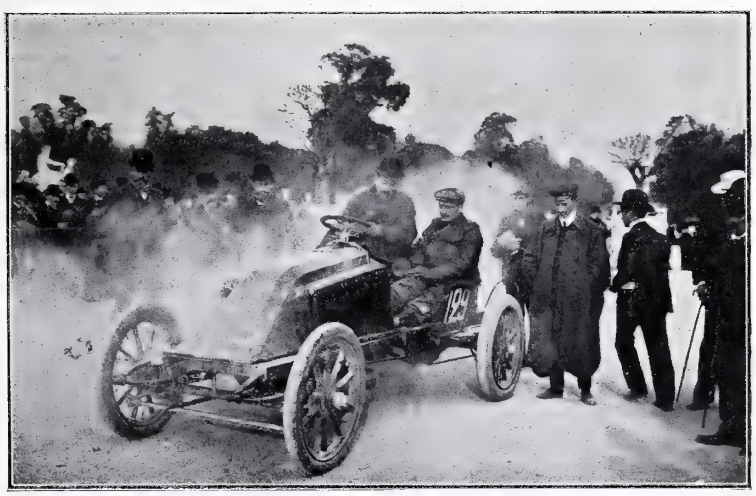
PARÍS-MADRID

LA CARRERA FRACASADA

Convengamos en dejar á un lado la compasión humana, que suele sobrar en estos asuntos, y reconozcamos la general satisfacción que en España ha producido el fracaso de la carrera de automóviles París-Madrid.

Aquí, en la tierra de Rocinante, en la casa solariega de los que van despacio, había de realizarse la quiebra espantosa que hoy llena de comentarios la prensa del mundo entero.

AUTOMÓVIL DEL TIPO «MORS» FOT. BRANGER DOYÉ



AUTOMÓVIL DE RENAULT FOT. CHUSSEAU-FLAVIENS

No parece sino que la casualidad, una casualidad providencial, ha revestido la venerable figura de nuestro Hidalgo manchego, y montada en su fantástico rocín se ha colocado en la frontera para no dejar pasar á la monstruosa legion de endriagos y vestiglos que venían del Norte destrozándolo todo. Briareos y Caraculiambros han tomado el paso cortito de Rocinante... y así han entrado en la tierra de Don Quijote.

Eso mismo ha contribuído á que, convertidos muchos de los locos y febriles corredores en pacíficos *turistas*, haya resultado más alegre y simpático el espectáculo de la llegada á Madrid.

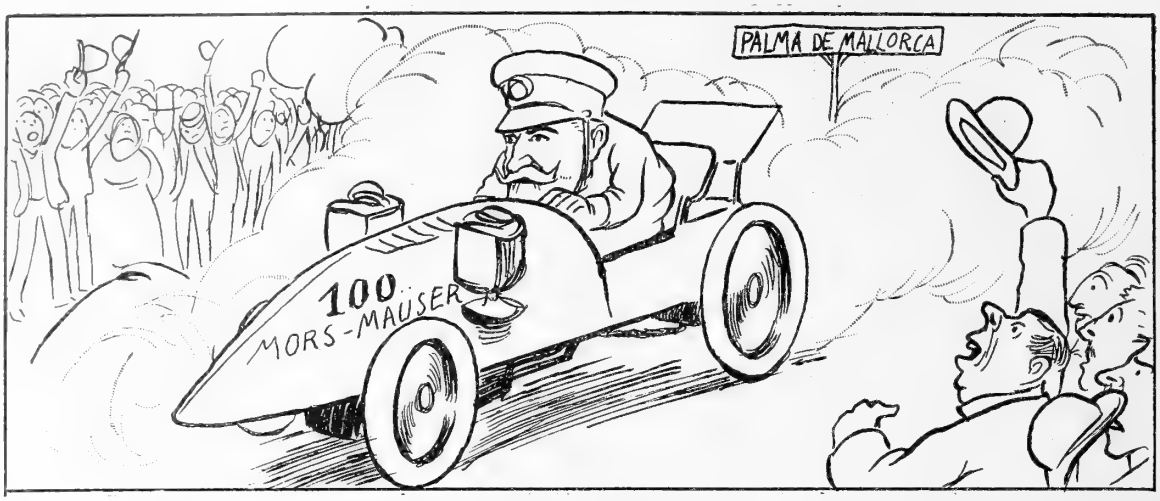
Nosotros pudimos asistir á él desde la última etapa del Escorial á Madrid, gracias á la amabilidad de nuestro querido amigo el Sr. D. Félix de la Torre, que nos condujo en su magnífico automóvil.

LA BARONESA DE ZUYLEN DE NEYSELT, MAD. MARCEL CAHEN Y MLLE. ZUYLEN, EN EL ESCORIAL

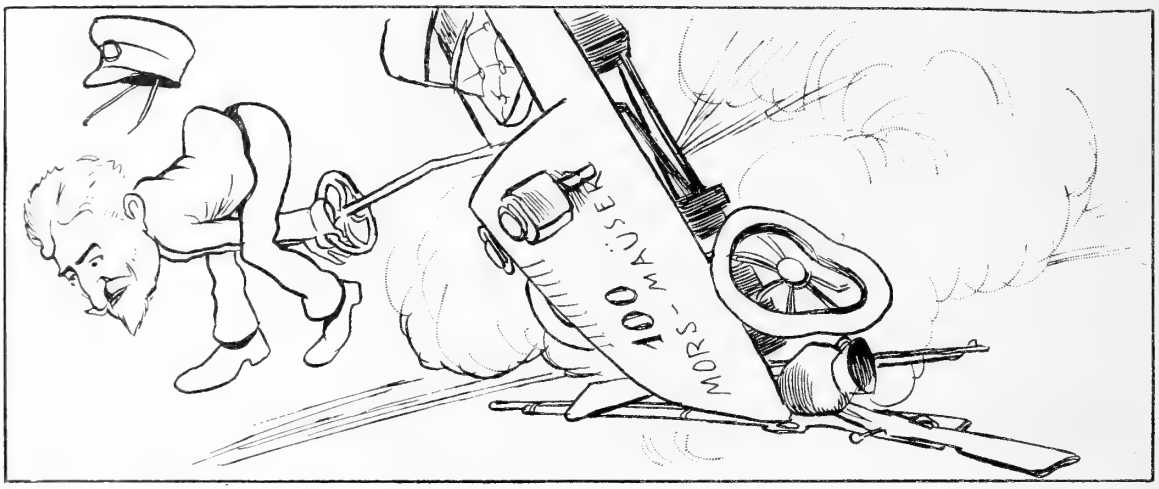
LOS AUTOMÓVILES EN EL «GARAGE» DEL ESCORIAL FOTS. ASENJO

LA CARRERA PALMA-MADRID

(RECORD POLÍTICO DE ACTUALIDAD)



EL AUTOMÓVIL DE MAURA (MORS-MAÜSER, NÚM. 100)
SALIENDO DE PALMA PARA HACER LA REVOLUCIÓN DESDE ARRIBA, Á 80 KILÓMETROS POR HORA.



PEQUEÑO TROPIEZO SUFRIDO AL ENCONTRARSE EN EL CAMINO UN PUCHERO GIGANTESCO
Y OTROS CACHIVACHES.

LLEGADA DE MAURA Á LA META, CON VELOCIDAD DE OCHO METROS POR HORA, RÁPIDAMENTE,
RADICALMENTE, BRUTALMENTE, Y SIN CAER DE SU BURRO.

LA MONEDA

CUENTO ECONÓMICO

Cuando una pertinaz sequía produjo en el pueblo del Robledal el hambre más espantosa, el cura párroco, que era un hombre caritativo en extremo, se decidió á pedir limosna de puerta en puerta para dar alimento á los infelices braceros. El acto de aquel sacerdote impresionó al vecindario profundamente, y muy pronto pudo ponerse en la casa parroquial una especie de rancho con el que por lo menos una vez al día satisfacían su voraz apetito una porción de desdichados trabajadores.

Algunos se negaron á prestar el más leve auxilio á la desgracia, y entre éstos figuraba uno que pasaba por ser hombre muy rico. Se llamaba D. Aniceto y poseía muy pocas tierras, que iba vendiendo poco á poco para alimentarse malamente y vestir como el último pobre de la comarca, pero la opinión le atribuía una fortuna grande en metálico y enterrada en el patio de su casa.

El cura le defendía de las públicas acusaciones de que era objeto, pero el hecho de negarse á dar un solo céntimo para la comida de los braceros, hirió de tal modo el alma sencilla del buen párroco, que se propuso averiguar la verdad y limpiar del pecado de la avaricia á aquel feligrés.

Cuando la calamidad pasó y la esperanza de una buena cosecha volvió la alegría al lugar, fué cuando el cura se decidió á dar el golpe, y una mañana, temprano, cuando D. Aniceto salía de misa, le hizo entrar en la casa rectoral y de la manera más cariñosa posible empezó á censurarle su avaricia, que debía ser grande, puesto que todo el mundo le atribuía un repleto *gato*.

D. Aniceto, creyendo que se trataba de pedirle dinero, juró y perjuró que no tenía un céntimo ahorrado, pero cuando por el curso de la conversación se convenció de que no se trataba de semejante cosa y que aquella conferencia era una especie de confesión que llevaba aparejado el correspondiente secreto, se declaró sincero, y una vez que veía cerrado su bolsillo, abrió sin inconveniente su pecho.

Tenía dinero, mucho dinero enterrado en un lugar de su casa que á nadie diría jamás. Todo su tesoro se componía de monedas de plata, unas heredadas de su padre y otras producto de su ahorro. Guardaba el dinero por si un día le hacía falta, y no daba á nadie un cuarto de limosna porque tampoco pensaba pedirlo él jamás, para lo cual conservaba y aumentaba su bolsa con exquisito cuidado. Y cuando hubo terminado su confesión, cerró el período con esta frase:

—Y ahora hágame usted un sermón sobre la avaricia, que no me va usted á convencer.

El cura le escuchó asombrado, y las últimas palabras hirieron vivamente su amor propio como sacerdote. ¡No convencer él, que hablaba en nombre de principios incontestados y de verdades eternas! Contuvo el débil enojo que su bondadoso carácter era capaz de sentir, y con la mayor calma replicó á D. Aniceto:

—No voy á hacer sermón ninguno, puesto que usted no quiere oirlo; al contrario, voy á que usted me explique cómo teniendo ese dinero no ha tratado de multiplicarlo.

D. Aniceto abrió unos ojazos terribles: no se trataba de pedirle nada, y por añadidura se le excitaba á aumentarle.

—¡Cómo!—exclamó lleno de curiosidad.

—Pues comprando papel del Estado—dijo el cura,—tendría usted el 4 por roo más de ese dinero todos los años, y ya había algo para los pobres.

D. Aniceto soltó la carcajada. ¡Qué inocencia la del párroco! Eso ya lo sabía él de sobra, aunque fuera tan ignorante que apenas si podía deletrear un periódico; pero el papel baja á lo mejor y luego viene una guerra y no se paga el cupón; jamás expondría su dinero á tales riesgos.

—¿Y en acciones del Banco Agrícola que se ha fundado en la capital?—añadió el cura.

—Puede quebrar,—contestó D. Aniceto.

—¿Y en tierras aquí mismo? Algo quedaría para los desvalidos.

—¡En tierras! Los años malos, la inundación, el granizo, todo eso se pierde en una hora. No se canse usted; lo más seguro es lo que yo hago. El metal siempre es metal, la plata siempre es plata.

El cura ya no supo qué argumentar, y como había prometido no hacer un sermón sobre la avaricia, varió de conversación; pero su pensamiento no se apartaba de la frase última de aquel hombre y en su mente repetía aquellas palabras de que «la plata siempre era plata».

D. Aniceto, cuando vió que la conversación se hacía indiferente, comprendió que había terminado

su misión en la casa y se despidió con una sonrisa burlona inspirada por el concepto de superioridad que de sí mismo había formado al ver lo victoriosamente que había rebatido las razones del cura.

Ya en la puerta, éste no pudo contenerse y le dijo:

—Ya ve usted que nada digo contra la avaricia, pero la Providencia da lecciones á lo mejor con los hechos para que éstos puedan llegar á donde la palabra no alcance.

D. Aniceto no entendió estas frases y continuó sonriendo, y sin volver la cabeza siguió rápidamente á su casa para pasar revista á sus monedas. Qué tonto es—pensaba—este señor cura; arriesgar el dinero para que se reduzca á la mitad cuando menos se piense. ¡Jamás! El único peligro sería el del robo, y en este pueblo no hay ladrones, á Dios gracias.

Y con estas reflexiones acompañaba el entretenimiento de apilar monedas, que casi todas eran duros, y que al deslizarse entre sus manos vibraban con el sonido más agradable que D. Aniceto había escuchado en toda su vida.

D. Aniceto, que sufría grandes estrecheces por no tocar al tesoro, había ido viviendo, como hemos dicho, del producto de las ventas de las pequeñas fincas que había heredado; pero este dinero llegó á su término y fué preciso ir pensando en tocar á las monedas escondidas.

Esto ya lo tenía previsto D. Aniceto, y no le inquietaba ni poco ni mucho; no era de esos avaros que atesoran para dejar á sus sucesores una fortuna; con las monedas guardadas tenía bastante para vivir él, aunque Dios le concediera larga existencia, en el momento en que se le acabase el producto de las ventas, cosa que le sucedería siendo ya viejo. No se engañó en su cálculo; perfectamente meditado y previsto su plan para vivir sin trabajar, le llegó el momento de gastar la plata heredada cuando ya estaba en los cincuenta años de su existencia.

El día en que había de inaugurar el gasto de lo ahorrado, tomó un duro de los que apilaba simétricamente todas las noches y se dirigió á la panadería para cambiarlo.

¡Pobre de mí—iba pensando—si sigo los consejos del cura! Si yo hubiera empleado este dinero en renta, tal vez lo hubiera perdido ya todo ó se me hubiera quedado reducido á la mitad. Nada de negocios: la moneda contante y sonante, ni se gasta, ni se la comen los ratones; está siempre viva y siempre con su valor. ¿Para qué querría el señor cura meterme en tales líos?

Con estas reflexiones llegó al horno donde compraba todos los días un panecillo y dió en pago la reluciente moneda, mirándola con ojos cariñosos. El panadero cogió el duro, lo miró atentamente, lo hizo sonar entre el suelo, lo refregó entre sus dedos, trató de doblarlo con los dientes, y por último llamó á su mujer para que lo examinara.

D. Aniceto observaba todas estas operaciones lleno de sorpresa y sin atreverse á preguntar la causa de tan minucioso examen. Por el pronto, atribuyó á ignorancia del panadero aquel escudriñar y aquel sobar la moneda tan insistentemente.

La mujer del panadero fué más breve en su juicio.

—¿De dónde ha sacado usted ésto, D. Aniceto?—dijo después de mirar el duro.

—¿Y á usted qué la importa?—contestó ya impaciente el avaro.—Ese ha salido de donde todos, de la Casa de la Moneda.

—Pues acuérdate—dijo la mujer á su marido—que en la feria de Medina, el año pasado, nos rechazaron uno igual cuando fuimos á comprar trigo.

—¿Pero creen ustedes que es falso?—dijo don Aniceto, lívido ante una contingencia en que jamás había pensado.

—Yo no lo sé—dijo el panadero,—pero ésta tiene razón: nos rechazaron uno igual en todos los comercios de Medina. A los chicos se lo dimos para que jugasen, y ya lo deben haber perdido.

—Pero no sería como éste,—replicó D. Aniceto, furioso.

—Pues yo no me atrevo á tomarlo.

—Si llamo al juez, lo tendréis que tomar á la fuerza—gritó D. Aniceto;—para vender, hay que entender de moneda.

La mujer del panadero, que era muy suelta de lengua, iba ya á hartar de desvergüenzas al avaro, cuando el marido, para que el asunto terminara en paz, propuso un expediente fácil y breve.

D. Aniceto compraba todos los días tabaco, y el estanquero era el único hombre del pueblo que entendía de monedas: lo mejor era que fueran ambos al estanco y allí sabrían de cierto si el duro era bueno ó malo.

Como no había otro camino que adoptar, D. Aniceto asintió á la propuesta y ambos salieron con dirección al estanco. Por el camino propuso el ricacho que en vez de despertar sospechas en el estanquero preguntándole si la moneda era buena ó mala, lo mejor sería que pidiese su cajetilla como todos los días y pagase tranquilamente como si no se hubiera suscitado la menor duda sobre la pieza de plata.

Todo se verificó con arreglo al programa, pero apenas vió el duro el estanquero, cuando sin tomarlo dijo:

—Esta moneda no pasa.

—¿Lo ve usted?—exclamó por lo bajo el panadero.

—¿Pero por qué?—dijo con voz entrecortada D. Aniceto.—¿Es falso?

—Falso precisamente... no—contestó el estanquero;—como plata, es plata.

D. Aniceto dió un suspiro de satisfacción, añadiendo:—Y buena plata.

—Muy buena será—continuó el estanquero,—pero no pasa.

—Eso es una barbaridad—exclamó D. Aniceto.—Si es buena, ¿por qué no pasa?

El estanquero, sin exaltarse, explicó el caso: esa moneda estaba mandada recoger hacía muchos años; se habían dado prórrogas para hacer la operación, y por último se había cerrado ya hasta en la Casa de la Moneda el plazo para el canje.

Todo eso le pareció á D. Aniceto un cuento ridículo; pero su enojo subió de punto cuando el estanquero le ofreció dos pesetas por el duro, como valor intrínseco de la plata en aquellos momentos.

Aquello era un robo que se le proponía, y lleno de rabia fué á ver al juez municipal, al alcalde, paseando su duro por todo el pueblo y recibiendo de todos la misma contestación: «¡Eso ya no pasa!»

D. Aniceto creyó en un complot para arruinarle, y como uno de los que había consultado le había dicho que tal vez en la Delegación de Hacienda se lo tomasen, al día siguiente muy tempranito salió para la capital de la provincia, que distaba seis kilómetros del pueblo. Allí confirmó su desgracia; hacía muchos años que la moneda había sido recogida; no pasaba en ninguna parte, y su único consuelo fué que un platero le ofreció nueve reales, uno más que el estanquero de su pueblo.

Difícil es pintar cómo volvió D. Aniceto aquella noche á su pueblo: pálido, casi febril llegó á su casa, abrumado por la que era para él la más horrible de las desgracias. En su tosco cerebro no entraba la razón que pudiera disminuir de tal modo el valor de la plata. Llorando amargamente, examinó una por una todas las monedas: la mayoría eran iguales á la que había pretendido cambiar; muy pocas tenían cuño diferente.

Aquella noche la pasó en vela; no podía dar crédito á una cosa que le reducía tan brutalmente su tesoro; todo el mundo debía estar equivocado, y en cuanto amaneciese iría á ver al señor cura, la única persona decente que había en el pueblo; á él, que era el poseedor de su secreto, le contaría sus cuitas y le expondría de qué manera parecían haberse puesto de acuerdo muchas personas para arruinarle. Apenas en la iglesia sonó la primera campanada del alba, cuando D. Aniceto se echó á la calle é hizo despertar al cura, que todavía se hallaba en el lecho. Allí junto á la cama y como quien confiesa un pecado grave, refirió lo que le ocurría, calificando de ladrones á todos los séres humanos y exponiendo con cifras exactas la cantidad que según él le robaban.

El cura, con tono dulce, le repitió lo que todos le habían dicho y trató de calmar su furia: no se trataba de ladrones ni de robo; los gobiernos varían el cuño y la división de la moneda por una porción de razones que eran largas de explicar, pero daban plazos para el canje, y nadie tenía la culpa de que los ciudadanos, por ocultar su dinero, dejasen pasar los plazos y guardasen la moneda antigua enterrada; la plata subía ó bajaba de valor como todas las cosas, según las exigencias del mercado.

—¡Si lo hubiera tenido en oro!—exclamó D. Aniceto, completamente aniquilado.

—Al oro le sucede lo mismo: puede bajar también.

—Pero entonces—preguntó D. Aniceto,—¿en este mundo no hay una moneda de valor seguro para poder vivir?

—Yo conozco dos.

—¿Cuáles?—contestó D. Aniceto poniéndose en pie, como si fuera á buscarla en cuanto le diesen noticia de ellas.

—Para esta vida, el trabajo; para la otra, la caridad.

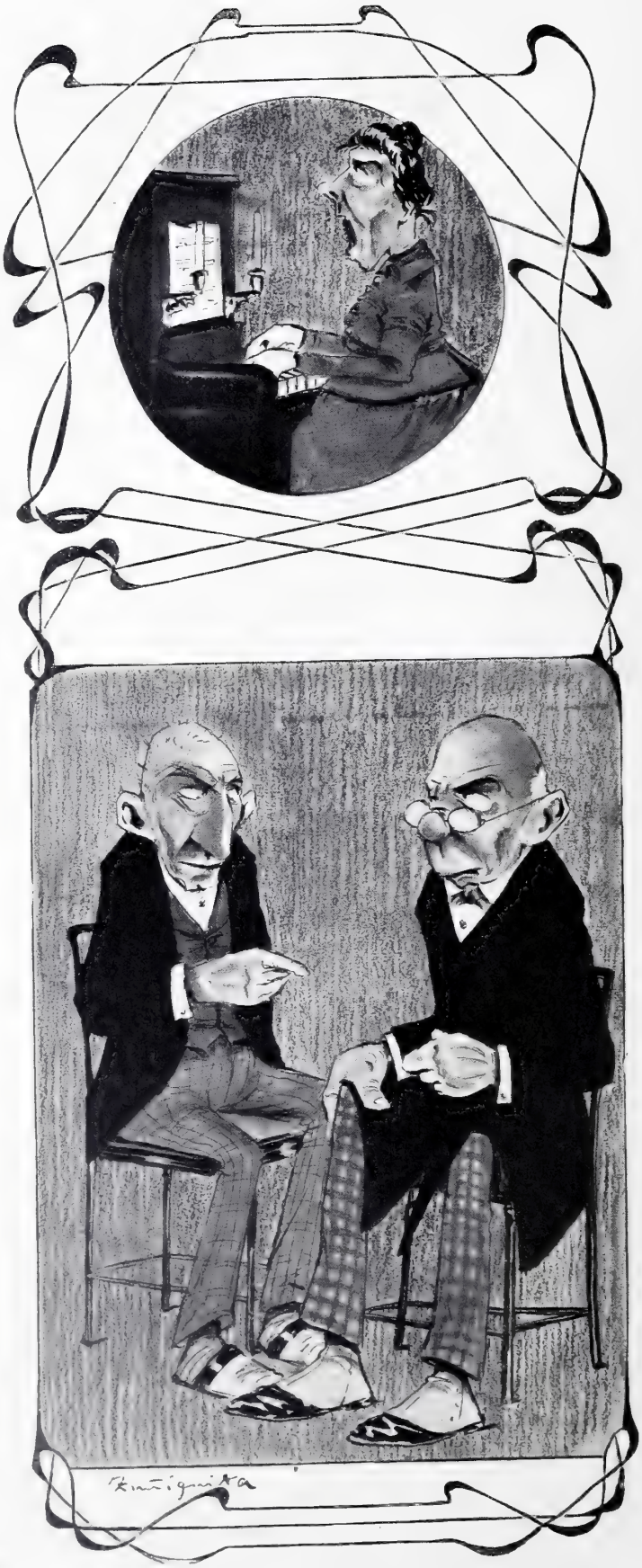
EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

DISCUSIÓN ORIGINAL

En la casa antigua y rica
de don Bernabé Calleja,
cuya esposa era una vieja
con pretensiones de chica,
hablaban sin cortedad
don Bernabé y don Pancracio
(quien también tiene un palacio
de remota antigüedad)
acerca de sus reuniones
y de cuándo principiaron,
y los dos rivalizaron
en las exageraciones.
—Desista usted de su empeño
(uno al otro le decía).
¡Si en mi casa ya leía
versos Grilo de pequeño!
—¿Y eso es antiguo? ¡Bah, bah!
La Patti, según mi abuela,
cuando era una mocosuela
cantaba en mi casa ya.
—Pues yo, en cambio (á ver si pasa),
tengo datos fehacientes
de que Bach echó los dientes
tocando el piano en mi casa.
Y así creció el altercado
de ambos viejos, hasta el punto
de que, apurando el asunto,
uno exclamó ya cargado:
—Para fiestas en Madrid
no hubo casa cual la mía.
¡Como que en ella solía
tocar el arpa David!
—¡Bah! ¡Qué David, ni qué berza!
¡Yo sí que tuve á Sansón
distrayendo á mi reunión
con sus trabajos de fuerza!
—Esas son baladronadas
(dijo el otro). Es positivo,
según consta en el archivo,
que en una de mis veladas
estuvieron Adán y Eva
vestidos de milicianos,
haciendo juegos de manos
con una baraja nueva.
—Creo en sus afirmaciones.
Pero mi esposa Pilar,
¿en dónde empezó á cantar
sino en mis grandes reuniones?
—Si es así, don Bernabé,
dejemos la discusión.
Me doy por vencido. Son
más antiguas las de usté.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



LOS GITANOS DE «POR ALLÁ ABAJO»

MUCHO han cambiado cosas y personas en Madrid desde los tiempos de la Gitanilla cervantesca. Tenían entonces su rancho los gitanos madrileños «en los campos de Santa Bárbara», que caían por lo alto de la calle de Hortaleza. Hoy lo tienen en el tenebroso y poco explorado barrio de las Cambroneras y en el barranco hediondo y dantesco de las Injurias.

Desde allí se corren, formando movedizos aduares nómadas, por los pueblos de los alrededores de la corte, pero sin alejarse mucho. Cuando más, se alargan hasta la Villa del Prado ó á Cadalso de los Vidrios; tal atrevido hay que llega con los asnos y la familia á las ferias de Illescas y de Mora, pero pronto se antecogen á los barrios de «por allá abajo», donde á pesar de vivir mezclados con populacho y gentuzas no pertenecientes á su antiquísima y pura raza, saben llevar vida independiente y original, no perdiendo por nada de este mundo su carácter, ni olvidando su idioma, ni abandonando sus costumbres y el pergeño y aire de sus vestimentas.

Los gitanos madrileños viven rodeados de tipos feos, indolentes y de habla afectada y gutural, como los organilleros, randas y guripas habitantes hacia Mira el Río, Tribulete, Santiago el Verde y la Peña de Francia, y ellos conservan su lenguaje dulce, cadencioso; sus grandes ojos aterciopelados; su expresión enigmática en las mujeres, ladina en los nombres, bestialmente curiosa en los chicos. Entre los gitanos de Madrid no hay muchos que se dediquen á cuatreros ó *corredores* de caballerías, y esa familia que veis en guisa de marcha por los llanos de la Manigua y del Pico del Pañuelo, allá entre el paseo de la Chopera y el de Santa María de la Cabeza, no lleva intenciones marcadas de causar daño en las caballerizas. No: estos gitanos de Madrid están muy adaptados al medio, y se dedican á cultivar y perfeccionar los procedimientos del timo, asociándolos con sorprendentes combinaciones de Cartomancia, Quiromancia y Magia blanca, negra y de otros colores. Así explotan los inocentes amoríos de las doncellas y cocineras, las avaricias inconfesables de las viejas rentistas y usureras y las rarezas de los cien mil y pico tontos que debe de haber, por lo menos, calculando aproximativamente y á mala cuenta, entre el medio millón largo de los habitantes de Madrid.

FOTS. DE ASENJO

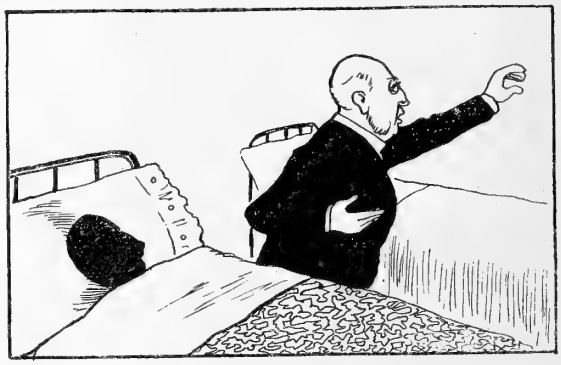
UN CASO CLÍNICO

HISTORIETA POR XAUDARÓ

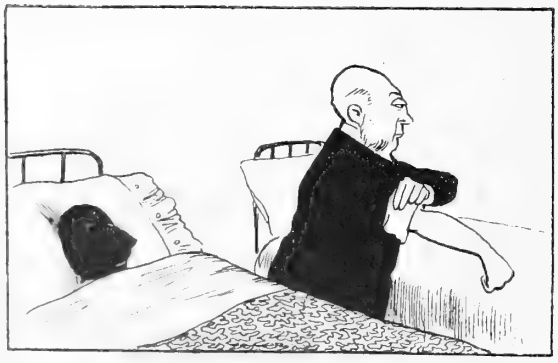
1.—Doctor, hoy tenemos dos enfermos nuevos.
—Y yo, tres; se me han roto las gafas y estoy ciego.

2.—Veamos éste. 41 grados de fiebre. Bien, bien; dieta absoluta, mucha observación y.. pasemos al otro.

3.—¡Aliza! ¡Este sí que está grave! ¡Vaya una congestión morrocotuda! ¡Si ya esta negro!...



4.—¡A escape! ¡Una palangana de agua caliente, dos bisturíes y el saco del hielo! ¡Pero á escape!



5.—Muy grave está, pero todavía tengo esperanzas. ¡Si yo tuviese mis gafas! ¡Eh, practicante!...

6.—Doctor, yo no lo encuentro tan mal. Si no es más que una fiebre, aunque sea alta, no habrá necesidad...

7.—[illegible] ¡Pero no le ve usted que está negro?
—[illegible]

—Pero, doctor, ¡si es mi sombrero! . . . . . .
. . . . . .

AÑO TRECE Y NUMERO 631 MADRID DIA 6 DE JUNIO DE 1903

BLANCO Y NEGRO

LA SEMANA PASADA

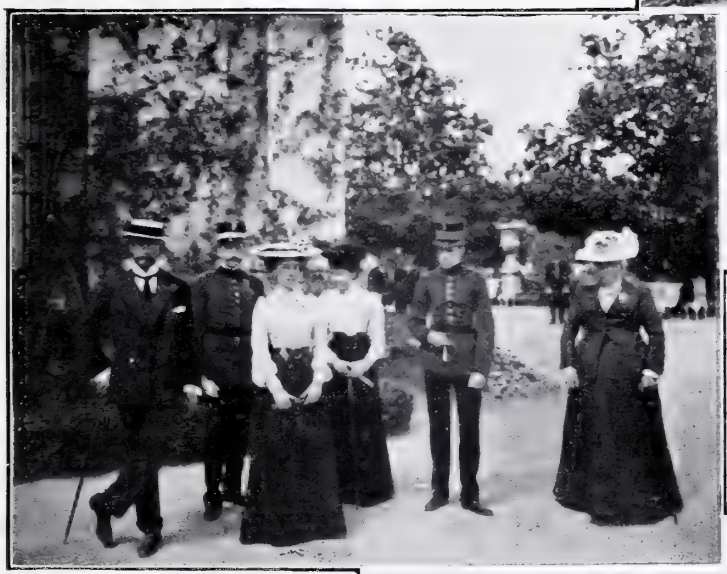
El día del Santo Rey Fernando III, aquel piadosísimo é ilustre varón que, según cuenta la Crónica, y probablemente no mentirá, «enforcó muchos omes e coció muchos en calderas», es un día de extraordinario regocijo y de variadas y espirituales satisfacciones para los vecinos del Real Sitio de Aranjuez, y también para los muchos madrileños, toledanos, conquenses y manchegos que suelen acudir al olorcillo del jolgorio y á la presencia de la corrida de toros que todos los años se celebra allí con gran lujo de *broncas* y variado cortejo de guantadas, estacazos y demás manifestaciones de la cultura y de la energía nacionales.

S. A. R. LA INFANTA DOÑA EULALIA

Aranjuez, como sabe todo madrileño que en cualquier domingo primaveral haya dispuesto de cuatro ó cinco pesetas, es uno de los sitios más hermosos y apacibles de España. Sin la grandeza sombría del Escorial, sin la rebuscada y artificiosa elegancia de San Ildefonso, sin el agreste y salvaje perfume de El Pardo, Aranjuez es una hermosa arboleda digna de inspirar á Garcilaso, un castizo y señorial jardín que no sin motivo fué cantado en elegantísimos tercetos por el Secretario Lupercio Leonardo de Argensola:

«Hay un lugar en la mitad de España
donde Tajo á Jarama el nombre quita,
y con sus ondas de cristal lo baña. Etc.»

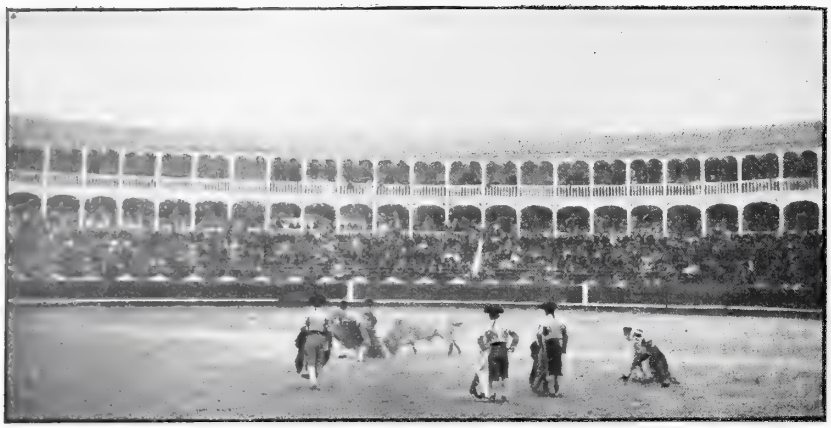
Este año, antes que fuesen los madrileños á gozar por unas cuantas horas las deli-



LA FAMILIA REAL
EN LOS JARDINES DE ARANJUEZ

S. M. EL REY Y EL DUQUE DE BIVONA PASEANDO EN CAMELLO

FOTOGRAFÍAS MUÑOZ DE BAENA



FUENTES Y ALGABEÑO TOREANDO AL ALIMÓN EN LA PLAZA DE ARANJUEZ FOT. ASENJO

obtener varias fotografías, que reproducimos, durante el paseo que dió S. M. el Rey montado en uno de los camellos que en aquellas magníficas alamedas llorarían la nostalgia del desierto perdido, á no ser por la circunstancia de que esos interesantísimos rumiantes han nacido en el propio Aranjuez, lo mismo que los acreditados espárragos y la sin rival fresa.

SINCERAMENTE nos alegra, como buenos patriotas, la noticia de haberse concedido en París el premio Diémer á nuestro ilustre paisano el gran pianista Joaquín Malats, á quien tuvimos el placer de aplaudir hace algunos años, aunque no con tanto entusiasmo como el que pondremos en celebrarle y festejarle ahora que ya sabemos, porque los extranjeros han tenido á bien decírnoslo, que en efecto, Malats es un genio del piano.

Hay quien dice que los *virtuosos* van de capa caída: tal sucede en realidad de verdad con los ejecutantes de tres al cuarto, con las muchas notabilidades adocenadas que la indulgencia y bonachonería de la prensa forja sin motivo. Pero cuando sale un Malats, el *virtuosismo* se impone, y boca abajo todo el mundo.

UNA fiesta muy simpática y agradable fué la celebrada en los Jardines del Retiro el domingo pasado con motivo de cumplir el Centro de Instrucción Comercial el XXI aniversario de su fundación.

El Centro de Instrucción Comercial es una de las más nobles y útiles instituciones de enseñanza con

JOAQUÍN MALATS
FOT. H. G. GARCÍA

que cuenta Madrid; en ella se reunen, se instruyen y reciben todos los beneficios de sana cultura práctica, moderna y bien entendida los dependientes del comercio madrileño. La institución que modestamente, pero con gran entusiasmo y firme voluntad inició el ilustre expresidente del Círculo Mercantil y diputado á Cortes D. Juan Fabra y Floreta, ha alcanzado en veintiún años magnífico desarrollo, y hoy día, presidida por el Sr. Sáinz y Romillo, da excelentes resultados y constituye un ejemplo digno de imitación.

[illegible] CÍRCULO DE INSTRUCCIÓN COMERCIAL [illegible] JARDINES DEL BUEN RETIRO FOT. ASENJO

DON RUPERTO

Teatro Libre

Dices que los escrúpulos de la conciencia, que los respetos al padre predicador que condena el teatro como lugar de perdición y cátedra del vicio, te vedan asistir á los coliseos?

No te habrían aconsejado tal cosa; si vivieran, fray Félix Lope de Vega, ni el capellán D. Pedro Calderón de la Barca, ni el padre Gabriel Téllez, los cuales, sobre ser tan reverendos clérigos y tan sabios moralistas, por lo menos, como los de hogaño, escribían comedias tan alegres de cascos y dramas tan libres de asunto como los dramas y comedias que están infernando á la sociedad presente.

Está bien: cumple con tu conciencia y obedece al confesor.

¿Dices que los apuros de tu bolsillo y la penuria de los malos tiempos te privan, entre otras más dolorosas privaciones, de asistir á los grandes teatros, encarecidos por sus propias necesidades, y más por el imperio de la moda?

Bueno. Harto trabajo tienes, y no he de ser yo quien te los aumente. Conténtate, pues, con esparcir el ánimo una hora suelta en cualquiera de los teatros donde se economiza el dinero y el arte.

¿Dices que tú, fiel enamorado de la verdad, huyes de dramas y comedias por no soportar la embustera falsificación del hombre y de la mujer, que dramaturgos y comediantes intentan pasar por moneda legítima y corriente del sentir, el pensar y el decir del ser humano?

En paz. No reñiremos por teorías, como reñían de muerte nuestros cándidos abuelos por una ú otra Constitución política, sabiendo que ninguna había de traerles lluvia en tiempos de sequía.

Y ahora, tú, el pobre de libertad: tú, el pobre de dinero, y tú, el pobre de poesía, venid, y sin pecar el primero, sin gastar el segundo, sin teorizar el tercero y todos sin molestias ni apreturas, asistiréis conmigo al teatro más ejemplar, más verdadero, y á la vez más cómico ó más trágico que haya existido en el mundo: como que es el teatro de propia vida social.

Representan en él actores sin disfraces, pelucas ni coloretes, á cielo raso, en calles y plazas como los histriones de la antigüedad clásica.

El Alcalde de Zalamea.

El gran personaje de Calderón representa la justicia inflexible, la verdad implacable, el derecho mantenido contra el atropello, la autoridad firme contra la fuerza, el deber cumplido sin miedos, el hombre público que puede apetecer la política honrada, combinación bien compensada de los derechos y los deberes sociales.

¿Quién lo representa en la política actual?

Ved á aquel señor grave. Anda tieso y con pausa: mira alto y con desdén, habla bajo y con misterio si está en confianza: á voces y con altisonancia declamatoria si está entre media docena de bobalicones, auditorio cortesano que le oye como á oráculo infalible.

Echa por la boca vulgaridades con tono de sentencias, y sapos y culebras contra las intrigas, ruindades, injusticias y compadrazgos de la política y de los partidos. Endilga discursos á cada paso, y siempre en círculos pequeños, porque su fuerza oratoria no alcanza á mayores auditorios ni más grandes empresas. Y hay que oir las catilinarias de su indignación y la verbosidad de sus planes. Todo por las ideas; todo por la patria.

Sin duda conoce á fondo los males y sus remedios; porque ha sido sucesivamente diputado, director general, senador, ministro.

Pues vedle ahora entre bastidores. Ha salido del escenario, donde fué diputado sin votación, director por intrigas, senador por amistad, ministro por gracia, nada por justicia.

Es un infeliz, que no tiene ideas ni donde concebirlas, y con el solo talento de lo práctico, que es, en verdad, el talento de los vividores políticos. Recita su papel de dientes afuera. Sabe de sobra que él no es el personaje que representa. Pero ignora que también lo saben los espectadores.

Y detrás del uniforme, que es su disfraz: detrás de las bandas y veneras, detrás de la declamación ahuecada, las gentes ven al cómico que trabaja por ganarse la vida, como detrás de la peluca del barba el espectador conoce al artista que atruena con sus imprecaciones heroicas, ó enternece con sus lágrimas por ganarse el sueldo diario. El público se ríe de nuestro personaje, cómico involuntario que no dice el chiste, pero lo inspira á los demás.

Acaba de representar en vivo al *Alcalde de Zalamea*, y desde su cuarto se va á cobrar las pesetas que le han valido sus lamentos por la justicia y sus defensas del derecho.

Don Juan Tenorio.

Mirad á aquel guapo mozo. Es otro primer papel de la comedia real. No trabaja en el escenario político: actúa en los salones. No es el barba de la compañía: es el galán joven.

Pasa muchas horas ante el espejo. El arte de vestirse el cuerpo es para él como el arte de vestirse la conciencia para el cómico que hace el *Alcalde de Zalamea*. Este cuida su cabeza para que parezca llena de pensamiento. Aquel la cuida para que parezca hermosa, porque con la buena figura más que con la inteligencia y con los brios ha de dar cima á sus hazañas y conquistas.

Compuesto y emperejilado se lanza á la calle para lucir su persona. Presencia, no oye, la misa en una de las iglesias de moda donde asiste el mujerío de fuste. No profana de hecho el sagrado recinto, como el audaz aventurero de Sevilla escalaba los claustros para robar novicias. El moderno Tenorio de Madrid profana sólo espiritualmente la iglesia con sus miradas y guiños.

Vuelve á casa, muda de traje, y otra vez á su campo de operaciones: el paseo, la reunión vespertina. Y vuelta á vestirse y peinarse y perfumarse. Se embute en el frac, se pone la flor en el ojal, y al teatro ó á los salones. Murmuración, diálogos picantes, algún enredo fácil, algún lance de honor sin consecuencias, y ya nuestro barbilindo está consagrado: es el hombre de moda.

No ha guerreado en Flandes: no ha corrido en busca de amores y desafíos más mundo que el de los balnearios y playas elegantes: no trae listas de muertos, ni princesas burladas: no ha convidado á las estatuas para cenar. Pero un día Tenorio aparece prosaicamente casado con una muchacha opulenta ó una viuda rica ó la hija de un gran personaje, quien convierte al yerno en personajillo.

Y he ahí al galán joven colgando la espada y quitándose la airosa capa con que ha hecho su papel, para vivir en el dulce sosiego y comodidad del vulgo encopetado.

La dama de las camelias

Margarita Gautier tenía la tisis en el pecho; pero más adentro, en el corazón, tenía un rinconcito sano donde se refugiaba un amor, si no puro, á lo menos fuerte y desinteresado como el de una buena muchacha.

La moderna dama de las camelias tiene, por el contrario, tísica el alma y el pecho robusto y hermoso como el de una estatua. A ser de otra manera, se la declararía inútil para el servicio en estos tiempos en que el amor no se prenda de espiritualismos románticos.

Mírala. Es la hermana carnal de Don Juan Tenorio. Como él, se viste y desnuda siete veces al día. Como él, se exhibe calle arriba y calle abajo, recostada en su coche. Como él concurre á paseos y teatros, á todas partes, fuera de los salones. Se hace amar, no ama, al modo del amianto, que pasa ileso entre las llamas. El desorden es su régimen: gasta más que consume y derrocha más de lo que luce.

Ni recuerda lo de ayer, ni piensa en lo de mañana. Vive para lo presente, para el momento de la representación. Es la actriz cómica, obligada á divertir y hacer reir; y se divierte y ríe, ríe y aparece alegre y triunfante.

Pero ¡ay! tiene también su drama: un drama para ella sola, callado y secreto, porque si lo viera el público se aburriría.

Y al recogerse, después de las noches de crápula, en su alcoba solitaria y en su corazón más solitario todavía, al desnudar su cuerpo de sus sedas, blondas y encajes, y al desnudar su cara de colorines y su boca de risas forzadas, mirándose al espejo como la cómica al soltar sus disfraces, piensa en la comedia y en el público y en ella misma, y se entristece, y tal vez llora ¡la que no lloró la muerte de su hijo! ¿Por qué? ¡Teme encontrarse frente á frente con la primera arruga ó la primera cana!

Serían como la silba para la comedianta soberbia. La retirarían de la escena.

¡Pobre Dama de las Camelias, adornada interiormente con pasionarias!

DIBUJOS DE VARELA

EUGENIO SELLÉS

EL «SPORT» DE LAS POSTALES, POR CECILIO PLA

MARCONI

E. VARPA

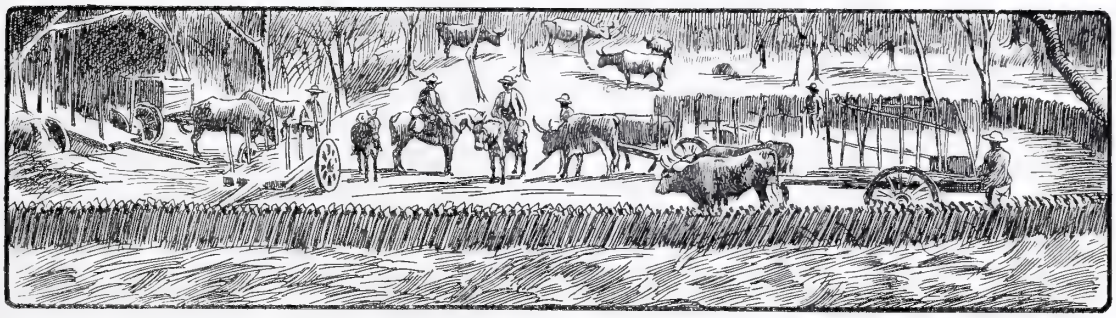
La Ciudad Eterna, madre inmortal de Césares y genios, visitada en estos últimos días por los jefes de los Estados más poderosos de la tierra, después de haberse vestido de gala para ver ¡caso inesperado y casi increíble! departiendo mano á mano y en extraña y pacífica armonía al Pontificado y al Imperio, se ha adornado con nuevas y magníficas galas para festejar á un soberano de la Ciencia que crece y prospera mientras los imperios decaen y las naciones sucumben y los odios seculares se aplacan: á Guillermo Marconi, el mágico inventor de la telegrafía sin hilos, que retorna vencedor á la patria después de haber ceñido el planeta con las corrientes misteriosas, casi espirituales, que sus aparatos maravillosos transmiten y reciben.

Y no contentos los romanos con vitorear y aclamar á Marconi, le han concedido solemnemente la más preciada distinción que la ciudad otorgó desde que existe: la ciudadanía romana, y el 7 de Mayo último Guillermo Marconi, entre los gritos de entusiasmo de la juventud que llenaba el Campidoglio, presentes los reyes de Italia y todas las autoridades de Roma, presididas por el *sindaco* ó alcalde, príncipe Colonna, pronunció lleno de noble orgullo aquellas palabras en que los romanos de la República cifraban toda su altivez patricia y los romanos del Imperio todo su militar alarde: CIVIS ROMANUS SUM.

El brillantísimo acto en que Roma concedía su más noble título al genial inventor, asistió, llorando de felicidad, la anciana madre de Marconi.

Fué en tiempos lejanos el Campidoglio teatro de triunfos y coronaciones semejantes, fiestas celebradas en honor de los poetas. Pero ninguna estrofa, ningún canto más conmovedor que el de esas trascendentales palabras latinas pronunciadas por Marconi y repetidas luego al través del mundo entero por la extraña y oculta fuerza cuya marcha él ha sabido regularizar y aprovechar para bien de la humanidad entera, para gloria de la madre Roma.

***



CROQUIS AMERICANOS

LA REPÚBLICA DEL SALVADOR

Muy olvidados tenemos, con notoria injusticia, á los pueblos de nuestra raza que habitan el Centro y el Sur de América. Entre ellos, el más chico en extensión, pero no en cultura ni en valor, es el antiguo territorio de Cuscatlán, descubierto y ganado para España por el ilustre Pedro de Alvarado, y que hoy lleva el nombre de República del Salvador.

Su población total, si hemos de creer á las estadísticas, no es superior á la de la provincia de Madrid; pero con ser tan pequeña, el espíritu nacional está en ella tan desarrollado, como en varias solemnes circunstancias históricas lo han probado los salvadoreños, queriendo imponerse á los pueblos de Centro América y ser ellos cabeza de la confederación. Su héroe nacional, el infortunado Francisco Morazán, cuya memoria se venera en el Salvador, sostuvo en épicas luchas la supremacía de la pequeña República, y perdió la vida en la demanda.

PLAZA Y PARQUE DE MORAZÁN

Almas turbulentas las de los salvadoreños, como es lógico y natural, pues habitan un país volcánico donde á cada instante sobrevienen horrendos terremotos, no dejan, sin embargo, de hacer cuanto pueden por el progreso de su nación.

INDÍGENA MACHACANDO EL MAÍZ PARA LA «TORTILLA»

La población indígena constituye próximamente el 40 por 100 de los habitantes del Salvador. Son indios de piel bronceada, por lo general mansos y humildes, que viven pobremente cultivando la caña, el café, el tabaco y los cereales, principalmente el maíz, que es la base de su alimentación.

La capital, San Salvador, es una bella ciudad moderna, de casas bajas por lo general, pues los terremotos destruyeron los edificios antiguos. En ella se encuentran ya todas las comodidades y todos los refinamientos de la cultura europea; y hasta daría gusto vivir allí si no fuese por miedo al bamboleo.

I. L. DE MERGELIZA

UN RANCHO DE INDÍGENAS DEL SALVADOR

PUERTO DE GUETA
POR ANGEL ANDRA

CUENTOS VIEJOS

EL ANILLO DE POLÍCRATES

El tirano de Samos, envuelto en una túnica roja orlada de oro y bordada de perlas, desnuda la cabeza, rizados el pelo y la barba según el gusto asiático, paseaba por la azotea de su regia mansión, acrópolis de la blanca ciudad. Placentera sonrisa irradiaba en su rostro. Daba el brazo izquierdo á su huésped el faraón Amasis de Egipto y con la diestra se acariciaba los rizos de la barba, hundiendo en la masa de pelo negro, brillante y aceitoso la mano, y dejando correr por entre los bucles, como un insecto verde y brillante, la enorme esmeralda de su anillo, en la que un lapidario de Sardes había grabado con extraños y destructores líquidos la cabeza de Hera, esposa de Júpiter y deidad protectora de Samos, una testa altiva de recto perfil, de ancha frente coronada de un disco radiado.

El sol otoñal esplendía en el horizonte, calentaba el paisaje, doraba la atmósfera cargada con el aroma de las uvas moscateles ya maduras y de los higos rojos y dorados, de cuyos siconos colgaba una lágrima de néctar dulcísimo. Entre los edificios blancos de la ciudad, entre las alegres quintas que la rodeaban, fuera de las murallas y en todo el óvalo inmenso de la isla, el suelo desaparecía bajo el verdor alegre de las parras y de las higueras, bajo el verdor plateado de los álamos blancos, de los chopos, bajo el verdor sombrío y solemne de los olivos y de las encinas. En torno jugueteaban, verdes y blancas, las ondas del mar Icario: enfrente, al otro lado del mar, se veía el promontorio de Micala, gigante sosegado y tranquilo que resguardaba la desembocadura del caudaloso Meandro y hacía frente á la espléndida Mileto. Al Mediodía se divisaban las formas confusas de las islas Espóradas, risueñas, hermosas como un coro de nereidas.

La calma y la apacibilidad del sitio, la transparencia del ambiente, lleno de cantos inauditos modulados por aves ocultas y por el viento en las frondas, comunicaban á Polícrates y á su regio huésped ese dulce optimismo propio de quien, seguro de su poder, hace sin trabajo la digestión de una comida suculenta y nada tiene que temer del mañana. Eran felices entrambos, hallábanse en un momento de perfecta beatitud, de aquellos pocos que los hombres poderosos podían gozar seis siglos antes del nacimiento de Cristo.

No contento con la contemplación del cielo, de la tierra y del mar, Polícrates, requiriendo á su amigo, sin soltarle del brazo, se arrimó á la balaustrada, desde la cual se veían las callejuelas angostas y pinas del pueblo de Samos. Quería atisbar lo que en aquel feliz momento hacían sus vasallos. Al tender la vista por el recinto de la ciudad, siguió sonriendo. El pueblo samio trabajaba. Cuadrillas de mozos cantarines y de garridas muchachas vendimiaban los parrones de los huertos: en las azoteas, viejecillos encorvados ponían á secar al sol los higos: por las callejuelas corrían arroyos negruzcos de agua tinta de lías y heces, procedentes de los albañales de los lagares: veíanse también algunos patios con el suelo cuidadosamente embaldosado y cubierto de una corteza blanquizca mate igual. Eran los secaderos de la cera, riqueza muy principal de la isla. Iban y venían arrieros guiando recuas de lucios asnos, cuyas ancas parecían de plata, cargados con angarillas, aguaderas ó capachos de uva rezumante. El ágora estaba desierta: los ciudadanos samios eran poco amigos de discutir, la política no les interesaba. Tampoco había filósofos ni fastidiosos sofistas que entretuvieran á la gente con gárrulas y falaces peroratas. En aquella plaza pública de Samos no había tribuna para el orador, gradas ni bancos para el audi-

torio. Y el tirano sonreía, sonreía. En el lugar donde en otros tiempos se alzó la tribuna, había al presente dos hoyos no muy hondos, hechos para que en ellos afirmasen los pies los tiradores de barra, los discóbolos, los jugadores de kótavos. El pueblo era feliz, tan feliz como el mismo Polícrates que lo gobernaba, tan feliz como los buenos esclavos de los amos buenos.

Cruzaron la plaza dos ciudadanos pobremente vestidos: uno de ellos renqueaba, por ir calzado con una sandalia rota que dejaba pasar las chinas por los agujeros.

—¿Ves esos dos hombres?—dijo Polícrates al faraón.—Pues así, como uno de esos era yo hace veinte años: un jitón desgarrado y astroso cubría mis carnes: duras sandalias de cuero de buey, toscas como las que gastan los cimmerios, me desollaban los pies... ¡y ahora!... ahora todo cuanto alcanza desde aquí nuestra vista es mío, todo menos la cima del promontorio de Micala, que allá lejos, lejos se entrevé. Mi poder en estas tierras y en estos mares no hallará quien lo contraste, quien lo contradiga. Y todo ello se lo debo á nuestra divina protectora, á la hermosa Hera, la de los blancos brazos, digna esposa de Zeus. Y al decir estas palabras, Polícrates besó con místico arrebato el anillo en cuya esmeralda estaba grabada la imagen de la diosa.

El faraón escuchó con reposo tan arrogantes palabras: luego meció un poco los hombros y meneó la cabeza, á cuyo movimiento sonaron con áureo tintineo las grandes ínfulas triangulares de oro y pedrería que le tapaban las orejas y el collar que daba catorce vueltas alrededor de su pescuezo robusto, y del cual pendía la figura de un ibis con las alas explayadas. Después, ceceando un poco, porque hablaba mal el griego, dijo en el tono sentencioso y magistral propio de un hombre descendiente de setenta generaciones de monarcas:

—Verdad es, oh Polícrates, que los dioses te han favorecido. Con su ayuda lograste convertir en vasallos tuyos á los que eran tus iguales: pero aún no debes ufanarte de tu victoria. Piensa en que los ojos de los enemigos no tienen párpados, y tus ojos sí: por tanto, hay quien vela mientras tú duermes. Si eres cuerdo, no dormirás tranquilo. Si eres discreto, no te sientes con tanta confianza en un trono levantado hace veinte años: el mío fué erigido hace dos mil, y... los dioses sólo saben...

Interrumpió estas palabras un grupo de esclavos que rodeaban á un soldado samio, un psileta ó infante medio desnudo y que por toda arma llevaba al costado una aljaba de cuerdas retorcidas, vacía de flechas. El hombre venía fatigado: por su frente estrecha y ceñuda corría el sudor. En la mano traía un saco de cuero. Al llegar junto al rey, hincó la rodilla y dijo con voz temblona:

—Haz, poderoso señor, que el humo de los sacrificios empañe la claridad del cielo: corónate y coronemos todos nuestras cabelleras con ramas de laurel y de encina. He aquí lo que por mandado de tu fiel quiliarca Polídoro, general siempre vencedor, te traigo como reliquia y trofeo de nuestra victoria sobre los efesios.

Y vaciando el saco, extrajo de él una cabeza lívida teñida de sangre cuajada, los ojos abiertos, pegados al cráneo los mechones rubios.

—Esta—dijo Polícrates gravemente, reconociéndola despacio—es la cabeza de mi mayor enemigo, Areteo de Mileto, y esto significa el triunfo de mi ejército de tierra.

—Bien—arguyó el faraón;—pero eso no es la victoria completa. Aún tienes lo mejor y lo más recio de tu poder, la escuadra confiada al azar de las olas; y quien su bien deja en el mar...

Cortó estas palabras súbito é indistinto clamoreo que en toda la isla se alzaba. Callaron todos, suspensos, y á poco en la raya del mar se vió rozando las aguas algo como una bandada de grullas que avanzaban en triángulo.

Polícrates lanzó irónica mirada al desconfiado faraón y nada dijo. Por todas partes sonaba el mismo grito, que corría de los frescos labios de las vendimiadoras á las macilentas bocas de los viejos y á las infantiles gargantas:—¡Vela, vela! ¡Son los nuestros! ¡Nuestra escuadra! ¡Victoria! *¡Io, io, Paián!* ¡Bendita Hera la de los blancos brazos!...—Y la vendimia cesaba, y en medio de las viñas quedaban esparcidos por el suelo los capachos de moscatel, y los pisadores salían de los lagares con las blancas pantorrillas pintadas del color morado del mosto, y corrían por las calles las mujeres gritando como bacantes, y todos se lanzaban al puerto poseídos de alegría triunfal, lo mismo los ancianos de flácidas piernas que las matronas á cuyo pecho se agarraba una criatura.

Polícrates seguía callado, pero la felicidad, el orgullo le subían al rostro en llamaradas rojas, y el insecto verde y brillante del anillo paseaba febril en carreras locas por su luenga barba.

Llegaba en tanto la flota, enfilaban la bahía los picos de las aves fantásticas labradas en la proa de los barcos, y parecían abrirse más, llenos de alegría, los gigantescos ojos humanos pintados á babor y á estribor. Arriadas las velas, los barcos atracaban, saltaban á tierra marineros y cargadores frigios, egipcios, negros etíopes, cargados de riquezas, de todas las joyas, las preseas, los tapices, los vasos, las armas de una ciudad tan rica y grande como Mileto, saqueada con furor por sus eternos enemigos los samios.

El jefe de la flota, Oxífanes, un viejecillo seco, de semblante puntiagudo, tan torpe en el andar por tierra que iba tambaleándose como borracho, subió á donde el rey estaba y en breves frases contó lo ocurrido. Los samios habían tomado á Mileto, y él sólo había tenido que recoger el botín en sus barcos.

—Pero—repuso el descontentadizo faraón—¿entonces no habéis peleado con la armada de los cretenses?... Todavía tienes ¡oh Polícrates! enemigos terribles en el mar, mientras tu escuadra se entretiene en transportar bagatelas.

—Perdona, señor—le atajó Oxífanes.—Los barcos de Creta, sólo Poseidón, dios y árbitro de los mares, sabe dónde estarán: al doblar la barra del golfo Latmiaco vimos á muchos de ellos, perseguidos por los contrarios vientos, hundirse, chocar entre sí á otros. Sabemos que la escuadra cretense ha quedado hecha añicos. Hemos estivado nuestros barcos con los despojos de Mileto, porque no teníamos enemigos que combatir.

Extraña luz alumbraba, al oir esto, el rostro de Polícrates. El del monarca egipcio, por el contrario, se ensombrecía cada vez más.

—¡Oh dichoso Polícrates!—exclamó;—feliz entre los mortales; miedo me causas. ¿Cómo podrás sostener el peso de tantas venturas? Ya veo cernerse por cima de tu cabeza la envidia de los dioses, que no consienten á mortal ninguno gozar de la felicidad por entero. Tambien á mí en otros tiempos me acarició la fortuna. Ayudáronme en mis empresas deidades tan poderosas como la tuya: Horus, el inmortal, puso en mi hombro su mano. Tuve un solo hijo, único heredero de mi reino y de mi gloria. La envidia de los dioses me le arrebató. Todas mis posteriores venturas, ¿qué valen, amargadas por aquel grandísimo dolor...? Así tú, que ahora no sufres ni la más leve pesadumbre; tú, que eres feliz de pies á cabeza, en este mismo instante debes invocar á los dioses ó á los invisibles genios que nuestros destinos rigen, pedirles una tristeza, un sacrificio, una gota de hiel que mezclar á tu presente felicidad. Soy tu amigo, Polícrates, y al verte colmado de glorias y satisfacciones sin cuento, tiemblo por ti, y te ruego que te procures voluntariamente algo para no confundirte con los dioses, para evitar su ojeriza, para aplacar su cólera; despréndete de una parte de esa beatitud, de la que te parezca más grande, más honda, y serás fuerte contra las adversidades que te amenazan, porque volverás á tu humana condición.

Polícrates miró en derredor suyo, á la ciudad, á la tierra, al mar, al cielo. Un rayo del sol, que ya muy bajo estaba, arrancó chispas de la esmeralda de su anillo, chispas verdes que reflejaron en las pupilas del tirano.

—Ni en cielo ni en tierra—dijo pausadamente—hay para mí joya más preciosa que este anillo. Consagrarlo quiero á las Euménides vengadoras para que me perdonen mi bienandanza.—Y quitándose la sortija, la besó otra vez y la arrojó al mar.

Aquel dia y aquella noche no hablaron más el rey y el faraón.

A la mañana siguiente, llegada la hora del almuerzo, presentó el cocinero en la mesa un enorme rodaballo.

—Este pescado, señor—dijo,—lo trajo esta mañana muy temprano un pescador viejo, diciendo, y así lo creo, que nunca había visto un pez de esta clase que tan desmesurado tamaño alcanzara.

Polícrates y el faraón no se admiraron de lo que al cocinero impresionaba tanto: mas al trinchar el rodaballo, ¡oh milagro y maravilla!, he aquí que en el vientre del pez aparece una piedra verde engastada en oro... Los dos monarcas no pudieron reprimir un grito, de júbilo el de Polícrates, de espanto el del faraón.

—¿Lo ves, lo ves?—clamaba Polícrates triunfante.—Pero ¿qué te pasa? ¿dónde vas?

Y el egipcio, que se habia puesto en pié y recogía su manto como para marcharse, con el rostro más amarillo que las ondas del Nilo en Agosto, la voz turbada y un temblor tan grande en todo el cuerpo que todas las joyas de oro que le cubrían sonaban como címbalos y campanillas de un camello trotón, dijo, retrocediendo paso á paso:

—¡Oh, no, no, yo no puedo estar más aquí, Polícrates, no puedo permanecer á tu lado! Los dioses buscan tu perdición. Tengo miedo, mucho miedo. ¡Pobre de ti! ¡Pobres de los tuyos!

Y dirigiéndose al puerto á todo escape, se embarcó y partió á toda vela hacia Egipto.....

.....

Cantó en inmortales versos esta viejísima fábula el poeta Schiller. No quiso desconsolar á sus oyentes ó lectores contándoles el fin de la historia, que es el siguiente:

Alentado por el éxito y deseando aumentar sus dominios y sus glorias, porque la felicidad es insaciable, emprendió Polícrates la conquista de Jonia. Tropezó allí con el poderío enorme del soberano de Persia Darío Hisdaspes. El samio y su ejército fueron rechazados y perseguidos hasta su isla. Un bárbaro sátrapa de Darío, llamado Orontes, puso cerco á Samos, la tomó, y el dichoso Polícrates fué desollado vivo y después colgado en una cruz en su regio palacio, acrópolis de la ciudad.

Sucedió esto hacia el año 522 antes de Jesucristo; pero lo mismo podía haber sucedido ahora, porque el faraón Amasis tenía razón sobrada: la dicha completa no es de este mundo.

Por el arreglo,

F. NAVARRO Y LEDESMA

LA LECTURA DE COULLAUT VALERA

LA MODELO VESTIDA

Bajo la luz eléctrica
que rasga la penumbra
formando un ancho círculo
que con vigor alumbra,
gentil figura, estática
como bloque de hielo,
su mirada enigmática
pasea la modelo,
parándose en los ángulos
obscuros del salón.

Hoy la vemos en hábito
de charra salmantina;
mañana roja clámide
de noble florentina
cubrirá las purísimas
líneas de su belleza;
tal vez de vestal cándida
remede la pureza,
callada siempre, rígida,
sin alma ni expresión.

En torno suyo agítanse
rientes y contentos
treinta ó cuarenta jóvenes
á su trabajo atentos,
que intentan los inmóviles
contornos precisando
fijar la línea undívaga,
y á la mujer mirando,
manchan pinceles ágiles
el lienzo ó el papel.

Y la muchacha, impávida,
con su sonrisa eterna,
postiza cual sus túnicas,
jamás graciosa ó tierna,
mira pasar monótonos
las horas y los días
en inacción estúpida,
sin penas ni alegrías,
y á su cerebro agólpanse
los sueños en tropel.

Envuelto en una atmósfera
de humo caliginoso,
y entre nubes cerúleas
su joven cuerpo hermoso
como un objeto inánime
que yace abandonado,
se hiergue en luz espléndida
esbelto y espigado,
y en él tenaz concéntrase
de todos la atención.

Y mientras vuelan rápidas
las manos creadoras,
con pinceles ó lápices
de la línea señoras,
que copian á la grácil
modelo salmantina,
ninguno de los jóvenes
pregunta ni adivina
si aquel cuerpo bellísimo
encierra un corazón.

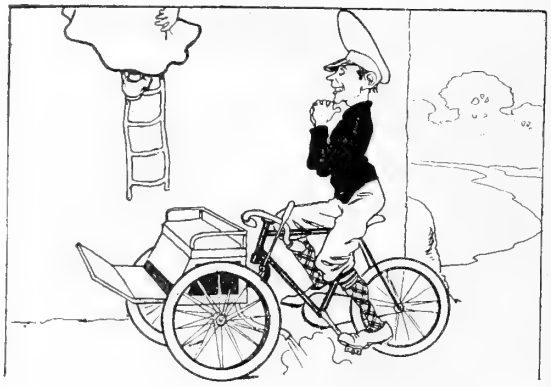
B. y W.

DIBUJO DE T. MARTÍN

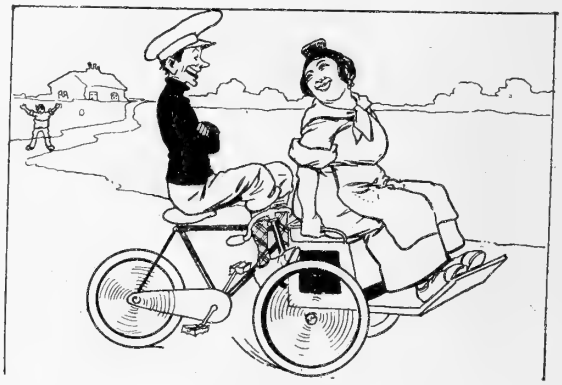
EL RAPTO DE LA SABINA, POR ROJAS

1

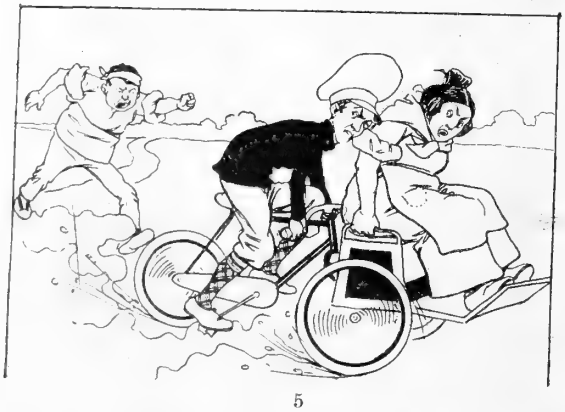
2



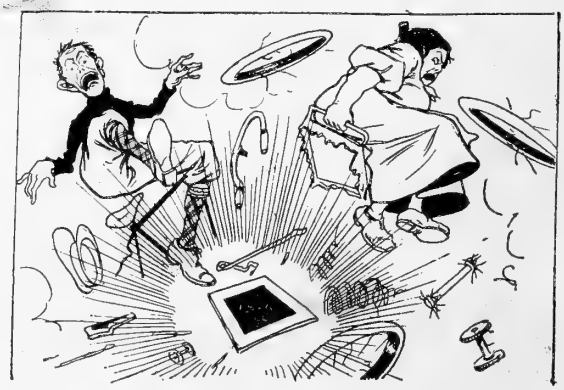
3



4



5



6

7

8

LOS APRENDICES DE PAISAJISTAS

DESDE el momento en que el tiempo abonanza resueltamente y la primavera ríe en los alrededores de Madrid, vénse muy de mañana caravanas de artistas concienzudos con la caja de pintar en una mano y en la otra cualquier complicado artilugio de esos que son al propio tiempo caballete, asiento, bastón para defenderse de los perros, etc. Son los conquistadores de la luz y del ambiente, los que intentan apoderarse del *natural*, sorprender los secretos de árboles y praderas, de aguas y de nubes.

En partidas sueltas de uno ó dos van muchos á El Pardo y á la Casa de Campo: los hay tímidos que limitan sus audacias á recorrer la Moncloa ó el Retiro; los hay resueltos y arrojados que tal vez avanzan hasta Húmera, tal vez se internan en dirección contraria por los remotos altibajos de Canillejas y la Alameda del Duque.

Este año, como en los anteriores, la primera excursión artística ha sido la de los aprendices de paisaje, discípulos del ilustre maestro Muñoz Degraín. En las expediciones emprendidas bajo la dirección de tan experimentado paisajista han tomado parte numerosos jóvenes y bellas señoritas, quienes han sabido aprovechar el tiempo de la manera más útil para el arte, de la única manera como es posible hoy hacer algo interesante en pintura, es decir, trabajando al aire libre, recibiendo la impresión directa y cruda de la luz sobre los objetos, olvidándose en absoluto de que hay estudios cerrados y museos abiertos. Para el paisajista de corazón no debe existir más museo que el campo, ni más estudio que el aire libre y el sol plano; todo lo demás es pintar de memoria, hablar de oídas, oir campanas y no saber dónde; que en el estudio, entre cristales, no se puede sentir ni comprender más paisaje que el de los tejados, cuyos grandes maestros no son Velázquez y Claudio de Lorena, sino Micifuz y Zapirón.

FOTOGRAFÍAS L. ALONSO

LA CASA DE LAS CHUMBERAS
(GRANADA). POR GÓMEZ MIR.

UNA COLECCIONISTA

MI AMIGA DOÑA EVARISTA
PILÓNGUEZ DE BARRIZALES
ES DE TARJETAS POSTALES
FAMOSA COLECCIONISTA.
SOLTERONA «HASTA NO MÁS»,
LA CONSUMEN LAS PESETAS
SU COLECCIÓN DE TARJETAS
Y SU SOBRINO TOMÁS.
TOMÁS, QUE ES UN TUNANTÓN,
Á SU TÍA HA CONOCIDO
Y SACA TODO EL PARTIDO
QUE PUEDE DE SU AFICIÓN.
POR REUNIR FIRMAS SE MUERE
LA TÍA, Y BIEN LAS ABONA,
Y EL CHICO LA PROPORCIONA
TODAS LAS FIRMAS QUE QUIERE
FALSAS TODAS Y EN MONTÓN
LAS TIENE DOÑA EVARISTA.
YA NO HAY ESCRITOR NI ARTISTA
QUE FALTE EN SU COLECCIÓN.
Y NO SÓLO TIENE CIENTOS
DE POSTALES, ¡MÁS DE UN KILO!
FIRMADAS POR RAMOS, GRILO,
LA DOMUS Y LA BARRIENTOS,
CHAPÍ, BLASCO, DON AMÓS.
VITAL, RUEDA Y JULIO RUÍZ,
SINO QUE HASTA DE DAOÍZ
Y VELARDE TIENE DOS,
Y EN LOS TONOS MÁS FORMALES
QUE PUEDE USAR CRIATURA,
DOÑA EVARISTA ASEGURA
(CHIFLADA POR SUS POSTALES)
QUE EN EL CAJÓN DE LA MESA
TIENE UNA DEL CHICLANERO,
OTRA DE CARLOS TERCERO
Y OTRA DE SANTA TERESA
. . . . . .
ASÍ LA COLECCIONISTA
CON SUS TARJETAS GOZABA
Y ASÍ TOMÁS LE TOMABA
EL PELO Á DOÑA EVARISTA,
HASTA ANOCHE, QUE UN SUJETO
LLAMADO JOSÉ CALLEJA
DESCUBRE Á LA POBRE VIEJA
LA FARSA DE QUE ES OBJETO,
Y ANTE ELLO, SIN DILACIÓN,
RESUELVE CON DON JOSÉ
HACER UN AUTO DE FE
CON TODA LA COLECCIÓN.
TOMÁS, QUE NO SABE NADA
DE TAL CAMBIO TODAVÍA,
SE VA Á CASA DE SU TÍA
CON UNA POSTAL FIRMADA;
Y AL IR, LLENO DE ILUSIÓN,
Á DÁRSELA EL MUY PILLÍN,
ÉSTE DIÁLOGO DA FIN
Á TAN BURDA EXPLOTACIÓN:
—TOME USTED, TÍA.
—YA ES TARDE.
CONMIGO MÁS NO SE JUEGA.
—¡SI ÉSTA ES DE LOPE DE VEGA!
—PUES DILE QUE SE LA GUARDE.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

SIERRA ALMAGRERA

MINAS DE SIERRA ALMAGRERA. TOLVAS EN AGUA AMARGA

Los seres felices y limitados que se pasan la vida anclados entre la Puerta del Sol y la Cibeles sin saber si hay más vida ni más aire en que volar, como dijo el otro, siguen charlando un día y otro acerca de las probabilidades de nuestra regeneración, y expresándose en sentido optimista ó pesimista, según sus temperamentos.

Mientras tanto, la regeneración va verificándose, no desde el centro á la periferia, sino al revés, y se verifica de la manera como esto es posible en las sociedades modernas: por el fomento de las riquezas naturales, por la explotación del subsuelo, como han dicho elocuentemente cien mil veces varios señores diputados.

Prueba de ello, las fotografías que nos remite nuestro corresponsal en Cuevas de Vera, provincia de Almería, testimonios de la extraordinaria actividad industrial que en aquella región mediterránea se ha desarrollado, y particularmente en las famosas minas de Sierra Almagrera ó Sierra de Montroy, que aun cuando descubiertas en 1838 no se habían explotado seriamente hasta hace pocos años. El insigne periodista D. Manuel Troyano ha consagrado al asunto luminosos artículos en nuestro querido colega *El Imparcial*, mostrando la hermosa efervescencia que reina en los pueblos de la costa y de las cuencas del Almanzora y del Dalias, antes terrenos áridos, incultos y pobres.

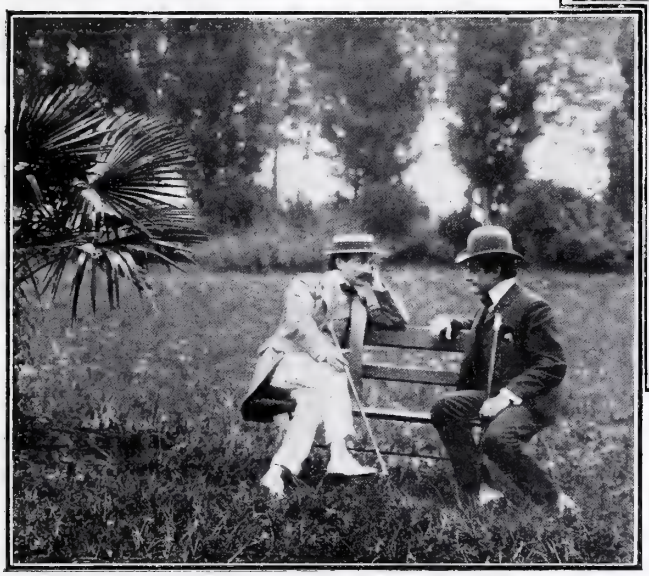
[illegible] Y PREPARACIÓN DE CARBONATOS EN LUCAINENA DE LAS TORRES FOT. IBARRA

ACTUALIDADES

EDMUNDO Rostand, el celebrado y popularísimo poeta de *Cyrano de Bergerac* y de *L'aiglon*, ha ingresado en la Academia francesa, recibiendo con ello la consagración más codiciada á los méritos que el público reconoció hace mucho tiempo, y que después una crítica reparona y nimia ha puesto en tela de juicio, como si fuera tan fácil dominar al público del teatro hoy día sin presentarle abstrusos problemas filosóficos ni extrañas y enigmáticas alegorías.

Rostand, por más que muchos críticos le traten con escasa consideración y hasta en tono de menosprecio, es el autor favorito de la mayoría, y aun cuando no podamos admitir como seguro el principio del sufragio universal en materia de arte, tampoco hemos de negar que la opinión favorable á Rostand no se ha formado tan sólo en Francia, sino que ha sido corroborada en el Extranjero.

MAD. ROSTAND EN EL JARDÍN DE SU «VILLA» EN CAMBO



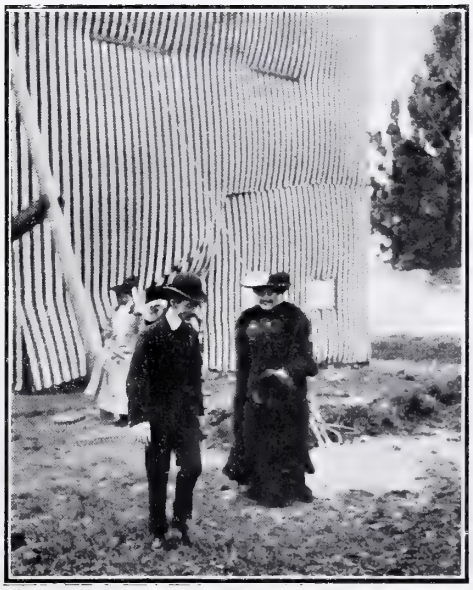
MR. EDMUNDO ROSTAND HABLANDO EN SU JARDIN CON EL ACTOR DE MAX

El gran poeta, cuya salud es en extremo delicada, pasa lo más del año en una magnífica quinta que posee en Cambo, cerca de Bayona. Allí trabaja, acompañado, ayudado é inspirado por una musa de singular y delicada belleza y de talento extraordinario: por Mad. Rostand, modelo perfectísimo de lo que debe ser la mujer de un artista.

NUEVO y magnífico triunfo ha obtenido el ilustre Santos-Dumont en las pruebas últimamente verificadas con su globo núm. 9. Hoy día es un hecho indudable que en los días de calma Santos-Dumont puede dirigir su globo por donde quiere, pararse en el sitio y á la altura que previamente se haya propuesto y evolucionar con facilidad y ligereza en todas direcciones.

Una de las espectadoras más entusiastas de dichas pruebas fue la reina Natalia de Servia, grande admiradora de Santos-Dumont, á quien felicitó regocijadísima, según puede verse en nuestra fotografía.

Pocos días antes habíanse verificado también pruebas bastante satisfactorias con el globo dirigible *Lebaudy*. Los parisienses, á quienes no inspira gran simpatía Santos-Dumont por la enérgica actitud que adoptó con motivo de incidentes desagradables ocurridos en sus últimas pruebas, se empeñan en abultar el triunfo de Lebaudy; pero el mundo entero confía en el ilustre inventor brasileño



SANTOS-DUMONT Y LA REINA NATALIA DE SERVIA

POTOGRAFÍAS CHUSSEAU-FLAVIENS

EL PRÍNCIPE JORGE PASANDO REVISTA Á LAS TROPAS INTERNACIONALES EN LA CANEA
FOT. LEÓN BOUET

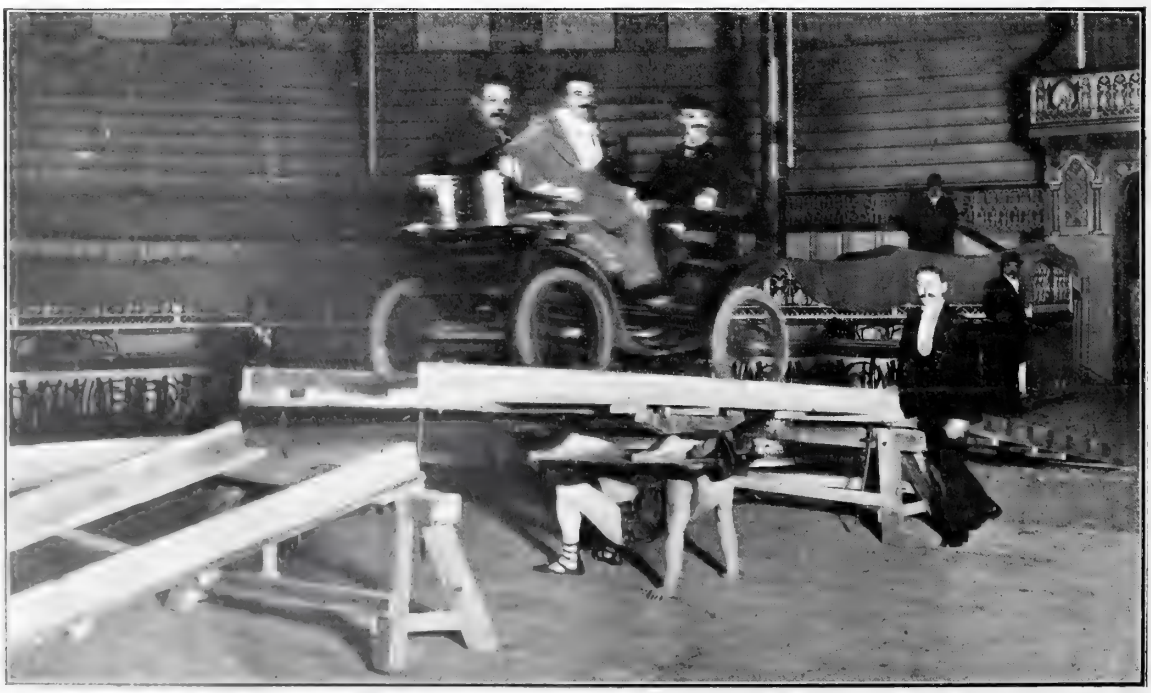
El pasado mes de Mayo ha sido de extraordinaria alegría para los hoy pacíficos y sosegados habitantes de la isla de Creta, neutralizada hoy y tranquila gracias al acuerdo de las potencias de Europa, que pusieron al frente de los asuntos cretenses al príncipe Jorge de Grecia.

El día 4 se abrió la Cámara de representantes de Creta, asistiendo al acto el patriarca griego de la isla, S. A. el príncipe Jorge y los cónsules de Italia, Francia, Inglaterra y Rusia. Los cretenses se gobiernan, pues, ya por sí mismos y han terminado todas las turbulencias que agitaron el país como hoy agitan á Macedonia, donde al fin y al cabo será menester alguna otra intervención europea.

Todo Madrid» acude estos días al Circo de Parish para admirar á un atleta prodigioso que exhibe un desarrollo de músculos y una fuerza verdaderamente extraordinarios, tanto como se necesita para soportar sobre su cuerpo el enorme peso de un automóvil cargado, saliendo ileso de tan terrible prueba. Lionel Strongfort tiene veinticuatro años, es natural de Berlín, y á los dieciséis años empezó á entrenarse, á educar sus músculos uno por uno, bajo la dirección del profesor Attila.

Además del experimento del automóvil, que representa más de 1.200 kilos de peso, rompe cuatro barajas, levanta pesos inverosímiles teniendo sobre el pecho cuatro hombres, etc., etc.

* * *



LIONEL STRONGFORT, EL REY DEL MÚSCULO, RESISTIENDO SOBRE EL PECHO EL PASO DE UN AUTOMÓVIL
FOT. ASENJO

AÑO TRECE Y NUMERO 632 MADRID DIA 13 DE JUNIO DE 1903

BLANCO Y NEGRO

UN PRETENDIENTE

El sagacísimo espíritu observador del difunto maestro Jiménez Aranda, para quien no quedaba secreto por descubrir ni arcano por revelar en la complicación de la vida española, supo en breves, correctísimos rasgos fijar, quizás como apunte para un cuadro del porvenir, la figura esencialmente nacional del joven que viene á la corte *á pretender*, como se decía antaño con franqueza algo cándida, ó *á luchar por la vida* como solemos decir hoy con frase retumbante y extranjeriza.

Jiménez Aranda mostró una vez más su finura de apreciación y su dominio del contorno y de la línea en el apunte inédito que tenemos la suerte de ofrecer á nuestros lectores, y que es una prueba más de cuán errados anduvieron pintores y críticos al proclamar centro y principal asiento de la expresión humana el rostro: error estético destruído totalmente por el genio de Goya.

Hacer hablar á la línea, hacer reir, cantar, gemir, atender, amenazar al contorno del cuerpo, á la forma y caída del traje, es triunfo conseguido por muy pocos maestros desde Goya hasta nuestros días: victoria que, en nuestra humilde opinión, consiguió el genio aragonés fijándose mucho en el natural, sin duda, pero también estudiando con asiduidad á los grandes pintores realistas holandeses. ¿Qué no hubiera hecho, á qué prodigios de gracia y de vivacidad en el dibujo no hubiera llegado si hubiese conocido á Yosai, á Hokusai, á los incomparables artistas japoneses, cuyas obras han causado tan grande y honda perturbación en los espíritus de dibujantes y pintores modernos?

Para los japoneses, no digamos que la cara es un dato despreciable, sí que no tiene la importancia magna concedida por los artistas europeos, particularmente por los posteriores á Rafael, muchos de los cuales más que de pintores tienen de retratistas. Individuos los japoneses de una raza finísima, nerviosa y que todo lo expresa con sorprendente movilidad, *el natural* les ofrece ademanes y actitudes antes que gestos ó mohínes. De ahí su dominio del contorno, su precisión para fijar la línea ondulante y fugitiva del cuerpo.

Sin dejar de ser castizamente español, Jiménez Aranda estudió con toda su alma á los japoneses, á Goya, á los holandeses, á todos los maestros del movimiento y de la línea, á todos los grandes intérpretes de la actitud. A ello contribuyeron poderosamente sus hábitos y sus insuperables cualidades de *ilustrador*, profesión ó, mejor dicho, vocación y sacerdocio artístico de gran valor injustamente menospreciado. El ilustrador, forzado á seguir y á manifestar plásticamente el pensamiento ajeno, tiene que poseer una poderosísima retentiva para recordar situaciones, formas, posturas y casos análogos al que trata de interpretar. El ilustrador ha de tener un capital inmenso de notas, apuntes y esbozos en previsión de lo que pueda necesitar: y para ello ha de ser un filósofo, como lo era Jiménez Aranda, conocer el mundo, considerar atentamente la sociedad, la vida.

Sólo así se consigue que toda una figura, como la del apunte que reproducimos, toda ella, desde los pies á la cabeza, atienda, pida, suplique amablemente, revele mal contenidos anhelos, y al propio tiempo ofrezca paciencia y aguante inagotables, derroche cortesía y complacencia. Un apunte así vale por un cuadro y á veces por un tratado de Psicología nacional.

* * *

DIBUJO INÉDITO DE JIMENEZ ARANDA

El Compromiso de Caspe

Los desastres que en las últimas guerras ha sufrido España, y más, si cabe, la falta de vigor para rehacerse de ellos, han sembrado el desconsuelo en los ánimos. Temen unos que el apocamiento nacional sea incompatible con toda tentativa de grandeza futura; exajeran otros el daño, hasta suponer que por causas históricas ó deficiencias de raza carecemos de sentido político y aun de verdadero patriotismo; llevan algunos su negrura de pensamiento hasta dar efecto retroactivo al pesimismo, tratando de negar ú obscurecer las glorias pasadas, que es como obscurecer y negar la esperanza de lo porvenir. Mientras haya quien así discurra, nunca estará de más abrir de cuando en cuando la Historia, porque aun los que no creen en ella hallarán en sus páginas algo que les amengüe la desconfianza y les fortalezca el espíritu; recordar sin ton ni son nombres de batallas, es vanagloria fútil y engañosa; mas traer á la memoria hechos donde se pruebe que hay alma nacional, que fué grande y que puede volver á serlo, es labor consoladora, y el consuelo germen de actividad y provecho. No es nuestro propósito decir nada nuevo, sino cosas, de puro sabidas, olvidadas; es recordar algo que acaso no entendimos cuando de muchachos lo leíamos: rasgos y arranques, acciones y empresas donde se muestra todo aquello de que es capaz esta raza cuando se propone enderezar enérgicamente la voluntad al bien común. Tal vez así contribuyamos á difundir la creencia de que no somos rebaño miserable, sino muchedumbre, aunque desorientada y apática, deseosa de hallar su norte y recobrar, conforme al espíritu moderno, aquella grandeza de que fué capaz cuando eran otras las ideas que gobernaban el mundo. Llenas están de ejemplos nuestras historias; ninguno tan hermoso como *El compromiso de Caspe*.

«Sangriento y lleno de turbaciones» quedó el reino de Aragón á la muerte de D. Martín *el Humano*, y en el resto de Europa no era mayor el sosiego, porque andaba Italia combatida de parcialidades; Francia, ensangrentada por banderías, y sus costas asoladas por el inglés; Castilla, sujeta á los riesgos de una minoría; el romano imperio, dividido así en lo temporal como en lo religioso; y la cristiandad toda, revuelta por aquel cisma en que á un tiempo se ciñeron la tiara Juan XXIII, Gregorio XII y Benedicto XIII; sólo Portugal gozaba paz interna, empleando su poderío en mover al Africa guerra. Por eso, dada la turbulencia y rudeza de los tiempos, parece á primera vista inexplicable *El compromiso de Caspe;* mas quien haya leído despacio la historia de la corona de Aragón, no verá en él sino la consecuencia de las ideas que allí desde tiempo atrás dominaban.

Para obligarle á revocar un contrafuero, dijo Guillén de Vinatea á D. Alfonso IV estas palabras: «Como hombre no sois sobre nosotros, y como rey sois por nosotros y para nosotros.» La reina doña Leonor, que se hallaba presente, sin poder contenerse exclamó: «Tal cosa como ésta no la toleraría mi hermano el rey de Castilla, y de seguro, á tan sediciosas gentes las mandaría degollar»; á lo cual su esposo dijo entonces: «Reina: nuestro pueblo es más libre que el de Castilla; nuestros súbditos Nos reverencian, y Nos los tenemos á ellos por buenos vasallos y amigos.» Muchos años después, aún se mantenía tan vivo este sentimiento de respeto del rey al reino, que D. Martín *el Humano* decía: «He ordenado que mi hijo venga á Aragón para que aprenda cómo han de haberse sus reyes en guardar y conservar las libertades... porque los demás reinos, en su mayor parte, se rigen por la voluntad y disposición de sus reyes.» Así confesaban los monarcas lo limitado de su autoridad y tan celosos eran los pueblos de su soberanía: por donde claramente se explica que al ponerse en tela de juicio quién había de ceñir la corona, no se resolviese la duda por violencia de las armas, sino doblegándose todos, gobernados y pretendientes, á lo que las ideas del tiempo consideraban legal y justo.

He aquí cómo sucedieron las cosas al celebrarse el *Compromiso de Caspe:*

Refiere Zurita que hallándose en sus postrimerías D. Martín *El Humano*, al tiempo de reunirse Cortes en Barcelona, andaban los varones grandes, que se llamaban del Principado, desavenidos y revueltos; y como se entendió un viernes á 30 del mes de Mayo (1410) que el Rey estaba al fin de sus días y no se hallaba en disposición de ordenar su testamento, ni declaraba á quién dejaba por sucesor, habiéndose puesto en contienda en su vida, considerando los males que se podían seguir de aquella incertidumbre, deliberaron que de cada estado se nombrasen personas para que supiesen del Rey, si era su voluntad, que el sucesor de la corona real de Aragon se declarase por justicia. Estos fueron al Monasterio de Valdedoncellas á donde el Rey estaba doliente en la celda de la Priora, á las once horas de la noche; y Ferrer de Gualbes, que era consejero de la ciudad y fué nombrado para ello con otras personas, en presencia de Ramón Cescomes, protonotario del Rey, y de otros dos notarios, dijo al Rey, que estaba en su sentido, estas palabras: «Señor: nosotros que somos elegidos por la Corte de Cataluña y estamos aquí delante de Vuestra Magestad, os suplicamos humildemente que os plega hacer dos cosas, las cuales redundan en soberana utilidad de la cosa pública y de todos vuestros reynos y tierras. La primera, que los querais exhortar que tengan entre sí amor, paz y concordia, porque los quiera Dios conservar en todo bien; y lo otro, que tengáis ahora por bien de mandar á todos los de vuestros reynos que, por todo su poder y fuerzas, hagan por tal forma y manera que la sucesión de vuestros reynos y tierras, después de vuestros días, venga á aquel á quien por justicia deba; como esto sea muy placiente á Dios y en gran manera provechoso al bien público y muy honroso y perteneciente á vuestra real dignidad.» Y tornando á decirle esto mismo le preguntó así: «Señor ¿pláceos que la sucesión de vuestros reynos y tierras, después de vuestros días, venga al que por justicia debe venir?» Y entonces respondió el Rey y dijo: «Sí.»

»A esto se hallaron presentes con el protonotario don Luis, obispo de Mallorca, don Gueran Alamán de Cervellón, gobernador de Cataluña; don Roger de Moncada, gobernador de Mallorca, que eran camareros del rey don Pedro de Cervellón, su mayordomo; Ramón de Lemenat, camarero, y Francés de Aranda, donado de Portaceli de la Orden de Cartuja, que eran del Consejo del Rey, y Luis Aguiló y don Guillén Ramón de Moncada. Otro día, sábado, que fué último de Mayo, á hora de tercia volvió Ferrer de Gualbes ante la presencia del Rey con las mismas personas que se eligieron por la corte del Principado, y redujo á su memoria las mismas palabras, y respondió de la misma suerte; y el protonotario le hizo la misma pregunta, y le respondió lo mismo, y murió aquel día.»

Seis eran los pretendientes á la corona de Aragón. El conde de Urgell, biznieto de Alfonso IV por línea masculina; el infante de Castilla D. Fernando, llamado el de Antequera desde que tomó á los moros esta villa, nieto de Pedro II por línea femenina; el duque de Denia; el conde de Pradés; D. Fadrique, nieto bastardo del rey difunto, y D. Luis de Calabria, nieto de Juan I.

Tras largas y dificultosas negociaciones reuniéronse los *Parlamentos*, nombre que se daba á las *Cortes* cuando se juntaban, no mediante iniciativa del monarca, sino por derecho propio en casos previstos por la ley. El *Parlamento* de Cataluña convocado para Montblanch, pasó luego á Tortosa; el de Aragón anduvo más despacio, por graves disensiones, la principal de ellas entre el obispo de Urgell y el conde de Pallás, juntándose al fin en Alcañíz; en Valencia andaban tan estragados los ánimos por la lucha del gobernador Arnaldo Guillén de Bellera con D. Bernaldo de Centellas, que se nombraron dos *Parlamentos*, uno en Vinalaroz, otro en Trahiguera; mas luego ajustaron treguas, acordándose, por último, que los representantes de Aragón, Valencia y Cataluña, presididos por el gobernador y justicia del primero de estos reinos, se reunieran en Calatayud, donde todos los congregados resolvieron nombrar nueve compromisarios que, juntándose en el castillo de Caspe, habían de elegir el futuro monarca. Estos nueve, en quienes delegaron los reinos su soberanía para que en paz designaran quién había de personificarla, fueron: por Aragón: Domingo Ram, obispo de Huesca; Francisco de Aranda, cartujo, y Berenguer de Bardají, letrado; por Cataluña: Pedro Zarriaga, arzobispo de Tarragona; Guillén de Vallseca y Bernardo Gualbes, letrados; por Valencia: Fray Vicente Ferrer, Bonifacio Ferrer, su hermano, prior de la Cartuja, y Ginés Ravasa, letrado; es decir, dos obispos, tres frailes y cuatro letrados, casi todos de humilde origen; caso extraño en aquellos reinos donde tanto poder tenía la nobleza.

Todo parecía previsto y ultimado para proceder á la elección, cuando hubo entorpecimiento, pues Ginés Ravasa, que pasaba de ochenta años, ya porque real y verdaderamente perdiese la razón ó porque se fingiera loco, fué sustituído por Pedro Beltrán, que también era letrado y á quien los otros ocho designaron.

Habíase convenido que los nueve jueces oirían á los pretendientes, representados por sus abogados, y luego de concluso el proceso darían sentencia, entendiéndose por firme y valedero aquello que determinasen seis de ellos, por lo menos, con tal de que cada región estuviera representada por un voto. «Resolución maravillosa y nunca oída—dice Mariana—que pretendiesen, por juicio de pocos hombres y no de los más poderosos, dar y quitar un reino tan importante.»

Por el infante de Castilla, D. Fernando de Antequera, votaron Fray Vicente Ferrer, su hermano Bonifacio, el obispo de Huesca, Bernardo de Gualbes, Francisco de Aranda y Berenguer de Bardají; por el Conde de Urgell, el arzobispo de Tarragona y Guillén de Vallseca; Pedro Beltrán se abstuvo, declarando que no había tenido tiempo de estudiar á fondo el derecho de cada competidor. «Esto pasó entre ellos secretamente—dice Zurita,—firmando y sellando cada uno su parecer; y porque convenía que no se publicase entonces, se hicieron tres instrumentos con el prohemio y conclusión de mano de Bonifacio Ferrer, y se dió el uno al Arzobispo y el otro al Obispo de Huesca, y el tercero retuvo en su poder Bonifacio, y dióse á cada uno en nombre de su provincia, y fué un viernes, día de San Juan Baptista.

»... Después que tuvieron ordenada su declaración, en nombre y conformidad de todos, deliberaron que la publicación se hiciese el martes siguiente, que fué á 28 de Junio, y ordenóse de manera por aquellos sabios varones que se hiciese con la solemnidad y aparato que se requería en el auto más soberano que se vió en grandes siglos. Hízose un cadalso muy grande de madera, bien alto, cerca de la

Iglesia, que está en lugar eminente, junto al castillo, adonde se sube por muchas gradas; y estaba adornado de paños de oro y seda; y había otros dos tablados muy ricamente aderezados, adonde estuvieron los embajadores de los competidores y mucho número de caballeros. Aquel día, siendo de día claro, los tres capitanes que tuvieron cargo de la defensa y guarda de la villa, con igual número de gente de armas, salieron con su gente armada hasta en número de trescientos hombres, entre la gente de caballo y ballesteros; y estaban muy bien aderezados de sus jaquetones de tapete de velludo y brocado y de muy ricos paños; y á la postre iba Martín Martínez de Marzilla con el estandarte real de Aragón. Estuvieron á la hora de tercia los nueve en la sala del castillo, y salieron con grande acompañamiento á la Iglesia, y á las puertas de ella estaba adornado un altar maravillosamente, y en él se sentaron los nueve... Celebró la misa del Espíritu Santo el Obispo de Huesca, y siendo acabada comenzó el sermón el santo varón y maestro Fray Vicente Ferrer... Acabado el sermón, leyó en voz alta la publicación del instrumento que se había ordenado; y cuando llegó al punto en que se declaraba el nombre del Infante D. Fernando, el mismo Fray Vicente Ferrer y muchos de los presentes, declarando su alegría con altas voces, dijeron por diversas veces, separando en cada una con gran silencio, ¡viva! ¡viva! nuestro Rey y Señor don Fernando; y hincados de rodillas, con diversos himnos y cánticos daban gracias á Nuestro Señor. Luego tras esto, los alcaides del castillo levantaron un estandarte real delante del altar, y sonaron diversos instrumentos. Aquel mismo día, á la tarde, renunciaron los nueve el señorío y jurisdicción de aquella villa en el Obispo de Huesca...

»No fué tan general el regocijo de este auto—añade Zurita—que no se hallasen en aquel lugar muchos que tuvieran dél gran pesar y sentimiento; y aunque el pueblo hacía sus alegrías y fiestas, quedaron algunos maravillados y como atónitos; y no solamente estaban confusos; pero públicamente se comenzaron á quejar y murmurar que hubiese sido preferido en la sucesión príncipe extranjero, teniéndolos naturales y de legítima sucesión; y este fué tan público sentimiento y tan repentino, que fué necesario que otro día en la fiesta de San Pedro y San Pablo, Fray Vicente Ferrer en el mismo lugar hiciese un sermón en que refirió que adonde se trataba del derecho de la sucesión, no había para qué tratarse de la qualidad de la persona.»

Apaciguáronse con esto los ánimos y evitáronse las revueltas; ciñó D. Fernando la corona, sofocando primero la rebelión del desairado conde de Urgell, y venciendo luego alteraciones que hubo en Sicilia y en Cerdeña; y aunque poco respetuoso de los fueros aragoneses, mereció por su índole moral ser llamado *el Justo* y *el Honesto*.

No hay en el ancho campo de la Historia de España, teniendo en cuenta al espíritu de los tiempos, hecho más glorioso que el Compromiso de Caspe, pues en él se dió el caso de que sobre la monarquía hereditaria y sobre la constitución aristocrática de aquellos reinos se alzara y prevaleciese la soberanía nacional, cuya voz llevaron gentes de condición humilde, á quienes infundió entereza la persuasión de su derecho.

JACINTO OCTAVIO PICÓN

BAJORRELIEVES DE COULLAUT VALERA

JUAN

AGUANTANDO el sol que arde en el cielo despejado, Juan el pastorcillo cabecea soñoliento. A lo lejos, colgada de un cardo seco, chirría una cigarra, pareciendo absorber con el vibrar de sus alas el calor que la vivifica. Aquel canto agrio y perenne es el único ruido que turba la siesta del campo seco, polvoriento, dormido bajo el aliento tórrido del sol Ningún otro rumor nace de las yerbas tostadas, y entre los tallos gráciles sólo se agitan las hormigas incansables, que serpenteando en ondulantes hilillos negros, se pierden ajetreadas en lejanía misteriosa. Las aves duermen ó callan, escondidas en medio de las matas más altas, que con los flecos de sus hojas tamizan la luz árida. Y ante la cabra que le sirvió de nodriza, solo en el rastrojo, el pastor balancea perezosamente su cabeza sudorosa, sobre la cual apóyase la pesada mano del sueño.

En la penumbra rojiza que forman los párpados medio caídos de Juan, pasan inciertos recuerdos de tardes como aquélla, llenas de sol, de calor y de polvo; visiones de prontos crepúsculos invernales, de perfumados atardeceres de primavera, de brumosas lontananzas de otoño, y sobre todos aquellos fondos tristes, alegres, floridos, yermos, se dibuja la silueta pensativa de la *Colorá*, de la cabra fiel, alrededor de cuya cabeza se recortan las orejas largas y afiladas, los cuernos encorvados y blanquísimos, formando un á modo de nimbo satánico muy en armonía con la burlona perversidad que parece esconderse en las hendidas pupilas amarillentas del animal.

Sólo la *Colorá* puebla los ensueños de Juan, vacíos de manos amantes, ensombrecidos por la amenaza perpetua de aperadores, gañanes y mozos. La caridad, que le recogió de la cuneta del camino donde le olvidaron ó le abandonaron, le puso por nombre Juan, le dió una cabra por madre, y pensó haber hecho bastante, sin cuidarse de si el alma de aquel chiquillo podía llorar instintivamente cariños desconocidos.

A lo lejos, aplicando sobre el cielo su monstruoso perfil serpentino, corre, empenachándose de humo, largo convoy. Un silbido agudísimo desgarra el aire y desfallece luego sobre el campo aletargado.

Al oirlo Juan incorpora á medias su cuerpecillo endeble, yergue la cabeza pelona, de cráneo deforme y puntiagudo, *triste herencia* de aquéllos que le abandonaron.

Apoyada una mano sobre el suelo ardiente, el pastor sonríe soñoliento á la cabra, arroja lejos de sí el sombrero, y torna otra vez á amodorrarse en medio del rastrojo, mientras la *Colorá*, plegadas las ágiles patas, baboso el negruzco hocico, le contempla, pareciendo rumiar en la penumbra de su lento cerebro de bestia alguna idea imprecisa que humaniza con expresión tierna la perversidad de sus ojillos diabólicos.

MAURICIO LÓPEZ-ROBERTS

DIBUJO DE HUERTAS

ORIENTAL

Ven, muerte, ven, y tu manto
mi sér al ceñir, ahuyente
mi amarguísimo quebranto;
ven, muerte, que sufro tanto
que ya te espero impaciente.

Ven y extingue los fulgores
de mi ayer en mi memoria,
mis pasados esplendores
y mis recuerdos de amores
y mis recuerdos de gloria.

Lo quiso Alá, el poderoso
y nunca bien alabado,
y á su mandato imperioso
hoy sufre yugo afrentoso
el califa encadenado.

El califa entre cadenas
hoy sufre ominoso yugo
de Magreb en las arenas,
donde á solas con sus penas
desterrarle al cielo plugo.

Por la traición fué vencido
el que nunca vasallaje
le rindió, y por ella herido,
en su tronco el roble erguido
dió en tierra con su ramaje.

Hora menguada, Sevilla,
fué la hora en que mi mano
pidió ayuda al que me humilla,
porque nunca la rodilla
doblaras ante el cristiano.

Y se cumplió mi destino,
destino que no perdona
ni un punto tuerce el camino;
no fué Jusuf, fué mi sino
quien me quitó la corona.

Y te perdí, ciudad mía,
la por todos envidiada,
la que despecho fué un día
de Jaén y de Almería,
de Córdoba y de Granada.

¡Ciudad donde de mis dones
vertí pródigo el tesoro,
donde entoné mis canciones,
mis kásidas á los sones
de mi cítara de oro.

Donde Itimad, la más bella
rosa de Abril de mi huerto
adoré, la que destella
más claridad que la estrella
de Canope en el desierto.

Donde al aire mi estandarte
brindó protección y abrigo
á la justicia y al arte,
de los de Agar talabarte
y azote del enemigo.

Donde en raudal abundoso
de dichas bogué risueño;
en donde, justo y piadoso,
fuí con el grande orgulloso
y humilde con el pequeño.

¡Ay Sevilla! prenda cara,
sol que ya no me ilumina,
Dios por siempre me separa
ya de mi verjel de Azhara
y mi «pradera argentina».

Ya en mi triste alejamiento,
y á solas con mis pesares,
no oiré, cual dulce lamento,
del almuérdano el acento
en tus blancos alminares.

No cruzaré tus jardines,
ni á la molicie homenaje
rendiré en tus camarines,
sobre pérsicos cojines
y bajo techos de encaje.

¡Oh triste y menguada suerte,
triste suerte que me humilla!
¡Ven y apiádate ya, ¡oh muerte,
del corazón casi inerte
de Almotamid de Sevilla!

ARTURO REYES

DIBUJO DE T. MARTIN

EL DIOS GRANDE

El grande y fecundo ingenio de nuestro popular sainetero Ricardo de la Vega compuso hace años un cuadro fidelísimo de la festividad esencialmente madrileña que llamamos la procesión del *Dios grande*, empleando una expresión que fuera impía si no revelase admirable candor.

Aún el público recuerda con verdadero regocijo las escenas de *El señor Luis el Tumbón*, en que se representa el jaleo y rebullicio producido en algunas calles y plazas de los barrios bajos con motivo

de tan cristiano y edificante acaecimiento. Don Nicomedes, doña Catita, la señá Candelas y el maestro Crispín el zapatero, son tipos goyescos de pura raza madrileña que forman el público obligado y entusiasta de la procesión del *Dios grande*.

En otras capitales de España, en Valencia, Toledo y Granada, por ejemplo, las fiestas del Corpus son ostentosísimas, y en ellas, quizás como inconsciente resabio de la alegría que los paganos derrochaban al terminar la primavera y entrar el estío, la gente se esfuerza por manifestar espléndidamente su contento, su gusto y su generosidad en el propio adorno y en el de calles y casas.

El pobre Madrid, á quien tan injustamente denigran quienes no le conocen, ni tiene la grandiosa riqueza artística de Toledo, ni el tradicional y oriental fausto de Granada, ni la triunfal y embriagadora alegría de Valencia. La fiesta del Corpus y su procesión en la corte resultan modestísimas, y pasado el día del Santísimo Sacramento, la procesión va dividiéndose por parroquias. El *Dios grande* parecería una procesión de pueblo chico si no fuera por la nota suntuosa, regia que le dan las pesadas y riquísimas carrozas de la Real Casa que á ella suelen concurrir con caballos empenachados, palafreneros de lujo y todo el barroco aparato de las Caballerizas reales.

Al pasar el *Dios grande*, la alegría se extiende por todo el barrio, los chiquillos gritan, bailan y arrojan aleluyas; el vecindario luce los trapitos de cristianar, y las muchachas ostentan los más audaces y frescos atavíos primaverales.

FOTS. ASENJO

¡NI EL RUISEÑOR MÁS SONORO...!
POR TOMÁS MUÑOZ LUCENA.

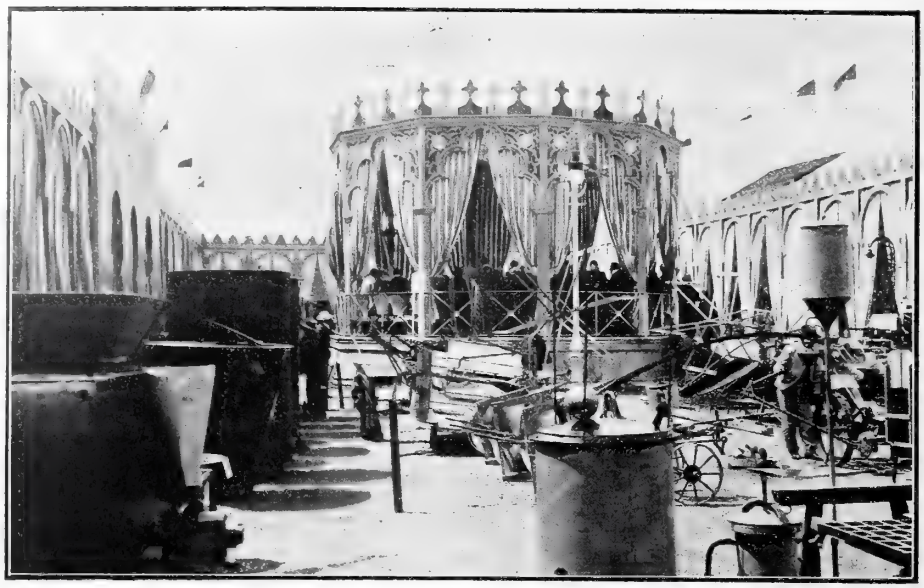
NÚÑEZ DE ARCE

Como único homenaje que podemos rendir á la memoria del gran poeta, cuya muerte ha ocurrido cuando este número entraba en máquina, publicamos el último retrato que se hizo D. Gaspar Núñez de Arce en su despacho, al pie del precioso grupo escultórico en que se representa el momento culminante de *La visión de Fray Martín*, su más genial creación poética.

FOT. CEDIDA POR D. M. DE A. TOLOSA

LA SEMANA PASADA

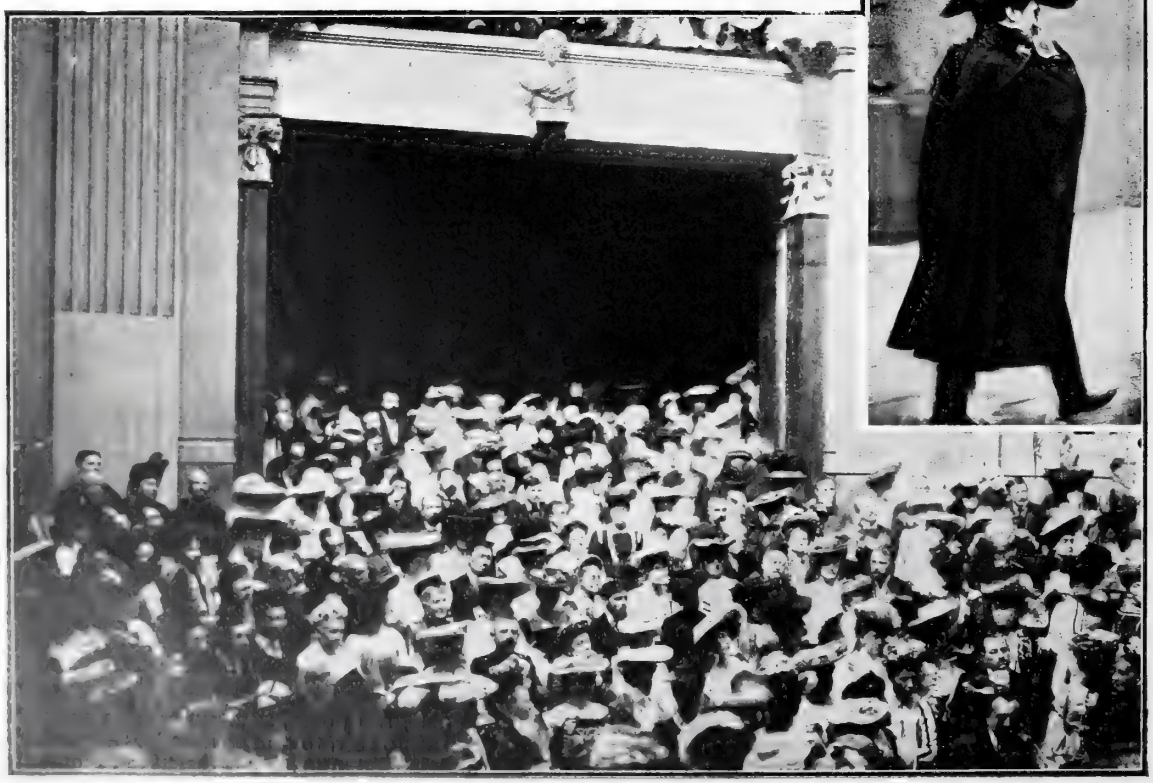
La feria de Córdoba ha sido este año altísima y excelente muestra de cultura y progreso, pues no se han limitado las fiestas celebradas en la hermosa capital andaluza á corridas de toros, juegos florales y demás diversiones acostumbradas: prueba, la magnífica Exposición de industrias del país. Nuestro corresponsal nos remite fotografías numerosas, que sentimos no poder publicar; pues para mucha gente será una sorpresa, por ejemplo, la noticia de que en Córdoba existe una gran fábrica de impermeables *ingleses*.



UNA INSTALACION EN LA EXPOSICIÓN AGRÍCOLA É INDUSTRIAL DE CÓRDOBA
FOT. MONTILLA

La recepción del ilustre poeta Edmundo Rostand en la Academia Francesa ha constituído un acontecimiento solemne y grandioso, de los que sacan de sus casas y de sus casillas al *todo París* y llenan hojas extraordinarias de los periódicos más leídos en el mundo entero. Por ellos sabemos cuanto Rostand ha hecho, dicho, pensado, comido y bebido en estos días, y conocemos hasta los más íntimos pormenores de su uniforme. El color verde *viejo* de las palmas de la casaca ha originado comentarios tanto ó más graves que los sucesos del Figuig.

El discurso leído por el autor de *Cyrano* y de *L'aiglon* es su primera obra en prosa. Con verdadera ansiedad la esperaban los críticos y los envidiosos de Rostand; fácil le hubiera sido evitar el compromiso escribiendo el



ENTRADA DE ROSTAND EN LA ACADEMIA. «TODO PARÍS» BAJO LA CÚPULA FOT. GRIBAYEDOFF

LOS «SPAHIS», TROPAS FRANCESAS EN LA FRONTERA DEL FIGUIG FOT. GRIBAYEDOFF

discurso en verso, pero no quiso é hizo bien. La prosa de Rostand resulta no menos sonora, clásica y agradable que sus versos.

Otro asunto que preocupa gravemente á los franceses en estos días es la cuestión del Figuig.

El Gobierno francés, por lo pronto, ha resuelto y llevado á cabo en un abrir y cerrar de ojos el bombardeo del oasis, y claro está que ante tan noble y hermosa excitación á la cultura y á la fraternidad universal, los marroquíes depondrán su actitud guerrera y se declararán amiguísimos de Francia, sin lo cual continuará el bombardeo.

Dos Exposiciones de gran importancia artística llaman en estos días la atención del público madrileño: una la de cuadros, estudios y apuntes de Jiménez Aranda; otra, la de esculturas del gran maestro Miguel Blay.

INAUGURACIÓN DE LA EXPOSICIÓN JIMÉNEZ ARANDA POR SS. MM. Y AA. FOT. ASENJO

La Exposición de Jiménez Aranda tiene grandísimo atractivo para el observador, para el crítico, y es por todo extremo incentiva para quien tenga humor y pesetas. El ilustre pintor sevillano apenas ha dejado más herencia que la gloria de su nombre. Creemos que habiendo quedado tantas y tan peregrinas obras del egregio artista, seguramente éste ganará después de muerto la última batalla con el público.

A los hermanos Amaré, beneméritos de la cultura artística española, debemos el haber podido gozar esta semana de las sensaciones más puras y hondas de arte refinadísimo, clásico, al contemplar dieciocho ó veinte obras de Miguel Blay, el escultor de las almas. La *Ondina*, la media figura titulada *Meditación*, el magnífico busto-retrato de la señora marquesa de Ivanrey, el del Sr. Silvela, la incomparable cabeza de niño, el delicioso juguete *Margheritina*... son otras tantas obras maestras, no ya sólo de un cincel para el cual resulta masa el mármol, sino de una inteligencia única, de una sensibilidad excepcional, de un gusto depurado, de una inspiración constante.

Nosotros creemos francamente, y con sinceridad lo decimos, que la cabeza de *Meditación* pudiera emparejarse con el famosísimo *Pensieroso* de Miguel Angel y sería su natural complemento; y en la misma Exposición hemos visto obras que firmaría Rodin y aumentarían su gloria. No nos engañe la distancia ni creamos, porque Blay es joven y está cerca de nosotros, que su arte no ha penetrado ya en los siglos venideros.

DON RUPERTO

EXPOSICIÓN DE ESCULTURAS DE BLAY EN EL SALÓN AMARÉ. EL BUSTO «MEDITACIÓN» FOT. ASENJO

LA BALADA DEL CURA DE PUEBLO

En la perdida aldea de la oculta montaña,
donde del mundo el ruido no repiten los ecos,
abandonado y triste, como un anacoreta
que tiene por compaña las fieras del desierto,
buscando entre malezas fragantes florecillas,
como almas delicadas entre inconscientes cuerpos,
su vida gasta en vano luchar con la barbarie
un pobre solitario desamparado clérigo.

Llegó á la aldea joven, robusto y animoso,
llevando en su alma virgen la luz del Evangelio,
la ciencia de los Padres, el arte de los místicos,
el valor de los mártires, la fe de los ascéticos.
En entusiasmo ardiente su corazón hervía,
bullían las ideas en su magín mal quieto,
su caridad sin límites soñaba actos heroicos,
valiosos sacrificios fecundos y cruentos...

Tendió al llegar la vista y en torno suyo pronto
vió el campo mal labrado, terral sin jugo y seco,
y acarrascado el monte por obra de la incuria,
roídas rejas y hachas por el orín añejo.
Y vió en torcidos surcos tenderse los sembrados
do ralos verdeaban los trigos macilentos,
y comidas de orugas las descuidadas huertas
y las viñas sin pámpanos y los olivos huecos.

Paróse triste el cura, moviendo la cabeza,
y el alma le llenaron mil presagios siniestros;
que el ver en tierras y árboles miseria y abandono,
de abandono y miseria señal es en sus dueños.
Y al mirarlos de cerca y al oir sus palabras
y al contemplar sus faces y al presenciar sus hechos,
quedó suspenso el párroco, cual un pastor que viese
la lepra apoderándose de su rebaño entero.

Mas pronto de su asombro con brío recobróse,
brilló en su faz la llama que encendía su pecho,
cual sembrador activo tomó su carga al hombro
y arrojó la semilla sobre los surcos prietos.
Así vuelan los granos que con gallardo empuje
va lanzando á la tierra cuidadoso el labriego,
cual volaban alados de los labios del cura
sobre las duras almas los divinos consejos.

Pero ¡ay! que eran las almas de masa berroqueña,
y en ellas dura costra formada en largo tiempo
dejaron las ruindades, los vicios, la ignorancia
y aquel vivir obscuro y aquel sentir estrecho:
pudríanse los unos en odios seculares,
y hermanos contra hermanos luchaban en silencio,
y el pobre odiaba al rico, y al rico la avaricia
le hacía ser más pobre, pues le robaba el sueño.

El cura no cejaba: su juventud entera
gastó en la recia lucha; treinta años le vió el pueblo
verter sobre las frentes palabras amorosas,
repetir las parábolas del Divino Maestro.
De él pronto se cansaron, aun cuando el pobre párroco
ya más que con palabras, predicó con ejemplos.
¿Por qué les reprendía? ¡Si iban á misa todos!
¡No cometían crímenes!... ¡Todos eran muy buenos!...

Pasaron muchos años: el cura quedó solo,
no que le despreciaran, sino que no le oyeron.
Como el gotear manso de manantial oculto
sus palabras piadosas tragábase el silencio.
Pasaron muchos años: mas las desilusiones
no ajaron su confianza; y en el humilde huerto
sigue aún entre malezas buscando florecillas
el pobre solitario desamparado clérigo.

W. & B.

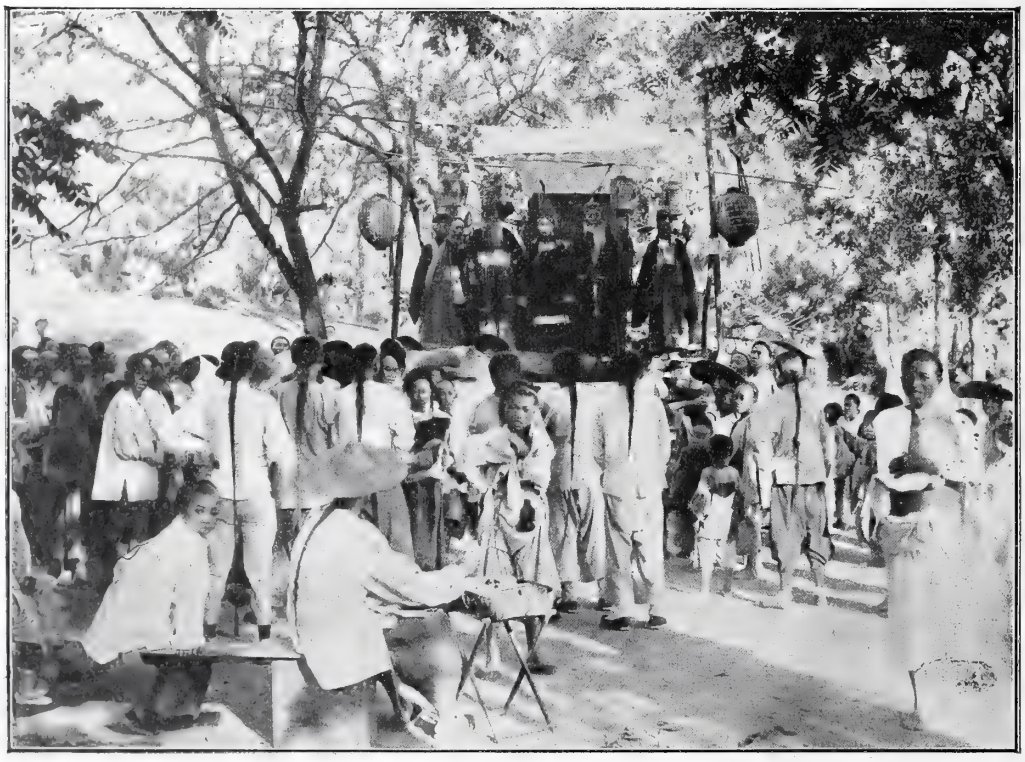
DIBUJO DE TORRE Y ESTEFANÍA

CROQUIS ASIÁTICOS

TEATROS AMBULANTES EN CHINA

El público europeo, gracias á la exhibición de la nunca bastante alabada Srta. Sada Yacco, verdadero genio de la tragedia en el Extremo Oriente, tiene ya una idea bastante elevada de lo que es y lo que representa el teatro en los pueblos de donde viene el sol. La admirable compañía de la gran trágica japonesa, á quien se ha aplaudido con rara unanimidad en todos los principales teatros de Europa, fué una revelación sorprendente para muchos de los seres distraídos, irreflexivos ó ignorantes, habituados á no considerar á chinos y japoneses sino como unas especies de muñecos de porcelana, adornos de teteras, jarrones y pañuelos de Manila.

La afición al teatro, que en Europa nos parece muy grande y desarrollada en razón directa de la cultura de las naciones, en China no es solamente un gusto ó una



inclinación que pocos pueden satisfacer, sino que constituye una verdadera necesidad experimentada por grandes y chicos y que en todas partes se llena mejor ó peor.

Preocúpanse hace pocos años en Francia algunos literatos con el problema del teatro popular: conocidos son los brillantes pero reducidos ensayos verificados en Bussang y en otros puntos por el poeta Pottecher y por algunos entusiastas actores y autores. En China ese problema no existe. Abundan los teatros populares y las representaciones al aire libre que es una bendición de Talía.

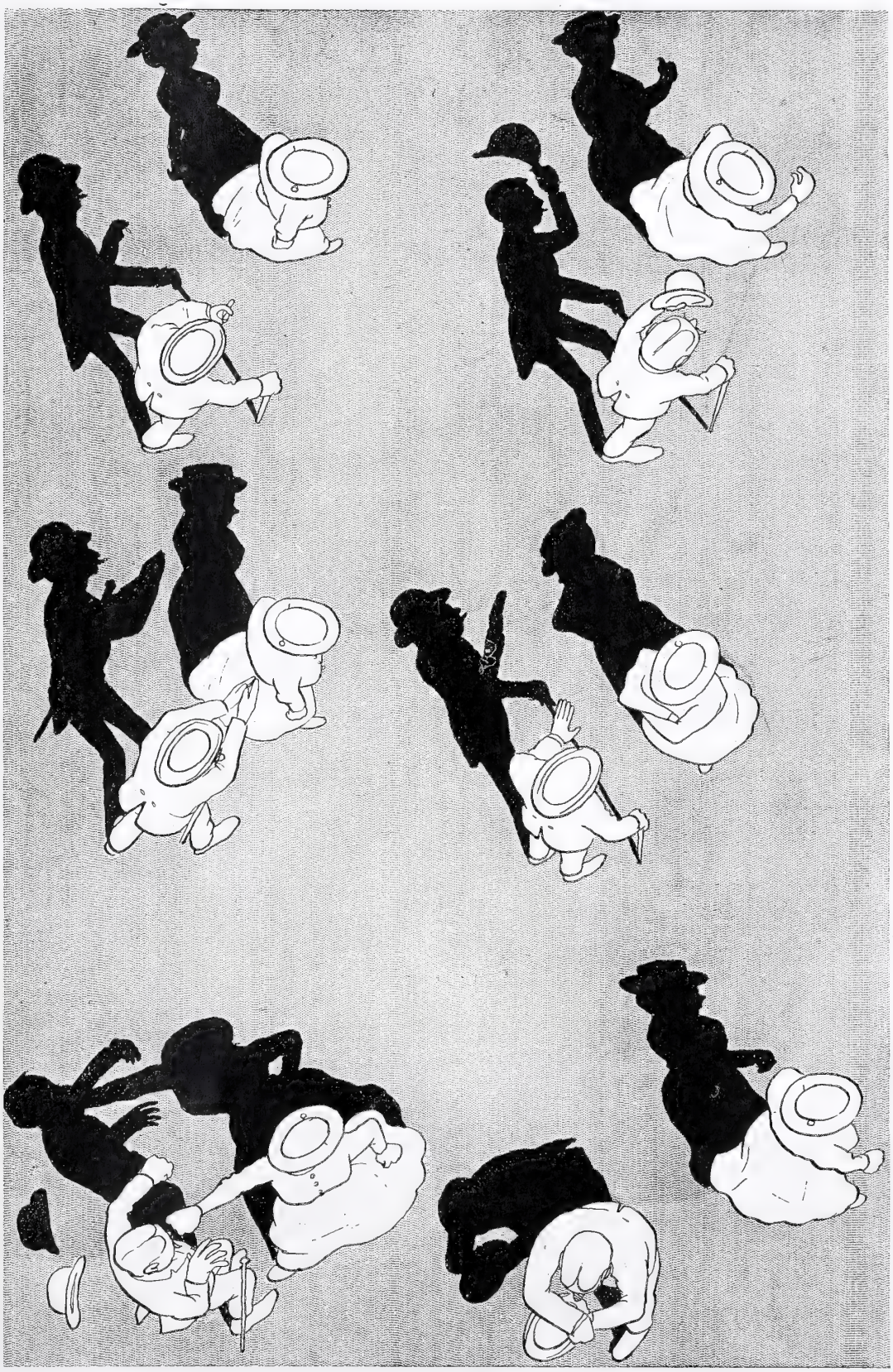
Para ello hay dos elementos admirables y esencialísimos: primero, la insaciable atención del público, porque el chino más atareado, aquel á quien más preocupen y obliguen sus negocios y quehaceres, lo abandona ó lo olvida todo en cuanto tropieza con una cuadrilla de cómicos de la legua; y segundo, las incomparables dotes que la Naturaleza concedió á los chinos para el oficio del teatro, como para todas las artes del fingimiento y de la mentira. En todo ciudadano perteneciente al Celeste Imperio hay *madera de actor*, disposiciones y dotes naturales exquisitas para representar el sainete, la comedia y el drama. Quizás por eso mismo, por hallarse ellos acostumbrados á la farsa ordinaria de su vida, prefieren ver en el teatro espantosas y terroríficas tragedias, melodramas espeluznantes en los que mueren todos los personajes menos el apuntador, por la sencilla razón de que no lo hay.

W. & B.

FOTOG. MARTÍ

LO QUE PUEDE UNA PASIÓN

HISTORIETA, POR XAUDARÓ (1)



(1) No negará nadie que tiene sombra .

APUNTES DE ROMA

LAS COLUMNAS HONORARIAS EN LA VIA SACRA

En la parte de la Vía Sacra que atraviesa el Foro Romano por delante de la basílica Julia y frente por frente de ésta, se levantan ocho grandes basamentos de ladrillo, que en otro tiempo estuvieron revestidos de mármoles y pórfidos y sirvieron de pedestales á magníficas monumentales columnas erigidas por el emperador Diocleciano y alguno de sus sucesores á la memoria de diversos magistrados y generales del Imperio.

En 1873 se encontraron soterrados al pie de esos basamentos algunos fustes de las columnas, los cuales fueron alzados de nuevo en 1898 y 1899 sobre sus antiguos pedestales. Llaman hoy la atención, sobre todo, dos de estas hermosas y elegantes columnas: una de jaspe, estriada, y la otra de granito gris. Esta, que es la primera que se encuentra en dirección al arco de Septimio Severo, tiene el fuste roto en varios pedazos, y en su superficie se ven agujeros destinados á sostener los ornamentos de bronce que la decoraban, hermosas palmas que dieron á la columna el nombre de columna *palmata*, que se supone levantada en honor de Claudio el Godo.

El dibujo de Estevan da perfecta idea de la hermosura monumental de estos venerables restos que la cultura de los romanos va reponiendo en sus emplazamientos antiguos.

DIBUJO DE H. ESTEVAN

GAD

«Y llamando el Faraón, en aquella misma noche, á Moisés y á Aarón, les dijo: «Levantaos y salid de mi »comarca con los hijos de Israel. »Idos y ofreced sacrificios al Señor »como decís. Llevaos vuestros gana»dos y rebaños: id en paz y bende»cidme.» (Exodo, XII, 31-32.)»

Y habían ya transcurrido noventa días con sus noventa noches desde que los israelitas, con el beneplácito de Menettá I, abandonaron las orillas del Nilo en demanda de la tierra prometida.

No era fácil, sin embargo que los egipcios se olvidasen tan pronto de los que durante tanto tiempo fueron sus huéspedes, ó más bien sus siervos. Contribuían no en poco á la persistencia del recuerdo, las calamidades y las desgracias que precedieron y siguieron á los comienzos del éxodo. Recientes estaban todavía los memorables horrores, y aún se cernían sobre las márgenes del sagrado río las siniestras alas del ángel de la desolación. Aún se escuchaban en los suntuosos palacios y en las humildes viviendas lamentos desgarradores; aún no se habían secado las lágrimas que, cuando su manantial podía considerarse ya agotado, hizo derramar de nuevo la última desdicha, la catástrofe de los ejércitos egipcios que persiguieron á los israelitas. En todo hogar faltaba algún ser querido; el recuento de las ilusiones marchitas, de las esperanzas truncadas, de las alegrías perdidas, causaba espanto. Y en todo el pueblo, en las ciudades y en los campos, en los templos y en las tumbas, repercutía una imprecación monstruosa contra los hijos de Israel...

***

La isla de Filé, á la luz de la brillante luna, se esfumaba en la neblina azul. Parecía una planta extraordinaria, de múltiples ramajes, que brotaba de las aguas y se alzaba, se alzaba hasta perderse en el espacio; algún loto colosal y misterioso, cuidado por la mano de Isis.

Desde larga distancia percibíanse los aromas con que saturaban el ambiente las delicadas flores de la isla; y en sus alrededores, en aquella noche cálida, asfixiante, gozábase ya de la frescura con que brindaba su vegetación tupida. Los tamarindos, los sauces y los sicomoros, las acacias y las palmeras resguardaban durante el día el lugar de la tumba de Osiris de los ardorosos rayos del sol egipcio.

La luna avanzaba perezosamente por aquella atmósfera tranquila. No se oían otros rumores que los de la próxima catarata, cuyas aguas, como procedentes de Etiopía, protestaban sin duda ruidosamente al penetrar en el cauce de sus eternas enemigas.

El augusto silencio de los seres se vió turbado, sin embargo: oyéronse unos pasos, ténues, pausados, pero inconfundibles; algunas aves demostraron agitación en la enramada, y por entre unos juncos asomó el largo cuello de una grulla que espió la sombras con azoramiento; se escuchó después el ruido de una piedra al caer en el agua, y los pasos se detuvieron bruscamente; tras unos momentos de silencio se deslizaron de nuevo, y al poco rato volvieron á detenerse. En una elevación de la isla, desde la que se descubría el curso del Nilo y el islote de Senem formado por rocas aglomeradas, apareció una figura humana, iluminada á medias por los quebrados rayos de la luna que atravesaban el follaje.

Era Tajot, la hija del gran sacerdote guardador de la tumba de Osiris en la isla. Tajot era bellísima; en ella había llegado á la perfección el atractivo tipo de las egipcias. Sus ojos negros, no muy abiertos, pero muy rasgados, miraban voluptuosamente; en su tez pálida, ligeramente amarillenta como la magnolia, se destacaban los labios, rojos, algo abultados, pero de correctísimo dibujo, como el de su nariz pequeña y fina; los cabellos negros, que dejaba al descubierto el artístico tocado, despedían metálicos reflejos á la luz de la luna; su cuerpo, que se transparentaba vagamente bajo el azulado cendal de sus vestiduras, era esbelto, flexible, de delicadas formas. Todo en ella era gracioso, amable y atrayente.

Tajot, desde el lugar al que había llegado cautelosamente, miraba con visibles muestras de impaciencia hacia el islote de Senem. Golpeaba de cuando en cuando, aunque se contenía en seguida, el tapiz de flores con sus desnudos piececitos, y sus manos recorrían nerviosamente los simbólicos dijes que de su cinturón pendían. De pronto sus ojos relampaguearon intensamente, se entreabrieron sus labios, su cuerpo experimentó una sacudida, y sus dedos, cuajados de sortijas, se crisparon sobre el corazón como para contener sus violentos latidos.

En pocos instantes llegó hasta ella un joven que salvó la distancia desde el islote hasta la isla, saltando con rara habilidad de roca en roca, las cuales forman en aquel lugar como un archipiélago de escollos.

—¡Gad!—exclamó la egipcia tendiéndole los brazos.

—¡Tajot!—contestó él, estrechándola entre los suyos.

Y ambos permanecieron unos momentos silenciosos, arrobados.

Ni el nombre con que le llamó la joven, ni el aspecto del mancebo, eran egipcios. Desde luego observábanse en él los caracteres de una raza extraña: era arrogante, hermoso, expresivo, pero en nada se parecía á los compatriotas de Tajot.

—¡Cada vez me pareces más hermosa, amada mía!—dijo Gad, contemplando en éxtasis á Tajot. Hablaba en egipcio correctamente, pero en su acento había algo de extranjero.

—Y cada vez te amo yo más, si esto es posible, mi señor,—le contestó la egipcia. Y tras una pausa añadió con acento de tristeza:

—¡Cuando querrás tú que nos amemos sin temores!

—¡Si de mí dependiera, Tajot mía!.. Pero es muy difícil, ya lo sabes.

—Yo no sé sino que te amo con locura, que tú también me amas, que cada día pones en peligro tu vida por este amor, y que sin embargo, somos desgraciados. Si tú quisieras, dejaríamos de serlo. Una palabra tuya, y correría en busca de mi padre; es muy bondadoso, me idolatra, haría que te perdonasen y podríamos amarnos á la luz del excelso Ra.

—¡Imposible, amada mía! Por ti he sido desleal con mis hermanos; partieron todos, y yo sólo me quedé en esta tierra de nuestra servidumbre. No quise compartir ni sus penalidades ni sus glorias. Por ti llevo una vida miserable, oculto de los hombres como un réprobo; hasta mí llegan las imprecaciones de todo un pueblo contra mi raza. Peligros, afrentas, el enojo de mis hermanos, todo lo arrostro por ti gustoso. Pero no me pidas que reniegue de mi Dios, que sea perjuro á mis creencias, que adore á los falsos dioses.

No era la primera vez que el israelita Gad se expresaba en tales términos; pero había en esta ocasión en sus palabras, á pesar de lo terminantes, un acento de vaga indecisión que no se ocultó á la enamorada egipcia. Vió un rayo de esperanza, le pareció que la diosa Hator se sonreía, y dijo con ansiedad:

—¡Gad, amado mío! Te he oído decir que al Dios único y verdadero se le puede adorar en todas partes. También se le podrá adorar bajo diferentes formas... ¡Sea esta noche la última en que la angustia se mezcle á la alegría!... El amor lo santifica todo...

Calló Tajot y miró intensamente á Gad, que palidecía, silencioso. De pronto exclamó con trémula voz el israelita:

—¡Tajot!

—¡Gad!—contestó la egipcia, y añadió gozosa:—¡Voy en busca de mi padre!

Pero en aquel momento Gad dió un grito de asombro y sus ojos se fijaron espantados en un punto del espacio.

—¡Allí!... ¡Tajot!... ¡Mira!—balbuceó aterrado.

Tajot miró con igual terror en la dirección indicada, pero no vió sino lo que en todas direcciones se veía: el firmamento azul, argentado por la luna.

—¡Sí!.. ¡Allí!...—insistió Gad, cada vez más alucinado.

Y ante sus ojos, en efecto, se desarrollaba un espectáculo extraordinario. Veía inflamarse una parte del cielo, y sobre el fondo rojo delinearse una montaña cuya cumbre ardía entre relámpagos, y á cuyo pie clamaba una multitud confusa... Y vió por último que, dominándolo todo, aparecían con letras de fuego estas palabras:

«Amarás á Dios sobre todas las cosas. Yo soy el Señor tu Dios que te ha sacado de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud. No tendrás otros dioses delante de Mí.»

Y Gad tuvo la intuición del sublime misterio. Adivinó que en aquel momento hablaba el Señor á los israelitas, que en aquel solemne momento promulgaba la Ley y se la entregaba á Moisés para su cumplimiento.

Y sin volver el rostro hacia Tajot, que permanecía inmóvil y anhelante, huyó de su lado... Saltó de roca en roca, pero deslumbrado por el resplandor que continuaba viendo en el cielo, cayó al río... Sobrenadó un instante, pero desapareció entre las aguas, acompañado hasta el fondo por la luz del Sinaí.

Tajot yacía en la isla como una flor tronchada, exánime pero bella.

LUIS DE TERÁN

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

SANGRE TORERA

DISTINGUIDO, buen mozo, galante con las damas y correctísimo en sociedad: este es Pepito Anclares. Habla cuatro idiomas—sin contar, naturalmente, el de los ojos;—ha tenido cinco duelos sin quebrantos; guía su *break* en los días de carreras como un veterano *ridder*, y por las tardes, trotando con afectada negligencia en un alazán de siete dedos, cautiva á todas las elegantes de la Castellana y del Retiro. ¡Con qué distinción saluda! ¡Cuánta gallardía para salir á galope detrás de una berlina que sirve de estuche á cualquier muñeca adorable...!

Anclares, á decir verdad, no abusa del físico: galantea... sonríe... algún apretón de manos...; de ahí nunca pasa. Además, como hombre discreto, no se envanece con triunfos aparentes ó reales. Es, por lo tanto, el prototipo del *gentlemen* á quien admiran las muchachas y envidian todos los chicos *acetosos* de la corte.

Pero...—¡maldita adversativa!—Pepito tiene un grave defecto: es taurófilo contumaz, delirante..., y en tratándose de toros pone su entusiasmo en el redondel, se echa el sombrero sobre las cejas, escupe de lado... y le falta á su mismo padre, si es preciso.

¿Cómo un muchacho tan fino se descompone hasta olvidar los rudimentos de buena crianza? ¡Misterioso influjo de los cuernos! Ya lo dice él con plácida resignación:

—Está en la fiesta... ¡A Buckingham hubiese yo querido ver en una delantera cuando quiebra el Fuentes!.....

Elia Smiles, aunque nació en España, desciende de ingleses por línea paterna. Huérfana desde pequeñita, vive con una marquesa, tía suya, señora insensible y rígida como un poste, intransigente con las costumbres expansivas de nuestra raza.

La severidad de sus principios ha hecho de Elia una flor exótica, que contempla á Madrid desd lejos para no mancharse con las groseras emanaciones de la sociedad inculta.

—*¡Shoking!*—exclama la marquesa cuando sorprende en manos de la niña algún diario popular.—*¡Shoking!*—vuelve á decir si reciben invitación para un teatro del género chico.

A pesar de esta educación austera, como Elia tiene espíritu caritativo, compadece á los bárbaros, como San Julián á los leprosos, y daría la existencia por convertir un alma inculta en dechado de urbanidad. Adonde su bondad no llega es á perdonar la afición á los toros: para ella, una corrida es crimen horrendo y un aficionado al toreo el ser más incorregible y más despreciable de la tierra.

Pepito ha sido presentado á Elia en un baile ceremonioso de no sé cuál Embajada, y allí se conocen y se atraen con la simpatía de dos naturalezas gemelas. A ella le parecen muy bien los bigotes á la borgoñona y la varonil y noble apostura; él encuentra muy de su gusto la gentileza del talle, los rubios cabellos y los ojos azules, tranquilos como las aguas de un lago.

El idilio es algo platónico en sus comienzos: no hay más *vis á vis* que un día á la semana, en la platea del Español, vigilados por la imperturbable marquesa. Después las relaciones se formalizan; él entra en la casa y la intimidad hace subir muchos grados el cariño inconsciente de los primeros días.

Anclares pone cuidadoso empeño en no revelar un solo síntoma delator de sus aficiones taurófilas: sabe que la más ligera imprudencia descorrería el velo que cubre su culpa.

Una tarde de primavera, llega Anclares á casa de su novia más temprano que de costumbre, para despedirse pronto y asistir en secreto á una corrida benéfica. La marquesa le recibe nerviosa, agitadísima; él, temblando como un delincuente, dirige miradas de interrogación y espera la sentencia.

—Una cosa horrible, Pepito—dice la anciana,—incalificable... Lo que no ocurre más que en este país.

—Ciertos son... los toros,—piensa Pepito.

—¿Querrá usted creer que nos han invitado? Sí, señor; se han atrevido á mandarnos un palco para la corrida. ¿Verdad que parece una burla? ¡Y no lo puedo rehusar! ¡Y no podemos eludir la asistencia, porque la invitación viene de muy alto...!

La marquesa habla atropelladamente, sofocada, olvidándose de su resignación estóica, mientras Anclares, con la boca abierta, escucha aquellas lamentaciones incomprensibles como una tempestad que descarga muy lejos.

—Y Elia, mi pobre sobrina, tendrá que presenciar la barbarie del populacho, los caballitos moribundos, la arena enrojecida por la sangre... ¡Jesús, Jesús, qué horror...!—Y se cubre los ojos para desvanecer la espantosa pesadilla.

En aquel instante se presenta la sobrina, espléndidamente ataviada. Está muy seria, con majestad de mártir dispuesta al sacrificio; su airosa mantilla parece blanca nube de encaje abrochada con botones de fuego.

Pepito, extasiado en la contemplación de tan soberana hermosura, apenas acierta á decir palabra.

—Ya me ha contado tu tía...

—No hables de eso... Iré, porque mi obligación es ir; pero exijo de ti un sacrificio. Sé que á tu alma noble esa fiesta le tiene que parecer repugnante...

—*¡Shoking!*—añade la marquesa.

—*¡Archi... shoking!*—dice Pepito, ruborizado por el embuste.

—Bueno, pues... quiero que nos acompañes. Estaremos juntos, no miraremos el espectáculo, y así será más soportable el martirio... ¿Te atreves á complacerme?

Anclares la mira con lánguidos ojos de idiota y se queda frío como un muerto...

. . . . . .

Están lidiando el segundo toro. Hay en la Plaza catorce mil personas que se estrujan, aplauden, gritan, blasfeman y ríen, todo á un tiempo... en confusión caótica: es una imponente estantería de locos. En los antepechos, los abanicos se agitan como alas abiertas de mariposas, y abajo, sobre la arena de la Plaza, relampaguean con saltos bruscos las lentejuelas de oro encendidas por el sol.

Elia, inclinado el busto dentro del palco para no ver la fiesta, habla con Pepito, que está en segundo término; frente á ellos, la marquesa clava en el cielo sus ojos inmóviles de estatua.

El bullicio de la muchedumbre golpea en los oídos de las dos mujeres como gritos de condenación, y Elia protesta con su actitud desdeñosa y con palabras de amarga censura, proferidas en voz baja. Pero el desventurado Anclares sufre mucho más: inquieto, aturdido... finge repugnarle el espectáculo y quiere apartar de él los ojos cuando misterioso torcedor lleva sus miradas de soslayo á un pedacito de Plaza que divisa desde su sitio... y la sangre le azota en las sienes con latigazos congestivos...

—¡Sufres mucho!—le dice Elia, mirándole tristemente.

—Sí... bastante. ¡Es que me indigna!—contesta él; y da un brinco en su asiento, porque ha visto á Pepe el *Largo* «cuartearse» para entrar á picar...

—Si hubiera sabido que te hacía tanto daño... Perdóname... ¿Te sientes enfermo?

—No... Si es que el *Largo*...

—¿Qué dices?

—Digo que... que es muy largo esto... ¡Que es interminable!

—Nos iremos pronto... El caso era cumplir; rendir este enojoso tributo á nuestra barbarie meridional... ¡Meridional! ¡Como si en todo el Mediodía se hiciese lo mismo! ¿Tú has visto algo semejante en Roma... en Turín... en Venecia? ¿Y no es Mediodía Italia?

¡Sí, sí! ¡Bueno está ahora Pepito para *Turinos* y *Venecias!* Le danzan chiribitas en los ojos, los oídos le zumban y todos sus nervios se desatan: es que ha visto al *Largo* otra vez tapando la salida á un *Murube* noblote que desafía, encampanada la cabeza, á medio metro del caballo, y...

Pepito no se puede contener. Con manos crispadas arrolla la mantilla de Elia, que nubla sus ojos como un cendal molesto; se pone en pie, y asomándose al antepecho con la gallardía del César en el circo romano, lanza un rugido trepidante, estentóreo, dirigiéndose al picador:

—¡¡Entre usted por derechoooo!! ¡¡¡so morral!!!

Elia cae desmayada en los brazos rígidos de la marquesa.

LUIS GONZÁLEZ GIL

DIBUJOS DE C. VÁZQUEZ

AÑO TRECE Y NUMERO 633 MADRID DIA 20 DE JUNIO DE 1903

BLANCO Y NEGRO

LA SEMANA PASADA

La fiesta del Corpus Christi, uno de los tres jueves que hay en el año más relumbrantes que el sol, según la copla popular, ha sido siempre una de las más bellas y castizas manifestaciones de lujo y esplendor en las grandes capitales de España.

Así sucede, por ejemplo, en Sevilla, Valencia, Granada, Cádiz y Toledo. De Cádiz nos envían magníficas fotografías en las que se revela una vez más el gusto exquisito con que en aquella hermosa ciudad andaluza, *tacita de plata*, saben hacerse las cosas.

La custodia de Cádiz es una de las más hermosas de España, dentro del estilo del Renacimiento, al cual en esta clase de trabajos no estamos tan habituados como al gótico de los Arfés y los Becerriles.

Toledo, la noble, la vieja, la inmortal, á más de los habituales festejos que suele celebrar en el solemne día, este año ha verificado un interesante concurso de balcones adornados é iluminados. A ello se prestan admirablemente las pintorescas condiciones de las fachadas y de las calles, la extraordinaria fantasía romántica en el trazado de la ciudad. Muy lindos adornos hemos visto en sus balcones y muy bellas toledanas asomadas á ellos; muchas flores, mucha animación, mucha alegría que fué á turbar por unas horas el grave y austero silencio de la Roma española, de ordinario tan callada y severa.

Aun cuando ya había comenzado en los Jardines del Buen Retiro la temporada de diversiones, durante la cual han causado

LA CUSTODIA EN LA CATEDRAL DE CÁDIZ
FOT. ANTONIO BELLA

LA PROCESIÓN DEL CORPUS EN TOLEDO

BALCÓN ADORNADO. PRIMER PREMIO
FOTS. ASENJO

AMELIA SOAREZ

nuestras delicias los elefantes académicos de la señorita Valsois, no puede en realidad decirse que se hubiese inaugurado la *season* de todos los años. El espectáculo ecuestre, acrobático y *elefantiásico* del Circo parece reñido con la vieja tradición de los Jardines, donde vamos casi siempre á vernos unos á otros, á tomar el fresco y á oir, entre col y col, unas cuantas romanzas, barcarolas, etcétera.

DARÍO ACCANTI

Este año, sin embargo, la innovación es grande, pues en lugar de la obligada compañía de ópera pesetera, como los simones, vamos a tener un magnífico cuadro de opereta bufa, cuyos protagonistas serán la señorita Amelia Soarez y el Sr. Accanti, de quienes se habla ya muy bien.

DEL ilustre pueblo de Alcañiz, memorable por su energía y por sus renombrados tambores, hemos recibido extensa información relativa al mitin celebrado allí en pro de la realización del pantano de Santolea, ya incluído en los proyectos del exministro de Agricultura D. Rafael Gasset.

Si el pantano se construyese, su construcción significaría la prosperidad de una región de las más hermosas y trabajadoras de España. Nada más hermoso que el entusiasmo con que los nobles vecinos y vecinas de Alcañiz han acogido á los oradores del mitin en aquella monumental y bella plaza. Las mozas se engalanaron con sus mejores atavíos para recibir á las comisiones, y cuando en un movimiento de opinión toman parte las mujeres, el triunfo es indudable.

EL AYUNTAMIENTO Y COMISIONES EN LA LONJA DE ALCAÑIZ FOT. DOSSET

LAS MOZAS DE ALCAÑIZ EN LA ESTACIÓN FOT. DOSSET

LA vista del proceso seguido á Ramiro Gavilanes por muerte de su amante Celedonia Rodríguez conocida por la *Celia*, ha sido uno de esos acontecimientos judiciales que preocupan grandemente á la Prensa y á los muchos aficionados á ese género de *literatura*.

Cuando estas líneas se publiquen ya estará fallado el proceso; pero aún seguirá hablándose del grandioso y pocas veces visto desbarajuste que durante los debates ha habido, y de las actitudes respectivas del señor fiscal y de los abogados defensores, quienes en una de las primeras sesiones perdieron la calma y ecuanimidad propias de la gente de toga, dando lugar á un espectáculo impropio de la serenidad y buen juicio que deben presidir en esta clase de debates.

DON RUPERTO

GAVILANES SALIENDO DE LA CÁRCEL MODELO
FOT. CODORNÍU

FLORES DE BALCÓN,
POR MUÑOZ LUCENA

Hija de Agar, la más bella
del soberbio califato;
hija del Islam, estrella,
del cielo andaluz ornato;
lirio de fragancias lleno
de los béticos verjeles;
lago azul limpio y sereno,
ambición del nazareno
y orgullo de los infieles.
Virgen de garza pupila,
de garza pupila hebrea,
en donde el amor se asila,
donde el amor centellea;
virgen de boca de grana
donde el sonido es arrullo
y que perfumes emana
como, al nacer la mañana,
en el rosal el capullo.
La que es aérea cual la bruma
y esbelta cual los mimbrales
que el Genil borda de espuma
y retrata en sus cristales;
la que mi mente enajena;
la que olvidar quise en vano;
la que de esplendores llena,
de Bibarrambla en la arena,
vió, por su mal, el cristiano.
La que vió el infausto día
en que al bote de su lanza
abatió su bizarría
de un árabe la pujanza;
la que vió al rodar vencido,
ensangrentado y maltrecho;
la que al mirar al caído
se entró por su pecho herido
para esculpirse en su pecho.
¡Malhaya mi desventura;
malhaya la hora menguada
en que admiré tu hermosura
y en que oí tu voz amada;
malhaya mi suerte fiera;
malhaya el amor que abrigo
cual piélago sin ribera,
y malhaya la certera
lanzada de mi enemigo!
¡Malhaya el fatal momento
en que ceñida la cota,
en que airoso dando al viento
las plumas de mi garzota,
como de plata el almete,
como de plata la malla
y de plata el coselete,
entré en la liza jinete
en mi corcel de batalla!
¡Hora menguada en que lleno
de ansiedad vi, derrotado
á los pies del agareno,
las galas que Dios te ha dado;
galas que, loco de amores,
yo diera por poseerlas:
si fuese un jardín, mis flores,
y si el sol, mis resplandores,
y si el mar, todas mis perlas!

ARTURO REYES

LA CANTINA ESCOLAR

EXISTEN dos en Madrid: una en los Cuatro Caminos, otra en el extremo opuesto de la corte, en la calle de Rodas, á lo último del Rastro. Son dos bellas y bienhechoras instituciones debidas á la iniciativa de una ilustre Sociedad, la Caridad Escolar, cuya obra silenciosa y magnífica merece ser ensalzada. Todos los días derrochamos tinta en alabar á cuatro ó cinco docenas de idiotas y nos callamos los nombres y los hechos de quienes inician pensamientos tan hermosos como el de las Cantinas escolares. Dos hay no más en Madrid, y son poquísimas. Triste es pensar que en una capital de medio millón de ciudadanos sólo hay comida gratuíta para trescientos niños de la escuela... Todos clamamos un día y otro contra el analfabetismo y la incultura. Todos pedimos á grandes voces que se reparta profusa y continuamente el pan de la inteligencia entre los menesterosos del espíritu. Pero—volvamos del revés la frase evangélica—no sólo de pan intelectual vive el hombre. Es imposible, es injusto exigir que se vaya á la escuela con el estómago vacío, y son muchos los pobres que piden,

pero más los que no piden, los que necesitan el alimento material antes que el de la inteligencia.

¿Es creíble que haya sólo trescientos niños necesitados del beneficio de las Cantinas escolares en Madrid? ¿Dónde está la caridad, dónde la cultura, dónde el humanitarismo Dos cantinas escolares nada más! Bien decía el bueno, el humano maestro Blasco: este es un país cristiano donde la cristiandad verdadera, es decir, el amor al prójimo no parece por ninguna parte.

Nosotros hemos estado en la Cantina de los Cuatro Caminos, hemos visto en ella cien chicos y chicas, guapos, robustos, contentos, admirables esperanzas del confuso porvenir de la patria. Y hemos reunido en un patio á los chicos y chicas formando un lucido y regocijante montón de humanidad, y les hemos fotografiado cuando el sol pleno sacaba chispas áureas de las cabelleras rubias y azuleaba en los pelos negros de los motilones. Los cien chicos, como si comprendiesen el alto ejemplo que tratábamos de dar á los espíritus distraídos ó egoístas, se han estado un momento asombrosamente quietos, sin mover pestaña ni labio, y en su quietud y en el silencio solemne que en aquella pajarera se produjo al sacar la fotografía, hemos creído y querido ver una perspectiva halagüeña, porque bajo aquellas cabezas rapadas y bajo aquellas cabelleras de oro se nos ha antojado sentir la palpitación de los cerebros libres, luminosos, rescatados de la esclavitud, de la ignorancia y de la miseria.

Si en esos chicos y en otros á quien en iguales condiciones se coloque no confiamos y esperamos, ¿en quién esperar y confiar? ¿En los viejos, en los caducos, en los fracasados? No, los que ahora empiezan á leer son la esperanza, si se les inculca otros sentimientos, si se les comunica otras ideas, si se les enseña otro lenguaje. ¡Ay de nosotros si les enseñamos la cartilla de nuestras derrotas y el silabario de nuestra ruina!

FOT. ASENJO

CAMPO DE ROSAS,
POR A. ANDRADE

LA DEL GOBERNADOR

I

Cuando se preguntaba á los de Buroga, capital de provincia de Castilla la Vieja, «¿Qué tal es el gobernador que ahora tienen ustedes?» solían responder, si el tal gobernador era digno de estimación y de elogio: «Le visita todo el mundo.»

Ocupaba el trono gobernadoril, Camino, Fernandito Camino, un joven muy campechano, muy elegante, ¡uf! á la última, y muy amigo de fiestas, y esto fué á poco de hacerse cargo de su ínsula. Cuando todas las solteras de la ciudad se regocijaban creyéndole mozo y libre, sorprendió á la gente acudiendo un día á la estación del ferrocarril á esperar á su señora. ¡Menos mal... si ésta era tratable, habría fiestas en los salones del Gobierno civil!

En efecto; Laurita resultó á todos, así á la primera impresión, muy simpática; fué bien juzgada por cuantos la vieron... Algunas familias no vacilaron en ir á visitarla, y ella correspondió á las visitas; y al fin los *burogueses*, no ya por recelosa espera y detenido examen, sino por espontánea simpatía hacia *la del Gobernador*, es decir, Laura, pusieron á Camino en la clasificación de los gobernadores á los cuales *visitaba casi todo el mundo*.

Había un grupo que no se dejaba vencer por primeras impresiones. «¡Qué gente *máz* huraña *ez eza!*», solía exclamar un tantico picada y ofendida Laurita, hablando de aquel grupo de insociables.

Carolina de Vallesaltos, chica de la aristocracia burguesa, estaba embelesada con «su amiga» Laura; ¡la hallaba tan alegre, an graciosa y tan linda!

¿La del Gobernador se viste de este modo? ley. *¿La del Gobernador* lleva sombrero á la iglesia? pastoral. *¿La del Gobernador* come siempre mariscos antes del almuerzo? regla de higiene. *¿La del Gobernador...?* en fin, *la del Gobernador* era autoridad, era infalibilidad, consejo, ejemplo, modelo para todo.

Tenía carruaje el gobernador, y unas veces en el carruaje de éste, otras en el de Vallesaltos, Carolina y Laura aparecían siempre elegantísimas en el paseo, parlando, riendo, amistosas, gozosísimas... Mirábanlas con admiración, tal vez no exenta de envidia, las elegantonas de Buroga, y con extrañeza no exenta de enojo los viejos de la ciudad.

—¡Ay! Cuando des las recepciones, si es que tu marido se decide al fin á dar bailes en el Gobierno civil este invierno, te presentaré á mi pretendiente. Ya verás, Laura, qué chico más elegante, qué persona tan distinguida. Es un poco serio porque ha viajado mucho por el Extranjero, pero guapo, amabilísimo, complaciente...—dijo un día Carola á Laura.

—*Vamoz*, que *ez* tu capricho...

—¿Cómo mi *capricho?* No, mujer, mi pretendiente... y creo llegará á ser mi *amor*. Yo no soy caprichosa; ya lo sabes, querida Laura.

—¡Vaya, *mujé*, que te picas con el hilo de una *peluza!*—replicó *la del Gobernador*.

—Mi pretendiente está ahora en Bélgica. Me lo dijo en la estación la otra tarde un amigo suyo, el marqués de Torre Almenada, que pasaba hacia Madrid en el *sliping*. Es pariente nuestro. Me dijo: «Chiquilla, Alfredo vuelve pronto; le vi en París cuando se disponía á marcharse á Bruselas, y me dijo que sólo había de pasar tres días allí y que luego vendría á Buroga.» ¡Pronto estará con nosotras! ¡Alfredo Soraes...! Viaja todos los veranos.

—Alfredo Soraes... Ese es muy rico,—exclamó vivamente sorprendida *la del Gobernador*.

—¿Le conoces...?

—Sí, de vista. Además, ¿quién no ha oído hablar de él en Madrid?—replicó Laura con indiferencia.

Por fin se abrieron los salones del Gobierno civil de Buroga. ¡Qué esplendor! ¡qué conjunto de mujeres hermosas profusamente engalanadas, cuántos fraques de todas hechuras y tiempos! Los chicos de la guarnición asistieron vistiendo sus uniformes militares; aquello tuvo visos de recepción oficial.

Camino, á pesar de la ligereza de su carácter, se presentó con tiesura etiquetera propia del representante del Gobierno central.

Alfredo Soraes fué invitado, y al saber que asistía irremisiblemente Carolina, acudió á los salones. Era un real mozo, de porte aristocrático, finísimo trato y en todo correctísimo.

—Espere usted, Alfredo... yo le quiero presentar á usted á *la del Gobernador*, dijo Carolina. Laura... te presento á mi mejor amigo Alfredo.

La impresión de ésta fué bien extraña; miró al joven y correspondió, no sin visibles muestras de confusión, al saludo de éste, que al verla se puso mucho más serio de lo que estaba siempre.

—¿Hace mucho que trata usted á esa mujer? preguntó luego Alfredo á Carolina.

—¿A qué mujer? preguntó con asombro Carolina. ¿A Laura, á *la del Gobernador?* Pues ya hace más de seis meses; la trato íntimamente, es mi mejor amiga.

—*¿Íntimamente?* dijo silabeando la palabra Alfredo.

—Pasamos el día juntas... casi desde que ella vino á Buroga.

Alfredo nada dijo entonces, nada de lo que esperaba oir Carolina. Estuvo reservado, muy cortés, pero inmutable... Un inglés, un verdadero inglés. Carolina se entristeció y estuvo á punto de echarse á llorar; aquello era un desengaño.

En el buffet oyó Carolina á Alfredo decir á un amigo:

—Para recreo podrá bastar cualquiera mujer; para esposa no puede aceptarse ni aun la que tan sólo haya tenido leve roce con gentes indignas.

—¿Qué quiere decir esto, queridísima Laura?—decía poco después Carolina á su amiga.—¿Por qué tan cambiado se muestra Alfredo? ¿Qué pasa? ¿qué le ha ocurrido?

—¡Ah, los hombres!... Todos son muy extraños... No hagas caso... ¿Quieres que yo lo averigüe todo? Déjale... yo me encargo de ello,—replicó Laura. Y en efecto, poco después, en el gabinetito que servía de saloncillo de juego, habló confidencialmente con Alfredo. Carolina los vió, Carolina esperó el resultado de aquella entrevista, terminada la cual, Alfredo y *la del Gobernador* separáronse muy risueños y como si entre ambos hubiera existido siempre amistosísima confianza.

II

Al siguiente día ocurrió un suceso famosísimo en Buroga. *La del Gobernador* se había marchado aquella mañana en el tren..., según decían unos, á Madrid; según otros, á París.

El Gobernador daba por telégrafo su dimisión al Gobierno, que asimismo por telégrafo fué aceptada.

Por la tarde hubo otro suceso extraordinario. El Sr. Camino, tropezando casualmente con Soraes, fué rechazado por éste con gran violencia; cambiaron tarjetas, mediaron padrinos, y al anochecer se batieron á sable, quedando gravemente herido el exgobernador..., y marchándose de Buroga en el primer tren de la noche, á Madrid ó á París, Alfredo Soraes.

Carolina recibió después esta lacónica y terrible carta:

«Señorita: mis títulos, mi aristocrático nombre, me obligan á una extremosa cautela; puedo ser y soy libre en mis placeres... pero he de ser de vidriosa susceptibilidad para contraer matrimonio; así, comprendo que usted me niegue su mano, ante el temor de que algún día pudiera pecar de receloso, con exageración, recordando las amistades íntimas de usted con *la del Gobernador*.

No puedo yo ya evitar un hecho efectivo. Lo lamenta con toda el alma su amigo, *Alfredo Soraes.*»

Carolina entró en un convento, y aquel mismo día Alfredo se llevaba á París á Laura, que había sido, no la esposa de Camino, esto no...., había sido *la del Gobernador*.

José ZAHONERO

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

LOS SOMBREROS DE PACA

I

«Paca mía: Como infiero
que tus capotas ya están
para darlas al trapero,
te remito ese sombrero
que he comprado. Tuyo,
Juan».

II

Gracias, Juan, por tus favores.
¡Vaya un sombrero! Te pintas
solo para estos primores.
¡Qué verduras y qué cintas
y qué frutas y qué flores!»

III

«Paca: Si no estás contenta
con el adorno que ostenta
mi regalo, di al momento
que le añadan por mi cuenta
dos lechugas y un pimiento.»

IV

«Juan de mi vida: Mejor
que mi sombrero no hay nada
y con él hago furor.
(Posdata. Sabrás, mi amor,
que voy estando arruinada.)»

V

«Paca: Lamento infinito
tu despilfarro maldito,
que hoy te hace andar en un pie.
(Posdata. Celebro que
siga bueno el sombrerito.)»

VI

«Juan: Conmigo sé piadoso
pues por mi destino ingrato
vivo de un modo angustioso:
con un sombrero precioso
y sin un real para el plato».

VII

«Paca: Deploro tu mal;
pero ya que es vegetal
tu sombrero, prueba á ver
si te lo puedes comer
con vinagre, aceite y sal.»

VIII

«Juan: Tu consejo he seguido;
mas al verme, tras mi apuro,
sin mi sombrero querido,
me he vuelto loca, he perdido
la cabeza, ¡te lo juro!»

IX

«Paca: Un sombrero hechicero
pensaba mandarte; pero
ya sería una simpleza.
¿Una mujer sin cabeza,
¿para qué quiere el sombrero?»

Juan PÉREZ ZÚÑIGA

DIBUJO DE XAUDARO

El Monasterio de Poblet

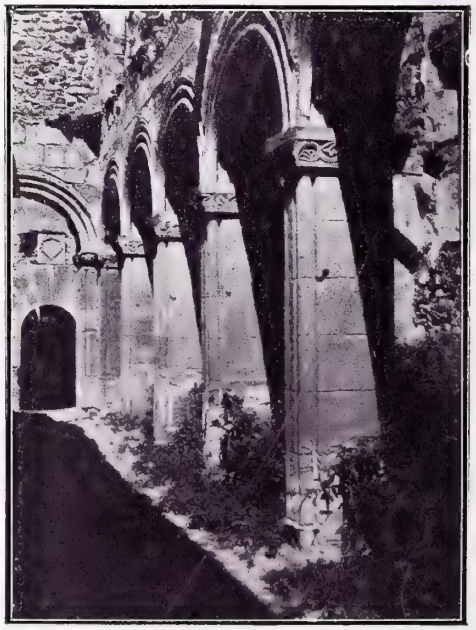
PUERTA REAL

En el término de Vimbodí, partido judicial de Montblanch, provincia de Tarragona, cerca del pueblo de Espluga de Francolí, se conservan aún enhiestas, á despecho de los siglos y de la barbarie que intentó destruirlas del todo, las venerables ruinas del monasterio de Poblet, que en lejanos y gloriosos tiempos fué mansión señorial, centro de piadosas tradiciones, albergue de poderosísimos abades y de ilustres monjes, y sepulcro de los reyes de Aragón, como El Escorial lo es de los de España.

Dice la tradición que en la primera mitad del siglo XII era rey de Ciurana y del territorio de Lérido un Emir Almumenin ó príncipe de los creyentes, quien admirado de la santa vida que en el sitio llamado de *Lardeta* llevaba un monje conocido por Bobelet ó Poblet con algunos compañeros suyos, les concedió privilegio para que sus vidas fueran respetadas por los moros y para que sus ganados pastasen y circularan libremente por aquellas tierras.

Pronto el Huerto de Poblet se hizo famoso por la piedad de sus habitadores, y en 1149 Don Ramón Berenguer IV el Santo, conde de Barcelona, decidió crear allí un monasterio de la Orden del Císter, para lo cual pidió el número necesario de monjes á D Sancho, abad de Fuenfría. Durante toda la Edad Media, el edificio fué creciendo, aumentando la laboriosidad y la riqueza de los monjes, ensanchándose el primer recinto amurallado hasta crearse otro nuevo de extenso perímetro, que comprendía, á más del monasterio, diversos edificios, huertas, casas de labranza, caballerizas y cocheras hospedería para visitantes y peregrinos, lagares y molinos aceiteros, hospital y habitaciones para los operarios, dos iglesias á más de la principal, y hasta el real palacio del ilustre rey D. Martín el Humano.

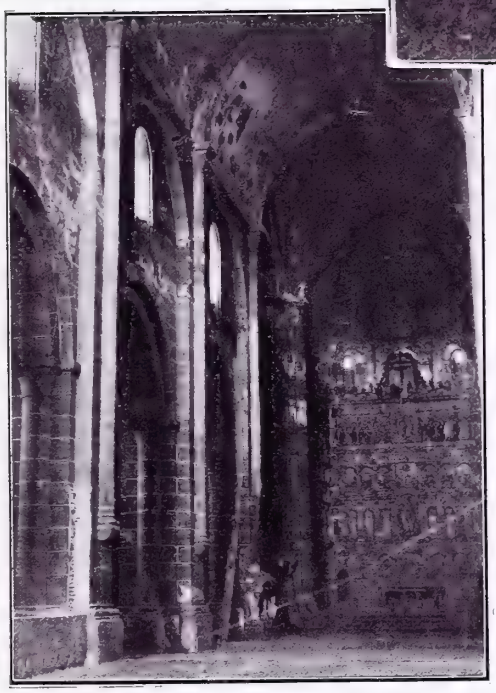
PORTADA DE SAN ESTEBAN



CLAUSTRO DE SAN ESTEBAN

El rey del Puñal, D. Pedro el Ceremonioso, mandó construir en el rico y espléndido monasterio los panteones reales, y enfrente del altar mayor se colocó la momia del gran D. Jaime I el Conquistador. Junto á él fué sepultado el mismo D. Pedro con sus tres mujeres. En otros lados yacían D. Fernando el de Antequera, D. Alfonso II, D. Juan I y D. Juan II, D. Martín el Humano y el noble y desgraciado príncipe D. Carlos de Viana, el de la romántica historia. A tan ilus-

OJIVAS DEL CLAUSTRO PRINCIPAL



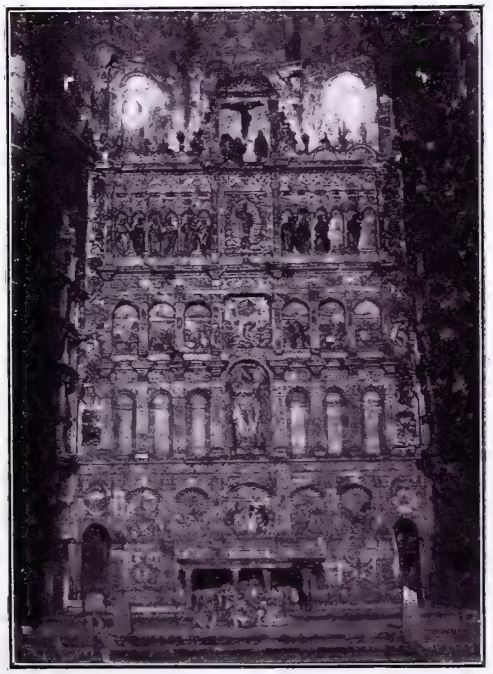
NAVE Y ALTAR MAYOR

que mandó edificar D. Ramón Berenguer, después de las de Santa Catalina y San Esteban. Es de forma de cruz latina, con tres naves de 85 metros de largo y 28 de altura la central. Su estilo pertenece al último período del estilo románicobizantino y al comienzo del ojival, que llegó á imponerse por completo al terminar la construcción. El altar mayor, todo de alabastro, es una obra de imponente hermosura, aun cuando por su estilo desdice del resto de la iglesia, pues fué hecho en tiempo del emperador Carlos I, cuando ya dominaba el gusto renaciente. Dieciocho capillas había llenas de preciosos retablos, una ostentosa sillería del coro, aparatosos órganos, excelente biblioteca. Todo ello fué destruído por el incendio. Las bárbaras turbas penetraron en la iglesia, destrozaron todo cuanto pudieron, profanaron los sepulcros reales... ¡arcabucearon la momia venerable del conquistador D. Jaime I...!

FOTS. J. PLANAS

tres muertos acompañaban en su eterno reposo nobilísimos señores de la casa de Cardona, de los Lacerdas y los Sandovales, de los Fernández de Córdoba y los Alvarez de Toledo.

Entrábase al monasterio por la Puerta Dorada, cuyos blasones eran barras y escudos reales. A su derecha se veía la capilla de San Jorge, cuyo ingreso era y es aún bellísimo arco florenzado del más rico gusto ojival. Veíase después la capilla de Santa Catalina, mucho más antigua, y perteneciente al estilo románico. El abad, que era un señorón de extraordinario poder, con derechos sobre siete baronías en el reino de Valencia, ocupaba un extenso palacio. La iglesia mayor que aún queda en pie, aunque maltratada en extremo, fué la última



RETABLO DEL ALTAR MAYOR

EL RETRATO

HERMOSA mujer!—dijo Ernesto, admirando una fotografía que su amigo Rafael, recién venido de América, había colocado en sitio preferente.

—¡Ya lo creo!—suspiró uno de los que habían acudido á casa de Rafael para festejar su regreso.—Ahí tenéis por qué no me casaré nunca. Seguro de no encontrar la belleza perfecta, vivo feliz en mi estado de soltero casi definitivo.

—Lo que más me extraña—dijo Ernesto—es que siendo Rafael para mí un amigo de toda la vida, me haya ocultado hasta hoy la posesión de ese retrato.

—¡Ah, si supiérais!—añadió éste suspirando.

—Señores—interrumpió uno de los amigos,—¿no os parece que detrás de ese retrato hay oculta una historia interesante?

—Seguramente—contestaron todos.—Rafael está en el caso de revelarnos ese secreto. Vaya, vengan nombres y fechas.

—Puesto que os seducen las historias, allá va; no quiero que digáis que guardo secretos para mis amigos.

Y apurando una copa de coñac y encendiendo un habano, Rafael se arrellanó cómodamente en una butaca y dijo:

—Este mismo retrato que tanto os ha sorprendido, figuraba en la exposición de uno de los mejores fotógrafos de París. A la sazón estaba yo en la gran ciudad de vuelta de mi primer viaje por Europa. Al pasar por delante de la fotografía me detuve para esperar el paso del ómnibus. Mis ojos hicieron tiempo distraídos con la interesante colección allí expuesta. Había de todo, como en todos los portales de los fotógrafos, una curiosa feria de vanidades: señores con grandes cruces, que sólo habían ido á retratar su condecoración; recién casados mirándose fijamente, con una fijeza imposible de sostener al año siguiente de matrimonio; actores con el cabello en desorden, para que se les confundiera con los geniales; militares con uniformes recién estrenados, pero no bendecidos todavía por el fuego; en fin, todo un mundo. Mis ojos ya se daban por satisfechos de la visita, cuando se detuvieron asombrados ante el retrato que aquí veis. Tal fascinación sentí, que, olvidando mis asuntos, mis negocios urgentes, me quedé extasiado delante de tan hermosa fotografía, contemplándola algunos minutos. Inmediatamente se me ocurrió adquirirla, costase lo que costase, y, con efecto, subí á la fotografía, me entendí fácilmente con el fotógrafo, y á las pocas horas era yo dueño de una exactísima reproducción. Ya tenía el retrato, é inmediatamente se me ocurrió seguir la pista hasta encontrar al original. El fotógrafo podía indicarme mejor que nadie su dirección, y quizá todos los detalles necesarios á mi curiosidad. Pero el fotógrafo no sabía mucho más que yo. No conocía al original; sólo recordaba que una mañana en el correo recibió de Viena una carta con una miniatura de la que le encargaban hiciese una ampliación y remitiese á las señas que en la carta se le indicaban. Registramos los libros, que yo iba devorando con ansiedad febril, y por fin encontramos el nombre y las señas del hermoso original del retrato. Se llamaba Carlota Ritter, y vivía en las inmediaciones del teatro Ring, de Viena. Como comprenderéis fácilmente, al siguiente día hice mis preparativos de viaje, decidido á encontrar á mi hermoso original, del que ya estaba profundamente enamorado. Llegué á Viena, y desde el hotel, una

vez arreglada mi indumentaria, me dirigí á la casa de Carlota; el portero, hombre de muy pocas palabras, se limitó á decirme que el día anterior había salido con sus dos hermanas para el Extranjero, de donde no volverían hasta el invierno.

Renuncio á pintaros mi desesperación. ¡Veinticuatro horas me separaban de la felicidad! ¡Y luego queréis dejarlo todo para mañana!—¡Ah, si yo hubiese adelantado un día mi viaje!—me decía.—No pude saber el punto á donde se había dirigido, porque realmente lo ignoraba el portero; pero la noticia de que sólo vivía con dos hermanas me tranquilizó. Su figura fué para mí desde entonces más interesante. Indudablemente, las tres jóvenes serían huérfanas y estarían al inmediato cuidado de algún prudente curador que administraría sus bienes de fortuna. Así compuse mis ideas, y nadie me hubiese convencido de lo contrario. Como nada tenía que hacer en Viena, emprendí un viaje por Alemania y Rusia, sin que por ninguna parte hallara rastro de mi hermosa desconocida. Llegaron los primeros fríos, que nunca me parecieron más agradables, porque con ellos venía el invierno y con el invierno la vuelta á Viena, de la que ya llamaba mi Carlota, anticipando los acontecimientos. Emprendí el viaje de regreso, y cuando llegué á Viena y á casa de mi incógnita amada, os confieso que me latía el corazón fuertemente como á un colegial en su primera declaración.—Ya han venido—me dijo sonriente el portero.—La señorita Carlota ha tenido gran sentimiento al saber que usted llegó al día siguiente de su partida.—Di un salto, subí el primer tramo de la escalera, pero al detenerme ante la puerta sentí que me faltaba el ánimo. ¿Cómo iba á justificar mi presentación?—¡Valor!—me dije después de reflexionar unos instantes—el amor lo disculpa todo; ella es hermosa; comprenderá fácilmente que sólo una ferviente admiración me coloca ante su presencia y me guía en esta aventura.—Di mi tarjeta á un criado y me hicieron pasar á un salón, donde vi á tres mujeres de asombroso parecido.—¿Carlota

Ritter?—me atreví á preguntar.—Yo soy,—dijo levantándose trabajosamente una de ellas.—El asombro que se pintó en mi semblante fué advertido inmediatamente por una de sus hermanas, que no pudo menos de decirme:

—¿Qué os sucede, caballero?

—Sucede—contesté yo—que he debido sufrir una equivocación lamentable. Yo busco al original de este retrato, y usted, señora...

Una carcajada franca, abierta, cortó mi discurso. «Es muy gracioso, muy gracioso, muy divertido,» decían las tres mujeres.

—Ese retrato, caballero—dijo serenándose Carlota,—es perfectamente mío, sólo que han pasado algunos años. Queriendo celebrar con un recuerdo agradable el aniversario de mi nacimiento, mis hermanas aquí presentes idearon sorprenderme con el delicado obsequio de un retrato de días más felices, de cuando yo joven y hermosa llamaba la atención en Viena; mandaron á París una miniatura que yo conservaba... y eso es todo. Siento que no me hayáis conocido entonces, pero también hubiera sido inútil, porque estaba casada y he amado mucho á mi marido durante los treinta años de matrimonio.

¡Mi amante ideal tenía sesenta y dos años! Ahora comprenderéis la razón de por qué ocupa esta fotografía lugar preferente en mi despacho.

Los amigos de Rafael corearon con risas sus últimas palabras y bebieron una copa de Champagne á la belleza póstuma de la señora Ritter.

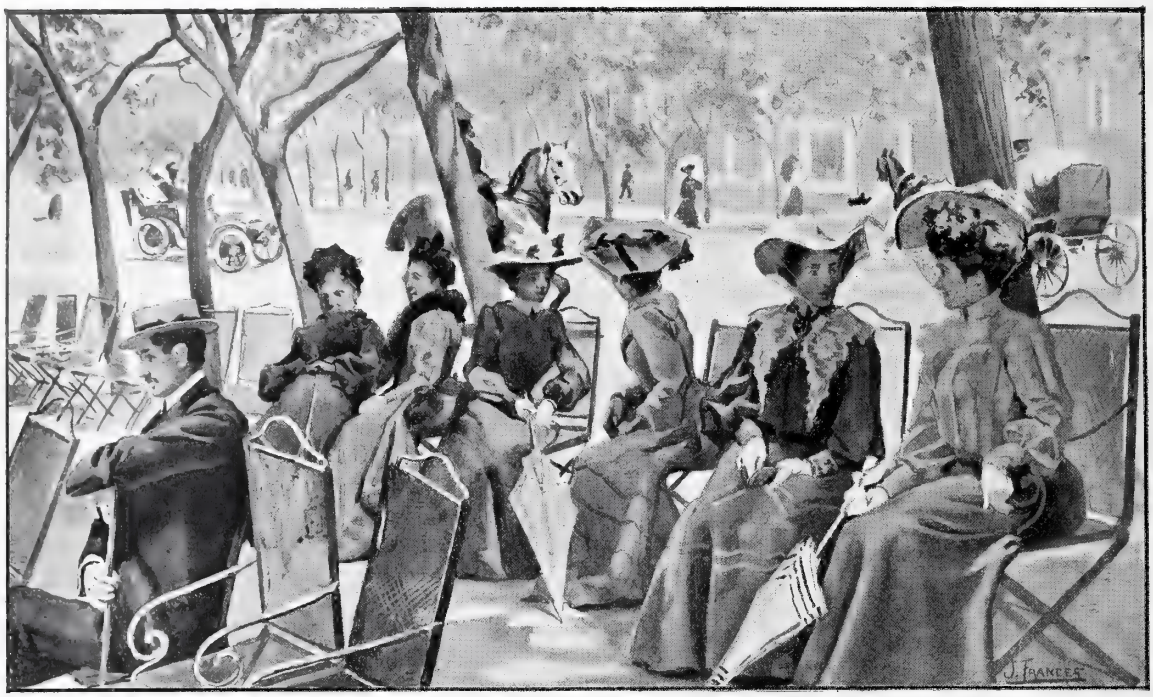
LUIS GABALDÓN

DIBUJOS DE ESTEVAN

LA PRIMERA VERBENA QUE DIOS ENVÍA...

DIBUJO DE ATIZA

FRAGMENTO DE UN TECHO EN EL PALACIO DE S. A. R. LA INFANTA DOÑA ISABEL, POR CECILIO PLÁ



OPINIONES

(EN RECOLETOS)

La otra tarde pasé por Recoletos,
y harto de pasear,
como estaba cansado, en una silla
me senté á descansar.

Con tres ó cuatro niñas casaderas,
muy próximas á mí,
había dos señoras de las muchas
que suelen ir allí

casi todos los días de paseo,
con la sana intención
de ver si de ese modo las muchachas
hallan colocación.

Como hablaban tan alto, francamente,
por más que yo ya sé
que está feo escuchar lo que no importa,
de todo me enteré.

Y ya que dice el vulgo que se pueden
referir sin temor
los pecados del prójimo, ocultando
quién es el pecador,

presumiendo que á nadie perjudico,
os voy á relatar
el diálogo de aquellas dos señoras
sin poner ni quitar.

***

—¿A dónde van ustedes este año,
doña Presentación?
—No hemos resuelto nada todavía.
—Nosotros, á Gijón.

—Pues hija, yo le he dicho á mi marido:
«Si haces caso de mí
y quieres darme gusto, este verano
lo pasamos aquí.»

Mas no me ha contestado; de manera
que ignoro si Julián
optará por quedarnos, ó prefiere
ir á San Sebastián.

Pero lo que es por mí, de ningún modo;
pues yo, doña Isabel,
detesto los viajes y detesto
la vida del hotel.

Me cargan las molestias que ocasiona
la buena sociedad.
Y en casa estoy á gusto porque gozo
de entera libertad.

—En eso, sí señora, la concedo
que lleva usted razón;
mas como ni sus hijas ni las mías
tienen esa opinión,

las madres, muchas veces á la fuerza,
tenemos que acceder,
porque sacrificarse por los hijos,
al fin, es un deber.

***

En esto se pusieron las muchachas
á hablar con sus mamás,
y yo, continuando mi paseo,
ya no quise oir más;

pues como sé quién son ambas señoras
al punto averigüé
por qué piensan de modos diferentes.
¿Preguntáis que por qué?

Es muy sencillo: doña Inés disfruta
una gran posición.
Pero en cambio, no tiene dos pesetas
doña Presentación.

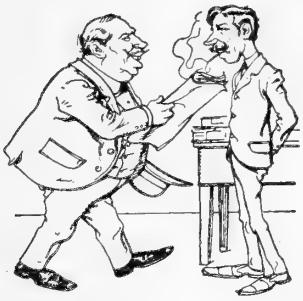
De lo cual se deduce (pues yo creo
que no cabe dudar)
que consiste en los cuartos, muchas veces,
el modo de pensar.

DIBUJO DE J. FRANCÉS

DEUSDEDIT

HISTORIA DE UN EXPEDIENTE, POR CILLA

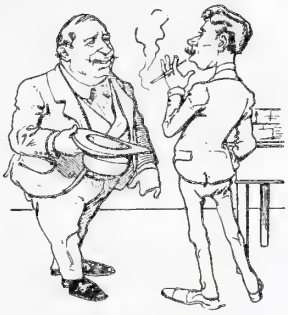
1.—Yo soy forastero, vengo exclusivamente á tramitar este expediente de reintegro, y le agradeceré muchísimo que...
—Al Registro.



2.—¿Trae usted fe de bautismo, certificado de quintas, recibo de la contribución, partida de matrimonio, cédula de vecindad, etc., etc.? Pues déjelo ahí.

3.—Lo tiene el jefe sobre la mesa y lo devolverá un día de éstos.
—Yo le suplico que lo activen cuanto sea posible.

4.—¿Mi expediente...?
—Ya lo sabe usted, en habiendo toros, aunque sea día de trabajo, es inútil que se moleste en venir, porque todos se van.



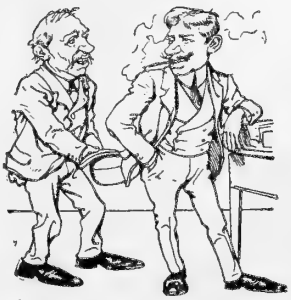
5.—Aún no lo ha devuelto el jefe; pero ya debe ser cosa de pocos días.
—Yo me atrevo á insistir, rogándole que lo active, porque...

6.—Hoy va á informe, y no ha podido ser antes porque estamos atareadísimos.
—¡Yo le ruego...!

7.—Vuelva usted otro día, porque hoy tengo precisión de salir, y como está uno sin tiempo para nada...
—Sí, señor; pero tenga la bondad...

8.—¡Válgame Dios! . . . . . .
. . . . . .

9.—Está el jefe con un catarro muy fuerte, y no vendrá en unos días; y...
—¡Piense que llevo aquí veinte meses, y que...!



10.—Si hubiera usted venido un poco antes... Pero ya se ha ido el jefe y no le puedo preguntar en qué estado está eso.
—¡Tenga usted compasión, por...!

11.—Resulta que se ha traspapelado el expediente y no parece por ninguna parte; pero descuide usted, que se buscará.
—¡Jesús! ¿Pero qué me dice usted?

12.—Ya pareció; estaba en el sótano y los ratones han destrozado todos los documentos de interés...
—¡¡¡Ay!!!

IMPRESIÓN DE SOL EN GRANADA, POR R. SÁDABA

ACTUALIDAD EXTRANJERA

BELGRADO

VISTA GENERAL
(De la colección de D. Adolfo Herrera

LA tragedia de Belgrado ha impresionado á poquísima gente, lo cual, pensándolo bien, no deja de ser una atrocidad. Europa entera ha visto asesinar á toda una familia reinante, y se ha contentado con cruzarse de brazos, llena de la más dulce filosofía, y declarar por boca de dos emperadores de los más recios y formidables, que «lo ocurrido no es más que un incidente de orden interior»; como quien dice, de escalera abajo. ¿No es esto un verdadero salvajismo, y perdonen los autócratas mencionados?

SAN Petersburgo es una de las ciudades más bellas del mundo. Recientemente se ha engalanado y elegantizado para celebrar la fiesta del segundo centenario de su fundación. Con este motivo se han celebrado magníficos festejos, una ostentosa procesión en que figuraban el Zar, la Zarina, toda la Corte, el alto y bajo clero y todas las autoridades, y varios festejos populares.

PROSIGUE en Figuig la pelota en el tejado, bien que la frase resulte algo impropia, porque no hay tejados allí. Después del dulce bombardeo con melinita, los apreciables moros se han manifestado amigos de los franceses. Pero demasiado sabemos aquí que para los moros lo mismo es *estar amigos* que *estar farrucos*.

LA EXREINA NATALIA
CON EL REY ALEJANDRO, NIÑO, EN BRAZOS

ALEJANDRO I DE SERVIA

EL REY MILANO

LA REINA DRAGA

EL PALACIO DE INVIERNO DE SAN PETERSBURGO DURANTE LAS FIESTAS DEL CENTENARIO FOT. LEÓN BOUET

MONSIEUR Edmundo Blanc es uno de los hombres más felices de la tierra. Ochocientos mil y pico francos se embolsó de un golpe el día del *Grand Prix* de Longchamps, gracias á las poderosas patas de su magnífico caballo *Quo vadis*, vencedor en dicha carrera. Y luego la gloria...

OTRO ser felicísimo es el teniente de dragones

EL AGÁ EL HABIB, JEFE DE LAS TRIBUS DE HAMYANS (FIGUIG) Y SUS CATORCE HIJOS

Mr. Bausil, que acaba de hacer en tres días y en cincuenta horas de marcha un magnífico *raid* ó carrera de resistencia, recorriendo en ese tiempo los cuatrocientos cuarenta kilómetros de Sedán á Bruselas, ida y vuelta, en el mismo caballo. Es una de las más notables marchas de resistencia realizadas en estos últimos tiempos.

MONSIEUR JONNAT SEGUIDO DEL AMEL DE FIGUIG DIRIGIÉNDOSE Á ZENAGA FOTS. CHUSSEAU-FLAVIENS

«QUO VADIS», CABALLO VENCEDOR DEL «GRAND PRIX» DE LONGCHAMPS DE 1903
FOT. CHUSSEAU-FLAVIENS

EL TENIENTE BAUSIL, QUE HA HECHO EL «RAID SEDAN BRUSELAS»
FOT. CHUSSEAU-FLAVIENS

AÑO TRECE Y NUMERO 634 MADRID DIA 27 DE JUNIO DE 1903

BLANCO Y NEGRO

COSAS DEL SIGLO PASADO

UNA CRISIS EN TIEMPO DE ISABEL II

ESTABA el café de la Iberia en los bajos del antiguo Casino, y éste ocupaba el mismo sitio que ahora ocupan las casas desde el número 11 al 15 ó 17 de la Carrera de San Jerónimo.

Era un café amplio, eminentemente político, mucho más concurrido de noche que de día, y tenía como desahogo para las noches estivales un patio convertido en jardín, que lindaba con la antigua calle de Gitanos.

Así que se anunciaba una crisis, y las crisis se anunciaban con frecuencia inaudita, aquel café era el bolsín de la política, y á él concurrían los hombres políticos de primera fila á dar y á oir noticias y aun á hacerse ver, por si esto podría contribuir á que *los llamasen.*

Como no había *reporters*, porque sólo D. Manuel María Santa Ana, y algunas veces D. Ignacio José Escobar, podían llegar hasta los ministros y los ministrables; como Campo y Nava, fundador del reporterismo en España, era el único que monopolizaba las noticias, y aun éstas eran siempre recogidas de segunda mano, los políticos, los candidatos á subsecretarías, direcciones, gobiernos de provincia, y aun más altos cargos, solían hacer en el café de la Iberia oficio parecido al que hoy hacen los corresponsales en el *chismófono.*

Decía Barrutia que el primero que olía las crisis, á pesar de ser muy chato, era Albuerne; y efectivamente, aún me parece estarle viendo con su sombrero d'Orsay, un pantalón escocés á cuadros verdes y chaquet con carteras, en el segundo salón de la Iberia, asegurando que, aunque el marqués de Miraflores estaba muy resentido con la reina Isabel, había acabado por decir: «Pobrecita; no podemos dejarla en la situación difícil que se halla, y voy á mandar recado á Mon, á Armero y á Sánchez Ocaña para formar la base de un Ministerio.»

—Mal se aviene esto, decía Pérez-Vento, con la afirmación de Armero hace pocas noches, cuando sostuvo *que con esta señora no se puede mandar.*

Esta y otras, que entonces resultaban grandes imprudencias y atrevimientos, se decían muy bajo, porque, según aseguraba Pepe Díaz el poeta, el café estaba lleno de policía, y los sucesores de don Francisco Chico, representados por Briones y por algún otro policía de los que sólo creo que vive hoy Zaquero, solían hacer que los diálogos atrevidos se acabasen en el Saladero.

Kasabal—no Gutiérrez Abascal,—sino el genuíno Kasabal, que principiaba á escribir en *La Epoca*, y que lejos de estar como hoy dedicado al misticismo, era un *Lyon* de la política, discutía con José Luis Albareda sobre la posibilidad de una concentración—ya se conocían las concentraciones,—y José

Luis, que siempre había tenido tendencias liberales, entendía que por el camino de los exclusivismos podría llegarse pronto á un movimiento de fuerza.

D. Manuel María Santa Ana, con su capota azul y aquellos ojos vivos y al mismo tiempo amortiguados, con los que hablaba más que con la palabra, era de opinión de que Arrazola no entraría en el Gabinete, porque así lo había asegurado la Petra.

(Petra, cuyo apellido no creo correcto estampar, era una camarista ó cosa parecida, que tenía toda la confianza de la Señora.)

Por otra parte, Manuel Hazañas, uno de los primeros contadores de sucesos y cuentos que ha tenido España en la segunda mitad del siglo XIX, tenía por seguro que Sor Patrocinio sostenía á todo trance la candidatura de D. Ramón, y que el Ministerio no se formaría sin cierta consulta previa con determinada persona que ejercía altísima influencia.

Verdaderos escuadrones de candidatos á oficiales de secretaría y gobernadores de provincia, bebían las impresiones de D. Agustín Torres Valderrama y Víctor Cardenal, que aseguraban que á Gobernación iría D. Florencio Rodríguez Vaamonde, porque á González Bravo nadie le había dicho nada, como les acababa de decir el mismo *Nacarino*.

Y así transcurría la noche en el café de la Iberia, que estaba de *bote en bote*, según frase muy á la moda en aquellos tiempos, y la crisis, en cuanto se refería á noticias de ella, se desarrollaba en el café, porque ni el Salón de Conferencias estaba, como hoy, abierto á todo el mundo, ni la policía ni los *guindillas* dejaban formar grupos á la puerta de la Presidencia, que estaba en la llamada Inspección de Milicias, cuyo edificio ocupaba el mismo sitio que ocupa hoy el esquinazo del Ministerio de la Guerra que corresponde á la Plaza de Castelar.

Era perfectamente desconocido el procedimiento de que cualquier periodista pudiera acercarse á un hombre político de primera fila para preguntarle si le habían hecho indicaciones para formar parte del Gobierno, porque como ya antes he indicado, el reporterismo no se conocía, y de política sólo se ocupaban los políticos, pareciéndole al público que estas cuestiones eran algo así como la Astrología, de la que sólo podían ocuparse los astrólogos. Y de tal forma y de tal manera estaba arraigada esta creencia, que de las crisis sólo se trataba en las tertulias del duque de Riánsares; cuando estaban en Madrid, algo en las reuniones de la casa de la Montijo; un poco en la de D. José Salamanca, que sólo hablaba de estas cosas con D. Alejandro Llorente, los Gándaras y D. José Zaragoza; otro poco en el Salón de Conferencias y mucho en el café de la Iberia.

Y se daba muchas veces el caso de que después de haber circulado, por los que entonces se llamaban centros políticos, determinadas candidaturas, se formaba un Ministerio del que no se había hablado nada, que según aseguraban algunos maliciosos se había confeccionado en San Pascual ó en la Secretaría de la estampilla.

Eso sí, formado el nuevo Gobierno, cuya lista no daban por suplemento los periódicos, sino que se publicaba en extraordinario de la *Gaceta*, toda la Administración sufría un cambio radical, y llegó á ser considerado como un gran hombre de partido cierto político que dijo: «En mi departamento se cambiarán hasta los algodones de los tinteros.» No había ley de Presupuestos, ni de Empleados, ni más ley que el capricho de cada ministro, y los primeros tres meses—y hubo ministro que no tuvo tiempo para más—se lo pasaban los ministros quitando y nombrando empleados.

Mientras los moderados hacían estas y otras cosas, los progresistas, que habían estado alejados del poder once años, al llegar á él se abonaban por un decreto para sus derechos pasivos estos once años, y medios de esta naturaleza daban á los hombres fama de serlo de *partido*.

Indudablemente Jorge Manrique no tenía razón cuando dijo «que todo tiempo pasado fué mejor.»

JUAN VALERO DE TORNOS

DIBUJOS DE ESTEVAN

LA AVENTURA

DE LOS MOLINOS DE VIENTO

Yo os digo, de ciencia propia, que sin haberlos visto muy de cerca, no os formaríais jamás la idea justa de lo valerosa, de lo inaudita, de lo heroicamente loca que fué la acometida de Don Quijote á los molinos de viento: ni tampoco siquiera de lo fácilmente comprensible que aparece el trueque que en la fantasía del andante caballero se hizo de los molinos por el ejército de *treinta ó pocos más desaforados gigantes*.

Es claro que á lo lejos, en lo alto de las lomas que cierran el horizonte del campo manchego, desolado y yermo, el molino de viento ni puede ser espantable, ni amenazador, ni mucho menos agresivo. A distancia, todavía los molinos no pudieron calentar la imaginación ni excitar la furia de Don Quijote. Pero avanzáis por la Mancha verdinegra, como la piel del lagarto, sin un árbol, sin una casa, hasta colocaros á doscientas varas del molino, y ya sentís que el molino de por sí, aun sin la influencia de la fábula, os trastorna un tanto la cabeza. Y más de cerca, de tal manera el molino se agranda y el molino se anima, que el molino es imponente. Porque yo os aseguro que todo el artefacto se parece tan ajeno del mecanismo inanimado que lo mueve, que realmente es fácil tenerlo por un ser fantástico con alma y con vida, que alienta, que ruge, que agita los brazos con fuerza hercúlea, como para cogeros y lanzaros violentamente desde la tierra á los aires. Cruje su esqueleto con siniestros chasquidos; dan

vértigo los volteos de sus brazos, *que los suelen tener algunos de casi dos leguas*, y zumba hondamente el ventazo que soplan, que abate y rastrea las hierbas.

Comprendéis entonces que fué mucho más grande el valor del caballero enristrando el lanzón y espoleando el rocín, en la embestida contra el molino, que el grado insuperable de su locura imaginándoselo fantasma. El molino es el gigante, el gigante espantable del poder y de la fuerza. Para representárselo de esta manera, es bien pequeño el trabajo que necesita emplear una fantasía algo excitable. Mas no es tan sencillo, en cambio, colocarse en un estado imaginativo al nivel del valor heroico que requirió Don Quijote para arremetar con el lanzón al aspa, con tan decidida voluntad de la batalla, que reclamaba el aguante de sus enemigos al gritarles: *Non huyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.* Por esto nos resulta tan natural y graciosamente cómico el final de la aventura, al volar maltrechos por los aires caballo y caballero, y romperse la lanza contra el aspa en mil pedazos.

Y ved, luego de apartaros del horror de las aspas volteando, el interior apacible, bondadoso, amoroso cuasi, del molino, que prepara el alimento del hombre con el esfuerzo triturador de los cuatro brazos «de dos leguas». Subís por la escalera caracoleada, harinosa, blancuzca, que resbala suavemente el pie como por una jabonadura, y encontráis arriba al molinero, á las mozas del molino, polvoreados de blanco en las caras y en los brazos desnudos y en las ropas de colorines. Y plácidamente os sonrien, os festejan, os acomodan donde buenamente pueden, si al cabo es posible el acomodo. Es éste el interior que adivinaba profundamente Sancho al prevenir á su amo en el arranque de la acometida: *Mire vuestra merced que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos, son las aspas, que volteados del viento, hacen andar la piedra del molino.* Y es el exterior, el del monstruo que voltigea fuera con fiero, medroso ceño, el único considerado por Don Quijote, camino del ataque, en su tremenda amenaza:—*Pues aunque mováis más brazos que el gigante Briareo, me lo habréis de pagar.*

Ciertamente que en la famosa aventura resultó la del molino de viento una de esas cabezas fuera de su sitio de que nos habla Alfonso Daudet en la pintura de su *Tartarin de Tarascón:* una cabeza de feroces trazos, guardando un natural bonachón, de afectuosa complacencia. Así, por fuera, el molino se agita con ademán furioso, con irritado gesto, mas es para moler por dentro amorosamente el trigo de los panes y polvorear de blanco las mejillas coloradas de las mozas molineras. Sancho traspasó la máscara, porque Sancho, en verdad, era un psicólogo. De no tener sentido común, pudo ser tan buen poeta como el amo, el escudero.

CARLOS DEL RIO

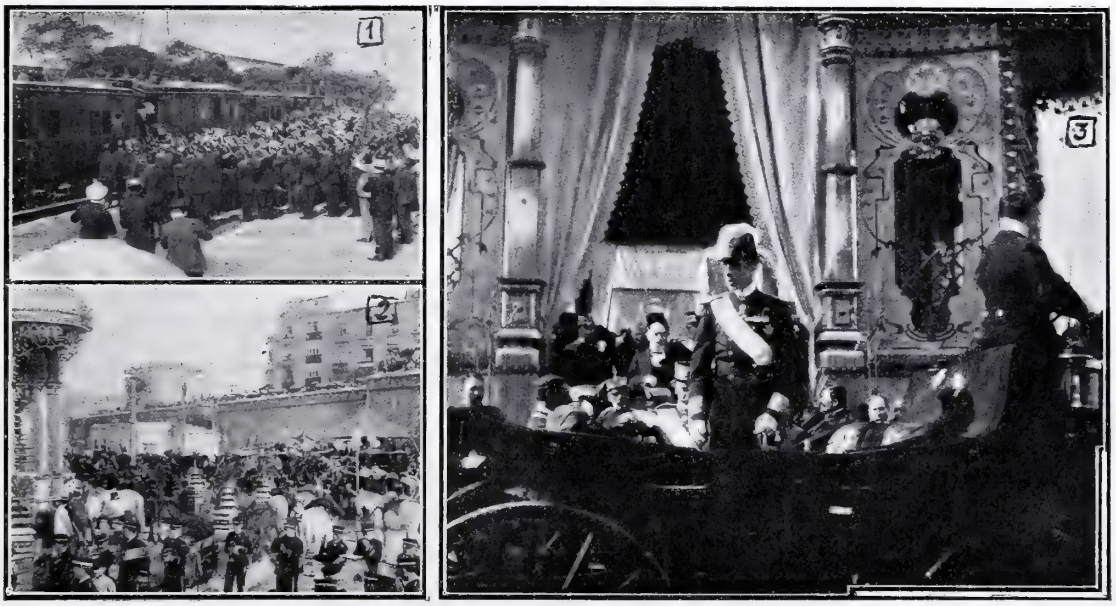
DIBUJOS DE CARLOS VÁZQUEZ

S. M. EL REY EN CARTAGENA

LA ESCUADRA ESPAÑOLA FONDEADA EN EL PUERTO DE CARTAGENA FOT. V. MEDINA

La visita hecha por S. M. el Rey á la escuadra de instrucción fondeada en Cartagena, ha originado grandísimos comentarios y se ha prestado á múltiples consideraciones, por coincidir precisamente con las contradictorias impresiones reinantes acerca de la probable ó posible realización del proyecto de escuadra formulado por el ministro de Marina Sr. Sánchez Toca.

La presencia en aguas de Cartagena de algunos barcos pertenecientes á varias naciones que han deseado saludar á S. M. el Rey, prestó gran importancia á la manifestación naval allí verificada. Aun cuando no han acudido sino barcos de segundo orden, la comparación no ha podido menos de establecerse, quedando patente la necesidad absoluta de nuevos y poderosos barcos de guerra. Pero si esta necesidad está demostrada, como sostiene el Sr. Sánchez Toca, no es menos evidente la de gastar poco para reponernos de los pasados desastres. Para comprar ó hacer barcos hace falta dinero. Para tener dinero, hace falta crédito. Y para lograr crédito, es preciso pagar á tocateja. Y de este círculo de hierro no ve la manera de salir el Sr. Villaverde... y lo mismo que él piensa mucha gente. Y no digamos *That is the question*, porque eso está muy gastado.



1. S. M. BAJANDO DEL TREN EN CARTAGENA.—2. MUELLE DE ALFONSO XII.—3. S. M. SALIENDO DEL PABELLÓN DEL AYUNTAMIENTO FOTS. M. MARTÍNEZ Y ASENJO

NUESTRO CONCURSO DE BELLEZA FEMENINA

El resultado de este Concurso, primero de su clase que se celebra en España, ha superado á cuanto esperábamos. Gracias á él hemos podido comprobar hasta qué punto nuestro ilustrado público va desechando rancias preocupaciones y convenciéndose de que en un pueblo como el nuestro, que tan grandes artistas ha producido, el culto á la belleza es la más alta y refinada muestra de civilización.

No ha sido este Concurso, perentoriamente convocado y realizado casi sin preparación, nada más que un ensayo de otros de igual índole, pero de mayor importancia, que tenemos en proyecto. Con todo, nos felicitamos de lo ya conseguido, y damos las gracias al público, á las generosas y bellísimas concurrentes y al ilustre Jurado, que ha tenido á bien elegir como dignas de premio las doce fotografías que publicamos á continuación.

Ahora sólo falta que el público, por sufragio universal, designe cuál es la más bella de las doce elegidas, y para ello en la penúltima plana de la cubierta de este número va un talón fácilmente separable, en el cual consignará cada votante su opinión, con arreglo á las condiciones en el mismo talón determinadas y al texto de nuestra convocatoria.

Una vez cerrado el plazo para la admisión de votos, se verificará el recuento y escrutinio de éstos y la designación del Premio ante un Notario del Ilustre Colegio de Madrid, y publicado el Premio, podrá la agraciada presentarse á recogerle cuando guste en la redacción de BLANCO Y NEGRO, Serrano, 55.

Más adelante prepararemos otros Concursos de idéntica naturaleza, en los cuales, concediendo más largo plazo para la admisión de fotografías, puedan los artistas y las retratadas hacer nuevos alardes de originalidad en la colocación y presentación de los retratos.

Hoy por hoy nos declaramos satisfechos con lo que hemos logrado, y esperamos que el juicio del público confirme nuestro sentir.

NÚMERO 1. Lema: REVELANDO SU CLICHÉ

FOT. MEDIAVILLA Y GALLO

NÚMERO 2. Lema: LA LUZ ES VIDA

FOT. FRANZEN

NUMERO 3. Lema: EGO SUM

FOT. PORTELA

NÚMERO 4. Lema: LÍRICO

FOT. GOMBAU

NÚMERO 5. Lema: CLEOPATRA

FOT. COMPAÑY

NÚMERO 6. Lema: FÍGARO

FOT. GOMBAU

NÚMERO 7. Lema: LÍRICO

FOT. GOMBAU

NÚMERO 8. Lema: ALCACER

FOT. PORTELA

NÚMERO 9. Lema: FIGARO

FOT. GOMBAU

NÚMERO 10. Lema: LA BELLEZA ESTÁ EN LA MUJER

FOT. VIUDA OLIVAN Y H., SALAMANCA

NÚMERO 11. Lema: MENS SANA IN CORPORE SANO

FOT. FRANZEN

NÚMERO 12. Lema: SAGRARIO

FOT. P. CALVET

LA SEMANA PASADA

El rey ha muerto! ¡Viva el rey!—Esta frase zarzuelera habría puesto término á la revolución de Servia de una manera absolutamente digna de Offenbach, si al fin y al cabo algunas potencias no hubiesen caído en la cuenta, bien que algo tarde á la verdad, de que lo ocurrido era una barbaridad de las gordas y de que era menester ponerse un tanto serios y enfurruñados.

Nosotros, dígase con franqueza, habíamos tomado también á beneficio de inventario la tal revolución, considerándola digna de los heroicos tiempos del género bufo. Nos faltaba, sin embargo, la frase de Escríu y su figura risible... Ya iba á aparecer por alguna parte el Escríu servio equivocándose y tropezando como el español, cuando las gentes más sensatas, es decir, los ingleses, comprendieron que hacía falta aferruzar un tanto el semblante, y ya han retirado su representación diplomática hasta que se arreglen las cosas bajo los auspicios del Sr. D. Pedro I Karageorgevitch, á quien Dios guarde muchos años, aunque no lo creemos muy fácil. Nada envidiable es sentarse en un trono acribillado á balazos y manchado de sangre.

EL NUEVO REY DE SERVIA PEDRO I

La opereta triunfa en el teatro de la política internacional y nacional y en los Jardines del Buen Retiro, donde, como ya anunciábamos en el número anterior, ha comenzado sus tareas una excelente compañía cómica. Las representaciones de *La Poupée* y *La Mascota* han causado la agradable sensación de costumbre, y con tan fresco espectáculo estamos decididos á divertirnos los imposibles.

ESCENA FINAL DE «LA POUPÉE» EN LOS JARDINES DEL BUEN RETIRO FOT. CIFUENTES

La prensa ilustrada europea ha perdido en la pasada semana uno de sus más insignes representantes, el ilustre director de *L'Illustration* de París, nuestro malogrado amigo Mr. Luciano Marc. Su muerte ha sido muy sentida, con harta razón, pues pocos hombres habrán contribuído tanto como Mr Marc al progreso de la Prensa moderna. Redactor de *L'Illustration* desde 1866, Mr. Marc, que había sucedido en la dirección á su padre, artista muy distinguido, era un verdadero modelo de periodistas, constantemente atento á las palpitaciones de la opinión y á los deseos é inclinaciones del público. Al verificarse la enorme transformación sufrida por la prensa ilustrada en estos últimos tiempos, merced á los adelantos de la tipografía y del grabado, y al convertirse la revista meramente artística en un periódico de actualidad, Mr. Marc hubo de multiplicar sus esfuerzos, y el exceso de trabajo le ha costado la vida. A nuestros colegas de *L'Illustration* enviamos el pésame por la pérdida de tan excelente amigo y tan gran periodista.

MR. LUCIEN MARC
DIRECTOR DE «L'ILLUSTRATION» DE PARÍS

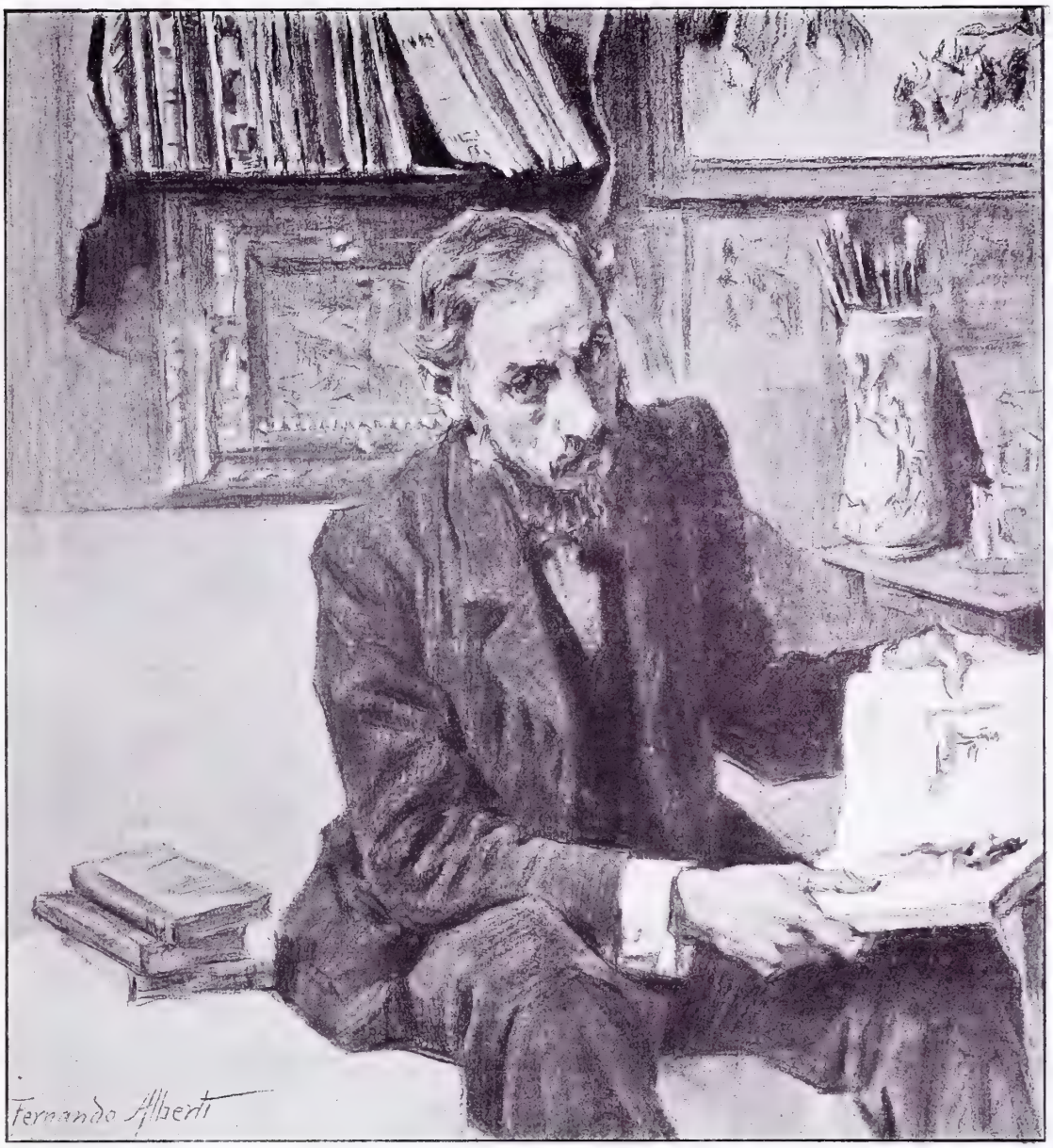
D. ANTONIO PIRALA
FOT. CALVET HERMANOS

Otro hombre ilustre, incansable trabajador que dedicó su larga vida y su actividad infatigable al cultivo de la Historia contemporánea, el maestro D. Antonio Pirala, ha fallecido en Madrid. Las historias de la primera y de la segunda guerra civil y de la primera guerra de Cuba, que el señor Pirala escribió, son admirables acumulaciones de datos interesantes, revisados y comprobados con la más exquisita escrupulosidad. Si nuestra Historia nacional hubiese contado en todas las épocas con cultivadores tan desinteresados, nobles y laboriosos como D. Antonio Pirala, podríamos tener el libro que no tenemos: una buena Historia general de España.

Nuevo favor debe el Arte pictórico á los hermanos Amaré, quienes han reunido en preciosa instalación numerosas obras pictóricas de señoras y señoritas españolas. La llamada *Exposición feminista* atrae grandemente la atención de los aficionados y de los críticos.

DON RUPERTO

EXPOSICIÓN FEMINISTA EN CASA DE LOS SEÑORES AMARÉ — FOT. CIFUENTES



¡SIEMPRE!

Una rosa marchita
guardo de un viejo libro entre las hojas,
y conservo escondido
un recuerdo feliz en mi memoria.

Lució en su tallo un día
rica en perfume y en color la rosa,
mas hoy, mustia, no tiene
ni ardientes tonos ni fragante aroma.

Fué el recuerdo esperanza
que iluminó mi juventud dichosa,
mas hoy, al evocarle,
á mis ojos las lágrimas asoman.

No sé qué extraño encanto,
qué atracción invencible y misteriosa
ejercen sobre el alma,
mas sé que llenan mi existencia toda,

y que no cambiaría
por un capullo mi marchita rosa,
ni por una esperanza
diera el recuerdo de mi muerta gloria

Cuando mi mente el curso
del tiempo velocísimo remonta,
y unir pretendo en vano
las páginas dispersas de mi historia,

vencedor del olvido
ese recuerdo que jamás se borra,
sin que le llame, acude
con tenaz insistencia á mi memoria;

y siempre que en mis manos
cojo el antiguo libro, por sí solas,
á la presión cediendo,
por donde está la flor se abren las hojas

DIBUJO DE ALBERTI

Manuel de SANDOVAL

EL 102

ENTRE las estaciones de Pumarines y Lloreda está el paso á nivel de la Riosa, y entre el aspa que forman al cruzarse los dos caminos, el vecinal y el de hierro, está la casilla de la guardesa; una casuca de tejado picudo, con huerto y corraliza á la espalda, con arriate de geranios en la delantera.

Por la Riosa circulan á diario catorce trenes: siete que suben hacia la meseta castellana, siete que bajan hacia la costa. Los que suben, resoplan y jadean; los que bajan, ruedan sin más que el zumbido de un deslizamiento raudo.

Eufrasia sale á hacer señal á los catorce convoyes. Eufrasia es una zagala que al quedarse sin madre siguió con el monótono oficio que su madre tenía: echar las cadenas y plantarse luego al paso de los trenes, linterna ó banderín en mano. Y esto igual todos los días á las mismas horas, partiendo el tiempo en porciones siempre iguales, como si aquellos trenes fuesen las horas mismas que pasasen en el reloj de su vida.

Para los que la veían desde los coches en marcha, Eufrasia era una zagaleja plantada en medio de unos prados pantanosos y solitarios; para Eufrasia, cada tren era una tromba que pasaba, y ella al levantar el brazo, al indicar la marcha era como si los dijese: no paréis aquí, pasad de largo, estoy bien sola.

Y los trenes pasaban veloces por la llanada pantanosa. Eufrasia ni los miraba ya; al acercarse la hora de cada uno, descolgando el banderín ó la linterna, salía, como autómata estiraba el brazo, y un momento después, indiferente al convoy que había pasado, franqueaba el camino descolgando las cadenas, volvíase al huerto, metíase en la casa hasta que la llamaban los silbidos del tren siguiente.

Su padre marchaba al amanecer vía arriba á trabajar en una fábrica lejana y tornaba á la tarde, con paso lento, vía abajo. Todas las tardes oía á su espalda el zumbido de un tren: era el 102; apartábase el obrero y pasaba el 102.

El 102 era el expreso, el que pasaba como un rayo estremeciendo la llanura, envolviendo á la zagala en una tolvanera de polvo y de humo, el tren en que ella ponía todo su cuidado, porque apenas oída la vibración muy lejos, se le echaba encima con marcha violenta, deslizándose veloz sobre los carriles. Iba arrastrado por locomotoras nuevas, unas máquinas grandes, con mucho juego de ruedas, chimenea corta, doble domo y todo su corpanchón muy relumbrante. Eran monstruos que devoraban el espacio sin alardes de ruido, con la soberbia de su poder, con la arrogancia de su fuerza.

A Eufrasia le gustaban aquellas locomotoras altas y largas, que venían sin trepidación ni cabeceo. Las veía delectándose en ellas; eran al fin y al cabo una variante en su vida, algo nuevo que cruzaba la llanura solitaria. Y á la noche, en la cena, hablábale á su padre de las máquinas del 102.—Repárelas al pasar—le decía;—pasan cuando usted vuelve del trabajo; repárelas, padre. ¡Qué grandes, qué grandes son!

De tanto mirar aquellas máquinas, Eufrasia llegó á conocer sus maquinistas, sobre todo al que llevaba el expreso de los lunes y los viernes. Reparó en él más que en ninguno, porque él también miraba siempre, echado el cuerpo fuera, asido á los hierros del estribo, arrostrando la ventolera de la marcha, abandonándose en la pendiente, sin cuidado de palanca, válvulas ni llaves. El tren bajaba solo, y el maquinista gozaba en recibir el aire de los prados, en orear su faz enardecida por el hornillo, en mirar adelante, en avizorar la vía. Veíale Eufrasia; desde lejos le veía, y después de pasar le seguía viendo con el busto echado fuera, sereno, confiado, como amo y señor de aquel titán rugiente. Era un hombre joven, de cuerpo recio, de rostro enrojecido, de barba rubia, aborrascada.

Los lunes y los viernes la guardesa esperaba al 102 sentándose sobre la vía. Aquellos momentos tenían para ella un deleite extraño; esperaba con regodeo, y si el expreso venía con retraso recreábase Eufrasia en dilatar la espera. Al primer retumbo del suelo, se erguía la zagala; plantada ante la cade-

na, tendido el brazo, parecíale que toda la llanura trepidaba, y su cuerpecillo flaco se estremecía también, palpitante de ansiedad, trémulo de emoción, con el alma, con la vida entera en los ojos para ver un segundo el paso veloz de aquella máquina hermosa, regida por aquel mozallón grande, rubio, recio. El 102 pasaba cortando el aire, y el revuelo le daba á Eufrasia en el rostro como una caricia.

Después quedábase un momento inmóvil, en medio de la llanura solitaria, respirando los aromas que el paso del convoy levantaba de los prados.

El expreso ascendente pasaba á media noche; así, que Eufrasia no podía ver al maquinista, pero le presentía sobre la plataforma, en la fugacidad de la marcha, á la luz roja del horno. Las noches en que pasaba, no se dormía la guardesa; envuelta en el serenero, esperábale impasible al frío, á la lluvia y al cierzo. En las noches estivales sobre todo, era más intenso el goce de adivinarle en la rojez de la lumbrada que el de verle á clara luz diurna. Y después, quedaba el deleite de seguir con la vista la linterna del furgón de cola, una luz verde que se desvanecía alejándose, hundiéndose en la obscuridad. La naturaleza entera, amedrentada por el estruendo del convoy, quedábase silenciosa, y poco á poco resurgían los rumores de la noche, el cuarreo de las ranas, el canto de los grillos.

Una noche, Eufrasia, sentada sobre los carriles esperando el expreso ascendente, miraba la bóveda del cielo llena de estrellas que la entretenían con su parpadeo. La calma estival era beleño suave que la envolvía en su quietud. La guardesa, vigilante, con el oído alerta, con el pecho latiendo de zozobra, esperaba el expreso ascendente. A su lado, en tierra, tenía el farolillo; su resplandor en el suelo, parecía el reflejo de una estrella. El silencio de la llanura inspirábale á Eufrasia vagos deseos de entonar una canción; pero el canto no salía de labios afuera. De cuando en cuando, tendida sobre el carril, con el rostro pegado al hierro, espiaba los rumores lejanos; de cuando en cuando, incorporándose, en acecho, registraba la vía á lo largo. El expreso ascendente no parecía. En aquella espera ansiosa debieron transcurrir horas de la noche.

Palideció la luz de la linterna, palidecieron las estrellas, el horizonte se rayó con línea luminosa. Levantóse Eufrasia, y erguida en mitad de los carriles volvió á otear el camino, acechadora. El expreso ascendente no parecía. Una claridad macilenta rasaba la llanura; dos pájaros pasaron rozándola con su vuelo rastrero. Los vió la zagala y los siguió con la vista hasta que se perdieron en el resplandor del alba. Después el obrero salió á la puerta de la casuca y llamó á Eufrasia, pidiéndole la comida. Eufrasia registró por última vez la línea; los carriles, rayando las praderas, negreaban más con la luz pálida.

—¿Qué tren aguardas?—preguntó el padre.

—El expreso faltó esta noche,—respondió la hija.

A media mañana comenzaron á circular los descendentes. A la tarde, oyó Eufrasia acercarse un ascendente. Era un desconcierto en el cuadro de marcha; no pudo adivinar qué tren era aquél; sólo supo que no era el expreso. También ella sentía en todo su sér gran desconcierto. Ya anochecía cuando llegó su padre y le dió la noticia: el expreso se había estrellado en el kilómetro 76; hubo muertos, hubo heridos.

Eufrasia sintió impulso de correr vía abajo, marchar de kilómetro en kilómetro hasta el 76, pero no era posible dejar el puesto, abandonar el paso á nivel de la Riosa, y menos en día de tan gran desconcierto en la marcha de trenes. Resignóse á esperar al 102 del lunes.

. . . . . .

. . . . . .

Oyó lejos su silbido, oyó el retumbo de la llanura, oyó zumbar el aire, vibrar los carriles; estiró el

brazo, levantóse sobre las puntas de los pies, hincó los ojos en la locomotora, y el 102 pasó bramando. Eufrasia le vió pasar, le vió alejarse, y sola en medio de la llanura, tendióse en la vía y mojó con sus lágrimas los carriles.

FRANCISCO ACEBAL

DIBUJOS DE MARTÍNEZ ABADES

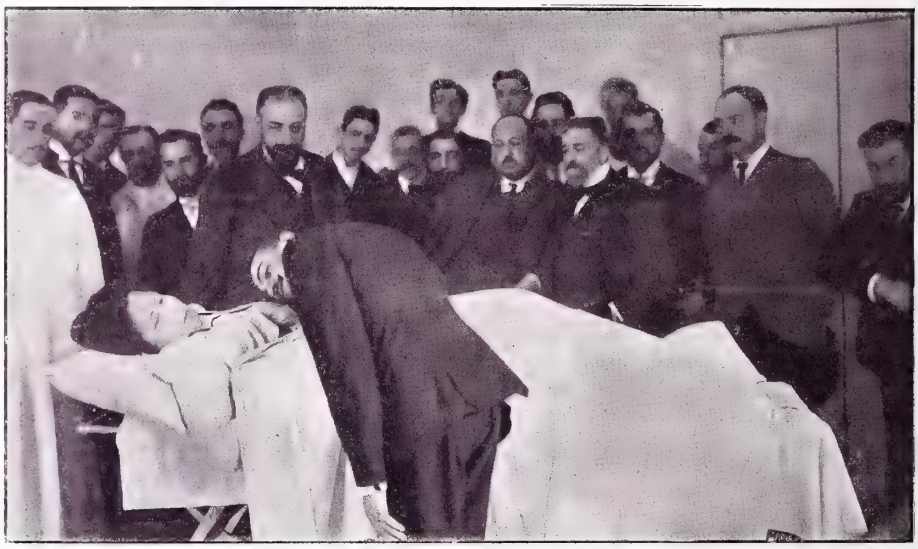
LOS EXÁMENES

Son la temible, la aterradora preocupación de casi todos los hogares y de todas las casas de huéspedes madrileñas en el mes de Junio.

Ahora está muy de moda el hablar mal de los exámenes, el declararlos *antipedagógicos*, inhumanos, etc., etc. Quien tal haga, ó es un hipócrita redomado, ó en absoluto desconoce la realidad.

Si no fuera por los exámenes, ¿quién sería el guapo que estudiase ni aprendiese nada en este país de la pereza? Aun solamente quien viva en las nubes ó no haya sido estudiante, jamás deja de comprender cuán útil es el espolonazo de los exámenes,

Dicen los que la echan de pedagogos avisados copiándolo de librucos, librejos y librotes extranjeros, que la temporada de exámenes resulta perjudicial para la labor estudiantil, que acarrea fatiga intelectual, *surménage*, neurastenia... ¡Qué tontería! Lo que hace es aguzar grandemente los ingenios. Ved ese estudiante que está ante el tribunal: ni el intelecto de Vives, ni el de Kant, tienen comparación con el suyo en un momento de aprieto. Mirad á ese futuro galeno que se examina de Clínica: ¡vaya un oído fino para auscultar! Ved esos aprendices de pintores copiando el modelo vivo: ¡qué ojos, qué manos, qué audacia para ver y copiar línea y contorno! ¿Ineficaces los exámenes? Eso lo dirá quien nunca haya pasado apuros: y el que no se ha apurado nunca, no tiene derecho á hablar de nada serio ni á dar una opinión fundamental en asunto como éste, de índole esencialmente práctica.



FOTS. L. ALONSO

AÑO TRECE Y NUMERO 635 MADRID DIA 4 DE JULIO DE 1903

BLANCO Y NEGRO

CUADROS MADRILEÑOS

LA DE LOS CLAVELES ROJOS...

No es Madrid una capital como Sevilla ó Valencia donde las flores abunden ni donde se ponga especial esmero en cultivarlas; pero no se puede, sin evidente injusticia, culpar de tamaño descuido á las madrileñas, que son tan amantes de las flores como puedan serlo andaluzas y valencianas. Es que, primeramente, el clima de la capital de España es ingrato y arisco para la mayor parte de las flores; que éstas no se crían con facilidad y requieren prolijos y exquisitos cuidados para nacer y conservarse; y en segundo lugar, que la incomodísima y antihigiénica disposición de las casas madrileñas no consiente la abundancia de tiestos, propia de los hermosos patios y de los amplios balconajes de las ciudades meridionales y levantinas.

La flor favorita de las madrileñas es, sin duda, el clavel rojo, y son innumerables las muchachas que, sin haberlas leído, presienten las bellísimas estrofas del archielegante Francisco de Rioja:

A ti, clavel ardiente,
envidia de la llama y de la aurora,
miró al nacer más blandamente Flora.
Color te dió excelente
y del año las horas más süaves.

Cuando á la excelsa cumbre del Moncayo
rompe luciente sol las canas nieves,
con más caliente rayo
tiendes igual las hojas abrasadas...

En la gallarda poesía de Rioja parece haberse inspirado Huertas para su lindo cuadrito *La de los claveles rojos*. A ella parecen referirse las demás estrofas:

¡Oh flor de alta fortuna!
Cuantas veces te miro
entre los admirables lazos de oro
por quien lloro y suspiro,
por quien suspiro y lloro,
en envidia y amor junto me enciendo...

Si al dulce labio llegas, que provoca
á süave deleite al más helado,
luego que tu encendido seno toca,
á tu color sangriento
¡ay! vuelves ¡oh dolor! más abrasado...

DIBUJO DE HUERTAS

LUCENA DEL CID

Tanto hablar de San Sebastián y de Santander y de Gijón resulta un poco empachoso, á la verdad. Dejemos con su bullicio, su turbamulta y sus placeres ciudadanos aquellas playas célebres á los sujetos que tengan gusto en lucirse, presumir, ostentar el lujo y la vanidad, y acojámonos á los rincones silenciosos, discretos y tranquilos, donde mejor se realiza el ideal sensato de quien veranea no por satisfacer caprichos de la moda ó exigencias del orgullo, sino por descansar en la placidez, el reposo y la soledad, concediendo á la rendida naturaleza el reposo que exige á quien de ella abusa con el trabajo excesivo ó con las malas condiciones de la vida en las capitales populosas.

Se comprende y se justifica perfectamente que los aristócratas para quienes otoño, invierno y primavera no son sino sucesivas series de diversiones, deportes y regocijos, no sientan cansancio al llegar el estío y sí deseen tan sólo huir del calor madrileño y proseguir su vida de esparcimiento y solaz en otros más gratos climas: pero como el mundo no se compone exclusivamente de madrileños ricos, hay miles y miles de personas que necesitan y buscan el reposo y la calma, la placidez monótona de los pueblos chicos, de los lugares á donde no llega con facilidad el estrépito de la vida urbana.

LUCENA

SALIDA DE MISA

LA CUEVA DEL MOLINO

Echémosnos, pues, á buscar rincones veraniegos, cimas silenciosas de apartados montes, playas modestas sin alborotos, ni juegos de envite y azar, ni competencias en el vestir: lugares apacibles y repuestos donde vivir en paz y recobrar fuerzas para la lucha próxima.

Y animados por este propósito, comenzamos hoy por descubrir un rincón veraniego, del que muy pocos lectores tendrán noticia: la olvidada, pero preciosa villa de Lucena del Cid, en la hermosísima provincia de Castellón de la Plana.

Lucena del Cid es un montón de casas blancas que se apelotonan, asidas unas á otras en difícil equilibrio, en la más alta cresta de una montaña. El paisaje que circunda el pueblo nada tiene que envidiar á los más abruptos y fantásticos de Suiza ó del Tirol. Todo aquel territorio lo forma una serie de montañas sobrepuestas unas á otras, formando, al entrelazarse, una masa ciclópea, en la cual descuella la célebre Peñagolosa, elevadísima cima que forma el núcleo ó nudo del complicado

ERMITA DE S. ANTONIO

sistema orográfico de la provincia. Desde Peñagolosa el terreno va descendiendo por estribos de colinas, en fértiles valles y hermosas laderas, hasta llegar al llano de Castellón. Grandes canteras graníticas denuncian la calidad fresca del terreno.

Y, en efecto, Lucena, por su altura, por la favorable influencia de los aires de las montañas que la rodean, por lo pintoresco de su posición y los atractivos que en sus alrededores ha sembrado la Naturaleza, es una deliciosa estación de verano, y ya comienzan á afluir á ella muchas familias de Castellón de la Plana y de otras capitales del abrasado litoral levantino. No faltan en los alrededores de Lucena románticas perspectivas, viejas ermitas á donde la devoción acude, perfumados bosquecillos en que el arte aún no ha puesto mano con el deseo de industrializar la Naturaleza, misteriosos lagos de vivas y claras aguas, ingentes barrancos y cavernas troglodíticas; en fin, todos cuantos atractivos puede apetecer quien desee aprovechar el verano en algo mejor y más saludable que andar cambiándose de traje siete veces al día, vistiendo por la mañana la blusa del *chauffeur* y por la noche el *smoking* del cortesano, ó distrayéndose en perder los cuartos al treinta y cuarenta ó á los caballitos, cuando no en otras cosas peores.

Lucena del Cid, por el contrario, es uno de esos sitios que ofrecen al veraneante las más patriarcales é inocentes distracciones. Pero ya hay en los alrededores lugares favoritos para excursiones, meriendas y jiras, como los llamados la Pedreñera, el Orón, la Fuente de Tomás, San Antonio, la Cueva del Molino, la Peña del Amor y otros, adornados con nombres no menos poéticos y sugestivos.

Y conforme acabamos de descubrir tan lindo punto de veraneo, ¿no habrá en España otros muchos igualmente apartados y agradables donde pasar el mes y medio ó los dos meses á que tenemos derecho inalienable é imprescriptible cuantos vivimos del trabajo ó esfuerzo personal?

Creemos que sí y procuraremos hacerlo ver á nuestros lectores.

No es que en absoluto vayamos á prescindir de cuanto ocurra en las grandes playas ni en los balnearios y sitios más concurridos por los veraneantes, pero sí hablaremos con preferencia de aquellos lugares modestos donde se pueda veranear *en petit comité*, sin la obligación del lujo y del dispendio.

FOT. DE CARLOS SARTHOU (HIJO)

LA CASCADA

EL LAGO.

DÚO Á LA SOMBRA,
POR A. ANDRADE

ELISA LA MALAGUEÑA (1)

CAPÍTULO PRIMERO.—CONFIDENCIAS DE ELISA

I

FIRME amistad y eterno agradecimiento me unen á ti con lazo indisoluble, mi querido Dióscoro. Nuestros cuerpos podrán separarse, pero mi alma siempre estará contigo, venerando, si no la presencia, el recuerdo de tu persona.

Há tiempo que agitan todo mi sér singulares imaginaciones y sentimientos extraños. Me falta valor para hablarte de esto. No acertaría yo tampoco á explicártelo improvisadamente y de voz viva. Me decido, pues, á escribir lo que en mí noto: á dar razón de mi vida en escrita confesión misteriosa. Procuraré retratarme con fidelidad, aunque yo sola, por ahora, contemple el retrato. Acaso tú le veas más tarde y me reconozcas y comprendas como yo soy, si el destino, valiéndose de medios imprevistos, me lleva un día lejos de ti. Entonces te dejaré este escrito para que sea rastro indeleble de nuestra convivencia.

En balde me afano por descorrer ó por rasgar el velo que encubre los primeros años de mi niñez Ignoro quiénes fueron mis padres. No sé dónde nací, aunque presumo que en Málaga. Sólo se presenta á mi memoria de un modo confuso la figura del histrión y titiritero ambulante que me enseñó á bailar en la maroma, á cantar canciones populares y á recitar versos en calles, plazas y mercados.

Por más hondamente que retraiga yo á mi pensamiento la vida pasada, no columbro la hora ni el instante en que se abrieron mis ojos y hube de iniciarme en los misterios de Afrodite, perdida la santa ignorancia que dicen que tienen las niñas educadas con recato y vigiladas por madres celosas y por fieles esclavas.

Sólo mi amo, el titiritero, miraba por mí, pero materialmente. Era como hortelano ó como viñador sin delicadeza á quien poco importa que se ajen algunas flores con tal de que nadie coja el fruto antes de sazón, y á quien si no se vendimia en agraz la viña, no desagrada que se arranquen pámpanos para que el sol toque el racimo y le dore y endulce.

El titiritero, en suma, cuidaba someramente de mí, mas no de la íntegra limpieza de mi alma. Mi alma, no obstante, allá en su centro, permanecía cándida y limpia. Era como tela de amianto impregnada en pez y arrojada á las llamas. La pez arde y se consume, y queda limpia la tela.

II

Trece ó catorce años debía tener yo cuando tú me conociste. Hubo en Málaga solemnes fiestas para celebrar el advenimiento al trono de Alejandro Severo.

Tú apareciste allí con tu hermosa hermana Zoe. Lograste que te dieran el teatro público para algunas representaciones, y como tu hermana y tú estábais solos te ajustaste con mi amo, á quien llamaban el maestro Isidoro, á fin de que él y su gente completasen la compañía. En ella, fuera de vosotros dos, nadie había con más habilidades que yo, ni que llamase más la atención del público, ni que fuese más aplaudida.

Tenía yo una inconsciente desenvoltura y una candorosa falta de pudor que entusiasmaban á las gentes y que deleitaban y alborotaban sobre todo á los viejos.

(1) No rendido por el peso de los años y de la gloria, sino fresco y juvenil se conserva el espíritu del gran maestro D. Juan Valera, á cuya bondad debemos el honor señaladísimo de publicar hoy el primer capítulo de su novela inédita *Elisa la Malagueña*, cuya acción pasa en los tiempos de la Roma cesárea. *Elisa la Malagueña* no está concluida aún. El insigne autor trabaja su obra con amorosa prolijidad, como podrán juzgar nuestros lectores por el primer capítulo.—*(N. de la R.)*

No podía decirse que yo fuese mujer aún; pero mis movimientos, mis gestos, mis sonrisas y mi modo de mirar, cuando yo bailaba ó cantaba, prometían tanto que era maravilla. Linda es la rosa abierta que muestra el áureo seno en medio de sus abundantes pétalos rojos y suaves y que exhala delicado aroma; pero el capullo gusta y excita más por el misterio, sobre todo cuando el misterio está próximo á revelarse, y ya, por entre lo verde, empieza á aparecer el carmín de las enrolladas hojas, las cuales prometen romper pronto la cárcel que las encierra y desplegarse embalsamando el ambiente y entregándose á los lascivos besos de las auras.

Tú, que eres gran conocedor, notaste al punto lo que yo valía y el provecho que podías sacar de mí.

El maestro Isidoro estaba, como siempre, muy falto de dinero, y siendo yo suya y á modo de su esclava, pues me había criado y educado, tú te concertaste con él, y pagándolo bien, conseguiste que te entregase mi persona.

Deseabas tú tenerme contigo; pero más lo deseaba tu hermana Zoe, quien desde el principio y con mayor vehemencia sintió por mí extraordinaria simpatía.

He dicho que el maestro Isidoro me había educado porque no se me ha ocurrido expresarlo de otra suerte; pero la verdad es que la educación que me había dado, si prescindimos del canto, casi natural y sin estudio, de la danza y de mis habilidades de acróbata, era educación harto incompleta. Yo lo ignoraba todo. Sólo sabía picardías groseras, extrañamente combinadas con mi candidez de niña. No acertaba á discernir lo perverso y vicioso, de lo decente y honesto. De los hombres, de la sociedad y de todo el gran espectáculo del mundo, me forjaba yo las más fantásticas ideas. Sobre mí misma apenas había reflexionado ni me había examinado. Aunque vaga y confusamente, presentía yo que iba á ser muy bonita, y que pronto, muy pronto se desenvolvería en mí un pasmoso poder que sería fuente de felicidad para alguien, venero de deleites y causa para mí de nombradía y de fortuna.

Crecía yo, sin embargo, con espontánea falta de dirección, á modo de planta sin cultivo. Ni siquiera en lo corporal había yo concebido un extremo de elegancia, de distinción y de gracia, á que aspirase realizándole en mi persona. Estaba cerca el momento en que iba todo á florecer, y yo no comprendía por qué arte había de solicitar y hacer más rico el florecimiento, prestándole valor y atractivos que no da por sí sola la ciega naturaleza, sin esmero, sin cultivo y sin guía.

De gran provecho me fueron entonces la tutela y los sabios consejos de tu hermana Zoe, quien, como he dicho, me quiso desde luego muchísimo y á quien nunca sabré pagar las sabias lecciones que acertó á darme.

Aunque parezca inmodestia, no he de ocultar yo que ella encontró en mí la más atenta, hábil y aprovechada discípula. Cada leve indicación suya, era luminosa revelación para mí. Comprendí lo que yo podía ser, y puse y empleé toda la energía de mi voluntad para que ninguna esperanza se desvaneciese y para que mi natural generoso, estimulado é impulsado por mi deseo y dirigido por mi entendimiento, viniese á manifestarse en toda la plenitud de la hermosura y en toda la fresca lozanía de la juventud cuando brotase como en la primavera se rompen las yemas, se dilatan los renuevos y se engalana el árbol de verde pompa y de preciosas flores.

Cuatro años duró esta educación mía, de que tu hermana fué maestra; esta transformación mía de niña en mujer hermosa, á la que tanto contribuyó tu hermana con sus consejos, con su estímulo y con su ilustrada experiencia.

Durante todo aquel tiempo me mirabas tú con afecto, pero con afecto en cierto modo frío, casi técnico, como mira el artista la obra que va saliendo bien de entre sus manos, y, halagada su vanidad, se complace en dicha obra, sin otro anhelo que el de verla terminada y sin defecto alguno.

Zoe y tú cultivásteis también mi espíritu, sumido hasta entonces en la barbarie. Me hicísteis comprender y admirar el orden, la hermosura y la magnificencia de las cosas todas, que son visibles, y me impulsásteis á fantasear algo de lo invisible y de lo sobrenatural, que sin duda lo ordena, lo concierta y lo penetra todo, animándolo y dándole vida.

Inútil es recordarte que, á los pocos días de haber hecho tú el trato con el maestro Isidoro, por cuya virtud te quedaste conmigo, salimos de Málaga y recorrimos muchas ciudades de España, Italia y Grecia.

En todas éramos bien recibidos y aplaudidos y

ganábamos mucho dinero. Tú me enseñaste á recitar bien los versos. Casi llegué á recitarlos mejor que Zoe. Ella al menos así lo declaraba, mostrándose, por su extremado cariño hacia mí, complacida y no celosa.

En Alejandría había llegado yo, según asegurabas tú, á la perfección del arte de la comedianta, y ya hice contigo ó representé escenas, casi siempre amorosas, en que ambos fuimos muy aplaudidos.

A decir verdad, toda esta educación artística y poética me había revelado no poco y había hecho surgir del fondo de mi alma alambicados sentimientos que el vulgo desconoce; pero tú seguías mirándome como obra tuya y de tu hermana, y no como mujer capaz de inspirar amor y que te lo inspirase; y sobre lo que era verdadero amor, seguía yo á ciegas.

Mi amistad estrechísima con tu hermana, apenas podía darme de esto un vago, confuso y remotísimo presentimiento como pudiera la luz de la luna ó el resplandor de una estrella hacer concebir á quien nunca le hubiese visto el refulgente brillo del sol del medio día. Y los impuros recuerdos de mi descuidada y viciosa niñez, comparados con el radiante fulgor del amor verdadero, eran como la luz de una tea, obscurecida por el humo, si se compara á los rayos vencedores del sol, que disipan las nubes y doran y serenan la amplitud azulada del aire y dan transparente claridad al éter.

Cuando tú por vez primera me dejaste conocer que me amabas, mi primer sentimiento fué muy hondo y hasta entonces desconocido. Sentí que yo también quería y debía amarte, pero que algo me faltaba. Quería ser toda tuya, verter sobre ti mi alma como esencia olorosa guardada cuidadosamente en un pomo sellado á fin de que el aroma exquisito y volátil no se disipe. Nadie había hasta entonces abierto el pomo, ni vertido una sola gota del elixir precioso, pero yo recelaba que algo de su aroma, por falta de cuidado, había ido disipándose, y que ya no podía yo dártele á ti en toda su fuerza y reconcentrada virtud. Esto me afligía y me desconsolaba, y entonces, casi antes del amor, despertó en mí el pudor, aletargado ó hasta aquel punto dormido.

Contradicción pasmosa; la admiración, el culto de mi propia hermosura corporal, de que yo me envanecía y en que yo me deleitaba, me hacían considerar que algo iba yo á perder al entregarme á ti, y á par que me dolía este sacrificio, por lo mismo que le consideraba costoso y grande, me complacía en poder hacértele, como la mayor prueba de amor que podía darte, como algo con que rescataba yo mi falta y compensaba ó suplía la mengua de lo pasado en mi descuidada edad primera.

Hacía ya tiempo que me mostraba yo huraña y esquiva con los hombres de cierta importancia y con los personajes que venían á vernos y que me requebraban y pretendían. Algunos tal vez nos llevaban á los tres á su casa, á tu hermana, á ti y á mí, á fin de que representásemos, cantásemos, y bailásemos, alegrando los banquetes que daban.

Ciertamente no era mi castidad ni ninguna otra virtud la que de todos mis pretendientes hasta entonces me había defendido. Lo que me había defendido era la admiración de mi propia belleza y el temor de deslustrarla. Consideraba yo, en mi orgullo, tan portentoso aquel tesoro, que no había riqueza en el mundo que le pudiera pagar.

Sólo podía pagarle otro tesoro inmenso de amor que naciese en el alma de un sér á quien juzgase yo digno de mí.

JUAN VALERA

BAJORRELIEVES DE COULLAUT VALERA

LA MUERTE DEL HÉROE

El valiente soldado que rodó en la trinchera
con el pecho cruzado por la bala certera,
casi exhausto de vida llega al santo hospital;
sus amigos le dejan desmayado en el lecho
y llorando se alejan al mirar en su pecho
dilatarse la herida con aliento mortal.

A la vez se divisa mientras yace dormido
halagüeña sonrisa en la faz del herido,
como estrella que alumbra de la noche el horror:
es la fiebre que sube y que su alma enardece,
como el rayo en la nube cuyo seno enrojece
al rasgar su penumbra con brillante fulgor.

Sueña en glorias que alcanzan las iberas legiones,
que á medida que avanzan sus temibles cañones
se dilata de España el antiguo confín.
De las armas poíentes acrecerse en la guerra,
como lavas hirvientes que inundaran la tierra
impulsadas con saña y extendidas sin fin.

Sueña luego el soldado que en la paz bendecida
introduce el arado en la tierra querida
que con sangre regase y después con sudor.
Ve á su Patria adorada en la paz más gloriosa,
esparciendo la vida que en su seno rebosa
como sol que alumbrase con destellos de amor.

Así mueren los buenos, así mueren los santos,
entre goces serenos, sin zozobras ni espantos,
floreciendo ternura y vertiendo su miel,
y la fiebre les prende ilusiones tan bellas
como un astro que enciende luminares de estrellas
adornando la altura con brillante joyel.

Así mueren en calma sin pesar ni temores,
porque el bueno en el alma lleva un nido de amores,
de pasiones que yacen anidadas en él;
de la fiebre al encuentro salir todas anhelan,
y del alma en el centro espantadas revuelan
y las penas deshacen con su alegre tropel.

Pierda triste la vida quien se aplique á gozarla
y con su alma rendida al temor de dejarla
sueñe ya en los infiernos su egoísmo carnal,
pero el héroe muera con la faz sonriente
y en la hora postrera iluminen su mente
resplandores internos de una luz celestial.

RAFAEL TORROMÉ

DIBUJO DE REGIDOR

LA SEMANA PASADA

LA CATÁSTROFE DEL NAJERILLA. VISTA DEL PUENTE DESDE ARRIBA

ESPAÑA entera se ha conmovido ante el horror de la catástrofe ocurrida en el puente de ferrocarril sobre el río Najerilla, entre San Asensio y Cenicero. Los relatos de los corresponsales periodísticos y los partes oficiales no tienen, para dar idea del desastre, la fuerza que las fotografías tomadas

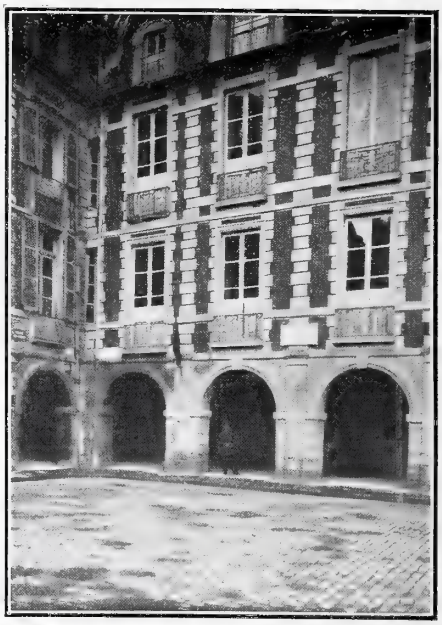
VISTA DEL PUENTE DESDE ABAJO

FOTS. EULOGIO GARCÍA

MASCARILLA DE VÍCTOR HUGO, POR DALOU
FOT. GRIBAYEDOFF

en el lugar del suceso, y que reproducimos en estas planas. En ellas puede contemplarse los espantosos destrozos causados por la horrible caída del tren al hondo valle.

CUANDO hace dos años se preparaban en París las fiestas del centenario de Víctor Hugo, uno de los íntimos del gran poeta, Paul Meurice, ofreció á la Villa de París todas las colecciones de objetos que poseía, para que Francia dedicase al culto víctor-huguesco una casa en París por el estilo de la que Inglaterra ha dedicado al culto shakespeariano en Stratford-on-Avon. Y como la casa en que Hugo murió, en la avenida de su nombre, era muy pequeña para encerrar tantos objetos, el Ayuntamiento escogió la en que el poeta habitara de 1833 á 1848 en la plaza de los Vosgos. La casa en cuya fachada una sencilla lápida dice así: *Casa de Víctor Hugo;* tiene tres pisos: el primero, consagrado á las cosas relacionadas de cerca ó de lejos con el poeta; el segundo, dedicado á los objetos propios de Víctor Hugo, y referentes á sus obras; y el tercero, en el que se conservan los objetos íntimos y familiares de Víctor Hugo. En el piso bajo figuran todos los dibujos, tapices y esculturas referentes al maestro y todos sus retratos y bustos, entre ellos la mascarilla hecha en su lecho de muerte por Dalou. Una gran sala ocupa la biblioteca, que contiene todas las ediciones más bellas y raras de las obras de Víctor Hugo. En otra está la mesa de los cuatro tinteros, con los que usaron Jorge Sand, Alejandro Dumas, Lamartine y el propio Víctor Hugo.

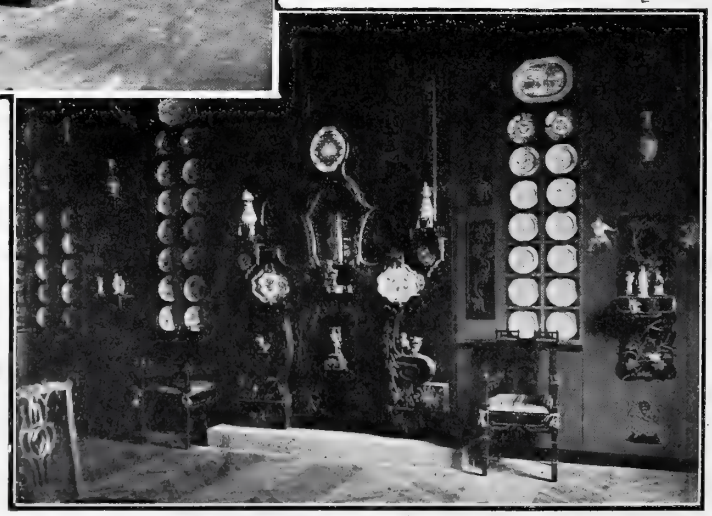


FACHADA DE LA CASA DE VÍCTOR HUGO
FOT. GRIBAYEDOFF

En el piso principal hay una antesala cuyos muebles de madera tallada preciosamente fueron obra de las manos del poeta, que los dibujó, desbastó y talló durante el destierro; un salón totalmente revestido y ocupado por dibujos originales de Víctor Hugo, en marcos y molduras que él mismo hizo; un salón chino completo, dibujado y ejecutado por él, y en el cual se notan escenas familiares y anécdotas de su vida; y en fin, el cuarto en que murió el poeta, el amplio lecho con columnas, el armario en que guardaba sus manuscritos, la mesa donde escribía siempre de pie, el reloj y todos los demás muebles de la alcoba-despacho.

LA SALA DEL PISO PRINCIPAL,
CON LOS DIBUJOS DEL MAESTRO
FOT. GRIBAYEDOFF

En el último piso se encuentra el museo familiar de Víctor Hugo, los retratos de todos los individuos de su familia, fotografías de las casas en que vivió en Guernesey y en Pasajes, y también todas las porcelanas, platos, vasos, botellas, pipas, medallas, cin-



EL SALÓN CHINO FOT. GRIBAYEDOFF

tas, etc., etc., en que apareció reproducida en distintas épocas y con varios motivos la efigie del maestro.

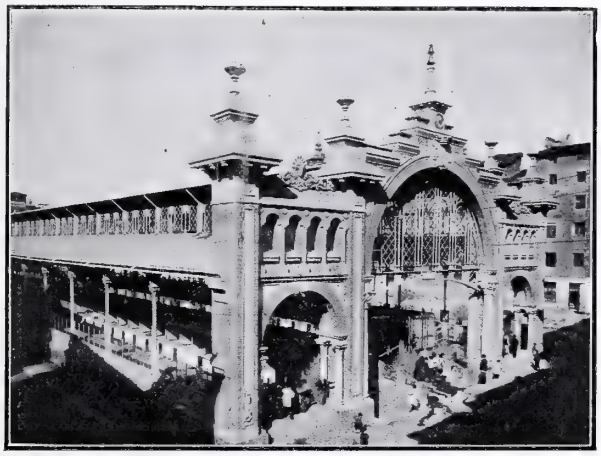
PERO si Francia honra muertos á sus grandes hombres, raro es que España los honre aún vivos, sobre todo si son hombres de ciencia, modestos y apartados trabajadores.

A esta clase pertenece el nuevo académico de Ciencias exactas, físicas y naturales D. Victorino García de la Cruz, catedrático de Química orgánica en la Universidad Central y paciente investigador de las leyes mecánicas de los gases nebulosos y de los líquidos turbios. El trabajo del Sr. García de la Cruz sobre las leyes fundamentales que rigen la morfología interna de los materiales histológicos, es una obra seria y concienzuda, y nosotros nos honramos publicando el retrato de tan modesto sabio español.

D. VICTORINO GARCÍA DE LA CRUZ
FOT. J. JIMÉNEZ

GRAN satisfacción nos produce también el poder mencionar y publicar noticias de nuevas y magníficas obras realizadas por las grandes ciudades de España para su mejora y engrandecimiento.

A este género de construcciones pertenece el magnífico Mercado que acaba de construirse en la noble y heroica Zaragoza: obra emprendida con fe propiamente aragonesa y llevada á cabo con tenacidad y acierto no menos propios y genuínos de aquella hermosa y progresiva tierra. Hace poco más de dos años, aún afeaban el centro de Zaragoza los puestos y tenderetes de los mercaderes al aire libre, en forma no muy diferente de la que afectaban los mercados en los tiempos de D. Jaime el Conquistador.

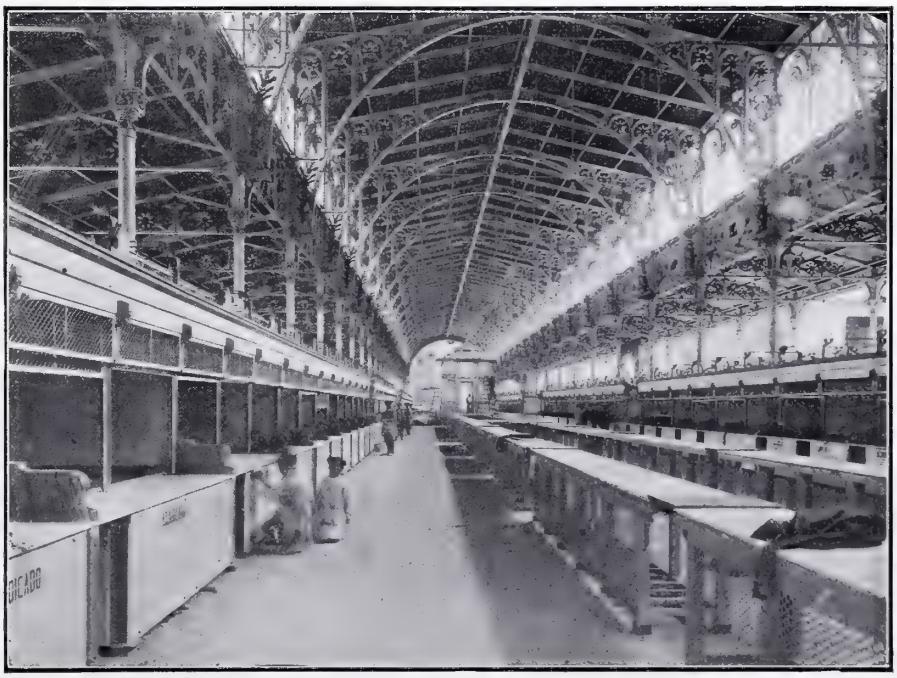


FACHADA DEL EDIFICIO FOT. DE LETE

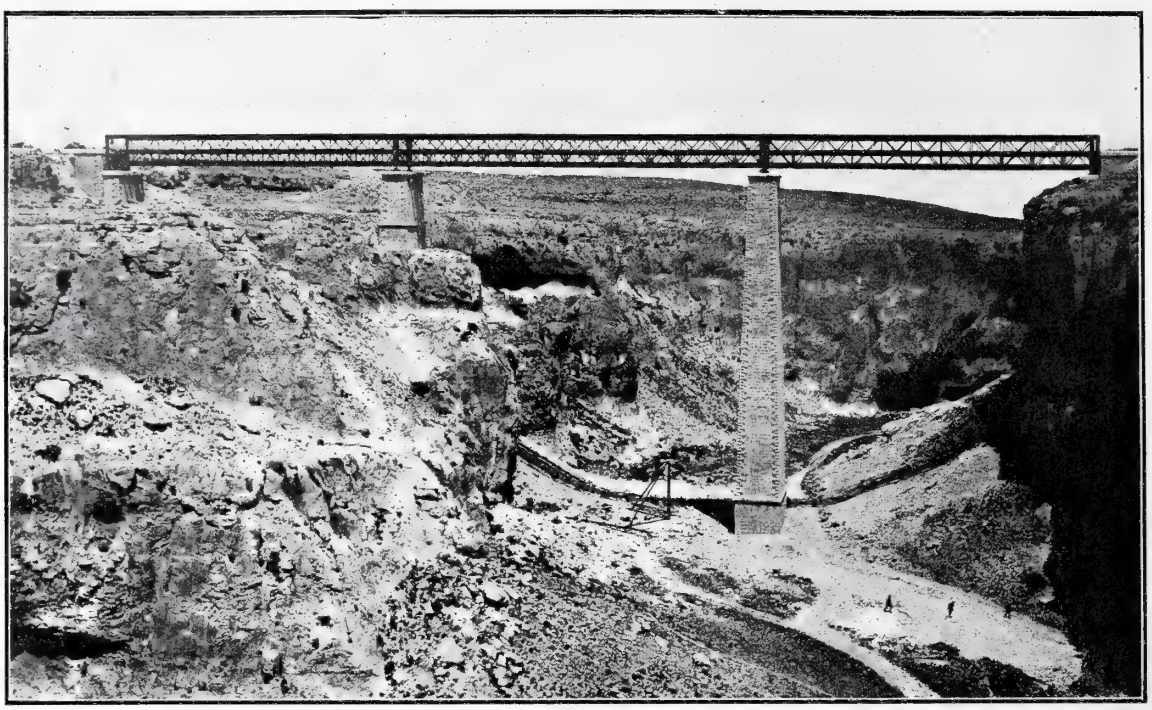
Hoy cuenta la ciudad con un edificio amplio, cómodo, limpio, higiénico y aireado, de científica ordenación, de completa policía, de bellas proporciones. Y lo que vale más, todos los materiales en el edificio empleados han sido españoles, y españoles el ilustre arquitecto D. Félix Navarro que ha dirigido las obras, y los capataces, maestros y peones que las han realizado.

Así, cuando un extranjero llegue á Zaragoza y pase por la puerta del Carmen, de gloriosas cicatrices blasonada, no dudará de que está en España: pero cuando vea el Mercado nuevo, tampoco dudará de que está en Europa.

OTRA obra de gran importancia realizada también con mucho acierto y fortuna, es el nuevo puente de ferrocarril en la línea que ha de unir á Zaragoza con la cuenca carbonífera de Utrillas. Ese puente que se alza sobre el barranco ó cañada de Lahoz, es una construcción esbelta y elegante que descansa sobre un hermoso pilar central de 48 metros de altura. La longitud del puente es de 110 metros y la obra de hierro ha sido hecha por La Maquinista Terrestre y Marítima de Barcelona, que ya lleva realizadas muchas muy importantes.



INTERIOR DEL NUEVO MERCADO DE ZARAGOZA FOT. DE LETE

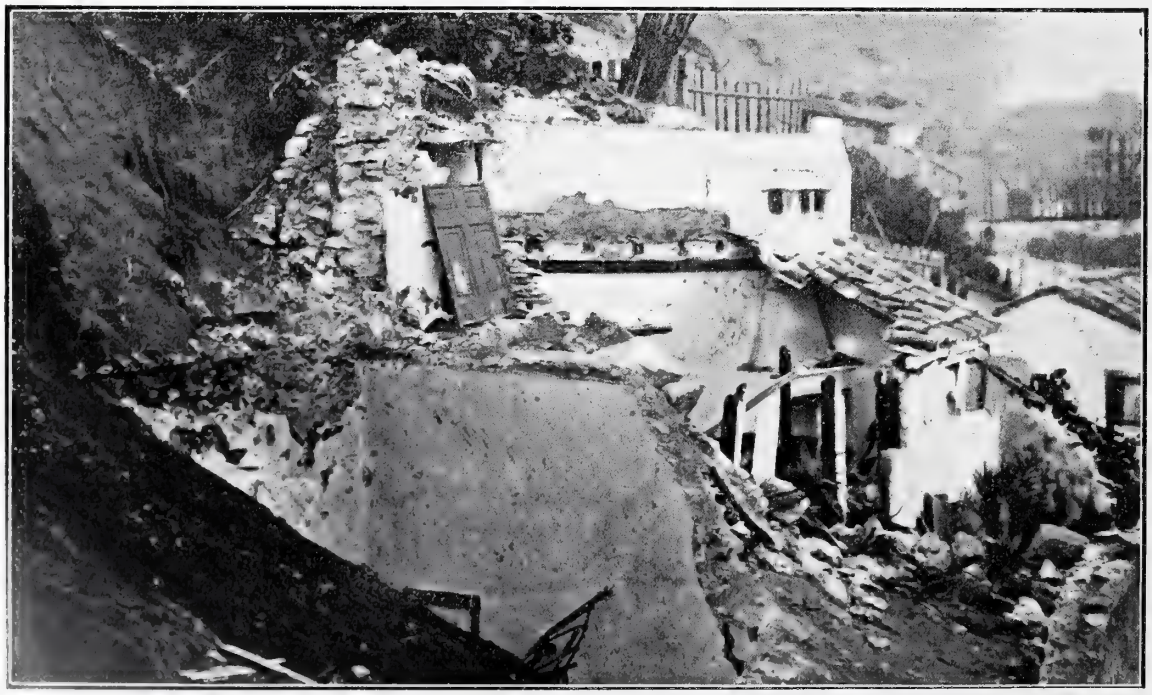


NUEVO PUENTE DE FERROCARRIL EN EL BARRANCO DE LAHOZ FOT. FERNÁNDEZ RUIZ

Nos anuncian de Gibraltar una tremenda desgracia acaecida en el caserío de la Caleta, situado al pie de los murallones que defienden el Peñón. Hará cosa de un mes ocurrió un desprendimiento de piedras que hundió una casa, sin que ocurriesen desgracias personales. Ahora el desplome de todo un muro ó pared de contención ha causado tres muertes y herido gravemente á otras cinco personas.

Todo se nos vuelve desgracias, asolamientos y fieros males. El ministro de la Gobernación es el único que no se derrumba aunque venga un terremoto.

DON RUPERTO



RUINAS PRODUCIDAS POR EL DERRUMBAMIENTO DE LA CALETA FOT. MONTEGRIFO

...Y ACONTECIÓ EN EL REINO DE LA PRIMAVERA

Zephiros.—¿Dáis audiencia, señora?

La Primavera.—¿Quién la pide?

—Siete doncellas enamoradas que vienen de la tierra.

Las enamoradas. — Reina nuestra y amable, ampáranos

La Primavera. — Lleguen á mi presencia. ¿Qué buscáis en mi reino? Secad el llanto. Mi trono está cercado de flores, y el llanto que cae sobre las flores, las marchita.

—Señora: somos niñas.

—Reina: hermosas nos dicen.

—Al nacer la primera violeta, nació nuestro amor.

—Y tiene corona de rosas.

—Que quisiéramos inmortales.

—Porque su aroma es nuestra vida.

—Pero sabemos, reina, que vendrá el Otoño.

Las siete.—Y que con el Otoño caerán las flores y llorará el amor. ¡Señora, reina nuestra y amable, ampáranos!

La Primavera.—¿Por qué venís á mí?

—Sois la soberana de las rosas.

—Y mandáis en los rayos de sol.

—Cierzos y escarchas están domeñados bajo vuestro imperio.

—¿No podréis, sonriendo, desarmar al Otoño?

—Y rogarle que respete nuestros amores.

—Y que sus vendavales no deshojen nuestras coronas...

—Y que sus aguas frías no se derramen sobre nuestro verjel...

Las siete.—Reina nuestra, y amable...

(Pausa.) La Primavera, oído el mensaje, medita.

Las siete enamoradas esperan palpitantes de emoción, pero inmóviles bajos sus túnicas luengas y blancas. Zephiros acaricia con dedos invisibles sus cabelleras color de trigo.

La Primavera, irguiéndose.—Aquí, mi mensajero.

Zephiros.—Mandad, soberana.

—Busca al Otoño y dile que hé menester de su consejo. (Sale Zephiros, suscitando al pasar remolinos de aroma.) Y vosotras esperad la sentencia que el viejo quiera darnos: hablará mi alma por vuestro amor.

Las enamoradas.—Señora, tomad nuestra vida.

Torna Zephiros. Se oye una trompeta sutil.

Suenan, más bajos, acordes majestáticos de vendaval. Las flores del trono pliegan sus corolas.

Zephiros.—¡El Otoño!

Y el viejo rey de barba enmarañada y gris como los cielos en Noviembre, entra en el reino de la Primavera. Viste por manto real el incendio de una puesta de sol: trae la frente—la frente rugosa—ceñida de nubes, y sus ojos son verdes como las charcas donde flotan las hojas muertas.

Marcha pesadamente, y á cada paso va tronchando una flor: á cada flor tronchada, hace duelo una lágrima de la Primavera, y por cada lágrima cae un copo de escarcha sobre un rosal que vive en el jardín más soleado de la tierra.

La Primavera.—Buen padre Otoño, bien venido seáis á mi morada.

El Otoño.—Díjome tu enviado que habías menester mi consejo.

—Cierto, señor: sobre mi alma duerme una angustia que tú puedes curar.

El Otoño sonríe malévolamente:—Mis manos—dice—tiemblan de vejez y están encallecidas por el largo vivir. ¿Cómo han de curar las llagas de tu corazón, que apenas ha nacido?

—El largo vivir enseña larga ciencia, y el alma de la vejez se llama compasión.

El viejo sonríe nuevamente.

—Dime tu cuita.

La Primavera.—Venid, enamoradas. Estas, buen padre, son las más lindas flores de mi huerto. Nacieron conmigo. Respiraron perfumes y bebieron rocío, y he aquí que al abrirse sus ojos hallaron al amor y fueron suyas: y el amor las coronó de rosas.

—Rosas que han de morir. (La voz del viejo, silbante y temblona, suena como hachazo del leñador que va cortando ramas.) ¡Que han de morir cuando llegue mi hora!

Las enamoradas prorrumpen en desolado llanto.

La Primavera.—No lloréis. Siempre fuísteis mi amigo. ¿No queréis oirme? (Se acerca lentamente y le abraza.) ¡Ah, padre Otoño, padre Otoño! Si yo no fuese maestra de risas para el mundo, mal podría el mundo llorar vuestros rigores; porque habéis de saber que alma que nunca se ha reído, nunca llorará. Si no hubiesen visto alguna vez el cielo azul, las almas creerían que la dicha es gris, y llamarían luz á vuestras sombras, y vos, que gozáis ese sér temido, seríais amado.

El ceño del viejo se desarruga condescendiente.

—Sabes que una vez en tu reino y junto á ti no tengo á gran desdicha el ser amado. ¡Si tú me amases...!

—Soy loca y vos austero: amándonos, viviremos infelices; pero gusto de que habléis de esa suerte. Todo pensamiento de amor es un paso hacia la bondad. Quiero recompensaros vuestro buen impulso.

—¡Recompensarme!

—Dándoos ocasión de hacer un bien. Favoreced á mis protegidas, pensad un medio de inmortalizar las rosas de sus frentes.

—¿Un medio? (El Otoño medita.) Uno hay.

La reina palmotea: las enamoradas lanzan gritos de júbilo.

El mirar del viejo se torna enigmático. Acércase á las doncellas, que tiemblan de frío. Barbotea al hablar y mueve acompasadamente su barba gris. Palpa con sus dedos marchitos las frentes coronadas de rosas.

—Dícenme que daríais la vida por conservar vuestras coronas...

Las enamoradas.—Que son el símbolo de nuestro amor.

—Tú, Primavera: quieres atender á su ruego... Sea. Compartes conmigo el imperio de los tiempos: tuya y mía es la tierra, mitad por mitad: del lado allá del mundo soy soberano, cuando del lado acá eres reina. Lleva en tu cortejo á estas tus predilectas, y serán perdurables las rosas de sus frentes, pasando de una primavera á otra primavera.

Las enamoradas, con alarido lamentoso: — De un amor á otro amor... ¡Queremos ser fieles á nuestros amados!

El Otoño.—¡Qué importa el amado si el Amor permanece! Así conservaréis vuestras coronas, y vuestra juventud será eterna.

Las enamoradas desciñen de sus frentes las rosas: besan los frescos pétalos, los verdes cálices, los tallos trémulos... Después arrojan la perfumada ofrenda en las gradas del trono, y se retiran callando.

El Otoño.—¿Huyen tus amigas?

La Primavera.—¿Por qué me abandonáis?

Las enamoradas.—Queremos ser fieles, queremos ser fieles.

La Primavera baña en lágrimas las rosas que ofrendaron las desoladas.

El Otoño, riendo con risa de triunfo:—Ser fieles... ¡Necias!

G. MARTINEZ SIERRA

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

EL EMBARGO

(CUENTO VASCO)

No me gusta apostar; primero, porque no está bien, y segundo, porque pierdo siempre; pero lo que es esta vez me atrevo ¡vaya si me atrevo! con el más pintado.

Y la apuesta es la siguiente: ¿A que nadie acierta qué tuvo que embargar, en cierta ocasión, un honrado comerciante de Bermeo, en pago de una partida fallida que le llegaba al alma? Hay opción á citar durante media hora las cosas más estrambóticas, aun con la ayuda del Diccionario.

¡Ea! ¿Hay quien acepte? ¿No? Hacen ustedes muy bien, porque perderían irremisiblemente, pues entre el sinnúmero de cosas embargables, y aunque yo añadiera la seña, gravísima si no mortal, de que lo embargado fué un semoviente, imposible imaginar que en una villa costanera se le ocurriese á ningún nacido decomisar... ¡vamos, que tiene muchísima gracia...! ¡decomisar un oso...!

Y la cosa no puede ser más sencilla y natural.

Llegó á la villa un húngaro exhibidor del oso más desteñido y famélico que imaginar se puede.

Al bohemio, bronceado verdoso, rendido por la interminable caminata, le debió parecer que el mundo acababa allí, en aquel saliente con que en el mar avanza el Machichaco, cabo que de ser invitado á ello, hubiera bautizado con el propio nombre de Finisterre.

El disgusto de ver un punto final en su carrera, tuvo compensación agradable.

¿Dónde como allí le saldría al paso, recibiéndole con aclamaciones de júbilo, un ejército de chiquillos? En parte alguna podría encontrar parroquia tan numerosa y animada.

Por desgracia, la magnitud de las colectas no estaba ni remotamente en proporción con el número de pilluelos, quienes después de presenciar con interés caluroso las habilidades del plantígrado, se limitaban, en prenda de entusiasmo, á imitar admirablemente á oso y amo, remedando por parejas el «¡baile gli urso...! ¡ande la Mariana...!» de éste y los gruñidos y bailoteos de aquél.

Pero repentinamente calmados á la vista de una sórdida pandereta que les ponía debajo de las narices el exhibidor, no se les pasaba por el magín la idea de echar en ella una perra, por varias razones. La primera, porque no la tenían, razón tan principal y de tal peso, que huelgan ciertamente todas las demás. Limitábanse los lobeznos de mar á tomar un airecillo de dignidad ofendida, mirando después al importuno pedigüeño con ojos que decían bien claro:

—¿Pagar? ¡Sí, mucho...! La calle de todos es...!

Cuando idéntica escena se repitió por quinta vez en la sexta función callejera, el pobre húngaro, caviloso y preocupado, vió que no le salía la cuenta; seis ovaciones y cinco perras chicas para fruto de una tarde de trabajo, eran bastantes ovaciones, pero pocas perras. Había afición en el público, esto era indudable; pero aquel pueblo, como otros que yo sé, premiaba con vanos honores á sus héroes, que se morían de hambre en un hartazgo de gloria.

En el insomnio de aquella noche, el pobre diablo renegaba de su condición trashumante y callejera.

Y como alma templada en la adversidad, en vez de desalentarse, se creció al castigo.

¿Por qué no le pagaban? Porque podían divertirse gratis *et amore*, cosa á la verdad muy agradable.

¿Qué defensa cabía contra tal sistema? Alzar paredes, siquiera fuesen de frágiles tablas, como dique á la curiosidad de los que querían divertirse y gastar poco. Una vez hecho el tinglado y él á la puerta, listo tendría que ser el que disfrutara de bóbilis.

Ciertas dificultades ofrecía la falta de dinero con que pagar las tablas necesarias; pero ¿para qué se ha inventado el crédito? Lo buscó y lo halló en seguida en un honrado comerciante que tenía una partidita de maderas viejas procedentes de un derribo, y á quien no le pesó aquella ocasión de colocarlas.

¡Manos á la obra! En dos boleos levantó el industrioso ganapán una cosa que en otra parte hubiera parecido una caseta de consumos, pero que allí, donde no hay fruta tan desabrida, pareció edificación bastante para el caso.

Y á esperar. El primer día no fué nadie. Claro, acostumbrados á los precios anteriores, no se conformaban con pagar la perra grande señalada ahora. Era cuestión de calma.

Pero pasaron tres más, y la huelga del público persistía. El exhibidor tomó una decisión heroica: bajó los precios y aumentó las letras del cartel. A PERA HICA escribió en letras como cabezas.

Y nadie... ¡ni un alma! Se conoce que se habían juramentado para sacarle por hambre de su guarida.

En vano, en cuanto la casualidad juntaba ante la caseta un grupo de arrapiezos con los dedos en las narices, el pobre hurgaba al oso para hacerle lanzar rugidos espantables; en vano largaba de tiempo en tiempo un galimatías multilingüe y lastimero para ponderar lo que se vería dentro.

Al octavo día, convencido de su mala suerte, ya no decía palabra, mudo y ensimismado á la puerta de su barraca, mientras el pobre animal, avezado al aire libre de los caminos polvorientos, rugía de hastío encajonado entre la estrechez de las tablas desnudas.

Por fin, al décimo día, un hombre se acercó á la entrada; era el comerciante de las tablas, que en vista del fracaso evidente del negocio, se apresuraba á presentar la cuenta antes que el panadero y el tabernero y los demás *eros* acreedores, tal vez con la vana idea de cobrar por eso mejor.

Con la mayor suavidad mostró al bohemio la más detallada y minuciosa de las facturas. El infeliz no presentó objeción: ¡nada! ni dijo palabra, ni hizo un gesto; mudo, petrificado, el Barnum sin fortuna parecía la estatua de la Insolvencia.

El reclamante, convencido de que no sacaría nada por las buenas, levantó el gallo, chilló y amenazó. ¡Como si hablara á la pared! Había que oirle al hombre deplorar su confianza excesiva.

Y no era eso lo peor, sino que muchos parroquianos con cuentas pendientes en su comercio, seguían curiosos la contienda, para juzgar de sus agallas y ver si rezaba de buena fe el Padrenuestro en lo de perdonar á sus deudores.

Era preciso mostrar energía y no andarse en contemplaciones.

Había que embargar algo. ¿No había más que el oso? ¡Pues el oso...!

Precisamente poseía él una tejavana donde estaría el bicho como en su casa. ¡A la tejavana con él!

Y vean ustedes lo que son las cosas. Aquel público desdeñoso que no había querido honrar con su presencia la barraca del húngaro, se daba de mojicones por asomarse á las rendijas de la tejavana; los chiquillos, sobre todo, llovían espesos como piedras á tablado y pegajosos como las moscas en la miel.

Y los que no lograban ver al oso se entretenían en inventar canciones burlescas.

El pobre hombre, incomodado por tal muchedumbre que interrumpía el paso para la tienda, esperaba de un momento á otro la llegada del bohemio con bandera de parlamento.

¿Qué podía hacer sin el oso más que morirse de hambre?

Pero no vino: ¡justa venganza! ¡Tampoco el público había ido á él!

Durante la noche, atraídos por los rugidos feroces del oso hambriento, muchos curiosos se subieron al tejado para ver lo que hacía. ¡Pobres tejas! En cambio ellos dieron la noticia de que el animal se había zampado el contenido de unos barriles de sardinas que valían más que la barraca. ¡Cuando un negocio se tuerce...!

Cayó el comerciante del burro, y mandó que buscaran al exhibidor para que se llevara á su oso, al cual no era prudente acercarse; tales eran sus alaridos y destrozos. La noticia que trajeron los emisarios le consternó.

El húngaro había tomado el portante y ya no estaba en el pueblo. ¿Qué hacer? ¿Pedir que matara el oso á tiros la Guardia civil?

¡Ta, ta, ta...! ¡Así se mata un oso que no estamos muy seguros de que sea nuestro! ¿Y si luego venía el otro con reclamaciones? Porque ya había oído el comerciante la opinión de un abogado que, entre bromas y veras, declaraba inembargable al oso como *herramienta del oficio* de exhibidor.

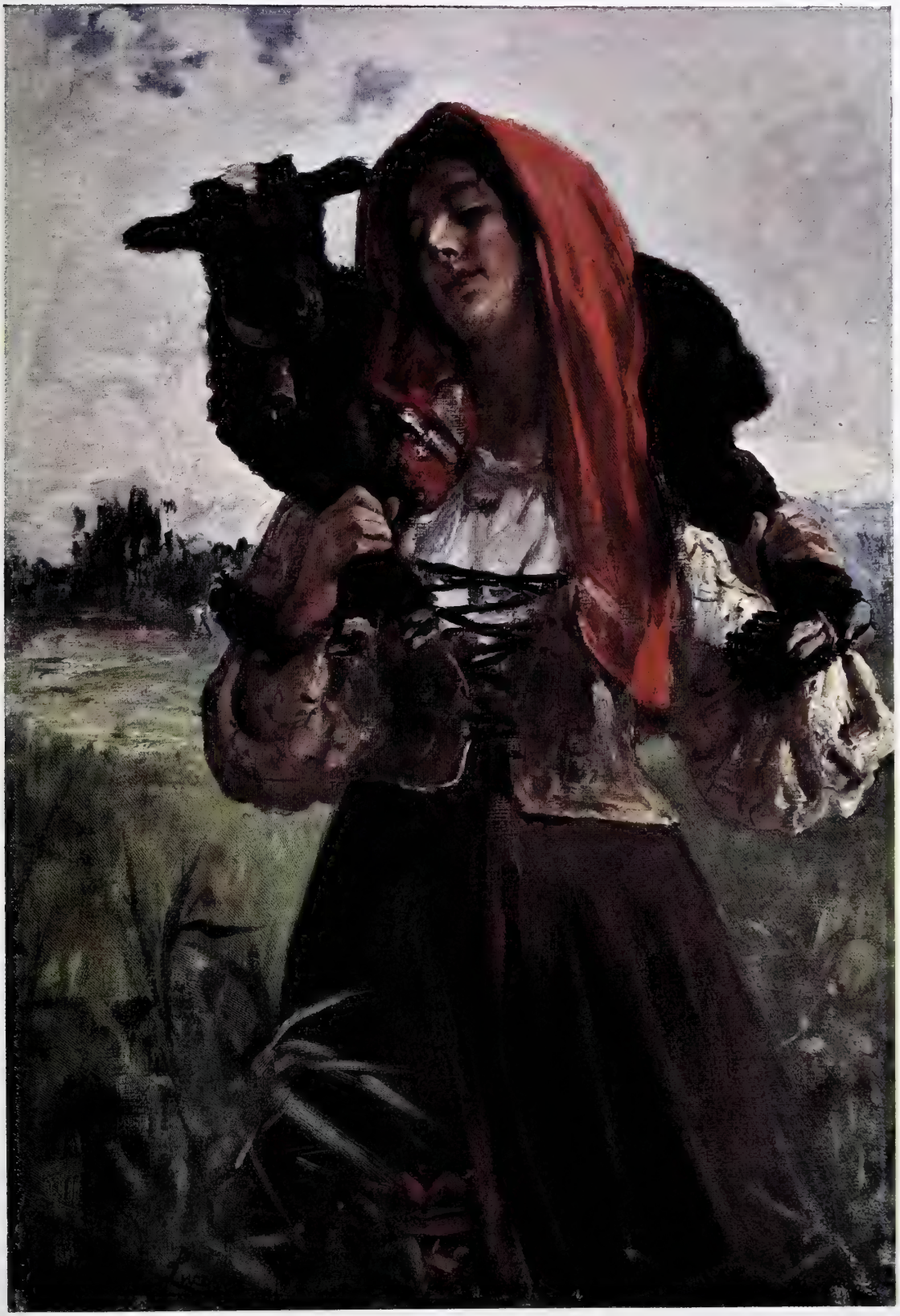
En fin, que le entró al hombre tal desasosiego que tomó el camino. Alcanzó á su deudor en Mundaca, le llevó á la taberna, paternal y bondadoso; fraternizó con él, quitándole con trabajo de la cabeza la idea, ya arraigada, de dejar el oficio, del que hizo el comerciante grandes y cómicas ponderaciones. Total, que para remate tuvo que darle dos duros porque volviese por el animalito.

Así que desde entonces, cuando algún acreedor airado amenaza con el embargo al mal pagador que apura los dos primeros plazos del «tarde, mal y nunca», no falta en el auditorio quien murmure:

—¡Ay! ¡embargar...! *¿Y otro maculiña* si te tiene éste también...?

JUAN ARZADUN

¡IDILIO! POR T. MUÑOZ LUCENA



CROQUIS ASIÁTICOS

LA HORA DEL TE

Aunque ya vaya desapareciendo de nuestras costumbres el absurdo prejuicio que consideraba el té como una tisana medicinal, los europeos apenas tenemos noción de la capital importancia que en el Imperio chino, maestro de tantas cosas, se concede al té y á cuantos actos habituales y ceremoniosas prácticas se relacionan con dicha sabrosa bebida.

Todo chino regularmente acomodado considera la hora de tomar el té como nosotros estimamos la de la comida; es decir, como la ocasión más favorable para las expansiones íntimas y para la mutua comunicación entre las personas que componen la familia. Y no es que el chino tome el té solamente en su casa: al contrario, no hay persona bien educada en el Celeste Imperio que no lleve consigo una bolsita con té para tomarlo en cualquier lugar donde haya á mano agua caliente y un búcaro, y para ofrecer al

amigo á quien tropiece en la calle, como nosotros sacamos la petaca y ofrecemos tabaco. Pero esos tés tomados al revuelo y por mera necesidad social, nada tienen que ver con el té reposado, solemne, litúrgico, que el chino rico sorbe en el jardín ó en el salón de su casa con voluptuosa beatitud.

Para tan emocionante y exquisito momento se escogen las hermosas y perfumadas hojillas del *té perla*, que es el rey de los tés, recolectado de la primera cosecha *(té imperial)* en las provincias de Kiang-Nan ó de Che-Kiang. Antiguamente, cuando aún la *civilización* europea no había entrado á sangre y fuego en la venerable y desamparada China, para cultivar y recoger el té imperial se observaban las más minuciosas ritualidades. Los encargados del cultivo habían de ser hombres jóvenes, pulcramente vestidos y escrupulosamente lavados y peinados. Estaban sujetos á un régimen alimenticio especial para que no hubiera en su aliento impureza ninguna que pudiese contaminar á las plantas ó entibiar su penetrante aroma. Para recoger la hoja habían de lavarse las manos una porción de veces y calzar todos los días un par de guantes nuevos. El té de primera se sacaba únicamente de los arbustos de tres á cuatro años y de las hojas primeras que echaban. Los famosos tés negros, congos, souchong, pekao y aukay á que los comerciantes occidentales conceden tan pomposa importancia, eran despreciables hierbajos para un chino de calidad. Hoy las cosas han variado mucho, y ni siquiera en lo más apartado del Celeste Imperio se puede tomar una buena y legítima taza de té.

FOT. MARTÍ

LA VIRGEN DE GUADIX

IMÁGENES ESPAÑOLAS

La devoción popular, tan aficionada á los exclusivismos y á las competencias piadosas entre imágenes de pueblos cercanos, ha entablado siglos há una especie de lucha de milagros y virtudes taumatúrgicas entre la famosa Virgen de las Angustias de Granada y la no menos venerable de la ciudad apostólica de Guadix, donde, según tradición, está la más antigua sede episcopal de España.

Sin entrar en la discusión, sí haremos constar que la imagen de Nuestra Señora que en Guadix se venera es, considerada desde el punto de vista artístico, una de las más bellas é importantes de España. Es obra del inmortal Salzillo, y, sin duda, de la mejor época de aquel insigne estatuario, cuya mano se echa de ver en la grandiosidad de la composición y en el singularísimo valor expresivo de la imagen.

FOT. IBARRA

LA ALBERCA DEL JARDÍN,
POR GARCÍA Y RODRÍGUEZ

AÑO TRECE Y NUMERO 636 MADRID DIA 11 DE JULIO DE 1903

BLANCO Y NEGRO

APUNTES SEVILLANOS

LA TORRE DEL SALVADOR

GENTIL y arrogante, sin la gracia ligera de los alminares que trazó el arte mudéjar, pero con mucho carácter sevillano, se alza en medio de la metrópoli andaluza la graciosa torre del Renacimiento que corona la iglesia del Salvador y señorea un precioso y original conjunto de blancas terrazas y limpios tejados, por entre cuyas balaustradas y huecos asoman las flores de las macetas y á veces los rostros floridos de las sevillanas.

DIBUJO DE GARCÍA Y RODRÍGUEZ

LA CASA DE LOTI

RETRATO DE LOTI.—SALÓN DE LA EDAD MEDIA

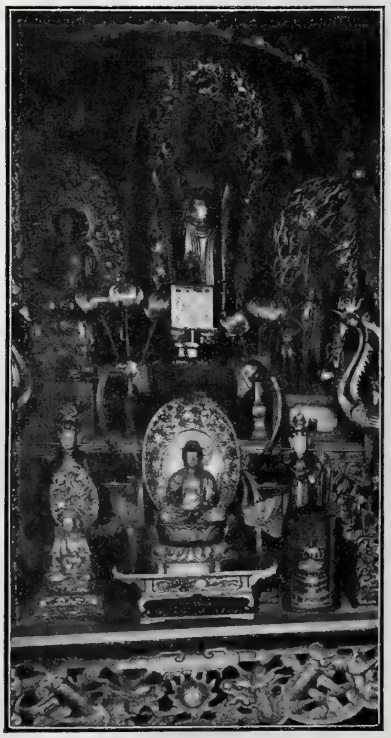
TRONO EN LA SALA CHINESCA

HUBO en Roma un tiempo en el cual todas las aspiraciones humanas podían resumirse deseando ser poeta y amigo de Augusto.

De muy parecida manera, la más ambiciosa imaginación de poeta egoísta apenas puede soñar hoy con nada tan agradable como nacer francés y ser escritor popular en ese gran país cuya decadencia cacarean cuatro majaderos, pero cuyas miserias las desearíamos nosotros para hacerlas prosperidades.

Pierre Loti, ó sea el oficial de marina Julián Viaud, el afortunado autor de *El pescador de Islandia* y de *La señora Crisantema*, es sin duda alguna, á juzgar por el material y exterior aspecto de las cosas, uno de los hombres más dichosos de la tierra.

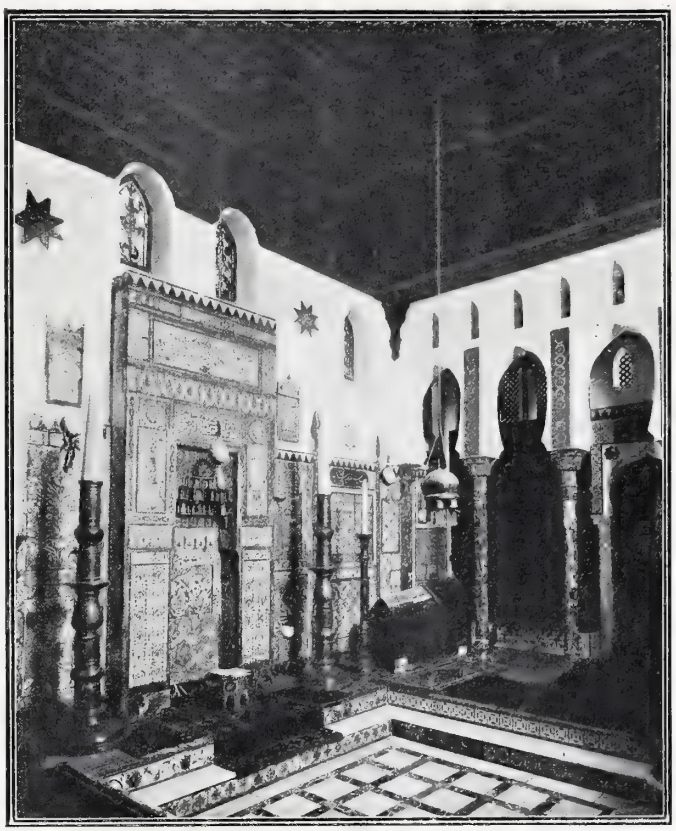
En la casa donde actualmente habita, en Rochefort, pueden verse concretados y reunidos todos los elementos asequibles para la felicidad de un artista. Porque Loti no se ha contentado con recorrer el mundo ente-



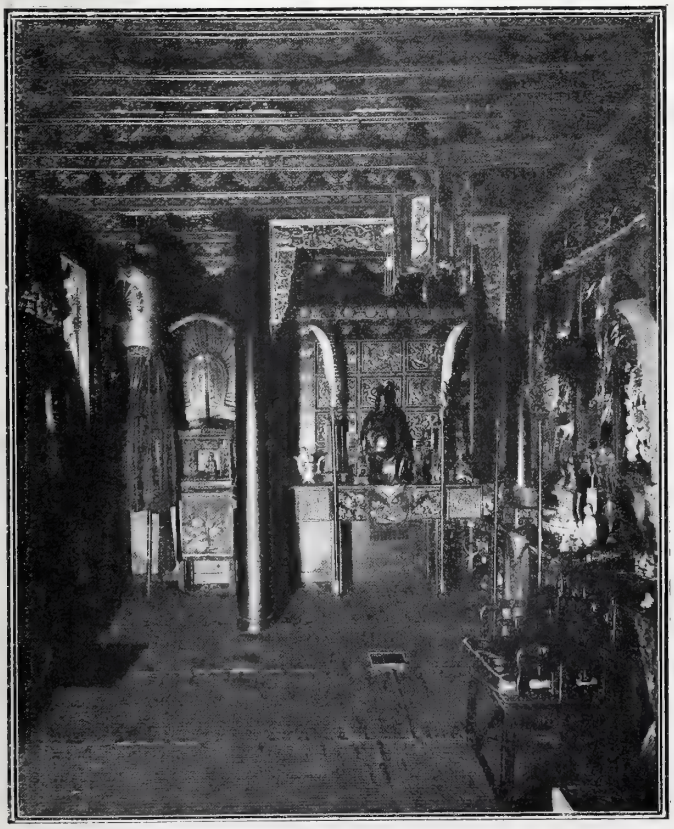
DETALLE DEL SALÓN JAPONÉS

ro, y no ya como un presuroso y atortolado *turista* que va sujeto á la esclavitud de la fonda, del ferrocarril y del Baedeker, sino como un gran señor, dueño absoluto del barco de guerra en que navegaba como en una casa propia flotante, administrando el tiempo y el espacio según su antojo. Así es posible, así es fácil y placentero componer libros de apacible y regocijante lectura, cuando ni el tiempo, ni el lugar, ni las urgencias de la lucha diaria conturban y achican el espíritu. Pierre Loti ha explayado su vista por los mares y las montañas, ha visto la nube de humo que corona el Hecla en Islandia y las nieves que cubren la calva cónica del Fusiyama en el Japón; ha acampado en la tienda del árabe sahariano y en la vivienda lacustre del maorí ó del dayak de Nueva Zelanda; ha cogido en los templos indios la imagen sagrada de Ganesa, el de la testa de elefante, y en las pagodas chinas el orondo Budha, bizco y reposado, y en las mezquitas musulmanas el precioso azulejo y el pebetero lleno de extraños aromas.

Así, en su casa tiene la pagoda y la mezquita y el templo japonés y la armería medioeval, y cada uno de estos aposentos alhajados con riquezas innumerables, todas auténticas y legítimas, adquiridas por el dueño en los sitios donde se producían ó se conservaban, es para el artista una



MEZQUITA MUSULMANA



PAGODA CHINESCA

perfumada caja, un acervo ó depósito de sensaciones pasadas, una mina de provechosas sugestiones, porque de nada sirve el ver las cosas, el recibir la impresión directa de la realidad, si no hay medio y manera de hacerla revivir á su debido tiempo, cuando el choque con los colores y los ruidos y los matices y los perfumes ha perdido la violencia y adquieren la necesaria vaguedad los términos al esfumarse en la memoria. Por eso muchas veces no sirven de nada los apuntes tomados *sobre el terreno*. La impresión que recogemos hoy, Dios sabe cuándo podremos aprovecharla. El poderoso que tiene la facultad de sentirse musulmán ó japonés ó indio ó caballero de las Cruzadas sin más trabajo que el de trasladarse de una á otra habitación de su palacio, cual lo hace Loti, ¿qué rivales puede temer?

Sonriamos, pues, cuando se nos habla de la superioridad de los literatos franceses. Convenzámosnos de que no es intrínseca, sino extrínseca. La dan el medio, la riqueza, la cultura, la inmensidad del público á quien se dirigen, la variedad enorme de recursos y medios de acción, y sobre todo la estimación personal, la atención, el mimo de que se rodea á todo el que tiene la inenarrable dicha de nacer literato en Francia.

W. & B.

FOTOGRAFÍAS MONTASTIER

UN GUERRERO DEL FIGUIG
POR CARLOS VÁZQUEZ.

LA ROSA

Tiempo hacía que el Infante D. Dionís de Portugal estaba comprometido á tomar la roja cruz y emprender el viaje de Palestina al frente de sus tropas, como los demás caballeros, barones y príncipes cruzados de Francia, Alemania, Hungría é Inglaterra; pero no acababa de resolverse. No es que fuese don Dionís ningún cobarde follón, ni ningún malcreyente, ni que no le hubiese punzado, en su primera juventud, el ansia de gloria; es que el albedrío se le había enredado en una cabellera oscura, y sin albedrío no se va á Palestina, ni á ninguna parte.

Los pertrechos y municiones de guerra los tenía prontos; los corceles piafaban ya en las cuadras del alcázar, y todas las mañanas D. Dionís advertía á los capitanes que se hallasen preparados á salir antes de la puesta del sol. La orden definitiva de ponerse en marcha era la que no llegaba nunca. Los hombres de armas murmuraban en sus corrillos; los veteranos fruncían el ceño y mascullaban dichos crudos y frases injuriosas, y las mujeres del pueblo, al ver pasar al infante, rebozado en su amplio manto, apresurándose para llegar á la cita, se reían diciéndose bajito:

—Embrujado nos le há la bellaca.

Por fin se determinó el rey en persona á intervenir en el asunto. Llamando á su hermano, reprendió y afeó su conducta, y le dió á escoger entre partir al frente de la tropa aquella misma tarde, ó ser recluído en la torre más alta del alcázar. D. Dionís aplazó la respuesta hasta que el sol traspusiese; pero, agobiado de tristeza, hizo sus preparativos y en larga entrevista se despidió de la que así le tenía cautivo voluntario. Después, cabalgando su potro negro, metióse por las fragosidades de la sierra, hasta dar con la ermita donde moraba un anacoreta de avanzadísima edad, á quien los serranos tenían en concepto de santo.

Hay horas, hay crisis morales—y el Infante atravesaba una de ellas—en que se experimenta la necesidad de escuchar una voz que venga de otras regiones, las más distantes posible de la tormentosa en que nos agitamos. Dijérase que la propia conciencia encarna, adquiere visible forma y habla por boca ajena con energía y gravedad. El Infante, en aquel momento, hacía galopar á su potro hacia la cueva del solitario, á través de matorrales y riscos, ansiando respirar aire puro, ser bendecido, recibir estímulo para la santa empresa de la cruzada, y dejar en fiel depósito algo que le importaba más que la vida...

A la puerta de su celda escavada en la roca, el ermitaño, sentado en una piedra, se dedicaba á alisar corcho. Su barba blanca relucía como plata á los destellos del Poniente. El estruendo del galope del caballo le movió á levantar la cabeza. Apeóse el Infante, ató el potro, sudoroso, cubierto de espuma, á un tronco de árbol, y después se arrojó á los pies del solitario. No sabía por dónde empezar la narración de sus cuitas; al fin rompió á hablar, en dolorida y quebrantada voz. El solitario le escuchaba pacientemente, soltando á ratos alguna palabrilla de consuelo.

—Hijo mío—exclamó al fin, con llaneza cariñosa,—verdaderamente no sé remediarte. No soy un sabio astrólogo de los que se pasan la noche consultando los astros y el día ahondando los misterios de la cábala y la alquimia; no soy un teólogo profundo; no he aprendido más ciencia que la de vivir en estas soledades rezando y trabajando con mis manos, y los serranos que vienen á consultarme, no adolecen de pasiones profundas y quintaesenciadas como las tuyas, ni fluctúan entre el honor y el amor. Son gentes sencillas, y sus disgustos suelen reducirse á que les falta del rebaño la cabra pelirroja. Poco alivio puedo dar á tu enfermedad, y sólo te digo dos cosas: que siendo tú el primer caballero del reino, tu deber es ir, sin titubear, á donde los caballeros vayan, y... que ninguna pasión vale lo que cuesta.

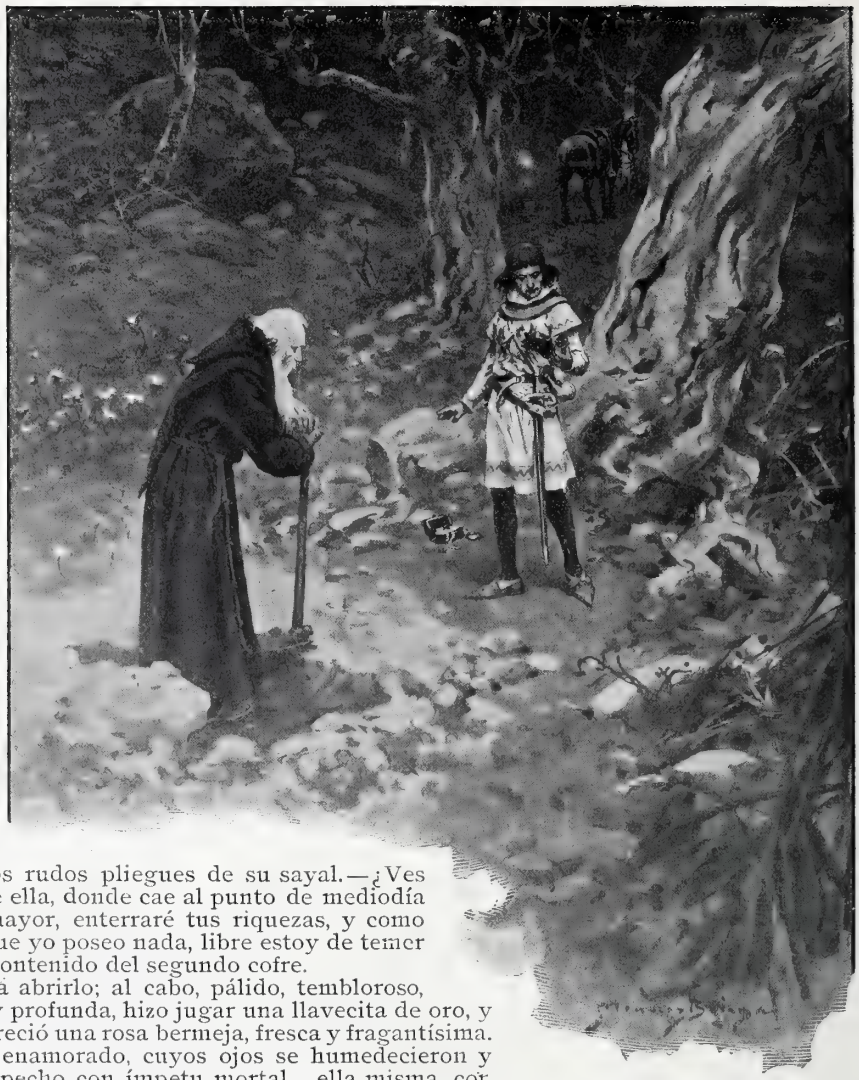
D. Dionís se enjugó con un lienzo la sudorosa frente, arrancó de lo hondo de las entrañas un suspiro, y tomando del arzón del caballo un envoltorio de rico paño de seda blanco bordado de aljófar, lo deslió y sacó dos cofrecillos arábigos de esmalte, de trabajo primoroso.

—Antes de cumplir mi deber partiendo, quiero confiarte este depósito, santo varón—declaró al poner las arquillas en manos del eremita.—¡Guárdamelo hasta mi vuelta! Empéñame tu palabra de que lo conservarás cuidadosamente en un sitio convenido y conocido de mí, á fin de que si murieses antes de mi regreso, pueda yo recuperarlo. No quiero fiarme de los cortesanos: me serían desleales. En ti está cifrada mi última esperanza...

—No guardo yo esos cofres sin saber lo que contienen. Pudieran encerrar algún maleficio, alguna brujería satánica,—contestó receloso el solitario.

D. Dionís abrió el primer cofrecillo, que apareció atestado de monedas de oro, sartas de perlas, joyeles de diamantes: un tesoro.

—Será custodiado, y lo encontrarás á tu vuelta intacto, oh príncipe—declaró el ermitaño, apresurándose á ocultar el cofrecillo entre los rudos pliegues de su sayal.—¿Ves aquella encina? Al pie de ella, donde cae al punto de mediodía la sombra de la rama mayor, enterraré tus riquezas, y como nadie puede sospechar que yo poseo nada, libre estoy de temer á bandidos... Veamos el contenido del segundo cofre.



Resistíase el príncipe á abrirlo; al cabo, pálido, tembloroso, con emoción misteriosa y profunda, hizo jugar una llavecita de oro, y en el fondo de la caja apareció una rosa bermeja, fresca y fragantísima.

—Ella misma—dijo el enamorado, cuyos ojos se humedecieron y cuyo corazón saltó en el pecho con ímpetu mortal,—ella misma, con la divina sangre de sus venas, ha teñido esa rosa, que fué blanca, y me la ha dado en señal de inextinguible cariño. Quisiera llevármela conmigo, pero ¿y si la perdiese en el desorden del combate? ¿Si caigo prisionero y me la quitan y la profanan? Guárdamela tú. No hay ahí, santo varón, más brujería ni más hechizo que el del amor grande y terrible, y te prometo que ni conjuro ni artes mágicas tienen tal fuerza. Si te acometen malhechores, entrega lo que llamas tesoro, las monedas, las pedrerías... ¡pero que yo halle á mi vuelta esa rosa, empapada en la vida suya!

Tres años habían corrido; el eremita alisaba corcho á la puerta de su cueva, mordiendo á ratos un mendrugo de seco pan, cuando escuchó otra vez el tendido galope de un potro, y un caballero de rostro tostado por el sol, de frente atravesada por ancha cicatriz, se detuvo y echó pie á tierra.

—Bienvenido, Infante. La paz sea contigo,—exclamó el solitario.—Veo escritas en tu cara tus hazañas contra los perros infieles. Me figuro que vienes por tu depósito. Ahora mismo lo desenterraré. Ha crecido sobre él la maleza, y ni imaginar habrán podido los salteadores que ahí se oculta un tesoro...

—¡Ah! La rosa, la rosa es lo que anhelo recobrar,—contestó D. Dionís.—Cava presto, santo varón, y devuélveme la alegría. He padecido mucho: el calor del desierto ha requemado mi cerebro, el árido polvo ha abrasado y semicegado mis pupilas, la sed ha secado mis fauces, el hambre ha debilitado mi cabeza, el acero ha rasgado mis carnes, la fiebre ha consumido mi cuerpo... pero así que vea la rosa, todo lo olvidaré, y sólo sentiré gozo de bienaventuranza.

—¿No estás gozoso por el deber cumplido?—interrogó el anacoreta.

—No,—repuso el Infante.—Soy tan miserable, que eso no me importa; ni aun lo recuerdo. ¡La rosa! Dame tu azadón; ¡cavemos!

De la tierra removida, lo primero que salió fué el cofre lleno de oro y joyas. Al alzar la tapa brillaron resplandecientes los diamantes, y el oriente de las perlas mostró sus suaves cambiantes de aurora. Impaciente el Infante, rechazó la arquilla, lanzándola contra el tronco del árbol. A dos azadonazos más, el segundo cofre apareció, y D. Dionís, alzándolo piadosamente, lo abrió con transporte.

En el fondo vió algo arrugado y negruzco, que, al darle el aire, se deshizo en ceniza. Y espantados los ojos, amarga con infinita amargura la boca, D. Dionís separó las manos y dejó caer el cofre al suelo.

EMILIA PARDO BAZÁN

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

Señoritas de Compañía

Llámanse también «acompañantas», «mises», «mesdemoiselles», «lazarillos» y más generalmente «carabinas». Véanse los cuatro modelos más usuales.

MODELO 1.º

HUÉRFANA de un oficial tercero de Administración civil. Acompaña á la señorita de López y López todos los días impares, de tres á siete de la tarde, á *ver tiendas*, espectáculos gratuítos y

paseos, que terminan invariablemente con una vueltecita por la Carrera de San Jerónimo, haciendo después la entrega de la niña á su mamá con las formalidades de ordenanza. Tiene autorización de la señora de López para hacer la *vista gorda* ó *ahuyentar* á los pretendientes que no demuestren una posición desahogada. Algunas veces sirve de intermediaria en los amores, á cambio de algún regalito del novio. Ejerce sus funciones para descanso de la señora de López, que padece dolores reumáticos en las articulaciones; como á la niña no estaba bien encerrarla entre cuatro paredes, el señor de López decidió, haciendo un esfuerzo monetario, *ponerle* una señorita de compañía, porque *eso* da muchos aires de grandeza, abrigando además con ello, como todo padre, la *siniestra idea* de un buen partido para la niña. Cobra al mes sesenta reales. Los días pares acompaña á otra señorita y compañera en orfandad. Las mañanas de los impares acompaña á otra, y las pares... está buscando colocación. Anda todos los meses 623 kilómetros y gasta tres pares de botas

MODELO 2.º

ACOMPAÑANTA de la señorita de Martínez-Largo. Viuda de un caballero que estuvo en muy buena posición. Pertenece (según ella) á una familia de muchos *pergaminos*. Conoce á toda la aris-

tocracia con pelos y señales ¡y sabe cada cosa! Su marido falleció á consecuencia de malas jugadas en Bolsa. Tuvo dos coches y cinco troncos. Estas últimas frases las repite con frecuencia á la señorita que acompaña y á todo el que la oiga, para que se sepa que no es una *cualquiera*. Ingresó en la *carrera*, no por necesidad, sino como ayuda para *trapos* de vestir. Actúa á diario, acompañando á la de Martínez á paseos y diversiones, con opción á unos pasteles ó helados en el Suizo. Algunas noches acompaña también al teatro, comiendo en la casa los días que eso sucede... sacando la barriga de mal año. Hereda los vestidos y sombreros de la niña que han pasado á segunda vida, pero ¡claro está! que regalados indirectamente, porque en caso contrario se ofendería el amor propio de la exmillonaria. Acompaña en sus visitas á la niña, alternando en la conversación general. Malas lenguas dicen que *quita* los novios alguna vez á su protegida, pero esas son murmuraciones y calumnias. Cobra doce duros al mes... y estómago agradecido.

MODELO 3.º

CARABINA de la señorita de Sobre-Moda del Pulgar. Ingresó en la *carrera* por vocación y derecho propio. Es perita mercantil, maestra superior, exalumna del Conservatorio con 63 premios. Tiene un año aprobado de comadrona, posee tres lenguas y tres dialectos. Sabe escribir en toda clase de máquinas. Hace versos divinamente medidos, con motivo de cualquier fiesta onomástica. Lo mismo pinta la marina plácida y sencilla con sus correspondientes gaviotas, que copia en tamaño natural el cuadro de las Lanzas ó otro de mayor tamaño. Hace toda clase de encaje, y borda lo mismo unas iniciales para un paño de cocina, que un capote de paseo para el *Bombita chico*. Es un tesoro por sus habilidades enciclopédicas. Hija, aunque fea, de un modesto teniente de la reserva, viendo que con su poco agraciado físico no conseguiría oir nunca de cerca la Epístola de San Pablo, se dedicó á *acompañar*.

Por las mañanas asiste á casa de la señorita de Sobre-Moda, donde *vierte* su caudal de conocimientos sobre la cabeza de la niña. Por la tarde la pasea, al par que sin desperdiciar ocasión sigue actuando de profesora al *aire libre*. La acompaña á las visitas de confianza. Al llegar á su casa aún le queda tiempo para dar lecciones de piano y coser para fuera. Cobra quince duros y gajes por regalos de pintura de platos, bordados, etc.

MODELO 4.º

MISS de la Marquesita del Pino-Azul. Encargada directamente á Londres por medio de un anuncio en *The Times*. Consume 30 duros mensuales, tres *beefsteacks* diarios, cama y ropa limpia. Por las mañanas está encargada de la educación, enseñanza y custodia de los niños menores de la marquesa, y les acostumbra á llamar á su mamá en correcto inglés. De once á una, paseo á pie por la calle de Alcalá con la marquesita, y conversación en francés. Por las tardes conversación en inglés, y por las noches en alemán, con prohibición de hacer uso del español para nada. Come en mesa aparte con los niños. Por la tarde, clase de música, dibujo y labores. De cinco á ocho, paseo en coche por la Castellana ó en *auto*. La marquesa, lo mismo que el viudo del modelo anterior, no tiene un momento disponible, entre las visitas, los *five o'clock*, *lunch*, *evening-party*, *le tailleur*, la modista, etcétera, etc.; y creyendo firmemente que, después de *soltar* al mundo los vástagos, han quedado terminadas todas sus obligaciones, la Miss es la encargada de solventar todas las cuestiones que á ellos se refieran. Es una institución en la casa, hasta el momento de casar á la última niña. Entonces se retira á Londres, después de haber previamente girado al Banco de su país los crecidos ahorros fruto de su labor. Los domingos por las tardes asiste al teatro con los niños.

KARIKATO

SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIII

A la hora de cerrar este número de BLANCO Y NEGRO, circulan las noticias más pesimistas respecto de la enfermedad que padece el ilustre anciano, padre y jefe de la cristiandad entera.

Quizás cuando los lectores pasen la vista por esta página, la enfermedad habrá tenido un doloroso desenlace, no por esperado y previsto menos sensible para todos, católicos ó no, pues para la tranquilidad y la paz de los espíritus en el mundo entero no había, no podía haber más segura fianza que la existencia del inmortal León XIII en el solio pontificio. No es éste lugar adecuado para recordar los grandes méritos de Su Santidad ni sus altas virtudes políticas, reconocidas por los mayores estadistas del mundo y acatadas por los soberanos y jefes de casi todas las naciones. Sólo León XIII, es decir, sólo un pontífice dotado de su clarísima y penetrante visión de la realidad, de su exquisita moderación de espíritu y de sus grandiosas y elevadas miras hubiera logrado atraer á Roma, en las circunstancias más comprometidas y graves de la política internacional, al rey de Inglaterra y al Kaiser teutón, sin perder de vista á los demás señores y dueños de la marcha de los sucesos políticos.

Dificilísima de recoger y de administrar es la herencia de León XIII. Grandes sucesos se avecinan. Dios ilumine á todos.

LA SEMANA PASADA

BANQUETE OFRECIDO EN VALENCIA AL POETA D. TEODORO LLORENTE FOT. BARBERÁ MASIP

VALENCIA ha festejado con la esplendidez y el gusto propios de tan noble y generosa ciudad á uno de sus más grandes poetas, al insigne D. Teodoro Llorente, á quien si los valencianos aprecian como poeta regional, España entera le admira y todos los países de lengua española le deben singular gratitud, porque á ellos ha hecho llegar en versos magníficos la sublime inspiración del inmortal Goethe y la humana inspiración del no menos inmortal Enrique Heine.

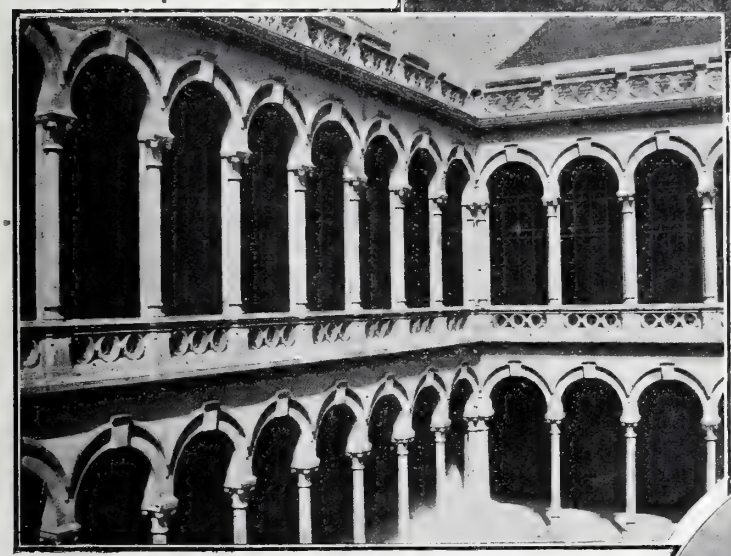
En el banquete ofrecido á D. Teodoro Llorente había ilustres representaciones de Valencia y de todas las provincias y regiones de España. Faltaba, no obstante, la representación de Alemania, de cuyo espíritu Llorente ha sabido mostrarnos lo mejor.

LA CARRERA DE AUTOMÓVILES DE DUBLIN. EL VENCEDOR JANETZY LLEGANDO Á LA META
FOT. GRIBAYEDOFF

NUEVAS atrocidades han ocurrído en Irlanda con motivo de la carrera de automóviles de Dublin, en que se ofrecía como premio la copa de Gordon Bernnet, el propietario del *New York Herald*. Muertos, heridos y contusos no han faltado, resultando triunfante el austriaco Janetzy, con una máquina *Mercedes*.

MIENTRAS las demás capitales marchan á paso de tortuga en materia de mejoras locales, Barcelona prosigue con su febril actividad edificando cuanto las necesidades múltiples de una gran ciudad requieren.

El Nuevo Hospital de Barcelona es un edificio verdadero modelo en su género. La ciencia de la hospitalización ha evolucionado, hasta el punto de que hoy no se construyen establecimientos de esa clase con el aparato de solidez y grandiosidad habituales en los tiempos pasados, sino todo lo contrario. El hospital moderno ha de ser ligero en la construcción, compuesto de pabellones aislados, con todos los huecos posibles para conseguir una aireación eficaz, y sin ningún género de lujo ú ornato impertinentes y antihigiénicos. El ideal en la materia es que un hospital no dure más de cincuenta años, al cabo de los cuales se debe quemar el edificio, para extinguir todas las impurezas allí acumuladas. Porque hasta ahora la ciencia no ha encontrado mejor elemento purificador y mundificante que el fuego, y en ese punto los sabios más eminentes coinciden con los indios más salvajes.



NUEVO HOSPITAL DE BARCELONA
FOTS. A. GARCÍA

CARRERA DE PÓLVORA
Ó FANTASÍA

APLICADO ese principio á la política de nuestros amables vecinos los marroquíes, no debemos tener la menor duda de que el Imperio, al fin y al cabo, se arreglará y pacificará, por destrucción de casi todos los súbditos. Una corresponsal de Tánger, la Srta. Fátima, ha tenido á bien remitirnos interesantes datos gráficos relativos á las públicas fiestas y demostraciones de júbilo verificadas en aquella plaza con motivo del triun-

FIESTA EN EL ZOCO GRANDE DE TÁNGER CON MOTIVO DEL TRIUNFO DEL EMPERADOR
FOTS. FATIMA BENZERROC

EL SANTOS-DUMONT NÚM. 9 EN LOS BULEVARES

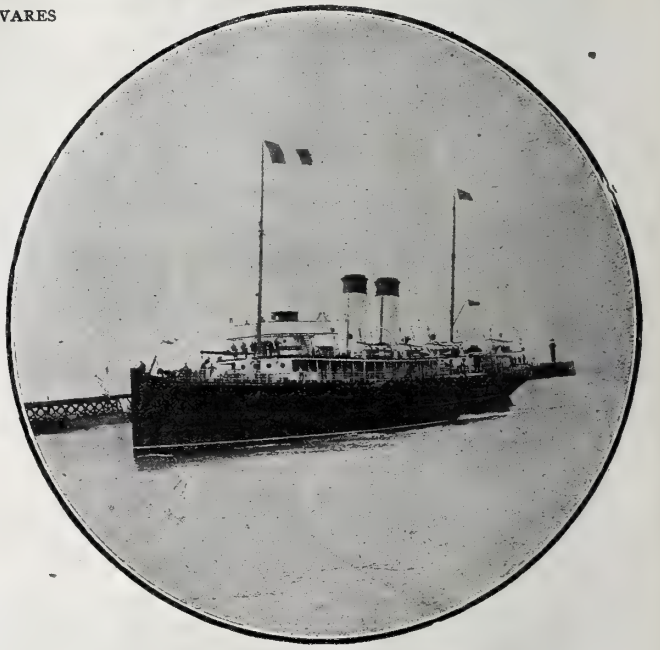
le antoja. Creemos que no es posible pedir más.

Hoy por hoy, el Santos-Dumont es un mecanismo perfecto: tan perfecto como el teléfono. Y aún tenemos esperanzas de que los defectos del dirigible se corrijan mucho antes que los del teléfono.

PERO mientras llega la época feliz en que todo el mundo pueda realizar excursiones y viajes aéreos en nuevos ejemplares del *Santos-Dumont*, aún le queda á la humanidad bastante tiempo de arrastrarse por la dura tierra y de pasar bascas, angustias y sopitipandos en el mar.

Por eso, una empresa naviera inglesa, harta de presenciar los tristísimos espectáculos que se desarrollan todos los días en el Canal de la Mancha, acaba de construir un hermoso buque, *The Queen*, *barco-turbina*, en el que merced á unos mecanismos cuya explicación resultaría un tanto pesada y quitaría al invento el prestigio de lo maravilloso, resulta que los pasajeros atraviesan el temible y temido Canal sin experimentar el menor síntoma de mareo y concluyen la travesía almorzando con el mayor apetito.

De todos modos, nosotros estamos por el Santos-Dumont, ya que no se puede atravesar el Canal á pie ó á caballo.



EL BARCO-TURBINA «THE QUEEN»

EL REY EDUARDO VII EN LA REVISTA DE LOS «HORSE GUARDS»
FOTS. CHUSSEAU-FLAVIENS

fo reciente de las armas imperiales.

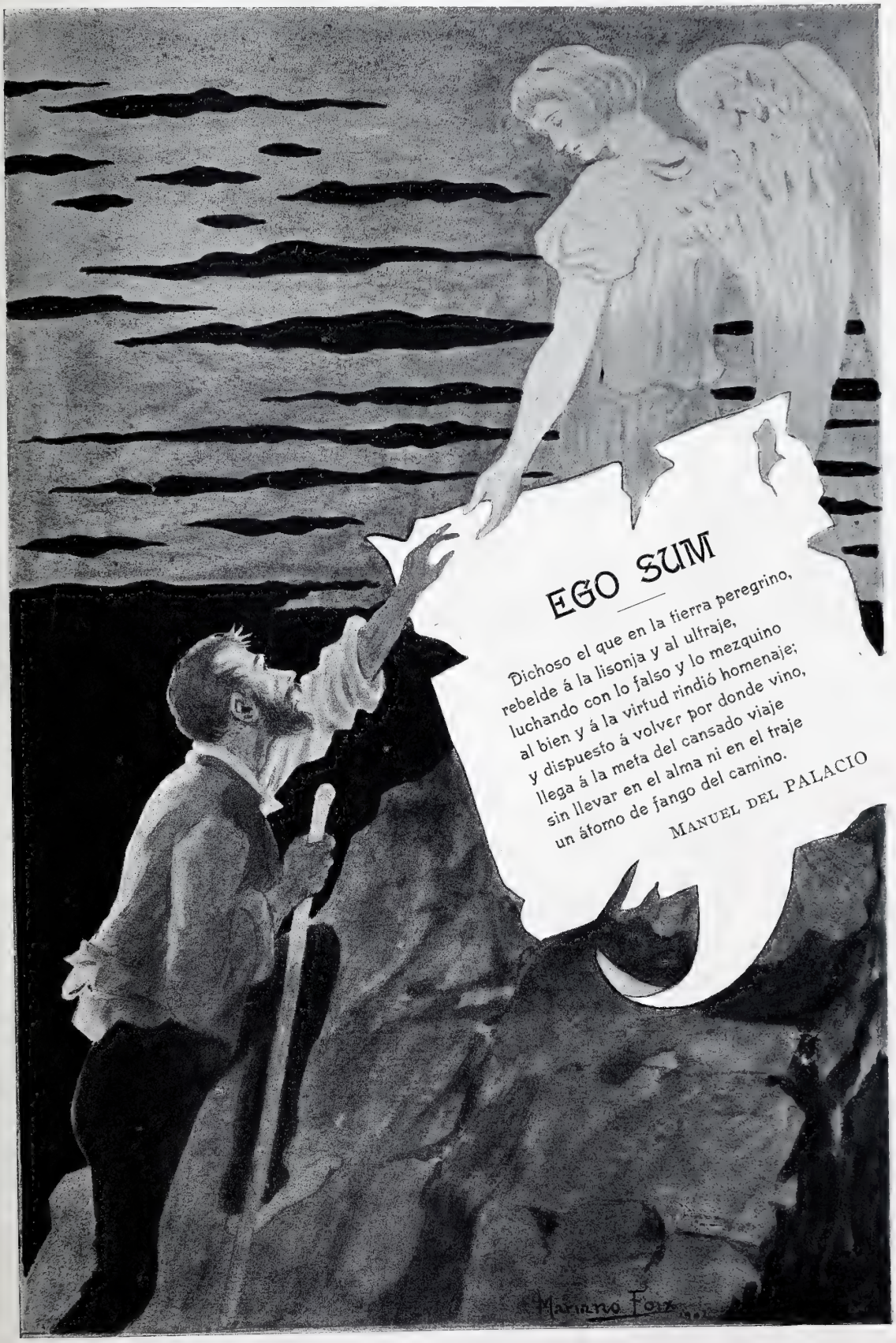
Se han sacado á relucir, por tan fausto suceso, numerosos pendones y banderas, ha habido una hermosa *fantasía* ó carrera de pólvora... y dentro de poco se repetirá la función por igual motivo ó quizás por el contrario.

NUEVOS y bellísimos triunfos ha logrado en estos últimos días nuestro grande amigo Santos Dumont con su globo dirigible núm. 9.

El ilustre aeronauta anda ya por las calles de París á la altura de los terceros pisos, revoloteando sobre las copas de los árboles con la misma seguridad y gentileza que una mariposa. Sube cuando le da la gana, baja cuando quiere, se pára á saludar á un amigo *sito* en el tejado de cualquier casa, toma tierra donde y como se

GRANDE ha sido la alegría de todos los buenos ciudadanos ingleses al ver hace pocos días á Su Majestad Eduardo VII cabalgando brioso corcel con la misma gallardía y ligereza con que lo hacía antes, revistar á los *Horse Guards*, llevando á su derecha al príncipe de Gales y á su izquierda al duque de Connaught. El rey resistió perfectamente las fatigas de la cabalgada y el peso de un morrión que parece un discurso del Excelentísimo señor ministro de Hacienda.

DON RUPERTO


EGO SUM
Dichoso el que en la tierra peregrino,
rebelde á la lisonja y al ultraje,
luchando con lo falso y lo mezquino
al bien y á la virtud rindió homenaje;
y dispuesto á volver por donde vino,
llega á la meta del cansado viaje
sin llevar en el alma ni en el traje
un átomo de fango del camino.
MANUEL DEL PALACIO
Mariano Foix

LA BANDERA DE COMBATE

Era un desván lleno de telarañas, de cajones amontonados hasta las vigas del techo, de trastos inútiles, de cachivaches vetustos... Entraba la luz del sol por un ventanón enrejado, y al caer sobre los viejos despojos el polvo de oro de sus rayos, parecía una protesta de vida formulada alegremente por la Naturaleza ante el olvido de los hombres.

Reía el sol sobre los trofeos de la ruina. Entre las sillas cojas, las alfombras desgarradas, los bargueños rotos y descompuestos, los candelabros tomados de orín, las copas abolladas de los altos braseros, lucía una manopla con sus complicadas piezas de acero enmohecido, sus puntiagudos goznes, su damasquinado apenas perceptible. Brillaba á la luz del sol como en sus buenos tiempos y era más feliz que el noble caballero para quien fué forjada, porque ni el buen caballero, ni sus pobres huesos pulverizados podían recibir como ella el tibio beso de la luz.

Pero alguien venía á turbar el silencio del desván. Unos pasos rápidos y menudos sonaban desde el pasillo. Chirrió la llave, cedió la puerta, y un chiquillo moreno, gordezuelo, de revuelta cabellera negra, penetró en el desván, trepó sobre un sofá desvencijado y se coló resueltamente dentro de un gran cajón sin tapa. Desde allí, asomando la cabeza para mirar hacia la puerta, gritó con todo el brío de sus pulmones:

—¡Orí... venga!

Venía el otro muy despacio, pisando de puntillas, y abrió la puerta lentamente. Era una niña rubia y delicada, de seis á siete años. Tenía la cabellera de oro tendida sobre las espaldas, la frente y las manos blancas como azucenas. Al entrar, la luz del sol la hizo guiñar los ojos y luego quedó largo rato mirando aquel arsenal de cosas arrumbadas. No oía nada, no veía á nadie, y en aquella silenciosa soledad la manopla de hierro alargaba los dedos hacia ella como si la moviera una vida siniestra.

—¡Si ya sé que estás aquí! ¡Date!—dijo con la voz quejumbrosa.—Manolo, estás aquí, ¿verdad?—preguntó luego apelando á su acento más insinuante.

El muchacho callaba, acurrucado en el fondo del cajón. La niña empezaba á sollozar, y entonces el chico salió de su escondite, levantando una nube de polvo; los dos reían, y hasta los rincones más lóbregos del viejo desván llegaban las locas risotadas infantiles, que tienen la frescura y la alegría del canto de las avecillas en las auroras primaverales. Luego recorrieron sus dominios cogidos de la mano, acariciados por el sol protector, que llegaba hasta ellos amorosamente como llega desde los altos ventanales de las iglesias hasta la frente aureolada de las santas imágenes.

Pero el muchacho tenía su proyecto. ¡Abajo los escaños! ¡Abajo los cortinones de damasco rasgado y deslucido! ¡Abajo las piezas incompletas de cosas que fueron! Era necesario dejar al descubierto un cofre enorme forrado de terciopelo carmesí, con clavos dorados y magníficas guarniciones de hierro enmohecido. Faltaba la cubierta de la tapa, y el pobre mueble enseñaba su lomo calvo, despojado por el botín ó

por la necesidad. Cuando vió su trabajo terminado, el chiquillo respiró satisfecho. La niña le miraba fijamente, con sus grandes ojos muy abiertos, y al fin acudió á sus labios una idea sencilla y primitiva.

—Todo es mío,—dijo.

Y era suyo, sin duda. Aquella florecilla delicada nació de estirpe aristocrática, de un noble tronco ahora desarraigado y viejo, pero en otro tiempo poderoso. Todo era suyo. De la heroica sangre que regó tantas veces los campos de batalla, la sangre azul de la noble familia, no quedaba más que la niña, y del antiguo esplendor de sus antepasados nada más que los trastos inservibles que ocultan su vejez en el desván. Era suyo, sí; era su patrimonio.

—Pues si es tuyo, ábrelo—dijo el aventurero.—¡A que no sabes!

¡Cómo había de saber! Ni tenían sus manos fuerzas para intentarlo. En cambio, Manolillo, el chico de la portera, sabía todos los misterios de aquel maravilloso cuchitril. Sabía apretar el resorte y alzar la tapa del enorme cofre y colocar en su sitio los tirantes de madera para que no se viniera abajo. Y una vez abierto aquel arcón de tesoros, ¡qué olor tan suave percibían sus naricillas, fogosamente dilatadas como las de un caballo de batalla! Un olor á perfumes apagados por el oreo de los siglos, á membrillos maduros que al secarse dejan en las ropas guardadas un vago aroma campesino.

La niña miró gravemente. Estaba el viejo arcón casi vacío; amontonadas al descuido, las cajas y las telas. No había pasado mucho tiempo desde que manos nerviosas y afanadas revolvieron hasta el fondo para buscar las prendas de valor, las antiguas prendas...

Inclinando el cuerpo y hundiendo el brazo como si le metiera en un pozo, Manolito empezó á sacar cosas. Eran encajes rasgados y amarillentos, pedazos de tela, piezas extrañas de vestidos absurdos cuya blancura tomó tonos de marfil viejo; cintas de seda, de terciopelo deslucido, de raso; guantes descabalados, guantes de mujer, arrugados y rotos; guardajoyas vacíos..., todos los restos y todos los desechos que la previsión femenina no se decide á tirar y que convierten el fondo de un baúl abandonado en el escondrijo de la urraca ladrona. Aquellas baratijas son casi siempre letras desprendidas de palabras rotas que sólo una persona podría reconstruir evocando sus recuerdos. Y cuando nadie puede ya descifrarlas, cada vez que el sagrado depósito se abre se comete una profanación.

¡Pero bastante le importaba eso al aventurero del desván! La niña le miraba con temor, y mientras tanto él descubría en el arcón el secreto de un doble fondo; jugó el resorte y aparecieron unas telas viejísimas. Tiró de ellas sin duelo y fué desdoblando una gran tira de seda carmesí, agujereada por todas partes, deshilachado y roto el fleco de oro, llena de manchas de un rojo casi negro como de sangre vertida en tiempo muy lejano. ¡Era sangre, sí! ¡Era la sangre del combate! La vieja bandera dormía acurrucada en el misterio del arcón. Durante mucho tiempo su secreto había sido respetado, y al recibir de nuevo la luz del sol parecía proclamar la gloria de su vejez. Escondida entre los pliegues de la enseña dormía también una mohosa espada de retorcidos gavilanes.

—Todo es mío,—repitió la niña sintiendo que llegaban hasta ella recuerdos heredados de historias que no supo jamás.

Entonces Manolillo el aventurero echó sobre sus propios hombros la enseña de combate como un manto de corte, dejando que colgase hasta el suelo el fleco de oro, empuñó la espada y proclamó su soberanía paseando por el desván la pomposa cola de su vestido egregio. Y hubiera quedado por dueño y señor de aquellos dominios si la matrona de la portería no hubiese asomado escaleras arriba para enseñarle una lección práctica y dolorosa: que todo poder de la tierra es miseria y vanidad.

LUIS BELLO

DIBUJOS DE ESTEVAN

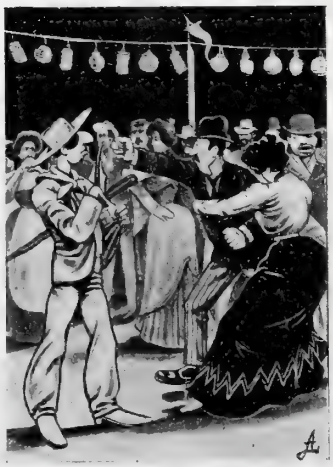
CÓMO QUEDÓ EL CHEPA

—Ello fué que en uno de esos
solares que tié á la puerta
faroles y gallardetes,
con un cartelón que reza:
«El Chotis Celestial.—Baile»,

cogí y di un golpe con ésta,
qua paice del as de bastos
(señala á una porra inmensa);
entro en el salón, que alumbran
farolillos de Venecia,
y ¿á quién diréis que me encuentro?
—Ve tú á saber.—A la Ufemia,
bailando con el Badanas,
aquel golfo sinvergüenza,
que hoy se da la mar de pisto
por mor de que Sánchez Guerra,
por entretenerse en algo,
le ha metido en la secreta,
y el hombre lleva tirillas
y un güito que da vergüenza.

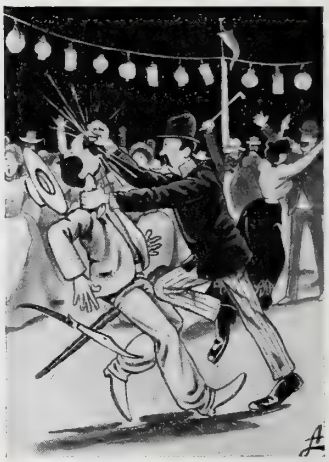
¿Qué sus paice?—Francamente,
la acción es un tanto fea.
—¿La del Badanas? Es claro.
—Pero la culpa fué de ella.
—Total, que con muchos higados
fuí y me acerqué á la pareja,
lo cual que estaban bailando
muy prósimos, y —Sí, ecétera.
—Y llegándome al Badanas
como pa hacerle la trenza,
le hice un bollito en el hongo
nada más que con las yemas
de los deos, y le dije:

«¿Quiere usté darse dos vueltas
conmigo? porque esos cuellos
no le gustan á la Ufemia,
y va mareá.—Y entonces
él se repuchó.—¡Su abuela!
Lo que hizo el muy berzotas
fué ponerse hecho una fiera
y proferir diez ú doce
palabras de las más gruesas
del lenguaje que dominan
tan bien los de la secreta,
y ultrajar á varios miembros
de mi familia, indirezta
que á no ser yo de la Inclusa
me hubiá hecho bastante mella.
Total, que al ver á mi hombre
en una aztitud tan seria,
fuí y extraje con sigilo
un mondadientes de á tercia;
me empalmé, y cogí la porra
ítem más con la derecha,
y me fuí á él, y ¡que si quieres!...
Con los hombres sin decencia
ni pundonor, ¡ná! no sirve
ser caballero de veras.

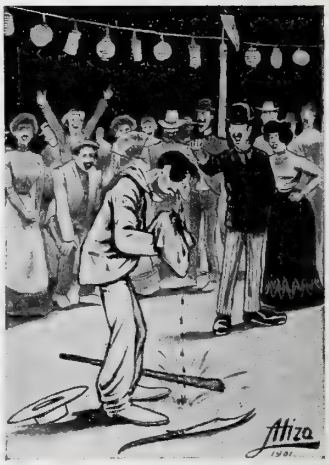


—Pus ¿qué pasó?—Que el muy menflis,
antes de que yo pudiera
hacer uso de los remos,
fué y me cortó la ación.—¡¡Chepa!!

—¿Qué vas á hacer con un hombre
que te echa mano y te aprieta
la nuez, que es el lao sensible,
y al mismo tiempo te pega
dos golpes en la espinilla
con calzao de cuatro suelas,
y con el puño te larga
dos mandaos de matar suegras



en las narices...? ¿Es esto
valor? ¿es delicadeza?
¿es dignidaz? ¿es decoro?
—¿Por supuesto que tú, Chepa,
no te irías de vacío?
—¡Quiá! ¡Si me estuve hora y media
con una hinorragia, vamos,
que yo entiendo!—De manera
que quedastes...—Ya lo he dicho:
como un sujeto de prendas.
¿U qué querías? ¿Que hiciese
pupa á uno de la secreta,
pa que armase una liorna
de matrimonio y con suegra?
Eso es bueno pa los pipis,
y á mí hace ya dos docenas



de años que me vacunaron
de la mismisma ternera.
¿Soy un hombre u no soy hombre?
¿Es así como se queda?
—Esa es la pura.—La pura.
—¡Chepa, choca!—¡Choca, Chepa!

B. y M.

DIBUJOS DE ATIZA

POR LA CASTELLANA

Por la Castellana iba
cuando la vi y me miró,
y al ver su lujo insultante,
me dió un vuelco el corazón.
Al trote de los caballos
el coche aquel se perdió,
¡y fué cual si yo perdiera
por siempre mi salvación!
Hasta me faltaba el aire...
hasta la luz me faltó...
¡hasta para maldecirla
ni tuve alientos ni voz!

Relámpago deslumbrante,
ante mis ojos pasó
como una reina en su trono
dorado y deslumbrador,
y las plumas del sombrero,
abrillantadas al sol,
parecían manos blancas
que me decían ¡adiós!

Seguí Castellana arriba
por mi calvario de amor,
y á pocos pasos que anduve
vi á un ciego sentado al sol,
¡retrato del imposible
y espejo de mi ambición,
que vivo ciego de amores
sin ver la luz de mi sol!

¡Pobre corazón, que lloras
su falta de corazón!
Esclavo tan sin juicio
que adoras á tu señor:
rompe una vez tus cadenas,
sal al aire, mira al sol,
y al ver su lujo insultante,
su ruindad y mi dolor,
no la maldigas con rabia,
sino tenla compasión...
¡que por el trono del lujo
perdió el trono del amor!

C. DE CASTRO

DIBUJO DE J. FRANCÉS

CUADROS MADRILEÑOS

LA MADRUGADORA

La primera obligación de toda madrileña guapa y que se estime, al levantarse muy de mañanita en estos calurosos tiempos, es asomarse á la ventana y dar los buenos días á las plantas y á las flores de los tiestos en la forma en que se debe saludar á tan lindas amigas: con la regadera. Ya sabe la madrileña que aun cuando madrugue mucho, ya no va á encontrar, como en primavera y en otoño, las hojas y los pétalos cubiertos de las consabidas *perlas de rocío* de que nos hablan ó nos hablaban los poetas. En este tiempo, si acaso vemos rocío á alguna hora, es después de anochecido, pero por la mañana el sol, aun antes de salir, comienza á hacer de las suyas, y las perlas antedichas tienen que ser artificiales, debidas á la diligencia y esmero de la *madrugadora*.

FOT. MUÑOZ DE BAENA

LA FIESTA DEL "DIVINO AMORE" EN ROMA

Es una fiesta pagana que durante siglos y siglos viene celebrándose cristianamente por el pueblo y por la aristocracia de Roma.

Es algo así como una de nuestras más animadas y clásicas romerías, una alegre y hermosa fiesta en que grandes y chicos se confunden para celebrar con flores, canciones y tal cual borrachera y éste ó el otro exceso el fin de la primavera y el imperio y poderío inmutable de Amor, del que el poeta más cristiano y más grande de Italia dijo:

Amor che muove 'l Sole e l'altre stelle,

poniendo con este admirable verso fin á su obra maestra *La divina comedia*, como dando á entender que la última palabra y el último pensamiento de quien tamaña epopeya escribió, al Amor debían consagrarse.

Alegres caravanas de vecinas y vecinos de Roma transitan á pie hasta llegar á las cercanías del viejo templo, en el camino de la antigua Alba: todo el que tiene un coche le engalana y adorna con flores, y la competencia se establece en esto y en el arte de guiar. Hay quien conduce, entre gritos de algazara y júbilo, un tronco de ocho y aun de diez caballos, haciendo restallar larguísima fusta, y hay quien, poseyendo sólo un birlocho ó tartaneta, le cubre de flores con tan buen arte, que coche y caballo no parecen sino un verjel vivo y semoviente. Saliendo á las afueras se pierde la altiva gravedad y el empaque un poco serio propio de las ciudadanas y de los ciudadanos de Roma. Todo el mundo ríe, chilla, se propasa, y parece que los aires repiten entre el general bullicio tanto y tanto hermoso concepto poético dedicado al Amor por los grandes poetas italianos.

W. & B

LOS AMORES DEL OBRERO,
POR ANGEL ANDRADE

AÑO TRECE Y NUMERO 637 MADRID DIA 18 DE JULIO DE 1903

BLANCO Y NEGRO

LA SEMANA PASADA

En el ministerio de la Guerra puede admirarse desde hace pocos días el busto de un hombre á quien la ingratitud de la patria por él engrandecida no ha alzado aún la estatua que tienen otros muchos para quienes hubiera sido difícil hasta el calzarle las espuelas: el Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba. Menos mal que al cabo de los siglos nos hemos permitido el lujo de honrarle de cintura para arriba.

El busto ha sido esculpido por el laureado artista Sr. Amutio, quien ha interpretado con acierto la hermosa y ceñuda fisonomía del gran guerrero español, tan afortunado en la defensa de la patria como desconocido y mal pagado en vida y en muerte.

BUSTO DEL GRAN CAPITÁN, POR AMUTIO
FOT. J. LACOSTE

HUELGAS EN BARCELONA. OBREROS Á LA SALIDA DE UN MITIN
FOT. A. GARCÍA

La guerra de ahora, sin glorias ni triunfos, y cuyas batallas son las huelgas, ha preocupado y perturbado en los últimos días la paz de la industriosa Barcelona, donde los conflictos obreros se suceden sin interrupción. De alguien tiene que ser la culpa, y no se da ó no se quiere dar con las causas ni con los remedios.

Acaso de esto podría hablar con más autoridad que nadie un ilustre trabajador catalán: el Sr. D. Ramón Batlle y Ribas, profesor de teoría y práctica de tejidos, y á quien los discípulos numerosísimos que durante largos años han aprovechado sus lecciones acaban de manifestar su gratitud regalándole un magnífico busto en mármol.

D. RAMON BATLLE
FOT. C. FALENCA

D. Ramón Batlle es un modelo de hombres de buena voluntad, de clara inteligencia y de felices iniciativas. Gracias á su constancia y á su sabiduría, se atravesó felizmente la crisis que suponía la transformación de los antiguos telares de mano en telares mecánicos, sin perjuicio de los recelosos obreros ni desventaja de los patronos; y esto que hoy nos parece tan poco significativo, representaba la ruina ó la salvación de la gran industria catalana. A todos los tejedores de la región y á otros muchos que ejercen su industria en diversos lugares de España y de América enseñó los principios de su

D. ENRIQUE SEPÚLVEDA
FOT. NAPOLEÓN

oficio el Sr. Batlle, cuyo retrato, que le representa ante el encerado en el momento de dar una explicación, tenemos el gusto y la honra de publicar.

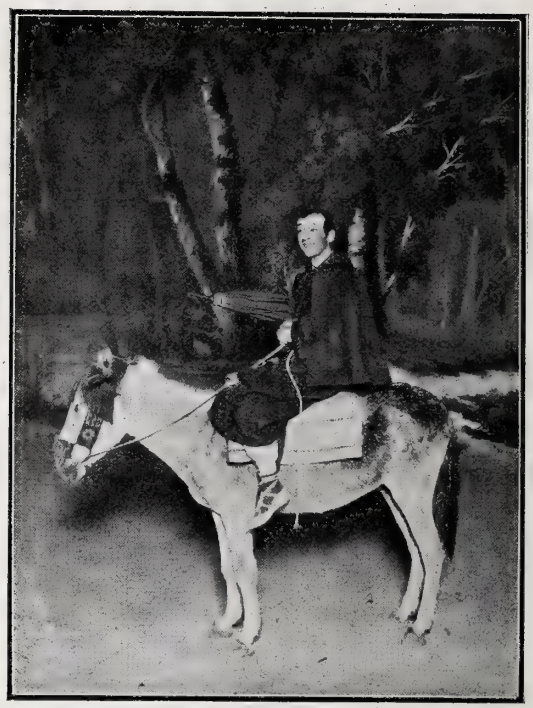
El Sr. Batlle no le debe nada ni tiene nada que agradecerle al Estado.

Un antiguo colaborador de BLANCO Y NEGRO y querido amigo nuestro, el ingenioso escritor don Enrique Sepúlveda, ha fallecido en Madrid cuando aún podía esperarse mucho de su elegante pluma.

El Sr. Sepúlveda, á quien aquejaba dolorosa enfermedad, había abandonado hace pocos años el cultivo de las letras. Era un *chroniqueur* muy agradable, y sus libros relativos á *La vida en Madrid* resumieron muy bien los sucesos ocurridos en los años en que los publicó.

Descanse en paz el malogrado escritor.

En el Teatro Lírico se ha verificado por fin un estreno con gran éxito: el de la zarzuela en un acto y tres cuadros, de los Sres. García Alvarez y Cadenas, con música de los maestros Calleja y Lleó, titulada *El famoso Colirón*.

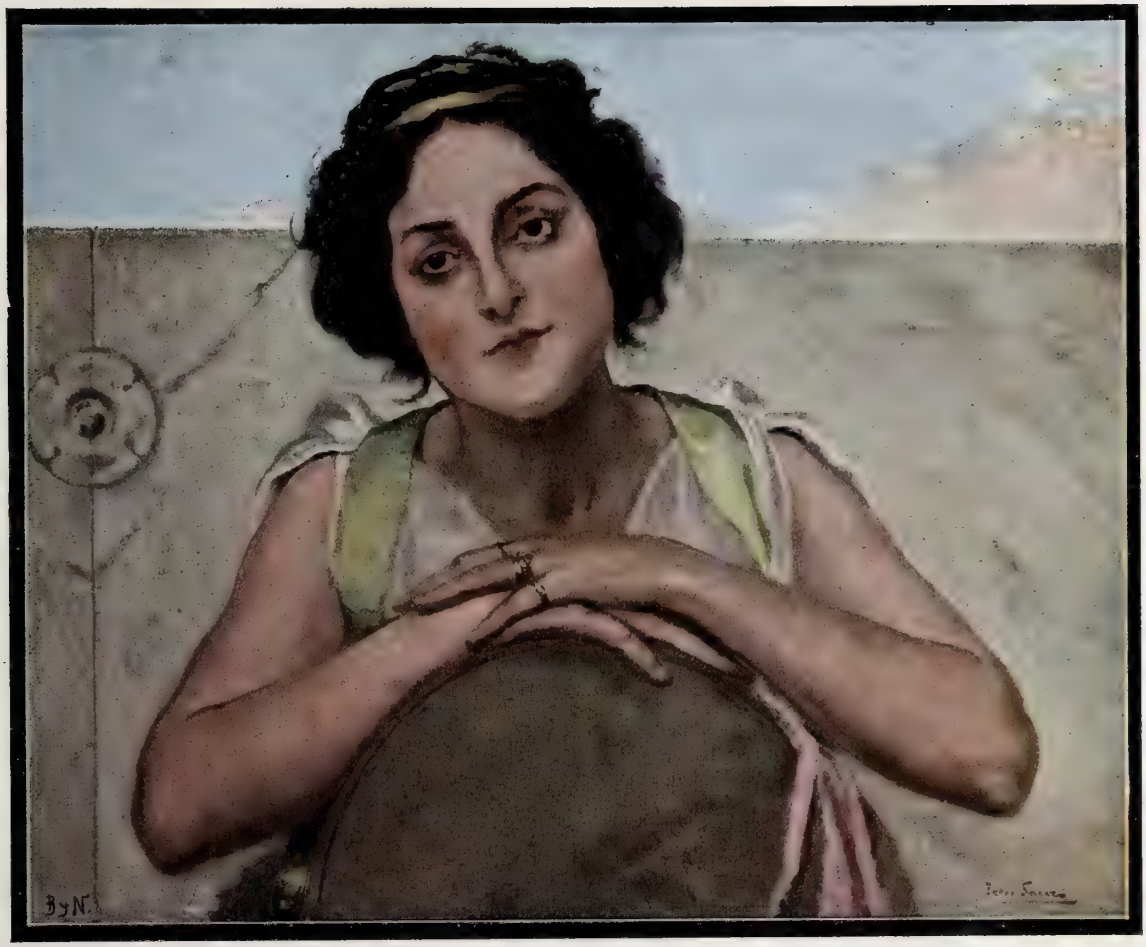


RIQUELME (FRAY DOMINGO) EN «EL FAMOSO COLIRÓN»
FOT. CIFUENTES

En la nueva obra se distingue grandemente el popular Riquelme, y en ella se ha presentado por primera vez al público como actor de zarzuela el galán joven Sr. Allens-Perkins, á quien habíamos visto figurar en la compañía del Español.

DON RUPERTO

«EL FAMOSO COLIRÓN». PRIMER CUADRO: EL CARRO DE LOS CÓMICOS FOT. CIFUENTES



ELIA

DANZARINA DE GADES

APOYADA en el muro de mármol tras el cual se ahonda el mar, Elia espera la hora del baile, mientras á sus oídos llegan rumores del festín, risas agudas de mujeres, sonoro tintinear de áureas cráteras, discreteo de conversaciones que mosconean sobre la perenne vibración melódica de las liras.

Cuando el día agonice y tiemblen las ardientes lenguas de las lámparas, Elia danzará ante los invitados.

Su danza es el atractivo del banquete, pues los romanos, ahítos de todo goce, no se han hastiado aún del que les procura la ligereza, la gracia y el fuego de los bailes de Elia.

Mientras llega el instante de su triunfo, la danzarina reposa perdiéndose en recuerdos de la patria ausente, de la infancia pasada. Se ve niña, niña juguetona, alegre, traviesa, aprendiendo á bailar por el mismo natural instinto que empuja al vuelo á las palomas y á las pintadas mariposas.

Elia bailaba á todo instante, en todo sitio. Su danza recorría Gades entera. La niña bailó en las calles entoldadas, estrechas y frescas, sobre las losas del puerto, entre cáscaras de granadas y relucientes pescados. Sus pies ágiles moldeáronse en la arena apretada de las playas y rebotaron en los montes sobre elásticas matas de tomillo. Bailó en el misterio de la hora crepuscular, á la luz de plata de la luna, al refulgir abrasador del mediodía; bailó por un puñado de dátiles, por una naranja, por una monedilla de bronce, por un ruego, por una caricia; bailó, en fin, sin que nadie la pagase ni la contemplara, por satisfacer su anhelo de cabra triscadora.

Y Elia suspira al pensar en aquellos libres goces de su niñez.

Su maestro la llama. Llegó el instante, y mientras Elia corrige la armonía de los pliegues de su túnica, asegura los crótalos en la mano, hace sonreir á los ojos y chascar ágilmente los huesecillos de los pies, piensa con tristeza que su danza, nacida al aire libre, ante el mar inmenso, va á revolar en la sala del festín con los giros tristes de un ave cautiva.

MAURICIO LÓPEZ ROBERTS

DIBUJO DE P. SÁENZ

LAS MUJERES FELIBRES

Allá por los años de 1835, un mozo de pocos años, hijo de un jardinero de Saint-Remy, en el valle del Ródano, compone, aprovechando las vacaciones, unos versos dedicados á su madre. Los versos están escritos en francés, y la pobre anciana, que apenas sabe leer, y que en su vida sólo oyó hablar el idioma que se habla en Provenza, no los entiende. El chico se desespera, mas el amor filial le sugiere una idea luminosa: la de ennoblecer la lengua provenzal que desde las alturas trovadorescas había caído al fango de la vulgaridad en boca de aldeanos, posaderos y gentuza tabernaria. Y el humilde mozo, cajista de imprenta primero; después corrector de pruebas; luego pasante de un colegio; maestro de escuela más tarde; en fin, librero y editor de libros provenzales, logra, á fuerza de voluntad enérgica y de amoroso entusiasmo, realizar el milagro de hacer revivir un idioma casi muerto, convirtiéndole en instrumento de una poesía delicada y suave, ya que no muy robusta, sí muy simpática y dulce. Aquel joven á quien tamaña empresa se debe fué José Roumanille, y su hija Teresa fué coronada como reina de los *felibres* ó poetas provenzales en 1885. La fotografía nos la representa vistiendo el traje de las aldeanas provenzales, con una cesta de moras bajo el brazo, viva imagen de la poesía campestre y familiar, de reducidos pero honrados ideales.

LA 1.a REINA, MME. MISTRAL

LA 2.a, TERESA ROUMANILLE

Pero José Roumanille era poco poeta para tamaña obra; la fe superaba en él con mucho á la inspiración. Ayudáronle sus paisanos, y en breve de toda la región provenzal fueron saliendo nuevos trovadores que engrandecieron la obra realizada. La poesía bucólica y aldeana no hubiera conseguido el triunfo ni iniciado un movimiento literario importante. Hacía falta un poeta amoroso, y éste fué Teodoro Aubanel, á quien se llamó *el Petrarca provenzal.*

Como Roumanille, era Aubanel un hombre de clase humilde, nacido en

una imprentilla de Avignon. Tuvo una novia, y sus platónicos amores terminaron haciéndose monja la amada y yéndose el amante á recorrer tierras. Lo mismo que Petrarca, Aubanel consagró su vida entera á cantar sus melancolías y sus desengaños; el libro magistral que compuso lleva un hermoso título: *La granada entreabierta.*

Mas por cima de Roumanille el campesino y de Aubanel el enamorado se alzó pronto un verdadero genio, poeta de los grandes: el *Homero provenzal*, según Lamartine: el popularísimo Federico Mistral, monarca de los felibres, príncipe de los ingenios de Provenza; el autor de *Mireya*, poema que, con alguna hipérbole pero no sin fundamento, se ha comparado con la *Odisea.*

Mistral ya no es un pobre campesino, aun cuando él intente pintarse como tal y alardee de no haber usado jamás otro atavío que el chaquetón holgado, el sombrero chambergo y el garrote del caminante. Mistral es un hidalgo de aldea que vive rodeado de la veneración y del amor de los campesinos, pero también del respeto de los señores. Mistral sabe latín y quizás griego, conoce los clásicos acaso mucho mejor de lo conveniente á un poeta popular, y deliberadamente imita las formas arcaicas... De todos modos, es un gran poeta, y recientemente Rostand le echaba de menos en la Academia. Madama Mistral fué la primera reina de los felibres: en las *fiestas latinas* ó Juegos florales celebrados en Montpellier en 1878, la coronó reina el poeta laureado, el popular vate rumano Alexandri.

LA 3.a, MLLE. GIRARD

Desde 1878 se celebran estas fiestas cada siete años. Reinó, pues, Madama Mistral desde 1878 á 1885: Teresa Roumanille desde 1885 á 1892. La tercera reina fué la bellísima señorita María Girard, designada en 1892 por el poeta laureado Mario André, y actualmente está casada con el poeta de Aix Joaquin Gasquet. La reina actual es la señorita Maria Teresa de Chevigné, coronada en Arlés en 1899 por indicación de la poetisa triunfante, *Filadelfa de Gerde*, ó sea Madama Gastón Riquier, á quien se considera como la mejor continuadora de las glorias de Roumanille, Aubanel y Mistral.

La corona que en estas fiestas pacíficas se obtiene es de rama de oliva forjada en plata. El imperio de las reinas de los felibres no es sino imperio de amor y de poesía. A alguien le parecerán ridículas estas manifestaciones de particularismo poético, siendo como es la Poesía un arte universal y humano: pero en ellas no debe haber ni una gota de hiel. Y luego, como decía el inmortal Daudet, el sol, el hermosísimo sol de Provenza lo justifica todo.

LA POETISA FILADELFA DE GERDE
Y LA REINA ACTUAL
MLLE. CHEVIGNÉ

FOT. DE «FÉMINA»

SERRANILLA DE GUADARRAMA

DECIR Á LA MANERA DEL MARQUÉS DE SANTILLANA. D. ÍÑIGO

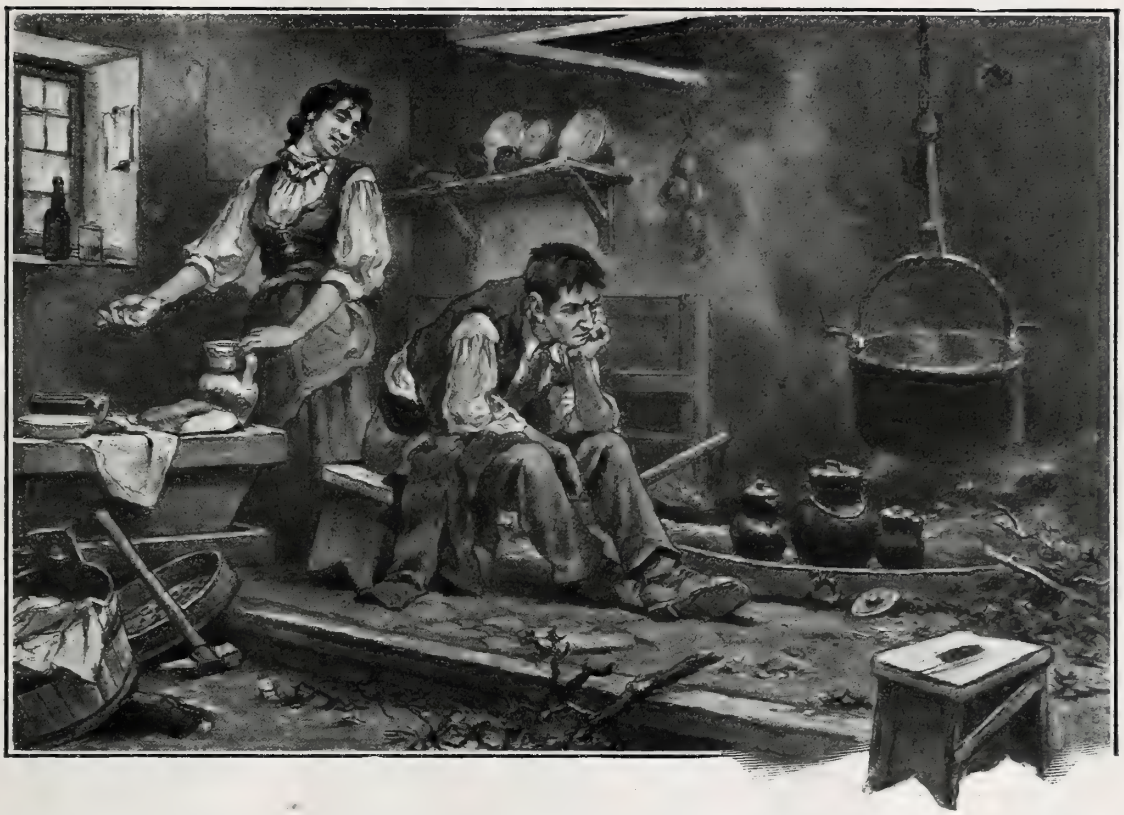
Serrana graciosa,
placiente, olorosa
como la retama,
no la hay tan sabrosa
cual en Guadarrama
la vi, deleitosa,
pisando la grama.

De cuerpo pequeña,
morena mejilla,
redonda barbilla,
cintura cenceña;
vistiendo estameña
de muy tosca trama,
no envidia brocados
ni paños labrados
ni tocas de dama.
Si alguno la llama
lozuda y zahareña,
contesta risueña:
—De mí soy señora,
sin dueño ni dueña,
y apártese agora
pastío, que sueña;
ya sabe, por fama,
que el monte es de peña,
y en el monte leña
tiene la pastora,
la de Guadarrama.

Su olor el lentisco,
tomillo ó retama
tributa al aprisco,
y el aire ambalsama.
Suenan campanillos
de los recentales
entre los tomillos
y los matorrales.
Con hondo quejido
la cabra primala
sigue á la zagala
y al recién nacido
que temblando bala.
Y en el aire fresco
de la adusta sierra
viene un villanesco
cantar de la tierra
cuyo eco derrama
pasión tentadora,
se mezcla á deshora
con la ardiente brama
del ciervo y la gama,
y oprime y azora,
requiere, reclama,
persiste, enamora...
mas no á la pastora,
la de Guadarrama.

Sana, si no hermosa,
«de buen continente,
la cara placiente,
fresca como rosa,»
triscando en la grama,
sin penas ni amores,
leyes ni señores,
la de Guadarrama
vive sin cuidado,
«guardando ganado
con otros pastores».

W. & B.



EL MONTERO

Aquella noche, la roja Sabel—la mujer de Juan Mouro,—el montero de la Arestía, notó algo extraño en la actitud de su marido, cuando éste regresó del trabajo, negras las manos de la pólvora de los barrenos, y enredados en el grueso terciopelo de su chaqueta diminutos fragmentos graníticos.

—Mi hombre, la cena está lista—advirtió Sabel cariñosamente.—Hay un pote tan cocidito que da gloria. He mercado vino nuevo, y te he puesto una tartera de bacalao gobernado con patatas. ¡Siéntate, mi hombre, y á comer como el rey!

El montero no respondió. Soltó la herramienta en un ángulo de la cocina, acomodóse cerca de la lumbre, y sacando la petaca de cuero, amasó un golpe de tabaco picado entre las palmas de las manos. Lió después el pitillo, y lo encendió y chupó, sin desarrugar el entrecejo un instante, torvo y sombrío, fija la vista en el suelo. Sabel, con solicitud, porfió.

—Llégate á la artesa, mi hombre.... Te voy á echar el caldo en la *cunca*... Mira cómo trasciende.

Siempre enfurruñado, Juan Mouro tiró la colilla y se acercó á la artesa, cuya tapa bruñida y negruzca servía de mesa de comedor. Sabel le sirvió el espeso caldo de berzas y unto, observándole con el rabillo del ojo y esperando la confidencia, que no podía faltar. El montero y su mujer se entendían muy bien, ella afanándose en la casa, él bregando en la cantera de la Arestía, extrayendo piedra y más piedra, unidos por el deseo de juntar para adquirir el gran pedazo de sembradura que se extendía al norte de su vivienda y la mancha de castaños adyacente. Jóvenes aún, se amaban á su manera, con sanas y rudas caricias, y ponían en común las aspiraciones limitadas y tercas del humilde. Así es que Sabel aguardaba, mientras su marido se saciaba, ávidamente, como hombre rendido que repara sus fuerzas. Y así que la satisfacción de la necesidad le produjo bienestar, reventó el embuchado.

—¿No sabes, mujer? Es una cosa que parece cuento. Que saltan con que no les da la gana de que yo arranque más piedra en todo el mes... ¡y sabe Dios si en el otro!

—¿Qué dices, hom...?

—¡Asimismo... ray!

—¿Y quién tiene poder para eso? ¿El Auntamiento? ¿Los vecinos de la Arestía? ¿No soltamos por la cantera muy buenos cuartos?—refunfuñó Sabel indignada, depositando sobre la artesa la tartera del bacalao y dos platos de barro vidriado, relucientes como cobre.

—¡Qué Auntamiento ni qué...! ¡No, mujer; si son los de la juelga! Los canteros de Sainís, de Bertial, de Dosiñas. Me leyeron la sentencia: que no se trabaja, y que no se trabaja, y que no se trabaja... ¡ray!

—¿Y ellos mandan en ti? ¡Que manden en sus orejas!

—Mandar... según: mandan y no mandan... Al tiempo que arman esas juelgas (el demonio las coma), todo Dios tiene que asujetarse á la voluntá de quien se le entoja volver todo de patas arriba... ¡ray, ray!

—¿Y no se asujetando?—insinuó Sabel. Su voz trepidaba irritada; veía ya sus economías devoradas por el paro del trabajo, y el querido pedazo de sembradura perdido para siempre, adquirido por la codiciosa vecina, la Norteira, á quien un hijo, desde Montevideo, libraba á veces cantidades.—¿Y no se asujetando?—repitió ante el mutismo de Juan.—¿Qué señorío tienen sobre de ti, pregunta mi curiosidad, para se meter en si subes ó no subes á la Arestía?

—Señorío, ninguno; ya se sabe, mujer; pero una mala partida pronto se le hace á un hombre... ¡ray!

Volvió Sabel á callar unos instantes. Luchaba con la impresión vaga y siniestra de las palabras de su marido. Su instinto de hembra sagaz la decía también que Juan, indeciso, no esperaba sino el consejo, la excitación de la *dona*. Fijó los ojos en el arca, en cuyo pico guardaba sus ahorros, y creyó ver salir los duros, tan bien ganados con el sudor del montero, en fila, para mercar el pan diario. Su hombre estaba hecho á la buena comida, al traguito, que arrancar piedra no es como ensartar abalorio... ¡Y ahora! ¡Con los brazos quietos, con la cantera comprada, con las piezas encargadas, que sabe Dios si los maestros se cansarían y las encargarían á otra parte! ¡Gastar todo el peto; quizás tener que pedir prestado al usurero...! Sabel puso delante de Juan la jarra de loza colmada de vino. El vino da ánimos...

—¿De modimanera que salen con la suya? ¿No arrancas?—porfió así que Juan bebió.

—Si arranco ó no arranco, eso se verá—respondió él con arrogancia jactanciosa.—A mí nadie me manda por malas, ¿lo oyes? Y á dormir, que mañana cumple madrugar.

—Si al fin no vas al monte...—insinuó ella como el que deja caer las palabras.

No hubo respuesta. Cubrió Sabel el fuego, y media hora después apagaba la candileja de petróleo. Al principio durmió con inquieto sueño, no libre de pesadillas; pero hacia el amanecer la salteó el letargo profundo que preparan la buena digestión y el cansancio normal de la labor diaria. Despertó con un rayo de sol matutino y un revuelo de moscas sobre la cara; las maderas, desunidas, dejaban pasar luz y aire. Al sentirse sola en la cama, saltó precipitadamente al suelo, despavorida.

—¡Juan, Juan!—gritó lanzándose por la escalera, que retemblaba bajo sus pisadas de buena moza.

La cocina estaba desierta; la puerta de la casa, entornada había quedado; de la esquina faltaban las herramientas. No cabía duda: el montero iba camino del monte...

Sabel, asomándose á la puerta, tembló; una ráfaga fresca, fría más bien, procedente del mar, que no pára de abanicar á la tierra mariñana, fué acaso la causa de su escalofrío: reparó que estaba en camisa y que tenía los pies descalzos, y aprisa se metió dentro. Mientras se vistió, el temblorcillo proseguía, y allá en su interior una voz hueca y pavorosa murmuraba palabras de amenaza, de improperios, de maldición. «Te despabilamos á tu hombre, ahora mismo... Le abrasamos la cara, le cortamos el pescuezo... Le sacamos afuera las tripas...» Toda la brutal palabrería de las riñas aldeanas, las interjecciones y tacos de la guapeza rústica, zumbaban en los oídos de Sabel. El bocado de pan del desayuno se le atragantó. Ya no se acordaba de los duros, guardados en el pico del arca, sino sólo de su hombre, de su trabajador, del que *lo ganaba*, con los recios brazos y el hercúleo esfuerzo...

—¡Ay, si me lo mancan...! ¡Juaniño!

Poco á poco se fué serenando. El día avanzaba, y la claridad del sol es como un conjuro para disipar visiones. Sabel se puso á desgranar espigas de maíz. De improviso oyó en la carretera unas corridas como de animal perseguido que huye; empujaron la puerta, y el montero se precipitó, sin sombrero, sin herramienta, cubierto de polvo, en mangas de camisa manchadas de sangre...

—Vienen tras de mí. Escóndeme, mujer...

—¿Qué hiciste, mi hombre?—sollozó Sabel.—¡Ay, pobres, desdichados de nosotros!

—Me salieron al camino. Que no arrancase... Me llamaron vendido. Me querían apalear. Dejé á uno que ni da á pie ni á pierna. Le partí la cabeza con el pico, así... ¡Ese ya es ánima del Purgatorio!

—Más vale que sea él que no tú,—contestó Sabel, abrazándose locamente á su marido, y escuchando ya en la carretera, á lo lejos, el tropel de la gente que perseguía al matador.

DIBUJOS DE REGIDOR

EMILIA PARDO BAZÁN

Luna de miel

HABÍAN realizado su ideal más hermoso, cumplido su más ferviente deseo; la ilusión de su vida, ilusión tan anhelada como pronto convertida en realidad.

Ya se consideraban dichosos; todo era de color de rosa ante su vista. Ya podían volar juntos ¡siempre juntos! Caracteres, naturalezas, inclinaciones, todo parecía hecho para hermanarse, para fundirse en aquellos dos seres felices.

Todo reía y se alborozaba en torno suyo. ¿Qué más podían apetecer?

Celebrado el almuerzo íntimo subsiguiente á la ceremonia, repartidas entre los comensales las simbólicas flores, y tras de mil parabienes y manifiestos deseos de dicha eterna, de felicidad inefable, los recién casados partieron en aquel esbelto automóvil rojo y blanco que les regaló el opulento progenitor del esposo.

El coche, lento al arrancar para poder decir adios á los que iban á despedirlos, aceleró la marcha dirigido por el hábil *chauffeur*.

¡Qué extravagante encontraba la madre de la recién casada aquel viaje! ¿Cuándo se había visto ir á pasar la luna de miel corriendo kilómetros y más kilómetros con rapidez vertiginosa, arrostrando los indudables peligros de ese deporte nuevo, sufriendo las inconfesadas molestias del viento, del polvo y... de la velocidad? Ella no podía resignarse con esas imposiciones de la moda que obligan á disfrazarse y á cubrirse cara y cabeza.

¿Cuánto más cómodo habría sido arrellanarse en un *sleeping-car*, medio confortable y exento de peligros, de disfrutar del viaje y trasladarse así á donde hubiesen deseado?

El automóvil podría haberlos servido, á lo sumo, para dar un paseo en el lugar elegido como residencia, ó para ver cómo otros y no ellos corrían el azar de descrismarse por placer, ya que no en lucha por alcanzar un premio.

El padrino y el esposo de la que así discurría, trataban de convencerla de lo extraño de sus ideas; pero en vano.

Y cuanto más se alejaba el achatado vehículo, más pensativa y sombría se iba quedando la buena señora.

Por fin desapareció el coche en la vuelta del camino.

Todos los invitados volvieron á la capital.

La enamorada pareja disfrutaba á su placer de las bellezas del campo, que iba surgiendo á su vista como por arte de encanto. Ni el más ligero rumor interrumpía el jadeante y rápido *tof, tof* del motor. Una nubecilla azulada se escapaba por debajo, azotando el camino y elevándose, para desaparecer en seguida arrastrada por el mismo viento producido por el automóvil.

Cuando pasaba por un bache ó tropezaba en alguna piedra, las ruedas hacían rebotar el coche y saltar en sus asientos á los embelesados amantes. Entonces el *chauffeur* se volvía un momento y acortaba la marcha, pero á una indicación de los señoritos imprimía otra vez al coche la desenfrenada carrera de un proyectil. Allí no había cuidado; la carretera aparecía en toda su rectitud, abriéndose paso entre campos de cultivo, huertas de chepudos arbustos frutales y casitas blancas que asomaban entre el verdor del suelo y de las frondas.

¡Qué viaje tan encantador! ¡Cuántos atractivos encerraba para los recién casados!

Al pasar cerca de las viviendas de los huertanos, resonaba la potente sirena del automóvil.

Hombres, mujeres y chicos, los unos interrumpiendo su faena, las otras asomando á la puerta, y los

últimos corriendo á campo través para admirar más de cerca el aplastado mónstruo de vivos colores que vomitaba humo y polvo, se ponían en movimiento y llegaban hasta la cuneta para decir ¡adiós! á los viajeros y regalarles con una rociada de piropos.

Ladraban los perros desaforadamente como en son de protesta contra aquéllo que les asustaba. Y toda la fauna grande y chica de las granjas huía despavorida poco después.

—Yo no sé cómo tienen valor pa montar en eso,—decía una mujer á su vecina.

—Eso es peor que el tren,—contestaba la indicada.

—¡Miá cómo se tambalea y cómo brinca!—gritaba un chicuelo señalando en dirección del ya lejano coche.

Las voces, las risas y las exclamaciones de unos hicieron salir á todos, y en un momento apareció allí la mar de gente.

Un hombre que estaba subido en la techumbre de la casa arreglando los desperfectos de la cubierta, y que no perdía de vista al automóvil, se irguió de pronto, y sirviéndose de ambas manos como de portavoz, gritó:

—¡Cuidado con el regato! ¡eh!

La advertencia hubiera sido útil momentos antes, pero hecha entonces no sirvió más que para concentrar la atención y las miradas de todos en lo que allí sucedía. Algunos, los menos, echaron á correr con la mayor velocidad que les permitían sus piernas.

En el arroyo que desbordado cruzaba casi la carretera, en la cual había formado un gran charco de lodo, yacía caído el automóvil, con sus nervios y arterias al sol, haciendo girar locamente sus ruedas como en desesperado pataleo de bestia herida de muerte, lanzando fatigosos estertores y chorros de humo que revolvían y encenagaban más aún el agua del arroyo.

Un poco más allá, mudos, aterrados por la impresión que les produjera el accidente, habían caído los infelices viajeros. Cubiertos de barro, con las manos y el rostro ennegrecidos y llenos de salpicaduras sangrientas, muy juntos uno contra otro en abrazo supremo, sintiendo que su vida se escapaba.

El *chauffeur*, tundido á golpes, roto y maltrecho, procuraba en vano apagar aquel infierno de humo, aquella tempestad de rugidos y estertores que amenazaban con terminar la obra comenzada; pero el mónstruo que poco antes le obedeciera con tanta humildad, se resistía ahora.

Ninguno de los campesinos que formaban corro á distancia respetable se acercaba; el miedo á lo desconocido les impedía ir en auxilio de los viajeros.

Todo lo que acudía á la imaginación de aquellas gentes era lo que se traducía en estas palabras:

—¡Ya lo decía yo! ¡Si no sé cómo hay quien suba en eso!

—¡Miálos! ¡pobrecillos!

Y los pobres recién casados pensaban con tristeza infinita en los albores de su luna de miel, interrumpida de modo tan brutal.

La fatalidad había trocado el color de rosa de su dicha en matices sangrientos, como envidiosa de dos seres tan felices.

ROBERTO DE PALACIO

DIBUJOS DE ALBERTI

AIRES MURCIANOS

GRACIA DE DIOS

—MIÁ AQUELLA ZAGALA QUE YA PIDE NOVIO,
Y ALLÁ EN EL MOLINO
TUÍCAS LAS MAÑANAS, EN TANTO QUE ALMUERZA,
TRISCA CON LOS MOZOS, QUE ESTÁN DERRETÍOS...
HOY, CUANDO JUÁBA, EL PAN DE LAS MANOS
EN LA GRESCA CAÉRSELE HE VISTO:
SE HA APAGAO SU RISA: SE HA QUEDAO SUSPENSA,
COMO SI SU PADRE, QUE ES UN VIEJECICO,
FUERA EL QUE EN EL INTEN
SE HUBIERA CAÍDO...
LUEGO, FORMALICA,
SU PAN HA COGÍO,
BESÁNDOLO Á UN TIEMPO... LOS MOZOS EN ESTO
LA HAN DEJAO TRANQUILA, Y Á LA VES HAN DICHO:
¡AY, QUIÉN, POR SU SUERTE,
AN HUBIERA SÍO!»

—YA VES, AL REMATE,
LO QUE YO TE DIGO:
EL PAN NO SE TIRA,
PORQUE MATA EL SEÑOR, HIJO MÍO:
LO TIENES DE SOBRA, Y OTROS PASAN HAMBRE...
DÉJALO EN LA LEJA PA ALGÚN POBRETICO.
¡EL PAN NO SE TIRA,
PORQUE ESTÁ BENDITO!

SE COGE Y SE BESA...
AL BESARLO, DICES «¡AMÉN!», HIJO MÍO;
PAL CASO. HASTE CUENTA QUE, EN DIOS PUESTA EL ALMA
REZAS ABONICO:
«EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA, DÁNOSLE HOY,
¡Y PERDÓNANOS, SEÑOR!»
. . . . . .

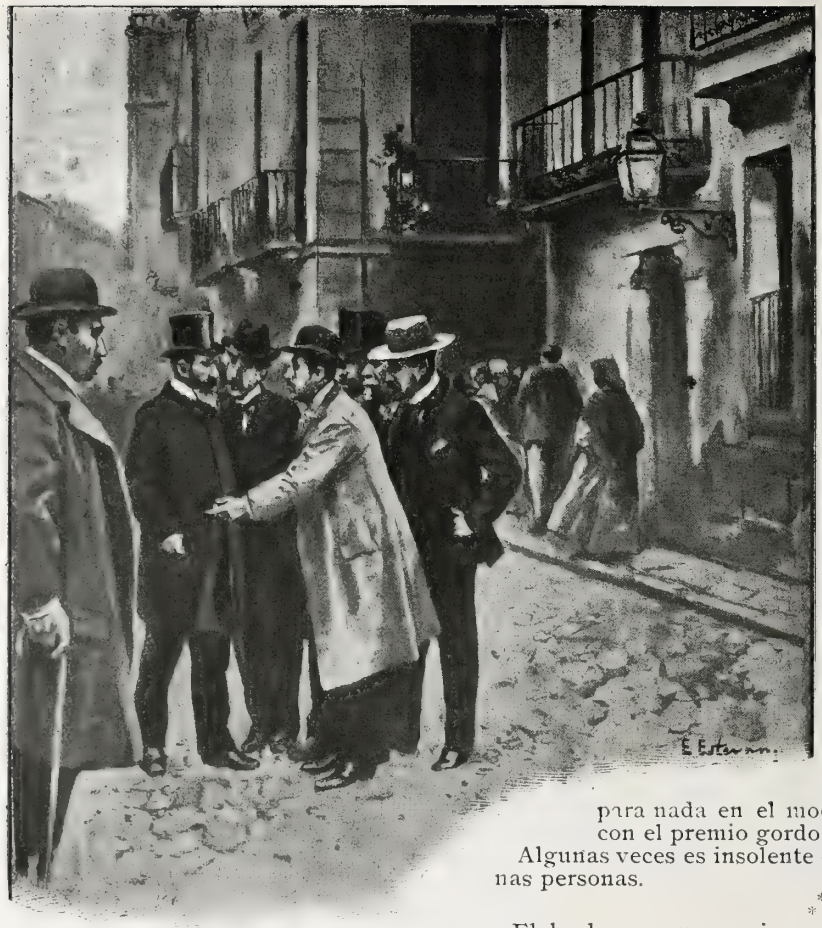
EL PAN ESTÁ SANTO:
OYE ESTO, HIJO MÍO:
EL PADRE, EN EL CAMPO TRABAJANDO, RIEGA
CON SUDOR EL TRIGO...
HACE EL PAN LA MADRE,
Y HACE EN ÉL UNA CRUS AL HEÑIRLO...
POR SAN MARCOS ESPÍGA LA SIEMBRA,
Y BENDICEN LOS CAMPOS FLORÍOS...
EL PAN EN SUS MANOS
EL SEÑOR BENDIJO...
EL PAN ES LA VIDA...
¡ES LA GRACIA DE DIOS, HIJO MÍO!
. . . . . .

¿QUE NO QUIÉS PAN SOLO...?
¡PAN QUE NO NOS FALTE YO AL SEÑOR LE PIDO!
PÁECE QUE SUSPIRAN AL DECIR LOS PADRES:
«¡EL PAN DE MIS HIJOS!»
PA DÁRSELO Á UN POBRE, SE BESA... LO BESA
EL POBRE AL TOMARLO, TAN AGRADECÍO...
CUANDO AL SUELO SE CAE, LO COGEN
Y LO BESAN TUÍCOS,
COMO COSA SANTA QUE TIENE MISTERIO
EN QUE ALGO SE ENCIERRA DE HUMANO Y DIVINO..
¡SE COGE Y SE BESA
COMO UN PIAZO VIVO
DEL ALMA Y LA CARNE
QUE EL GOLPE, AL CAERSE, LO HUBIERA SENTÍO!
. . . . . .

EL PAN NO SE TIRA... SI NO TIENES GANA,
SE PONE EN LA LEJA PA ALGÚN POBRETICO.
NO LO TIRES NUNCA,
¡QUE ÉL PAN ÉS LA GRACIA DE DIOS, HIJO MÍO!

DIBUJO DE J. FRANCÉS

VICENTE MEDINA



NACER DE PIE

Ese dicho vulgar tiene exacta comprobación en la vida, como aquel otro de: «Unos nacen con estrella y otros nacen estrellados.»

Lo del «sino de las criaturas» tampoco es una palabra vana, y el fatalismo árabe, no por ser una teoría cómoda deja de encerrar una verdad desconsoladora...

«Lo que ha de ser, escrito está» y vanos serán los esfuerzos del hombre para *oponerse* á su destino.

Que hay hombres de una suerte loca á los cuales todo les sale bien, y otros de tan mala sombra que los negocios más claros y sencillos se estropean en sus manos, es innegable y lo estamos viendo todos los días.

El éxito satisfactorio no siempre significa talento: la suerte, el sino de la criatura, lo determina en la mayoría de los casos, sin que la inteligencia intervenga para nada en el modo de conseguirlo: es *acertar* con el premio gordo de la lotería.

Algunas veces es insolente é insultante la suerte de algunas personas.

*
* *

El hecho que me sugiere estas reflexiones, y que voy a referir aquí, parece cuento. Nada más cierto, sin embargo; tengo yo un amigo, vamos al decir (porque eso de la amistad es más convencional que el teatro fantástico) para el cual parece inventada la frasecilla «Nacer de pie...»

De pie ha nacido, sin duda, el tal D. Sisebuto.

En ley de verdad, este hombre ayuda á su buena suerte con una actividad febril y cierto despejo natural no exento de suspicacia y de malicia; pero ¡caramba! que hay muchos tan activos é inteligentes como él, y acaso más, que jamás consiguen clavar la rueda de fortuna, y algunos que, si van al mar por agua salada, las *movibles ondas* se tornan dulces de repente,—valga la exageración.

Pero vengamos al hecho que motiva estas líneas. Un día (hace ya muchos años) leyó D. Sisebuto la noticia de que en tal población (una capital de provincia) se sacaba á pública subasta, con tales y cuáles condiciones, llevar el agua desde el pueblo de N. á la citada ciudad.

Sin encomendarse á Dios ni al diablo, nuestro hombre tomó el tren y se plantó en la ciudad aludida, presentando un pliego con la fianza estipulada y *haciendo* sus proposiciones.

D. Sisebuto estaba inquieto por la competencia que pudieran hacerle en un negocio que consideraba bueno, y claro sobre todo.

*
* *

Llegó el día de la subasta, y cuál no fué el regocijo de D. Sisebuto al ver que nadie le hacía la competencia y que sólo se había presentado un pliego: el suyo.

Dicho se está que se le adjudicó tranquilamente la contrata de llevar el agua desde el pueblo de N. á la ciudad de Tal, en tales y cuáles condiciones.

Cuando D. Sisebuto se retiraba á su alojamiento, vencedor y satisfecho, le salieron al paso algunos hijos de la población, con los cuales entabló el diálogo siguiente:

Uno.—Usted dispense, señor, pero quisiera hacerle una pregunta.

D. Sisebuto.—Tendré mucho gusto en satisfacer su curiosidad.

Uno.—¿No le choca que no se haya presentado nadie más que usted á esta subasta?

D. Sisebuto.—No, señor, no me choca. En España *somos* muy apáticos, y la mayoría de las personas ricas prefiere cobrar la renta del capital sin exponerse á los azares del negocio.

Otro.—Aquí es otro el motivo. La contrata es ruinosa, y por eso no se ha presentado nadie á disputarle á usted ese negocio en el cual se han de perder *infaliblemente* de sesenta á ochenta mil duros.

D. Sisebuto.—(Con los pelos de punta.) ¿Qué me dice usted? ¿Cómo puede ser eso?

Uno.—Es muy sencillo. Lo más cerca que están las canteras de donde tiene usted que traer la piedra que necesita, es á cuatro leguas de aquí.

D. Sisebuto.—¡Cómo! ¿á cuatro leguas? Yo creí que aquí mismo...

Otro.—Ese ha sido su error.

Uno.—Con números se le demuestra ahora mismo, matemáticamente, lo malo, lo rematadamente malo del negocio.

Con efecto, aquellos *caritativos* indígenas que á tiempo pudieron avisar á D. Sisebuto del riesgo que corría, y que no obstante asistieron impasibles al sacrificio, le demostraron con la elocuencia de los números lo que habían tan rotundamente afirmado: que la pérdida era cierta y enorme.

Los jornales de los canteros, el acarreo de la piedra, labrar la misma, etc., etc., sumaba tanto...

D. Sisebuto vió con siniestra claridad cuanto le decían y estuvo á punto de desmayarse.

Cuando le hubieron clavado el dardo, desaparecieron aquellos importunos transeuntes, satisfechos de su misión.

—¡Bruto de mí!—decía D. Sisebuto.—Me debí escamar al verme solo en la subasta.—Mas en seguida pensó:—¿Y de qué me hubiera servido escamarme, si había presentado el pliego? Lo que debí hacer fué venir antes, buscar noticias, buscar antecedentes, orientarme, en fin, antes de entregar á ciegas una fianza tan respetable.—¡Dios mío! ¿Qué va á ser de mí?

*
* *

D. Sisebuto no comió en dos días ni durmió en dos noches.

Si abandonaba el negocio, perdía la fianza; y si lo emprendía, perdía mucho más. ¿Qué hacer?—A trabajar—se dijo por fin.—Siempre habrá tiempo de dejarlo.

Realmente, ese era el partido más racional.

El era un luchador infatigable y le parecía depresivo de su dignidad sucumbir en aquella ocasión sin haber luchado, tentando todos los medios, apurando todos los recursos.

Lo primero que se le ocurrió, en medio de su desesperación, fué una puerilidad infantil. Acudir á la Corporación oficial, que á sabiendas había dado forma á tan desastroso negocio, en demanda de una reforma en el pliego de condiciones.

Le oyeron con desdeñosa compasión mezclada de extrañeza, se burlaron de él donosamente, y acabaron por decirle como nota final de la entrevista: «Eso, haberlo visto antes.»

Y como D. Sisebuto había pecado de imprevisor, comprendió la lógica de observación tan juiciosa y hubo de resignarse con su suerte, que por esta vez le pareció malísima

*
* *

Cuatro ó cinco días después de aquél en que se verificó la subasta, dispuso nuestro hombre que comenzaran las obras del canal y de los depósitos, puesto que no había otro remedio; pero con la secreta intención de apelar á cualquier remedio *heroico* cuando viera el pleito completamente perdido.

Trazado el primero y más grande de los depósitos, se dió principio á la excavación, y... ¿qué dirán los lectores que se encontró á poco más de medio metro de profundidad? ¡Roca! ¡roca viva! ¡Si no podía fallar!

Pensar que se hubiera eclipsado la estrella de D. Sisebuto, era pensar un desatino.

En el trazado de los otros depósitos ocurrió lo que en el primero, dieron con la piedra casi á flor de tierra: y como aquel terreno era ya suyo, según una de las cláusulas del contrato, suya era también la piedra que allí había.

Resultado: que D. Sisebuto encontró allí mismo cuanta piedra necesitaba y mucha más, que vendió á buen precio, y que, lo que para otro hubiera sido una ruina, fué para él un negocio magnífico.

Porque otro, seguramente, no encuentra allí la piedra, bien porque le hubieran marcado los depósitos en otro sitio, ó por otra razón cualquiera; pero no la encuentra.

En lugar de perder sesenta ú ochenta mil duros, como le habían demostrado con números, ganó mucho más y tuvo ocasión de vengarse, burlándose de los que tan mal rato le habían dado el día de la subasta.

Nació de pie y de pie sigue.

Y que le entren moscas á D. Sisebuto.

FRANCISCO FLORES GARCÍA

DIBUJOS DE E. ESTEVAN

HIDROFOBIA HIDROTERÁPICA

HISTORIETA MUDA, POR ROJAS

1

2

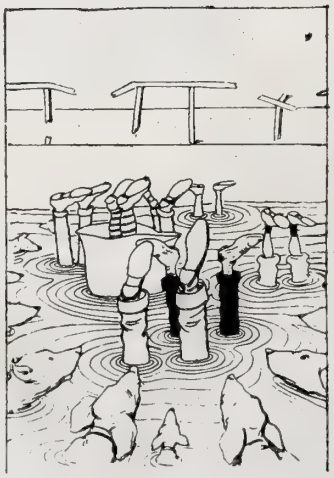
3

4

5

6

7



8

9

TRIANA DEL GUADALQUIVIR,
POR GARCÍA Y RODRÍGUEZ.

CROQUIS AMERICANOS

JUNTO AL NIDO DEL CÓNDOR

GRANDIOSA, imponente, como una de las mayores maravillas del planeta, corre desde Darien á la Patagonia la cordillera de los Andes.

Por la parte de Chile, que es donde están tomadas las fotografías que reproducimos, la altura media de la cordillera es de más de 6.000 metros: hay en los Andes chilenos veintitrés volcanes en actividad; inmensos valles que encierran grandes lagos como el Nahuelhuapi, el Villarica y el Desaguadero; ricos y mal explotados filones de metales preciosos.

Las laderas de los Andes, tanto por el lado de Chile como por el de la Argentina, ofrecen paisajes magníficos de espléndida vegetación. En las alturas aparecen grandes manchas de pinos de Arauco *(pinus Araucana)*; más abajo magníficos bosques de cedros rojos y de cipreses; laureles y mirtos se crían en los valles.

EL NIDO DEL CÓNDOR

El paso de los Andes se consideraba no há mucho como una temeridad propia tan sólo de sabios investigadores, mártires de la ciencia. Hoy día se atraviesa la cordillera y se recorre sin grandes dificultades, porque se conoce mejor su orografía. Y como los poetas suramericanos han usado y abusado tan excesivamente del cóndor en sus inspiradas poesías andinas y de las otras, naturalmente, casi todos los viajeros van buscando por los peñascales, horcajos y quebraduras de la cordillera *el nido del cóndor*.

Por desgracia para ellos, resulta que el cóndor no tiene nido fijo, sino que pone los huevos en cualquier parte, los deja sobre las peñas y allí nacen los polluelos, desde el principio duros y resistentes, como hijos del arroyo y de las piedras.

LA GUARDIA VIEJA. PASO ENTRE LA ARGENTINA Y CHILE, Á 1610 METROS SOBRE EL NIVEL DEL MAR

POSADA DE LAS CUEVAS: PUNTO DE TRÁNSITO ENTRE CHILE Y LA ARGENTINA

Porque el cóndor, de quien tantas leyendas se han contado, es sencillamente uno de los animales más simpáticos que surcan la atmósfera. Con toda su majestática presencia y toda su fuerza hercúlea y todo su aspecto cruel, con esas garras aceradas y esa calva de emperador romano decadente y ese babero de gastrónomo macabro, el cóndor posee el alma de un golfo, de un desocupado ó azotacalles, que también suele ser en algunos casos el alma de un soñador ó de un iluso. El se pasea por lugares de la atmósfera á los cuales no han osado subir ni los más intrépidos aeronautas; él considera el mundo como un panorama divertido, se complace en contemplar las tormentas desde arriba y en visitar *de veras* las regiones donde se forja el rayo. Se digna á veces descender á la tierra para almorzarse un cordero ó merendarse media vaca. No tiene miedo á los hombres, y en ello aventaja al león y al tigre, que huyen siempre y sólo hacen cara en último extremo. Sólo la gula pierde al cóndor. Cuando está hartizo y repleto, á veces, no puede volar y es fácil cazarle... ó hacerle una fotografía, lo cual es el trance y paso más denigrante que puede ocurrirle á un cóndor que se estime en algo.

FOTOGRAFÍAS REMITIDAS POR LOS SRES. MALAGRIDA Y CASELLAS

SALTO DEL SOLDADO. FAMOSO TAJO QUE DA PASO AL RÍO RIOCILLOS

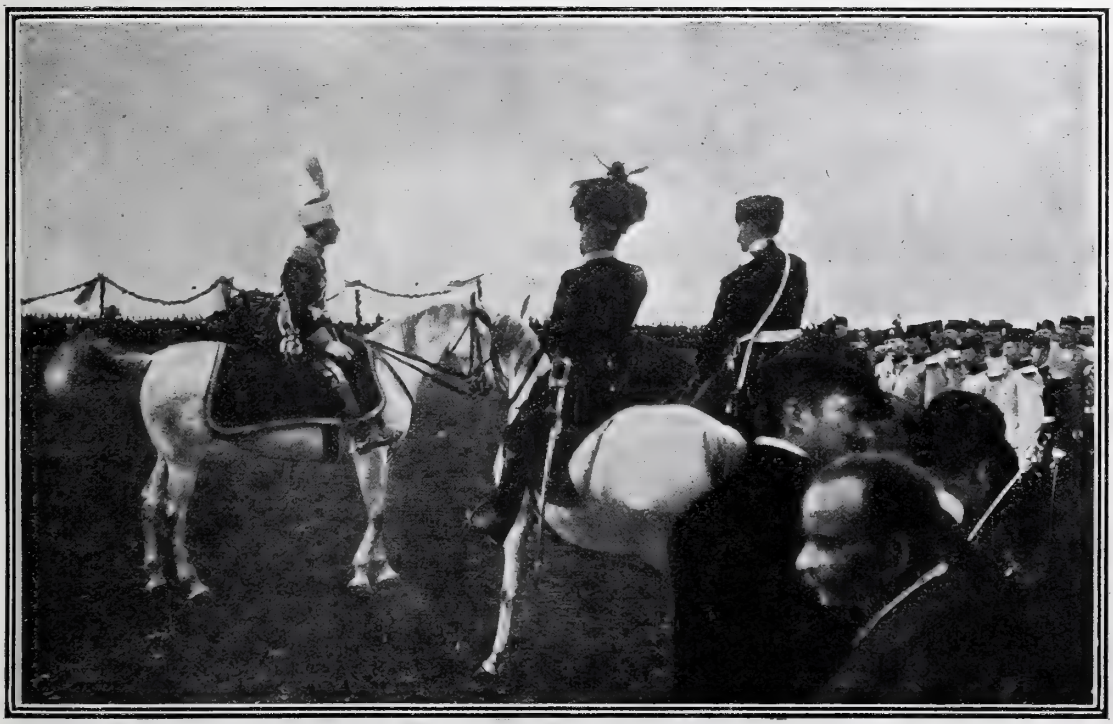
HACIENDO EL PÁBILO,
POR TOMÁS MARTÍN.

ACTUALIDAD EXTRANJERA

S. M. PEDRO I KARAGEORGEVITCH EN COCHE DE GALA

BIEN *está lo que bien concluye*. Este dicho, título de una comedia de Shakespeare, pudiera aplicarse con toda razón á la ya olvidada tragedia de Belgrado. Y aún pudiera añadirse, no ya con una frase proverbial inglesa, sino con otra del Refranero español, aquéllo de *el muerto al hoyo y el vivo al bollo*.

El cambio de decoración, por lo que hace á la persona del protagonista, no ha sido, en verdad, muy grande. Si el asesinado rey Alejandro no era ningún prodigio de gallardía y majestad, tampoco lo es el recién llegado sucesor. El Sr. de Karageorgevitch es un caballero de carácter anciano, como se decía antaño en las listas de cómicos; parece natural que posea la experiencia y marrullerías propias de quien ha desempeñado años y años el triste papel de los reyes en el destierro; pero, por lo pronto, de poco le han servido, pues forzado por las circunstancias, se ha visto obligado á meterse en la boca del lobo y hoy le rodean los asesinos de su antecesor y le defienden las espadas que en sangre real se tiñeron y le contemplan los ojos que vieron perecer al desdichado Alejandro y le sostienen los brazos regicidas y le aplauden las manos rebeldes. Así se comprende muy bien la actitud reservada y no muy entusiasta



EL NUEVO REY DE SERVIA REVISTANDO LAS TROPAS — FOTS. E. BROD

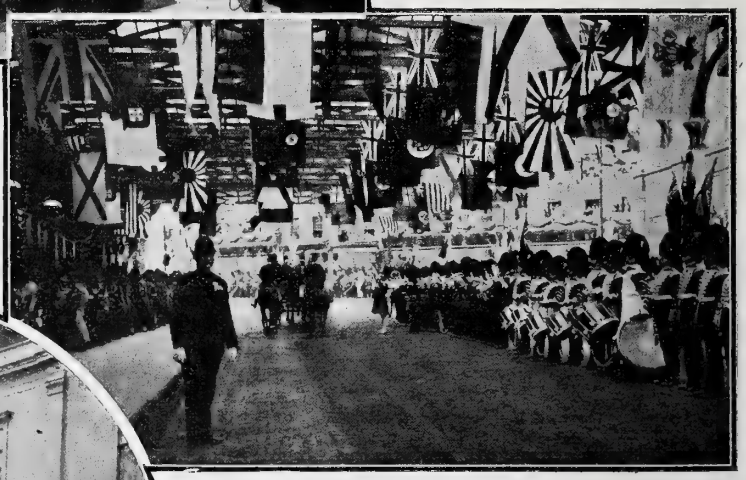
ni enardecida en que la fotografía, con su cruel exactitud, *maestra de la historia*, nos representa al nuevo soberano. Convengamos en que D. Pedro de Servia no ha atravesado el umbral de la Historia con la entereza y bizarría de un Carlos V ó de un Pedro el Grande.

LLEGADA DE MR. LOUBET A DOUVRES
FOT. GRIBAYEDOFF

En cambio, ha gustado mucho la primera representación de la interesante comedia de *La cordialidad anglofrancesa*, representada en Londres por los dos *primeros* entre los primeros: Monsieur Loubet y Eduardo VII ó viceversa, quienes, si no el umbral, sí acaban de atravesar uno de los soportales ó zaguanes de la Historia futura muy cogiditos del brazo y prodigándose las carantoñas más expresivas.

¿Qué oveja morirá á consecuencia de esta nueva junta de rabadanes? ¡Quién es capaz de saberlo!

La verdad es que el paso del Canal por Mr. Loubet lo consideran muchos como el paso del Rubicón. ¿Que sucederá ahora? Lo menos malo que puede suce



LAS CALLES DE LONDRES EMPAVESADAS PARA RECIBIR AL PRESIDENTE

der es que no suceda nada. Pero desde luego notan los franceses que su Presidente se ha conducido con dignidad en medio de la archiencopetada y etiquetera corte de la Gran Bretaña. En algunos momentos se temió un grave con-

LOS GAITEROS DE LA GUARDIA ESCOCESA QUE ACOMPAÑARON A MR. LOUBET

flicto, á causa de la necesidad, impuesta por las pragmáticas, de que el buen señor se presentase luciendo las pantorrillas. Temían los franceses que las extremidades abdominales del digno magistrado no resultaran suficientemente decorativas. Pero el rigor de la etiqueta británica cedió, y éste ha sido el primer triunfo de la diplomacia francesa. Mr. Loubet se ha presentado con pantalón largo. ¡Y Mr. Delcassé tan contento!

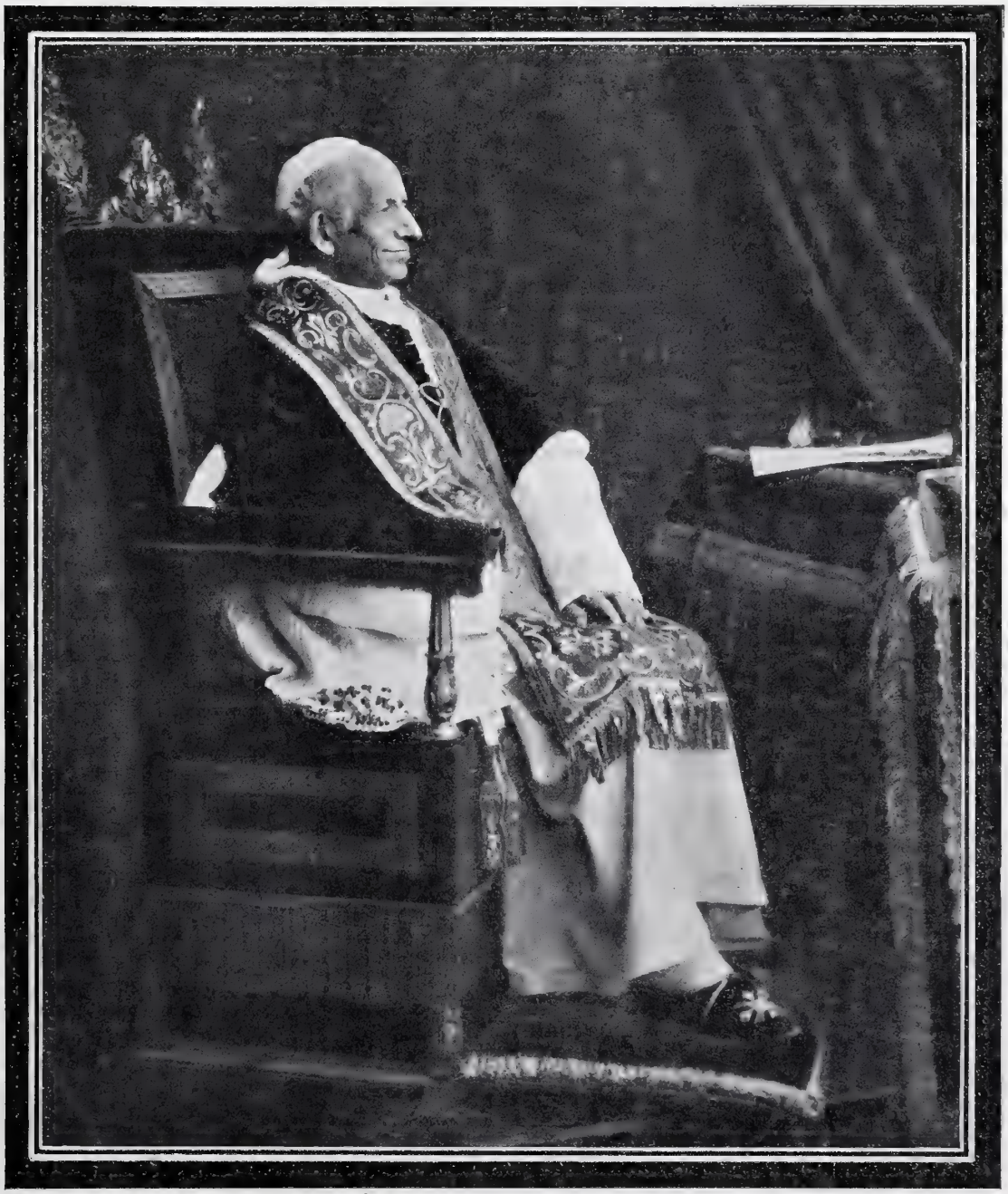
* * *

MÚSICAS MILITARES EN LAS PLAZAS DE LONDRES
FOTS. CHUSSEAU-FLAVIENS

AÑO TRECE Y NUMERO 638 MADRID DIA 25 DE JULIO DE 1903

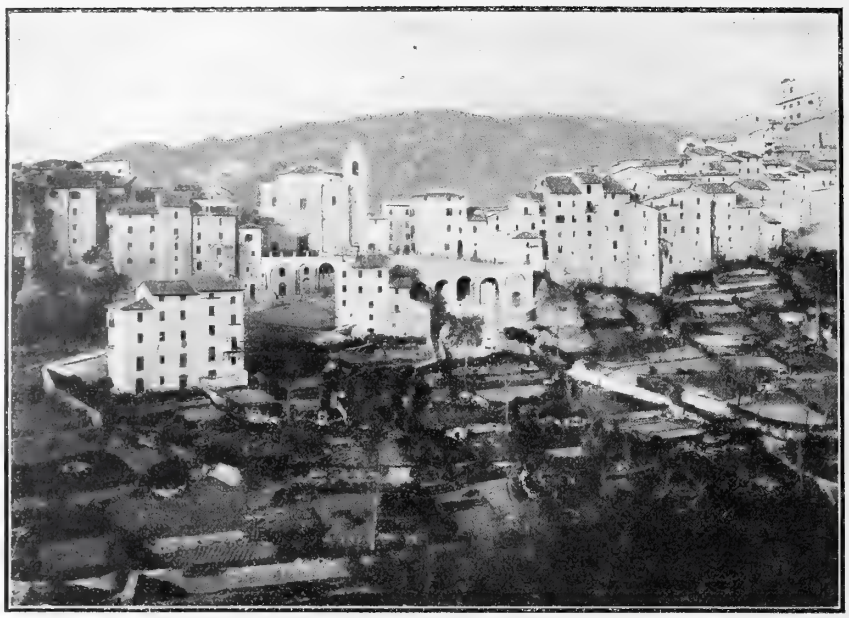
BLANCO Y NEGRO

SU SANTIDAD LEON XIII



A media tarde del lunes 20 expiró Su Santidad el Papa León XIII, sumiendo en profundo dolor á todos los pueblos de la cristiandad.

Pocas penas más legítimas podrán sentirse, porque Leon XIII no era solamente el Papa de la sabi-



VISTA DE CARPINETO, PUEBLO DONDE NACIÓ S. S. LEÓN XIII FOT. SIMBOLI

duría y de las virtudes. Era el Papa de la paz y de la tolerancia. Difíciles eran los momentos en que subió al Solio Pontificio. Lejos de ahondar diferencias, procuró allanarlas, y así en el curso de su glorioso pontificado logró verse respetado, venerado y querido por todos los pueblos de la tierra.

Todo lo hizo por la paz y para la paz. Si en España procuró con sus consejos y con su conducta calmar los ánimos de quienes encendieron una guerra civil para defender supuestos derechos dinásticos, en Francia procuró también reducir á los que protestaban contra el actual régimen de Gobierno, y en Italia templó las pasiones de los que se juzgaban víctimas de una usurpación política, y á todas partes llevó el influjo de su alma generosa, llena de sentimientos nobles y santos.

Nació León XIII, Joaquín Pecci, en Carpineto el día 2 de Marzo de 1810. Ha muerto á los noventa y tres años, cuatro meses y dieciocho días. Fué elegido Papa, en sustitución de Pío IX, el 20 de Febrero de 1878. Ha sido su pontificado de veinticuatro años y cinco meses. Su muerte ha sido la de un

S. S. LEÓN XIII PRESIDIENDO EL CONSISTORIO EN EL CUAL SE TRATÓ DE LA BEATIFICACIÓN DE JUANA DE ARCO

santo. Cerca de un mes ha estado luchando con la muerte, y los dolores físicos no han logrado turbar la placidez de su alma. Dios habrá acogido en su seno el espíritu del hombre que por las virtudes que atesoró y por el bien que hizo al mundo, era seguramente acreedor á la santa gloria.

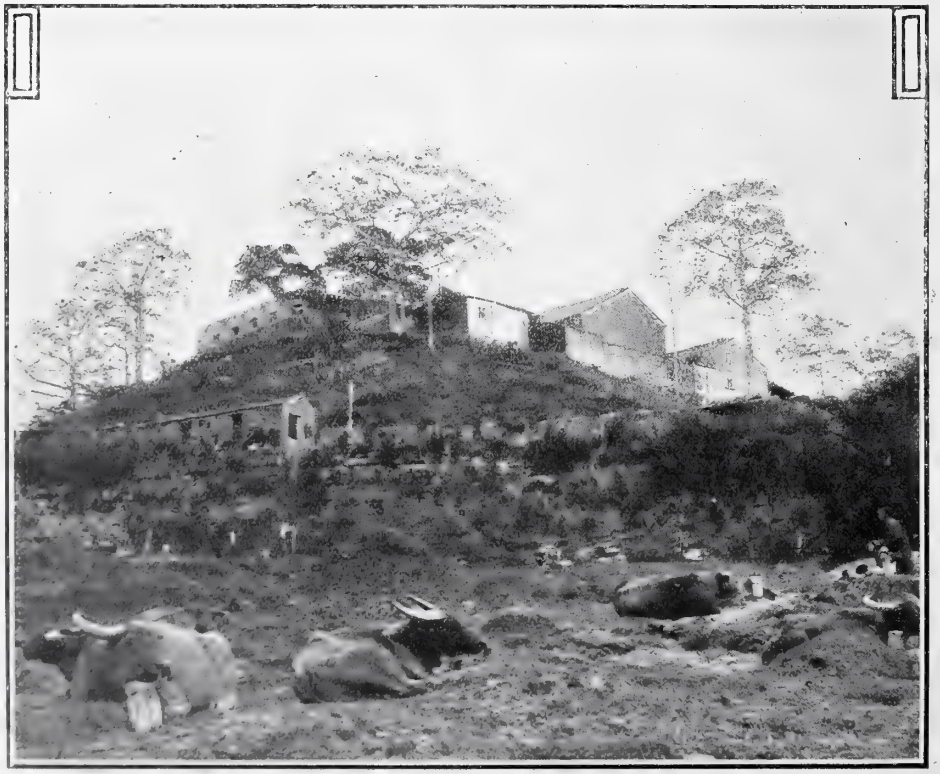
PINTURA FEMINISTA,
POR CARLOS VAZQUEZ.

CROQUIS ASIÁTICOS

CANTÓN

CANTÓN fué la primera puerta que la civilización europea abrió para penetrar en China. Es una ciudad enorme, viejísima. La ría ó canal de Cantón es un verdadero golfo que forma la confluencia del río Tigre ó Tchen-Kiang y del Ge-Kiang, á sesenta y cuatro kilómetros de la costa. Millares y millares de chinos no tienen otra habitación que el río, y en él nacen, viven y mueren, en el espacio reducido de un junco ó *sampan*, barcaza ó bote de transporte que, á más de ser su casa, es su único medio de vida. Hasta poco antes de la guerra última aún se distinguían en Cantón las antiguas divisiones entre la ciudad china y la europea, porque durante siglos no hubo entre ellas, con estar juntas y sólo divididas por una muralla, la menor comunicación, y ningún chino osaba entrar en el recinto europeo, como no fuesen los pobres criados, que en la espalda llevaban las iniciales del nombre de sus amos, y unos cuantos corredores ó agentes comerciales, llamados *hangs*. El comercio en Cantón era activísimo: de allí exclusivamente recibían nuestros padres los ricos mantones de la *China-ná*, concebidos y ejecutados por el inmortal artista Ayún ó por su genial sucesor Senquá, á quienes nuestro Galdós ha elevado magnífico monumento en *Fortunata y Jacinta;* de allí venían el buen té, las bellas porcelanas, los hermosos abanicos, las lacas peregrinas. A pesar de las preocupaciones y

LA TORRE DE PORCELANA



CARABAOS EN LOS ALREDEDORES DE CANTÓN

UNA FACTORÍA EUROPEA

de la hosquedad de los chinos, llegó á crearse en Cantón un dialecto ó lengua franca, mezcla de inglés y de chino, que aún se habla en toda la provincia y se ha corrido á otras grandes ciudades del litoral. Es una jerga parecida á la de los chinos de California ó de Filipinas Siguiendo las cosas al paso que van, esa extraña germanía llegará á dominar en todo el Celeste Imperio, y el bello pero inaccesible idioma de Meng-tseu morirá con la civilización tan original y poderosa que le creó.

LA RÍA DE CANTÓN

DE SEGOVIA

LA FUENTE DEL AZOGUEJO

Sobre la vieja ciudad castellana se ciernen la tranquilidad y el reposo. Guarda sus apiñadas casas el venerable Acueducto como un gigantesco pastor echado panza arriba que tuviese cuenta de quieto rebaño de ovejas acurrucadas en una loma.

Entre el Acueducto y las casucas que á su pie se alzan y que forman la plaza del Azoguejo, llamada irónicamente por los segovianos la *Puerta del Sol*, hay un abismo de siglos y siglos. La obra romana es como el índice ó compendio de toda una civilización poderosa, refinada, la huella indeleble de un gran pueblo fuertísimo, sólidamente organizado, seguro de sí mismo. De la cultura y del poderío del Imperio romano, dice mucho más y en más elocuentes párrafos de piedra el Acueducto de Segovia, que la estatua de la Libertad iluminando al mundo ó el puente de Brooklyn dicen del poder y de la cultura del actual Imperio americano, tan semejante al de Roma en la absorbente brutalidad y en el desprecio de toda voluntad y aun de toda existencia ajena.

En cambio, las pobres casitas que al pie del Acueducto se congregan y las pobres gentecillas que en torno de la fuente suelen pulular, nos hablan tristemente de una decadencia irremediable, de una pobreza crónica, de una dejadez eterna.

A veinte metros del Acueducto, con el cual tiene comunicación, se alza la fuente del Azoguejo, construída en el pretil del átrio de la antigua iglesia de Santa Columba, cuya mole aparece cubierta de verdeante emparrado. Este templo, hoy abandonado y casi derruído, es uno de tantos edificios cuya ruina parece simbolizar el desmoronamiento de un pueblo por su incuria. Era una de las iglesias parroquiales de Segovia. Descuidada su conservación, en 1818 se hundió la torre, después gran parte del edificio. Se intentó reedificarle en 1831. Quedó la obra sin terminar. Vendió el Estado la antigua fábrica, y hoy día el recinto sagrado se dedica á mercado de carnes, matadero particular ó cosa por el estilo. ¡Triste sino de las vejeces venerables!

La plazuela, donde hormiguean los desocupados, perdidos y hampones de Segovia; la fuente, cuyos caños surten de los recios sillares y á la cual concurren criadas con sus cántaros, azacanes con sus borriquillos y arrieros con sus recuas; los tinglados y tenderetes, barberías y puestos de leche que se han pegado y formado costra en la robustez de la muralla, y hasta las gallinas que picotean el suelo, todo ofrece un aspecto alegre, pero pobre, humilde en demasía, algo que forma ágrio y melancólico contraste con la severa grandiosidad del Acueducto.

No hace falta gran imaginación para ahondar en ese contraste, representativo de las fieras altiveces del pasado y de las forzadas humildades del presente.

No en vano llaman los de Segovia á la plaza del Azoguejo la *Puerta del Sol*. Si aquí hubiera espacio para ello, diríamos *cuatro ligeras vaciedades* acerca de lo que significa el nombre y la existencia de la *Puerta del Sol* en distintas ciudades de España; pero más vale no hablar de cosas tristes.

W. & B.

DIBUJO DE E. GUTIÉRREZ

La otra vida

I

La discusión avanzaba y se encrudecía por momentos. Lo que empezó en escaramuza tomaba proporciones de batalla. Y en verdad que desde el principio, desde que el fogoso Mendalba enristró su quijotesco lanzón de defensor del ideal contra las bien templadas armas dialécticas del escéptico y sutilísimo Alcira, los blancos manteles de la aristocrática mesa de la condesita María convirtiéronse en *tela* de justa, ó más bien de torneo, y los dos combatientes tomaron á nuestros ojos aspecto de paladines que, partido el sol, disputábanse, brazo á brazo, la dama de sus pensamientos.

Y así era la verdad; porque mudado el lugar y las armas, aquella era una verdadera lucha cuerpo á cuerpo, un torneo, casi un *juicio de Dios* entre uno y otro caballero enamorado. Bajo las blancas pecheras en que rielaba la eléctrica luz, sentíanse pulsar los corazones contrarios, y en el jadeo de la respiración anhelosa percibíase el resuello de fiera de la soberbia, los celos y el amor, mal contenidos ya por los lazos de seda de los humanos respetos. Combatían con armas de justa, pero los dorados estoques del simulacro culebreaban hambrientos buscando el corazón del enemigo.

Todos lo sentíamos así. Fuera de las dos alteradas voces varoniles, no se oía otro rumor que el de la loza, plata y cristalería del servicio trasegado mecánicamente por los criados, y el inquieto alentar de los comensales. La pobre condesa estaba pálida, y Alcira, el paladín de la negación, temblaba al impulso de una afirmación soberana, el amor. La situación del brillantísimo orador republicano era anómala, crítica. Tenía público; allí estaba cierto famoso exministro liberal, un periodista batallador, nuestro más celebrado novelista, un crítico ilustre, y su orgullo de tribuno, su vanidad masculina, su ambición de enamorado, el odio á su rival y el aguijón de los celos revolvían con tumulto las aguas siempre fluentes de su elocuencia incontrastable. Pero aquellos ríos de caudalosa inspiración que se desataban de sus labios parecían amargarle el paladar y envenenarle la sangre. Sabía que aquellas aceradas puntas de la negación se volvían contra sí mismo é iban á hincarse donde á él más le dolía, en el corazón de la mujer amada, que sangraba lacerado allí á su vista. Sabíalo y no podía callar; todo su ser se precipitaba á sus labios en aquel vértigo de orgullo y de celos en que su triunfo era su derrota. Presentía con vaga lucidez que, sin aquellas ideas suyas, acaso María le hubiese amado; aventurábase á creer tímidamente que quizás le amaba á pesar de ellas, y por eso al esgrimirlas con desesperado arresto viril en su presencia, sentíasele herirse con sus propias armas, y al paso que se crecía en la lucha, veíasele padecer al par de muerte.

Mendalba, en cambio, el mantenedor del ideal, estaba en su terreno; sus claros ojos celestes relampagueaban de gozo como si vieran tenderse hacia su frente la blanca mano de la condesa, pronta á ceñirle el lauro de oro destinado al vencedor. El éxito, la gloria y el amor parecían correr en calientes oleadas por sus azules venas de sanguíneo, y su ancho torax de gladiador se alzaba soberbio como si respirase á plenos pulmones la victoria. Porque lo singular de aquel caso era que el duque de Mendalba, el paladín de la fe, tenía la apretada musculatura de un luchador circense, y fisiológicamente, si esto puede decirse, era clásico, gentílico, estaba hecho para gozar en toda su plenitud la vida; y, en cambio, Jaime de Alcira, el apóstol del escepticismo, el apologista de la materia *autogenésica*, como él decía, era pálido, nervioso, calenturiento, neurasténico; tenía, en fin, la fisiología delicada, ardorosa y espiritualista de uno de aquellos cristianos caballeros nuestros cuyas almas acertó á *retratar* el asombroso *Greco*.

De su ascético perfil aquilino, de sus delgados labios levemente descoloridos, de su tierno mirar que parecía caldeado al fuego de un alma para todos amorosa, creíase ver manar la fe, el entusiasmo, la efusión cristiana, y sorprendía dolorosamente hallar que aquella faz contemplativa sólo reflejase la desesperada negación, el acerbo sarcasmo, la desoladora nada. Y sin embargo, aquel hombre estaba enamorado. Y mientras sus labios negaban en crudo y blasfemaban en frío, en su corazón parecía

arder la hoguera oculta de un amor místico, rendido, pronto al culto y á la adoración reverente.

Pero mientras al otro lado de la mesa, los que éramos allí meros espectadores reflexionábamos estas cosas, en el lugar de la acción recrudecíase la lucha, y hubo un momento en que el duque, que tenía en la mano un cuchillo, acentuó con él de tal modo una frase, y Alcira, cruzándose de brazos, miróle tan provocativamente, que todos creímos que la comida iba á tener final de tragedia.

Por fortuna estábamos en los postres, y la condesa, con la oportunidad que le es propia, cortó la discusión invitándonos á tomar el café en la *serre*.

Todo el mundo sabe el valor que en medio de una situación dramática, ya insostenible, tiene la palabra hábil que muda el tema de la conversación, la entrada oportuna de algún nuevo personaje que corta en seco las discusiones, ó el paso de uno á otro lugar que separa los contendientes, apaga los fuegos, ataja el curso de la controversia y anuda en torno á los antagonistas los hilos de otras pláticas que, como red de prudencia, los envuelven y paralizan. Tal fué el efecto del hábil recurso de María, la condesita viuda de Ridaure, que no en vano pasa por una de las más hermosas y discretas damas de Madrid.

II

Las puertas de la *serre* estaban abiertas, y por ellas entraban en oleadas tibias el resplandor azul de la luna disuelto en el aire perfumado de Mayo.

Al llegar ante las mesitas dispuestas para tomar el café dentro de la *serre*, preguntó Jaime á la condesa, que se apoyaba tímidamente en su brazo:—¿Aquí? ¿Y por qué no fuera?—Mandó la dama trasladar al jardín las mesillas de laca, y cuando Jaime se sentaba junto á su linda prima—porque debe advertirse que María lo era suya,—miróle ésta, y al observar la palidez y angustia del pobre escéptico, díjole en tono familiar, cariñoso, como para reanimar su decaído espíritu:

—¿Y se puede saber, primito, por qué prefieres el jardín á la *serre?*

Jaime pensaba en aquel momento que María habíase apoyado en su brazo como para consolarle en su derrota, mientras reservaba el corazón como premio á su rival triunfante; y al oir sus afectuosas palabras, sonrió con viva alegría y respondió en el tono blando y temeroso del niño que intenta desenojar á su madre después de una diablura:—¿Por qué?... ¿por qué?... No quisiera que te rieses de mí si te lo digo.—La miró y halló en los ojos de ella ánimos para continuar.—Es una nimiedad, una niñería, una sandez...; pero la vista de los árboles y del cielo en estas noches de luna ejerce sobre mí un influjo indecible... ¿Te acuerdas, prima, de nuestra hermosa Valencia? ¿Te acuerdas de mi *huerto?* ¿De mi madre?—La voz de Jaime se humedeció y se quebró de pronto.

—¿De tu madre, de aquella santa del cielo? ¡Que si me acuerdo me preguntas, y la quería yo tanto como tú!

Jaime clavó los ojos en su prima, pero no habló; acaso temía que su voz no estuviese segura.

—¡Ay, si mi pobre tía, tan cristiana, tan piadosa, viviera y viese...!—dijo María; pero al ver la cara de Jaime no se atrevió á seguir, y entre los dos se interpuso un silencio difícil de soportar y más difícil de romper.

Jaime sentía que se había enajenado para siempre el amor de su prima; que después de cuanto dijo en la mesa, ya no había rehabilitación posible para él; la condesa estaba alterada y pálida en extremo, y parecía que entre él y ella se iba agrandando por momentos un abismo insondable y extendiéndose un océano sin orillas. Pero á veces, cuando uno y otro se miraban desconsolados, diríase que María adivinaba el mal de Jaime; diríase que viéndole ciego y sintiéndose luz, deseaba penetrar en él é iluminarle; creeríase que viéndole sediento, deseaba acercarse á él y llevarle en el hueco de su mano el agua salvadora con que refrescar sus labios desecados por la sed de lo infinito. De pronto, reanudan-

do con encantadora sencillez los recuerdos de Jaime, dijo ella:—¿Tu *huerto?*... ¡Ya lo creo, era un verdadero paraíso! Y como en las noches de luna gustaba tu madre de que acabásemos la cena en el jardín, allí, donde más allá de la rica orla de rosales, naranjos y palmeras, se veía la llanada movible del mar plateado por la luna, como tu madre gustaba tanto de ello y tú adorabas á tu madre... Comprendo lo que te sucede: el cielo de la noche, las ramas movibles, el aroma de las rosas, la luz prestigiosa de la luna... cada una de esas cosas despierta y evoca en ti sensaciones de otros días que están en tu memoria confundidas con el recuerdo de tu madre...

—Justo; y al fundirse y amalgamarse unas con otras, cada una de esas sensaciones que me traen algo de su recuerdo, intégrase éste en mí, y se reproduce en mis sentidos la visión completa, la presencia real de mi adorada viejecita. ¡Si tú vieses, María, con qué fuerza, con qué intensidad se destaca ante mis ojos! Vamos... si me parece que rejuvenezco, que renazco... ¡soy otro hombre! Cuando me acuerdo de ella, cuando revivo aquellos días y aquellas noches... comprendo la dicha tan grande que gozáis los que creéis en otra vida en que volvemos á encontrar á los que hemos amado.

—¿Verdad, Jaime? ¿Verdad que el amor es cosa de naturaleza tan eterna, que parece que no basta una vida para alcanzar su plenitud?

Jaime, que adoraba el excepcional talento de María, la miró sorprendido del singular alcance de aquellas palabras que despertaron en el alma de él ecos tan hondos y tan altos.

—¡Qué cosa tan prodigiosa es la memoria!—prosiguió ella.—¿Y os atrevéis á negar los milagros? Pero, dime... nuestra vida, Jaime, ¿no es un milagro continuado? ¿No es la realización constante de leyes sobrenaturales rodeadas para nosotros de impenetrable misterio? Dime tú, ¡loco apologista de lo positivo y lo real! ¿qué es lo *positivo* y lo *real* en este mundo? ¿A dónde están tu huerto, tu madre y los días felices de tu niñez? Tu huerto no existe siquiera: para emplazar una fábrica y una vía férrea lo asolaron y borraron por completo; tu madre... sólo vive en el cielo; tu niñez voló como el perfume de las flores que la envolvían... Y de todo ello, ¿qué resta, qué sobrevive? ¿qué? Lo *inmaterial*, lo ideal, lo intangible, *un recuerdo*. ¿Y quién lo guarda? Ese *algo* sobrenatural que tú niegas, el alma, el huésped eterno de este deleznable barro. ¿Y no te prueba esto, con altísima elocuencia, que el espectáculo es la vida y el espectador el espíritu; que lo mudable es lo que pasa y lo eterno lo que persiste, conservando la impresión de estas realidades que huyen con vaguedad y rapidez de ensueño? ¿No ves que este vivir tan breve é incompleto no es sino como esbozo y vislumbre de otro más alto y supremo? ¿No ves que de nuestro existir lo que más amamos es lo que no es realidad, el recuerdo ó la esperanza, lo que ya no es, ó lo que no es todavía? ¿Y esto no te dice que en el inapreciable presente no cabe la plenitud de nuestro espíritu, creado para horizontes infinitos? ¿No sientes en ti mismo, á través de estas exterioridades que nos distraen de lo eterno, el preludio y como el despuntar de otra vida?...

—¡Otra vida, María de mi alma! ¡Sí, otra vida siento, la respiro, me invade y me posee! Siempre, en noches como ésta, al absorberme el recuerdo de mi madre, al sentirme rodeado, lleno de su presencia... pienso que debiera existir otra vida para colmar vidas como la suya de abnegación y martirio... ¡pienso que para almas como aquéllas debe existir, existe la bienaventuranza! Pero ahora, ahora que eres tú, María, la que me habla de mi madre y de la eternidad del amor... ¡ahora siento que mi alma se despliega, se agranda, no cabe en esta existencia; ahora siento que amar es creer, adorar, prosternarse ante algo sobrenatural que nunca muere! ¡Ahora, María, te lo juro por la presencia de mi madre que me envuelve, me confieso derrotado, arrepentido; creo, creo con todo mi ser en *la otra vida!*

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ

FABIO Melenúchez, uno de los intelectuales rimados más exquisitos que hay bajo la capa del cielo modernista, ha reunido quince interesantes poesías para publicarlas bajo el título que encabeza estos párrafos, y hoy me pide que le revise y á ser preciso le corrija los meritísimos productos de su tornasolado ingenio; mas como no me considero con la suficiente autoridad, ni con el necesario valor para abordar tamaña empresa, declino tal honor, permitiéndome, en cambio, recomendar á ustedes las composiciones que han salido del febril al par que fabril caletre de Melenúchez.

Los títulos de dichas melenuchadas son por sí solos altamente sugestivos. Además, cada una de ellas está escrita para algún ser determinado; no vayan ustedes á figurarse que están hechas para el común de los mortales, aun cuando á él vayan á parar después. Y para que conste, reproduzco á continuación el índice de los aludidos quince *Calambres* con sus dedicatorias correspondientes:

I.—*Vísceras marchitas*	Para mi exquisito primo Robustiano.
II.—*Hígados violáceos*	Para mi hermano en lirios Anacleto.
III.—*Lugubreces*	Para el alma de D. Enrique el Doliente.
IV.—*Charcos del espíritu*	Para el adorable artista Roberto Piscis.
V.—*Hipo de amor*	Para el alma de Felipe el Hermoso.
VI.—*Lirios abstractos*	Para mi amigo de las entrañas Floro Mariquítez.
VII.—*Miriapodina*	Para mi alma soñadora.
VIII.—*Crepúsculo torturador*	Para Rufo.
IX.—*Sonrisas de sarcófago*	Para Ninfo.
X.—*Calostros imberbes*	Para el lucero de la Alba.
XI.—*Cartílagos crepusculares*	Para el pálido escritor R. I. P.
XII.—*Bofes eternos*	Para el sabroso artista Roque Mantecón.
XIII.—*Estertores alegres*	Para todos los poetas violáceos.
XIV.—*Madreselvas y padreselvas*	Para el Dante.
XV.—*Musgo*	Para mis compañeros de lengua.

Quien tales *Calambres* siente, bien digno es de la atención del público, y puesto que ahora se estila consagrar á los genios antes de que éstos demuestren con sus obras que lo son, no hallo inconveniente alguno en prevenir á ustedes, anticipándome á los amigos de Fabio Melenúchez, que este superjoven tiene dentro lo que nadie se puede imaginar; que la llama del genio arde en su espíritu y que está llamado á producir una verdadera revolución literaria (no sé si desde abajo ó desde arriba) por sus nerviosidades y sus exquisiteces. ¡No ha de estar llamado, si lleva dentro una llama!

Pero ¿á qué prodigar mis elogios á Melenúchez, si ustedes mismos le pueden juzgar pasando la vista por cualquiera de sus *Calambres?*

Cojo, pues, al azar uno de los quince, y paso á ofrecérselo á ustedes en concepto de muestra.

CREPÚSCULO TORTURADOR

Los lagos azules suspiran tranquilos,
tranquilos suspiran los lagos azules,
los lagos azules
tranquilos suspiran
con dejos neurosos de lúbrica flema,
con áureas nostalgias de lirios de crema.
¡Por eso suspiran los lagos tranquilos!
¡Por eso suspiran los lagos azules!

Del bosque las ninfas llorando pululan,
pululan llorando las ninfas del bosque,
llorando las ninfas
del bosque pululan
y en giros de sangre, cual águilas torvas,
tornándose níveas se rascan las corvas.
¡Por eso las ninfas del bosque pululan!
¡Por eso pululan las ninfas del bosque!

Los rojos picachos del monte negrean,
negrean del monte picacho los rojos,
los rojos picachos,
los rojos del monte,

y en torno á las almas inician su rumbo
los cínifes locos que lamen el chumbo.
¡Por eso los rojos picachos negrean!
¡Por eso negrean los rojos picachos!

Las flores se apagan con lúbrica enjundia,
con lúbrica enjundia se apagan las flores,
con lúbrica enjundia
las flores se apagan
y en las crisantemas hay algo neurótico
con dejos grisáceos de género gótico.
¡Por eso se apagan con lúbrica enjundia!
¡Por eso se apagan las lúbricas flores!

Cayendo la tarde mi madre se excita,
su nombre maldigo cayendo la tarde,
mi madre se excita,
maldigo su nombre,
y adoro á los lirios que no anhelan gloria
ni espasmos de orgía, ni vueltas de noria.
Y en medio del lago, con fe de crisálida,
maldigo á mi madre, porque es poco pálida.

Fabio Melenúchez.

No digo más, queridos lectores. Sólo me resta insistir en mi modesta recomendación á favor de ese prodigio modernista ignorado hasta hoy, de ese mil veces exquisito Melenúchez, al cual, dicho sea de paso, tuve que dar ayer unos pantalones usados, y aun abusados, para que pudiera cubrirse las extremidades inferiores del genio.

¡Dios le conserve su amor á los lirios! Siquiera para justificar sus pujos de poeta *lírico.*

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

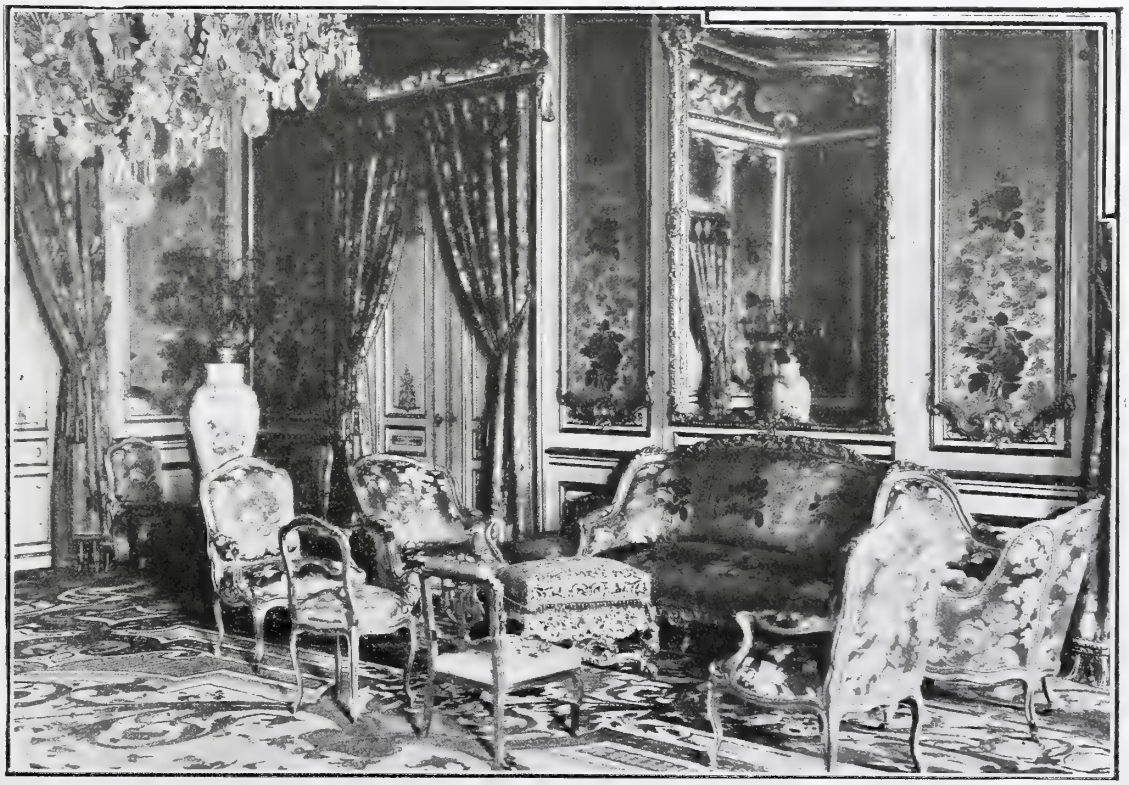
El Palacio de Fernán-Núñez

GRAN LÁMPARA DE LOZA DE TALAVERA

El espacioso palacio que posee en la calle de Santa Isabel la histórica familia de los Cerbellones, es uno de los pocos edificios del viejo Madrid que aún no ha abandonado la nobleza. Poco después de mediada la última centuria se hicieron en él grandes reformas, cambiando en parte su distribución interior y decorando espléndidamente sus salones. Nuevos muebles, tapices y otros objetos artísticos se fueron añadiendo á los que de antiguo poseía la familia; y la inteligencia y buen gusto que á todo ello presidió han producido un conjunto grandioso y bello en que dominan la elegancia refinada del gusto moderno y el arte sensual del siglo XVIII, en contraste con numerosos recuerdos de la severa época de los Austrias y de los heroicos tiempos medioevales, en cuyas crónicas llena el nombre de Cerbellón numerosas páginas.

Del anchuroso portal y dejando á la derecha la escalera de mármol blanco, se pasa á las habitaciones de la planta baja. Se atraviesan severas antesalas con armaduras del siglo XVI y retratos antiguos (entre ellos uno de la familia Cerbellón por Goya y otro de aquel Marqués de la Mina que tanto ilustró su nombre en la primera mitad del siglo XVIII), y se llega sucesivamente al despacho del actual marqués y á un interesante salón lleno de curiosidades artísticas, entre ellas cristalería veneciana, jarrones japoneses, placas de Alcora, y lámparas de aquella famosa loza de Talavera, tosca y vigorosa como un conquistador español, y prototipo de nuestra cerámica en tiempo de los Austrias.

De este salón se pasa á la estufa ó *serre*, mantenida en suave calor dentro de la elevada bóveda y grandiosa pared de cristales, á cuyo través aumenta la perspectiva un jardín sombreado por dos erguidas palmas, y sobre el cual se abren, entre el eterno verdor de las enredaderas, numerosos balcones del palacio. Macetas con hermosas plantas llenan la *serre*, y entre su variada frondosidad se destacan una parlera fuente de mármol y numerosas estatuas, entre ellas el *torero herido*, mármol blanco de Nobas, y una *cabeza de árabe* de mármol y bronce de Calvi. Frente al jardín se abre entre la enramada de la *serre* un coquetón cenador de madera tallada y pintada de blanco, con una pared de espejos que repite la alegre verdura de la vegetación, y una chimenea y un aparador de mármol blanco que adornan respectivamente las cabeceras. En los días de las grandes fiestas, las mesas se distribuyen por la *serre*, alternando fantásticamente con los macizos; y cuando las personas reales se dignan concurrir, el



SALÓN AMARILLO

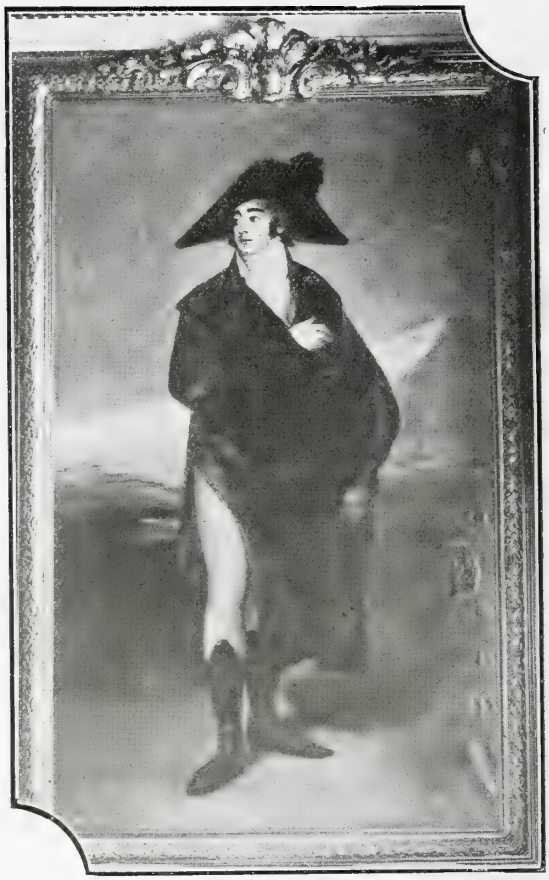
cenador blanco es el lugar en que se les sirve, dejándose la *serre* para el alto séquito.

Del salón últimamente mencionado se pasa también, atravesando un vestíbulo colgado de ricos tapices flamencos, á la regia escalera interior, de nogal tallado, labrada según dibujos del difunto marqués de Cubas, y cuyas paredes cubren desde el zócalo al techo ricos tapices que representan escenas del Quijote.

En el piso principal se abren unas á continuación de otras y formando ángulo, grandiosas estancias: el salón verde con su antesala, el amarillo, el de baile y el rojo. Todos ellos encierran grandes riquezas artísticas. En todos ellos el decorado y el mueblaje están en la más perfecta armonía, dando al conjunto riguroso carácter.

El salón verde, amueblado á la moderna, encierra un magnífico billar de caoba y bronce dorado, al que sirve de cobertor un riquísimo bordado árabe. En torno pueden admirarse tíbores japoneses, vitrinas llenas de objetos artísticos y cuadros con las firmas de Giordano, Bassano, Tiéppolo, Murillo, Berchem, Vranchx, Drouaissie y otros. Uno de estos cuadros representa en hábito de Templario á D. Ramón de Cerbellón, hermano del décimocuarto barón de este título y Maestre del Temple en Aragón y Cataluña, muerto en 1214 á vuelta de una embajada al Papa.

El salón amarillo, que ocupa un ángulo del palacio, es del más puro estilo Luis XV. Las caprichosas guirnaldas, roleos y filetes, cuyo oro brilla sobre fondo blanco en las paredes; las pinturas de niños y flores, que llenan el techo y los medallo-



RETRATO DEL DUQUE DE FERNÁN-NÚÑEZ, POR GOYA

SILLA DE MANOS DEL SIGLO XVIII

nes de las sobrepuertas; las sinuosas líneas del mueblaje de la época; su rica talla dorada; las encendidas rosas que exornan la tapicería amarilla de los muebles, recuadros y cortinajes; todo evoca los galantes tiempos en que

«... la bella su falda cogía
con dedos de ninfa bailando el minué,
y de los compases el ritmo seguía
sobre el tacón rojo, lindo y leve el pie.»

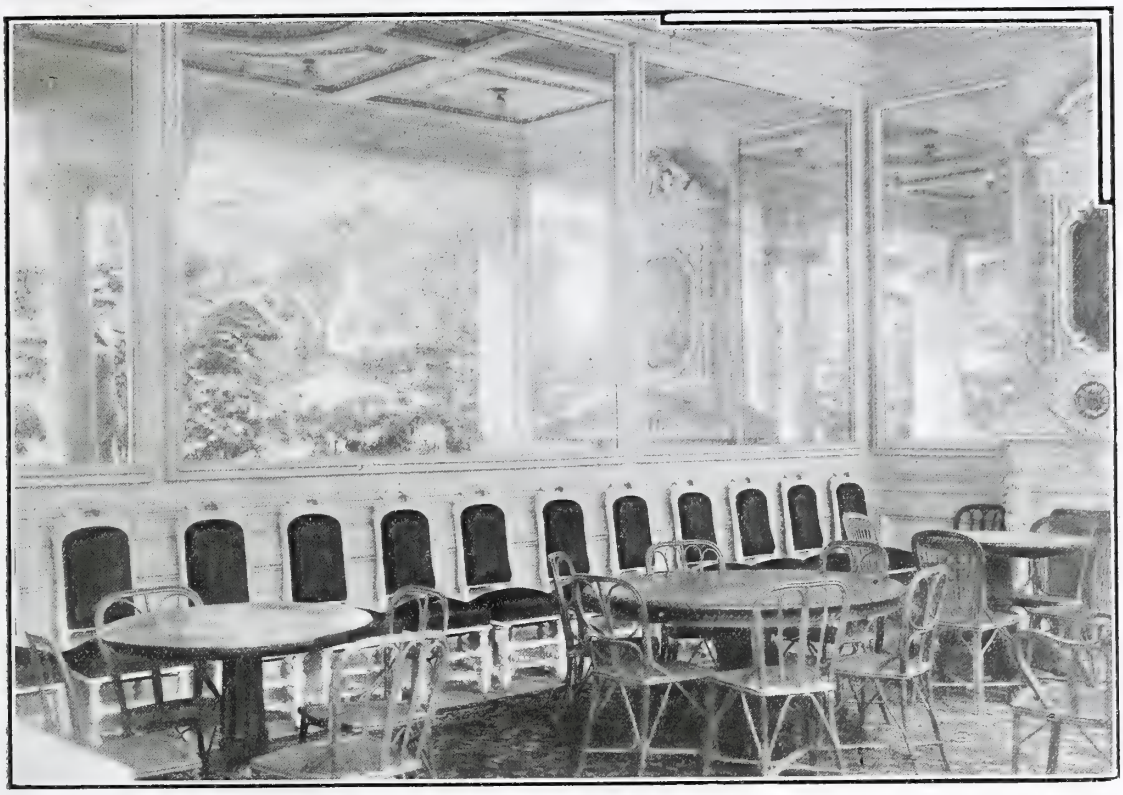
Del mismo estilo es el decorado del salón de baile, larguísimo, con grandes ventanales que se abren sobre la adyacente galería, tapizado de rico damasco amarillo, con enormes arañas de fina cristalería, y pavimentado por un hermoso mosaico de maderas.

Estos salones, cuyo decorado fué obra de monsieur Ombrecht, se inauguraron en 1863 con un brillante baile de trajes al que concurrió Doña Isabel II, y cuyas fotografías se conservan en un álbum en el salón amarillo.

El salón siguiente, decorado análogamente á los anteriores, es pequeño, de carácter más íntimo. Su tapicería es roja y en sus paredes penden grandes retratos de familia, el Conde de Cerbellón en 1739, en hábito del Toisón de Oro; dos niñas de mediados del siglo XVIII; el duque y la duquesa de Fernán-Núñez, por Goya, y el último duque y la actual duquesa, por Rosales.

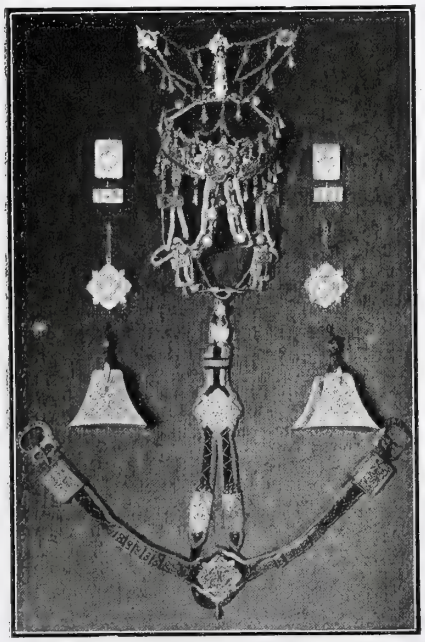
Al lado de esta serie de salones corre, formando también ángulo, una espaciosa y severa galería interior, á cuyas paredes da su tono obscuro el nogal, y cuyos recuadros y sillería tapiza rico *aubusson* de color rojo apagado.

Lúcense en esta doble galería cuadros de Tiziano, Del Sarto, Sassoferrato, Marimos, Kessel, Por-



CENADOR DE LA «SERRE»

bús, Teniers y Murillo, representado éste por un bellísimo San Antonio; esculturas de mármol y de bronce, entre ellas el *Monaguillo quemándose los dedos*, de Benlliure; bufetillos del siglo XVI y XVII con embutidos de marfil, concha y nácar y aplicaciones de bronce; uno de los más hermosos vargueños que se conocen, con las gavetas interiores ricamente talladas, doradas y pintadas; loza italiana del siglo XVII, porcelana del Retiro; y sobre todo un interesantísimo objeto de familia que nos remonta á las legendarias luchas de moros y cristianos. Este objeto son unos jaeces arábigos de bronce, finamente labrado con esmaltes en hueco. Llevábalos en su caballo el rey Mohamed cuando en 1331 sitiaba á Castro-el-Río; pero conquistólos el rico hombre D. Martín Alonso de Córdoba, señor de Montemayor y de Fernán Núñez, el cual, acudiendo con setenta de á caballo y muy pocos de á pie, obligó á los moros á levantar el cerco. Desde entonces los descendientes de D. Martin llevan sobre las armas de Córdoba las del rey moro.



JAECES MORISCOS
CONQUISTADOS POR EL SEÑOR DE FERNÁN-NÚÑEZ
EN 1331

Al final de la galería se abre el gran recibidor, que comunica con la escalera principal, y ostenta en mármol y en lienzo retratos de familia del siglo XVII.

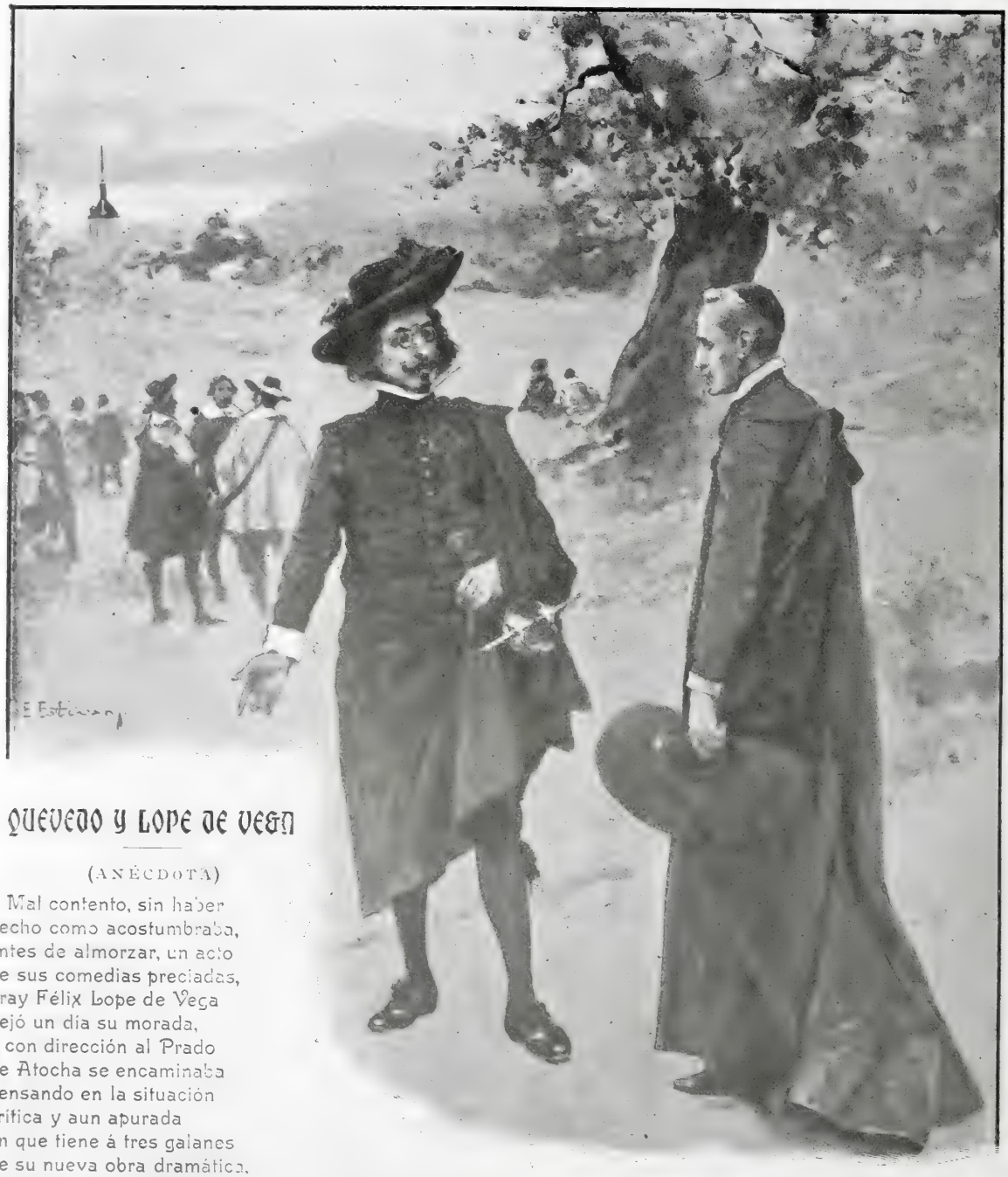
Más allá nuevas salas encierran otras antigüedades, entre ellas sillas y sillones de cuero labrado del tiempo de los Felipes, una hermosa litera barroca rematada por la corona ducal de la Casa, y un interesante arcón procedente del palacio de las Tullerías. Pertenece este mueble al siglo XV, es de madera dorada, y la pintura de su frontal representa la expugnación de Cartago.

El comedor, de elegante severidad, fué comprado íntegro, mueblaje y decorado mural, en la primera exposición de París en la cual figuraba, y corresponde al gusto imperante en aquella época.

Tales son, á grandes rasgos, los salones que encierra el vetusto edificio de la calle de Santa Isabel, que, con sus numerosas dependencias y sus grandes cocheras y caballerizas, figura en primera línea entre las más suntuosas moradas de la Corte.

EMILIO H. DEL VILLAR

FOTOGRAFÍAS ASENJO



QUEVEDO Y LOPE DE VEGA

(ANÉCDOTA)

Mal contento, sin haber
hecho como acostumbraba,
antes de almorzar, un acto
de sus comedias preciadas,
Fray Félix Lope de Vega
dejó un día su morada,
y con dirección al Prado
de Atocha se encaminaba
pensando en la situación
crítica y aun apurada
en que tiene á tres galanes
de su nueva obra dramática,
situación cuyo final
decoroso no encontraba.
«Andando á un tiempo y pensando»,
oye una voz que le llama
diciéndole:
—«¿Adónde bueno;
adónde la honra mantuana?»
No era otro que don Francisco
de Quevedo el que así hablaba
á Lope de Vega, quien,
deteniéndose en la marcha,
contestó:
—A vuestro mandar,
don Francisco, aunque de nada
podré serviros, según
soy de menguado.
—¿Qué os pasa?
¿De cuándo acá desconfía
de sí mismo y se amilana
el «Fénix» de los ingenios?
—Desde que en hora menguada
se me ocurrió utilizar
el retrete de una dama,
dejando en él tres galanes
encerrados; y tal traza
me doy, que no encuentro medio
de que del retrete salgan.
—¡Ira de Dios!—dijo al punto
Quevedo.—¡La cosa es llana!
Hacerlos salir de allí
puede de manera rápida
vuesamerced.
—¿Cómo?
—¿Cómo?
¡poniendo fuego á la casa!
.....
.....
Lope, siguiendo el consejo,
poco después terminaba
de sus famosas comedias
una, y fué muy celebrada.

ISIDORO HERNÁNDEZ Y HERNÁNDEZ

DIBUJO DE ESTEVAN

A SOL PLANO,
POR SÁDABA.

CUADROS MADRILEÑOS

LA MISA DE DOS

La iglesia del antiguo monasterio de San Jerónimo del Paso fué siempre templo de tradiciones aristocráticas y caballerescas. Allá por los años de 1434, con motivo de las fiestas celebradas en honor del duque de Bretaña y de la embajada francesa al melancólico rey poeta D. Juan II, celebróse un famoso torneo ó paso á orillas del Manzanares; fué mantenedor el famoso D. Beltrán de la Cueva. Aquella amorosa y caballeresca empresa fué considerada motivo suficiente para erigir un convento de frailes jerónimos, el cual, en tiempo de los Reyes Católicos, fué trasladado al sitio que hoy ocupan la iglesia y los restos del claustro. Reuniéronse en aquel templo las Cortes Castellanas y se celebraron en él las juras de todos los príncipes de Asturias, desde Felipe II (en 1528) hasta doña Isabel II (en 1833). Hasta que la Corte se trasladó á Madrid, fué el monasterio de los Jerónimos albergue de los monarcas cuando venían á esta villa. Después, su iglesia se vió favorecida por la devoción de las más elegantes y linajudas damas.

Hoy el empaque aristocrático del templo de San Jerónimo se sostiene, no ya sólo por estar la iglesia cerca de los barrios más encopetados de Madrid, sino también porque en ella *hay misa de dos*.

Los devotos sencillos é inocentes que cumplen tempranito la obligación de oir misa en cualquier templo modesto y apartado, apenas tienen idea de las exquisitas sensaciones que la misa de dos produce. A ella concurren las señoronas y las señoritas que se acuestan tarde y que necesitan tres ó cuatro horas para hacerse la *toilette*, y la salida de la tal misa es uno de los espectáculos más agradables y sugestivos que ofrece la monótona vida de la corte.

FOTS. MUÑOZ DE BAENA

LEYENDAS ESPAÑOLAS

EL CASTILLO DE FUENTES DE VALDEPERO

A una legua de Palencia, en una pequeña colina, al pie de las que suben al monte del Rey y al Sur del pueblecito de Fuentes de Valdepero, se alza aún orgulloso, imponente, un hermoso castillo, que pertenece á la casa de Alba. Es una masa de piedra cuya altura excede de ochenta pies, teniendo cada lienzo de muralla unos ciento treinta; su construcción es puramente militar: gruesos muros, escaleras empotradas, mazmorras y calabozos. Dice la historia que en el mismo sitio tuvo un castillo el famoso fundador de Valladolid D. Pedro Ansúrez. En el siglo XIV se edificó la actual fábrica, cuyo centro ocupa un hermoso patio de honor, con un pozo de aguas inagotables. Adornan la fachada los escudos de la casa de Sarmiento, magníficamente esculpidos, y en el bastión que mira al Este se veía hasta hace poco un hermoso blasón en el que estaba clavada una espada de acero de tan fino temple, que en vano se intentó romperla ó arrancarla de allí.

Aquélla quiere la leyenda que fuese la espada del conde de Saldaña don Sandías ó D. Sancho Díaz, padre de Bernardo del Carpio, el héroe leonés; y éste es un jirón desgarrado, un cabo suelto de la trágica epopeya no recogido hasta ahora, que nosotros sepamos.

Al publicar el insigne Menéndez y Pelayo su *Tratado de los romances viejos*, donde se contienen en magistral resumen cuantas noticias han recogido la erudición y la crítica sobre el supuesto paladín de Roncesvalles, no hace referencia á la fortísima espada que los siglos han visto hundida en la muralla del castillo de Fuentes, y de la cual casi con seguridad puede afirmarse que debió de jugar un papel importante en la primitiva leyenda.

La tradición leonesa que los romances cantaron señala para prisión del conde de Saldaña el castillo de Luna, cerca de León (la *Mota de la Luna*, según D. Bernardo de Valbuena), lejos, por consiguiente, del castillo de Fuentes de Valdepero. No vemos, pues, clara la relación que con el conde pueda tener la espada cuya noble hoja resistió tantos años las injurias de la intemperie; pero ¡qué admirable y romántico dato para la leyenda del hijo vengador ese acero empotrado en la piedra de un escudo! ¡Lástima es que no se encuentre el hilo que une este pedazo de leyenda con la trama general del *Bernardo!*

FOT. VICENTE ROYO

AMERICAN BAR,
POR MONTESERÍN.

LA SEMANA PASADA

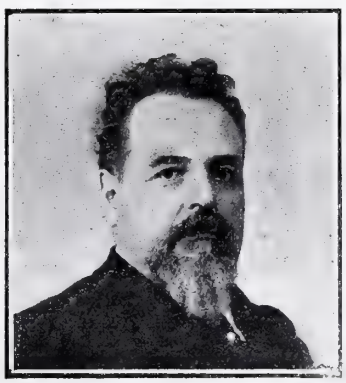
D. RAIMUNDO F. VILLAVERDE
PRESIDENTE

SR. CONDE DE SAN BERNARDO
MINISTRO DE ESTADO

D. FRANCISCO DE LOS SANTOS GUZMÁN
MINISTRO DE GRACIA Y JUSTICIA

LA nota más saliente de la última semana, fuera del fallecimiento del Papa, ha sido en España el cambio ministerial. La sorpresa ha sido general. Se esperaba una crisis, sí, pero de las que se re-

D. VICENTE MARTITEGUI
MINISTRO DE LA GUERRA



D. ANTONIO GARCIA ALIX
MINISTRO DE LA GOBERNACIÓN

D. AUGUSTO GONZALEZ BESADA
MINISTRO DE HACIENDA

suelven en veinticuatro horas sustituyendo á dos ó tres ministros. La crisis total con la salida de los Sres. Silvela, Maura y Dato, principales sostenes del Gabinete, sería inexplicable en otro país donde

D. EDUARDO COBIÁN
MINISTRO DE MARINA

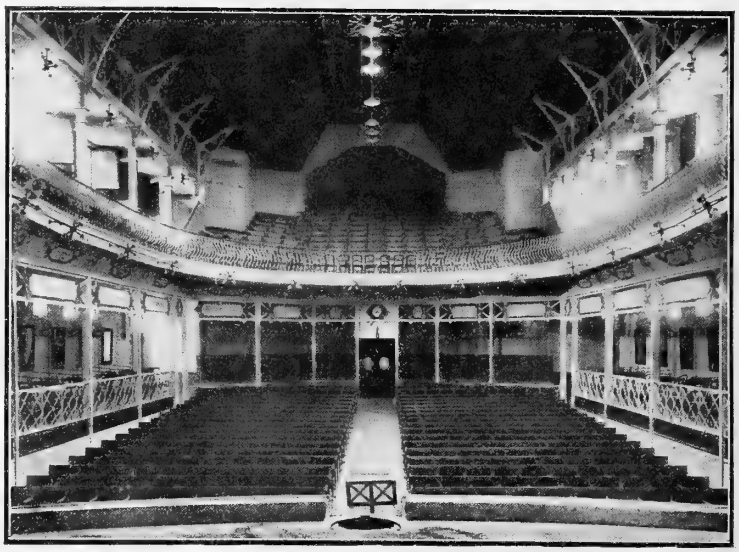
D. GABINO BUGALLAL
MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

D. RAFAEL GASSET Y CHINCHILLA
MINISTRO DE AGRICULTURA

Fotografías de los Sres Franzen, Nieto, Téllez y C.ª, Vda. de Edgardo Debas, Alviach, Compañy, Ause y Franzen

la política marche al par de la lógica. Aquí todo se explica. Ello es que el Sr. Villaverde, presidente hace ocho días del Congreso, lo es hoy del Consejo de Ministros, para constituir el cual ha contado con hombres de distintos matices, unos procedentes del partido liberal, otros conservadores ortodoxos, y alguno independiente como el Sr. Gasset.

Si á los Jardines del Buen Retiro se les llama con justicia «pulmón de Madrid», hay que reconocer que el organismo madrileño ha sufrido grave avería, porque de sus dos pulmones ha perdido uno: Eldorado, único teatro de verano que con el de los citados Jardines teníamos en la villa y corte para andar por casa. En la madrugada del último domingo ardió en pompa. Se culpa del siniestro á la electricidad, que fundió no sé qué tapón del cuadro de luz eléctrica. ¡Tantos «cuadros» incendiarios como han desfilado por aquella escena sin provocar ningún siniestro, y venir luego á producirle un cuadro del que nada malo podía esperarse!



SALA DEL TEATRO ELDORADO, DESTRUÍDO POR UN INCENDIO EN LA MADRUGADA DEL 19 ÚLTIMO FOT. CIFUENTES

Ello es que el teatro se quemó no en menos tiempo que se persigna un cura loco, pero sí en menos del que necesitan las bombas para llegar, enchufar y echar agua. Hubo en la catástrofe rasgos de heroísmo, lo cual nada tiene de particular, porque precisamente cuanto peor es el servicio de incendios, más grandes son los esfuerzos que tienen que hacer la voluntad de las personas que espontáneamente ó por obligación acuden á prestar auxilio. Hubo heridos, aunque ninguno, por fortuna, de gravedad, y sobre el montón de cenizas que ha quedado como único recuerdo de lo que fué alegre y favorecido teatro, lloran su aciaga suerte pobres y modestos artistas que perdieron, unos sus instrumentos de orquesta, otros sus ropas de teatro, todos el mísero sueldo que ganaban para comer y para dar de comer á los suyos. ***

ASPECTO DE LAS RUINAS DEL TEATRO INCENDIADO FOT. CIFUENTES

AÑO TRECE Y NUMERO 639 MADRID DIA 1.º DE AGOSTO DE 1903

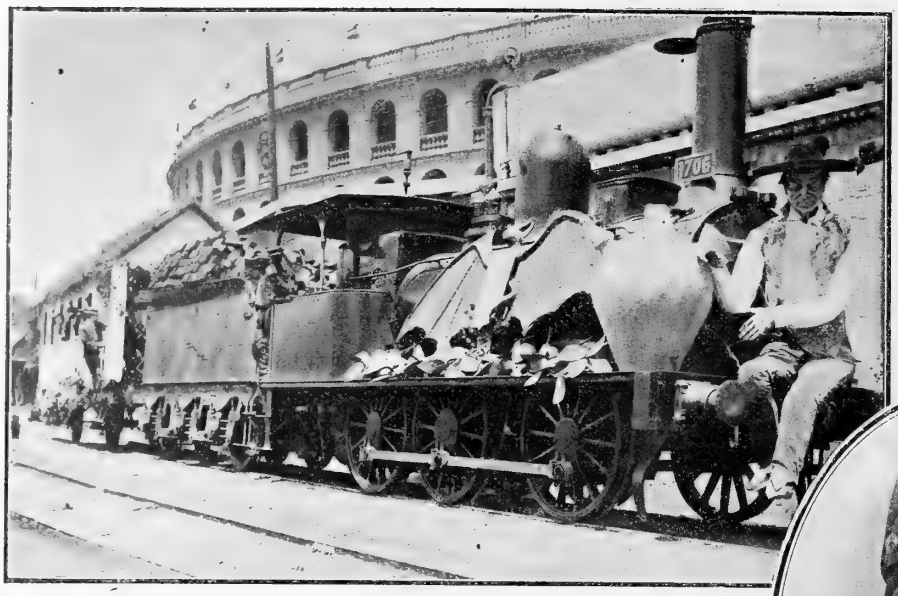
BLANCO Y NEGRO

LAS FIESTAS DE VALENCIA

LA TRIBU ÁRABE CORRIENDO LA PÓLVORA EN VALENCIA FOT. F. GÓMEZ

TODOS los años son un acontecimiento las fiestas que celebra la hermosa capital valenciana; pero las de este año han superado, si cabe, á las de los anteriores en originalidad y brillantez. Ha figurado en el programa un número interesante: el espectáculo árabe de correr la pólvora, para el cual los

DESFILE DE LA TRIBU ÁRABE POR LAS CALLES DE VALENCIA FOT. BARBERÁ



EL TREN BOTIJO DE CATARROJA Á VALENCIA FOT. F. GÓMEZ

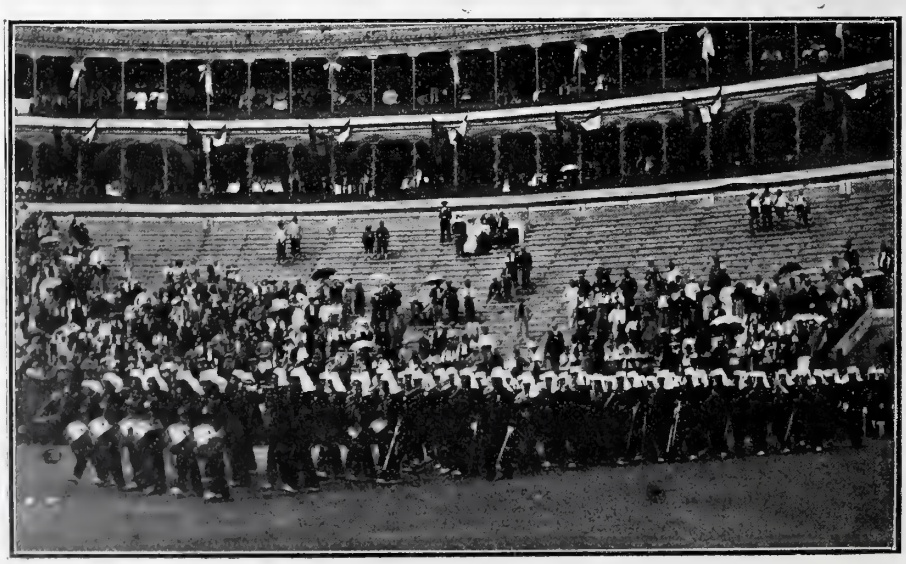
valencianos no se han andado con chiquitas, como vulgarmente se dice, sino que han mandado un vapor á las costas de Africa y han traído una tribu con su jefe y todo, sus mujeres sus armas, sus caballos, sus raras músicas, y en pleno campo valenciano han corrido la pólvora los hijos de Mahoma como la corren en los campos de las ciudades de Marruecos. El desembarco, el desfile, las danzas y cuanto la tribu ha hecho en la ciudad del Turia, ha tenido miles de espectadores que han disfrutado mucho con el original espectáculo; que no en vano corre sangre árabe por las venas de la gente valenciana... y por algo hay tanta afición á la pólvora en la tierra de las famosas *tracas*.

M. PAVÉS, DIRECTOR DE LA BANDA DE LA GUARDIA REPUBLICANA, Y JURADO EN EL CONCURSO DE MÚSICAS CELEBRADO EN VALENCIA

FOT. BARBERÁ

Ha habido también cabalgatas, iluminaciones, corridas de toros, etcétera, y un certamen musical muy notable por las bandas que á él han concurrido. Por cierto que los primeros premios han sido adjudicados á dos bandas militares, una extranjera y otra española: la del segundo regimiento de Ingenieros de guarnición en Montpellier (premio de 8.000 pesetas), y la del segundo regimiento de Zapadores minadores de guarnición en Madrid (premio de 6.000 pesetas). La municipal de Barcelona obtuvo el tercero. De la importancia de este concurso puede juzgarse diciendo que en el jurado figuraban músicos como M. Pavés, director de la célebre banda de la Guardia Republicana de Francia, y como los maestros Caballero y Bretón, y que han tomado parte, además de las bandas citadas, la municipal de San Sebastián, que ganó los premios de honor en los concursos internacionales de San Juan de Luz y de Pamplona, dirigida entonces por un joven y notabilísimo músico que se llamaba Juan Guimón.

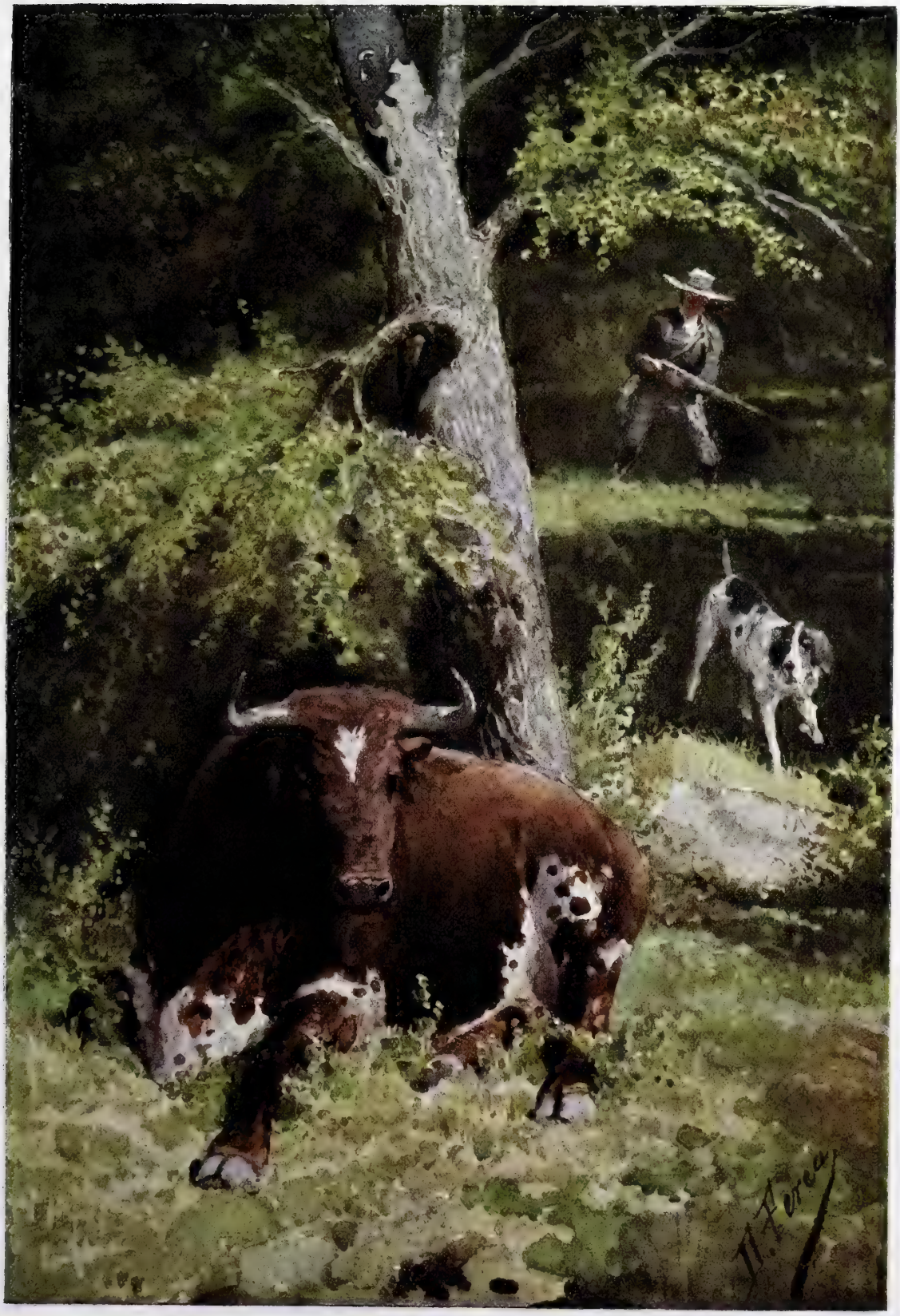
La nota más popular de las fiestas, sin duda, ha sido la del tren botijo, decorado de manera original y con un buen gusto que habla mucho en favor de la gente valenciana. Y decimos *nota popular*, porque de ella han disfrutado los pueblos que tienen estación en el trayecto de Catarroja á Valencia. Nuestra fotografía da idea exacta de lo que ha sido la decoración del tren botijo.



LA BANDA DE INGENIEROS FRANCESES DE GUARNICIÓN EN MONTPELLIER, QUE HA GANADO EL PREMIO DE HONOR EN EL CONCURSO INTERNACIONAL DE VALENCIA

FOT. F. GÓMEZ

CAZA MAYOR, POR
DANIEL PEREA



FAENAS DEL CAMPO

LA SIEGA Y LA TRILLA

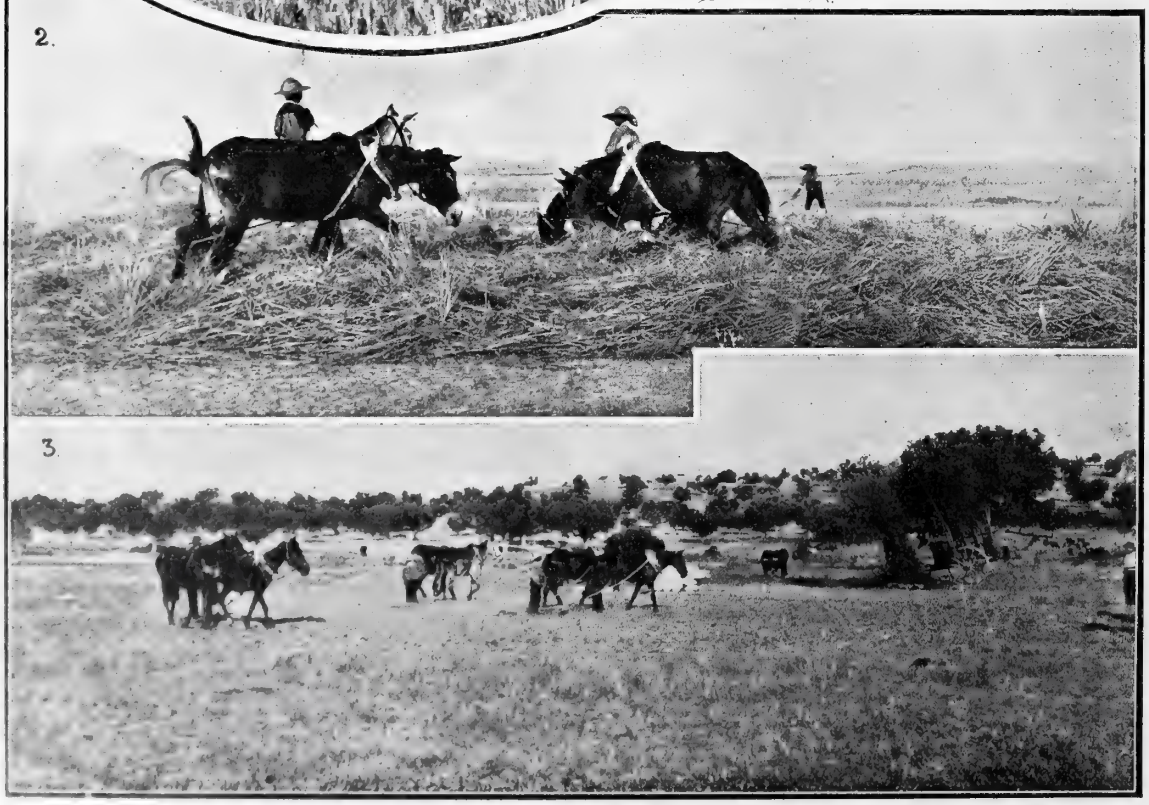
Los tiempos son de tristeza. La humanidad entera va tomando una tendencia fúnebre y quejumbrosa verdaderamente desagradable, y hasta el campo, donde en las épocas clásicas y en las románticas se refugiara la alegría, se resiente ya de la hipocondria universal.

La siega para nuestros abuelos fué una fiesta, algo sagrado y regocijante que venía á colmar las esperanzas de todo un año de labor; para nuestros padres fué una faena útil y grandiosa, considerada desde el punto de vista de la economía social; para nosotros es un problema de los más graves y peliagudos; quizás para nuestros hijos sea la causa de una espantable revolución en que todo el orden y estabilidad de las sociedades queden subvertidos y vueltos patas arriba.

Los segadores se quejan; los rostros negros de los asfixiados braceros no sonríe; los nervudos brazos amagan; las hoces amenazadoras relumbran. Cuadrillas de gallegos y leoneses, ajustados por capataces que descienden de los negreros y continúan la trata de blancos, bajan á Castilla y á Andalucía; otras cuadrillas de *guachos*, es decir, de pobres manchegos de Albacete y Ciudad Real, que vienen en familia con la mujer, la suegra, las hijas, los chiquillos y

LA HATERA

1



2.

3.

1. LOS SEGADORES.—2. PATALEANDO LA PARVA NUEVA.—3. TRLLANDO

RECOGIENDO LA PARVA

el burro, suben al centro también en busca de hazas que segar. Prodúcese el desequilibrio, la competencia. La faena es mortal, aterradora. Los ojos se enrojecen, los cerebros bullen. El obrero de la fábrica y del taller apenas tienen idea de lo que es el trabajo del segador; así, ahora, al verlos hacer eco á las palabras de reivindicación, se asombran del ardor con que las pronuncian esos obreros atezados, terribles, medio desnudos, sin ideas ni camisa.

La era es otra faena horrorosa. Chiquillos de nueve, de ocho, hasta de siete años, dando mareantes vueltas todo el día bajo el sol urente, sobre la parva abrasadora, sentados en una tabla que parece una plancha de hierro enrojecida... Los parveros y los limpiadores, revolviendo la mies tostada, lanzando al aire los montones de grano rojo, sin cesar, jadeando y sudando... Caro cuesta el pan nuestro de cada día, y no todos lo ganan con el sudor de su frente. Por cima del *gango*, donde reposan un rato los trabajadores de la era, pasan ráfagas abrasadoras en las que acaso van envueltas palabras de rebeldía...

Los sociólogos se preocupan del problema. Los gobernantes... no se acuerdan de Santa Bárbara hasta que truena Y que hay amagos de tempestad, es indudable. El socialismo del campo es el más terrible, porque es el más ignorante.

LIMPIANDO

LA MERIENDA EN EL GANGO

FOTS. CODORNIU

UN VADO EN EL GUADALQUIVIR
POR GARCÍA Y RODRIGUEZ

EL ALAMBRE

SIEMPRE que ocurría algo superior á la comprensión de los vecinos de Paramelle, preguntaban, como á un oráculo, al tío Manuel *el Viajante*, hoy traficante en ganado vacuno. ¡Sabía tantas cosas! ¡Había corrido tantas tierras! Así, cuando vieron al señorito Roberto Santomé en aquel condenado coche que sin caballos iba como alma que el diablo se lleva, acosaron al viejo, en la feria de la Lameiroa. El único que no preguntaba, y hasta ponía cara de fisga, era Jácome Fidalgo, alias *Mansegura*, el cazador furtivo ingerto en contrabandista y sabe Dios si algo más: ¡buen punto! Acababa el tal de mercar un rollo de alambre, para amañar sus jaulas de codorniz y perdiz, y con el rollo en la derecha, su chiquillo agarrado á la izquierda, la vetusta carabina terciada al hombro, contraída la cara en una mueca de escepticismo, aguardaba la sentencia relativa á la consabida *endrómena*. El viejo *viajante*, ahuecando la voz, tomó la palabra.

—Parecéis parvos. Os pasmáis de lo menos. ¡Como nunca asomástedes el nariz fuera de este rincón del mundo! ¡Si hubiéredes cruzado á la otra banda del mar, allí sí que encontraríades invenciones! Para cada divina cosa, una mecánica diferente: ¡hasta para se descalzar las hay!

Con estas noticias no se dió por enterado el grupo de preguntones. Quién se rascaba la oreja, quién meneaba la cabeza, caviloso. Fidalgo tuvo la desvergüenza de soltar una risilla insolente, que rasgó de oreja á oreja su boca de jimio. Con sorna, guardándose el alambre en el bolsillo de la gabardina, murmuró:

—Máquinas para se descalzar, ¿eh? ¿Y no las hay también para...?

Soltó la indecencia gorda, provocando en el compadrío una explosión de risotadas, y chuscando un ojo, añadió socarronamente:

—¡A largas tierras, largos engaños! Si *el Viajante* no cierta á poner claro lo que es ese coche de Judas, vos lo aclararé yo, ¡careta! vos lo aclararé yo. ¿Vístedes vos el camino de fierro?

—Yo no... yo no... Yo sí, cuando me llamaron á declarar en Auriabella...

—Pues igual viene á ser. En trueco de caballos lleva dentro un maquinismo, á modo de reló... Y el maquinismo ¡careta! es lo que empuja.

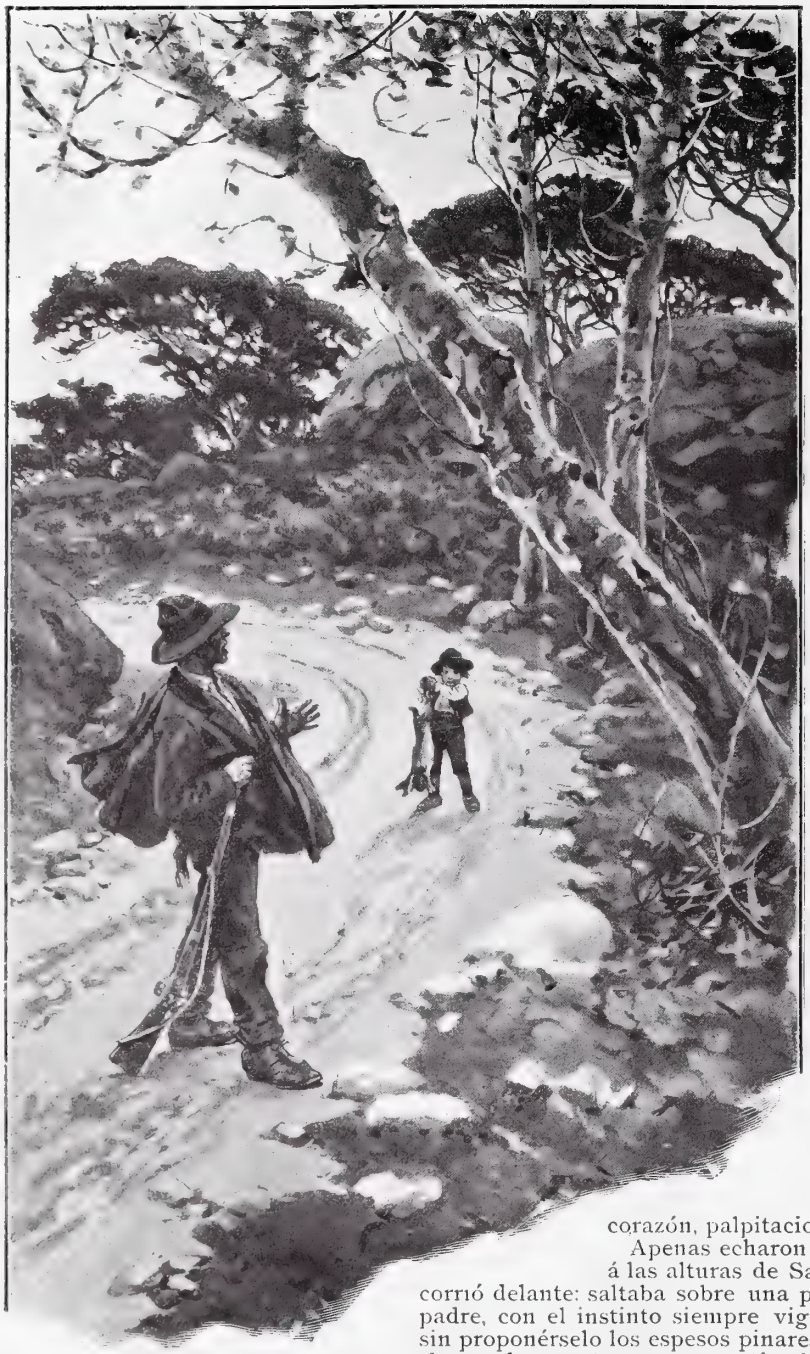
A su vez rióse *el Viajante*, con desprecio.

—¿Pero tú no sabes que el tren va por carriles, y esta endrómena por todas las carreteras, hom? ¿Qué tiene que ver lo negro con lo blanco?

—Pues á ver entonces ¡careta! en qué consiste.

—En eso.

—Y *eso*... ¿qué es?



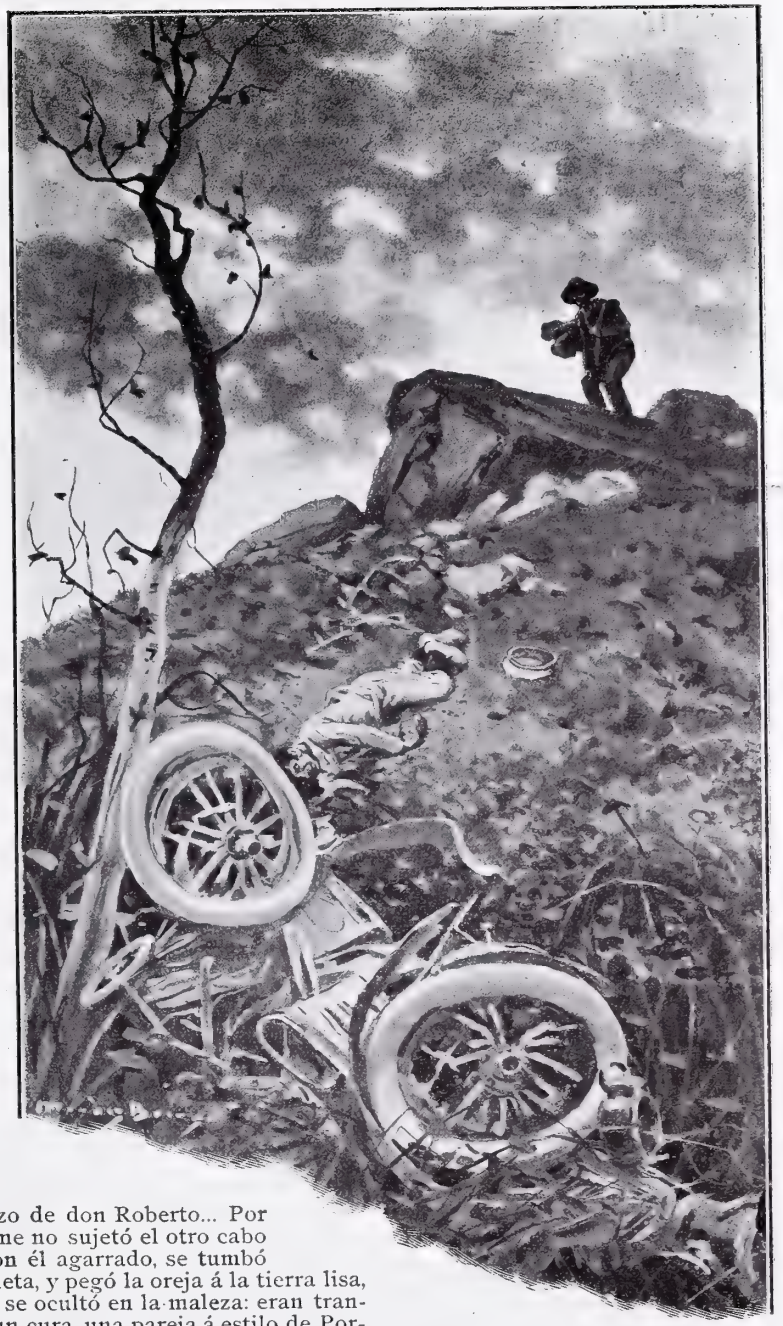
—Que va ¿estamos? por onde se le entoja—declaró enfáticamente el tío Manuel echando á andar en busca de su yegua. No queria el tratante esperar á que atardeciese, que es mal negocio para quien lleva dinero en la faja; pero urgíale sobre todo evadirse de aquel interrogatorio comprometedor para su fama de sabiduría universal. Jácome, encogiéndose de hombros, mofándose, tiró de su pequeñuelo, su Rosendo, Sendiño, y se dispuso á emprender también la vuelta á la aldea. No tenía en el mundo más que aquella criatura: su mujer, hallándose recién parida, había muerto á consecuencia del susto de ver entrar á los civiles, que venían á prender al marido por sospechas de no sé qué alijo de tabaco y sal. Solo en la tierra con el chiquillo, Jácome lo crió sabe Dios cómo; y ahora se le caía la baba viendo despuntar en Sendiño, á los seis años mal contados, otro cazador, otro merodeador, sin afición alguna al trabajo lento y metódico del labriego, fértil ya en ardides y tretas de salvaje para sorprender nidos y pajarillos nuevos, para descubrir dónde ponen las gallinas del prójimo y aun para engolosinarlas echándoles granos de maíz, hasta atraerlas á la boca del saco. El padre estaba embelesado con tal retoño, y le enseñaba nuevas habilidades cada día. Era la criatura lo único que despertaba en Jácome, bajo la dura coraza metálica que revestía su corazón, palpitaciones de humana ternura.

Apenas echaron carretera arriba, en dirección á las alturas de Sandiás, el chico, traveseando, corrió delante: saltaba sobre una pierna, haciéndose el cojo. El padre, con el instinto siempre vigilante del cazador, escrutaba sin proponérselo los espesos pinares, las madroñeras y los manchones de castaños, que revestían los escarpes pedregosos de la montaña. Si volase una perdiz, si cruzase una liebre... Pensaba en esta hipótesis, cuando un relámpago blanco y color canela lució entre un seto. *Mansegura* se echó la carabina á la cara y disparó casi sin apuntar. Sendiño, loco de alegría, brincó, tomó vuelo, se lanzó en dirección á la maleza. Era su encanto hacer de perro, *portando* la caza. A los dos minutos salió del matorral el chico, balanceando, agarrada de las patas traseras, una liebre poco menor que él. Padre é hijo se confundieron en un grupo, admirando la hermosa pieza. Caliente estaba aún el cuerpo del animal; la blanca y densa piel de su vientre relucía como seda manchada de sangre; sus enormes orejas pendían; sus ojos se vidriaban.

—¡Careta, lo que pesa! balbuceó gozoso el cazador, sopesándola, babándose de vanidad paternal, porque Sendiño reía fanfarronamente columpiando su carga. Y se entretuvieron así, padre é hijo, confundidos en la complacencia de la destrucción y la victoria, palpando la presa, distraídos. Tan distraídos, que el vigilante contrabandista, habituado al acecho, de sentidos despiertísimos, no oyó el ruido insólito, semejante al resuello y jadeo trepidante de alimaña fabulosa; despertó al tener encima ya al mónstruo, ¡taf, taf, taf!, al desgarrarle los oídos el rugido de metal de su bocina. Jácome saltó de costado, evitando la embestida furiosa; vió tendido á Sendo; á su lado, en el polvo, el cuerpo de la liebre... y ya del «coche de Judas» ni rastro, ni señal en el horizonte... Se arrojó, fiero, loco á recoger al niño, que yacía de bruces, la cara contra la hierba de la cuneta; le llamó con nombres amantes, le acarició...

El niño le blandeaba en los brazos, inerte, tronchado, roto. Jácome conocía bien las formas que adopta la muerte... Soltó el cadáver, alzó los ojos atónitos, sin llanto, al cielo, que consentía aquella iniquidad... Después, sobre el padre que sufría se destacó el hombre de lucha, pronto á la acometida y á la emboscada, vengativo, feroz. Cerró los puños y amenazó en la dirección que llevaba el «coche de Judas».—¡No se reirá don Roberto! ¡Se lo prometo yo...! El va á Paramelle... Allí no duerme... ¡Volverá!

Alzó otra vez á Sendiño, y con infinita delicadeza le transportó á lo más oculto del pinar, depositándole sobre un lecho de *ramalla* seca. Cerca del muerto colocó la carabina, y la liebre muerta, polvorienta, ¡vengada ella también! Volvió á la carretera, y recorrió un largo trecho estudiando el sitio apropósito para su intento. Una revuelta violenta se lo ofreció. Ni de encargo. A derecha é izquierda, árboles añosos avanzaban sus ramas sobre el camino, como brazos fuertes que se brindasen á secundar á *Mansegura*. El extrajo del bolsillo el rollo de alambre, desenrolló un trozo, midió, cortó con su navaja, retorció uno de los extremos, calculó alturas, lo afianzó á una rama sólidamente, ensayó la resistencia, y pasando al otro lado, probó si había rama que permitiese tender el hilo metálico recto al través del camino. Mientras practicaba estas operaciones, atendía, no fuera que pasase alguien y le viese. Nadie: la carretera desierta; por allí sólo se iba á Sandiás y al pazo de don Roberto... Por precaución, sin embargo, Jácome no sujetó el otro cabo del alambre. Tiempo tenía. Con él agarrado, se tumbó en el pequeño resalte de la cuneta, y pegó la oreja á la tierra lisa, aguardando. Dos veces saltó y se ocultó en la maleza: eran transeuntes, «gente de á caballo», un cura, una pareja á estilo de Portugal, hombre y mujer sobre una misma yegua, apretados, contentos. La tarde caía, el rocío enfriaba y escarchaba la hierba, enmudecían los pájaros ó piaban débilmente. Un sordo trueno, lejano, llenó con su mate redoblar el oído del contrabandista. Agil, con la precisión de movimientos del impulsivo, se incorporó, amarró firme el otro cabo á la rama, y se agachó entre el brabádigo espeso. Si se descuida, ¡careta! El trueno ya se venía encima, resollante, amenazador. ¡Taaf! *Mansegura* vió distintamente, un segundo, al señorito, su gorra blanca, su rostro guapo, desfigurado por las anteojeras negras... ¡Ahora! pensó. El rostro guapo se tambaleó violentamente, como cabeza de muñeco que se desencola; un alarido se ahogó en la catarata de sangre... Fué instantáneo; el automóvil, loco y sin guía, corrió á despeñarse por la pendiente, arrastrando á su dueño, á quien el alambre había degollado con la misma prontitud y limpieza que pudiera la mejor navaja de barbería...



Y *Mansegura*, después de cerciorarse de que el señorito quedaba «bien amañado», se entró en el pinar, recobró su escopeta, echó una mirada de dolor y de triunfo á Sendiño, que parecía dormir, y dejando el camino real, se perdió en los montes, por atajos de él conocidos, en dirección de la frontera portuguesa.

EMILIA PARDO BAZÁN

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

EL ONCENO NO ESTORBAR

VENTE á pasar una temporadita en nuestra compañía. Ya sabes que nos sobra casa y que hay camas para todos. Anímate y tráete á Enriqueta y á las niñas, que lesto las sentará muy bien. Hay muy buena leche; el agua es riquísima, y compramos, asómbrate, langostas por cincuenta céntimos. Rosario, que viene en este momento de casa del registrador de la propiedad, que es un buen amigo nuestro, me dice que si no venís, no os vuelve á hablar en toda su vida. Escríbeme si te decides, para mandar á Gabriel que baje con caballerías á la estación. Tuyo, *Pascual.*»

Como Enriqueta tenía la buena costumbre de abrir todas las cartas dirigidas á su marido, por si daba en ellas con algún matute amoroso, cuando éste llegó de la oficina pidiendo la sopa desde la escalera, mientras soplaba fuertemente en el descansillo, le salió al encuentro para decirle: «Ahí tienes sobre tu mesa una carta de Pascual en la que te dice que nos vayamos al pueblo á pasar una temporada. Ya ves que no tienes más remedio que aceptar, porque le debes muchos favores. Yo escribiré la carta y tú la echarás cuando salgas. A nadie más que á ti te convienen unos días de campo, y eso que también las niñas lo necesitan como el comer. Yo no te lo he querido decir, porque no te pusieras en cuidado, ¡pero mírate al espejo y verás qué ojeroso estás! ¡Además, de noche tú no te ves, pero empiezas á dar saltos en la cama y traes un trajín, que me destapas toda y me das unos sustos...! ¡Cómo te habrás quedado, que los cuellos del treinta y ocho que el año pasado te estaban reventando, hoy te cabe un dedo por ellos! ¡Y es que trabajas más de lo que debes! Y Cesáreo no pudo por menos de mirarse al espejo y de palparse los carrillos, asintiendo en un todo á lo dicho por su mujer. Enriqueta dispuso el viaje inmediatamente. Cesáreo, que además de marido estaba para los recados, fué á la Central á enterarse de la hora á que salían los trenes; á *La Moda Elegante*, para que enviasen el periódico al pueblo; á comprar una forma de sombrero de paja para su mujer, y á otra porción de encargos.

Como el pobre Cesáreo no estaba hecho ni preparado para el más insignificante acontecimiento que rompiese la monotonía de su vida, cuando llegaron á la estación, al pagar al cochero se le cayeron al suelo tres pesetas, que no volvió á ver; le *colocaron* en la vuelta dos monedas falsas, y después de arrimarse á la cola para que le despacharan los billetes, resultó, á la hora de esperar, que aquélla no era su ventanilla y que tenía que ir á otra parte. Alarmados al verle, de todos los vagones le rechazaban, y el buen Cesáreo, resignadamente, se volvía á su esposa para decirla: ¡Ya ves, no es posible! ¡No hay sitio; esperaremos á otro tren! ¡Después de todo, lo mismo nos da llegar dos días más tarde!» Pero más decidida su esposa, tomando las niñas en brazos, se sepultó entre dos viajeros, mientras Cesáreo, dirigiendo miradas cariñosas, sonreía á los compañeros de viaje graciosamente.

Arrancó el tren, y ante el brusco movimiento de los coches, Cesáreo, que estaba colocando algunos bultos en la rejilla, vino á caer sobre una señora que padecía reuma articular, y que puso el grito, si no en el cielo, por lo menos en el vagón. Cesáreo, gracias á un señor amable de éstos que cuando viajan ofrecen de todo, no se cayó á la vía al asomarse estando la portezuela abierta. Pero en fin, después de algunas peripecias, llegaron sanos y salvos á Zarzarroja, donde estaba Gabriel esperando con las caballerías.

Cesáreo subió en un burro, que al verlo sobre sí empezó á brincar, con gran sorpresa de nuestro héroe, que no creía que un burro fuese capaz de alterar el *statu quo* de su jinete, y Enriqueta se encaramó dando gritos sobre una mula aderezada con jamugas, llevando las niñas delante. En la mitad de la carretera esperaban con los brazos abiertos Pascual y su señora, que después de una buena porción de abrazos y de besos, se unieron á la comitiva. Cuando llegaron á la casa, Cesáreo se sintió feliz, en tanto que su mujer daba un vistazo á todas las habitaciones, y, según su costumbre, empezó á encontrarlo todo mal é inferior á su categoría. «Mira, le dijo á su esposo en un aparte, bien podían habernos dado á nosotros la cama de matrimonio que tienen en la alcoba, y no dos catres unidos, que son una indecencia. A los forasteros hay que ponerles lo mejor.» Y D. Cesáreo, que iba á pasar tranquilo una temporada, desde el primer día fué víctima de las intemperancias de su mujer, que todo era hacerle observaciones sobre si en la mesa hacían mejor parte á su amigo que á él, y sobre otras mil cosas. Así, le decía Enriqueta á su marido: «Desengáñate, Cesáreo: ¡como en casa de uno, nadie! Prefiero vivir en una buhardilla á vivir en compañía de quien no tiene educación; ¡todo se lo echan á una en cara!» Y tanto pelcó, y tanto le fué con murmuraciones al oído, que Cesáreo y Pascual, dos amigos íntimos de toda la vida, acabaron por regañar para siempre, jurando no volver á hablarse.

Y efectivamente, en la oficina, trabajando en el mismo despacho, colocaron un biombo entre sus dos mesas en clase de aislador.

LUIS GABALDÓN

EL DIAMANTE

Con la muerte en el alma, dominado por los peores pensamientos, desesperado, Lucas vagó al azar, sin saber por dónde iba, durante más de una hora.

Aquello era ya imposible: no tenía otra solución que el crimen ó la muerte. Sentía las terribles angustias del hambre, había agotado todos sus recursos, no recordaba amistad ni conocimiento á quienes no hubiese cansado con sus peticiones de socorro ó de recomendación, y ya todo se había agotado; ni las recomendaciones surtieron efecto, ni los socorros le ayudaron á más que á prolongar la cruel agonía del pobre honrado y pundonoroso que sueña con vencer la miseria y la adversidad sin faltar á los deberes de todo hombre de bien. No se había dado cuenta de que á la pobreza siguen el descrédito y el menosprecio como al cuerpo sigue la sombra. En medio de todo, aún podía conceptuarse feliz. ¡Si hubiese oído á sus amigos, á sus compañeros, á sus protectores, á cuantos conocieron su infortunio!...

Ya sin esperanza, Lucas, torturado por el hambre, sin aliento, sin fuerzas, casi exánime, se detuvo.

—Si pudiera robar, robaba—pensó. —Yo tengo derecho á la vida como todos los seres de la creación; yo no debo sucumbir al hambre; yo quiero vivir. Mi conciencia no me acusa por haber llegado á este trance. Yo no he podido evitar mi cesantía, ni obligar al ministro á que cumpla la ley, ni forzar á nadie para que me procurase trabajo. He sido y soy todavía hombre honrado... ¡Ojalá no lo fuese, que no me hallaría en situación semejante!...

Miró Lucas en torno suyo y á sus ojos asomóse todo el odio que sentía hacia la humanidad.

El cordero se había trocado en tigre hambriento.

—Morir por morir, mejor es acabar matando, vengándome de los malditos que me han amargado la vida y que me llevan á la muerte. A nadie he hecho mal; á mí, el mundo entero parece que me persigue y acosa como á fiera dañina. Pues bien: la fiera se defenderá.

Pero la fiera sintió que se desplomaba falta de alientos. Sordo zumbido le hizo ensordecer; nublósele la vista; mortal congoja le obligó á sostenerse en la pared inmediata, para no caer á tierra. El estómago parecía anudarse en horribles torceduras...

Entonces el instinto de la vida habló más alto que la desesperación, y Lucas inquirió con la mirada el sitio en que hallábase, y del que no se había podido dar cuenta. Allí cerca, á pocos pasos, vió la entrada de un templo y puertas más adelante una fonda.

—Lo uno y lo otro—se dijo el desfallecido.—Voy á ponerme bien con Dios, á despedirme de mi vida de hombre honrado, y luego... luego, á comer, á robar al fondista el importe de lo que quiera hacerme servir. Después me detendrán; me llevarán al juzgado, á la cárcel... No diré mi nombre y me libraré de la deshonra. Esto es hecho.

Y algo más repuesto y dueño de sí, Lucas franqueó la puerta de la iglesia, refugióse en un rincón obscuro y procuró cumplir como buen creyente.

Vana empresa: los cepillos de los altares le atraían; la debilidad de las mujeres le excitaba á apoderarse de los bolsillos que veía en manos de algunas...

Llegó un momento en que Lucas difícilmente pudo contenerse. Una dama lujosamente portada fué á orar al lado suyo; cayó de hinojos, juntó ambas manos sobre el pecho, elevó la mirada hasta la imagen vecina... El criminal no apartó su vista de la desconocida. Estaban solos, aislados, nadie podía enterarse de lo que él hiciese... Pero cuando iba á salvar la breve distancia que les separaba, Lucas se detuvo: algo inexplicable clavó sus pies en el suelo.

La dama, transcurrido un momento, santiguóse y se alejó. El pecador siguió inmóvil, sin poder moverse del lugar que ocupaba.

—Soy un cobarde, un mandria; merezco morirme de hambre,—fué lo único que acertó á pensar, á la vez que una oleada de cólera le invadía la cabeza.

Mas, á tal punto, operóse en el alma del cuitado la mayor de las mudanzas. Su pecho sintióse inundado de alegría; sus ojos elevaron una mirada de gratitud hacia lo alto... A corta distancia, allí donde la dama estuvo orando momentos antes, en el suelo brilló algo como un diamante... Lucas no vaciló: aquello era su salvación, su ventura, el hambre satisfecha, la tranquilidad de su espíritu, acaso una nueva vida... Inclinóse y tomó lo que brillaba: era un magnífico pendiente, un grueso brillante de talladas facetas... ¡una fortuna!

Y no bien se cercioró de que no se equivocaba, apresuróse á abandonar el templo. Lucas se sintió transformado; ya era rico; ya podía vivir sin remordimientos ni vergüenza; ya le era dado comer sin que le llevaran á la cárcel...

—Le venderé—decidió,—y con su importe podré salvarme de la miseria y luchar de nuevo. Indudablemente, la tranquilidad de la conciencia vale tanto como la vida.

Y ya en la calle, á pocos pasos de la fonda, no pudiendo hacerse superior á la tentación, Lucas tornó á examinar la alhaja.

—¡Vaya si es de ley! Diamante, y que bien valdrá sus mil pesetas.

—¡Ay, caballero!—exclamó una dama al lado del hambriento.—Ese pendiente es mío: acabo de perderle en la capilla de la derecha de esa iglesia, ahora mismo.

Lucas quedóse mudo, atónito, aturdido, como si hubieran descargado sobre su cabeza una maza.

—¡No lo dude usted!—siguió la desconocida.—Es mío; compañero de este pendiente que llevo puesto: véalo y se convencerá.

Una sonrisa como una mueca de dolor y de rabia fué todo lo que se reflejó en el semblante del mísero.

—¡Tenga usted, tenga usted!—exclamó por fin.—Yo no quiero nada que no sea mío.

Entregó el adorno y no pudo contener una lágrima.

—Pero sepa usted, señora—añadió luego,—que el ser honrado me va á costar la vida, porque me... me muero de hambre...

La dama envolvióle en una mirada escudriñadora, sonrió desdeñosamente, y sacando de su elegante portamonedas un billete de á veinticinco pesetas, alargósele á Lucas y se alejó.

El famélico siguióla con la vista hasta que desapareció la dueña de la alhaja; guardóse el billete, lanzó un prolongado suspiro, y murmuró con acento indefinible:

—¿Qué es peor: robar ó cometer una indignidad como la que acabo de hacer poniendo precio á mi honradez de toda la vida? ¿Qué es peor?

PEDRO J. SOLAS

DIBUJOS DE E. ESTEVAN

COPLAS DEL VALLE

El pastor, lánguidamente,
con la cayada en los hombros,
mira cantando los pinos
del horizonte brumoso,

y el rebaño soñoliento
levanta nubes de polvo
y hace llorar sus esquilas
bajo la luna de oro.

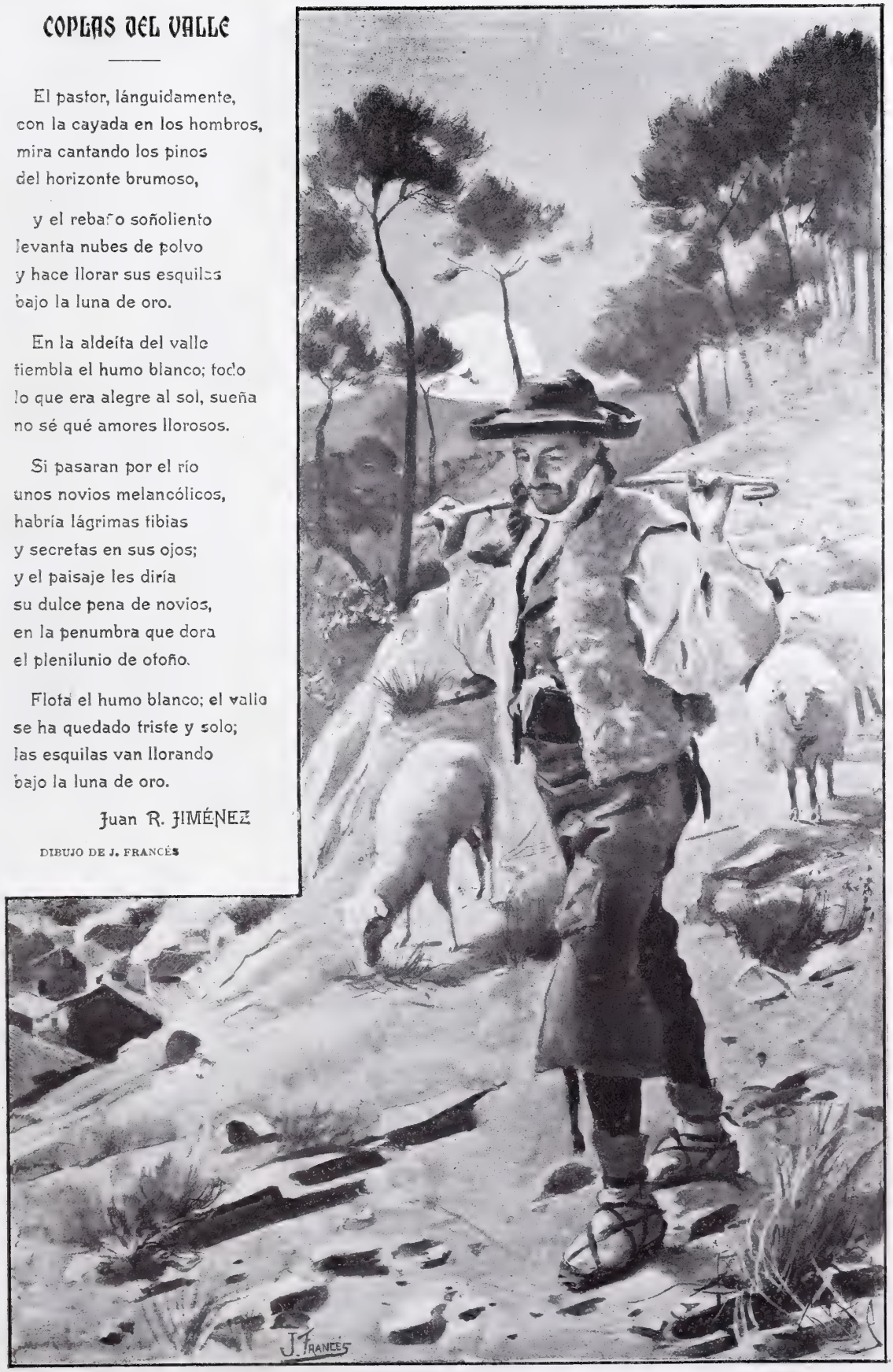
En la aldeíta del valle
tiembla el humo blanco; todo
lo que era alegre al sol, sueña
no sé qué amores llorosos.

Si pasaran por el río
unos novios melancólicos,
habría lágrimas tibias
y secretas en sus ojos;
y el paisaje les diría
su dulce pena de novios,
en la penumbra que dora
el plenilunio de otoño.

Flota el humo blanco; el valle
se ha quedado triste y solo;
las esquilas van llorando
bajo la luna de oro.

Juan R. JIMÉNEZ

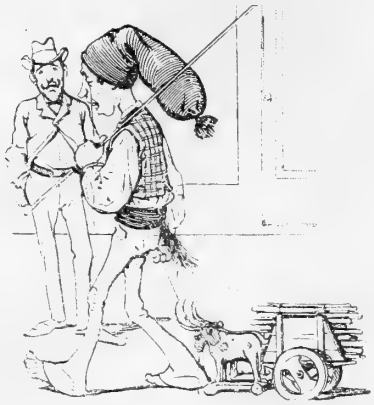
DIBUJO DE J. FRANCÉS



DESDE FIGUEIRA DA FOZ

CARTA DE NUESTRO CORRESPONSAL ESPECIAL SR. CILLA

1. Al llegar sólo encontré á un *punto fúnebre*, dueño de casino, que me dijo con voz lastimera:—*No ha jogo. ¡Anno terrivel!*



2. Y, en efecto, hasta *os carroceiros*, hasta *as rodas das* inverosímiles carretas parecían chirriar repitiendo:—*¡Anno terrivel!*

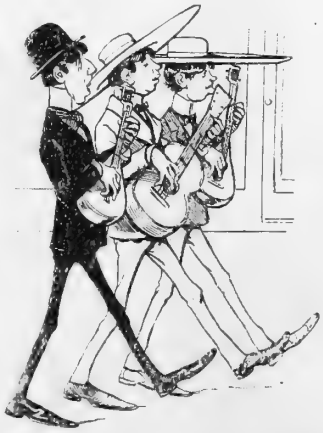
3. Poco á poco fué llegando lo más *smart* de Arroyo del Puerco y de Cabeza de Buey: la distinguida colonia extremeña, con embutidos y todo.

4. Han sobrevenido después una porción de seres naturalmente regocijados. Todos oyen con terror la fatídica sentencia.

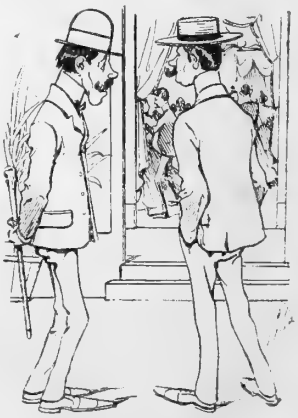
5. Los dos portugueses tradicionales, el *branco* y el *preto*, deponen sus rivalidades para clamar angustiados:—*¡Anno terrivel!*

6. En vista de que *no ha jogo*, nos dedicamos á jugarnos la cabeza *haciendo alpinismo* por estos veriguetos.

7. O bien á la adquisición de pescado fresco: ya la poética *sardiña*, ya los apasionados *camaroes*. ¡Y lo amamos cada *merluzu*!



8. *Os fadistas* que amenizan nuestra existencia con sus guitarras y con sus *chapeus muito compridos*, cantan tristemente:—*¡An-no-te-rri-vel!*



9. Y á pesar de todo, asistimos al casino, gozamos lo suficiente y sólo interrumpe nuestra alegría la plañidera voz que clama:—*No ha jogo ¡Anno terrivel!*

La adormidera y la mariposa

FÁBULA

—¿Para qué en torno mío
revolofeas?
dijo á la mariposa
la adormidera.
Y sonriendo,
la mariposa dijo:
—¡Vengo por sueño!

—¿Buscas sueño y te agitas?
¡pareces tonta!
No es revolofeando
como se cobra.
Sosiega y párate,
verás cómo descansas
sobre mi cáliz.

Como las mariposas
muchos andamos
revolofeando inquietos
tras el descanso.
¡Feliz quien llega
á encontrar en el mundo
su adormidera!

W. & B.

DIBUJO DE SOUTO

RINCONES VERANIEGOS

BAYONA DE GALICIA

Si viajar mal no te arredra
caro lector, ven conmigo,
acompáñame hasta Vigo,
provincia de Pontevedra,
y luego, en un buen carruaje
á Bayona llegaremos
en dos horas, y daremos
por terminado este viaje.

*
* *

¡Qué tierra! ¡cuántos primores
¡qué dulce melancolía!
¡qué tenue la luz del día!
¡qué casitas! ¡cuántas flores!
Allá el mar alborotado;
por aquí, como un cristal;
la ría cruza el maizal
y los viñedos y el prado;
acullá cumbre tan alta
que á las nubes causa enojo;
debajo, helechos y tojo,
cuando el granito no salta;
anchos valles cultivados
hasta el último rincón,
que en rica vegetación
todo el año tapizados
y llenos de poesía
dan al agua su reflejo,
para hacer marco al espejo
encantador de la ría.
Más primores no ambiciona
quien esta comarca vea:
no hay otro pueblo que sea
tan lindo como es Bayona.
A su frente, «Monte Real»
del puerto guarda la entrada
con su muralla almenada
y su castillo feudal;
debajo, y costa adelante,
el nuevo Bayona crece,
y en «Villa Lola» parece
que empieza lo interesante.
Las «Villas Emma» y «Elisa»
dejan paso al «Gurugú»,
pero antes está «Nelú»,
más alegre que la risa;
más allá, la Comandancia
del Puerto; luego y enfrente,
«Santa Cruz», donde el ambiente
embalsama la abundancia
de flores de su jardín;
después, un modelo fiel
de la torre de Babel
y del barrio nuevo el fin.

*
* *

De las playas españolas
no es Bayona la mayor,
pero no hay baño mejor
que el baño que dan sus olas.
También la «Concheira» tiene
un excelente balneario
con todo lo necesario
para los baños de higiene:
baños calientes y duchas
que hacen curas prodigiosas,
y hay en la playa espaciosas
casetas buenas y muchas.
Cuatro fondas bien servidas
donde se da muy buen trato
por un precio muy barato,
tiene el pueblo establecidas,
y casas para alquilar
con mobiliario escogido,
mercado muy bien surtido
y un comercio regular;
casino en que no se juega,
y en el que, de noche y día,
manifiesta su alegría
la colonia veraniega,
de quien se puede decir,
que aquí, sin gasto ninguno,
mucho más que en sitio alguno
se consigue divertir.
Y conste que esto pregona
la gente que aquí ha venido;
yo, por mí, no he pretendido
descubrir hoy á Bayona.

Federico JAQUES

ORLA DE VARELA

SAN PLÁCIDO

MADRID, pueblo feo, prosaico y cada vez más positivista, parece tener especial complacencia en hacer que desaparezcan y huyan de él las pocas tradiciones románticas que sus rincones viejos albergaban: y uno de estos rincones era el melancólico y triste convento de San Pácido, del que recientemente se trasladaron las monjas, llevando consigo un hermoso cuadro de Claudio Coello y el recuerdo de las leyendas ó historias (cosa no bien averiguada todavía) que al convento hacen referencia.

Leyenda y de las más románticas parece la fundación del convento, realizada en Noviembre de 1623 por Doña Teresa Valle de la Cerda, noble, rica y hermosa doncella de diecinueve años, quien prometida por sus padres á un cierto D. Jerónimo, linajudo y poderoso caballero aragonés, y ya concertada la boda con él, recogió su palabra, sin que hasta ahora haya logrado saberse por qué motivo, y resolvió dedicarse á la vida claustral, dedicando á la fundación del convento sus cuantiosos bienes dotales. Y lo más curioso del caso fué que el cuitado novio, en vez de enfurecerse y desazonarse y hacer del loco, del sandio y del desesperado, tomó el cristiano y filosófico partido de coadyuvar á la piadosa obra de su frustrada prometida, consagrando á dicha fundación también una buena parte de su caudal, y siendo, por tanto, nombrado patrono de la comunidad, cuyas religiosas, naturalmente, eligieron priora á doña Teresa.

EXTERIOR DEL CONVENTO

EL PATIO DE LA FUENTE
FOTS. GONZALO RUIZ

Don Jerónimo se fué á vivir á la redacción de *El País*, quiere decirse, á la casa que hoy ocupan los talleres y oficinas del batallador colega republicano, ¡vean ustedes lo que son las cosas! y en aquella mansión solían reunirse los pájaros más gordos de la corte, el Conde-duque de Olivares y hasta D. Felipe IV.

A poco, la comunidad entera dió señas evidentes de hallarse poseída por los demonios, y el que todo lo añasca se arregló de tal suerte, que el santo tribunal de la Inquisición hizo bonitamente trasladar á la piadosa doña Teresa con toda la comunidad, incluso el confesor de las monjas fray Francisco García Calderón, á la cárcel de Toledo, en donde el fraile, sujeto á cuestión de tormento, reveló no pocas diabluras, por las que fué condenado á reclusión perpetua, ayuno á pan y agua, disciplinas circulares y otras varias molestias.

Para que las monjas fuesen perdonadas ó indultadas, medió la poderosa influencia de Olivares y demás amigos que se reunían en *El País*, y todo hubiera quedado tranquilo á no inflamarse el rey en viva y súbita pasión por una Sor Margarita, quien, según otra leyenda más vulgar, se vió obligada á hacerse la muerta, colocándose en un ataúd entre cuatro cirios, para desengañar de su sacrílego afecto al monarca, motivo por el cual éste regaló á la comunidad un reloj de torre que doblaba á muerto cada cuarto de hora, y que debe de haber desaparecido, con gran contentamiento de los vecinos de aquellas calles.

***

SANTILLANA DEL MAR,
POR TOMÁS MARTÍN

LA SEMANA PASADA

LOS FUNERALES POR S. S. LEÓN XIII EN SAN FRANCISCO EL GRANDE FOT. MUÑOZ BAENA

En San Francisco el Grande se han celebrado solemnes honras fúnebres por S. S. León XIII, asistiendo la Corte. En todas las iglesias de España ha habido también funerales en sufragio del alma del que con tanto acierto gobernó la Iglesia Católica. La atención pública sigue atentamente las ceremonias y actos que se verifican en Roma, hasta que un cardenal elegido por el Cónclave sea elevado al Solio Pontificio.

Entretanto el cardenal Oreglia, noble por su cuna como lo fué León XIII, pues le corresponde el marquesado de San Stéfano, rige provisionalmente los destinos de la Iglesia, y su nombre es barajado como los de otros varios cardenales, Rampolla y Gotti entre ellos, con motivo de las probabilidades de ser elegido Papa. Pronto han de salir de dudas los que se preocupan de sumar y restar hipótesis acerca de tan trascendental acto.

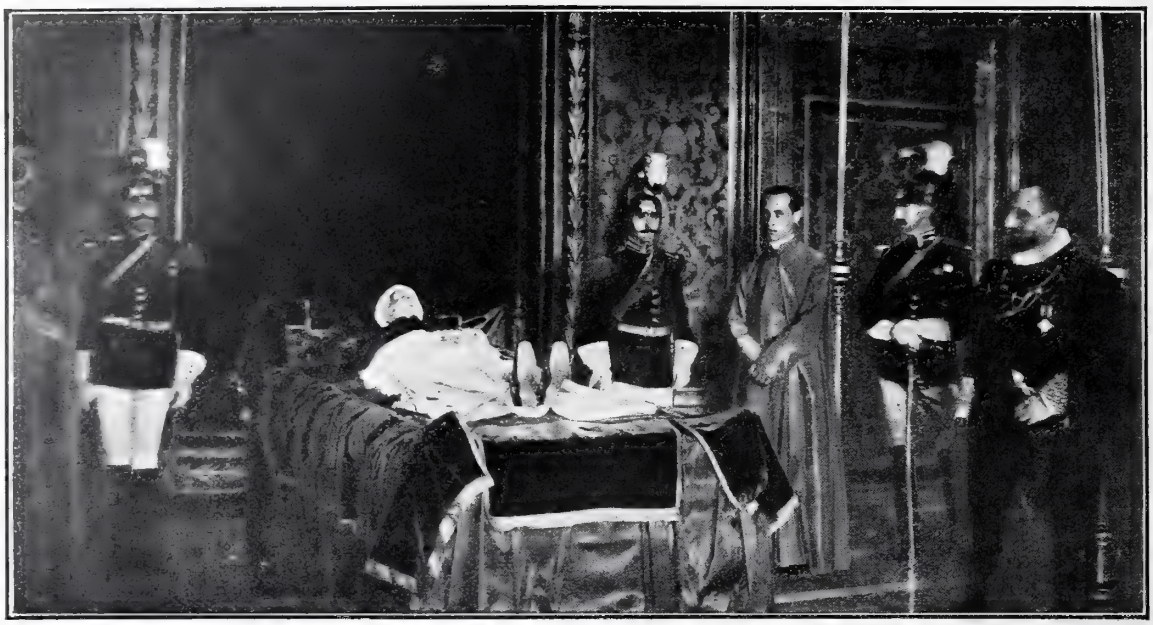
EL CARDENAL OREGLIA

Entretanto, hay quienes recordando el acierto de San Malaquías, el monje irlandés del siglo XII, al profetizar con rigurosa exactitud la sucesión de los Papas desde Celestino II (1130) hasta el fin del mundo, que, según dicho santo, debe de ocurrir cuando muera el sexto de los Pontífices que sucedan á León XIII, afirman que el nuevo Papa será el cardenal Gotti ó el cardenal Svampa. San Malaquías denominó á cada uno de los Papas por una frase especial. A León XIII por la de *Lumen de cielo*, y, en efecto, en el blasón de los Pecci figura una estrella. El sucesor de León XIII está señalado en las predicciones del santo irlandés por *Ignis ardens* (fuego ardiente), y los admiradores de Gotti dicen que se distingue por su piedad, por su celo, por su fervor *(ignis ardens)*; y los amigos de Svampa dicen que éste es el verdadero *Ignis ardens*, porque su nombre en italiano significa *fuego flamígero*, porque en su escudo hay un sol que despide rayos y porque fué obispo de Foli, cuya patrona es Nuestra Señora del Fuego.

Ya se sabe que los Cardenales se dividen en dos grandes partidos: el intransigente, que defiende la soberanía temporal, y el conciliador, que prefiere la sabia política de León XIII

Veremos si estas predicciones se cumplen.

El cuerpo del glorioso Papa difunto ha sido puesto ya en su tumba provisional dentro de la triple caja. El cadáver fué retirado de la basílica de San Pedro por haber certificado los médicos que el cuerpo ha entrado en rápida descomposición. La sepultura que ocupa ahora es la misma que encerró el cuerpo de Pío IX hasta el 13 de Julio de 1881, que fué transportado á su tumba definitiva en San Laureano, extramuros de Roma.



SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIII DE CUERPO PRESENTE FOT. ALFIERI LACROIX

El mismo día que se celebraron los funerales por el difunto Pontífice, salió para San Sebastián la Familia Real, excepción hecha de la infanta doña Isabel, que marchó, como todos los años, á la Granja. Con los Príncipes de Asturias fueron sus hijos los infantes D. Fernando y D. Alfonso, cuyos retratos, hechos en grupo con sus padres, publicamos con estas líneas, por haberlos hecho nuestro colaborador artístico Sr. Franzen.

EL MARQUÉS DE LEMA, ALCALDE DE MADRID
FOT. FRANZEN

SS. AA. LOS PRÍNCIPES DE ASTURIAS Y SUS HIJOS
FOT. FRANZEN

San Sebastián ha acogido á SS. MM. y AA. RR. con el cariño que les debe un pueblo al que da importancia y animación la estancia de la Real Familia durante el verano. La bellísima capital guipuzcoana es á estas fechas, y lo menos hasta Octubre, corte de España y residencia del mundo diplomático y de todas las clases sociales que tienen el buen gusto de pasar los días de calor á orillas del fresco Cantábrico.

Madrid tiene nuevo Alcalde. Dimitió el marqués de Portago, y el Gobierno le ha sustituido con el marqués de Lema, joven, ilustrado, exsubsecretario de varios Ministerios y exdirector general de Comunicaciones. Como todos los nuevos alcaldes, ha anunciado que le animan muy buenos propósitos, y es de esperar de su inteligencia y de su ilustración que los cumpla en bien del pueblo de Madrid.

* * *

AÑO TRECE Y NUMERO 640 MADRID DIA 8 DE AGOSTO DE 1903

BLANCO Y NEGRO

S. S. PÍO X, NUEVO PAPA

Nació el nuevo Soberano Pontífice, José Sarto, el 2 de Junio de 1835 en Riese, diócesis de Trévise, haciendo brillantemente los estudios de la carrera eclesiástica, en la que ocupó señalados puestos. El 10 de Noviembre de 1884 fué preconizado obispo de Mántua, y en 15 de Junio de 1893 fué elevado á la Silla patriarcal de Venecia. En el Consistorio precedente de 12 de Junio del mismo año fué creado Cardenal del título de San Bernardo de las Termas. Goza universal renombre por sus virtudes.

BENDICIÓN DE ALTAR EN EL MINISTERIO DE MARINA

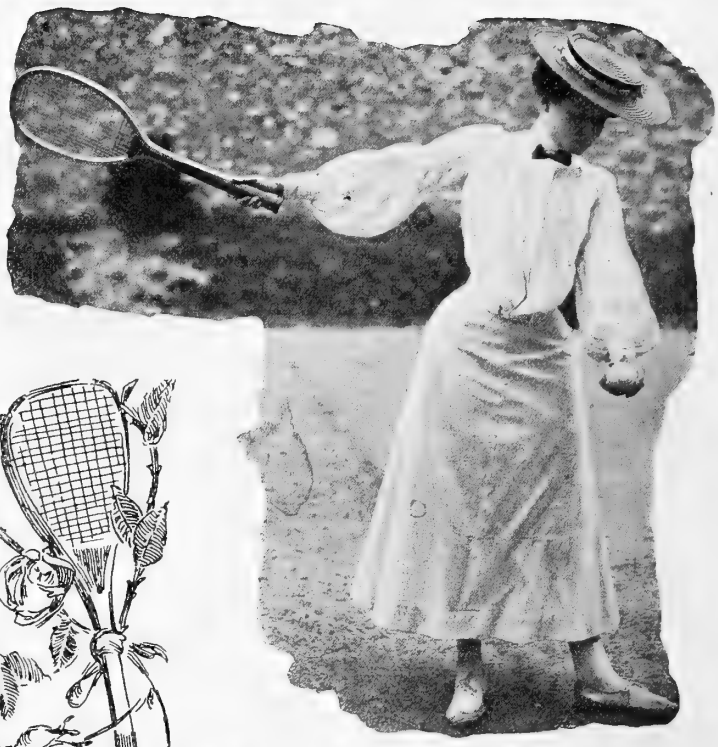
El sábado último se verificó en el Ministerio de Marina el acto de bendecir un altar portátil, en el que se dirán misas en lo sucesivo los días festivos para el personal de dicho Ministerio. En el primer descanso de la escalera principal del palacio que fué de Godoy se colocó el altar, en el que había una imagen de la Virgen del Carmen, Patrona de la Marina. Asistieron el alto personal, el ministro de Marina, el almirante Beránger, y ofició el obispo de Sión.

FOTOGRAFÍA CIFUENTES

LA VECINA CURIOSA,
POR CECILIO PLA

EL LAWN TENNIS

Es el *lawn tennis* uno de los juegos favoritos de la sociedad inglesa, y como hoy día es sociedad inglesa, ó como tal puede considerarse toda la gente aristocratica que habita en todos los países civilizados del planeta, resulta el *lawn tennis* un juego universal en el que lucen su gallardía y su destreza todos los señoritos bien educados y todas las señoritas correctamente enseñadas del mundo.



UNA PELOTA BAJA

UNA PELOTA ALTA

En España, con este paso de galera sin acelerar que llevamos para todo, aún no se ha vulgarizado el *lawn tennis*, y por eso mismo resulta más refinado y exquisito, por lo exótico.

Es difícil, por otra parte, su aclimatación, pues el *lawn tennis* requiere un suelo muy llano y muelle alfombrado de verde césped y cuidadosamente entretenido; requiere además una gran práctica, una absoluta frialdad y una corrección propiamente británica, no muy fácil de guardar en estos países meridionales, por diversas razones que no sería muy oportuno apuntar.

Esencialmente, el *lawn tennis* no es un deporte que difiera

REVÉS AIRE

mucho de nuestros clásicos partidos de pelota; pero desde el punto de vista de la estética, es infinitamente superior á ellos. La raqueta es una pala aérea, graciosa, elegantísima, fácil de manejar, y en nada se parece á la tosca trompa de elefante que los pelotaris llaman cesta ó chistera.

Una vez la jugadora vestida con su precioso atavío veraniego, la falda al tobillo, el corpiño ó blusa bastante suelto para facilitar todos los movimientos, puede *sacar por bajo*, que es lo más frecuente, ó *sacar por alto*, que es lo más arriesgado y elegante. Todos los términos de nuestro deporte vasco, la volea, el rebote, el revés-aire, etcétera, etc., tienen aplicación al *lawn tennis;* y si durante mucho tiempo ha habido infinidad de aficionados á quienes se les hacía la boca agua contemplando la arrogancia y bizarría de los pelotaris eúscaros, ¿qué no sucedería si se generalizasen en España los partidos de *tennis* y viéramos á tantas bellísimas señoritas mostrando su agilidad y su gracia en los mil lances inesperados y atractivos á que este interesante juego se presta? Aparte esto, el combate en campo abierto, entre dos bandos que luchan frente á frente separados tan sólo por ligera valla de red, es mucho más simpático y ofrece más interés que el encarcelamiento de una pelota entre dos paredes; y es harto menos grosero y brutal.

RESTANDO POR BAJO

RASANDO

Por las fotografías que ilustran estas notas puede juzgarse hasta qué punto es artístico y atrayente el espectáculo de un *lawn tennis* jugado con maestría por señoritas cual la de la muestra.

En España son bastantes las familias aristocráticas que cultivan este *sport*, y entre ellas la Familia Real, que en su palacio de San Sebastián organiza frecuentes partidos de *lawn tennis*.

* * *

UN SALTO OPORTUNO

ALREDEDORES DE FUENTERRABÍA,
POR SERAFÍN AVENDAÑO

EL TRATO ENGENDRA EL CARIÑO

La casualidad me puso en relaciones con el Sr. Ramón y la Sra. Nemesia, su digna esposa; ambos, á mi ver, los seres más vulgares é insignificantes de cuantos he visto en mi vida. Era el Sr. Ramón bajo, regordete, mofletudo, con la nariz á manera de tomate, el bigote canoso, en forma de cepillo, y los ojos sin pestañas, entre nublados y lluviosos; sería hombre de cincuenta y dos años, de los cuales la mayor parte dedicó al oficio de zapatero y los pasó acurrucado en un chiribitil donde tenía lo que él llamaba su *establecimiento*.

Su mujer era otro tomo en rústica de la misma edición; ni más alta, ni más baja, pero tan fea como su marido, con la diferencia de que las líneas curvas y atocinadas del Sr. Ramón eran más enérgicas que las ya flácidas y desdibujadas de su esposa, la cual, al lado de él, parecía la fruta pasada junto á la fruta madura.

Desde que les vi juntos, me pregunté: ¿Se amarán? ¿Es posible que entre seres tan desgarbados y zafios exista el amor? Y suponiendo que se amen, ese afecto que les una ¿será de la misma naturaleza que el que enlaza á seres más perfectos y delicados?

Por saciar esta curiosidad que pudiera llamar psicológica, busqué mil pretextos para trabar relaciones con el Sr. Ramón, y al cabo de algunos días de trato y á favor de algunas copas de vino, el pobre hombre me puso de manifiesto sus más recónditas intimidades en la siguiente forma:

—Hace más de treinta años que estoy casado con la Nemesia; ella nunca ha sido bonita, pero sí graciosa, y la carne, que es la gala de los huesos, cuando era joven la tenía repartida por el cuerpo con tentadora discreción... No se ría usted; á mí siempre me han gustado las gordas. Además, yo vivía con una tía, hermana de mi padre, que me daba muy mal trato y se quedaba con parte de mi jornal; la única persona que se mostraba para mí cariñosa era Nemesia; y como yo frecuentaba la amistad de muy pocas mujeres, me pareció que ninguna podía competir con ella; y en fin, todas estas cosas que digo y otras que callo, me fueron conduciendo hacia la Vicaría, donde llegué con gran contentamiento de haber llegado.

Pasada la luna de miel, me convencí de que no estaba muy enamorado; me aburría de verme siempre con Nemesia, y me abrumaba la pesadumbre de mi costilla. La idea de no poderme casar otra vez me llenaba de tristeza; me parecía que ya había llegado al fin de la vida, por lo cual me iba á la taberna los lunes, y volvía por la noche á mi casa más alegre de lo que á la Nemesia convenía. Llenábame ella de insultos; respondíale yo como amo y señor; faltábame de nuevo, y cogiendo yo una tranca, entre la borrachera, la tranca, Nemesia y yo promovíamos tal estrépito, que dábamos con nuestros cuerpos en la prevención ó en la calle.

Atravesamos una borrasca muy grande; me quedé sin trabajo, porque me despidieron del taller; nos faltaba dinero; se me avinagró el genio, y entre el vinagre del genio y el tufo del vino, pasábamos el día *vendimiándonos* el uno al otro; de tal manera, que resolvimos separarnos, y ella se fué con su madre y yo con mi tía.

Así estuvimos algunos meses; yo lleno de manchas, sin que nadie me cuidara y harto de las peloteras con mi tía, que no eran menores que las que Nemesia tenía con su madre; pero sucedió que mi tía tuvo la feliz ocurrencia de morirse, dejándome heredero de diecisiete duros que en una media guardaba, los cuales, con la venta de los muebles, ya llegaron á veintitrés. Al verme rico fuí á buscar á Nemesia; hicimos las paces; comimos y bebimos juntos después de tantos ayunos y pesares, y desde entonces, en vez de ir yo á la taberna los lunes, llevábamos el vino á casa y celebrábamos nuestro banquete semanal, cantando y riendo unas veces, alborotando y regañando otras, pero sin podernos echar en cara el uno al otro nuestras demasías y locuras.

Al día siguiente, ella se levantaba turbia y yo nublado, y sin dirigirnos la palabra, Nemesia cogía sus trapos y yo mis botas, y entre mohínos y displicentes pasábamos la semana como hermanos, hasta que el lunes volvíamos á divertirnos y á derrochar toda la cordura almacenada en el trabajo.

¿Me pregunta usted si quiero hoy día á la Nemesia? Me parece que sí, porque la otra noche soñé lo siguiente:

Yo me había muerto, y los ángeles me llevaban al cielo en cuerpo y alma, aunque parezca mentira; á mi paso se abrieron anchas nubes, doradas por resplandores celestiales, y me encontré delante de multitud de mujeres tan hermosas, como nunca jamás en vida las he visto; llevaban el pelo destrenzado; sus brazos, desnudos, eran perfectos y alabastrinos; sus rostros, angélicos; sus formas, que se delataban bajo sus túnicas, rebosantes de belleza.

Aquellas mujeres me producían verdadero arrobamiento; todas solicitaban mi atención; sus miradas me atraían y me enajenaban, y la sonrisa de sus labios era tan dulce y amante, que me embebecía, robándome el sentido y la voluntad.

Cuando iba á dirigirme á una de aquellas hermosuras, la que me pareció más extraordinaria, descubrí á la pobre Nemesia, más fea que nunca, con las greñas hacia los ojos y el delantal mugriento, pero con una expresión en su fisonomía de tristeza tan grande y pena tan profunda, que al ver resbalar por sus mejillas dos lágrimas, me aproximé hacia ella, apartando con despego á todas las bellezas celestiales, y le dije:

—Mujer, ¿qué tienes?

Entonces desperté, y viendo á Nemesia que á mi lado dormía con la boca abierta, no pude por menos de exclamar:

—La verdad es que quiero yo á esta burra, y tengo para mí que haría en la tierra lo mismo que hice en el cielo.

Quedé pensativo, reflexionando sobre la historia de aquel desdichado, y vi confirmadas en ella mis opiniones sobre el amor, el cual se inicia por un instinto material, por un impulso del sexo; se establece por el hábito y la comodidad, y se consolida con la armonía de las costumbres, de los sentimientos y de la educación, despertando en nosotros un imán irresistible hacia el objeto amado, que no puede ser sustituído por ningún otro.

El amor es como las plantas, que en un principio arraigan donde cae la semilla, y después, con la permanencia y el tiempo, nacen las flores y los frutos, que son el amor positivo y verdadero.

RAFAEL TORROMÉ

DIBUJOS DE ESTEVAN

EL OSEQUIO AL DEPUTAO

CUENTO BATURRO, POR GASCÓN

1.—¿De ánde vienes?
—De llevale al deputao un osequio
—¿Y t'a dau algo?
—Una monedica de 21 y cuartillo

2.—Pus la verdá es que yo debía tamién llevale algo. ¿Si le llevaría estas piñas? Pero no; pué que sean mejor brevas

3.—¡Y poquico que le van á gustar las brevas al deputao! Con lo maduras que están y con el trote del burro...

4.—A la pá e Dios, siñor alcalde: aquí traigo una friolera pa entregala al deputao de este distrito.

5.—Pero, hombre, ¿esto qué es? ¿Cómo t'atreves á osequiar con esta porquería? ¡Si están hechas mostillo!

6.—¡Habís visto lo que trae este zopenco! ¡Esto no pué quedar así! ¡Tiráselas toas á la cara!

7.—Amos, hombre, parar, que la cosa no es pa tanto.
—¡Cá, tiés que aguantátelas todas!

8.—¡Duro, duro con él! ¡Hasta que no quede una!
—¡Pus vaya una ación!

9.—¡Ya no queda ninguna!
—¡Pus m'han puesto güeno! Rediez, ¡miá tú que si llego á traer las piñas!

COPLITAS

ME PIDES ALGUNAS COSAS
QUE SON UN CONTRASENTIDO:
¿CÓMO QUIERES QUE TE OLVIDE,
SI EN LA VIDA TE HE QUERIDO?

* * *

LAS ESTRELLITAS DEL CIELO
TE DAN LA SUPREMACÍA,
PORQUE ELLAS BRILLAN DE NOCHE
Y TÚ DE NOCHE Y DE DÍA.

* * *

¡MIRA SI YO TE QUERRÉ,
QUE HASTA TE SUEÑO, CHIQUILLA,
CUANDO ME «DUERMO DE PIE!»

* * *

AL SOL MIRÉ, Y SU FULGOR
NO PUDO CEGARME A MÍ;
Y EN CAMBIO, DESDE QUE VI
TUS OJOS, «CEGUÉ DE AMOR.»

* * *

SI ESTARÁ TU MADRE «EN BABIA»
QUE NO QUIERE QUE ME QUIERAS
Y TE DEJA SOLA EN CASA.

* * *

NO ES VERDAD, NO, QUE LOS RÍOS
BUSQUEN LA MAR SIN PARAR.
YO NO SOY RÍO Y TE BUSCO,
Y ERES PARA MÍ «LA MAR.»

* * *

SI SUPIERAS LO QUE SUFRO,
MORENA, CUANDO TE ENFADAS,
TODA TU VIDA ESTARÍAS
MÁS CONTENTA QUE «UNAS PASCUAS.»

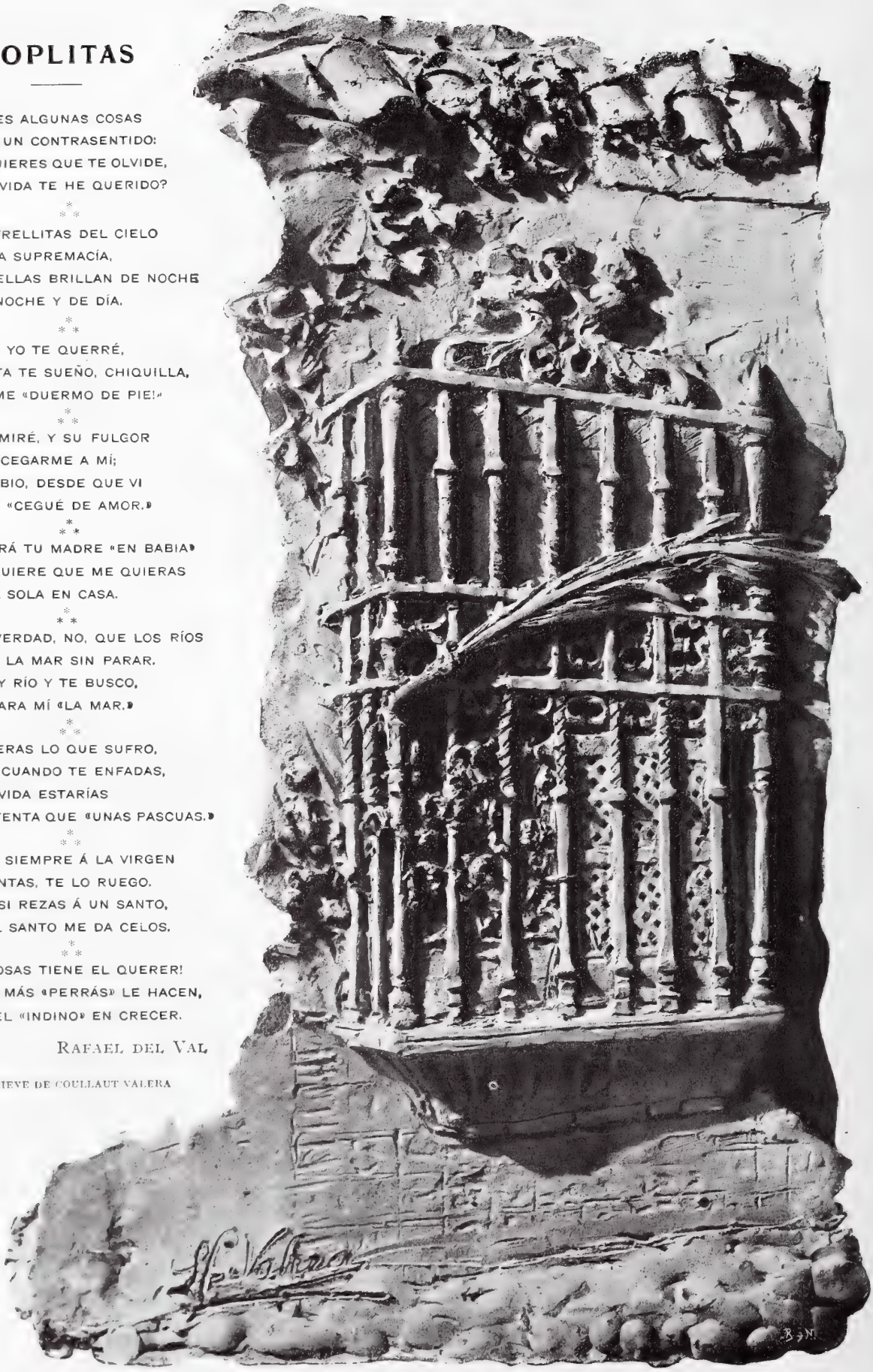
* * *

RÉZALE SIEMPRE Á LA VIRGEN
Ó LAS SANTAS, TE LO RUEGO.
PORQUE SI REZAS Á UN SANTO,
HASTA EL SANTO ME DA CELOS.

* * *

¡QUÉ COSAS TIENE EL QUERER!
CUANTAS MÁS «PERRÁS» LE HACEN,
MÁS DA EL «INDINO» EN CRECER.

RAFAEL DEL VAL



BAJO-RELIEVE DE COULLAUT VALERA

EL FILÓN

Al llegar á lo alto de la loma que baja luego hasta la «Cañada de las aguas», oíamos desde el camino el golpe acompasado, cada vez más hondo. Saltábamos alegremente el vallado de zarzamoras, y en el rellano plantado de fresas y algunas vides tan retorcidas y viejas como su dueño, nos acercábamos al pozo con cierto temor del abismo. Con varales de pino y ramas entrecruzadas, bien soterradas de greda, había hecho el único trabajador de aquella hondura la rampa simétrica por donde bajaba y subía.

Era una labor fatigosa de meses, de años... Primero, ahondaba con el pico ó la barrena; luego, subía el esportón sobre el muslo, por aquella rampa cimbreante, como hormiga que echa fuera su granito de tierra para agrandar el hormiguero.

Todos conocían al viejo Nicolás y respetaban su tranquila locura. El compadecía á los demás, seguro de su razón y esperanzado en su dicha. Había sido rico, generoso, emprendedor: su casa de labor era famosa, sus negocios grandes y prósperos

Tuvo hijos que dilapidaron su hacienda y murieron miserablemente. Viejo, viudo y pobre, acogióse á la mezquina finquilla, que como tabla en el naufragio le ofreció un asidero.

De pronto, entróle al tío Nicolás una fiebre codiciosa. Aquel solitario tronco abandonado á la orilla de un camino, sintió la ansiedad de la riqueza, del vigor y el poderío; quería que volviesen á brotar ramas, hojas y frutos, donde la prodigalidad anidase...

¿Cómo fué aquello? Unos dicen que soñó cierta noche con una enorme riqueza subterránea: otros—y es lo más seguro—afirman que cayó por allí cierto pájaro de cuenta, buscaminas y buscalíos, que le puso la cabeza ardiendo y le sacó al pobrete los últimos cuartos que le quedaban. El caso es que para tío Nicolás quedó asentado como artículo de fe, que en su propia finca, á la vera del vallado, en aquel alegre rellano plantado de fresas y de vides, había de encontrar, á poco que ahondase, un ancho y prodigioso filón de rica plata.

¿Qué haría con todo aquel dineral inagotable? Ese era su secreto, que no comunicaba más que á los niños, á nosotros, que no nos importaban los filones mientras hubiera frutos sobre la tierra.

Cien veces nos lo dijo. Primero, compraría el castañar que estaba delante, camino por medio, que iba á caer allá hacia la huerta de los frailes. Otro día compraría los molinos que muelen con el manantial de la Cañada, único que da «un buey de agua» en cada borbotón. En seguida, el otro castañar ladera arriba, que llega hasta la cumbre donde está la ermita caída. Y los cerros vírgenes del azadón, que tan buenas cosechas ofrecen al guapo que los descuaje. Todo esto sin regatear un ochavo, á tocateja, para hacer la gran finca á peso de plata.

Entonces diría á los ricos del pueblo: «Vaya que son ustedes la más pobre gente que he conocido; en cuanto ven un talego de plata se echan á bailar: por dinero, baila el perro». Y se lo diría así, sin quitar ni poner, á fin de hacerles rabiar un poco.

—¿Es justo que se condenen?—nos preguntaba.

—Sí, señor—respondíamos echando un ojo á las uvas, á las higueras ó al fruto que hubiese.

—Pues sabed—añadía confidencialmente—que yo haré de modo que no dé limosnas más que yo. Si por ahí piensan salvarse, buen chasco se llevan.

Y cogiendo el esportón, descendía lentamente al pozo, hecho por él, ahondado por él, desaguado por él, en una labor de hormiga pacientísima que sabe que grano á grano se agranda el hormiguero. Llegaba la época del celo y apedreábamos los castaños donde cuelgan sus nidos las oropéndolas; perseguíamos á los mirlos; las tórtolas no se libraban, y todo el animado reino de los aires se echaba á temblar por sus nidos recién hechos, por su prole cuidada con amor inconcebible.

Asomados al tosco pretil de ramas, veíamos moverse en aquel agujero redondo la encorvada figura de tío Nicolás. Cavaba ó rellenaba el esportón ó añadía varales recios á la rampa.

—Suba usted y le enseñamos los nidos.

—¿Hay algún hombre?—preguntaba.

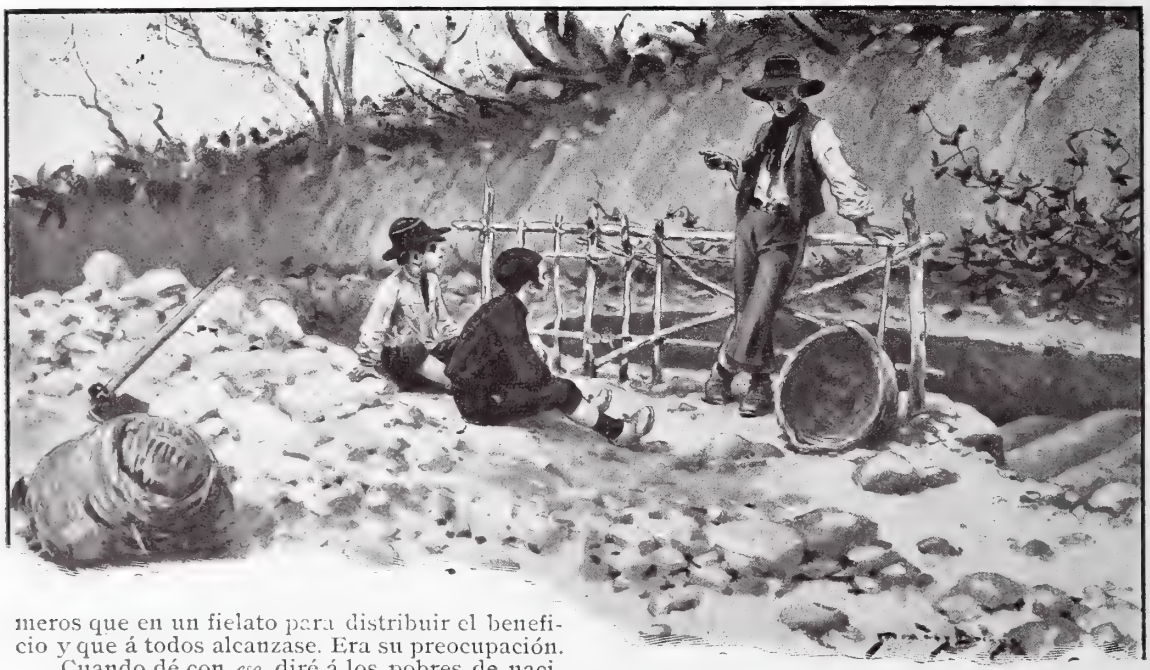
—Ninguno. No tenga usted cuidado.

Y entonces subía con el esportón sobre el muslo, fatigosamente, crujiéndole las coyunturas que la humedad iba maltratando, echando los bofes, pues á la vez que el pozo se hacía más hondo, él se hacía más viejo.

—Necesito ese filón para descansar. Que está ahí «oyendo la conversación», es cosa segura; ¡ya falta poco! ¡ya falta poco!

Y volvía á sus proyectos de futura grandeza. Necesitaba comprar más tierras de labor y extender su dominio en el monte: la ganadería no iba á vivir de frutos como los pájaros. El último invierno había aumentado la lista de los pobres: sesenta familias más entraban en el censo de la miseria. A él no se le escapaba ni una rata. Eran ya doscientas setenta y cinco familias pobres de toda pobreza las que había en el pueblo: luego, de medio pelo, otras doscientas, que vivían á huye que te alcanza. Viviendo al día, podía sumarse otra porción igual, si no mayor; y con graves apuros de usura, de quintas, de enfermedades, de entierros, de accidentes desventurados, el resto casi de aquel vecindario, que no tenía fe, ni caridad, ni esperanza.

Ricos, habría hasta seis, tirando por lo largo; de modo que ya tenía tío Nicolás que hacer más nú-



meros que en un fielato para distribuir el beneficio y que á todos alcanzase. Era su preocupación.

—Cuando dé con *eso*, diré á los pobres de nacimiento: «¡Ea, zamacucos! aquí tenéis tierra, semillas, herramientas, alimento mientras tanto, y lo que sea menester. A menear esos brazos y á sacar el pan del filón, como yo lo saqué antes.» A los de medio pelo les daré prestado—y quemaré los documentos sin que ellos lo sepan,—y á los señores del apuro accidental y del quiero y no puedo, les daré limosnas, buenas ¿eh? pero limosnas, á ver si crían vergüenza.

Tengo que hacer seis escuelas por lo menos, en que se gaste más caudal que en mantener al pueblo, y todos los casucos que parecen majadas los he de tumbar para hacer casas limpias, alegres, con agua y con árboles. Al Gobierno le pagaré lo suyo, y que le parta un rayo.

Encima de la fuente de cuarenta caños que he de hacer en medio de la plaza, pondréis una loseta con este rótulo: «Tío Nicolás dió con el filón.» Ni más ni menos. Que no paséis de ahí, ni agreguéis esto ni lo otro, ó no entraréis más á coger nidos ni á mirar el pozo.

Nosotros jurábamos que la loseta quedaría en su punto, sin añadir letra á la espartana inscripción, y con esto hacíamos mangas y capirotes de la finca y éramos los amos en los reinos mineral, vegetal y animal y en cuanto veían nuestros ojos.

.....

Un día, el pozo quedó mudo: los golpes del pico y los pasos del trabajador no resonaban. Un cabrero se asomó, y salió espantado, dando voces. Acudieron hombres de aquel contorno; bajaron, discutieron, se concertaron: pronto trajeron una cuerda y unos garfios, y á poco, enganchado por la cintura, subió por última vez aquel tío Nicolás, muerto en el fondo del pozo de un súbito ataque cardíaco.

Tendido sobre el fresal, á la vera de las vides que le rozaban la cara con sus pámpanos, tío Nicolás miraba al cielo con fijeza vidriosa, con dura terquedad de hombre convencido que sigue su ensueño más allá de la vida... Su boca abierta y desdentada seguía gritando en el silencio augusto: «¡Venid á mí, pobres, dolientes y desheredados! Yo reparto riquezas como un pródigo: he trabajado durante años enteros para vosotros, para los que de vosotros vengan, para todos los humanos adoloridos que buscan en el fondo del bienestar un poco de justicia y en el fondo de la justicia un poco de placer.»

Se llevaron aquella cosa rígida que había sido un hombre, y hablaron de hacer autopsia y de diligencias judiciales.

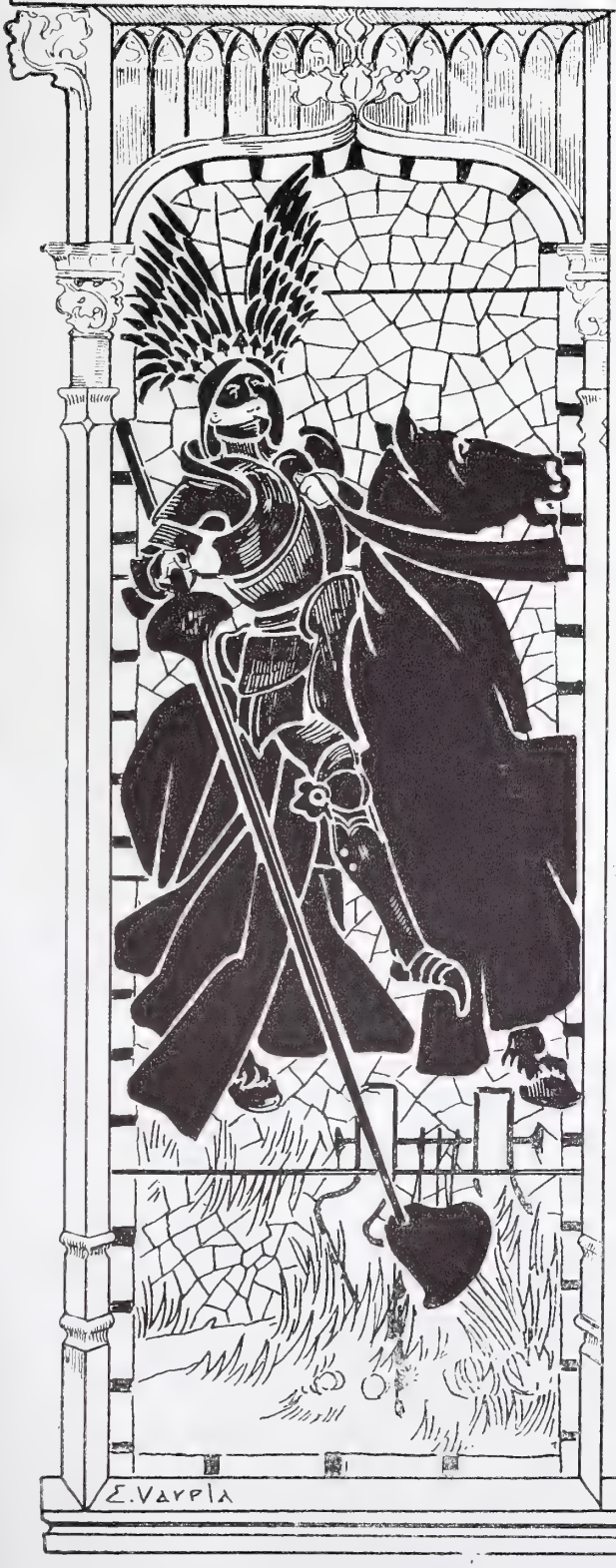
Un humorista del lugar escribió con un pedazo de carbón en una de las tablas del pretil esta graciosa ocurrencia:

«Tío Nicolás dió con el filón. ¡Al fin descansa!» ¡Pobre! Su *alma profética* se había hecho el epitafio.

JOSÉ NOGALES

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

LA LEYENDA DEL CABALLERO INFORTUNIO



Bon chevalier masque qui
chevauche en silence...
(VERLAINE.—SAGESSE)

De lejos vino el caballero enmascarado, vino de lejos, no se sabe de dónde. Negro era el caballo, negra la montura, pavonado el arnés, de ébano puro y brillante la lanza, negra desde la moharra hasta la cuja: era un gallardo caballero, por Dios. Al paso cabalgaba refrenando al corcel, y por bajo del negro bocado, entre los negros belfos pendía dolorida la negra lengua. La cara del caballero no se veía: la visera traía alzada y dejando ver las mallas negras del almofar, pero el rostro venía cubierto con negra máscara de hierro; tras las ojeras, negros los ojos relucían como cuentas de azabache

En medio de silencio pavoroso cabalgaba; las herraduras forradas de negros fieltros herían la tierra sin hacer ruido: no jadeaba el caballo, no respiraba el jinete. Al caballero Infortunio no se le oye venir nunca.

Cuando le sentí, me había asestado la lanza, y con ella traspasó mi corazón viejo, mi corazón enfermo, mi corazón vicioso, mi corazón gastado. Salió la sangre como un manantial rojo, formó un rojo arroyo en el suelo, enrojeció á las rojas amapolas, se evaporó á los rojos rayos del sol.

El caballero se apeó. Su negra sombra densa me pareció que cubría tierra y cielo. Mis ojos se quedaron sin vista, quise lanzar un grito y tembló mi cuerpo todo, porque el corazón había temblado. Mi corazón agonizaba, se moría... Se murió mi corazón viejo.

Entonces el caballero Infortunio se acercó á mi cuerpo exánime, puso la rodilla en tierra. Junto á mí, con el oído de los recién muertos, escuché el rechinar de sus grebas y de sus quijotes. Su mano dura se posó en mi pecho.

Sus dedos, que calzaban acerados guanteletes, hurgaron audaces en la abierta herida, se revolvieron feroces dentro de ella. ¡Dolor más acerbo que el de la muerte! Sus férreos artejos estaban helados. Mientras desgarraba mis fibras, decía en voces opacas y rudas los mandatos implacables de su Ley: la Ley del infortunio que á todas las criaturas aflige...

Cuando he aquí que al contacto de aquellos dedos glaciales de hierro, sentí que me renacía un corazón entero, un corazón puro, un corazón altivo, un corazón sano.

Y he aquí ¡sí, eso era! que aquel corazón joven, aquel corazón bueno, aquel corazón noble, aquel nuevo corazón, bullendo en cándido y divino fervor, se ponía á saltar y brincar en mi pecho, primeramente como el guácharo en el huevo, después como el jilguerillo en la jaula.

Temblé de alegría con el mismo temblor del miedo. Creí que estaba un poco borracho, dos pocos incrédulo, como hombre que divisa ó sueña visiones de otros mundos de Dios.

El caballero había vuelto á montar en su negro caballo, había repuesto la lanza en la cuja, había picado acicates, se alejaba al paso.

A poco tornó la cabeza, me hizo señas y me gritó:

—¡Prudencia! Esto no sucede más que una vez en la vida ¡y basta! Una vez, una vez tan sólo.

Y el eco de aquellas palabras resuena aún en mis oídos.

***

Esta es la leyenda que contó Pablo el pecador, Verlaine el arrepentido.

No hay que olvidarla. El corazón muerto no renace más que una vez. Una vez tan sólo.

N.

RECOLECCION

FRAGMENTO DE UN POEMA

. . . . . .

¡Espantosa labor! La dura tierra
no ofrece generosa su tesoro;
bajo su costra el manantial soterra
de la fuente purísima, y el oro
en sus entrañas lóbregas encierra.
En la mina la veta inexplorada
se enrosca y se sepulta
cual la sierpe en su nido cobijada;
que en la sombra la gran Naturaleza
defiende avara y recelosa oculta
á los ojos del hombre su riqueza:
y aunque arrogante sobre el llano extiende
la mies dorada, cual inmensa alfombra
si el hombre arrebatársela pretende,
con la luz que deslumbra la defiende,
como defiende el oro con la sombra.

Pero se opone en vano
al noble estuerzo del trabajo humano;
como el minero impávido desciendo
á la profunda cavidad sombría,
y tras constante y pertinaz porfía,
hiriendo el pedernal con la piqueta,
logra del oro descubrir la veta
no explotada por nadie todavía,
así, bajo la lumbre enervadora
del inclemente sol que abrasa y ciega
á su ruda labor abrumadora
el resignado segador se entrega.
Y en tanto que agobiado
por el cansancio la cabeza inclina
sobre el suelo durísimo, regado
por su sudor, el carro entalamado
hacia las eras próximas camina.
Allí, mientras la hacina
rápida crece, y el gañán se afana,
y con la pala el limpiador trajina,
y, bajo el trillo que la parva allana,
cruje la paja que la luz calcina
y la reseca espiga se desgrana,
el dueño alborozado
contempla el rubio trigo amontonado
que á costa de fatigas y dolores
fué á la tierra arrancado
por la hoz de los sufridos segadores,
y que, á salvo de riesgos y temores,
habrá de henchir mañana su granero,
donde le apilará como un tesoro,
igual que apila el potentado el oro
que arrancó la piqueta del minero.
¿Quién podrá contemplar indiferente
esa lucha titánica empeñada
entre el hombre sufrido y resistente
y la indócil materia rebelada?
¡Lucha heroica, tenaz y persistente,
que al través de los siglos prolongada,
ha de durar mientras el hombre aliente!
¡Combate bienhechor! ¡lucha sublime
que á la infeliz humanidad, proscrita
en este valle de dolor, redime!
¡Guerra que, sin sembrar luto ni espanto,
ni el odio enciende, ni la furia incita,
ni vierte sangre, ni ocasiona llanto!
Como el pueblo israelita
atravesó el desierto, vagabundo,
para llegar á su Canaán bendita,
así la errante humanidad avanza
por el inmenso páramo del mundo
buscando otra Canaán que es la esperanza.
¡Qué largo y qué penoso es el camino!
Nadie alienta al cansado peregrino
si rendido se postra y desfallece;
ya la columna fúlgida ó sombría
que á Moisés y á su pueblo dirigía,
con radiante fulgor no resplandece
la noche iluminando, ni parece
gigante nube el resplandor del día.
Con suplicante anhelo
la triste humanidad en su agonía
su voz levanta al impasible cielo,
y en su plegaria con fervor le invoca
desde el ancho desierto de la pena,
mas no surge la fuente de la roca
ni desciende el maná sobre la arena.

. . . . . .

Manuel de SANDOVAL

DIBUJO DE J. FRANCÉS

CUADROS MADRILEÑOS

EL JARDIN BOTÁNICO

El Retiro es más grande, más frondosa é imponente la Casa de Campo, más alegres los Viveros, más variada la Moncloa, pero en Madrid no hay ningún jardín tan delicado y exquisito como el Botánico: ninguno en el que se experimenten impresiones de tan grata y refinada melancolía. Y por uno de esos contrasentidos tan frecuentes en las grandes ciudades, el Botánico no suele ser paseado por personas aristocráticas, ni por poetas soñadores, ni por enamoradizas parejas. En él suele haber más clérigos que seglares, más viejos que jóvenes, más niños que viejos.

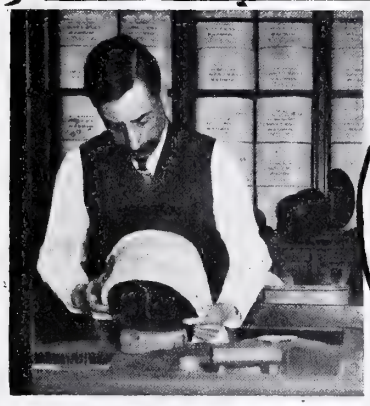
La indiscutible superioridad del Botánico respecto de los otros jardines y paseos debe atribuirse á varias causas. Primero, á que en él no entran coches ni caballos: es un jardín pequeño, igualitario, como esas aldeas felices de la soñada Arcadia, en las que todo el mundo anda á pie, porque nadie necesita apresurarse. En segundo lugar, á la excelsa y augusta calidad de los árboles y arbustos y á lo bien cuidados que están. No busquéis en el Botánico vulgares acacias ni cursis castaños de Indias, ni ramplones álamos negros, ni bullangueros chopos: donde quiera que volváis la vista, veréis las lisas cortezas de los robustos y elegantísimos almeces, que son los árboles más parecidos á columnas dóricas, ó bien los negros troncos de los olmos gigantescos, que parecen los abuelos de todos los árboles, ó la bella y lustrosa estampa de los funerarios cipreses, ó la gallarda altivez de los plátanos, ó la serenidad aristocrática de los cedros, ó la hermosura atractiva de los arces. Son los del Botánico unos árboles simpáticos amistosos, bonachones, de excelente sombra Entre ellos y bajo sus copas habita una amable sociedad, cuyo congreso lo forman los charladores mirlos, enzarzados en una discusión interminable. En los claros que los árboles dejan hay almácigas y criaderos, miles y miles de macetas, cada una con su cédula personal escrita en latín y suscripta por el Sr. de Linneo, ó bien por Boezl ó por los grandes botánicos españoles Quer, Cabanilles, La Gasca, cuyas estatuas adornan uno de los más elegantes paseos...

La hora del crepúsculo en el Jardín Botánico es digna de un cuadro.

* * *

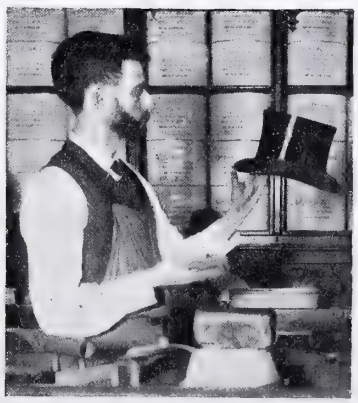
FOTS. MUÑOZ DE BAENA

COMO SE HACE UNA CHISTERA



Se coge un agujero, se forra de seda, y ya está hecha. Esta receta que daba el otro para hacer cañones, tiene escasa aplicación á los sombreros de copa. Para éstos, lo primero es *montar* el sombrero, es decir, aplicar la tira de tela engomada sobre el molde *oportuno;* luego se *arma el casco*, lo cual, aunque parece cosa de Marina, no lo es; después *se pega el ala y se ahueca*, en el sentido directo de la frase; se *potencia*, es decir, se plancha una y mil veces; se *arma* y da forma al ala; se hace la *camisa*, ó sea el forro exterior; se *fuerza*, se pone la cinta, se repasa... y se sirve.

Todas estas operaciones y algunas otras que no sabríamos explicar, requiere la fabricación del sombrero de copa, vulgo *chistera*, contra el cual nada pueden el tiempo y las costumbres. Se le varía de forma, y es unas veces alto y estrecho como tubo de humos de una máquina de vapor, y otras achatado y redondo como campana parroquial; resucita en ocasiones la forma de algunos de los sombreros «prehistóricos» de Mariano Fernández, y en otras la de las modernas marquesinas que se ponen sobre las puertas de algunos palacios; pero la chistera vive, es eterna.



FOTOGRAFÍAS

MUÑOZ DE BAENA

Ha habido momentos en que se ha visto en peligro, porque los elegantes eligieron para el *smoking*, la gorra, la boína, el sombrero de paja, etc.; pero la chistera sigue siempre triunfante.

* * *

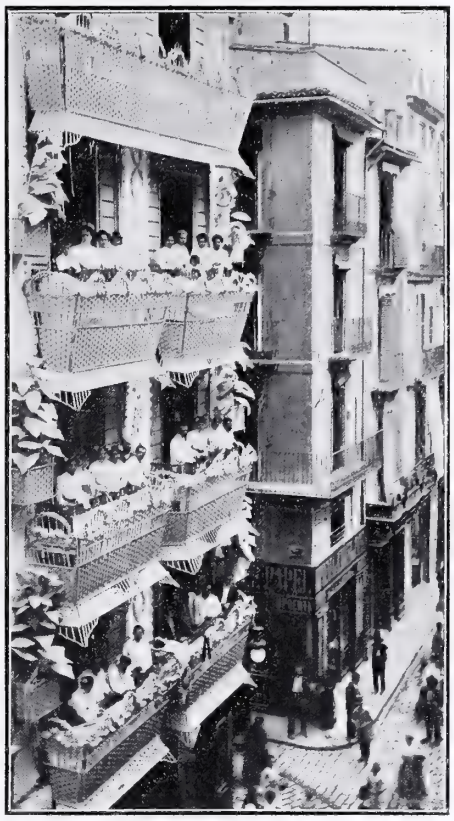
EL ENEMIGO Á LA VISTA,
POR PEDRO DE ROJAS

ACTUALIDADES

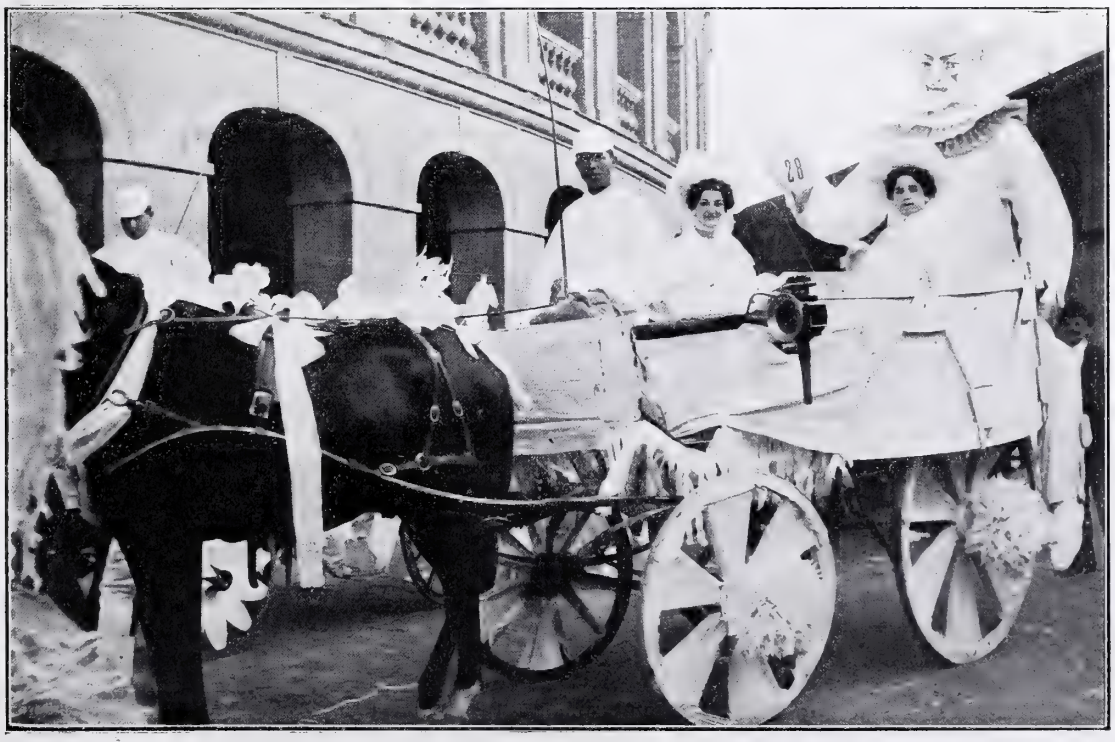
EL INCENDIO DE LA CALLE DE FUENCARRAL
FOT. L. ALONSO

UN nuevo incendio ha venido á llenar de consternación á Madrid, no sólo por la magnitud del siniestro, sino porque contribuye á desvanecer las ilusiones de los que creían que en los tiempos que corremos y con la importancia creciente que adquiere la villa, disponía el vecindario de un buen servicio para la extinción de incendios. Pero seguimos tan atrasados como antes. El fuego ocurrido en el depósito de maderas de la calle de Fuencarral ha sido una prueba elocuente de lo que decimos.

HEMOS hablado ya de las fiestas que ha celebrado Valencia. Con derecho legítimo é indiscutible alardea aquella ciudad de ser la primera en punto á dar esplendor



PRIMER PREMIO DE BALCONES
EN EL «COSO BLANCO» DE VALENCIA
FOT. F. GÓMEZ



UNA DE LAS CARROZAS QUE HAN FIGURADO EN EL «COSO BLANCO» DE VALENCIA FOT. F. GÓMEZ

a sus fiestas. No hay ciertamente quien la gane á organizar espectáculos populares. Á los de este año ha puesto término con el *Coso blanco*, en el cual han hecho alarde poderoso de su exquisito y delicado gusto todas las clases sociales, ostentando las menos pudientes primorosas decoraciones blancas en sus casas, y luciendo las mejor acomodadas suntuosos carruajes, adornados expresamente para la fiesta. El *Coso* ha resultado ideal, digno de Valencia y de su fama. Como testimonio de su cultura, la sesión de los Juegos florales ha tenido la solemnidad que siempre revisten aquellos actos, obteniendo los premios notables literatos del país y siendo reina de la fiesta la Srta. Doña Teresa de la Figuera, hija de los marqueses de Fuente el Sol. ¿Hay necesidad de decir que es bellísima, siendo valenciana?

S. A. EL INFANTE DON ANTONIO DE ORLEANS Á SU LLEGADA Á SANLÚCAR
FOT. CALVACHE

El infante D. Antonio ha llegado recientemente á Sanlúcar de Barrameda, la bellísima población del Mediodía de España donde mucha gente veranea, porque reune todas las condiciones para ser una estación veraniega de primer orden. Sabido es que en Sanlúcar tiene la familia un magnífico palacio, donde murió el año 1890 el duque de Montpensier padre del actual Infante, y grandes propiedades, que constituyen parte del copioso patrimonio de la casa de Orleans

D. Antonio ha sido recibido en la ciudad andaluza con grandes muestras de simpatía, saliendo á recibirle las autoridades y el pueblo en masa, y levantándose en su honor un arco de triunfo. Para Sanlúcar es motivo de júbilo y gratitud que personajes de la importancia de D. Antonio de Orleans la visiten y aun pasen en ella temporadas.

ALREDEDORES DE LA ESTACIÓN DE SANLÚCAR Á LA LLEGADA DE D. ANTONIO DE ORLEANS FOT. CALVACHE

AÑO TRECE Y NUMERO 641 MADRID DIA 15 DE AGOSTO DE 1903

BLANCO Y NEGRO

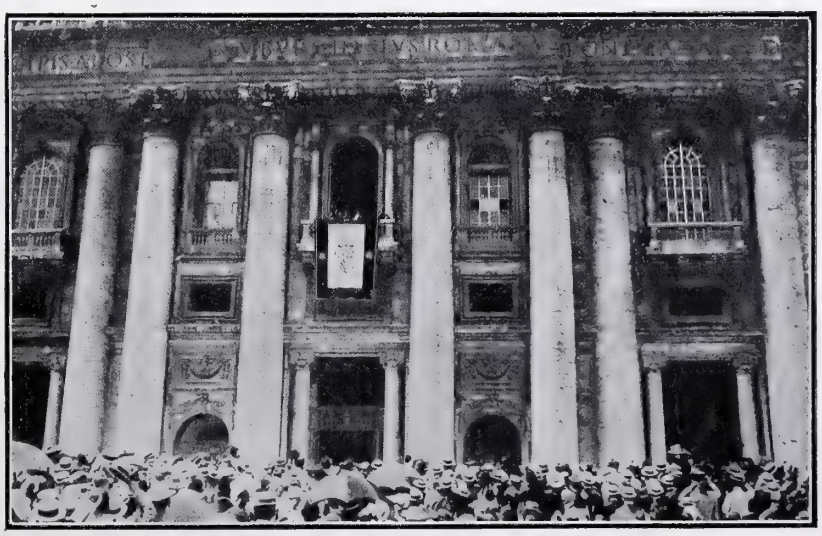
ACTUALIDADES

Con la coronación del nuevo Pontífice Pío X parece extinguirse la fiebre de información que durante más de un mes ha atacado á la prensa de todos los países. La información ha sido completísima, porque la fotografía ha funcionado casi tanto como el telégrafo y la pluma, no faltando activos ¡y tan activos! reporters que nos hayan contado lo que piensa Su Santidad y lo que se propone hacer en el Gobierno Supremo de la Iglesia, cosa que habrá sorprendido, si lo ha leído, al propio Padre Santo. Entretanto, el palacio del Vaticano recobra su tranquilidad habitual, los cardenales *extra-curiam* regresan á sus residencias, y la humanidad cristiana espera los actos del nuevo Papa, cuyas virtudes son garantía de la bondad de su reinado espiritual.

Simpático se ha hecho desde el primer instante de su pontificado por la sencillez de sus costumbres, adquiridas en el ambiente respirado desde niño en el seno de su familia humilde; humilde entonces y humilde ahora, porque sus hermanos, felices indudablemente por la gloria que tan legítimamente ha conquistado el hermano querido, no dejarán de ser lo que han sido toda su vida.

IGLESIA DE PADUA
DONDE CANTÓ LA PRIMERA MISA PIO X
FOT. ALFIERI Y LACROIX

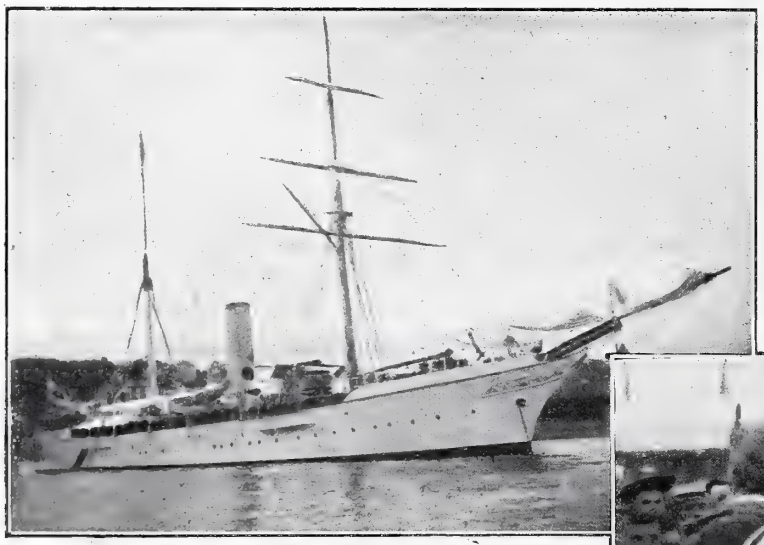
TERESA SARTO, HERMANA DEL PAPA, CON SU MARIDO, SUS HIJOS Y SUS NIETOS FOT. ALFIERI Y LACROIX



PROCLAMACIÓN DE PÍO X DESDE EL BALCÓN DE SAN PEDRO
FOT. SIMBOLI

San Sebastián acaba de inaugurar su nueva Plaza de Toros, hecha á todo lujo, como se hacen allí todas las edificaciones. Es un monumento en el que se ha derrochado el dinero y el buen gusto. El arquitecto director, don Francisco Urcola, puede estar orgulloso de su obra. La inauguración constituyó una verdadera solemnidad. La Plaza, llena. En la presidencia, S. M. el Rey, el Príncipe de Mónaco, el Príncipe de Asturias. Se lidiaron nueve toros, que estoquearon Mazzantini, *Bombita*, *Lagartijo*, Montes y *Bernalillo*. No llovió ¡que en San Sebastián ya es milagro! hasta el último toro... ¿Puede pedirse más?

EL PALCO PRESIDENCIAL EN LA CORRIDA DE INAUGURACIÓN DE LA PLAZA DE SAN SEBASTIÁN FOT. ASENJO



EL «PRINCESSE ALICE II» YATE DEL PRÍNCIPE DE MÓNACO

Por fin, usando una frase casi célebre, llegó á San Sebastián el príncipe de Mónaco, á quien se esperó durante varios días, sin que acabase de parecer el *Princesse Alice II*. Desembarcó con sus dos ayudantes, y le esperaban el chambelán, M. D'Habricourt; el ministro de Estado, señor conde de San Bernardo; el mayordomo mayor de Palacio, y las autoridades de la localidad. Desde Pasajes dió escolta al *Princesse Alice II* el *Giralda*.

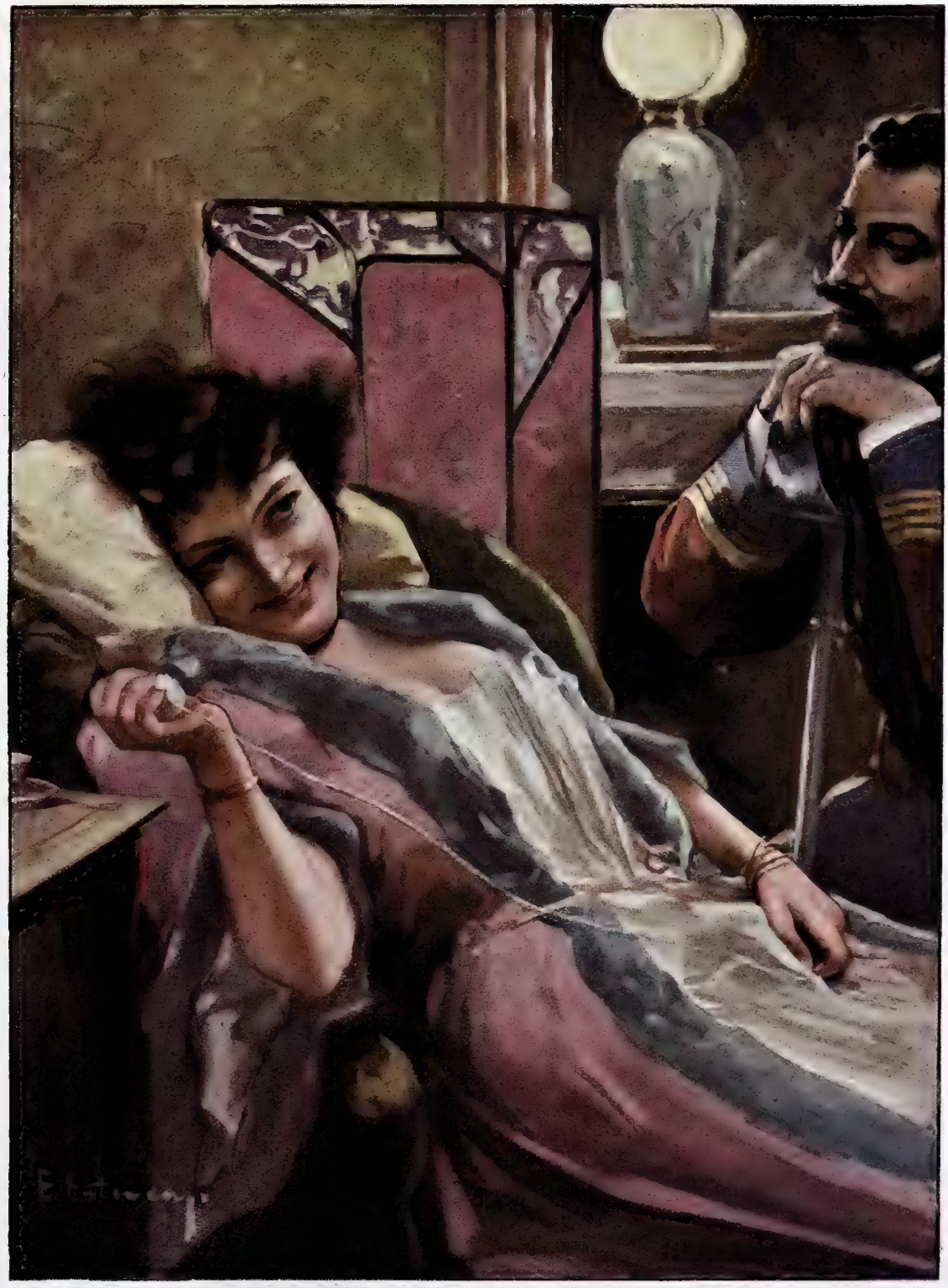
EL PRINCIPE DE MONACO SALUDANDO AL MINISTRO DE ESTADO FOTS. ASENJO

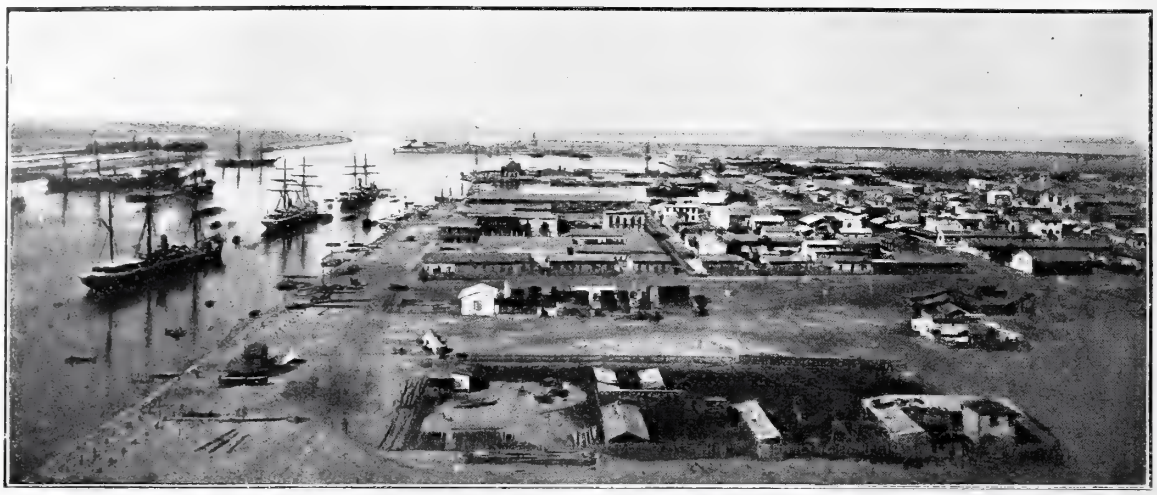
FOTOGRAFÍA PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE SABADELL

FOT. M. BALLUS

Una de las artes que más han adelantado de pocos años á esta parte es indudablemente la fotografía. Con frecuencia se celebran certámenes en los que se hacen patentes esos adelantos. Con motivo de las fiestas mayores de Sabadell, ha habido en aquella ciudad una exposición muy notable, presentándose excelentes trabajos, de los que son una prueba muy expresiva la fotografía que publicamos y que ha merecido un premio extraordinario.

CONVERSACION INTERESANTE, POR E. ESTEVAN.





PUERTO DE PORT SAID

CROQUIS AFRICANOS

PORT-SAID

Si fuéramos aficionados al cultivo de las frases rimbombantes y aparatosas, diríamos que Port-Said es la primera estrofa del poema del canal de Súez ó el pórtico de Egipto, con lo cual no habríamos dicho gran cosa, á la verdad.

La historia de Port-Said puede escribirse en dos cuartillas. Al comenzar los trabajos para la construcción del Canal en 1859, no existía en el sitio que hoy ocupa Port-Said el menor vestigio de habitación humana. Aquello era una estéril faja de arena entre el proyectado Canal, el Mediterráneo y el lago Mensaleh. La necesidad hizo surgir una agrupación de casuchas de madera, albergues de obreros, tabernas, almacenes y otras construcciones heteróclitas y dispersas,

LAS PIRAMIDES

trazadas al estilo europeo. Pronto los ingenieros y empleados de la gigantesca obra fueron emplazando aquí y allá sus casitas de madera, *chalets* suizos, *cottages* ingleses y otros edificios que en aquel sitio parecían tan mal como el consabido par de pistolas colgado del Santo Cristo. Pero el caso es que la población crecía; luego se alzaron iglesias, hospitales, hoteles; se construyeron tiendas, cafés, un faro y un astillero. Con la tierra que se sacaba para abrir el canal, se afirmó y se terraplenó el suelo, se robó espacio al lago. La ciudad alegre, variada, pintoresca, se alzó dando

ra mediterránea, que es propiamente europea; y otra, la cara africana, la que da al lago Mensaleh, en el cual verdean islas é islotes y pululan las barcas pescadoras. Detrás de esta segunda cara se adivinan y entrevén todas las grandezas del Egipto arcaico y venerable. Entre los *fellahs*, faquines y pescadorcillos que en torno al lago habitan, no es raro encontrar tipos de singular y sugestiva hermosura, magníficos restos de una gran raza, en otro tiempo ilustre, dominadora, idealista; quizás en muchos asuntos maestra de los griegos, nuestros padres espirituales.

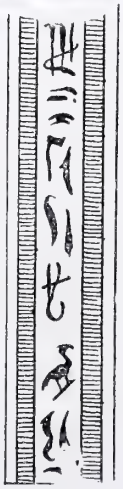
LA RADA DE PORT-SAID

cara al Mediterráneo, presentando uno de los flancos al Canal. Las risueñas fachadas de las casas por el día, y por la noche el faro, anuncian la existencia de una ciudad activa, industriosa, de población archimezclada y cosmopolita, cual la de todos estos puntos de afluencia de un gran pasaje marítimo.

En Port-Said se oye hablar todos los idiomas del mundo; se ven desfilar individuos pertenecientes á todas las razas de la tierra, y es verdaderamente extraño y singular que no exista ya toda una literatura relativa á los miles de lances raros, casos inauditos y estupendos encuentros que allí deben de haber ocurrido en cuarenta años. Pero Port-Said tiene, como algunas personas, dos caras: una, la ca-

Toda la trivialidad de la vida comercial é industrial europea y toda la insubstancialidad del cosmopolitismo, que va invadiéndolo todo, nivelando trajes y tipos y reduciendo las aspiraciones y achicando los ideales, se echan de ver con sólo pasar de uno al otro lado de Port-Said, con sólo contemplar á cualquiera de los antiguos egipcios que con grave continente y digna andadura suelen mostrarse por allí vendiendo pescados ó conchas, y ofreciendo sus borriquillos de alquiler para excursiones ó sus barquitas para surcar el lago.

Pasado Port-Said, los malecones del Canal van desarrollándose monótonos; luego viene el horrible mar Rojo, donde se verificó en tiempos bíblicos el milagro del paso de los israelitas.



* * *

RINCONES VERANIEGOS

SANLÚCAR DE BARRAMEDA. LAS PILETAS

DESDE Sierra Morena para abajo, nadie ignora que Sanlúcar de Barrameda es el San Sebastián del Mediodía de España.

Como San Sebastián, es Sanlúcar una ciudad alegre, limpia, sana y llena de atractivos naturales. Su situación á la orilla izquierda de la desembocadura del Guadalquivir, que es allí un brazo de mar; su hermoso cielo, la serenidad del ambiente y la frescura del viento que domina allí de ordinario, hacen de ella un lugar incomparable para el veraneo.

Sanlúcar de Barrameda es además uno de los sitios más sanos de España; y si hemos de creer á las estadísticas oficiales, no hay allí enfermedades endémicas; y si alguien se muere, es por exceso de salud y plétora de sangre y de felicidad.

Por otra parte, ¿cómo olvidar los benditísimos vinos de Sanlúcar, que tienen todo lo bueno de una bebida y todo lo fino y exquisito de un perfume, y todo lo provechoso de un bálsamo ó elixir mirífico capaz de comunicar á quien lo bebe la perdurable juventud y la alegría eterna?

Pues bien; á todos estos milagrosos beneficios é insuperables calidades de que la Divina previsión tuvo á bien dotar á Sanlúcar de Barrameda, es preciso añadir la existencia del incomparable manantial llamado *Las Piletas*, cuya fuente pueden ustedes ver representada por García y Rodríguez, el gran pintor sevillano, con su habitual maestría.

Las Piletas dan unas aguas ferruginosas crenatadas-cloruradas, según la nomenclatura oficial, habiendo sido demostrada científicamente su eficacia por autoridades tan grandes como las del Dr. Don Manuel Pizarro y el sabio Escolapio P. Faustino Míguez.

Y véase por dónde, cualquiera que llegue á Sanlúcar de Barrameda sin más intención que la de ver al Guadalquivir meterse en el mar ó la de probar la tan reputada y salutífera manzanilla, una de las pocas cosas españolas que aún admiran al mundo entero, puede encontrarse de repente y de manos á boca con la salud que le brinda el manantial de *Las Piletas*, cuyas aguas hasta hace muy poco eran apenas conocidas en España, y hoy, gracias á la inteligencia, actividad y desprendimiento de un capitalista sevillano, llegarán á ser de las más visitadas, en beneficio, principalmente, de la hermosa y culta ciudad de Sanlúcar de Barrameda.

DIBUJO DE GARCÍA Y RODRIGUEZ

VISTA DEL CASTILLO DE SAN MARTÍN

NOTAS VERANIEGAS

MUROS DE PRAVIA

CUALQUIER sitio donde se sienta fresco es bueno para veranear; pero si ese sitio es, además, pintoresco, mucho mejor. Los que no conocen los rincones de Asturias, no saben lo que es cosa buena. Los que no hayan visto el paisaje de la desembocadura del Nalón en el Cantábrico, no pueden formarse idea del Paraíso. Plasencia, el pintor de las delicadezas, escogió aquel rincón para refugio veraniego, y tras él han ido á deleitarse en las bellezas que Dios ha derramado á manos llenas otros artistas tan artistas como Sorolla, Benlliure, Plá, Campuzano y Lhardy.

No conozco valle más hermoso, más risueño ni que más hable al espíritu. Así debe estimarlo mucha gente, porque no son ya artistas los que veranean en Muros de Pravia, sino familias de todas las regiones de España que buscan lo bello y lo fresco. Y á orillas del Nalón lo encuentran.

PUERTO DE SAN ESTEBAN Y DESEMBOCADURA DEL NALÓN

Es Asturias el país del porvenir. La riqueza de su suelo y de su subsuelo le abre amplios horizontes de prosperidad, como ofrecen hoy al poeta y al pintor tesoros de inspiración. El veraneante encuentra satisfacción holgada con subir á Miraderos; bajar al Forno; embarcarse para navegar sobre una superficie de plata é internarse en la Huelga de los Tamarindos; caminar hasta el castillo de San Martín, soberbia ruina que evoca el recuerdo de fantásticas y guerreras leyendas de la Edad Media; recorrer el puente metálico que une á dos concejos; visitar el magnífico puerto de San Esteban, ó simplemente pasear por las calles limpias, tranquilas y pintorescas de Muros, amén de zambullirse en el mar en la extensa playa de Aguilar. El turista hace excursiones á puntos tan pintorescos como El

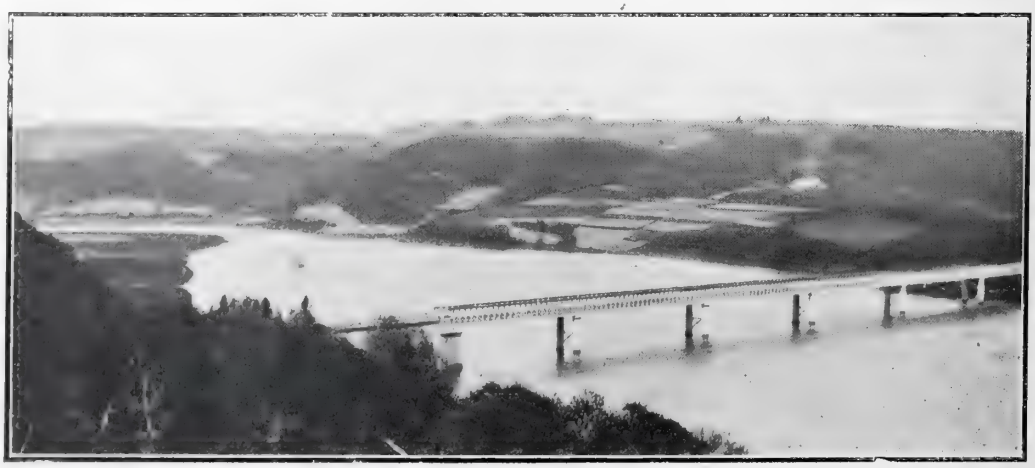
ORILLAS DEL NALÓN

Pito, Cudillero, Artedo, Somalo y Arma, y recrea su vista con panoramas magníficos y con cuadros de costumbres aldeanas llenos de poesía y de ternura, como el bable de aquellos aldeanos que caminan entonando melancólicas pravianas hacia los solitarios hórreos ó las apacibles aldeas.

Para reflejar el golpe de vista que se descubre desde el alto de la Llovera, cuando desde Avilés se va por Salinas al Nalón, no hay pincel ni pluma en el mundo.

El año pasado recorrió el Rey estos lugares de imponderable grandeza. Recuerdos risueños y tristes traen á mi mente aquella expedición.

Al llegar á la orilla del río donde el Monarca se embarcara para salir hasta la boca del puerto, una cuadrilla de aldeanos le salieron al encuentro. Llevaban una carroza que Flora no hubiera adornado mejor con amapolas, azulinas, mazorcas de maíz y espigas de trigo. Vestían las mozas el clásico traje asturiano, más clásico en tierra de Pravia que en ninguna otra de Asturias, con sus vistosas faldas, con sus dengues, con sus cintas; y los garridos mozos calzón corto y montera picona. Cantaban todos dulcísimas pravianas, que coronaban con el típico *ujujú*. Extasiados todos contemplamos aquel cuadro, aquel delicioso idilio que muy pronto se trocó en dolorosa tragedia. Uuo de los cantadores, el más joven, el más arrogante, cayó como herido por un rayo: traidora y cruel angina de pecho cortó su existencia.



PUENTE DE LA PORTILLA

Con lágrimas en los ojos vimos desfilar silenciosa hacia Sada la carreta de las mazorcas, de las espigas, de las azulinas y de las amapolas, sirviendo de carroza fúnebre al cantor de las pravianas. Seguíanle, dando gritos de dolor, las mujeres de las anchas faldas y de los dengues, que antes entonaban radiantes de júbilo las más tiernas canciones de su país...

ANGEL MARÍA CASTELL

FOT. E. MARTIN

EL PALADÍN Y LA PRINCESA

Cuando Harrar el Conquistador, Rey de la Hébrida, se unió con la dulce Ictena, princesa de Islandia, se creyó feliz y pensó no ansiar más dicha en el mundo, pues amaba á su compañera con locura. Mas, semejante á la gota de hiel que amarga el vino más perfumado, la esterilidad de Ictena acibaró el júbilo del rey Harrar. La ausencia de hijos que siguieren su rastro en las batallas; de hijas que hilasen ante el hogar y arrullaran con cánticos su sueño, hizo infeliz al fiero señor, espanto de los mares hiperbóreos. Por no entristecer á la dulce Ictena no la comunicó su dolor; pero sus puños se crispaban pensando que él, Harrar el Conquistador, rey de la Hébrida y de la Kuntlandia septentrional, dueño de mil islas, islotes y promontorios, señor de los mares de Morfoden y de Jina, no escucharía nunca resonar en la bóveda de su palacio el restallar gorjeante de una risa infantil, ni contemplaría el áureo revuelo de unos bucles que flamean en torno de una carilla risueña.

Así, cuando un día, fecha feliz entre todas, la dulce Ictena le anunció que en breve se colmarían sus ansias, el rey de la Hébrida creyó enloquecer de alegría. Su gozo no reconoció límites. Los heraldos trompetearon la dichosa nueva por las villas, y regocijándose tanto como su señor, los súbditos de Harrar le enviaron mensajes gratulatorios.

Llegada la época de su alumbramiento, la dulce Ictena dió á luz una niña, á quien se llamó Briselda, la ansiada ó deseada.

Tan feliz fué Harrar, que acordándose de las pocas amarguras sufridas por él en el mundo, quiso evitárselas á la princesita, á quien deseaba ver siempre dichosa. Al efecto, convocó en su palacio á brujos, agoreros y adivinos para consultar sus artes. Una vez reunidos, el rey expuso su deseo. Quería alejar el dolor de la vida de Briselda. ¿Cómo podría ahuyentarse la desdicha?

Los consultados hallaron varias causas á la humana infelicidad. Las enfermedades, la miseria, las inquietudes, amargan la vida. Pero también quedaron todos conformes en que el amor hacía soportables y hasta ligeras las mayores pesadumbres. Si la princesita era amada, sería feliz. Mas la pasión que inspirase había de ser desligada de todo vínculo terreno. En el ánimo de quien amase á Briselda, no debían influir ni riquezas, ni estirpe, ni poderío. Y el resumen de cuanto hablaron aquellas sabias bocas lo hizo la vieja Raguna, bruja centenaria, más arrugada que la corteza de un abeto, diciendo con voz cascajosa: «Tu hija, ¡oh poderoso rey! será feliz si la aman sin conocerla. Esto es difícil; pero como nada excita más una pasión que los obstáculos, rodea de peligros á la princesa Briselda; amontona en torno suyo prodigios y maleficios; haz que el solo intento de verla pueda costar la vida. El terror aquilatará los encantos de la princesa; su fama volará por el mundo, y así no faltarán caballeros que la amen sin haberla visto. Este amor es el más excelso de cuantos existen en la tierra. Si aman de tal modo á tu hija, tal vez sea feliz.»

Dicho esto, Raguna saludó á Harrar y salió seguida de los otros brujos, agoreros y adivinos, que rascaban con el lento arrastre de sus pies las gruesas planchas de roble del suelo.

Y mientras, semejantes á espectros sorprendidos por el día, desfilaban los consultados, el rey de la Hébrida y de la Kuntlandia murmuraba: «Gigantes, grifos, monstruos, todos rodearéis á Briselda, seréis guardianes de su hermosura y conquistaréis su felicidad, aunque para ello el mar hubiera de secarse, el aire ardiera y el sol dejara de girar amoroso en derredor de la tierra.

II.

Cuando la princesa tuvo quince años era tan linda, que todos la llamaban la hermosa Briselda. Entonces su padre la dijo: «Hija mía muy amada, vas á separarte de nosotros.»

Escuchando tales palabras, la hermosa Briselda respondió suplicante: «No seas cruel, padre mío. Déjame á tu lado, no me apartes de ti, no me separes de mi madre querida, de las dulces amigas con quienes juego. ¿Qué será de mis palomas, si yo no las beso? Todas morirán de tristeza. No me destierres. ¿Adónde iré que sea más feliz?»

Oyendo á su hija, la dulce reina Ictena lloraba, y las lágrimas goteaban sobre el brocado de su traje. Volvió los ojos implorantes á Harrar, pero éste, venciendo la ternura que ablandaba su corazón, contestó á la hermosa Briselda: «Hoy eres feliz, pero mañana puedes no serlo. Por tu bien quiero que no llores nunca; aspiro á convertir tu vida en una perpetua aurora. Si mi deseo se realiza, la tristeza no ensombrecerá tu alma, ignorante de llantos y de dolores. La muerte será el único mal que te aceche. Mas tu vida habrá sido tan feliz, que cuando llegue la Inevitable, te entregarás á ella, confiando en la placidez de su dulce reposo. Pero para que mi anhelo se realice, precisa tu ausencia. Lejos de nosotros, esperarás tu dicha.» Y sin atender los ruegos de Briselda, el rey dispuso el viaje de la princesa, á quien acompañaría hasta el castillo lejano donde había de morar.

La hermosa Briselda partió, despedida por el llanto de su madre. La princesa y el rey viajaban con el boato y suntuosidad requeridos por su jerarquía. Centenares de guerreros y pajes les acompañaban. Doncellas y camaristas seguían la litera de oro de la hermosa Briselda, cabalgando en piafantes hacaneas. Y cerrando la comitiva, asombraban á los pueblos los tres monstruosos seres que serían guardianes y defensores de la desterrada.

Las gentes se amontonaban para verlos de cerca. Iban encerrados en tres distintas y maravillosas jaulas. Enormes planchas de translucido ámbar formaban las paredes de la primera, y su rubia transparencia se ennegrecía con la masa colosal de una gigantesca urca que reposaba entre trozos de roca y desmelenadas algas. Aquel cetáceo había sido cazado en los mares glaciales, y la multitud se aterrorizaba contemplando sus enormes aletas, su hocico aplastado y bigotudo y los afilados colmillos que emergían de entre sus labios.

La segunda jaula era de bronce dorado. En uno de sus ángulos, y disimulándose entre torbellinos de humo, entreveíase la fantástica silueta de un flamígero dragón. De las fauces de la horrible bestia fluía perenne chorro de fuego, y al resplandor candente se adivinaban las triples garras, las alas dentadas, guarnecidas de ganchudas uñas, y el retorcido cuerpo de sierpe, que hacen del dragón una de las fieras más temibles.

El horror causado por la vista de los dos ambulantes monstruos se acrecía al contemplar el tercero. Este no dormitaba entre ovas ni ardía tras broncíneos barrotes. Su jaula, si así podía llamársela, no era sólida. Componíase de cintas de blanca seda, que se entrecruzaban simulando un enrejado. De aquellos frágiles muros pendían piedras fulgentes y purísimas perlas. Pero un detalle horrorizaba los ojos. En lo alto de la jaula, una guirnalda de corazones humanos, ensangrentados y palpitantes, enrojecía la albura de la seda. Y las madres prudentes, mostrando á sus hijos ya mozos aquellos tristes trofeos, les decían: «¿Véis esos corazones? Latieron en pechos jóvenes como los vuestros y sangre primaveral les hizo alentar. Sus dueños murieron al beso de ese sér monstruoso que os suplica con sus dulces ojos engañadores. No la miréis, es la ondina, el tercer guardián, el más terrible, de la princesa.» Mas los labios melancólicos, el llamear esmeraldino de los ojos y el dulce abatimiento de las manos cruzadas de la ondina, quitaban fuerza á los consejos maternales, y muchos mancebos envidiaron á cuantos pagaron un beso de aquella boca con la pérdida del corazón.

Causando igual asombro en todos los sitios por donde pasaban, llegaron la princesa, el rey y su séquito á orilla

del Océano. Desde la costa se adivinaba, medio perdida entre brumas, la recortada silueta de un islote, separado de la tierra por el oleaje turbulento de un canal. En aquella isla había de vivir la princesa, servida por sus doncellas y custodiada por los tres monstruos, quienes una vez roto el encanto que retenía sus furores, acometerían frenéticos á cuantos intentasen acercarse á la hermosa Briselda. Esta, Harrar, parte de la escolta y la jaula de seda y la de bronce, cruzaron el canal. Cuando Briselda quedó encerrada en su castillo, el rey hizo aproximar la jaula de la ondina al lago que espejeaba ante la prisión de la princesa, y cortando las cintas de seda dijo á la criatura aprisionada: «Eres libre. Usa de tus maleficios, y piensa que con ellos puedes evitar la felicidad de una mujer.» Oyendo á Harrar brillaron rencorosas las glaucas pupilas de la ondina. Dejó caer la túnica con que se cubría, y hundiéndose en el agua, la blanqueó con el reflejo perlino de su cuerpo.

Junto á unas rocas abruptas, Harrar abrió la jaula de bronce y el dragón voló en medio de un huracán de chispas, hasta una oquedad, donde el incendio de su cuerpo enrojeció la sombra. Y orilla al canal, se rompieron á hachazos las ambarinas paredes que encerraban á la urca, y ésta, conmoviendo la pesadumbre de su masa, rodó hasta el mar, arrojando por el hocico gruesas columnas de vapor.

El rey y su séquito vieron á la urca levantar montes de espuma, embestir furiosa contra los peñascos del acantilado, y mientras la contemplaban, espantándose de aquel frenesí salvaje, un haz de llamas iluminó la tristeza crepuscular, y un canto suave palpitó voluptuoso en la brisa. Entonces el Señor de la Hébrida sonrió satisfecho. La hermosa Briselda estaba bien guardada. Sería feliz.

III

El terror y el espanto fueron lenguas que extendieron por el mundo la fama de la hermosa y cautiva Briselda. El renombre de sus hechizos enardecía los corazones. Centenares de heroicos caballeros cruzaban el reino de la Hébrida para llegar al castillo donde se encerraba la princesa, y llenos de esfuerzo acometían la empresa de libertarla. Mas ninguno lo consiguió.

Los más infelices perecían en el canal, aplastados por la enfurecida urca, cuyo ciego encono se cebaba en los barcos y en sus tripulantes hasta hundirlos deshechos en las verdes aguas. Quienes, esquivando la vigilancia del leviatán desembarcaban en la isla, fenecían todos, sofocados unos por el aliento caliginoso del dragón, hundidos otros en el lago por los ardides de la ondina. La brutal fuerza de la urca y el encendido furor del dragón podían vencerse, pero el engañoso alhago del tercer mónstruo era irresistible. Fascinados por el suave cantar de la ondina, los caballeros detenían su paso. Entre las hojas lanceoladas de las cañas surgía el niveo cuerpo del tercer guardián. Los ojos de esmeralda prometían amor; los brazos, dispuestos á abrazar, ondulaban torneados y blancos cual cuellos de cisnes. La dulce voz susurrante murmuraba: «¿Para qué seguir? La princesa no era tan hermosa como ella. Que se llegasen los paladines á donde estaban; que sintiesen en sus labios el húmedo frescor de los suyos, y olvidarían todo.» Las glaucas pupilas rebrillaban cual si ocultasen oro tras su gasa verdosa, y los dedos alabastrinos extendíanse, cariñosos, afilados, envolvedores. Los héroes se acercaban. Sólo un beso, y luego seguirían su camino. Y el beso sonaba, y tras él un grito, el chasquido del agua que se rompe y se cierra luego sobre un cuerpo, y después un canto dulcísimo, enervante, voluptuoso desfallecía en el viento, atrayendo más víctimas.

Conforme transcurría el tiempo, aumentaba la celebridad de la hermosa Briselda. Belleza tan defendida había de ser irresistible. Los cantores populares celebraban en los patios de los castillos y en las plazas de las ciudades los encantos de la princesa, fantaseando sobre aquellos hechizos misteriosos. Tales loores encendían de amor el pecho de esforzados caballeros, que partiendo en busca de la dicha sólo hallaban la muerte. Como ellos, el noble Sedig, hijo del Khan de Escitia, amó á la hermosa Briselda sin haberla visto, é impulsado por la pasión fuese en busca de la princesa.

El amor del noble Sedig, hijo del Khan de Escitia, era profundísimo y acendrado. El mancebo veía en Briselda un ser sobrenatural y etéreo, todo belleza delicada y exquisita. Las más hermosas mujeres se le antojaban vulgares y despreciaba sus encantos, considerándolos ordinarios junto á los maravillosos de la invisible princesa. Ninguna dicha podía igualar á la de ver á Briselda, y el noble Sedig pensaba que ni los dioses mismos eran merecedores de besarla una mano. Tal pasión se aquilató más y más durante el viaje. Conforme aproximábase su término, se refinaba el amor del paladín, quien desfallecía pensando en la vista de Briselda, á la que seguramente había de libertar, y si no paró su atención en cuanta dicha le guardaba el porvenir, fué porque ante tan deliciosa imagen se nublaban todas las luces de su inteligencia.

Como en sueños cruzó el canal. Sin duda el amor protegióle en su travesía, y distrajo á la urca, quien encarnizada contra los restos de una embarcación, no vió la del paladín hasta que éste desembarcó. Entonces el cetáceo acudió resoplando ferozmente, embraveciendo las olas con su empuje, pero su furor fué inútil. Advertido de la presencia de un enemigo por el mugir de la urca, el dragón esperaba vigilante. Así vió Sedig cuando cernió sobre él su vuelo mortal. En la coraza del héroe crepitaron las chispas y las llamas que goteaban de las fauces del monstruo, mientras un humo denso descendía en sofocante nube. Mas el paladín no se arredró, y viendo á su enemigo

abatir el cuerpo sobre un peñasco, acudió allí lanza en ristre. El arma del caballero se hundió en el pecho del dragón, que apresándola entre sus garras, intentó arrancarla de la herida, mientras escupía borbotones de fuego mezclados con espumarajos de sangre venenosa. Pero fué vana su defensa, pues el noble Sedig apoyó el peso de su cuerpo en la lanza, y el hierro, ahondando más, agujereó de parte á parte al fiero animal, que cayó muerto con terrible rugir.

Fijo su pensamiento en Briselda, el noble Sedig llegó al lago. Al haz del agua se ensanchaban las abiertas copas de los nenúfares; los juncos se mecían, y con su rumor, el viento trajo una súplica susurrante: «Ven, ven junto á mí. No busques imposibles. Mi corazón te llama; mis besos te esperan.» Y el cuerpo de la ondina blanqueó entre los tallos. Sedig se detuvo un instante. «Acude, caballero galán. Lindo paladín, no huyas. ¿Ves mis brazos? Si con ellos ciño tu cuello, no ambicionarás otro collar. Contempla mis ojos, en su fondo duerme el amor; despiértale.» Sedig, desdeñoso, reanudó su camino. «No te apartes, gimió el monstruo. ¿No ves que muero sin tu cariño?» Pero el enamorado no oyó. Anduvo algunos pasos y se perdió entre los árboles. Entonces el tercer guardián empalideció, sus contornos parecieron fundirse; y el cuerpo torneado, los traidores ojos, el cabello ondulante, se deshicieron rápidos, y la ondina, convertida en espuma, flotó entre los juncos.

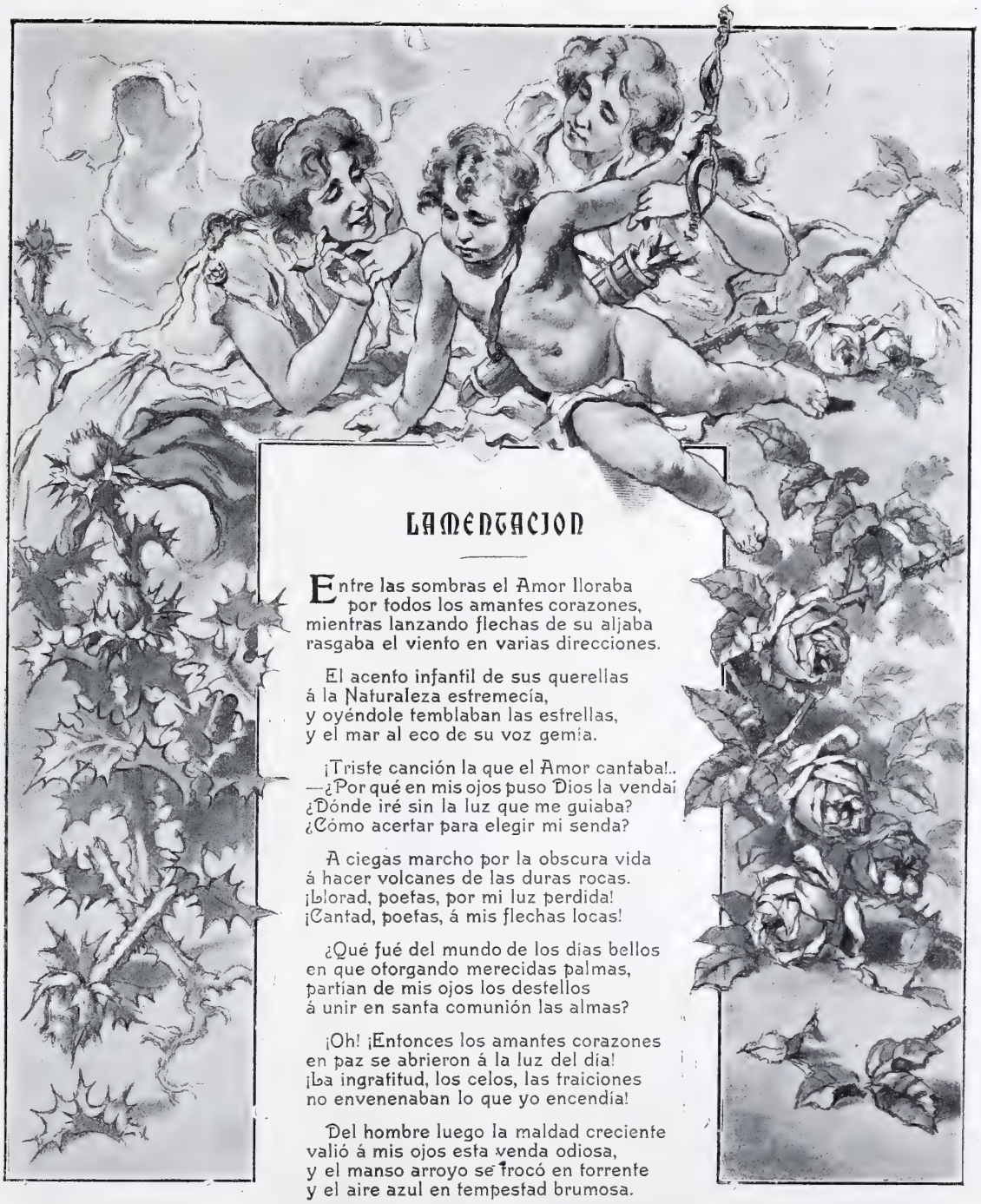
Vencidos los tres monstruos, el noble Sedig llegó ante el castillo. Su corazón latía, pensando que iba á contemplar la sin igual Briselda. Trompeteó su llegada, y al ruido la princesa abrió la puerta.

«Busco á la hermosa Briselda», dijo el paladín. «A tus pies se postra, agradecida y amante», replicó la libertada, arrodillándose estática ante la belleza varonil del mancebo. Este retrocedió un paso. No podía creer á sus ojos. ¿Era aquélla Briselda? ¿aquéllos sus encantos? ¡Oh tristeza! Comparándola con la imagen que le iluminó, el paladín sólo hallaba en la princesa hermosura vulgar, tan distante de la soñada como las estrellas del suelo. «Te amo, salvador mío, dijo Briselda. Nuestra dicha será perdurable. Todos nos envidiarán.»

«No puedo engañarte, suspiró Sedig; no me inspiras amor.» Y mientras la princesa lloraba desconsoladamente, el paladín añadió: «Frágil dicha es la fundada en la ilusión. Un suspiro del aire deshace su apariencia engañosa. Sólo nos resta llorarla.»

MAURICIO LÓPEZ ROBERTS

BAJO-RELIEVES DE COULLAUT VALERA



LAMENTACION

Entre las sombras el Amor lloraba
por todos los amantes corazones,
mientras lanzando flechas de su aljaba
rasgaba el viento en varias direcciones.

El acento infantil de sus querellas
á la Naturaleza estremecía,
y oyéndole temblaban las estrellas,
y el mar al eco de su voz gemía.

¡Triste canción la que el Amor cantaba!..
—¿Por qué en mis ojos puso Dios la venda?
¿Dónde iré sin la luz que me guiaba?
¿Cómo acertar para elegir mi senda?

A ciegas marcho por la obscura vida
á hacer volcanes de las duras rocas.
¡Llorad, poetas, por mi luz perdida!
¡Cantad, poetas, á mis flechas locas!

¿Qué fué del mundo de los días bellos
en que otorgando merecidas palmas,
partian de mis ojos los destellos
á unir en santa comunión las almas?

¡Oh! ¡Entonces los amantes corazones
en paz se abrieron á la luz del día!
¡La ingratitud, los celos, las traiciones
no envenenaban lo que yo encendía!

Del hombre luego la maldad creciente
valió á mis ojos esta venda odiosa,
y el manso arroyo se trocó en torrente
y el aire azul en tempestad brumosa.

Hoy van mis flechas con impulso ciego
lanzadas al turbión de las pasiones,
y no hallan, sordo Dios á nuestro ruego,
mis ojos luz, ni paz los corazones.

Mi mano ya con dirección incierta
siembra más en quien menos lo merece;
donde mi flecha cae, la herida abierta
pasto al veneno del placer ofrece.

La venda ya sobre mis ojos bellos
á dar no acierta merecidas palmas,
ni parten de mi fuego los destellos
á unir en santa comunión las almas.

Sin rumbo los amantes corazones
naufragan en el mar alborotado.
¡Ya no hay placeres donde no hay traiciones!
¡Ya no hay amores donde no hay pecado!

. . . . . .

Cuando el Amor cantó, bajó á su senda
de ángeles rubios compasivo coro
y de sus ojos arrancó la venda.
Volvió á cegar, al ver la luz y el oro.

Ricardo J. CATARINEU

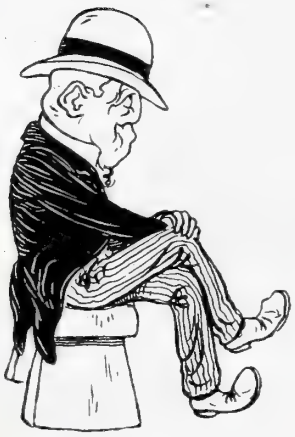
DIBUJO DE REGIDOR

LAS BOTAS NUEVAS, POR ROMÁN

1

2

3



4

5

7

8

9

OFELIA, POR C. PLA.

FAENAS DEL CAMPO

EL RABOTEO

Por qué los corderos tienen cola y las ovejas no? He aquí una pregunta hecha por aquel mismo madrileño que hablando del tiempo en que se sembraba la cebada interrogó con curiosidad: «¿Y cuándo se siembra la paja?»

En distintas épocas del año, según las regiones y según el medro de los ganados, se verifica la importante y cruenta operación de *rabotear* á los corderos, según autores muy serios, con el fin de que crezcan más, pues parece averiguado que las vértebras de la cola son de lo más *ansioso* que existe en la economía del animal, y buena prueba de ello es lo substanciosa que resulta la sopa de rabo de buey; según otros, sencillamente para que á los animalitos no les moleste el rabo cuando comienzan las lluvias, ni les embarre las patas, ni les hostigue á correr.

Lo cierto es que el raboteo suele practicarse de la manera más brutal: agarrando el pastor al cordero, dándole tres ó cuatro feroces vueltas al rabo y arrancándosele con la mano derecha, mientras con la izquierda se sujeta la primera ó segunda vértebra de la cola. Naturalmente, salta algo de sangre, pero pronto queda empapada en la lana, que hace el oficio de algodón hidrófilo, y restañada con un poquillo de carbón ó de ceniza.

FOT. CODORNÍU

LAS HORCHATERAS

UN amigo nuestro, erudito y helenista por desgracia suya, sostiene con razones de bastante peso y de poca dudosa autenticidad que la horchata de chufas es entre los míseros humanos de los corrientes siglos lo mismo que era entre los dioses de Grecia la ambrosía ó alimento de la inmortalidad; una cosa que al propio tiempo tiene algo de comida y algo de bebida, es decir, que no es bastante sólida para mascarse ni bastante líquida para beberse á chorro, y nadie ignora que los inmortales hacen escasísimo uso de sus dientes, y que en los recintos donde no se muere, tampoco se conocen botijos ni porrones.

Con mucho gusto compartimos la opinión de nuestro conspicuo amigo, cuyo nombre no hemos de citar por no ofender su natural modestia. Tenemos por indudable la semejanza entre la ambrosía y la horchata de chufas, sobre todo cuando ésta la sirven esas dulces, sabrosas y olímpicas ninfas que vulgarmente llamamos horchateras, muchas de las cuales, por añadidura y para que la ilusión sea más completa, suelen llamarse *Ambrosia*, esto es, inmortal; *Eulogia*, ó sea bien hablada; *Eugenia*, que vale tanto como *de ilustre linaje*, y otros nombres suficientemente griegos al par que muy vulgarizados en la calle de Embajadores ó en los bajos de Mira el Río y de la Peña de Francia.

¡Oh agradables, simpáticas, reconstituyentes y halagadoras *Ambrosias*, *Ufemias*, *Ulogias* y *Enemesias*, que servís los chicos de horchata á la juventud inexperta, ó bien á la verdeante senilidad: los dioses del Olimpo os bendicen y os saludan llenos de entusiasmo porque ven en vosotras, desde su altura, á las nobles descendientes de Hebe, la ilustre doncella, y de Ganimedes, el bellísimo doncel que fué arrebatado por el águila divina!

Bien es verdad que á vosotras no os importará cosa mayor la bendición de los dioses, y os preocuparán harto más las propinas de los simples mortales; pero como por experiencia sabemos que en vuestro noble gremio hay muchas aficionadas á la poesía y duchas en asuntos mitológicos, bueno será hacer constar aquí que nosotros os admiramos, y al decir nosotros nos referimos á Jove Capitolino con todos los dioses y diosas que preside, a nuestro amigo el helenista y á quien estas líneas escribe y b. v. p

FOTS. MUÑOZ DE BAENA

VILLA DE ESTE, EN ROMA.
POR V. ALVAREZ SALA.

MARIUCHA

El triunfo del insigne maestro D. Benito Pérez Galdós con el estreno de *Mariucha* fué grande; pero si no lo hubiera sido, habríanse encargado de engrandecerle los «señores del escalpelo» de Barcelona y de Madrid, entablando una polémica que ha durado algunos días, y sobre la cual no ha podido dar su fallo definitivo el público, juez supremo é inapelable, por varias razones: la primera, porque el de Madrid no ha visto la obra; la segunda, porque surgen en su ánimo dudas y recelos que no puede desvanecer fácilmente. Cierto que hay cultura literaria en Madrid para poder juzgar una obra —dice la opinión;—pero ¿es que no la hay en Barcelona? Por otra parte, dando de barato que la crítica madrileña, al poner peros á *Mariucha*, haya sido sincera, ¿lo ha sido siempre? ¿lo fué al poner por las nubes á *Electra*? ¿Es cierto que el teatro Eldorado, de Barcelona, se ha llenado las noches que se ha representado *Mariucha*? Pues siendo así, ¿qué diferencia hay entre el triunfo de *Mariucha* y el de *Electra*? Por último el público, que admira á Galdós, que sabe lo que vale pensando y escribiendo, se inclina á creer que más fácil que se equivoque el maestro es que se equivoquen tres ó cuatro críticos, impresionables unos, principiantes otros, gastado alguno...

MARIA GUERRERO EN EL PRIMER ACTO DE «MARIUCHA»

EN EL ACTO SEGUNDO

El público madrileño ansía conocer *Mariucha*, no por ver quién de las dos críticas, la catalana ó la madrileña, tiene razón, sino porque de Pérez Galdós no espera nada que deje de satisfacerle. Además, y en esto sí que han coincidido tirios y troyanos, María Guerrero y Fernando Mendoza interpretan de modo inmejorable las dos principales figuras de la obra, y en los tiempos que corremos, tan medianos para la representación escénica, no es fácil ver bien representada una comedia. Cualquier cómico en cuanto pisa una docena de veces las tablas se considera con títulos bastantes para dirigir una compañía y constituirse en primer actor, resultando de este desdichado afán, que si hay muchos capitanes generales no lo son por «méritos de campaña», sino por «golpes de Estado», cuyas funestas consecuencias es el Estado mismo el primero en sufrir. Nada de esto reza con María Guerrero y Fernando Mendoza, que han llegado á la primera fila de los actores del día por sus propios méritos, á fuerza de estudiar y sacrificarse por el arte que con tanta gloria cultivan. María Guerrero ha hecho, según la crítica, una *Mariucha* como la soñara Galdós. El público barcelonés, que ha hecho justicia al eximio autor de la obra, ha sabido hacérsela también á la insigne actriz y á Díaz de Mendoza, su digno compañero.

FOTOGRAFÍAS AUDOUARD

EN EL TERCER ACTO

SEGOVIA

LA TORRE DE SAN ESTEBAN

SORPRESA y pena produjo en todos los admiradores de nuestras glorias artísticas la noticia de que la torre bizantina de San Esteban, de Segovia, se hallaba en estado de inminente ruina. Es uno de los monumentos más admirables de aquella ciudad, tan rica en joyas artísticas. Por desgracia, ocurre con frecuencia algo muy parecido con los monumentos arquitectónicos, única cosa que nos queda de nuestra grandeza pasada. Un día es la torre inclinada de Zaragoza, otro es la casa de la Infanta, en la misma ciudad, cuya demolición se pregona; hoy se anuncia la venta de riquísimos tapices legado de reyes, y mañana la desaparición de maravillas como la citada torre, cuya inminente ruina anunció un arquitecto extranjero. Y entonces, cuando el vecino nos advirtió que ardía nuestra propia casa, se apresuró el Gobierno á enviar un arquitecto, el señor Grasses, quien parece que opina que hay tiempo y medios para conjurar el peligro, y que bastará desmontar los últimos cuerpos de la torre para continuar las obras de restauración. Como puede apreciarse por nuestra fotografía, la torre es bellísima.

Sobre su basamento de piedra berroqueña, la torre muestra cinco órdenes de ventanas gemelas, labradas en piedra arenisca caliza, las del primero y

segundo cuerpos, cerradas por una sola columna; abiertas las del tercero y cuarto, y las del quinto, que son tres, adornadas con caprichosas labores, rematando la torre en airoso chapitel.

La iglesia tiene á ambos lados un atrio de armónica arquería, con columnas pareadas.

Consta de tres naves, que comunican por medio de arcos.

Merecen especial atención las capillas de la Piedad, fundada por D. García de Coca, oidor del Consejo y Cámara de los Reyes Católicos, y la que instituyeron los condes de Baños, que tiene un magnífico retablo del siglo XVI.

También es muy notable el sepulcro del doctor Juan Sánchez de Zuazo, que murió en 1425.

En este templo recibió el agua bautismal, el día 20 de Diciembre de 1831, el que después fué ilustre general de los Ejércitos españoles, D. Arsenio Martínez Campos.

FOTOGRAFÍA J. LACOSTE

AÑO TRECE Y NUMERO 642 MADRID DIA 22 DE AGOSTO DE 1903

BLANCO Y NEGRO

ACTUALIDADES

La duquesa de Denia, que falleció la pasada semana, era una de las damas más notables de la España del siglo XIX. Nació en Córdoba, y brilló no sólo por su belleza, que fué célebre, sino por su gracia, por su talento y por su amor al arte. Llevó en vida el nombre de Angela, y puede decirse que le llevó muy bien, pues su bondad angelical hizo á muchos felices y remedió muchas desgracias. En su juventud compitió en hermosura y elegancia con las más celebradas damas de la corte. Las fiestas que dió en su magnífico palacio hicieron época, y de ellas conservan imperecedero recuerdo los que á ellas asistieron y aún viven. Mujer inteligente, que vivía con el espíritu del siglo, fué industrial, iniciando grandes explotaciones, levantando fábricas y obteniendo premios, que consideraba tan honrosos como sus muchos títulos nobiliarios. Obtuvo por sus trabajos en pro del arte, de la industria y de la agricultura los títulos de duquesa de Denia y de Tarifa, que la concedió D. Alfonso XII. En 1848 contrajo matrimonio con el duque de Medinaceli. Contrajo últimamente segundas nupcias con D. Luis León y Catalá, heredero de la familia del primer conde de Belascoaín, caballerizo de campo que fué de la reina doña Isabel. El palacio donde ha muerto la duquesa Angela era un espléndido templo del arte, donde Mélida, Benlliure, Sorolla y otros artistas han dejado obras admirables. El retrato de los Duques que ofrecemos á nuestros lectores es muy reciente, de apenas hace tres meses. La Duquesa era poco aficionada á retratarse. Sin embargo, nuestro redactor artístico Sr. Asenjo logró, gracias á la ayuda bondadosa del Duque, hacer en los jardines de su hotel el grupo que hoy publicamos.

¡Descanse en paz tan ilustre y bondadosa dama!

LA DUQUESA DE DENIA Y SU MARIDO FOT. ASENJO

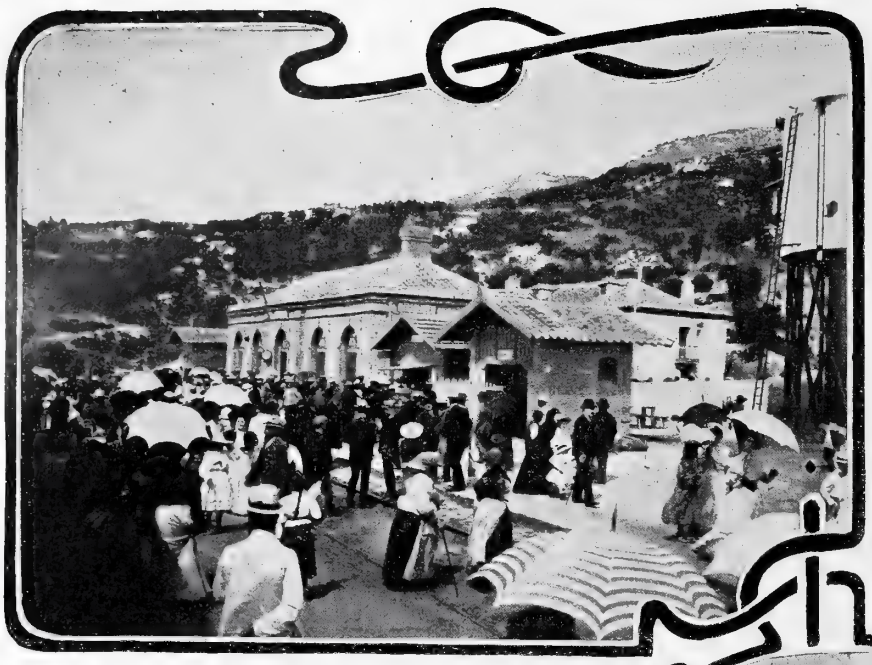
HEMOS hablado oportunamente de las espléndidas fiestas que este año, como en los anteriores, ha celebrado Valencia, figurando entre ellas los Juegos florales, que tanto hablan en favor de la cultura de aquella ciudad. También hemos dicho que en dicha solemnidad literaria fué reina una bellísima señorita, Doña Teresa de la Figuera y de la Cerda, elegida por el poeta D. Francisco Ubach, á quien correspondió la flor natural por su poesía *Cani d'albada*. Vestía la hermosa reina de la fiesta rico vestido de estilo Imperio, de seda á anchas listas colores *chiné* y rosa fuerte, completando el adorno finísimas gasas y ramas de rosal y ostentando en el cuello hermoso collar de oro mate y brillantes. Completamos hoy la información con el retrato de la lindísima y aristocrática señorita con tanto acierto elegida reina de tan brillante fiesta.

LA REINA DE LA FIESTA EN LOS JUEGOS FLORALES DE VALENCIA
FOT. A. GARCÍA

TROUVILLE es una pequeña población francesa cuya playa compite con las de Biarritz, Dieppe y otras en lo de atraerse al mundo elegante que busca fresco durante el verano. La moda la ha dispensado sus favores, y á Trouville va á pasar la estación del calor el mundo elegante de París. Como Biarritz y como todas las estaciones veraniegas de Francia, había construído Trouville un magnífico Casino donde se celebraban espléndidas fiestas, amén de rendir culto á Jorge, sin cuya oreja esos grandes establecimientos no podrían subsistir en ninguna parte. Un formidable incendio iniciado en el almacén de decoraciones del teatro que tiene el Casino, le ha reducido á escombros en la tarde del día 9. De tanta magnificencia, de tan suntuoso edificio, no quedan en pie más que cuatro paredes, con gran sentimiento de la colonia veraniega, que no tiene donde recrearse, y de la población de Trouville, que se ve sin el más poderoso atractivo de su beneficioso veraneo. Afortunadamente no han ocurrido desgracias personales, y el Casino, hoy en ruinas, volverá á levantarse con la rapidez que el interés reclama.

EL CASINO DE TROUVILLE ARDIENDO FOT. G. PENABERT

¡AL QUITE LA PROVIDENCIA!
POR DANIEL PEREA.



LLEGADA DEL «TREN DE LOS MARIDOS»

con la luz del alba y echan falda arriba, escalando los primeros peldaños de la cordillera.

Acuden todos desde el horno caldeado de Madrid, ansiosos de frescura. Van á orear sus cuerpos y abrir sus bocas, durante un día, en el aire fresco y tónico de la sierra; van á mirar de cerca la temida cordillera, que en invierno sacude su blanca falda sobre la corte. La montaña ha recogido su albo manto, enroscándoselo como un turbante en las altas cumbres, que pasan de 2.000 metros; la montaña se ha desnudado ante el cielo azul, al sol de estío.

CURIOSEANDO EL GUADARRAMA

CERCEDILLA es el umbral de una de las puertas del Guadarrama. Y en los días festivos del estío veríais cuán pintoresca se torna esta entrada de la montaña.

Salís de la estación, abarrotada con las vasijas de la leche fresca y pura de la sierra, y os encontráis en medio de los guías del monte, apoyados en sus cayadas, y de las bestias para atravesarlos. Son caballejos de poca alzada, caballejos de mucho pelo y de formas angulosas y secas; son asnos, son mulos igualmente desmedrados y pilosos.

Y toda esta tropa tan desigual de casta y facha, y tan desaviada de arreos, observaréis cómo aguarda despatarrada, con la cabeza baja, la oreja gacha y el ojo triste, la carga del jinete. Los campesinos sujetan los animalejos por el puñado de ronzales tenido de la mano. Pero á veces las riendas y los cabestros están sueltos, y los cabestros y las riendas se han enredado, al cabo, en una madeja inextricable, á las patas y los cuellos de la recua mohina y lamentable.

Por la mañana, muy repleto, llega el tren de Madrid, un convoy larguísimo, ruidosamente alegre. Por la noche, la víspera, han llegado los excursionistas más audaces, los que duermen al raso, envueltos en sus mantas, bajo los bosques de pinos, y se despiertan

FAMILIAS DEL MINISTRO DE MARINA Y DEL SR. MURUVE CON EL ALCALDE
HOTEL CENTRAL SOBRE EL TÚNEL

CAMINO DE SIETE PICOS

Allá en las cumbres, el Guadarrama mostraráse desnudo á pleno sol, con impúdica desnudez salvaje, y en las faldas, suntuosamente vestido con el ropaje glauco de los bosques. Lo verán engalanado con las cintas de plata de los arroyos y de los ríos; con las gemas deslumbrantes de la nieve. Oirán su cantor, el viento; y su orquesta, la de las frondas y las aves.

Una noche profunda, de regreso á Cercedilla, os requerirán los caballejos y los guías. Observaréis que una leva general de bestias y de prácticos se hace en el pueblo, al par que se aperciben las linternas y las hachas de viento. En la montaña de Siete Picos hay gente extraviada, herida, tal vez muerta. Un estremecimiento de terror recorre las venta-

PREPARATIVOS DE UNA EXPEDICIÓN

Adquiere Cercedilla en estos días gran animación y movimiento, de los cuales se siente contagiada la tranquila y perezosa colonia de veraneantes, que ha poblado los alrededores de lindas casas de campo.

Las caravanas cruzan. En las ventanas, en los umbrales, tras las cancelas, bajo los árboles, los veraneantes ríen. Ríen tocados de la dicha de los que parten, y como los que parten, sienten, mirando á la montaña, el misterio de la cordillera. ¿Qué verán? ¿Hasta dónde llevarán su interesante empresa? Ante ellos, como se abre una gran corola, se abrirá la montaña al espacio en valles profundos; se levantará en masas gigantescas; se esconderá en ocultos repliegues, y se velará con brumas pudorosas.

nas, los portales entreabiertos, los grupos que en la estación aguardan el tren de vuelta. Pensaréis en las bandadas graznantes de buitres, cerniéndose sobre la carroña, sobre la presa de la naturaleza libre y salvaje.

Y pensaréis también en la meseta soleada, abierta y visible toda de una sola mirada; en la meseta manchada de blanco por el caserío de los pueblos, cultivada en grandes recuadros, surcada por los hombres, por los rebaños, por las carreteras y ferrocarriles. Y entonces, camino del hogar, os reconfortará la evocación de aquella otra naturaleza alegre y riente, franca y amorosa, ya vencida y sumisa, y por el hombre y para el hombre humanizada.

CARLOS DEL RÍO

UN GRUPO DE LA COLONIA

FOTS. MUÑOZ DE BAENA

LOS SEÑORES ESTÁN SERVIDOS, POR A. ANDRADE.

EL TOQUE DE ORACIONES

La redonda ascua se apaga en el mar lejano. La sombra, eterna perseguidora del sol, adelanta desde la región de oriente.

Todo es calma y vaguedad en la naturaleza que se dispone al sueño; todo pereza y cansancio entre las gentes que van recogiéndose á la aldea. Vienen del trabajo y llegan al reposo. La campana de la iglesia llama á la oración de la tarde. Hombres y mujeres, grandes y pequeños, se paran donde les coge el tañido. Y como se suspende la marcha se suspende de golpe el murmullo que salía de aquellas bocas, al modo que se acalla la algarabía de un charco de ranas cuando cae en él una piedra. Los mozos dejan á medio decir el requiebro que dirigían á las mozas; las viejas no acaban el picotazo que estaban dando á la vecina; los chicuelos siguen entre dientes su alegre charloteo.

Los hombres se descubren las cabezas: las mujeres hincan las rodillas, y cada cual por su lado reza la tiernísima oración con que el angel saludó á María.

¿Qué piden mentalmente á la esposa de José y madre de Jesús?

LA ORACION BLANCA

Ave, María! Mándame esta noche á mi camita al ángel que veo en sueños, el que tiene la cabellera de oro, la túnica azul y las alas de plata. Díle que venga cuando estoy despierto. Y que me traiga juguetes. Yo te prometo ser un santo: rezar mucho todas las mañanas; estudiar todo el día; obedecer al maestro, y obedecer y amar á mis padres.

Y cuando yo sea hombre cumpliré los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Oiré misa todos los días; confesaré todos los meses; trabajaré mucho para ser rico y comprar un jardín que dé flores para tu altar. Pero envíame ahora juguetes: ¡tendrán tantos de sobra los ángeles pequeños! Ya ves qué poco te pido y cuánto te prometo.

LA ORACION ROSA

Ave, María: Tú que eres madre de Dios y tienes tanto poder con tu hijo, consigue de él que me mande un novio. ¿Será pecado mi deseo? Si lo fuera, tú, santa Virgen, no habrías amado á José. Te pido un novio para amarlo como tú amaste á tu esposo. ¿Será mala tentación mi ruego? He cumplido ayer mis diecisiete años y yo no tengo la culpa de querer lo que mis compañeras quieren á esa edad.

Te prometo ser muy buena para él, como tú enseñaste á las mujeres. Te prometo amarle sobre todas las cosas, después de ti y de Dios. Te prometo hacerle muy santo y muy devoto. Y si me caso con él, le llevaré á misa todos los días, le haré rezar conmigo tu rosario todas las noches. Y seremos muy trabajadores para ganar dinero con que comprar velas para tu altar.

Pero dame ahora el novio: ya sabes cuál; no hay que nombrarlo, porque tú lo ves todo desde el cielo.

Mira qué poco te pido y cuánto te prometo.

LA ORACION AMARILLA

AVE, María: tú que eres santa sobre todas las santas, tú que sufriste tan grandes dolores por el amor de tu hijo, compadécete de mí, considerando el agudo dolor que sufro por el amado de mi corazón. Haz que me quiera como yo le quiero. Castígale si me engaña, y castiga más á la amiga falsa que me lo roba. Aparta de él los pensamientos traidores y aparta de mí este amargo cáliz de los celos que me consumen el alma y la carne. Mi cara está amarilla como la cera, mis ojos también amarillean, color de la melancolía y de las flores de muerto. Mi espíritu, absorto en sus tristes pensamientos, no puede dirigirse á ti con devoción cuando te rezo. Mis oraciones salen solamente de los labios. ¡Perdón! Perdóname esa irreverencia, ¡pero le quiero tanto! ¡Me atormenta tanto!

Tranquiliza mi corazón para que pueda adorarte con la fe de siempre. Yo te prometo ser mejor que soy ahora para ti: ser lo que fuí cuando los amores dulces alegraban mis ojos y coloreaban mis mejillas. Te prometo llenar de flores tu altar y de besos tu manto. Seré tu sierva, seré santa; viviré y moriré en tu amor; pero haz que él me quiera como yo le quiero y castiga á la pérfida que me lo roba.

LA ORACION ROJA

AVE, María: tú que por la gracia celestial penetras en el alma de los hombres á través de sus cuerpos, como los pobres mortales vemos la luz encerrada tras los cristales del farol que nos alumbra: tú ves claramente los impulsos irresistibles que me empujan al pecado.

He sido iracundo, vengativo, sanguinario; he derramado la sangre de un prójimo; tú sabes bien por qué ha sucedido y cómo ha sucedido.

Ese hombre me había provocado y había ofendido á la amada de mi corazón. Debí soportar con paciencia sus injurias; pero la juventud es poco sufrida: es mía la culpa.

Le aceché, le seguí, le alcancé en una calle obscura, y allí en las tinieblas, sin que nadie me viera ni él me conociese, me cebé en su carne hasta que mis manos quedaron teñidas en su sangre. Nadie lo sabe, ni sospecha de mí.

Reconozco mi delito; me arrepiento de él, y te pido perdón. Sé compasiva conmigo. Te ofrezco enmendarme y vencer, por tu amor, mis iras y soberbias, y convertirlas en paciencia y humildad. Pero haz que la justicia no sepa mi delito.

LA ORACION GRIS

AVE, María: tú, bendita entre todas las mujeres, primera entre todas las mujeres, ejemplo y amparo de todas las mujeres; tú, que conoces nuestros dolores para consolarlos, y nuestras flaquezas para perdonarlas, haz que vuelvan á mi corazón las alegrías que se van apartando de él. Mi juventud ha pasado; mi existencia declina; los cabellos que fueron rubios, grisean ya anunciándome la invasión de la nieve de la vejez, la dura nieve que nunca más se derrite. Y esas madejas grises se van extendiendo á mi alma con nubes de tristeza y desengaños. No te pido para mí el milagro de la eternidad corporal reservado á ti, madre de Dios, que ascendiste á él en cuerpo inmortal. Pero retarde, retarda los signos de mi vejez. No te lo pido por pura vanidad femenina, te lo pido por conservar el amor de mi marido. Los hombres de la tierra no son como tu santo esposo, que se prendó solamente de tus virtudes excelsas.

La oración negra

Te prometo dedicarme á tu culto y al de mi casa, con abstinencia de todo deleite mundano. Te prometo vestir durante un año tu hábito, en señal de veneración y de aquella modestia que enseñaste á las mujeres.

Pero retarda las arrugas de mi cara, quítame del corazón la melancolía que lo empaña con sus nubes grises.

Ave, María. Has sido poco piadosa conmigo. Sin duda no habré merecido tu misericordia.

Todavía llevo luto por la pobre vieja que ha acompañado los trabajos de mi vida. Y soy tan viejo, que parece que llevo este luto por mi propia muerte. No puede tardar: soy casi un cadáver. Mis ojos turbios no ven sino negruras alrededor, como si estuvieran cegados ya por la tierra en el gran hoyo donde no penetra la luz.

He pecado mucho, como hombre que soy; pero el cielo me castigó aun antes de pecar, porque desde niño inocente viví condenado á las penas del trabajo.

Acato con resignación tu voluntad.

Sin embargo, mis culpas no deben de alcanzar á los seres amados que dejo en el mundo. Te pido protección para ellos. Concédeles la felicidad que á mí me falta en estas postrimerías tristes. Dales el pan de cada día, como lo ruegan en las oraciones matutinas al padre nuestro que fué hijo tuyo. Veo llegar mi hora, y te prometo recibirla sin queja por los dolores pasados. Te prometo encomendarme á ti con mi última palabra, besar tu imagen con mi último beso, llevarme tu escapulario, como venera de mi fe, á mi última morada.

Pero protege á los míos que quedan sobre la tierra.

*
* *

Cesó el toque de oraciones. Se levantaron las mujeres que estaban de rodillas. Se cubrieron los hombres que tenían descubiertas las cabezas. Grandes y chicos se recogieron en sus casas creyendo que llevaban tranquila y pura la conciencia, sin ver que habían convertido en demanda personal lo que tenía de ser holocausto desinteresado. Desde el niño hasta el viejo moribundo, intentaban sobornar con promesas la voluntad divina, solicitando de ella el bien material ó moral, la satisfacción de los deseos, de las pasiones y las codicias humanas, y hasta la impunidad de los pecados.

Creían haber servido á Dios, y todos habían pedido que Dios les sirviera á ellos; pensaban haber bendecido á la divinidad, y bendecían la vida.

Y al recoger en su seno aquellas oraciones impurificadas por el egoísmo, el buen Dios supo perdonarlas, viendo que eran vapores emanados de la tierra.

EUGENIO SELLÉS

DIBUJOS DE VARELA

LA REJA

Sor Casilda alzó el pálido rostro, que sonrosaba una emoción repentina, y contestó á la tornera:

—Voy, voy ahora mismo.

La llamaban á la reja baja; estaba allí su primo Luis—casi su hermano,—que deseaba verla; era el generoso bienhechor del convento, el que no hacía dos meses había contribuído espléndidamente para reparar la torre de la iglesia, que amenazaba ruina, y las contadas veces que venía á hablar con Sor Casilda, se le permitía que conversasen sin tasa de tiempo ni vigilancia de oído.

El esperaba ya en el locutorio, salita limpia, esterada, enjalbegada, amueblada con bancos de madera, sillas de paja y dos fraileros. Era allí casi tangible el silencio, el recogimiento casi palpable; la celosía amortiguaba la luz solar; ningún ruido venía de la desierta calleja toledana, y los cuadros obscuros, bituminosos, de negro marco, aumentaban la impresión de melancolía, como de indiferencia hacia la vida, que infundía aquel lugar.

Luis, desplomado en uno de los dos amplios sillones de baqueta, puestos los codos en los descansaderos, dejaba colgar un brazo, y en la palma de la mano del otro reclinaba la frente. En esta misma actitud de cansera dolorosa estaba cuando, á paso quedo, la monja avanzó, y al detenerse pronunció un ¡ssst! suave.

—¿Qué es eso, primo? ¿estás malo?—articuló Sor Casilda. Luis había vuelto el rostro en dirección de la reja, y la monja le consideraba con susto; tal le hallaba de desencajado, los ojos asombrados y fijos, la boca contraída, negros y resecos de calentura los labios, el aliento que de ellos salía, impuro y fétido como la exhalación que se levanta de revuelto pantano, en horas de tormenta.

—Malo, no—respondió Luis.—No tengo nada de lo que se dice enfermedad. Lo que tengo es pena... ¿oyes? pena horrible... Estoy en una de esas horas que hay... ¡horas negras!... y vengo á que alguien me muestre un poco de cariño, porque ¡me hace tanta falta...!

La monja se estremeció. Escuchaba con sencillo agrado la voz de Luis cuando hablaba de cosas indiferentes; pero á poco que el sentimiento la timbrase, recordaba con punzante intensidad que era la misma voz, la única que había derramado en su oído inolvidables conceptos... Por rápido y soso que hubiese sido el noviazgo; por pronto que se hubiese convertido en fraternidad, Sor Casilda guardaba allá dentro, invisible, una herida... herida dulce, cruel, sin cesar ofrecida á Dios, sólo por él curada, cerrada nunca. Para que la herida no la doliese tanto, Casilda había buscado en el convento ese bálsamo pasado de moda eternamente eficaz, del aislamiento, de la muerte parcial, del renunciar y del obedecer. No fué misticismo; fué más bien una especie de filosofía humana, instintiva, la que aconsejó á la niña que ocultase sus formas en el hábito de ruda estameña y cubriese su cabeza con la toca. Como tantas almas enfermas y exhaustas, buscó el reposo, única dicha de los que irremisiblemente pierden las esperanzas terrenas. Casi se hubiese sentido feliz en el convento si ignorase la situación de Luis, su historia privada. Pero la conocía. ¿Cómo? ¿Por referencias de quién? Ahí está lo que no acertaría á explicar de un modo concreto; pero sabía, sabía; todo había llegado hasta ella, cual llega penetrante olor de flores malditas salvando rejas y muros. Las reclusas están mas al corriente de lo que se cree de cuanto en el mundo ocurre, no por relatos circunstanciados,

sino por indicaciones expresivas. Un movimiento de cejas, un entornar de ojos, se interpretan en el claustro; la imaginación de la encerrada hace lo demás. Los gestos y las medias palabras referentes á Luis se traducían para Sor Casilda de esta suerte:—«En pecado. Por consecuencia, en más tribulación y tormento que alegría.»—Y rezaba, rezaba, con un ímpetu de esos que llegan al *más allá* misterioso. ¡Que Luis, algún día, se arrepintiese y se salvase!—aunque á ella la fuesen cerradas las puertas divinas, tras de las cuales no hay mentiras, ni tristezas, ni miserias, ni culpas... Y ahora que le veía indudablemente en el primer peldaño de la escala del arrepentimiento, bajo la impresión de una catástrofe moral de las que en un instante inmutan la conciencia, Sor Casilda, en vez de complacencia, sentía una piedad infinita, inmensa, arrasadora, que derretía su corazón y conmovía sus entrañas: algo muy trágico, muy hermoso y muy fuerte, que la arrebataba y la trastornaba, haciéndola olvidar en un minuto los propósitos y las aspiraciones de tantos años...

Con la violencia del impulso de empujarlos, los hierros de la reja se incrustaban en su cuerpo enflaquecido y lastimaban sus afiladas y descoloridas manos, que pugnaban por alcanzar, al través de ellos, á Luis. El cual, ahora sollozaba muy bajo, quejándose como se quejan los niños cuando están enfermos y no saben explicar su mal á las madres. La monja repetía suplicante:

—Pero cuéntame... Pero di, Luis, di por Dios... Desahoga, desahoga...

—¡No puedo!—gimió él, abrumado por lo inútil, por lo estéril de su agonía.—Casilda, no puedo. Tengo ¿ves? una argolla de garrote en la garganta y noto vértigo en la cabeza. ¡Esa reja baila...! ¡Tú también! Es raro ¿verdad? que un hombre, un hombre que no es un necio ni un cobarde, se ponga así por... por una... ¡por una maldad de mujer! Mira, estoy loco, Casilda; si digo algún disparate, perdónamelo. ¡Dichosa tú, que has logrado vivir lejos de estos combates! ¡Si supieses cuánto se sufre! No; ni lo sospechas. Reza por mí... para que me muera pronto, ¿entiendes, hija mía? No vayas á equivocar la oración y solicites largo plazo de infierno... ¡Casilda, Casilda! Tú me has querido bien. ¡Compadécete de mí! ¡Que alguien me compadezca!

Ahora sí que la reja bailaba—mejor dicho, trepidaba como si fuese á desprenderse del rudo marco de piedra donde sólidamente la fijaban emplomaduras enormes. La monja, rabiosamente, con el peso de su débil cuerpo y el escaso vigor de sus bracillos de anémica y sedentaria, pretendía arrancar el primer

enrejado... Luis vió el sublime é insensato movimiento y lo agradeció con una mirada más dolorosa que las palabras. Sor Casilda redobló sus esfuerzos. Jadeaba, resollaba hondo y congojoso como el leñador cuando descarga el hacha; se estropeaba los dedos, se deshacía las muñecas, y repetía en su afán:

—¡Luis! ¡Luis! ayúdame... Quiero salir. Ayúdame, rompámosla...

Luis se encogió de hombros. Aquella locura de su pobre prima le traía á él, por contraste y comparación, á la realidad. ¡Romper una reja así! Y cuando por caso imposible la rompiese, ¿no era doble la reja? ¿No tendrían que arrancar la segunda, erizada de picos de hierro? Aquella reja era el propio destino de la monja; y el suyo, el de Luis, aquel dolor desesperado é incurable, que arrastraría siempre consigo. Se levantó, y acercando el lívido rostro á un claro de la reja, murmuró:

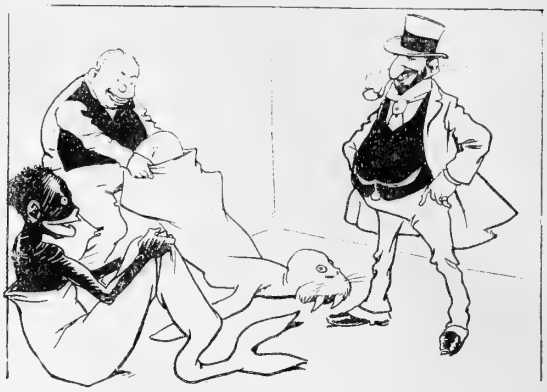
—Casilda... déjalo... No puedes, Casilda. No podemos. Y si pudiésemos... ¿para qué?

EMILIA PARDO BAZÁN

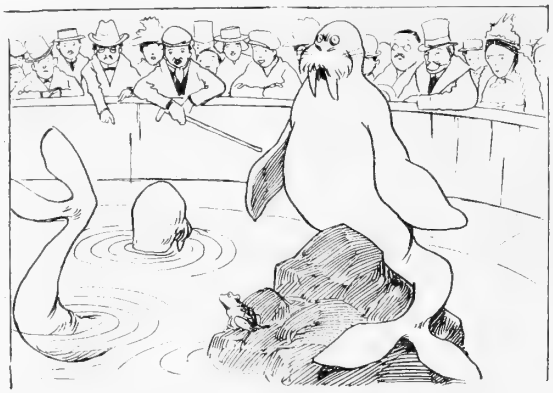
DIBUJOS DE MENDEZ BRINGA

LAS FOCAS, POR ROJAS

1



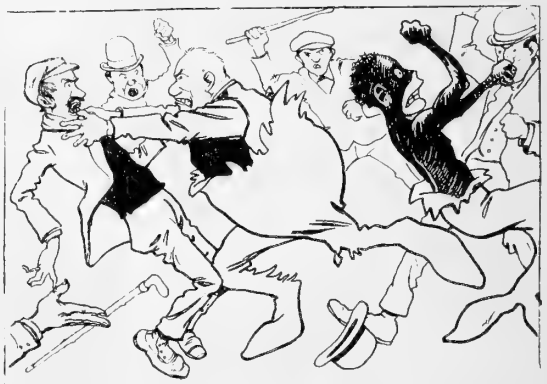
2



3

4

5



6

7

8

EL TÍO MACHÍN

El tío Machín era *mi pobre...*

No se crea que comienzo así por dármelas de caritativo, ¡oh, no! Desde luego la caridad que solía darle era tan pequeña, que no vale la pena de una jactancia: ¡una peseta cada semana!

Era cosa convenida: los domingos, al salir de mi fonda después de almorzar, me esperaba sentado en un banco que por allí había; pasaba por su lado, le daba discretamente mi pesetilla, me lo agradecía, y... ¡hasta el domingo siguiente! A veces al alejarme del pobre viejo tullido y andrajoso iba pensando en él. ¿Cómo viviría? De la caridad pública; esto saltaba á la vista. ¿En dónde? En algún cuchitril, cedido también por caridad, debajo de una escalera ó en el fondo de un patio obscuro y húmedo; esto se adivinaba igualmente; pero lo que más me hacía pensar era su pasado. Todo hombre es una novela en acción, y de éstas las más interesantes y que más se desea conocer son á veces las de los miserables. ¡Cuántas aberraciones de la suerte, cuántas lágrimas no ocultan los andrajos de un mendigo!

Decirle al tío Machín que me contase la historia de su vida me habría sido muy fácil, y con ella habría tenido tal vez materia para escribir una relación triste y capaz de hacer derramar lágrimas á las piedras: pero, la verdad sea dicha, nunca llegó mi curiosidad hasta el extremo de sentarme al lado de un mendigo para escuchar la narración de sus aventuras, y hube de contentarme con saber lo que veía, esto es, que el tío Machín era muy viejo, pues así lo demostraban su cabeza calva, su barba blanca, su boca desdentada, sus manos temblorosas y sus pies pesados y torpes; tan torpes y tan pesados, que apenas podía andar, más que apoyado en dos muletas, suspendido de ellas.

Así, pues, no fué pequeña mi sorpresa un día que, hallándome sentado en la terraza de un café bastante alejado del centro de la ciudad, le vi acercarse trabajosamente. ¡Cuánto esfuerzo le habrá costado llegar hasta aquí! pensé; y luego dije:

—Adiós, tío Machín; ¿para dónde?

—Al paseo Marítimo, me respondió.

—¡Al paseo Marítimo! exclamé; pero, hombre de Dios, ¿cuándo va usted á llegar?

El viejo se apoyó contra la columna de un farol, y después de dirigir una mirada llena de desaliento hacia el lado del lejano paseo, replicó con infinita tristeza:

—Es verdad, no llegaré nunca; ya no puedo más; ayer, antier, siempre me pasa lo mismo; apenas puedo avanzar hasta aquí.

—Pero ¿qué quiere usted hacer en el paseo Marítimo? A esta hora no encontrará usted allí nadie á quien pedir limosna.

—No es por la limosna, me interrumpió.

—¿Pues...?

—Por ver el mar...

—¿Por ver el mar...?

—Sí, señor, por ver el mar; ¡hace años que no lo veo!

Bajó la cabeza y calló.

Yo callé también súbitamente, invadido por una infinita piedad. La novela del tío Machín se me presentó á la imaginación sin necesidad de que él me la relatara. Me lo figuré nacido á la orilla del mar, en alguna aldehuela de pescadores: lo vi niño, jugando con otros niños como él y recogiendo piedrecitas bruñidas por las olas y caracolillos en la playa; lo vi joven y robusto ayudando á su padre en las pesadas faenas de la pesca; más tarde, pescador él mismo, ejercía su oficio con afición y maestría; tenía una barca propia: ésta y el mar eran toda su fortuna. ¿Hacía buen tiempo? Las olas le esperaban, y con la alegría en el corazón se lanzaba á ellas para regresar después de ruda labor, cansado, mas no abatido. ¿Estaban el horizonte negro y la mar bravía? ¡Quién dijo miedo! ¿Qué eran los vientos y las borrascas para una alma bien templada y un brazo vigoroso? Luego se casó. ¡Qué idilios los del noviazgo! ¡Qué idilios, no exentos á veces de lágrimas, los de las salidas al mar, y qué gozosos regresos á la playa, en donde le aguardaban los amorosos brazos de su esposa! Tuvo un hijo; creció el pequeñuelo

y llegó á ser su discípulo y su compañero al mismo tiempo. Mas he aquí que un día la tempestad estalla y le sorprende en alta mar. ¡Vano luchar! la barca, juguete un rato de los elementos enfurecidos, se sumerge; el niño perece, y él mismo habría sucumbido si otros pescadores más afortunados no le hubieran encontrado al día siguiente montado en una tabla, sin aliento, casi exánime. Luego vinieron largos meses de enfermedad en un hospital, seguidos de la muerte de su mujer, de la pobreza, del abandono completo, de la miseria negra, de esa miseria que obliga á pedir pan y abrigo para poder vivir. Los primeros años de su infortunio se pierden y confunden entre la vulgaridad de infortunios análogos, sin que durante ellos el pobre limosnero tuviera otro consuelo que el de ir de cuando en cuando á la orilla del mar, en la cual permanecía largas horas; mas poco á poco aún este consuelo fué siéndole vedado, pues el peso de los años y la agravación de su enfermedad no le permitían andar mucho. Al fin tuvo que renunciar á el. ¡Ya no podía ir á sentarse á la orilla del mar, su amigo y su verdugo al mismo tiempo! ¡Ya no podía verle para confiarle sus recuerdos é increparle su crueldad! ¡Ya no podía ir á pedir olvido á su inmensidad, en que todo se pierde; consuelo á sus clamores, que toda voz acallan; fortaleza á su pujanza, que todo lo destruye! El mar le hace falta, la nostalgia del mar le devora, el deseo de verle crece en su alma como una obcecación. Quiere verle como el desterrado anhela ver á la Patria ausente, como el hijo ansía ver á la madre, como el enamorado suspira por ver á la adorada de su corazón, y no puede realizar su deseo; no, no lo verá más; cada día que pasa le aleja más de él y le aproxima á la tumba. ¡Morir sin haber visto realizada la última, la única ilusión de su vida!

No pude más.

—Conque, tío Machín, ¿quiere usted ver el mar? pues ahora mismo va usted á verlo.

Que se rieron de mí las personas que en el café se hallaban, al ver que mandaba parar un coche y que después de ayudar al viejo mendigo á subir á él me sentaba á su lado, no hay para qué decirlo. ¿Qué me importaba? ¿Qué se me daba que se burlaran los transeuntes, que me miraran con desprecio los amigos, que me desdeñaran las amigas y no respondieran á mi saludo, que todos me tomaran por un loco de atar ó por un atrevido que se burlaba de las conveniencias sociales? Yo iba contento y tranquilo. El tío Machín no hablaba una palabra: ¡tales eran su sorpresa y su placer!

El cochero, cual si hubiese adivinado mi intención, no nos condujo directamente, sino que haciéndonos dar un gran rodeo, nos hizo salir al paseo Marítimo en su parte más elevada, de modo que el mar se nos presentó de golpe á la vista. Estaba tranquilo como un lago: el sol, en ese momento en el cénit, lanzaba sus rayos perpendiculares, y cual si todos se hubiesen dado cita en un reducido espacio de la límpida superficie, formaban una mancha blanca, brillante, deslumbradora, que cegaba los ojos: hubiérase dicho que era un mar de plata en ebullición. A lo largo, un vapor de alto bordo surcaba las aguas majestuosamente, lanzando penachos de humo que la ausencia del viento permitía subir

á grande altura, y que luego iban quedando esparcidos en el aire como vellones que una mano invisible hubiera ido escarmenando; algunas barcas de pesca se veían más cerca con sus velas desplegadas, pero inmóviles...

—¡Ah! dijo el tío Machín, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas hundidas y su barba descuidada. Luego, tomándome la mano y queriendo besármela, añadió:

—Esta es la mejor caridad que usted ha podido hacerme; Dios se la pagará.

.....

Muchos domingos se pasaron sin que mi pobre hubiese acudido, como de costumbre, al banco en que solía sentarse; en vano pregunté por él, pues nadie pudo darme razón. Quizás el exceso de placer agotó sus escasas fuerzas y murió, mas no fué sin haber realizado la última ilusión de su vida.

¡Pobre tío Machín!

J. TRAJANO MERA

DIBUJOS DE MARTÍNEZ ABADE

ORQUÍDEAS

Las pintadas orquídeas
de los claveles fúlgidos,
de las rosas purpúreas
no envidian el rojor.
Reflejan en sus pétalos
los anhelos recónditos
y las pasiones tácitas
sin verbo y sin color...

Las pintadas orquídeas
son flores de crepúsculo,
son flores melancólicas
sin fuego y sin ardor.
Los cansados espíritus
con su vista deléitanse:
las solitarias ánimas
tribútanles su amor.

* * *

DIBUJO DE SOUTO

EL CABALLO EJECUTOR

LOS POTROS DE LA YEGUADA MILITAR EN LA DEHESA

EL CABALLO DE GUERRA

Los grandes adelantos de la ciencia militar han hecho que en todos los países bien organizados se conceda excepcional importancia á la cría, doma y educación del caballo de guerra, cuya utilidad continúa siendo muy grande aún hoy, á pesar del uso del armamento moderno.

Si quisiéramos pedantear un poco, hablaríamos de las obras especiales que el gran caudillo, filósofo, economista é historiador griego Jenofonte dedicó á tan interesante asunto; pero nuestro objeto es tan sólo dar idea de cómo están atendidas hoy en España estas necesidades militares.

YEGUAS DE CRÍA EN CÓRDOBA

Existen tres Remontas ó institutos para la adquisición y cría de potros: la de Córdoba, con divisa encarnada y amarilla; la de Granada, con divisa azul y blanca, y la de Extremadura, con divisa blanca y verde.

La Remonta de Córdoba es hoy día ya un establecimiento científicamente dispuesto para obtener el resultado práctico que se desea. Cuenta con una magnífica yeguada, en que las madres están divididas por razas, y en la cual, para sacar anualmente potros, se verifica una escrupulosa selección, desechando los que tengan algún defecto. Los que no le tienen, se recrían por separado, y entre ellos se eligen los mejores para sementales, y los demás se destinan al servicio de los regimientos. Actualmente se hacen pruebas para utilizar también en los regimientos las yeguas que no reunen condiciones especiales para la cría; y esta novedad es

CONDUCCIÓN DE UNA PIARA

LLEGADA DE UNA PIARA Á LA REMONTA

la dirección del jefe de la sección de Caballería del ministerio de la Guerra, que en la actualidad lo es el Excmo. Sr. D. Leopoldo García Peña.

Sucesivamente van entrando en el Picadero del cuartel que ocupa el regimiento de Sagunto las tres piaras de las respectivas Remontas. Los potros llevan cabezada potrera de cáñamo con los colores de su Remonta. Los potreros van separando uno á uno los ejemplares y leyendo el nombre y el regimiento á que se destinan. Reconocido el potro por los oficiales y el veterinario, se le separa y se le une con sus compañeros de regimiento, aquerenciado por un caballo viejo llamado *madrina* (aunque más propio sería llamarle padrino), que hace el papel del cabestro en los toros. Este mismo caballo manso es el que sirve para el embarque de los potros, que son trasladados á su destino en el ferrocarril por grupos de nueve ó diez.

Los destinados á la Escolta Real tienen ya lo que se llama la *doma de pesebre*. Los demás solamente llevan la cabezada, y después comienza la educación, el fogueo y demás ejercicios que han de hacer de una bestia casi salvaje un auxiliar inteligentísimo para el soldado y un amigo fiel, más apreciable á veces que los hombres.

El potro más elegante y fino que este año se ha sacado pertenece á la Escolta, y se crió en Granada.

absolutamente lógica, pues siendo la primera condición del caballo de guerra la docilidad y mansedumbre, ningún buen jinete ignora que esta condición la poseen las yeguas aún mejor que los caballos, aparte que muchas de ellas no les ceden nada en resistencia y valor.

Para lograr todo esto, cuenta la Remonta de Córdoba con las dehesas de Moratalla y la Ribera, arrendadas por el Estado.

La Remonta de Granada, cuya plana mayor reside en Ubeda, y la de Extremadura, con residencia en Morón, se dedican principalmente á la recría de potros comprados á los ganaderos particulares; pero para la entrega de potros se llevan éstos á Córdoba. Allí los esperan las comisiones de los regimientos, compuestas de dos oficiales, un veterinario y los soldados que hagan falta para la conducción.

La entrega se verifica en cinco días, bajo

EJERCICIOS DE DOMAS DE POTROS

FOTS. J. M. ÁLVAREZ DE TOLEDO

EL ADIÓS DEL MAQUINISTA,
POR VICENTE CUTANDA.

LA SEMANA PASADA

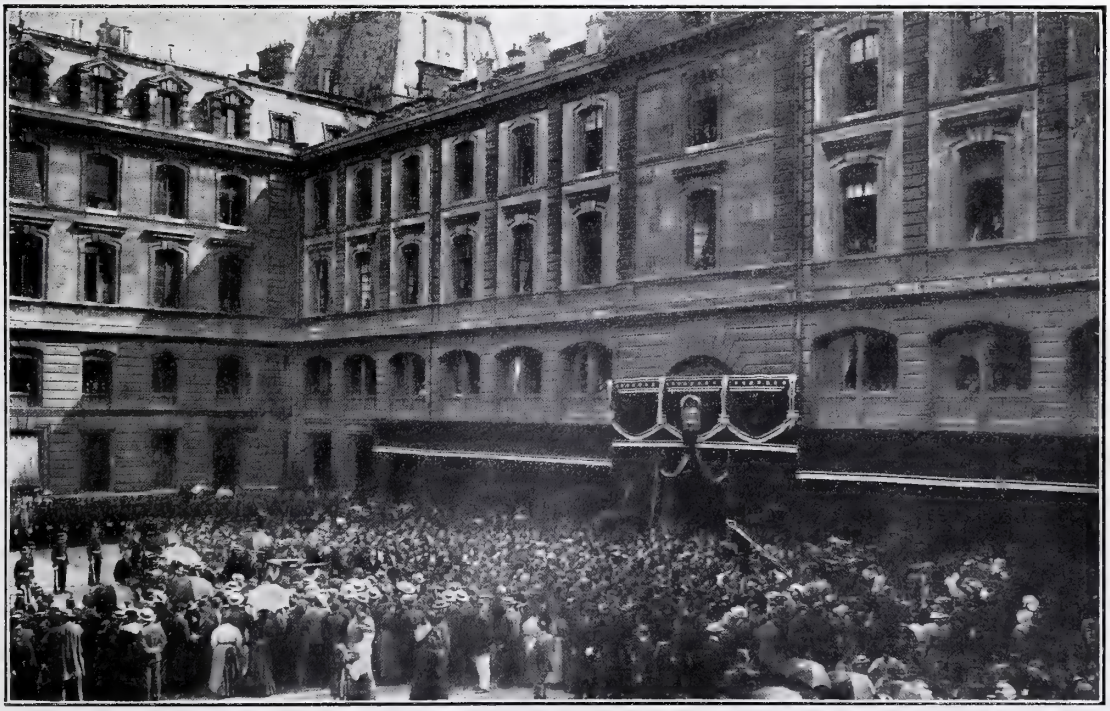
ESTATUA DE LA ETERNIDAD
FOT. C. HUERTA STERN

El ilustre Mariano Benlliure ha agregado una obra más á las muchas que se deben á sus maravillosas manos. La piedad de una señora, doña Martina Lasso, ha hecho construir en la Catedral de Cuenca una capilla, toda ella de rico mármol de Carrara, y Benlliure ha labrado dos esculturas que representan la Fe y la Eternidad, y son nuevo testimonio del valer de nuestro genial artista, á quien una vez más hay que felicitar por su hermosa labor artística.

Las personas que han visto las estatuas hacen de ellas grandes ponderaciones, asegurando que son obra en la cual ha puesto el escultor todo su empeño para dar expresión á las figuras que tanto simbolizan. Nuestra fotografía las reproduce, y por ella pueden juzgar nuestros lectores las excelencias del trabajo realizado.

ESTATUA DE LA FE
FOT. C. HUERTA STERN

La catástrofe ocurrida en el ferrocarril Metropolitano de Paris el día 10 del mes corriente, ha horrorizado al mundo entero. Las circunstancias y magnitud del siniestro justifican la consternación. De todas partes ha recibido el jefe de Estado de Francia y el Municipio de París testimonios expresivos de pésame por la desgracia. Los funerales por las víctimas y el entierro, ha constituído en aquella capital una imponente manifestación de duelo, en la que han tomado parte todas las clases sociales de Francia.



LAS EXEQUIAS DE LAS VICTIMAS DEL METROPOLITANO DE PARÍS FOT. GRIBAYEDOFF

EL ADIÓS DEL MAQUINISTA,
POR VICENTE CUTANDA.

LA SEMANA PASADA

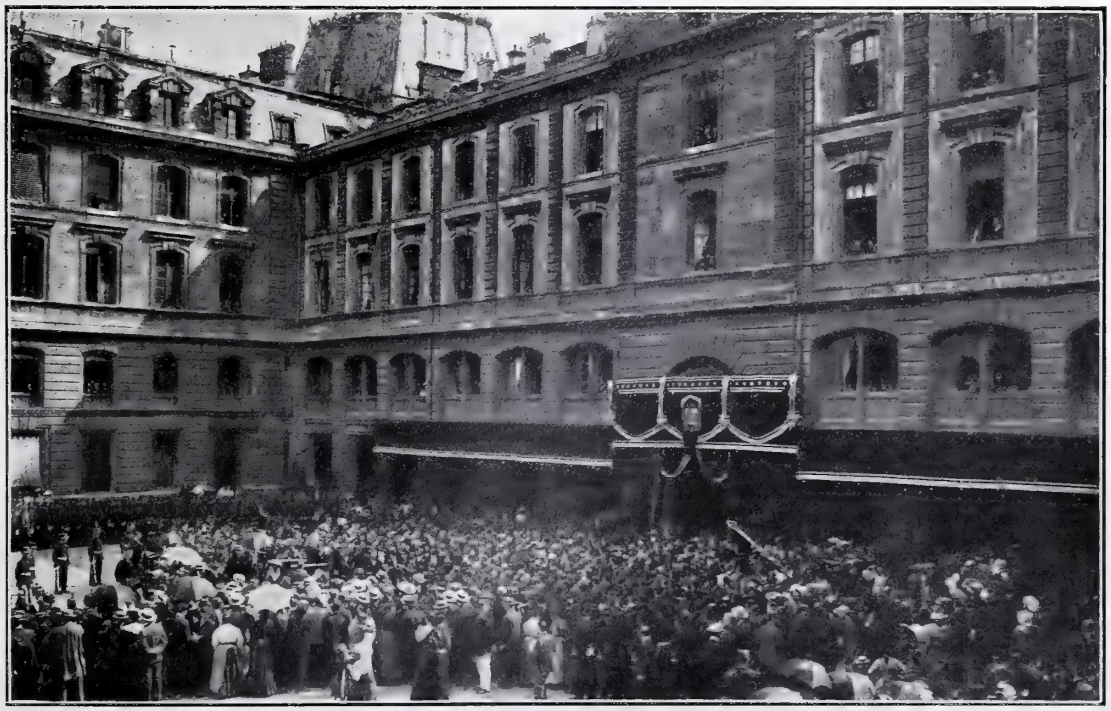
ESTATUA DE LA ETERNIDAD
FOT. C. HUERTA STERN

El ilustre Mariano Benlliure ha agregado una obra más á las muchas que se deben á sus maravillosas manos. La piedad de una señora, doña Martina Lasso, ha hecho construir en la Catedral de Cuenca una capilla, toda ella de rico mármol de Carrara, y Benlliure ha labrado dos esculturas que representan la Fe y la Eternidad, y son nuevo testimonio del valer de nuestro genial artista, á quien una vez más hay que felicitar por su hermosa labor artística.

Las personas que han visto las estatuas hacen de ellas grandes ponderaciones, asegurando que son obra en la cual ha puesto el escultor todo su empeño para dar expresión á las figuras que tanto simbolizan. Nuestra fotografía las reproduce, y por ella pueden juzgar nuestros lectores las excelencias del trabajo realizado.

ESTATUA DE LA FE
FOT. C. HUERTA STERN

La catástrofe ocurrida en el ferrocarril Metropolitano de Paris el día 10 del mes corriente, ha horrorizado al mundo entero. Las circunstancias y magnitud del siniestro justifican la consternación. De todas partes ha recibido el jefe de Estado de Francia y el Municipio de París testimonios expresivos de pésame por la desgracia. Los funerales por las víctimas y el entierro, ha constituído en aquella capital una imponente manifestación de duelo, en la que han tomado parte todas las clases sociales de Francia.



LAS EXEQUIAS DE LAS VICTIMAS DEL METROPOLITANO DE PARÍS FOT. GRIBAYEDOFF

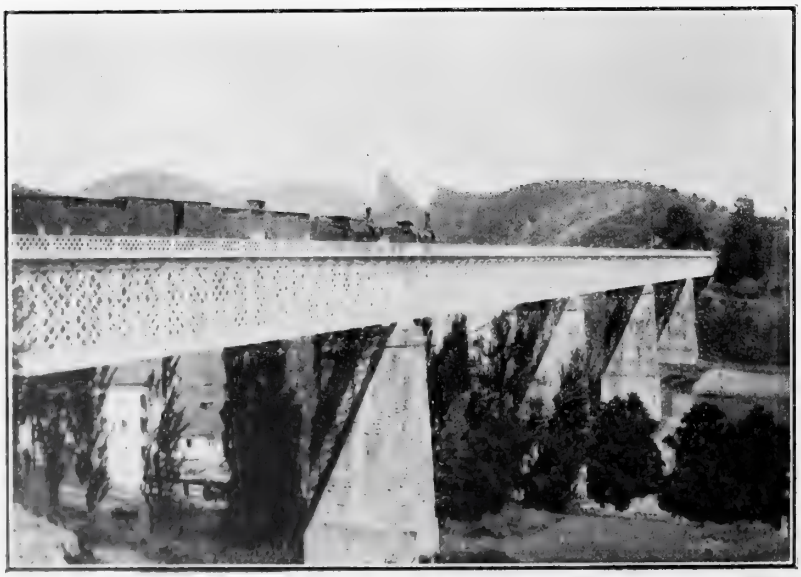
BENDICIÓN DE LAS NUEVAS CAMPANAS DE LA CATEDRAL DE CÓRDOBA FOT. J. MONTILLA

LA soberbia mezquita de Córdoba, hoy monumental catedral, cuenta con tres nuevas campanas, que han sido benditas y bautizadas con toda solemnidad días pasados. Recibieron los nombres de Nuestra Señora de la Asunción, Santa Victoria y San Acisclo. En el hermoso patio de los Naranjos se procedió á bendecir las campanas, y en el acto ofició, por delegación del obispo de la diócesis, el arcediano D. Bartolomé Rodríguez. La víspera de la Asunción voltearon por vez primera las nuevas campanas fundidas en Carabanchel, alegrando con sus alegres sones la ciudad histórica de Córdoba.

DESDE la reciente y horrible catástrofe del puente de Montalvo, el Ministerio de Obras Públicas ha dictado plausibles órdenes para que sean revisadas muchas de las obras de nuestros ferrocarriles. Entre las inspecciones ordenadas figuran la del viaducto de Ormáiztegui, situado sobre el balneario de su nombre, en la provincia de Guipúzcoa, y una de las obras de ingeniería más notables que pueden verse en nuestras líneas férreas. Todo el que haya ido á San Sebastián habrá visto el viaducto entre Zumárraga y Beasaín. Por ser todo él de hierro y medir 300 metros justos, puede el viajero hacerse la ilusión de que contempla la famosa torre Eiffel de París, tumbada, al ver el admirable puente de Ormáiztegui.

El viaducto ha resistido hasta ahora no sólo los efectos del tiempo, sino los atentados de los carlistas, que cuando la guerra intentaron volarle, sin conseguir, afortunadamente, su intento.

Según las últimas noticias, no ofrece peligro alguno, lo cual es muy de celebrar, porque en él un accidente sería terrible, y cualquier tren que descarrilase y cayese, quedaría, como vulgarmente se dice, hecho polvo. Los viajeros, al pasar por él, ven el balneario y el pequeño pueblo como si los contemplasen á vista de pájaro.



EL VIADUCTO DE ORMÁIZTEGUI

* * *

AÑO TRECE Y NUMERO 643 MADRID DIA 29 DE AGOSTO DE 1903

BLANCO Y NEGRO

Actualidades

NADA más loable ni digno del mayor encomio es la atención preferente que el Municipio bilbaíno dedica á las Colonias escolares, cuyas expediciones anuales vienen dando excelente resultado higiénico.

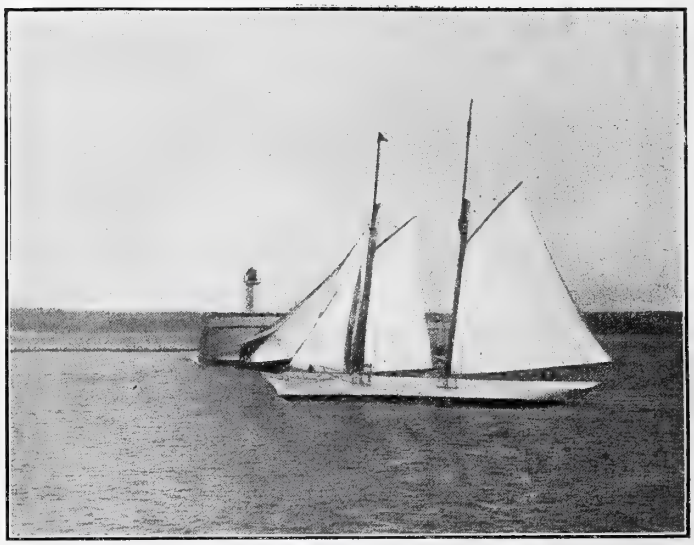
Ocho es el número de que se componen en el año actual estas Colonias, con un personal de cien niños é igual número de niñas, entresacados todos ellos, como ya de público es sabido, por una comisión del Ayuntamiento, ayudada del médico municipal, inspector de servicios. La subvención que en el año actual destina el Ayuntamiento para las atenciones de estas Colonias, asciende á la suma de 20.000 pesetas, con las cuales se atiende á los gastos

COLONIA ESCOLAR BILBAÍNA FOT. T. ARCINAGA

ASPECTO DEL MUELLE DE VILLAGARCÍA DURANTE LAS REGATAS FOT. M. REGUERA

que originan la estancia de un mes que hacen las Colonias en los diversos pueblos á que se les destina.

Los Municipios de los pueblos respectivos prestan todo su apoyo moral y material para el mejor éxito de esta obra benéfica, cediendo gratis los locales en donde se han de instalar los alojamientos. A su vez, las empresas ferroviarias y tranvías se prestan también gustosas á transportar gratuítamente á las Colonias escolares, contribuyendo por este medio á evitar gastos. La idea es noble y merece el más sincero aplauso.



EL YATE «LÍA», DE LA REINA DE PORTUGAL FOT. A. NÚÑEZ

Nos hallamos en pleno período de regatas. En todas partes donde puede cultivarse este *sport* se celebran fiestas náuticas, que excitan el entusiasmo de sus partidarios. Entre las más notables celebradas recientemente, merecen citarse las de Villagarcía, á cuyas aguas han acudido embarcaciones de muchos clubs y de algunos particulares.

De la animación que en la bellísima ría de Arosa ha despertado la fiesta náutica, da idea la fotografía que publicamos. También en Oporto se han celebrado estos días regatas, que han estado muy animadas. La reina Amelia, que es una devota de la náutica, ha enviado su yate *Lía*, un modelo de embarcaciones de este género, y con él ha conseguido un triunfo muy señalado. El *Lía* ha ganado la copa de honor de la Asociación Comercial de Oporto, copa que retendrá en su poder hasta que en nueva regata del año que viene la gane otro barco ó vuelva á ganarla *Lía*, en cuyo caso seguirá reteniéndola cuantos años resulte vencedor.

Las obreras de Madrid no quieren ser menos que los obreros. Verdad es que tienen derecho á no serlo. Se han organizado muy seriamente en sociedades y por oficios, y el domingo último celebraron en los Jardines del Buen Retiro, asesoradas por Pablo Iglesias, un mitin, en el cual reinó orden completo, para que no pueda decirse que allí donde hay mujeres el barullo es seguro. El objeto principal del mitin no podía ser más razonable: se trataba de pedir á los Poderes Públicos que se cumpla la ley protectora de mujeres y de niños. Las oradoras fueron varias, y todas ellas hablaron con serenidad y hasta con elocuencia, porque la razón da mucha fuerza persuasiva á la frase. Presidió Josefa Ramos, planchadora, que empezó recomendando la mayor sensatez y cordura, y después de ella hablaron Eulalia Prieto, constructora de sobres, Pilar González, escogedora de trapos, y Paulina Fraile.

* * *

LA PRESIDENTA Y LAS ORADORAS DEL MITIN DE OBRERAS FOT. ASENJO

EL MAYOR TESORO

Morsés el Grande, rey de Paflagonia, envuelto en rozagante túnica bermeja, y sentado en áureo trono, meditaba profundamente en la sala mayor de su palacio. Frente al rey, en el otro extremo de la estancia, de pie y mudos, estaban apiñados altos personajes palatinos. Los rayos del sol, penetrando por el amplio balconaje abierto en uno de los muros, quebrábanse en los cascos y corazas, arrancándoles vívidos destellos; matizaban de tonos más claros los vistosos ropajes de los próceres paflagónicos; bañaban de luz las pinturas de las paredes, donde se veían representadas las triunfadoras guerras de los antecesores de Morsés, y rebotaban en las cinceladas crisuelas argentinas de numerosos y enormes candiles que, sujetos por cadenas de plata, pendían del alto techo, cuyos casetones de mármoles labrados quedaban sumidos en la sombra.

En la sombra estaba también Morsés; pero en ella relucían á veces las doradas franjas de su túnica y centelleaba á ratos su tiara piramidal y cuajada de gemas preciosísimas. Con el hondo meditar del rey, la tiara se había torcido un poco, robando al monarca algo de su grave dignidad de continente. Pero ¿quién tan osado para cortar los pensamientos de Morsés diciéndole: «Señor, se ladeó tu tiara», cuando Morsés había prohibido que se hablase en su presencia, porque tenía difíciles asuntos que resolver?

Todos, pues, permanecían callados, aguardando á que terminara la meditación del monarca. Este, por fin, se irguió en su trono, lanzó un suspiro, enderezó la tiara con noble ademán, y dijo:

—Que el eunuco Perkela avise á mi hija, la princesa Zarpenit, que la aguardo en esta sala.

Perkela salió al punto de la estancia á cumplir las órdenes recibidas. A poco tornaba el eunuco á aparecer, precediendo á la princesa.

Venía Zarpenit caminando lentamente, seguida de sus damas, y envuelta en ceñido cendal azul obscuro recamado de perlas. Macizas ajorcas de oro y pedrería rodeaban sus muñecas y tobillos. Calzaba sandalias de finísima piel bermeja. En su pelo abundante, lustrosísimo, negro como las tinieblas y airosamente recogido en cocas, retemblaban piochas fúlgidas y languidecían dos aromáticos lirios gilvos. Su tez cetrina algo tenía del envero de los racimos dorados por el sol. Negros, rasgados y de mirar profundo eran sus ojos. Su boca semejaba una flor purpúrea. De diosa era su cuerpo. Sus ademanes y su andar traían á la memoria visiones de barcos veleros surcando el Océano y de gráciles felinos deslizándose en las selvas. Cuantos la veían, siguiéndola con la mirada, forzosamente murmuraban: «¡Hermosísima y singular mujer! ¡Quién tuviera la dicha de ser amado de ella!»

Al llegar frente al trono se detuvo Zarpenit y se inclinó delante de Morsés. El rey mandó entonces despejar la sala. En ella quedaron solos el soberano y su hija. Sentóse Zarpenit en las gradas del trono y aguardó á que su padre hablase. El rey meditó un rato; luego dijo:

—Ya sabes, hija mía, como, atraídos por tu discreción y tu hermosura, á Amastris, mi capital, han acudido al mismo tiempo, para pedirme tu mano, cuatro príncipes mozos y arrogantes, herederos de poderosos reyes amigos míos. Con cualquiera de los cuatro me conviene que te cases. La duda para mí está en la elección, y á la vez me duele, al elegir á uno, desairar los otros tres. Lo mejor será que tú decidas. Conoces á los cuatro. Dime á quién prefieres: si á Osorkon de Bubastis, hijo del Faraón de Egipto; si á Kamit de Etiopía; si al rubio Sangar, heredero del trono de Drangiana, ó á Hiradés, futuro señor de la fértil Lidia. Aquél que tú designes, esposo tuyo le declaro.

La princesa permaneció minutos pensativa. Al cabo, replicó á Morsés:

—Gracias te doy, ¡oh padre! por dejarme libre de elegir á quien me plazca; pero, en verdad, no siento inclinación por ninguno de los cuatro príncipes. Reconozco, no obstante, que gallardos y discretos son los cuatro. No repugno ser esposa del que tú señales. Renuncio á la elección. Reflexiona, por tanto, nuevamente, y acude si es preciso á las luces de tu Real Consejo para decidir cuál de los príncipes, al ser esposo mío, traerá al reino más ventajas, que yo, sumisa, acataré tu voluntad.

Dicho esto, Zarpenit, pidiendo licencia á su padre, se retiró tranquila á sus estancias.

II

Morsés quedó solo, y viendo que no le sacaba del apuro la contestación de su hija, decidió seguir el parecer de ésta, para lo que mandó llamar al punto á su Consejo Real. El Consejo se componía de los siete magnates y sacerdotes más sabios del reino paflagónico. Tres horas estuvieron reunidos Morsés y los siete discretísimos varones. Al cabo de ellas y de mucho discutir sin que recayera acuerdo alguno, Mikal, el más viejo y agudo de los consejeros, imponiendo silencio á los demás y dirigiéndose al rey, habló de esta manera:

—Señor: en vista de la diversidad de opiniones de los consejeros y de que los cuatro príncipes, sobre poco más ó menos, y al parecer, tienen mérito igual, te propongo el siguiente modo de resolver la cuestión: Abramos un concurso entre ellos. Démosles un año de plazo. Sea luego elegido aquel de los pretendientes que corriendo mundo logre hallar y traerte en ofrenda la cosa que sea más rara y tenga más alto valer, á juicio de los aquí presentes, reunidos en tribunal el día en que expire el plazo concedido. De tal modo, se aquilatarán y diferenciarán mejor las cualidades de los cuatro candidatos y saldrás seguramente de dudas sin agraviar á nadie, ganando acaso además algo de inestimable precio.

Parecióle bien al rey el consejo de Mikal, y aquella misma noche, al final de un banquete que daba á los príncipes, declaró á éstos lo que había decidido. Sangar acató gustoso la determinación del rey. Osorkon, Hiradés y Kamit rezongaron un poco, pero como el monarca paflagónico siguiese impertérrito, acabaron por conformarse también con la sentencia del que cada uno de ellos, presuntuosamente seguro de descubrir algo muy raro y primoroso, consideraba ya como á su futuro padre político.

Al día siguiente, los cuatro príncipes salían de Amastris con sus séquitos y se lanzaban por el mundo en busca de objetos maravillosos. El mismo día, Zarpenit, por orden de su padre, se retiraba á una regia finca, cerca de la capital. Allí había de permanecer hasta que regresasen los trashumantes candidatos. Zarpenit tenía que dedicar el año entero, según costumbre paflagónica, á adobarse, pulirse, untarse y restregarse con mirificos ungüentos, pomadas, esencias, pastas y polvos, á fin de que su suave cutis se suavizase aún más y se enlozanase aún más, si era posible, su garrido cuerpo, acicalándose toda ella con esmero minucioso, de suerte que, al verla, el elegido príncipe se hiciera de mieles y le brincase el corazón de puro gusto.

En sucesivos meses, por mercaderes extranjeros que llegaban á Amastris, Morsés fué sabiendo vagamente algo de lo que ocurría á los príncipes Osorkon, Hiradés y Kamit. Decíase de uno ú otro de ellos que había tenido tal ó cuál estupendo lance; que recorría luengas tierras habitadas por extraños seres, ó que había conquistado algún talismán ó dije mágico. Del príncipe Sangar nada se sabía. Pa-

recía haber caído en un pozo. Perdióse rastro de él á las pocas horas de su marcha de Amastris. Hasta se ignoraba por dónde saliera del reino paflagónico. Mikal, el discreto, decía á Morsés:

—Sangar no hace nada de provecho, puesto que su nombre no suena. Ya no quedan más que tres competidores. Al final del año, si quedan dos será todo lo más. Acaso tan sólo regrese á Amastris uno de los príncipes ó no regrese ninguno, y así se resolverá el conflicto de muy sencillo modo.

III

Mikal se equivocaba. El día señalado, entraban sucesivamente en Amastris, cada cual por distinta puerta, los cuatro pretendientes á la mano de la bella Zarpenit. Temprano llegaron los príncipes de Bubastis, de Etiopía y de la Lidia, ufanos los tres, seguros respectivamente de su triunfo y seguidos de pomposo acompañamiento, mayor en número y mucho más rico que el que trajeran doce meses antes. Con calles empavesadas y tendidas de juncia y laurel, al son de adufes, tímpanos, crótalos y trompas los recibió uno por uno la alborozada y curiosa muchedumbre. De anochecido y cuando ya se había dispersado el gentío callejero, entró el príncipe Sangar en la capital de Paflagonia. El escaso público que le vió pasar notó al punto que las personas de su séquito eran las mismas del año anterior y con los mismos trajes, pero arrugados y oliendo á drogas, como si los hubieran tenido hasta poco antes muy guardaditos en arcones, al abrigo de la polilla. Por esto las gentes se reían de Sangar, y á media voz le llamaban tacaño y majadero.

Sangar, sin hacer caso, marchaba hacia el regio alcázar, donde ya estaban Osorkon, Hiradés y Kamit reunidos en la sala del trono con el rey Morsés, su Real Consejo y escogido público de magnates, todos los cuales tan sólo esperaban, para celebrar el concurso, ó bien la llegada de Sangar, ó bien que venciera el plazo señalado. La princesa Zarpenit brillaba por su ausencia. Morsés y Mikal, reflexionando en lo versátil y extraño del carácter femenino, habían decidido prudentemente que Zarpenit no presenciase el concurso. Con ello querían precaver el posible peligro de que la princesa fuese á enamorarse de sopetón de uno de los tres candidatos que salieran derrotados, negándose luego á casarse con el triunfador ó casándose con él muy contra el gusto de ella.

Apenas entró Sangar en la sala con su séquito, y así como hubo saludado al rey, abrió éste la sesión, y dirigiéndose á Hiradés le dijo:

—Tú, ¡oh príncipe! entraste hoy el primero en Amastris. A ti, pues, te corresponde hablar primero.

Hiradés tomó ufano la palabra:—Señor, para no cansarte, diré tan sólo que he recorrido tierras ignotas, que he surcado el Mar Tenebroso y que he visto y hecho cosas singulares. Como resultado de ellas te traigo el Bálsamo Eficaz, con una sola gota del cual se curan al punto las más graves heridas. ¿Qué don más precioso para un monarca que tiene que guerrear frecuentemente?—Y el príncipe sacó de su flotante manga un frasco lleno de cierto líquido bermejo.

Un murmullo de admiración acogió el discurso de Hiradés. El rey le felicitó y dijo luego:—Que hable Osorkon.

Entonces el príncipe de Bubastis se expresó así:—También seré yo breve. He visitado países fabulosos, llegando más allá de la última Tule. No hay por qué referir mis altos hechos. La fama los trom-

petea. A tu disposición pongo el Pájaro Confidente.—Y al hablar, el egipcio enseñaba un ave precio sísima, que traía sujeta á la mano por una pihuela de oro. —Este pájaro, añadió Osorkon, se llama Confidente porque da atinadísimos consejos. ¿Habrá en la tierra cosa más rara ó de más provecho para un rey?

Grandes aplausos oyó Osorkon; pero Mikal frunció el entrecejo. La elección iba á ser difícil.

—Kamit, puedes hablar,—dijo Morsés, pensativo. Kamit contó que habia recorrido la tierra de los Gangaridas, Trapobana, el país de los Seras, y ciertas islas lejanas del mar de la Aurora. De ellas traía la cerúlea Flor de Olvido, que enseñó á Morsés y á la concurrencia. Respirando la flor, dijo Kamit, se borran de la mente los pesares. Confío en que Zarpenit ha de ser mía.

—¿Y qué traes tú, Sangar?—murmuró el turulato Morsés. Entre los murmullos de la pasmada concurrencia, Sangar replicó:

—Admirables son las cosas que han traído estos tres señores príncipes, pero aún hay algo de más raro, útil y agradable en el mundo: una mujer que sea á la vez hermosa, discreta y buena. Para buscarla y hallarla no he peregrinado mucho. Casi á las puertas de la capital me quedé con mi gente el año último, y disfrazados de mercaderes nos fuimos á vivir cerca de la finca donde se alojaba la princesa Zarpenit. Logré ver con frecuencia á tu hija y ganarme su cariño. No conozco mujer más hermosa, más buena ni más discreta que ella; mía es ya por voluntad propia, pero confío en que tú me la otorgarás como premio del concurso. Aquí te la traigo.—Y Sangar tomó de la mano á la princesa, que estaba oculta entre el séquito drangiano, y adelantándose con ella, la despojó de los tupidos velos que la encubrían. Quedáronse entonces todos pasmados al ver á Zarpenit, ricamente vestida, resplandeciente de hermosura, y reclinándose ruborosa sobre el hombro de su amado.

Morsés estaba boquiabierto de sorpresa; Mikal se rascaba la barba con expresión de idiota; el público no sabía qué opinar. Osorkon, Hiradés y Kamit, furiosos, gritaban: «¡No vale, no vale!» é increpaban á Sangar, llamándole fullero. El pájaro confidente piaba «¡calma, calma!» pero nadie le atendía. Creció el alboroto y acabaron los tres príncipes desairados por atacar á mano armada al heredero de Drangiana. Defendióse éste con valentía y acierto; intervino la guardia de Morsés á cintarazos, y restablecido por fin el orden, se vió cómo, por el suelo, hechos añicos, yacían el frasco del bálsamo eficaz, la flor de olvido y el inútil pájaro confidente. Sangar, recogiendo las últimas gotas del bálsamo, que se estaba evaporando á escape, curó sus heridas y curó también generosamente las de sus contrarios. Luego hizo respirar á éstos el aroma de la moribunda flor de olvido. De ese modo, sin acordarse ya de Zarpenit, á sus tierras se marcharon tan contentos Osorkon, Kamit é Hiradés.

El rey de Paflagonia, sin más consultas á Mikal, otorgó la mano de su hija al discreto príncipe de Drangiana, y lo dispuso todo para que sin demora se casasen. Celebróse la boda con regio boato. El pueblo paflagónico, entusiasmado al ver tan guapa á la princesa, declaró que Sangar había obrado cuerdamente, por ser la princesa el mayor tesoro del mundo.

Sangar vivió largos años en feliz consorcio con Zarpenit, que para él, como mujer hermosa, discreta y buena que era, fué todo en uno: Flor de Olvido de sus pesares; Bálsamo Eficaz en sus dolencias, y atinado Pájaro Confidente en las dudas y dificultades de su vida.

LUIS VALERA

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

PANTICOSA

He aquí un nombre ensombrecido por algo tétrico: la vieja tradición de la muerte, causada por el *mal terrible* enamorado de la juventud. Hasta hace poco tiempo, significaba Panticosa algo como último alarido de la vida que quiere perdurar frente á la muerte, que, acaso sin quererlo, perdura.

Por suerte, descubrió la ciencia que las aguas del hermoso valle pirenaico, más que curadoras, son preservadoras, y desde entonces van á buscar alivio en sus virtudes tantos aprensivos como enfermos. Merced á lo cual, disipada un tanto la sombra temerosa que sobre ellas pesaba, pueden las naturales bellezas ostentarse á todo sabor para solaz de los que aman á la tres veces santa Naturaleza.

Y á fe que son grandes las bellezas tales. Queda el tren en la estación de Sabiñánigo como detenido por el baluarte de montañas. Allí un *landau* aguarda al viajero, y comienzan seis horas de maravilloso caminar ascendiendo, que es dos veces camino y dos veces encanto.

Hay en la Naturaleza una soberana sugestión que universalmente se ejerce, y es la sugestión de las aguas.

EL LAGO. EL PINO DE LA CASCADA. LA CORRIENTE DESPUÉS DEL SALTO

Poetas y no poetas, refinados y rústicos, todos se detienen para mirar el mar que se agita, la fuente que brota, el arroyo que pasa, y el rumor de las aguas que cantan ó que rugen es la música aquélla ensalzada en prosas y versos, que va bien con todas las letras que dentro del alma llevamos. Pues bien; esta música táñenla en las montañas aquellas innumerables tañedoras. Ya es la cascada fuerte como torrente que se despeña con bravío estruendo; ya es la corriente mansa que serpea buscando declives suaves; ya es el hilillo

EL BALNEARIO

de agua que va saltando de peña en peña como chiquillo loco. Y los sones solemnes, profundos, agudos, risueños, susurrantes, se mezclan en concertada sinfonía, que parece la voz de las montañas diciendo himnos.

Y aqueste gozo para el oído es también júbilo para la vista, por que las aguas caen espumosas, vistiendo de blanco el rudo pedregal, engalanándose ellas á su vez con la vestimenta polícroma que arrancan á los rayos de sol.

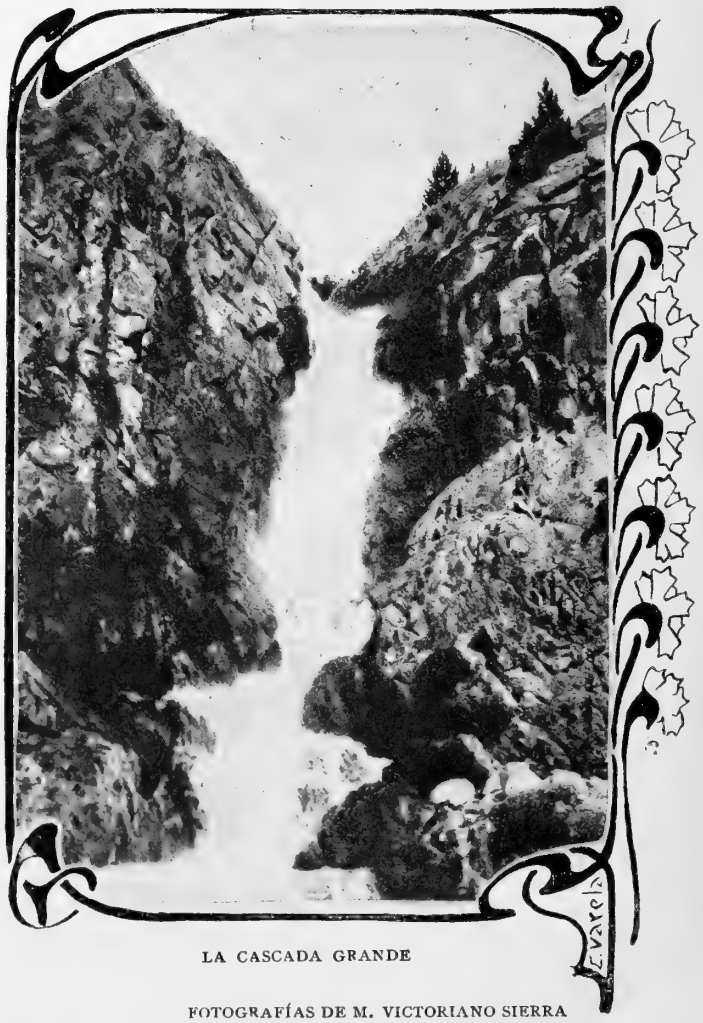
Así es el camino: así se entra en el valle, bañado en aire diáfano y vestido de serenidad. Y en el valle nace un río, que parece de nieve, alborozado y rumoroso. Y en las murallas de granito que cierran el valle brotan más fuentes y más cascadas, y más arriba duerme un lago, espejo del cielo...

Los días pasan en la solemne monotonía propicia á los saboreos de la belleza. Llueve algunos, y entonces gravita sobre los montes una como tristeza romántica y ensoñadora, tristeza de novelas caballerescas leídas en la infancia; y otros amanece el cielo radiante, y el aire ligerísimo parece no existir, y las aguas que caen de los montes refulgen, y las cimas rebrillan azuleando, y el suelo húmedo bebe con ansia la caricia del sol; y el alma, como el cielo, viste sus ensueños de luz y dice: bien creo que la vida es alegre y que vale la pena de vivir.

Y luego el aire ténue, propio de las montañas, parece que aliviando los pulmones, aligera los pensamientos

Pero con todo—se dirá,—es Panticosa lugar de tristeza: los enfermos, los muertos acaso... Yo, respetuoso con los grandes misterios, no tengo formada opinión sobre la bondad ó la maldad absoluta de la naturaleza humana; pero creo *experimentalmente* en la perfección de su egoísmo. De aquí que los sanos se dejen influir harto escasamente por la tristeza de los que padecen enfermedad: además, en estos lugares la muerte se esconde con cierto femenil pudor, los enfermos se encierran. Hay, sin embargo, notas melancólicas: algunas mujercitas vestidas de blanco con ficticios arreboles de carmín pintados sobre la palidez del rostro: coqueteando con la muerte y soñando en vivir. Y cuando pasan gráciles en horas matutinas, su sonreir, que quiere ser alegre, hace llorar.

G. MARTÍNEZ SIERRA



LA CASCADA GRANDE

FOTOGRAFÍAS DE M. VICTORIANO SIERRA

RINCONES VERANIEGOS

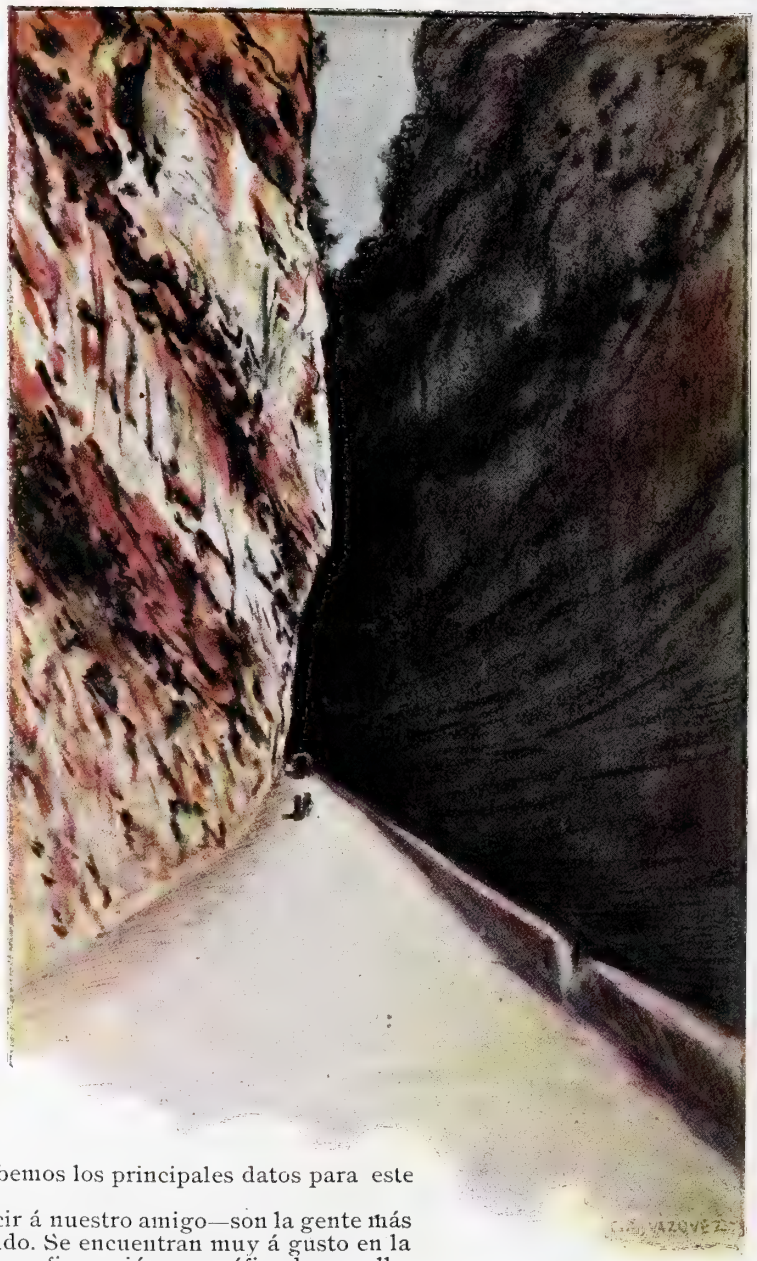
EL VALLE DE ANSÓ

DIVERTIDO es veranear en San Sebastián ó en Biarritz, cómodo veranear en Zarauz, Deva ó Saturrarán; fresco el veraneo en Avila ó Burgos; pintoresco en Cercedilla, Miraflores, Los Molinos ó El Espinar; sano bañarse en Santander, en Castro Urdiales ó en los pueblos de la incomparable ría de Arosa... pero mejor que todo ello, más original, más sugestivo y, en suma, harto más grato para el artista es veranear en plena Edad Media, irse de veraneo al siglo XV, hundirse en un olvidado repliegue de la Historia, tomar el fresco de los siglos que no han pasado, sino que se quedaron detenidos, represados en un valle del Pirineo alto aragonés, vivir y ver cómo se vive bajo un régimen de primitiva y patriarcal inocencia entre enormes peñascos que la Naturaleza fabricó para que unos cuantos hombres y mujeres, discretos y sabios, permaneciesen allí encerrados, lejos del vano ajetreo mundanal, libres de las molestias del trato humano, despreciando los usos recientes y los advenedizos pensamientos y las extranjeras formas del lenguaje.

Para ello es necesario trasladarse al pacífico y apartado valle de Ansó, en el límite de la provincia de Huesca y del partido de Jaca, y confinante en dos leguas de largo con el territorio de la República francesa. Cercan el valle por Occidente y le separan de las provincias de Navarra y Zaragoza las enriscadas sierras de Ezcuarri, que corren hasta el frente de Isabul y van á morir en el río Aragón, uno de los que *hacen varón* al Ebro. Córtanle por Oriente y Mediodía los valles de Hecho, Canfranc, Aragüés y Aisa. Todo el valle de Ansó es una faja de terreno con unas seis leguas y media de largo de Norte á Sur, y unas dos y media de saliente á poniente. Es el terreno áspero y escabroso: por todo él se elevan altas montañas, vestidas de nieve la mayor parte del año y llenas de escarpaduras, barrancos, horcajones, quiebras y precipicios que las hacen inaccesibles aun en tiempo del deshielo para toda otra raza humana que la de los ansotanos y para todo animal que desconozca el país. Pueblan aquellas dantescas alturas el pino y el abeto, el tilo, el haya y el boj con enorme variedad de arbustos y árboles de especies múltiples, entre ellas magníficas maderas de construcción que con gran trabajo se trasladaban hasta hace poco á los puntos comerciales. En la espesura de los bosques corren y viven libremente lobos y zorros, tejones y jabalíes, corzos y cabras monteses: alguien asegura haber visto y cazado el oso de los Pirineos, pero la aserción no está comprobada.

La frescura y ligereza del suelo no permite gran cultivo de cereales, pero, en cambio, le hace aptísimo para pastos de estío, y así, ya que no acudan á Ansó veraneantes pertenecientes á la especie *homo sapiens*, de Linneo, sí visitan el valle todos los años numerosos ejemplares de las razas bovina, mular, caballar y asnal, que lo pasan en aquellas alturas mucho mejor que los madrileños en el Cantábrico, y gastando poquísimo.

Al frescor contribuyen no solamente los dos ríos Veral y Fago que riegan el valle, sino también los infinitos arroyos y regatos que descienden cantando por vertientes y cañadas, y las claras, saludables y ricas aguas manantiales que en todos los cerros surgen. Y no se crea que los ríos citados sirven tan sólo para fertilizar las tierras y suministrar pasto á los veraneantes cuadrúpedos, pues aun á los bípedos y bimanos podrían alimentar, dado que por sus rumorosas corrientes se deslizan en gran número sabrosas y delicadas truchas de lomo azulino, salpicado de rojos puntitos. Hasta hace poco, solamente á gatas ó poco menos era posible llegar á tan paradisiaco y privilegiado rincón del Pirineo. Hoy existe una carretera que va serpenteando y deslizándose indiscretamente por entre aquellos pavorosos peñascales, y que en algunos puntos parece el mismísimo camino del Infierno de Dante; así sucede, por ejemplo, en el sitio llamado «La Fox» y también «La Cárcel», en el cual el camino va encerrado entre ingentes paredones de roca viva, que parecen tocar los cielos, según puede verse en el apunte de nuestro colaborador el laureado artista Carlos Vázquez, que ha residido bastante tiempo en Ansó, y á quien debemos los principales datos para este articulejo.



—Los ansotanos—hemos oído decir á nuestro amigo—son la gente más honrada, sencilla y austera del mundo. Se encuentran muy á gusto en la forzada reclusión que les impone la configuración geográfica de su valle; pero no vaya á creerse por eso que son refractarios á los beneficios de la industria y del comercio. Muchos se dedican á la recría de muletas, que compran de destete en el otro lado del Pirineo, ó bien hasta en el valle de Andorra, y que luego revenden á los muleteros de Zaragoza y á los maranchoneros. Otros explotan el ganado lanar con habilidad y fortuna. Pero en Ansó, sin salir del valle, encuentran sus habitantes cuanto basta á sus necesidades primitivas y á sus sencillos gustos.

Es Ansó uno de aquellos países de leyenda ó de cuento fantástico en que las mujeres hilan el lino y fabrican el lienzo de sus camisas, las sábanas y manteles de sus casas. En Madrid y aun en casi toda España se reconoce de lejos á las ansotanas, cuyo vestido es un enorme sayo ó brial de bayeta verde y tosca colgado de los hombros, y cuyo tocado es una cofia de forma semejante á las que se ven tan sólo en algunas tablas de los primitivos pintores de la escuela flamenca y de los prerrafaelistas italianos.

El sayo verde, que de lejos hace parecer á las ansotanas gigantescas lechugas semovientes, tiene un tejido tan duro y recio, que aun cuando la longevidad no sea rara en Ansó, hay pocos casos de que dure más la dueña que el vestido, y así éste no es solamente una prenda vitalicia, sino que tiene carácter patrimonial y se transmite de madres á hijas, como las tierras y las casas. Un sayo nuevo es poco estimado; los que se aprecian y cuestan caros, en el rarísimo caso de ser puestos á la venta, son los sayos viejos, avalorados por una serie de remiendos que endurecen la tela, hasta formar una especie de blindaje.

Es difícil imaginar una vestimenta más severa y que mejor denote la absoluta pureza de costumbres. Los pliegues rectos del duro y holgado brial caen tapando hasta la punta del pie, y no modelan ni marcan más las formas juveniles que los escurridos contornos de las abuelas, y se necesita toda la gracia y gentileza de la juventud para que parezca bien tan sobria indumentaria, que se diría discurrida por el legislador espartano para apartar de su pueblo toda idea de molicie y depravación. Solamente

la forma y el color de la cofia diferencia á las mozas solteras de las mujeres casadas; pero el sayo es siempre el mismo. Los ansotanos no conceden á la fantasía ó al capricho femenil más desahogos ni expansiones que el adorno de la cabeza, siempre dentro de cierta tradición inalterable, y el uso de algunas toscas alhajas, collares y gargantillas, pero sin propasarse mucho ¿eh? Forman la población del valle dos pueblos: Ansó y Fago; pero la villa, es decir, la capital del apartado territorio, es la primera.

Ansó es un pueblo de doscientas cincuenta ó sesenta casas bajas, situado en la margen izquierda del río Veral, en un llano cercado de montes.

La plaza del pueblo, en la que se ve la Casa Consistorial con jalbegados soportales, y las calles, conservan el carácter medioeval, más acentuado cuando se ve cruzar por ellas las formas largas de las mujeres vestidas con el verde sayal, ó cuando se oye á los labradores y ganaderos del pueblo, reunidos en corro al salir de misa, hablando el arcaico dialecto alto-aragonés, que en aquel rincón del Pirineo se conserva acaso más puro que en ninguna otra parte de España, y en el cual tan sólo hay mezcla de algunas formas pirenáicas, es decir, palabras y desinencias del *patois* hablado en toda la cordillera, pero no nada semejante ni al catalán que suele oirse por el Oriente del valle, ni al vasco-francés que se escucha por el Norte, ni al vasco-navarro que tal vez llega por la parte de Occidente.

No es Ansó, con hallarse tan apartado, un pueblo cerril é inculto, ni existen en él tantos analfabetos como en comarcas más felices y prósperas del Centro y del Mediodía de España. La bondad de costumbres de los habitantes proverbial es en todo Aragón. Las ansotanas, en invierno, suelen repartirse por España vendiendo cajitas ó botes de té, tila y otras aromáticas y salutíferas hierbas de la montaña. Van solas, y generalmente por parejas, compuestas de madre é hija, ó por lo menos de una vieja y una joven. Viven durante su viaje con una sobriedad inverosímil, con una sencillez y castidad ejemplares... y ahorran dinero, aun vendiendo sus paquetitos de hierbas á un precio ínfimo. Como sombras de lejanas edades, se ve á las ansotanas cruzar por entre el bullicio de las grandes capitales de Zaragoza ó de Madrid, y austeras, envueltas en su sayo, permaneciendo ajenas é impenetrables al agitado vivir moderno, siempre misteriosas, pero al mismo tiempo listas y dispuestas para su tráfico, uno de los más inocentes que pueden notarse en la amplísima complicación del comercio moderno. Y esas figuras angulosas y recortadas nos hablan de una región pequeña y riscosa, verdadera Arcadia, sin ambiciones ni vicios, donde la virtud y la sanidad del alma tienen su natural asiento. Allí no ha penetrado más signo de la corrupción, tan censurada por los predicadores, que el acordeón. Tan simple y poco armónico instrumento es hoy día el favorito de las mozas y mozos de Ansó, que le *pulsan* con gran entusiasmo y, según Carlos Vázquez afirma, con verdadero arte.

Hace doce ó trece años estuvo en Ansó nuestro insigne Pérez Galdós: por cierto que los del pueblo aún están ofendidos con él, porque una vez preguntó si alguna moza se había escapado del valle con su novio. El hecho—lo afirma todo el mundo—no ha ocurrido allí jamás.

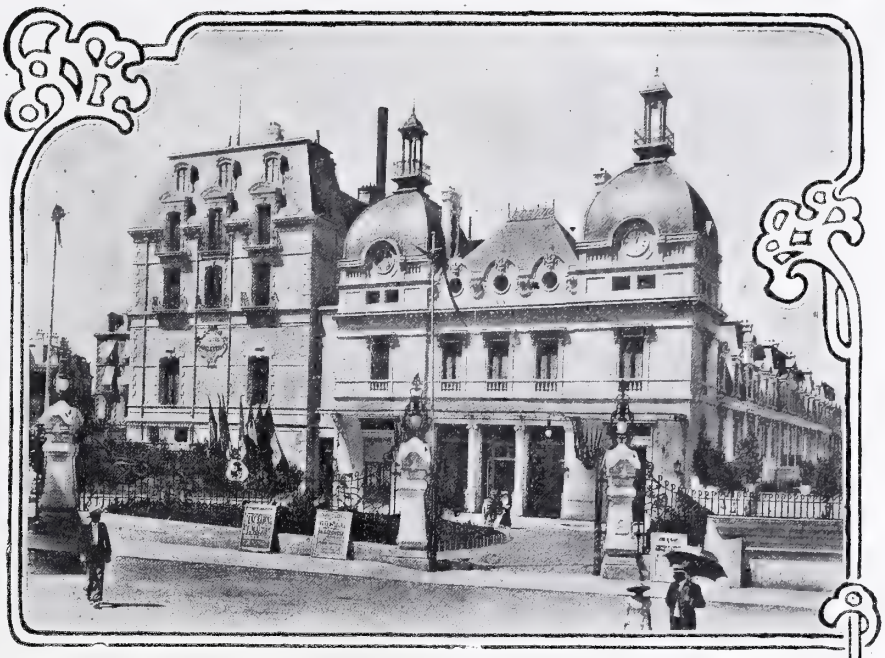
W. & B.

DIBUJOS DE CARLOS VÁZQUEZ

MURALLAS DE TARRAGONA, POR A. ANDRADE.

BIARRITZ

Recuerdos del Casino



MAGNÍFICA sala... mejor dicho, ¡magnífico templo! Yo me figuro que las Venus que el atrevido pincel de un pintor trazó en los tapices que cubren las paredes, tomaron vida y dictaron al artista los caprichos de su juvenil inspiración. Desde las olas que acarician sus esculturales cuerpos, ó desde las capas de espuma que como sábanas de brillante encaje las envuelven, debieron apuntarle su deseo con igual dulzura que cuando murmuran frases misteriosas de ardiente amor.

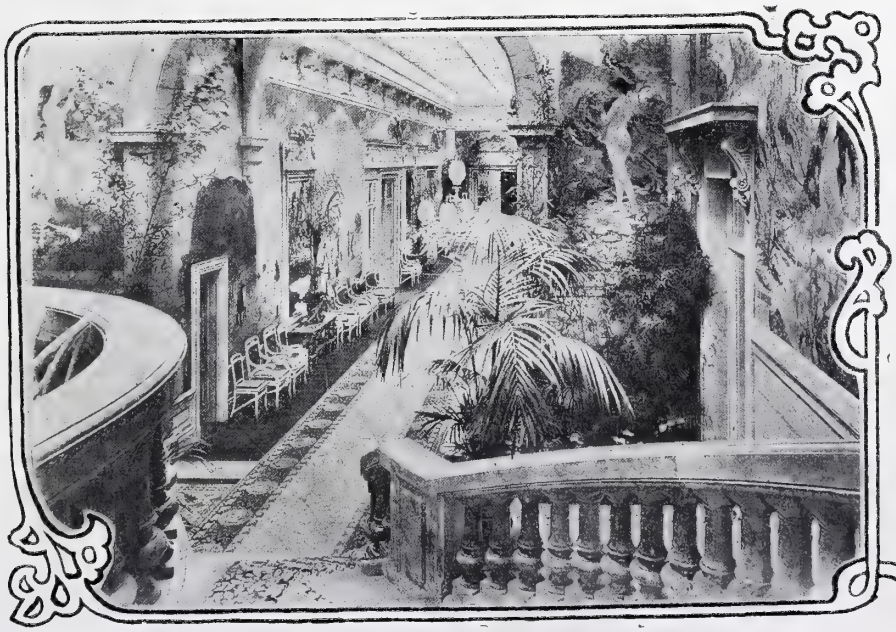
—Nada de tintas fuertes—dirían;—nada de colorines que alteren nuestros nervios y hieran nuestra exquisita sensibilidad. En todo espacio donde no hayamos de vernos retratadas, en techos, columnas, escocias, frisos, cornisas y paneles, emplea los colores más suaves. Por ejemplo, el blanco. ¿No es el blanco símbolo de la pureza... según dicen los que la conocen? Pues, artista, emplea el blanco. Y el rosa. Un rosa muy pálido, que apenas se destaque sobre el blanco. Y el azul, también muy ténue, como el de los ojos de la más rubia de nosotras. Inspírate en nuestros cuerpos El blanco y rosa de nuestra carne. El azul de nuestras venas. ¡Ah! y el oro de nuestro deseo.

El artista obedeció. Con esos tres colores y con oro pulverizado decoró dos salones que, aunque grandes, inmensos, resultan ligeros, vaporosos, bellísimos: labor de nácares engarzados con oro.

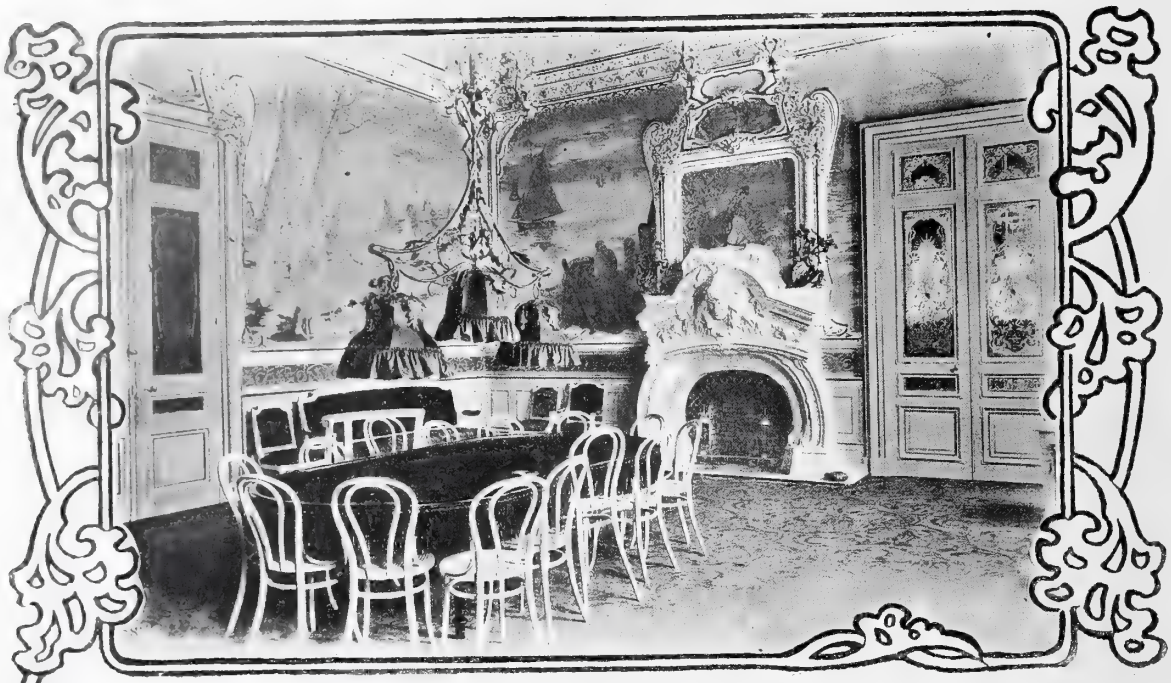
Sin embargo, hay dos notas de color chillón que contrastan horriblemente con la delicadeza del colorido de techumbres y muros. El rojo de las alfombras es más encendido que el de los labios de las Venus dictadoras. Y más verde que su pensamiento es el tapete de las mesas de juego.

Carte... Oui... Non... Banco... Bacarrat. Estas palabras suenan monótonas centenares de veces. Son las únicas que se oyen. Las demás, que son muchas, se murmuran. Su murmullo se confunde con el rumor que producen las sedas y encajes de los vestidos femeninos al crujir ó al arrastrarse y con el eterno gruñido del mar, que se revuelve cercano estrellando sus olas al pie de los ventanales abiertos de par en par para que se renueve el aire de las salas, cuyo ambiente llenan el perfume de los vestidos de las pecadoras y el humo del tabaco de los jugadores.

Sobre el verde paño resbalan los naipes, formando una ligera curva al ser empujados por los dedos del banquero, que los pisan con suavidad. Una pala de finísima madera las recoge y las entrega al jugador correspondiente, salvando la fila de montones de fichas blancas y rojas.



¡Las fichas...! ¡Qué cosa más ingeniosa! El que pensó en ellas para sustituir al dinero contante y sonante, era un sabio. Conocía como nadie las flaquezas humanas, y com-



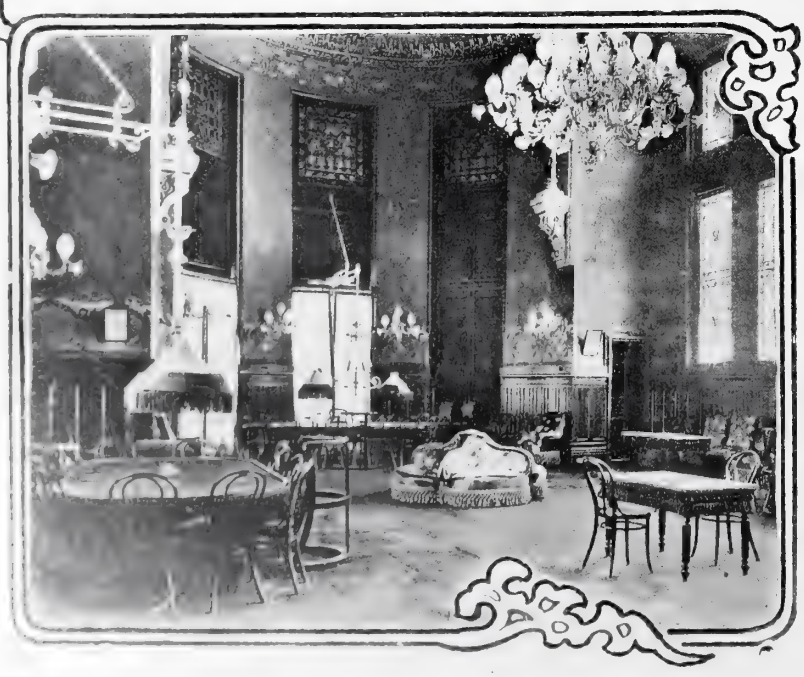
prendió que unos pedazos de marfil ó de nácar no podían ejercer el poder sugestivo que las monedas y los billetes. Parece que al dinero moneda ó papel, por recoger en los bolsillos algo que es muy nuestro, un poco del calor de nuestro cuerpo, se le tiene más cariño. Pero ¡las fichas! ¡quién guarda cosa tan molesta, tan antipática...!

Por eso cuando un afortunado mortal se retira de una mesa con un canastillo lleno de fichas, deja que le asalten femeninas manos, ayudadas en la acción por embriagadoras sonrisas de perfumados labios y por centelleantes miradas de lascivos ojos.

Por eso el indolente «punto» que por su facha parece príncipe de estirpe rusa ó rey de «trust» americano, pide con frecuencia á los comisarios de salón puñados de fichas, cuyo valor, partida por partida, va apuntando con lápiz de oro en el estucado puño izquierdo de su camisa.

De seguro que si es ruso condena el nihilismo, y si es americano condena el anarquismo, y si es elocuente hace un derroche de doctrina al hablar de esos insensatos que cuando no tienen dinero ni trabajo, pero sí hijos y hambre y frío y enfermedades, hablan mal y aborrecen á los poderosos que ponen á una carta ó dan por una sonrisa incitante lo que constituiría la tranquilidad, la salud, la felicidad de una familia.

Al del canastillo de fichas, sobre el cual cayeron como mariposas sobre deslumbrador foco de luz mujeres de suprema elegancia, Venus desprendidas de los tapices y á medio cubrir (aunque no á medio señalar sus ideales formas), le vi salir una noche después de cambiar un montón de fichas por oro y papel.



Eran las cuatro de la mañana, y llovía torrencialmente.

Cerca de la marquesina había varios coches. Dormían los cocheros bajo aquel diluvio. Son seres semianfibios.

El nuevo Midas que trocó en oro pedazos de marfil con sólo echarlos sobre el mármol blanco de la caja, empujó con el bastón al auriga durmiente que estaba más próximo.

—Al Grand-Hotel,—le dijo disponiéndose á entrar en el coche. Pero se detuvo un instante y agregó:

—¿Cuánto me va á costar?

—Cinco francos, señor,—contestó el infeliz cochero inguiéndose para sacudirse el agua y el sueño.

—¿Cinco francos? ¡¡Cinco tiros!! Vete á robar á otra parte.

Se levantó la solapa del gabán y echó á andar hacia el Hotel... ¡sin que hubiese una pulmonía perdida para él!

ANGEL MARÍA CASTELL

¿QUIÉN DA LA VEZ?

—¡A la cola esa joven del botijo!
—¡A la cola!
—¡A la cola!
—¡Ya voy, hijo!
no se atortole ustez. ¡Avemaría!
—¿Quién da la vez?
—¡Mi cuerpo!
—¡Buena tía!
—¡Caracoles, qué fino!
—¡Es justicia!
—Pus, miste, no sabía
que era ustez mi sobrino.
—¿Yo sobrino de ustez? ¡anda su agüela!
pa mí que ambos hacemos parentela;
¿le hace á usté falta un novio?
—¡Ya lo creo!
un novio de buen ver y con pesetas.
—Ese es un servidor.
—Por lo que veo,
ustez es el Rochil... ¡Las manos quietas!
—Es que ha estao usté oportuna.
—Es que si toca ustez se gana una...
—¿Una qué ha dicho usté...?
—¡Guantá!
—¡Tampoco!
¡me da usté miedo!
—¡Ni que fuera el coco!
—¡Señora Baltasara,
ya encontró preporción la Castelara!
—No la cortes el hilo, que está amando.
—Oiga, sardina en bote:
¿es pelusa?
—¡Ja! ¡ja!
—Siga tomando
pa el desarrollo la emulsión de Escote.
—¿Acaba esa tinaja de llenarse?
—¡Qué tinaja, señor, si es un puchero!
—Dice que es un puchero, y pué bañarse
el alcalde primero.
—No desageres tanto, Casimiro.
—Si eso es cuasi el estanque del Retiro.
—Damián, baja el alquila, que has cargao.
—¿Es que abusan ustés del bacalao?
—¡Que hable la de endenantes
pa que alegre el cotarro!
—¡Qué tunantes!
—¡Que se marque un tanguito!
—¡Caray, qué voz tan fina!
que se dé á conocer ese pollito,
que parece cuando habla una ocarina.
—Eso ha tenido gracia, qué canario;
¡choque usté, calendario!
—¡Ahora estoy ocupá!
—¡Venga!
—¡No puedo!
—¿Es ustez de la rama de Quevedo?
por lo graciosa, digo.
—¡Qué galante es ustez! Gracias, amigo;
me da el olor que no semos parientes,
pero tengo una tía que usa lentes.
—No me resulta el timo.
—Usté sí que es pariente.
—¿Qué soy?
—Primo.
—Miá que es usté chistosa; compañero,
¿dónde tendrá esta joven el salero?
—¡A ver, el de la jarra!
—¡Que te han visto!
—Y si no ven ustés, se compran gafas;
esto no espera vez.
¡Gachó, qué listo!
—Son ustedes más frescas que garrafas.
—¡Que quite usté el cacharro...!
—¡Que no quiero!
—Que yo estoy la primera.
—Y yo el primero.
—¡Guardia!
—¡A la cola!
—¡Que le den la oreja!
—¡Que no le dejo á usté!
—¿Que no me deja...?
—¡Darle ya cien patás en la vajilla!
—¡Menos patás!
—¡Romperle ese botijo!
—¡Que le venga á romper el que lo dijo
pa darle un caste!
—¡Baja la cejilla!
—Y que está aquí entoavía el que lo dice.
—¿Es usté la «corrupia?
—Soy el Cice,
y éste le hago en ustés dos mil añicos,
por cotorras, y primos, y groseros.
—Mucho cuidao, no jueguen los borricos
y reciban las coces los arrieros.
—¡Guardias!
—¡Que los separen!
—¡Ay!
—¡Socorro!
—¡Que me rompe usté el cántaro!
—¡Señora,
mándelo usté al dotor!
—¡Ay, mi pitorro!
¡á pagarlo en seguida!
—¡Voy ahora!

. . . . . .

A las voces, insultos y trastazos,
sigue el ruidoso choque de vasijas,
cúbrese pronto el suelo de pedazos
de cántaros, botijos y botijas,
y en la cacharrería que hay enfrente
asómase á la puerta, placentero,
á contemplar, gozoso y sonriente,
la lucha «cacharril» el cacharrero.

Antonio CASERO

DIBUJO DE FRANCÉS

UN CUADRO CERCA DE MADRID

NOTAS DEL VERANO

A ORILLAS DEL MANZANARES

La corriente serpea tan apacible, que apenas se la ve pasar. Sin embargo, á la orilla se oye el manso ruido del agua que descarna la tierra y lava los guijarros menudos y redondos, y los plumeros perfumados de los juncos balancéan su felpa sobre las aguas.

Hay una pradera vestida de toronjil y esmaltada con margaritas, y las flores moradas que los chiquillos dicen «sangre de Cristo» suscitan sus espigas melancólicas entre la fresca grama.

Y luego un boscaje de álamos blancos: los troncos de lisa corteza se yerguen, columnas unánimes de un templo sin bóveda, templo pagano, y en lo alto las hojas danzarinas reflejan el sol como espejos de plata. Son extrañas las hojas de los álamos blancos. Hinchadas por el aire parecen esféricas, y están por el reverso cubiertas de pelusilla blanca que les da apariencia de frutos á medio madurar, y en el anverso son de un verde brillante y pulido; y así, miradas de través, fingen bosques de ensueño, y bajo su luz argentada atisba el poeta danzas de ninfas.

UN REMANSO DEL MANZANARES

Pasado el boscaje de álamos blancos hay maleza brava y melenas de espino: ahora están en flor, y ríen sobre los dardos como estrellas de nieve las campesinas rosas de zarza: y el río corre manso junto á las rosas y las espinas. Hay un macizo de álamos negros:

troncos rugosos sostienen frondas susurrantes que cantan á dúo con las aguas la canción vieja y siempre nueva; y bajo las frondas hay tapices de césped que invitan al descanso y á la dulce pereza del espíritu. Tendido sobre ellos, si se mira á lo alto, el movimiento de la verde techumbre forja rimas sin letra y suscita cantares sin sentido: á veces, apartándose las ramas, un trozo de cielo se ofrece azul y límpido como versículo de revelación; y los ojos guardan largo rato el deslumbramiento de su centelleo, tanto, que han de cerrarse vulnerados por la espada de luz. Y cuando se han cerrado parece que el reino de la paz comienza en el espíritu. Yo no sé cuántos ruidos diversos componen la voz de nuestra madre Naturaleza, pero sí sé que se oyen á la margen del río, bajo los árboles, aleteos de mariposas y trinos de pájaros y saltos de ranas que en la corriente se chapuzan, y revolotear de hojas que se han desprendido y van buscando donde morir... Y sobre todos, como fondo, como pauta, como ambiente, ese especial rumor del aire que á los rayos de sol vibra como una lira que estuviese muy lejos.

A ORILLAS DEL MANZANARES

Pasa una chicuela cantando: lleva en la falda recogida rico botín de flores de malva, y en el rostro moreno muchos besos del sol.

Más allá el paisaje toma aspecto señorial: la perspectiva se abre, el río por un instante se torna profundo y las aguas verdean con quietud de lago; hay en la orilla una espesura que cierra el horizonte y hace pensar en parques feudales: acaso las almenas del castillo campan más allá, del otro lado de las frondas. Bien á la orilla se desmayan los sauces: sus cabelleras verdes lamen las aguas, llorando su eterna viudez; las ramas dislocadas adoptan actitudes gemebundas, y hasta la hierba que bajo ellas brota es fina y atildada como de parque, como de jardín. En la humedad abren los tréboles sus hojas, ya bucólicas, ya cabalísticas, pasto de corderos, portadores de felicidad, esas que las chiquillas guardan en dijes como promesa de noviazgo temprano y de amor perdurable.

A la sombra melancólica y tembladora de los sauces, un tropel de arrapiezos se baña y se baña una hora y otra hora y siempre: saltan como delfines persiguiendo los peces escasos y las ranas, y los pescan sin redes ni anzuelos, á salto libre y á puñada heroica.

—Pero muchachos, ¿no tenéis frío?

—¡Ay, señorito! si se pasan la vida en el agua.

Y el sol se ríe sobre su piel moruna, el sol implacable de Madrid; porque estas aguas quietas y estos boscajes de álamos y estos sauces que lloran y estos nenes que ríen y se bañan, hállanse acá en la corte entre las puentes Segoviana y Toledana; porque este río es nuestro calumniado Manzanares, y estas frescas orillas son las que á D. Francisco de Goya sirvieron de fondo y dosel para las gentiles figuras de sus majas.

G. MARTÍNEZ SIERRA

FOTOGS. DE V. M. SIERRA

LO QUE HAN SIDO LOS GUERREROS—DESDE LOS TIEMPOS PRIMEROS

ALELUYAS PARA CHICOS PEQUEÑOS, POR CILLA

1. Los bravos de las épocas primeras
con pieles se adornaban como fieras.

2. Un noble ballestero y fiel amigo
del difunto rey godo Don Rodrigo.

3. Cubre el conde la faz con la celada
y se va por los campos de mesnada.

4. A Flandes con los tercios se marchó,
y hay que ver lo flamenco que volvió.

5. Siglo diez y ocho, modelo de elegancia;
¡como que vino el figurín de Francia!

6. Con constancia, valor, celo y paciencia
luchó por nuestra santa independencia.

7. Y [illegible] la nación
[illegible] merecen.

8. A mediados del siglo diez y nueve,
vistiendo así pasmaron á la plebe.

9. Hoy la moda tirana
impone el pantalón de anca de rana.

Actualidad artística

LA DIVINA COMEDIA, DE BENEDITO
FOT. CIFUENTES

MISERICORDIA, DE MARÍN FOT. CIFUENTES

En el patio de la derecha del ministerio de Estado se hallan expuestas las obras enviadas por los Sres. Chicharro, Alvarez de Sotomayor, Benedito, Garnelo, Marín, Llorens y Núñez, alumnos pensionados de tercer año en la Academia española de Bellas Artes de Roma.

El pintor sevillano Eduardo Chicharro ha hecho un trabajo concienzudo, *Reinaldo en el bosque encantado*, de tendencia modernista; Fernando Alvarez de Sotomayor, *Orfeo atacado por las bacantes*, un cuadro en blanco y negro sobriamente dibujado y notable de factura; Manuel Benedito, el paisano y discípulo de Sorolla, se ha inspirado para su trabajo en el canto VII del Infierno en el poema del Dante *La Divina Comedia*, y ha concebido y realizado con fortuna la grandiosidad de aquella obra; los trazos son enérgicos, la entonacion admirable y el conjunto imponente.

ORFEO ATACADO POR LAS BACANTES, DE ÁLVAREZ SOTOMAYOR
FOT. CIFUENTES

El grupo escultórico de Manuel Garnelo titulado *Protección* es notable, como lo es asimismo el enviado por Enrique Marín con el título de *Misericordia*. Francisco Llorens ha enviado un paisaje de Italia y dos estudios al carbón, y Juan Núñez dos aguafuertes.

En la imposibilidad de reproducir por falta de espacio todos los trabajos lo hacemos de

algunos, sin que esto signifique preferencia ni prejuicio en favor de unos, pues todos merecen igual distinción y aprecio por nuestra parte, tributándolos nuestro modesto pero siempre sincero aplauso.

PALMA de Mallorca ha celebrado el derribo de las murallas con grandes festejos, entre los cuales merece mención muy especial la Exposición Industrial.

La inauguración de la Exposición Balear revistió mucha solemnidad, asistiendo las autoridades provinciales y locales. El obispo de la diócesis bendijo el local, y el alcalde pronunció un discurso muy elocuente. La Exposición estaba constituída por cuatro grandes departamentos para las secciones de Bellas Artes, Agricultura, Antigüedades y Labores femeninas. La mucha gente que ha visitado la Exposición hace grandes elogios de ella, especialmente de la sección de Arte retrospectivo, en la que figuraban verdaderas riquezas de propiedad particular. También en la de Labores femeninas había trabajos muy notables. La sección agrícola era la más pobre, debido, más que á nada, á la apatía de los que, pudiendo concurrir para patentizar los adelantos de aquel país, se retrajeron sin motivo justificado.

EXPOSICIÓN INDUSTRIAL DE PALMA DE MALLORCA. SECCION DE ARTE ANTIGUO
FOT. MONTANER

De todos modos, la Exposición ha sido un paso importante que honra mucho á la provincia que la ha celebrado.

* * *

SECCIÓN INDUSTRIAL FOT. MUNTANER

AÑO TRECE Y NUMERO 645 MADRID DIA 5 DE SEPTIEMBRE DE 1903

BLANCO Y NEGRO

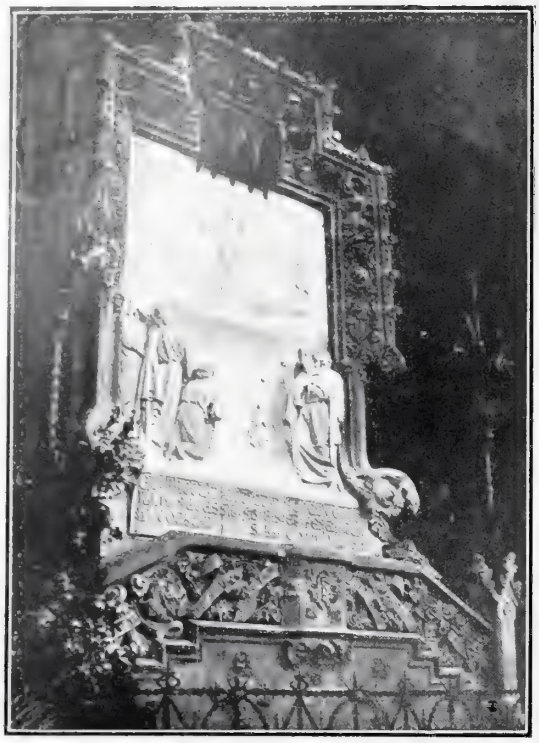
Maitre Labori

La fama del orador político y parlamentario rápidamente traspasa las fronteras de su nación: no así la del jurisconsulto, salvo aquellos rarísimos casos en que el abogado viene á ser el intérprete de los sentimientos de un pueblo ó de una gran parte de él y de la humanidad, como sucede con Mr. Fernando Labori, célebre por haber defendido á Dreyfus, no menos célebre por haber defendido á Teresa Humbert.

Mr. Fernando Labori, cuyo retrato, maravillosamente dibujado por el ilustre artista monsieur Richard Carniel, de París, publicamos en esta página, es el prototipo del hombre moderno, que se ha formado á sí mismo, empujando su recia voluntad á su inteligencia privilegiada. Pocas veces la noble misión del abogado habrá sido ejercida con mayor alteza de miras ni con más honrada fortaleza que en el trance verdaderamente

pavoroso de la defensa de Dreyfus. En aquellos días de crisis para la patria francesa, *maître* Labori hubo menester reunir á la calma y serenidad del abogado la presencia de espíritu del hombre político y la superior penetración de los hombres capaces de conducir á los pueblos y de iluminar los repliegues obscuros de la Historia, donde se refugian todas las maldades humanas. Y cuando media Francia pedía con desaforados y salvajes gritos la destrucción de la otra media y las ciudades se dividían en dos bandos y el cisma se ahondaba hasta en el seno de los hogares pacíficos, ni la calumnia ni la maledicencia pudieron nada contra el egregio representante de la ley y de la razón. Acusóse entonces á todo el mundo, hundiéronse reputaciones consagradas, se arrojó al lodo la gloria adquirida con sangre en los campos de batalla. Labori sólo permaneció incólume. Murió Zola el apóstol: sano y vivo quedó Labori el abogado.

El proceso Humbert ha sido nueva demostración de la ductilidad de su flexible talento. Cuanto podía conseguirse buenamente en un país como Francia, dominado por la burguesía amante del dinero y del ahorro, lo ha logrado Labori. Su elocuencia es tanto más apreciada, cuanto que hoy la oratoria no florece en Francia como antaño. Labori llegará á la Academia francesa, donde ya cuenta con muchos votos. Llegaría á ser cuanto quisiera si no hubiese tenido el acierto de apartarse de la política.



EL NUEVO MISTERIO DE MONTSERRAT
FOT. CARDELLACH

BLASCO IBÁÑEZ EN EL BANQUETE DE VALENCIA
FOT. F. GÓMEZ

ACTUALIDADES

El hermosísimo santuario de Montserrat es una de las joyas que los catalanes cuidan con más atención y esmero. Cada año, cada día añaden nuevos y artísticos atractivos á las grandiosidades que allí edificó la Naturaleza. Hace pocos días se ha inaugurado una preciosa obra escultórica, el *Segundo misterio*, en el camino que conduce á la cueva de la Virgen.

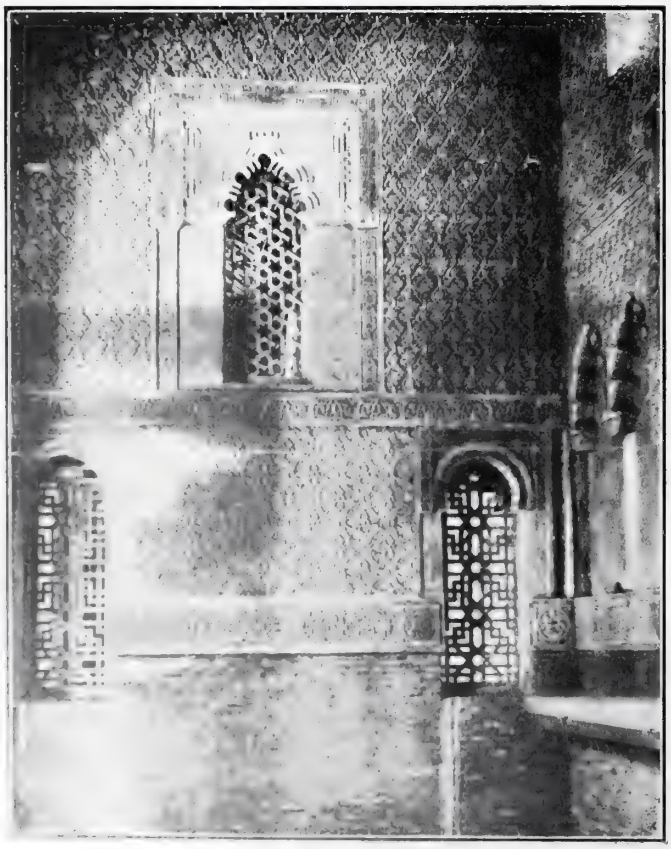
D. ESTANISLAO SÁNCHEZ CALVO
FOT. DUARTE

Nuestro corresponsal de Valencia nos remite fotografías de la fiesta celebrada en dicha capital en honor de los concejales republicanos. Asistieron á ella el Sr. Blasco Ibáñez y mil cien comensales.

Con motivo de haberse inaugurado un sencillo monumento á la memoria del ilustre y malogrado filósofo y filólogo asturiano D. Estanislao Sánchez Calvo, honramos esta plana con el retrato de aquel sabio, á quien casi nadie conoció ni apreció como se merecía hasta que se supo la noticia de su muerte. Pocos talentos más grandes que el que Sánchez Calvo demostró en su *Filosofía de lo maravilloso positivo*, y en *Los nombres de los dioses*, entre otras notabilísimas obras.

Bueno es que se alcen monumentos á los sabios y también que se restauren las preciosidades arquitectónicas próximas á hundirse. Así han hecho los cordobeses con la magnífica y antigua iglesia de San Pablo, recién restaurada y abierta al público. De su importancia artística pueden juzgar nuestros lectores por el adjunto detalle.

DON RUPERTO



DEL INTERIOR DE LA IGLESIA DE SAN PABLO EN CÓRDOBA
FOT. J. MONTILLA

La enfermera

El enfermo exhaló una queja tristísima, revolviéndose en su cama trabajosamente, y la esposa, que reposaba en un sofá, en el gabinete contiguo á la alcoba, se incorporó de un salto y corrió solícita adonde la llamaba su deber.

El cuadro era interesante. Ella, con rastros de hermosura marchita por las vigilias de la larga asistencia; morena, de negros ojos, rodeados de un halo obscuro, abrillantados por la excitación febril que la consumía—sosteniendo el cuerpo de él, ofreciéndole una cucharada de la poción que calmaba sus agudos dolores. Escena de familia, revelación de afectos sagrados, de los que persisten cuando desaparecen el atractivo físico y la ilusión, cebo eterno de la naturaleza al mortal... Sin duda pensó él algo semejante á esto, que se le ocurriría á un espectador contemplando el grupo, y así que hubo absorbido la cucharada, buscó con su mano descarnada y temblorosa la de ella, y al encontrarla, la acercó á los labios en un movimiento de conmovedora gratitud.

—¿Cómo te sientes ahora?—preguntó ella arreglando las almohadas á suaves golpecitos.

—Mejor... Hace un instante, no podía más... ¿Cuándo crees tú que Dios se compadecerá de mí?

—No digas eso, Federico,—murmuró con ahinco la enfermera.

—¡Bah!—insistió.—No te preocupes. Lo he oído con estos oídos. Te lo decía ayer el doctor ahí á la puerta, cuando me creíais amodorrado. Con modorra, se oye... Si me alegro, Juana mía. No me quites la única esperanza. Mientras más pronto se acabe este infierno... No; ¡perdón! Juana: me olvidaba de que á mi lado está un ángel... ¡Ah! ¡Pues si no fuera por ti!

Muy buena sería Juana, pero lo que es propiamente cara de ángel no la tenía. En su rostro se advertían, por el contrario, rasgos de cierta dureza, una crispación de las comisuras de los labios, algo sombrío en las precoces arrugas de la frente y, sobre todo, en la mirada. Federico se enterneció al considerar el estrago de aquella belleza de mujer destruída en la lucha con el horrible mal.

—Juana...—balbuceó.—Me siento ahora un poco tranquilo. Sin duda has forzado la dosis del calmante... No te sobresaltes. ¡Si es mi afán! Escucha... Voy á aprovechar esta hora; tengo que decirte... Prométeme que me escucharás sin alterarte, Juana...

—Federico: no hables; no te fatigues—respondió ella.—No pienses más que en tu salud. Los asuntos para después: cuando sanes del todo.

—¡Después!—repitió meditabundo el enfermo.—Su mirada vaga, turbia, se fijó en un punto imagina-

rio del espacio; lejos, lejos... camino del *después* misterioso hacia donde le arrastraba implacable su destino.—Ahora—insistió.—Ahora ó nunca, Juana. No me hará daño, créelo. Estoy seguro de que, al contrario, me hará bien. ¡Si tú sospechases lo que pesa en el corazón un secreto! ¡Si supieses cómo abruma eso de callar á todas horas!

—¿Un secreto?—contestó como un eco Juana, inmutándose.

—Por favor, querida... no te alarmes ya, ni te alborotes cuando te confiese... Prométeme que tendrás serenidad. Siéntate ahí; dame la mano. ¿No? ¡Como quieras...!

—¿Es? Te cansas; déjalo, Federico,—porfió Juana agitada por imperceptible temblor, como si luchase consigo misma.

—Oye... Nadie mejor que yo conoce lo que le perjudica. Estoy cierto de que hasta para morir más resignado necesito espontanearme, acusarme... Juana: ahora no somos más que un pobre enfermo y la santa que le asiste. El último consuelo te pido; sé indulgente; dime por anticipado que me perdonarás.

—¡Te perdono... y calla, Federico!—profirió ella sordamente, á pesar suyo, en tono colérico.

El, realizando sobrehumano esfuerzo, se sentó en la cama, echando fuera el busto, inclinándose hacia su mujer en un trasporte cariñoso y humilde. Era de esos enfermos afinados por el dolor, que dicen y hacen cosas tiernas y desgarradoras y se afanan en excitar los sentimientos de los que les rodean. La emoción profunda de Juana le animó; cruzando las manos con fervorosa súplica, rompió á hablar:

—Me perdonas, me perdonas... Es que no sabes; es que crees que se trata de alguna falta leve. Fué grave; soy muy culpable, y me atormenta pensar que te estoy robando, no sólo el tiempo y el trabajo que te cuesta cuidarme, sino otra cosa que vale más... Después de que lo sepas, ¿me querrás todavía? No me abandonarás, á que muera como un perro?

Juana se puso de pie de un brinco. El temblor nervioso de su cuerpo se acentuaba. Su voz era ronca, dura, fúnebre, cuando dijo con aparente irónica frialdad:

—Ahórrate el trabajo de confesar. Estoy tan enterada casi como tú mismo.

El enfermo, sobrecogido, se dejó caer sobre la almohada. Sus pupilas se vidriaron sin humedecerse. El llanto seco, por decirlo así, de los organismos agotados.

—¡Estabas enterada!

—¿Para qué creías?—repuso ella, lívida, apretando los dientes, apuñalándole con los ojos.

[illegible] cubrió el rostro, aterrado. Acababa de desmoronársele dentro lo único que le sostenía... [illegible] amor de su enfermera; alentaba aún, gracias á tal convicción; y he aquí que las inflexiones de la voz, el gesto, la actitud de Juana acababan de arrebatarle, de súbito, esa divina creencia. El [illegible] había [illegible]rentado en ellos tan sin rebozo, tan impetuoso en su revelación impensada, que [illegible] del peligro—del peligro latente, mal definido, acechador,—suprimió en aquel ins-

tante la noción del remordimiento y atajó la confesión en la garganta.

—Juana — suspiró, — ven, oye... Mira que no hubo nada. ¡Lo que iba á contarte eran unas tonterías...!

Ella se acercó. En los carbones por donde miraba brillaban ascuas: su ceño se fruncía trágicamente; las alas de su nariz palpitaban de furor. Nunca la había visto Federico así: y sin embargo, era una expresión que se adaptaba bien al carácter de su fisonomía, ó mejor dicho, patentizaba su fisonomía verdadera. El terror del enfermo paralizó hasta su lengua. Por instinto pueril quiso ocultarse bajo la sábana.

—No te escondas—articuló ella despreciativamente, pisoteándole con el acento.—Mira que si te veo tan miedoso, me re-i-ré de ti. ¿Comprendes? Me re-i-ré. ¡Y es lo único que le faltaba á mi venganza para consumarse! ¡Reir! ¡La risa! ¡Oh! ¡Cómo te aborrezco! Ya no callo mas...

Federico la miraba extraviado, loco. ¿Tendría pesadilla? ¿Era ya la muerte, la fea muerte, la condenación, el castigo de ultratumba? ¿Era la forma que tomaba, para torturarle, su conciencia de pecador?

—¡Juana!—tartamudeó.—¿Estoy soñando? ¿Venganza? ¿Me aborreces?

Ella se aproximó más; acercó su boca á la cara de Federico, y como filtrándole las palabras al través de la piel, repitió:

—Te aborrezco. Me creíste oveja. Soy fiera, fiera; oveja no. Me ofendiste, me vendiste, me ultrajaste, torturaste mi alma, me enloqueciste, me alimentaste con ajenjo y con hiel,—¡y ni aun te tomaste el trabajo de reconocer que mi juventud se marchitaba y se ajaba mi hermosura y se torcía mi alma, antes confiada y generosa! Y cuando te sentiste herido de muerte—de muerte, sí, y pronta; ¡lo has acertado...!—entonces me llamaste: «Juana, á servirme de enfermera... Juana, á darme la poción...»

—¡Y lo hiciste de un modo sublime, Juana!—sollozó él.—¡Y fuiste una mártir, á mi cabecera! ¡No lo niegues, querida mía! ¡Perdóname!

Juana soltó la carcajada. Era su reir un acceso nervioso; asemejábase á una convulsión, que retorcía sus fibras.

—¡Sí que lo hice!—repitió por fin, dominándose con energía tremenda.—¡Sí que lo hice! ¡Vaya si te dí la pocion! Cada día te dí la poción... ¡que más daño te hiciese! ¡Aquella y no otra! ¡Ah! ¿No lo sospechabas? ¡Tú sí que has sido engañado! ¡Tú sí! ¡Tú sí!

Oyéronse toquecitos en la puerta. La voz respetuosa de un criado anunció:

—El señor Doctor.

Y entró el joven médico, guanteado, afeitado, afable, preguntando desde el umbral:

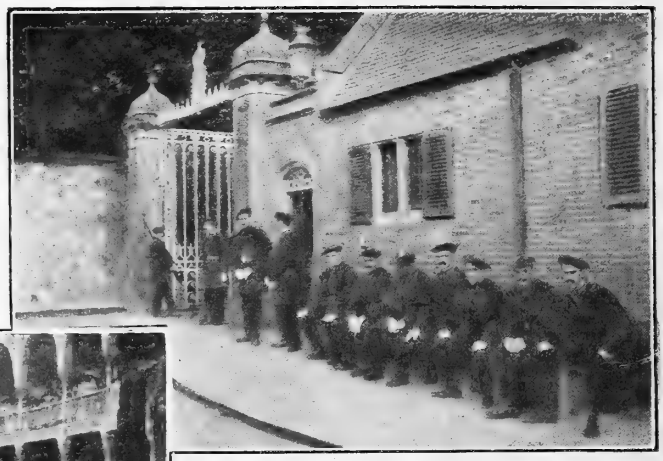
—¿Cómo sigue el enfermo? ¿Y la incomparable enfermera?

EMILIA PARDO BAZÁN

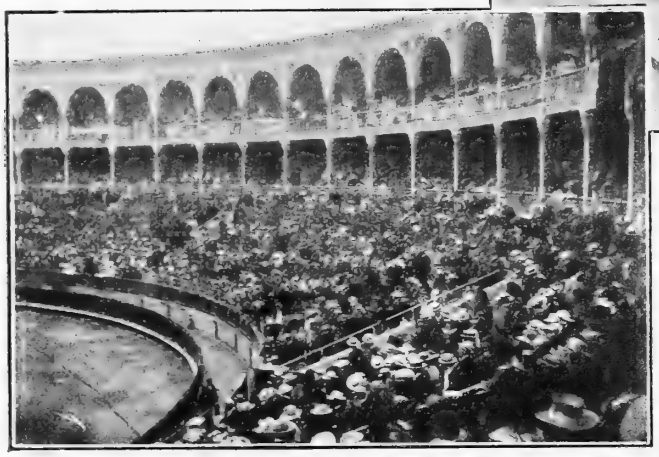
DIBUJOS DE MENDEZ BRINGA

NOTAS DE SAN SEBASTIAN

SAN Sebastián hace su agosto. Merecido lo tiene la ciudad, que todos los años ofrece un nuevo y poderoso atractivo á la gente que la visita. Los tiene para todos los gustos, y hay veraneantes de los campos de Castilla, Extremadura ó Aragón, para quienes es una novedad ver todos los días á los Reyes cuando salen; y cuando no, contemplar su guardia de vistosos miqueletes, el cuerpo valiente, heroico, al que todavía no ha hecho la Historia toda la justicia que merece.



LA GUARDIA DE MIQUELETES EN MIRAMAR



LA PLAZA DE TOROS DONOSTIARRA FOTS. ASENJO

El año pasado ofreció San Sebastián como cosa nueva el ferrocarril al monte Ulía. Este año, otro tranvía, el de Hernani, que bordea el Urumea recorriendo valles divinos. Ha inaugurado una Plaza de Toros que es un monumento y que en los días de corrida ofrece un cuadro de color y de animación como ninguna otra. Las clases distinguidas tienen *Novelty*, el establecimiento de moda por su artística decoración y porque en él se sirven refrescos y *lunchs* y pasteles de primera calidad. Madrid, con ser Madrid, no tiene un *Novelty*; ¡buena falta le hace! Y como si todo fuera poco, el Gran Casino con sus magníficas fiestas y cotillones y tantos otros entretenimientos, dan á San Sebastián todo el carácter de ciudad moderna y europea, orgullo legítimo de España.

«NOVELTY» EL ESTABLECIMIENTO DE MODA EN EL BOULEVARD FOTS RESINES

PANORAMA DE SUANCES

RINCONES VERANIEGOS

SUANCES

Ni se ve fácilmente la playa cruzando la mar alta por el derrotero ordinario de los buques que navegan costeros, ni se descubre tampoco desde tierra si no se está ya casi encima de los riscos que forman el tranquilo puerto. Es un rincón de los más escondidos del litoral cantábrico.

Unos viejos islotes carcomidos por el eterno golpeteo de las olas, y en los que viven solitarios entre las grietas y los hierbatos mustios algunos conejos, cierran por el Nordeste la ancha rada, abierta, no obstante, en extensión muy grande á la furiosa entrada de los mares de invierno; pero es la playa tan tendida y suave y tan poco brava la ribera, que sin duda no alcanzan á ver los navegantes las espumas de la rompiente, ni escuchan los ecos rumorosos de su inacabable combate.

Arriba, sobre una ladera siempre verde, de alegres praderías, se encarama el pueblo labrador, la iglesia y la mayoría del vecindario «indígena»; abajo, junto á la playa grande, y al resguardo del malecón y la caleta que forman la otra «playuca» más pequeña, está el *Suances* de los veraneantes, los forasteros, los excursionistas y los industriales, que van allí tomando carta de vecindad.

CHALETS EN LA PLAYA GRANDE DE SUANCES

E. Varela

Arribamos nosotros á Suances por vía marítima; una lancha, á golpe de remo, nos llevó mansamente por la ría tortuosa desde la estación de Requejada, de la línea del Cantábrico, donde se deja el tren. El paseo es de los que brindan incomparables encantos, y ni dura tanto que la embarcación canse y el banco del bote parezca duro de muelles, ni se acaba tan pronto que al excursionista no se le deje tiempo de admirar largo rato las lejanías de Polanco y de Torrelavega y Reocín, los altos de Cortiguera, las mieses y el pintoresco caserío de Cudón, las dunas de Cuchía, y el camino, en fin, plateado y magnífico de la hermosa ría, que se revuelve cuatro veces por entre las colinas para llegar al malibre, encauzado á lo largo por interminables malecones que cubren los pleamares de las mareas grandes.

En la caleta, al pie de las ruinas de una vieja torre que aún se alza en la entrada de la ría, están las fábricas de conserva de pescado, industria importantísima que representa para Suances muchos cientos de miles de pesetas.

En la playa grande están las fondas, los *chalets* alquilables, las hospederías humildes y las casitas aisladas de particulares, que se ocupan en la temporada balnearia por sus dueños. Alguna se ve de personajes. No son lujosas; ninguna llega á tanto: tienen, lo más, aspectos del bienestar de sus dueños.

UN TROZO DE LA RÍA

Núñez de Arce, el gran poeta que acaba de morir dejando eterna memoria, conocía esto bien. El murallón vacilante de la vetusta torre que ofrecen aquí las fotografías de Linacero, el corresponsal artístico de BLANCO Y NEGRO, le inspiró la primera décima de aquellas magistrales de su poema *El vértigo*.

Todavía, aportillada y todo, desmoronadas las saeteras de lo alto, cegado el foso, desaparecida la muralla que la circundó un tiempo, y amenazante y ruinoso lo que aún se conserva en pie de la imponente masa del castillo, podría entender cualquiera el parecido.

Es lo que más fuertemente atrae allí la atención del viajero. Con ser tantas las grandezas del lugar, aquella mole, ruinosa y vacilante como todas las tradiciones, sugestiona de modo poderoso.

Al pie de ellas, trepando al risco en que se asienta por el sendero que sube desde la playa, secan y componen sus redes los pescadores de Suances sin pensar en leyendas y sin saber que allí mismo labró en bloques soberbios otro gran monumento un gran poeta enamorado del mar de Cantabria...

JESÚS DE COSPEDAL

OTS. LINACERO

DON BARTOLO MURILLO

El apodo, obra de la compasión despreciativa con que los jóvenes principiantes saben tomar venganza de las dogmáticas pedanterías de los viejos, se lo habían puesto al anciano pintor los muchachos y muchachas que asiduamente concurren al Museo del Prado á emborronar lienzos. Y á la verdad, le caía muy bien, porque si la cabeza grande y altiva, *de escuela española*, indudablemente tenía un aire noble é imperioso como de personaje velazquino, de aquellos que con el agudo pico de la perilla canosa acentúan y rematan la voluntariedad de la quijada saliente, en cambio el cuerpecillo escurrido y pequeño, como de ave desplumada, las piernecillas cortas, divorciadas y nada propicias á juntarse como no fuese por los talones, y el traje pobrísimo lleno de calvas y rancheado de lamparones deslucían y estropeaban el porte señorial de la testa orgullosa. Es decir, que tenía el viejo una parte alta y castiza, á la cual cuadraba bien el sonoro nombre de Murillo, y otra parte ridícula y caricaturesca, en la que no dejaba de convenir con el apayasado personaje de *El barbero de Sevilla*.

Malas lenguas aseveraban, y quizás no iban muy lejos de la verdad, que en pasados tiempos D. Bartolo había tenido, como el doctor sevillano, alguna preciosa é inestimable joya que guardar, y según añadían, tan desdichado como su homónimo, se la había dejado robar, no sabemos si por Almaviva ó por Lindoro; total, por algún avisado truhán que se iba tras *lo vivo*, mientras D. Bartolo se embebecía con lo pintado. Historia antigua era aquélla difícil de investigar y de poner en claro. Lo único cierto era que D. Bartolo Murillo estaba siempre de un humor de perros.

Porque ya es ocasión de hacer constar que el agrio, el cejijunto, el insoportable D. Bartolo, cuyo corazón era todo hieles, y cuya boca toda era juramentos, no hacía ni había hecho en toda su existencia otra faena artística sino la de copiar las Concepciones de su homónimo el gran artista sevillano, y de allí no había quien le sacase, porque el hombre no acertaba ni á dibujar por su cuenta ojo, nariz ó dedo, ni mucho menos á copiar de Velázquez, de Tiziano ó de cualquier otro autor que no fuese el de *Santa Isabel*. Si alguna vez había sido joven D. Bartolo, cosa que todos cuantos le conocían ponían en duda, no es absurdo suponer que en tan apartados y remotos tiempos quizás supo hacer algo más que aquéllo; pero en la sazón y punto en que le vemos, no sólo se había limitado á copiar á Murillo, sino que aun de este pintor copiaba únicamente las Concepciones, pareciéndole bagatelas despreciables todos los demás cuadros.

Todo esto apenas merecería recordarse, á no constituir un caso verdaderamente extraño y digno de estudio la psicología artística de aquel pobre hombre, cuya alma estaba llena de ferocidad y de insano aborrecimiento contra cuanto no fuesen aquellos tres lienzos (las dos Concepciones de cuerpo entero y la de medio cuerpo), á los que desde hacía treinta y más años venía amarrado su mísero vivir.

Al llegar aquí podrá presumir alguien que, á semejanza de otros muchos hombres de carácter irascible y violento, en la exterioridad guardaba D. Bartolo en su alma algún inesperado y riquísimo venero de ternura y dulcedumbre, de apasionamiento amoroso, de unción mística ó siquiera de entusiasmo devoto. Nada menos cierto. Fuera por sus pasadas y misteriosas desgracias, por la estrechez de su vida ó por lo que fuese, Murillo *el malo* era un hombre absolutamente seco por dentro como por fuera, y el humor endiablado de que alardeaba respondía, en efecto, á un endemoniado carácter. Pero lo notable, lo inaudito y peregrino del hombre aquél era que la acritud y aspereza del genial se traducían artísticamente en un amaneramiento empalagosísimo, en una suavidad tan rebuscada y antipática de colores y de tonos, que á los pocos admiradores de Murillo que entre la gente joven quedaban, acometíanles, cada vez que le veían terminar una copia, deseos violentísimos de emprenderla á paletazos con el chiflado viejo.

No hay manera de explicar aquí hasta qué inverosímil extremo llevaba el triste D. Bartolo su afán de *hacer suave*, *vaporoso*, *angelical*, acaramelando los tonos ya en demasía blandos del original, dulcificando las medias tintas y envolviendo el rostro y el cabello de las vírgenes en azulada veladura, para hacerlos aparecer como cosa ensoñada y vista en deliquio inefable ó en dulce transporte y arrobamiento. Ni la madre que la parió habría reconocido en aquellas figuras hechas de humo y de gasa á

la hermosísima sevillana que sirvió á Murillo el grande para imaginarse el rostro y apostura de la Reina de los Cielos. Pero ¡ah! el picarón de D. Bartolo conocía muy bien los gustos y las aficiones de su público, formado por monjitas que allá en su apartado convento de provincias recordaban acaso la linda imagen de Nuestra Señora y querían tenerla presente en sus altares, ó bien por elegantes damas que le encargaban una Concepción para las capillas de sus hoteles. Y D. Bartolo, sobando los perfiles, relamiendo las vestiduras, matando las sombras, amortiguando los clarobscuros, se regodeaba al imaginarse toda una comunidad de benditísimas y cándidas esposas del Señor extasiada ante aquella copia y prorrumpiendo en exclamaciones de infantil asombro: «¡Qué hermosa!» «¡Qué dulce, qué suave!» «Parece que se sostiene en el aire que no

pesa, que sube, que de las nubes sale.» «¡Mira, mira: parece que nos está mirando á todas!» «¡Anda, y poniéndose á este lado mira hacia aquí, y poniéndose al otro mira hacia allá! ¡Esta sí que es maravilla! ¡Este sí que es milagro!...»

Y á D. Bartolo se le caía la baba profetizando éstas y otras frases. Indudablemente, sí, Murillo fué un pintor inmenso; pero *mejorado*, idealizado, poetizado por D. Bartolo... había que verle. Lo único malo que en esto había era que, á pesar de su práctica larguísima, D. Bartolo cada vez pintaba más despacio. Iba poquito á poco poniendo pinceladas tras pinceladas, tímidas, cortitas, empastando prolijamente, estudiando los efectos en la paleta, esforzándose á la desesperada en un trabajo de chino, gastando paciencia y tiempo, enrabiándose cien veces cada día... Y todo ello para sacar cincuenta ó sesenta duros, rara vez dos mil reales, por cada copia. Tiempo hubo en que pudo copiar dos Concepciones en un mes; pero llegado á los sesenta y cinco ó sesenta y seis años, la mano le pesaba, fatigábansele los ojos, al punto de que, al retirarse todos los días, cuando ya todos los aprendices y aprendizas de pintura se habían largado, armando mucho ruido y dejando en pos de sí una estela perfumada de alegría juvenil y una armoniosa nube de canciones y de chistes, al pobre viejo cada párpado le pesaba una arroba; los colores del cielo y los de la tierra se le confundían; los árboles se le figuraban azules como el manto de la Inmaculada, y los golfillos de la calle le hacían la misma traviesa mueca de los angelitos murillescos. Torvo y enfurruñado, emprendía el hombre su caminata Prado adelante para desentumecerse; el mundo entero le cargaba; nada tan repulsivo, antipático y odioso como la turbamulta de chulos, cocheros, guardias, señoritas cursis y señorones engabanados que topaba en el paseo.

A veces, más de las que él quisiera, se encontraba en medio del paseo con la causa de todas sus desdichas y malos humores: su hijo, un señorito achulado, vicioso, inútil para cuanto no fuera asistir á todos los estrenos del género chico, propalar ó inventar *timos* y dicharachos sin gracia en un lenguaje tabernario, arrastrando las letras con la indolencia misma con que un alcohólico arrastra los pies, y gastarse alegremente los pocos ó muchos cuartos que el viejo *percanceaba* con sus pinturas, como el tarambana del muchacho decía. En cada encuentro de aquéllos, el hijo dejaba al padre *sin un botón*, caso de que los llevara, y tal miedo tenía ya el viejo al mozo, que las explicacio-

nes entre ellos habían llegado á ser sumarísimas.

D. Bartolo se hundía en las callejuelas afluentes á la del Barquillo, renegando por dentro y por fuera hasta llegar á su casa, no lejos del *fabricón* donde se proveen de *alimento inglés* todos los barquilleros de Madrid. Cenaba poco ó nada y se metía en el lecho tempranito, revolviendo siempre en el magín la misma preocupación, recontando imaginativamente las pinceladas que había puesto en la fimbria de la túnica ó en el cabello de la sagrada imagen, rememorando sus infalibles recetas. «Aquí—pensaba—son dieciocho pinceladas de blanco plata y seis de cobalto, ni más ni menos; acullá siete de siena tostada y seis de verde veronés, cortitas, como de medio centímetro, ni una más ni una menos; estoy seguro.» Y con estas imaginaciones se dormía, para volver muy temprano á la faena trabajosísima. El fresco de la mañana le reanimaba, fortalecía sus ideas. Y paseando por el peristilo del Museo, mientras abrían las puertas, contemplaba á los jóvenes artistas madrugadores que bromeaban ó hablaban de toros, de mujeres y de política; todos aquellos chiquilicuatros eran positivamente unos imbéciles que estaban malgastando su juventud en copiar á Velázquez, á Rubens, á Ribera y ¡horror! al Greco, á aquel disparatado é incomprensible Greco, cuyas obras, según pensaba don Bartolo, se hallaban allí en el Museo para escarnio y burla del sentido artístico, así como se tiene en algunas casas grandes un bicho raro ó repugnante por mera curiosidad de mal gusto. Todos aquellos mozos estaban equivocados, y sólo él, D. Bartolo, tenía razón. La única ventaja de este aislamiento suyo era que ninguno de aquellos jóvenes le disputaba el sitio ni le causaba más molestias que las puramente morales ó, mejor, filosóficas. Ninguno copiaba los cuadros de Murillo, sobre los que don Bartolo ejercía mero y mixto imperio; lo cierto es que nadie encargaba copias de las Inmaculadas á otro artista, y los marchantes y almacenistas de cuadros siempre se dirigían á él para tales empresas. No obstante, un día, con no menor asombro que el que hubiera experimentado viendo desaparecer entre nubes efectivas y verdaderas á sus adoradas Concepciones, vió D. Bartolo Murillo acercársele un mozalbete pequeñito, vivaracho, con barbita de oro, que parecía escapado de una tabla de Vicente Juan Macip, y que hablando con asperísimo acento valenciano, le rogó que tuviese la bondad de dejarle un poco de sitio, porque también él quería copiar la Concepción *de medio cuerpo*.

—Sólo cuatro ó cinco días le incomodaré, Sr. Murillo,—añadió, como pidiéndole perdón, el atrevido joven.

—¡Cuatro ó cinco días!—gruñó D. Bartolo, como si le propusieran un crimen.—¡Hombre, me hace gracia! ¿Y qué va usted á hacer en ese tiempo? Copiará usted una manga...

—Copiaré toda la figura, y el párroco de Castellflors, que me la encargó, se chupará los dedos de gusto,—repuso burlón el valenciano.

—¿Me querrá usted decir lo que va á hacer, á mí, que llevo treinta y tantos años copiando á Murillo?

—Le digo á usted lo que usted verá,—concluyó el *chufero*, como ya le llamaba D. Bartolo; y se puso manos á la obra.

Por más que hizo el artista viejo esfuerzos inenarrables para reprimir su curiosidad y conservarse indiferente

á aquella horrenda profanación, no pudo contenerse; estaba desasosegado, nerviosísimo, y de cuando en cuando se dignaba hacer descender sobre el audaz y sacrílego muchacho una mirada inquisitiva, llena de odio. Nada decía, pero el veneno se le iba entrando poco á poco en el alma. Positivamente, el muchacho aquel era el mismísimo demonio; pintaba á escape, haciendo contorsiones diabólicas; empleaba los colores más disparatados y menos semejantes á los del original, y lo más horrible, lo que puso de punta los pocos pelos de D. Bartolo fué el oler el nefando líquido en que el pintorcete mojaba sus pinceles gordos como brochas de pintar puertas. ¡Era petróleo, Virgen santísima! ¡vulgar y hediondo petróleo de quinqué! Así apestaban el lienzo y su autor... Cosa de Satanás todo ello sin duda...

Ello fué que el muchacho acabó su copia en cinco ó seis sesiones, se la enseñó á D. Bartolo, y desde entonces no tuvo éste momento de reposo. La copia aquella se parecía, eso no se podía negar, se parecía, y mucho. No era la ideal visión del pintor sevillano; claro, no tenía la insuperable dulzura del maestro, pero ¡jinojo! lo que es exactitud, verdad, ya lo creo que había en ella. Y pensando esto, la duda atenazaba la conciencia del sinventura D. Bartolo, que pasó doce ó catorce noches sin dormir, durante las cuales, ¡el diablo lo hizo! envejeció veinte años y se le olvidaron todas sus fórmulas y recetas. Iba al Museo, y con gran asombro de los *abonados*, en vez de ponerse á trabajar inmediata y mecánicamente, cual tenía por costumbre, quedábase parado, embebecido, ante aquellos cuadros que debía saberse de memoria; meditaba mucho antes de agarrar los pinceles, y de repente, como dominado por súbito furor, comenzaba á ultrajar su lienzo blanco, escupiendo en él sin ton ni son chafarrinones de pintura incoherentes, heterogéneos, hasta cansarse, hasta caer en el asiento chorreando sudor, temblándole la erizada perilla... Y cada cinco ó seis días llevaba un lienzo nuevo, le embadurnaba con nuevos borrones, sin acertar á hacer nada que Virgen ni aun figura humana semejase. Los pintorcillos y los comerciantes de cuadros se hicieron presto cargo de la catástrofe: D. Bartolo había perdido los papeles, se había vuelto loco perdido. El desdichado pasó meses, años, arrastrando sin dignidad sus harapos y su locura por las galerías del Museo. Ya no ganaba un cuarto; se moría de hambre. Aunque no muy sobrados de recursos, muchos de aquellos jóvenes le socorrían á veces llenos de lástima; por caridad le prestaban lienzos emborronados, paletas y pinceles viejos para que prosiguiera en sus desvaríos. Sólo una cosa le conservaba en pie: la indignación, la rabia, que nunca se extinguía en su pecho. Movido por ella un día, arrojó la paleta contra el sagrado lienzo de Murillo, y en poco estuvo que no le manchase ó le rompiese... Retiráronle los porteros y le prohibieron la entrada. Tanto valía matarle, pero lo malo fué que no se murió. Faltándole todo recurso, se entregó á la bebida, y su rostro de caballero ó de soldado de los Austrias, enrojecido por el alcohol, adquirió imponente soberbia. De caída en caída, vino á dar en lo que más había aborrecido. Hoy anda por esos estudios sirviendo de modelo para tipos de borrachón, de soldadote viejo de Flandes y otros por el estilo. Aquella cara idiotizada, aún relampaguea á ratos entre un chambergo viejo y una valona rota; á ratos aún cuenta sus extrañas teorías y sus terribles desgracias, y cuando está de vena es una comedia el oirle.

F. NAVARRO Y LEDESMA

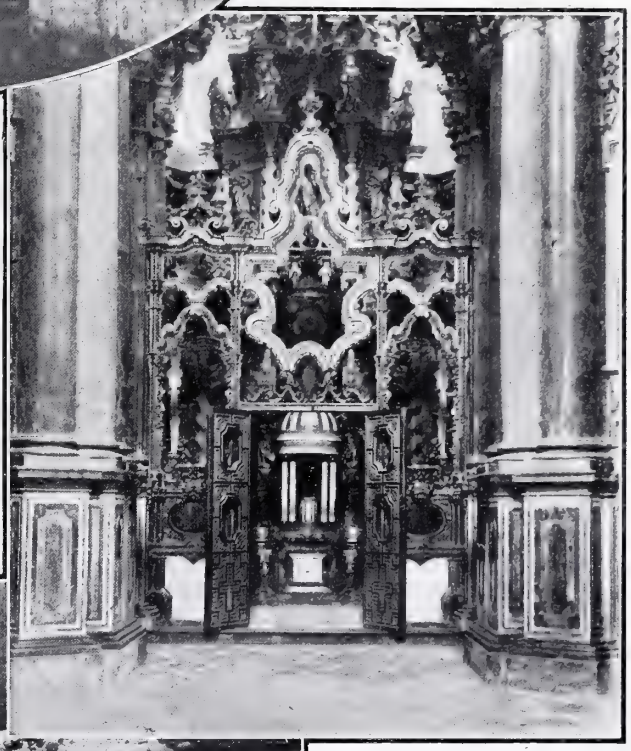
DIBUJOS DE ALBERTI

El valle del Lozoya y el Monasterio del Paular

Es este valle del Lozoya como una herida abierta en la montaña. Hendidas las rocas negras y musgosas, dejan ver profundas cicatrices color de ocre, y las aguas del río van por el fondo de los cañosos saltarinas y ruidosas, haciendo espuma sobre un cauce limpio, hecho de arenas y cantos redondos, color de ámbar y color de topacio. A veces, en la orilla, al pie de los pedruscos, se forman playas enarenadas y primorosas como playas de mar; junto á ellas, la corriente se amansa y el agua cristalina toma inmovilidades de lago; pero dos pasos más allá, un desnivel destruye la quietud, y la corriente se precipita en cascada borboteante y charlatana, vestida de blanco como una novia.

VISTA DEL MONASTERIO

Este río clarísimo y risueño tiene márgenes severas. El valle todo es bello, con la austera belleza de Castilla; las rocas, superpuestas y negrísimas, recuerdan los amontonamientos de nubes tempestuosas; el musgo multicolor que las tapiza, apenas acierta á velar su desnudez. Por donde quiera hay marañas de zarzas que se arrastran pomposas y opulentas como mantos reales; los árboles, encinas y chaparros son de fronda sombría, y riman de tal modo sus matices con el color del peñascal, que de lejos parecen las vertientes estar desnudas. El caserío se disimula en las hondonadas, porque cercas y muros, hechos están á la manera ciclópea, con fragmentos de piedra sin pulir. La nota bucólica es solemne. Enfundado el pastor en sus calzas de paño pardo, conduce lentamente el rebaño de cabras, vestidas como él de sayal; á veces, unas cuantas ovejas se descubren, y casi inmóviles, trepando la pendiente, parecen un puñado más de pedruscos.



INTERIOR DEL SANTUARIO

LAVANDO EN EL LOZOYA

El viejo monasterio de Santa María del Paular, mayestático en su sede de granito, reina sobre el valle. Fué mansión de cartujos, mandada edificar por Enrique II, el rey de las mercedes. Hoy los moujes, alma callada del antiguo edificio, no están allí. Tiempos é ideas arrojádolos han del refugio que donó á sus almas la magnificencia de un rey: las celdas vacías y los jardines abandonados—un jardín

para cada celda, como una dicha para cada vida, —guardan el acre aroma del misticismo que huyó.

Cuéntase que después de la exclaustración quedó allí un fraile único, guardián del convento, y hace muy pocos años murió. Y es cosa á mi entender de soberana y recóndita poesía el vivir de aquel monje solitario en el claustro vacío, en la iglesia callada, sin incensaciones y sin salmos; y pienso que más triste que el rey David salmodiaría el mísero la infinita amargura de las cosas que fueron y ya no son. Bien creo que al morir

UN DETALLE DEL PAISAJE

aquel monje, volóse al cielo la paloma blanca, genio de aquel verjel de santidad.

Hoy es la santa casa, grata residencia veraniega. Buscando la frescura del valle, vánse á la sombra de la Peñalara no pocos cortesanos amadores de la Naturaleza: risas de niños suenan donde otros tiempos aleteó el silencio monacal, y las flores místicas tienen para cortarlas manos juveniles. En el gran refectorio, bajo el púlpito ya vacío del lector—joya de arte escultórico—hacen sus refacciones veraneantes y turistas; y por cierto que causa grande tristéza mirar en las paredes, hoy desnudas, las huellas de los cuadros, dícese que magníficos, que en otro tiempo las decoraron.

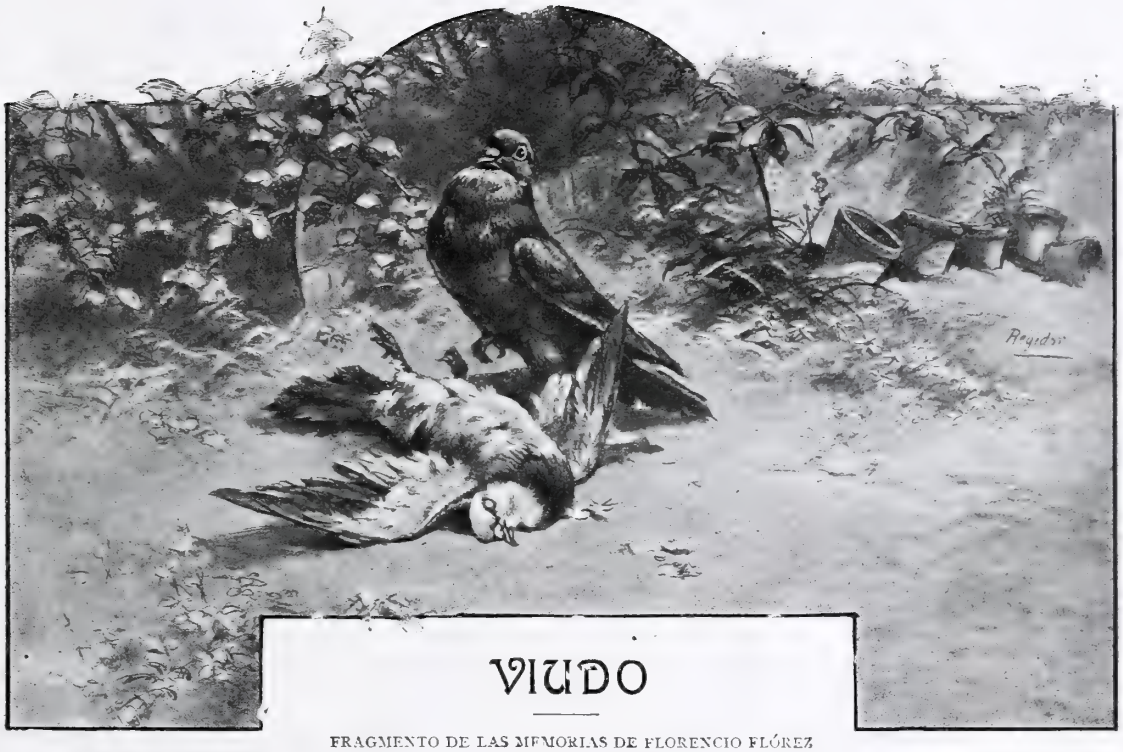
Por lo demás, el monasterio se conserva intacto: la iglesia luce su tesoro de mármoles limpios y claros como el día en que salieron de mano de los artífices constructores, y su magnífico altar mayor de piedra de Génova, y su tabernáculo, maravilla para los ojos que lo ven.

ENTRADA DEL MONASTERIO

Y tiene amables matices de ensoñamiento el vivir así, siquiera sea unas cuantas horas, en el corazón de la sierra, bien cerca de un río sonreidor, á la sombra de un monasterio edificado por la piedad de un rey en honor de la Santa Virgen María.

G. MARTINEZ SIERRA

FOTS. DE VICTORIANO M. SIERRA



VIUDO

FRAGMENTO DE LAS MEMORIAS DE FLORENCIO FLÓREZ

DÍA 20 de Agosto. En Casquita, finca de mi amigo Bernardo Valladares.

El médico me ha prohibido con gran severidad y en tono solemne de amenaza, la vida de población y todo género de trabajo intelectual: leer ó escribir. Y esto en plena actividad inteligente, en una época de hambre devoradora de libros, de sed rabiosa de saber. No puedo cumplir por más tiempo la *prescripción facultativa* y continúo hoy mis memorias. Las ideas me pesan tanto en el cerebro, que me producen fiebre al atardecer. Dice el doctor que es cosa de la neurastenia. Será ó no será. ¿Y á mí qué? Desde la ventana de mi cuarto se abarca con la vista el valle de Camoca. Ese no tiene neurastenia, ni fiebre, ni desazones. Se muere en todos los otoños y resucita en todas las primaveras. Ya empiezan á curvarse las hojas de los álamos, amarilleando; algunas han caído al suelo; el viento las arrastra con dulzura y parece besarlas en suave susurro. Me siento languidecer como las hojas casi mustias, bajo este cielo de un azul tímido, litúrgico, entre estos horizontes violeta, amoratados. ¿Por qué el color negro simbolizará el duelo, el luto, la viudez? A mí me parece más triste aún, más íntimamente triste, cierto tono de violeta indeciso; el tono del cielo cuando muere el sol, el tono de las ojeras de Bernardito (el hijo de mi amigo) cuando llora.

.....

Bernardito, desde el jardín, me llama con su vocecita fresca y ondulante, de niño mimado. Es muy guapo Bernardito. Tiene los ojos de un gris dudoso, equívoco, algo azulado quizá, y mira siempre con dulzura modesta; parece que implora. Su madre, con esa perspicaz intuición estética de todas las madres, le ha dejado crecer las guedejas rubias en forma de melena provenzal. Bernardito es un paje de una leyenda de oro.—Mira, me dice, y señala hacia el macizo de las violetas.—¿Qué es eso? le pregunto; y él repite.—Mira; y añade:—al *Morito* se le ha muerto su mujer.

Y miro.

En el sendero enarenado que atraviesa los floridos cuadros del jardín, junto al macizo de las violetas está el *Morito*, y á su lado, caída en tierra, con la cabecita doblegada sobre la pechuga y las patas sonrosadas y rígidas extendidas hacia atrás, una paloma blanca y negra; la *Pinta* creo que la llamaban.

El *Morito* es un palomo dominador, galán osado y burlador temible de todas las hembras. Tiene las patitas de carmín, el pico diáfano y sangriento como un rubí, y en redor de los ojos una cresta roja. Es intensamente negro, y el sol se irisa en su plumaje, bruñéndolo con brillantes y extraños tonos metálicos, de pompa de jabón. Es el patriarca del palomar; pertenece á una raza escogida, aristocrática, fué comprado en Barcelona á peso de oro; y él, que debe de saber todo esto, se da tono y se contonea con soberbia majestad.

En un principio, mi amigo Bernardo se curaba grandemente de la pureza de sangre evitando con meticulosa escrupulosidad la mezcla de razas ó linajes en su palomar, que era del más distinguido porte. Mas ahora, sin duda por imposición de las ideas modernas, reina en este pequeño mundo de los cándidos alados amplísima tolerancia, y junto á los ejemplares de razas exóticas, pulula el *demos colombino*, la plebe abigarrada y arrulladora de los zoritos.

El *Morito* se había enamorado de la *Pinta* (una hembra del pueblo), á juzgar por los extremos apasionados que á todas horas la prodigaba. Su dolor al verla muerta debe de ser muy intenso. Bernardito le mira con curiosidad y él permanece inmóvil junto al cuerpo rígido de su pareja.

.....

El dolor del *Morito* me ha traído desazonado y nervioso durante todo el día. Era el dolor resignado, silencioso y conmovedor de un estoico.

Durante varias horas permaneció como abstraído en pertinaz ensimismamiento, apoyado en una de sus patas, que se hundía en la arena amarillenta, y con la otra desvanecida en la sombra del irisado

plumaje. De vez en cuando torcía la cabeza para mirar á la *Pinta;* la mancha roja de sus ojos simulaba una lágrima de sangre. Era un gesto doloroso é implorante. ¡Pobre *Morito!*

Aquella pena recatada, discreta, sigilosa, oculta bajo la sombra tibia del macizo de violetas, perdida entre los murmullos rumorosos de los surtidores del jardín, apagada por el bullicio arrullador del palomar indiferente, gárrulo, me oprimía el alma como una obsesión ó un remordimiento. Sentí comezón de llorar. Yo creo que mis amables huéspedes (Bernardo, su esposa plácida, maternal, y Bernardito, el angelote rubio y apacible) lloraban también para sus adentros la desgracia del *Morito.* Tal me dieron á entender con sus semblantes cejijuntos y su obstinado silencio á la hora de la comida. Diríase que todos sufríamos la misma desgracia; una desgracia irremediable, familiar.

La ventana del comedor cae sobre el jardín; los retorcidos troncos de una parra vieja y rugosa, tal vez secular, trepan hasta ella y la resguardan con el palio de sus hojas de los rayos del sol. Penden los racimos voluminosos, apelmazados, duros, como esculpidos en una madera compacta y coherente (tal la vid evangélica en los retablos barrocos), de un tono verde agrio que hace la boca agua, apetecido festín de los pájaros que picotean en ellos furtivamente. Los pámpanos se contorsionan en espirales atormentadas, como los poseídos de poderes infernales, y aprisionan con angustia los barrotes de la ventana. A través del toldo sombrío é inquieto de la caduca parra decrépita, y cuando bajo nuestras preocupaciones comíamos lentamente, con la lentitud y parsimonia de una función mecánica é irreflexiva, penetró un quejido plañidero y prolongado, suave, sumiso, con inflexiones musicales de infinita desesperanza y de melancólica resignación. Era el *Morito,* que lloraba á su modo.

.....

Vuelvo á la galería para ver al *Morito.*

Su dolor subsiste; pero se manifiesta por nuevos modos apasionados, suplicantes é incoherentes de locura ó delirio. Arrulla á su paloma creyéndola viva; esponja el buche, que se hincha como fuelle de gaita, y lo arrastra sobre la arena húmeda y crujiente alrededor de la *Pinta,* requiriéndola con modulados arrullos de pasión, rumorosos y onduladores como olas de mar. Y continúa, continúa arrullándola rendido de amor. Pero la *Pinta* permanece inmóvil y rígida, insensible, y el *Morito,* que está loco de dolor, la picotea con furia, como amante enamorado que golpea á su amada indiferente y desdeñosa. La pica iracundo y se queja al mismo tiempo. ¿No le escucha ella, por ventura? ¿No le ve desfallecer de ansia pidiendo lo que antes nunca se le negaba? Algo así debe de pensar el *Morito,* y quiere conseguir á viva fuerza lo que sus ruegos no son bastante á lograr.

No puedo resistir este espectáculo...

Vuelvo á la galería. Atardece.

Los don diego de noche, que se apoyan blandamente en el muro de la casa, abren sus flores con ceremoniosa lentitud, temerosos de la luz del día; hasta mí llega su aroma en impalpables ondas de voluptuosidad enervante.

El *Morito* está absorto, mudo, junto al cadáver de la *Pinta,* al lado de los macizos de violetas, en el caminito enarenado y crujiente que atraviesa los floridos cuadros del jardín. Bernardito y su padre le examinan á corta distancia.

Bernardito—dice éste,—voy á enterrar á la *Pinta.* Y el niño llora y balbucea entre lágrimas:—¡Pobre *Morito!*

Mi amigo se acerca á la paloma muerta; el *Morito* la defiende á picotazos y ruge con desesperación.

No quiero verlo.

.....

Día 21. He pasado una noche febril, poblada de pesadillas, cuando no de insomnios. He pensado en el amor, y en el *Morito* y en las mujeres, y en la muerte.

Acudo á la galería á refrescar mi frente ardorosa con el aire de la mañana. ¿Qué será del *Morito?...* ¡Ah!... Allí está. Arrullando á otra paloma, canela, aristocrática y fina como él, con el mismo cerco sangriento en los ojos...

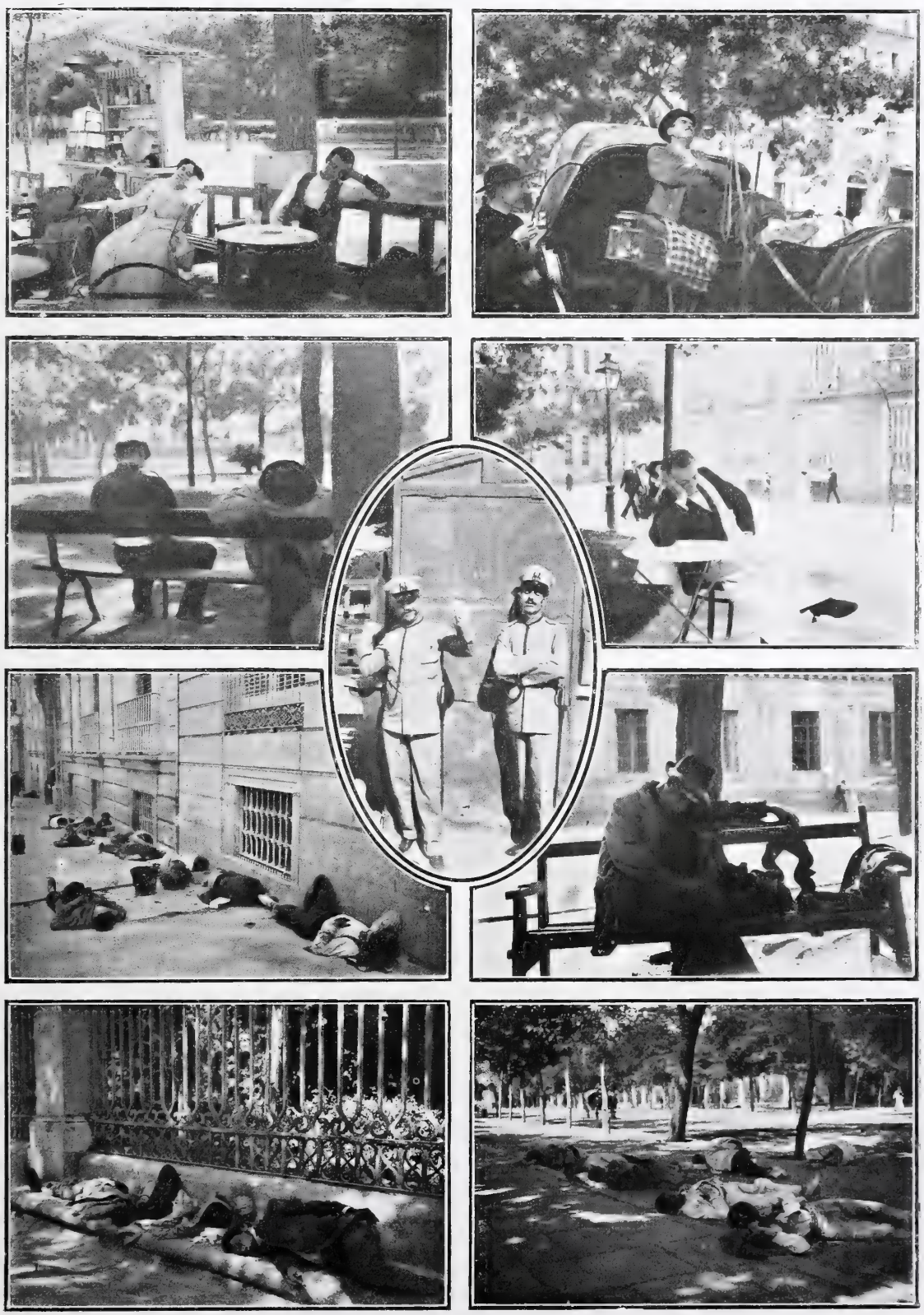
¡Qué triste es la vida!

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

DIBUJOS DE REGIDOR

LA SIESTA AL AIRE LIBRE EN MADRID

POR MUÑOZ DE BAENA



EN VILLAFELICHE

CUENTO BATURRO, POR GASCÓN

1. Volvía el tío Serapio de hacer sus ventas de pólvora: que á este negocio se dedicaba, como casi todos sus convecinos.

2. Y encontró á su mujer muy afligida porque había fallecido su hija Rita, mu chacha agraciada de unos quince años.

3.—¡Pero mujer! decía Serapio, ¡si me fi antiayer! ¡En dos días! *¡Esto ha sido un tiro!* ¿Quiá pasau aquí?

4. Pues, lo primero, le dió una miaja de ataque: llamemos al medico y le recetó unos polvos oscuros y dimpués unos papeles.

5.—Esa es la receta de los polvos. ¡Ah! ¡Ridiós! ya me voy escamando; y ¿quémas, quémas? cuéntame.

6.—Tomó los polvos y los papeles y no se apañaba; vino el medico y le recetó unas píldoras.
—Anda; trai las que haigan quedau.

7.—Ahí las tienes.
—Píldoras de hierro plateadas. ¿Y cuántas de éstas se ha tomau?
—Una docena, poco más ú menos, y después otros papeles.

8.—Esto no pué quedar así. Hay que matar al médico ú dar parte al juez, lo que tú quieras.
—Pero hombre, explícate; ¿qué pasa?
—Que nus ha matau la chica. Ya verás.

9.—Los polvos son nitro, azufre y carbón: ¡pólvora! aquí eso lo sabemos todos. Luego, papeles. Después píldoras: miálas; esto son ¡perdigones! Y más papeles: ¡los tacos! ¡Lo dicho! *esto ha sido un tiro.*

EL VIAJE DE SU MAJESTAD

ACERTADÍSIMA nos parece la idea que ha presidido al viaje de S. M. el Rey en su primera etapa. Recorrer las montañas de Navarra y del Alto Aragón puede y debe ser para un monarca joven altísima é instructiva lección de Historia Aquellas montañas oyeron los primeros vagidos de la reconquista navarro-aragonesa, tan eficaz como la reconquista castellana y mucho menos ruidosa; en aquellos cóncavos valles han resonado también los rabiosos gritos de la última guerra civil. Un partidario de la enseñanza objetiva que de la contemplación de paisajes y monumentos se desprende, no hubiera elegido modo mejor para instruir á un alumno interesado en conocer el pasado remoto y el pasado cercano de la patria y en el meditar acerca de su porvenir.

EN CAMINO FOT. ASENJO

LLEGADA Á ESTELLA FOT. ASENJO

Excelente resultado, satisfactorio para el Rey, para la dinastía y para el país, que de paz se alimenta, ha ofrecido la visita á Estella, ciudad nombrada por tantos años *la Meca del carlismo*. Bien ha podido convencerse, quien se hallase en Estella los días en que la visitó el Rey, de que la supuesta Meca no es ya el albergue del Profeta, ni en ella quedan

VISTA GENERAL DE JACA FOT. A. LARDIES

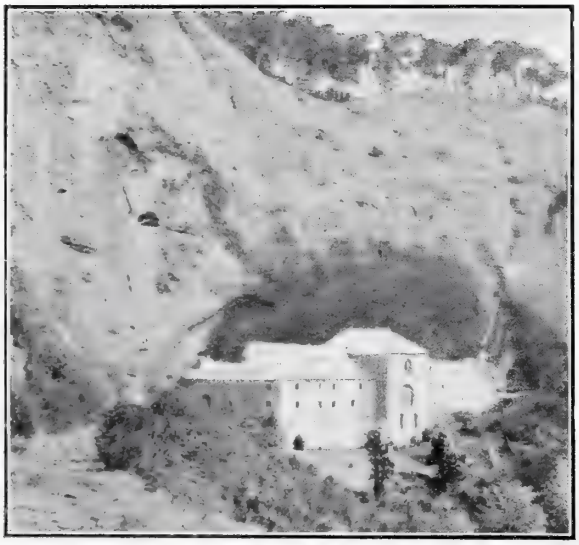
LAUSTRO DE SAN JUAN DE LA PEÑA

casi santones ni creyentes. Gracias á Dios pasó la época de los arrestos fratricidas, y aquella tierra que regó la sangre de los hermanos enemigos, no parece ya el áspero terruño de Tebas; la maldición se ha extinguido; los ódios inhumanos que la fatalidad creó han perecido. La paz reina en los espíritus, el sosiego en los fértiles campos.

De Estella y las montañas de Navarra, á Jaca y las montañas de San Juan de la Peña, no es muy largo el camino, si muy grande el salto. Jaca y San Juan de la Peña pueden considerarse como asilos sagrados del espíritu nacional. A esas peñas olvidadas de donde manó la Historia, es preciso y es sano acudir de vez en cuando, como de vez en cuando el dueño de un hermoso castillo baja á las poternas y el abad ó el prelado de una catedral baja á la cripta para reconocer la solidez de los cimientos.

Grandisimo interés artístico ofrece el antiguo Monasterio de San Juan, resguardado en un socavón de la montaña pirenáica: bella tradición devota va unida á su origen, y otra leyenda más verdadera que la Historia comprobada con datos y huroneada en archivos, nos dice que aquél fué el corazón y el cerebro de la defensa, aquél el núcleo de la nacionalidad aragonesa, tan respetable y grandiosa en sus tiempos heroicos. Allí se ven los sepulcros de los primeros patricios de Aragón, héroes sin nombre que sólo dejaban como huella sus blasones y la hermosa obra de sus manos victóriosas.

Allí se encuentran también sepultados los primeros monarcas de Aragón, aquellos reyes que supieron rescatar á los moros el territorio de la



FACHADA DEL MONASTERIO

patria y crear una constitución democrática, la primera de Europa. Allí queda, medio arruinada, la sala donde, reinando D. Ramiro I, se celebró el famoso Concilio Pinatense. Por aquel bellísimo claustro, que es una de las más elegantes muestras de la arquitectura latino-bizantina española, parecen vagar las sombras venerables de los regios héroes, de García Jiménez, de Iñigo Arista y de Sancho Ramírez, el conquistador de Huesca: y en aquellas bóvedas se escucha el eco de la fórmula forjada por la tradición y rechazada por la Historia, por esa Historia matemática, que desconoce el alma de los pueblos: *Nos, que valemos tanto como vos y todos juntos más que vos...*

* * *

FOTS. F. ÁLVAREZ

SEPULCROS DE LA NOBLEZA ARAGONESA

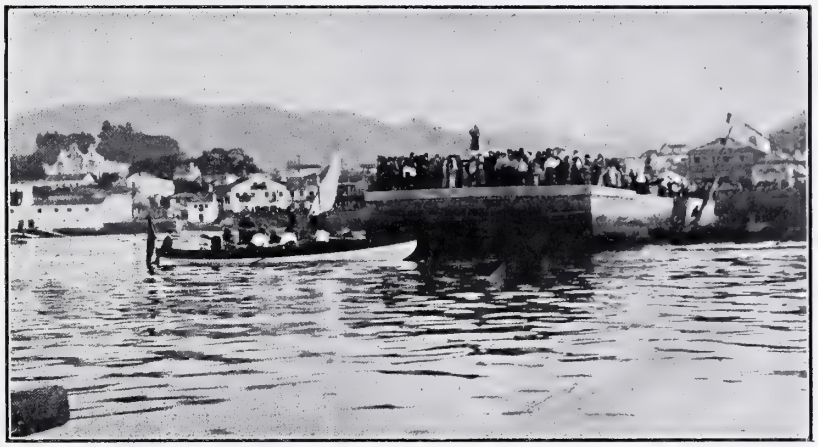
AÑO TRECE Y NUMERO 645 MADRID DIA 12 DE SEPTIEMBRE DE 1903

BLANCO Y NEGRO

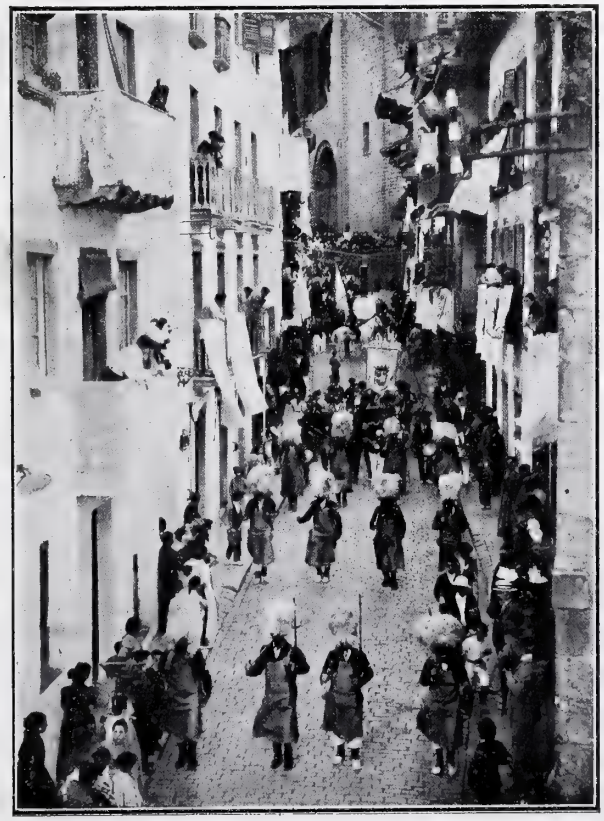
Actualidades

De dos fiestas tradicionales interesantísimas celebradas en estos últimos días podemos dar cuenta.

Es una de ellas la fiesta de la *bendición del mar*, poética y conmovedora ceremonia verificada en la pintoresca villa de Marín, en la provincia de Pontevedra. Nadie ignora que es Marín uno de los sitios más bellos de la Península: el mar acaricia y arrulla á los árboles y á las casas del lindo pueblecito, y rara vez se muestra esquivo y fiero. Los habitantes de Marín son amigos del mar, y cuando todos los años celebran la fiesta de su Patrona, hacen que la procesión llegue hasta el extremo del muelle, y allí se celebra la ceremonia de la bendición mientras la gente del pueblo entona á coro *La canción del marinero*.



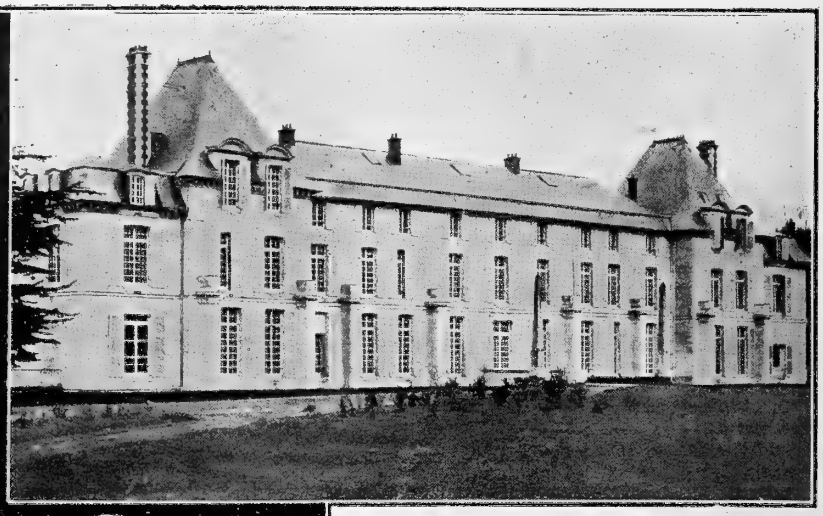
BENDICIÓN DEL MAR EN MARÍN FOT. OLMEDO



«EL ALARDE» EN LAS CALLES DE FUENTERRABÍA FOT. ANGOSO

La otra ceremonia á que nos referimos es la que se llama *El Alarde*, procesión religioso-militar con que los vecinos de la hoy pacífica ciudad de Fuenterrabía conmemoran la heroica defensa de dicha plaza fuerte en 1638, hecho hoy casi olvidado por todos los españoles, aun cuando en realidad, con aquellos sesenta y nueve días de indomable resistencia, desde el 1.º de Julio al 8 de Septiembre, los habitantes de Fuenterrabía salvaron á España del peligro de la invasión francesa y de las ambiciosas miras del cardenal Richelieu. Entre estampidos de cañones y morteros y nutridas descargas de fusilería que llenan la ciudad de ruido y de olor á pólvora, desfilan ante las miradas curiosas de los donostiarras, de muchos veraneantes españoles y de no pocos franceses é ingleses que desde Biarritz y Bayona acuden, los descendientes de los héroes de 1638, hoy apacibles y modestos ciudadanos, que en ese día visten extraño hábito guerrero, la cabeza cubierta de pieles de oveja, luengas barbas de estopa ó de crín emboscando la cara, grandes mandilones de cuero y toda clase de armas defensivas y ofensivas. Es un espectáculo divertido y original.

Un patriota francés, Mr. Osiris, ha cedido al Gobierno el palacio de la Malmaison, que habitó la emperatriz Josefina, esposa de Napoleón *el Grande*. En el suntuoso edi-



EL PALACIO DE LA MALMAISON

ficio va á establecerse un Museo napoleónico, un templo del culto que los franceses tributan á su César.

RENAN, el sapientísimo autor de *Marco Aurelio* y de la *Historia del pueblo de Israel*, va á ser glorificado en estatua en su pueblo natal de Tréguier. El monumento, obra del escultor Boucher, es verdaderamente hermoso, y en él ha querido su autor prescindir de toda representación que no fuese la de la intelectualidad clásica que iluminó aquella inteligencia poderosa.

SIGUE el rey de Inglaterra su *tournée* internacional, no sabemos si con las de Caín ó con cuáles otras. En Viena se ha vestido de magyar, como en Rusia, cuando le toque, se vestirá de cosaco, y así sucesivamente. Los vieneses, que son escépticos por temperamento, han recibido con su cortesía habitual á Eduardo VII... y *tutti contenti*.

DON RUPERTO

MONUMENTO Á RENAN EN TRÉGUIER

EL REY DE INGLATERRA Y EL EMPERADOR DE ALEMANIA EN LAS CALLES DE VIENA FOTS. GRIBAYEDOFF

UNA CIUDADANA DEL 93,
POR PEDRO SÁENZ.

EMBARQUE DE PEREGRINOS

CÓMO SE HACE LA PEREGRINACIÓN Á LA MECA

Los peregrinos á la Meca no deben llevar camisa ni calzones, sino ir simplemente envueltos en una túnica ó manto que se llama *al-ihram*, ó sea la túnica santa; y si son mujeres, en un velo que les cubra todo el cuerpo y la cara; en los pies no han de llevar más calzado que sandalias, sin medias. Una vez así vestidos deben perfumarse el cuerpo con almizcle, áloe y otras odoríferas unciones, que á veces les hacen buena falta, y al emprender la marcha han de entonar un hermoso canto litúrgico llamado Lebbeika, los hombres en alta voz, las mujeres en voz baja

En cada parada, los peregrinos deben hacer abluciones de cabeza, manos y pies, y si pueden, bañarse, cortarse las uñas y la barba y depilarse cuidadosamente. Mientras el peregrino reviste la túnica *al-ihram*, debe abstenerse en absoluto de toda palabra fea ú obra mala, de disputas ó cuestiones, y de acciones cruentas, como la caza ó muerte de animales; el peregrino no puede, sopena de impurificación, matar

LLEGADA A UN PUERTO DEL MEDITERRÁNEO

UNA PARADA

ni una pulga. Tampoco ha de cortarse el pelo ni las uñas, salvo en los sitios prefijados, ni se le permite usar más joyas que un anillo en el índice y un sable en el cinto.

Al entrar en la Meca el peregrino recita una porción de complicadas plegarias, se dirige á la Kaaba ó Lugar Santo, penetra en el templo por la puerta de la Salvación (Bab-assalama), dejándose á la puerta las babuchas, y se dirige á la piedra negra misteriosa, haciendo grandes aspavientos y zalemas. Si la afluencia de gente se lo permite, besa la piedra; si no, la toca y se besa la mano, y á veces tiene que contentarse con llevar una vara, tocar con ella la piedra y besar de ese modo indirecto. Luego empieza la procesión alrededor de la Kaaba, dando los peregrinos siete vueltas con el corazón hacia el lado del templo. Después otros besos á la piedra en que se ve la huella del patriarca Abraham, contemplación del Lugar Santo desde lejos con nuevas oraciones y súplicas, diversas procesiones, carreras y ceremonias y unos cuantos días de meditación hasta la fiesta del Bairam, con la que la peregrinación se da por terminada, y cada musulmán se vuelve á su olivo, ostentando en adelante el preciado título de *El Hach;* esto es, *el peregrino.*

LLEGADA A LA MECA FOTOGRAFÍAS MORILLO

FIESTA VENECIANA

La pálida luna llena
besa al lago de cristal
Baile de máscaras suena
con gritos de bacanal.

Baila con un mosquetero
una rubia juvenil,
más radiante que un lucero,
más floreciente que Abril.

Mientras goza de la danza
la rubia linda y triunfal,
sangrientos fulgores lanza
el baile de Carnaval.

Un arrogante guerrero,
víctima del alma infiel
de la rubia, al mosquetero
ultraja henchido de hiel.

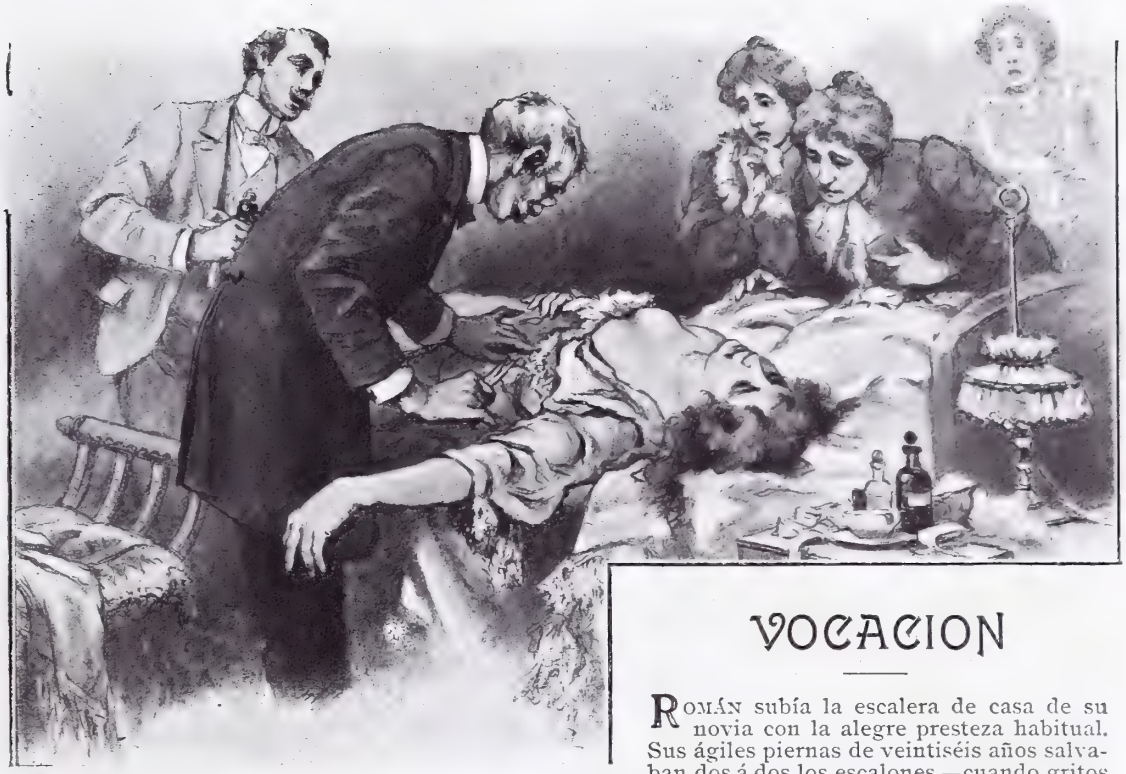
Salen uno y otro aprisa
del baile de Carnaval.
Pasa gimiendo la brisa
por el lago de cristal.

Se acometen iracundos
los rivales en amor,
y ambos ruedan moribundos
sobre el campo del honor.

Se esconde la luna llena;
llora el lago de cristal,
y el baile á lo lejos suena
como canto funeral.

Manuel REINA

DIBUJO DE VARELA



VOCACION

Román subía la escalera de casa de su novia con la alegre presteza habitual. Sus ágiles piernas de veintiséis años salvaban dos á dos los escalones,—cuando gritos salvajes de dolor, seguidos de otros agudísimos, que traducían infinito espanto, le hicieron dispararse en galope loco al descanso del inmediato piso. El cuadro que se le apareció le dejó petrificado un segundo. En el suelo, su Irene se retorcía, se revolcaba, envuelta en llamas: ardía su ligera ropa, ardían sus cabellos rubios. Alrededor de la víctima, un grupo: madre, hermana, criado—hipnotizados, inmóviles á fuerza de horror,—dejándola morir en aquel suplicio. Instantáneamente Román comprendió: instantáneamente se arrojó sobre la joven, revolcándose á su vez con voluntaria brutalidad, extinguiendo por medio del peso de su cuerpo las vivas llamas. Sus manos—para quienes eran sagradas aquellas vírgenes formas,—las palpaban ahora sin consideraciones de falso pudor, apagando el incendio como podían, á puñadas, arrancando á jirones telas y puntillas inflamadas aún. La madre y la hermana, á ejemplo de Román, desgarraban traje y enaguas, desnudaban á la mártir su túnica de Neso. Al fin, consiguieron recogerla desvanecida—pero respirando aún,—y transportarla á su alcoba, depositándola sobre la cama, mientras el sirviente corría á la Casa de Socorro á buscar un médico.

La hermana, sollozando, explicó lo sucedido. Nada, un descuido; la maquinilla de alcohol donde calentaban los hierros de ondular, volcada; el líquido ardiente prendiendo en la flotante manga del traje; el sufrimiento y el terror, que inspiran lo contrario de lo que aconseja la prudencia, y lanzan á una carrera insensata hacia la puerta y hacia el aire libre; el aturdimiento de los espectadores, que no les da tiempo de hacer lo único indicado en casos tales, lo practicado por Román;—y al terminar el entrecortado relato, un abrazo confundió al novio y á la hermana, cuyas lágrimas mojaron las mejillas de Román, sus tiznados y chamuscados ojos.

Llegó el médico. Nadie se había atrevido á tocar á Irene, que vuelta del desvanecimiento, se quejaba de un modo estremecedor.

Román ayudó, hizo de practicante, manejando las tijeras él mismo. Entre los circunstantes, ninguno se preocupó del extraño caso, de aquel novio ante quien despojaban de sus últimos velos á la casta novia. La fraternidad y la indiferencia nacían del padecer. El cuerpo de Irene se mostraba como en la mesa del anfiteatro; mas la hermosa estatua juvenil era una pura llaga.

Mientras iban á la botica por calmantes, por medicinas, por algodón hidrófilo, por vendas, Román arrastraba al doctor á la antesala y le preguntaba ansiosamente:

—¿Vivirá?

—Esperemos que sí. ¿Es usted su pariente?

—Soy su futuro esposo—contestó con sencillez Román.—Me contento con que no muera. ¿Sufrirá mucho?

—Torturas atroces, y que no podemos evitar. Avisen ustedes á su médico de confianza. Acaso sobrevenga fiebre y delirio. ¡La han dejado arder! Si usted no acierta á arrojarse sobre ella, apagando mecánicamente el fuego, ahora está carbonizada. Su intervención de usted la ha salvado.

Verificáronse punto por punto los vaticinios del doctor. Irene osciló entre la vida y la muerte bastante tiempo. Los que rodeaban su lecho, empezando por Román, sólo se preocupaban de la mejoría. Ni cruzaban por la mente del novio otros pensamientos. Siempre pendiente de la opinión del médico, el tumulto del amor, su apretada florescencia de rosas, no existían desde la hora en que apagó con su cuerpo las llamas. A decir verdad, ni pensaba en cambio alguno de su manera de sentir, y mucho le sorprendió que la misma enferma una tarde, á la hora en que él solía visitarla y leer en alta voz, para distraerla, los periódicos, le dijese:

—Román, ¿no sabes que he quedado feísima?

El novio fijó los ojos en el semblante de la novia, cruzado aún por vendajes, y contestó sinceramente:

—¡Qué disparate! En cuanto te quiten esas tiras de gasa y esos algodones, estará mi nena igual que estaba: ¡muy guapa, reguapísima!

Ella insistió con firmeza:

—Estoy desfigurada: la cara, llena de costurones; el pecho con cada cicatriz... Por todo mi cuerpo señales... Román, no podemos casarnos. ¡Lo nuestro... se acabó!

Impaciente y enojado, protestó él.

—¡Qué manía te entra, Renita! Vamos, vamos, no te me pongas tonta; no quiero que seas así. ¡Chiquilla rara! Soy tu novio; soy tu enamorado; soy tu futuro, y nos echan las bendiciones apenas te sueltes por ahí sana y buena. ¡No faltaba otra cosa!

La voz que salía de detrás de los vendajes se deshizo, se quebró en llanto.

—Muchas gracias, Román. Ya sabía yo que... que me contestarías *eso*. Es natural en ti.

—¿Que si es natural casarnos? ¡Me gusta! No parece sino que se trata de algún fenómeno. Ea, niña, la mano.

Ella la alargó, enflaquecida y todavía áspera por la sequedad de la calentura. Román la besó piadosamente, como hubiese besado, á ser devoto, una reliquia.

—Escucha, Román...—pronunció hondamente la enferma.—Tú te portas siempre bien; demasiado me consta. Valdría más que te portases peor. En vez de arrojarte sobre mí á apagar el fuego, debiste detenerte un minuto, lo bastante para que acabase de abrasarme. Así me salvarías de una suerte bien amarga... sin hablar de los padecimientos, que no han sido pocos.

—¡Ea, ea, basta, niña!—exclamó Román.—No aguanto que continúes por tal camino. ¿De dónde sacas semejante suerte amarga, vamos á ver? Conmigo tu suerte será dulce; te querré mucho... ¿Es que pensabas hacer conquistas? A mí has de parecerme la mujer más bonita del mundo.

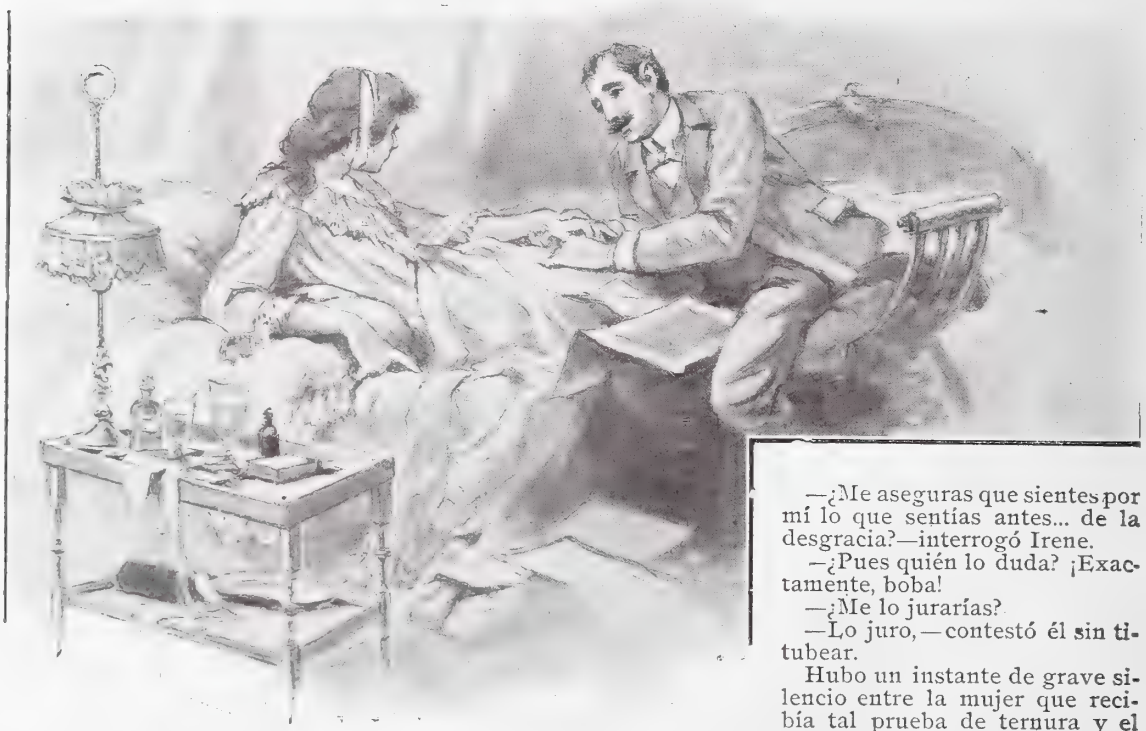
—¡A ti, no!—declaró con energía Irene.

—¿Tú qué sabes?

—Lo sé. Y te lo probaré... hasta la evidencia. ¡Ah! Si te pareciese bonita, ¿qué me importaba lo demás? Pero tú, ni eres ciego ni eres de palo. Me detestarías; te avergonzarías de mí.

El novio se puso de pie, entre desazonado y compadecido.

—¡A callar!—ordenó. Mi niña está hoy nerviosa, y no quiero que se me ponga peor con estas conversaciones sin substancia. ¡A callar, á obedecer!



—¿Me aseguras que sientes por mí lo que sentías antes... de la desgracia?—interrogó Irene.

—¿Pues quién lo duda? ¡Exactamente, boba!

—¿Me lo jurarías?

—Lo juro,—contestó él sin titubear.

Hubo un instante de grave silencio entre la mujer que recibía tal prueba de ternura y el hombre que acababa de comprometer su porvenir. Román tenía asida la mano de la enferma, y la estrechaba contra los labios. Y lo primero que se oyó fué la voz de la madre de Irene, que entró y vió la escena, y la aprobó sonriendo.

—No, no te muevas, Román... Estás bien ahí, hijo mío... He venido no más que á ver si ocurría algo. Quedaos en paz. Antes, ya te acordarás, no me gustaba dejaros solos, ¿eh? pero ahora... ¡bah! si eres como un hermano de la pobre... Hazla compañía; entretenla. Tengo que atender á mi agente de bolsa, que me aguarda en la sala.

Apenas la madre hubo salido, Irene se alzó sobre un codo y dijo á Román, que estaba cabizbajo:

—Ahí tienes la prueba que te ofrecí. ¡Mi madre nos deja solos!

Y atajando nuevas protestas de Román, añadió:

—No te esfuerces. Yo estoy resuelta: así que pueda levantarme y andar, irremisiblemente entraré en el Noviciado de los Paúles.

EMILIA PARDO BAZÁN

DIBUJOS DE REGIDOR

Eva triunfante

Al amanecer, visto el pueblo desde lejos y percibida la piña de sus casitas blancas alrededor del alto y fuerte castillo feudal, parecía breve manada de corderos á los pies de gigante pastor. Despedían todos los hogares por sus menguadas chimeneas tules flotantes de humo blanquecino. Sobre las vetustas almenas del castillo vagaban rezagadas las nieblas de la noche. El gallo dejaba oir sus últimos cantos. Al entreabrirse puertas y ventanas parecía que el pueblo se desperezaba bostezando, sin vencer del todo el lento sopor del sueño; pero á medida que las tintas de la aurora, cerniéndose por nubes sonrosadas, acentuaban sus claridades matutinas, mostrábase en la aldea con intensidad creciente la congestión de la vida, llevada al punto de exceder ya sus cotidianos vuelos y de revivir con bullicios de fiesta y de zambra, tañer de campanas, estridor de clarines y resonar de timbales, en tanto que el monstruoso y viejo castillo, riendo por sus aspilleras, engalanaba con banderolas y gallardetes las venerables calvas de sus piedras.

El señor feudal celebraba sus desposorios. Las bodas de Camacho no podían compararse con aquéllas. Los vecinos de los pueblos próximos llegaban, vestidos de fiesta, al regosto del baile y la comida.

Para festejar dignamente sus bodas, el señor dispuso que á nombre de él sus criados regalasen una vaca ó un caballo á cada uno de los vecinos que habitaban en la cabeza del señorío, á condición de que en la casa donde mandase el marido fuese entregado el caballo, y donde mandase la mujer, fuera entregada la vaca.

Ejecutando y pregonando la orden de su señor, iban delante dos heraldos con dalmáticas bordadas y capacete almenado; detrás el tamborilero redoblando á breves intervalos; más allá los pastores conduciendo la vacada y los palafreneros la recua, y por fin algunos soldados del castillo con brillantes alabardas. Los vecinos se asomaban curiosos á las puertas de sus casas, la multitud se apiñaba en las calles, los chicos volteaban por doquiera, y el vocerío, las risas y la algazara, que tan vivas escenas producían, eran reforzados por los redobles del tamboril y por las voces del heraldo, que exclamaba:

—Ordena nuestro amo y señor el conde Fernán González, como festejo de su boda, que dejemos un caballo en la casa donde mande el hombre, y una vaca donde mandare la mujer.

Las vecinas palmoteaban de gozo ante el espléndido regalo, y unas por jactancia de su doméstica hegemonía, otras por codicia de la vaca, algunas por ingénua expresión de la verdad, exclamaban to-

das desde las puertas de sus viviendas, al llegar la comitiva: «¡aquí, vaca! ¡aquí, vaca!», mientras los heraldos iban repartiendo vacas á diestro y siniestro, y los bonachones de los hombres dejaban entrar pacientemente en su casa aquellos animalotes, como símbolo eterno de las debilidades de Adán ante las sugestiones de Eva.

De una en otra casa, fueron á parar á la del herrero del pueblo, el cual, avergonzado de lo que ocurría, apenas acabaron su pregón los heraldos se les puso delante, y les dijo con voz solemne:

—Aquí, caballo, porque aquí mando yo.

Miráronle sorprendidos; formaron semicírculo los curiosos, y, ante la expectación general, le aproximaron los caballos para que eligiera. Era el herrero hombre alto y fornido, de luenga barba, pelo revuelto y mirar fosco.

Junto al herrero se puso una mujer bellísima, pero delgada, rubia, baja; la timidez de su semblante, la ternura de su mirada y su aspecto débil y encogido, contrastaban claramente con la brutal energía de su esposo.

—¡Qué!—dijo ella—¿vas á escoger caballo?

—Cállate tú—respondió con imperio su marido, en tanto que paseaba indeciso la mirada entre los fogosos caballos que delante de sí tenía.

Habíalos negros, blancos, alazanes, tordos, píos... El herrero, que era gran jinete, hubiera querido quedarse con todos, y su codicia titubeaba... Al fin, señalando un hermoso caballo blanco, exclamó:

—Acercadme aquél.

La mujer del herrero aproximóse tímidamente á su marido, y le dijo con dulzura:

—Haces muy bien en escoger caballo. Yo soy la primera en desear que mi marido tenga y goce la autoridad que como á dueño de mi casa le conviene, porque tu honra es mi honra, y lo que á ti te está bien á mí me está mejor; pero me parece que te equivocas en la elección del caballo... ¿No sería más conveniente que escogieras aquel hermoso caballo negro que está allá lejos? El caballo de pelo blanco es muy sucio, y tú, que andas siempre con las manos llenas del carbón de la fragua, ó habrás de llevar el caballo manchado, ó tendrás que servirle á él más que él á ti.

—Razón tienes, mujer,—dijo el marido.—Tráiganme aquel otro caballo negro, como dice mi esposa.

El heraldo, al escuchar estas palabras del herrero, le respondió con sorna:

—No será mal caballo el que vamos á dejarte;—y después, dirigiéndose á los pastores, exclamó:

—Eh, muchachos, dejad al herrero la vaca más grande que haya, porque en su casa, como en todas, la mujer es quien manda.

Rieron los circunstantes el suceso, y los heraldos refirieron á su señor cuanto había ocurrido, el cual se confirmó en su idea de que la mujer, que se apoderó del hombre en el Paraíso, continúa gobernando el mundo. ¡Así anda ello!

RAFAEL TORROMÉ

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

EL VERSOLARI

Años hace, este mismo sendero
que á mis ojos oculta la niebla,
era largo... muy largo; pasaba
rasando mi aldea,
y paraba en la mar, y las olas
rugientes y llenas,
desde aquí se veían.
—Como ahora.
—¿Muy cerca?
—Muy cerca.
¡Buena viene!
—¡No veo!
—¡Ya rompe!...
¿La ve?
—No; es tan densa
la bruma...
—Los ojos, abuelo.
—Bien dices;
lloré mucho; las lágrimas ciegan.
Aquí había un valle...
—Zurmendi.
—Recuerdo
sus viejos nogales, su histórica iglesia.
¡Tan alegre!...
—Se hundió.
—Como todo.
De mi triste pasado... ¿qué queda?
Allí están la ría
de ondas turbias que trae la marea,
con los negros lanchones que flotan
garrando sus cables con notas siniestras;
la calle enlodada,
los porches ruinosos, la plaza desierta,
y á los rayos del sol amarillo,
cansado reflejo que alumbra las puertas;
las mujeres, tejiendo en las redes
las tramas deshechas.
¡Adelante! Mis ojos son viejos,
las caras son nuevas,
y atónitas miran al hombre que pasa
forastero que vuelve á su tierra.
—¿Qué dice el abuelo?
—Mocito, pensaba
en cosas perdidas.
—¡Mal hace el que piensa!

*
* *

De los vientos del mar abrigado
por el cárdeno monte que enseña
sus vetas rojizas, al sol que se pone,
se ve el santuario tallado en la piedra;
ni gruesos pilares, ni góticos frisos
decoran sus puertas.
Dos olmos gigantes
su sombra le prestan;
las olas le envían su incienso salobre,
su ruido acompaña la voz del que reza.
De frente, en la plaza
que los recios castaños sombrean,
al son del aurresku, los jóvenes bailan;
murmuran las viejas,

y los graves caseros la cuba
de la sidra espumosa rodean.
De pronto las voces
frenéticas suenan.
«¡Versolaris!» repiten las mozas,
y los mozos se incitan y retan
de ventana á ventana y componen
en eúskaros ritmos sentidas ternezas.
Los viejos los oyen
y el suelo golpean,
y chupando sus pipas, repiten
«Ya no hay versolaris que animen las fiestas»;
y las viejas comadres murmuran
«Lo que es como Pedro... ¡qué coplas aquéllas!»
En esto, un anciano
de andar perezoso, temblando se acerca.
—¿Qué hablábais de Pedro? Las coplas mejores
son siempre las nuevas.
Las otras... pasaron.
—¿Quién eres?
—Soy Pedro
aquel Versolari que algunos recuerdan.
—¿Es posible?
¡No hay duda... es el mismo!
¿Dónde estuvo?—Llegó hasta la aldea
el rumor de su muerte.—Pues nada;
fué aquello mentira, y aquí está de vuelta,
á morir con los suyos. ¡Qué dicha
morir en la aldea!
¡Cuántas veces en tierras lejanas,
recordando mil nombres y fechas,
en las noches del trópico ardiente
su guitarra tradujo sus penas!
Llegó el Versolari;
ya no hay quien se atreva
á retarle; los mozos vacilan
y el viejo protesta;
y, al fin, un acento
en los aires seguro se eleva.
«¡Bien haya el anciano
ruiseñor armonioso que llega
á cantar en los viejos castaños
perdidos amores, pasadas grandezas!
¡Dichoso el que olvida los viejos castaños
y, lleno de vida, cantando se aleja!»

Con voz balbuciente,
á su vez el anciano contesta:
«Florece el almendro,
retoñan las selvas,
las almas cansadas, los montes más altos
conservan tan sólo las nieves perpetuas.
Son los ayes del viejo, que canta,
azorados adioses que tiemblan.
Las voces del nido
son dulces promesas.
Gorrión, no abandones los viejos castaños:
no hay otros castaños ni ramas como éstas.
¡Feliz Versolari
el que nunca salió de su aldea
ni tuvo ambiciones, ni lanza, si vuelve,
el sollozo, el cantar de la pena!»

LEOPOLDO LÓPEZ DE SÁA

DIBUJOS DE ALBERTI

LAS VISTILLAS

CAMPILLO de las Vistillas. Así llamado — decía el ilustre D. Angel Fernández de los Ríos en su famosa *Guía de Madrid*, tan explotada y aprovechada como poco mencionada por los escritores que usamos de ella—por las *vistas* que desde él se gozan; al pie de la cuesta había hace pocos años un portillo de madera; aquella pendiente era campo de batalla de los muchachos pertenecientes á los barrios del Aguila y de la Paloma, que tenían grandes peleas á pedradas. El duque de Osuna, dueño del terreno, tiene presentado años hace al Ayuntamiento un proyecto para ajardinarle.»

Esto se escribía en 1876. Han pasado veintisiete años... y el pelado gollizo que como una joroba del terreno avanza desde la calle del Duque de Osuna hacia la Ronda de Segovia, sigue como estaba. El ajardinado, Dios lo dé; por allí no se ve más verdor que el verdor obscuro y brillante de las cáscaras de los melones que, procedentes de Añover, de Villaseca ó de Villaconejos, parecen caer en temible diluvio durante estos días primeros del otoño sobre la árida meseta, formando pirámides ó conos, que de lejos han hecho á varias imaginaciones exaltadas pensar en matanzas y hecatombes, en montones de cabezas cortadas y custodiadas por no sabemos qué feroces *baschibuzuks*.

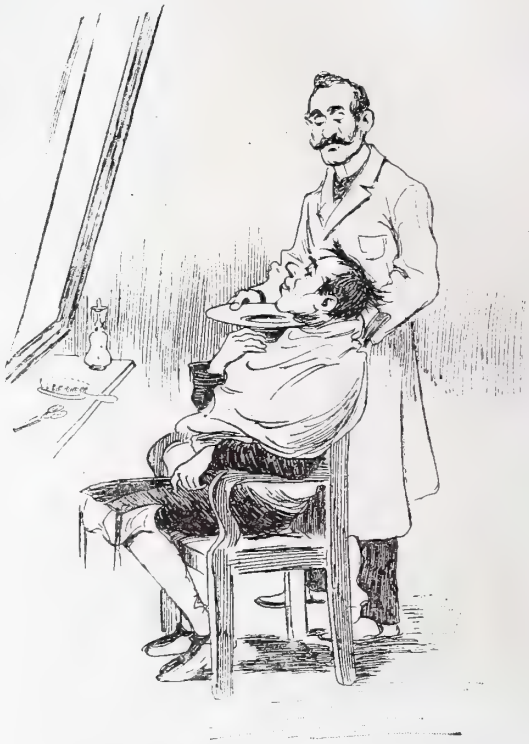
En efecto, las Vistillas son la Macedonia de los melones. Allí, sobre el mismo campo de batalla, *pierden el seso* y á veces las tripas muchos respetables individuos de tan aromática y dulce especie vegetal. Otros son conducidos en brazos amorosos, al parecer, ya al cautiverio, ya al sacrificio inmediato, pero ninguno se libra de la muerte. *Tal la vida*, que solemos decir los pensadores modernistas cuando no tenemos cosa de más substancia. Y ¿verdad que todo es hablar de melones?

* * *

EN LA BARBERIA

POR GASCÓN

1.—¡Si averiguara la Timotea que me gasto un rial en resurarme!



2.—¿Le pongo á usted un poco de agua de Colonia.
—Güeno.

3.—Polvos de arroz, ¿quiere usted?
—Pus claro, hombre. (¡Ah, rediez, tendré que dar propina!)

4.—¿Quiere usted cosmético en el pelo?
—¡Qué rediós, tanto preguntar! Pone usted ahí tó lo que dé de sí el rial

LAS SARDINERAS

Uno de los muchos placeres que el veraneo proporciona en los puertos de mar á los inocentes de tierra adentro es la llegada de las lanchas de sardina, el reparto de ésta y la bulliciosa irrupción de las sardineras que, con el cesto ó batea en la cabeza, penetran triunfantes en la ciudad, gritando, jurando, quitándose las parroquianas ó discutiendo con ellas la cotización del insulso pescado.

Digan lo que quieran los gastrónomos, y aun cuando se aduzcan á favor de la sardina los especiosos y elegantes razonamientos que para defenderla empleaba el ilustre Grimaud de la Reynière, la sardina viene á ser en el mar lo que el garbanzo en la tierra: es un alimento grosero, difícil de encontrar en buenas condiciones, y sobre todo, notablemente insípido.

El garbanzo es una de esas instituciones viejas é inútiles semejantes al Consejo de Estado y á otros organismos parecidos; si todo el dinero y la atención que se les concede se otorgara á otras cosas más sustanciosas, el resultado práctico sería harto más halagüeño.

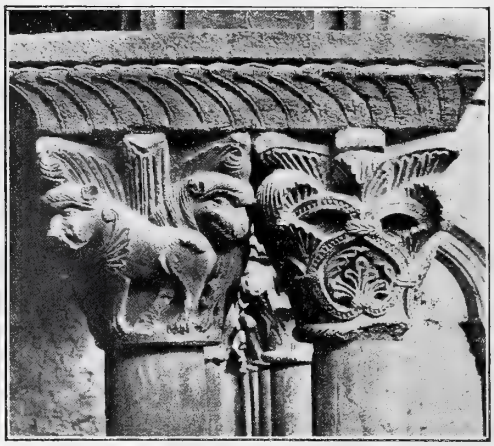
Pues bien; lo mismo sucede con la sardina. *En sí misma, per se, ó en toda razón,* como dicen los filósofos de una y de otra acera, es un pescado que nada vale: pues no otra cosa que dulce ilusión de los sentidos falibles suele ser el gusto con que algunos bobalicones declaran haber comido sardinas recién pescadas y tostadas de cualquier modo sobre un lecho de hojas. Como esto suele ocurrir en una tarde de excursión marítima, entre el entusiasmo de la francachela y las deleitosas é inesperadas emociones del paseo en barca, puede asegurarse que en tales condiciones, abierto de par en par el apetito por la saludable brisa marítima, el entusiasmado sardinófilo comería con igual complacencia cualquier comistrajo de los que en el comedor de su casa en Madrid califica de porquerías incomestibles.

Y quien habla de la sardina habla de las sardineras. El que esto escribe no quisiera ofender á tan respetable, sufrida y valerosa clase; pero si la juzga merecedora de más próspera suerte, no ha de seguir al pecuario vulgo en la afirmación de que son mozas bellísimas, ni ha de encontrar en ellas peregrinas cualidades y excepcionales encantos.

Quien ha dicho mejor y con más respeto á la verdad lo que son estas apreciables ciudadanas, ha sido el castizo D. José María de Pereda, que las conoce muy á fondo, aun cuando no dejemos de reconocer que, en ciertos momentos, también el austero poeta de la montaña y del mar de Cantabria se ha dejado llevar de algunos entusiasmos líricos, hijos de su innato patriarcalismo y de su amor á la sencillez, ó á lo que él cree que es la sencillez.

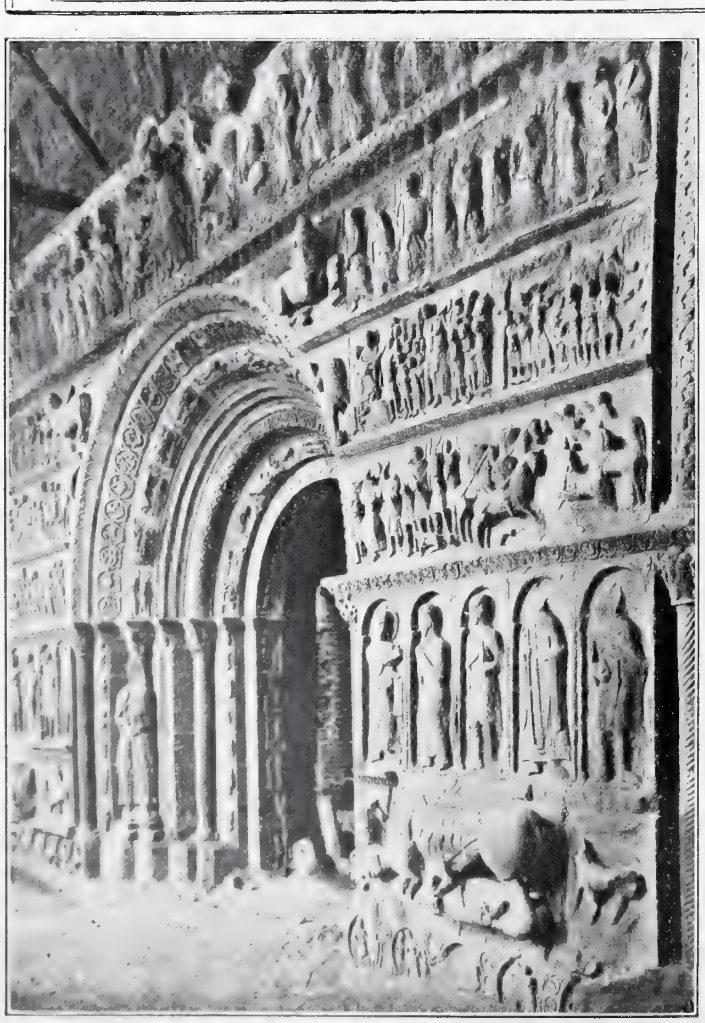
Ocurre, pues, con las sardineras lo mismo que con el paisaje, con los alimentos y con todas las demás excelencias que en el verano suelen hallar los que salen de Madrid; es lo que decía Amiel: el paisaje lo lleva dentro el espectador. Sale un ciudadano de Madrid en el mes de Julio, sofocado, frito y lleno de asco, porque ha asistido á los debates de la Cámara baja, por ejemplo; y naturalmente, cualquier sardinera de Vigo, de Gijón ó de Santander le parece harto más agradable que los señores que pululan por el Salón de Conferencias; pero si se hiciera cargo y se imaginase eso mismo al revés, el Salón de Conferencias lleno de sardineras gritando y oliendo á pescado, toda la ilusión se desvanecería. Y decía muy bien Don Hermógenes: que *todo es relativo*, y las *sardineras* sobre todo.

DIBUJO DE C. LEZCANO



CAPITELES BIZANTINOS DEL CLAUSTRO

El Monasterio de Ripoll



PORTADA DEL ABAD OLIVA

En un riente valle, confluencia de los ríos Ter y Fraser, en la provincia de Gerona, se alza la noble é industriosa villa de Ripoll, y en ella el famoso Monasterio de Benedictinos, peregrina joya del arte arquitectónico del siglo IX.

Fué el Monasterio, según tradición averiguada, fundado por el conde Guifre de la poesía, ó sea por Wifredo I *el Velloso* de la Historia; y sostiene con plausibles razones el eminente filólogo catalán Sr. Balari, que el sobrenombre de *Velloso* lo debió á ejercer su señorío en miserables eriazos poblados de maleza. Fué Wifredo un conde guerrero, pues conquistó á los árabes territorios dilatados, pero fué también, como jefe primero y cabeza de un pueblo trabajador, un cultivador y un labriego. Dicen las crónicas que el conde Guifre mandó roturar muchas tierras que estaban llecas é improductivas, y en esta santa faena le ayudaron los frailes de San Benito hospedados en el Monasterio de Ripoll.

Este maravilloso edificio donde se ven muestras únicas del arte latino-bizantino y fragmentos decorativos, en los cuales al puro estilo bizantino vienen á mezclarse elementos ornamen-

tales que habían de ser la base del ojival español y del mudéjar, en el que hay mucha más parte bizantina de la que se supone, fué, además de un hogar y centro de producción agrícola en la antigua Cataluña, un asilo de la ciencia, entonces sólo cultivada por los monjes, y en especial por los de la orden benedictina. En el siglo x, la biblioteca del Monasterio de Ripoll era una de las mejores de Europa, y por aquellos claustros admirables discurría uno de los mayores matemáticos de la Edad Media, el célebre monje Oliva. Por algunos inventarios de la época se sabe que había en el Monasterio preciosas alhajas de oro y plata, ya fabricadas por artistas cristianos, ya obra de moros, cosa natural, pues siendo los monjes los más sabios y trabajadores, habían de ser los más ricos.

Fué, por tanto, el Monasterio de Ripoll el lugar por donde la cultura francesa y lombarda penetraron en Cataluña, y también el primer foco de producción y de riqueza agrícola; fué al mismo tiempo y es la tumba del ilustre conde Guifre el solar del condado, y en los capiteles de sus claustros fué donde por primera vez se esculpieron los *pals de sanch*, es decir, las mal llamadas *barras* de Cataluña. ¿Cómo había de prever el conde Wifredo que al paso de los siglos el Monasterio estuviese en ruinas y existieran malos catalanes que hablasen otra vez de unirse á Francia?

DETALLE DE LA PORTADA

* * *

ARCOS LATINO-BIZANTINOS DE LOS CLAUSTROS

FOTS. G. RUIZ

CERCANÍAS DE ZUMAYA,
POR ANGEL ANDRADE.

VIAJE DE S. M. EL REY

NUESTRO redactor fotográfico señor Asenjo nos remite considerable número de *negativas* y *positivas*, que podrían, si el espacio nos lo permitiera, formar una crónica gráfica detalladísima y completa de todas las diversas y variadas etapas del viaje de S. M. por Aragón y Castilla.

Mucho lamentamos vernos obligados á prescindir de gran número de pormenores típicos y pintorescos y de interesantes escenas de la expedición, así como de muchos bellos panoramas y vistas de monumentos, reliquias y lugares históricos que han solicitado la atención del Rey y de sus acompañantes, haciéndoles comprender cuántas hermosuras apenas conocidas y casi en absoluto inexploradas encierran las regiones todas de la Península, y en particular la noble comarca aragonesa. Pero no prescindimos de reproducir la parte íntima del viaje; aquélla en que S. M., prescindiendo de las exigencias de la severa etiqueta y de la pompa del aparato oficial, se ha convertido en un turista, admirador entusiasta de los encantos de la Naturaleza y de las grandiosidades del Arte y de la Historia. No era cosa de que al viajar por los vericuetos del Pirineo montado en un mulo montañés, única montura posible en tan peligrosos lugares, se sujetara el Rey á la severidad y empaque de las paradas ó de las entradas solemnes en las gran-

S. M. EL REY CABALGANDO EN UN MULO DE LA MONTAÑA

S. M. Y SS. AA. RR. EN LA EXPEDICION Á CANFRANC

MOZOS Y MOZAS DE VILLANÚA ESPERANDO LA COMITIVA

JOTA BAILADA ANTE EL REY POR LOS ALDEANOS DE CANFRANC

FOTOGRAFIAS ASENJO

SU MAJESTAD Y ALTEZAS REALES EN LAS CALLES DE JACA

SS. AA. RR. EN LA MISA

des ciudades. Como pueden ver nuestros lectores, el Monarca, al llegar á las montañas de Atarés y de Canfranc, ha abandonado el uniforme, y requiriendo la ligera y elegante vestimenta de cazador, se ha puesto en comunicación directa con aquellos sencillos montañeses, á quienes asombraba en extremo ver al jefe del Estado usar de tan pocas ceremonias.

MISA EN LA CIUDADELA

DURANTE LA MISA

ANILLO DE D. PEDRO I Y SU ESTUCHE REGALADO Á SU MAJESTAD

FOTOGRAFIAS ASENJO

El espectáculo más solemne del viaje fué la misa de campaña celebrada en Jaca, á la cual asistieron Su Majestad, Sus Altezas y, además de todo el pueblo, gran número de aldeanos de los circunvecinos. También reproducimos el anillo del rey D. Pedro I de Aragón, regalado á S. M. con un artístico estuche, del cual, por orden del Monarca, hizo una fotografía Asenjo.

* * *

AÑO TRECE Y NUMERO 646 MADRID DIA 19 DE SEPTIEMBRE DE 1903

BLANCO Y NEGRO

ACTUALIDADES

PARA que nada falte á la justísima y tremenda rebelión de los macedonios, ya hasta tienen una heroína, una Juana de Arco, en la persona de Ekaterina Arneandova, bravísima amazona que, fusil al brazo y sable al cinto, dirige una de las partidas más importantes de búlgaros y macedonios.

La lucha no lleva trazas de acabar pronto. Nuestro enemigo de ayer, el presidente Roosevelt, sintiendo los añejos impulsos que le llevaron á Cuba al frente de los *rough riders*, ha querido intervenir. La razón de Estado ha aplacado sus nobles impulsos. ¡Lástima es que en 1898 no tuviesen las potencias para el derecho y la razón de los españoles iguales miramientos que hoy tienen para la barbarie y sinrazón de los turcos!

DESDE la guerrera Macedonia hasta la pacífica Albacete, el salto es regular. Démosle, y tomemos nota de la feria que se celebra en la culta capital manchega. Esa feria, importantísima sirve para mostrar que no es sólo Albacete el pueblo de las navajas.

EKATERINA ARNEANDOVA. GRUPO DE INSURRECTOS MACEDONIOS FOTS. GRIBAYEDOFF

«LA CUERDA» EN LA FERIA DE ALBACETE FOT. ALARCÓN

con buen gusto y arte por el arquitecto D. Luis Bellido. Por la fotografía adjunta puede formarse idea ligera de la belleza del nuevo templo de Santo Tomás.

ANTONIO REVERTE EN EL LECHO, ANTES DE LA OPERACIÓN

RÁPIDA é impensadamente ha muerto, á consecuencia de una terrible operación, un hombre á quien cien veces vimos jugar con la muerte, sonriendo impávido y sereno: Antonio Reverte, el torero trágico por excelencia, el que realizaba el espantoso milagro de andar junto á los toros con desahogo, sin poder correr ni saltar la barrera, sin más defensa que los brazos y el corazón indomable. ¡Triste sino el de Reverte! D. E. P.

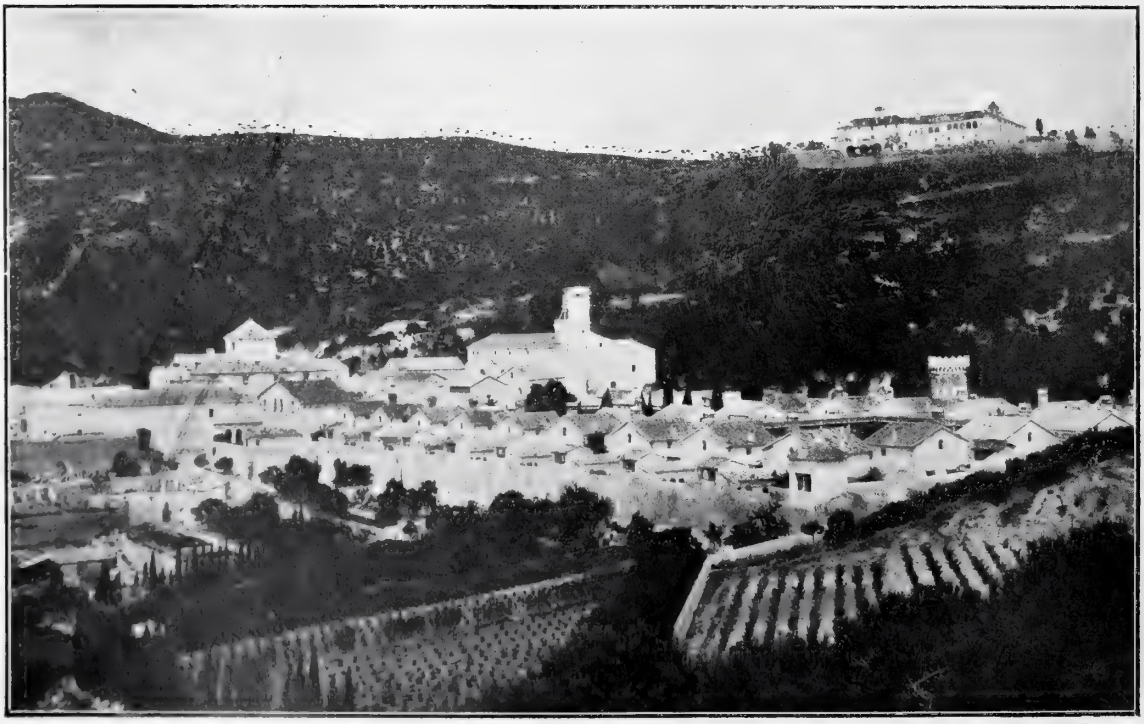
DE Barcelona nos remiten curiosas vistas de la recién restaurada Cartuja de Montalegre. Más que monasterio de frailes contemplativos, parece fábrica ó caserío industrial. El panorama es de los más bellos de España, pues domina el Besós, las bocas del Llobregat y los pueblos desde Barcelona á Mataró. Un buen sitio para pensar en que *morir habemos.*

* * *

sino una ciudad industriosa y rica, digna de salir de la obscuridad en que injustamente se la ha tenido.

OTRA hermosa y adelantada ciudad española, la noble y rica Avilés, acaba de inaugurar un magnífico templo gótico erigido por la piedad de ilustres próceres y corporaciones locales y trazado

NUEVA IGLESIA DE SANTO TOMÁS, EN AVILÉS FOT. CONSTANTE



LA CARTUJA DE MONTALEGRE. VISTA GENERAL FOT. J. BOFILL

EVA VESTIDA

Malditos los que han maldecido á Eva desnuda, la madre inocente del género humano!

Eva—dice el libro santo—estaba desnuda y no se avergonzaba, porque era inocente.

Y como inocente, por serlo se condenó y nos condenó á todos, y aquella inocencia suya fué el pecado original. ¡Bastante vale ni significa el pecado original al lado de los otros no originales, sino plagiados, que han venido en pos de él. Eva desnuda pecó de inocente.

¿Qué diremos de la Eva vestida y con miles de picardías heredadas de miles de años?

Ahí la tenéis en su actitud favorita: joven, guapa, sonriente, muy bien apañadita, y ofreciendo la manzana madura y apetitosa al primer memo que cometa la tontería de acercarse.

El pintor la vió al pie de un manzano oloroso y se quedó sorprendido.

Y el pintor exclamó:

—¡Calle, si es la madre Eva en la misma actitud que tomó en el Paraíso!

Todo está igual; parece que fué ayer... salvo que el Paraíso se ha convertido en Infierno.

DIBUJO DE M. PEÑA

DEPORTES FEMENINOS

EL GOLF

No vayan á creerse los amables lectores poco *sportmen* que el *golf* es nada referente á los golfos ni á la golfería. Por el contrario, el entender de *golf* y el practicarlo es una de las diversiones más caras y, por tanto, más aristocráticas del mundo. Con decirles á ustedes que en Francia, es decir, en el país de la gente alegre y amiga de distraerse, no hay más que tres modestas sociedades de *golf* en Cannes Pau y Biarritz, aparte la Sociedad de París, que no es modesta

sino poderosa, y con añadir que en América solamente los terrenos dedicados al juego del *golf* están evaluados en 350 millones de francos, podrán ustedes formarse una idea de lo que ese deporte cuesta.

Y sin embargo, ni requiere *aparatos* costosos como los automóviles ó los caballos de carrera, ni arrebata fortunas en un minuto, como el *bacarrat* y la ruleta, ni para jugar al *golf* se necesitan ni se usan *toilettes* suntuosas, sino, al contrario, trajes sencillos y ligeros. Por otra parte, este ejercicio es uno de los más higiénicos y sanos que pueden hacerse,

y á él se dedican no ya solamente damiselas y pisaverdes, como los que el *lawn tennis* exige, sino caballeros y señoras de *cierta edad*. En la Cámara de los Lores, en Londres, hay *dos teams* ó partidos de *golf* empeñados desde hace mucho tiempo, y por cierto que el jefe de uno de ellos es el honorable Sir James Balfour, ó lo era no há mucho.

La causa de que el *golf* resulte caro es que necesita un campo de bastante extensión, de una horizontalidad perfecta, con la tierra elástica, es decir, bastante muelle y cubierta de césped finísimo.

El juego no puede ser más noble, pues en él no hay competencias de fuerza ni de amor propio, sino tan

sólo de habilidad y destreza. En el campo cercado se colocan á distancias variables de ciento á quinientos metros, unos arquillos de madera, por los cuales se ha de hacer pasar la pelota que cada jugador impele con una especie de porra. En el trayecto de uno á otro *puesto* puede haber arroyos, vallas hechas con hierba y otros obstáculos, y no se puede usar más medio que los puños para empujar la bola y lanzarla por los sitios convenidos, siguiendo un orden determinado.

Pero bien se comprende que en este juego los puños son lo de menos. Lo de más es la vista, el cálculo geométrico, el conocimiento del terreno y de la pelota, y la astucia y precisión, que sólo se consiguen después de muchos años de práctica. El mérito consiste en emplear muy pocos golpes... y en que éstos sean muy eficaces para que la pelota llegue á la meta en el menor número posible de trayectos. En ello trabaja todo el cuerpo, la inteligencia funciona también y el apasionamiento que el juego produce es grande, sobre todo en países eminentemente individualistas como son los de raza sajona, puesto que en el *golf*, la victoria no es de un grupo como en el *tennis* y en el *foot ball*, sino de un solo personaje, á quien todos envidian y admiran.

Como se ve, tiene, por otra parte, el *golf* una significación un tanto simbólica y alegórica, que podemos deducir sacando un poco de juicio las cosas, ya que todo el mérito de dicho juego consiste en llegar á una finalidad cualquiera, empleando para ello la menor cantidad posible de *golpes*. Parece que se trata de la carrera política de alguno de nuestros conspicuos.

El resultado es que los jugadores de *golf* pasan cinco ó seis horas al aire libre dedicados á un ejercicio sano, agradable é interesante. En España no se ha implantado aún este juego, y no será porque no haya tierra sobrante y sin cultivar.

* * *

AL CAER DE LA TARDE,
POR S. AVENDAÑO.

OTOÑO

Desde las lomas de la fértil sierra,
mi vista complacida se derrama
por el incomparable panorama
de esta fecunda y deliciosa tierra.
Expira el mes de Octubre,
y aun las tendidas y ondulantes faldas
el lozano verdor reviste y cubre,
cual manto recamado de esmeraldas.
A los rayos del sol que al Occidente
camina, con metálicos reflejos
brilla el Guadalquivir, que allá á lo lejos,
sus murallas besando mansamente,
á la opulenta Córdoba retrata;
y atrás dejando su famoso puente,
como raudal de bullidora plata,
con regia majestad tuerce y dilata
por la vega anchurosa su corriente.

Absorto al contemplar tanta belleza
y gozoso al sentir tanta alegría,
recuerdo la tristeza
conque en otoño, al declinar el día,
en la tierra natal el extendido
y solitario campo recorría,
en tanto que con lúgubre tañido
resonaba en la torre la campana,
que expresar con su acento parecía
la invencible y tenaz melancolía
que en la escueta llanura castellana
todo lo penetraba y lo invadía.
Medio escondido entre celajes rojos,
el sol poniente con oblicuo rayo
doraba de soslayo
los resecos y pálidos rastrojos,
mientras helado, silencioso y lento,
sin mover con su aliento
en el bosque desnudo ni una rama,
hasta mis huesos penetraba el viento
traicionero y sutil del Guadarrama.

¡Cuán diferente aquí! Su intensa llama
luce inmutable el sol resplandeciente,
que cual lluvia benéfica derrama
sobre el suelo la luz, y el tibio ambiente
el olor de las rosas embalsama.
Ostentando su pompa y lozanía,
la tierra se compone y se atavía
con sus brillantes y lujosas galas;
y revolando en torno de las flores,
lo mismo que en Abril, baten sus alas
las leves mariposas de colores.
La rumorosa fuente
su canto entona sin temer que el hielo
aprisione en el cauce su corriente,
esmerilando su cristal turgente
donde se mira con orgullo el cielo.
Aún no teje la pálida neblina
la espesa trama del flotante velo;
y aunque el adusto invierno se avecina,
retarda la emigrante golondrina
el triste instante de tender el vuelo.

Una copia dejar del Paraíso
que profanara Adán con su pecado,
el Señor, de los hombres apiadado,
en esta tierra incomparable quiso;
y cual doncel gallardo y vigoroso
que á delicada virgen, amoroso,
con inrrompible vínculo se enlaza,
el Otoño fecundo, cual si fuera
su inseparable y dulce compañera
la florida estación, amante abraza
á la joven y alegre Primavera.

Por eso cubren la ondulante falda
de la sierra los verdes naranjales,
sin temer que los vientos otoñales
deshojen y marchiten su guirnalda;
y á los ojos, que en verlos se recrean,
muestran al par, entre su fronda umbría,
frutos que, al ablandarse, amarillean
y botones no abiertos todavía,
cual promesa segura de que en breve
lucirán á la vez, como un tesoro,
sus naranjas más fúlgidas que el oro
y sus flores más blancas que la nieve.

¡Salve, patria del sol! ¡Región dichosa
en donde la feraz Naturaleza,
como próvida madre y tierna esposa,
brinda al hombre, fecunda y amorosa,
á la par su cariño y su belleza!

Cuando, ardiendo en castísimo deseo,
te admiro siempre, fiel á tus amores,
y á un tiempo mismo producir te veo
sabrosos frutos y lozanas flores,
te concibe mi mente enardecida
como mujer feliz y enamorada
que se mira orgullosa y complacida
de su dueño en los ojos retratada,
mientras en torno, alborozado, juega,
su ventura colmando, el pequeñuelo,
que trabajosamente por el suelo
hasta sus faldas arrastrando llega.
Y cuando hacia ella suplicante tiende
las manecitas, é insistente ruega
en ese idioma de ternura lleno,
cuyas palabras que ninguno entiende
sólo interpreta el maternal cariño,
le toma en brazos, y el fecundo seno
librando de la cárcel del corpiño,
el casto amor aviva y enardece
del esposo feliz, al par que ofrece
salud, regalo y alimento al niño.

MANUEL DE SANDOVAL

DIBUJO DE REGIDOR

LA VENGANZA SIN CASTIGO

IGNACIO era una mala persona, de corazón ruin y entendimiento corto.

Parecía, sin embargo, hombre de largos alcances, y aun él mismo presumía de ello, gracias á esa astucia villanesca, que suple á veces con ventaja á la inteligencia, falsificándola, como el cobre pulido remeda al oro.

Fué en su niñez de natural antojadizo, voluntarioso y vehemente: carne inflamable con la cual habría podido fundirse un hombre apasionado, pero quizá de buen fondo si tales apasionamientos tomaran ó recibieran oportunamente direcciones estudiadas. De un espíritu seco nada puede hacerse, como con una fuerza inerte nada se puede mover. Pero donde haya una energía activa, un jugo sea dulce ó sea amargo, puede moldearse un sér útil.

En las pasiones y hasta en los vicios vive siempre algún residuo aprovechable cuando es bien explotado por el arte de la refinación moral, que lo hay, como hay un arte de aprovechar los residuos minerales sacando puro metal de las escorias más impuras.

Pero Ignacio cayó desde su niñez en manos pecadoras. ¿Pecadoras? Sí y no. Pecadoras en cuanto á métodos de educación: que en lo demás, su tío carnal, el cura de la villa, era un varón tan lleno de virtud como de fanatismo.

Practicaba el buen padre de almas ese sistema educativo que pudiera llamarse método secante. Seca la inteligencia para evitar el raciocinio contra lo absurdo. Seca la voluntad para prevenir la rebeldía. Seca los afectos y sentimientos para ahorrar turbaciones al espíritu, que es como secar el mar para que no haya tempestades ni naufragios, sin ver que tampoco habrá brisas refrescantes, ni caminos de comunicación entre los pueblos ribereños.

Criado de esta manera, Ignacio conservó en el fondo del alma, y como en estado subterráneo, el germen de las pasiones humanas, pero sin los arranques y bríos que las hacen brotar á lo exterior. Es decir, que añadió á sus vicios ingénitos otro artificial: el de la hipocresía. Era malo por inclinación, y no se atrevía á serlo ostensiblemente, no por amor al bien, sino por temor al castigo.

Y de esta raíz arrancó su desgraciada historia.

La vanidad, la codicia y la envidia corroían el corazón de Ignacio como el cardenillo venenoso corroe la copa de metal vil. No podía limpiarse de ellas. ¿Vanidad de qué? De juzgarse más poderoso de lo que era. ¿Codicia de qué? De pretender lo que no podía alcanzar. ¿Envidia de qué? De todo hombre que alcanzaba lo que él no podía.

Esas pasiones habían hallado sujeto y objeto en la persona de Ramón, primo de Ignacio. Parecían nacidos bajo dos signos opuestos y batalladores: Ignacio para odiar á Ramón; Ramón para vencer á Ignacio. Más rico, más fuerte y más guapo, Ramón humillaba en todo á su primo, aun sin propósito de humillarlo. En los juegos de la niñez, siempre le podía. En los amoríos de la mocedad, siempre le ganaba. En las prosperidades y posiciones de la virilidad, siempre le aventajó. Logró muchos amigos, mientras Ignacio era antipático á la gente. Tuvo gran partido entre las mujeres, mientras Ignacio hubo de contentarse con la suya propia. Llegó á los treinta años á ser alcalde del pueblo, mientras Ignacio no pudo llegar nunca ni á concejal. ¡Su ambición suprema: la vara de alcalde en las manos aborrecidas de su émulo! Esto colmó el tradicional aborrecimiento que se tenían ambos primos.

Los conocedores de la política rural; los que saben cuántas codicias despierta, cuántas envidias atrae, cuántos odios levanta y á cuáles extremos conduce la posesión del poder en los villorrios, donde el amor propio es la pasión natural y donde las vanidades crecen á medida que los círculos sociales se estrechan, comprenderán la desesperación y los rencores de Ignacio. No había traza ni venganza

que le parecieran bastante para satisfacer aquella humillación de la fortuna. Sólo la sangre y la muerte podían aplacar la fiereza de aquel hombre nacido en tierras levantinas.

El trabuco y la faca recibían muchas noches caricias siniestras de sus manos.

Pero sobre el pecho en que hervía la negra tempestad estaba la cabeza enseñada á reprimir y disfrazar las pasiones así malas como buenas. El espíritu disciplinado del sobrino del cura no se arrojaba á los desmanes inconscientes de la pasión alborotada y ciega, y no ciertamente por temor al delito, sino por miedo á sus consecuencias. No quería pasar por asesino ante la opinión pública y, sobre todo, ante los Tribunales de justicia.

Así es que, decidido á matar á Ramón, le tendió la celada más vil y más diabólica que pudiera imaginar la astucia humana.

Ya es sabido que Ramón fué siempre mujeriego y galanteador afortunado. Y conviene saber asimismo que la mujer de Ignacio era hembra tan capaz, por su hermosura, de atraer á los hombres, como incapaz, por su honradez, de alentarlos á propasarse con ella.

¿Qué mucho que Ramón gustara de Inés y aun le dirigiese miradas y piropos siempre que hallaba ocasión propicia?

¿Y por qué Ignacio sintió una secreta y como infernal complacencia al advertir las galanterías de su primo, cuando debían, por el contrario, añadir al odio antiguo el odio de un nuevo agravio y de una nueva humillación? Porque su astucia perversa empezó á vislumbrar una venganza sin peligro.

Cierto día corrió por el pueblo una noticia espantosa: el alcalde había sido asesinado. ¿Cuándo? Aquella madrugada. ¿Dónde? Dentro de la casa de Ignacio.

¿Quién propaló la noticia?

El mismo Ignacio, que en acabando de cometer el delito salió diciendo á grandes voces que había matado á Ramón sorprendido á media noche en el cuarto de Inés.

Como Ramón no entraba nunca en la casa de su primo por la enemistad de ambos, y como además las altas horas de la noche no son las propias para visitas inocentes, la opinión pública dió por seguras la culpa de Ramón y la justicia que Ignacio se tomó por su agraviada mano.

El abogado hizo una defensa elocuente. La entrada nocturna del amante audaz, la santidad del domicilio atropellado, los gritos del honor conyugal, encontraron acentos conmovedores.

El jurado pronunció veredicto absolutorio. El público aplaudió la sentencia y sacó en triunfo á Ignacio, como tipo calderoniano de la fiereza castellana.

El hipócrita cobarde respondía con sonrisas que eran contracciones nerviosas. Sonrisas de alegría impura y de desprecio á la justicia humana, de la cual se burlaba secretamente. Ramón no entró en la casa con propósitos adúlteros, sino atraído traidoramente con promesas de ajustar las paces.

El honor sirvió al odio para preparar la impunidad de su venganza.

Ahora se explicará el diabólico placer con que presenciaba las galanterías de su primo, y con cuál pérfida previsión las señalaba, como bromeando ante la gente.

Había consumado una venganza sin castigo. Deleite sumo de su alma seca.

Pero para enmendar yerros de la justicia de la ley, hay en la tierra otra justicia infalible: la moral.

El pueblo, para ignorar el asesinato alevoso, tuvo que conocer el adulterio intentado. Porque nadie creía que Ramón estuviese á tales horas en el cuarto de Inés sin consentimiento y cita de ella.

El marido burlado tuvo que aguantar el castigo correspondiente al criminal absuelto. Y la sociedad no absuelve del todo á los deshonrados aunque pidan justicia de rodillas sobre el cadáver del deshonrador.

La deshonra siempre queda en pie.

EUGENIO SELLÉS

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

APUNTES DE BIARRITZ

Cuando ya no quedan en los demás puntos de baños y de recreo sino unos cuantos señores y señoras poseídos del más triste y lamentable aburrimiento; cuando en todos los puertos del Cantábrico sopla un ventarrón deshecho, que cien veces al día coloca á los veraneantes en la espantosa y ridícula situación del hombre que echa á correr en pos de su sombrero; cuando llegan á aprovechar las sobras de San Sebastián las familias modestas de Madrid y de provincias, para

quienes no es un secreto el dicho de las placeras donostiarras de que «para *la* Setiembre todo más barato está, pues...» entonces Biarritz se encuentra en la más floreciente y espléndida fase de su reinado. No se han marchado aún los aristócratas españoles y franceses, y ya empiezan á emerger del sudexpreso ó de fantásticos automóviles los príncipes rusos, los lores ingleses, toda la gente rica y poderosa de Europa, resuelta á dejarse una barbaridad de rublos y una porción de arrobas esterlinas para el más grande esplendor y lucimiento de aquel dichoso rincón del planeta.

* * *

FOTOGRAFÍAS ASENJO

EL NIÑO RICO

I

Cuando el primer día de clase se vió el pobre licenciado en la digna y triste facultad de la borla celeste, ante sus dos únicos discípulos, dos tarugos con forma humana, á los que habría que meter con un formón las declinaciones latinas, tuvo un instante de desaliento, como una vislumbre rápida del negrísimo porvenir, del esfuerzo abrumador que le aguardaba socavando siempre en la roca. Pero era joven; pensó en su colegio recién abierto, con sus muebles de lance, disimulada su vejez bajo un último y caritativo barniz; pensó en su esposa, la suave muchacha con la que acababa de casarse, también hija del trabajo; pensó en los seis ó siete chicos que tenía apalabrados para la clase de primera enseñanza, seis ó siete ganapanes que sus padres, atentos á su mostrador, se quitarían así de en medio, é imponiéndosele la primavera de su vida, que por algo es primavera, entró con paso firme en la senda de espinas á que su suerte le empujaba.

La prueba fué dura. Pasaron los meses, pasó un año; no vino un chico más de los anunciados; aún *vino* alguno menos; el menaje, con el uso, empezó á deteriorarse con la rapidez con que se deshacen los muebles viejos recompuestos, y de contra tuvo el primer fruto de bendición: un varón, el varón soñado, el primogénito, futuro heredero de un legado bien amargo, pero que pronto llenó la casa de alegría con su presencia, robusteciendo la esperanza anémica, que, á la vez que las mesas y los bancos, comenzaba á desgastarse con aquel ambiente de pedagógica resignación.

II

Un día llamó á la puerta la felicidad, no se sabe si porque se equivocó de piso, pero el hecho es que llamó. ¡Diez años llevaba el pobre licenciado hundido en la atmósfera gris de su colegio, repartiendo á sus diez ó doce discípulos, por unos módicos honorarios que le pagaban á fuerza de apremios, á guisa de sopa del convento, la ciencia aprendida, cuando aún no sabía en sus años de estudiante, llenos de ilusiones, lo que le reservaba el porvenir! El caso es que quiso el cielo que se mudara algunas casas más arriba un señor bien hacendado, vulgo legítimo, que encontró muy cómoda la proximidad del colegio, y á él mandó su único vástago, un muchachote cerril y voluntarioso, pero con tan buena ropa, que hizo abrir un palmo de boca á sus condiscípulos y dejó caer en su mente una gota de envidia comparando las telas ajenas con las suyas, deterioradas y con remiendos.

El profesor respiró con aquel segundo rayito de luz. El primero había sido la inteligencia sacada por su hijo en divina compensación á su pobreza, y que él cuidóse de ir pulimentando con sabia prudencia desde que estuvo en edad para ello, inculcando poco á poco en aquella tierra tan de buena ley, como padre y como maestro, las semillas de cuanto en el propio cacumen escondía. Y como el niño rico ingresó en el colegio para seguir la segunda enseñanza á la vez que el niño desheredado la emprendía, consagróse el paciente pedagogo con mayores ánimos al desarrollo de las dos existencias paralelas. Sólo la esposa del licenciado, aun recibiendo con alegría la inesperada ayuda, sintió en su instinto femenino como el presentimiento de algo triste.

III

Había llegado el día de los exámenes, el día luminoso de los sueños azules para el pobre hijo del director y dueño del colegio. Compasión daba el contemplar los débiles diez años del niño. Un cuerpe-

cillo enteco y caído, una cabeza de «globo» de extraordinario desarrollo craneano, y allá arriba, bajo la bóveda, la lucecita del cerebro, única cosa brillante de su sér, alimentada, eso sí, con un triste aceite que huía en cambio del resto de su organismo. Laborioso y tenaz como criatura precoz, sabíase sin punto la asignatura y era quizás el único que no temía la prueba de curso. Sobresaliente fijo.

A las nueve de aquella mañana memorable, vestidito con su humilde ropa de domingo, esperaba á sus colegas de examen en la desmantelada clase, una pieza innoble, con el papel desgarrado, los ladrillos tecleando y dos vidrios rotos, digno albergue de la mesa sin barniz, los bancos cojos y el encerado abierto con una enorme herida. Tres compañeros faltaban. Dos llegaron pronto, con su pinta de hijos de menestrales. Sólo falta el tercero: el niño rico. ¡Ah! Ese podía retrasarse. No había miedo de que el director le arguyera. Para él no regían horas ni se sostenían castigos. Era el amo del colegio, un amito loco, travieso, insolente, endiosado de su predominio, sintiéndose déspota únicamente por la comparación entre los delantales de percal de sus condiscípulos y sus ropas de lana inglesa. Cuanto á estudiar, cero. Inteligencia, corriente.

Repiqueteó la campanilla con violencia. Tiraba un puño imperioso. La misma esposa del director, dulce y sumisa siempre, con su aire triste acudió á abrir. Aquí estaba ya el niño rico. La levita docente y el pantalón didáctico asomaron en la clase. En marcha con los chicos. Y al salir, la última confidencia del pánico acerca del estudiante adinerado.

—¡Tengo miedo! No sabe más que para escapar del apuro.

—¡Oh, si lo suspendieran!

IV

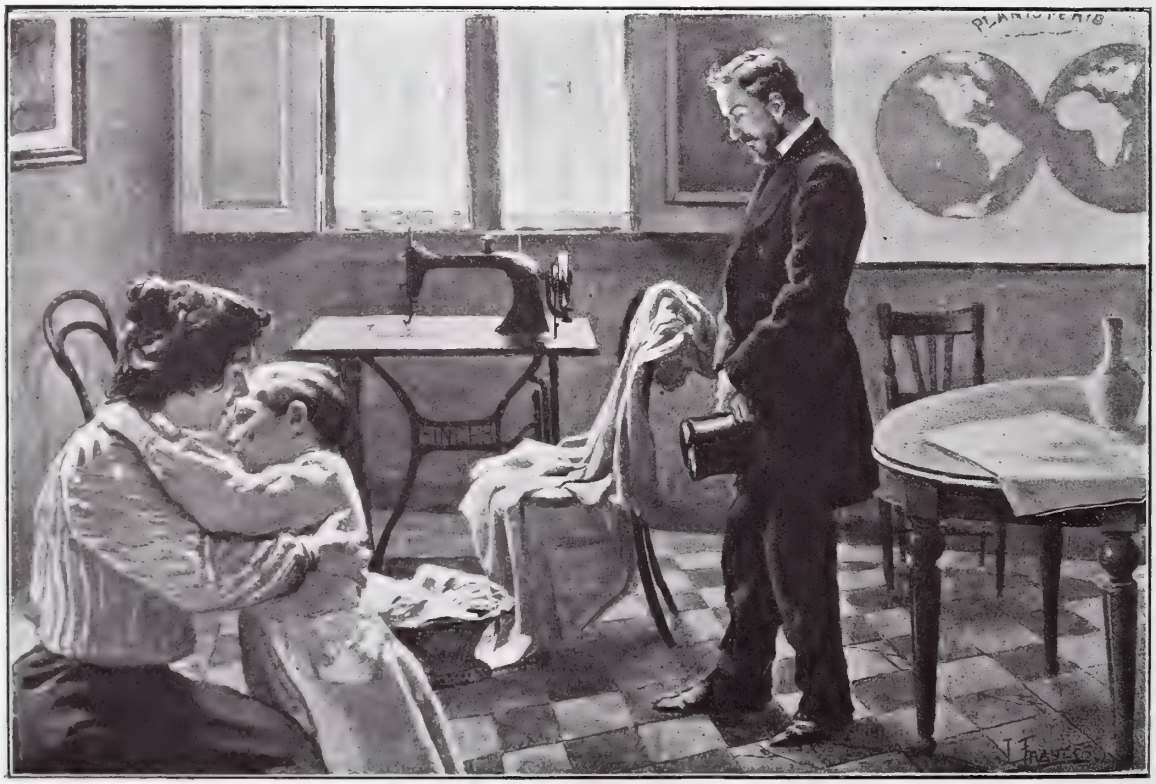
¡Si lo suspendieran! La directora, la pobre criatura unida por el amor á la desgracia del licenciado en letras, tan bueno, tan culto y tan infeliz, la paciente mujer que sufre á su lado ayudándole á llevar la cruz, se estremece de espanto ante la idea de que suspendieran al niño rico. Todos los demás alumnos, una docena de chicos de tenderos ínfimos, de empleados de poco sueldo, pagan mal, cuando pagan; no hay uno que no deba. Milagrosamente se sostiene el colegio, pero sin poder reponer un mueble, destrozado todo, hecho un puro pingo. Aquel niño acomodado, que por obra de la casualidad, no por mano de Dios, asiste á clase, es el único ingreso positivo. No sólo ha detenido la catástrofe, sino que con sus insolencias y sus desaplicaciones comen. Por fortuna, empieza el bachillerato; pero si saliera mal, ¡Dios mío! tal vez se lo llevaran á otra parte.

Hundida en un butacón que deja escapar el pelote por un boquete, cuenta anhelante las horas. Una idea le trae otra. Su pobre hijo, que también se examina. ¡Tan aplicadito é inteligente! ¡Es la única compensación en su desgracia!

V

—¿Qué?—pregunta con ansia á su marido al verle entrar pálido, con un supremo dolor en el semblante.

—No, nada. Tranquilízate—la responde apenas sin voz.—Sobresaliente.



—¿Sobresaliente? Sí, tuvo una suerte loca. Le salieron lecciones que sabía, sin punto. Pero no pudo lograr dos notas en una clase tan reducida. Y para dársele á él, que es el pan, la dura vida...

¡Ahí está ante su madre el niño precoz, que aún trae dos lágrimas mudas en sus ojos! La madre le estrecha llorando contra su pecho. ¡Pobre hijo mío!

ALFONSO PÉREZ NIEVA

DIBUJOS DE J. FRANCÉS

OFICIOS DIVERSOS

¿QUIÉN ES EL ZAPATERO?

Es un simpático obrero
que por todo se desvela;
al menos yo así lo infiero,
porque trabaja con cuero
y al mismo tiempo *con suela*.

¿QUIÉN ES EL SASTRE?

Industrial en quien no hallamos
cosa que hacer no sepamos,
pues, según dice Juan Lastres,
cuando de malas estamos,
todos hacemos *desastres*.

¿QUIÉN ES EL ALFARERO?

Con las manos en la masa,
es de todos los obreros
el más tristón en su casa,
puesto que es hombre que pasa
la vida haciendo pucheros.

¿QUIÉN ES EL PESCADERO?

Un hombre que ve á cualquiera
con escama, y considera
lo difícil que es medrar,
porque no hace más que hallar
espinas en su carrera.

¿QUIÉN ES EL MOZO DE CORDEL?

Un atleta vagabundo
que tanto al sablista inmundo
como al reloj nos recuerda,
pues se echa á la espalda el mundo
y no anda nunca sin cuerda.

¿QUIÉN ES EL JARDINERO?

Este es un hombre, detrás
del cual se ve al usurero·
y si así lo considero,
es porque no tiene más
quehacer que *dejardinero*.

¿QUIÉN ES EL REQUESONERO?

Un hombre que, en opinión
de los estudiantes, lleva
para ellos buena intención,
porque vende «requesón
de Miraflores y *aprueba*.»

¿QUIÉN ES LA ENCAJERA?

Una distinguida obrera
que, sin ver que le rebaja,
da la puntilla á cualquiera
y en todas partes se encaja.
¡Al fin y al cabo, encajera!

¿QUIÉN ES EL BOMBERO?

Hombre grande en ocasiones,
que no sé, en sus condiciones,
cómo hace nada á derechas,
pues entra siempre en funciones
con mangas largas y estrechas.

¿QUIÉN ES EL BUÑOLERO?

Cualquiera dará en el *quid:*
fué, con más valor que el Cid
y más edad que tres loros,
el portero de los toros
en la Plaza de Madrid.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

DIBUJO DE ROJAS

LA COMBA

POR MARÍN

LECTORA INTERESADA,
POR T. MUÑOZ LUCENA.

HAITI

CROQUIS AMERICANOS

PUERTO-PRÍNCIPE

HASTA hace muy poco tiempo no ha disfrutado Haiti de relativo sosiego; aquel país ha podido definirle alguien como «una sartén de aceite hirviendo, en la cual hay siempre dos generales y dos ejércitos resueltos á hacerse añicos».

Hoy, por fortuna para Haiti, preside la República un venerable anciano,

PLAZA DEL MERCADO Y CATEDRAL

el general Nord, que es el decano de los jefes de Estado, pues, según parece, anda cerca de los noventa años. Muchas atrocidades é inenarrables horrores ha presenciado en su larga vida el presidente, y es de suponer que su voz paternal se dirija á los ciudadanos de Haiti recomendándoles por fin la calma y la benignidad á que no están ciertamente muy acostumbrados. Si tales consejos se les dan y ellos los siguen, Haiti llegará á ser un Estado de primer orden, pues su territorio nada tiene que envidiar al de las otras Antillas por lo que hace á las riquezas naturales. Entonces, la capital, Puerto-Príncipe, quizás llegue á ser una ciudad magnífica, aun cuando á ello se opone la estrechez de su puerto, que no da abrigo suficiente á barcos de gran calado.

La población actual de Puerto-Príncipe se compone casi exclusivamente de negros; hay algunos blancos extranjeros y del país, pero claro está que éstos constituyen una exigua minoría. Algunos etnólogos que han salido ahora con la tecla de que en Cuba existen *indios*, esto es, descendientes de las razas indígenas que descubrió Colón, pretenderán quizás que en Haiti se conservan restos de la

LAVANDERAS DE HAITI

casta primitiva. Nada más inexacto; los negros haitianos son de raza africana, del valiente y hermoso tronco de Guinea, y el mismo general Nord es un bello ejemplar de su casta.

Considerado ésto, aún nos debe chocar menos el que toda la República, y en particular su capital Puerto Príncipe, se resienta del atraso y la incultura que podemos ver revelada en esas fotografías.

Así, una República de negros como Haiti lleva cientos de años trabajando por ser algo más de lo que es, y ¡ya véis su capital y los alrededores de ella! no logra más que un ligero barniz de ciudad moderna. ¿Observáis alguna diferencia sensible entre la Plaza del Mercado de Puerto-Príncipe y el Soco de Tánger? Si el ejército haitiano se pusiese frente al del Ras Makonen, invicto general de Menelik, sería irremisiblemente derrotado. Haiti es, en suma, una de tantas piezas como acecha ya hace tiempo el Tío Sam. Este ambicioso personaje la quisiera más madura, mas jugosa, así como Cuba ó Puerto Rico; pero tarde ó temprano, acabará por hincarle el diente.

* * *

TROPA ESPERANDO AL PRESIDENTE AL SALIR DE MISA

DÍA TRISTE, POR JULIÁN TORDESILLAS.

VIAJE DE SU MAJESTAD

DEJÁBAMOS en nuestro número anterior interrumpida la información del viaje al entrar S. M. en la noble y vencedora ciudad de Huesca, uno de los pueblos en que el recibimiento hecho al Soberano ha sido más entusiasta y grandioso.

Desde el Alto Aragón y la Rioja, se trasladó el Monarca á Soria, y así como en San Juan de la Peña pudo admirar los cimientos de la nacionalidad española, su raíz aragonesa, en la heroica tierra de Numancia pudo descubrir también las firmes bases del heroísmo castellano. Es Soria el núcleo más recio del valor y del sufrimiento de esta calumniada raza, el solar de la lealtad y de la honradez. *Los padres murieron, los hijos quedaron*, dice la inscripción grabada en los sillares del comenzado y no acabado monumento á los héroes numantinos. La gran virtud castellana, la resistencia, el *aguante*, en Soria se crió, en Numancia asombró, y avergonzó á Roma y al mundo entero. Aquel lugar, que el Rey con veneración ha visitado, fué el teâtro de la más grande tragedia histórica española; con su sangre la escribieron los héroes numantinos; con su pluma de oro la copió el gran poeta nacional, Cervantes, que escribió la *Numancia* para España sola, como escribió el *Quijote*

S. M. EL REY ENTRANDO EN LA CATEDRAL DE HUESCA FOT. ASENJO

ARCO ÁRABE ERIGIDO EN HUESCA
FOT. E. CAPELLA

LA COMITIVA REGIA FOT. V. DE CASADO
PASANDO BAJO EL ARCO DEL AYUNTAMIENTO, EN SORIA

S. M. Y AA. RR. EN LAS RUINAS DE NUMANCIA FOT. ASENJO

EL REY EN LA REVISTA DE VALLADOLID FOTS. ASENJO

ENTRADA EN EL ARCHIVO DE SIMANCAS

para la humanidad. Desde Soria, la antigua *cabeza de Extremadura*, el viaje ha continuado á Valladolid, la antigua corte castellana.

Como corte, con generosidad y esplendidez verdaderamente cortesanas ha agasajado Valladolid al Monarca, probando de paso que no es sólo una ciudad de altivos hidalgos, sino también un pueblo moderno en que tienen vida feliz y próspera todas las manifestaciones de la industria y del desarrollo comercial.

LOS PASEOS DE VALLADOLID ENGALANADOS FOT. ASENJO

ASPECTO DE LA EXPOSICIÓN REGIONAL DE PALENCIA FOT. M. PERAL

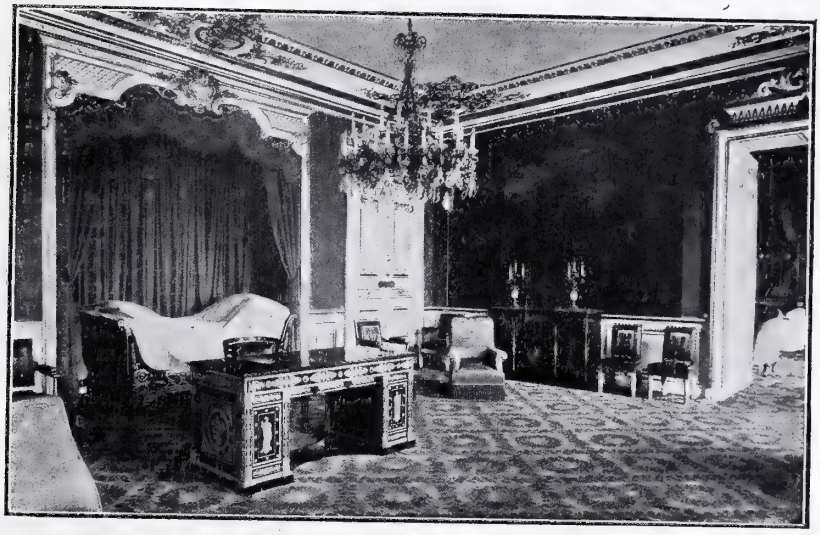
En Simancas, recorriendo el Archivo histórico, ha podido el Rey recoger el perfume de las pasadas grandezas conservado en los viejos pergaminos; y en Palencia, en la magnífica Exposición regional, ha podido reconocer el germen de las grandezas futuras, viendo el empuje con que aquella ilustrada capital emprende el único camino de la verdadera regeneración.

En suma: el viaje, agradable aun cuando fatigoso, ha resultado grandemente instructivo, y cumplido el propósito con que se emprendió.

* * *

AÑO TRECE Y NUMERO 647 MADRID DIA 26 DE SEPTIEMBRE DE 1903

BLANCO Y NEGRO



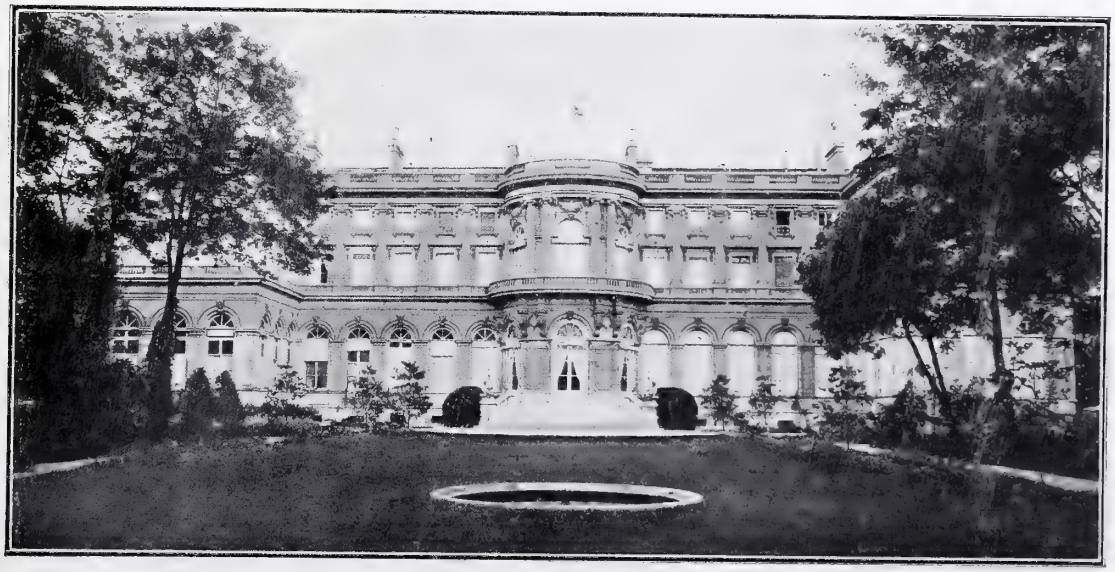
DORMITORIO DEL REY DE ITALIA EN PARIS CON LA CAMA DE GAMBETA
FOT. CARNIER

LA SEMANA PASADA

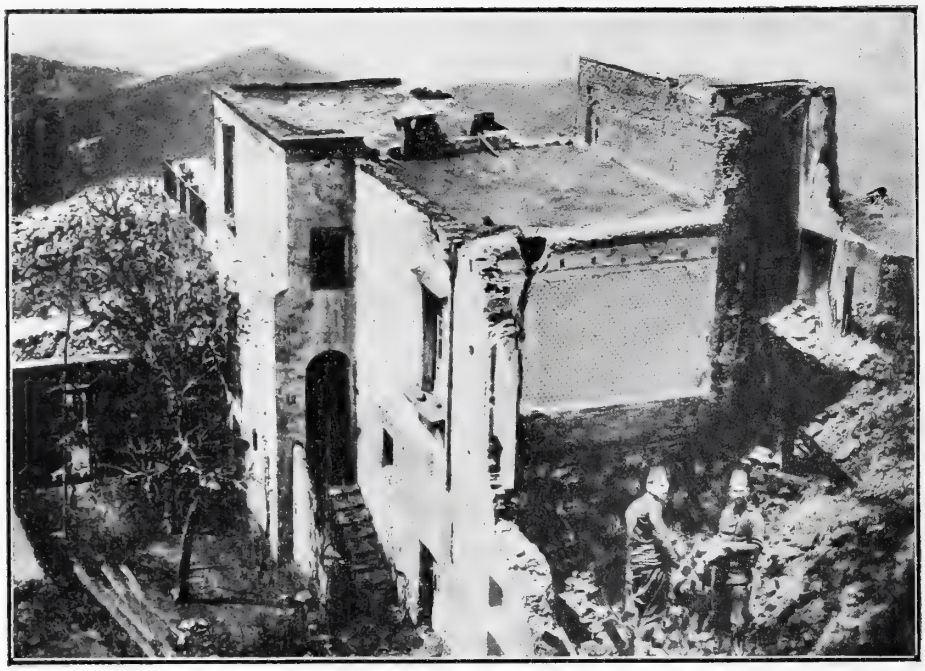
MIENTRAS los madrileños nos entregamos con entusiasmo digno de más altos motivos á los amenos y profundos comentarios originados por la estafa del *Cantinero*, en Europa sigue la gente andando más lista que las liebres y preparándose á todo evento. Al general rebullicio y movimiento de testas coronadas debemos añadir, cumpliendo nuestro deber de cronistas internacionales, el viaje de Sus Majestades los Reyes de Italia á París, donde, á la hora en que se escriben estas líneas, se hacen grandes preparativos para una recepción ostentosa y magnífica.

Nuestro corresponsal en la *ville-lumiére* ha creído cuidoso y oportuno enviarnos vistas de las habitaciones que van á ocupar los monarcas italianos. Basta con verlas para comprender el gusto con que todos los reyes elegirían á París por albergue, si les dejaran elegir. Los franceses, ya que hayan perdido la maestría y el empuje directivo en otras muchas cosas, le conservan siempre en todas las artes del agrado y de la seducción. Habrá quien no los quiera, pero todo el mundo aspira á ser su amigo, y mejor su huésped.

EN Macedonia, entretanto, siguen turcos, búlgaros y naturales del país entregados al grato y distraído deporte del incendio, el robo y el asesinato, según puede verse en la fotografía que nos remiten de una ciudad perteneciente al *vilayato* (palabra cuya significación desconocemos, y por lo



FACHADA AL JARDÍN DEL PALACIO DE ORSAY FOT. CARNIER

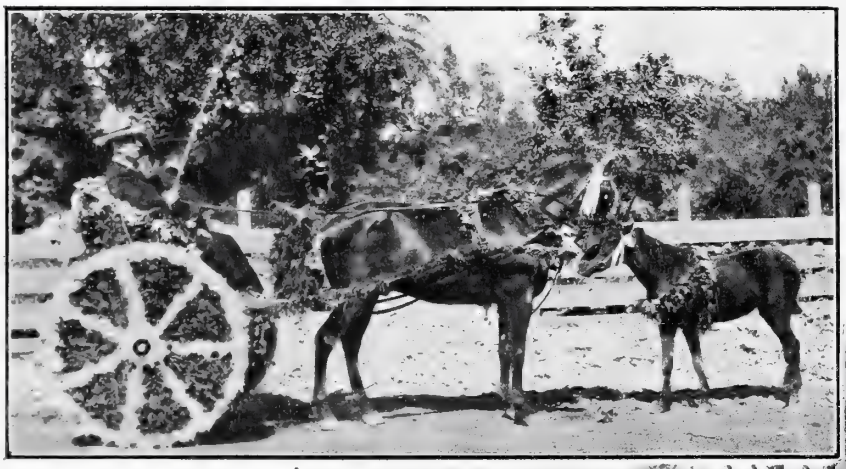


CASAS DE BÚLGAROS RICOS DESTRUÍDAS POR LOS TURCOS FOT. GRIBAYEDOFF

mismo la usamos ahora á todo pasto) de Adrianópolis. Y como decíamos en la semana anterior y seguiremos diciendo en la próxima venidera, no hay un alma caritativa que acuda á evitar los asesinatos, ni una bomba europea que apague el fuego. Continúan y continuarán las *bulgaridades*... y la tranquilidad europea, y vamos andando.

HABLEMOS ahora de cosas más agradables. La temporada actual es de alegrías, festejos y diversiones, y aquí para lo de divertirnos, como para lo de holgar, somos unos verdaderos maestros de la humanidad *doliente*. Hay, sin duda, una España triste y lúgubre, como han reconocido y proclamado varios extranjeros, y nosotros nos hemos apresurado á glosarlo y repetirlo con nuestra originalidad habitual; pero también existe una España *juerguista* que es lo que hay que ver.

Jerez de la Frontera, la hermosa ciudad donde la Providencia echó todas sus bendiciones, se divierte hasta más no poder. En estos días de feria ha habido allí, sobre los muchos atractivos del suelo y del cielo, fiestas animadísimas, carreras de cintas y de caballos, batalla de flores, y Dios sabe cuántos jolgorios y esparcimientos más. A la batalla de flores concurrieron más de trescientos carruajes adornados,

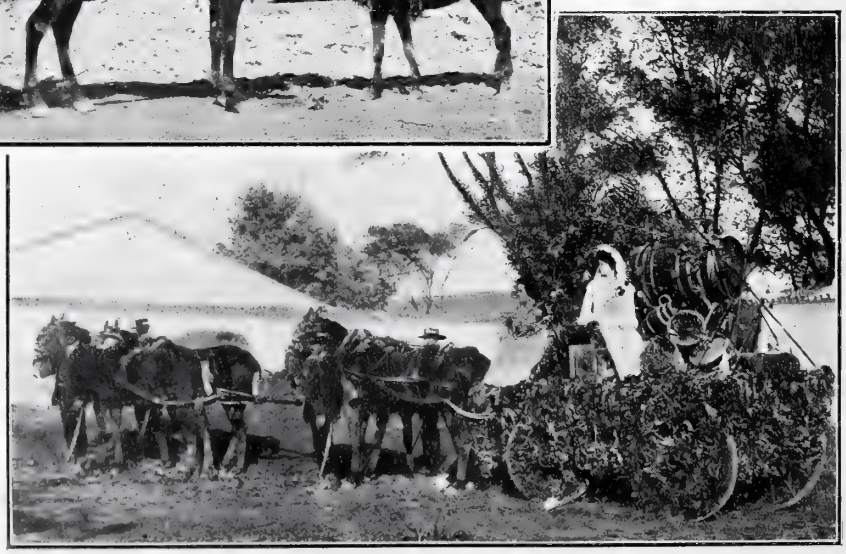


COCHE PREMIADO, DE D. JULIÁN TERRY

pues ésta era condición precisa para entrar en el Parque donde se celebró el festejo, que ha sido el mejor.

La falta de espacio nos impide publicar, como lo hubiéramos deseado, las fotografías de todos los coches premiados, y por esto nos limitamos á recoger dos notas interesantes y artísticas, que acreditan el buen gusto de los jerezanos.

DON RUPERTO



BATALLA DE FLORES EN JEREZ. CARROZA DEL AYUNTAMIENTO JEREZANO
FOTS. GONZÁLEZ LOZANO

NEGOCIO REDONDO

Cuando el excelente Juanón salió al corral con ánimo de dar á sus animales el último pienso de la noche, se quedó más frío que un carámbano. Trabados los dejó, y ni trabados ni libres parecían.

Fuése hacia la puerta desalentado, y halióla entreabierta y el candado por el suelo. ¡Aquí fué Troya! Con angustiosas voces de espanto llamó á la familia, á los vecinos y á todos los santos del cielo.

A medio vestir acudieron los de casa, y al enterarse del robo—que no otra cosa decían las señales,—alzaron tal alarido y escandaloso llanto, que el mundo parecía hundirse. Los vecinos, despertados súbitamente, fueron llegando, unos por las bardas, otros por las puertas que á la sazón abrían, y era cosa de ver el senado que se juntó á la vera del pozo, á la luz del farolillo que llevó Juanón y de otros que traían los visitantes.

Tres veces registraron el corral y sus anejos, parte por parte. Al fin, la triste realidad se impuso, y mientras la tropa menuda llamaba con dulces dictados á las fugitivas bestias, las personas graves celebraron consejo, del que resultó que por lo pronto se llamase al compadre Antonino, que era hombre de ciencia y experiencia, y se fuese con el cuento al cabo de la Guardia civil, cosas entrambas muy oportunas y convenientes.

A empujones metieron á Juanón en la casa por temor de que se echase al pozo, que para tal disparate estaba, y allí volvió el duelo á recrudecerse á la vista del almud colmado de grano, que ya nadie se comería, á no ser que Juanón apechugase con él en una de sus desesperadas acciones.

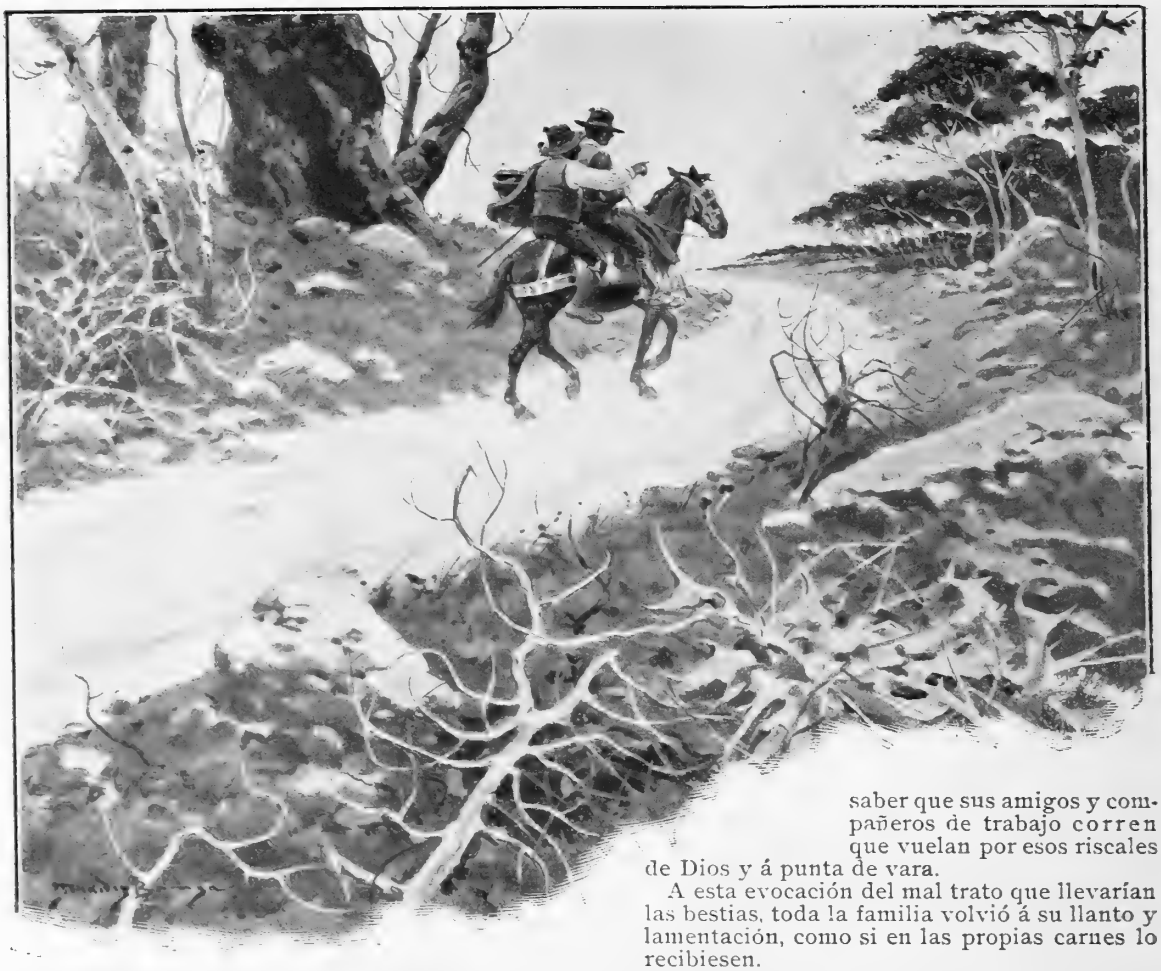
Casi á la vez llegaron el cabo y el compadre. Enterados muy al pormenor de todo lo que sucedía, vinieron en conocimiento de que dos días antes un forastero que se decía lañador vino á tratar con la Petra la compra de dos cuartillas de maíz. Sacó el tal conversación de perros, de si había ó no había muchos en el contorno, y la Petra, inocente, contóle cómo seis días antes murió la perra que guardaba el corral de mal de alfileres; que hay vecinos tan malos, que por no sufrir de noche el ladrido echan zorazas, que es pan con alfileres dentro. En fin, el lañador se fué bien instruído de cuanto le convenía; y por más señas, que salió al corral con justificado pretexto, y allí tomaría razón bien á sus anchas.

A Juanón se le pasaron ganas de estampar el almud en la bien poco sentada cabeza de su mujer; mas, como hombre prudente, se contuvo, plañendo largamente el garbo de la mula torda y el calmoso y formidable arranque del macho, pareja envidiada por muchos labradores. Por orden del cabo, salieron á reconocer la callejuela. Ninguna huella vieron.

—Eso es que les han amarrado trapos en los cascos,—dijo el avisado compadre.

Ya venía el día clareando, y el cabo se fué con la pareja á practicar cuanto fuera preciso en la indagación de aquel audaz delito, el que más conmueve y solivianta á la gente labradora.

Entonces tomó la palabra el compadre y dijo:—El que tiene, mantiene, y no siempre como conviene. Ni el corral debió quedar sin perro, ni la comadre tuvo para qué meter ladrón en su zarzo; y del mal el menos que el jaco se libró de este terremoto según veo, y debe á estas horas pastar en la cerca, sin



saber que sus amigos y compañeros de trabajo corren que vuelan por esos riscales de Dios y á punta de vara.

A esta evocación del mal trato que llevarían las bestias, toda la familia volvió á su llanto y lamentación, como si en las propias carnes lo recibiesen.

—Digo que, ya que la cosa está más que mirada y remirada—prosiguió el compadre,—no hay que dormirse; y mientras los del tricornio van por ahí, vámonos por allá secretamente, acompañados de los dineros que sean menester, el compadre Juanón y yo, acomodados en el jaco, husmeando hacia la frontera, que todos esos ladronazos tiran para Portugal, y de ahí repasan el género á su punto y sazón, según su pecadora conveniencia.

Así se hizo. Puesta la albarda en el jaco, el dinero y provisiones en la alforja, la alforja en la albarda y los compadres encima, salieron aquella tarde en dirección de la frontera, por veredas y caminos, indagando con lengua prudente y ojo perspicaz lo que á los fines de su negocio interesaba.

Al cabo de tres días llegaron á cierto obscuro pinar que por tres partes rodeaba á un pueblo, y al punto el compadre Antonino lo marcó por evidente refugio de contrabandistas, cuatreros y gente que no anda bien con la señora Justicia, y con esto más, se le puso en el corazón entrarse por aquellas espesas arboledas á caza de algún eficaz indicio que les pusiera sobre la pista.

En el primer claro que hallaron, junto á una fuentecica que salía de entre unos juncos, hallaron tumbados á la bartola á dos prójimos sospechosos. El compadre Antonino dióle un codazo en el mismo estómago á Juanón, como diciéndole:—«Ojo al Cristo, que estos pajarracos algo nos podrán decir...»

Echaron pie á tierra con un «¡Dios guarde á la buena gente!», salieron petacas con que mutuamente se obsequiaron, y de unas en otras vinieron á decir los caballeros del bosque que sí les parecía recordar que una mula y un macho de tales y tales señas, revueltos entre otras diez ó doce, habían pasado por la era del Duende dos días antes... Por cierto que ellos quisieron parar la recua para hacer trato—que á esto se dedicaban—y el no pararse los conductores les dió olor de gatuperio.

A Juanón se le llenaron de agua los ojos al tierno recuerdo de sus queridas bestias, que ahora padecían el rigor de ajenas y brutales manos, y á trueque de saber más pegó la hebra, y tras del cigarro vino la merienda y el trago, y á poco no parecía sino que unos y otros se sabían las vidas de memoria.

Los peatones andaban á caza de buenas bestias que comprar, porque—y esto lo dijeron muy en secreto—con la gran saca que había habido para las guerras que medio mundo tenía con el otro medio, las bestias estaban más caras que los hombres. Ellos compraban y revendían, y si entonces les cogían á pie, es porque aquella mañana enviaron la última remesa hacia Alconchel, y en el vecino pueblo encontrarían repuesto, que era gente sana, labradora y poco enterada de los precios corrientes.

Los dos compadres alabaron la viveza y buen vivir de sus recientes conocidos, y del todo se rindieron al ver cómo el uno de ellos desliábase al descuido un cinto verde, gordo como morcón en las puntas, en que cabía buena porción de reales, mientras el otro examinaba los cascos y miraba la boca del jaco con no afectada atención de inteligente.

Encendióse la codicia de Juanón á la vista del negocio, y dijo, así como quien no quiere la cosa:—¿Mira usted si ha cerrado? Medio año hace que cerró, y bestia como esa no la tiene el obispo.

—¿La vendería usted, buen amigo?

—Hombre, según y cómo.
—Por sus dineros justos y cabales.
—Eso es ponerse en razón.
—A ver si Dios nos juntó para algo. Dale una vuelta. Trota ese jaco.

Mientras el uno lo trotaba llevándole del ronzal, el otro, que era el del cinto, hacía gestos despreciativos rebajando el género.

—Móntate—gritó Juanón.—Métele un poco el calcañar y abanícalo. ¿Ve usted? Ahora sí que va primoroso. Un vaso de agua que llevara encima no se le derramaría.

Vuelta para acá, vuelta para allá, andaba la triste bestezuela por el claro en desacostumbrado ejercicio.

—Con uno, mal que mal; pero con dos...—dijo el tratante.

—¡Cómo con dos! Ahora mismo se sube usted: ¿pues no venimos dos? Alza; que me dé usted ese pie... ¡Arriba!

Y lo subió Juanón como si fuera una pluma. Repicaron de talón los dos compradores y traspasaron en la prueba los linderos del claro: metidos ya en el pinar, no parecían desear volver grupas, sino que animosamente empujaban para alejarse.

—¡Eh, eh... amigos!

Sí; buenos amigos nos dé Dios.

—¡Que se van... que se las *guillan*!

—¡Y que se llevan las alforjas y en ellas el dinero!—rugió el compadre Antonino.

Nada: que se fueron; y he aquí á los dos compadres á pie, sin dinero, en medio del campo, mirándose á la cara como dos idiotas.

Llegaron ya de noche al pueblo, fiados en el cristiano mandato de dar posada al peregrino, pues si no se la dieran, ellos no podrían pagarla si no es con el pellejo. A la posada llegaron, y allí fué el contar y el llorar y el desearse la muerte... El posadero acudió manifestando que dos caminantes que iban á pasar «la raya» habían dejado pagada la costa de otros dos que vendrían á poco, dejando cierto encargo para los tales. Y al punto sacó la albarda del jaco y la jáquima de cañamazo.

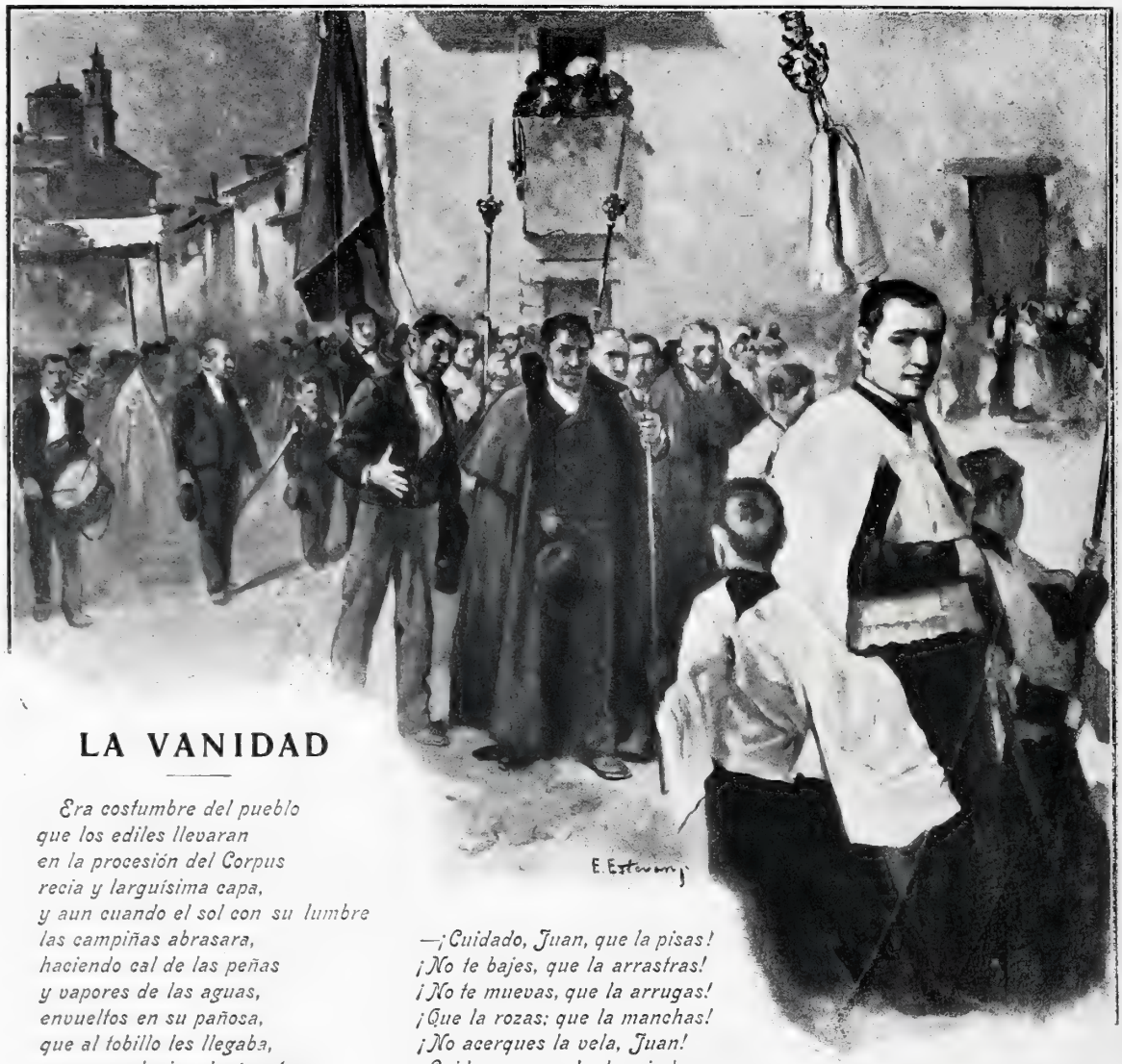
Por este medio identificadas las personas, comieron los compadres lo que les permitió la cólera del chasco, y al otro día, cargado Juanón con la albarda, que parecía hecha para sus propios lomos, y llevando el compadre la jáquima ya inútil, tomaron la vuelta de su hogar, al que llegaron al cabo de cien tempestades y desdichas.

Al entrar en su casa dijo Juanón:—Ya no hay aquí más bestia que yo. Aquí traigo jáquima y albarda, y si me falta la cola, tú puedes ponérmela, mujer mía, que la llevaré con gusto y hasta haré que los chiquillos me tiren de ella según lo merezco. Aquí acabó, aquí paró, aquí dió remate aquel Juanón que tú conociste en días mejores. Y á buena cuenta que soy bestia no codiciada de ladrones, ni que, salvo el compadre, ninguna aventajará en servir á Dios según sus fuerzas.

Y loco perdido, acabó sus días el noble Juanón pidiendo á voces la albarda y los demás adminículos del *oficio*.

JOSÉ NOGALES

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA



LA VANIDAD

Era costumbre del pueblo
que los ediles llevaran
en la procesión del Corpus
recia y larguísima capa,
y aun cuando el sol con su lumbre
las campiñas abrasara,
haciendo cal de las peñas
y vapores de las aguas,
envueltos en su pañosa,
que al tobillo les llegaba,
con su esclavina de á metro
y su cuello de á dos cuartas,
lucían los concejales
su autoridad resudada,
incubados por sí mismos
bajo el peso de su carga.

* * *

Sucedió, pues, que en el pueblo
dieron de alcalde la vara
á Juan, que, en vez de pañosa,
tenía una humilde manta;
y para no quebrantar
aquella costumbre clásica
é ir presidiendo el Concejo
en la forma acostumbrada,
pidió á Blas, llegado el Corpus,
que le prestara su capa.
Pensólo Blas, y... accedió;
mas ¡ay! al ponerse en marcha
la procesión, Blas á Juan
se pegó como una lapa,
exclamando á cada paso
ante todos y en voz alta:
—¡Cuidado, Juan, que la pisas!
¡No te bajes, que la arrastras!
¡No te muevas, que la arrugas!
¡Que la rozas; que la manchas!
¡No acerques la vela, Juan!
¡Cuida esa prenda de mi alma,
que vale más que una yunta
y no he debido prestártela...!
De este modo hablaba el hombre,
para que nadie ignorara
que á Juan había prestado
la pañosa que llevaba.

* * *

Al año siguiente, Juan
á Ramón pidió la capa,
afeando la conducta
que con él Blas observara,
y Ramón, que de rumboso
y liberal se jactaba,
sin ponerle condiciones,
la capa le dió prestada;
pero al salir de la iglesia
con su abrigo y con su vara,
Juan vió que tras él Ramón
con otros varios llegaba
y que á voces le decía:
—A mí no me importa nada
que se estropée; soy rico...
Llévala con más confianza.
No cuides de que te arrastre;
no pienses en que se mancha;
no te aflija si se arruga;
no te inquiete si se abrasa.
Todos saben en el pueblo
que tengo más de dos capas,
y que así como las presto
soy capaz de regalarlas.
Tanto este necio de Juan
abusó con su jactancia,
que éste se quitó la prenda
y se la dió enhoramala,
diciendo con torvo ceño
y la voz avinagrada:
—¡Para ir en berlina, voy
más á gusto con mi manta!

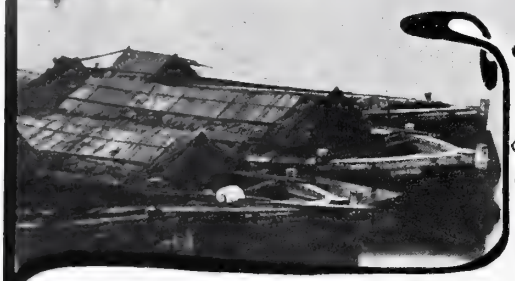
* * *

La española vanidad
nos sale siempre á la cara,
con honores de rumbosa
ó ribetes de tacaña.

RAFAEL TORROMÉ

DIBUJO DE ESTEVAN

LA CARRETA DE ALGAS
POR S. AVENDAÑO



LOS MUELLES DE SINGAPUR

CROQUIS ASIÁTICOS

SINGAPUR

En 1819 el Gobierno inglés compró al sultán de Jóhara, un malayo bastante estúpido, al parecer, el derecho de establecerse en la isla de Singapur, situada en la punta sur de la larguísima y angosta península de Malaca; es decir en uno de los puntos estratégicos más envidiables que hay en el camino de China y de Oceania. Singapur era entonces un pueblecillo de ciento cincuenta chozas, donde habitaban pescadores malayos y filipinos. Cierto Sir Stamford Raffles comprendió el inmenso porve-

VISTA GENERAL

nir de aquella isla convertida en puerto franco, y la sabia organización que Inglaterra da siempre á todas sus colonias y factorías operó el milagro de convertir á Singapur en magnífica y fantástica ciudad.

El puerto franco de Singapur *(Singha-pur:* ciudad del león) es uno de los más productivos del mundo. Es un abra extensa y magnífica, poblada en todo tiempo de barcos pertenecientes á todas las nacionalidades y procedentes de todos los países del globo.

La población es de lo más abigarrado y heteróclito que puede verse. Sus habitantes asiáticos son chinos, malayos, javaneses, y también admirables indios altamente decorativos, pausados árabes, amarillos indochinos y siameses de color de aceituna ó de fango. Dividida la población en barrios, cada raza habita el suyo, lo cual permite al viajero formarse idea de la arquitectura, la indumentaria, los usos, costumbres é idioma de seis ó siete naciones ó razas distintas, sin más trabajo que el de darse un paseíto. Claro está que en la general y extraña algarabía y mescolanza de nombres, cosas y personas domina la nota británica. Pero, de todos modos, hay barrios en Singapur que tienen carácter propio y raro, como el barrio de los zapateros y sastres chinos: hay también una calle ocupada casi exclusivamente por los mercaderes de opio, y se dice que pasan de quinientos los *fumaderos* ó establecimientos dedicados, con mayor ó menor publicidad, á que se envenene la gente; y hasta aseguran autoridades muy respetables que son muchas las personas que han perdido el barco por quedarse en cualquier tabuco de Singapur *echando una pipa*, complicación que debe de resultar, á la verdad, bastante desagradable, á más de costosa.

El comercio del opio, el de las especias, pimienta, canela, etc., y el de las maderas preciosas de Malaca, son el fondo de la riqueza de Singapur; pero lo que ha creado y engrandecido á esta ciudad es su posición geográfica, su calidad de puerto franco... y la protección de los ingleses.

* * *

GRUPO DE SINGALESES EN UN BARRIO INDÍGENA

ESTILO WATTEAU
POR CARLOS VÁZQUEZ

UN REY SPORTMAN

Su majestad el rey de Italia es un automovilista decidido, y no es raro verle recorrer los alrededores de Roma acompañado por sus ayudantes en un vehículo de los más veloces, que maneja con extraordinaria maestría. En la familia real italiana hay también otros automovilistas de los más valientes y resueltos, como el duque de Aosta y el de los Abruzzos. Familia privilegiada y envidiable, compuesta de jóvenes entusiastas, inteligentes, amantes de todos los progresos, cultivadores de la ciencia, y algunos, como el duque de los Abruzzos, verdaderos héroes de ella.

El monarca italiano es por todos conceptos lo que hoy solemos llamar *un intelectual*. Adorado por sus padres, y en particular por su ilustre madre, S. M. ha sido un joven modelo, y sin la hiperbólica adulación que suele usarse para tratar de estas cosas, se puede asegurar de él que fué el primer estudiante de Italia. Pocos soberanos habrán tenido una preparación científica tan sólida como la suya, y pocos también habrán sabido aprovecharla y llevarla á la práctica con tan raro acierto.

Así se comprende la inmensa popularidad de que disfruta, pues ha sabido comprender que la primera obligación de un rey constitucional es enterarse por sí mismo de las necesidades y de los anhelos populares; conocer cómo se desarrolla en todas las esferas la vida de la nación, y prescindir en todo lo posible de las parcialidades políticas. De este modo, la difícil situación creada al pueblo italiano por la muerte del rey Humberto ha venido á aclararse, y hoy día Italia es, sin duda, una de las naciones que miran al porvenir sin recelo.

FOT. LEÓN BOUET

COMPRANDO EL PESCADO

TANTEANDO LA CAZA

CUADROS MADRILEÑOS

LA HORA DE LA COMPRA

Una de las mayores desdichas y de las más evidentes injusticias que en el mundo existen y con la que el Progreso acabará, es el servicio doméstico, y del servicio doméstico la función más penosa es sin duda la de las cocineras.

En ellas se muestran mejor que en nadie las grandes cualidades de nuestra calumniada raza: el sufrimiento y la paciencia, la conformidad estoica, la buena cara puesta á tiempo adverso.

La cocinera madrileña, como un pájaro, se pasa el día cantando en su jaula, perdiendo la salud y derrochando los años de vida juvenil en un recinto por lo general estrecho, obscuro y maloliente. No son para ella jamás los halagos con que las señoritas bien criadas suelen tratar á sus doncellas, ni las ventajas y gajecillos de que disfrutan los criados. A la cocinera la mandan todos, todos se quejan de ella... y sus únicos instantes de libertad y de alegría son la hora ó las horas de la compra.

Esa hora ó esas horas resumen toda la vida espiritual de la pobre Menegilda: significan para ella todo cuanto los demás repartimos en el día entero, la sociedad y el trato con nuestros semejantes, el recreo y esparcimiento, el amor, la amistad...

La cocinera (entiéndase la de cierto rumbo) va á la plaza del Carmen, á la de San Ildefonso ó á la de San Miguel, picotea aquí y allá como avecilla caprichosa en los puestos de verduras y de fruta, se deja querer de las placeras y de los verduleros, examina con ojos suspicaces la caza, huele, palpa, discute. Con el pescadero entabla á lo mejor una polémica digna de la sección de Ciencias naturales del Ateneo acerca de la calidad de un salmón ó de una lubina. Con el carnicero las discusiones suelen ser más apasionadas y personales, y no es raro que los rasgos de elocuencia empleados en pro de unas chuletas ó de un solomillo concluyan con requerimientos amorosos y honestos. Raro es el carnicero que no acaba por sacar de la esclavitud doméstica á la interesante Menegilda.

FOTS. ALONSO

EN BUSCA DE VERDURA

¡LA RICA PATATA!

¡ADUI REINAS. AQUÍ!

MERCADO DE LA CALDERERÍA. EN GRANADA, POR TOMÁS MUÑOZ LUCENA

El jardín de las monjas

I

Tenía el convento un jardincito que cuidaban las monjas, dedicando una parte al cultivo de algo más útil que las flores.

En un recuadro orientado á Mediodía, sin árboles que le dieran sombra, según la estación, brotaban las trepadoras habichuelas, que se enlazaban á los cañizos plantados con irreprochable simetría, las pomposas lechugas, la rizada escarola ó la patata humilde, cuyas flores de rosado color, muy lindas, pero pálidas y sin aroma, parecían la representación vegetal de aquellos otros séres que vivían dentro del claustro.

En aquel espacio destinado á huerta había todo el año hierbas para los guisos ó para la salud, creciendo en útil comunidad el perejil y la hierbabuena, la luisa y la salvia.

El jardín tenía varios árboles: arrimada á la tapia, como anciano que busca apoyo para no caer, una higuera secular, cuyos dobles frutos ponían las madres en almíbar, vendiéndolos á buen precio por su fama de sabrosos y dulces, extendía sus ramas retorcidas y fuertes, hermoso pabellón de tupida hojarasca, apetecible por su sombra para las siestas de verano. Próximos á la higuera se alzaban dos olmos, no más jóvenes que el añoso frutal, y separados de éstos, como esquivando su alegre compañía, erguíanse dos altísimos cipreses que señalando al firmamento, parecían decir á las monjas: «Allí, sólo allí podréis encontrar la felicidad que no lográsteis en la tierra.»

Alrededor de aquellos únicos árboles del jardín crecían rosales que se cuajaban de flores encarnadas, blancas y amarillas, y, ocultas bajo tierra, multitud de cebollas de lirios y azucenas esperaban durante el invierno que llegase Mayo para ofrecer á la Virgen sus galas primorosas.

La parta trasera del convento y una tapia de bastante elevación, coronada por agudos trozos de vidrio, en previsión de cualquier asalto, cercaban el jardín, que no podía verse desde las casas inmediatas, todas de un solo piso. En aquel reducido espacio, embellecido por los árboles y las flores y esmeradamente cuidado, gozaban las monjas de apacible solaz, ya paseando por las estrechas calles, cubiertas de finísima arena, ya reposando en bancos rústicos, entregadas á piadosas lecturas.

II

Era el invierno, y la higuera y los olmos sin hojas elevaban las desnudas y secas ramas, contrastando con los dos cipreses de perenne verdor, símbolo de la vida eterna.

El Carnaval con sus gritos y sus risas de loco animaba las calles de la ciudad, y las comparsas estudiantiles regocijaban al vecindario. Los ecos de aquella alegría llegaban al convento y estimulaban á las religiosas al rezo, á la devoción y á la penitencia, más necesarios en días tan propicios para la perdición de las almas.

El pasacalle de una estudiantina, con sus vibrantes notas de guitarras y bandurrias y el silbido armonioso de las flautas, se oía lejano; pero á veces acercábase poco á poco y llegaba á sonar junto á la

tapia del jardín, como carcajada soez de alguien que se mofase de la austeridad encerrada entre aquellos muros.

Escuchaban las monjas la música, deleite profano para sus oídos, con mezcla de goce y de terror, y cuando el alegre pasacalle se perdía á lo lejos, todas ellas se santiguaban en silencio, acusándose de algo pecaminoso, indigno de la santidad de aquel recinto.

III

Un día de esos, después del primer rezo matinal, Sor María de la Visitación subió asustada desde el jardín, dando voces de asombro.

—¿Qué pasa?—preguntó alarmadísima la superiora.

—Bajen, bajen, hermanas, y verán el milagro.

Toda la comunidad descendió presurosa, atropellada, por la estrecha escalera, y al salir al jardín quedó, en efecto, suspensa y admirada ante el aspecto que ofrecían los dos cipreses.

De copa á copa, formando caprichosa guirnalda, había sinnúmero de cintas rojas, blancas, verdes, amarillas y azules; otras rodeaban en espiral los puntiagudos árboles; y muchas, sujetas sólo á las ramas por un extremo, flotaban sueltas, agitadas por el viento, flameando en vistoso desorden.

Los dos árboles de la muerte, adornados con aquellas cintas multicolores, parecían un arco triunfal erigido para una gentílica fiesta.

Ignoraban las pobres monjas la nueva diversión de las serpentinas carnavalescas, aquel año introducida en España, y no podían darse cuenta de que, arrojadas desde las casas vecinas por cima de las tapias, habían llegado hasta los cipreses, enroscándose en ellos.

—¿Qué será esto, Dios mío?—exclamaba una religiosa.

—Indudablemente—añadió otra,—alguien ha entrado en el jardín esta noche.

—Hay que pedir auxilio,—decía atribulada la más vieja de la comunidad.—Quien ha hecho esa burla, bien puede cometer un ultraje.

—Sí, sí,—gritaban todas con el terror pintado en sus pálidos rostros, que parecían de marfil en aquel momento.

Sin perder tiempo, en apiñado grupo, como asustadas ovejuelas, fueron á consultar por el locutorio con el capellán del convento, que, riéndose á carcajadas, les explicó el sorprendente adorno de los cipreses.

Volvieron al jardín las monjas ya tranquilas, y cuando una de ellas buscaba una escalera para llegar hasta lo alto de los árboles y despojarlos del profano adorno, la superiora, entre dos suspiros muy hondos, la detuvo con estas palabras:

—No, Sor Lucía; déjelo como está, que es muy lindo y no ofende á Dios. Eso es... la alegría que viene de fuera...

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

DIBUJOS DE REGHOR

TARIFA DE PRECIOS

A las coleccionistas de postales

Todos los días recibo
quince ó veinte tarjetitas
de otras tantas señoritas,
que se figuran que escribo
por el gusto de escribir,
y sin más conocimiento
me piden «un pensamiento»
que ya es bastante pedir.
Yo soy por educación
esclavo del sexo bello;
pero no mandar el sello
para la contestación,
y que tenga que pagar
la postal no franqueada,
es una broma pesada
que no debo tolerar.
En tocándome al bolsillo,
me sublevo sin querer.
¡Yo no estoy dispuesto á hacer
lo del sastre del Campillo!
Raya en la exageración
la «postal monomanía»,
y es ya una cursilería,
dicho sea con perdón.
Hoy las compran muy baratas
todas las clases sociales,
y se han puesto las postales
al nivel de las patatas.
Siendo jóvenes y hermosas,
aún las perdono ese vicio;
pero me saca de quicio
el que pidan ciertas cosas
la viudita Salomé,
que es más fea que un dolor,
ó la doncella Leonor,
con más años que Noé.
Cuando una desconocida
me pide, sin fundamento,
que la mande un pensamiento,
me echo á temblar en seguida.
Y cuando al fin me decide
mi afán de portarme bien,
exclamo: «¡Dios mío...! ¿Quién
será la que me lo pide?»
Para cortar de repente
que me molesten así,
desde hoy establezco mi
«tarifa correspondiente»:
Fea que con interés
solicite una tarjeta,
por mi firma, una peseta;
por un pensamiento, tres.
La que mande su retrato
junto con la tarjetita,
siendo joven y bonita
será el precio más barato.
Toda señora mayor
de cincuenta y tantos, cero.
¡Ni aun pesándome en dinero
quiero hacerles el favor!
Las de la Vuelta de Arriba
ó de la Vuelta de Abajo
que me pidan el trabajo
de que una postal suscriba,
deben con toda finura
remitir con las postales,
bien «Aguilas imperiales»,
bien tabaco en picadura.
Si no tengo qué chupar,
escribo de mala gana.
Yo pagaré la adüana,
que ya es bastante pagar.
Aunque me llamen grosero,
de mis casillas me salgo,
y como no manden algo,
firmar postales no quiero.
¡Señoritas, por favor!
¡Que desde fines de Abril
llevo firmadas «tres mil
ochocientas...!» (Salvo error.)

JOSÉ JACKSON VEYAN

DIBUJO DE J. FRANCÉS

DESDE LA PRINCESA ALTIVA...

Ó LA JORNADA DE UN TENORIO, POR ATIZA

1.—A las seis de la mañana, mis desvelos son por una *opipara* cocinera, como ustedes ven.

2.—Dos horas después, con un distinguida miss comparto amc y *sport*.

3.—A eso de las once, una ama de cría donostiarra me llama *la chico más grasioso que te estás.*

4.—A la hora de medio día... con Luisita, la mejor oficiala de Mme. Petit. ¡Señores, qué apetito!

5.—Al crepúsculo, *una niña sentimental* me habla del *hádito embalsamado,* del *canto rítmico del gorrión amante...*

6.—En las primeras horas de la noche, ¡ella, la más distinguida, la más elegante, la verdadera perla de los salones! ..

7.—A última hora, *soy un pillín terrible* entre bastidores.

8.—Y termino la jornada con una *fototipia iluminada,* y... que pestañea, ¿eh?

9.—En fin, ¿por qué negarlo? Durante el sueño... un verdadero *portfolio.*

ACTUALIDADES

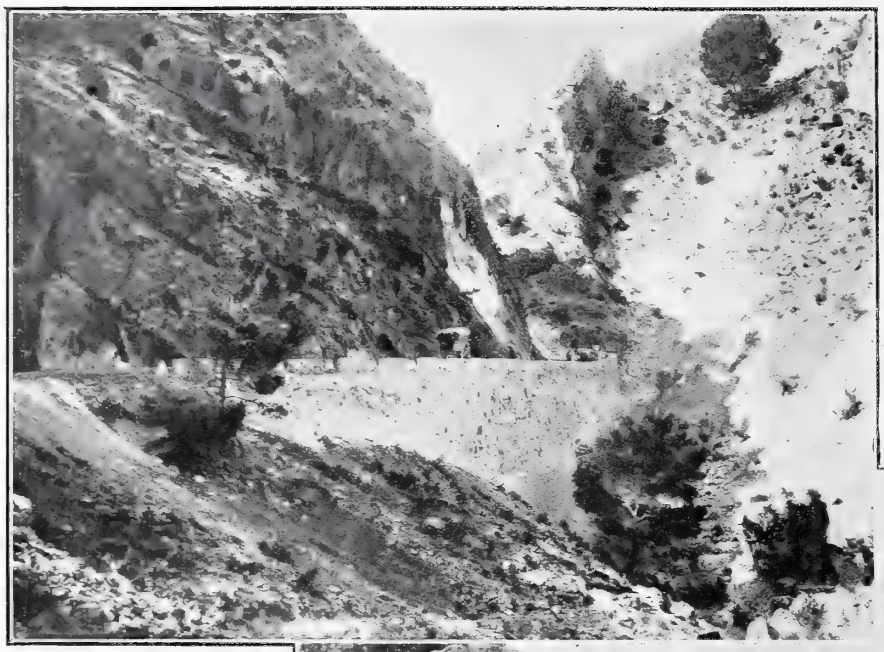
DEJEMOS á los espíritus pequeños preocupados con la retirada de Silvela ó con las declaraciones del exinspector Luna, y remontémonos á las alturas de Sierra Nevada en compañía del intrépido ingeniero belga Mr. Baeyens, de sus hijos y de sus acompañantes don Dámaso Alonso y el fotógrafo don Sebastián Madrid... Pero no; mejor será que no nos remontemos, porque tanto el Sr. Madrid, que nos remitió las curiosas vistas adjuntas desde lo alto del Muley Hacén, como sus compañeros de expedición, han sufrido graves accidentes durante su arriesgada excursión, lo cual prueba que la tierra granadina, aunque más modesta que los Alpes, encierra peligros no menores que los de la Jungfrau y el Mont Blanc.

LOS EXPEDICIONARIOS EN EL MULEY HACÉN. MR. BAEYENS Y SUS ACOMPAÑANTES EN UN PICACHO DE LA ALPUJARRA

FOT. S. MADRID

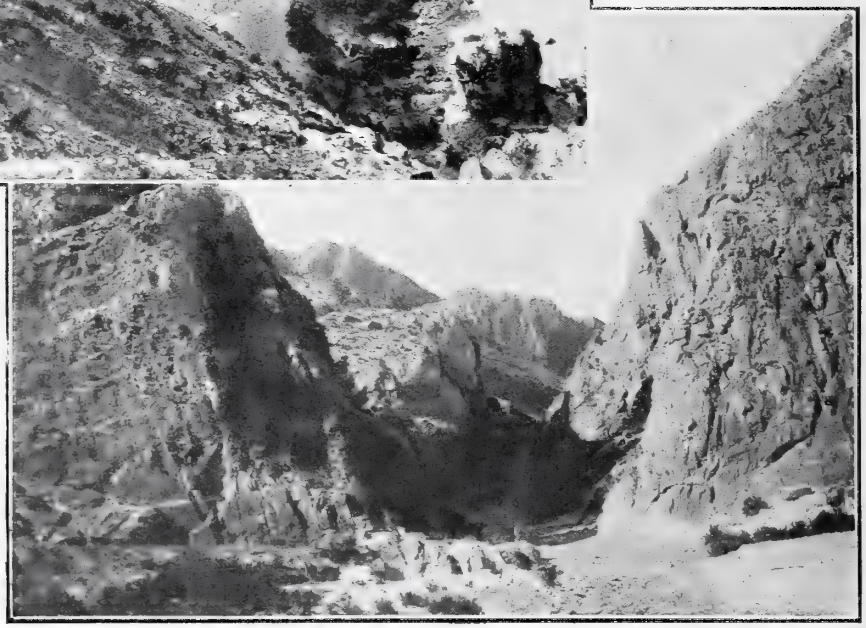
DESCENDAMOS, pues, á ras de tierra; lleguemos á la gran Sevilla, y podremos recrear la vista contemplando tres preciosos torpederos holandeses, verdaderos juguetes de guerra, anclados actualmente en el Guadalquivir, y que llaman la atención de los sevillanos.

TORPEDEROS HOLANDESES EN EL GUADALQUIVIR FOT. F. ROMERO



Prosigamos nuestro camino por el suelo de la Península, y acerquémosnos á los abruptos y quebrados cerros que cortan el horizonte por las inmediaciones de lo que será el futuro pantano de Alfonso XIII en Cieza. La tierra seca y agrietada parece abrir por allí, como fauces gigantescas, las bocas de sus barrancos y torrenteras que hoy son un peligro inútil, pero mañana, encauzadas y bien dirigidas, constituirán una fuente... primero de agua y después de riqueza, si se cumplen los deseos del ilustre ministro de Agricultura y Obras públicas, cuyo lema político es (¡Dios sea loado!) el primer verso de la inmortal oda de Píndaro:

El agua es bien precioso...



CERCANÍAS DEL PANTANO DE ALFONSO XIII EN CIEZA

Por fin, cansados de andar por sierras y llanos, cuestas y cerros, volvámonos á casa; y si queremos hacerlo con toda comodidad y hasta con asiático lujo, recurramos al nuevo establecimiento de cocnes *Mail Coach* recientemente inaugurado en esta corte, y puesto que con eso de Silvela estamos dados á los diablos, ya que éstos nos lleven, que nos lleven en un coche del *Mail Coach*

* * *

LA COCHERA Y UNA CUADRA DEL NUEVO ESTABLECIMIENTO MADRILEÑO «MAIL COACH» FOT. CIFUENTES

AÑO TRECE Y NUMERO 648 MADRID DIA 3 DE OCTUBRE DE 1903

BLANCO Y NEGRO

MISTER CHAMBERLAIN
FOT. «THE KING AND HIS NAVY & ARMY»

ACTUALIDAD EXTRANJERA

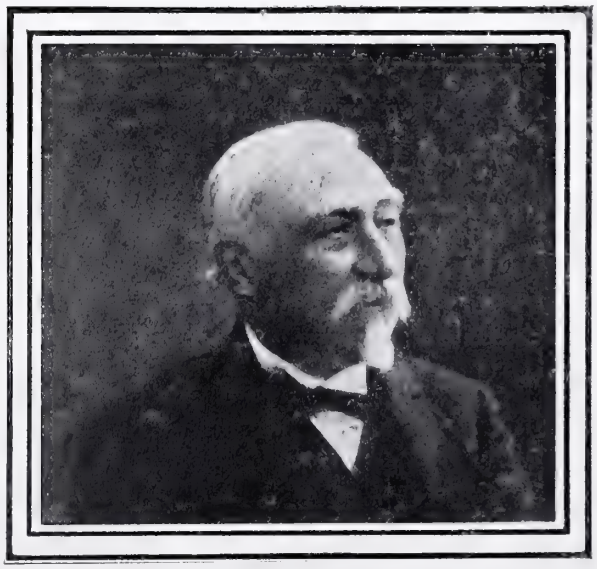
La dimisión del ministro de las Colonias de Inglaterra Mr. José Chamberlain preocupa grandemente en estos días á todo el que vea más allá de sus narices ó de sus Pirineos.

Acá, á nosotros la cosa parece no quitarnos el sueño demasiado, porque con eso de la Sociedad de Autores y con lo otro de la jefatura del partido liberal, ya tenemos bastantes quebraderos de cabeza, en razón á que todo español tiene algo de autor dramático en germen ó en estado de granazón... y algo también de liberal, en el sentido de que todos andamos buscando una cabeza visible que nos guíe y conduzca en alguna dirección plausible.

Empero, como debe decirse siempre que de asuntos tan graves se trata, *entiendo yo*, ó mejor dicho, entendemos nosotros que la caída de Chamberlain significa una desviación de gran importancia en la marcha que llevaba Inglaterra, y solamente los políticos de pan llevar que gastamos por aquí pueden desconocer la importancia del hecho. Chamberlain cae derrotado, no ya por su fiero é intolerante proteccionismo, sino por el fracaso de su política imperialista, que ha costado á Inglaterra algunos millones de arrobas esterlinas, demostrando de paso la escasa eficacia de sus esfuerzos militares, lo dañado de su administración y otras macas que no era muy conveniente divulgar. Y por lo pronto, los fondos británicos ya han comenzado á bajar de una manera lastimosa. El retrato de Chamberlain que publicamos en esta plana nos muestra al orgulloso exministro tal como se encuentra actualmente: altivo y petulante en la derrota, como en el triunfo no le ha abandonado su desdeñosa sonrisa ni se ha movido de su ojal la indispensable crisantema, la flor de los fuertes y de los ricos.

Contraste curiosísimo con la imperiosa y dura fisonomía del político inglés forma el bonachón, benévolo y archiburgués semblante de nuestro huésped el presidente del Consejo de ministros de Francia monsieur Combes, que en estos días viaja por las hermosas ciudades andaluzas para esparcir el ánimo, fatigado de los ataques rudísimos que en su elevado puesto sufre un día y otro.

No son éstos lugar ni ocasión oportunos para juzgar la valía de un hombre tan importante, aunque desde luego puede asegurarse que á muchos de los que aquí nos parecen bichos de mayor cuidado se los metería en el bolsillo con gran facilidad. Y de haber venido á España en busca de impresiones pintorescas, no estará de más el que eche una ojeada por el campo de nuestra política, en el cual un Combes y hasta un Chamberlain tendrían mucho que aprender, aun cuando no fuese nada bueno.



MONSIEUR COMBES

DIGAN lo que quieran los pesimistas, Francia marcha, Francia no se detiene, y si en progresos parciales se le adelantan otros pueblos, en la totalidad del vivir moderno sostiene admirablemente su papel, y ya nos daríamos con un canto en los pechos por estar á su altura.

Prueba reciente de ello, las grandes maniobras últimamente verificadas en las cercanías de Montélimar, pueblo natal del presidente Loubet.

La información gráfica, hoy tan adelantada que solamente los tontos la menosprecian, presta en casos como éste eminentísimos servicios á un país y contribuye de un modo poderoso á acreditar y hacer respetables los esfuerzos de los organismos militares y á mostrar los recursos de una nación.

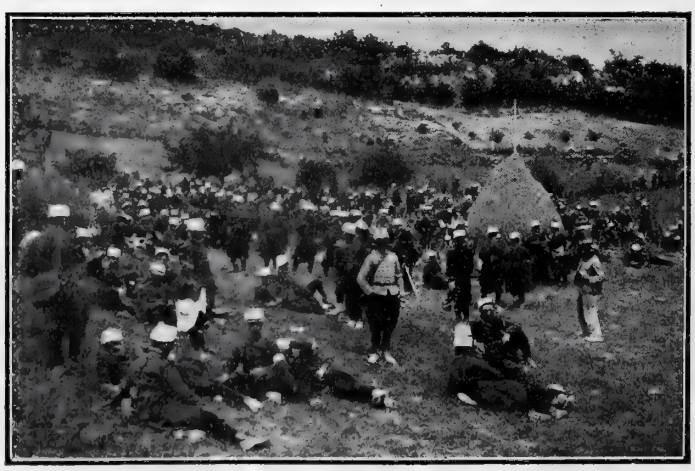
AUTOMÓVILES DE LOS AGREGADOS MILITARES EN LAS GRANDES MANIOBRAS FRANCESAS

LOS ZUAVOS DEFENDIENDO UNA POSICIÓN

OFICIALES EXTRANJEROS EN UN CONVENTO DE TRAPENSES

Con las fotografías que hemos recibido de las grandes maniobras francesas, hay datos suficientes para juzgar del armamento, de la disciplina y del excelente espíritu de aquel ejército. Podrá el arte del fotógrafo parecer inferior desde el punto de vista artístico; nunca desde el práctico y positivo. Gracias á estos mudos testigos que por todas partes se meten y que se llaman cámaras fotográficas, no pueden los pueblos vivir en el atraso ó en el descuido sin que el mundo entero lo averigüe á escape. ¡Misión altísima la del informador cuando sabe desempeñarla discreta y fielmente!

* * *



¡DESCANSO, DESPUÉS DEL ATAQUE

FOTS. CHUSSEAU-FLAVIENS

UN CASO RARO

Lo constituye sin duda,
si son ciertos estos datos,
don *León Cordero* y *Lobo*,
cuyo nombre ya es extraño.
Vió la luz en Tenerife,
por lo cual es un *canario*.
De chiquitín era *mono*,
según su padre (que es *gato*
de Madrid, como es su madre
hija de Cabra). El muy *ganso*
lleva la *mosca* en la oreja
desde que está enamorado
de Inés, á la que hace el *oso*
sin ver que es ya *pelicano*.
Tiene el hombre malas *pulgas*
desde que es *caballo blanco*
de una empresa; y un *cangrejo*
suele llevarle á su barrio.
Creo que es una *hormiguita*
para su casa, y un *pájaro*
de los de cuenta, pues aunque
al pronto parece un *pavo*,
resulta más bien un *cuco*
más *chinche* que el mismo diablo,
un *flamenco* por su planta,
y un *cochino* por sus actos,
y un *trucha* sin fe, y un *mero*
explotador de los cándidos,
y hasta un *rata* de levita
y un *zorro* de los más largos,
expuesto á vivir con *grillos*
en los pies algunos años.
Pues bien; la rareza de este
individuo extraordinario,
es que odia á los animales
mortalmente, sin embargo
de que él solo es un conjunto
de bichos que causa espanto,
pues hasta la misma Historia
Natural es á su lado
una sencilla historieta,
y el arca del varón santo
una jaulita de grillos
ó una cazuela con pájaros.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

IDÓLATRA

Yeminá, la bella moabita, regresaba del pozo de Ainath con su cántaro de barro rojo, airosamente sostenido en equilibrio sobre la gallarda cabeza, descubierta y protegida tan sólo por una especie de ruedo de tela que servía al cántaro de asiento. Estaba Yeminá en lo mejor de sus años—veinte veces había visto florecer las rosas,—y su andar, rápido y seguro, revelaba el vigor de la salud. Se apresuraba, porque no tardaría el sol en elevarse al cenit, y la esperaban en su casa, impacientes por beber fresco, el abuelo, casi centenario; el padre; la madrastra, colérica y dura; los medio-hermanillos, la familia, en fin.

Hacía calor. Sobre la piel, lustrosa y morena como la del dátil, de Yeminá, gotitas de sudor empezaban á deslizarse, evaporadas presto por una ligera brisa que venía del lago. Cuando cruzaba ante espinoso seto de nopales, la moabita creyó escuchar un ¡ay! Se detuvo; otro gemido casi imperceptible la hizo rodear el seto, hasta encontrar á la persona que se quejaba así.

Detrás de la maleza, á su sombra, sobre la hierba agostada, requemada, surcada por las cien patas de las ponzoñosas escolopendras, Yeminá vió á un hombre de cara contra el suelo. La malla, á trechos desgarrada; el casco caído; el fragmento de lanza astillado, destrozado, dijeron claramente á Yeminá quién podía ser el moribundo. Era de esos hijos de la cruz, cuyos huesos blanqueaban en el valle de las Palmeras, y según referían los pastores nómadas, andaban sembrados por todas las sendas de Palestina y marcaban rastros en la planicie arenosa del desierto. Desde que habían dado los cruzados en caer á bandadas sobre Egipto y Judea tratando de embestir á Salem, los cuervos, los buitres, los grajos pululaban é infestaban en sombríos remolinos el aire.

—¡Uno más!—pensó Yeminá sin sorpresa.

Posando el cántaro, inclinándose, con sus brazos robustos acostumbrados á la labor volvió el pesado cuerpo boca arriba. Al hacerlo, un hilo de sangre, fluyendo de la herida que el cruzado tenía en el pecho, humedeció las manos y la túnica de lana azafrán de la piadosa moabita. Agachada y con las rodi-

llas en alto, Yeminá hizo descansar en su regazo de virgen la cabeza del herido, y vió que era un hombre joven, de correctas facciones color de cera, de guedeja manchada por coágulos de sangre y polvo. Los ojos los tenía cerrados; la boca, entreabierta, respiraba débil y afanosamente.

—Debe de ser un franco—pensó Yeminá.—Los francos pasaron por aquí ayer. Iban derrotados, fugitivos, camino de Rabatsor. Este herido les estorbaría en su fuga...

Del cántaro tomó agua en la palma de la mano, y separando los dientes blancos del caballero, le refrescó la boca y el paladar. Luego le bañó las sienes, las mejillas, los ojos; y desatando su propia faja de lino y empapándola, le lavó delicadamente los bucles rubios. Con precaución exquisita desabrochó el hebillaje de la malla, los botones del sayo interior, y descubrió la horrible herida, ancha, oblicua, de yatagán; la humedeció, juntó con los dedos sus bordes, la vendó desgarrando la faja, y cuando, terminada la cura, se fijó en el rostro del cruzado, vió que tenía los ojos abiertos. Eran azules, del obscuro azul del mar; expresaban una dulzura, una gratitud inmensa. Sonreían con lánguida sonrisa, y buscaban la mirada de Yeminá. Temblando de emoción, la moabita dijo al cruzado:

—Quédate aquí un momento. Voy á mi aldea á avisar á los de mi tribu. Traerán parihuelas y te trasladaremos á nuestra casa. Allí acabaré de curarte. Conozco las hierbas de virtud mágica y los cocimientos que despejan la calentura. Serás nuestro huésped, y serás sagrado. No te impacientes; volveré.

—No te vayas—contestó él en árabe igualmente.—Mi herida es mortal. Otro sorbo de agua, y tu regazo para el último instante, que se aproxima.

Subyugada por aquel dominador acento, Yeminá volvió á sentarse en el suelo y á colocar con precaución sobre sus rodillas la frente del herido.

—¿Cómo te llamas?—murmuró él, en voz baja como un susurro.

—Yeminá,—contestó ella, al oído del cruzado

—¿Eres hebrea? ¿Eres mahometana?

—Moabita.

—¿Idólatra?

—Así dicen. Yo adoro á los antiguos dioses de mis padres y de mi pueblo. Ya somos muy pocos los de Moab. Hemos ido desapareciendo. Por eso no nos han exterminado. No valemos la pena. Y tú, caballero, ¿eres de los francos?

—De ellos soy.

—¿A qué venís los francos aquí?—interrogó Yeminá, curiosamente.—¿Es cierto que llegáis de tan lejos y pasando tantas fatigas, á rescatar el lugar donde vuestro Profeta estuvo sepultado?

—Sí, hermosa virgen. Ese es el objeto de nuestra expedición.

—No lo entiendo,—murmuró la moabita asombrada.

—No lo podrías entender. Te falta la luz del espíritu.

—Y también los mahometanos, ¿por qué no os entregan ese lugar sagrado y venerable para vosotros? Para ellos nada significa. Si los últimos moabitas fuésemos dueños del sepulcro, lo pondríamos en vuestras manos. Aunque no comprendo vuestro empeño, me es simpática vuestra condición, vuestro valor y vuestra locura. Y tú, guerrero franco, me eres ya querido: te siento en mis entrañas, te estimo como á los amuletos de mi garganta, —añadió misteriosamente Yeminá paseando la olorosa brisa de su aliento por la cabellera y las sienes del cruzado.—¡No quiero, no, que mueras! Sangre de mis propias venas te daría. Déjame volar en busca de socorro; déjame que te traiga á mis hermanos. Te cargarán sobre sus hombros, en andas de ramaje, y no sentirás ni que te transportan. Yo iré al lado, haciéndote fresco con una rama de cedro recién cortada y remojada en la fuente. Espera tranquilo, noble guerrero.

El cruzado escuchaba y sonreía con desaliento: sus ojos de zafiro se nublaban, y el sol, á lo lejos, reverberando sobre la vasta llanura que de trecho en trecho sombreaban las palmeras de los oasis, le parecía lámpara negra sobre un lívido mar. Ya los ruidos de la tierra eran para él sordos y distantes, y sus manos se agarrotaban y encogían sin que lo advirtiese. Su cabeza, inerte, pesaba como plomo sobre las rodillas de la virgen.

—No te vayas—suplicó balbuciendo.—No me abandones; allá en mi patria, donde las praderías son siempre verdes y las ondas de los ríos bañan el pie de los castillos, me esperará mi madre y una gentil damisela que acaso me amaba... Si es cierto que tienes piedad de mí, que tu corazón se ha ablandado al ver mi desventura... Yeminá, en esta hora suprema... haz lo que harían por mí mi madre y mi dama. No me abandones. Que yo no muera solo. Yeminá, voy á cerrar los ojos otra vez... Llégame tu seno, que oiga tu corazón. Eres buena, Yeminá. Eres buena... Llora, Yeminá, por mí...

La moabita obedeció. No se acordaba de si la aguardaban en su hogar; no se acordaba de que el sol ascendía á su cenit; no se acordaba de nada en el mundo, sino de aquella compasión violenta y extraña, semejante á las pasiones. Se derretía su alma, de piedad y de dolor. Bajó la cabeza y mojó el rostro del agonizante, no ya con agua del cántaro, sino con sus lágrimas. Y á aquel rocío divino, el cruzado abrió todavía las pupilas en que brillaba un consuelo, una centella de ventura... Al punto las cerró. Estremecimiento hondo recorrió su cuerpo y se comunicó al de la joven moabita. La cabeza del franco, desprendiéndose del regazo, se abatió al polvo, en la ligera convulsión del último suspiro.

EMILIA PARDO BAZÁN

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

¡TAN CHICO, Y YA CON JINDAMA!
POR MEDINA VERA

TEMPLO DE ISIS

POMPEYA

LA CIUDAD MUERTA

HAY ciudades nacientes, ciudades vivas, ciudades moribundas: ninguna tan elocuente, ninguna que hable al espíritu lenguaje tan sugestivo y tan claro como Pompeya, la ciudad muerta del golfo de Nápoles. Penetramos en sus venerables ruinas y oímos la voz de la antigüedad romana, pero no la voz campanuda y solemne de la Historia, sino la familiar y suave de la vida corriente, que la catástrofe interrumpió, dejándola estancada, petrificada por diecinueve siglos.

CALLE DE LOS SEPULCROS

CASA DEL FAUNO DANZANTE

Y guiados por nuestra curiosidad egoísta, bendecimos la erupción del Vesubio, merced á la cual podemos hoy conocer lo que era la vida de los romanos en el año 79, después de Jesucristo; su elegancia, su opulencia, su delicadeza de gusto, su amor á la comodidad y al arte. Recorriendo la vía Sacra, que hoy se llama *calle de los Sepulcros*, vemos cómo

CASA DE SÍRICO

aquel pueblo feliz y poderoso sabía embellecer hasta la muerte: el mausoleo del augustal Calvencio nos muestra sus magníficos relieves. No lejos se halla el triclinio donde se celebraban los banquetes fúnebres y se emborrachaban los vivos en honor de los muertos. Pasamos por las calles estrechas, y en ellas vemos cuán animado y risueño era el vivir entonces. Imposible parece que unas calles donde no hay nadie se conserve tanto ambiente de vida. Y, sin embargo, así es: las muestras, en que hay poca letra y muchas figuras, hablan pintorescamente: una cabra nos anuncia el despacho de leche: un gigantesco racimo que dos hombres llevan á hombros, nos indica la taberna. El boticario manifiesta su industria lo mismo que hoy, con la imagen de dos serpientes enlazadas á una piña ó bebiendo en una copa. El teatro trágico y el cómico se conservan casi lo mismo que estaban. Asimismo el templo de Isis, que ya fué destruído por la primera erupción del Vesubio en el año 63, y reconstruído suntuosamente por el rico Pepídeo: y la casa de Pansa, hoy completamente restaurada, y de la cual un opulento yanqui hizo una copia perfecta y escrupulosísima que, sillar por sillar y columna por columna, se llevó á los Estados Unidos.

FUENTE «DEGLI SCIENZIATI»

Entrando en dicha casa, en la de Sírico, en la del Poeta trágico ó en la del Fauno danzante, llamada así por la preciosa estatuíta descubierta en ella, nos llena el ánimo la convicción de que era aquél un pueblo más grande y más culto que todos los modernos, digan lo que quieran los termómetros de la civilización. Salimos de Pompeya para volver á la vida actual, toda llena de fealdades y curserías, y nos sentimos tristes y melancólicos. Y la ciudad muerta nos parece más viva que las actuales.

FOTS. ALFIERI Y LACROIX

UN BUEN PARTIDO

Pepita, la sobrina y heredera
del marqués, por su cara y por su porte
es la más seductora y hechicera
de todas las beldades de la corte.

Como es su gracia tanta
que á un tiempo á las mujeres desespera
y á los hombres encanta,
en todas partes sin rival impera,

pues lo mismo en las fiestas que en la calle,
en el Real que en los toros, donde quiera
que Pepita se halle,
es, por derecho propio, la primera.

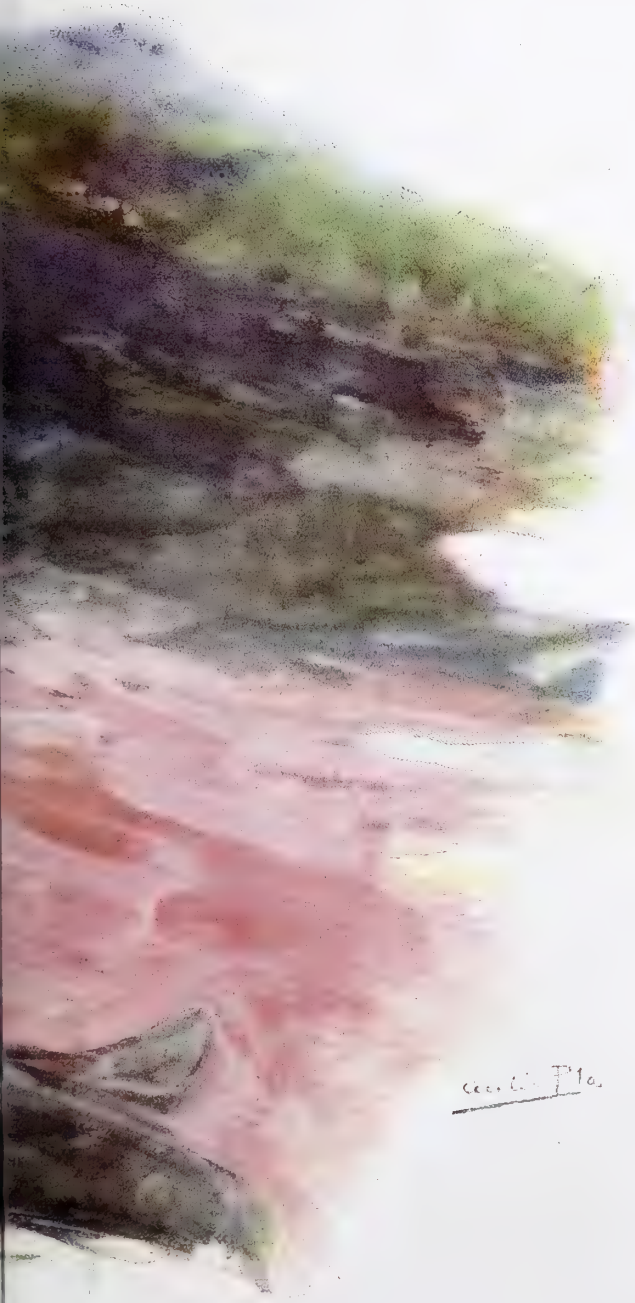
Ella lo sabe, y su altivez se engríe
de sus triunfos en bailes y reuniones,
y orgullosa sonríe
siempre que, al penetrar en los salones,
advierte con placer que, apenas huella
las mullidas alfombras con su planta,
de admiración y envidia en torno de ella
un ahogado murmullo se levanta.

Y con razón la admiración despierta
y la envidia también: en su hermosura
hay algo del perfume y la frescura
de la rosa entreabierta.
Sobre ella, deslumbrante y seductora,
la juventud derrama
los vivos resplandores de su llama,
semejante á la llama de la aurora.
Luce su incomparable gentileza
al moverse ó andar con gallardía;
y aun cuando Fidias mismo admiraría
de sus correctas líneas la pureza,
en su rostro, que anima la alegría,
hay tal movilidad y tal viveza,
que vence la expresión á la armonía
y domina la gracia á la belleza.

Es la sonrisa de sus labios rojos
al par provocativa é inocente;
el cielo brilla en su serena frente
y arde el infierno en sus radiantes ojos.
Y hay en su aire, en su voz, en su figura,
en su mirada que, benigna ó dura,
dulce ó burlona, hiere ó acaricia,
un no sé qué de angelical ternura
mezclado con diabólica malicia
é infantil travesura.

Encarnación viviente de la eterna
seducción femenina
(que, vestida en París á la moderna,
para lograr vencer en todas partes
los recursos combina
de las antiguas y las nuevas artes),
Pepita es la mujer encantadora
que, cual deidad suprema y soberana,
adoró el hombre ayer, cual hoy la adora
y cual también la adorará mañana.

Mas aunque la deslumbra y la envanece
el culto que, rendida y fervorosa,
la general admiración le ofrece,
la vana adulación no la fascina,
y á ratos, caprichosa,
prefiere ser humana á ser divina;
pues como está segura
de que la seducción alcanza y llega
allí donde no alcanza la hermosura,
si alguien no se somete ni doblega
y, sin rendirse, con temor la esquiva,
ni cede ni reposa
hasta que, al fin, como mujer, cautiva
á aquél que no la acata como diosa.



Su ingenio, que es más vivo que profundo,
se aguza, perfecciona y sutiliza
sin cesar, en la escuela del gran mundo;
y con frase que fácil se desliza,
igual que entre las guijas la corriente,
como discreta cortesana, sabe
tratar de lo ligero gravemente
y hablar con ligereza de lo grave.

Y en su charla animada
que puntos mil, sin desflorarlos, toca,
y cuya gracia y desenfado hechiza,
brota cual repentina llamarada
la palabra mordaz é intencionada,
que subraya y matiza
el gesto malicioso de su boca,
que mostrando la blanca dentadura
se abre por la sonrisa dilatada,
igual que se abre, cuando está madura,
incitante y sangrienta, la granada.

Aun cuando impera altiva
sin rival del gran mundo en los salones,
no hay fiesta ni deporte en que no exhiba
sus raras y admirables perfecciones
y en que honores y aplausos no reciba.
Y fuerte y animosa,
es por lo decidida la primera,
igual que es la primera por lo hermosa.

Ya, audaz, en la arriesgada cacería
á la acosada res tranquila espera,
y muerta la derriba con certera,
segura é infalible puntería;
ya por la polvorosa carretera
las cuatro jacas de su *pitter* guía;
ya vistiendo, arrogante, la severa
amazona con noble gallardía
sabe, firme en el salto y la carrera,
mostrar su intrepidez y su osadía;
ya, al lucir en el *tennis* su maestría,
con los más afamados jugadores
compite en precisión y en ligereza,
y son siempre sus *tantos* los mejores;
pero sin olvidarse, tentadora,
de ostentar á la par que su belleza
su gracia irresistible y seductora,
al lanzar la pelota con destreza
lo hace con la sutil coquetería
con que la hermosa ninfa virgiliana
arrojó la manzana
al gallardo pastor que prefería,
corriendo á refugiarse en la maleza,
mas volviendo á menudo la cabeza
para ver si su amante la seguía.

. . . . . .

. . . . . .

MANUEL DE SANDOVAL

DIBUJO DE CECILIO PLA

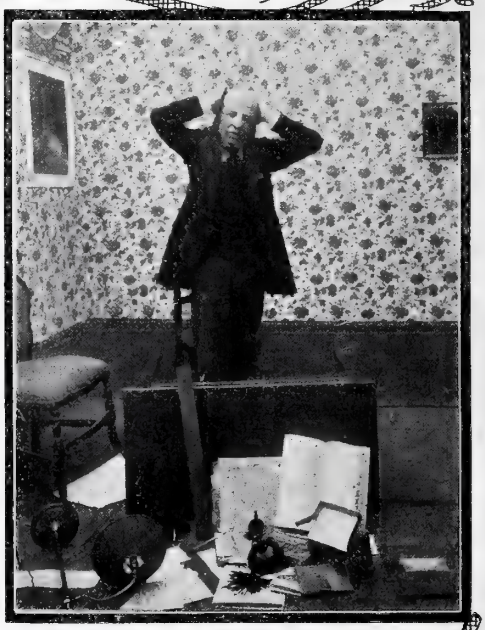
LA MOSCA Y EL SABIO

ESTUDIOS FISONÓMICOS POR EL ACTOR D. NICANOR FERNÁNDEZ

1. ¡EA, A TRABAJAR DE FIRME!

2. ¡MALDITA MOSCA!

3. ¡SI TE PILLO...!



4. ¡UF! ¡ESTO NO SE PUEDE SUFRIR!

5. ¡SI ME PINTASE UNA TELARAÑA EN LA CALVA!

6. ¡JE, JE! AHORA, ¡VENGAN MOSCAS!

FOTOGRAFIAS DE L. ALONSO

EL AMOR EN LA ALDEA.

Los que no creen que existan idilios y églogas, son tan infelices como aquellos antepasados nuestros para quienes todos los pastores habían de ser enamorados metafísicos, y todas las zagalas llamarse Filis, Flérida ó cosa por este orden.

Quien verdaderamente conozca á fondo las costumbres de la aldea, y en particular de la aldea castellana, no dejará de reconocer en la manera como nacen y se desarrollan las pasiones amorosas entre los campesinos, una honrada y noble urbanidad y una campestre cortesanía ó *cavalleria rusticana*, que distan igualmente de los remilgados artificios de las pastorcitas y los zagalitos de égloga á lo Watteau, y de las zafiedades y groserías de los cabreros de Juan del Enzina.

Vedlo, si no, estudiando los tres momentos culminantes en la historia de unos amores, tomada del natural en una dichosa villa de la provincia de Toledo. En el primer cuadro aparece la mocita sola, arreglada para ir á misa, inocente y graciosa como una flor que se entreabre; nada más ingénuo, sencillo y elegante que su atavío; su lindo semblante muestra una candidez que es la verdadera finura de los espíritus. El segundo cuadro es el coloquio amoroso en la reja; el mozo se ha sentado, pasando las piernas por entre los hierros. La mayor malicia no puede ver en este diálogo nada peor que en el inmortal de Romeo y Julieta. En el tercero, la moza aparece adornada con el vestido de novia. Su arrogante y señoril apostura nos muestra bien claro que la más humilde muchacha en Castilla sabe tomar empaque y aire de ricahembra cuando el amor la ha elevado á la categoría de señora de su casa. ***

FOTOGRAFÍAS M. CODORNÍU

Divina Fuerza.

Pericles el soberbio provocador de Esparta,
consigo mismo débil, adulador de Atenas,
mandó erigir un templo y á Fidias dijo:—«En mármol
diviniza la Fuerza.»
Ya erguían las columnas sus fustes, y aún ocioso
sentado ante la piedra meditaba el maestro
buscando en las regiones que sólo el genio habita
un dios para aquel templo.
Y no le hallaba. Ciencia, Virtud, Amor, es fácil
que el barro divinicen:... Minerva... Venus... Juno...
mas ¿cómo ennoblecerlo copiando el inconsciente
poderío del bruto?
La lentitud del hierro contorneando el bloque,
la mano perezosa, la frente ensombrecida
y el reposar frecuente, bien claro demostraban
la indecisión de Fidias.
Por fin surgió la forma, y en Hércules la Fuerza
con explosión de vida cantó triunfante un himno:
un himno en que vibraban las estridentes notas
del trueno y del rugido.
De pie, desquebrajando su enorme pesadumbre
las peñas, extendía los brazos vencedores
no en ademán de gracias, y sí de temerario
desafío á los dioses.
El poderoso aliento que inflama los volcanes,
que el mar ensoberbece, que trunca el alto cedro,
á sus espesos labios subía de la fragua
del estallante pecho.
Su piel atirantaban los músculos salientes:
entre nudosos nervios las venas discurrían
pletóricas de sangre: su cuello era de toro:
su crin era leonina.
Mas en espacio estrecho la carne amontonada
caía sobre el arco de las rizosas cejas,
y era su frente ruda palenque del instinto,
no cielo de la Idea.
Y Fidias quedó triste: y al ver su desaliento
en vano los discípulos su genio pregonaban,
en vano le decían la estatua señalando:
—«¿Maestro, qué le falta?...»
«¿Quizá á sus pies rendido falta el dragón de Lerna?...
¿El águila insaciable?... ¿Quizá el león Nemeo?...»
Mas él con la mirada perdida en el espacio
respondía: «No es eso.»
De su taller por siempre mandó que la apartasen,
y en un rincón lejano de su jardín dispuso
quedase abandonada: su templo fué una gruta,
el olvido su culto.
Pasó tiempo, y un día, de las primeras rosas
gozando la belleza, por el jardín vagaba
el soñador artista cuando encontró á su paso
la gruta solitaria.
Al penetrar en ella paralizó el asombro
su faz, y de los labios dejó escapar un grito
Al pie de la escultura, sus ojos en la peña
descubrieron un nido.
¡Cuán frágil era! Pajas, tallos de flores, juncos
la deleznable urdimbre formaron, y en su seno
la vida despertaba con un rumor alegre
de píos y aleteos.
La vida que comienza, lo débil que se arrastra
la mano del coloso buscando entre las sombras...
Al contemplar la piedra labrada por su genio,
desconoció su obra.
Como por misteriosa claridad que brotase
del apacible nido, la vió transfigurada.
¡Revelación sublime! ¡No era el león Nemeo
lo que á sus pies faltaba!
Los vigorosos brazos que amenazaban antes,
en actitud solemne de protección tendía
la colosal estatua sobre la endeble cuna
por el amor tejida.
Y era su gesto noble: dijérase que hablaba
con los humildes seres á quien prestó su amparo:
—«¡Nada temáis! ¡Mi diestra domar puede los vientos
y detener el rayo!...»
Su frente dobló Fidias; y respetando el nido,
su estilo estas palabras trazó en la blanca piedra:
«¡Amor, tú sólo grande,
que sólo á ti fué dado divinizar la Fuerza!...»

DIBUJO DE ALBERTI

RICARDO GIL.

UN NUEVO PROCEDIMIENTO GRÁFICO

En el número de Agosto de 1902 del periódico *The Studio*, leí un artículo firmado Edward Ertz, en que trataba de la monotipia. Como siempre he sido aficionado al grabado en todas sus manifestaciones, me interesé vivamente y ensayé ese nuevo procedimiento.

La monotipia es aún poco conocida, pero creo que no tardará en tener sus aficionados, pues para mí ese modo de emplear el blanco y negro es un procedimiento rápido y de unos efectos maravillosos.

La monotipia no es un método para obtener detalles y dibujos muy acabados; pero en lo que no tiene rival es en producir pronto efectos de luz y de composición, que el artista puede emplear con poco trabajo material y rápidamente en croquis y estudios preliminares para el efecto de sus cuadros. Según copio en el número antes citado del *Studio*, el maestro Von Herkomer ha dicho de la monotipia: «No conozco método de dibujo al lápiz, al carbón ó en color, cuyos negros puedan compararse á los tonos que dan esos negros impresos de la monotipia; el misterio artístico, las finezas, la profundidad de tono y su variedad hacen de este método un procedimiento delicioso para el pintor.»

El procedimiento de la monotipia es bien sencillo: teniendo una plancha, bien limpia, de cobre ó zinc, se pinta sobre ella con tinta de imprimir, aguas fuertes ó con color al óleo (bastante líquido); los dedos, un pincel, un difumino, un trapo, todo sirve para sacar efectos de grises, de negros vigorosos, de blancos, partiendo del principio de que los blancos se sacan del brillo del metal, sirviendo éste de fondo y las graduaciones de tono son producto del más ó menos color ó tinta que se deja en la plancha.

Esta plancha, dibujada ó pintada de ese modo, se traslada, estando aún fresca, sobre papel blanco humedecido, haciéndola pasar por la prensa como para tirar una prueba de agua fuerte.

Es de advertir que como la tinta ó el color queda, por efecto de la presión, adherido al papel, la plancha, ó mejor dicho el trabajo, no puede servir más que para una sola prueba, por lo cual se ha dado á este método de grabado el nombre de monotipia.

Inútil decir que la placa de metal, una vez limpia con esencia, sirve para todos los originales que se desee.

En el número ya citado del *Studio* hay varias reproducciones de monotipias de Edward Ertz, y en el número de verano del *Studio* de 1902, dedicado á grabados al agua fuerte y grabado moderno, hay también alguna prueba de monotipias del maestro Herkomer, que darán mejor idea de este procedimiento que la prueba que remití á Blanco y Negro á manera de ensayo.

Agustín LHARDY

DIBUJO COMPUESTO Y REPRODUCIDO EN MONOTIPIA POR A. LHARDY

UN CUENTO EN SIETE POSTALES

LOS AMORES DE DON CÉFIRO

I

A la señorita L. R.

Mi encantadora amiga: Para que murmuréis el jueves, voy á darte una gran noticia: *Don Céfiro* se ha casado. Cortadle cuantos trajes queráis: ya no se puede volver atrás. Del nombre vulgar de Ceferino vosotras habíais hecho el de *Don Céfiro* porque iba susurrando amores y no acababa de fijarse nunca. Le ha dominado una húngara, no de esas que van por los pueblos con los caldereros, sino una señorita muy discreta y muy linda, digna de llegar á ese coro de ángeles en que tú llevas siempre la batuta.

Cometiendo con mi heroico amigo un abuso de confanza, ahí van para tu colección las tarjetas postales en que me hablaba de sus «siete últimos amores». Después de todo, una tarjeta postal es casi un documento público, y un hombre que se enamora tantas veces no tiene derecho á nuestra discreción. Tu amigo y siervo.—*L.*

II

Junio, 1901.

Amigo Luis: No contéis conmigo para nada, ni esta noche ni nunca. Elena no quiere que vaya á ninguna parte. Me domina; estoy atemorizado. Cuando no la veo intento rebelarme, pero el rayo sereno de su mirada me aprisiona. ¿Qué haré, Dios mío, para librarme de esta tirana? Te advierto que como me ve tan fiel, me desprecia: lisonjeo su amor propio, adulo su orgullo... Ella cree que todo se lo merece. Es una mujer soberbia. Ya no la falta más que mandarme á los recados, y lo peor es que si me manda iré. Compadece á tu amigo.—*C.*

III

Villavara y Octubre, 1901.

Querido L.: Mañana vuelvo á Madrid en el expreso. He roto con mi prima Luz. Reñí con Elena por tirana y orgullosa y soberbia, pero esta niña de la apacible aldea me espanta. No piensa más que en

guardar; ahorra hasta los suspiros; conoce mis rentas; hace números, pero no como tú y como yo, sino como un cajero del Banco Hipotecario. Tía Agustina dice que es «una mujercita de su casa.» ¡Bueno, pues para otro! ¡Que haga feliz á un retoño de Shilock ó de Torquemada! Avisa á los amigos.—*C.*

IV

Diciembre 1901.

Mi buen amigo L.: Perdona mi ridícula actitud de esta tarde. Discúlpame; estoy enamorado, estoy celoso... He creído que Carmen te miraba y que os reíais de mí. Carmencita me atormenta. Creo que me adora y leo en sus ojos una pasión ardiente; pero lo malo es que si dejan de mirarme á mí para mirar á otro, sigo leyendo el mismo ardor y la misma pasión. Vuelvo á rogarte que me perdones. Poco á poco voy á hacerme odioso, porque sospecho hasta del aire que respira ella. Ahora mismo le he acompañado hasta su casa. Iba con nosotros su primo Nicanor, ¡tan feo, tan viejo, tan calvo!... Pues me ha costado un triunfo no empezar á tiros con él en medio de la calle. Esto debe acabar, ¿verdad?—*C.*

V

Querido L.: Ven á verme. Estoy enfermo en cama. Necesito contarte... Ahora no dirás que soy yo. Elvira me ha despedido violentamente. ¿Cómo voy á volver á su casa si me ha dicho cosas que no debe oir dos veces un caballero? El último jueves estuvo Carmen en la reunión y se mostró más expresiva que nunca. Casi se la saltaban las lágrimas al hablarme, y si no hubiera sido por el amor de Elvira nos reconciliamos. ¡Dios santo! ¿Para qué hablé con ella? Elvira cayó sobre mí como una fiera. Ven y hablaremos; necesito consejo.—*C.*

VI

Viena, Septiembre 1902.

Querido L.: ¿Te acuerdas de lo que me decía en el colegio aquel pasante filósofo que hoy vende décimos de lotería? «¡Usted piensa las cosas demasiado! ¡No hará usted nunca nada de provecho!» Pues es verdad. Aquí me tienes huyendo de mis remordimientos. Reñí con Elvira, ¡tan bonita como es! ¿verdad? ¡Con aquella cabellera rubia y aquellos ojos claros!... Luego con Magdalena porque estaba consumida de envidia y no se ocupaba sino de las cosas ajenas. Luego con Laura, que era una reina mora perezosa y gulusmera... Y sigo en busca de la mujer ideal y correré el mundo entero hasta dar con ella.—*C.*

VII

París, Mayo 1903.

Mi amigo y compañero del alma: Me he casado. Pregónalo. ¡*Don Céfiro* se ha casado! La conocí en la Embajada de Viena. Ha nacido en Hungría, pero es de sangre española. ¿Me preguntas por la mujer ideal? ¡Que la busque quien quiera! Mi mujer es *mujer*. Si quisiera estudiarla bien, vería que no es menos soberbia que Elena ni menos tacaña que mi prima Luz. Me desespera como Carmencita, se exalta como Elvira y se parece en muchas cosas á Laura y á Magdalena. Los pecados capitales me parecen pocos para ella. Pero amigo mío... antes no era yo un novio, sino un moralista. Y ahora la disculpo todo... porque la quiero.—*C.*

Por el franqueo,

LUIS BELLO

DIBUJOS DE ESTEVAN

CONSECUENCIAS DEL ABUSO, POR ROJAS

1.—¡Qué calor, *ché*, qué calor! ¿Hay cebada?

2.—Y bien fresca que la va usted á tomar.
—Póngame usted de esa garrafa.

3.—Está buena, ¿eh?
—¡Qué rica está! ¡A mí me encanta la cebada!

4.—Póngame más. Ya le he dicho que mi único delirio es la cebada.

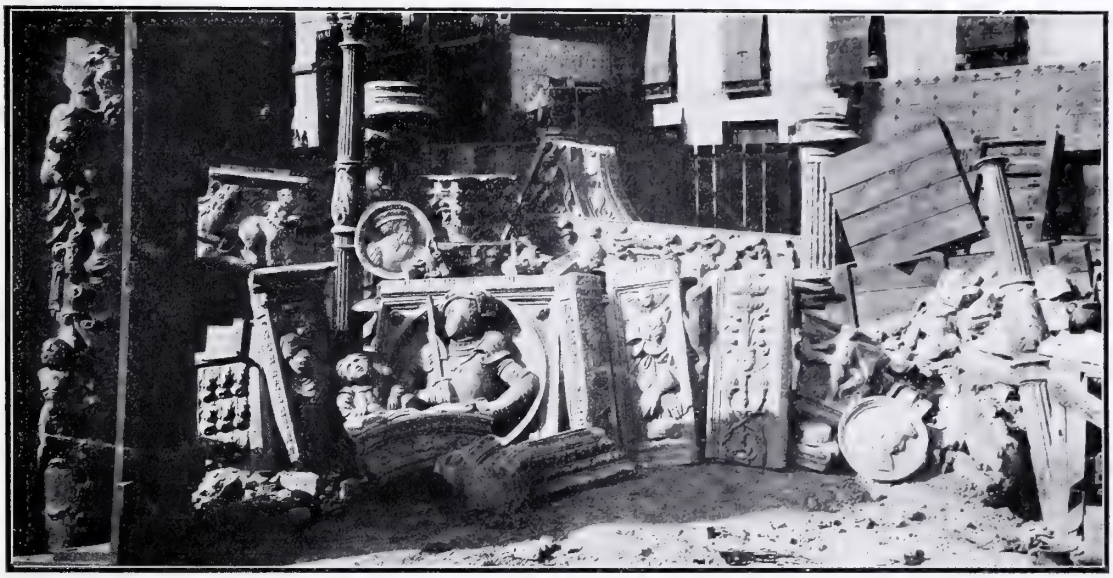
5.—¡La verdad es que no hay como la cebada!

6.—¡Más cebada; mucha más! ¡Vuelque usted la garrafa, *ché*, vuélquela usted!

7. *El horchatero.*—¡Que no va usted á tener dinero para pagarme toda la cebada!
—¿Que no?

8.—¡Ahí va!

LA SEMANA PASADA



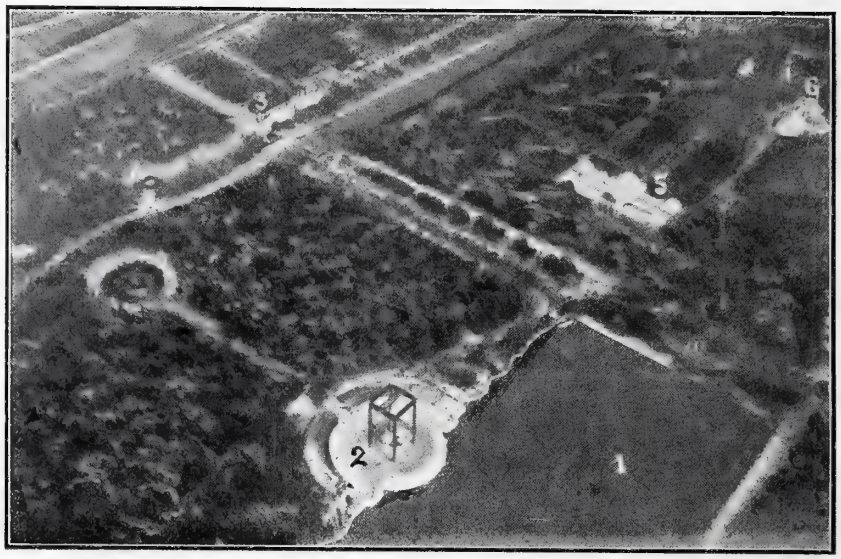
ESTADO ACTUAL DEL PATIO DE LA INFANTA EN ZARAGOZA — FOT. A. YERRO

UNA verdadera desgracia para el arte español, anunciada ya por nosotros, acaba de consumarse. La lindísima joya arquitectónica llamada *el patio de la Infanta*, de Zaragoza, ha sido vendida, y ahí la tienen ustedes empaquetada para ir al Extranjero, sin que nadie haya podido remediarlo.

LAS pacíficas faenas de la pesca del *bou* en la costa levantina han sido este año motivo de grandes é inesperadas trifulcas. El espíritu huelguista va penetrando también en los trabajadores del mar, y se ha dado el caso de que en Valencia tuvieran que echarse al agua en las lanchas pescadoras los patrones y sus familias por falta de obreros asalariados.

LANCHA DEL «BOU» TRIPULADA POR LOS PATRONOS DURANTE LA HUELGA — FOT. P. MESEGUER

EL GLOBO EN EL ESPACIO
FOT. ASENJO



EL RETIRO VISTO DESDE 600 METROS DE ALTURA
1. Estanque grande.—2. Monumento á Alfonso XII.—3 Casa de fieras —4. Paseo de coches.
5 Museo de Ultramar.—6. Palacio de cristal.
FOT. PALACIO Y CEREZO

Y menos mal que no se han declarado en huelga los bueyes; que si tal hubiera ocurrido, ¡adiós pesca del *bou* y cuadros de Sorolla!

El acontecimiento de la semana pasada en Madrid fué la ascensión de nuestros compañeros Enrique Cerezo, de *El Nacional*, y Roberto de Palacio, de Blanco y Negro y *A B C*, en el magnífico globo *Portugal*, conducido por el valiente aeronauta Mr. Emilio Carton. El gentío que acudió á presenciarla fué numerosísimo, y conmovedora la ovación tributada á nuestros queridos compañeros. El viaje aéreo duró cerca de hora y media y se realizó felizmente. Los expedicionarios fueron á parar á las inmediaciones del cercano pueblo de Barajas, después de recorrer el espacio en distintas direcciones, empujados por el viento, que en su tradicional inconstancia. tan pronto les llevaba á la derecha como á la izquierda, y sólo les dejó estacionarios un momento sobre la Plaza de Toros, como si hubiera querido asociar los dos espectáculos que al pueblo de Madrid le fueron ofrecidos en la misma tarde.

El descenso no fué menos feliz que el *record*. Cerezo y Palacio se hacen lenguas de la maravillosa habilidad de Mr. Carton y de la amabilidad de los vecinos de Barajas. Roberto de Palacio reseña sus impresiones en *A B C*. Los que nos quedamos en tierra sólo pudimos certificar de que, como periodistas, como fotógrafos y como hombres de energía y coraje, es imposible *rayar á mayor altura*, según se dice. Las fotografías que desde la barquilla obtuvo Roberto de Palacio son curiosísimas, y no necesitan grandes comentarios. Palacio es un espíritu fuerte, y no nos ha ocultado que el contemplar á la señora humanidad desde una altura de 1.300 metros no le ha infundido mayor desprecio que el habitual hacia dicha señora. En cambio, los toros, vistos á esa distancia, resultan un espectáculo ridículo y miserable. ¡Y nosotros que todavía teníamos fe en la tauromaquia! Decididamente, no subimos en globo...

INFLANDO EL GLOBO
FOT. ASENJO

ALREDEDORES DE LA PLAZA DE TOROS VISTOS DESDE 1.100 METROS DE ALTURA
1 Plaza de Toros.—2. Campos Elíseos —3. Cocheras del duque de Sexto —4. Calle de Alcalá.—5. Calle de Goya
6. Cocheras del tranvía «cangrejo».—7. Ventas del Espíritu Santo.
FOT. PALACIO Y CEREZO

DON RUPERTO

AÑO TRECE Y NUMERO 649 MADRID DIA 10 DE OCTUBRE DE 1903

BLANCO Y NEGRO

CROQUIS FEMENINOS

PINTURA «DE GUANTE BLANCO»

En la figura elegantísima de la gallarda joven que se dedica á la pintura de caballete en un momento de vagar, entre visita y visita ó entre charla más ó menos aguda ó maldiciente y dulce plática amorosa, ha representado Plá la pintura femenina con todas sus delicadas bellezas y todos sus inevitables y encantadores defectos.

No se va á pedir á las pintoras la robustez de dibujo, el vigor de colorido ni la acritud de contrastes y clarobscuros que solamente los pintores *muy hombres* pueden conseguir y emplear; pero, en cambio, no hay, por lo general, en la pintura masculina la minucia de observación y la gracia de pormenor que en la femenina resplandece.

Esa joven que pinta *de guante blanco* hará seguramente algo muy espiritual, muy ligero y voluble; y la volubilidad y ligereza en materias artísticas no siempre son defectos.

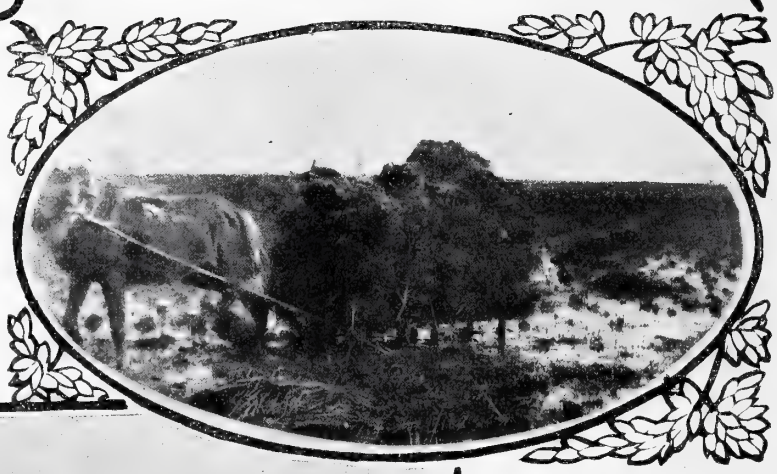
DIBUJO DE C. PLÁ

Recolección de arroz

EN CULLERA

Son muchos los amantes del arroz, ya considerado *en sí mismo*, ya unido á otros comestibles formando paella, que es un guiso eminentemente español, puesto que en él lo fundamental y substancial, es decir, el arroz, se convierte en accidental y accesorio, y los accidentes, es decir, el jamón, los pimientos, los cangrejos, etc., etc., vienen á constituir la verdadera esencia del plato. Pero si hay muchos arrocistas ó dígase (aunque la palabra es feísima) *orizófilos*, son pocas las personas nacidas fuera de la costa levantina que conozcan á fondo la vida verdaderamente accidentada y llena de vicisitudes que lleva desde que se siembra hasta que se ensila tan simpática é interesante gramínea. También éste es un defecto español puro: amamos con verdadero entusiasmo muchas cosas cuya composición y condiciones ignoramos en absoluto. A los amantes del arroz é ignorantes de su vida y milagros se dirigen, pues, estas cortas líneas, á las que sirven de elocuente ilustración las fotografías que nos remiten de Cullera, uno de los cuatro centros más importantes de producción de arroz en la Península, con Valencia, Sueca y Calasparra.

SIEGA DEL ARROZ



SACANDO LAS GARBAS

LA TRILLA

El arroz es una planta cuya sola existencia bastaría para justificar, cuando otras razones no hubiese, el ardor con que defienden sus ideas y propósitos los partidarios de la política hidráulica; es una planta sedienta de agua, como toda España lo está... de agua también y de justicia, y de otros varios *elementos*. Pero bueno; el arroz no pide más que agua, y tampoco la pide con exceso censurable; se contenta con un par de pulgadas sobre el nivel del terreno...

SECADERO Y LIMPIA DE ARROZ

y si le dan más, se ahoga. Ahora que, en la petición de agua van envueltos problemas gravísimos, como el de la preparación y allanado de las tierras, el trazado de los bancales, el corte de los regueros y otros pormenores técnicos que aquí no son oportunos.

La siembra del arroz y su cría son faenas delicadas y costosas, labores más bien artísticas que meramente industriales; en ellas, la experiencia y la habilidad de mano y hasta casi casi la inspiración son factores importantes. Pero no vaya á creerse que el arroz crece allí donde nace. No; hay que trasplantarlo, recriarlo como si fuese un potrito ó una mula, y hasta que aparecen las espigas, todo mimo y toda solicitud son pocos para la preciosa planta. La siega se hace lo mismo que la del trigo, pero con más precauciones, porque no son las espigas de arroz tan fuertes y trabadas como las del padre de los cereales. Los haces se dejan extendidos por el campo, se cortan luego las pajas y se recogen las espigas para formar con ellas la parva. Patalean ésta las caballerías, generalmente sin trillos. Las operaciones de aventar ó limpiar, acribar, etc., son semejantes á las que con el trigo se verifican, pero siempre hechas con mayor escrupulosidad y vigilancia. Después de la limpia, hay que sacudir y espalar el grano aún para quitarle la cascarilla y separar bien la paja, que aquí sólo se utiliza para embalajes, siendo como es tan apreciada en China para la fabricación de papel sólido y ligero al mismo tiempo.

...Y después de esto, no queda sino echarlo á la cazuela, fin último para que fué criado este democrático vegetal, que tanto frecuenta las mesas de los poderosos como las de los pobres, y en cuyo culto y adoración es en la única cosa en que estamos conformes los cristianos de todo el mundo, los musulmanes y los budistas.

W. &. B.

LIMPIANDO

FOTOS. DE J. FERRER

LA CIFRA

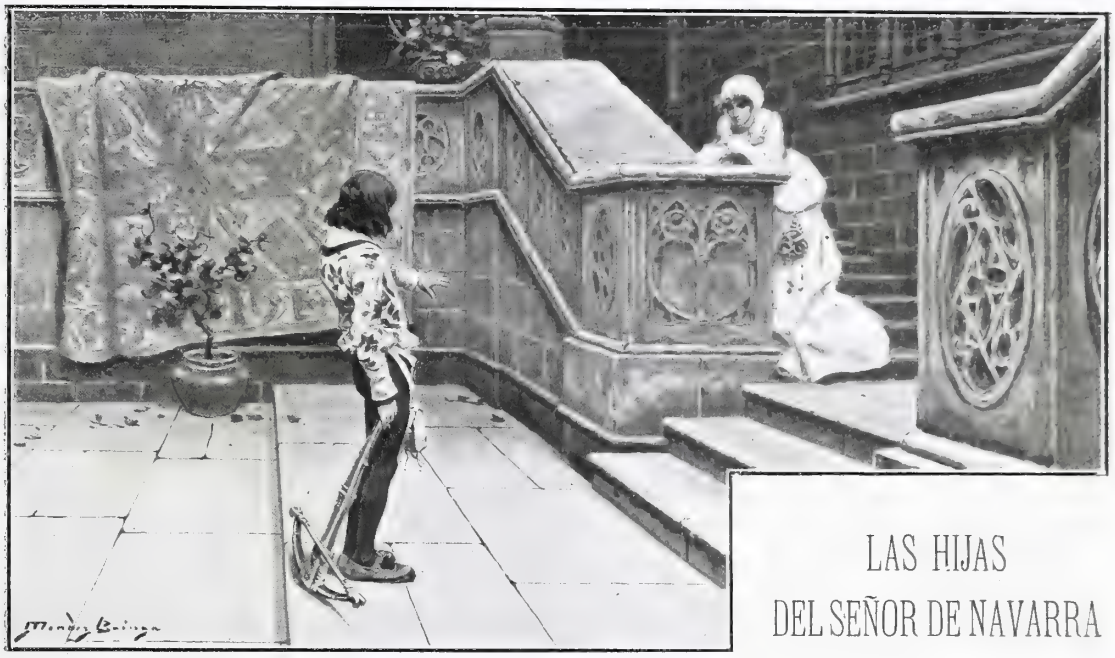
Sobre el tronco de aquel árbol
que en el huerto silencioso
nuestros sueños protegía
con su sombra y su verdor,
como mudo juramento,
por su mano en él grabadas,
en perenne cifra oculta
las dos letras enlazadas,
confundieron nuestros nombres
en callado y mutuo amor.

Aun constante, fiel á ella
muestra el árbol confidente
de la cifra los contornos
que creciendo van allí;
y de aquellas líneas hondas,
como en él, en mi alma hundidas,
incurables van creciendo
más profundas las heridas,
al recuerdo siempre fieles
en el árbol, como en mí...

¡Breve luz de un idealismo!...
hoy el raudo carruaje
muestra al mundo la áurea cifra
que otros nombres enlazó.
¡Ay, quizá bajo el orgullo
del emblema nobiliario,
su alma llore en el recuerdo
de aquel parque solitario
en que guarda sus heridas
fiel el árbol, como yo.

J. ALMENDROS CAMPS

DIBUJO DE R. DE LA TORRE



LAS HIJAS DEL SEÑOR DE NAVARRA

Don Sancho el Magnánimo, Señor de Navarra, casó cuando blanqueaban sus cabellos, con doña Aldonza de Barbastro, hermosa y noble aragonesa. La madurez del esposo no fué obstáculo para su dicha, pues doña Aldonza de Barbastro le hizo feliz por completo, amándole tiernamente y dándole dos hijas, que se llamaron doña Violante y doña Guiomar. Ambas crecieron en hermosura y discreción, y cuantos las veían quedábanse hechizados ante sus diversos é incomparables encantos.

Doña Violante era alta, garrida, de rostro pálido, talle altanero y negros ojos, hondos, fascinadores y enigmáticos. Nunca se vió doncella más cauta y modesta. En su espíritu nacían, cual flores en los prados, cuantas virtudes existen en este mundo miserable. La obediencia, el respeto, la amorosa caridad, el apartamiento de las humanas vanidades acogíanse en aquel alma como en natural y seguro abrigo, y doña Violante las cultivaba con esmero, prefiriendo entre ellas á la blanca castidad, que, á su juicio, era compendio de todas y como su resumen y quinta esencia. Así no existía doncella más púdica en todo el Señorío. En la profundidad tenebrosa de sus pupilas no brotó jamás un rayo de amor; ninguna mano alteró la suave tibieza de sus dedos, ni boca alguna osó alabar belleza tan perfecta é imponente. El recato y la modestia tejieron una vestidura de espiritual amianto en torno de doña Violante, quien cruzaba entre las pasiones de los hombres cual la salamandra pasa por el fuego sin sentir la ardiente mordedura de las llamas.

Cuando las camaristas de doña Guiomar la peinaban, el cabello rubio de su señora se destrenzaba hasta sus pies y aun arrastraba por el suelo, formando áureo montón. Aquella cabellera refulgente se retorcía en bucles y rizos sedosos, inquietos, juguetones, y alguno de ellos, resbalando por la frente rosada de doña Guiomar, bajaba atrevido á mirarse en los ojos alegres, dorando con sus reflejos la azul transparencia de las pupilas. Doña Guiomar era bulliciosa, amiga de fiestas, torneos y cacerías, y gustaba de hablar con donceles y pajes, que la entretenían con historias de amor. Algunas almas poco piadosas afirmaban que doña Guiomar había amado á un caballero trashumante de quien no se volvió á saber noticia. Quienes de tal cosa hablaban juraron haber oído á las altas horas en que todos dormían, rumores misteriosos, frases apasionadas, protestas de cariño, y aun hubo alguien, amante desdeñado ó celosa rival, que añadía á tales dulces ruidos el chascar de un beso. Tal vez por esto la risa de doña Guiomar rompía á ratos su cadencia perlada, y los ojos entristecían momentáneamente su júbilo perenne, mas estas nubes pasaban pronto, y el pesar, si alguno había, tornaba á enterrarse en el alma de la rubia doncella.

Un día una enfermedad postró doliente á la noble doña Aldonza. Viendo D. Sancho la inutilidad de los remedios aplicados por su médico maese Jofre, llamó al palacio á sabios monjes, á misteriosos zahoríes y á egipcios de tez tostada y extraño lenguaje para que curasen á la señora de Navarra. Mas tan inútiles como las bebidas y los bálsamos de maese Jofre fueron los exorcismos de los frailes, los conjuros de los zahoríes, las diabólicas artes de los bronceados vagabundos. Sin duda Dios no permitió que las substancias curativas aplicadas á la enferma surtiesen en aquel caso los efectos para los cuales fueron creadas, y dispuso en sus altos designios el fin de doña Aldonza de Barbastro.

El alma buena de ésta adivinó la inapelable sentencia, y acatándola y resignándose á su fallo, se dispuso á morir. Harto se condolía de abandonar la dulce vida cuando aún podía gozarse de ella y de los goces que se ocultaban en los años venideros, mas elevando el alma al Creador, ahuyentó aquellos profanos pensamientos, recibió la última hostia, vió desaparecer los vestigios del pecado con el Oleo Santo, y juzgándose pura é irreprochable se despidió de los suyos con solemnes y patéticas palabras.

-Me muero, les dijo, pero no me lloréis, pues confío en la Misericordia divina y en la Virgen mi Señora, que me tenderá la mano. Desde el cielo velaré por vosotros, por vuestra felicidad terrena. Es esta mi única inquietud. Sé que sois buenos, de nobles y cristianos pensamientos, que sólo pecaréis en materias veniales y parvas; así espero os reuniréis conmigo. Esto debería bastarme, mas mi espíritu, unido aún al cuerpo, se inquieta pensando que podréis ser infelices en la brevedad de la vida. Por esto os pido que os améis mucho. Cuida tú, ¡oh esposo mío! de estas nuestras tiernas hijas. Alegrad

vosotras, Violante y Guiomar, las horas de vuestro padre; embelleced su vida con cariños; endulzad sus penas con la miel de vuestros halagos. ¡Adiós, amados míos! No lloréis, no lloréis. Veo la luz del cielo. ¡Qué hermosa, qué deslumbrante! Adiós, besadme todos. Así, así, en los labios, en los ojos, en las manos. Os amé mucho. ¡Cuánta claridad! ¡Oh, cómo brilla! Es el sol... No, es la Virgen que baja á buscarme. Viene vestida de oro; sus ojos fulgen como estrellas. Me llama. Adiós, adiós. Voy, Señora y Madre mía.»

La moribunda, al decir esto, alzó sus manos implorantes y las dejó caer luego inmóviles por siempre, mientras D. Sancho y doña Guiomar se abrazaban sollozando, y doña Violante cubría pudorosa la inerte desnudez de los brazos muertos de doña Aldonza.

II

El dolor de D. Sancho fué desconsolado y terrible. Ni el entierro y espléndidos funerales con que honró á doña Aldonza, ni el maravilloso sepulcro que para él y su esposa hizo tallar en el más puro y transparente alabastro, ni el duelo de sus súbditos, ni la apenada solicitud de sus hijas, mitigaron la fiereza de su pesar.

La ausencia eterna de aquella mujer tan dulce, tan sensata, tan hermosa, entristecía sobremanera al señor de Navarra, quien erraba por su palacio, aguzando el oído, que en su cavidad sonora conservaba el zumbador rezongueo de la rueca manejada en otros días por las manos de doña Aldonza. Mas el silencio tejía su tela en el camarín abandonado, y D. Sancho pasaba suspirante por galerías y salas, creyendo entrever en la penumbra de los ángulos obscuros la silueta amada, por siempre perdida.

En vano doña Violante y doña Guiomar trataron de distraer el dolor de su padre, sobre cuya alma cansada pesaba la imparabilidad de su pena. D. Sancho no esperaba nada de la vida, y sabía que sólo la muerte había de venir, lenta, implacable, cada vez más visible, sin disimularse, entre las brumas doradas con que la juventud trata de ocultarla. El incansable señor de Navarra la llamaba, ansiando verla próxima, deseando que le tocase con su dedo frío; y como si la muerte accediese á su ruego, don Sancho fué decayendo, y perdió día tras día sus fuerzas, y vió más cercana la esperada y terrible visitante.

Aquel abatimiento de D. Sancho alarmó mucho á sus hijas, quienes viéndole decaer y perder fuerzas, llamaron á la corte á cuantos entendían de curar males, reconstituir organismos ó de domeñar nefandos influjos. Mas ninguno de aquellos sabihondos varones acertó á mejorar al enfermo, á quien abandonaban las energías, rindiéndole exánime en el lecho.

Allí le cuidaban sus hijas, entristecidas y apenadísimas. Doña Guiomar no reía ya, y cautivó sus dorados bucles en una redecilla de perlas, sin dejarles orearse, alegres y libres. Doña Violante entenebreció las tinieblas de sus ojos con austeridad mayor y emparedó la divina nieve de su garganta tras recios brocados, que desde su cuello caían hasta el suelo en tiesos pliegues. Las manos siguieron aquel ejemplo, y se ocultaron, albas y púdicas, en la amplitud obscura de las mangas, donde se perdían como palomas en la noche.

Así las dos hermanas, tristes y abatidas, asistían al enfermo, prodigábanle sus cuidados, escuchaban los consejos é inútiles divagaciones de los médicos y charlatanes.

Un día llegó á la corte un sabio ermitaño, á quien la noticia de la enfermedad de D. Sancho arrancara de su penitente retiro. Aquel asceta, llamado Mamés, á quien los ayunos y mortificaciones consumieron, inspiró confianza á las atribuladas doncellas. Luego de examinar atentamente al señor de Navarra, el eremita habló así:

—Confiando en la misericordia del Altísimo, que todo lo puede, en el auxilio de mi patrono el glorioso San Mamés, y en el cariño de estas apenadas doncellas, espero curar á nuestro amado señor. Don Sancho sanará si bebe un poco del brebaje que voy á componer.

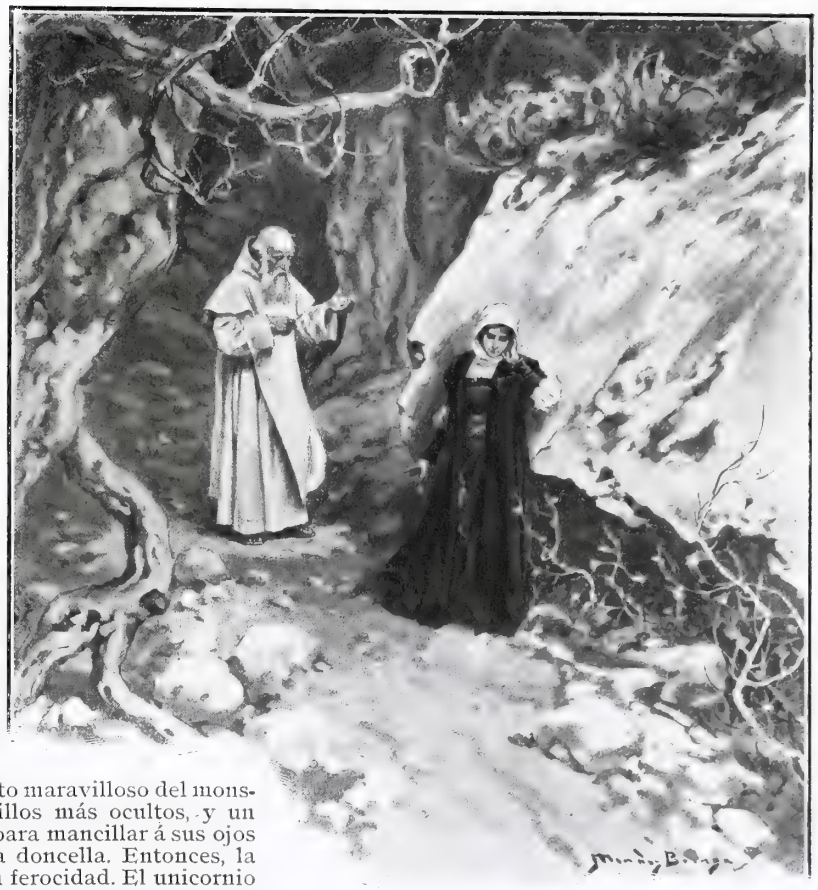
—Sed presto,—exclamaron á una doña Violante y doña Guiomar.

—Una condición exige mi medicina para surtir su mirífico y extraordinario efecto—dijo el cenobíta.—Ha de ser servida en un vaso de asta de unicornio. ¿Poseeis alguno?

Las hermanas respondieron negativamente. No poseían ninguna copa de tan preciada materia. Su

desconsuelo por tal penuria fué grandísimo, pues veían muerto á su padre si no bebía líquido tan maravilloso.

El ermitaño las consoló en algo diciéndoles:—No lloréis, lindas damas. Aunque los unicornios son animales extraordinarios y escasos, yo sé de un monte adonde acude alguno que he entrevisto. Es una bestia singular parecida al caballo. En su frente se aguza el único cuerno que le da nombre. Dos palomas le acompañan, y sólo la pureza le conquista. Tan fiero bruto sólo se rinde á las doncellas castísimas, á las que nunca faltaron en lo más mínimo á la honestidad. Las que gozan de virtud tan preciosa aprisionan al unicornio con el ceñidor, y el animal las sigue, manso y obediente. ¡Mas infeliz de aquélla que no poseyendo una castidad sin mancha pretenda engañar al unicornio! El instinto maravilloso del monstruo descubre los pecadillos más ocultos, y un beso, una mirada bastan para mancillar á sus ojos la virtud aparente de una doncella. Entonces, la mansedumbre truécase en ferocidad. El unicornio se enfurece terriblemente, y con su asta traspasa á la atrevida que pretendió engañarle. Pero con vosotras ¡oh señoras!—concluyó el penitente—no reza esto. La fama de vuestras virtudes es grande y bien cimentada. Podéis ir al bosque de Betela donde el unicornio habita, podéis aprisionarle con el blando yugo de vuestro cinturón, y obtener así el talismán que ha de sanar al magnánimo D. Sancho.



Calló, esperando respuesta. Doña Guiomar enrojeció, sus labios se separaron, luego volvieron á unirse sin proferir palabra. Doña Violante miró á su hermana, acercóse á una imagen de la Virgen, rezóla un momento, y después serenamente, dijo al eremita:—Acompañadme, padre mío. Voy en busca del unicornio.

III

El ermitaño se separó de doña Violante en la linde del bosque de Betela. La joven entró en él y se internó bajo los árboles, absorta en meditaciones profundísimas. Antes de aproximarse al sitio donde pastaba el maravilloso animal, la doncella escudriñó los repliegues ocultos de su conciencia, pesando y aquilatando todos los actos de su vida, hasta los más nimios. Aquel examen reveló á doña Violante la existencia de algunas máculas, de algunos lunares casi imperceptibles, que se le antojaron deshonra del armiño de su alma. Tales sombras no tenían apariencia determinada ni concreta, y su densidad semejaba á la de las nubes que, según la luz que las ilumina, parecen compactas á ratos y á ratos transparentes. Mas á pesar de su imprecisión, y tal vez por ella misma, alarmaron hondamente á la recatada doncella. Su excesiva virtud juzgó pecados los que sólo eran descuidos de la vista, distracciones del oído, y se creyó hembra procaz y liviana. Atemorizada, conceptuó que, como ella, el unicornio descubriría aquellas faltas y las castigaría con la muerte. A lo lejos sonó un relincho armonioso y enérgico. Escuchándole doña Violante, sólo atendió á su terror, y retrocediendo en su camino, corrió hasta el sitio donde el cenobita la esperaba.

El santo varón se pasmó mucho ante los escrúpulos de doña Violante, quien se los expuso desconsolada. Por más que hizo el ermitaño, no logró tranquilizar el espíritu susceptible y meticuloso de la casta joven, y fueron vanas cuantas sentencias pronunció acerca del particular. Doña Violante mantuvo su resolución. No buscaría una muerte cruel é inútil; no poseía la pureza absoluta; harto se condolía de ello.

Igual asombro que al eremita produjo á toda la corte la confesión de doña Violante, y aun al señor de Navarra, quien había empeorado mientras tanto. «¿Qué mujer, se dijeron todos, puede creerse pura en el señorío si no lo es doña Violante?» Y ninguna hembra tuvo valor para afrontar la muerte y capturar el unicornio.

Pasaron varios días, y viendo peor á D. Sancho, la rubia doña Guiomar acercóse una tarde al penitente y le dijo:

—Hombre piadoso, acompañadme al monte de Betela donde el unicornio habita. Mi padre se muere. He de intentar salvarlo. Mas antes de partir os diré, que si bien mi alma está limpia de pecado, carece de la pureza absoluta. He amado á un hombre, que murió en guerras lejanas. La noche que marchó me pidió un beso. Lloraba al pedírmelo. Yo también lloraba. Nuestros labios se unieron...

—No vayáis al monte de Betela—interrumpió el solitario.—El unicornio os atravesará con su lanza.

Guiomar sacudió la cabeza.—¿Qué importa? Atraeré con mi mentida honestidad perfecta al feroz animal. Cuando furioso por el engaño se cebe en mí, acudiréis vos con varios saeteros hábiles que nos acompañarán, y aprovechándoos del encarnizamiento del monstruo, le mataréis, adquiriendo de tal suerte su asta maravillosa.

Doña Guiomar exigió luego al cenobita secreto absoluto sobre cuanto acababa de decir, y desoyendo sus exhortaciones hizo que la acompañase hasta el monte, en unión de algunos arqueros muy diestros. Allí la valerosa doncella adelantóse, dejando atrás á sus compañeros, quienes la seguían á alguna distancia, disimulándose entre los arbustos.

Doña Guiomar anduvo largo rato sobre el fino césped, donde blanqueaban grandes manchas de margaritas, que poco á poco se unían formando otras mayores, anegando con la masa de sus cálices la hierba corta y verde. Conforme adelantaba doña Guiomar en su camino, veía aparecer sobre las margaritas enhiestos penachos de azucenas, redondeados matorrales de florecido espino, orondas peonías de color de nieve. También los árboles abandonaban el verdor intenso de sus hojas, que empalidecían adquiriendo todos los matices del blanco, desde el brillante de la nácar hasta el enfermizo del marfil. Los troncos y las ramas remedaban columnas de mármol y de alabastro, y sobre ellos los musgos se adherían semejantes á albos encajes petrificados. En el ramaje, las hojas se amontonaban lucientes, limpias, fundiendo sus tonos diversos en un matiz único, virginal, ultraterrestre, sobre el que pasaban lentos vuelos sedosos de palomas.

Entre aquellas fantásticas plantas pasaba doña Guiomar, cuyo vestido de rojo damasco bermejeaba rozando los cándidos tallos y las purísimas corolas. Al fin llegó la doncella á un claro, y donde las peonías, los espinos y las azucenas crecían apretados como espigas en un campo en el cual las margaritas trazaban un sendero que conducía á una elevación del terreno donde apretaban sus cabezas de oro y las dentadas hojas de su corona, formando un á modo de trono.

En él se acomodó doña Guiomar. No esperó mucho, pues pronto oyó un relincho y vió aparecer por el extremo de la senda al fantástico dueño de aquel dominio.

El unicornio tenía el aspecto de un caballo. Mas la nobleza de su origen se revelaba en la crin luciente que le vestía el cuerpo con coraza de plata, en la púrpura imperial que ensangrentaba su altiva cabeza y en el fuego insostenible de sus cerúleos ojos luminosos. Entre ellos crecía el asta teñida de negro, rojo y blanco, cuyo extremo se afilaba reverberando la luz é irisándola con mil matices. Alrededor del maravilloso animal revolaban dos palomas, persiguiéndose y posándose alguna vez en el cuerno rutilante.

Al ver el unicornio á doña Guiomar se dirigió hacia ella, contoneándose como un corcel coquetón. Sus crines ondeaban al viento, finas y argentadas, y en el azul incomparable de sus pupilas mirábanse los cálices vecinos. Relinchó armoniosamente, se acercó más, y de pronto, de un salto, llegóse junto á doña Guiomar, quien, temblorosa, se puso en pie y arrojó su ceñidor al cuello del unicornio. Este, sin sacudir el blando yugo, miró á la doncella con fijeza. El instinto sobrenatural de que se hallaba dotado le hizo descubrir en aquel alma la huella de unos labios, y rompiendo de una sacudida el cinturón, arremetió contra la infeliz, atravesándola con su terrible lanza.

Al grito que arrojó la moribunda acudieron los saeteros, y con sus dardos mataron al mágico animal. El eremita acercóse á doña Guiomar, bendijo su agonía, y mientras los saeteros arrancaban de la frente del unicornio el asta maravillosa, aquel santo varón dijo suspirando: «Parte en paz de este mundo, alma infortunada, y confía en tu perdón, pues con tu pecado hiciste más bien que otras con su virtud perfecta.»

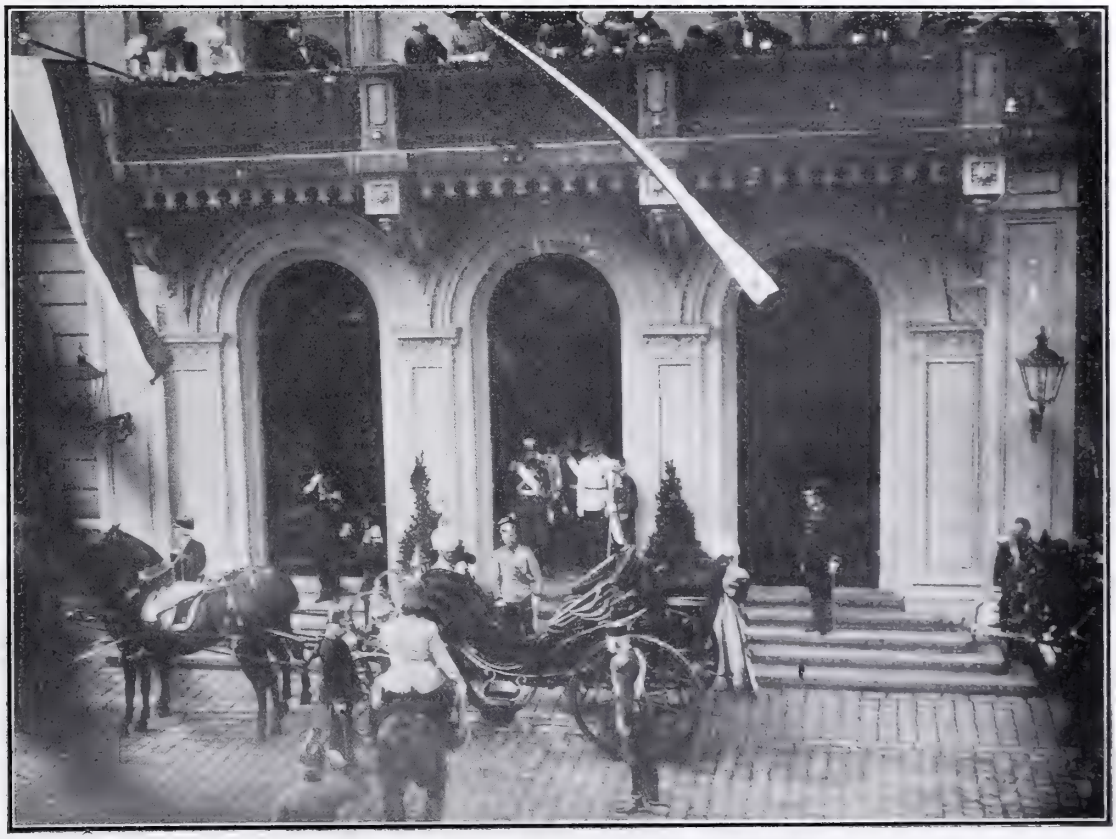
MAURICIO LÓPEZ ROBERTS

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

ACTUALIDADES

MADAMA SEVERINE PRONUNCIANDO UN DISCURSO EN MEMORIA DE ZOLA. 1. MADAMA ZOLA. 2. MADAMA DREYFUS

SIN solemnidad de ningún género, sin anuncios en los periódicos ni invitaciones á ninguna persona oficial, se ha conmemorado en la casita que Emilio Zola poseía en Médan el aniversario de la



LLEGADA DEL ZAR Á VIENA. S. M. EL EMPERADOR DE AUSTRIA DELANTE DEL COCHE Fots. Gribayedoff

muerte del grande hombre. Ha sido una fiesta íntima y familiar, á la que asistieron tan sólo las personas más directamente allegadas al autor de *Los Rougon Macquart* ó las que tienen que agradecerle tanto

SACERDOTES, AUTORIDADES TURCAS Y PUEBLO DE ADRIANÓPOLIS CELEBRANDO FUNERALES POR UN GENERAL TURCO MUERTO EN CAMPAÑA

como Madama Dreyfus. La viuda de Zola recibió en aquel día el homenaje de respeto de unos cuantos *leales* á la memoria de su marido. Muchos de los que allí debieron estar, faltaron. Dentro de poco ya nadie se acordará del hombre bueno y honrado; y menos mal si se acuerda alguien del escritor genial, á quien tanto debe Francia.

EJERCICIOS DE TIRO CON EL NUEVO FUSIL EN EL EJÉRCITO BÚLGARO — Fots. Gribaycdoff

VIENA es hoy día la capital más frecuentada por los soberanos europeos. Después del rey de Inglaterra, del emperador de Alemania y de S. M. la Reina Regente, ha estado allí el Zar, á quien el emperador Francisco José ha recibido, como lo representa nuestra fotografía, vestido con el uniforme

SALIDA DE LA MISA CELEBRADA EN SOFÍA EN SUFRAGIO DE LOS BÚLGAROS MUERTOS
Fot. Gribayedoff

ruso. Algo nos choca y nos sorprende, á la verdad, el que para recibir á una persona de tantas campanillas se coloque uno junto al coche, por el lado opuesto al del que llega; pero no sabemos si se estilará hacerlo así en Viena, que es de donde viene ahora la flor de la elegancia.

ENTRETANTO sigue la matanza de turcos y búlgaros en medio del mayor orden. Los turcos han celebrado últimamente en Adrianópolis, como puede ver el curioso lector, unos magníficos y solemnes funerales por el alma de un general turco muerto en campaña.

PERO como sin duda siguen los búlgaros el prudente proverbio que dice: *A Dios rogando y con el mazo dando*, por sí ó por no, ya los ven ustedes ahí preparándose y haciendo ejercicios de tiro con el nuevo fusil de repetición recientemente adquirido para el ejército de Bulgaria.

POR su parte los búlgaros celebraron en Sofía una misa solemne en sufragio de los héroes búlgaros que en el campo de batalla perecieron. A dicho *requiem* en la catedral de Sofía asistieron los fieles llevando banderas con los retratos de los héroes muertos.

EN la linajuda ciudad de Talavera de la Reina se ha celebrado una fiesta antiquísima de la riqueza y del trabajo: la famosa feria á la cual concurren ganados de todas partes de Castilla y León y principalmente de Extremadura.

Mientras otras ferias españolas han decaído mucho, la de Talavera, como las de Trujillo y Don Benito, conserva su antiguo esplendor y su grandísima importancia, y todo español decentemente acomodado que desee entrar en relaciones honestas si que también alimenticias con un apreciable cerdo, por aquello de que no se deben comer salchichas ni chorizos si no se ha conocido previa y *personalmente* al propio interesado, á Talavera debe dirigirse.

VISTA GENERAL DEL «TESO» EN LA FERIA DE TALAVERA DE LA REINA — Fot. Codorniu

DE la inmortal Salamanca, tantas veces y con tan justo motivo llamada *La Atenas española*, nos remiten una fotografía que representa la fachada del edificio que van á ocupar las Facultades de Ciencias y Medicina, y también otras fotografías de los laboratorios, gabinete de espectroscopio, etc. Fiel á su tradición gloriosa, la Universidad ha querido conservar exteriormente el señorial aspecto del viejo

edificio, llenándole en cambio de modernísimos aparatos y potentes medios de investigación, como queriendo demostrar que la ciencia experimental es cosa castiza y de abolengo en aquellos venerables recintos.

En la alegre y simpática villa de Irún se han celebrado durante los últimos días de Septiembre hermosas y brillantes fiestas eúskaras, concursos de música vocal y de bailes del país, juegos florales en los cuales se fomenta la lengua eúskara, á la que tanto cariño profesan los hijos de aquellas montañas, y otras variadas diversiones. De ellos recogemos para nuestra información gráfica la fiesta escolar, manifestación verdaderamente bella y conmovedora del empeño que los honrados y cultos vecinos de Irún ponen por romper de una vez las cadenas del analfabetismo. A dicha fiesta asistieron cerca de dos mil niños con sus maestros y maestras al frente, ostentando todos cintas y banderas con los colores nacionales. Presidieron los diputados provinciales y

EDIFICIO DE LAS FACULTADES DE CIENCIAS Y MEDICINA EN SALAMANCA
FIESTA ESCOLAR EN IRÚN — Fots. No Hernández y Angoso y Compañía

los concejales de Irún, y el diputado Sr. Pavía pronunció una patriótica alocución, después de lo cual se repartieron á los niños premios, medallas y sabrosas golosinas.

DON RUPERTO

EN TOLEDO

¡Con ella mi deseo fué cumplido
de vivir á la sombra y en la gloria
de este viejo poblado de la Historia
que me parece un infanzón dormido!
Con ella, piedra á piedra he recorrido,
hundida el alma en la triunfal memoria,
los lugares que son su ejecutoria,
donde su egregio ayer vive esculpido!
¡Con ella vi en el medioeval relieve
la antigua fe que en la amplia maravilla
de las centurias á través destella!
Y... ¡Oh, quién pensara, Catedral, que en breve
volviera á tu mozárabe capilla,
ya no á admirarte, sino á orar por ella!

ALFONSO PÉREZ NIEVA

DIBUJO DE REGIDOR

Soldados y Banderas

Carlitos, un monigote de cinco años, oyó desde la escalera redoblar los tambores anunciando el regreso de la parada, y ágil como una ardilla subió hasta su quinto piso. Ya tenía la puerta abierta, y sin detenerse llegó al balcón al mismo tiempo que los soldados asomaban por una esquina de la calle.

Avanzaban las anchas filas al compás de la charanga, entre un enjambre de mozalbetes, más derechos que el cabo de gastadores. Las bayonetas brillantes, los colorines de los uniformes, el flamear de la bandera y el movimiento rítmico y marcial del batallón en marcha, encendían de entusiasmo á los hombres, mientras las mujeres dejaban las faenas domésticas para salir, con el alma en los ojos y sus chiquillos en brazos, bailando al son de la música.

Carlitos, desde su balcón—tan alto que parecía una jaula en el tejado,—brincaba lo mismo que un pajarillo inquieto cuando pasó el batallón ante sus ojos. El padre de Carlitos, capitán ya algo veterano, que marchaba al frente de su compañía, detrás de la bandera, levantó un momento la vista adonde estaba su hijo, pero sin retardar el paso ni perder la seriedad que la ordenanza exige en actos del servicio.

Se alejaron los soldados rápidamente calle arriba; la barrera de curiosos entusiastas se deshizo detrás de ellos; se fué perdiendo poco á poco el ritmo alegre de la charanga..., y á los cinco minutos ya no quedaba del desfile más que el eco de lejanas trompetas, escondidas en la Puerta del Sól á los ojos del niño.

Carlitos permaneció todavía mirando á la calle, más de una hora, en éxtasis infantil, hasta que le hizo volver á la realidad la voz de su madre que le llamaba desde dentro.

—Niño, ¿qué haces ahí...? ¿No sabes que ya ha venido papá?

Carlitos se separó del balcón al mismo tiempo que en la puerta aparecía su padre, con el pecho cubierto de cruces y las mejillas surcadas por dos cicatrices de sendos charrascazos, conquistados años atrás en la guerra.

El capitán dió un beso á su hijo, y aparentando en la voz un enfado que contradecía la placidez de sus ojos, le dijo:

—Cuádrese usted... ¿Qué hacía usted antes en el balcón?

—Esperaba á los soldados —contestó el pequeño, cuadrándose con gravedad cómica ante el superior ordenancista.

El capitán se atusó el bigotazo y refunfuñó entre dientes.

—Bien... ya hablaremos... Ahora á almorzar... ¡Toque de rancho! ¡Tararíiiii...!

Y se dirigieron los tres al comedor.

Fué un almuerzo silencioso, porque la fingida seriedad del padre no se interrumpía un solo momento, haciendo dudar á su mujer si estaría realmente disgustado; pero el capitán no habló hasta que pusieron en la mesa unas manzanas riquísimas que á Carlitos le gustaban mucho.

—Ya sé que tú no quieres postre,—le dijo.

—¡Sí quiero...!—exclamó el pequeño, abriendo asombrado los ojos.

—Vamos á ver... ¿Qué iba delante de mí, en el batallón?

—¿Delante de ti...?

—Sí; inmediatamente delante.

El niño bajó la cabeza ante la enérgica mirada del capitán y murmuró con voz débil:

—La bandera...

—Eso es; y usted tenía la gorra puesta.

—Se me olvidó...

—Pues ya sabes lo que te he dicho otras veces: cuando no se saluda á la bandera, no hay postre. De modo...

Carlitos se puso muy colorado, y reprimiendo el llanto á duras penas, se fué de puntillas, más amedrentado que un conejo.

—Es necesario que aprenda,—dijo el capitán á su mujer cuando quedaron solos.

—Hombre... ¡perdónale!—suplicó ella.—¡Pobrecillo!

—Nada, nada... hay que acostumbrarle. Peor rato paso yo que él.

Y sin postre se quedó aquella mañana el descuidado pequeñuelo.

***

Carlitos, que cogió una rabieta más que regular en cuanto se fué su padre, tranquilizado pronto merced á la maternal indulgencia, simbolizada en una manzana sabrosa, continuaba muchas horas después entretenido en su *leonera*, completamente olvidado del triste suceso.

Había colocado sobre una mesa, en correcta formación, todos sus soldados de madera, con la artillería flamante, sus briosos caballos, bandas de músicas (aunque sordas), carros de Administración militar, banderas—¡las pícaras banderas que tantos disgustos ocasionan!—y hasta globos para la brigada de Ingenieros... Un gran ejército de inválidos, porque era raro el militar que tenía sus miembros completos.

Como había sobradas fuerzas para dos bandos, Carlitos concluyó por ponerlos frente á frente, y actuando él de autoridad directora y ejecutiva, dió comienzo una lucha más terrible que cuantas recuerda la historia; baste decir que quedaron sin cabeza las dos terceras partes del ejército.

Mientras Carlitos procuraba esconderse detrás de la mesa, el capitán avanzó hasta el campo de batalla y examinó atónito los restos del combate. De pronto soltó una ruidosa carcajada.

—¡Brava gente! ¡Así me gusta! ¡Valiente zafarrancho han armado...!—y seguía riendo como un chiquillo.

Carlitos entonces se atrevió á salir de su escondite, y el capitán le cogió en sus brazos para besarle con efusión.

—¡Caramba! ¿Sabes que la cosa ha sido seria? Pero está bien, sí, señor, ¿por qué he de decir otra cosa...? Habrá que traer más soldados, porque éstos ya no pueden pelear... ¡Por vida de la guerra!

Después de una pausa añadió:

—¡Y yo que creí encontrarte llorando por lo de esta mañana! Pero veo que eres todo un hombre. Así te quiero... Mira, mira lo que te traigo; ¡esta noche sí que tienes postre bueno!

Carlitos se precipitó sobre un paquete de bombones que le presentaba su padre; y perdido ya el miedo, exclamó con infantil malicia:

—¡A ti que tanto te gustan! ¡Qué lástima! ¿No los vas á comer?

—¡Pues no he de comerlos!

—Como no has saludado á la bandera...—Y con el dedo meñique señaló tímidamente al emblema de la patria, que llevaba sobre los hombros un soldadito descabezado.

Enardecido en la terrible jornada, difícil es predecir el término que hubiese tenido ésta, si á las siete de la tarde y cuando iba á ser decapitado un general con todo su Estado Mayor, no llega á presentarse de pronto el padre de Carlitos, que volvía del cuartel.

¡Entonces sí que tuvo miedo el aguerrido muchacho! ¿Qué iba á decir su papá cuando viese aquella hecatombe?

El capitán, con mucha emoción, contempló á su hijo un instante, se dirigió á la mesa, cuadrándose allí, grave y majestuoso, y dijo luego:

—Estoy conforme... sí, señor; tus soldados no han de ser menos que los míos. Me quedo sin postre.

En seguida se volvió de espaldas al niño para limpiarse una lágrima de orgullo paternal que le hacía cosquillas en las pestañas.

LUIS GONZÁLEZ GIL

DIBUJOS DE ESTEVAN

LA VISITA DEL DIPUTADO, POR ROJAS

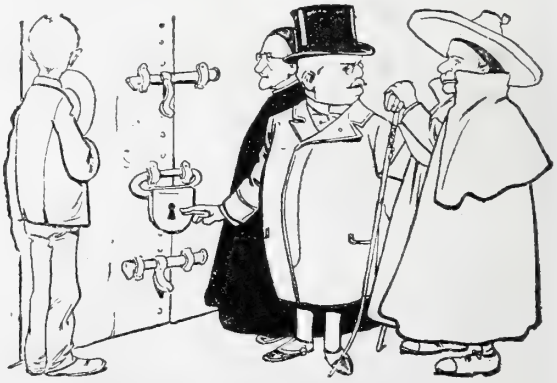
1.—Pus si le paece al señor deputao, daremos una vueltecita por el lugar pa que se vaya enterando.

2.—Aquí tiene usted la escuela.
—Siéntense, siéntense y continúen civilizándose.

3.—La iglesia. Allí está el campanario por donde tiraron dos del pueblo al otro deputao que hubo.

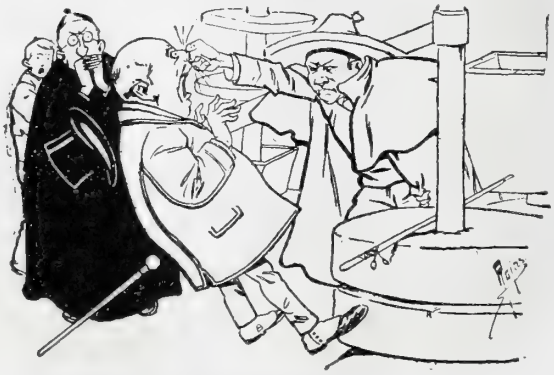
4.—Ahora verá usted el Ayuntamiento.

5.—Estas, como verá usted, son las afueras, porque las adentros son de las que vinimos.
—Sí, sí.



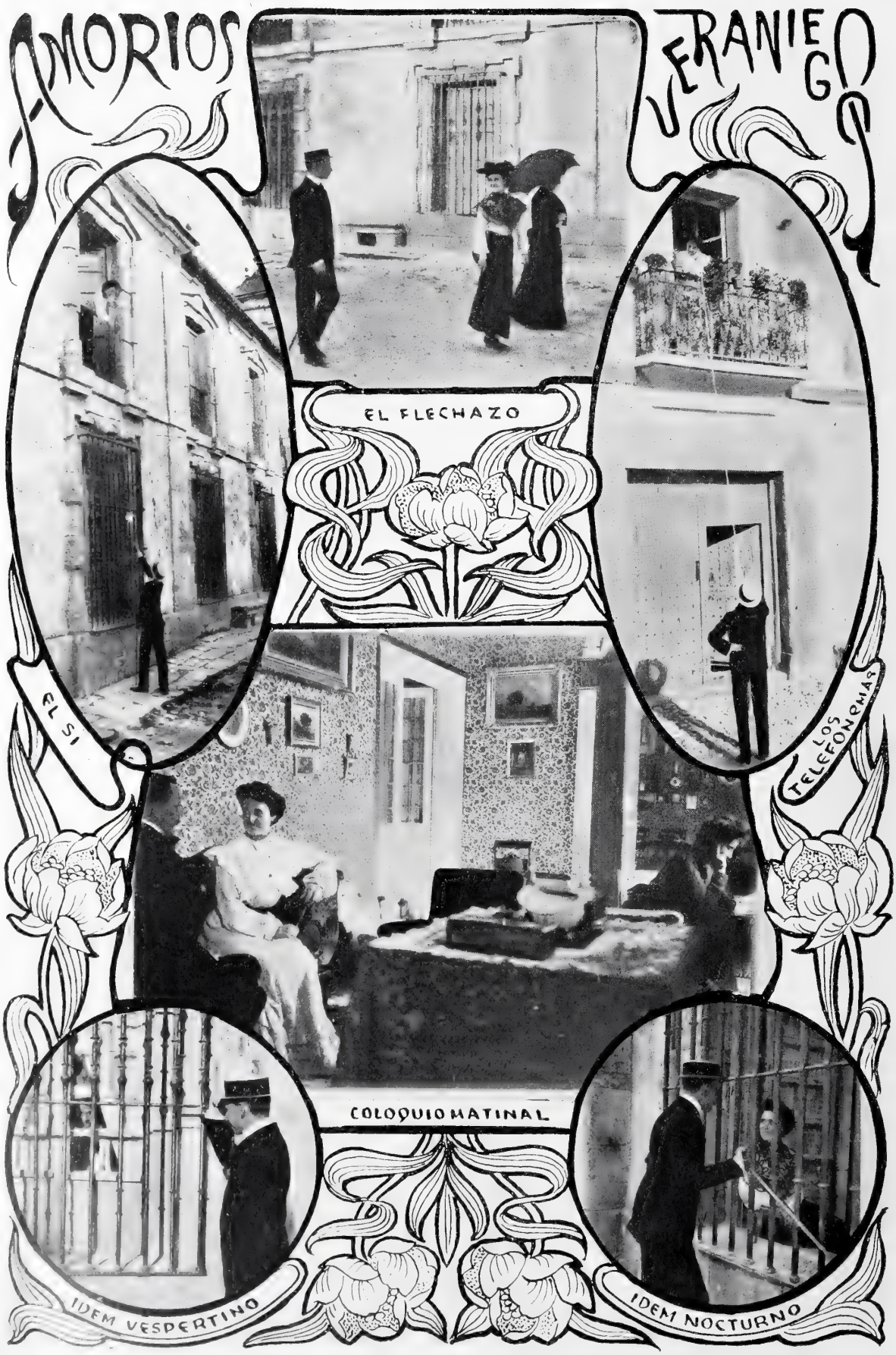
6.—La cárcel. Esta se llena siempre que hay elecciones y no votan por el que yo quiero.
—Muy bien por la sinceridad electoral.

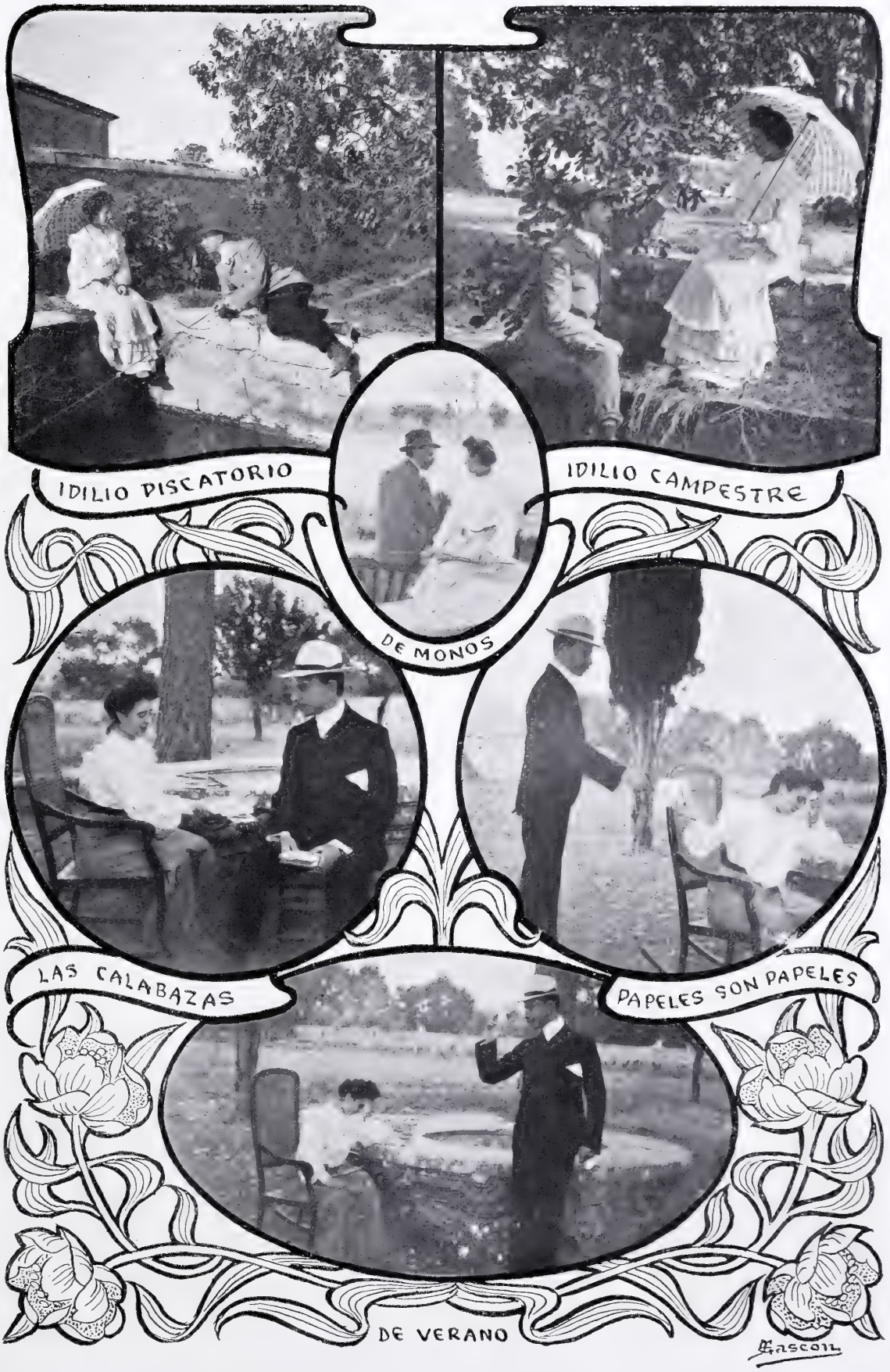
7.—Este es el molino harinero. Tiene la ventaja de que lo mueve un hombre solo con la mar de fuerza.
—¡Valiente animal será!



8.—¿Animal yo? ¡Toma, por deputao!
—¡.....!

¡VIVA CÓRDOBA!
POR EMILIO SALA


AMORIOS VERANIEGOS
EL FLECHAZO
EL SI
LOS TELEFONEMAS
COLOQUIO MATINAL
IDEM VESPERTINO
IDEM NOCTURNO


IDILIO PISCATORIO
IDILIO CAMPESTRE
DE MONOS
LAS CALABAZAS
PAPELES SON PAPELES
DE VERANO
Gascon

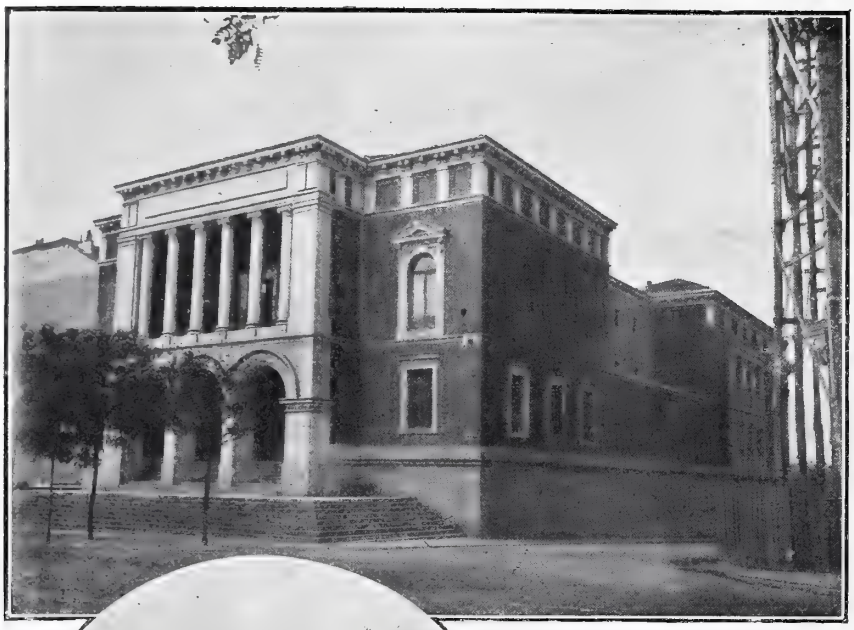
LA HORA MELANCÓLICA,
POR GARCÍA Y RODRIGUEZ

AÑO TRECE Y NUMERO 650 MADRID DIA 17 DE OCTUBRE DE 1903

BLANCO Y NEGRO

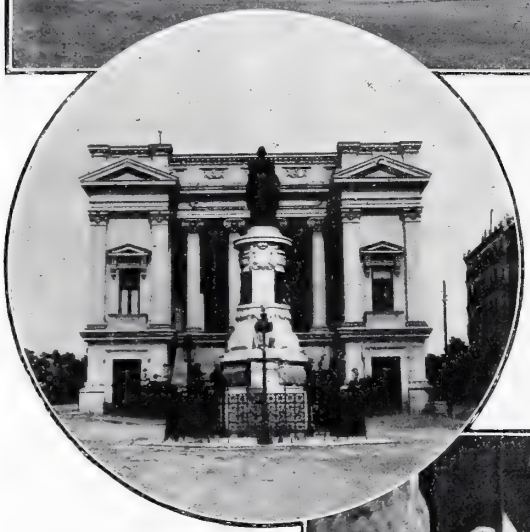
NADIE COMPRA FLORES!
POR NOMBELA

El Museo de Reproducciones



FACHADA ANTERIOR

En el sitio más simpático y agradable de este feísimo y bullicioso Madrid, enfrente del *parterre* del Retiro, delante de la graciosa estatua de María Cristina, que parece una bombonera gigantesca cincelada por maravilloso orfebre, existe un asilo de paz, un dulce y suave remanso donde es grato á veces detenerse y reposar de las prosaicas agitaciones del vivir diario. A él es necesario acudir de cuando en cuando, y á él vamos cuantos conocemos su virtud balsámica y lenitiva, calmante de toda excitación cerebral. Allí descansan los ojos contemplando lo más exquisito y perfecto de la forma humana, y huelga, por consiguiente, el cerebro, considerando los más acabados y enormes esfuerzos á que ha llegado el arte plástico. Allí el hombre entristecido ó amargado por los azares de la vida tiene la seguridad de encontrar rostros y cuerpos amigos, reveladores de almas plácidas y serenas, que desde hace siglos y si



FACHADA POSTERIOR

glos están mirando con olímpica majestad el espectáculo de la vida y provocando en centenares de generaciones humanas los mismos sentimientos. Allí el atormentado por dolores y pesadumbres halla lo que siempre se busca en tales casos, es decir, un sér que los comparta; para ello le salen al paso la desconsolada Niobe y Laocoonte el desesperado. Allí el hombre contento y entusiasta de la vida tropieza con las más altas representaciones de ella en la sala de las Venus, ante el Apolo de Belvedere, frente á la complacida figura del alegre Sileno: séres que, según la observación profundísima de Taine, no sienten ni padecen ni esperan ni desesperan, ni tienen que hacer otra cosa que vivir eternamente en la tranquila posesión de su propia hermosura inmortal. Allí el literato puede contemplar cara á cara á los maes-

EN UNA DE LAS SALAS LATERALES

tros viejos, al flaco Demóstenes, al gordo Cicerón, al nervioso Eurípides, al elegante Menandro, al padre Homero. En el grandioso salón del centro, en cuyo techo pintó Jordán una de aquellas aéreas nubes de figuras humanas que él arrojaba pródigo y descuidado por plafones y paredes, preside é impera sobre todas las figuras la ideal, la bellísima, la arrogante Victoria de Samotracia, que vuela, triunfa y domina como el genio de

SALA DE LAS VENUS

SALÓN DE MIGUEL ANGEL

la forma. Y á la puerta, en el vestíbulo, el padre Nilo, pacientísimo coloso, invita á la juventud á entrar. No lo hace en vano. A las horas de luz, todo el edificio está lleno de alegría. Muchachos y muchachas, en cuyos ojos vivos se ven chispear las lumbres del porvenir, acuden al Museo de Reproducciones á copiar las clásicas estatuas, á recibir bajo las alas de la sagrada Victoria el bautismo del arte.

Por entre la serena é inconmovible majestad de las estatuas inmortales se infiltra y discurre la suave alegría de la mocedad enamorada del arte. Es un espectáculo delicioso la contemplación del esfuerzo paciente, de la tensión de los ánimos juveniles aplicados al estudio de líneas y masas, de los entusiasmos súbitos y de las tempranas desesperaciones.

EN EL GRAN SALÓN CENTRAL

FOTOGRAFÍAS MUÑOZ DE BAENA

MARIPOSAS, POR C. PLA

Contra viento y marea

I

Cuando el señor Paco el Cantarero penetró en el patio, encontróse en él al señor Tobalico el Cantimplora, que en mangas de camisa y casi al aire el robusto pecho, sentado en un gran sillón de brazos, bufaba, sudoroso, á la sombra de una añosísima higuera.

—Vaya un diíta, Tobalico, pa que cacemos cigarrones,—exclamó el recién llegado, quitándose el amplio *cordobés* y limpiándose el sudor con un pañuelo de vistosísimos colores.

—Dímelo á mí—repúsole con voz fatigosa el señor Tobalico;—dímelo á mí, que tengo un grifo en cá poro.

—¿Y qué, qué es eso? ¿no sales hoy?

—Hombre, sí; pero tengo que esperar á que venga mi hija, que ha dío á casa de la costurera, pa no dejar sola á mi probe baldaíta.

—Y á propósito de tu hija: me han dicho...

—No jables de eso—exclamó, interrumpiéndolo, con voz airada el Cantimplora;—no me jables de eso, que esa es una custión que me muerde, y no hay bocao suyo que no se me encone.

Y al decir esto, le centelleaban sombríamente al señor Tobalico los azules ojos.

—Vamos, hombre, no seas asín; ¡pos ni que fuese el Cacaratusa un sacamanteca!

—¡No me fartaba má sino que tú también metieras el cuerpo por ese hombre!

—Yo no meto el cuerpo, ni tan siquiera el canto de una uña por él ni por nadie, porque pa mí lo primero es lo primero, y lo primero eres tú; pero es que á mí me parece que tú estás dequivocao; que has tomao mal camino; que por la tremenda, en custión de quereles, no se va más que á jacer las cosas con pique y con repique, y que, además, el Cacaratusa no se merece que se le niegue, como tú le niegas, el pan y la sal, y jasta un Jesús á un estornudo.

—¡Qué disparate! ¡pos si el Cacaratusa está pidiendo á voces una mitra y un cayao, y una puñalá bien medía!

—Yo no digo eso; ¿pero qué se le pué echar en cara, vamos á ver? ¿Que tié nueve ó diez *chorreles*, y que no tié para alimentarlo más que el canto de dos pesetas? ¿no es asín?

—Te parece poco, ¿verdad?

—Te diré: es que pa mí esos no son defertos. ¿Que no tié *parneses?* Pus con eso no tendrá que dir á que le corten el cupón. ¿Que tié nueve ó diez *churumbeles?* Pos son nueve ó diez certificaos de buena condurta, y nueve ó diez puñao de esperanza pa los fabricantes de biberones ú de harina larteada; ¡eso es!

—Déjate de bromas, Paco; mira que ese gachó es una ruina pa cualisquier mujer, y no me he estao yo mirando veintiocho años en mi Toña pa farturarla en gran velocidá á la estación de la pena y de la de pasar fatigas con un hombre que será tó lo güena presona que tú digas, pero que no pué jacer la felicidá de la que yo mandé venir al mundo pa recreo de mis ojos.

—¿Pero tú no comprendes que cuando el Cacaratusa se arrima es porque ella no le arma en corso el perfil, y que cuando no se lo arma en corso, sabiendo como sabe que eso pa ti es jiel y sarmuera, es porque está embragá der tó por el Cacaratusa, y que cuando una mujer está embragá Dios no le pica el embrague, y que si tiras por la calle de enmedio y calas la bayoneta ellos van á formar el cuadro y no vas á conseguir más que darle dos cuartos al pregonero y darte tú dos sangrías ú tres, ú las que disponga el médico?

—Ya verás tú si consigo ú no consigo acotar mi jaza; ya verás tú cómo á ese hombre lo inutilizo yo más pronto que se dice; ya verás tú cuando yo le dé una puñalá ú él me la dé á mí, como no hay casorio posible; ya verás tú si me salgo yo ú no me salgo con la mía.

Y no pudo proseguir el diálogo de los dos viejos amigos, porque en aquel instante penetró en el patio Toña la Pinturera, confirmando su mote con sus tentadoras gallardías, y luciendo su pelo sedoso y de un rubio pálido, su semblante entrelargo, interesante y algo enflaquecido, sus facciones delicadas, su tez de intensa blancura y sus ojos de verdes matizaciones y de expresión triste y apasionada.

II

Acababa de sonar la última campanada de las nueve, cuando penetró en la calle donde el Cantimplora tenía sentadas sus reales, Juan el Cacaratusa, luciendo sus hechuras, su casi flamante indumentaria y su semblante de tez morena y terrosa, frente despejada y llena de precoces fruncimientos, de facciones regulares, barba obscura, sonrisa abierta y sugestiva, y conjunto, en fin, tan varonil como simpático.

Y llegó Juan á la reja, donde ya le aguardaba impaciente y asustada la Pinturera, y díjole á ésta, deteniéndose ante ella, y echándose hacia atrás el amplísimo *pavero:*

—Que Dios bendiga á la reina de las mujeres y de este probetico desamparao de la fortuna.

—Que nos bendiga á los dos y le quite á mi padre tó sus malillos pensamientos es lo que sá menester,—repúsole Toña mirando al Cacaratusa con apasionada vehemencia.

—¿Qué malillos pensamientos pué tener tu padre, si tan sólo por serlo tié que tener el corazón grande como mis quereles y dulce como tu boquita granate?

—Sí que tié el corazon grande y bueno; pero cuando dice que nones, no hay quien lo apée de su montura; y aluego que las gentes tién víboras por lenguas y alacranes por pensamientos, y parece que les pagan y las condecoran por jablar mal de ti, por decir que eres peor que la cangrena.

—Pos ya se cansarán tós de darme con los espolones; ya se convencerán de que yo soy güeno desde la raíz á la pámpana, y de que te quiero más que á las niñas de mis ojos, y de que robarme tu calor es robarme la vía.

—¿Y quién te va á robar á ti mi calor?—exclamó interrumpiéndole Toña con acento apasionado.—¡Quién te va á quitar á ti el calor mío, si te tengo colgao der corazón, como la Virgen sus milagros; si te quiero tanto, que lo que pa mí en otro sería una hopa, en ti fuera una túnica de terciopelo; si cuando pa matar mis quereles me dicen que eres peor que el cólera mormo me parece que jasta el cólera mormo debe ser güeno y dulce y dirno de que lo quieran?

—Sin duda debe estar Dios ahora mu ocupao, cuando oyéndote no ha venío á darte un beso en la boca,—dijo con acento vibrante nuestro protagonista, al par que con sus manos férreas y atezadas magullaba las blancas y pequeñas y mórbidas de la mujer querida.

—Güeno, Juan, güeno está ya, y vete, vete y déjate de eso, que ya están los vecinos quitándonos tiras de piel, y yo no sé lo que va á pasar cuando mi *vato* se entere, que se enterará, de que tamién hemos platicao esta noche después del jollín que me armó esta tarde antes de largar la vela.

—¡Más esazones!—exclamó sombríamente el Cacaratusa mordiéndose los labios;—ya cá nueva esazón que te dan es una nueva puñalá que me pegan, y ya se me va gastando el seguro, y el día menos pensao te trinco por un festón y te llevo á la sacristía, y entonces veremos á ver quién es el guapo que es capaz de toser fuerte á tu vera.

—No, eso no; eso sería una campaná, y eso sería darle la puntilla á la probe que me echó al mundo, que á la probetica de mi corazón la tengo enferma y se está mirando en mí, y como ella no se pué valer, yo soy sus pies y sus manos y el espejo en que se mira; ¡pos si no fuera por eso!

—Güeno, pos pasencia, que más largo es el tiempo que la fortuna, y por ganarte á ti soy yo capaz de jacer la mar de primores.

—Ya lo sé yo, y por eso te pío que tengas pasencia, y sobre tó, lo que te pío es que si mi padre te busca la boca, que me parece á mí que te la va á buscar, que no toques á rebato; mira que eso sería lo único que pudiera asepararme de ti, mira que esa sería la mortaja de nuestros quereles.

—Que se te quite eso de la cabeza; eso no pué pasar, y un *dí é* no querrá que pase.

—Bueno, vete ya, Juanico; vete ya, por los ojitos de tu cara.

—Pos jasta mañana, lucero.

—Jasta mañana, martirio.

Y alejóse lentamente el Cacaratusa, no sin volver cien veces la cabeza antes de trasponer por la esquina, con el corazón repleto de inquietudes y de cariño.

III

Los parroquianos de Pepe el Pelambre llenaban el patio del hondilón, en animados grupos, disfrutando, bajo el estrellado cielo, de la templada brisa de aquella noche cálida y luminosa.

Entre los varios grupos que en el patio discutían, jugaban al dominó y bebían al par más de lo que el cerebro más privilegiado resiste, destacábase aquél en el cual lucían sus apuestos continentes los pontífices de la valentía, los que por aquel entonces, acaudillados por el Cacaratusa, ejercían la dictadura y hacían temblar y tomar el olivo á todos los pobres de espíritu de los barrios de mi tierra.

—Pos sí, señores—decía el Pimporrio con acento bronco y simpático;—lo sé de mu güena tinta: el señor Cristóbal dice que *nanái*, que naranjas chinas; y esta mañana en casa del Tomatera ha jurao que antes de que se case Juan con su hija, á ella la empareda y á él le da un metío, que no va á recibir ni el santolio tan siquiera.

—Esos son faroles y gárgaras de malvabisco—exclamó con tono desdeñoso Joseíto el Caracola, al par que se alisaba el negrísimo pelo.

—Según y como le pille el cuerpo al señor Cristóbal, que no es el hombre triste cuando se repica á macho,—dijo con acento grave el Mochilero.

—Pos lo que sá menester es que el Cacaratusa no alevante la mano, porque si la alevanta, se le va á desfigurar el perfil al señor Cristóbal y no lo va á conocer ni la familia.

—A ver si sus calláis, que ahí está Juan,—exclamó el Caracola al ver penetrar en el patio al Cacaratusa, el cual llegó junto á ellos con el semblante contraído y la mirada sombría.

—Caballeros, güenas noches,—exclamó éste sentándose en la silla que le ofreciera el Mochilero.

—¿Qué es lo que te pasa?—preguntóle el Pimporrio,—que parece que te han pisao un pie y no te han dicho que dispenses.

—¿Qué quiés que me pase? Que vengo juío, pero juío der tó; que llevo una hora jugando al pilla pilla con un marrajo que se ha emperrao en empitonarme por el lao dizquierdo, y mírenlo ustedes, ya me lo temía, ya tenemos ahí esa malahora.

Y al decir esto, señalábales disimuladamente á sus amigos al señor Cristóbal, que acababa de penetrar en el patio, jadeante y sudoroso.

—También me lo temía yo—exclamó el Mochilero, en los ojos del cual hubiérase podido notar mal reprimida expresión de júbilo;—ya me lo habían dicho á mí; como que anda diciendo que si te va á jacer y que si te va á acontecer, por sembraos y por barbechos.

El Cacaratusa posó una mirada de sombrío reproche sobre el que acababa de hablar, y exclamó después con acento reposado:

—¿Y qué se le va á jacer? ¡Aguantaremos el hipo!

—A ver tú, Quisicosa,—exclamó en aquel momento el señor Cristóbal, sentándose casi junto al grupo de nuestros conocidos y dirigiéndose al mozo de la taberna.

—¿Qué es lo que usted manda?—preguntóle éste acercándose al viejo y sonriéndole, al par que pasaba el paño por la mesa.

—Lo que yo necesito es un cañero, y que á esos señores les sirva lo que pían, y que al Cacaratusa le traigas una copa de marrasquino ú de licor de rosa, ú de otra cualesquier bebía de las que beben las mujerés.—Y al decir esto miraba al Cacaratusa despreciativamente.

Este se puso intensamente pálido; se mordió los labios, y repúsole al viejo con acento tembloroso:

—Muchas gracias; pero esta noche no tomo más que jarabe pa la tos, porque estoy mu delicao der pecho.

—De vergüenza y de cutis y de cosas de hombre es de lo que tú andas mal.

—¿Pero qué es eso, señor Cristóbal?—exclamó incorporándose el Pimporrio.—¿Usté no sabe que lo que no es de macho es fartarle al rispeto á un hombre cuando este hombre tiée grillos en los pies y esposas en dambas manos?

—Déjalo tú—exclamó el Mochilero con voz irónica;—ya se cansará de cacarear y de rizar la pluma, y ya se irá á su casa á sudar el costipao.

—Cá, hombre, cá; yo no me voy esta noche á mi casa jasta cumplir la promesa que le he hecho al santo de mi devoción, de ponerle á ese hombre cinco deos ú diez en la cara.

Y al decir esto incorporóse el viejo y avanzó, trémulo y amenazador, hacia el Cacaratusa, el cual, incorporándose también rápidamente, con el rostro horriblemente contraído, exclamó dirigiéndose á su adversario:

—Otro hombre que me hubiera dicho la mitá de lo que usté me ha dicho, estaría ya pidiéndole á Dios perdón de sus culpas; pero usté, usté sabe que yo á usté no pueo ni siquiera alevantarle la mano, y por eso viene usté tocando clarines; pero yo le perdono á usté y yo le pío que se vaya y que me deje tranquilo; mire usté que pué rompérseme el cordaje, y...

—A ti no se te rompe ná, y tú no mereces más si no que te mojen la cara,—exclamó, interrumpiéndolo violentamente, el señor Cristóbal, al par que cumplía la tremenda amenaza.

.....

Y una hora después narraba el Pimporrio en el hondilón del Contreras el desenlace de la escena que ya conocen los que nos leen, del siguiente modo:

—¡Camará! Caballeros, cuando el señor Cristóbal le humedeció de tan mala manera el cutis al Cacaratusa, pegó éste un brinco, como si fuera á tirarle un mordisco á la estrella polar, y el viejo metió mano á una cachicuerna, que era la luna en creciente, y se fué pa Juanico con las de Caín; pero Juan dió un recorte, que me río yo de los del Guerra, y trincó al viejo y le quitó el estilete, y de un zamarreón le puso panza arriba, y asín que lo puso panza arriba lo alevantó y le degolvió la cachicuerna, y le dijo con cara de muerto que se fuera, que ya tenía él bastante con la vergüenza de que un hombre le hubiera mojao la que nos miramos en el espejo.

—Y el señor Cristóbal ¿qué dijo?—preguntóle al Pimporrio el Niño de la Cancela.

—¿Que qué dijo? Pos el hombre platicó como un libro; se metió la navaja en la faltriquera; se queó mirando aturrullao al Cacaratusa, y endispués le dijo que ná de lo que jace un padre con un hijo ofende, y que tó se podía arreglar, que él daba su premiso pa que se casara con su Toñita; y ná, caballeros, que se dieron dambos las manos, y que dentro de ná se casarán Toña y el Cacaratusa; y la verdad es que si no fué chico el desgarrón, no va á ser malo el surcío.

Y terminada su narración, escupió por un colmillo el Pimporrio, y alzando la copa, tras mirar al trasluz el contenido, apuróla de un sorbo, dió media vuelta y alejóse, contoneándose gallardamente, al par que se limpiaba el bigote con el dorso de la encallecida mano.

ARTURO REYES

DERECHOS DE MENDEZ REINGA

ACTUALIDAD EXTRANJERA

LOS DUQUES DE UZÉS Y EL DIBUJANTE SEM EN EL GLOBO «L'AERO-CLUB II» Fot. Chusseau Flaviens

D. JAIME DE BORBÓN Y LA ARCHIDUQUESA MARGARITA
Fot Gribayedoff

Las expediciones aerostáticas están á la orden del día: pero ya no se limitan á un simple paseíto ó excursión aérea verificada por mero deporte y recreo, sino que ha comenzado la era de las excursiones largas y rápidas, para las cuales no se utilizan todavía los *dirigibles* conocidos, aun cuando parezca mentira, sino los antiguos globos esféricos.

Tal ha sucedido en las ascensiones celebradas últimamente por el *Aero Club* de París, y en las que han tomado parte S. A. el Archiduque Leopoldo Salvador de Austria, D. Jaime de Borbón, hijo del Pretendiente, la duquesa de Uzés, el popularísimo caricaturista Sem y otras notables personalidades. La heroína del día fué la Archiduquesa Margarita de Austria, que es la aeronauta más joven de Europa. Un globo de esos fué á parar en La Haya, otro tomó tierra en territorio prusiano, y todos ellos llegarán el día menos pensado tan lejos, que no se les vuelva á ver.

EL EMPERADOR DE AUSTRIA Y EL ZAR SALIENDO PARA LA CACERÍA DE MURZSTEY
Fot. Gribayedoff

El zar y el emperador Francisco José, entretanto, se dedicaban á emprender una gran cacería en Murzstey. Dícese que entre ojeo y ojeo trataron de la cuestión macedonia: pero nos parece que esa pieza, si en efecto la apuntaron, tardarán no poco en cobrarla.

* * *

CONCURSO VII

SATISFECHO BLANCO Y NEGRO con el halagüeño resultado de sus anteriores concursos, se propone convocar uno en que los artistas demuestren á más de su talento pictórico, las dotes especiales que posean para la interpretación del pensamiento literario; es decir, un certamen en que se revelen como ilustradores los artistas poco conocidos en este género y confirmen y acrecienten su fama los que ya la posean en tal concepto.

Las especiales condiciones en que se verificará este Certamen y el riguroso anónimo que en él podrán guardar los concurrentes, nos permiten esperar que acudirán á él no sólo los pintores noveles, sino también los muy acreditados y famosos, para contribuir de esta manera, con su maestría y con su ejemplo, á la feliz realización de un propósito en el cual no nos mueve fin alguno interesado, sino una pura intención educativa.

BASES

1.ª Se abre un Concurso **de planas en color** para su publicación en BLANCO Y NEGRO. En cada plana deberá desarrollarse pictóricamente el asunto de una copla popular ó de un cantar del mismo carácter serio ó festivo, compuesto por un literato conocido.

2.ª El procedimiento pictórico empleado podrá ser el óleo, la acuarela, el pastel ó cualquier otro de los usuales, á todo color.

3.ª Con objeto de dar unidad á la Exposición y simplificar la apreciación y juicio de los trabajos, deberán éstos tener necesariamente el tamaño de **45 centímetros de altura por 30 centímetros de ancho.** Estas dimensiones se entienden para la superficie pintada. El trabajo total, con márgenes en blanco, no pasará de **65 centímetros de altura por 50 de ancho.**

4.ª Los dibujos deberán ser entregados en nuestras oficinas, Serrano, 55, hasta el día 1.º de Diciembre de 1903, á las doce de la noche.

5.ª Cada trabajo irá acompañado de un lema y de la letra del cantar á que se refiera. En sobre cerrado y con un lema igual se incluirá una tarjeta ó papel con el nombre y domicilio del autor.

6.ª Un Jurado, compuesto del Director y dos redactores de BLANCO Y NEGRO, designará las obras que merezcan ser admitidas.

7.ª Para juzgar las obras admitidas, conceder el premio y recomendar las que merezcan ser adquiridas para su reproducción en BLANCO Y NEGRO, se reunirá un Jurado calificador compuesto por personas de reconocida competencia en asuntos pictóricos.

8.ª Se otorgará un premio de **mil pesetas** á la obra que lo merezca á juicio del Jurado calificador. Las obras recomendadas serán adquiridas por BLANCO Y NEGRO, previo acuerdo con los autores de ellas.

9.ª Las obras admitidas por el Jurado serán expuestas en el local de BLANCO Y NEGRO, si el número é importancia de ellas lo hicieran necesario.

10.ª El fallo del Jurado se publicará después de cerrada la Exposición. Inmediatamente el autor premiado podrá recoger el importe de su premio. Los demás autores recogerán sus obras sólo con presentar el correspondiente recibo.

11.ª La propiedad y el derecho de reproducción de las obras premiadas y adquiridas, quedarán á favor de la empresa de BLANCO Y NEGRO.

12.ª BLANCO Y NEGRO propondrá á los autores de las obras recomendadas por el Jurado calificador las condiciones para su adquisición, las cuales serán aceptadas ó no por sus autores, según su conveniencia.

Madrid 17 de Octubre de 1903.

EL DIRECTOR,
TORCUATO LUCA DE TENA

LA SEMANA PASADA

LA FERIA DE ZAFRA. VISTA GENERAL

Fot. J. Barrera Gómez

PROSEGUIREMOS la serie de ferias españolas de que hemos publicado fotografías en estos meses reproduciendo la vista de la magnífica y concurridísima feria de Zafra, célebre entre todas las extremeñas. Decíamos en una de nuestras anteriores croniquillas que el cerdo serio y auténtico se encuentra principalmente en el famoso ferial de Talavera de la Reina, y esta arriesgada afirmación que hicimos nos ha valido una protesta de varios amigos extremeños, quienes aseveran con argumentos verdaderamente sólidos y hasta demostenianos que ningún cochino conocido ofrece tan importantes garantías de seriedad y buena pasta como los que, bien contra su voluntad, suelen hallarse en el *teso* de Zafra.

Dejemos, pues, tan trascendental problema en pie, y digamos, como el poeta:

ai posteri l'ardua sentenza.

SITIO DONDE SE REUNE EL «TRIBUNAL DE LAS AGUAS» EN VALENCIA

EL TRIBUNAL OYENDO LAS RECLAMACIONES DE LOS REGANTES

Fots. E. López Fernández

EN la bella Valencia se ha reunido días pasados uno de los Tribunales más antiguos y respetables de España: institución admirable establecida por la tradición, conservada con todo su genuíno y primitivo carácter al través de los siglos y respetada por cuantos conocen la exquisita prudencia y discreción con que aquellos humildes aldeanos han sabido siempre administrar los complicados intereses que se les confían.

El insigne Blasco Ibáñez en una de sus más hermosas novelas ha descrito de mano maestra las sesiones y el curioso procedimiento seguido por el Tribunal, en cuyas decisiones es fama que resplandecen la justicia y la equidad. La existencia del *Tribunal de las aguas* es una prueba evidente del error funestísimo que padecen los políticos cuando creen que la intervención del Estado en todos los asuntos

EXPOSICIÓN DE LA ESCUELA DE ARTES É INDUSTRIAS DE GRANADA
Fot. I. Lorenzo Medina

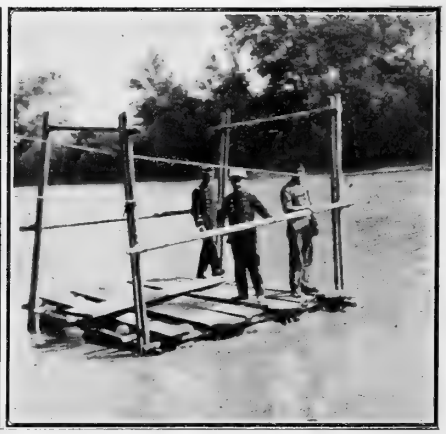
administrativos y locales resulta necesaria é insustituíble. Es el nuestro un pueblo de buena fe, de acrisolada honradez, y profundísima razón tenía el señor Silvela cuando dijo:—Lo malo aquí no es *los* que hay que gobernar, sino *con* los que hay que gobernar.

UNA de las más acertadas y provechosas creaciones del ministerio de Instrucción pública han sido, sin duda, las Escuelas de Artes é Industrias, que están dando excelentes resultados. Córdoba, Toledo, Granada, nuestras viejas ciudades artísticas renuevan, merced á las enseñanzas en dichas Escuelas establecidas, su gloriosa tradición artística y ofrecen para el porvenir continuar su historia de la mejor manera posible.

Granada ha celebrado recientemente una brillante exposición de trabajos realizados en su Escuela de Artes é Industrias: de ella nos remiten una *elocuente* fotografía que con sumo gusto reproducimos, felicitando por su aplicación y acierto á profesores y alumnos. Muchos y muy notables trabajos figuran en dicha Exposición, sobresaliendo entre ellos una magnífica lámpara de hierro forjado, obra de la sección de Metalistería; preciosos trabajos de cerámica, y entre ellos azulejos que compiten con los antiguos *alicens* de la Alhambra; tejidos primorosos, y una excelente colección de dibujos presentados por las secciones de Dibujo artístico y Composición decorativa.

TODO esto prueba que aunque de lejos y á paso lento, seguimos la marcha europea con la mejor voluntad, con tanta voluntad como falta de recursos adecuados para la deseada y esperada europeización.

Otra muestra de ello son las maniobras militares verificadas en Andalucía.



MANIOBRAS MILITARES EN ÉCIJA: PUENTE FLOTANTE CONSTRUÍDO POR LOS INGENIEROS.—BALSA DE TONELES
Fots. J. Díaz Custodio

En ellas, y dentro de la escasez de recursos que para la organización de estas manifestaciones militares puede requerirse, ha dado una vez más nuestro ejército señales de grandísimos adelantos.

Muchas fotografías hemos recibido hechas en el campo de maniobras, y sentimos vivamente no poder publicarlas todas. Sólo reproducimos las referentes á los trabajos de los Ingenieros.

DON RUPERTO

UN BESO Y UN CLAVEL

MADRIGAL

TE VI UN CLAVEL EN LA BOCA
Y APENAS LO DIVISÉ;
¡QUE PARECÍAN TUS LABIOS
HOJAS DEL MISMO CLAVEL!
ME HABLABAS ENTRE SUSPIROS
Y LO EMPEZASTE Á MORDER...
«Y TUVE ENVIDIA AL MIRARLO
Y QUISE ESTAR COMO ÉL».

ENTRE SUSPIROS ME HABLABAS
CUANDO TU MANO APRETÉ,
Y Á FLOR DE LABIO TE TUVE
Y FUÉ TU ESCUDO EL CLAVEL.
SOBRE EL PECHO LO PUSISTE,
EN EL ALTAR LO MIRÉ...
«Y TUVE ENVIDIA AL MIRARLO
Y QUISE ESTAR COMO ÉL».

ME HABLABAS ENTRE SOLLOZOS,
MUY ENCARNADA LA TEZ,
CUANDO CON MANO LIGERA
TIRASTE AL SUELO EL CLAVEL.
VI QUE LO PISOTEABAS,
EN EL HOYO LO MIRÉ...
«¡Y TUVE ENVIDIA DE VERLO
Y QUISE ESTAR COMO ÉL!»

CRISTÓBAL DE CASTRO

DIBUJO DE ALBERTI

Madre Naturaleza

En el verano, la vida pertenece á la Naturaleza. El hombre la busca como apelación contra sus mismos rigores, y para defenderse de ella no halla nada mejor que irse á ella. Los renegados, los ingratos, los que por el vicio de la aglomeración dejan los campos, las aldeas y los poblados rústicos para vivir estrechamente en ciudades populosas, reciben en su propia culpa la penitencia. La Naturaleza los castiga con la suspensión de sus beneficios; les abrasa encerrándolos con el calor, y les ahoga privándoles del aire de los montes y de las aguas de los mares, consuelo y solaz que la Naturaleza guarda para los hijos que no la abandonan. Pero la buena madre perdona la ingratitud, y en cuanto presiente que con el verano vendrán los hijos emigrados, se alegra y se prepara, y desde el gran árbol fa tuoso hasta el arbusto humilde, se visten con sus pompas para recibir dignamente al rey y señor de lo creado.

¡Con cuánto amor y mimo le acoge y agasaja! Previénele anchos toldos, verdes como pabellones muslímicos, para guardarle del sol cuando le ofenda. El viento que le bate en invierno le refresca en estío. Las aguas frías, temidas antes, son ahora baño de placer.

El hombre, esto es, el hombre que puede, se acerca á la Naturaleza, y al igual de las hormigas que salen de sus viviendas subterráneas para hacer su provisión de invierno, el hormiguero humano sale de sus ciudades cerradas para hacer su provisión de salud y fuerza que ha de gastar en el gran hervidero de la ciudad.

El cortesano y el campesino, el que consume y el que produce, se juntan pasajeramente en la casa de la madre común; uno como huésped convidado; otro como amo, y eso que es el pobre, el colono; pero cada cual es rey en su casa. La Naturaleza, inmutable, igualitaria y sapientísima, tiene sólo un trato para todos; no admite naciones favorecidas ni reconoce privilegios de exención. Trata lo mismo al cortesano que al campesino, al poderoso que al necesitado, al plebeyo que al aristócrata. Repárteles por igual los beneficios y por igual las incomodidades. El sol les caldea á la misma hora, y la brisa les refresca en el mismo lugar. Si la flor del campo perfuma á los dos, á los dos pincha la zarza del sendero. Para los dos canta el pajarillo, y á los dos zumba y pica el cínife. El bosque sombrea á los dos, y sobre los dos cae la hoja seca. Para los dos sube el agua saludable del manantial, y encima de los dos desciende el agua de la nube.

Pero si la Naturaleza es justa y equitativa en el reparto de sus dones y sus cargas, la educación y la costumbre, corrompiéndola y alterándola, reparten desigualmente las aptitudes y fuerzas para gozar de los dones y sufrir las cargas naturales.

Ved, por ejemplo, aquella parejita de niños cuidados con esmero, como plantas en estufa. Demasiado vestidos, tanto por la mucha elegancia como por el mucho abrigo, ocultas las cabecitas bajo amplios sombreros, y protegidos los pies por zapatos de goma, juegan y saltan en la playa, en la inevitable compañía y bajo la inspección de la institutriz inglesa, alta y rubia, y hasta áspera como una caña seca.

¡Y cómo gozan aquellos menesterosos de Naturaleza con la mediana libertad que les permite la vigilante institutriz! ¡Cómo les maravilla todo aquel espectáculo nuevo para ellos: el tumbo de la ola, la concha pegada á la roca, la madeja de algas!

Ved ahora aquellos dos pilluelos de playa. Corretean solos, sin cuidados propios ni ajenos, medio desnudos y descalzos, las cabezas al sol y los pies en la humedad. No gozan con aquel espectáculo, porque tienen abono diario á él; no les asusta la ola que viene, porque todas las mañanas las aguantan mar adentro, en la lancha pescadora de sus padres; no les entretienen los pececillos, porque para ellos son objeto de lucro y no de recreo.

Pero un día de descuido, los niños cortesanos toman un baño de sol ó una mojadura, ó los sorprende una nortada, y les sobreviene la enfermedad, tal vez la muerte, mientras los chicuelos de enfrente, plantas de campo, se curten con el viento, se coloran con el sol, se lavan con la lluvia y se fortalecen con la desnudez.

Ved ahora otra pareja. Ella, una muchacha de veinte años, desmedrada, paliducha y lacia, sin alegrías

juveniles en el espíritu ni sangre roja en el cuerpo. El tráfago continuo del gran mundo ha fatigado sus fuerzas y sacudido sus nervios; padece el mal de la vida de aglomeración, la neurastenia. El disfrute vertiginoso de placeres y sensaciones ha atrofiado ya su sensibilidad, consumiendo rápidamente el tesoro que cada espíritu posee y debe ir gastando con graduación y medida. Sufre la enfermedad moral del día: la consunción del alma: postraciones de la voluntad, desesperanzas y cansancio, cansancio doblemente peligroso cuando apenas se ha empezado la jornada. El es un mozo robusto de cuerpo y fuerte de músculos, porque los ha educado en los deportes y gimnasias de la moda, que provee á lo físico cuanto desprovee á lo intelectual. Es un hombre de veinticinco años, con un alma de viejo calculador. Alma comida por el corrosivo del siglo, el interés, no siente con verdadera pasión otro amor sino el de la dote matrimonial.

Ambos se aman todo lo que pueden amarse; él ve en ella una distinguidísima estatuilla que decorará encantadoramente su salón y su palco del teatro; ella ve en él al futuro vencedor del campeonato de automóviles ó bicicletas. ¡Una gloria casi napoleónica!

Pero no profundizan más en el amor: no explotan los hondos veneros ocultos más allá de esa superficie sin substancia. Para ellos no es nada aquella Naturaleza tan amiga y á veces tan cómplice de los amores y de los enamorados. No buscan la íntima estrechura de los senderos, porque... la bicicleta no cabe por ellos. No elevan sus almas en la grandiosa soledad de la montaña por no descomponerse en la ascensión. No se miran reflejadas sus ansiosas pupilas en los espejos de la laguna, porque en ella hay mosquitos que estropean el cutis.

Ved por otra parte á esos dos zagalones montaraces, fuertes, ágiles, frescos, coloradotes, henchidos de sangre y de alegría.

¡Cómo gozan, cómo ríen viéndose á solas en el pico de la montaña, en lo sombrío del bosque ó en la revuelta del sendero, dueños absolutos del espacio; señores de la soledad y árbitros de sus corazones! Son el macho y la hembra que se buscan por la instintiva atracción. La Naturaleza, su hermana, les ofrece secretos negados á los extraños, placeres no entendidos por los que están lejos de ella. No beben el amor en el refinamiento de vasos artificiales; lo beben con la viveza y frescura del agua tomada en la boca del nacimiento. Ved, por último, esotra pareja, dos viejos que han consumido sus años en el gran mundo. Piden al balneario alivio para sus dolores y medicina para sus achaques, se aproximan á la Naturaleza demandándole á última hora lo que menospreciaron en las horas largas de la vida. La tierra les da los salutíferos licores de su seno, como la madre amorosa da sus pechos al hijo hambriento.

Estirados, compuestos y reteñidos, los viejos cortesanos parecen mejor que los dos viejos campesinos de enfrente, los cuales, azotados por el viento, arrugadas las manos por el trabajo, descuidados de la limpieza y fáltos de atavíos en sus personas, aparentan más edad de la que tienen. En cambio sus músculos están fuertes, sus vísceras sanas, sus miembros ágiles, vivas sus fuerzas morales, casi intactos sus sentimientos y enteras las alegrías del alma.

La vida campestre corre más afuera que la urbana: corre á flor de la piel, desluce y avejenta lo exterior y conserva más lo interior; de nuestros cuatro ancianos, los unos llevan la vejez dentro, los otros fuera.

Y después, cuando llega el otoño y el campo se desnuda su verde ropa como despidiendo á los huéspedes veraniegos, volverán á sus ciudades las parejas de niños, de jóvenes y de viejos, tostados del sol y nutridos de oxígeno, con resistencia para el combate destructor de la vida urbana, salud y energías prestadas que son como las provisiones que la buena madre Naturaleza entrega para el viaje á los hijos que se separan de ella.

Y entretanto, los chicuelos de la playa, los mozos del valle y los viejos del caserío seguirán con sus fuerzas perennes y sus alegrías continuas. Porque alguna ventaja en el cariño y alguna mejora en los dones han de lograr los hijos cariñosos que permanecen invierno y verano, día y noche, al lado de la madre. Y algún castigo han de padecer los descastados que se desnaturan para irse tras el artificio de la sociedad, madre postiza del hombre.

EUGENIO SELLÉS

VENGANZA FEMENINA, Ó LOS FALDONES CORTADOS

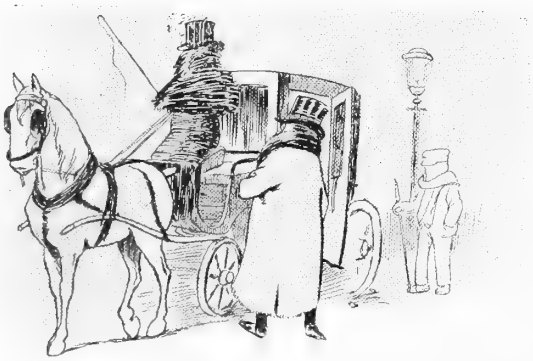
HISTORIETA SIN PALABRAS, POR V. TUR

1

2

3

4



5

6

7

8

LA PRIMERA LECCIÓN

DIÁLOGO DE NIÑOS QUE PUEDE SER LEÍDO POR LOS GRANDES

PERSONAJES

Quiquín (Enrique), cuatro años.—Loló (Dolores), catorce meses.—La mamá, treinta años.

ESCENA PRIMERA.—QUIQUÍN, LOLÓ.

QUIQUÍN.—Mira, Loló, qué *pepa* (muñeca) más bonita. Mira qué rizos tiene, más negros que los de la tía Fifina cuando se marcha la peinadora; mira qué bata tan elegante. ¿Eh, Loló...? Y luego, que esta *pepa* sabe mucho más que tú, porque dice papá y mamá. *(Apretando el epigastrio á la muñeca.) ¡Pa-pá! ¡ma-má!* ¿Lo ves? ¿No te da vergüenza ser más tonta que la muñeca? Y además, que yo me aburro mucho á tu lado; como no hablas ni sabes más que meterte los puños por la cara, ¿qué voy á hacer contigo?

LOLÓ *(riendo estúpidamente).*—¡Hi, hi, hi!

QUIQUÍN *(remedándola).*—¡Hi, hi, hi! ¡Vaya una gracia! ¿Quieres tú la muñeca para ti?

Loló, que comprende perfectamente lo que le dicen, pero se obstina en emplear todos los lenguajes menos el corriente y usual entre personas regulares, hace señas de que sí quiere la muñeca, y aun diez muñecas, si se las ofreciesen.

QUIQUÍN.—¡Ah, tunanta! Conque ¿sí la quieres para ti? Pues rabia, que para ti no es. A una *pepa* como ésta hay que hablarla, entretenerla, cantarla, mecerla, dormirla. ¿Y tú qué sabes de eso? ¡Pobrecita *pepa!* En cuanto te la dejase, perdería el habla, se pondría muda y tonta como tú... *(Humanizándose un poco.)* Vamos, escucha, Loló: entre yo y la muñeca, vamos á enseñarte á decir *papá* y *mamá*. Fíjate bien. *(Obligando á la muñeca á que hable con la boca del estómago.) ¡Pa-pá! ¡ma-má!...*

LOLÓ *(haciendo un gran esfuerzo para imitar el gañido de la muñeca).—Gñí, gñí, gñí.*

QUIQUÍN *(indignado, como todos los profesores torpes cuando el alumno no sabe comprender lo que ellos no supieron explicar).*—¡Cállate, Loló! ¡Jesús, hija, qué torpe; pero qué torpona eres! ¡Casi que me dan ganas de estrujarte la tripita á ver si te hago hablar como á la *pepa!*

LOLÓ *(que se está calando las intenciones de su hermano y maestro, se pone los puños ante la cara, como si fuera á boxear, y aprieta más firme en sus gritos imitativos.)—Gñí, gñí, gñí...*

QUIQUÍN *(asombrado).*—Pero ¿qué tiene esta criatura? ¡Si parece un cerdito chico! *(Gritando.)* ¡Mamá, mamá!

ESCENA II.—DICHOS Y LA MAMÁ.

MAMÁ.—¿Qué gritos son éstos? *(A Quiquín.)* ¡Siempre estarías atormentando á la pobrecita Loló!

QUIQUÍN.—No, mamá; estaba dándole la primera lección...

MAMÁ.—Es lo mismo: el primer tormento. *(A Loló, cogiéndola en brazos.)* ¿Qué te pasa á ti, sol mío? ¿Qué te hacen?

LOLÓ *(acariciando y baboseando á su madre.)—¡Gñí, gñí!*

QUIQUÍN.—¿Lo ves? Ya se sabe la lección.

MAMÁ.—¿Qué lección? ¿Pues qué dice?

QUIQUÍN.—Dice *ma-má, ma-má...* y bien clarito; lo mismo que la muñeca.

MAMÁ.—¡Qué va á decir, tonto! ¡Si eso más bien parece el graznar de un patito! *(Quiquín se siente herido en su decoro profesional, y se pone como un tomate.)* Vaya, así son muchos de los que se meten á maestros: con tal que los chicos repitan lo que ellos dicen, ¡aunque graznen...!

W. & B.

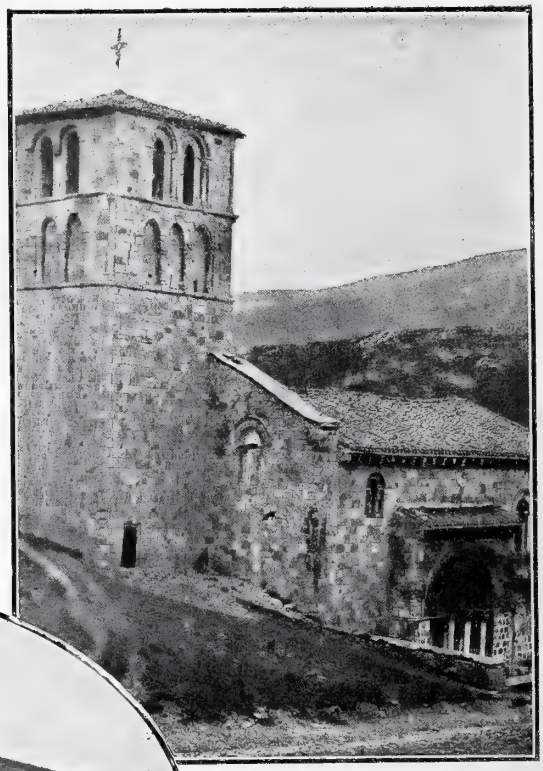
DIBUJO DE C. VÁZQUEZ

LA COLEGIATA DE CERVATOS

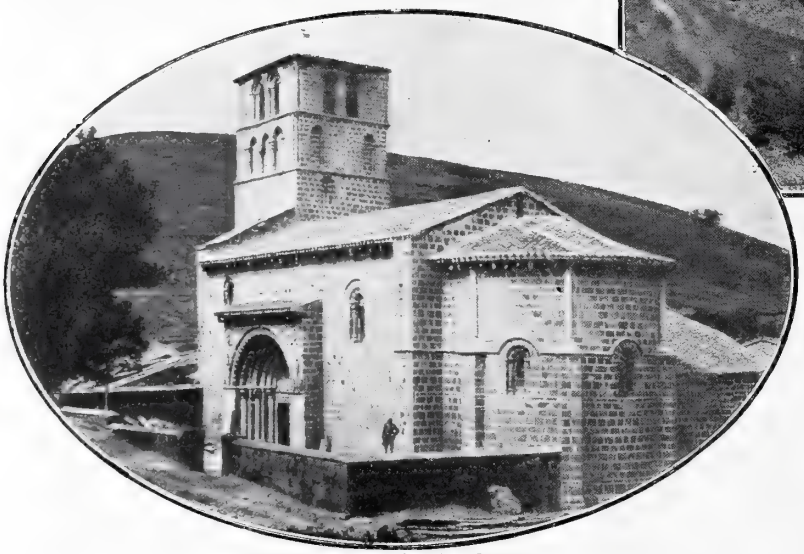
Los viajeros que van á Santander y que fatigados de la aridez de Castilla reposan sus ojos en los primeros valles risueños de Cantabria, apenas tienen tiempo de advertir entre las estaciones de Pozazal y Reinosa, y en medio de espeso monte, un pintoresco y fiero pueblecillo, cuyas casas trepan zancajeando unas sobre otras, dominadas por gallardo y elegante edificio que parece sentado en el recuesto de un pelado cerro, incorporando la cabeza, que es la torre, para mirar con desdén á las casas y á los prados, al carcomido puentecillo y al riachuelo, como miraría un guerrero ó un abad de la Edad Media á la turbamulta de gañanes y pastores.

Si en algún apartado rincón de España puede el viajero sentir la impresión completa de que se ha sumergido por arte de encantamento en lo más hondo y obscuro de la Edad Media, ese sitio es el pueblecillo de Cervatos. Al acercaros á él, por un lado veréis el bosque prieto, los árboles *que no han cambiado;* por otro, una gaya y verde pradería, donde pastan en bucólica mezcla toros y borregos, yeguas y mulas, *jatos* y vacas; tampoco esto ha cambiado. Preguntáis á una zagalilla por dónde habéis de subir hasta la Colegiata, y hablándoos con la deliciosa agridulzura de las serranillas de Santillana ó de las vaqueras del Arcipreste de Hita, os indica la conveniencia de trepar casi á gatas por una costanilla «que sube allá entre aquellas lastritas», y os lo dice ablandando las *elles* y arrastrando con no sé qué tonillo melódico y musical lo finales de las frases. En medio de la cuesta hay una fuentecita de clara y fresca linfa. Otra mozuela dulce os ofrece agua en su cántaro con palabras y modos como los de Rebeca. Al acercaros á la Colegiata, os asalta una turba de treinta y tantos chiquillos con las greñas rubias ó morenas, todas enmarañadas; os miran abriendo unos ojos como platos y unas bocas como soperas, y con amabilidad ejemplar os conducen á casa del señor cura; allí hay un perro medioeval que amenaza despedazaros; por fortuna, sale una afable y simpática señora anciana, la madre del párroco; os da las llaves para visitar la iglesia, os sonríe, os ofrece un cuenco de leche, roscos de boda iguales á los que se hacían en tiempo de D. Fruela I. Ya llegáis á la Colegiata venerable...

Es sencillamente una maravilla; pocos edificios hemos visto de tan armoniosas proporciones, de tan agradable conjunto ni de tan extraña y rabele-

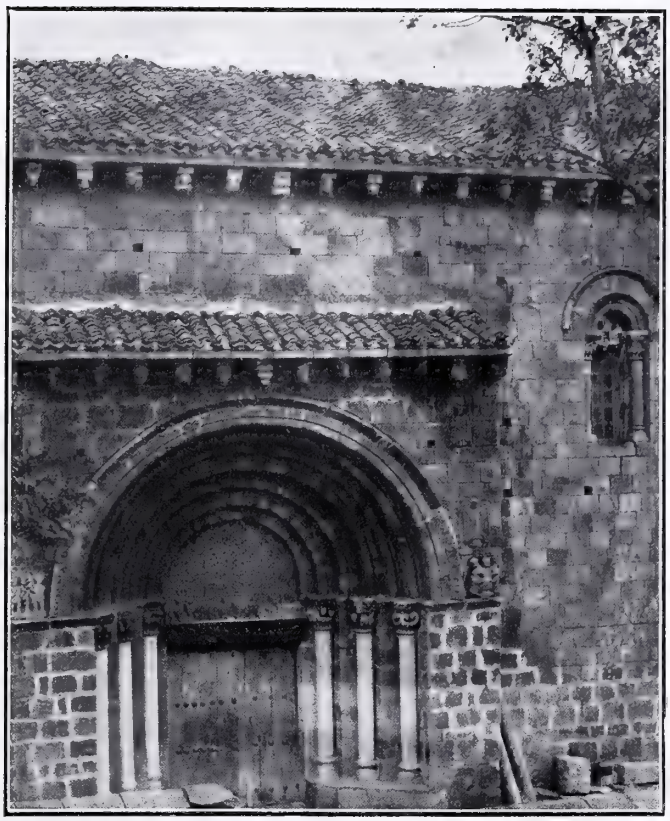


TORRE DE LA COLEGIATA



VISTA GENERAL DE LA COLEGIATA

CAPITELES LATINOBIZANTINOS DEL ÁBSIDE



PORTADA DE LA COLEGIATA

siana ornamentación; ninguno mejor conservado, gracias á una restauración reciente é inteligentísima llevada á cabo por el ilustre arquitecto señor Aníbal Alvarez. Exteriormente, la Colegiata de Cervatos es el tipo acabado y perfecto del templo latinobizantino, y ofrece, respecto de todos sus similares (más frecuentes de lo que se cree en España y menos estudiados de lo que se merecen) la notable diferencia apuntada: lo rarísimo y extraordinario de los adornos escultóricos del ábside, de todos los canecillos, zapatas y salientes del cornisamento que sostiene el tejado y del tejaroz que resguarda la magnífica portada. Hay que reirse de las publicaciones más *sicalípticas* y escandalosas del siglo XX, si se las compara con los relieves exteriores de la Colegiata de Cervatos. Bien clara se ve la piadosa intención que al arquitecto, monje quizás, movió, de presentar al aire libre y al desnudo el horrendo espectáculo del pecado mundanal, y por cierto que, ya por la torpeza propia de aquellas edades, ya por deliberada intención del artista, tienen esos relieves una fuerza caricaturesca y satírica tales y tan misteriosas, que se las tomaría por *Caprichos* de Goya modelados en piedra de asperón.

El interior del templo, no fijándose en la crucería de la nave, que es de estilo ojival y muy posterior á la época de la Colegiata, causa en el ánimo una impresión de recogimiento y regresión á las más remotas edades. El ábside, formado por delicadas arquerías, en cuyos capiteles y ábacos hay preciosos bajorrelieves, y sobre las cuales se alza una airosa bóveda semiesférica, sujeta y reforzada por grandioso arco toral de medio punto; la mesa de altar, restaurada con gran acierto; las negras losas del pavimento, sobre las que se ven dos docenas de candeleros con velitas amarillas y verdes, todo ello iluminado por una luz suave y cernida, sumerge en un mundo de ensueño al espíritu más agarbanzado y prosaico.

A un lado de la puerta hay dos inscripciones: una reza que la Colegiata se hizo en 1200; otra, que en 1165 ó quizás antes. Por consiguiente, no es fácil fijar la fecha de la construcción del edificio, pero nos parece muy aventurado fiarse de ninguno de los dos epígrafes; y quien conozca á fondo el desarrollo del arte latinobizantino en la Edad Media, no creemos que con fundamento pueda hacer retroceder dicha fecha más allá de los últimos años del siglo XI ni avanzar más acá de la segunda mitad del XII.

N.

FOTOGRAFÍAS DE J. G. DE LA PUENTE

ÁBSIDE Y ALTAR MAYOR

UN RINCÓN DE TRIANA,
POR GARCÍA Y RODRÍGUEZ

AÑO TRECE Y NUMERO 651 MADRID DIA 24 DE OCTUBRE DE 1903

BLANCO Y NEGRO

PAISAJE DE OTOÑO

Los árboles secos de otoño
reflejan su copa en el lago,
que copia sus troncos desnudos,
el triste negror de sus brazos.
Por cima del mudo paisaje
se siente á la muerte marchando
muy quedo,
con pasos
que apenas si rozan la tierra,
que no dejan huella ni rastro.
Vejez es la muerte
del cuerpo cansado:
la muerte del alma
cruel desengaño:
desengaño y vejez, el invierno,
la muerte del árbol.
. . . . . .
El alma está muerta,
el cuerpo enterrado.
¿Renacen?
¿Sabémoslo acaso?
Mas sí resucita la savia
oculta en las venas del álamo;
le viste de hojas
que cantan en Mayo
y en Julio sestean,
y en Noviembre se secan, chascando,
y el viento en volandas
las lleva ó las echa en el charco.
¡Felices los árboles secos de otoño
que miran su copa en el lago!
La muerte, al cruzar junto á ellos
con pasos
medrosos
y tácitos,
los deja dormidos tan sólo,
los deja tan sólo amagados.
Mas ¿quién al pasar el invierno del alma
podrá quedar sano?
¿Quién desde su otoño
volvió nunca al Mayo?
En círculo viven los árboles,
su vida es un coto cerrado.
Abierto camino, la vida del hombre,
camino torcido ó derecho, mas largo,
sin dulce reposo en invierno,
sin suave modorra en verano,
con muchas caídas,
tropiezos, obstáculos,
afanes,
trabajos
y obscuros los medios
y el fin ignorado.
Por eso
los sabios
envidian la vida apacible,
la vida serena del árbol,
que parece que muere y no muere:
ya es niño, ya es joven, ya es viejo en un año,
y vive sin penas primavera, otoño,
invierno y verano.
Para el hombre triste
y desengañado,
no estío ni invierno,
otoño es letal todo el año.
Su faz está pálida,
cual tronco desnudo del álamo:
y la ruin figura
de su cuerpo flaco
vestido
de pardos
y viejos
harapos
parece
un seco garrancho
arrancado de un árbol de otoño
de los que reflejan su copa en el lago.

* * *

DIBUJO DE RAMOS ARTAL

LOS HOMBRES DE OCTUBRE

D. ALBERTO LISTA

Nació en Sevilla el 15 de Octubre de 1775.—Murió en Madrid el 5 de Octubre de 1848.

EJEMPLO raro de precocidades, á los trece años ganaba su subsistencia dando lecciones de matemáticas, y era ya el apoyo de su familia; á los quince fué nombrado profesor de matemáticas de la Sociedad Económica de Amigos del País de Sevilla, y á los veinte el rey le nombró para una cátedra de la misma Facultad en el Colegio de Náutica de San Telmo.

Vivo, alegre y jovial, dotado de una singular memoria, y de superior inteligencia, divertíase en su infancia con los amigos de su edad en representar las comedias de Calderón, de Lope y de otros ingenios del siglo de oro, recordando en sus últimos años los pasajes más notables de muchísimas de ellas.

Lista empleó su vida entera en la enseñanza, y en este sentido fué uno de los hombres á quien más debe el país. Discípulos suyos fueron entre otros Espronceda, Ventura de la Vega, D. Alejandro Mon, el duque de Osuna, el marqués de la Roca, el conde de Altamira y el conde de Pino Hermoso.

Unánime es la opinión de que Lista fué el más ameno, el más variado, el más flexible y el más simpático de los poetas sevillanos. Sus dulces prendas de carácter, su apacible trato y su conversación viva é ingeniosa dejaban en el alma indelebles recuerdos. Su índole intelectual era, por decirlo así, enciclopédica. Tenía poderosas facultades, no sólo diferentes, sino de aquellas que se contradicen y se combaten. Ser á la á la vez matemático y poeta, y serlo en línea muy alta, es privilegio singular concedido á muy pocos.

D. AGUSTÍN DURÁN

Nació en Madrid el 14 de Octubre de 1789.—Murió en Madrid el 1.º de Diciembre de 1862.

JAMÁS reunió la Naturaleza facultades más capaces y serenas en cuerpo tan débil y enteco. Una cruelísima enfermedad que impidió su desarrollo físico y que le dejó tardo de oído y no expedito en el hablar, condenóle á un estado perpetuamente valetudinario, que le arrebató el regocijo de la niñez y la lozanía de la adolescencia. Atado en el lecho durante muchos años y años, se hizo reflexivo y pensador, dedicándose á buscar en el saber el único remedio contra el tedio de la desgracia.

Por irresistible vocación se entregó desde muy joven al estudio de la literatura nacional antigua y moderna, llegando á familiarizarse con el lenguaje de los siglos XIV y XV con tal perfección y soltura en prosa y en verso, que ningún escritor de su época logró acercársele siquiera.

Durán resucitó los romances antiguos castellanos, los clasificó, los analizó, los purificó y los comentó, presentándolos rejuvenecidos para universal recreo y aprovechamiento. Esparció la buena semilla de la crítica literaria, ensanchando los límites de la literatura española, tan estrechamente vigilada por los preceptistas. En sus escritos, en sus conversaciones derramaba, sin darse cuenta, torrentes de lo mucho que en todos los géneros había leído y aprendido, contribuyendo también como el que más al renacimiento de nuestro teatro. La rectitud de un juicio, la destreza en el análisis, la imparcialidad de sus fallos y la generalización de los buenos modelos trajeron esa conversión al buen gusto, esa delicadeza y tino con que no ya los escritores de la primera mitad del siglo XIX, sino el público, repartían con justicia la indiferencia y el aplauso.

EMILIO ARRIETA

Nació en Puente la Reina (Navarra) el 21 de Octubre de 1807.—Murió en Madrid el 11 de Febrero de 1894.

En un mismo día Miguel Ramos Carrión y yo tuvimos la fortuna de conocer al inmortal autor de *Marina* y al no menos insigne y egregio vate Adelardo López de Ayala. Contaba el primero cuarenta y tres años (1866) de edad; y se hallaba en toda la plenitud de ingenio, que tan brillantes páginas ha legado á la escena lírico-española. Frisaba su hermano adoptivo, el autor de *El tanto por ciento*, en los treinta y siete años. El músico y el poeta se conocieron en 1851, y á los pocos meses se unieron para hacer vida común. Hay que remontarse á Goethe y Schiller para hallar cierto *pendant* á la tierna é indisoluble amistad de Ayala y de Arrieta.

Este hizo del genio de Ayala el culto dominante de toda su vida. Ayala, por su parte, decía que Arrieta tenía la cabeza tan grande, porque allí dentro estaba metida toda la música.

Arrieta componía música en todas partes. Pensaba andando y aun dando lección en el Conservatorio. Llevaba siempre consigo lápiz y papel, y cuando se le ocurría, consignaba en éste la *nota* atrapada.

Lo mismo en la juventud que en la edad madura, Arrieta acostumbraba á levantarse con la aurora, y desde el amanecer hasta la madrugada, el Conservatorio, la Academia, los Consejos, su clase de composición, sus zarzuelas y sus amigos le tenían en continuo movimiento.

Una de las grandes cualidades del maestro era su prodigiosa laboriosidad. Hay una frase suya que le retrata á lo vivo. Hablando en cierta ocasión de su celibato, decía:

—Mis amigos extrañan que no me haya casado. A mí me encanta la vida de familia, y estoy seguro de que hubiese sido un marido excelente. Yo no me he casado, ¿saben ustedes por qué? *Porque no he tenido tiempo.*

Fué maestro de casi todos los músicos que hoy lo son, y de algunos que se obstinan en creer que lo son. Todo el vasto repertorio de Arrieta es de singular estima. Jamás olvidó que la música debe servir á la poesía. Jamás pidió, como hacen hoy ciertos maestros, que le facilitaran versos para aplicarlos á notas con antelación escritas; notas más adecuadas al mecanismo de un instrumento que la de la voz humana. Una de las primeras composiciones de Arrieta al venir de Italia fué la música de un himno, letra de Zorrilla, «A la apertura del Liceo.» La última, la música que en 1893 compuso para la poesía de Góngora que comienza:

«Lloraba la niña,
y tenía razón,
la prolija ausencia
de su ingrato amor...

VICENTE WENCESLAO QUEROL

Nació en Valencia el 30 de Septiembre de 1836.—Murió en Bétera (Valencia) el 24 de Octubre de 1889.

Este insigne poeta valenciano, conocido ya por muchos y admirado por cuantos le conocen, no tiene, sin embargo, en la opinión la fama que merece. Tal vez esto sea debido á la circunstancia de que Querol vivió siempre con los suyos y para los suyos; por ellos encerró en una provincia los nobles arranques de su mocedad, y á ellos solamente consagró luego en la corte la actividad de su madurez fecunda.

Su falta de ambiciones dificultó también la falta de sus obras. Querol, como dijo Pedro Antonio de Alarcón, escribía sólo para sí. La mayor parte de sus *Rimas* fueron desahogos de su corazón. No es nuestro objeto analizar hoy su labor literaria, sino de tributar á su memoria un recuerdo. El lector que quiera apreciar en todo su valer á Querol, lea la edición de sus poesías, revisada con solícito esmero por el hermano del poeta, y que forma parte de la *Colección de escritores castellanos*, y allí hallará el juicio acertado de sus obras y las noticias exactas de su vida.

Piadosos y justos con su memoria, el Ateneo y la Sociedad de Lo Rat Penat de Valencia, al cuarto aniversario del fallecimiento del egregio poeta, colocaron sobre el muro de la alquería una lápida en que se recuerda que allí le sorprendió la muerte, y un medallón de bronce donde el cincel de Mariano Benlliure esculpió en primoroso bajorrelieve el perfil del ilustre muerto.

EDUARDO DE LUSTONÓ

FOT. ASENJO

RECOLECCIÓN DE OTOÑO,
POR ANGEL ANDRADE

EL COMPAÑERO EN EL PARAISO

(Variaciones sobre un tema antiquísimo)

VEINTE años hace subía yo de Granada al Sacro-Monte, dándole molinete á la beca roja, cuando la tía Norica se me vino encima chancleteando.

—Aspera una miaja, resalao, que voy á desirte la buenaventura; no me desaires, moreno, que me da el corasón que llegarás á cardenal.

—Bueno... déjese usted de pamplinas, y venga un cuento de los elegidos.

—¿Lo quieres verde ó lila; de amoríos ú de encantamientos; de ladrones, de moros y cristianos?

—Lo quiero de... judíos, y con miga.

—Uno sé, que viene á esas condisiones como la tumbaga al deo; escucha: Tres duros y medio contaba el rabí Sabulón...

—.....

—Por los ojos de tu cara, no me quiebres el hilo del cuento. ¿Que no sabes tú lo que quié isir rabí...? Pus er que tiene rabo y largo. ¿Quién inora que er jopo es lo que distingue á los judíos de los cristianos?

Sabía más mi rabí que Salomón, Merlín, Lepe y Lepijo; y como también era bueno á carta cabal, estaba seguro de tener ganá la gloria.

Pa que le tomes bien er gusto á toíto er sentir der cuento, sa menester que te enteres de que los judíos creen que los bienaventuraos están en el sielo como los poencos cuando van de montería: por traíllas, de dos en dos, y que Dios le da un cacho de gloria á cá pareja pa que se la reparta. Pues bien; cátate que á Sabulón le entró una curiosiá mu grande por saber quién sería su compañero en el Paraíso. Entrarle aquella comesón y redoblar ayunos, penitensias y cavilasiones, fué tó uno, hasta quearse el infelís tan escuchimisao, que podía bañarse en un arfiletero. Por fin, una madrugá se le aparesió una visión más hermosa que las peluconas, y le dijo: «Sabulón: tu compañero en er Paraíso será Abraham *el Justo de Barselona.*» —¡No lo oí mentar en toíta mi vía!—pensó el rabí, figurándose *al Justo* hecho una castaña pilonga, quitándose el porvo de las sandalias con las barbasas nevás y pasando la vía entre disiplinas y librotes. En er coche de San Francisco, y echando seis semanas en er viaje, se plantó Sabulón en la capitá de Cataluña, y como preguntase á un mosito, también judío, por *el Justo*, le respondió aquél con mucho respeto:

—¡Pero, padre mío! ¿qué tiene su mersé que ver con semejante tipo...? *¡El Justo!* ¿eh? Así le viene este nombre á Abraham como á nuestro padre Moisé un miriñaque. Sepa su mersé que el tal es un granuja; la da de judío, y es más malo que la peste negra; nunca entra en nuestra iglesia, y come los más de los días jamón y butifarra.

¡Qué tal dijiste! A Sabulón se le encogió el rabo (en el que podía haserse siete núos, y aún le sobraba), hasta queársele del tamaño de la coletilla de un torero. ¡Valiente punto iba á ser su camaraíta en el Paraíso! Pero había que sersiorarse, y el rabí tiró pa la casa der *Justo*, cuyas señas acababa de darle er mosito. ¡Maresita mía, qué palasio! «Vamos, si no pué ser», murmuraba Sabulón desidío á najarse de allí, caíos los palos der sombrajo, cuando un lacayón, bordao de oro, le atajó preguntándole con muy buenos moos qué se le antojaba, y sin ponerle ninguna dificurtá lo metió hasta un salón manífico atestao de riquesas.

—¡Compañero mío er dueño de tó esto...! ¿Ya para qué quié más paraíso?—pensaba el rabí.

D. Abraham salió deseguida. Era tó un rial moso, y estaba vestío como un figurín. En cuantico dicó á Sabulón, se fué derecho á él y le besó la mano, jasiéndole sentar luego en un sillón que paresía mismamente er trono de los reyes magos; después le dijo:

—Ya hace años que sé yo de su mucha siensia y virtudes, antojándoseme aún poca la fama que va á todas partes delante de su mersé, como la Guardia sivil en las prosesiones. ¡Ay, quién pudiera añadir á mis parneses uno solo de los muchos méritos de su presona, como quien engarsa un rubí en un aro de carderiya! Pero yo enjamás he desconfiao de la misericordia de Dios.

—Bueno está eso, pero tampoco hay que echarse el alma á la esparda—dijo el rabí,—y su mersé se regodea más de la cuenta en esta vida pa mereser la gloria.

—De moo y manera que su santiá me cree casi perdío.

—Mercándose el billete pa su condenasión eterna si no se arrepiente deseguida y toma por otra verea más estrecha.

—¿Cuála?

A responder iba Sabulón, cuando entró en la sala el lacayo de antes disiendo que una probe pedía hablar con el señor.

—¿Por qué la hisiste aguardá? Que entre deseguida,—mandó Abraham.

—Vamos, por lo menos no es orgulloso,—oservó el rabí para su túnica.

La probe entró en la sala llorando y quiso besarle los pies *al Justo*, mientras clamaba: «¡Señor, por

María Santísima, sarve su grandesa á mi único hijo!»

—¿Qué le pasa?... ¿Nesesita dinero? ¡Pide lo que haga farta!

—Vaya, también es caritativo,—gorvió á murmurar Sabulón.

—No son riquesas las que puén sarvar al hijo de mis entrañas.

—¿Pues de qué perese?

—De mal de amores.

—¡Acabáramos!

—Quería y quiere con las entretelas der corasón á una mosita de su mesma clase; los padres de dambas partes éramos mu gustosos de la boa, cuando er mardesío interés metió la pata. Los que iban á ser mis consuegros, deslumbraos por el parné de un señorón que está loquito también por la muchacha, se la ofresieron, dejando plantao á mi hijo.

—¿Y él como se llama?

—Manasés.

—¿Y la novia?

—La novia, la novia... (La viejesita no se determinaba á desir er nombre.)

—Vamos, dilo sin reparo.

—Señor... se llama, se llama Rebeca, la hija de Jacob.

—¡Rebe... ca!—repitió *el Justo* dando un gemío; y se le puso la cara más pajisa que las floresiyas del aromo; aluego se tambaleó, y agarrándose á una tinaja de china que tenía á la vera, la dejó caer al suelo jasiéndose tiestos, y si el rabí no le echa mano, el probe señor viene también á tierra.

Como estautas se quearon los presentes.

Aluego Abraham se sacudió, ni más ni menos que si le acosara un avispero, y descubriéndose la cara, que tenía tapá con dambas manos, la probe muje y el rabí vieron que había llorao, y si hubiese

gustao aquellas lágrimas, se habrían enterao también de que amargaban más que la retama verde, que la quina y que la tuera mesclás. Por fin, gorviéndose hasia la mujé, que no veía el momento de tomar la puerta, le dijo con muchísimo sentimiento:

—Vete, madre infelis, vete y confía en Dios.

Así que se quearon solos los dos judíos, Abraham se dejó caer de gorpe en un sillón, desmadejao... como los aviones cuando les dan cañaso. ¡Probe muchacho!—murmuraba.—¡Probesito Manasé! ¿Cómo no ha de camelar á Rebeca más que á las niñas de sus ojos, si es tan bonita como los rosales de pitiminí y las diamelas cuajaítos de flores y más buena que la harina con que hacen las hostias?

—El rabí se jizo cargo de que había sonao la hora de quitarse de en medio, y se despidió como púo de Abraham.

—¿Volverá su mersé, verdad?—le dijo éste.

—Gorveré.

—Pues señó, verde y con asas,—iba pensando Sabulón.—*El Justo* le afanó la novia á Manasé, y aluego se contenta con compaeserle; no está mal; lo dicho, que Abraham no tiene salvasión ni pué ser mi compañero en el Paraíso.

Pocos días después, en la mesma sala de aquel palasio se juntaron muchos judíos catalanes, gente prinsipal vestía con la ropita de cristia... quiero desir de los días de fiesta. Habían dao ya *las orasiones* y el estrao estaba de flores y luses como el menumento de la catredal de Seviya, aunque sea mala comparansa, cuando se abrió de par en par una gran puerta del testero, y rodeao de pajes y donsellas entró el señó Abraham trajeao como de boa. Traía cara de difunto y daba la mano á una mosita... ¡Qué niña, várgame un divé! más bonita era que l . salú, la riquesa y la alegría, las tres en una piesa. Buenas de verdá eran también sus galas, pero al lao de su cara... guiñapos no más.

El rabí Sabulón, que se jayaba entre los convidaos, abrió tanta boca, que se le veía la campaniya, no malisiándose en qué pararía aqueyo.

—Maestro—le dijo Abraham en cuanto lo vió,—ésta es Rebeca, la novia: ¿quiere su mersé escribir los esponsales?

—Con fina voluntá,—respondió el rabí, y se arrimó á un riquísimo bufete, calándose unas antiparras que paresían los cristales que yevan las locomotoras.—Venga de ahí, señor Abraham,—añadió luego con su mijita de pitorreo.—¿El nombre de la novia es...?

—Rebeca de Emanuel.

—Re... be... ca... de Ema... nu... el. Ahora el de usted.

—No, maestro; ahora el del hombre á quien Rebeca quiere: el hijo de la probe viuda, Manasés. Yo no figuro en la seremonia más que como padrino, y en este supuesto, regalo á los novios toíta mi hasienda. Que éntre el esposo de Rebeca y comiense la fiesta *en su palasio*. Esto es hecho, maestro: deme su mersé la mano pa que se la bese, y queden con Dios los presentes.

Entonses el rabí Sabulón, enternesío hasta los tuétanos, cayó de rodillas exclamando:

- Perdona, Abraham; el indirno soy yo de ser tu compañero en el Paraíso.

Así terminó su relación la tía Norica, alargándome la mano abierta para recibir lo ofrecido; y como yo, por oirla, le preguntase que cuál era la moraleja del cuento, la gitana vieja, un tantico amoscada, me respondió:

—¿No te se alcansa su intríngulis y mucho sentío? Pues mira tú, colegial, está más claro que el agua de la fuente del Avellano. Es el toque, que pa Dios, lo mesmo entre cristianos que entre los judíos, vale más, pero mucho más, el que da trigo que el que predica; ¿te enteras?

DIBUJOS DE REGIDOR

EL CONDE DE LAS NAVAS

Al sol alegre y dorado de la mañana de primavera, Nérac, entre el humo azul de sus tejados y el verdor nuevo de sus árboles, daba al alma una quietud de sueño, y se diría que su río de cristal y su brisa de cristal llevaban un aire de flauta eglógica, como á las orillas del río tesaliano en los tiempos en que Apolo apacentaba los rebaños del rey Admeto, entre el citiso verde y fresco. Entrando en Nérac, aquella mañana, hice todo un libro de pastorales.

Cielo azul, praderas verdes y grises y rubias, dulce olor á heno, humo, música del río... Y ya dentro del pueblo, calles floridas, gente que sonríe, una gente muy cariñosa y muy amiga, que ha puesto en el pedestal de la estatua de Enrique IV: *A nuestro Enrique*. Bello en su bronce, con la sonrisa bajo el mostacho rizado, el rey parece que vive entre sus buenos campesinos, destrozando corazones de pastoras, deshojando rosas de alegres años, burlador de ojos azules. El rey aventurero y galante tiene todas las gracias para un pueblo que le lleva sonrisas y rosas y lo señala como á un novio, entre dulces palabras cargadas de dejos amargos, cual si estas buenas mujeres sintieran no haber tenido aquella barba galana sobre sus pechos.

Un poeta romántico—quizás lo sabréis—ha contado la historia de Florecita... ¿No la habéis oído? Fué la hija mejor del jardinero del rey, la pobre rosa blanca que ahogó su pena y su vida en el fondo de la fuente una tarde de desengaños, en la quietud de los jardines, cuando todos se fueron y vino la sombra... Las mujeres de Nérac tienen lágrimas cuando cuentan la historia de la pobre Florecita, y al contarla miran con malicia á su Enrique, al conquistador de corazones de niñas, al burlador de ojos azules. En el *Jardín del Rey*, á la sombra de la avenida de los olmos, Florecita está muerta en mármol bajo el cristal del agua, entre la hierba del fondo, cerca de la fuente del Delfín, cantora de madrigales para hijos de reyes. Yo he soñado en un grupo de pajes para la fuente de la pobre Florecita.

Después, esta buena gente os hablará de Santiago Jasmín, de su poeta-barbero, de un gran poeta campesino que recuerda á nuestra Rosalía de Castro, y que tiene toda la dulzura de aquellas praderas que huelen á heno. En las viejas estampas que en Nérac os muestran, veréis á Jasmín con la navaja en la mano suspensa, dejando, al mismo tiempo que la espuma de jabón, versos quejumbrosos y aromados, que los muchachos oyen silenciosos en la alegría de la plaza de Nérac. Este Jasmín vivió muy halagado por todos; en sus obras se insertan cartas admirables de Víctor Hugo, de Lamartine, de Béranger, y los barberos de París le ofrecieron un banquete, en el cual Jasmín leyó unos versos deliciosos.

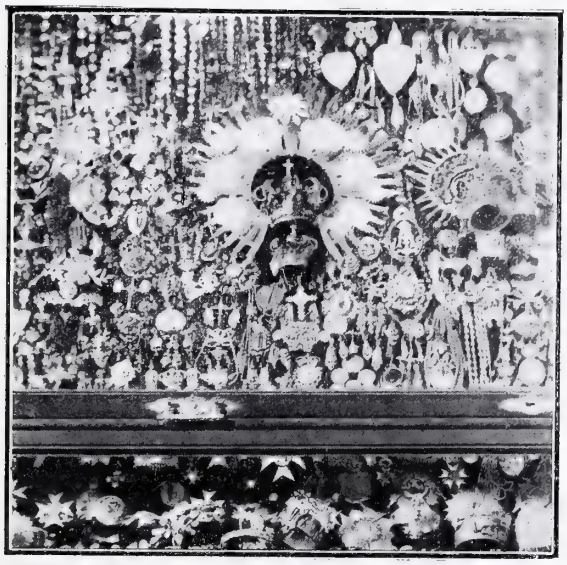
Son tres ídolos para la gente de Nérac; cuando os hablan de ellos, sus palabras tienen añoranza idílica. Por todas partes recuerdos de Florecita, recuerdos de Enrique IV, recuerdos de Jasmín. Y al nombrarlos, ¡cuánta dulzura! Luego, por los caminos, viviréis toda la poesía sentimental del poeta-barbero: por los caminos de chopos verdes, á cuya sombra fresca va la gente con sus yuntas de rosados bueyes para las ferias de las aldeas; por los caminos, desde donde se ven, allá en el valle dorado por el sol de primavera, los tejados de las casitas pobres, con su humito azul bajo el azul del cielo. Y la orilla frondosa del río os mostrará el molino de Nazareth, cuyas ventanas tantas veces tuvieron corazones de mujer esperando la nube lejana de polvo del caballo del rey de Francia.

Nérac es un pueblo de paz y de idilio. La tarde que yo me fuí de Nérac soñaba su encanto la campiña de estío bajo el cielo rosa del crepúsculo. Rimas del agua, de los árboles, de la brisa: rimas del corazón. Y cuando el tren negro de estos siglos se alejó, ya á la luz de la luna, miré con infinita nostalgia hacia aquella arboleda distante y umbrosa, donde dormía Florecita bajo la estrella de cristal, una estrella que vió su tristeza; la pobre Florecita, que se quedaba sola, muerta bajo el agua, en la penumbra violeta de los jardines del rey.

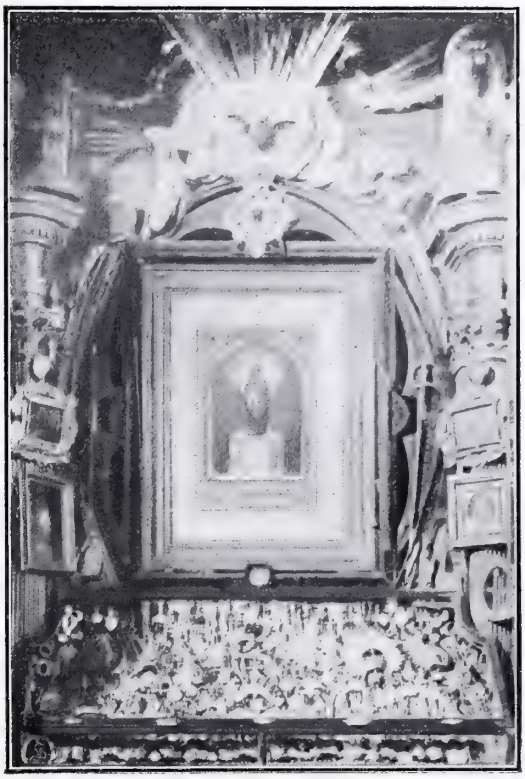
JUAN R. JIMÉNEZ

DIBUJO DE VARELA

LA SEMANA PASADA



JOYERO DE LA VIRGEN DEL PILAR
Fot. D. A. J



BASTONES DE MANDO Y ESPADAS EN LA CAPILLA DEL PILAR
Fot. D. A. J.

LAS magníficas, las ostentosas y espléndidas fiestas con que todos los años celebra la inmortal Zaragoza el día y la Octava de la Santísima Virgen del Pilar, han tenido este año un epílogo brillantísimo con la visita de S. M. el Rey á la ciudad siempre heroica. En otros tiempos, dicha visita se hubiera reducido á presenciar las solemnidades rituales del culto y á recorrer los gloriosos lugares donde la Historia está escrita con las balas del enemigo en las paredes venerables. Hoy día, Zaragoza es una de las más ricas, industriosas y progresivas ciudades de España, y el Rey,

ADORNO DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL
Fot. Agüero

ARCO DE LA MAESTRANZA
Fot. Angel Pérez

ARCO DEL EJÉRCITO Fot. Antonio Huera

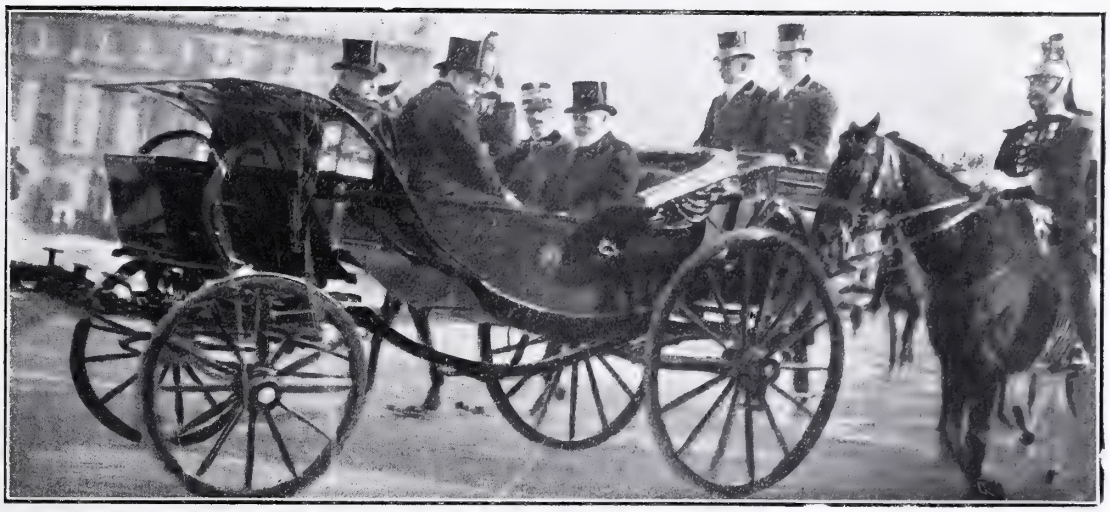
después de contemplar el famosísimo tesoro de la Virgen, verdadero montón de joyas depositadas á los pies de la excelsa Patrona por la piedad de los zaragozanos, ha podido admirar otros tesoros inapreciables que el ingenio, la perseverancia y el patriotismo de aquellos patricios ilustres han sabido acumular en torno de su ciudad querida: tesoros de ciencia y de paciencia, de esfuerzo heroico y de entusiasmo verdaderamente regenerador.

CORONA ELÉCTRICA EN EL MONUMENTO DE LOS MÁRTIRES Fot. Dosset

En la Granja agrícola, en la Exposición de ganados, en la Universidad, en el Mercado nuevo, en las obras del Canal, en todas partes donde ha ido el Monarca, Zaragoza se le ha presentado rica, simpática, discreta, trabajadora, verdadera honra de España que se enorgullece viendo que el viejo laurel ha echado frutos, pues tal es la testarudez heroica de los zaragozanos, que sabrán convertir el árbol de la gloria en frutal sabrosísimo.

EL REY VOLVIENDO DE LAS MANIOBRAS
Fot. J. María Espón

LLEGADA DE S. M. A MADRID
Fot. Frendenthal



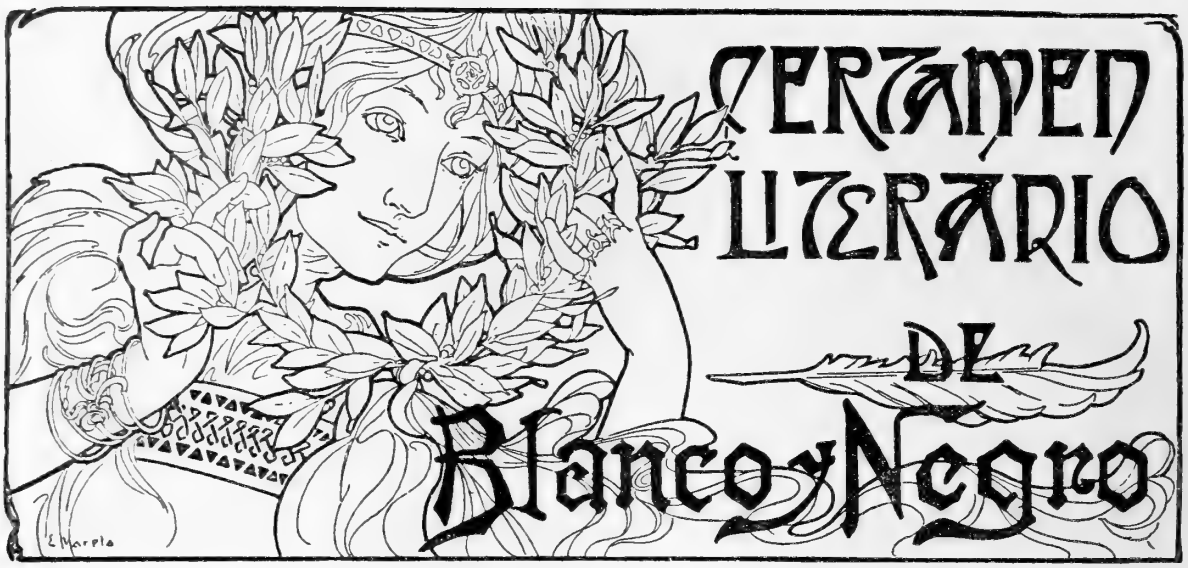
LOS REYES DE ITALIA EN PARÍS

TODA la filosofía de la política internacional contemporánea puede resumirse en la frase vulgar que dice: *¡Cómo cambean los tiempos!* Hace tres ó cuatro años, italianos y franceses se detestaban horriblemente: ahora las relaciones entre los dos pueblos hermanos son tan cordiales como una taza de tila con hierbaluisa. El entusiasmo de los franceses en cuanto han visto al rey Víctor Manuel y á la bellísima reina Elena no ha reconocido límites. Se ha hablado mucho de la raza latina... y á nosotros, los españoles, que nos parta un rayo... como si fuéramos chinos ó etiopes.

* * *

EL REY DE ITALIA Y LOUBET CAMINO DE VERSALLES. LLEGADA Á LA ESTACIÓN. LA REINA ELENA Y MADAMA LOUBET

Fots. León Bouet, Gribayedoff y León Bouet.



CONCURSO PERMANENTE

BLANCO Y NEGRO, deseando siempre abrir sus columnas al verdadero mérito literario, se propone, por medio de un concurso permanente al cual pueden acudir escritores conocidos en concurrencia con los jóvenes y noveles, adquirir una cantidad indeterminada de *cuentos fantásticos*, designando con esta calificación toda obra imaginativa que por su asunto, por sus personajes ó por las condiciones en que se desarrollen los hechos que formen su argumento, no se ajuste á la marcha ordinaria de la vida y á los caracteres y cualidades generales de la realidad ordinaria.

No será el presente un concurso á plazo fijo ni al cual se impongan condiciones de perentoriedad y rapidez que fuercen á los escritores y cohiban su imaginación. Al contrario: el concurso estará abierto durante un año entero; las obras que se publiquen serán remuneradas decorosamente, y, al terminar el año, el público otorgará el premio, después de haber leído, comparado y juzgado todas las obras presentadas. Por eso, BLANCO Y NEGRO invita á este certamen á todos los artistas españoles, jóvenes y viejos, conocidos ó principiantes, y se lisonjea con la esperanza de obtener un resultado satisfactorio para las letras.

CONDICIONES DEL CONCURSO

1.ª Desde el día 1.º de Noviembre de 1903 al mismo día de 1904, queda abierto en BLANCO Y NEGRO un *Concurso de cuentos fantásticos*, al que deberán presentarse originales de este género, *cuya extensión no sea inferior á seis mil letras de composición ni exceda de ocho mil letras*. El espacio limitado de que dispone BLANCO Y NEGRO y la necesidad de disponer de bastante superficie para la ilustración, nos obligan á precisar en esta forma las proporciones de las obras que hayan de presentarse. Para calcularla, no necesitan los autores más que multiplicar el número de letras de cada línea de su escritura habitual por el número de líneas que ordinariamente escriban en cada cuartilla.

2.ª Un Jurado compuesto por el Consejo de Redacción de BLANCO Y NEGRO se encargará de admitir los cuentos que deban ser publicados en esta Revista.

3.ª Por cada cuento admitido para su publicación, se abonará en la Administración de BLANCO Y NEGRO la cantidad de **cincuenta pesetas.**

4.ª Los cuentos admitidos serán publicados en sucesivos números de BLANCO Y NEGRO durante todo el año de 1904. Al terminar dicho año, incluiremos en uno de los números un boletín, destinado á que nuestros lectores designen por sufragio universal cuál es el cuento que juzgan digno de premio.

5.ª Se concede un premio de **mil pesetas** al cuento que obtenga mayor número de votos.

6.ª Para verificar la votación, cada cuento de los que hayan de entrar en el concurso llevará, cuando se publique en BLANCO Y NEGRO, un epígrafe que diga *Cuento número* (tantos) *del Concurso*.

7.ª El escrutinio y la proclamación del Cuento premiado se verificará con todas las formalidades acostumbradas, ante un Notario del Ilustre Colegio de Madrid. Una vez hecha dicha proclamación, se publicará en BLANCO Y NEGRO su resultado, y el autor agraciado podrá pasar á nuestra Administración á recoger el importe del premio.

8.ª Cada uno de los cuentos que se presenten al Concurso irá encerrado en un sobre, llevando por lema el seudónimo que ha de figurar al pie del cuento como firma, con el fin de que no se den á conocer los nombres de los autores, ni la autoridad y el prestigio de éstos puedan influir en el ánimo de los votantes. En otro sobre con lema idéntico, el autor incluirá tarjeta ó papel con su nombre y señas de su domicilio. Según vayan recibiéndose los cuentos, se publicarán en BLANCO Y NEGRO los lemas de los admitidos y de los no admitidos. Para cobrar los honorarios por cada cuento admitido, le bastará al autor presentar en esta Administración, Serrano, 55, Madrid, el talón que se le diera al recibir el cuento, sin que necesite dar á conocer su nombre. Lo mismo habrán de hacer los autores para recoger los no admitidos.

9.ª La propiedad de los cuentos publicados queda á favor de la empresa de BLANCO Y NEGRO.

Madrid 24 de Octubre de 1903.

EL DIRECTOR.
TORCUATO LUCA DE TENA

Desencanto

Voy á referir una aventura extraña, y peor para quien no la crea—dijo Silvio á los aficionados reunidos en el taller á admirar el retrato del famoso violinista ruso Stepanoski (la rutilación de una pelambrera embrollada y rucia, nimbo de una cara juanetuda de kalmuco).—Seguro estoy de que por lo menos usted, amigo Vendado, á fuer de crítico, no va á enterarse... ó va á imaginar que se las há con un loco.

—Todo pudiera ser,—declaró Vendado, considerando severamente, de reojo, la estrambótica efigie del violinista.

—Pues la persona que me contó lo que sigue es muy seria; la tengo en la mayor estimación. Su cabeza rige perfectamente; hasta pasa por hombre de talento.

—Al grano; á la aventura,—gritaron á un tiempo el *sportman* vizconde de Zaguer, Pablo Portocarrero el senador, y Julio Matián, el vejete restaurador de tablas místicas, jorobado de mucha chispa.

La lluvia embestía contra los vidrios del inmenso painel encristalado, que daba al taller luz tan clara como la del exterior; acudían á la imaginación perspectivas de barro y humedad, de calles enlodadas y paraguas tensos, con un chorro en la punta de cada ballena; el enorme *chouberski* tiraba bien y suministraba un calor grato; las mesillas portátiles se encontraban surtidas de galletas inglesas, pastillas de chocolate, dulces, botellitas de curasao y *arraspunch;* la *bouillotte* gorgoriteaba. Y cada cual pensó:

—Silvio, ¡guapo muchacho! es muy soso, y más valdría que dejase en el uso de la palabra á Matián; pero resignémonos. ¡Fuera, ni los perros! A esta hora no hay donde meterse...

—Sepan ustedes—empezó Silvio después de trasegar un vaso de ponche y tosiquear—que mi héroe, á quien no nombraré, vivía tranquilo...; tranquilo no, al contrario: tranquilo sólo en apariencia, y en realidad muy preocupado por el deseo de ser algo, de marcar huella de su paso en el mundo.

—La tema de todos,—observó desdeñosamente Zaguer.

—La tema de todos, es verdad—confirmó Silvio.—Con la tal tema sufría bastante, y le dolía la cabeza frecuentemente, porque no cesaba de cavilar en el modo de sobresalir entre sus contemporáneos. Fijos los ojos en los que ya habían logrado señalarse, dedicábase meses enteros á hacer como ellos, á estudiar y reproducir sus procedimientos, á imitar cuanto creía eficaz y conducente al fin de apropiarse alguna parte de su gloria. Por adquirir fama, capaz sería de repetir la gracia de Eróstrato y aun decortarse la mano derecha. Tiempo perdido; su labor se parecía á la ajena; pero ¿en qué podía consistir que lo celebrado en otros pasase inadvertido en él? ¿Por qué si tomaba de cada cual lo más exquisito—de éste el estilo, de aquél los conceptos, de Zutano la desenfadada ironía, de Mengano la insinuación sutil, y frases de cada cual, justamente las que habían abierto surco ó levantado ampolla,—por qué, vamos á ver, de lo suyo no hacían maldito el caso?

Rabioso ya, mi héroe cobró antipatía á la vida contemporánea, y en requerimiento de algo diferente de lo que por hábito nos atrae, se dió á leer y estudiar autores de golilla; luego, de sayo y capuz; libros de caballerías...

—Lo que no parece—interrumpió Matián,—es la novedad y extrañeza de la aventura.

—Espere usted... ¡No todos podemos contar las cosas con esa viveza! Mi héroe, que tiene la buena condición de ser tenaz, ó mejor dicho perseverante, se engolfó en sus lecturas con una constancia digna del *Ingenioso Hidalgo*. En bibliotecas de aficionados maniáticos desenterró ejemplares de las novelas de caballerías que más escasean, y hasta manejó el único y precioso de *Tirante el Blanco*. Esos libros que nadie lee... no los lee nadie... Pero el que se determina y los lee, no acierta á leer otra cosa. Mi héroe se embelesó con las valentías inauditas y las acciones estupendas y brillantes; se entusiasmó con los amoríos y lances de fortuna: se le llenó la cabeza de estrépito guerrero, silbo de fendientes, botes de corceles, acordes de laúdes, enormes siluetas de gigantazos; y tanto pudo con él esta singular locura, que un día se despertó caballero andante hecho y derecho...

—El artista abusa: nos está colocando el Quijote,—declaró Portocarrero, sirviéndose una taza de puro Pao-King, y varias galletas saladas, legítimamente británicas.

—Nada de eso... Es que no me dejan ustedes hilar mi copo. Paciencia. D. Quijote se creía caballero

andante, pero no lo fué nunca: no pasó de un matoide inteligente y cristiano viejo, con un gañán marrullero que le aguantaba y le reprendía. Les he dicho á ustedes que mi héroe se despertó auténtico caballero andante, y así es. Se despertó en pleno siglo... en pleno siglo fabuloso, en una ínsula de encantamiento, y, con profundo asombro, se encontró armado hasta las uñas, siendo sus armas tan resplandecientes y de tan prolija labor, que se estremeció de orgullo y alegría. Alrededor de su casco, en la empresa de su escudo vió una corona y una rama de hojas puntiagudas formadas por esmeraldas; y una voz cavernosa—la de un mágico de barba fluvial y birrete de cucurucho—le hizo oir estas palabras:

—Te llamas el *Caballero del Verde Laurel*, y no tienes más remedio que hallar y desencantar á la princesa Bobalina, que está no se sabe dónde, escondida por encantadores malignos. Animo y buena suerte; mi protección te acompaña. Te esperan trabajos sin cuento. ¡No desmayes!

Lo de los trabajos no dejó de hacerle cosquillas á mi héroe; cosquillas primero de temor, de estímulo después: en su voluntad sintió como los efectos de un masage: fibras tendidas con energía, nervios tranquilos, sangre altiva, circulante y caliente. *¡Caballero del Verde Laurel!* repetía en su interior. ¡Esto me compromete, esto me obliga á tanto!—Lo diabólico, lo fatal, era no sospechar ni remotamente hacia qué parte caía el escondrijo de Bobalina la princesa. Cabalgó el caballero su blanco corcel, generoso bruto que devoraba el espacio, y no sabiendo adónde dirigirse, resolvió ir siempre cara á Levante. Salió muy de madrugada... y les ahorro á ustedes el circunstanciado relato de las peripecias de su odisea. Imagínense ustedes lo más romancesco, lo más pintoresco, y también lo más molesto para un burgués acaudalado y pacífico. Arriba y abajo por montes enhiestos y valles hondos; vadeaduras de ríos caudalosos y travesías por mares crespos; naufragios y salvamentos increíbles; saltos de torrente, bajadas á cráteres de volcanes y á grutas pavorosas, donde se abrían abismos entre precipicios no sondados; los bloques de hielo del círculo ártico y las fluídas brasas de la faja ecuatorial; las selvas intrincadas del Africa y las estepas interminables del Asia; y más terrible que la Naturaleza, el hombre, el peor enemigo del hombre; el hombre negro, amarillo, rojo, cobrizo, cetrino, sonrosado, albino, en atisbo para acometer y destruir, preparando asechanzas, inventando armas que lleven el sello de las inclinaciones feroces de su condición malvada. Mi héroe fué acometido con el *boomerang* australiano, con el rifle canadiense, con el mosquete español del Renacimiento, con el bolo filipino, con el machete mambís, con la emponzoñada flecha javanesa, con el Winchester inglés, con la navajaza chula, con el gladio romano, con la pica griega... ¡Con toda la armería!

—¿Pero en qué época sitúas á tu señor héroe?—saltó Zaguer.

—Ya te lo he dicho: ¡pleno siglo fabuloso!... El caso es que mi héroe, aunque tantas veces en peligro, salió vencedor gracias á su espada, que era de las llamadas encantadas ó *circeas*, con la empuñadura de narval llena de reliquias, y partía por la mitad, de un golpe, á un jayán ó á un tronco de árbol. Mas con todo eso, y con haber ya rehendido á cinco ó seis gigantes, descabezado á tres endriagos, dado su merecido á infinitos malandrines, el *Caballero del Verde Laurel* no acababa de encontrar á Bobalina la princesa. Ni en el fondo de los lagos, donde crecen algas como cabelleras de mujer; ni en las entrañas de la tierra ni en los subterráneos de los castillos; ni en las criptas de las misteriosas iglesias bizantinas, donde reposan los cuerpos santos, incorruptos, ni, en fin, en ninguna parte, lo que se dice en ninguna, acertó á descubrir, de princesa semejante, el menor rastro.

—Y entonces, ¿qué sacó en limpio de tantos trabajos el *Caballero del Verde Laurel?*

—Poca cosa...—murmuró Silvio.—Que una tarde, al sentarse, rendido de tanto pelear, resuelto, sin embargo, á no rendirse, bajo una encina frondosa, adivinó... que nunca encontraría, ni la desencantaría, á la princesa, pero que ya se había encontrado y desencantado á sí propio!

—¿A sí propio?

—¡Vaya!—Y el artista clavó los ojos en el retrato del violinista ruso.

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

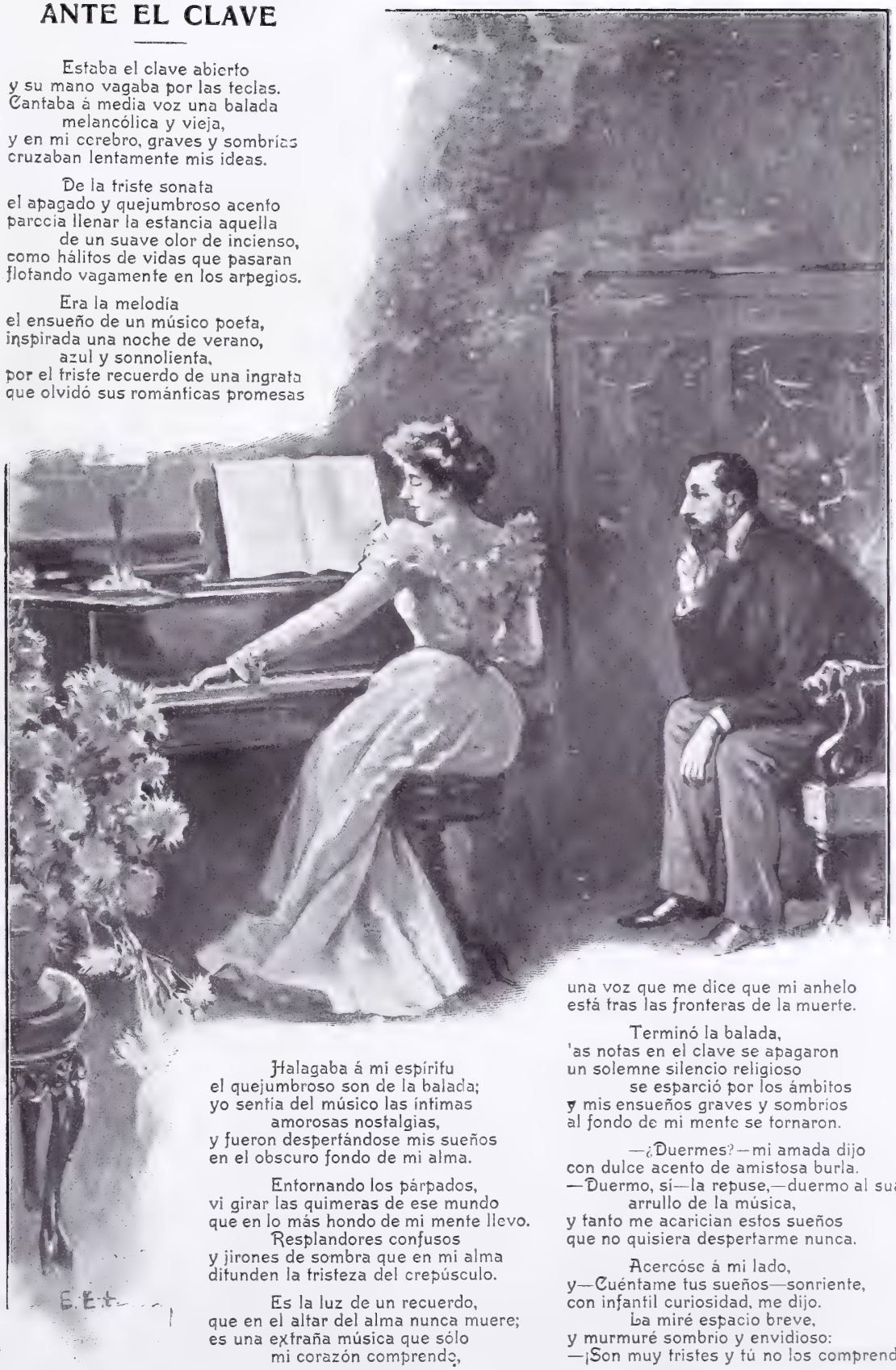
EMILIA PARDO BAZÁN

ANTE EL CLAVE

Estaba el clave abierto
y su mano vagaba por las teclas.
Cantaba á media voz una balada
melancólica y vieja,
y en mi cerebro, graves y sombríos
cruzaban lentamente mis ideas.

De la triste sonata
el apagado y quejumbroso acento
parecía llenar la estancia aquella
de un suave olor de incienso,
como hálitos de vidas que pasaran
flotando vagamente en los arpegios.

Era la melodía
el ensueño de un músico poeta,
inspirada una noche de verano,
azul y sonnolienta,
por el triste recuerdo de una ingrata
que olvidó sus románticas promesas



Halagaba á mi espíritu
el quejumbroso son de la balada;
yo sentía del músico las íntimas
amorosas nostalgias,
y fueron despertándose mis sueños
en el obscuro fondo de mi alma.

Entornando los párpados,
vi girar las quimeras de ese mundo
que en lo más hondo de mi mente llevo.
Resplandores confusos
y jirones de sombra que en mi alma
difunden la tristeza del crepúsculo.

Es la luz de un recuerdo,
que en el altar del alma nunca muere;
es una extraña música que sólo
mi corazón comprende,
una voz que me dice que mi anhelo
está tras las fronteras de la muerte.

Terminó la balada,
las notas en el clave se apagaron
un solemne silencio religioso
se esparció por los ámbitos
y mis ensueños graves y sombríos
al fondo de mi mente se tornaron.

—¿Duermes?—mi amada dijo
con dulce acento de amistosa burla.
—Duermo, sí—la repuse,—duermo al suave
arrullo de la música,
y tanto me acarician estos sueños
que no quisiera despertarme nunca.

Acercóse á mi lado,
y—Cuéntame tus sueños—sonriente,
con infantil curiosidad, me dijo.
La miré espacio breve,
y murmuré sombrío y envidioso:
—¡Son muy tristes y tú no los comprendes!

DIBUJO DE ESTEVAN

Emilio CARRERE

EL MONO FILARMÓNICO

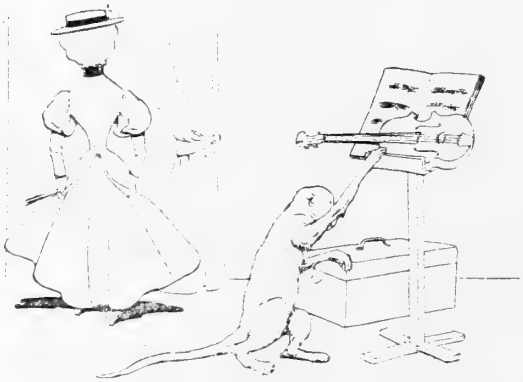
POR ROJAS

1

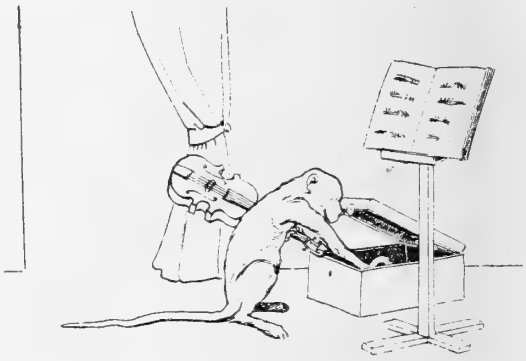
2

3

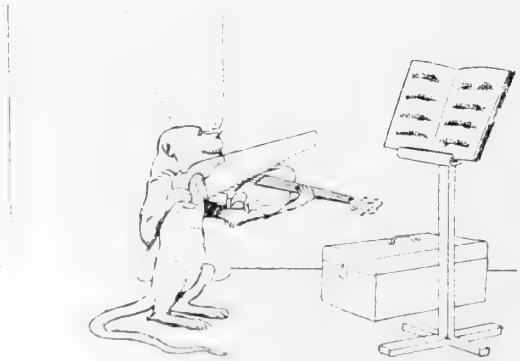
4



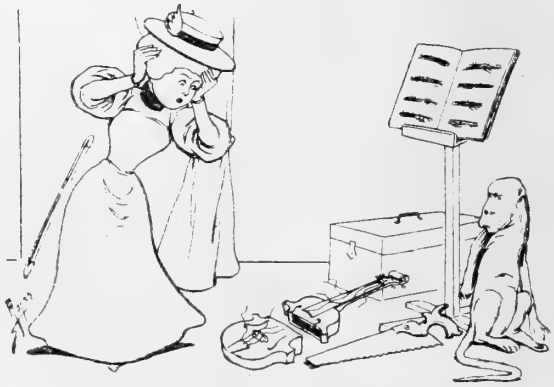
5



6



7



8

SPORTSWOMAN, POR C. PLA

EN EL CAMPO DE NARDOS

UNA BUENA BRAZADA

LOS NARDOS

La *polyantus tuberosa*, esa flor simpática, tan bonita, olorosa y gallarda, se produce con mucha abundancia en su variedad más conocida y más aromática, la grandiflora, en la calumniada tierra madrileña. Y nuestros floricultores hacen producir á esta pobre tierra más de 20.000 varas de nardos. Cierto que esta flor, al parecer tan delicada, tan femenina, sólo necesita para producirse en toda su hermosura un campo arenoso, limpio de árboles, en que haya sol y agua en abundancia. Y para que viva separado de su planta cerca de un mes, no exige más que le corten un pedacito de su pie. Menos exigencias no caben ya.

FOTOGRAFÍAS ALONSO

—¡FINO Y BARATO!

—¿UN NARDO, CABALLERO?

CUADROS MADRILEÑOS

UN HERRADERO

PREPARANDO EL HERRAJE

ARREGLO DEL CASCO

LA PRIMERA POSTURA

Va usted andando por la calle de las Huertas abajo, mira usted á mano derecha, allá cerca del Prado, y de repente le sale á usted al encuentro una puerta cochera que le deja ver un patio de pueblo, de un *carácter* verdaderamente encantador, y en el cual no han reparado los pintores.

Es el taller de un profesor veterinario de primera clase. Pero la casa es tan vieja, el patio tan destartalado, tan negro el fondo de fragua, en el cual chispean los hierros enrojecidos y lanza el yunque sus vibrantes y alegres notas, tan simpática la sonrisa verde de la parra que adorna los postes, tan de pueblo toda la apacible apariencia de aquel rincón, que contemplándolo se siente usted transportado á cien leguas de la corte, gozando la paz de la aldea, la amenidad inefable del *banco del herrador*.

Pero pronto la ilusión se desvanece: llegan dos caballos enmantados, con sendas cifras coronadas en los *abrigos;* vienen á probarse los zapatos nuevos, como dos señores aristócratas que se dignan entrar en la peluquería para hacerse prolija *toilette*. Ya no estamos en el pueblo. Volvemos á Madrid... y no salimos ganando nada en el cambio.

FOTS. MUÑOZ DE BAENA

¡HASTA OTRA!

¡HALA QUE HALA!, POR
MARTÍNEZ ABADES

AÑO TRECE Y NUMERO 652 MADRID DIA 31 DE OCTUBRE DE 1903

BLANCO Y NEGRO

LA SEMANA PASADA

Con la misma encantadora y matemática precisión con que ha hecho sus experimentos anteriores, realizó el ilustre Santos-Dumont su nueva salida por los aires el día 19 del corriente, guiando el nuevo y magnífico dirigible ó *globo-ómnibus Santos-Dumont núm. 10*, vehículo de navegación aérea el más importante que se ha construído hasta el día, toda vez que en él pueden viajar hasta doce personas con gran comodidad, sobre todo si tienen la cabeza firme y no padecen el vértigo de las alturas.

ASCENSION DEL GLOBO ÓMNIBUS «SANTOS DUMONT NÚM. 10» Fot. Aribaycedo

Quería Santos-Dumont festejar de tal manera el segundo aniversario de las experiencias definitivas realizadas por él en 1901 para la adjudicación del premio Deutsch que obtuvo, como recordarán nuestros lectores, y ninguna manera mejor de celebrarlo que la ascensión en un globo que ya puede considerarse como un trasatlántico de la atmósfera. Al valiente y sabio inventor acompañaron en su excursión dos damas ilustres por la bravura y serenidad de que dieron pruebas: las señoras de Mackay y de Taylor... y en representación de las otras nueve personas que puede conducir el dirigible, iban otros tantos sacos de arena de peso equivalente. El globo-ómnibus resuelve en definitiva una cantidad enorme de problemas, y puede ser la base de sabe Dios cuántos inventos más. Según dicen, no se propone por ahora Santos Dumont elevarse á capas muy altas de la atmósfera, sino tan sólo manejar sus aparatos aéreos lo mejor posible dentro de un límite prudente de altura, si bien es claro que basta la elevación á que subió el otro día (de 40 á 50 metros) para que pierda la cabeza el que no la tenga muy segura.

Las numerosas fotografías que hemos recibido nos presentan al insigne inventor andando por los listones aéreos de su globo como una araña por los hilos de su red; la seguridad con que se maneja entre aquellos palitroques tan frágiles, debe comunicar á quien lo vea el presentimiento de que aun cuando el globo se hiciera trizas, su dueño se las arreglaría, sin duda alguna, para sostenerse en el aire por arte de birlibirloque.

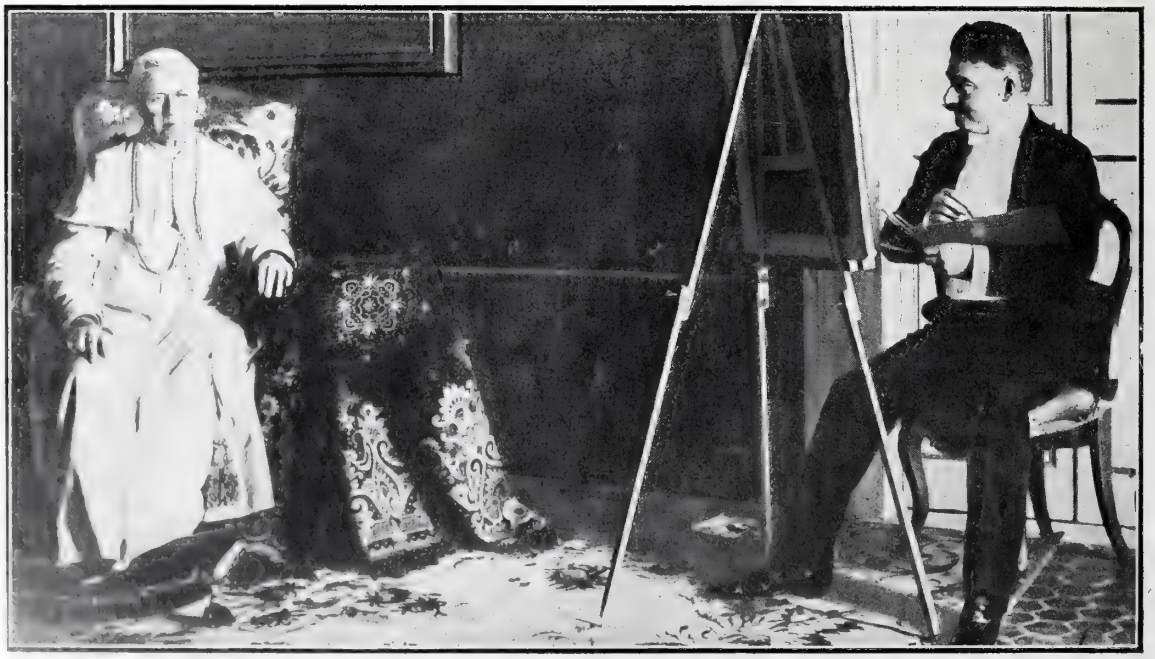
UNA OLA, ESCULTURA DE J. M. ALCOBERRO
UN GLADIADOR, ESCULTURA DE R. GALÁN
MAGNA, GRUPO DE R. GÓMEZ

DESCENDAMOS ya á la tierra, á nuestra tierra, y acudamos á la hermosa y trabajadora ciudad de Béjar, que aun cuando parece que no es camino para ir á ningún sitio, va marchando con muy seguro y gallardo paso por la senda de la única redención posible, que es la del trabajo En Béjar acaba de celebrarse una interesante exposición de artes é industrias regionales. De ella sacamos tres notas escultóricas muy apreciables y simpáticas.

SI desde allí nos corremos á Zaragoza, aún llegamos á tiempo, pasadas las fiestas, para recoger algo que no es de actualidad pasajera, sino de una actualidad eterna y perennemente importante y atractiva: el retrato de una lindísima zaragozana, reina de los Juegos florales últimamente celebrados allí. Es una aristocrática doncella, hija de los barones de la Torre, y á los blasones de su casa ilustre aventajan y avaloran las hermosas líneas de su noble rostro.

LA REINA DE LOS JUEGOS FLORALES DE ZARAGOZA
Fot. Franzen

POR fin, detengámonos ante el último auténtico retrato de S. S. el Papa Pío X, fotografía

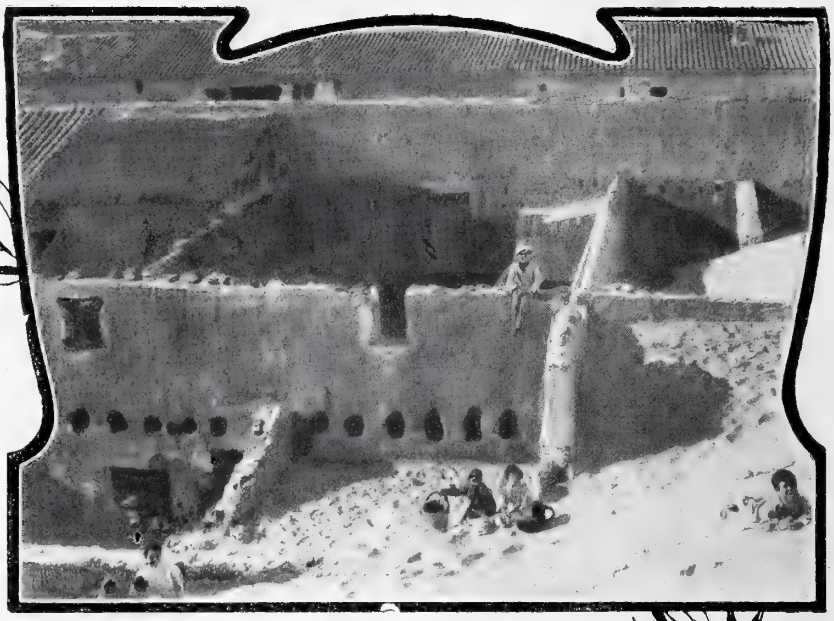


EL PINTOR AMERICANO TADDEUS RETRATANDO Á SU SANTIDAD EL PAPA PÍO X Fot. L. Rocca. Roma

obtenida en una de las sesiones que el bondadoso Pontífice ha concedido al pintor americano H. S. Taddeus para que le retratase al óleo. Su Santidad es tan amable y complaciente, que nunca se niega á las infinitas peticiones de fotógrafos y *amateurs*. Es una virtud que quizás no hubieran tenido los cristianos de las catacumbas.

SERVICIO OBLIGATORIO,
POR CECILIO PLA

LAS DUNAS



CASAS DE GUARDAMAR DESTRUÍDAS POR LAS ARENAS

TIENEN estas dunas una extensión de 15.600 metros á lo largo de la playa en los términos de Guardamar y Elche (provincia de Alicante), en los que ocupan una superficie de 746 hectáreas. El río Segura las atraviesa normalmente, desembocando en el mar por el sitio denominado «La Gola».

Las arenas, impulsadas por los frecuentes y fuertes vientos de Levante, avanzan todos los años hacia el interior unos cuatro metros por término medio, esterilizando y enterrando las tierras de cultivo con ellas colindantes. Por la parte del pueblo de Guardamar, los médanos alcanzan una altura considerable, habiendo sepultado ya las arenas una manzana completa de casas, y continuado igual destrucción en las inmediatas, de las que, con las techos destrozados y hundidos, no asoma más que la parte alta de los muros.

Los trabajos de fijación y repoblación de estas dunas se ejecutan por el Cuerpo de Ingenieros de Montes con fondos del Estado. Comenzaron el año 1900 y continúan con actividad en la medida que lo consienten los recursos de que se dispone. Las labores son variadas y consisten en siembras de plantas protectoras de las especies arbóreas que han de repoblar las dunas permanentemente, y que son los pinos carrasqueño y piñonero en su mayor parte. Estas especies se introducen también por plantación, sa-

ELEVACIÓN DE «TABLESTACAS»

CORDONES DE DEFENSA
HECHOS CON CAÑIZOS

PLANTACIONES DE «BARRÓN»,
PLANTA GRAMÍNEA,
PARA DEFENDER LOS TERRENOS

cando las plantitas de un vivero que se ha establecido en las mismas arenas, donde se encuentra el agua dulce muy cerca de la superficie. Los preliminares de la fijación se practican estableciendo *tablestacados* y también vallas de cañizos, por ser éstos más económicos, modificación que ha introducido el ingeniero autor del proyecto y director de los trabajos D. Francisco Mira.

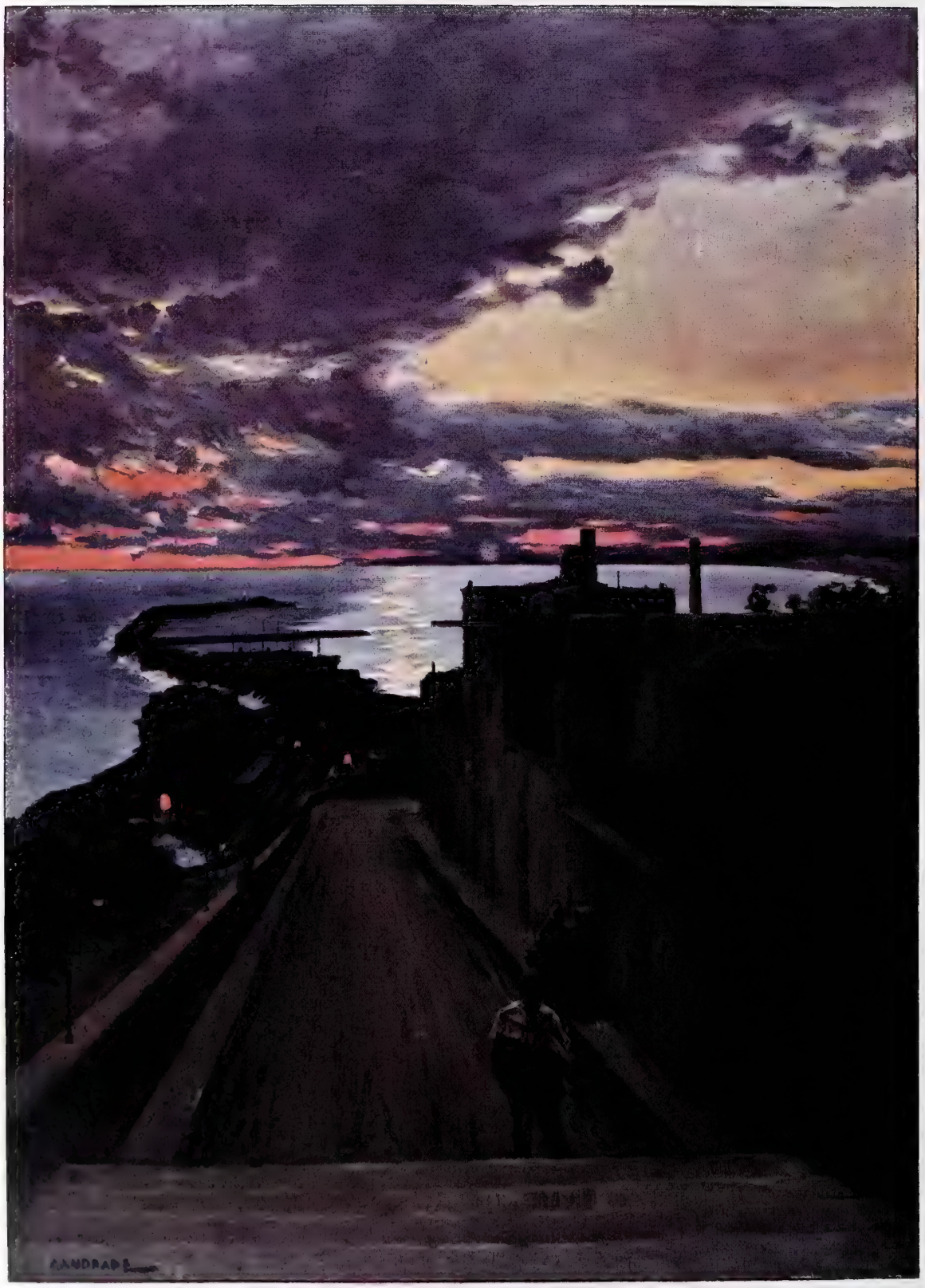
Se ha procurado en primer término acudir á la defensa del pueblo de Guardamar por los procedimientos antes indicados, sujetando por la parte en que las arenas invaden al pueblo, una extensión de 400 metros de largo por 100 de ancho. El método general seguido es el de una acertada combinación del que Bremontier empleó en las landas de Burdeos, con el de Goury y con las ingeniosas modificaciones ideadas por el Sr. Mira.

Si no faltan los recursos, la repoblación de aquellas grandes dunas será pronto un hecho, con el cual se asegurará á la población y á la agricultura de la comarca el tranquilo disfrute de aquella riqueza, hoy constante y fuertemente atacado por el proceso invasor de las arenas voladoras de las dunas.

* * *

OPERARIOS SEMBRANDO Y TENDIENDO RAMAJE
Fots. J. Jordana

LUCES DE PUERTO,
POR A. ANDRADE



PANTOMIMA

PERSONAJES: MARIONETTE, POLICHINELA, ARIEL

(Es en el antro de Polichinela.)

POLICHINELA, el esposo de Marionette, es viejo y sabio. Estudia, descompone en sus retortas y achicharra en sus hornillos esos animalejos fantásticos que viven y mueren en la sangre de la humanidad, y á los cuales las gentes ignorantes llaman pasiones. Allí están á lo largo de las paredes, flotando dentro de panzudos frascos; allí las negras, engendradoras de melancolías; allí las rojas, madres del crimen; allí las amarillas y las verdes, las que suscitan avaricias y lujurias; allí están las azules y rosadas, las de color de dicha, que han venido á la tierra sobre rayos de luna para alegrar las almas.

Polichinela tiene el cráneo pelado y el rostro marchito; cejas y pestañas se han consumido al fuego del hornillo. Odia á sus prisioneras; va sacándolas una por una de los frascos y colocándolas sobre el fuego; y al verlas retorcerse y consumirse, su faz arrugada sonríe, los surcos del rostro suben hasta el cráneo marfileño, y trazan, entrecruzándose, signos cabalísticos.

La labor de Polichinela dura desde hace años y adelanta poco. La agonía de las pasiones suele ser larga; las rosadas y las azules mueren pronto, pero las negras y amarillas son tenaces para vivir.

Suena una risa fresca y juvenil, que rebota en las paredes del antro como granizada primaveral. Es Marionette la que ríe. Polichinela se estremece, se cubre los oídos con las manos amarillentas, y mira con enfado hacia el rincón donde surgió la carcajada como protesta de la vida en aquel palacio de la muerte.

—Eres frívola, Marionette,—dice su mirada severa.—¿Quién sino tú podría tener el capricho de reir en presencia de la verdad? ¿Todavía eres capaz de soñar mentiras, puesto que todavía ríes?

La risa de Marionette se apaga en sus labios. Hace un mohín de aburrimiento, inclina la cabeza y se acurruca en un rincón. Es blanca y rubia; su traje es azul, bordado con salpicaduras de plata. A sus pies hay flores; su abanico de plumas aletea con atolondramiento; su espejo ha caído al suelo, y se desespera reflejando sombras; si supiera llorar, lloraría llamando al dulce rostro de su dueña.

Marionette ha cerrado los ojos y medita. Como nubes de tormenta, pasan por su frente los pensamientos. ¿Por qué ella, que siempre se ha reído, está en el antro de Polichinela, que nunca se ríe? Cuando entró en la caverna, los bicharracos la dieron miedo. Polichinela la instaló en aquel rinconcito, el único á que llegaba un rayo de sol, y se acercó al hornillo.

Marionette lloró en silencio. Cuando se hubieron agotado sus lágrimas, quiso cantar y reir para ahogar los gritos de los animaluchos que abrasándose estaban; pero ellos callaban por oirla, y Polichinela no la dejó cantar. Creyendo amar á su arrugado esposo, acercábase á él para abrazarle; pero su cabeza loca nunca logró enseñarla á medir sus acciones; el aire de sus faldas desviaba las llamas del hornillo; su espejo descomponía el único rayo de sol y enviaba luces á los rincones.

Marionette abandonó las caricias. No tuvo penas, porque su corazón no las pedía; pero se aburrió.

Puesto el sol, sacaba la cabeza por la boca del antro y cantaba en la noche. Ariel, que en la noche paseaba los bosques para aprender melodías en los lamentos de los pájaros, la oyó y se detuvo, porque el canto de Marionette era más melodioso que el de los ruiseñores, y las notas de su canción fueron como nudos de red que apresaron el alma de Ariel.

Ella, un amanecer oyó una voz que repetía sus canciones.—¡Un pájaro más!—Cuando llegó la noche, cantó nuevas canciones asomada á la boca del antro. Y cada aurora, un eco adulador traíale el eco de los trinos que en la noche revolotearon saliendo de su garganta.

Una noche cantó; al amanecer no repitió sus canciones el eco lisonjero. Marionette lloró la mañana y la tarde; en la noche cantó llorando. Al alba, el eco repitió sus canciones, y había también lágrimas en la voz del cantor.

Por eso ríe Marionette: por eso medita, y en la tempestad de pensamientos que como nubes surcan su frente, pasan como relámpagos las notas de la canción; y á cada relámpago nace en sus labios una sonrisa.

Polichinela trabaja. Las bestiezuelas que se abrasan, chillan y blasfeman. Una nube más negra que

las otras dice en la frente de Marionette:—¿Por qué Polichinela no sabe cantar?—Una sonrisa de sus labios responde:—¿Será hermoso el cantor?—Y como sabroso comentario á la pregunta de la que sueña, desenvuélvense en el aire dorado del mediodía las lentas espirales de una canción cantada á media voz

Marionette salta, abre los ojos, despliega los labios, va á gritar:—¡Mi cantor!

¡Suyo!... ¿Y Polichinela?—¡Qué me importa—dice su alma,—si es galán el que canta! Escucharé su canción y no querré verle.

Ariel pasa de nuevo. La música de su canción ríe.

—Parece que el alma—piensa la encarcelada—ha nacido para reir.

Acércase á la boca de la cueva.

—No debo verle, sin embargo.—Y cierra los ojos. Todo queda en silencio:—Parece que el silencio es la muerte del alma. ¿Se habrá marchado?

Ariel canta de nuevo. Su canción llora. Una lágrima, que brilla en las pestañas de Marionette, dice —Bien creo que el alma que no llora, no vive.

Y abre los ojos, no por cierto para mirar al cantor, sino para dejar salir el llanto que los anega.

—¿Será hermoso? ¡Qué importa!...

¡Ojos traidores! sin querer le verían. Y se cubre el rostro con las manos: pero los dedos se apartan formando calada celosía.

Nueva canción. Marionette se vuelve de espaldas, y mira las negruras del antro.

Silencio. Sin duda se ha marchado. Los ojos de Marionette están cansados de contemplar las tinieblas. Puesto que el enemigo no está allí seguramente, ¿qué mal puede haber en mirar al sol? Y volviéndose muy despacio, levanta por un lado el tapiz de malezas que cierra la cueva.

¡Imprudente! ¡A quién se le ocurre levantar la cortina cuando el amor pasa!

Ariel no se ha marchado. Marionette al verle, retrocede. Ariel se adelanta, va á entrar. ¡Habráse visto osadía semejante! Su entrecejo se frunce en mohín delicioso. Es preciso reprender al osado; pero es también preciso que Polichinela no se percate de la audacia: podría al imprudente costarle muy cara... y hay que ser compasiva: el atrevido cantor es un prójimo, y á más un chiquillo inexperto.

Y firme de ánimo, escudada en su derecho, armada de su buena intención, sale de la caverna, con ademán severo, el reproche en los labios y la indignación en los ojos. ¡Ahora sabrá el señor asaltacuevas, quién es ella, la esposa del sabio! La querella se entabla.

¿Y el sabio, entretanto? El sabio aviva el fuego del hornillo y prosigue su horrible tarea; pero he aquí que el más feroz de los animalejos ha conseguido morderle antes de morir. Y el veneno se ha infiltrado en la sangre del viejo y corre por sus venas, abrasándole en ardores nunca sentidos.—¡Ay el fresco rostro de Marionette!—En el cerebro de Polichinela suscítanse fantasmagorías extravagantes.—¡Ay el fresco aleteo del abanico de Marionette sobre los ardores de aquella fiebre!—¡Marionette, Marionette!—La llama con los ojos. No está. Descorrida la cortina de malezas, deja penetrar cascadas de luz. ¿Dónde se fué la siempre reidora?

Caminando sobre los rayos de sol, la mirada de Polichinela alcanza allá arriba, muy lejos, en plena luz, á Marionette y Ariel, que caminan juntos; y Marionette ríe, y Ariel ríe, y la Naturaleza ríe con ellos.

Polichinela se desploma. Chilla después y se retuerce, y sus víctimas gritan allá en el seno de los panzudos frascos:—¡Nos hemos vengado!

Polichinela se yergue. Ha entrado en cólera; combate contra invisibles enemigos, que él ve frente por frente alineados en orden de batalla. Su cráneo pelado choca con las paredes y produce ruidos peregrinos. Polichinela se desploma de nuevo. La risa de Marionette suena en lo alto como clarín de desafío.—Cae el telón.

G. MARTÍNEZ SIERRA

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

BENDICIÓN

(PARA EL MAESTRO CÁVIA)

I

Caen hachos encendios, parte las peñas
el sol que abrasa...
ni en los altos un soplo de viento corre
¡y un pavor de la tierra sale que mata!...

Con la boca más seca que los traspoles
en las eras el mozo del trillo salta;
de roja y encendía que tira á negro
tiene la cara,
y carleando
viene y se abruza muerto de sé á la cántara
que tresmanando cuelga
bajo la parra...

La moza que á la sombra de los nogales
contenta y animosa la ropa lava,
con los brazos esnúos y el seno abierto
luciendo una hermosura de carne blanca,
de puntillas al mozo llega abonico
y dándole en el brazo le aboca el agua
que, cayéndole encima,
tuico lo cala...
Corre tras ella el mozo, la moza vuela...
gavilán y paloma... va á darle caza...
en el cañar cercano
por fin la atrapa,
¡y cómo al removerlas el airecico
más retozón y alegre, tiemblan las cañas!

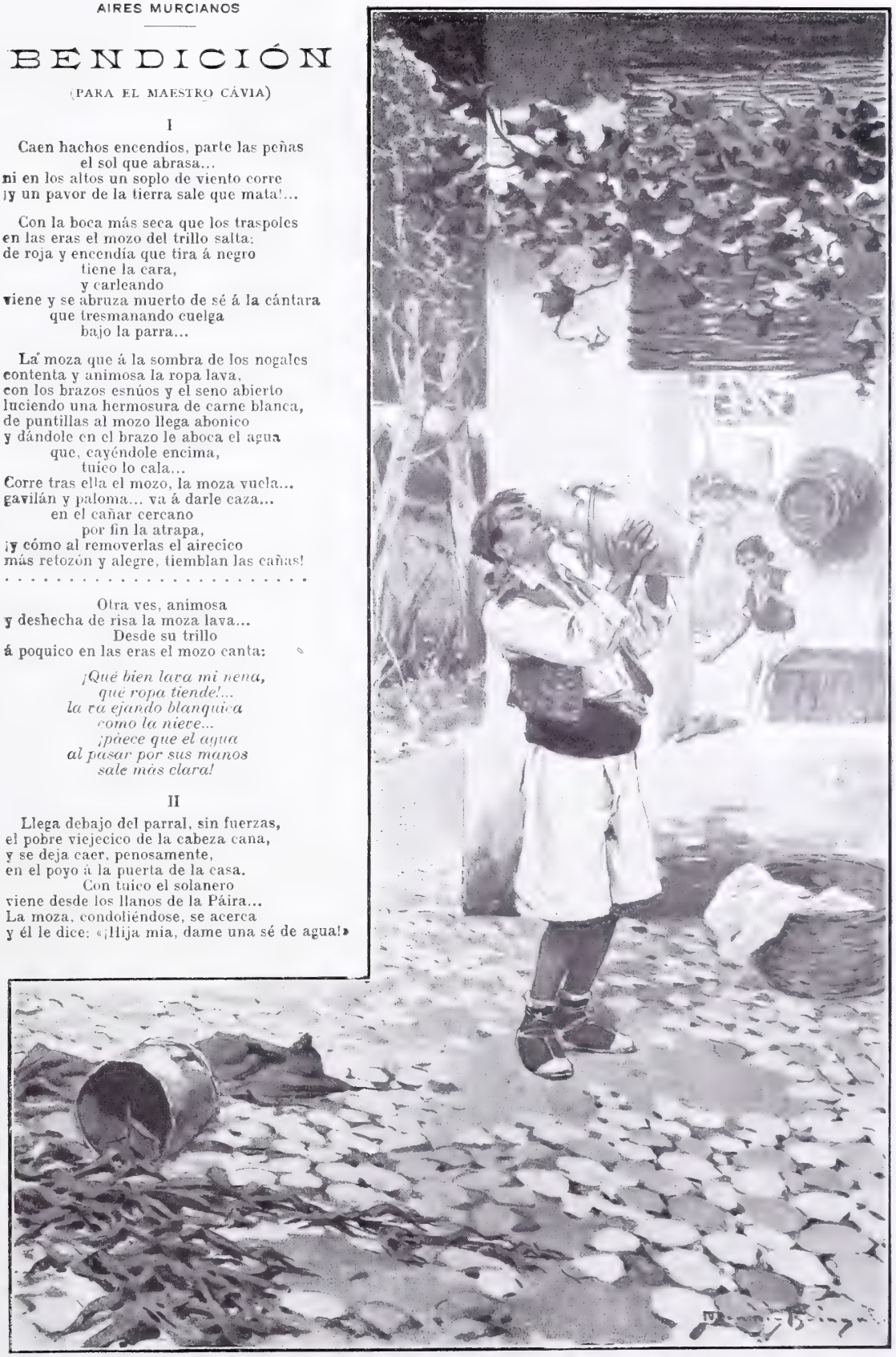
. . . . . .

Otra ves, animosa
y deshecha de risa la moza lava...
Desde su trillo
á poquico en las eras el mozo canta:

¡Qué bien lava mi nena,
qué ropa tiende!...
la va ejando blanquica
como la nieve...
¡páece que el agua
al pasar por sus manos
sale más clara!

II

Llega debajo del parral, sin fuerzas,
el pobre viejecico de la cabeza cana,
y se deja caer, penosamente,
en el poyo á la puerta de la casa.
Con tuico el solanero
viene desde los llanos de la Páira...
La moza, condoliéndose, se acerca
y él le dice: «¡Hija mia, dame una sé de agua!»



Le da la moza,
compasiva, la cántara,
y bebe el viejecico ansiosamente...
luego, asina, como un apóstol á la moza le habla;

«¡El agua es tó, hija mía!... Vengo de los secanos
ande las tierras traspillás se abrasan...
Cuando es que llueve, ó dicho á nuestro modo
con mejores palabras:
cuando á esas tierras el Señor les echa
su bendición, encantan!....
¡el propio Paraíso
son entonces los llanos de la Páira!...
¡hogaño que hay sequía,
de pasar por allí se parte el alma!

»Las cebás se cogieron... á los trigos
entavía les falta...
de llover estos días, pué que á tiempo
la bendición llegara...
Pudiera ser que esta mismica tarde
tuviéramos el agua,
porque es buena señal cuando las nubes
á los picachos del Cajal se agarran...
Dios te lo pagará; dame, hija mía,
¡dame otra ves la cántara!

»¡Qué penosa es la sé, y qué consuelo
tan hermoso es el agua!...
¡El agua es la alegría!...
¡el agua es tó: la vida y la esperanza!...
Desde el alto en que estamos,
mira la huerta que la vista encanta:
¡la cruzan como venas los brazales
en ande corre como sangre el agua!...

»Ayer unos zagales en la cieca,
como hacen las diabluras sin pensarlas,
iban quijero arriba
y töas las hileras las soltaban...
Se vían los caminos
anegándose en agua...
aquella bendición que se perdía...
¡los hubiá confundío, porque me dió una lástima!...
¡¡me paeció que la huerta
toa se desangraba!!...
¡Ay, huerta de mi vida,
si la sangre preciosa le faltara!...»

III

Ya apaga la tierra su sequía... ¡Llueve,
gracias al Señor!...
En la casa la moza y el mozo
juntos se cobijan riendo los dos...
los pájaros pían y buscan sus níos...
granan en los campos los trigos en flor...
¡Agua de los cielos, vida de los pobres!...
¡santa bendición!

VICENTE MEDINA

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

SORPRESAS DE LA FOTOGRAFÍA

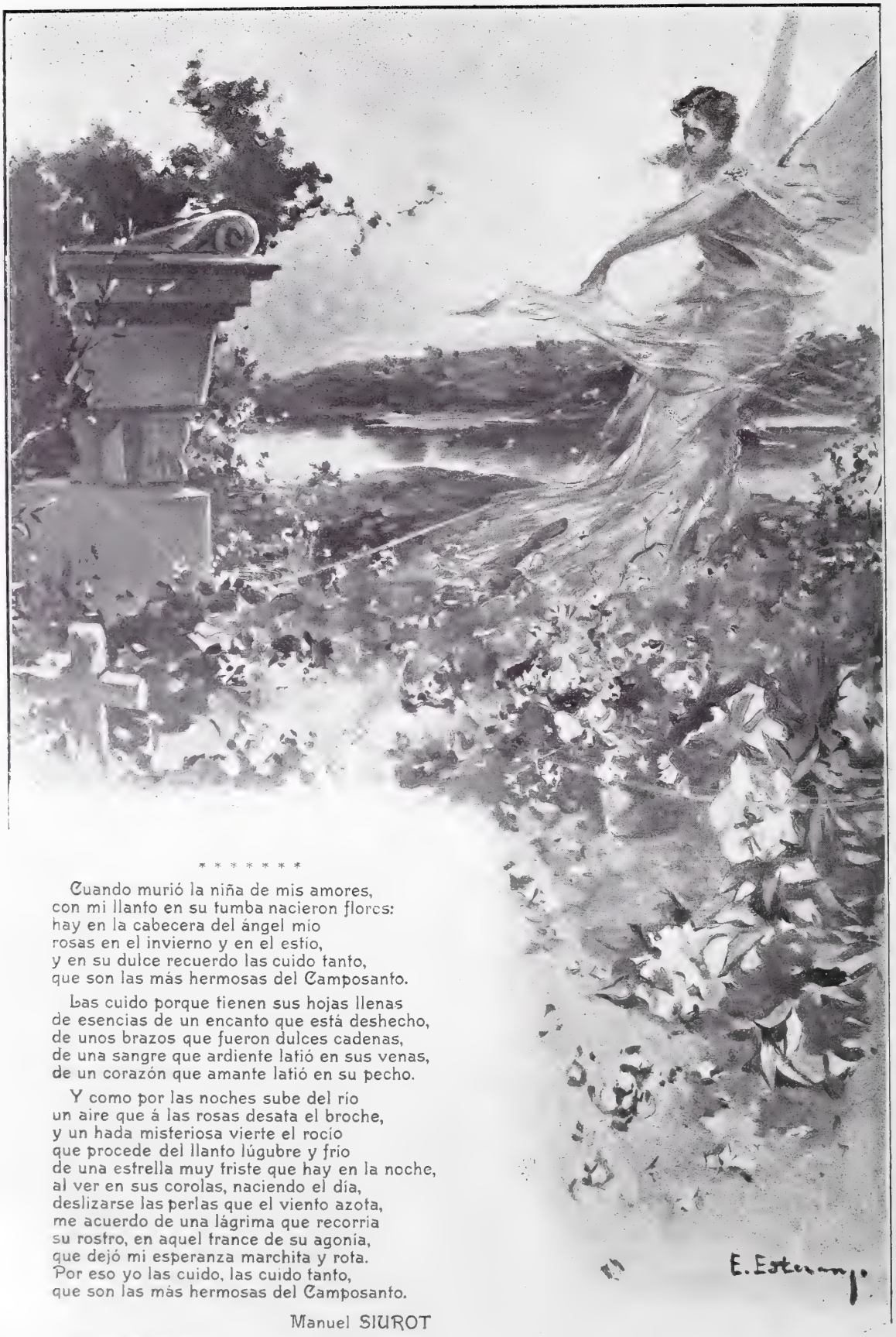
(Monólogo de un principiante)

PUES señor, la verdad es que este palacio resulta espléndido. Yo no sé si es gótico, del Renacimiento ó rococó; pero lo que sí aseguro es que le voy á hacer una fotografía de rechupete... y que, según creo, no saldrá movida. ¡Ajajá! ¡Quieto...! ¡Calle, por ahí viene un punto que me serviría al pelo para marcar las proporciones y dar idea de la grandiosidad de la portada! ¡Eh, buen amigo, ¿quiere hacer el favor de estarse quieto un momento? Tres pasos al frente... ¡Bien! ¡Un poquitín más! ¡Ahora, quieto!... Muchas gracias. Va usted á salir delante de una portada plateresca (creo que es plateresca) de mi flor.

.....

(Al revelar el cliché.) ¡Hombre, qué bruto era aquel punto! ¡Pues no me ha tapado la portada con su cabeza! ¡Sea usted un gran artista para esto!

FOTOGS. DE MUÑOZ DE BAENA



* * * * * * *

Cuando murió la niña de mis amores,
con mi llanto en su tumba nacieron flores:
hay en la cabecera del ángel mío
rosas en el invierno y en el estío,
y en su dulce recuerdo las cuido tanto,
que son las màs hermosas del Camposanto.

Las cuido porque tienen sus hojas llenas
de esencias de un encanto que está deshecho,
de unos brazos que fueron dulces cadenas,
de una sangre que ardiente latió en sus venas,
de un corazón que amante latió en su pecho.

Y como por las noches sube del río
un aire que á las rosas desata el broche,
y un hada misteriosa vierte el rocío
que procede del llanto lúgubre y frío
de una estrella muy triste que hay en la noche,
al ver en sus corolas, naciendo el día,
deslizarse las perlas que el viento azota,
me acuerdo de una lágrima que recorría
su rostro, en aquel trance de su agonía,
que dejó mi esperanza marchita y rota.
Por eso yo las cuido, las cuido tanto,
que son las màs hermosas del Camposanto.

Manuel SIUROT

DIBUJO DE ESTEVAN

¡ECCE HOMO!

El niño Pepito Losada era un asombro! En el colegio de Nuestra Señora de la Luz le enseñaban á todo el mundo como reclamo viviente de aquel negocio. El día de los exámenes públicos se mostraba Pepito ante la expectación de las familias, y después de una reverencia muy bien ensayada, comenzaba á recitar los nombres de los reyes godos, desde Ataulfo hasta D. Rodrigo, refiriendo los más notables hechos de cada reinado, y en tanto que las mujeres le miraban con simpatía, los hombres con admiración y los niños con envidia, el infeliz muchacho hacía salir vibrando de su escurrido pecho la vocecita atiplada, de cuyas monótonas cadencias llevaba el compás con su gran cabezota, mal erguida sobre el cuello raquítico.

Estimulado así con los elogios que sugería aquella su charla de papagayo, estudió sin freno, al extremo de hacerse bachiller en cuatro años y doctor en Derecho y Filosofía antes de siete, quedando á la postre de su jornada científica con una cátedra de universidad entre las uñas, á cambio de acarrearse un estómago dispépsico, la vista miope, la espalda encorvada, el cuerpo sin vigor ni agilidad ni energía, y la cabeza con escaso pelo por fuera y abundancia de noticias vagas y de ideas ajenas por dentro.

Ya tendría nuestro sabio veintinueve años cuando llegó á sospechar, allá en las intimidades de su sabiduría, que era un hombre como los demás hombres, y aun esto no fué recelo espontáneo suyo, sino que le nació ante el agridulce mirar de cierta viudita que traía revueltas en pos de sí algunas voluntades.

Junto á esta mujer se encontraron cara á cara, como rivales preferidos, nuestro sabio y un tal Miguel Pérez, condiscípulo de Pepito Losada, á quien llamaban en el colegio Miguelón, porque era cerril y arisco, y más amigo de pedreas y novillos que de estudios.

Julia, que así la viuda se llamaba, jugando coquetonamente con el afecto de aquellos dos hombres como un gato jugaría con dos ratoncillos, gustaba de verlos discutir y disputar, porque eran los dos tipos más opuestos que imaginarse puede. Miguel tenía gustos de *sportman:* cazaba mucho, viajaba bastante, tiraba á la espada, estudiaba más en la realidad que en los libros, sabía lo necesario para sus negocios, y era, en fin, sereno y reservado; en cambio, nuestro sabio no podía levantar una silla que pesara seis kilogramos; no veía á tres pasos de distancia; charlaba por los codos, y siempre docta y pedantescamente; y aunque no desconocía lo que hicieran los fenicios mil quinientos años antes de Jesucristo, ignoraba lo que deben hacer en sociedad los hombres de nuestros días.

.....

La viuda fué invitada por la madre de Miguel á pasar un día en las posesiones de ésta, próximas á la ciudad, y como se brindaran á ser de la partida nuestro sabio y dos amigas de Julia, salieron desde la casa de ella al rayar el alba, todos con Miguel, en un faetón del que tiraban dos potros briosos y recién domados.

Quiso la desgracia que se cruzaran en el camino con un automóvil y que los caballos del coche, espantados con el estridor y la velocidad de la máquina, salieran huyendo sin que los pudiera refrenar la mano del cochero. Entonces Miguel saltó al pescante y requirió las bridas, las señoras comenzaron á dar gritos de espanto, y nuestro sabio, que á los primeros vaivenes del coche había perdido el sombrero, se agarró, con los brazos en cruz, al respaldo de su asiento.

Los dos caballos, más que corriendo, salvaban el camino á trancos y saltos febriles, en agitación desesperada, como bestias despavoridas, levantando brumazones de polvo y resoplando entre los pe-

nachos de sus crines aventadas; el coche botaba y retemblaba entre sacudimientos crujientes, los árboles parecían huir por ambos lados, y las damas, aferradas al asiento, no tenían más remedio que fijar su vista en el rostro del sabio que tenían enfrente, donde el miedo estallaba con sus más culminantes expresiones. La calva brillábale con desnudez lastimosa entre algunos cabellos erizados á manera de matas en baldío, los ojos saltones y sin luz á través de las gafas mostraban la fijeza del espanto, sus labios exangües y su rostro de cadáver mostraban el pavor del neurasténico, ó sea el miedo total del hombre que carece de toda confianza en su propia fuerza.

Miguel, que ya se había vuelto varias veces para dar ánimos á las señoras, hizo un supremo esfuerzo, y aprovechando que la cuneta de la carretera estaba cegada á la izquierda del camino, metió los caballos en un campo recién regado, donde al cabo de bregar con los húmedos terruños quedaron rendidas y aquietadas las bestias y atascado el vehículo.

Las damas recuperaron pronto su habitual alegría, pero el sabio no pudo recobrar ni la tranquilidad ni su sombrero; de suerte, que al llegar á la quinta le fué preciso aceptar una gorra de Miguel, que por estarle muy pequeña le daba cierto aspecto de personaje de sainete que contrastaba con su gravedad de filósofo.

Olvidado tal percance, los invitados triscaron y corrieron por aquellos vericuetos agrestes, en tanto que el sabio les daba noticias prolijas, con cualquier fútil pretexto, sobre el arte y la historia antigua, al extremo de hacerse enfadoso por su tono grave y dogmático; pero cada vez que era preciso saltar un arroyo, alcanzar una rama, coger unas flores, rodar un peñasco y otras mil necesidades activas que en la vida campestre se sugieren, no era el sabio, sino Miguel, quien servía á las damas, trocado en pies y manos de sus deseos, de tal manera, que en cierta ocasión en que el profesor quiso mostrarse galante y ayudar á Julia á saltar una acequia, lo hizo con tal desconcierto, que se escurrió en el agua y le fué necesario aceptar, además de la gorra, unos pantalones de su rival y amigo, con los que acabó de estar la más ridícula figura del mundo.

Cuando regresaban en el coche recayó la conversación sobre los estudios que se deben dar á los hijos; entonces el sabio explayó toda su elocuencia, pero Julia le interrumpió diciendo:

—Yo no sé qué carrera daría á un hijo mío, pero le enseñaría ante todo á ser hombre, á valerse bien de sus manos, de sus piernas, de sus ojos; á tener agilidad, perspicacia y fuerza, porque lo primero que necesitan los hombres es contar consigo mismos; después le enseñaría alguna cosa concreta y útil, pero jamás tendría la loca pretensión de que lo estudiara todo.

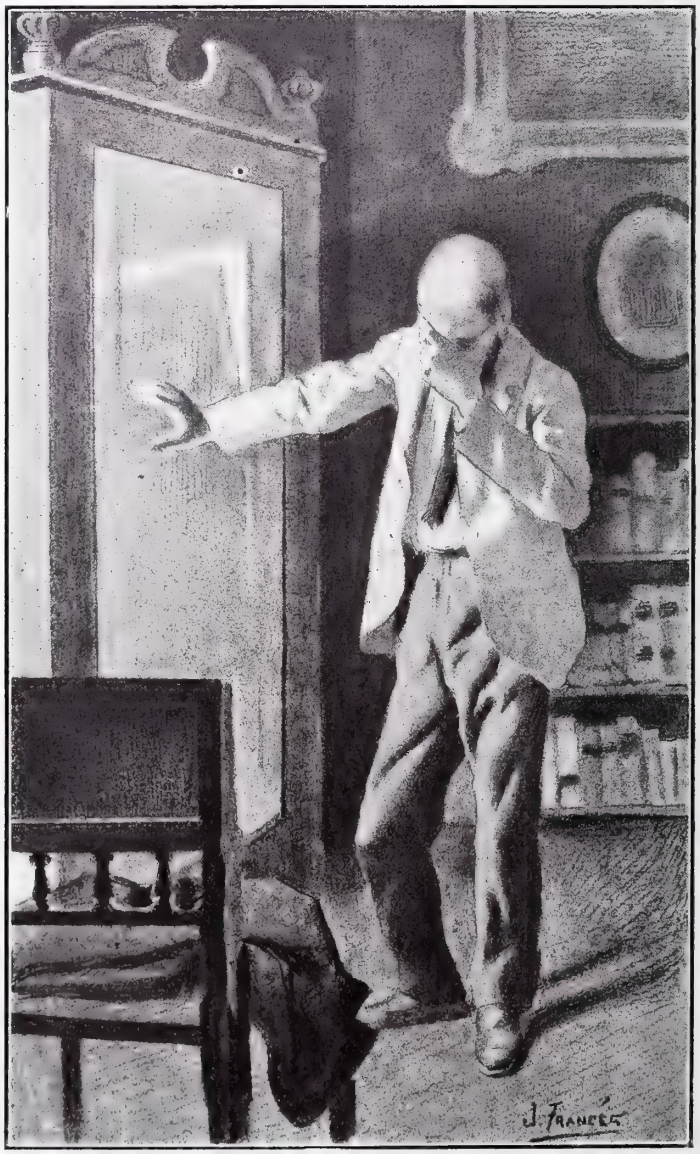
El pobre sabio no volvió á replicar. De vez en cuando miraba calladamente y lleno de amargura á Julia, que muy risueña cuchicheaba con Miguel.

Cuando llegó á su casa nuestro hombre y se miró al espejo, que le puso de frente su ridícula figura, abatida y ajada por el abuso del sedentario estudio, hasta el extremo de haberle quitado la virilidad propia de su sexo y reducido á una especie de hibridez física sin belleza y sin vigor, el pobre catedrático sintió justificadas las ironías de la viuda, y con los ojos arrasados en lágrimas exclamó:

—Los yanquis pagan mejor á sus maestros de *foot-ball* que á sus profesores de filosofía ó matemáticas, y hacen muy bien, porque el *foot-ball* es más favorable á la existencia. Si nosotros pensásemos de ese modo, tal vez no nos habrían ellos derrotado. ¿Cómo he de ser yo un sabio, cuando ni siquiera soy un hombre...? ¡Yo soy el fruto de las tradicionales preocupaciones y rutinas de un pueblo decaído que ni quiere ni sabe vivir! ¡Yo soy un engendro inverosímil como la metafísica histórica! ¡¡Yo soy un aborto universitario!!

Después, alargando sus manos hacia el espejo donde se reflejaba su imagen escuálida, llena de flacidez y de desmayo, exclamó con voz que ahogaban los suspiros:—¿Cómo han de amarme las mujeres? ¡¡Ecce homo!!

RAFAEL TORROMÉ



DIBUJO DE J. FRANCÉS

EN EL PUERTO DE BARCELONA.
POR CARLOS VÁZQUEZ

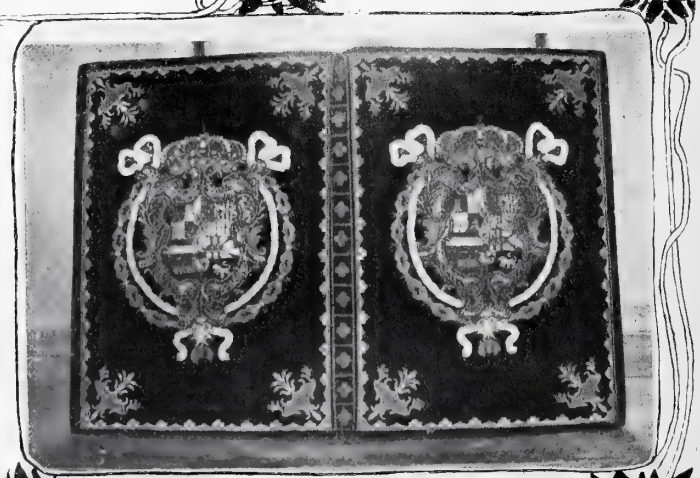
EL ARCHIVO DE SIMANCAS

En una severa villa castellana, á dos leguas de Valladolid, se alza terrible fortaleza defendida por fuertes murallas, cercada por dobles fosos con espantables saeteras y amenazadoras almenas, reforzada con cubos y matacanes, y en la cual se guarda una de las pocas riquezas qne á nuestro desdichado país le quedan intactas. Es aquel un sagrado asilo de nuestra Historia, y quien penetre en él y se encuentre en situación de apreciar la valía de los tesoros que allí se guardan, comprenderá fácilmente las poderosas razones que ha habido para defender por tantos medios las históricas reliquias. Una magnífica escalera, construída por el insigne arquitecto del Escorial, conduce á los cincuenta salones donde se guardan cerca de ochenta mil legajos que contienen millones de documentos referentes á la Historia política de España, y principalmente á los asuntos de Estado.

VISTA GENERAL DEL ARCHIVO

MURALLA Y SEGUNDO FOSO

Uno de los cubos que avanzan sobre la muralla es el llamado del *Obispo*, porque sirvió de prisión al famoso prelado y agitador Acuña, que tanta participación tuvo en el movimiento nacional de las comunidades de Castilla. En la misma habitación, que hoy sirve de despacho al jefe del Archivo, fué ejecutado el indómito obispo de Zamora: grave lección da este cambio de destino de aquel aposento á los ilusos enamorados á ultranza de lo



ENCUADERNACIÓN DEL SIGLO XVII.

TORREÓN DEL OBISPO ACUÑA

antiguo. Los sitios donde antes ahorcaba y degollaba la brutal pasión política, son hoy reposados asilos del estudio y de la ciencia. Lo que fué enriscada fortaleza es hoy Archivo pacífico. El César Carlos V fué quien pensó primero convertir el castillo viejo en depósito de documentos. Su hijo Felipe II realizó importantes obras para adecuar el edificio al nuevo destino que se le daba. Todos los monarcas sucesivos han procurado el aumento y mejora del establecimiento científico, que hoy día, por su acertada organización, compite con los mejores de Europa.

Muestras de su riqueza son dos encuadernaciones que reproducimos: una contiene la institución de patronatos de las iglesias del reino de Granada, hecha por los Reyes Católicos en 1492; otra, bordada en oro y sedas sobre terciopelo rojo, es del siglo XVII y guarda la bula de fundación de la colegial de San Ildefonso.

La invasión francesa arrebató al Archivo en 1810 cerca de 8.000 legajos. Algunos fueron devueltos cuando, vencido Napoleón, entraron los aliados en París en 1814. Otros se han quedado por allá y no hay trazas de que vuelvan.

ENTRADA AL ARCHIVO

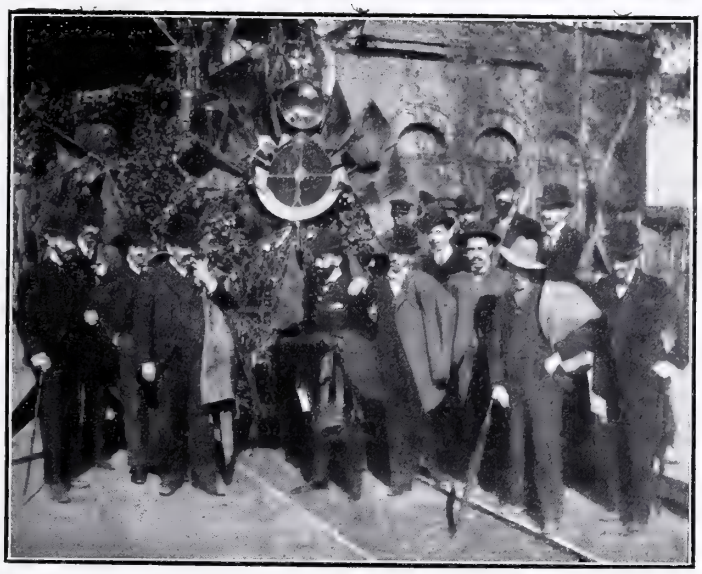
Pero aun faltando allí un fondo de documentos tan interesante, el Archivo de Simancas es inagotable, y todos los días se descubren en él nuevos y magníficos documentos que vienen á arrojar notable luz sobre hechos desconocidos ó mal estudiados de nuestra Historia. Los inteligentes funcionarios del cuerpo de Archiveros que, bajo la dirección del activo y diligente investigador de nuestra Historia señor D. Julián Paz trabajan en Simancas sin descanso, realizan callada y modestamente una obra científica y patriótica del más alto interés.

ENCUADERNACIÓN DEL SIGLO XV.

FOT. J. M. LLORENTE

TERTULIA DE PALOMAS,
POR GARCÍA Y RODRÍGUEZ

ACTUALIDADES



PERIODISTAS EN LA INAUGURACIÓN DE CAMINOS VECINALES EN VILLAVICIOSA DE ODÓN
Fot. Asenjo

La solemne inauguración, verificada en todas las provincias de España, de la extensísima red de caminos vecinales proyectada por el ministro de Agricultura y Obras públicas en el cortísimo tiempo que lleva al frente de su departamento ministerial, ha sido uno de esos acontecimientos que antes se verificaban silenciosamente, como si los mismos que los emprendían no tuvieran fe en su trascendencia ni les atribuyeran el alto y grandísimo interés patriótico que en realidad tienen.

Claro está: era mucho más fácil y más brillante hasta hace poco alucinar á las muchedumbres con el aparato y pompa de los discursos y alardes oratorios. Entre la preparación y estudio de la pieza oratoria mejor aderezada y más de-

COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA DE LOS CAMINOS EN CIUDAD REAL
Fot. Muñoz de Baena

mosténica, y las organizaciones, planes y proyectos necesarios para construir una carretera, es manifiesto que esto último requiere mucho mayor trabajo, más grande tenacidad y más constante perseverancia, por lo mismo que ésta es labor fecunda y positiva, de choque rudo con la realidad y con los obstáculos y dificultades materiales.. Pero la gente ha cambiado

EL PUEBLO DE ALMAGRO ACOMPAÑANDO AL MINISTRO DE AGRICULTURA
Fot. Muñoz de Baena

CARRERAS Á PIE EN BARCELONA. EL VENCEDOR LLEGANDO Á LA META
Fot Cuyás Aleu

mucho en poco tiempo. Sólo un escepticismo tan grande que constituye verdadera y lamentable ceguedad, ha podido en estos últimos días proclamar como verdad averiguada é inconcusa la atonía del pueblo español, su abulia ó falta de voluntad y su falta de pulso. La realidad, que no se amaña con frases retumbantes, ni se disfraza con párrafos floridos, enseña á quien tiene ojos que el país, la gente (si no se quiere decir el pueblo) estima ya en mucho más una azadonada que cien discursos, y buena prueba de ello son esas multitudes que en todas partes de España han acudido con religioso entusiasmo á la inauguración de las obras para los caminos vecinales, según acreditan nuestras fotografías, así

INAUGURACIÓN DE CAMINOS VECINALES EN SEVILLA

como las grandes y espontáneas ovaciones que el pueblo de Ciudad Real y el de Almagro han tributado al joven ministro de Agricultura y Obras Públicas en su visita á dichos pueblos.

Uno de los lugares donde la inauguración de esas obras se ha verificado con mayor solemnidad, ha sido Sevilla. Al acto asistieron todas las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, la Diputación, el Ayuntamiento, la Cámara Agrícola y la de Comercio é infinidad de personalidades importantes de la capital de Andalucía, así como un público numerosísimo y entusiasta. Todos hicieron grandes elogios de la actividad é inteligencia desplegadas por el ilustre ingeniero director de los trabajos don Mariano de Cárcer, cuyo proyecto, según los entendidos, es una obra de verdadera importancia.

En Barcelona acaba de verificarse, el día 20, un feliz ensayo de juegos olímpicos ó deportes atléticos muy interesante: ha sido una carrera á pie, de catorce kilómetros de recorrido, en la cual tomaron parte veinte corredores, *entrenados* por ciclistas. El vencedor, Juan Durán, á quien nuestra fotografía representa en el instante de llegar á la meta, es un joven de piernas de acero que, si prosigue como ha empezado, llegará á donde se proponga.

Nada hay perfecto en este mundo, ni siquiera los imponentes y al parecer infalibles acorazados de la Real Marina inglesa, considerados hasta ahora como una de las cosas más acabadas del mundo. Por un error de maniobra ó por otra causa cualquiera, es el caso que hace pocos días, en la costa de Galicia, uno de los enormes acorazados de la escuadra británica, el *Annibal*, abordó á otro, el *Prince George*, y de buenas á primeras le puso la línea de flotación al alcance de los besugos menos audaces.

EL ACORAZADO INGLÉS «PRINCE GEORGE» DESPUÉS DE LAS AVERÍAS EN AGUAS DEL FERROL Fot. P. Aparicio

La fotografía que del Ferrol nos remiten representa el triste aspecto del barco *enfermo*, tumbado casi mientras le arreglaban las averías. Como estos formidables aparatos bélicos tienen tanto aire de inteligencia, el verlos averiados inspira casi casi compasión humana.

Novela ó historia, el rapto de las dos jóvenes húngara y rusa pertenecientes á la tribu ambulante de los Sres. Kwiek y Demeter ha preocupado al público y excitado grandemente las fantasías románticas.

LA TRIBU RUSO-HÚNGARA EN MADRID Fot. Traumace

Nosotros hemos ido, como todo el mundo, á visitar á los artistas y caldereros eslavos, de cuya estética se ha hablado con evidente exageración. Hay en el aduar algunas mozas guapas y algunos chiquillos graciosos é interesantes, pero no más que los que se encuentran en cualquier rancho de gitanos vulgares, y perdonen los señores Kwiek y Demeter.

El empresario del Lírico se ha conmovido de las desgracias de la *troupe*, y ha logrado, según parece, que hagan su aparición en la escena de dicho teatro, en el cual presentarán al público toda la tribu.

* * *

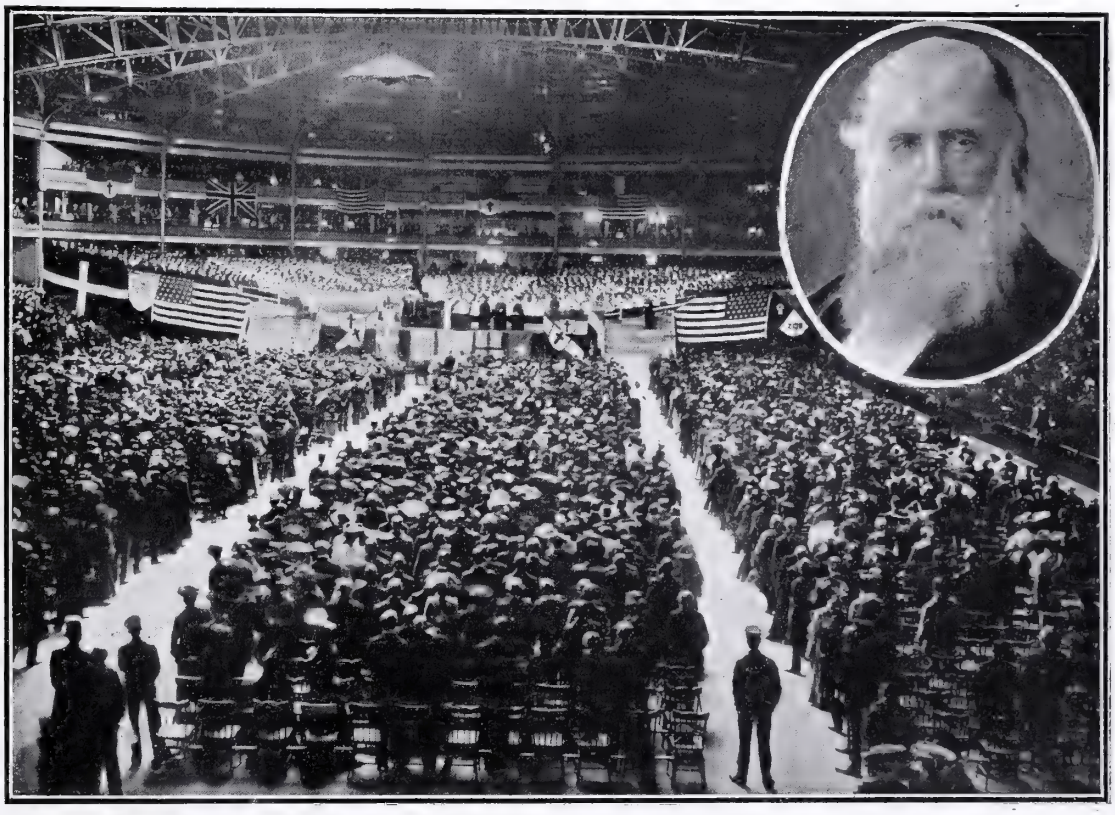
AÑO TRECE Y NUMERO 653 MADRID DIA 7 DE NOVIEMBRE DE 1903

BLANCO Y NEGRO

ACTUALIDAD EXTRANJERA

NUESTROS entrañables amigos los yanquis, por tener abundancia, opulencia y plétora de todo, hasta poseen las religiones por gruesas.

Según las últimas estadísticas, hay, en efecto, más de doce docenas de religiones vivas y efectivas en el territorio de los Estados Unidos del Norte de América. La propaganda religiosa es allí tan activa y constante como la propaganda comercial é industrial, y como ellas, arrastra en su movimiento muchos cientos de millones. Porque en materia religiosa acontece allí como en materia de enseñanza y de ciencia: el que no puede aportar á la obra común su inteligencia ó su *parte de ideal*, ofrece y da sus dineros; y bien mirado, si respetable es el conato y esfuerzo de los intelectuales que apoyan una idea y



UNA CONFERENCIA DEL PROFETA ELÍAS EN NUEVA YORK — EL PROFETA ELÍAS II, DOCTOR DOWIE
Fot. Gribayedoff

la desenvuelven é iluminan en todas sus fases, no es menos simpático el empeño de buena voluntad de quienes, vislumbrando apenas ó entreviendo casi inconscientemente el provecho que de tal idea se desprende ó puede algún día deducirse, proporcionan con gran entusiasmo los medios materiales para que se realice.

Reciente es, pero de inaudita y enorme resonancia, la propaganda emprendida por cierto doctor Dowie, venerable sujeto de barba blanca, de prestigiosa apostura y de riñón muy bien cubierto, y á quien llaman *el segundo profeta Elías*. Sus predicaciones religiosas, cuyo fondo, aun cuando no está muy claro (al menos para nosotros), parece coincidir en algunos puntos con el movimiento *sionista*, mitad religioso, mitad político, hoy tan importante en Europa y América, han logrado una resonancia y un número de adeptos como ninguna otra secta había conseguido en los Estados Unidos de América desde el gran desarrollo de la secta metodista, que tanta influencia tuvo en la división de los espíritus y de las razas en tiempos de la guerra de secesión

LA EMBAJADA COMERCIAL ESPAÑOLA
CON EL PRESIDENTE DE LA ARGENTINA, GENERAL ROCA,
EN LA EXPOSICIÓN DE BUENOS AIRES
Fot. del «Mercurio»

LA VENCEDORA,
MLLE. CHEMINEL
Fot. G. Penabert

El *profeta Elías II*, que es millonario y vive como un príncipe, aun cuando predica la sencillez y la austeridad, va rodeado de una especie de guardia de corps uniformada. Millares de yanquis oyen su palabra con embeleso y pagan espléndidamente esa palabra que les abre horizontes desconocidos.

Al lado de esas sublimes predicaciones, poco significa la embajada comercial española que ya está en Buenos Aires, donde ha sido perfectamente recibida y agasajada. No son el Sr. Rahola ni el Sr. Zulueta, ni los demás dignos representantes de la industria española, mensajeros de celestiales venturas; pero sí están realizando ya una misión noble y útil que los argentinos amantes de España, desde el general Roca hasta el más humilde ciudadano de la gran República, saben apreciar y enaltecer.

Un refrán castellano dice que la suerte de los pobres está en los pies, y cumplidamente lo han demostrado las *midinettes*, ó sea las obreritas de los talleres de París, en la carrera á pie últimamente verificada. De ella recibimos preciosas fotografías y el retrato de la vencedora, señorita Juana Cheminel, que corrió como un gamo para obtener el premio, probando que de las obreras parisienses como de las madrileñas, la que no corre, vuela. La carrera se ha verificado en la carretera de París á Nanterre, y la Srta. Cheminel anduvo los doce kilómetros en una hora y cinco minutos.

* * *

UNA CORREDORA
INTERESANTE
Fot. Branger Doyé

LA CARRERA DE LAS «MIDINETTES» EN PARIS
Fot. Branger Doyé

SEMENTERA

De las galas con que Mayo la ciñera,
ya la tierra se principia á despojar;
ya la alegre golondrina pasajera
dejó el nido que labrara en primavera
y otro nido y otros climas fué á buscar.

Desprendidas sobre el césped que el verano
con sus vívidos ardores agostó,
deshojadas se marchitan en el llano
las espléndidas guirnaldas con que, ufano,
el ramaje de los bosques se adornó.

Ya más pronto cada vez el sol se aleja:
y ya es grato, junto al fuego del hogar,
mientras hila, acurrucándose, la vieja,
de sus labios balbucientes la conseja
ó los cuentos pavorosos escuchar.

Ya la niebla con su velo cubre el valle;
ya las mozas con los pliegues del mantón
desfiguran el gentil y esbelto talle;
ya los chicos en la plaza ó en la calle
juegan más al «hinca-palo» que al peón,

ó traviesos á los fordos apedrean
que en bandadas asaltando el olivar,
al revuelo, codiciosos picotean
las sabrosas aceitunas que negrean
y se ablandan, comenzando á madurar.

La feraz Naturaleza ya sumida
en tranquila é indolente placidez,
se dijera que reposa adormecida,
entretanto que á la lucha interrumpida
los labriegos se disponen otra vez.

Sol de Otoño que no abrasa el campo inunda
con su tibio y sosegado fulgurar,
y á la tierra, madre próvida y fecunda,
vuelve el hombre, que en su amor eterno funda
su esperanza, las semillas á entregar.

Avanzando en línea recta por el llano,
á voleo lanza el trigo el sembrador,
y al impulso vigoroso de su mano,
como espesa lluvia de oro, el rubio grano
se derrama por igual en derredor.

Y aguijando con los limpios gavilanes
á las yuntas perezosas, van detrás
el arado conduciendo los gañanes,
que divierten del trabajo los afanes
con canciones de monótono compás.

Y la reja, por el roce ya bruñida,
se hunde fácil, sus entrañas sin herir,
en la tierra, que esponjosa y removida,
separándose á ambos lados dividida,
borra el surco, las semillas al cubrir.

* * *

¡Nobles héroes del trabajo, que hacia el cielo
vuestros ojos suplicantes levantáis,
y teméis que, defraudando vuestro anhelo,
hasta el pan que le pedís os niegue el suelo
agrio y duro, que con lágrimas regáis!

¡Que el estéril desaliento nunca os venza!
Ya las lluvias empezaron á caer,
y, acabada felizmente la simienza,
en los surcos, aún mullidos, ya comienza
la semilla que arrojásteis á nacer.

¡Sin desmayo, puesta en Dios la confianza,
con empeño infatigable trabajad;
que ese trigo que, anunciando bienandanza,
ahora dice en letras verdes: ESPERANZA,
dirá luego en letras de oro: REALIDAD!

MANUEL DE SANDOVAL

DIBUJO DE REGIDOR

Los Zualzo

Manuel Zualzo salió de España muy joven en busca de fortuna con otros emigrantes de su edad y al breve tiempo de haber llegado á América, de tal modo le favoreció la suerte, que llamó presuroso á sus hermanos menores Enrique y Pablo para que fueran auxiliares y partícipes de sus negocios, ya que nadie podía con más fidelidad secundarle en el trabajo ni con mejores derechos compartir sus beneficios.

Los hermanos Zualzo, como en todas partes les llamaban, se enriquecieron pronta y grandemente.

Aquellas almas vigorosas, conmovidas con el trasiego de la emigración y deshollinadas de negras tradiciones con los aires de la tierra nueva, explayaron sus potencias como semilla caída en la tierra que le es más apropiada, y aplicaron su actividad, llena de concepciones claras y ejecuciones prontas, á tan varias empresas, que casi todas las fuentes de riqueza del país les rindieron pródigamente sus caudales.

Manuel, el hermano mayor, era el hombre de las grandes iniciativas, el director práctico de los Zualzo, el emprendedor infatigable, y ante su opinión y su consejo se doblegaban Enrique y Pablo respetuosamente, con sumisión y cariño filiales.

Después de veinticinco años de expatriación, calmada con la abundancia del oro el hambre y la sed de adquirirlo, los Zualzo tuvieron ocasión de pensar y de sentir algo que no fuera materia explotable, y como si despertaran de un profundo sueño, la idea de la patria apareció en su mente con todos los fulgores de una realidad apetecible y avasalladora.

Después de madura discusión, realizaron su capital inmenso y regresaron á España, donde ya no tenían ni parientes ni amigos, y donde la tumba de sus padres era la única llama que iluminaba con alguna claridad sensible las confusas nieblas de su infancia breve.

Llegaron, pues; se establecieron en el pueblo famoso de la montaña donde vieron los tres la luz del día, y Manuel, el hermano mayor, que recordaba mejor que los otros las añejas tradiciones de la familia, estableció el antiguo régimen de vida y las austeras y sencillas costumbres que mantenían y perduraban el espíritu de la raza, ligando á los Zualzo presentes con los Zualzo pasados, como si aquella tremenda lucha de más de veinticinco años para lograr en tierra extraña una cuantiosa fortuna no fuera más que un paréntesis, un detalle, una circunstancia, sin otra consecuencia que la del oro acumulado en las arcas.

Un día, después de almorzar, que era la ocasión de las confidencias solemnes, el hermano mayor habló á los otros dos Zualzo de esta manera:

—Hasta ahora hemos pensado en hacer una fortuna para nuestro porvenir; pero hoy que somos ricos, hemos de pensar en el porvenir de nuestra fortuna. Los tres permanecemos solteros; muertos ya nuestros parientes, los unos habremos de heredarnos á los otros, y el que superviva se verá en la precisión de legar su fortuna á manos extrañas; tal vez á quien menos la merezca.

—Triste será—replicó el hermano menor—que esa fortuna, lograda á fuerza de tantas privaciones y sacrificios, sea después derrochada por manos indignas, que en pago de obtenerla se mofe de nuestra laboriosidad para adquirirla.

—Pues bien—replicó el hermano mayor;—no veo más que una solución honrosa y lógica para este conflicto.

—¿Cuál?—preguntaron los dos hermanos.

—El matrimonio. Debemos casarnos.

Esta solución causó estupor en aquellos cerebros, que no habían tenido tiempo jamás para pensar en el amor y que dudaban de su existencia.

—¡Casarnos!—exclamó Pablo.—¡Somos ya muy viejos! Yo tengo cuarenta y cinco años, y soy el más joven de los tres.

—No es necesario que los tres nos casemos; basta con que uno solo haga ese sacrificio.

Al cabo de discutir ampliamente sobre cuál de ellos debía casarse, el hermano mayor resolvió que lo decidiera la suerte, y después de escribir los nombres de los tres en sendos papeles y de insacularlos arrollados en un sombrero, llamaron á Gracia, que así la criada se llamaba, para que extrajera una de las tres papeletas, á lo cual obedeció la moza, entregando el papel al hermano mayor, que, desdoblándolo, leyó el nombre de Pablo, á quien dijo solemnemente:

—Tú debes casarte.

Pablo la emprendió contra la moza diciéndole mil pestes y maldiciones, de suerte que ella túvose que marchar más que de prisa, y así que se apaciguó el bullicio que produjo tal escena, replicó el menor de los hermanos:

—Supongo que este negocio, por ser el más grave, lo meditaremos con mayor detenimiento.

—Seguramente—respondió Manuel.—Entre los tres pensaremos las condiciones que deba reunir nuestra futura cuñada, y después nos consagraremos con calma á buscarla en el pueblo ó fuera del pueblo.

—Yo creo—replicó Enrique—que la primera condición es que sea mujer robusta, fuerte, sana; capaz de tener descendencia, que es lo que se trata de encontrar.

—Yo no deseo una vaca ni una coneja; ante todo, quiero una mujer honrada.

Desde aquel momento ya no se habló en casa de los Zualzo de otra cosa que de la boda: en repetidas conferencias se fijaron las condiciones que había de reunir la futura madre del heredero, y los tres Zualzo comenzaron á hacer las indagaciones necesarias para el mejor éxito de la empresa.

Pablo, que jamás había pensado en el himeneo, bajo el influjo de aquella obsesión femenina estaba enamorado *en abstracto*, es decir, sin poder fijar precisamente, como Don Quijote, el objeto de sus amores.

Pasaron revista los Zualzo á todas las mozas casaderas del pueblo, y unas por una causa, otras por otra, fueron desechadas todas; pero Pablo, sufriendo ya la comezón del matrimonio, se hubiera decidido por cualquiera de ellas, porque en todas veía algún encanto deseable, y lo único que contenía sus ansias era lo que él llamaba garantía de la honradez futura, puesto que á su modo de ver, podía

una mujer garantizar su virtud pasada, pero no la venidera.

Obsesionado con estos pensamientos estaba Pablo, cuando se le acercó Manuel para decirle que ya se había decidido por aconsejarle una novia excelente, y que al otro día podría pasar á pedir su mano, con lo cual Pablo, alborozado como un chico por desechar la pesadumbre de sus dudas é impulsado por aquella sugestión erótica, se encontró á Gracia de manos á boca en un pasillo y le dió un abrazo.

La moza, que era honesta y que tenía añejos rencorcillos con su amo, aprovechó la ocasión para darle la más tremenda bofetada que sufrió Pablo en su vida; de tal suerte, que se enfureció y persiguió á la criada para vengarse, pero ella pudo llegar á su cuarto, cerrar la puerta y echar el cerrojo, mientras el amo, con la mano en el carrillo, exclamaba mohino:

—Es usted muy soez, muy bárbara, muy cerril. ¡Esto ya es demasiada virtud!

Gracia, por el pronto, no respondió á su amo, y medrosa y hecha un rebujo al pie de su cama, le estuvo escuchando, hasta que al fin, como la voz del amo se ablandara y sus quejas fueran más razonables, la muchacha con voz tímida respondió á través de la puerta:

—Señor amo, usted me perdone, pero... mi madre me ha dicho que no me tiene que abrazar más que aquel que sea mi marido.

—¿Y te parece justo responder de esa manera?

—Sí, señor; á las palabras con palabras y á las obras con obras.

—¿Y es verdad que nadie te ha abrazado?

—Sí, señor.

—Júralo.

—Lo juro.

—Quiero ver cómo besas la cruz.

Entonces la moza aproximó la silla á la puerta, abrió los cristales del montante, y asomando por aquella ventana su hermoso busto se llevó los dedos en cruz á la boca, y entre ruborosa y sonriente los besó dos veces.

En aquella actitud encontró Manuel á su hermano Pablo, y como le sorprendiera tan singular escena, el hermano menor, señalando á Gracia, exclamó:

—Te presento á mi futura esposa. Es la mujer robusta que desea Enrique y la mujer honrada que pretendo yo.

—¡Estás loco!

—No; me ha dado pruebas muy fuertes de su honradez.

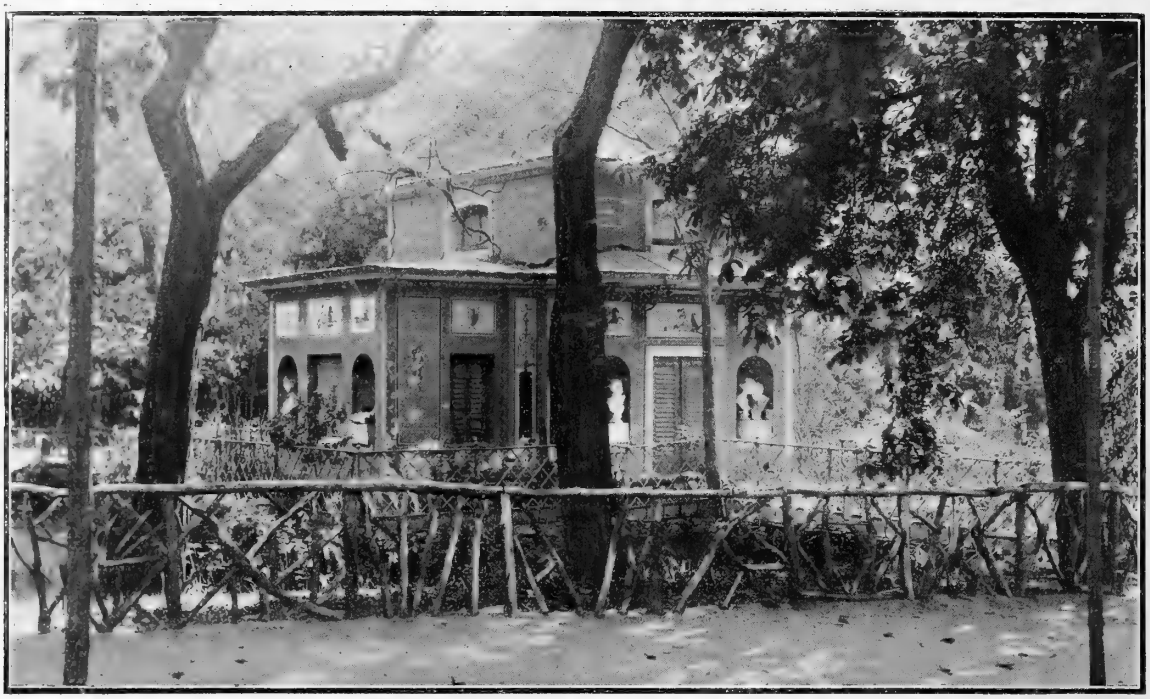
—Pero... mira lo que haces... Es muy cerril.

—Yo la domaré... Es una mujer lógica; responde á las palabras con palabras y á las obras con obras.

RAFAEL TORROMÉ

DIBUJO DE J. FRANCÉS

MIRANDO A LA ALHAMBRA,
POR JOSÉ DE LARROCHA



LA CASA DEL PESCADOR

RUINAS DE LA BASÍLICA

El Retiro en Otoño

En todo tiempo es hermoso nuestro gran jardín madrileño, ó por lo menos así nos lo parece á los que no tenemos otro y que le amamos como quieren los padres á sus hijos únicos. Pero en invierno el Retiro es triste, como todo bosque de árboles secos.

Los pinos que rodean el Angel caído y la Estufa bordeando la subida desde Atocha, los que cercan la parte más bonita y aristocrática del paseo de Fernán-Núñez, aquella donde los señores viejos descienden de sus coches á dar un breve y lento paseíto y las damiselas pavonean sus abrigos y dejan flotar las altivas plumas de sus sombreros, son unos pinos tristes, callados, árboles que parecen de hierro y cuyas ramas no se mueven por muy fuerte que el viento sea. Los demás árboles invernizos que en el Retiro abundan contribuyen á dar á ciertos lugares del Parque un aspecto profunda y misteriosamente melancólico.

En verano, el Retiro no constituye un refugio, ni mucho menos, para el pobre paria madrileño que aspira á huir del ambiente desolado, mefítico y caliginoso en que aparecen envueltas calles y plazas. Todo lo contrario. No hay nada más lamentable que el aspecto del pobre bosque, sediento y asurado, cuyos árboles parecen grises, con las hojas cargadas de polvo y en cuyos estanques y fuentes ebulle el agua hirviente.

La desesperación veraniega, enfermedad horripilante de los madrileños, se apoderará aún con mayor fuerza de vuestro ánimo. El Retiro es un lugar más de condenación y de sufrimiento, una prolongación de la casa ahogada y estrecha, de la oficina insoportable ó del asfixiante taller.

Más hermoso está el Parque de Madrid en primavera, pero, por desgracia, todos sabe-

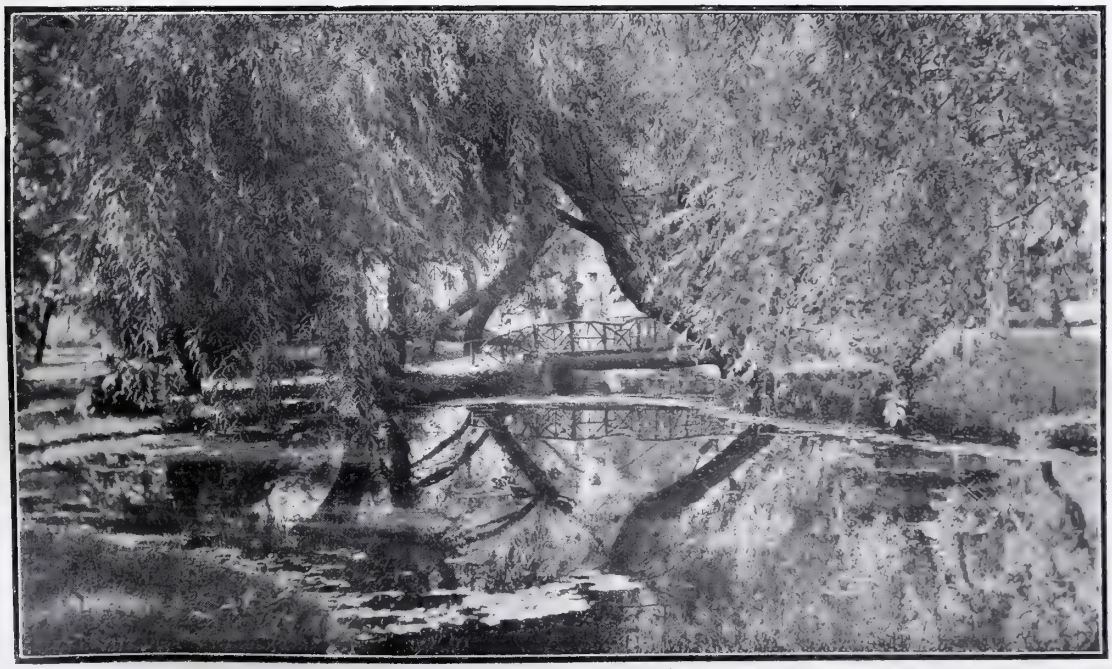
mos lo corta que es la primavera en este desdichado país. Para los árboles del Retiro viene tardía siempre. Cualquiera diría que les pasaba lo que á muchos vecinos de la villa y corte, que pasan la época más deliciosa del año y hasta penetran valientemente en el estío envueltos en su rico traje de invierno... por el *aquel* de no haber podido desempeñar la ropa de verano.

Resulta, pues, que no hay estación tan hermosa en nuestro Parque como el otoño, porque es también la más duradera. Desde mediados de Septiembre están agostadas las flores y comienzan á secarse las hojas.

Con una gradación que tiene mucho de melodía musical, van desapareciendo los colores enteros, fuertes é insultantes de árboles y arbustos; como un canto que se extingue y se pierde en la lejanía, van muriendo los tonos agrios de las hojas, van suavizándose las penumbras y amortiguándose los contrastes de árbol á árbol. Y los ojos, cansados del esplendor brutal de la luz veraniega, se detienen y se complacen en el simpático y amable afinamiento de colores y tintes. Del estanque y de los arroyos que surcan el centro del Retiro suben vapores que descomponen la luz, creando una infinidad de nuevas é inesperadas irisaciones, quebrando los rayos del sol en troncos y ramas y formando extrañas *disonancias de color*, si vale expresarse así. Hay instantes de una placidez exquisita, en los cuales una sombra de mujer que cruza un puentecillo, el grito de un niño que juega, la figura de un paseante que se detiene ante una estatua, el ruido de una fuente lejana, evocan en el ánimo más burgués y menos propicio á los idealismos, sensaciones de una acuidad un poco enfermiza, pero que, por el contraste que hay entre ellas y las vulgarísimas sensaciones de las calles y plazas, llegan á producir el equilibrio apetecido, en el que propiamente consiste la salud espiritual.

* * *

FUENTE DE LAS SIRENAS



EN LA RÍA

Fots. Frendenthal

MUJER Y GATA

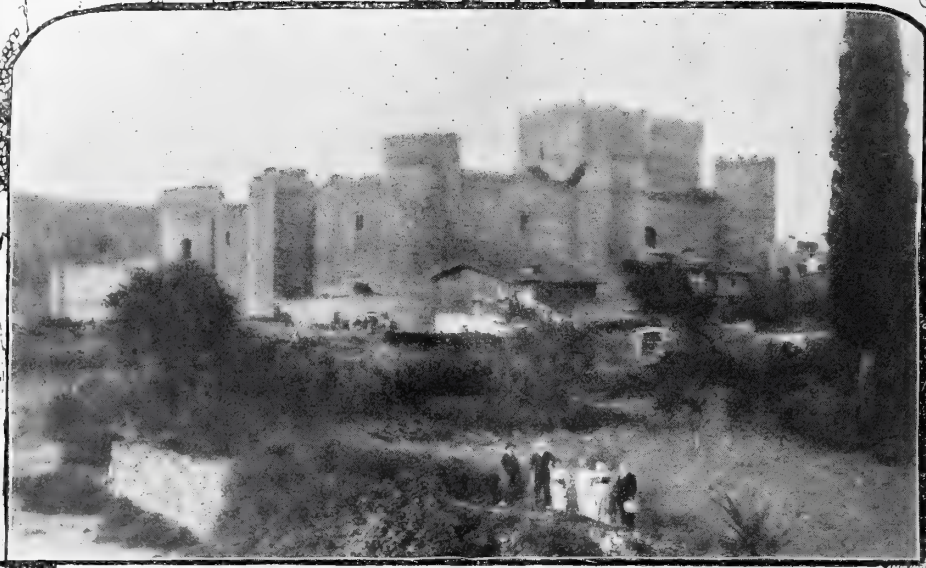
(PARÁFRASIS DE PABLO VERLAINE)

«Ella» estaba jugando con su gata.
¡Linda cosa, por Dios, era el mirar
rebullendo en la luz crepuscular
la blanca mano con la blanca pata!
En sus juegos nerviosos é inquietantes
ella escondía ¡hermosa cuanto ingrata!
sus lindas uñas de pulida agata,
como navajas, claras y cortantes.
También la bestezuela relamida
ocultaba su garra endurecida...
Reía el diablo y ellas retozaban,
y en la sombra en que áereo y sonoro
vibraba el eco de su risa de oro,
cuatro puntos fosfóricos brillaban.

N.

DIBUJO DE CARLOS VÁZQUEZ

CASTILLOS ESPAÑOLES



CASTILLO DE ARENAS DE S. PEDRO.

TORREÓN DEL CASTILLO DE JIMENA DE LA FRONTERA

ESPAÑA VIEJA

UNA aserción tradicional que se encuentra en todos los tratados de Historia de España, desde las Crónicas de D. Lucas de Tuy y de D. Rodrigo Ximénez de Rada hasta nuestros días, declara, sin probarlo, por supuesto, que el territorio hoy llamado Castilla, en los tiempos de Maricastaña ó en otros anteriores, si los hubo, se llamó Bardulia ó Vardulia, nombre que á cien leguas huele á celtíbero, como hubiera dicho el famoso tratadista Escríu; pero—añade la tradición—después fué tan grande el número de castillos construídos para reforzar y consolidar los progresos de la Reconquista ó para construir en ellos guarniciones y presidios, que el nombre de Bardulia se cambió por el de *Castilla*.

No vemos nosotros grave inconveniente en aceptar esta etimología, aun cuando nos parezca algo especiosa y traída por los cabellos; pero sí afirmamos que el número de *castillos castellanos* no es superior al de fortalezas existentes en otras comarcas y regiones de España. La frase despectiva y burlona que los franceses pronuncian *(chateaux en Espagne)*,

equivalente á la nuestra de *castillos en el aire*, no significa tan sólo una tacha de *rastaquerismo*, y ustedes perdonen la palabreja. *Castillos en España*, además de dar á entender la poderosa imaginación con que Dios nos ha dotado espléndidamente á los nietos y sucesores de los Gutibambas y Mucibarrenas, y el escaso fundamento que en la realidad tangible suelen tener semejantes bambollas, representa y denota la convicción de que los castillos castellanos ó españoles no existen sino en nuestra fantasía, lo cual no es menos exagerado que la extremosa abundancia de castillos con que habían tenido á bien gratificarnos los historiógrafos facilitones.

Hay, en realidad, muchos y muy hermosos castillos en toda la Península y nosotros tenemos intención de probarlo, publicando fotografías de aquellos que por la belleza de su fábrica ó de su situación ofrezcan algún interés para el artista y el curioso.

En estas páginas nos limitamos hoy á reproducir vistas de dos castillos andaluces: el de Jimena de la Frontera y el de Castellar de la Frontera, ambos en la provincia de Cádiz y de un palacio-fortaleza situado en la preciosa villa de Arenas de San Pedro, en la provincia de Avila.

El castillo de Jimena de la Frontera supónese de construcción romana, y aun alguien piensa que sea anterior: sus ruinas aún ofrecen el aspecto grave y venerable propio de las cosas de aquellos remotos tiempos. No lejos de Jimena de la Frontera, en el pueblo de Castellar, consérvase otro castillo, propiedad de los Marqueses de Moscoso y que también ofrece gran interés arqueologico.

En fin, impropiamente suele llamarse castillo al palacio que á fines del siglo XVIII construyó en la hermosa villa de Arenas de San Pedro el infante D. Luis de Borbón, y que fué fortificado y estropeado por los invasores franceses.

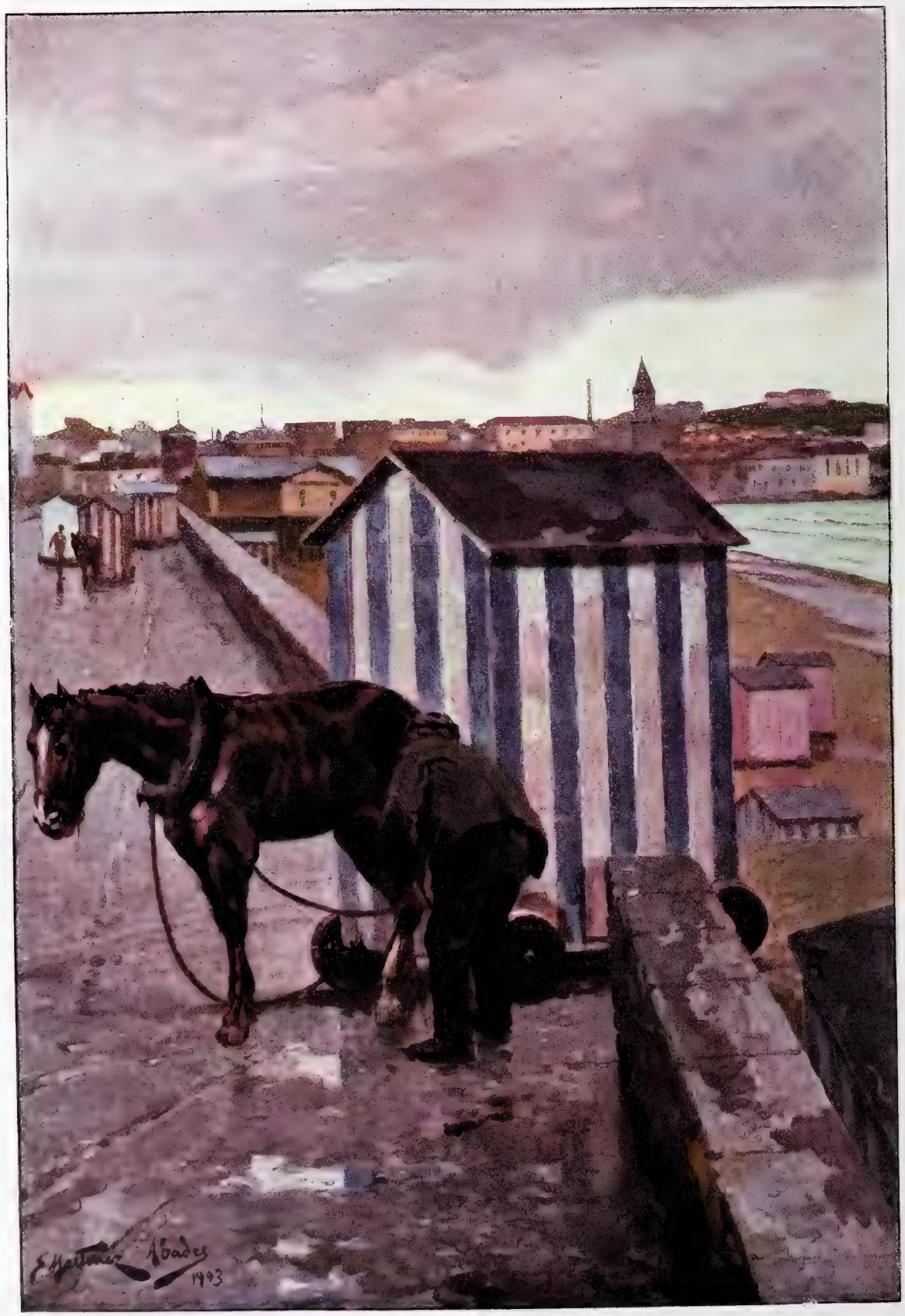
* * *

FOTOGRAFÍAS DE P. BLANCO Y DE JIMÉNEZ

PUERTA PRINCIPAL DEL CASTILLO DE JIMENA DE LA FRONTERA

CASTILLO DE CASTELLAR DE LA FRONTERA

¡HASTA OTRO AÑO!,
POR MARTÍNEZ ABADES



La catapulta sagrada

En lugares muy distantes de las tierras que llamamos cultas, y muy apartados de los mares, que han sido siempre conductores de la civilización, en el centro de Africa, había dos oasis vecinos, ignorados de los geógrafos y de los conquistadores, porque la Naturaleza les defendió de ellos aislándolos en el inmenso océano de arena, más difícil de trasponer que el océano de agua.

En aquellos oasis dos sultanes gobernaban á sus respectivos vasallos como se gobierna en Africa y aun se suele gobernar en Europa.

Musurú y Al-Reni eran enemigos irreconciliables: cuando no andaban en guerra, se prevenían para ella, parando en la paz armada, que es la guerra en reposo, la guerra crónica tan desastrosa como la aguda, porque si bien no derrama sangre, derrama oro, oro improductivo, que ni trae conquistas ni glorias.

Los sultanes mandaban ejércitos poderosos, y los vasallos los formaban y los pagaban. Los tributos de hombres y de dinero crecían tanto, que ambos reinos iban quedando empobrecidos y despoblados, como si sufriesen una guerra con sus asolaciones y matanzas.

Los pueblos comprendían la sinrazón de aquel estado y la injusticia de aquellas cargas, pero no daban con la manera de ponerles fin. Criados fanáticamente bajo el régimen de la fuerza, sólo se ocurría oponer la suya á la de los sultanes. Pero ¿quién ponía el cascabel al gato? ¿Quién osaba contrariar, ni aun con humildes quejas ó suaves peticiones, á aquellos dos déspotas, gigantes de cuerpo, recios de músculos, duros de corazón, tercos de voluntad, orgullosos por condición natural y por costumbre de la superioridad, que fiados en sus fuerzas personales y en la de sus ejércitos y lanzas, se juzgaban omnipotentes é invencibles, y tan seguros de sus vidas y tan firmes en sus tronos como sus castillos en las rocas de la colina?

Los aires revolucionarios que empezaban á soplar se aplacaban y detenían ante esos temores, y sobre todo, ante el pavor que infundía la catapulta sagrada. Esta era una máquina de guerra, mitad ofensiva, mitad defensiva, que por su construcción bárbara, sus dimensiones enormísimas y su tosquedad sin arte, pudiera ser en la ingeniería militar lo que el dolmen y la construcción ciclópea en la arquitectura primitiva. Constituía una de sus partes la verdadera catapulta, capaz de echar á tierra en poco tiempo los muros y los edificios más sólidos del oasis, fuera del castillo real. Constituía la otra de sus partes una fortaleza movible, que se armaba donde era necesario, así para proteger las operaciones de la catapulta como para defensa de las tropas. Ambas eran porteadas y manejadas por cuatro mil soldados gigantescos. La máquina era sagrada: nadie, aparte de sus servidores, podía mirarla ni tocarla, bajo pena de la vida, y en igual castigo caía quien osare maltratar al más ínfimo de los cuatro mil hombres, también sagrados. ¡Infeliz el vasallo que incurriera en la ira de sus amos! Allí estaba la catapulta derribándoles sus casas. ¡Infeliz el pueblo que protestase, ni aun se quejara, de la demolición! Allí estaba la catapulta arrasando también sus viviendas y exterminando sus familias.

Aquellos soldados disfrutaban de respetos y privilegios tan excepcionales, que en cuanto vestían el hábito sagrado y se pintarrajeaban el rostro para completar el espanto, se consideraban de estirpe superior y distinta de aquellas mismas gentes de donde procedían. En este caso el hábito hacía al monje y le apartaba de la común humanidad.

Pero como los tales soldados ni eran llovidos del cielo, ni nacían por generación espontánea, había que recogerlos por leva forzosa entre los habitantes del oasis.

¡Y de aquí vino la caída y desarme de los sultanes africanos.

Fué el caso que cierto día acertó á llegar al oasis un viajero curioso.

Era un sabio francés emigrado de su patria en la época del primer Imperio y de las grandes guerras. El sabio prefirió, naturalmente, la barbarie africana á la civilización europea, que se daba prisa á instaurar la fraternidad matando millones de hombres.

El francés, que venía aturdido con el fragor de aquel pesante batallar, vió que ni en aquel rincón del mundo encontraba paz, y se propuso imponerla aun contra la voluntad de los soberanos. Encontró favorable la de los pueblos. Pero ¡ay! la catapulta sagrada, la invencible catapulta les acobardaba y contenía.

El extranjero replicaba que él traía un arma más poderosa que aquéllas para vencer todas las fuerzas temibles y destruir los castillos inexpugnables. Y como los cortesanos le registraran el equipaje para apoderarse del arma milagrosa, él les advirtió que no darían con ella, por ser invisible é impalpable. Efectivamente; traía un espíritu libre de supersticiones y lleno de ideas: armas de poder irresistible.

Aguardó á que algunos de sus prosélitos entraran por su turno de leva en la legión sagrada. Entonces les habló y les atrajo, á unos con razones y á otros con aguardiente, á las casas de sus familias. Desvistióles de su hábito, les lavó las caras, y entonces todos reconocieron en ellos á sus hijos y hermanos, y no á los monstruos temibles, que la conseja y la tradición supersticiosa pintaban como de otra estirpe y de otra naturaleza invulnerable é inmortal.

Sufrieron el castigo aquellos desertores infieles á sus banderas: fueron quemados vivos y arrasadas

por la catapulta sus casas y las de sus parientes.

El ejemplo de los suplicios aterró á la comarca: las familias querían de buena gana sustraer á los suyos de aquel servicio forzoso; los mismos soldados servían á disgusto en aquella legión, donde tenían que ser ó verdugos ó mártires. ¡Pero la catapulta! ¡La invencible catapulta les asustaba!

Entonces el sabio, conociendo el valor de la parábola entre las multitudes, más fáciles al ejemplo que al raciocinio, congregó á buena parte de las tribus.

Y cogiendo una flecha la clavó en el tronco de un árbol, que empezó á derramar copiosamente su savia por la hendidura.

—¿Veis?—dijo—ó sacáis la flecha, que es la catapulta, ó muere desangrado el árbol, que es el pueblo.

—Atad ahora—les dijo mostrándoles un gran puñado de crines cortadas de la cola de un caballo.—Atad una de estas crines á la flecha.

Y cuando lo hubieron ejecutado, añadió:

—Ahora tirad de la crin hasta arrancar la púa clavada.

Tiraron, y la crin se rompió al esfuerzo.

—Repetid la operación con otra crin.

Lo hicieron también, y aquella crin y otras cuatro más se rompieron sucesivamente.

El sabio cogió entonces el manojo entero, y trenzando las crines, formó un cable, con el cual salió fácilmente la flecha.

—¿Veis?—les dijo.—crin á crin, todas se romperán. Juntas y tirando á la vez, ellas sacarán la púa más fuerte.

La parábola descubrió á las gentes una fuerza desconocida, la fuerza de la asociación: hasta entonces no la habían visto, á pesar de tenerla presente á todas horas en el ejemplo de la catapulta, irresistible por la sola unión de los brazos que la movían.

—Si juntos pueden con cada uno de los desertores, desertando juntos, ¿quién nos castigará?

Quince días después las catapultas estábanse abandonadas en las grandes explanadas de los castillos.

Es pavorosa la ballena ágil, suelta en las anchuras del mar, levantando las espumas y removiendo las aguas. Parece que lleva consigo la tempestad. La nave huye de ella temiendo su coletazo y su embestida, como la del espolón enemigo.

Es triste, con tristeza imponente, la ballena muerta, quieta, inofensiva, tendida á lo largo de la playa como navío varado. Los chicuelos brincan sobre su lomo temido y le arrancan, con burla, sus barbas espantosas. La catapulta era la ballena muerta. El pueblo saltaba sobre su mole y arrancaba astillas de sus enormes maderos.

Entretanto los dos reyes recorrían furiosos los aposentos vacíos y las torres desguarnecidas de sus castillos. Chispas lanzaban sus ojos, y chispas sus alfanjes, esgrimidos vanamente contra las piedras. Maldecían á su gente, odiaban á sus vasallos, bramaban jurando venganzas y castigos crueles. Faltábales el instrumento de ellos, y en el frenesí de sus furores ambos juntaron sus iras contra el pueblo, y acercándose á la catapulta intentaron levantarla con el esfuerzo supremo de sus brazos musculosos. La máquina no sintió el empuje, y siguió inmóvil, muerta, anunciando el fin de aquel artificio.

Tantos torreones, tantos muros, tantas lanzas y saetas, tantos artefactos de guerra y de muerte dejados por los que les servían y manejaban, quedaban inútiles como piedra de molino, que no tritura sin agua que la impulse. Y en medio de todo aquel aparato de fuerza inerte, los déspotas estaban indefensos, á la merced del último plebeyo, entre la acobardada adulación de los pocos cortesanos que acompañaban la soledad del infortunio.

El pueblo, que es tanto más vengativo con las tiranías pasadas, cuanto más dócil fué para sufrir las presentes, quiso demoler las fortalezas reales con la misma catapulta que demolió las casas plebeyas.

El sabio se opuso.

—¿Para qué?—dijo.—¿Para qué destruir esa obra costosísima que labrásteis con vuestra sangre? Permanezca como recuerdo y ornato histórico. La fuerza por sí sola no es eficaz: más que triunfante, está recluída en su castillo. Os dije que yo poseía otra fuerza invisible: es la razón. Una cabeza puede más que diez mil brazos: ya lo habéis experimentado: nada tenéis que temer de ese tirano forzudo, ensoberbecido y fiero, mientras vosotros no ayudéis á su tiranía. Los mismos pueblos arman estúpidamente á sus verdugos.

El francés desvalido, el sabio flacucho y raquítico desarmó á los reyes y ejércitos del oasis, enseñando á los bárbaros del centro de Africa un procedimiento que tardarán en aprender los cultos del centro de Europa.

EUGENIO SELLÉS

DIBUJOS DE REGIDOR

En dia de difuntos.

¡Pobre cubanita mia! Habiase de resultas de un caracólico (cólico de). Por ella estuve haciendo un mes y apurando el de la amargura sin que me consolase el ir á los ni oir en el teatro los chistes del "que rabió" y de "A Sevilla en ". Yó que habia sido un senté para siempre la y vivia consagrado al recuerdo de aquella nacida en . Las me advirtieron que era el dia de las y como ella estaria donde se lo malo que se hace en el , al me dije; — Vamos á visitar la de mi y á orar por ella.

Era tarde. El sumia á la tierra en un de luz y yo, con el fijo en mi difunta me plante en el de . Traspuse la recorrí una calle de y detuve mis asaltado por un recuerdo. ¡Qué bien habia yó hecho en nó llevar una triste ni un par de ! ¡Qué bien hice en nó rezar ninguna de las que ví en torno mio! Salí del fúnebre re- y ligero como un regresé al que fué mi ¿Porqué nó recé ni un Maria, ni deposité sobre el de mi amada? Porque hallándome entre las del campo me acordé de que no era alli donde mi yacía, sinó en Ponferrada (provincia de).

Juan Perez Liñiga

UNA BARRICADA EN BILBAO LA VIEJA
Fot. G. Novillo

LOS GENERALES ZAPPINO Y HERNÁNDEZ DE VELASCO Y OTRAS AUTORIDADES RECORRIENDO LAS CALLES
Fot. Asenjo

LA SEMANA PASADA

La huelga de Bilbao ha sido el asunto culminante de la semana pasada, y su feliz é inesperada solución una prueba novísima de que vivimos en el país de las contradicciones políticas, administrativas... y de las otras.

El hecho de las huelgas, que aún en España constituye una amenaza y una cuestión de orden público, porque, según se ve, no prospera aquí más industria que esa de las contradicciones, en todos los demás países ya es un hecho habitual, que no altera la existencia de los pueblos ni saca á nadie de quicio: suele resolverse por medio de arbitrajes y acuerdos pacíficos en la mayoría de los casos, y los ciudadanos no huelguistas apenas si se enteran de lo ocurrido.

Aquí, para que todo sea cómico, aun en estos asuntos trágicos, resulta que la misión de templanza, de moderación y de apaciguamiento de los espíritus se ha dado á un militar bravo y aguerrido, al general Zappino, quien ha desempeñado dicha misión á las mil maravillas. Es un hecho admirable: en cuanto salen á la calle los soldados, ya no hay nada que temer. En cambio, los *guindillas*, los municipales, los encargados del orden y de la paz pública, esos son los que cometen los mayores desaguisados. Eso ha ocurrido en Bilbao y sucede siempre.

El puerto de Palma de Mallorca se ha visto favorecido en la semana última con la

FUERZAS DEL EJÉRCITO OCUPANDO LA PLAZA CIRCULAR
Fot. Torcida García y Compañía

LA ESCUADRA FRANCESA EN PALMA DE MALLORCA

Fots. Pou

visita de una división de la escuadra francesa del Mediterráneo, al mando del almirante Budong. La componían seis magníficos acorazados, tres cruceros y seis cazatorpederos, buques ligerísimos y elegantes, de esos que parecen hechos para delicia de los fotógrafos.

No resistimos al deseo de publicar algunas de las fotografías recibidas.

Más curiosa nos parece también la que nuestro corresponsal de Alcira nos remite. Representa una *maderada* que llegó últimamente por el Júcar, siendo recogida en aquella ciudad por los prácticos en tan difícil y peligrosa operación.

DON RUPERTO

TORPEDERO «RAPIERE»

RECOGIDA DE UNA MADERADA EN ALCIRA

Fot. S. Hernández

AÑO TRECE Y NUMERO 654 MADRID DIA 14 DE NOVIEMBRE DE 1903

BLANCO Y NEGRO

CROQUIS FEMENINO

LA «YACHTWOMAN»

SOBRE la toldilla del barco elegante, blanco, limpísimo, lleno de comodidades, la «yachtwoman» enfoca con su *Kodack*. Las aguas del mar, galantes y corteses, se aquietan para no alterar el equilibrio preciso á la fotografía, y su dulce anhelar sólo se manifiesta en suaves palpitaciones que disculparán algún error de la improvisada fotógrafa.

Allí, dentro del agujerillo obscuro, se perpetuarán los mil gratos aspectos de la *croissière* veraniega: las regatas, la visita de los buques extranjeros, enormes monstruos férreos junto á los cuales es el *yacht* un juguete; las iluminaciones que pueblan la noche de discos lucientes y ráfagas de chispas; todo se guarda en la cajita del *Kodack*, y saldrá á luz en instantáneas satinadas, lucientes, para alegrar con su contemplación las noches invernizas, tan tristes y lluviosas.

También reproducirá la máquina grupos familiares, cabecitas risueñas que se destacarán sobre paisajes marítimos, rodeándose de detalles pintorescos, redes, remos, anclas, gruesos calabrotes.

Del mar sólo conservará la «yachtwoman» un recuerdo idílico; sólo reproducirá sus sonrisas, y así, cuando ya en la corte, junto al fuego crepitante, lea el relato de algún naufragio, pensará que ella se trajo dentro de su *Kodack* todas las alegrías del mar, dejándole sólo sus furores terribles.

María Dolores Cos

DIBUJO DE CECILIO PLÁ

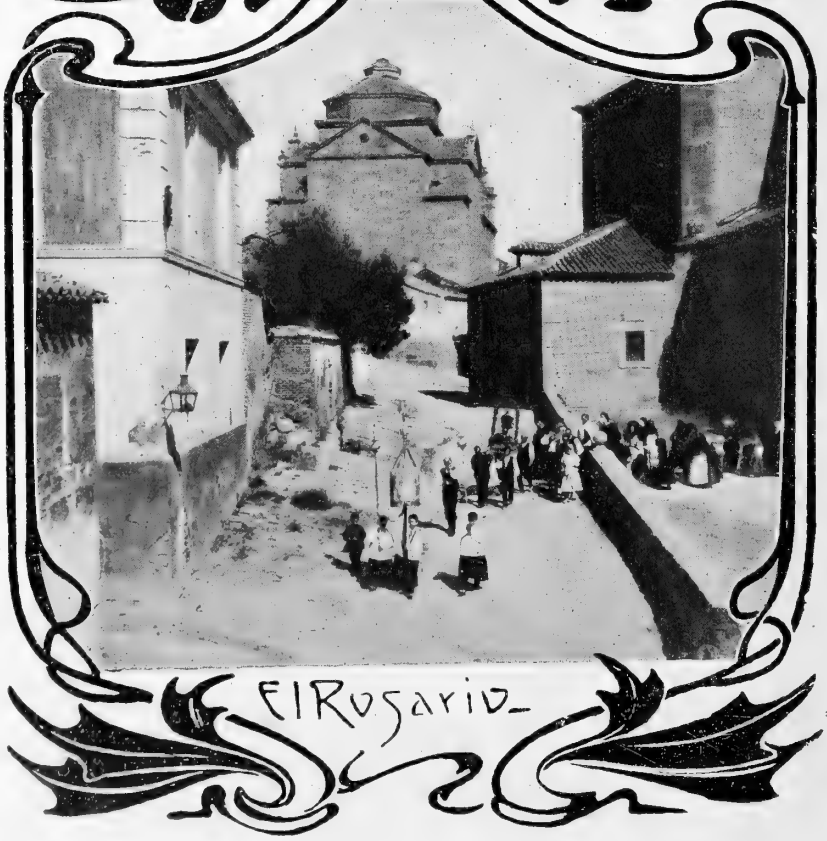
Vista general

ESPAÑA VIEJA

OROPESA

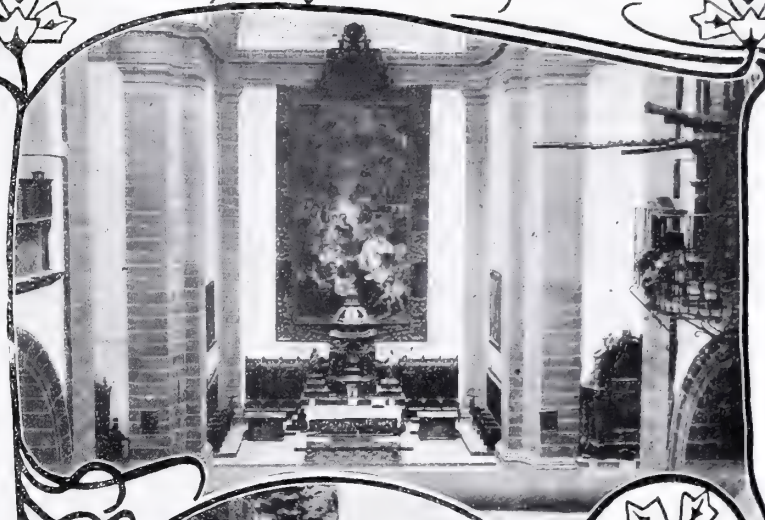
En las últimas lindes de la provincia de Toledo, en donde ésta se junta con la de Avila por el Norte y con la de Cáceres por el Poniente, se alza señoreando, con el orgullo de sus almenas y de sus torres, una llanura, la antiquísima villa de Oropesa, cuya fundación atribuyen crónicas y tradiciones nada menos que al amigo Hércules.

Como sucede con tantos otros lugares de España que ofrecen singular interés para el arqueólogo, ningún historiador ha investigado especialmente los orígenes y la verdadera antigüedad de este pueblo, aun cuando en cien ocasiones haya debido llamar la atención de los inteligentes, pues bien que sea aquél un lugar apartado, no han dejado de vivir en él familias distinguidas. Primer señor de la villa, por donación de D. Enrique III el Doliente, fué en 1366 el maestre de Santiago D. García Alvarez de Toledo; y en posteriores siglos, un D. Francisco Alvarez de Toledo, virrey del Perú, mandó al arquitecto



El Rosario

Altar mayor iglesia San Bernardo



Juan de Herrera trazar y construir la iglesia de San Bernardo ó Capilla de la Compañía, magnífico edificio de suntuosa belleza, y en cuyo altar mayor se admira un bellísimo cuadro firmado por el célebre Francisco Ricci, y debido sin duda á la piedad de los duques de Frías, patronos de la iglesia, hoy cerrada.

Pero el edificio de Herrera no es lo más característico de la villa. Lo que verdaderamente imprime un sello de originalidad á este pueblo son las recias murallas, el magnífico castillo, hoy desmantelado por la incuria y la acción del tiempo, y el tipo medioeval de las calles, así como la fábrica de la iglesia parroquial, dedicada á la Asunción de Nuestra Señora; y si esto se advierte por lo que hace al tipo material del pueblo, en cuanto á su fisonomía moral no es menos de notar la gravedad y cortesanía toledanas, unidas felizmente con la gracia y dulzura extremeñas, que hacen de los naturales de Oropesa unos ciudadanos á la antigua española, verdaderos hidalgos, nobles por sus palabras y por su empaque.

Aun cuando la civilización va uniformando ya trajes y usos, aún quedan en Oropesa restos muy elegantes y simpáticos de las vestimentas antiguas; las mujeres, cuyo tipo es por demás señoril y altanero, aún llevan atavío muy semejante al de las ricas labradoras de Tirso y de Lope.

Y para que á tan castiza villa no le falte nada, á más de la casa noble de sus condes, entroncados después con los Albas y Frías, tiene entre sus hijos un excelente literato, Francisco de Herrera Maldonado, autor de la *Descripción del Imperio de China* y traductor de Luciano, y un santo tan español y tan notable como el beato Alonso de Orozco, cuya memoria veneran y cuya fiesta celebran los vecinos de Oropesa con gran entusiasmo.

Muralla

Iglesia de la Asunción

E. Varela

FOTOGRAFÍAS CODORNIÚ

LOS VIEJOS DE MI ALDEA,
POR ALFREDO SOUTO

Villafuentes

CUENTO

Por sus aguas era famoso el pueblo, y de ahí le venía el nombre. En aquella región, y puede decirse que en toda España, no había lugar más fecundo en manantiales de agua pura y clarísima. Brotaba en todas partes nieve filtrada por la vecina sierra, en chorros claros y saltadores.

Aunque el vecindario no era escaso, podía calcularse que á cada individuo le correspondía proporcionalmente un sinnúmero de litros. El que allí no fuera aseado, bien podía asegurarse que era muy puerco.

Los villafonteños fundaban su vanidad en aquellas aguas. Si alguien nombraba la catedral, famoso monumento de la provincia, contestaban con desdeñoso desprecio: «¡Bah! nosotros tenemos la fuente del Canónigo; si se elogiaba el famoso acueducto romano de un pueblo próximo ellos respondían: «Nosotros tenemos la fuente del Perejil» y así siempre: oponían á las glorias regionales arquitectónicas ó de cualquier otro linaje, aquella pasmosa abundancia con que la Naturaleza les había dotado.

El Sr. De Valdeaguas, especie de señor feudal venido, no á menos, sino á casi nada, que conservaba sólo de sus extinguidas grandezas un caserón ruinoso, con el imprescindible escudo nobiliario de tallada piedra bajo el ancho y volado balcón del piso principal, era, tal vez por conservar el honor acuático de su apellido, quien más orgulloso se mostraba de haber nacido en aquel pueblo, cuyas fuentes conocía y diferenciaba de tal manera, que con los ojos vendados aseguraba ser capaz de distinguir por el paladar y hasta por el olfato si el agua que bebía era de la fuente parroquial, ó de la del Cerro, ó de cualquier otra.

A pesar de todo esto, aseguraban los vecinos del Sr. De Valdeaguas que no hacía éste ascos al zumo de la uva, y que si alguien le convidaba á unas copitas, único caso en que podía beberlas, solía excederse hasta tal punto, que regresaba tambaleándose á su morada histórica y señorial.

En contraposición con aquel caballero, cuyo escudo heráldico ostentaba sobre campo azur dos surtidores de plata y un río de oro en campo de gules, había un ricacho del pueblo llamado D. Gumersindo, que tenía fama de cínico borracho. Hasta tal punto se la adiudicaron, que era proverbial en Villafuentes.

—¿Has visto—preguntaba por Semana Santa un villafonteño á otro—el menumento de la iglesia?

—¡Ya lo creo! Cosa manífica. Más alumbrao está que D. Gumersindo.

Y así siempre; pero el ricachón, muy al contrario que la mayoría de los borrachos, no se ofendía de que le tuvieran por tal, y hasta hacía alarde de serlo.

—¡Dichoso—exclamaba repetidas veces,—dichoso el que nace en Jerez ó en Málaga, ó siquiera en Rueda ó en la Nava! Esos son pueblos; no éste, adonde hay que traer el vino desde cien leguas.

El hado, caprichoso siempre, había condenado á D. Gumersindo á vivir en aquel lugarejo, para él aborrecible, por lo mismo que era adorable para el Sr. De Valdeaguas.

Una noche que se hallaba con éste, á quien había invitado para probar un tinto rancio que le habían enviado de la Rioja, y que, en verdad, era delicioso, entre vaso y vaso, que apuraban con deleite lo mismo el noble que el ricachón, exclamó éste de pronto:

—Desengáñese usted, señor mío, y no sea tonto: es bobada solemne comparar el agua con el vino, y elogiarla, como usted lo hace, por amor á este pueblo. Si esa copiosísima fuente que tiene usted á la vera de su casa y en terreno de su propiedad, en vez de ser de agua fuese de vino, aun de calidad infima, figúrese la riqueza que supondría. Y tal como es, ¿para qué le sirve? Para filtraciones, que minan los cimientos del caserón y que acaso acaben por arruinarlo. A fe que si la fuente manase un líquido como éste que bebemos ahora, no dejaría usted que se filtrase por ninguna parte, sino que lo recogería muy guapamente en pipas y en toneles.

Dicho esto, soltó una carcajada, satisfecho de aquella extravagante idea que se le había ocurrido y que impresionó muy de veras al Sr. De Valdeaguas, entonces ya casi tan alumbrado como el monumento con que comparaban á D. Gumersindo.

Cuando ya avanzaba la noche, los dos bebedores se separaron: dirigióse el ricachón con grandes di-

ficultades á su cama, y con no menores á su domicilio el Sr. De Valdeaguas, que sin desnudarse siquiera cayó sobre su lecho como un tronco.

La borrachera del eterno panegirista del agua fué bochornosa. Por fortuna, no se dieron cuenta de ella los vecinos; pero el escudo nobiliario debió aquella noche enrojecerse de vergüenza; positivamente, todos sus cuarteles eran *gules*.

Apenas se durmió el buen señor, con esa modorra característica de la embriaguez, tuvo un sueño estupendo. Entre nubes de grana, coronada de verdes pámpanos y alzando en la mano, como si brindase, una copa de espumoso champaña, se le apareció un hada encantadora, que le habló así:

—Yo soy un espíritu divino (de vino entendió el noble, por su lamentable estado de percepción), una maga benéfica, nieta de Baco y protectora de cuantos le rinden culto. Para premiar el que asiduo y constante le tributa D. Gumersindo, he resuelto realizar la original idea que hace poco se le ocurrió, y convertir las fuentes de este pueblo en inagotables chorros de vino; pero antes de realizar este portento, he querido interrogarte para saber si tu amor al agua llega hasta el extremo de no querer que ejerza mi poder mágico sobre la fuente de tu casa, para que sigas disfrutando su caudal insípido.

Perplejo se quedó el Sr. De Valdeaguas; pero al escuchar los dos adjetivos con que el hada calificaba aquel manantial por él tan apreciado, contestó con desabrimiento:

—Haz lo que gustes; yo quiero conservar ese riquísimo venero, envidia de cuantos no lo poseen, y que todos buscan con preferencia á los mejores del pueblo.

El hada entonces vertió en el espacio el líquido chispeante de su copa, y á la vista del Sr. De Valdeaguas apareció todo Villafuentes con las innumerables que le daban nombre, y que empezaron á verter líquidos rojos como rubíes ó amarillos como topacios.

El vecindario recorría las calles dando gritos de júbilo; hombres y mujeres, niños y viejos agolpábanse junto á los pilones y bebían en los caños ó de bruces con visible deleite.

—¡Milagro! ¡Milagro!—exclamaba el cura levantando los brazos al cielo.—Prosternáos, hijos míos, y dad gracias á Dios por esta riqueza que nos concede.

Arrodilláronse todos; pero la impaciencia cortó bien pronto la oración, y los asombrados vecinos, siguiendo el ejemplo de uno más previsor que los demás, fueron á sus casas y volvieron presurosos con cubos, jarros, pucheros, tinajas y cuanto podía contener aquel inesperado líquido. El temor de que el milagro durase poco tiempo les indujo á hacer gran acopio de vinos y de licores.

Lanzóse á la calle el Sr. De Valdeaguas para convencerse del prodigio, y bien pronto pudo apreciar por sí mismo, bebiendo en una y otra fuente, á sorbitos y sólo para conocer la calidad de los manantiales, que eran éstos de los mejores vinos generosos.

Pocas horas después todos los vecinos del pueblo estaban borrachos. Hasta los menos bebedores, estimulados por aquella fiebre colectiva, contagiosa sin duda, habían empinado de lo lindo y daban tumbos ó hacían piruetas ó se abrazaban con esa expansión cariñosa propia de la embriaguez. Los más sobrios se habían permitido varias libaciones de cariñena ó Pedro Jiménez, y anciana hubo muy respetable, poco acostumbrada á la bebida, que se *arrancó por peteneras* en medio de la plaza después de algunos tragos de moscatel dulcísimo.

Aquella noche casi todos los vecinos durmieron en la calle: unos porque no acertaron con su domicilio, otros porque no pudieron llegar á él.

Excusado será decir que D. Gumersindo, loco de alegría al ver realizado su ideal, fué, á pesar de su resistencia, uno de los primeros en medir el suelo con las costillas.

Sólo el Sr. De Valdeaguas, con el juicio claro y la razón serena, melancólico y pensativo, se paseaba por entre los grupos de beodos, que dormían en caprichosas posturas.

El silencio solemne de la noche lo turbaban ronquidos más ó menos agudos y el rumor contínuo de las fuentes, por las cuales seguía el vino saliendo á borbotones.

Unicamente la del Sr. De Valdeaguas, aquella cuya propiedad tanto le envanecía, continuaba vertiendo un fuerte chorro de transparente cristal.

—¡Necio de mí!—exclamó contemplándole su dueño.—Si yo no hubiera rechazado el ofrecimiento del hada, esa fuente á estas horas manaría Champagne, Rhin ó Chipre, algún vino adecuado á mi clase, muy superior á los otros del pueblo. En esto, como en todo—añadió con acento amarguísimo,—se ve mi menguada fortuna.

Apoyóse en el brocal del pozo, y llorando de tal manera que sus ojos parecían competir con el sonoro caño, rendido por la emoción y la fatiga quedóse dormido...

No despertó el vecindario, como de costumbre, al toque de la misa de alba, porque el sacristán, boca abajo, en medio del arroyo, dormía también su correspondiente mona; pero la luz del sol, ya muy viva, fué disipando modorras y sopores, y los villafonteños, desperezándose poco á poco, pusiéronse en pie, todavía medio atontados y creyendo que todo había sido un sueño. Las fuentes, que seguían vertiendo líquidos amarillos y rojos, les convencieron de la realidad.

Entonces sintieron una sed horrible, consecuencia natural de la borrachera, y al enterarse de que la única fuente que no se había transformado era la de la casa del Sr. De Valdeaguas, allá se fueron en tumulto, con las fauces secas y el deseo ardiente de refrescarlas.

Despertó el noble al oir el bullicio de la muchedumbre, dispuesta por lo visto á asaltar el cristalino chorro, y comprendiendo lo ventajoso de su situación, se propuso explotarlo.

—¡Alto ahí!—gritó con voz enérgica.—Esta fuente es mía, y no consentiré que beba nadie sin que me pague un tanto.

Sólo el respeto que por su noble categoría y su carácter, todavía más noble, le profesaban sus convecinos, pudo contener á éstos para no arrollarle y satisfacer pronto el ansia de beber que les enardecía. Quisieron convencerle con razones, con ruegos, con súplicas: todo fué inútil. Como el heroico campeón que defiende el último baluarte, el Sr. De Valdeaguas, enarbolando su bastón de muletilla, disponíase á descargarlo sobre el primero que se le acercase.

Los que llevaban dinero transigieron pronto y apagaron su sed devoradora mediante un cortísimo estipendio, y aquellos que no llevaban con qué pagar pidiéronlo allí mismo prestado ó fueron á casa por ello, volviendo jadeantes á ocupar puesto en la cola de espera que el Sr. De Valdeaguas había organizado para evitar tumultos y para facilitar el cobro de aquel tributo extraño, novísima gabela ideada por el descendiente de señores feudales.

En pocos minutos reunió sinnúmero de monedas de cobre y aun de plata, porque los muy sedientos no reparaban en el coste. A D. Gumersindo le cobró diez duros por el contenido de una jícara.

—¡Convecinos—exclamó al ver el montón de dinero,—ved aquí el premio de la sobriedad y de la continencia: no os dejéis arrebatar nunca por los apetitos desordenados de que os habla el Catecismo!

Y tenía razón el Sr. De Valdeaguas: todas las virtudes alcanzan su premio en este mundo, todas. Por lo menos en sueños.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

DIBUJOS DE ESTEVAN

AIRE DE ALDEA

Vienen la abuela y la niña
por la senda plateada;
los campos floridos miran
á la luna solitaria;

la fresca brisa nocturna
llega del río, impregnada
de la humedad y la queja
melancólica del agua...

Vienen la abuela y la niña
por la senda; la luz blanca
de la luna grande y triste
de primavera, derrama

un amor sereno y dulce
sobre las pobres cabañas,
sobre los techos sin humo,
sobre las puertas cerradas.

Cantan monótonamente
los grillos del campo; ladran
perros lejanos; el valle
parece un valle del alma.

La abuela viene soñando,
y su cabeza de plata
florece, á la triste luna,
con sueños de viejas albas:

y hay una copla dormida
volando bajo sus canas,
una copla alegre, una
copla que ya no se canta.

¡Romería de los valles!
La nieta trae dos lágrimas
en sus ojos negros, y
su carita fina y pálida

tiene, entre la sombra azul,
toda la pena que mata
cuando por la primavera
brotan sueños en el alma.

Mozo, mozo de ojos negros
y de doliente mirada,
¿qué le has hecho al corazón
de esta niña dulce y blanca?

La fresca brisa nocturna
viene del río, impregnada
de la humedad y la queja
melancólica del agua...

Cantan monótonamente
los grillos del campo; ladran
perros lejanos; el valle
parece un valle del alma.

¡Romería de los valles!
coplas que ya no se cantan,
luna blanca y triste, dulces
mejillas llenas de lágrimas!

Soñando bajo la luna
han llegado á la cabaña;
la niña duerme á la abuela
con besos; va á su ventana

y llora entre la penumbra
azul y la brisa...—Pasa,
mozo de ojos negros, mozo
que ya sabes quitar lágrimas;

pasa, mozo de ojos negros,
besa la carita blanca,
tibia flor entre la brisa
y el miedo y la luna; pasa,

porque se alumbra la noche
y la luna está muy alta,
y ya tiemblan en el cielo
las estrellitas del alba.

Juan R. JIMÉNEZ

LA SEMANA PASADA

ARTURO CARRETERO.
DIBUJO Á LÁPIZ DE NICOLÁS MEJÍA

La desaparición casi completa del grabado en madera como procedimiento de reproducción de cuadros y dibujos, producida por las superiores cualidades periodísticas é industriales del fotograbado, sumió hace años en negra tristeza y hasta privó de medios de vivir á una porción de artistas meritísimos, tanto españoles como extranjeros.

Arturo Carretero era uno de estos grandes, pacientes y delicados artistas. Hasta que el fotograbado se vulgarizó en todas las publicaciones periódicas ilustradas, la firma de Carretero aparecía en ellas constantemente al pie de retratos, dibujos y reproducciones de cuadros.

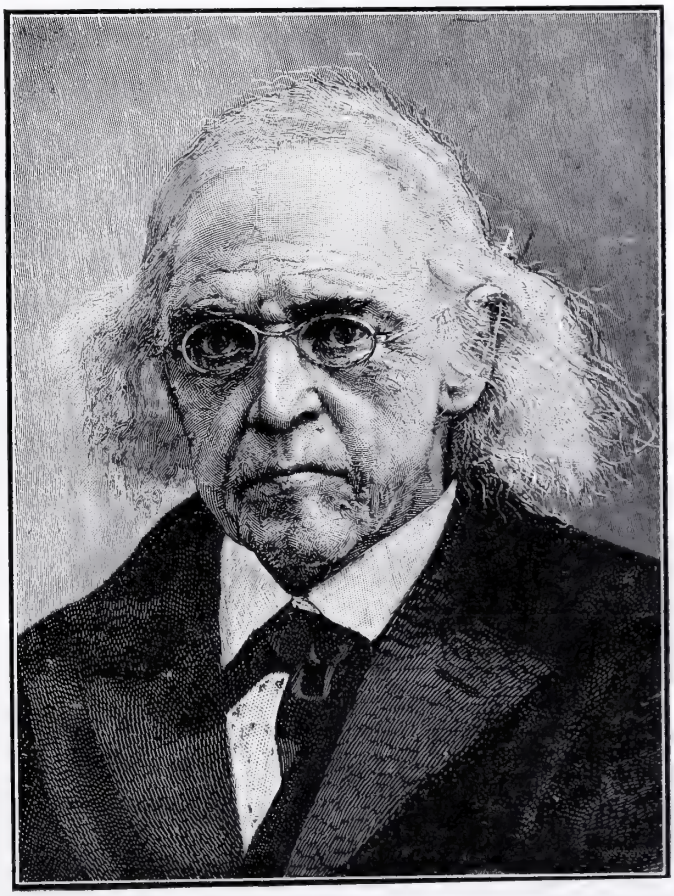
Tímido y poco resuelto como suelen ser los grabadores, gente habituada á percibir y representar matices y penumbras que el común de los mortales no advierte, al sobrevenir en España la crisis del grabado en madera, Carretero, que tenía inextinguible fe en su arte, se quedó en España, creyendo que si no en la prensa periódica, podría encontrar, cual en otras partes sucede, salida para sus trabajos en el libro ó en la estampa. Desgraciadamente las artes gráficas en España redúcense al modesto papel de auxiliares de la prensa. El decaimiento y desengaño del pobre artista fueron grandes. La inacción y la melancolía le han llevado al sepulcro.

Su retrato, que en esta plana publicamos, es un hermoso apunte al lápiz, del ilustre pintor Nicolás Mejía.

Alemania entera, y con ella todos los sabios, eruditos é historiógrafos del mundo, lloran la muerte del gran historiador Teodoro Mommsen, el sabio más venerable, venerado é indiscutible de cuantos honraron las Universidades alemanas en la segunda mitad del siglo XIX. Setenta años de incansable y fecunda labor en la cátedra, en el libro y en la revista, de constantes y encarnizadas investigaciones, de viajes y excursiones arqueológicas y de profundos estudios de filología, de epigrafía y de todas las ciencias auxiliares de la Historia, habían dado á Mommsen el don de la doble vista histórica, y en virtud de él puede afirmarse que el ilustre sabio vivía, mucho más que en Berlín, en la antigüedad romana, como un ciudadano de la urbe inmortal.

La *Historia de Roma* de Mommsen es un libro vulgarizado en todas las lenguas y leído y estimado por todo el que ha querido saber de Roma, de sus instituciones y de sus costumbres, madres de las nuestras, algo más que las confusas patrañas propaladas por los autores de leyendas y tradiciones recogidas en el texto clásico de Tito Livio. El sabio Niebuhr, precursor y maestro de Mommsen, fué el que inició la renovación de los estudios referentes á Roma y á su historia. Mommsen recogió la herencia científica de Niebuhr y amplió sus investigaciones y mejoró sus métodos. Era, sobre todo, mucho más artista que Niebuhr y hay en su Historia páginas de una verdad y una vida que hacen olvidar la aparatosa elocuencia de Tito Livio, el Castelar latino.

Mommsen venía á ser la prueba fehaciente y viva de que la Historia escrita á la moderna y fundada sólidamente en la investigación científica, aventaja como obra artística á la antigua Historia poética y legendaria. A más de autor de la popular *Historia de Roma*, del monumental catálogo de las inscripciones latinas



TEODORO MOMMSEN

CARLOS BARRERA

Corpus inscriptionum latinarum y de otras muchas obras científicas, Mommsen fué cuando joven y en su edad madura un hombre político notabilísimo y uno de los más grandes patriotas alemanes. Era un germanófilo irreductible, enemigo acérrimo de los franceses en 1870, y llegó á adquirir una autoridad política de primer orden. Desde la caída de Bismarck, los desengaños y los achaques le tenían recluído en su cátedra.

Como todos los años por esta época, estamos ya un tanto preocupados, no mucho, con la próxima apertura del Real. Y decimos que no mucho, porque Arana y Carmena dirán lo que gusten, pero, francamente, la perspectiva de unas cuantas *Lucías*, *Normas*, *Lucrecias y Favoritas* no es para rejuvenecer á nadie.

No es cosa de entrar aquí en

AMADEO BASSI

LINDA MICUCCI

MARÍA VINENT

ELENA BIANCHINI-CAPELLI

discusiones wagnerísticas ó italianescas, que resultarían por fuerza manidas y ya, en los días actuales, contraproducentes. Acerca de Wagner y de la música italiana, se ha agotado ya y cerrado toda discusión. Cada cual se guarda sus convicciones donde le caben, y acaso esto sea lo mejor. Pero se nos antoja que en este asunto, como en todos los demás asuntos gordos que surgen aquí á cada momento, se ha consultado más bien la opinión de las jamonas y de los señores ajamonados que la de la juventud, olvidando que la juventud y no los senadores vitalicios, ni las marquesas viejas, ni los consejeros de Estado, ni las generalas metidas en carnes, sino la juventud es quien da y quita, como solemos decir.

En fin, puesto que la empresa cree que van á ser su salvación los gorgoritos de *Sonámbula* y el aria de la locura de *Lucía*, y la lección de música de *El barbero*, allá se las haya, y si Dios y el público se la dan, San Pedro se la bendiga.

Nosotros, lo que podemos hacer constar desde luego es que, tratándose de una empresa aficionada al *bel canto*, es claro que en esta temporada oiremos á notabilísimas tiples y á angélicos tenores.

MOROS TRASLADANDO SUS TIENDAS AL CAMPO DE MELILLA

Entre ellas figuran las ya conocidas y aplaudidas en temporadas anteriores, señoritas Barrientos, Carelli y De Lerma. Las otras tres primeras sopranos dramáticas tenemos el honor y el gusto de presentárselas á ustedes: son las señoritas Linda Micucci, Elena Bianchini-Capelli y María Vinent, de las que desde luego puede asegurarse que, como guapas, son guapas.

Ya no nos gustan tanto los tenores Sr. Amadeo Bassi y Sr. Carlo Barrera; pero vienen precedidos de gran fama, que deseamos y nos alegraremos que se confirme.

Y Wotan sobre todo, ya que Wotan es el dios que menos le agrada á la empresa.

BUENO; pues dejándonos ahora de gorgoritos y de melodías, hablemos un poquito de la situación de Melilla, en cuyo campo, y aun dentro de la misma plaza, se hallan refugiados algunos millares de moros y moras, que se refugian allí buscando el amparo y la protección de España. Parece que nuestro pabellón es el paño de lágrimas de los moros hoy, sin perjuicio de que el día de mañana se les antoje hacer con él cualquier acción fea si les dejan, que no es creíble que les dejen.

Muy mala debe de ser la situación en el Imperio, cuando los mismos moros andan huyendo unos de otros y acogiéndose á la protección de los cristianos. Las fotografías que de Melilla nos remiten dan idea del desorden y terror que entre los moros reinan. Las tiendas desplegadas á escape; las mujeres corriendo despavoridas con los utensilios caseros á cuestas, y los moros, de ordinario tan reposados y calmosos, perdiendo los estribos... Todo esto constituye un espectáculo inusitado que sorprende á los habitantes de la plaza española.

UN ADUAR AMBULANTE

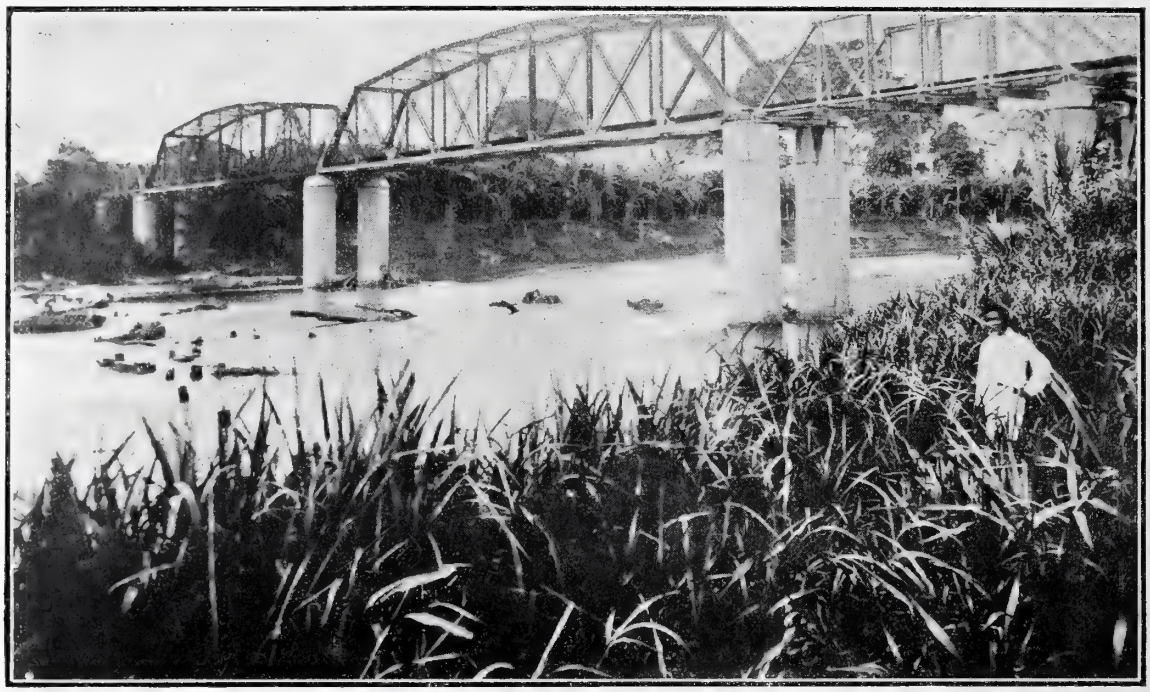
PERO en materia de sucesos inusitados y extraordinarios, nada hay comparable con lo que acaba de ocurrir en el istmo de Panamá; es decir, con la rápida é inesperada aparición de una nacionalidad ó declaración de independencia de un territorio, hoy día el más importante de América, pues en él, desde hace años, tenía fijos sus ávidos ojos nuestro antiguo é insaciable amigo el Tío Sam.

Una nación que de repente, sin previo aviso ni preparación y sin guerras largas ni perturbaciones de las que llamamos intestinas, aunque el vocablo resulte un tanto feo, asoma la cabeza y se arranca de su correspondiente Metrópoli para constituirse en país independiente, es siempre un espectáculo curioso y hasta, si se quiere, edificante.

Ciertamente que el estado de Colombia no debe de ser muy halagüeño cuando se ha dejado sorprender por los sucesos revolucionarios de Panamá, pero tampoco creemos ni cree nadie que pudiera evitarse lo que es resultado de una labor constante y sorda de los Estados Unidos, á quienes en este asunto les guía, sin duda, un interés egoísta y particular, pero que cederá en beneficio de todos los pueblos, pues

CAMPAMENTO MORO IMPROVISADO

Fotografías de M. Galbán



PUENTE SOBRE EL RÍO CHAGRE, OCUPADO MILITARMENTE

claro está que, colocada la nueva nación de Panamá en una relativa dependencia ó bajo un protectorado más ó menos claro y manifiesto de los Estados Unidos, quedarán orilladas al momento cuantas dificultades se oponían á la continuación de las obras del Canal, obra en que las miras mezquinas y parciales habían logrado sobreponerse á los más altos intereses humanos.

Las fotografías que acabamos de recibir representan el estado en que se encuentran las obras de perforación del istmo y el sitio en donde se han hecho fuertes los insurrectos de Panamá, naturalmente bajo la protección de las fuerzas yanquis desembarcadas del crucero *Nashville*, de infausta recordación.

DON RUPERTO

ESTADO ACTUAL DE LAS OBRAS DEL CANAL DE PANAMÁ — Fotografías Gribayedoff

Cosas de la Blasa

Blasa Ruiz Palomínez es la niñera
de Baltasar, el hijo de doña Antera,
y no saben ustedes lo que hace Blasa
desde que por desdicha sirve en la casa.
Aunque por ser tan buenas sus condiciones
la perdonan á veces las distracciones,
mil pruebas está dando de distraída,
de esas que se recuerdan toda la vida.
Pasaremos por alto que un día en Fierro
puso el bozal al niño y el gorro al perro,
y que llevó al chiquillo días pasados
á un convento de monjas á ver soldados.
No diré que otro día y ante la madre
por dar un beso al niño se lo dió al padre,
ni que le dió lejía cierta mañana
en lugar de jarabe de ipecacuana,
ni que, ayudando á Rita la cocinera,
cierta vez se distrajo de tal manera,
que encontraron los amos en el puchero
una pera de goma y un sonajero.
Sólo voy á contarles la más reciente
de las mil distracciones de la sirvienta:
Emprendían el viernes á Talavera
un viaje padre y madre, niño y niñera.
A la estación se fueron, y ante el despacho
preguntó Antera:—¿Paga nuestro muchacho?
—¿A verlo?—dijo el hombre del ventanillo.
Y Antera dijo á Blasa:—Muestra el chiquillo.
Y al destapar el bulto que entre mantillas
iba lleno de encajes y de puntillas,
Blasa causó el asombro de los presentes,
que no oyeron más frases que las siguientes:
—¿Pero qué traes, indina?
—¡Perdón, señora!
Esto es que con las prisas de última hora,
por envolver al pobre Baltasarito
envolví la bandurria del señorito.
—¿Y qué has hecho del nene, maldita Blasa?
—No tenga usted cuidado; se quedó en casa,
resguardado del polvo, salvo y contento,
metidito en la funda del instrumento.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

ESPERANZA Y VENTURA

Las dos primas, descalzas, bajo el sol ardoroso de Julio, iban camino del Santuario.

Lo de la descalcez era una de las condiciones de la oferta. Las rapazas vestían su mejor ropa, sus buenos dengues y mantelos de rico paño á la antigua, que ya no se estilan ahora, iban repeinadas, lustrosa la tez de tanto fregarla con agua y jabón barato; hasta lucían, una sarta de cuentas azules, Esperanza; de granos de coral falso, Venturiña; pero tenían que sentar sobre los guijarros y el polvo el pie desnudo; y esto sería lo de menos, que avezadas estaban á guardar los zapatos para días de repique gordo; el caso era la vergüenza, el corrimiento de ir así, y que todos los mozos y aun los viejos preguntasen entre maliciosas cucadas de ojo la razón de un voto tan solemne y estrecho.

La razón... no les daba la gana de decirla. Cada uno tiene sus males, ¡qué diaño! y no se los cuenta al vecino para que se advierta... Ellas, conferenciando entre sí, se quejaban de sus males indinos, que se agarran como lapas y no hay medicina en la botica que los cure; y por eso, desesperadas ya, apelaban como supremo recurso al gran Curandero, que con sus manos enclavadas hace más que la reata de médicos, aunque vengan de Compostela alabándose de mucha sabiduría.

Males indinos, sí... Venturiña era la más enferma de las dos. Como que su padecimiento consistía nada menos que en tener metidos dentro del cuerpo... ¡extraño achaque! á varios auténticos demonios, que no la consentían descansar un minuto ni de día ni de noche. A ciertas horas, no obstante, apretaban las diabluras, y Venturiña se retorcía en convulsiones, echaba espuma por la boca, bizcaba los ojos, describía con el cuerpo un arco, sentía en la garganta una pera de ahogo, y su lengua de mocita decente—que, ¡alabado el Señor! no tiene de qué avergonzarse, y sabe que las mujeres deben guardar compostura—se convertía, por impulso invencible y sin permiso de su voluntad, en la lengua *pecadenta* del carretero más blasfemo y bruto; no parece sino que algún pateta, desde el infierno, la soplaba palabras y dichos que hasta no los había oído en su vida, que hasta no presumía ella, válgame lo que me valga, qué significan ni á cuento de qué vienen. No disfrutaba Venturiña siquiera del consuelo de implorar á Nuestra Señora, ni al santo Angel de la Guarda, ni á ninguna potencia celestial, porque apenas le cruzaba por las mientes la idea de hacerlo, tal escarabajeo y tal rifirrafe armaban los demonios, que la desdichada se dejaba caer al suelo, lívida, espumarajeando, braceando, perneando. Y desde que, á instigación de Esperanza, su prima, hizo la oferta para la romería del Cristo de Androsán, el martirio arreció: cordeles de fuego la flagelaban; manos de hierro la esgañían; fríos sapos corrían entre las sábanas de estopa de su lecho; culebras se enroscaban á sus tobillos, y por detrás de su cabeza, cuando se sentaba á comer el caldo, una bruja hedionda venía diariamente á escupir en la *cunca*... ¡Ya no resistía más! Destrozada, arrastrándose, descalza de pie y pierna, Venturiña acudía á postrarse en el Santuario, después de darle la vuelta alrededor de rodillas, para que, al momento solemne de alzar á Dios, los demonios fuesen lanzados y la salud floreciese otra vez en su persona.

En comparanza con lo de Venturiña, lo de Esperanciña no valía un ochavo. Esperanza, vamos, estaba sanibuena, aunque ella dijese otra cosa. ¡Qué manía la suya de alabarse de mal indino también! pensaba la endemoniada. ¿Por si acaso Esperanciña se revolcaba, se ponía en figura de C, echaba pecados ni veía cosas del otro mundo? Lo único que le sucedía á Esperanza, la del pelo castaño y la carita de cera, es que se acordaba siempre, siempre de aquel mozo que marchó á América á hacerse rico, y que ya no escribió más ni mandó otra noticia de sí; y con este pensamiento fijo y clavado como un puñal, ni comía, ni dormía, ni tenía ganas de seguir viviendo. Cosas de rapazas, cosas del querer; ¡vaya unas enfermedades! discurría involuntariamente Ventura. A ella no le duele rincón del cuerpo; luego, propiamente, sanidá no le falta.

Llegaron las dos mozas al atrio, donde hormigueaba el gentío. Remangando los mantelos para no echarlos á perder, se arrodillaron en la hierba, agostada y pisoteada, y sobre las rodillas comenzaron á dar la vuelta á la iglesia, por fortuna para ellas, no muy grande. Sentían en la piel que cubre la rótula como la impresión de rabiosa quemadura, y en el hueso un magullamiento cruel; pero, estoicas, avanzaban sin chistar, adelantando sobre la cara el marco del pañuelo, á fin de que no las viesen apretar los dientes. La multitud abría calle, permitiendo pasar á las malpocadiñas. Ventura oía en el hueco de su cráneo martilleos en yunque de fragua, y una voz de hombre, sardónica, que la apedreaba á in-

sultos, á proposiciones sucias y nombres feos. «Pues no has conseguir que me levante, maldito, desconmulgado», repetía entre la crispación de sus nervios, ascendente como la marea. Faltábanle sólo ocho ó diez rectaduras para llegar á la puerta de la iglesita, cuando, no pudiendo resistir más, no el martirio de las rodillas, sino las infamias que gritaba dentro la arrenegada voz, se incorporó de un salto de fiera, y agitando los brazos á guisa de aspas de molino que hace girar viento huracanado, cerrados los puños, fuera los ojos de las órbitas, soltó la andanada de injurias y desvergüenzas que le hervía. El gentío no la hizo caso. La misa daría comienzo muy pronto, y era preciso que Ventura entrase y permaneciese en el templo hasta el instante decisivo. No creyéndose capaz de sujetar á la furiosa, solicitó el auxilio de dos labriegos con traza de hombres de bien. Agarraron á Ventura por un brazo cada uno,

y nada, adentro. Bajo sus manos duras y callosas sentíanla trepidar, y apretaban más fuerte.

Al aparecer el cura en el altar, al relucir el oro de la casulla nueva y repiquetear con tirilín argentino la campanilla del acólito, la endemoniada tembló doble, resopló, gimió, barbotó palabras obscuras. La contuvieron; hasta el *Sanctus* fueron haciendo bueno de ella. El *Sanctus* la alborotó; se acercaba el momento; los demonios, alojados en frágil cuerpo de mujer, le regaban con pez ardiente y le hundían sus garras de fuego en las entrañas. Ventura se asfixiaba; una bola candente, enorme, subía impetuosa, empujada sin duda por diabólicas manos, de su vientre á sus pulmones y de éstos á su gorja, al mismo tragadero y respiradero; ni el chillido de desesperación lograba abrirse camino; el torso de la moza empezaba á arquearse; el busto se echaba atrás violentamente, á pesar del esfuerzo de los que la contenían. Repiqueteó la campanilla con respetuoso misterio; la hostia iluminó con el reducido punto de su blancura, á manera de astro de la mañana, el recinto; la gente se prosternó, se golpeó el pecho, murmurando oraciones, y Ventura, en horrible espasmo, sintió que la bola irrumpía afuera entre llamas y azufre; que á ella la golpeaba y la arrastraba un puño de gigante, y en vez de quejas y plegarias, escupió un torrente desatado y turbio de blasfemias inmundas contra el dulce Cordero de la pálida Forma... El vigor de los dos labriegos cedió ante el nervioso desate de la energúmena, que rodó por tierra, de donde la recogió el tropel arremolinado de los compadecidos fieles.

Al anochecer regresaban á su casa las dos primas, calzadas ya. Ventura iba rendida de gozo. Una dicha, un bienestar inexplicable la embargaban. ¡Estaba curada, salva, salva del todo! Los sufrimientos de la mañana en la misa fueron los últimos; con la bola de apestoso azufre había salido el trasno ó los trasnos—¡hacerles la cruz!—vomitando horrores; pero la moza, ni se acordaba; un sueño irresistible, como si hubiese bebido una jarra de leche fresca, la había salteado después del acceso, y al despertar... ni señales del mal indino, que se agarra como las lapas, y no hay en la botica medicamento que lo cure. ¡Bendito y alabado sea el Curandero del cielo, el Señor de Androsán!

—Y á ti, Esperanza, ¿se te quitó el mal tuyo?—interrogó volviéndose á su prima.

Meneó Esperanza la cabeza, y después la agachó contra el pecho. ¡Quitársele el mal! Ya presumía ella que no. Igual que víno se volvía. Al arrastrarse sobre las rodillas, que le escocían tanto, ni un instante creyó mejorar, porque su enfermedad ni estaba en las rodillas ni en ninguna parte: estaba en ella, y á no quitarse á sí propia, consigo tenía que llevarlo y traerlo, á la romería, de la romería, al santuario, del santuario. Sólo por el aquel de probar, á ver si el Santo Cristo se dignaba tener compasión de una infeliz, se resolvió á esconder avergonzada, en el rincón más obscuro del altar, después de que la gente despejó la iglesia y se fué á bailotear al soto, un corazón de cera pendiente de una cinta azul. El que debió dejar allí era el que tanto la dolía,—y no siendo eso, ni servían rezos ni servía el cura con el hisopo... ni servía... ¡Jesús, Jesús nos perdone!

El pinar se espesaba, la noche descendía; á lo lejos cuarreaban las ranas en la ciénaga; un cohete de luces de color rasgó el firmamento, y Ventura se soliviantó alegremente.

—¡Mira los fuegos, mujer, que pareces parva!—dijo á su ensimismada compañera.

DIBUJOS DE MENDEZ BRINGA

EMILIA PARDO BAZÁN

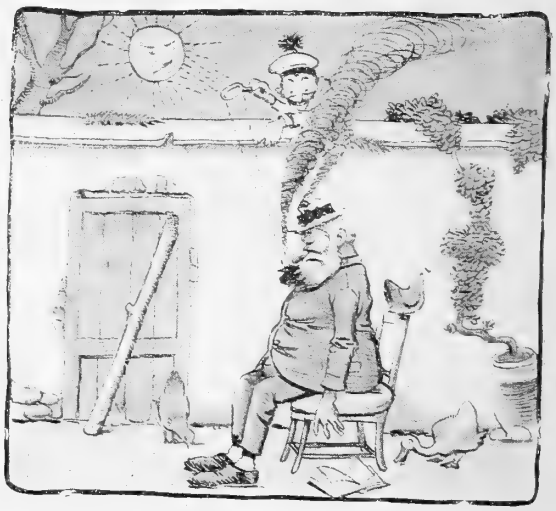
FÍSICA RECREATIVA

UN EXPERIMENTO DE ÓPTICA, POR TOVAR

1

2

3

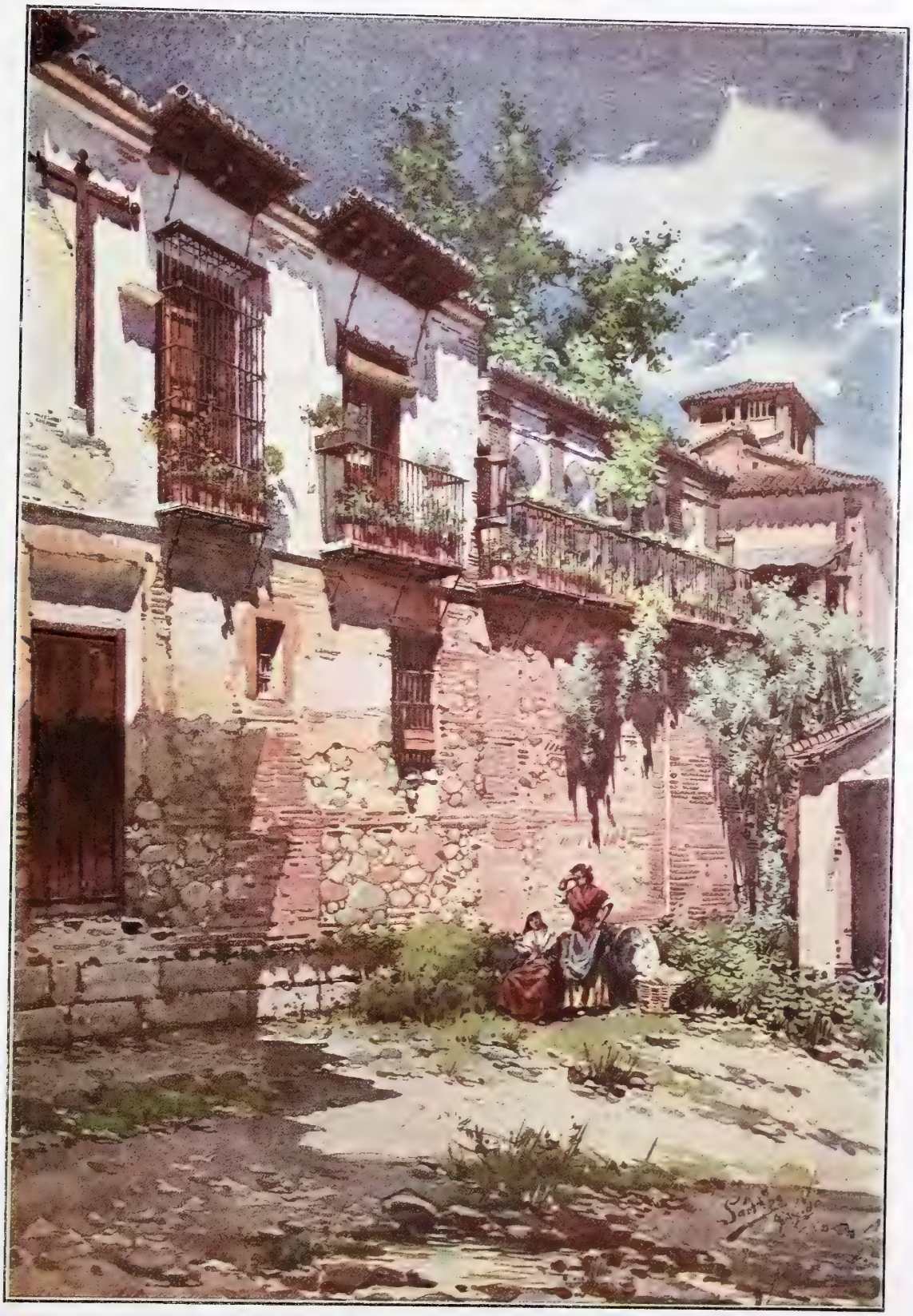


4

5

6

UNA SOLANA EN GRANADA,
POR SÁDABA



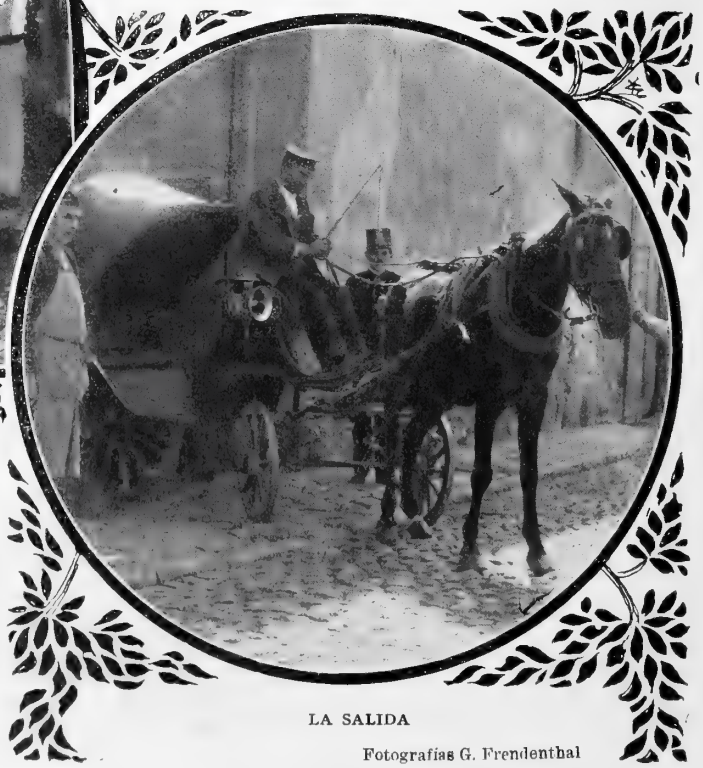
LA SALIDA DEL SIMÓN

LA «TOILETTE» DEL CABALLO

ENGANCHANDO

HASTA hace unos años, con motivo de la huelga de cocheros, no nos habíamos enterado de los sufrimientos y penalidades de esta clase, y cuando subidos en el menguado trípode que nos crean las dos ó tres pesetillas que en el simón vamos á gastarnos, fingimos despreciar, ó despreciamos efectivamente, al cochero, debiéramos acordarnos de que es un sufrido y valiente ciudadano que quizás lleva trabajando catorce ó quince horas en una faena pasiva é ingrata, mal comiendo al aire libre y entre dos prisas. Los más de los cocheros de Madrid se levantan cuando todos estamos roncando *todavía*, y se acuestan cuando todos estamos roncando *ya*. Salvo los que están en puntos *fijos* donde hay servicio noche y día, casi todos han de ir á la cochera entre el canto del ruiseñor y el de la alondra, y no á buscar á Julieta, sino á repasar la limpieza del coche y el enganche del caballo, para que la hora de salir los primeros trenes les coja en la calle. A esas horas en que hasta la luz y el aire de las calles parecen hostiles, comienza el trabajo del simón, trabajo, en verdad, mal remunerado y peor agradecido.

* * *



LA SALIDA

Fotografías G. Frendenthal

PREPARATIVOS DE INVIERNO

ATERRADOR es el problema del invierno en esta corte siberiana.

Aspectos positivamente espeluznantes de ese problema son la ardua cuestión de las chimeneas, estufas y *chouberskys;* el morrocotudo asunto del esterado y alfombrado; la en muchos casos insoluble dificultad de la ropa de abrigo... Acércase el mes de los Santos; aparecen las castañeras en todos los puntos estratégicos de la villa; las que fueron claras horchaterías, conviértense en lúgubres templos sostenidos por robustas columnatas egipcias ó pér-

sicás, que no otra cosa parecen los rollos de esteras y alfombras y entran en su casa de usted los valencianos estereros cargados con el monstruo cilíndrico, que al desenrrollarse y extenderse en plácida actitud sobre el piso, le devora á usted el sueldo entero del mes mortuorio.

Ya apaciguado ese monstruo, otro leviatán más terrible abre sus anchas y negras fauces: la chimenea insaciable, que consume, hora tras hora, quintales y más quintales de leña ó de carbón, ¡al precio inverosímil á que han llegado ambos combustibles!

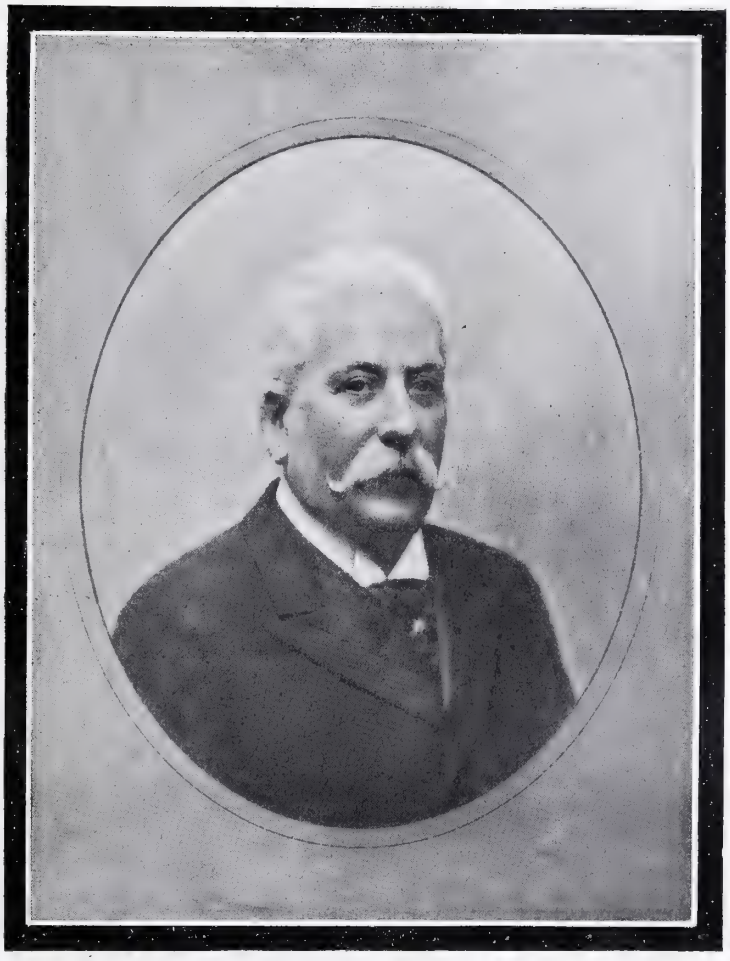
En fin, surge el más horroroso de todos los enemigos invernales: el sastre, y entonces, ¡á morir los caballeros!

FOT. MUÑOZ DE BAENA

UN PRÁCTICO, POR
MARTÍNEZ ABADES

AÑO TRECE Y NUMERO 655 MADRID DIA 21 DE NOVIEMBRE DE 1903

BLANCO Y NEGRO



DON TORCUATO LUCA DE TENA Y REINA
† EN SEVILLA EL DÍA 18 DE NOVIEMBRE DE 1903

ACTUALIDADES

NUESTRO querido amigo el Director de BLANCO Y NEGRO, D. Torcuato Luca de Tena, sufre en estos momentos uno de los dolores más grandes de la vida: la muerte de su anciano padre, el ilustre patricio sevillano D. Torcuato Luca de Tena y Reina, acaecida el 18 del corriente, á las nueve de la mañana, en su casa de Sevilla.

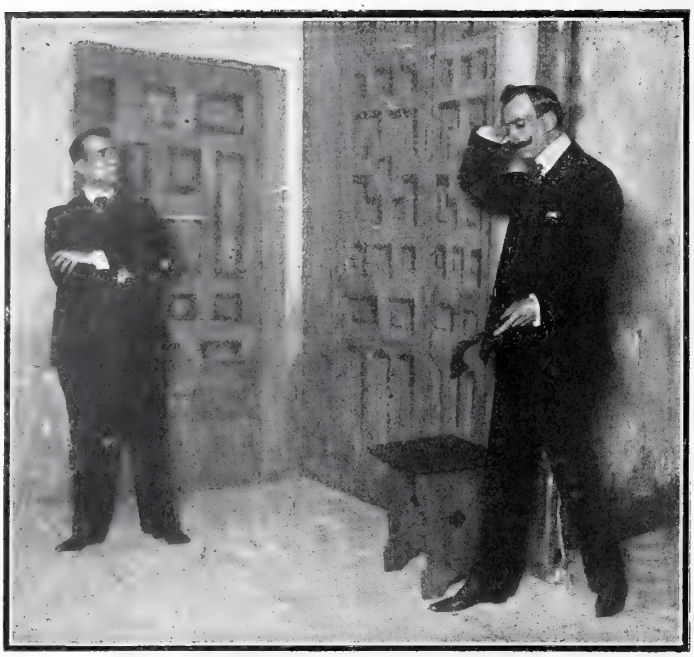
Al amor que por ley de naturaleza debemos todos los hijos á nuestros padres, uníanse en este caso otros dulces sentimientos de estimación personal y admiración cariñosa, por ser el Sr. Luca de Tena (q. e. p, d.) hombre de extraordinaria inteligencia, de raras aptitudes nada comunes en nuestra patria, y de nobles y filantrópicos sentimientos, reconocidos y apreciados por cuantos le trataban.

Era D. Torcuato Luca de Tena y Reina hombre de fecundas é importantes iniciativas, que desarrolló felizmente, primero en esfera modesta, dedicándose á empresas fabriles relacionadas con la producción agrícola andaluza; después en grande escala, creando industrias desconocidas antes en nuestro país, y para cuya implantación hizo pacientes estudios y realizó diferentes viajes al Extranjero, hasta conseguir los resultados más satisfactorios.

Verdadero padre de sus obreros, siempre los atendió, consideró y se anticipó en mucho á las reformas para ellos beneficiosas hoy consignadas en las leyes, y algunas aún no estatuídas legalmente, obrando en eso como todo buen ciudadano que, consciente de su derecho actual, le amplifica y engrandece, creando con la costumbre los cimientos sólidos de la futura ley. Lejos de ser ayudado y protegido en esta obra, hubo ocasiones en las cuales las exigencias del fisco le forzaron á detenerse en su camino. No se desanimó por esto, como no le había desanimado tampoco en la realización de sus empeños é iniciativas la lucha con la rutina, enseñoreada del país y de sus productores. El señor Luca de Tena fué, en suma, un hombre moderno, en la mejor acepción de la palabra, y su memoria no se borrará fácilmente del ánimo de sus conciudadanos.

Al dar á nuestros lectores la noticia de su muerte, hondamente apenados, dirigimos á nuestro querido Director y á su ilustre familia el testimonio de nuestro dolor. R. I. P.

MARIUCHA, la última obra dramática del insigne Pérez Galdós, después de haber recorrido en triunfo las más importantes capitales de España, ha sido estrenada en el teatro Español, de esta corte, con éxito grande y franco. Los que hayan seguido con la atención que merece el grandioso esfuerzo realizado por el maestro desde sus primeras obras, no desconocerán que si la intensidad dramática del teatro galdosiano es tan grande como el primer día, su eficacia moral y social ha aumentado considerablemente. *Mariucha* agradará más ó menos á los técnicos del teatro y de la crítica, pero con el fondo y con la tendencia de la obra no pueden menos de estar conformes absolutamente todas las conciencias honradas.



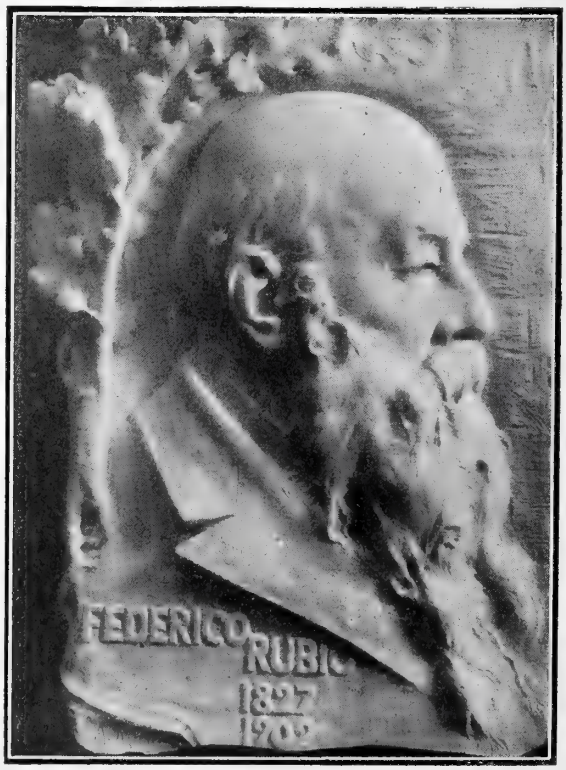
«MARIUCHA».—ESCENA IV DEL QUINTO ACTO
CESÁREO (Sr. Díaz de Mendoza, Mariano).—No, con esto no.
LEÓN (Sr. Díaz de Mendoza, Fernando).—¿Lo ves? ¡No puedes!...
Fot. Muñoz de Baena

La personalidad artística de Aniceto Marinas, el gran escultor segoviano, es harto conocida de los lectores de Blanco y Negro para que necesite presentaciones inoportunas.

Hoy esa personalidad aparece consagrada con el más elevado honor que puede alcanzar un artista llegado á la madurez de su talento. Aniceto Marinas ha ingresado en la Academia de San Fernando; ocupa en ella el sillón vacante por muerte del inolvidable maestro Jerónimo Suñol, y el domingo pasado leyó su discurso de recepción, desarrollando el tema *Arte decorativo* con verdadero acierto y en sobrio y sincero lenguaje.

En el discurso de Marinas se refleja la grave preocupación que á todos los artistas grandes domina respecto á la orientación futura del arte decorativo. Con alguna exageración en nuestro sentir, moteja al arte modernista de «confuso é indeciso en su ejecución, falto de lógica en sus principios y de armonía en su conjunto, sin origen conocido», etc., etc. No cree Marinas ni creemos nosotros que el modernismo, tal como hoy se muestra y se conoce, sea una solución definitiva al problema estético de la renovación del arte ornamental: pero Marinas habrá de reconocer que si todavía no es un estilo claro, con proporciones canónicas y preceptiva concreta y determinada, representa por lo menos un esfuerzo muy apreciable, cuya base y arranque hemos de ver en la difusión del arte oriental, principalmente del japonés, y cuyos ulterio-

ANICETO MARINAS



BUSTO DE D. FEDERICO RUBIO, POR MARINAS
Fot. de Cao Durán

res desarrollos no pueden preverse todavía. No es cosa de meterse en discusiones, ni éste es lugar propio para ellas: baste decir que el discurso de Marinas contiene ideas muy luminosas y que fué muy aplaudido, así como la discreta contestación del Sr. D. Amós Salvador.

DON RUPERTO

¡YA VIENE!

POR E. SALA

LOS DOMINGOS DEL PARDO

MUCHAS veces se ha llamado al Retiro *el pulmón de Madrid*, lo cual era verdad probada cuando el Retiro se hallaba abierto á todos los aires sanos y puros.

Por desgracia ó por fortuna, el crecimiento de la población madrileña ha encerrado ya al Retiro en una cintura de edificios, muchos de ellos nada sanificantes ni purificadores, y ya comienzan á notarse en el pulmón de Madrid las terribles cavernas propias de la tuberculosis.

Los madrileños no podemos fiarnos ya del Retiro. Ha comenzado el éxodo en busca de otros *pulmones* más amplios y sanos de veras, y entre ellos el más cercano y el de más fácil acceso es El Pardo.

La gente dominguera ya no se contenta con el Retiro, ni siquiera con la Moncloa. ¿Para qué quiere uno el tren de El Pardo, que parece un ferrocarril de juguete, aunque, para mayor ilusión, mete tanto ruido como un expreso? ¿Dónde hay gusto como el de dar un paseo, poniéndose de codos en la galería abierta del tren minúsculo, *epatando* primeramente á los contertulios de los Viveros, pasando por entre los concurdáneos de la Puerta de Hierro, sorpren-

diendo á las parejas misteriosas que se explayan hasta la fuente de la Reina, y por fin, experimentando el placer sin igual de ver correr á los gamos y á los paletos por entre las encinas, y saltar y jugar á los conejos por entre las carrascas del monte?

El Pardo es, hoy por hoy, una solución decente, y ojalá fuera tan fácil de arreglar eso del saneamiento de la pobrecita moneda tuberculosa, como lo es el saneamiento de los pulmones averiados, en aquel hermoso Real Sitio donde el perfume del tomillo parece que penetra hasta el alma, según observación de una pobre señorita que pasa seis días de la semana en lo más lóbrego y dantesco de la calle de Mesonero Romanos, y por eso sin duda es de opinión de que el alma debe de residir muy adentro, muy adentro, sin lo cual la suya habría perecido ya asfixiada por los efluvios humanos que embalsaman el centro de esta triste é insana capital.

En fin, lo dicho: el Pardo es una solución provisional cuando menos, y de soluciones provisionales vivimos en España hace siglos.

FOTOGRAFÍAS FREUDENTHAL

PRIMERA TORMENTA,
POR CARLOS VÁZQUEZ

EL SUEÑO DEL CURA

HACÍA largo tiempo que el cielo negaba á la tierra el necesario tributo de la lluvia; los campos con sus verdores agostados delataban la faz amarillenta de un sér inmenso enfermo; el poniente caliginoso elevaba trombas de polvo blanquecino que caían después como sudarios; la tierra trascendía á calentura, el aire á incendio, y los árboles, desmayados en pie, con las hojas lacias y las ramas desvaídas, hincaban sus raíces, ansiosas de las más escondidas humedades que el sol abstraía diariamente del terruño, abrasándolo todo con los besos infinitos de su lumbre implacable y ardorosa.

Los habitantes de Villayerma habían ya agotado su paciencia y sus oraciones ante los horrores de la plaga. Cuantos santos veneraban en la iglesia acababan de ser colmados de ofertas y sacados en procesión. La ciencia, en el acto, no podía hacer nada y la piedad ya lo había hecho todo ante la espantosa mueca del hambre que llegaba y de la muerte que venía. Los vecinos del pueblo aguardaban sólo con la ira sombría del desesperado el último momento de la vida.

Los niños, tumbados sobre los bancos de la escuela, mostraban abatidos la estolidez del hambre, que daba á sus rostros de ángel sombras de vejez prematura. El maestro sentado en su sillón, acodado en la mesa y la frente escondida entre las manos, observaba en el silencio morboso de aquellos niños la tristeza de un pueblo agonizante que no tenía, ante el horror de la muerte, ni el brío de la bestia espantada que huye el peligro.

En los pueblos incultos que dependen de los azares del cielo, cuando el cielo les falta lo pierden todo: el pan que alimenta el cuerpo, la esperanza que sustenta el alma y la conciencia del poder humano.

De pronto, el maestro levantó la cabeza; en la puerta de la escuela apareció una figura alta, enlutada, solemne. Era el cura del pueblo. En su rostro se destacaban las huellas del sufrimiento y del insomnio; sus cabellos, blancos antes de la vejez, eran la espuma que delataba las internas borrascas de su alma; su rostro largo y enjuto, sus labios carnosos y su nariz fuerte, descubrían su temperamento lleno de santas vehemencias.

—Venga usted, venga usted, maestro—le dijo con voz nerviosa;—y después que ambos se encerraron en un pequeño gabinete que la escuela tenía, extendiendo el cura sus brazos exclamó con emoción:

—¡Ya sé lo que pasa aquí! ¡Ya poseo el medio de salvarnos!... ¡Dios me ha revelado en sueños el secreto de su cólera!... ¡Es, como suya, justa y grande! Escúcheme usted y siéntese á mi lado.

Sentóse el maestro, suspiró el cura, medió una pausa, y prosiguió el sacerdote hablando de este modo:

—Hace tiempo que estoy apesarado no sólo por las desdichas que sufre el pueblo y las mayores que se le avecinan, sino de ver la inutilidad de nuestras oraciones y nuestra ineficacia para con Dios. Lleno de esta pesadumbre quedéme ayer dormido, cuando de súbito apareció á mis ojos una portentosa imagen que con lengua luminosa, que hasta el fondo del alma me llegaba, comenzó á hablarme de este modo:—«Es inútil que hagáis más rogativas ni dirijáis plegarias al Altísimo... ¡Cómo pueden serle gratas estas oraciones que sólo el hambre inspira! ¡Cómo podrá escuchar benignamente á estos hombres que mientras llueve no se acuerdan de adorarle ni en el altar de la ciencia ni en el de la fe! Las únicas voces que pudieran ser gratas á los oídos de Dios son las de los niños; ellos están limpios de pecado; sobre sus cándidas frentes cae el rigor de vuestro menosprecio; para ellos todo alimento os parece bueno, toda instrucción sobrada, toda habitación higiénica y excelente. Los españoles tenéis para los niños crueldades inquisitoriales que manifiestan la cerrilidad de vuestras almas; les ponéis á trabajar antes de tiempo y explotáis sus débiles fuerzas, sin cuidaros de suscitar en sus corazones el

amor á la Patria ni en su inteligencia el culto á la verdad. Despreciáis á los ángeles, y el que desprecia á los ángeles tiene sobre su frente la maldición de Dios.»

—¡Es verdad!—exclamó el maestro.

—Pues bien—respondió el cura;—es preciso que los niños de la escuela vayan solos á la ermita del cerro de la Virgen, que se halla á dos kilómetros del pueblo, sin que les acompañemos ni usted, ni yo, ni nadie; es preciso que ellos solos abran las puertas del pequeño templo; que ellos solos volteen la campana; que ellos solos iluminen los altares; que ellos solos eleven las plegarias; es preciso que á sus voces de ángeles no se mezclen los ecos de las nuestras, nacidas de pechos que trascienden á sórdidos egoísmos y fieras crueldades.

.....

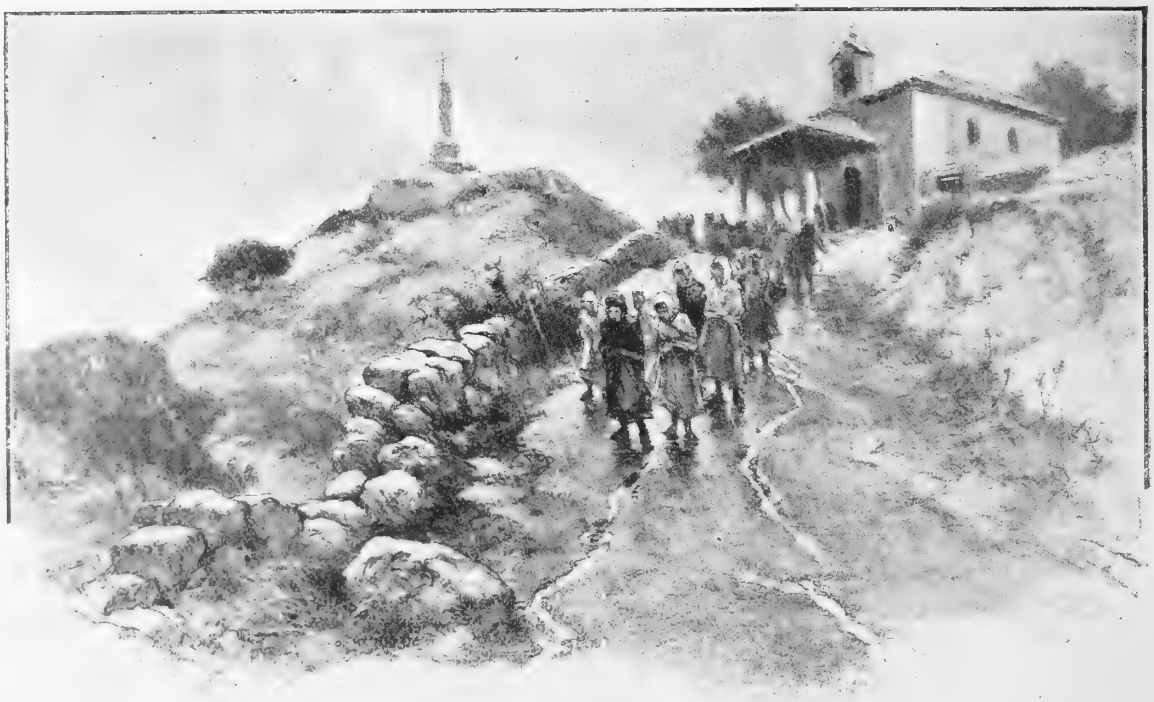
El rumor del sueño del cura se extendió por el pueblo, y las gentes se estremecieron de emoción.

Al siguiente día, cuando el sol dejaba caer de plano sobre la polvorienta sequedad de la tierra los ardorosos rayos de su lumbre, salieron al campo, formados de dos en dos, todos los niños del pueblo, sin que nadie les acompañara; iban sudorosos, tristes, en silencio; dilatando sus narices para aspirar plenamente el enrarecido vaho de Agosto, mientras las sombras graciosas de sus cuerpecitos se extendían á sus plantas. Llegaron al pie del cerro y escalaron lentamente la empinada cuesta.

En lo alto se asentaba la ermita de la Virgen, destacándose en el fondo del cielo azul, limpio, transparente, no empañado por la más ligera brisa, y que sólo allá á lo lejos, sobre las montañas por donde sopla el ábrego, descubría una pequeña nube alabastrina.

La ermita abrió sola sus puertas como tierna madre que abre sus brazos; los altares encendieron solos sus luces; la campana volteó sin que nadie la impeliera. Los ecos de las plegarias infantiles resonaron con misteriosas cadencias bajo las capillas y repercutieron en las bóvedas, entre notas de armonía sin orquesta que titilaban en los aires; hasta el pueblo llegaron las ecos de aquellos raudales sinfónicos empapados de ternura, en tanto que el viento huracanado, impeliendo las nubes de la sierra y entoldando con cenicientas brumas el cénit extenso, respondió con el cárdeno relámpago y el potente tableteo del trueno á cada una de las estrofas que huían vibrando por las ventanas ojivales de la ermita.

Al fin llovió, llovió potentemente; las nubes rasgaron sus negras entrañas y vertieron á raudales el líquido que esperaba la tierra, agrietada con avidez de fiera calentura, y en tanto que por los arroyos serpenteaba murmurando el agua; en tanto que el viento destejía los marañosos velos de las nubes, mostrando á trechos los abismos azules del espacio, el pequeño templo volvió á abrir sus puertas lenta y silenciosamente, los altares apagaron sus luces, la campana suspendió el acerado timbre de sus sones, y los niños aparecieron de nuevo serenos y contentos, y de dos en dos formados, lentamente fueron descendiendo por la cuesta pedregosa de la ermita.



El cura, el maestro, el alcalde, todos los vecinos y las vecinas del pueblo, con los ojos arrasados en lagrimas y el cabello espurreado por la lluvia, esperaban á los pequeñuelos á las puertas del poblado, y así que les vieron cerca, se abalanzaron hacia ellos y los tomaron en sus brazos y los colmaron de besos, sin cuidarse ninguno de si era ó no era su hijo el que oprimía frenéticamente contra su pecho.

Refiriéndome esta historia me decía mi buen amigo D. Octavio Cuartero:

En esta sequedad moral en que vivimos, y en que todos los ideales están agostados y las virtudes yermas, ¿quién mandará nuestros hijos á la ermita y quién los recibirá para acariciar su cuerpo y fortalecer su espíritu después de la lluvia?...

RAFAEL TORROMÉ

DIBUJOS DE REGIDOR

AMANECER

Aquí en mi corazón, sus alaridos
sonaron como rudos martillazos.
¡Yo maldije los besos de mi boca,
mi amor, mi juventud, mis entusiasmos!

Después, amanecía en sus entrañas:
los ruiseñores del amor cantaron,
y de mis esperanzas en la cumbre
el sol naciente difundió sus rayos...

Hijo mío, sé fuerte. Mis amores
¡á cuán tremendas guerras te lanzaron!
El amor y la guerra; eso es la vida.
Se necesita corazón y brazo.

Alma sumisa es cementerio triste
donde las ilusiones se enterraron.
La turbamulta, indiferente pasa.
¡Ay de los pobres muertos olvidados!

Es preciso vivir, y de la propia
fuerza llevar el símbolo en la mano.
Si á la bandera la saludan pocos,
¡todos se inclinan cuando se alza el látigo!

Es preciso vencer, y en el banquete
de los triunfantes ser un invitado,
y que lleven los ojos la amenaza...
y la sonrisa de perdón los labios.

Ricardo J. CATARINEU

DIBUJO DE J. FRANCÉS

NUEVO PLAN DE ESTUDIOS

Conozco á un chico de diecisiete años, extremeño, con la cara lo mismo que un melocotón por el color y por los pelos, con los ojos pequeños negros y brillantes como dos cabezas de espetón; guapito, listo y romántico con todo el mundo, menos con las criadas de la casa de huéspedes donde *para*, como dice su señor padre, ó donde no para, si hemos de creer á la patrona.

El padre le envió á Madrid hace tres años, para que siguiese una carrera corta: el muchacho la hizo más corta todavía, no estudiando. Llegaron las vacaciones; hubo gran discusión entre el padre y el hijo, porque éste no recordaba dónde había puesto el curso; y el padre, dando por averiguado que aquel lo había perdido, lo castigó con un año de vida labriega. ¡Qué horror! ¡Después de Paul de Kock, Virgilio!

Por fin, este año se ablandó el padre; y el chico, escarmentado y arrepentido, llegó ayer mañana á Madrid, se fué sin descansar al Retiro, por la tarde tomó café dos veces en los de la Puerta del Sol, y llegada la noche, se zampó en Romea.

Y yo me dije al saberlo:—Pero, señor, ¿por qué no pondremos á estas criaturas á estudiar *Modistas* en vez de estudiar *Matemáticas?*

¿No será nuestra la equivocación y nos dará vergüenza confesarla?

Porque, hablando ahora entre padres, sucede que nos ponemos con el hijo como unas fieras en ayunas; le ajustamos la cuenta de los días, que son muchos, y de las lecciones, que son pocas; tiembla el chico ante nosotros, pensando que al final de cada párrafo le vamos á santiguar la cara; le hablamos de la vergüenza, del ridículo, del porvenir y casi del Protocolo; pónese el muchacho muy colorado, se le asoman las lágrimas y reconoce ¡inocente! que ha hecho muy mal, y promete ¡inocentísimo! que no le volverá á suceder; le mandamos retirar de nuestra presencia y desahogamos, ya solos, la cólera, dándonos un tirón de la barba y rugiendo entre dientes:

—¡Cómo ha de ser! Lo mismo hice yo.

Y no es esto lo peor; sino que por estudiar el muchacho las modistas á través de las Matemáticas, y las Matemáticas á través de las modistas, se le atraviesa el asno en ambas asignaturas, y luego resulta mal ingeniero y mal casado.

Y no me diga nadie que lo primero es peor que lo segundo, porque dirá una necedad: queremos ser grandes ingenieros para llevar á casa muchas patatas y muchas chuletas y muchos trajes de seda y sombreros empenachados y que la señora se ponga muy contenta y la cojamos por el talle y demos una vuelta á la mesa del comedor *porkeando* sin orquesta. PARA ESO. Ese es el fin último para que fuimos mal criados.

Se puede ser un ingeniero muy mediocre y ser un tío muy vivo dentro de casa; y como la señora no entiende una palabra de ingeniería y concede tanto más talento al marido cuanto mejor sabe manejarla á ella, y en cambio le considera como un zoquete si, con toda su ciencia, no ve siete sobre una burra, el ingeniero de mogollón puede ser un hombre felicísimo y hasta tener buena sombra en sus construcciones, porque la suerte respeta á los felices; es cosa averiguada.

Mejor pasaría yo por un puente trazado y dirigido por un chiripón de éstos á quienes todo les sale bien, que sentarme en un banco de piedra sacado de cimientos por un sombrón triste, sudando ciencia y cuya cabeza fuera percha de desventuras.

Hay que obedecer y seguir á la Naturaleza. ¿Que queremos por un resabio de tiranía reglamentar y sistematizar sus enseñanzas? Bueno: pues de los quince á los veinte, el Bachillerato; primer año, baile; segundo, reuniones; tercero, cartas en verso; cuarto, aventuras callejeras; quinto... No hay quinto malo.

De los veinte á los veinticinco, estudios de Facultad: carácter de la mujer, líos, tapujos, carta dotal, etcétera, y á la funesta edad de los treinta, á casarse y á estudiar el *seno* y el *coseno*.

F. SERRANO DE LA PEDROSA

LANCES DE AMOR Y GALANÍA

JORNADA PRIMERA

Es en la Roma de los papas. El día en que Gonzalo de Córdova llega triunfante á los pies del Pontífice y recibe de él la rosa de oro (flor de amor) que la Iglesia otorga cada año al hijo predilecto. Las calles se engalanan, y el sol de primavera viste el aire de luz. La multitud, alborozada, mira pasar la comitiva. Allá van los gentiles caballeros de España, los soldados de Isabel. Asomadas á sus balcones, las hermosas de la ciudad los miran pasar.

En uno de los balcones del palacio Ricci.

ÁNGELA DE RICCI, LUISA DE MANTUA, JACINTO LORIANI, EL CABALLERO ANÍBAL RENI, UN PAJE

LUISA.—Lucido cortejo. Apuestos los caballeros españoles. Dicen que algunos de ellos son poetas, y todos sabios. ¿No miras, Angela?

ANGELA.—Mirando estoy.

LUISA.—¿Y soñando acaso?

ANGELA.—No tengo tan mala costumbre. ¿Verdad, Loriani?

JACINTO.—Señora, yo sólo sé que no os dignáis compartir mis sueños. Figuráos que nos dedicásemos únicamente á ensoñar, como queréis.

ANGELA.—Tal vez aconteciese que al despertar hubiera ya pasado nuestra vida... sin vivirla nosotros. Creedlo, amigo, más vale vivir.

JACINTO.—¿Y si la vida es triste?

ANGELA.—En nuestra mano está trocarla en gozosa.

LUISA.—Todo consiste en no poner jamás la felicidad en manos ajenas.

ANÍBAL.—Pero acontece que nosotros los hombres tenemos siempre la felicidad en manos de vosotras las mujeres, puesto que os entregamos la llave de nuestro corazón.

ANGELA.—El corazón, amigo, se abre con cien llaves, y harto sabéis guardar noventa y nueve al entregarnos una.

LUISA.—A todo esto la comitiva pasa, y dejamos de verla por discutir en balde.

JACINTO.—¿Tanto os agrada?

LUISA.—Siempre fué la belleza golosina para los ojos.

ANÍBAL.—Y señuelo para la voluntad.

JACINTO.—Decid para el capricho.

ANGELA.—¿Y qué es la voluntad sino el capricho?

LUISA.—Mira aquel caballero, el del caballo pardo y la pluma roja.

ANGELA.—Es D. Alonso de Pastrana

LUISA.—¿Castellano?

ANGELA.—Aragonés. Conocíle en Nápoles hace seis años; quince tenía yo.

LUISA.—Suspiras... ¿Acaso le amaste?

ANGELA.—No sé; ya no me acuerdo; pero cuando pasó, túvele un instante por cosa mía.

LUISA.—Acaso deba serlo si no fué.

ANGELA.—¡Quién sabe! *(Al paje.)* Oye, Cornelio buscarás la posada en que se aloja el caballero aragonés D. Alonso de Pastrana; pedirás verle, y le dirás mi nombre y cómo habrá esta noche gran fiesta en mi palacio; añadirás que tendremos á honra su presencia.

LUISA.—¿Qué intentas?

ANGELA.—Recordar si le amé viendo si me ama

LUISA.—¿Y si así fuese?

ANGELA.—Harto sabes que no soy cruel. Si por mí sufre, he de curar su mal... Si no, sabré hacerle sufrir por lograr el placer de consolarle.

JORNADA II

En los jardines del palacio. Luces discretas tiemblan entre el follaje. Músicas lejanas desgranan en la noche melodías galantes. Los invitados danzan en los salones ó discurren por los frescos senderos del jardín. Junto á la fuente, cuyas aguas susurran con melancolía tenaz.

ÁNGELA DE RICCI Y EL CABALLERO ARAGONÉS

ANGELA.—¿Es posible, mi señor D. Alonso, que no quisiérais venir á esta casa? Díjomelo el paje, y apenas acierto á creerlo. ¿Qué temíais de mí?

D. ALONSO.—Acaso á mí mismo me temía.

ANGELA.—Habladme francamente. ¿Recordáis aquellos tiempos en que me conocísteis?

D. ALONSO.—Recuérdalos mi corazón. Bien otros, por cierto.

ANGELA.—¿Qué halláis cambiado en ellos?

D. ALONSO.—Sois la esposa de Ricci.

ANGELA.—Lindo descubrimiento. ¿Y eso os preocupa?

D. ALONSO.—Lorenzo es vuestro dueño.

ANGELA.—Es mi marido.

D. ALONSO.—Eso quise decir.

ANGELA.—¿Pensáis poner en Roma cátedra de española austeridad? Antes he de mostraros yo una ciencia harto más amable. Y el corazón me dice que habéis de ser excelente discípulo... porque creo, ¿no lo recordáis vos? que en tiempos comenzamos el estudio de la tal sa-

biduría; pero entonces, ó mucho me engaño, ó érais vos el maestro. ¿Qué decís?

D. ALONSO.—Digo, señora, que os amé en extremo aquel tiempo.

ANGELA.—Gracias. Y ahora...

D. ALONSO.—Ahora no puedo amaros.

ANGELA.—Pláceme la franqueza. ¿Y por qué, mi señor D. Alonso?

D. ALONSO.—El por qué, es triste.

ANGELA.—¿Me permitís que lo adivine?

D. ALONSO.—Adivinadlo si podéis.

ANGELA.—¿Acaso dejé de pareceros hermosa?

D. ALONSO.—De la noche y del sol tiene vuestra belleza; negrura de misterio y júbilo de luz: vuestra voz como música que de lejos viene, y vuestras palabras inquietadoras como recuerdo de placer que ha muerto. Hermosa como nunca os miró.

ANGELA.—Y hermosa como nunca me desdeñáis. Luego si tantas perfecciones no logran conmoveros, bien fácil es la adivinanza. Amáis á otra mujer. *(Pausa. El surtidor sigue diciendo melancolías. El ramaje comenta susurrando el despecho de una hermosa señora que no alcanza á vencer al amor.)* ¿Acerté, D. Alonso? *(El caballero afirma con triste sonreír.)* ¿Conozco yo á la dama?

D. ALONSO.—La conocísteis.

ANGELA.—Decidme su nombre.

D. ALONSO.—Mi corazón la llama Mía..

ANGELA.—¿Y habéis de serle fiel... hasta la muerte, como decís vosotros?

D. ALONSO.—Acaso más allá.

ANGELA.—Me divierten vuestras arrogancias. Y fuera del amor, ¿me daríais cuanto os pidiese? mosura cuando no os atrevéis á mostrármela. Juro no guardaros rencor si me gana en belleza.

D. ALONSO.—No hay rival para vos.

ANGELA.—Bien sientan ahora vuestras galanterías. Acabaréis por enfadarme.

(Se alejan, y lentamente entran en el palacio.)

JORNADA III

En el salón de fiestas.

DON ALONSO DE PASTRANA, JACINTO LORIANI, OTROS CABALLEROS

D. ALONSO.—Digo, Loriani, que me daréis razón de esas palabras.

LORIANI.—¿Qué más razón que su misma verdad?

D. ALONSO.—Y de esas otras que diciendo estáis.

LORIANI.—Parecéis loco. ¿A quién puede ofender el que yo diga que nuestra amable huéspeda...?

D. ALONSO.—Callad os digo.

LORIANI.—¿Acaso es mengua en una noble dama ser compasiva con sus amadores? Angela de Ricci se precia de serlo.

D. ALONSO.—Mentís como villano.

Gran tumulto. La disputa arrecia; los enojos desbordan como espumas. A poco, en el jardín se cruzan dos aceros, y desplomado un hombre, suenan gritos de espanto. Enmudecen las músicas, y las luces del jardín parpadean.

ANGELA.—*(Acudiendo seguida de las damas sus amigas.)* ¿Qué ocurre? *(A Loriani.)* ¿Qué ha pasado?

LORIANI.—Vedlo, señora. Se empeñó en morir.

LUISA.—¡El de Pastrana muerto! *(Angela se arrodilla.)* ¿Qué haces?

D. ALONSO.—Mi vida espera vuestras órdenes para dejar de serlo.

ANGELA.—No pido tanto. Dadme ese relicario que lleváis al cuello. ¿Que no es posible? Más que la vida le estimáis entonces...

D. ALONSO.—Más que la vida.

ANGELA.—¿Qué guardáis en él?

D. ALONSO.—Una imagen.

ANGELA.—No me digáis de quién. Daría por verla hasta el placer de rendiros. ¿Tampoco...? No debéis estar demasiado orgulloso de su her

ANGELA.—*(Abriendo el relicario que Pastrana lleva colgado al cuello.)* He de saber quién era.

LUISA.—*(Mirando la imagen.)* ¡Eres tú!

ANGELA.—Yo, sí, en aquellos tiempos, cuando era niña. *(A Loriani, que se acerca.)* Mirad, amigo: uno que por soñar se olvidó de vivir. *(Sonríe amablemente y se aleja, llevando el relicario.)*

TELÓN

G. MARTINEZ SIERRA

BAJO-RELIEVES DE COULLAUT VALERA

NOTAS ARTÍSTICAS

HERMENEGILDO ESTEVAN Y LA ACADEMIA ESPAÑOLA DE BELLAS ARTES, EN ROMA

MODESTA y casi obscura, pero muy fructuosa existencia la de la Academia de Bellas Artes que España tiene establecida en Roma.

Otras naciones, que por cierto pagan mejor sus representaciones artísticas en Italia, las conceden gran importancia y atención. Aquí nos contentamos con enviar allá á los pensionados y exponer en un patio cualquiera del ministerio de Estado (¿...?) sus envíos, sin que nadie vuelva á acordarse de ellos ni de que tal Academia existe. Por fortuna, en la Academia de Roma hay un artista de corazón, en quien ni los años ni la indiferencia oficial han extinguido el entusiasmo que por aquella obra artística y patriótica siente: es el secretario de la Academia, el excelente artista zaragozano D. Hermenegildo Estevan, discípulo que fué del gran maestro D. Carlos de Haes. Pensionado en Roma después de oposición brillantísima, fué uno de los primeros paisajistas que obtuvieron distinción tan señalada.

Al terminar el plazo de su pensión, durante la cual obtuvo los mejores resultados y mereció las calificaciones más honrosas, Hermenegildo Estevan fué nombrado secretario de la Academia, cargo que viene desempeñando desde hace diecisiete años con tanto celo como discreción y con gran aplauso de cuantos artistas se han sucedido en la Dirección de aquel magnífico centro docente, así como con verdadera satisfacción de los muchos pensionados que por el palacio de la Academia pasaron en ese tiempo y para los cuales Hermenegildo Estevan ha sido un compañero amable, un ilustrado consejero y un defensor celoso de los intereses y prestigios de la clase.

Tan buenos resultados no se consiguen sin una gran autoridad moral, como la que le dan á Estevan, no sólo sus altos méritos de artista laureado en muchas Exposiciones nacionales y extranjeras, sino también su cultura, su laboriosidad y sus relevantes prendas y condiciones de carácter.

En premio á unos y otros merecimientos, varias veces ha sido propuesto para distintas condecoraciones y recompensas oficiales por los Embajadores de España en Roma, quienes mejor que nadie han podido apreciar las dificultades del cargo de Secretario de una Academia concurrida por jóvenes de genio resuelto y sacudido, cual corresponde á los bríos propios de los artistas noveles, y que, sin embargo, en todas las ocasiones ha sido modelo de corrección y cultura y ha dejado en el mejor lugar el nombre de España.

Así, pues, publicando el retrato de Estevan y la reproducción de uno de sus últimos apuntes de paisaje, creemos hacer constar algo que está ya consagrado y reconocido, aun cuando no sea cosa vulgar: el mérito del artista y la gran altura á que se encuentra nuestra Academia en Roma, uno de los más importantes centros de enseñanza práctica que sostiene el Estado español.

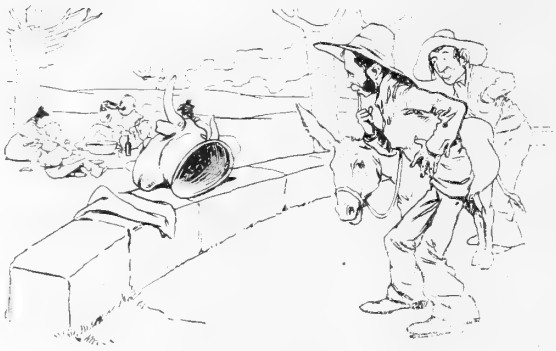
* * *

SE AGUÓ LA FIESTA

POR P. ROJAS

1

2



3

4

5

6

7

8

AL TOCAR UNOS CLAVELES

MADRIGAL

Como un grupo de llamas oscilantes
mecíanse en tu seno unos claveles
que enrejaba de trémulos caireles
tu mantilla de pliegues ondulantes.
Quise tocar sus pétalos brillantes
que un hada iluminó con sus pinceles,
y me advirtieron tus palabras fieles
que abrasaban las hojas deslumbrantes.

Me reí de la idea peregrina,
y toqué una corola purpurina
que parecía de encendido raso.
Y el tacto de ella separando luego
prendió el clavel á mi existencia fuego,
¡y desde entonces de pasión me abraso!

SALVADOR RUEDA

DIBUJO DE ALBERTI

SOBRE VINO

BUENO *es el vino cuando el vino es bueno—pero si el agua—es de una fuente cristalina y clara—...siempre es mejor el vino que no el agua.*

Este axioma, aforismo ó lo que fuere, que todo será menos verso ó versos, constituye el fundamento filosófico de la explotación vinícola á que se refieren las fotografías adjuntas.

Las operaciones de vendimiar, pisar la uva, prensarla, hacer el mosto, dejarlo fermentar y trasegarlo en sazón oportuna son hoy, esencialmente, las mismas que en tiempos del distinguido viticultor y antepasado nuestro Sr. Noé se practicaban: pero como «hoy las ciencias adelantan que es una maravilla», dicho venerable patriarca se quedaría patidifuso de admiración viendo cómo se pisa, se prensa, se trasiega, etc., con arreglo á los últimos adelantos científicos.

Lo que sería conveniente discutir ahora, es si los vinos elaborados según los principios de la técnica vinícola y enológica son mejores y más sabrosos que los hechos siguiendo las antiguas normas, ó dígase intimas. Esta discusión nos parece un bonito tema para entretener las veladas del Ateneo ó de cualquier otra sociedad erudita.

FOTS. DE MUÑOZ DE BAENA, OBTENIDAS EN LA FINCA «EL ENCÍN», DEL SR. MARQUÉS DE LUQUE

Fotografías de Linacero y L. Muriel

¡A RECOGERSE!,
POR A. ANDRADE

ACTUALIDAD EXTRANJERA

No hace mucho tiempo, un par de años escasos, quien esto escribe se permitía el lujo de pronosticar en estas mismas columnas que el vehículo del porvenir sería el coche de nuestro seráfico padre San Francisco, porque la humanidad se cansaría de andar en coche, en tren, en automóvil, etc., etc., y de obtener, á beneficio de medios puramente mecánicos, velocidades verdaderamente vertiginosas, como las alcanzadas recientemente por el tren-fantasma, que ha llegado á correr en Berlín ó Potsdam ó Charlottenburgo la friolera de doscientos cuatro kilómetros por hora.

PAREJAS DE CORREDORES EN EL HIPÓDROMO

LOS JUECES DE SALIDA

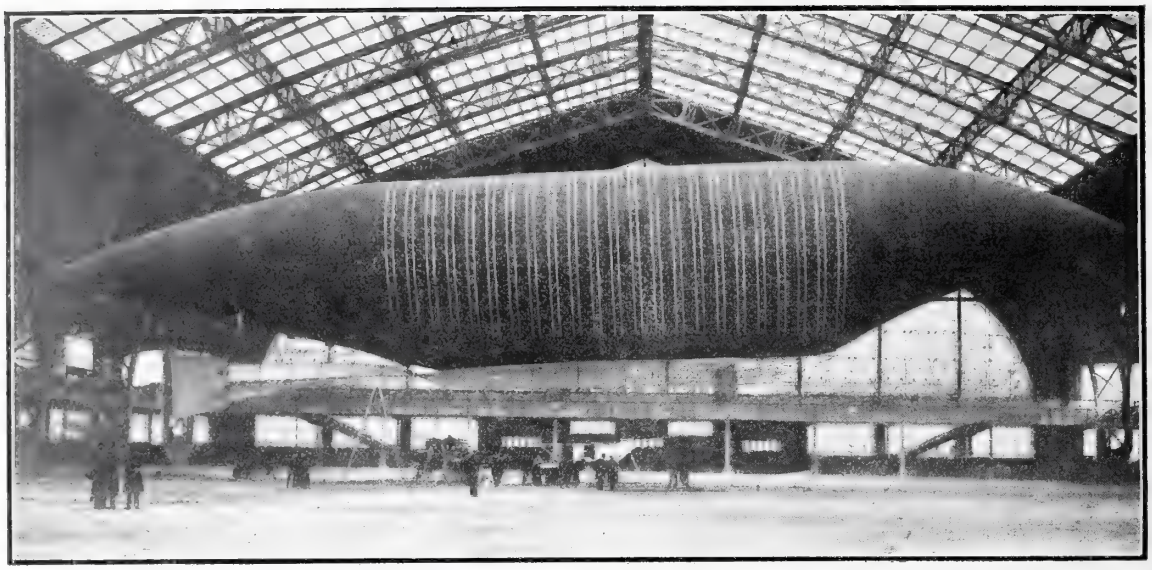
Lo que no podíamos sospechar era que tan pronto se realizase nuestro modesto y al par aventurado pronóstico. Pero ello es que la carrera de las *midinettes*, de la cual hemos hablado en números anteriores, ha despertado tan gran entusiasmo entre los caballeros y señoras de la más elegante y aristocrática sociedad parisiense, que el domingo 8 del corriente gran número de ellos y de ellas se reunieron en el hipódromo de Chantilly y, apareados, emprendieron veloz carrera de diez kilómetros, con obstáculos de todos géneros, aunque predominando el género inocente, como

LOS VENCEDORES MLLE TARDIVEAU Y EL CONDE DE WARU

SALTANDO UN OBSTÁCULO

Fotografías Gribayedoff

ustedes pueden ver. Ganaron la carrera el Sr. Conde de Waru y la bella mademoiselle Tardiveau, cuyas piernas nos parecen dignas de todo encomio.



EL GLOBO «JAUNE», DE LOS HERMANOS LEBAUDY, EN LA GALERÍA DE MÁQUINAS

DESCENSO DEL GLOBO FRENTE Á LA TORRE EIFFEL

LOS HERMANOS LEBAUDY

Fot. Penabert

D. FELIPE BUNAU-VARILLA

Fotografías Gribayedoff

MIENTRAS todos esos señoritos y señoritas se dedicaban á correr á ras de tierra, nuevos émulos de nuestro grande amigo Santos-Dumont, los hermanos Lebaudy realizaban con todo acierto y felicidad una nueva ascensión en el globo *Jaune*, que tripulado por M. Jachmès y el mecánico Rey hizo el recorrido de Moisson á París (57 kilómetros) en una hora y 41 minutos, siguiendo exactamente el itinerario prefijado y verificando el descenso en el Campo de Marte.

El globo de los hermanos Lebaudy, según la prensa francesa, aventaja en precisión y ligereza al de Santos-Dumont, y navega contra el viento, lo que no hacía aquél.

Nosotros, sin saber por qué, lo sentimos. Santos-Dumont nos es mucho más simpático que los señores Lebaudy y su globo también.

El dirigible de los Lebaudy es bastante feo de forma, y con esas fajitas ó cinchas que le han puesto resulta cursi en grado eminente; pero en fin, si sirve mejor que el de Santos-Dumont, sacrifiquemos nuestras simpatías, y ¡viva Lebaudy!

SE enteraron ustedes de la rápida proclamación de la República en Panamá? Pues ahí tienen el retrato del sujeto que, según malas lenguas, ha sido el principal promovedor de la independencia del istmo: el Sr. D. Felipe Bunau-Varilla, representante de Panamá en Washington. Parece que dicho señor, de acuerdo con los sobrinos del tío Sam y sin moverse de Washington, ha hecho la revolución, si revolución puede llamarse á eso.

* * *

AÑO TRECE Y NUMERO 656 MADRID DIA 28 DE NOVIEMBRE DE 1903

BLANCO Y NEGRO

RECUERDOS DE UN ARTISTA

JUAN CARDONA

La necesaria lentitud en los procedimientos de reproducción á todo color nos ha forzado á diferir hasta hoy la publicación de uno de los pocos apuntes que poseíamos del joven y malogrado artista Juan Cardona, muerto cuando las que fueron esperanzas halagüeñas que hiciera concebir su talento pictórico empezaban á trocarse en realidades positivas.

Cardonita, como le llamaban sus amigos y conocidos, por la expresión inocente de su rostro aniñado y también por la infantil alegría de que en toda ocasión daba muestras, era un muchacho simpático, amable, decidor y al propio tiempo modesto como él solo. Desde muy niño mostró la mayor afición y las más decididas aptitudes para la pintura de paisaje, en la que sin duda hubiese obtenido señalados triunfos, si el apremio cruel de los años de lucha, que fueron todos los de su corta existencia, le hubiera dejado tiempo y reposo para que dichas aptitudes adquiriesen solidez y para que el artista llegara á hacer, por reflexión y estudio concienzudo, lo que estaba acostumbrado á ejecutar de primera intención, en sucesivos arranques de espontaneidad.

CALLEJUELA DE PUEBLO, POR JUAN CARDONA

La *facilidad*, el gran escollo de todo artista joven é inspirado, halagaba á Cardona, aun cuando él bien sabía que el paisaje no basta verlo, sino que además de verlo hay que pensarlo, dado que es vano empeño el de quienes intentan fijar momentos fugitivos y rápidos de la Naturaleza, matices que se ven por casualidad y tonalidades que se presentan una vez cada siglo; porque la visión interior del paisaje, que es la que responde mejor á las sensaciones generales, y por tanto, la que más gusta á todo el mundo cuando se acierta á reproducirla, no es sino la condensación de series de impresiones sucesivas, y á veces contradictorias, que es preciso armonizar.

Comprendiéndolo así, Cardona tenía grandes proyectos para cuando la suerte le permitiera trabajar con reposo y reflexión. Entretanto, manchaba con gusto y con acierto lienzos y tablitas como la *Callejuela de pueblo* que en esta plana reproducimos como recuerdo del joven y desventurado artista.

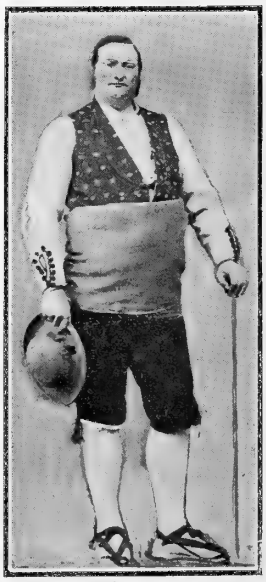
* * *

EL VALLE DE HECHO

VISTA GENERAL DEL VALLE DE HECHO

LIMITADA al Norte por una cantera de granito, y bañada al Oriente por las bulliciosas y claras aguas del Aragón Subordan, se levanta la pintoresca villa de Hecho en el centro de una hermosa cañada. Asperas y fragosas montañas, cuyas altivas crestas se hallan eternamente coronadas de nieve, forman el núcleo central de la cordillera pirenaica que la separan de Francia. Su término municipal alcanza de Norte á Sur muy cerca de ocho leguas, y en él pueden pacer desde Mayo hasta Octubre 70.000 cabezas de ganado lanar y 2.000 de ganado caballar y vacuno. Las ferias que anualmente se celebran en el mes de Septiembre se ven muy concurridas y adquieren cada vez más relieve é importancia.

En sus bosques, los más frondosos del Pirineo, abundan las maderas de construcción: el pino, el abeto y el haya alcanzan proporciones gigantescas, y las *pardinas* (tierras bajas y semieriales que Hecho posee en una extensión de muchas leguas) se hallan cubiertas de espesísimos matorrales, donde crecen el tejo, el roble, el carrasco, el boj y otras especies propias de los climas fríos. La caza mayor, que halla refugio seguro en las espesuras de las sierras, es variable y abundante; el oso baja hasta las llanuras durante las grandes nevadas del invierno, y todos los años pasa por el hermoso valle de Santa Ana á establecerse en la falda meridional de la arrogante sierra, que los naturales del país designan con el nombre de Peñaforca Hay sitios llamados *senda* y *paso del oso;* en las puertas de muchas casas están colgadas en forma de aldabas las manos y patas de los osos, y con el mote de *L'onset* es conocida la casa de un intrépido cazador que falleció hace pocos años, después de haber dado muerte durante su vida á dieciséis osos, sin más defensa que su temeridad sin límites y una destartalada y viejísima escopeta de pistón.



UN CHESO RICO

Los ciervos, los sarrios ó gamuzas y los corzos, recorren en grandes manadas las escabrosas alturas de los picachos, en donde son perseguidos por algunos *sportmen* ingleses y franceses, y por los audaces cazadores chesos Juan Chicón y Javier Brun, que frecuentemente les despeñan haciéndoles saltar por altísimos derrumbaderos. Pasan los rigores del invierno en Oza, selva poblada de espesísimas hayas y corpulentos abetos, en cuyas copas se detiene la nieve, formando un techo que alcanza á veces algunos metros de espesor: en esta época se alimentan principalmente con las blancas cortezas de las hayas y las puntas de las ramas más delgadas. Los jabalíes, que viven en las vertientes del Pirineo, constituyen desde hace cuatro años una verdadera plaga; los labradores han tenido que aban-

donar muchos de sus campos, cuyos frutos eran destrozados por los feroces paquidermos, y se ven precisados á defender sus sembrados, ahuyentándoles por medio de grandes hogueras que alrededor de los campos encienden todas las noches, desde que empieza la granazón de los cereales. Los cazadores se declaran impotentes para destruirles.

El pueblo, de cuya administración municipal pudieran citarse rasgos tan originales como el pago de médico, farmacéutico y barbero con fondos del Ayuntamiento, cuenta hasta 2.000 habitantes, y es de construcción tan moderna, que la inmensa mayoría de sus edificios, sin exceptuar la iglesia parroquial, datan del siglo pasado. Es la villa de Hecho de origen antiquísimo, y tiene cuatro edificios notables: la iglesia, con su esbelta torre levantada por los hijos del pueblo; la escuela, de vastas proporciones y de inmejorables condiciones higiénicas; la ermita de Escagües, destruída hace tres años por un voraz incendio y nuevamente restaurada, y el monasterio de San Pedro de Siresa, fundado en tiempo de los godos, restaurado por Sancho I y enriquecido con espléndidas rentas por el gran rey aragonés Alfonso I el Batallador, que había nacido dentro de sus muros, según él mismo afirma en una escritura de donación que á favor de dicho monasterio hizo en el año 1121. Es San Pedro (hoy iglesia parroquial del barrio de Siresa, situado dos kilómetros al Norte de Hecho) de estilo bizantino, con un vastísimo crucero, numerosos arcos y robustos contrafuertes. Por su importancia histórica en los tenebrosos tiempos de la invasión musulmana, eclipsa el nimbo de gloria que ilumina las cumbres de San Juan de la Peña, y debe ser considerado como la cuna y verdadera casa solariega de Aragón. Desde la invasión árabe fué matriz de las iglesias de Huesca, Jaca y San Juan, hasta el año 1063, en que nueve obispos franceses y españoles y tres abades, entre los cuales estaba Garuso de Siresa, firmaron en Jaca solemne compromiso de establecer definitivamente en esta población la sede episcopal; de Siresa salieron durante muchos años, después de este suceso, los abades de San Juan y los obispos de Jaca y Huesca, hasta la reconquista definitiva de esta última ciudad, y á la comunidad de San Pedro pertenecieron dos afamados teólogos españoles que tomaron parte principalísima en los primeros concilios lateranenses; todavía se conserva con el nombre de *Urraca* la fuente donde todas las tardes se retiraba á rezar, según tradición tenazmente conservada en Hecho, la famosa esposa del monarca cheso, mientras éste llenaba de terror las huestes agarenas y ensanchaba con sus prodigiosas conquistas los límites de Aragón; y finalmente, hijos de aquellas montañas eran los indomables aragoneses que acompañaron al conde de Aznar cuando éste vino en auxilio de los 300 cristianos que en las breñas de Uruel habían jurado derramar su sangre luchando contra los invasores. Con la ayuda de Dios, pronto aparecerán algunos datos que puedan esclarecer en parte estos culminantes y críticos sucesos de la historia de Aragón, tan descuidada y ligeramente tratados por los historiadores de España y aun por los mismos cronistas aragoneses. Dan acceso á la iglesia de San Pedro dos puertas: una al ocaso, en donde todavía se conservan el escudo de Sobrarbe, el lábaro y la fecha de fundación, y otra al Mediodía, con una inscripción que dice: *Ecclesia collegiata regum Aragonium capella regia.*

GRUPO DE CHESOS

UNA CHESA

UN ZAGALILLO

La facilidad con que los chesos atraviesan el Pirineo sobre profundos mares de nieve, la opulencia de sus rebaños y las cosechas de cereales, demuestran su amor al trabajo; de sus típicos y antiquísimos trajes y de su constitución robusta y atlética pueden certificar las fotografías adjuntas; y la estadística acusa tan escaso número de analfabetos, que no llega á un cinco por ciento; su hospitalidad es proverbial, y su sobriedad tan asombrosa que á pan y agua resisten muchos días de rudas y pesadas tareas.

DOMINGO MIRAL

LA PEREZOSA. POR C. PLA

EL TESORO

Los días de Semana Santa eran agitadísimos para Benita, quien no se daba punto de reposo. Oficios, tinieblas, vísperas, sermones, se sucedían, llenando las horas de la vieja con un murmullo perenne de jaculatorias y salmos que zumbaba en las iglesias nunca vacías, donde los monumentos armaban sus catafalcos á la vista de las devotas, quienes rogaban á compás de los martillazos.

En medio de tan piadoso barullo, Benita perdía la cabeza, y en su mente, solicitada por mil devociones distintas é ineludibles, los rezos se enmarañaban, formando una sola oración total y heterogénea donde las salves concluían en padrenuestros y las letanías en responsos. Por más que la vieja trataba de ordenar sus preces, era inútil. El tiempo le faltaba para rezar con calma, y resignándose á tal trastorno, ofrecía aquella mezcolanza de ruegos al Altísimo, solicitando su benevolencia y ofreciéndole más orden y formalidad en cuanto pasase la Semana Santa, aquellos divinos días todos amor y compasión que dejaban exhausta á Benita.

Durante todo el Jueves Santo un solo pensamiento, la adoración á Cristo Crucificado, hacía recorrer las estaciones á la vieja, y su boca desgranaba incesantes los padrenuestros, aquellas palabras tantas veces repetidas que nacían y se alejaban para volver otra vez á posarse en los labios de la devota y tornar á huir, repitiendo idénticas frases de adoración, de lástima, de confianza.

En semejantes días Benita no pensaba en nada ajeno á la adoración del Mártir, rechazando las ideas profanas como si fueran pecados tremendos. Suprimía los coloquios con la portera, con el dependiente de la tienda, con las amigas. Ayunaba con el mayor escrúpulo, y por último, y para imponerse mayor y más terrible mortificación, la vieja se privaba de contemplar su tesoro, aquel tesoro oculto en lo más profundo del armario, tras un montón de ropa, y cuya vista la hacía tan feliz.

Las riquezas escondidas no consistían en las vulgares monedas, cuya contemplación recrea los ojos de los avaros, pues Benita, que no conocía la codicia ni atesoraba por vicio, disimulaba detrás de las pilas de enaguas y de los montones de medias un cáliz, unas vinajeras y una patena de metal blanco.

Aquellos objetos de culto los había adquirido la vieja á fuerza de economías y de estirar hasta lo inverosímil los pocos recursos que le proporcionaba su orfandad. Primero se hizo con las vinajeras, con los dos tarritos tallados que bailaban dentro de sus cárceles afiligranadas. Después, y con el producto de un año de ahorro, compró la patena, aquel disco argentino que la hipnotizara todo un invierno ante el muestrario del platero de la calle Real. Cuando tuvo la patena en su poder, pensó no ansiar más, pero un día, pasando delante de una casa de préstamos, vió en el escaparate un cáliz. El corazón de Benita se oprimió contemplando aquella copa donde había goteado la sangre divina, mezclada con procaces mantones chinescos, con inflados acordeones, con escopetas, collares, relojes y mil objetos que profanaban con su vecindad el santo vaso.

Una fuerza sobrenatural, la misma que movió á Domingo de Guzmán á redimir cautivos, empujó á Benita dentro de la tienda. La timidez, el encogimiento y cortedad de la vieja desaparecieron por ensalmo. Con otra voz, trocada en otra mujer, preguntó cuánto valía el cáliz.

El prestamista respondió citando una cantidad fabulosa, cientos de reales. El cáliz tenía bastante labor, dos capas de plata, perteneció á un canónigo... Benita escuchaba, afirmando con la cabeza. Todo aquello sería verdad, pero también lo era que ella, Benita, había de rescatar al prisionero, fuese como fuese. Pidió auxilio al Altísimo, impetrando de su bondad un milagro, y escuchándola sin duda el Todopoderoso, iluminó con viva luz el cerebro angustiado de la vieja, quien dijo al comerciante:

«Si usted quiere cederme el cáliz, se lo iré pagando poco á poco. Un tanto al mes. También le daré los intereses, pues no es cosa de que usted pierda. Puede informarse de mí en Clases Pasivas. Soy persona seria. Benita Buendía, hija del coronel D. Augusto Buendía, que en paz descanse.» Así continuó hablando con tal acento de verdad y tal elegancia de locuciones, que convenció al prestamista, y la feliz vieja salió de la tienda llevándose el cáliz envuelto en el mantón y firmando en cambio un papel donde se comprometía á pagar dos duros al mes durante cuatro años.

Benita subió los escalones de su sotabanco con agilidad juvenil, y ya arriba cayó jadeante en una silla, desenvolvió el cáliz y quedósele mirando tan absorta y suspensa, que salvo el fulgor de los ojos extasiados parecía una estatua de la Fe. Luego que salió de su arrobo llegóse al armario, extrajo un guante usado y un viejo cepillo de dientes, y sentándose junto á la mesa empezó á limpiar el cáliz.

¡Virgen Santísima, qué sucio estaba! La tersura de la copa se había empañado á trechos con grandes manchas amarillentas que velaban el baño de plata. Los adornos del pie y de la base, simbólicos atributos, estatuillas, cabezas aladas de ángeles, escondían su labor bajo múltiples capas de polvo y de herrumbre. «Qué pena, qué sacrilegio—pensaba Benita mientras encorvada sobre la mesa le daba al cepillo y extraía aquellos primores de su prematura tumba;—parece mentira que haya gentes tan remalas. ¡Ay, Dios mío, cuán grande es tu mansedumbre!»

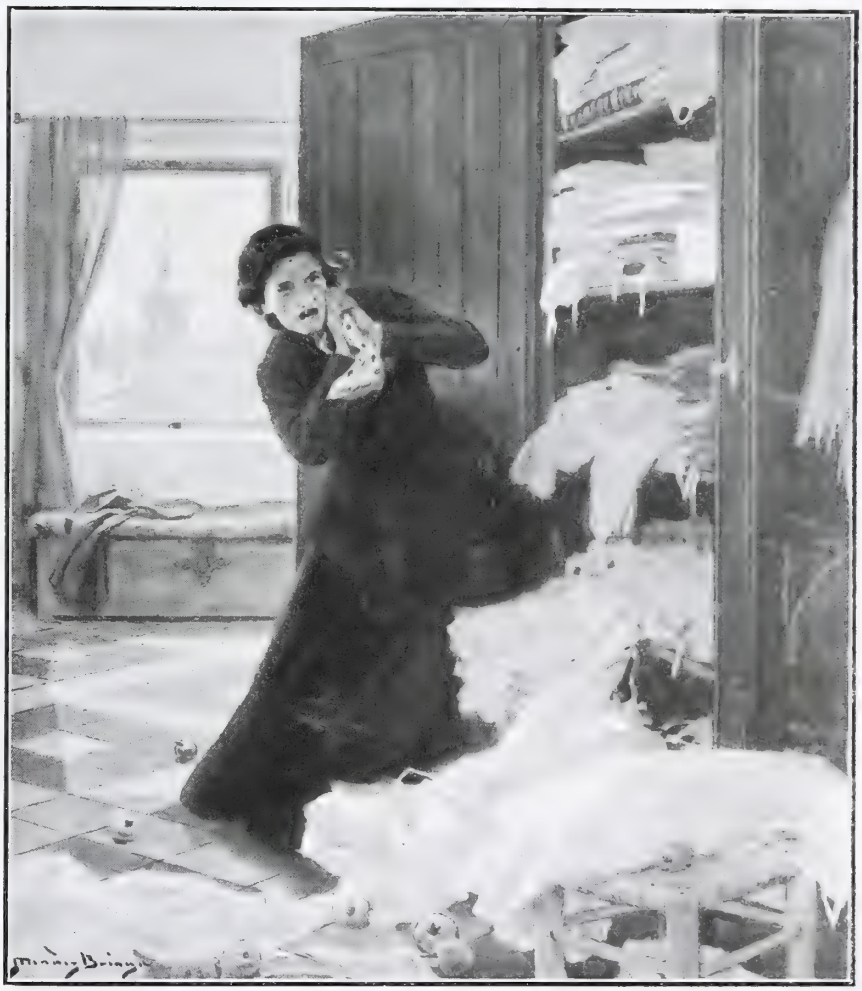
Pero aquella tristeza se iba calmando con la contemplación de los santos, ángeles y símbolos que emergían de sus sepulcros, y la vieja admiraba la brillantez de las vestiduras, los rostros luminosos llenos de unción y de beatitud. Benita, fatigada de tanto frotar, respiraba anhelosa y gruesas gotas de sudor nacían en su piel luciente, mientras los ojos brillaban llenos de júbilo y las manos ágiles pulían incansablemente con el guante la copa enmohecida, almohazaban el pie con el cepillo, haciendo entrar las cerdas ralas y débiles por los intersticios, oquedades, revueltas y laberintos del metal labrado.

Al fin dió su labor por terminada. Recreóse un momento ante el reverberar fulgente de la luz que resbalaba por el cáliz limpio, y después cubrió con un lienzo blanco la mesa; colocó reverente en ella el redimido cáliz; extrajo de su escondrijo la patena, las vinajeras, y colocando aquélla sobre la copa y éstas á un lado, juntó las manos y rezó, creyendo en la candidez de su alma sencilla que Dios moraba en su casa. Luego, á esta satisfacción egoísta se juntaron otras más generosas, y Benita pensó en el pasmo del padre Gil, su confesor, cuando supiese que aquel tesoro lo destinaba la vieja al mísero oratorio de la Virgen del Espino, cuya rectoría ocupaba el sacerdote. ¡Qué alegrón iba á tener el buen señor! Se acabarían para siempre las lamentaciones, el suspireo con que lloraba la penuria de su iglesia. Benita se imaginaba escucharle: «Pero mi señora doña Benita: es usted una santa; nos salva usted. No hizo otra cosa la benditísima emperatriz Elena, madre del glorioso Constantino. ¡Qué contentas se pondrán las monjitas del Espino! Sor Pía del Cordero Pascual enloquecerá cuando lo sepa.»

Mas aquel discurso no se había pronunciado aún, pues aunque á Benita le halagaba mucho oirse llamar santa y emperatriz, no se resolvía á separarse de su tesoro, y demoraba su entrega, escondiéndole de ojos profanos, dentro del armario, detrás de la ropa blanca, muy envueltito entre inmaculadas servilletas. Sólo por las noches, bien cerradas puertas y ventanas y echados cerrojo y llave, se deleitaba contemplando sus riquezas, ya en conjunto, ya en detalle, y aquel goce se aumentaba más con cierto resquemor de su conciencia escrupulosa, quien aconsejando á Benita la entrega de aquellos objetos á D. Gil, la inquietaba y la hacía creerse casi culpable de alguna expoliación nefanda. Pero tales sermones no tenían fuerza suficiente para vencer la pasión de Benita, y ésta, suspirando y prometiéndose domar pronto su tesoro, tornaba á guardarlo, arrebujado en sus lienzos, al olor de las manzanas y membrillos que perfumaban la casta blancura de sus ropas.

Mas llegado el Sábado Santo, excitado el entusiasmo de Benita, por la privación de los dos días anteriores, no esperaba á que llegase la noche para recrearse contemplando sus riquezas, y el sol primaveral, al morir en el cielo rayado por el volar de las primeras golondrinas, quebraba sus últimas luces en las facetas de las vinajeras, en la pulida planicie de la patena, en la menuda labor del cáliz. Todos dispuestos sobre la mesa, frente á la ventana, recibían homenaje del astro moribundo, mientras en el aire contestábanse unas á otras las campanas que rodaban alocadamente en espadañas y torres, cantando la eterna resurrección.

Las tristezas de los días de duelo, el luctuoso implorar de los labios, la angustia opresora, la desnudez de los altares velados, todo huyó, y sólo quedaba una alegría triunfante y serena que llenaba el alma de Benita, hasta rebosar y caer sobre el mundo entero en forma de sonrisas, de afectuosos saludos, de amigable condescendencia. Al regresar aquella tarde á su casa, habló con cuanto conocido hallaba á su paso, escuchó historias indiferentes, retrasando por una voluptuosidad refinada el instante dichoso en que contemplaría su tesoro.



Al fin llegó á su casa, se encontró delante del armario. Sin abrirlo, dispuso primero la mesa, abrió la ventana por donde penetró la gloriosa agonía del sol, ensangrentando el cuarto. Luego cogió la llave; la introdujo con cuidado en la cerradura, y apoyóse sobre ella para darle vuelta, pero antes de que girase, el batiente se abrió despacio, con agrio rechinar de goznes.

El corazón de Benita dió un vuelco. Estaba segura de haber cerrado la noche del Miércoles Santo. Aterrada por la presciencia de una catástrofe, se abalanzó sobre las pilas de ropa blanca, destruyó su arquitectura, hizo rodar por el suelo las amarillas pomas aromáticas, mientras sus dedos de vieja, afilados y secos, hurgaban por el fondo del mueble, escurriéndose nerviosos todo el largo de las tablillas, sin encontrar más que los frasquitos de las vinajeras.

Con ellos en la mano, Benita se asomó á la ventana clamando: «¡Ladrones, ladrones!» Pero el estruendo de las campanas ahogó su voz, trémula de pena, húmeda de sollozos. «¡Ladrones!», repitió ya más bajo, tímidamente, mientras el campaneo seguía esparciendo sobre los tejados sus ráfagas vibrantes y alegres. «¡Ladrones!», murmuró por tercera vez comprendiendo la inutilidad de su queja.

¿Cómo, cuando se cometió el crimen? Y la vieja se preguntaba si aquel suceso no era castigo divino por haber conservado lo que en rigor no le pertenecía. La conciencia triunfadora repetía los consejos desoídos, á la vez que el recuerdo evocaba cuanto debió decir D. Gil, quien seguramente no llamaría ya á Benita santa ni emperatriz.

Abrumada por el pesar, cayó en una silla. Lentas lágrimas descendieron de sus ojos. No pasmaría, no, á D. Gil; no admiraría ¡ay! los primores del cáliz, la tersura de la patena, la arácnea labor de las vinajeras. De su tesoro perdido, sólo quedaban como recuerdo aquellos botecitos de cristal, inútiles juguetes que los ladrones despreciaron.

Benita los contempló, y mientras los besaba llena de dolor, llorando su ilusión muerta, algunas lágrimas cayeron dentro de los jarros, y otras, bañándolos con su agua, los abrillantaron y los hicieron arder en el último rayo del sol.

MAURICIO LÓPEZ ROBERTS

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

Por el bosque antiguo,
desnudo su pecho,
va la virgen blanca;
con sus pies ligeros
apenas las hojas
agita del suelo;
alta la mirada,
del ramaje espeso
entre el laberinto
va buscando el cielo;
un beso promete
su boca, y el beso
de un rayo de luna
le anuncia un misterio.

En el bosque antiguo
penetran los cuervos;
de la virgen blanca
en torno del cuerpo,
las alas tendidas,
trazan en sus vuelos
fatídicas curvas:
estrechan el cerco;
buscan con sus picos
el desnudo seno;
la virgen herida
con paso resuelto,
alta la mirada
camina; el sendero
que trazan sus huellas
florece, y el beso
de un rayo de luna
le entrega el misterio.

En el bosque antiguo
la virgen ha muerto.
La flor de su boca;
los amantes besos,
tenues mariposas
que, en un casto lecho,
guardaban sus labios;
de sus ojos, llenos
de luz y promesas,
sin forma, sin verbo,
la ardiente plegaria;
del amor el fuego,
la vida naciente
que ardía en secreto
en sus palpitantes
entrañas, sirvieron
de pasto á bandadas
hambrientas de cuervos.
Batiendo las alas,
hundiendo en los miembros,
aún vivos, sus garras,
los pájaros negros
pasaron la noche
graznando y comiendo.

En el bosque antiguo
no queda más resto
de la virgen blanca
que un montón de huesos.
Al llegar el alba,
las aves huyeron
sorteando los troncos;
en un solo vuelo
cruzaron el valle;
sedientas, bebieron
la luz de la aurora;
después, se escondieron
en las frescas hojas
de un frutal de un huerto
y allí reposaron.
Y allí, satisfechos
de amores brutales,
graznaron un cuento
y un himno de muerte
cantaron los cuervos.

Julián BESTEIRO

DIBUJO DE VARELA

BANQUETE CELEBRADO EN EL CLUB ESPAÑOL DE MONTEVIDEO EN HONOR DE LOS SEÑORES RAHOLA, DEULOFEU Y ZULUETA

EL GLOBO «JAUNE» MOMENTOS ANTES DE ESTALLAR, AL ALEJARSE DE LA TORRE EIFFEL

Fot. Gribayedoff

ACTUALIDADES

CONTINÚA la embajada comercial española, compuesta por los señores Zulueta, Rahola y Deulofeu, su patriótica y fructuosa campaña en la República oriental del Uruguay.

De allí nos remite nuestro corresponsal una interesante fotografía tomada durante el banquete que se verificó en el Club Español de Montevideo el 20 del pasado Octubre. El banquete fué presidido por D. Bernardino Ayala, y á él asistieron eminentes personajes uruguayos y españoles, entre ellos don Matías Alonso Criado, los doctores Suñer y Capdevila y Serratosa, el encargado de Negocios de España Sr. Benítez y el dignísimo é inteligente cónsul de España D. José Torroba.

La nota saliente de la reunión fué el brillante discurso pronunciado por el Dr. D. Matías Alonso Criado, quien con tanta oportunidad como elocuencia expuso la inquebrantable fe que tiene en la regeneración de España. «Nuestra raza—dijo—puede modernizarse y engrandecerse por la instrucción y el trabajo, tomando ejemplo nuestros hermanos de la Península de lo que hacen el millón y medio de españoles residentes en América: luchar y competir, en todos los terrenos de la actividad humana, con los hijos de los demás países del mundo sin dejarse aventajar por ninguno. España—añadió—tiene elementos para igualar á las demás naciones con sólo cambiar la orientación de su vida y las condiciones de su existencia actual.»

AUN cuando no crea uno en supersticiones y agüeros, siempre le preocupa algo el hecho de que hace una semana, en este mismo lugar, expresábamos nuestra escasa simpatía hacia el globo

ESTRECHO DE OLIETE, DONDE SE INAUGURARON LAS OBRAS DEL PANTANO DE LA PEÑA-FORADADA
Fot. Dosset

EL MINISTRO DE AGRICULTURA DIRIGIÉNDOSE Á INAUGURAR LAS OBRAS

ORFEÓN INFANTIL DE «LA CARIDAD» TOCANDO EN HONOR DEL SR. GASSET
Fots. Asenjo

Jaune, de los señores Lebaudy... y en efecto, al verificar las segundas pruebas y pocos minutos después de pasar por cerca de la torre Eiffel, donde le representa nuestro grabado, estalló y se hizo añicos el pobre *Jaune*, sin que, por fortuna, sufriesen daño alguno sus tripulantes.

¡Cielos, si le habremos hecho mal de ojo!...

DEL entusiasmo que en toda España despierta la ejecución de los proyectos formulados por el ilustre ministro de Agricultura y Obras públicas para la creación de nuevos canales y pantanos, ha sido buena prueba la visita últimamente hecha por el Sr. Gasset á Zaragoza, con objeto de inaugurar el pantano de la Peña-foradada, en donde se supone que ya hubo conducciones ó canalizaciones de aguas en tiempo de la dominación árabe.

Débese la ejecución de dicho nuevo pantano á la patriótica iniciativa de una insigne corporación aragonesa, la Comunidad de regantes de Urrea de Gaen, asociada con los pueblos de Samper, Jatiel, Castelnou y Escatrón. Inauguró las obras el ministro el día 17 del corriente, [illegible] el proyecto, el nuevo pantano embalsará 28 millones y medio de metros cúbicos de agua, con lo cual quedará asegurado el riego de todas las huertas desde Oliete al Ebro, ó sea una extensión

de 50 kilómetros, y se convertirán en terreno de huerta tres mil hectáreas de tierras que hoy son de secano. Ocioso es decir que en todos aquellos pueblos se bendice el nombre de D. Rafael Gasset y el de D. Eduardo de Elío, autor del proyecto.

En su visita á Zaragoza fué muy obsequiado el ministro, y uno de los más delicados agasajos que se le hicieron fué el recibimiento en el asilo La Caridad, fundado y sostenido por los dos

EL PUENTE DE TRETO EN CONSTRUCCIÓN SOBRE LA RÍA DE SANTOÑA
Fot. Foronda

nobles ciudadanos de Zaragoza Mariano Gracia y Manuel Lacruz. En dicho benéfico establecimiento oyó el ministro la rondalla formada por los niños acogidos, gracias al corazón de oro de aquellos dos ilustres amigos nuestros.

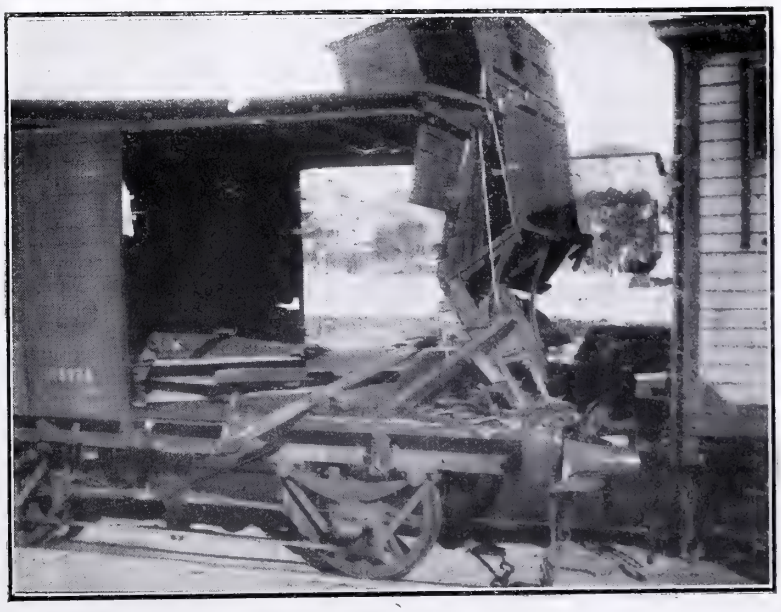
Todos ó casi todos los veraneantes de Bilbao y Santander han pasado alguna vez la famosa *barca de Treto*, al través de la ría de Santoña, y no digamos que el sitio es peligróso, pero sí que la afluencia de gente en dicha barca había sido causa en varias ocasiones de que á los excursionistas se les *marcasen* las magníficas ostras de Treto. Para evitar

LA CATÁSTROFE DE CERCEDILLA. LA MÁQUINA DEL TREN DE MERCANCÍAS

tan funesta y desagradable contingencia, vean ustedes el puente que se está construyendo sobre dicha ría para unir á Treto con Colindres. Gracias á tan excelente obra, podrá el año que viene todo ciudadano ostrófilo pasar á Treto sin grave peligro y con toda comodidad.

Por la prensa diaria conocen ustedes pormenores del terrible choque de Cercedilla. Nuestro compañero Asenjo, que acudió en automóvil al lugar de la catástrofe, vino horrorizado, y asegura que las pruebas fotográficas obtenidas por él apenas pueden representar la magnitud del siniestro.

En cambio, las fotografías que Franzen ha hecho de las dos escenas principales de la preciosa comedia en dos actos, *Al natural*, que con extraordinario éxito ha estrenado en Lara nuestro ilustre colaborador Jacinto Benavente, dan bastante idea de la animación y la gracia con que la compañía de aquel teatro la representa.



POSICIÓN EN QUE QUEDARON LOS VAGONES

Fotografías Asenjo

«AL NATURAL». ACTO PRIMERO. EL CAKE WALK
Sr. Sepúlveda, Srta Domus, Sr Rubio, Sra Valverde, Sra. Alba, Sr. Sandiago, Sra. Ruiz y Sr. Lacalle

En la larga serie de éxitos conseguidos por Benavente, se marcará como uno de los más unánimes, entusiastas y merecidos, el éxito de *Al natural*, obra en la que con un *dato* teatral de los más sencillos y elementales, ha conseguido el autor interesar y conmover al público, mostrándole no ya sólo aquello que siempre se espera de Benavente, es decir, la vivacidad y el aticismo del diálogo, sino también el hondo conocimiento de la realidad, la verdad teatral identificada con la verdad viva.

Además, hay en esta obra, como en todas las de la última manera de Benavente, una atmósfera poética muy digna de estimarse y de tomarse en cuenta aquí, donde estamos acostumbrados á que la obra dramática adolezca de la sequedad propia de un teorema algebráico. Sin dejar de ser una pieza alegre y ligera, de las que hacen reir aun al público más bilioso, cejijunto y descontentadizo, *Al natural* combate valientemente una preocupación muy común en los madrileños y aun en todos los habitantes de las grandes ciudades.

«AL NATURAL». ACTO SEGUNDO. EN MORALEDA — Fotografías Franzen.
Sr. Lacalle, Sra. Ruiz y Sr. Zorrilla

Es, pues, una comedia sana y saneante y hasta regeneradora como toda obra en que se proclame la sencillez y la naturalidad como principios del vivir.

DON RUPERTO

JACINTO ROSALES

Le presento á ustedes como tipo de Primavera raro y curioso.

Hijo de *Don Diego Rosales* y doña *Hortensia Ramos*, nació por *Pascua florida* en la calle del *Clavel*, y se trajo al mundo una profunda pasión por las flores.

Hubiera querido que la autora de sus días, en vez de ser una madre culta, hubiera sido una *madre-selva*.

Tanto él como sus hermanos *Narciso* y *Floro* se hallaban en estado *floreciente*, como era natural, cuando yo los conocí. Jacinto era afortunado en todo, y si de ello se alegraba sólo era por bañarse en agua de *rosas*.

Aunque prefería una *amapola* á una ama seca, vivía con la nodriza que le crió, á la cual llamaba *Peonia* desde que la vió casarse con un peón de albañil.

Quien no se casó nunca fué Jacinto. La *flor de azahar* tuvo el privilegio de inspirarle repulsión, como le hubiera pasado con la *siempreviva*, ó sea la suegra.

Para él no había en la Historia mujer más simpática que *Florinda* ó la *Cava*.

Su población favorita era *Florencia*.

Se constipaba frecuentemente sólo para que le diesen *flores cordiales*, pues en su afán por las flores no le bastaba llevarlas en el ojal ó en la mano, sino que también las quería llevar por la parte de adentro.

En vez de comer en un plato comía en un *tiesto*, y si tenía que batirse no admitía más arma que el *florete*.

Su manía le llevaba hasta el uso innecesario de los *co-lirios*, aunque tenía unos ojos que para mí los quisiera.

A sus primos Jenaro y Heliodoro los llamaba *Geranio* y *Heliotropo*, respectivamente, y á su tío Crisanto, *Crisantemo*.

Sus escritores predilectos eran *Ramos Carrión*, *Flores García* y *Fernanflor*; no leía más periódicos que *Flores y abejas*, de Guadalajara, y no iba al teatro como no hicieran *El clavel rojo*, *Flor de un día*, *La Pasionaria*, *La flor del espino*, *Azucena*, *Las flores*, *Margarita*, *Claveles dobles* ó *El puñao de rosas*, así como no faltó jamás á los famosos bailes de *La Magnolia* y *El Ramillete*.

Por supuesto, su espectáculo favorito eran las *batallas de flores*.

Respecto á la iglesia, no ponía los pies en ella más que en Mayo, cuando se celebraban las *Flores de María*, ni fué jamás á otra verbena que á la de *San Antonio de la Florida*.

En cambio, era jugador empedernido; pero no le gustaba ser punto, sino banquero, para decir: «¡*Tallo!*»

El día que no le echaban agua por encima con una regadera, cantándole á la vez el *Himno de Riego*, estaba *lacio* y *mustio*.

Como es de suponer, iba siempre por la calle echando *flores* á las mujeres.

Cierto día dijo á una chula:

—¡Adiós, *aleli!*

—¡Adiós, *alelao!*—le contestó ella.

Lo que no tuvo nunca fué un buen *pensamiento*. Y su mayor dicha hubiera sido tenerlos, para haber podido concurrir á los *juegos florales* y haber llegado á ser personaje de muchas *campanillas*.

En fin, todo lo relacionaba con las flores, y lo que sentía era no poder tomar el chocolate con *tulipanes*, y que las zapatillas no tuviesen *pétalos* y las pistolas *pistilos*.

Por último, aunque nuestro hombre era la *flor de la maravilla*, también le llegó la hora de *marchitarse*. Le cameló (con una *camelia*, como es lógico), cierta florista llamada *Rosalía Romero*, y como quiera que tras de dos años de relaciones ella le dejó *plantado* un Domingo de *Ramos*, el pobre florimaniaco murió de pena, precisamente en la calle del *Florín* y siendo un *lila* de primer orden.

¿Verdad que es rarísimo el caso de Jacinto Rosales?

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

TÍO RAFAEL DE VAQUIN

Don Rafael es sacerdote *independiente;* no recibe congrua alguna del Estado. Vive de sus rentas, harto flojas en verdad, y dice—sin remuneración, caritativamente—la misa de alba los domingos para los pescadores de La Villa. La Villa es un pueblecito costero del Cantábrico; asiéntase en una lengüeta rocosa, á modo de cabo, que mar adentro avanza. Todas sus casas son mezquinas, sucias—la humedad salitrosa las veló de pátina,—y mojan sus pies en el agua verde, vieja, amarga, turbulenta. Al extremo del pueblo, sobre una pradera pelada, asiéntase la iglesia, que tiene un cabildo con toscas columnas de granito desgastadas y una torre recia, cuadrangular, chaparra, triste y sin cigüeñas.

D. Rafael, que es tío mío, pasea siempre en redor de la iglesia; en la pradera, si el día es asoleado; en el cabildo, si el día es lluvioso. No pasea con el párroco ni con el coadjutor; pasea siempre con un primo mío llamado Florencio, como yo. Es mozarrón atlético y desgarbado; sus movimientos al andar son torpes, inseguros; parece tropezar á cada paso. Tiene la cara á medio modelar, angulosa, esquinada, con ligeros tonos cárdenos en las mejillas enjutas, con velaturas azuladas en el bigote y en el mentón, siempre rasurados. La boca se entreabre con mueca de ingenuidad. En los ojos grandes, deslumbrados, la pupila, rodeada de blanco, está quieta y perdida, con un color gris de agua muerta é intransparente, avezada á mirar el cielo de color de plomo. Mi tío Rafael debe de amar mucho á su sobrino. Es hijo de un hermano suyo, capitán de fragata, muerto en un naufragio: era un pundonoroso marino; murió heroicamente, sublime de grandeza trágica, y el sacerdote recogió al huérfano. A todas horas se les ve juntos; casi siempre mudos, peripatéticamente extraños; y cuando habla Florencio da grandes voces, voces huecas de hombre que vive al lado del mar, porque el tío Rafael está sordo.

Mi tío vive en una casuca de su propiedad, que tiene dos pisos, una bohardilla y dos fachadas; la principal cae á la calle de la Riba; la trasera sale al muelle. En la bohardilla está su despacho y oratorio, todo en una pieza. La estancia es amplia, cuadrangular, con las paredes enjalbegadas de blanco, y el cielo raso, con vigas pintadas de añil. En uno de los testeros hay una estantería de pino atestada de librotes, pergaminos, papeles; treinta tomos en una ringla, forrados de vacarí, trazan una pincelada parduzca: es la Historia Natural de Bufón; una nota roja desentona del conjunto amarillento: es una edición de la Biblia con lomo carmesí, de velludo. En el frente extiéndese un retablo barroco, cuyos relieves muestran su rojez, ya desgastado el pan de oro. Ante este altar dice su misa diaria el buen sacerdote, ayudado por Florencio, solos siempre, como en un tabernáculo, sin que el leve musitar de las beatas ni el monótono y silbante bisbiseo de los marinos les distraiga de la simbólica liturgia. Es un culto misterioso y recatado, lento, solemne, en que hay arrobos y transportes místicos, á las veces.

Una galería de vidrios verdosos, casi opacos, corre á lo largo de uno de los muros, y un telescopio dorado y de poco precio yérguese propicio á todo género de observaciones siderales. Mi tío dice entender de astronomía. Conocíle un tiempo preocupado, abstraído; trataba de poner su reloj en hora por Capricornio. Desde la galería otéase el muelle y buen trecho de marina y paisaje. Al atardecer, muchos días, tío y sobrino aguardan la vuelta de las lanchas pescadoras y miran distraídos la descarga del *bonito.* En más de una ocasión han tenido que retirarse abandonando el dulce espectáculo crepuscular, porque los marineros de La Villa no son como los que aparecen en las novelas. Estos son gentes tristonas, sobrias, temerosos del Dios dominador de los temporales. Aquéllos, por el contrario, son gárrulos, bebedores y blasfemos. Acompañan su trabajo de imprecaciones horribles, de palabrotas soeces, brutales, tan brutales, que subiendo á la bohardilla de Vaquín le perforan los oídos como si fuesen de acero, y él se retira horrorizado con su sobrino, cuyos ojos brumosos, cuya boca entreabierta no revelan sensación alguna. D. Rafael ha visto esta extraña pasividad de Florencio, que aumenta de día en día. Florencio no oye, está distraído, profundamente distraído. Su pupila permanece perdida, intransparente, cenagosa, pero los ojos se han abierto más en redondo, y el blanco de aquellos ojos espantosamente abiertos tiene brillo temeroso y amenazador. A D. Rafael le parece que su sobrino se va tornando idiota ó loco, porque á veces tiene inesperadas violencias, sobresaltos de pavura, y en su

lecho, dormido, da grandes gritos de angustia, que hienden ululando nocturnamente la tácita mansión, y se entremezclan al mugido perenne del mar turbulento. D. Rafael los oye sobrecogido, poseído de temblor, y llora; llora grandes lágrimas calientes que le surcan el rostro senil, y suspira ahogadamente, tapando su boca consagrada con el embozo. ¡Su sobrino se vuelve idiota ó loco! Ve cómo el mal va conquistando aquel cuerpo de atleta desgarbado, y quiere defenderlo. Llévale por parajes amenos y lejanos. Háblale de curiosas aventuras, cuéntale pretéritas historias; mas no logra su voz paternal y caduca despertar destellos inteligentes en la pupila gris, muerta.

Un día vuelven de paseo, ya anochecido. La calle estrecha está á obscuras. El pueblo calla. La mar muge. Hechos á las tinieblas, marchan seguros, los dos á la par, sin vacilaciones. Llegan á la casa; en la puerta hay como un muro negro; lo fingen las lobregueces del zaguán, espesas, compactas. De pronto Florencio, abalanzándose sobre D. Rafael, lo empuña por el cuello, pronto á estrangularlo. Este, milagrosamente, logra desasirse de la mano musculosa, con presteza felina salta hacia atrás y cierra la puerta, que es de castaño, dejando fuera á su sobrino. Florencio arremete con sus hombros fornidos contra ella, ruge como una fiera, redobla los ataques, rudos, ciclópeos. La puerta no cede: es recia y tiene una tranca de hierro que el tío Rafael ha echado. El sacerdote llora, piensa que quizá fuera mejor

dejarse matar por Florencio á verle así. Lo llama cariñosamente á través de la puerta, y sólo oye los golpes rítmicos, como de ariete, que repercuten en el zaguán. Entonces atraviesa la casa, sale por el muelle y busca cuatro marinos forzudos, que sujetan al furioso.

Suenan unas campanadas melancólicas, que vibran quejándose. Es la hora del rosario. Las mujerucas enlutadas, insignificantes y misérrimas, se deslizan por las calles como sombras calladas. Algunas pasan por delante de la casa de D. Rafael á tiempo que Florencio descarga su furia sobre la puerta inconmovible. Este las ve y se precipita sobre ellas; coge á una, la patea, la magulla y ríe bárbaramente; en tanto, la mujeruca lanza chillidos agudos y sus compañeras se desparraman corriendo, como murciélagos á ras de tierra. Los cuatro marineros que D. Rafael hubiera encontrado, corren al oir los gritos y salvan á la piadosa mujer, que se plañe, lastimera. Sujetan á Florencio y lo amarran fuertemente, hasta dejarlo como un fardo que aulla. El médico del pueblo, D. Félix, ha acudido; lo reconoce, y dice que está loco de remate. Es necesario llevarle al manicomio provincial. D. Rafael se opone; el médico envía por un carricoche; mete en él al loco, y lo encomienda á un mozo para que lo conduzca á la capital. Cuando el sacerdote se entera, ha partido ya Florencio; su corazón se desgarra de dolor. Vuelve á su casa, sube á su bohardilla. La luna, sobre un cielo límpido, vierte la urna de su luz pálida, ténue, y entrando por la galería, dibuja en el pavimento cuadros de plata. El telescopio yergue su silueta sobre los haces luminosos, propicio á toda suerte de observaciones siderales. Acércase á él Vaquín y mira al azar, adonde le señala aquel misterioso dedo de oro. Mira y no ve nada. Los vidrios están sucios. Los limpia. Vuelve á mirar. El cielo está turbio; las estrellas se quiebran, como reflejadas en agua movible que las rompe. D. Rafael tiene los ojos empañados, llenos de lágrimas.

DIBUJOS DE MARTINEZ ABADES

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

EL CAZADOR Y EL FANTASMA

POR NAVARRETE

1

2

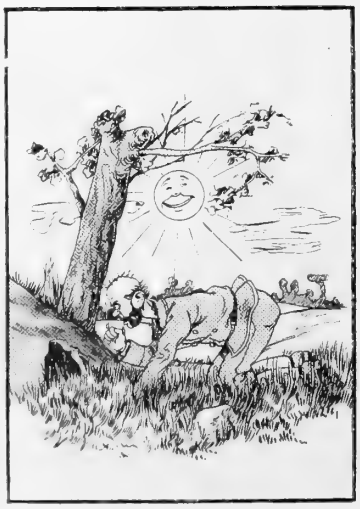
3

4

5

6

7



8

9

LA ESCENA DEL JARDÍN.
POR ANGEL ANDRADE

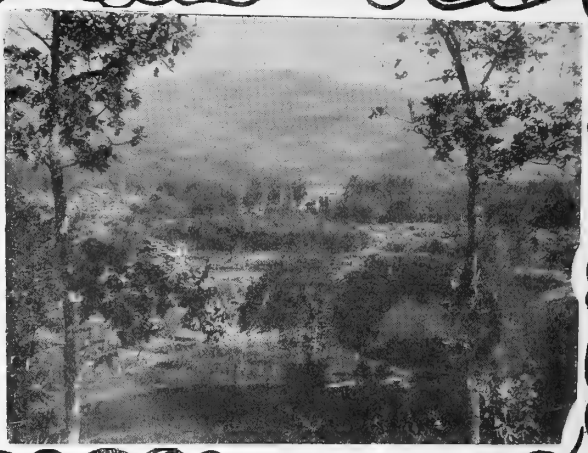
YUSTE

ESPAÑA VIEJA

Si consultamos el primer Diccionario geográfico que hallemos á mano, ya que Yuste es un lugar tan apartado y tan mal conocido, sabremos que el monasterio y palacio imperial de Yuste están situados en la provincia de Cáceres, partido judicial de Jarandilla y término de Cuacos; es decir, en uno de los sitios donde más apagados pueden llegar los vanos ruidos mundanales: á la falda de la sierra de Tormantos y cerro del Salvador.

Dice la tradición que el convento y caserío fueron fundados en 1402 por unos vecinos de Plasencia, sobre la ermita que existía en aquel lugar dedicada á San Cristóbal. En 1406 les concedió el Pontífice bulas para sujetarse á la regla que siguen los monjes de la ilustre orden de San Jerónimo. Desde entonces el edificio se engrandeció y mejoró, llegando á constituir una hermosa construcción, de cuya magnificencia y grandiosidad aún es posible formar idea, á pesar de haber sido quemado y destruído bárbaramente por los franceses en tiempo de la guerra de la Independencia. Lo construído sobre aquellas ruinas no corresponde á la grandeza y lujo de la primitiva fábrica. No obstante, la iglesia, aunque en mal estado, conserva sus bellas proporciones y un magnífico altar mayor que acabó en 1587 Juan de Segura. Pero claro está que al turista que se arriesga á hacer un viaje á Yuste, lo que principalmente le interesa y preocupa no es la iglesia ni el convento, sino el palacio imperial, donde albergó el césar Carlos V la enorme carga de sus desengaños de la vida y del poder.

En la parte Sur, en lo más repuesto y resguarda-



Vista general

La Iglesia

E. Yarela

La Cruz Verde

El Palacio

El Claustro

Féretro De Carlos V.

Escudo en la muralla

Terraza del palacio

do de la construcción, se alza el palacio donde vivió el Emperador hasta el día 21 de Septiembre de 1558. Aún se conserva el féretro de madera en que estuvo depositada la caja de plomo que encierra los restos del Emperador en e panteón de El Escorial, y en Yuste suele decirse que aquél es el ataúd en que estuvo Carlos V durante sus funerales en vida, que á tantas tradiciones han dado nacimiento.

Dícese también que el palacio imperial es una copia exacta del de Gante, donde nació el Emperador; pero esta afirmación debe de tener la misma veracidad que la referente al ataúd, pues las fotografías que hemos visto del palacio de Gante en nada coinciden con las de Yuste. Es, de todas maneras, éste un noble y soberbio edificio, hermoso por sí y también por el lugar que ocupa, y que es uno de los más pintorescos de España; rodéanle magnífica huerta y arboledas frondosas. El aire, el cielo y el terreno en aquel sitio no pueden ser más apacibles, y bien se ve que si para la acción tuvo el César excepcionales dotes, no menores sabía tenerlas para el reposo.

Poca gente va á Yuste. En España no se viaja. Y sin embargo, aquel convento y palacio debieran de ser lugares de peregrinación, santuarios adonde acudiesen los patriotas para fortalecer las decaídas energías nacionales.

Nada más propio de las almas elevadas que visitar los lugares por donde aún parece vagar el espíritu de los grandes hombres, y Yuste es un lugar apropósito para reflexionar sobre los grandes decaimientos y las grandes desilusiones humanas.

FOTOGRAFÍAS MANUEL DÍEZ

E. Varela

EN LOS PICOS DE EUROPA,
POR TOMÁS CAMPUZANO

AÑO TRECE Y NUMERO 657 MADRID DIA 5 DE DICIEMBRE DE 1903

BLANCO Y NEGRO

ANGEL GANIVET Fot. Compañy

ACTUALIDADES

El domingo pasado se celebró en el Ateneo una velada en honor de Angel Ganivet, por cumplirse en aquel día el quinto aniversario de su muerte. Fué Ganivet el pensador más profundo y el escritor más original que produjo la tierra española en el siglo XIX. En dos años de incesante, arrebatado y tempestuoso trabajo, produjo libros de insuperable mérito, cuya influencia en el pensar y en el sentir de la España intelectual comienza á sentirse ahora é irá creciendo de día en día, porque no son sus obras libros compuestos para producir efectos momentáneos, ni siquiera para atraer la atención del público durante el espacio que solemos llamar una temporada, sino libros cuyas ideas van poco á poco infiltrándose en los ánimos y apoderándose de ellos, y cuya forma cuaja y solidifica las tendencias indecisas del lenguaje en su evolución.

Granada la bella, primer libro que Ganivet escribió cuando vivía en Helsingfors la capital finlandesa, representando á España, es un precioso librito que pudiera llamarse el breviario de la vida urbana. En él se proponía su autor el mejoramiento de los hombres que habitan en la ciudad por medio de la vida bella y culta, propósito que también animaba al famoso Ruskin, pero que éste no logró resumir y fijar con tanto acierto y fortuna como Ganivet.

A esta primera obra, en la que ya se muestra la personalidad de Ganivet como una de las más enérgicas y poderosas de que nuestra nación puede enorgullecerse con justicia, siguieron, con cortísimos intervalos, *La conquista del reino de Maya por el último conquistador español Pio Cid*, libro poco estudiado, pero digno de serlo atentamente, y que en lo porvenir será puesto á la altura de los más fundamentales tratados de ideología política, pues en él traza el autor con vigoroso y caliente estilo el cuadro de la formación y consolidación de una sociedad casi perfecta fundada por un hombre civilizado y humano en el seno de una tribu salvaje centro-africana; el *Idearium español*, pasmoso resumen de la mentalidad y de la sentimentalidad de nuestro país, mostradas en ejemplos históricos y políticos y en brillantísimos, trabados y substanciosos raciocinios, que precisamente por su admirable lógica pueden parecer paradójicos á quien los estudie á la ligera; los *Hombres del Norte*, serie de estudios, no terminada, acerca de Ibsen, Bjœrnson, Brandés y todos los grandes poetas y críticos de raza escandinava, cuyos nombres suelen repetirse sin pizca de conocimiento; las *Cartas finlandesas*, en las cuales se encuentra resumida y aparece palpitante la vida de un país tan extraño y digno de consideración como la apartada Finlandia; la estupenda novela en dos tomos *Los trabajos del infatigable creador Pio Cid*, que es, como obra literaria, el mayor y más feliz esfuerzo del portentoso genio de su autor, y en la que asocia al hondo análisis psicológico puramente suyo el valiente imaginar de un Galdós y la amable ironía de un Valera; y por último, la obra que él consideraba como su testamento, la bellísima tragedia mística *El escultor de su alma*, escrita en versos calderonianos y dividida en tres autos (de la Fe, del Amor y de la Muerte). Esta última obra se representó en Granada y aún no ha sido impresa

Una labor tan gigantesca llevada á cabo silenciosamente y en tiempo tan corto, bien merece que la juventud la conozca á fondo, con lo cual bastará para que la ame y la glorifique. Singular honra es

para nosotros publicar en estas páginas el retrato del ilustre joven que dió á su patria cuanto poseía: es decir, su genio de filósofo y de poeta, y murió sin pensar en que la patria le manifestara su gratitud ni sus contemporáneos le ensalzasen cual merecía.

El magnífico drama *Resurrección*, de Tolstoi, representado en el teatro de la Princesa, ha causado en el público madrileño la misma hondísima impresión que en todos cuantos públicos la han visto. Débese esto no tan sólo á la fuerza dramática de la obra, sino también al maravilloso arte con que interpreta el papel de la protagonista Catalina Maslova la señora Tubau, que en este papel ha obtenido uno de sus mayores triunfos.

La crítica ha echado de menos detalles y aun escenas que en el libro son de una importancia capital; pero esta falta es irremediable cuando se trata de condensar para la escena lo que en el libro puede el autor exponer con amplitud y con absoluta libertad de criterio, cosa que no sucede en el teatro.

Toda la prensa diaria ha hablado de lo que pasa en el noble y antiguo pueblo de Pantoja, situado en la parte de la provincia de Toledo que llaman la Sagra. Hace años que el templo se ha hundido, y por más reclamaciones y súplicas que los honrados vecinos de Pantoja dirigen al Estado, no hay manera de que se reconstruya la iglesia derruída ó de que se edifique otra nueva.

¿Y qué hacen aquellos buenos cristianos? Pues ya lo ven ustedes por nuestra fotografía: oyen misa al aire libre. El virtuoso párroco, que debe de estar á prueba de catarros, se reviste en medio de la plaza ó en la galería de una casa particular, y celebra el santo sacrificio delante de un altar portátil, de manera que todo el pueblo pueda verlo. Los días lluviosos, párroco y feligreses se mojan como unas almas de Dios... y ¡á cualquiera que pase por el pueblo á tales horas le convence nadie de que Pantoja es un lugar que dista de la corte poco más de una hora por el ferrocarril!

«RESURRECCION»
Catalina Maslova (Sra. Tubau); Príncipe Neklindoff (Sr. Reig)
Fot. Muñoz de Baena

CÓMO SE CELEBRA MISA EN PANTOJA (TOLEDO)

LA NOCHE DEL SÁBADO

FUÉ en el último rincón de la cervecería, entre el mostrador y la tabla de anuncios, donde el buen señor se confesó conmigo. Aquello, realmente, parece un confesionario... ¿Cómo vino rodando el tema hasta caer en...? ¡Ah! ya recuerdo.

—Con permiso de usted,—me dijo haciendo una reverencia del antiguo régimen, y se sentó en la mesa, enfrente de mí.

—¿Usted fuma?—me preguntó poco después. Y como la respuesta fué afirmativa, dijo con tono desolado, algo teatral:—¡Qué lástima! No traigo habanos; mis habanos son excelentes, y quería ofrecérselos á usted. ¿Podría usted darme un cigarro cualquiera?

Así empezó el coloquio.

—Usted habrá oído hablar de mí, porque yo fuí artista famoso en mi tiempo.

—¿Artista dramático?

—No; artista pintor. Yo soy... (aquí un nombre que no despertó ningún recuerdo).

—Sí, señor. Algo oí hablar... pero su aspecto más parece de militar retirado que de pintor.

—No adelantemos los sucesos.

Aquel «no adelantemos los sucesos» dicho tan espontáneamente en pleno siglo XX, me indicó la talla interna del personaje. Venía del tiempo de nuestros grandes novelistas por entregas.

—Voy á confiar á usted cosas interesantes; pero ante todo, ¿usted cree que las cosas pintadas tienen alma? Porque si no lo cree, no digo esta boca es mía.

—¡Y cómo, si lo creo! Quizá no tengan otra cosa.

—Pues entonces, oiga usted.

Es un vejezuelo que anda mucho por ahí; menudo de cuerpo, encorvado y muy saludador; usa bigotillo triangular y luchana á lo Espartero, discretamente ennegrecidos; por lo común, abrigo claro y siempre sombrero de copa, moda de 1885.

—Yo me pasé lo mejor de mi vida copiando obras maestras. Primero fué por humildad: quería aprender; más tarde, por soberbia: quería igualar; luego, por precaución: quería librar á la obra de una posible desaparición por accidente. Un incendio, un desplome, un robo, un victorioso ataque de la polilla, de los roedores, de la misma humedad, del extremado calor...

Todo cuadro de mérito sobresaliente—decía yo—debe de tener preparado el sustituto. Así la obra no perece, ya que el mundo tiene derecho á la obra.

Me preparé largamente; estudié, indagué, sondeé los secretos de la técnica y el carácter de las escuelas; buceé un poco en el genio de los grandes y solos, de los libres y huraños... Media vida la pasé estudiando.

Cuando me juzgué con aptitud, emprendí el trabajo; días, meses, años viví dentro del Museo, y mientras había luz no descansaba.

¿Y sabe usted lo que sucedía? Que al acabar una copia esmerada, cuidada al por menor, ajustada con exquisita fidelidad hasta en los matices de la luz y en el color de la vejez, los inteligentes me decían: —Eso es muy bueno, pero le falta el alma.

Entonces yo lo miraba bien, y perfectamente convencido, respondía:—Es verdad: ¡aquí falta el alma!

¡Qué desesperacion! Buscando eso, yo conocía que me iba faltando algo por dentro... quizá lo que trataba de buscar por fuera. En fin, un día tiré los pinceles, la paleta y el tiento, y estuve á punto de ahorcarme delante de un Velázquez.

—Oye, tú—le dije al celador más viejo del Museo:—¿tú sabes si estos endemoniados lienzos tienen alma?

—Sí.

—¿La tienen?

—Y algo más. Eso lo sabemos todos los que vivimos en los museos. Pero no lo decimos á ningún extraño. Nos costaría la vida.

—Y ¿yo soy algún extraño, di? ¡Yo, que no tengo más mundo que éste! Habla, ó te mato.

Le obligué, le forcé, le violenté un poco... y al cabo convinimos en que yo pasaría la noche del sábado dentro del Museo. Allí vería cosas...

Usted conoce nuestro gran Museo, ¿verdad? Bien; pues imagínese que yo andaba haciendo centinela en el primer salón, el largo, cuando una extraña claridad, un resplandor rojizo fué iluminando los malditos lienzos; salía el resplandor de aquella divina sala que está á mano izquierda. ¡Cielos!—pensé—¡los Velázquez que se queman! Y grité, y pedí auxilio, y me entré para allá dispuesto á morir abrasado en la más opulenta hoguera que verían los siglos.

¿Sabe usted de dónde venía el fuego? Pues de la fragua de Vulcano. Los herreros daban de verdad en el pedazo rojo de armadura; saltaban chispas, bufaba el horno, resplandecía el yunque... En tanto, el dios cantaba una estrofa que yo no entendía, pero que despertaba al rígido mundo de la pintura.

Entonces vi maravillas increíbles: las meninas saltaron al suelo haciendo reverencias, para empezar una pausada contradanza que bailaron con los bufones, en tanto que el rey D. Felipe, el príncipe Baltasar y el Conde-Duque galopaban arrogantemente alrededor de la sala, como en un circo. Recuerdo que los caballos me salpicaron de espuma... Los bravos soldados que rindieron á Breda arrinconaron las lanzas, y todo el Tercio se desparramó por los salones. A poco oí los gritos de las soberbias matronas italianas y holandesas perseguidas por aquellos demonios.

Huí al salón, lleno de espanto, y ví á los fusilados de Goya, las víctimas del *Dos de Mayo*, venir á colocarse arrodillados bajo la puntería de los fusiles franceses, delante de la familia entera de Carlos IV. Vociferaban, increpaban, maldecían... y ví á Fernando VII más pálido que la muerte y á Carlitos Isidro escondiéndose entre las faldas de María Luisa... Toda aquella familia temblaba oyendo rugir á los fusilados. Enfrente, la familia de Felipe V bailaba un minué precioso, acabado de llegar de Versalles.

Graves caballeros engolados y erguidos por el *Greco*, paseaban la antigua altivez de la raza por aquellos salones. Fúnebre, exangüe, frío como un témpano con ojos azulados, paseaba también Felipe II, con su pobre ropilla de paño, con su negra capa casi mugrienta, con su toisón minúsculo pendiente de un cordón de lana, con su rosario resobado y su sombrerete parecido al molde de un flan, tal como le retrató Pantoja.

No oía, no escuchaba, no se apercibía de aquel magnífico aquelarre. Los santos, los mártires, le llamaban desde sus bárbaros suplicios: los frailes, los ascetas, los Padres de la Iglesia, las santas piadosas le llamaban también como en vida mortal, y él no atendía, no miraba, no parecía vivir sino para contemplar con todo su cuerpo y toda su alma la figura valentísima de un guerrero, erguido sobre el alazán, cubierto el pecho con la áurea coraza milanesa, la frente con el casco de esmaltado acero, la lanza en ristre, los ojos ardientes, la actitud imperial y dominadora...

Era el Carlos V de Tiziano, que parecía venir á posesionarse de su imperio.

La legión pagana, la legión desnuda, fué á reconfortarse en los banquetes flamencos. Dioses, ninfas, amores, héroes, cayeron sobre los lienzos holandeses incitantes y magníficos. Toda la suculenta vola-

tería, los peces orondos, los mariscos nacarados, las carnes sangrando de la caza heróica, los quesos, los frutos exquisitos, los vinos rojos como el zumo de las granadas, los panes tiernos y dorados en el calor de hornos divinos, los dulces amasados con pinceles de buenas hadas, de hadas caseras y maternales, todo aquel suntuario montón de cosas exquisitas, incitantes, golosas, resplandecientes, fué pasto de las deidades desnudas. Allí está el secreto de la salud, de la belleza, de la abundancia... de la alegría.

He ahí por qué viven fuertes, sanos, alegres, confiados en su propia fuerza y adoradores de su propia forma, todos esos dioses, ninfas, amores, héroes y símbolos que nos trajo el Arte. Dadle á los míseros hombres un banquete así, *á la holandesa*, y veréis surgir de entre ellos dioses, ninfas, héroes, como en los lienzos inmortales en que cristaliza lo ideal.

¿Si vi más cosas? ¡Ya lo creo! A la *hora del hambre*—que, al fin, aquello no era más que una fiesta—vi á Prometeo engullendo al buitre. ¡Oh Dios!—dije,—el buen Prometeo sigue encadenado, pero la duda, es decir, el ave, pasa del hígado al vientre. ¡Todo es pasar... y todo es duda! Se conoce que al infeliz no lo pasan por el inmenso montón de comestibles flamencos.

—Pero... ya es tarde: otro día le seguiré contando. ¿Dudará usted de que las cosas pintadas, *creadas*, mejor dicho, tienen alma?

—No dudo—le respondí.—Mas, dígame por su vida, todo eso pasó en el Museo Nacional; ¿y en el «Moderno»? ¿También allí hay vida y recreo y su aquelarre correspondiente?

—También. Quise pasar allí otra noche y me faltó el valor.

—¿Cómo es eso?

—En la noche del sábado no se puede estar allí: ¡qué olor! Como que no hay más que sangre y carne corrompida... Para no ver más que cadáveres, prefiero el *Este*.

—¡Y qué cadáveres, amigo mío! Los hay de todos colores. ¿No se ha fijado usted?

—No prosiga usted, porque tengo muy débil el estómago. Por eso y por otras cosas más, dejé la pintura y me hice militar.

—¡Hola!

—Ya le dije á usted al principio que no adelantáramos los sucesos. Tiré el pincel y cogí la espada; he llegado á ocupar los primeros puestos de la milicia. He trazado planes, he estudiado líneas, he con-

quistado pueblos, he variado mapas, he descubierto sistemas, he inventado tácticas, he puesto patas arriba todo el planeta.

—¿En dónde ha servido usted?

—En casa de un amigo...

—¿Cómo se llama?

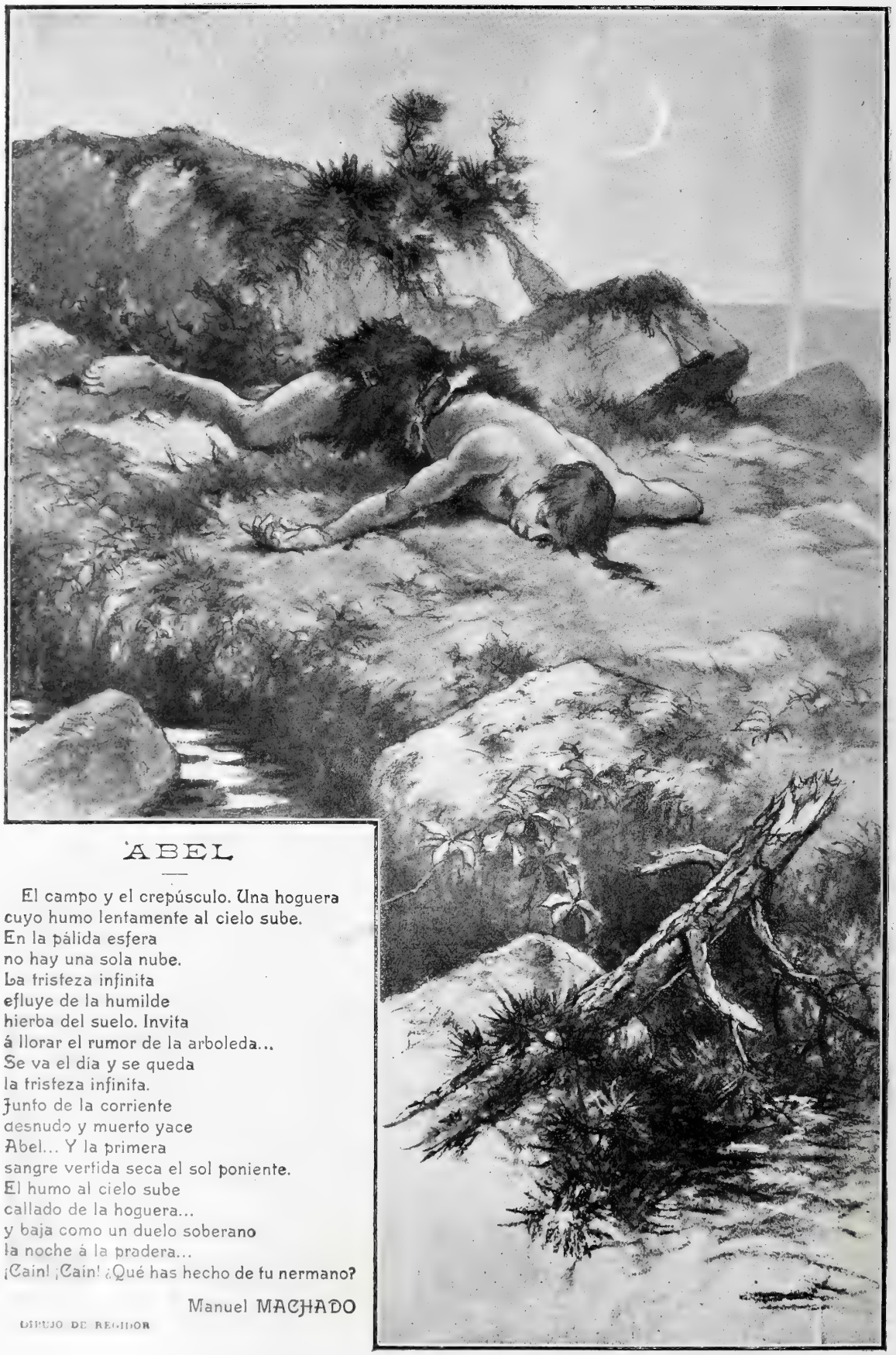
—El doctor Esquerdo.

—Lo suponía.

Y al despedirme le di una peseta de las nuevas, que el gran pintor y gran estratega me agradeció muchísimo.

JOSÉ NOGALES

DIBUJOS DE MENDEZ BRINGA



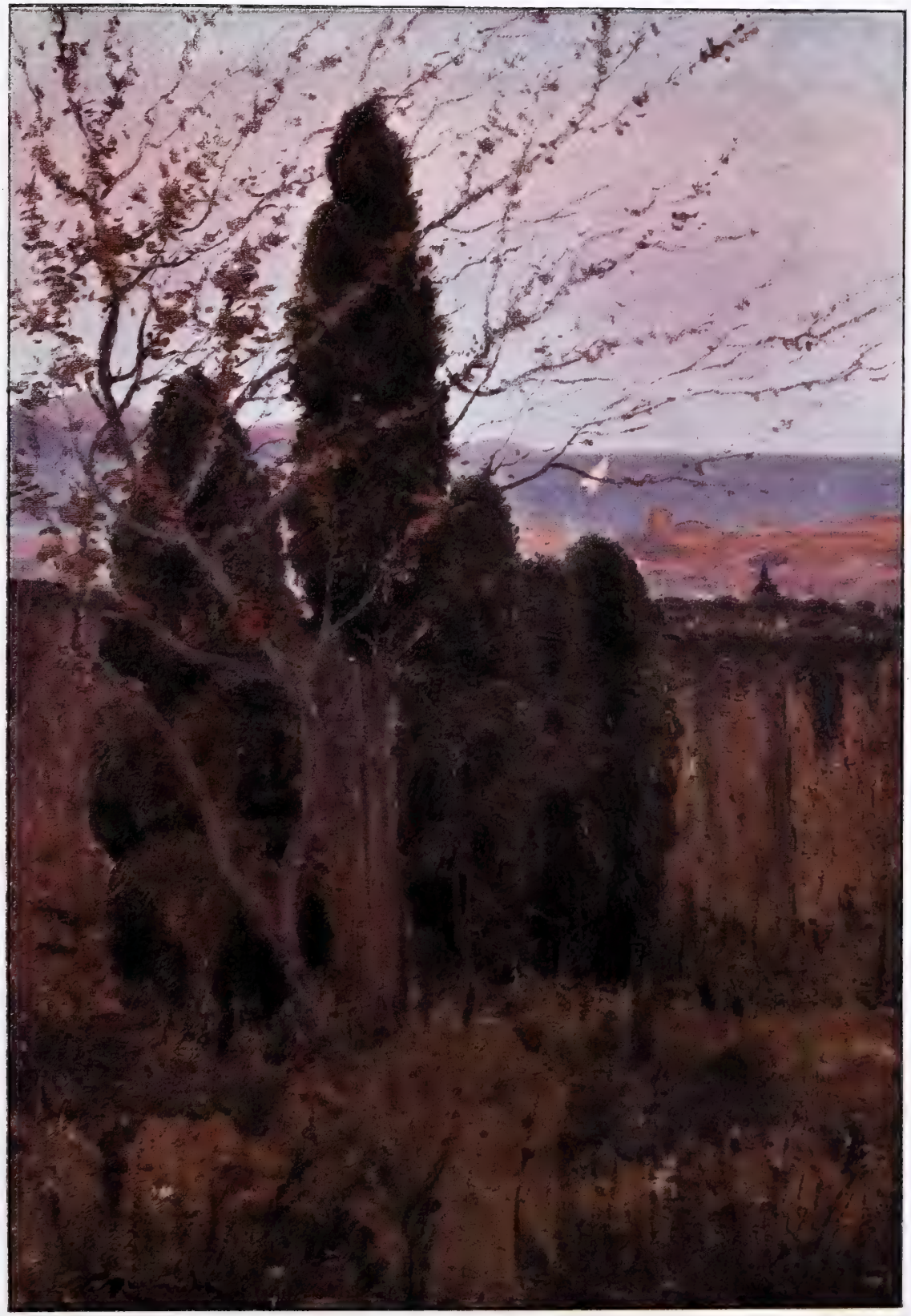
ABEL

El campo y el crepúsculo. Una hoguera
cuyo humo lentamente al cielo sube.
En la pálida esfera
no hay una sola nube.
La tristeza infinita
efluye de la humilde
hierba del suelo. Invita
á llorar el rumor de la arboleda...
Se va el día y se queda
la tristeza infinita.
Junto de la corriente
desnudo y muerto yace
Abel... Y la primera
sangre vertida seca el sol poniente.
El humo al cielo sube
callado de la hoguera...
y baja como un duelo soberano
la noche á la pradera...
¡Caín! ¡Caín! ¿Qué has hecho de tu hermano?

Manuel MACHADO

DIBUJO DE REGIDOR

PENUMBRA, POR
N. RAURICH



BLASCO IBÁÑEZ EN SU ESTUDIO

En la playa de la Malvarrosa, teniendo al alcance de la mano el caserío morisco de la riente Valencia y enfrente la azul extensión del Mar latino, cuyas blandas olas arrullan sin amagar tormenta y son caricia del oído y reposo del alma, vive y escribe el popular novelista, el resuelto y agresivo luchador, en una casita caldeada por el sol de Levante, que enardece los amores é inflama los odios, pinta de cobalto el cielo y de ocre la arena.

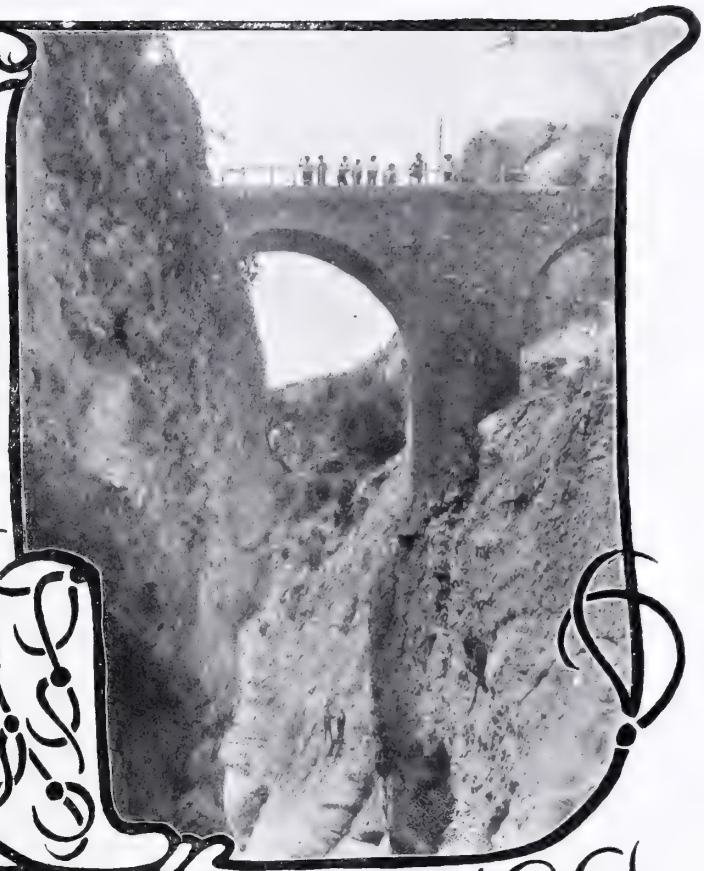
La personalidad literaria de Blasco Ibáñez no es de las que se aceptan mansamente y sin discusión: su temperamento se nos impone como una luz muy fuerte, como un olor muy penetrante. Su trabajo no es el de un orfebre cachazudo, sino el de un forjador musculoso que tuerce el hierro á fuerza de puños y de fuego. Por eso en él resulta natural y equilibrado lo que nos parecería improcedente y estrambótico en otro escritor menos sanguíneo.

Ejemplo de ello vemos en su último libro *La Catedral*. A los maliciosos les bastó ver el título para pensar que en esa novela habían de verse reflejos de otra de Huysmans ó del famoso *Ensueño*, de Zola. Pero quien conoce bien á Blasco Ibáñez no podía aceptar semejante doblegamiento de su vigorosa personalidad. *La Catedral*, en efecto, es obra puramente española, y en ella se presenta uno de los aspectos más interesantes del asunto que hoy más preocupa á novelistas y dramaturgos, de la invasión, entrometimiento ó como quiera llamársele de la España nueva en la España vieja: más aún que esto, de la penetración de las nuevas ideas en los más formidables y mejor defendidos albergues de los ideales de antaño.

Y esto se ha escrito en esa celda de benedictino inundada de sol mediterráneo.

FOT. BARBERÁ MASIP

CANAL DE ARAGÓN



ESPAÑA NUEVA

No hemos de ver tan sólo la España nueva en la animación de los puertos, en la masa imponente de fábricas y manufacturas, ó en el ajetreo y tráfago de los ferrocarriles y caminos. La industria y el comercio renuevan las naciones, pero la renovación más sólida y la regeneración más segura tiene que comenzar por la emancipación de la tierra, por el progreso de los cultivos y el adelanto de los procedimientos agrícolas, puesto que la agricultura es madre de toda industria, de todo comercio y de toda prosperidad.

Por ello, la política hidráulica no es un sueño ni una utopia de sectario; antes bien, es la política más española de todas, la más antigua, pues todos nuestros grandes monarcas, desde Felipe II, han sido partidarios y protectores decididos de los canales de riego, y el mejor de todos los reyes modernos, el gran Carlos III, aplicó á tamaña obra nacional lo mejor de sus energías y los más nobles esfuerzos de sus ilustres auxiliares.

Las fotografías que ilustran esta página son vistas parciales de obras notables del canal llamado de Aragón y Cataluña y también de Tamarite, cuya construcción va muy adelantada. Toma sus aguas del río Esera para verterlas en el Segre. Tiene un recorrido de más de cien kilómetros, y cuando esté en actividad podrá regar cerca de cien mil hectáreas de terreno en la provincia de Huesca y en la de Lérida.

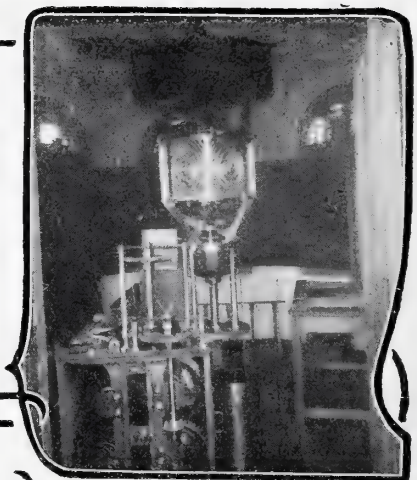
Del beneficio que su conclusión reportará á las comarcas por donde pasa, puede juzgarse asegurando que el valor de las tierras regables se hará tres ó cuatro veces mayor del que tienen en la actuandad.

FOT. B. AGUILAR

SALIDA CONTRA EL ENEMIGO,
POR MARCELINO DE UNCETA

LOS FAROS DE ESPAÑA

FARO "UNIVERSAL"



FARO DE LUZ RELAMPAGO

FARO DE BUDA

Ciento sesenta y nueve son los faros que hay funcionando en las costas de España en la actualidad. Y exceptuando los de la barra de Huelva, de Punta Abona (en Canarias) y del Peñón de Vélez de la Gomera (en Africa), todos son de construcción antigua.

Los mencionados particularmente poseen el nuevo sistema de luz relámpago, que produce destellos con pequeños intervalos de eclipse total. Este sistema resuelve el problema de dar el mayor rendimiento de luz con el menor gasto de combustible; cada destello dura un décimo de segundo, y se producen de cinco en cinco segundos, en tanto que en los aparatos antiguos transcurren uno, dos y hasta cuatro minutos entre uno y otro destello.

Para lograr esta velocidad, más necesaria cada día, se ha ideado este aparato, cuyo eje reposa por medio de un flotador sobre un depósito de mercurio, lo que hace casi insignificante el rozamiento, al contrario de lo que sucede en los antiguos aparatos, que han de ser movidos sobre rodillos por una máquina poderosa.

El motor que hace funcionar el aparato es eléctrico; mas como esto obliga al entretenimiento frecuente de las pilas, se ha sustituído con motor de resortes múltiples, y de este modelo es el que funciona todas las noches en la torrecilla situada en lo alto del edificio donde se halla instalado el Servicio central de señales marítimas, junto á la antigua Platería de Martínez, aparato aquél idéntico al que están instalando en Peña Horadada (Santander).

La luz de este faro se ve desde 22 kilómetros de distancia, según las experiencias hechas. El aparato es una maravilla de construcción, un verdadero juguete; funciona sin el auxilio del hombre por espacio de mes y medio ó dos meses, tiempo que tarda en consumir el petróleo del depósito cilíndrico que tiene en la parte superior y en desarrollar casi toda la cuerda de sus carretes.

Por tal razón, se utiliza en los parajes de la costa de acceso difícil por lo embravecido del mar, y en los cuales es imposible la permanencia del hombre.

La sustitución de los modelos antiguos por los

FARO DEL CABO MAYOR

modernos es muy costosa; se tiende á modificar aquéllos en la medida de lo posible; esto es, se va á reemplazar los mecheros antiguos, formados de mechas concéntricas, por mecheros de vapor de petróleo con manguitos incandescentes de 7 centímetros, análogos á los que vemos en algunos faroles del alumbrado público, y de este modo se quintuplica el poder lumínico. Muy pronto quedará establecida dicha innovación en el faro del cabo Finisterre. El vapor de petróleo será sustituído por el de alcohol cuando su precio se abarate.

Sólo un faro eléctrico hay en España: el de cabo Villano; produce la luz una lámpara de arco voltaico, que exige una potencia de diez kilovatios, ó sean 13,5 caballos de vapor próximamente. Produce esta fuerza un magneto accionado por una máquina de vapor.

Mientras se reemplaza una luz por otra en un faro, se coloca el aparato llamado «universal», con objeto de que no falte luz. Este aparato se mueve por un mecanismo de relojería provisto de un contrapeso.

Los faros de España están clasificados en seis órdenes: del primero hay 14; su mayor alcance luminoso es de 40 millas (el del cabo Villano); su consumo anual, próximamente, de 4.100 litros de petróleo. De segundo orden, 16; su alcance máximo es de 31 millas. De tercer orden, 30; su alcance, 30 millas. De cuarto orden, el mismo número; sus destellos alcanzan hasta 22 millas. De quinto, 33 y 18, respectivamente. Y de sexto 46, con alcance máximo de 14.

Hay, además, 20 luces de puerto, y boyas luminosas en Sevilla, Huelva, Valencia y Bilbao, alimentadas con gas de aceite comprimido hasta seis atmósferas.

Y por último, hay señales marítimas sonoras como la del faro del cabo Finisterre: una sirena que funciona durante las nieblas y emite cada cuarenta segundos dos sonidos de tres segundos de duración. Un motor de vapor comprime el aire necesario para el funcionamiento de la sirena.

En Bilbao se están haciendo ensayos de un aparato de explosivos con el mismo objeto que el del aparato anterior.

ROBERTO DE PALACIO

FARO DE CHIPIONA

FOTOGRAFÍAS J. LACOSTE

LUCES Y FLORES

Se hallaba de la vida
en los albores,
no tenía en el alma
ni amor ni dueño,
su ambición era sólo
cintas y flores
y jamás pena alguna
turbó su sueño.
Llora un día, y su madre
la causa ignora.
Deja de oirse el eco
de sus cantares,
y ella, huyendo de todos,
suspira y llora
sin decir el motivo
de sus pesares.
Solamente el secreto
de su agonía
va á contarle á la Virgen
de los Dolores,
y cerquita del lecho
donde dormía
forma un altar con cintas
multicolores.

¡Qué horrible es el tormento
que la quebranta!
¡Ya no miran sus ojos
como miraron,
ni ya ciñe collares
á su garganta,
ni en su trenza las cintas
que la adornaron!
¡Sin rosas ni claveles
está su huerto!
Y lo que fué su encanto,
cintas y flores,
con una lucecita
por su amor muerto,
¡todo es para su Virgen
de los Dolores!

C. SÁNCHEZ-ARÉVALO

El paso á nivel

Ningún lugar más á propósito que aquel paso á nivel.

La vía férrea atravesaba el bosque, formando un rompimiento al cruzarse con la carretera, no muy amplio, pero sí lo suficiente para que desde su caseta pudiese ver el guardabarrera los lejanos puntos en que por uno y otro lado la vía iba á ocultarse siguiendo la gran curva del terreno.

A la puerta de la casa del guarda hallábase sentada una anciana, á cuyos pies, haciendo montoncitos de arena, estaba un pequeñuelo, su nieto, el hijo de una muchacha frescachona y robusta que en aquel momento salía de la solitaria vivienda, llevando en la diestra arrollado un banderín de señales.

De un momento á otro debía pasar el expreso, y la muchacha tenía que ocupar el puesto de su padre, que se hallaba entonces limpiando la vía en la revuelta de ésta, allá por la derecha, á lo lejos.

—Madre, ¡cuidado con el niño, que va á llegar el tren!—advirtió la joven.

—¡Ven; ven, hijo!—dijo la anciana deteniendo al pequeño.—Luego formarás más montoncitos, porque ahora va á pasar el diablo soplando ¡fu, fu, fu! y si no estás á mi lado te hará pupa.

—¡Fu, fu, fu!—repitió el chiquillo remedando á la anciana.

—¡Sí, hijo mío; sí! Sopla y bufa, y se lleva á los niños que no están al lado de su abuelita. ¡Fu, fu, fu!

El niño precipitóse riendo hacia la viejecita, y ésta recibióle amorosa entre sus brazos, sin dejar de repetir ¡fu, fu, fu!

En tanto, la mocetona se dirigió á uno y á otro lado de la vía para cerrar el paso del camino con las dos barreras correspondientes, á tiempo que dejóse oir á lo lejos el ronco silbido de una locomotora.

—¿Oyes? ¡Ya viene el diablo!—expresó la anciana levantando en alto á su nieto y sentándole sobre sus piernas.

El chiquitín, que no habría cumplido aún los cuatro años, pasó un bracito tras del cuello de su abuela, y aplicando á su boquita la mano cerrada que le quedaba libre, á modo de bocina, siguió soplando con todas sus fuerzas ¡fu, fu, fu!

Adelaida, que había llegado por el lado de la ciudad sin reparar en que la guardesa acababa de cerrar la barrera de enfrente, dispúsose á pasar sobre la vía.

—¡No se puede pasar, señora! Está ya el tren encima,—advirtióle la mocetona.

—Bueno... esperaré,—contestó Adelaida.

Sí; ningún lugar más á propósito que aquél para realizar sus designios. Porque Adelaida iba resuelta á poner término á su amarga vida, falta de toda esperanza, vencida en el diario combate por la existencia, abrumada por el dolor, harta de padecer, desfallecida, hambrienta.

Y al oir el lejano silbido de la locomotora frunció sus labios con desdeñosa expresión, á la vez que sus ojos hermosísimos, pero apagados, sin fuego, dirigían una mirada á lo largo de la vía, hacia donde debería aparecer el expreso.

Su edad no excedería de los veinticinco años, pero representaba tener muchos más. Pálida, muy pálida, trasojada, con los pómulos muy salientes, con la boca contraída, cejijunta, revelaba la horrenda pena, la negra desesperación que la dominaba.

Si la guardabarrera, que ya se había situado ante Adelaida, cerca de los raíles, sosteniendo con firme

mano y el brazo extendido el banderín verde; si la guardabarrera hubiese vuelto la cabeza y apercibídose del estremecimiento convulsivo que se apoderó de la dama que estaba á pocos pasos tras de ella, habría comprendido con horror el drama que representaba la desconocida. Pero la muchacha tenía toda su alma puesta en la mirada y ésta en la curva de la vía, allá, á lo lejos, punto del que no la separaba sino para dirigirla con la viveza de un relámpago hacia el grupo formado por la anciana y el pequeñuelo.

También Adelaida vió al rapaz en brazos de su abuela...

Así estarían tal vez en aquel instante su hijo del alma y la santa madre que la dió vida, esperándola hambrientos en la desmantelada bohardilla de donde habían sido despedidos por no poder satisfacer el mezquino alquiler que adeudaban. Sólo que ellos la esperarían llorosos y tristes, mientras aquella otra anciana y su robusto y sonriente netezuelo mostraban su dicha, allí, al aire libre, en plena naturaleza, con la paz del alma retratada en sus semblantes.

Apareció la locomotora y tras de ella los primeros carruajes del convoy, y Adelaida aproximóse algunos pasos á la vía, tratando de aparentar una curiosidad que no podia engañar á nadie.

Ya iba á tener fin su malhadada vida y con ella aquel martirio insoportable.

¡Vivir!... ¿Vivir para padecer? ¿Para ser víctima eterna de las injusticias sociales, de la maldad, del egoísmo de todos?... Tal vida no merecía ser vivida.

Había llegado la hora suprema de la paz, del descanso. Un minuto de tiempo y dos pasos más hacia los carriles la separaban de la muerte, durante tantas horas acariciada por su pensamiento. Y ya la veía, ya la sentía, sin pesar, sin miedo.

En aquel momento borróse de la mente de Adelaida todo cuanto la ligaba á la vida: ni se acordaba de su hijo, ni de su madre, ni sentía las crueles punzadas del hambre, ni las aún más crueles del dolor moral.

El tren avanzaba con rapidez vertiginosa... Llegaba el trance supremo... Adelaida avanzó otro paso.

Mas, en aquel punto, el hijo de la guardesa deslizóse de su asiento, queriendo sin duda dar la vuelta asustado por el estruendoso resoplido de la máquina, y su madre, viendo un peligro que en realidad no existía, no fué dueña de contener un grito de terror.

—¡Madre! ¡Mi hijo!

Adelaida retrocedió al oir á su lado aquella voz llena de angustia, y retrocedió cuando la locomotora pasaba ante ella arrojando bocanadas de vapor por las válvulas y haciendo trepidar el suelo.

¡Madre! ¡Mi hijo!—repitió el cerebro de la suicida, sin dar sentido ni significación al pronto á tales palabras, pero luego repitiéndolas todas las fibras nerviosas hasta despertarla á la vida real.

¿Qué sintió entonces Adelaida?

No habría sabido explicarlo: primero una angustia de muerte, luego un ansia loca por ver á los seres que ella habia olvidado, después una necesidad imperiosa, invencible, de llorar.

Retrocedió aún más. El expreso alejóse. La guardabarrera abatió el banderín verde y fijó sus espantados ojos en la puerta de la caseta, allí donde nieto y abuela la esperaban riendo.

Y Adelaida, buscando sostén en la barrera más próxima, apoyóse en el enrejado de madera y rompió á llorar, exhalando á la vez ayes y sollozos sin cuento.

PEDRO J. SOLAS

DIBUJOS DE ESTEVAN

La dama previsora

Tecla Indínez es un tipo
verdaderamente raro,
y su rareza (que algunos
encuentran digna de aplauso)
consiste en hacerlo todo,
todo tan anticipado,
que da lugar muchas veces
á sabrosos comentarios.

Impaciente, previsora
y anticipada en sus actos,
nos causa de un golpe á todos
asombro, extrañeza y pasmo.
No hay temor, cuando va á misa,
de que no llegue temprano,
pues para oirla el domingo
á coger sitio va el sábado.

A la estación, si es que viaja,
llega cuando están limpiando
los coches, y el veraneo
lo empieza en el mes de Marzo.
Por su afán de hacer las cosas
con tiempo, á las diez y cuarto
de la mañana la Indínez
suele cenar todo el año.

Tuvo un disgusto muy gordo
porque fué á pedir la mano
de la novia de su chico
unos tres meses ó cuatro
antes de que comenzaran
á ser novios los muchachos;
y hoy día, cuando la nueva
va á salir de su cuidado,
desde un mes ante la fría,
diciéndola:—«Vamos, vamos,
¿á qué demonios aguardas?
Ó despachas ó me enfado.»

Y si se trata de un pésame,
no sé cómo de un tranvazo
se libra á veces, pues dice
á la familia: «Acompaño
en el sentimiento á ustedes,
cuando el «difunto» está malo
pero aún no está de peligro;
y más de tres se han curado
después de haber ido Tecla
á echarles al camposanto
florecillas, siempre en aras
de sus necios adelantos.

En fin, ¿qué más? ayer iba
con unos lentes ahumados.
—¿Tienes enfermos los ojos?
(le pregunto junto al Prado).
Y ella responde:—Juanito,
ya sabes cómo los gasto;
y hoy me he puesto ya los lentes
para luego no olvidarlos.
—¡Pero si no anuncia ahora
ni un eclipse el calendario!
—¡Ya lo sé; pero lo anuncia
para dentro de dos años!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

DIBUJO DE ROJAS

EL BOSTEZO

POR ROJAS

1.—Parece que ha sonado el timbre.

2.—¡Cuánto tarda el doctor!

3.—Nada, que me paso la vida bostezando.

4.—Pues en la boca no veo nada.

5.—Le diré á usted: tengo un tiro al blanco, y...

6.—... desde que le puse... ¡aaaah!

7.—¿Es aquí?

8.—¡Ahora lo comprendo todo!

OBRERAS DE UN TALLER DE PARÍS PONIENDO LA COFIA DE SANTA CATALINA A LAS SOLTERONAS

ACTUALIDAD EXTRANJERA

El día 25 de Noviembre es un día de extraordinaria animación en todos los talleres de labores femeniles de París. Celebra en ese día la Iglesia la fiesta de Santa Catalina, virgen, y así como en España solemos decir de las solteronas que se quedaron *para vestir imágenes*, las parisienses llaman *coiffer Sainte Catherine* (peinar, ó mejor dicho, poner la toca ó *tocar* á Santa Catalina) á quedarse solteras á los veinticinco años cumplidos. Es muy frecuente que en talleres de modistas y costureras, donde se reunen bastantes muchachas, haya varias de veinticinco años que no han logrado atrapar á ningún futuro: y en este caso, las compañeras de taller les preparan una preciosa cofia ó papalina blanca, y el día 25 de Noviembre la colocan con toda solemnidad en las cabezas de las solteronas, y al terminar el trabajo salen por las calles, desplegadas en columna de honor, acompañando con alegre bullicio á las agraciadas, á quienes el pueblo soberano suele aclamar y dirigir chistes y bromas de todos los colores y gustos.

OBRERAS CON LA COFIA RECORRIENDO LOS BULEVARES
Fotografías Gribayedoff

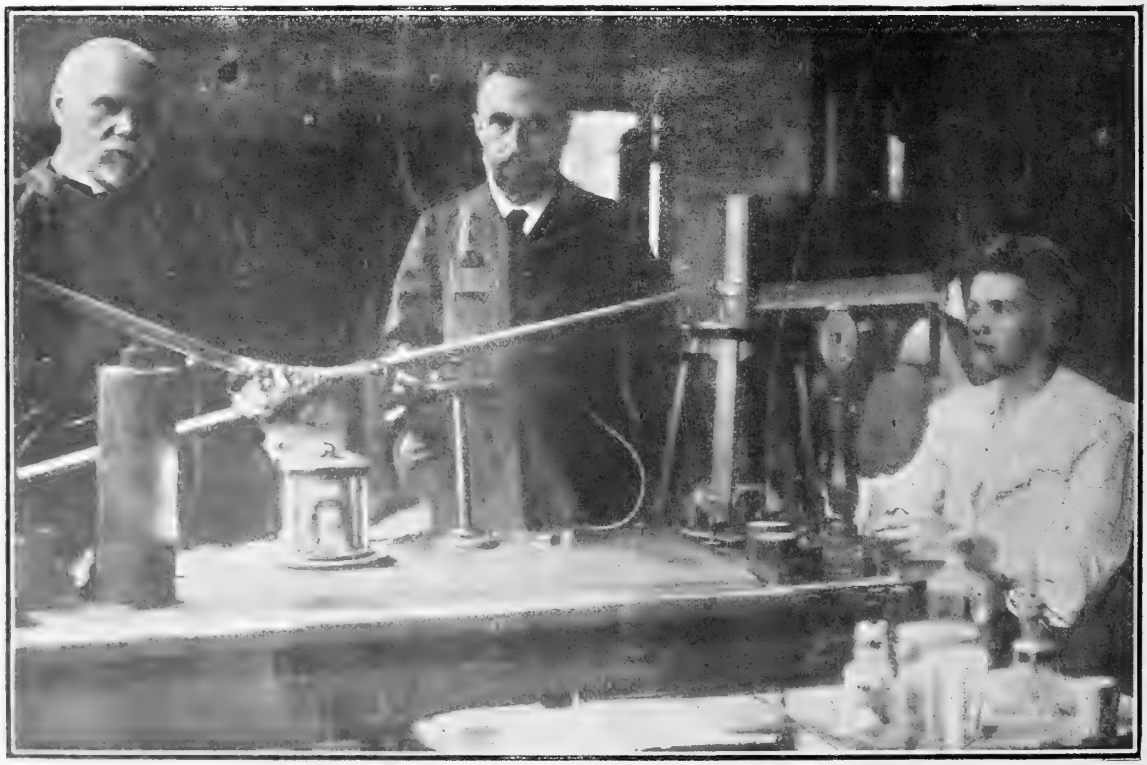
Acaso esto de echarse á las calles con la toca blanca á la cabeza es el último y desesperado esfuerzo que las pobrecillas intentan para salir de soltería: pues pocas de ellas ignorarán que de la compasión ha nacido el amor.

Tenemos el gusto de presentar á ustedes, gracias á la diligencia de Gribayedoff, el conocido fotógrafo parisiense, á la familia del joven caudillo macedonio Boris Sarafof, principal instigador ó autor del formidable cisco armado en la antigua patria de Alejandro Magno. Por más que intentemos esforzarnos en tomar un tono épico, la verdad es

que los tiempos no son de héroes. ¡Cualquier día se hubiera retratado Alejandro el Grande formando grupo con sus papás y hermanitos y con algún primo segundo ó cuñado!

EL JEFE MACEDONIO BORIS SARAFOF Y SU FAMILIA

Ahí tienen ustedes, en cambio, á un matrimonio de sabios de veras, que son los héroes del día y aun del año y quizás del siglo: esa señora que está manejando un aparato raro es Madama Curíe, y su esposo que está á su lado, puesto de frente, Monsieur Curíe: son los descubridores del *radium*. ¿Que qué es el *radium*? ¡Friolera! El *radium* es un nuevo cuerpo simple que vale exactamente *tres mil veces su peso en oro:* que produce luz y calor sin disminuir lo más mínimo su volumen ni su peso; que lanza rayos invisibles de tres clases, unos benéficos que sirven para curar el *lupus* y matar varias clases de microbios y para prolongar la vida y hasta para crear nuevas especies, según Mr. Curíe. Con la luz del radium se ve al través de los huesos del cráneo y se estudia en vivo el trabajo del cerebro: con ella se distinguen los diamantes verdaderos de los falsos... Pero... resulta que todo el radium existente en el mundo puede caber holgadamente en una cuchara de sopa. Monsieur y Madame Curíe, en su laboratorio de París poseen sólo un gramo, obtenido por ellos á fuerza



MONSIEUR Y MADAMA CURÍE, DESCUBRIDORES DEL «RADIUM» Fotografías Gribayedoff

de operaciones químicas, dificilísimas y ruinosas. En Alemania hay otro gramo y otro en América. Un kilogramo de ese cuerpo valdría diez millones de francos. Para conseguir un gramo se han de descomponer ocho toneladas de distintos minerales. ¿Quién sabe las sorpresas que nos reserva el dia de mañana?

AÑO TRECE Y NUMERO 653 MADRID DIA 13 DE DICIEMBRE DE 1903

BLANCO Y NEGRO

MALVAS REALES

TAMBIÉN las llaman *pirantones*, nombre que les cae mucho mejor que el de malvas reales, porque parece que eso de malvas debe aplicarse á una planta modesta, bajita, no al ostentoso y aristocrático tallo verde, aterciopelado, del cual emergen orgullosas flores rojas ó rosadas, de pétalos grandes y de ponderoso empaque.

Los botánicos dicen que la llamada malva real es, dicho sea en latín para mayor claridad, la *Althæa rósea*, de la familia de las malváceas, definida y clasificada por Cavanilles. Es una planta bianual, pelosa, de una altura que llega á más de dos metros, con tallos rectos, hojas rugosas, de cinco á siete lóbulos dentados, flores brevemente pedunculadas y aproximadas en espiga larga, con la corola muy grande, blanca, rosada ó purpúreoamarillenta, con pétalos muy largos y anchos.

Añaden, y debemos creerles, porque los botánicos suelen ser gente formal y de fiar, que es planta medicinal, originaria de Siria, y que posee grandes virtudes emolientes.

Pero al llegar á este punto en nuestras investigaciones, una duda atroz se apodera de nuestro ánimo y no nos permite continuar la descripción técnica, porque averiguamos, con verdadero espanto, que en algunos puntos de Andalucía la gente suele confundir lastimosamente la malva real ó *Althæa rósea* con la malva arbórea ó *Hibiscus syriacus*, perteneciente á la distinguida familia de las *Hibisceas*.

Ante tan funesta y grave confusión, permanecemos sumidos en un mar de perplejidades; porque como estas plantas que ha pintado Muñoz y Lucena son precisamente de Andalucía y nuestros botánicos no precisan, tememos haber incurrido en un grosero y lamentable error, del que no vemos cómo salir.

¿Serán malvas reales? ¿Serán *hibiscos?* La duda nos atenaza.

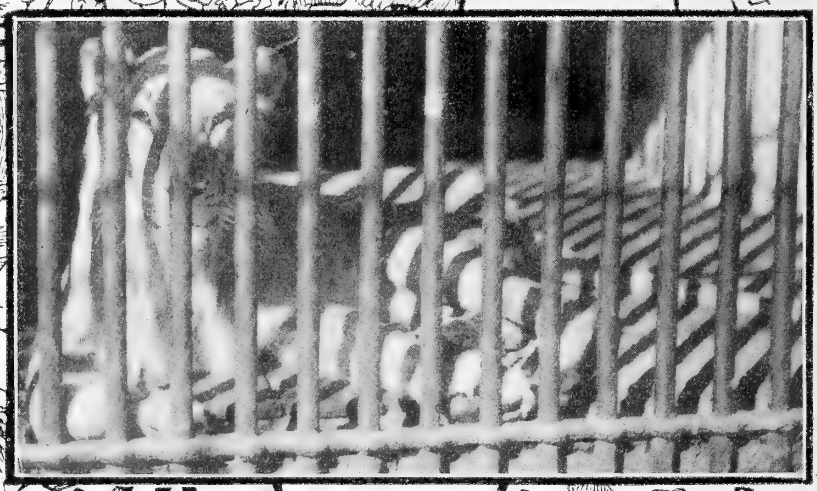
Entretanto solucionamos este difícil problema, pueden ustedes entretenerse contemplándolas y prosiguiendo nuestra investigación, en la que les deseamos feliz éxito.

DIBUJO DE MUÑOZ Y LUCENA

BICHOS RAROS DEL RETIRO.

ANTÍLOPE

MARABÚ.



LEONA.

CINOCÉFALO

PELÍCANO.

LOS MINISTROS NUEVOS

D. GUILLERMO JOSÉ DE OSMA,
MINISTRO DE HACIENDA

D. JOSÉ FERRÁNDIZ,
MINISTRO DE MARINA

Las inesperadas y sorprendentes combinaciones que toda crisis ministerial española origina, suelen sacar á la superficie muchos personajes que valen poco ó nada, pero también algunos, á veces, que habían permanecido injustamente olvidados. Como esto de las crisis va tomando tantos caracteres de juego de azar, nada puede predecirse ni respecto de la duración y solidez de los Gobiernos recién formados, ni menos con relación á la valía de los hombres que los forman, pues estamos en un país donde las circunstancias suelen esterilizar los mejores talentos y las más felices dotes.

Cuatro ministros nuevos ha escogido el nuevo presidente del Consejo D. Antonio Maura. D. Guillermo José de Osma es un parlamentario á la inglesa; hombre en quien el raciocinio impera siempre sobre la pasión, y que para formar su criterio en cualquier asunto lo estudia profundamente y lo discute consigo mismo, antes de hacerlo en las Cámaras, con toda la prolijidad debida. Ocupar el ministerio de Hacienda después de una situación política cuya orientación era principalmente financiera, no es empeño fácil, y en él puede el Sr. Osma consolidar su reputación.

El nuevo ministro de Marina D. José Ferrándiz es, según dicen, hombre de mucho carácter y de gran experiencia en asuntos marítimos. Todo ello y algo más ha de hacerle falta para realizar la ingente y abrumadora tarea de sacar á nuestra Marina del triste estado en que actualmente se encuentra.

Todo el mundo conoce al exgobernador civil de Madrid y actual ministro de la Gobernación D. José Sánchez-Guerra, y nadie dejará de desearle grandes éxitos en su nuevo cargo.

En fin, el ministro de Instrucción Pública, D. Lorenzo Domínguez Pascual, no desconocerá lo arduo é importante de su misión. Para desempeñarla tiene juventud y brío, dos cualidades que muchos envidiarían.

D. JOSÉ SÁNCHEZ-GUERRA,
MINISTRO DE LA GOBERNACIÓN

D. LORENZO DOMÍNGUEZ PASCUAL,
MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y BELLAS ARTES

SU MAJESTAD EL REY EN LISBOA

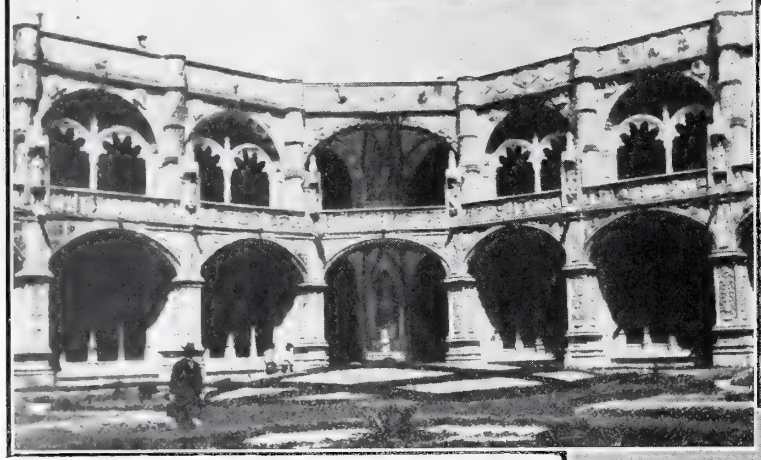
Debido y obligado tributo de estimación y aprecio al pueblo lusitano, del que no nos separan fronteras naturales ni diferencias de raza, sino meras divisiones políticas é históricas, era la visita de S. M. el Rey Don Alfonso XIII á Lisboa, siendo éste el primer viaje del Monarca español á país extranjero.

Atribúyansele ó no á esta visita carácter político y móviles interesados, creemos que su importancia es, de todas suertes, grande para promover y estrechar la cordialidad fraternal que debe existir entre las dos naciones hermanas, que tantas glorias comunes tienen y tantos sentimientos y afectos análogos.

VISTA DE LISBOA
DESDE EL CASTILLO DE SAN JORGE

A ello puede contribuir también, sin duda, la admiración que en el ánimo de nuestro joven Rey ha de causar la visita á Lisboa, que es una de las más bellas y cultas ciudades europeas.

No por cortesía circunstancial, sino por estricta justicia, debemos reconocer modestamente que Lisboa, como población, es muy superior á Madrid, por su posición topográfica, por la belleza de sus monumentos, por la limpieza y exquisita policía de sus calles y por ese aire de cosmopolitismo que toda gran ciudad marítima posee, y que en vano intentarán adquirir las que, cual Madrid, se encuentran metidas tierra adentro y, como se dice vulgarmente, no son camino para ninguna parte.



CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE LOS JERÓNIMOS
DE BELEM

Los apuntes fotográficos que incluímos en esta plana pueden servir como notas para un ligero índice de la grandiosidad y belleza de Lisboa, de su incomparable bahía, de sus palacios, parques y jardines, tan admirados y ensalzados por los grandes poetas españoles: recientemente por el maestro Campoamor; antes por el gran Espronceda, de quien se cuenta que llegando en Lisboa por mar, arrojó al agua los dos únicos duros que llevaba, porque no quería entrar con tan miserable suma en una ciudad tan grandiosa y magnífica.

PLAZA Y ESTATUA DE CAMOENS

PALACIO REAL DE AJUDA

Fots. Salaya

CUATRO COPLAS

RECUERDOS DE UNA NOCHE TRÁGICA

I

El bueno de Julito no se cambiaba en Sevilla por nadie. ¡Qué manera de caer en la ciudad del Betis!

Los sevillanos suelen recibir bien á todo el mundo, pero con Julito fueron verdaderamente extremosos: echaron la casa por la ventana, le trataron á cuerpo de rey, quisieron que de todo viera y de todo probara y disfrutara.

Y, en efecto, así fué: Julito vió, probó y disfrutó de todo. Estaba encantado de los sevillanos y de Sevilla.

Pero ¡ay! faltaba la bomba final, el *número del programa* de que desgraciadamente no se escapa allí ningún forastero: era indispensable que antes de que Julito volviese á Madrid (donde había nacido y donde vivía) le oyera cantar una noche *cuotro coplas* (*cuatro coplas*, fíjese el lector), á *Paquiyo er de Camas*, sin oir al cual no debía morirse, en opinión de sus admiradores, ninguna persona de buen gusto.

Se organizó una cenita *seria*, demasiado *seria*, y la noche señalada para el *sacrificio*, que dicho se está que fué memorable, nos reunimos hasta veinte personas de distintas clases y categorías (eso sí, hombres todos, porque la cenita era *seria*) en un cuarto con mucho *carácter* y poca luz, verdaderamente *típico*, de uno de los *colmados* de más campanillas.

El alma de la fiesta, Juan Organizador, como si dijéramos (siempre hay uno que lo organiza todo en tales ocasiones), sabía bien dónde le apretaba el zapato, como ya se verá, si Dios quiere.

Empezamos á cenar demasiado tarde, circunstancia harto de sentir, porque *se nos pasó* el apetito á fuerza de comer aceitunas, salchichón, embuchado, queso, sardinas, anchoas, mantequilla y otras futesas más ó menos *típicas*.

Juan Organizador, á propósito de la tardanza, creyó oportuno picarse con el dueño del establecimiento, en donde entraba él lo mismo que Pedro por su casa. Y se picó, y dijo que no volvería por allí, y añadió que aquellos entremeses eran una basura. Y puesto en semejante disparadero, devolvió en seguida el pan de Viena, porque no era francés. Si lo hubieran servido francés, lo pide de Viena. Los organizadores con negra honrilla son peligrosísimos.

Además, á uno de los amigotes reunidos le estaba saliendo *á la sazón* la muela del juicio, y le dolía á rabiar; y como la cenita era á escote (que en esto, en rigor, estribaba toda su *seriedad*), y el hombre había de pagar lo mismo aun cuando no gimiera ni chillara, la emprendió libremente con el almanaque, y santo va, santo viene, no quedó uno sin su lindo piropo; lo que disgustó á varios camaradas porque cada cual tiene sus creencias, y vaya usted á saber si estaría molestando al propio Julito.

La cosa *se torcía* por momentos. Y malo es que una cosa se tuerza al principio; que luego cuesta Dios y ayuda enderezarla, y pocas veces se consigue. La sopa llegó tarde y con sal; el pescado, apestando; la carne cruda, y el pollo final, ese pollo que es la puntilla de estas comilonas, francamente incomible. El camarero que nos servía dió con el plato en las manos una airosa vuelta á la mesa, á modo de ventilador, sin que ningún valiente lo detuviera.

Juan Organizador crió bilis para una semana. El festejado sufría en silencio.

II

Cuando llegó *Paquiyo er de Camas*, acompañado de *Manolo Costuras*, guitarrista famoso, aquello parecía un funeral. Sin embargo, la presencia del elemento artístico, motivo principal de *la fiesta*, animó repentinamente á todos.

—¡Ole! ¡ole!

—¡Ya está aquí lo bueno!

—¡Vas á oir el órgano de la Catedral!

—*Paquiyo*, una copa.

¡No en sus días! A *Paquiyo* se le estropeaba con la bebida el nido de canarios que tenía en la garganta, y no era cosa de darle el vino en friegas.

Sentáronse tocador y cantador en el mismísimo borde de sendas sillas, como si hubieran apostado á caerse, y el de la guitarra empezó á templar. Por cierto que, ocupadas las dos manos en tan delicadísima y larga faena, no se podía mover de la boca un grueso puro que fumaba, y llegamos todos á dudar si aquello era puro, en efecto, ó era mango del tocador.

Y venga vino mientras tanto, que después de comer es cosa que sienta á maravilla.

A la media hora larga de temple (porque saltó un bordón y hubo que ir por otro) principió el ilustre *Paquiyo* á hacer filigranas.

—¡Ay, ay, ay, ay, ay...!

—¡Ole!—gritó Juan Organizador, interesado en que aquello no acabara absolutamente en derrota.

Y cantó *Paquiyo* como él solito sabía hacerlo:

Que venga el arba de veras,
á ver si viniendo el arba
tienen alivio mis penas...

Un ¡ole! general de entusiasmo y de simpatía acogió la copla, cuyo final modificó al rematarla el mozo de esta suerte:

... a ver si viniendo el arba
se alivia mi compañera.

Y todos aplaudimos contentos: por fin, comenzábamos á divertirnos. Aquella manera de cantar, bien valía los sufrimientos anteriores. Julito era otro.

Abierta la brecha, continuó *Paquiyo*, diestramente acompañado por el del mango:

Una nochesita e luna
he visto ar sepurturero
cavando mi sepurtura.

Descartada la oportunidad de la copla, á todos nos pareció muy bien. ¡Ole! ¡ole!

A esta serrana la quiero;
que se yeva de su gusto
no se yeva der dinero.

¡Ole y más ole! Vino, alegría, buen humor, satisfacción en todas las caras. La fiesta, indudablemente, marchaba ya. Eran las doce y media... y sereno.

Y una copla tras otra, sin tregua ni descanso, se llevó *Paquiyo* cantando cerca de una hora, hasta que le pedimos que descansara... para descansar nosotros también.

El guitarrista se despegó entonces de los labios aquello que llevaba, y todos pudimos ver que era puro y no mango, como maliciosamente se había supuesto.

III

—Bueno, y ahora ¿quién canta?—preguntó un indiscreto.—Porque no ha de hacer el gasto *Paquiyo* sólo.

—¡Que cante Pepe!

—¡Eso es, sí, que cante Pepe!

—¿Queréis callarse?—saltó Pepe, que estaba rabiando por cantar.—Después del órgano de la Catedral, ¿váis á resistir mi matraca?

—Sí, hombre; unos tanguillos. La cuestión es pasar la noche.

Y cantó Pepe—¡cómo no!

Y después de Pepe, cantó uno llamado Martínez, el cual necesitaba, según él, *mucha bebía* para soltarse.

Y después de Martínez, tornó á cantar *Paquiyo*.

Y después, Pepe segunda vez.

Y después, Martínez.

Y ya no se gritaba ¡ole! más que para sacudir el sueño. A Julito le dolía la espina dorsal, y le pesaban los ojos, y le pesaba la cabeza, y le pesaba haber nacido.

Se hizo un silencio lúgubre. Si alguien lo sabe aprovechar y dice: «vámonos», nos vamos á la calle inmediatamente. Pero nadie osó tal. Allí, por lo visto, debíamos morir todos. Las caras estaban lívidas del vino y de la mala noche.

De pronto, un señor *castizo* que se había colado á la mitad, de estos que gozan fama de haber sido ruiseñores en su juventud, se decidió á cantar á instancias de un su admirador soñoliento.

—Ande usté, don José; cuatro coplas.

—Yo estoy ya retirao der toreo. He queao pa las noviyaiyas, y esta es una corría formá.

—Aunque no sean más que cuatro coplas. Julito, entérese usté de esto.

Y se arrancó el señor, previa una frase que él estimaba chiste:

—Vamos á vé si me *rejuvenusco*.

No se rejuveneció, pero nos la dió buena. Tenía menos voz que una puerta que chilla, y todo lo que le faltaba de voz le sobraba de presunción y de cuerda. Empezó y no sabía dejarlo.

—¡La cara! ¡la cara! Hay que verle la cara—decía á cada paso su admirador, que estaba hecho una uva.

Y cuando había soltado sobre setenta y siete coplas nuestro héroe, y el que más y el que menos pensaba ya en un cura para bien morir, oímos al propio admirador que nos advertía, deseoso de significar que aún sabía hacer más primores aquel asesino:

—¡Toavía *no ha empesao* á cantá! ¡Es mucho tío éste!

Lo miramos con odio, que él no advirtió por de contado, y á las doscientas nueve coplas, seguidilla más ó menos, exclamó con una seriedad inverosímil:

—Ahora, ahora *empiesa* á cantá. ¡Qué tío!

Julito yacía en un rincón; otro infeliz echaba el alma detrás de una puerta; el de más allá le pedía á Dios un rayo que matara á aquel hombre.

Tibio resplandor, penetrando por los cristales de las ventanas, nos hizo ver que ya amanecía.

Cogimos entre seis al semi-cadáver de Julito para conducirlo á su casa. Al salir llovía á cántaros y no teníamos paraguas ni había un solo coche en cuatro leguas á la redonda. Era inevitable aguar el vino.

Mientras viva Julito, se acordará de las *cuatro coplas*.

S. y J. ÁLVAREZ QUINTERO

DIBUJOS DE ALBERTI

DOS DESDICHAS

I

LA DENTADURA DEL POBRE

Ventura Urquiza y Abad,
á la edad que hoy tengo yo,
muelas y dientes perdió
casi en su totalidad;
y era cosa demostrada
que el pobre Ventura Urquiza,
sin dentadura postiza
no podía comer nada.
Así es que con insistentes
sablazos y echando guantes,
llegó á reunir las bastantes
pesetas para unos dientes.
Ya tiene su dentadura;
mas, la verdad, me he reído
de esto que me han referido
que le sucede á Ventura:
Como tuvo que gastar
su dinero en ella ayer,
hoy no tiene qué comer,
¡y no la puede estrenar!

II

DELIRIO DE GRANDEZAS

Fué á ver doña Paz Belloso
al gran doctor alienista
don Pedro Bande y Bautista,
y así le habló de su esposo:
—Hace continuas simplezas,
porque está loco.—¿Es posible?
—Sí, señor; tiene la horrible
manía de las grandezas.
—¿Sueña con joyas y trenes?
¿Aspira á tener palacios?
¿No halla bastantes espacios
para que quepan sus bienes?
—No tal.—Pues ¡voto á Luzbel!
¿cómo ve usté, amiga mía,
que ha empezado la manía
de las grandezas en él?
—Lo deduzco, amigo Bande,
de que ayer salió ligero,
se fué á comprar un sombrero,
¡y se lo compró muy grande!

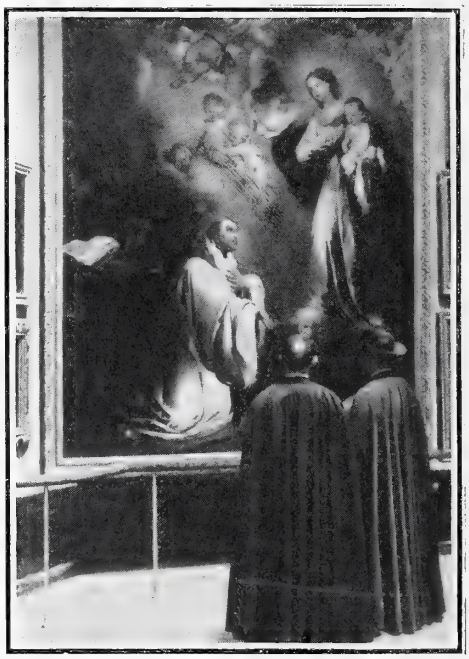
Juan PÉREZ ZÚÑIGA

EN 1808. UNA DELACIÓN,
POR DOMINGO MUÑOZ

ANTE EL SAN BARTOLOMÉ.—¡QUÉ LÁSTIMA!

NIÑOS Y MILITARES.—E

EL «SANCTA SANCTORUM».—LAS MENINAS



EL CLERO ADMIRANDO Á MURILLO

VELÁZQUEZ Á LA

ANTE LA SAGRADA FAMILIA «DEL PAJARITO»

Los domingos en e

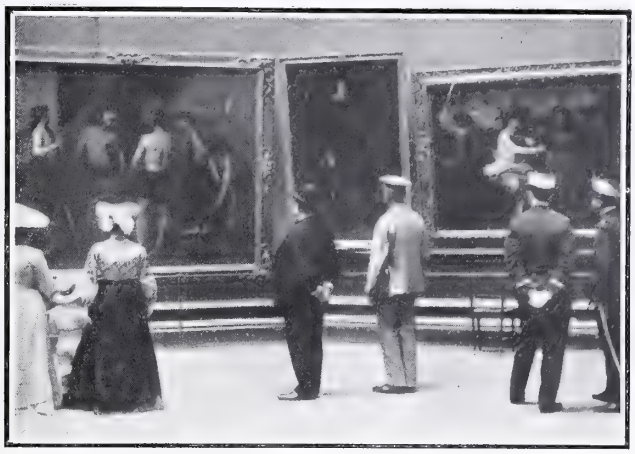
Todos los días laborables son buenos para una vuelta p crítico y el aficionado pueden darse un hartazgo de quien no tenga interés en renovar sus sensaciones estéti mejor rato yendo los domingos.

Los demás días, el espectáculo está en los cuadros; lo observador goza mucho más mirando las caras de los con

Aun cuando ahora se entra gratis en el Museo todos los los más de los entusiastas, candorosos é inocentes, son pe dora y artesana, estudiantes, señoras pensionistas, soldad

Cada obra maestra tiene sus aficionados, y basta reco conocer las predilecciones del público. Así, Murillo reclam de los niños; Rafael, la de las señoras y señoritas amigas estudiantil, alocada y pecaminosa; Velázquez, el dios de rigos y seglares, militares y paisanos, españoles y extran Velázquez como al señor de la casa.

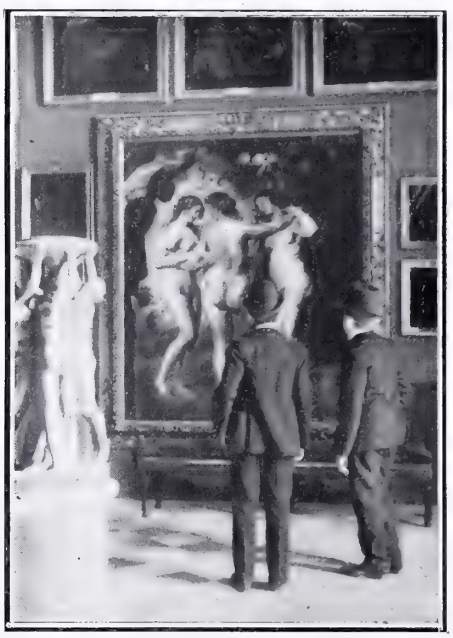
EL CUADRO DE LAS LANZAS



LAS FRAGUAS Y LOS BORRACHOS, DE VELÁZQUEZ

A PUERTA DE SU CASA

EL PASMO DE SICILIA.—¡ES PASMOSO!

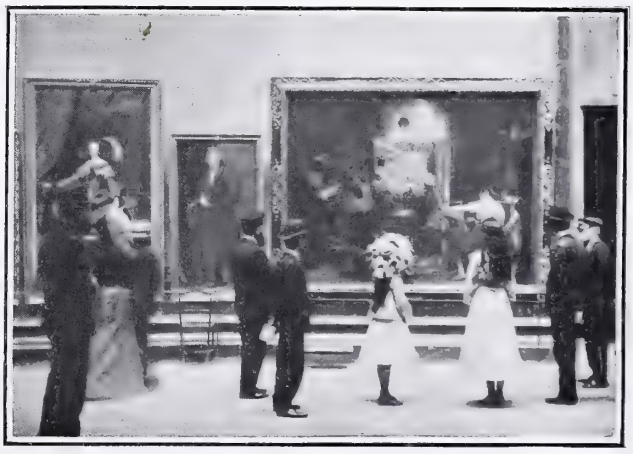


LAS TRES GRACIAS, DE RUBENS.—¡SI PARPADEARAN!

el Museo del Prado

por el santuario del arte pictórico; en esos días, el pintor, el
e alimento espiritual de lo más refinado y exquisito; pero
icas, ó quien se sepa el Museo de memoria, pasará mucho

os domingos, el espectáculo está en los espectadores, y el
ncurrentes que las obras artísticas.
s días, siguen siendo los domingos los días de moda, porque
ersonas que disfrutan del descanso dominical: gente trabaja-
los sin graduación y chicos pequeños.
orrer las salas con el aparato fotográfico al brazo para re-
una especialmente la atención de los señores eclesiásticos y
s de la dulcedumbre romántica; Rubens, la de la juventud
aquel templo, es el que reune mayor número de fieles: clé-
ijeros. El 50 por 100 de los visitantes del Museo van á ver á



LAS HILANDERAS Y SUS ADMIRADORES

FOTOGRAFÍAS G. FREUDENTHAL

TIERRA MOJADA,
POR N. RAURICH

PARIA

SIEMPRE que la gente se junta para divertirse ó entristecerse—declaró Piedad Valtierra á su grande amiga Lidia La Illana—me entran ganas á mí de hacer todo lo contrario.

—Es que tú eres así: ¡muy excéntrica!—contestó Lidia, que tiene por costumbre vivir perpetuamente escandalizada, (con un escandalizamiento manso, remilgado, de gata pulcra), de cuanto ve y oye.—¡Mira que eres excéntrica tú! Ni una miss solterona.

—Ahí verás...—murmuró Piedad, encantada de que la calificasen de excéntrica.—No lo puedo remediar; es de esas cosas que se llevan en la masa de la sangre ¿entiendes, hija mía? A ti se te ocurre que la humanidad está cortada por un patrón, á máquina. Y á mí no se me antoja; me subleva que me recorten á la medida de los demás. ¡Vaya!

—Pero si nadie te recorta ni deja de recortarte, mujer... Si es que no tienes paz ni con los guardacantones. Vamos, que en un entierro, bailarías el *cake walk*.

—A los entierros... es que no voy, pero hija, en los duelos... ¿Hay farsa más estúpida que un duelo? Sube la gente, vestida de negro sin gana, á una sala á media luz, poniendo cara de tristeza que no siente. Baja la voz, ¡chu, chu, chu! como si el muerto fuese á despertarse porque uno hable naturalmente... ¡Y por eso será...! ¡Las viudas recelarán que al ruido el difunto levanta la cabeza!

—¡Disparatadora!—exclamó Lidia risueña, con púdico mohín.

—Anda, que el otro día, en el duelo de Artías del Valle... para ponerme en situación... para no entrar abriendo las ventanas y gritando—venga té, venga claret, vengan emparedados, y á divertirnos,—¡necesité violentarme! Figurate: allí Pepín Barquera, muy compungido, á dos pasos de la viudita... Debí chillarle: «Consuélala, cena á obscuras, que costumbre tienes...»

—¡Qué atrocidad! ¡Jesús!

—¡Sí que es atrocidad consolar á Genara Artías! ¡Se ha puesto muy espárrago, muy lamida, más escuchimizada!—repuso Piedad afectando no entender el sentido de la exclamación.

—Pues la última vez que la ví emperejilada, en casa de Almanza, bien guapa me pareció... ¿Te acuerdas? Tú estuviste también aquella noche. Yo me retiré tempranísimo. Por cierto que me contaron...

—¡Bah! Ya, ya adivino lo que te contarían.

—¡Sí fué una cosa que dió que hablar un mes... ¡un mes! ¡aquí que nada dura!

—¿Crees tú quien produjo tanto efecto?

—¡Vaya! Y es un fastidio. Cuando se ponen á hablar, nunca se sale ganando. Si se pudiese vivir...

—¿En el yermo? ¿en la Trapa?

—¡Quiá! ¡al contrario! Muy, muy en sociedad; es donde mejor se esconde uno... y envueltito, cubierto por la corrección y la insignificancia aparente más absolutas... haciendo lo que todos, lo que cualquiera, lo natural, lo sencillo... Piedad mía, ¿no conoces que esto es hasta de buen gusto? Lo *otro* á mí me suena á noticierismo para los periódicos. ¡Puah!

Piedad reflexionó un segundo, aunque no fuese la reflexión su actitud predilecta; y serios de pronto sus ojos negros pestañudos, seria su boca nerviosa, herida roja abierta por el dedo de la alegría, respondió pausadamente:

—Lo que hice aquella noche en casa de Almanza... fué un pronto; pero antojo tenía de hacerlo desde que voy á reuniones. Se me había clavado aquí, aquí; no pienses que yo salto á la ligera; no soy tan estrafalaria... es decir, no soy estrafalaria por ser estrafalaria solamente. *Algo* me impulsa; y quién sabe si ese *algo* no es *algo* muy bueno. Sólo que no me entienden; á ratos, ni me entiendo yo misma. ¿Me entenderás tú? Ya que ha salido á colación lo de Almanza, te lo referiré con pelos y señales, y serás juez de mi conducta. ¡Atención!

Entramos en un sarao... y la mayor parte ó casi todos, sólo se preocupan de los demás: si Fulana está así, Mengana de la otra manera. Yo no: tengo la manía de fijarme en pequeñeces, en lo que nadie repara. Tal observación me entretiene cien veces más que los trajes y los amoríos, y los piques y las intrigas. ¿Por qué han cambiado de sitio tal mueble? ¿A qué razón obedecen las idas y venidas y las ojeadas confidenciales de los dueños de la casa? ¿Por qué un criado cuchichea con otro en un rin-

con, apuradísimo? A veces me ne escurrido hacia las cocinas, como aturdidamente; y te aseguro que hay pocas cosas más entretenidas y más instructivas: es el reverso del tapiz... ¡Se sacan consecuencias!

—Pues no veo... interrumpió Lidia.

—Espera, espérate... De este sistema mío forma parte el tomarme interés por las personas de quienes nadie hace caso cuando se arma fiesta. Las institutrices y damas de compañía varadas en un rincón; las parientes pobres, insignificantes, embutidas en un traje remendado dos mil veces; las feas incurables, á quienes nadie concede ni una vuelta del brazo ni un minuto de palique; y sobre todo ¡los músicos!—¿Te has fijado tú en los músicos?—Yo siempre. Cuando veo al pianista clavado en su asiento, tan formal, humilde, con su frac ala de mosca, pendiente de que cualquier tonto le ordene «¡vals! ¡rigodón!» me entra, ¡qué sé yo cómo llamar á lo que me entra! Una rabia, una furia... Quisiera coger á un gomoso, sentarle en el taburete, y chillarle: «Tú á aporrear el piano, y este caballero á cenar con nosotras; es facil que sea mucho menos bolonio que tú...»

—¡Alocada! murmuró Lidia.

—Pues ya te vas enterando: en casa de Almanza, lo que pasó fué que ejecuté lo ideado tantas veces. El pianista estaba oculto por el respaldo del piano y unos cacharros llenos de flores; cuando me colé hasta donde podía verle, me intrigó más que ninguno...

—¿Guapo? ¿Tipo romántico?

—No seas maliciosa. Feíllo, amarillento, verrugoso, tísico pasado,—pero con una cara de sentir y comprender su posición; con una dignidad triste y resignada en la actitud... que, vamos, el corazón

me dió una vuelta. Ahí está ese desventurado—pensé—convertido en máquina de meter ruido para que los demás se diviertan; olvidado de todos, y sin que le sea lícito á su juventud dirigir una mirada á las muchachas bonitas que le cruzan delante bailando... ¡Qué injusticias en el mundo!—Y cátate que mientras rumiaba yo esto, se arrima Genara Artías, la muy insolente, y me dice con chunguita:—«Veo que el maestro ha hecho una conquista hoy...» Mira, hija, se me encrespó el genio, se me erizó el alma... y contesté lo siguiente: «Por cierto; me agrada más que Pepín Barquero; tengo mejor gusto que otras. —Y acercándome al *maestro* (¡pobrecillo! á cualquier cosa llaman las patronas chocolate), le presenté el brazo, así, muy redondeadamente, y le dije (¡con qué dulzura y qué mimo! ¡Si soy yo un copito de armiño cuando se me antoja!)—«Maestro, quisiera que me hiciese usted el favor de llevarme al *bufett*...» Habrías de ver, *ma belle*, aquel semblante. Una expresión semejante, sólo en los santos estáticos. Y al mismo tiempo, vergüenza, sí, vergüenza. Me le tuve que llevar medio arrastra. Se armó un alboroto. Se agolpaban, nos rodeaban; bromas impertinentes, cosas que revelan la poca caridad y la pequeñez... La Almanza, á quien lo quiso oir, chilló que yo le había estropeado su baile. Gran baile sensacional, un baile de pianista y con una miseria de cena. No les hice maldito caso; me senté al lado del maestro, en el comedor; le serví té, dulces, vino; le cuidé mucho; le pregunté su vida y milagros; le auguré que el año que viene será un Rubinstein hecho y derecho, y dará un concierto en Madrid, al cual asistiré yo muy hueca; en fin, que en su vida habrá olvidado esa noche... ¡En su vida! No es gran cosa, porque, Lidia, al otoño siguiente cerró el ojo...

—¿Cómo lo sabes?

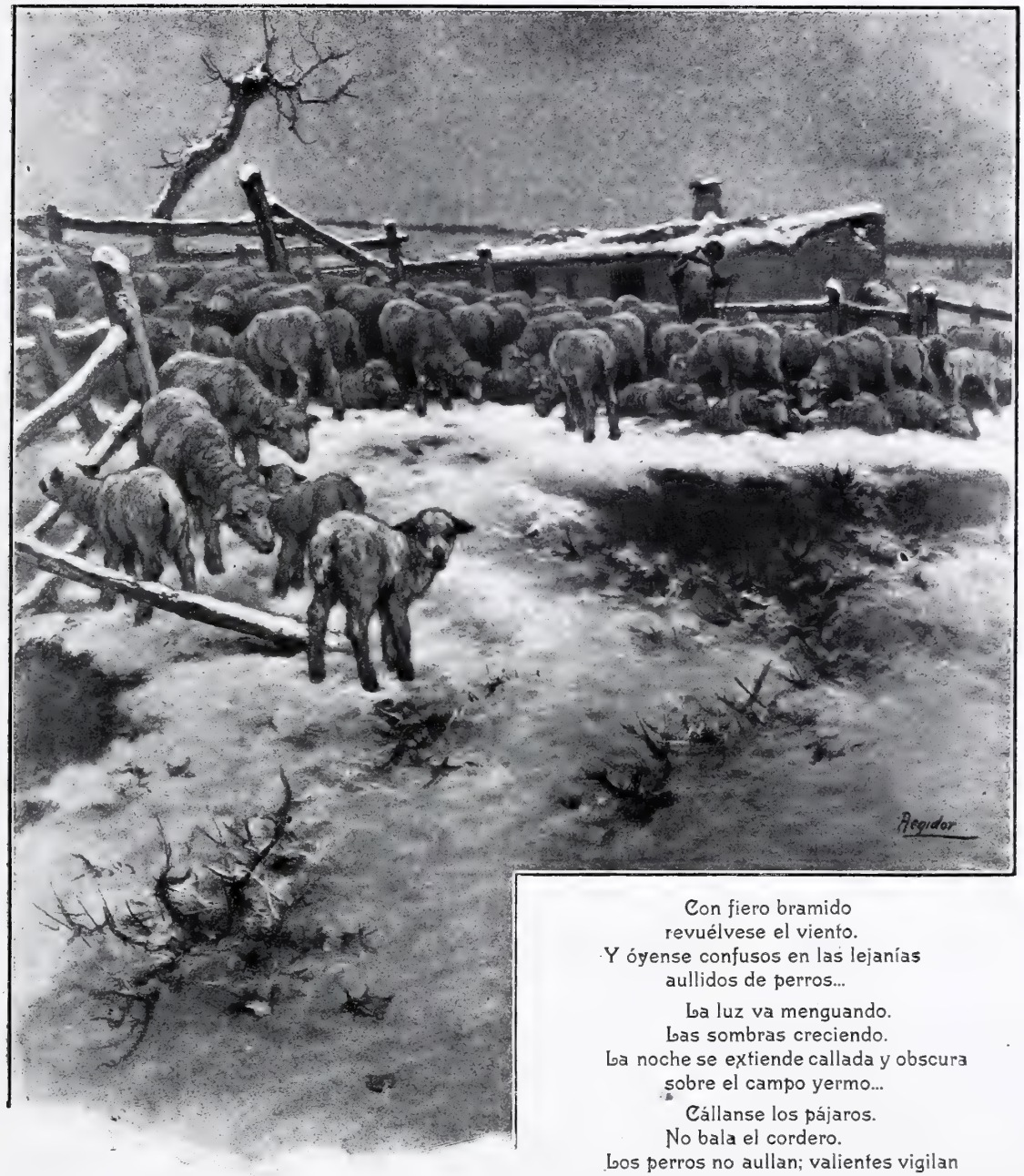
—Porque su madre me lo escribió... Se conoce que el maestro la hablaba siempre de mí y la dejó encargada una despedida...

Lidia se llevó á los ojos el pañuelo de batista orlado de *valenciennes*.

—¡Qué cosas inventas, mujer! balbuceó, abrazando á Piedad.

EMILIA PARDO BAZÁN

Dibujo de Méndez Bringa



FRÍO

¡Qué solo está el campo!
¡Qué gris está el cielo!
¡Y qué silencioso por entre guijarros
corre el arroyuelo!...

Arrecia la helada.
¡Qué crudo el invierno!
¡Qué tristes agitan sus ramas desnudas
los álamos negros!...

Los pájaros trinan
con débil gorjeo.
Allá en los rediles llenos de rebaños
balan los corderos...

Con fiero bramido
revuélvese el viento.
Y óyense confusos en las lejanías
aullidos de perros...

La luz va menguando.
Las sombras creciendo.
La noche se extiende callada y obscura
sobre el campo yermo...

Cállanse los pájaros.
No bala el cordero.
Los perros no aullan; valientes vigilan
tumbados y quietos...

En las sombras densas
dormido está el viento.
Y entre los guijarros dormido parece
el mudo arroyuelo...

Los copos de nieve
bajando del cielo
tapizan de blanco la tierra, las rocas,
los álamos negros...

Y doliente llega,
quebrando el silencio,
el eco lejano de roncas campanas
que tocan á muerto...

Alberto VALERO MARTÍN

DIBUJO DE REGIDOR

¡IDEALISMO PURO!

POR CILLA

1.—Aniceto era un soñador...

2.—Que cruzaba por la vida...

3.—Sin hallar el ideal...

4.—Desdeñando á la inexperta doncella

5.—A la joven aristocrática...

6.—A la inspirada poetisa...

7.—Cada vez era mayor su abatimiento...

8.—Hasta que halló á Doña Manuela...

9.—Y se realizaron todos sus ensueños

ACTUALIDADES

La Orden agustiniana, que marcha á la cabeza de todas las órdenes religiosas por su asiduidad y brillantez en el trabajo intelectual, acaba de perder á uno de sus individuos más simpáticos y dignos de universal aprecio: el P. Francisco Blanco García, tan conocido por sus numerosos trabajos de crítica, de erudición y de historia literaria, y en particular por su muy manoseado y aprovechado y pocas veces citado libro *La literatura española en el siglo XIX*, utilísimo resumen bio-bibliográfico y á trozos crítico, lleno de datos generalmente provechosos y exactos.

EL P. FRANCISCO BLANCO GARCÍA

A nuestros amables vecinos los franceses sigue entusiasmándoles *l'entente cordiale*, ó sea la cordialidad de relaciones á que han llegado con los ingleses, demostrada, al parecer, en los viajes últimos de Eduardo VII á Francia y de Loubet á Inglaterra. Para afianzar dicha cordialidad, en estos últimos dias ha viajado por Francia una alegre caravana de señores ingleses parlamentarios, con sus parlamentarias y sus parlamentaritos correspondientes. Su viaje por Francia, si hemos de creer á los periódicos, ha

LOS PARLAMENTARIOS INGLESES DESPUÉS DE UN BANQUETE EN PARÍS Fot. Gribayedoff

EL GENERAL HUERTAS, DE PANAMÁ
Fot. Gribayedoff

sido una brillante serie de banquetes, *toasts*, expansiones fraternales é internacionales cuchipandas. No hay nada que haga fraternizar tanto como el banqueteo, y ahí pueden ustedes ver cuán grande es la satisfacción de los señores pares é impares británicos al verse en la tierra amiga, después de comer.

Vean ustedes también la cara y figura del general Huertas, *organizador* del movimiento revolucionario de Panamá. Es un indio de veinticinco años, que ha desempeñado ya funciones de dictador... dictado por míster Pierpont Morgan y demás compinches interesados en el Canal.

Como si quisiera enviar al otro lado del Atlántico una prueba magna del esfuerzo y cantidad de energía de que aún somos capaces los viejos pueblos europeos, el genial escultor francés Rodin, el heredero directo de Miguel Angel, remite á la Exposición universal de San Luis (Estados Unidos) su colosal figura *El pensador*, que ya ha causado la admiración de los parisienses en el taller del gran maestro.

El pensador de Rodin no es el melancólico príncipe de la casa de Médicis que Miguel Angel tituló *El pensieroso;* no es, como éste, un aristócrata helenista, hastiado y harto de placeres intelectuales y de exquisitas sensaciones. *El pensador* de Rodin es el gigantesco símbolo del pensamiento moderno, del pensamiento desnudo y poderoso que lucha con todos los músculos estirados y se encoge y se recoge para centuplicar

RODIN Y SU ESTATUA «LE PENSEUR», DESTINADA A LA EXPOSICIÓN DE SAN LUIS **Fot. Gribayedoff**

el esfuerzo. En esta admirable estatua no piensa solamente la cabeza, sino que la labor cerebral distiende toda la musculatura; todo el gigante piensa, desde la punta del pelo hasta los artejos de los pies; y la fuerza del pensamiento en él es tal, que aterra é impone: como que la figura parece pronta á lanzarse con salto pavoroso á lo desconocido.

A grandes prodigios nos tiene acostumbrados Rodin: pero esta última obra suya nos parece de una importancia tan grande que, lo repetimos, con enviar sólo eso Europa á América, puede América persuadirse de que aún le quedan á Europa muchas cumbres á las que no llegan los tiros de las escuadras más poderosas, ni las torres de oro de los más opulentos multimillonarios.

DON RUPERTO

HACE pocas semanas oí á Claudio Beltrán cantar *La Tempestad* como la cantó la noche del estreno exactamente, y confieso que teniendo como tenía á Berges por un anciano, me pareció increíble tal frescura en el timbre de su voz, tal extensión y tal *pecho*, como dicen sus paisanos.

Ahora *lo comprendo todo:* Berges no tiene más que cuarenta y ocho otoños... de los cuales lleva veintitrés dedicados á la ópera española y á la zarzuela grande. Así es que con todo y no ser anciano, sino joven, ya es añejo en el arte para bien del arte, y no rectifico: ¡parece increíble que al cabo de tantos años conserve la voz portentosa que tiene!

Berges es de los pocos—puede que el único artista—para quien no existen las indisposiciones. Su salud, como su voz, es admirable.

Nació en Zaragoza el 2 de Septiembre de 1854, y allí estudió las primeras letras; luego, parte del bachillerato en Palencia, concluyéndolo en Madrid. En la Universidad Central hizo los estudios preparatorios; ingresó en la Escuela Especial de Arquitectura el año 1875; estudió un año y... luego se dedicó al teatro resueltamente.

Todos los maestros que tuvo fueron... un pianista, que era también apuntador del teatro de la Zarzuela. Berges tenía conocimientos musicales, mucha afición al canto, muy bonita voz, y llegó pronto á donde otros no logran en muchos años de aprendizaje con maestros y con facilidades.

Porque los primeros enemigos de que se dedicase al teatro eran sus padres.

El 15 de Octubre de 1876, después de algunos ensayos felices en funciones de aficionados, hizo su presentación en el teatro de Cárdenas (Cuba) con la zarzuela *Jugar con fuego*. El éxito fué sorprendente. Al siguiente mes se presentó en el teatro Albisu, de la Habana, donde el público sancionó los triunfos anteriores, y en Febrero de 1877 regresó á España, se reconcilió con su familia y recorrió los teatros de la Península, haciendo con entusiasmo del público las más difíciles obras del repertorio.

En Madrid se presentó por primera vez en el teatro de Apolo en la temporada de 1880 á 1881 con la grandiosa zarzuela del inolvidable Arrieta *El dominó azul*, y Berges fué el primer tenor español que cantó la ópera *Marina* entonces, once años después de estrenada en el teatro Real por el gran Tamberlick en la noche de su beneficio. ¡Nadie se había atrevido con la difícil cuanto bellísima partitura!

De cómo la cantó es buena prueba el hecho de inaugurar la temporada siguiente en el teatro de la Zarzuela (1882) con la inmortal obra, en la cual interpretó Berges durante cuarenta y ocho noches consecutivas el papel de Jorge.

El maestro Arrieta estaba entusiasmado con Berges y le llamaba «mi querido Jorge y amigo».

¿Habrá algún Jorge que pueda ostentar ejecutoria tan honrosa?

Berges dirige hoy el trabajo artístico en el teatro Lírico.

ROBERTO DE PALACIO

ALREDEDORES DE ZARAUZ,
POR A. ANDRADE

AÑO TRECE Y NUMERO 659 MADRID DIA 19 DE DICIEMBRE DE 1903

BLANCO Y NEGRO

PREGONES DE SEVILLA

GRACIAS al fino espíritu de observación de los hermanos Alvarez Quintero, conocemos y saboreamos este rasgo típico y originalísimo de la vida sevillana: la importancia que en ella tienen los pregones y el carácter endemoniadamente ininteligible y enrevesado de la mayor parte de ellos.

En *El patio* y en *La azotea,* el pregón inarticulado é intraducible tiene la misma fuerza escénica de un personaje que entra á formar parte de la situación; es un elemento cómico de importancia.

Cada ciudad tiene sus ruidos. El inolvidable maestro Blasco había copiado y reproducido cien veces en sus artículos de costumbres los ruidos de las calles de Madrid; pero según dicen, con razón, los Quintero, no hay comparación entre los ruidos rápidos y nerviosos, que apenas si se perciben en medio del estruendo y ajetreo de esta corte bullanguera, y aquellos pregones prolongados, melancólicos, con dejos de voces muecinescas, que rasgan el silencio y rompen la modorra de la siesta sevillana.

De estos pregones, hay dos muy característicos y señalados: el que lanza la mujer de las *¡aceitunas aliñáaas!* y el que profiere el tío de los *¡caracoooles!*

Pensándolo bien, si al hecho de vender aceitunas negras y al de expender caracoles no se les rodea de cierto solemne é imponente misterio, no tendría importancia alguna ni satisfaría á imaginaciones tan ardientes y exaltadas como las que habitan en los cerebros de los sevillanos. Las mismas aceitunas y los propios caracoles son alimentos, digámoslo así, imaginativos, mucho más que las leguminosas, digan lo que quieran los fisiólogos modernos, para quienes lo más refinado y exquisito de la poesía lírica ó del psicologismo novelesco no es sino una transformación de la fécula de habichuelas ó de lenteja.

¿Quién es capaz de saber en qué se convierten unas aceitunas ó unos caracoles una vez que los elementos químicos que los integran *pasan* al negociado correspondiente, ó sea á la *oportuna* circunvolución cerebral? Lo único averiguado é indudable es que rociándolos con los líquidos correspondientes, suelen convertirse en cuentos, chistes, chascarrillos... Total, en alegría.

¡ACEITUNAS ALIÑÁAAS!

¡CARACOOOLES!

DIBUJOS DE GARCIA Y RAMOS

EL AMOR DEL CAMPO

MIRAD EN LAS TARDES
QUE EL SOL SE DESPIDE
CON RAYOS DE GRANA,
VERÉIS CÓMO EL AIRE
SE LLENA DICHOSO
DE EFLUVIOS DE UN ALMA,
VERÉIS QUE LAS FLORES
EN AQUEL AMBIENTE
SUS PÉTALOS BAÑAN,
VERÉIS QUE LAS NUBES
SE CRUZAN, SE BESAN,
Y PAUSADAS DANZAN,
Y VERÉIS LA BRISA
QUE ACARICIA AL MONTE
MIMOSA Y CALLADA,
Y EL DÍA Á LA NOCHE
Y EL CIELO Á LA TIERRA
Y EL MAR Á LA PLAYA.
AHORA EL CAMPO SIENTE
PLACERES Y DICHAS
QUE EL HOMBRE NO ALCANZA;
AHORA EL CAMPO VISTE
SUS GALAS MEJORES,
¡AHORA EL CAMPO AMA!
ALMA FEMENINA
QUE SONRÍE Y LLORA
POR EL VIENTO VAGA,
ALMA FEMENINA,
QUE EN LAS NUBES ROSA
Ó AZULES, CABALGA.
UN ALMA QUE VIERTE
DESDE LAS ALTURAS
SUS DULCES PALABRAS,
QUE TODOS LAS OYEN,
PERO NADIE SABE
QUE LAS DICE UN ALMA.

FRANCISCO CAMPOS CAMPAÑA

DIBUJO DE SOUTO

EL HAYA

EL VYVER

PRADERAS interminables, sembradas de árboles y cubiertas de húmedo é intensamente verde césped. Paciendo en las praderas, miles de blanquinegras vacas. Cruzando en todos sentidos las praderas, canales cuyas aguas, al parecer dormidas, son de un verde más obscuro que el de los campos, y en su cristal reflejan la verde fronda de los árboles vecinos. Paralelas á las sombrías cintas que trazan los canales ó cortando la esmaragdina alfombra que entapiza aquella tierra, se ven otras cintas de un matiz de coral pálido; las carreteras, enladrilladas todas. Acá y acullá, sobre ingentes peanas de madera negra y tocados de negras caperuzas, los molinos alzan su fábrica descomunal y jaharrada de yeso, mientras en el ambiente húmedo giran, de perezosa suerte, las cuatro aspas enteladas de amarilla lona. Salpicando también la verdura de las praderas, hay rosadas alquerías y rosados, tranquilos villorrios de ladrillo. Todas las construcciones son diminutas, y todas tienen rojas techumbres picudas. Por los caminos discurren, con la pipa en los labios, rústicos de pelo rubio, ojos de un azul muy pálido y plácida expresión; van cubiertos de extraños bonetes, amplias chaquetas y amplios calzones, con medias blancas y pesados zuecos. Y también discurren campesinas de abundantes carnes y rostros sanotes y bermejos, metidas en media docena de faldas, cortas y multicolores, y en corpiños medioevales, llevando sobre la cabeza una especie de capacete dorado que reluce á través de airosos gorros de blanca randa, en cuyas orlas surgen, como antenas de raro insecto, enormes zarcillos de cobre y metálicos arambeles. De cuando en cuando, por los canales se deslizan á la vela ó á la sirga panzudas barcazas repletas de mercancías. Y de cuando en cuando aparece alguna ciudad soñolienta, de aspecto antiguo, cuyas pequeñas casas rojas desaparecen entre follaje y se miran en los canales que forman triple ó cuádruple cinto á cada población.

VYVERBERG (PASEO DEL VYVER)

Esto, así como pone los pies en los Países Bajos—salvo al llegar á Rotterdam ó Amsterdam, donde todo es tráfago y actividad,—es lo que ve de continuo el viajero. Y todo esto lo encubre casi siempre una bruma, que empaña el ambiente y roba al cielo su color azul para prestarle melancólico tinte gris. Todo esto, además, lo rodea por tres partes el pardo y revuelto mar del Norte, cuyas olas vienen á romperse contra las dunas, murallas de arena que sirven de baluarte á los Países Bajos, fértil llanura situada á trechos hasta por bajo del nivel del mar. Todo esto, asimismo, tiene extremado aspecto de limpieza: diríase que algún ser gigantesco diariamente quita el polvo á campos y poblaciones, y los aljofifa y pule con esmero. Aquello asemeja una enorme caja de juguetes, con sus casitas, sus arbolitos y sus muñecos, cuando aún conservan el lustre del barniz reciente.

UN CANAL ANTIGUO

Tales son los alrededores de El Haya, y tal, en conjunto, El Haya como las ciudades antes bosquejadas. Pero El Haya tiene algo de *sui generis*. El Haya no es la capital del Reino, pero sí residencia de la corte y del Gobierno. El Haya ha sentido legítimos deseos de grandeza y mejora, y sus deseos han sido atinadamente realizados por el Municipio. En de-

rredor del viejo casco de la población, el cual conserva su sello castizo y su tradicional carácter, se han levantado nuevos y hermosos barrios, cuyas casas tienen bonitas fachadas, que responden al estilo arquitectónico del Renacimiento bátavo. Cruzan la nueva parte de El Haya numerosos canales, y hay en ella muchos parques y jardines. Por doquier reinan la tranquilidad y el silencio. Apenas se ven transeuntes; coches, alguno de tarde en tarde. Esto y el cielo gris darían aspecto triste á dichos barrios, si el paseante no viese por las anchas ventanas de las casas los apacibles y alegres interiores holandeses, donde todo incita á la grata permanencia en el hogar.

UN CANAL MODERNO

Insensiblemente, merced al estilo de las construcciones nuevas, se pasa de El Haya moderna á El Haya antigua. El centro de ésta se halla en el *Vyver*, que es como la Puerta del Sol de la corte holandesa. Y siendo El Haya una semiacuática ciudad, natural es que el Vyver sea un estanque anchuroso, con sus cortinas de árboles en derredor, y ceñido de vetustos palacios.

Tan pintorescos como el Vyver son los canales que cortan El Haya en muchos sentidos. En esas vías acuáticas, y metida en grandes barcazas, vive una población típica y verdaderamente *flotante*. Las calles de El Haya antigua son tortuosas y estrechas, pero están extremadamente limpias. La piedra apenas si se ve, como no sea en las aceras. No hay edificio alguno de aspecto monumental: hasta el palacio real y el que habita S. M. la reina madre son de apariencia burguesa, aunque decorosa. Ello obedece sin duda á la escasa firmeza del anegado subsuelo, que impide el empleo de materiales tan pesados como la piedra. Una rara peculiaridad se nota en las casas de El Haya: las paredes no se levantan perpendicularmente, sino que surgen echadas para adelante, de modo que parece que se le vienen encima á uno. Las casas se construyen así, á fin de facilitar las mudanzas, que se efectúan por las ventanas, porque disponiéndose de poco terreno para cada construcción, las puertas y escaleras son angostas. Otras peculiaridades de las casas holandesas son la anchura de sus ventanas, para que éntre mucha luz, y la copia de flores que adorna el balconaje.

PALACIO DE LA REINA MADRE

Los holandeses temprano se acuestan y temprano se levantan. Apenas si hay dos ó tres teatros en El Haya, y suelen estar más á menudo cerrados que abiertos. Las tiendas que con más frecuencia se ven, son las de cigarros, las de bebidas y las de libros. Los holandeses son grandes fumadores, grandes bebedores y grandes lectores; y como el fumar, el beber y el leer en ninguna parte se hace tan á gusto como en la propia casa, he aquí tres motivos excelentes para que los holandeses se queden metidos en sus casas por la noche.

Sólo he visto en una ocasión reinar grande algazara entre los habitantes de El Haya: el día del cumpleaños de S. M. la linda y joven reina Guillermina. Estaban todos los balcones empavesados; en cada casa flotaba una bandera nacional; ardía en fiestas toda la ciudad, y no había hombre, ni mujer, ni niño que en el pecho no ostentase una flor anaranjada, del color de la casa real de Orange. El fervoroso dinastismo de aquellas simpáticas gentes se manifestaba del modo más expansivo y bullicioso que se puede imaginar. Todo era triscas y bailoteos, risotadas y canciones. La rosa y verde ciudad de El Haya parecía inmenso cuadro de Teniers, una *kermesse* descomunal, acaso ruda, pero bella, como todo lo que revela pujanza junta con amor.

MERCADO DE FLORES

LUIS VALERA

LA CIUDAD DE LOS AUTÓMATAS

Al leer Harry Smithson en la séptima plana del *New York Herald* aquel anuncio, comprendió que había hallado el mirlo blanco tanto tiempo perseguido.

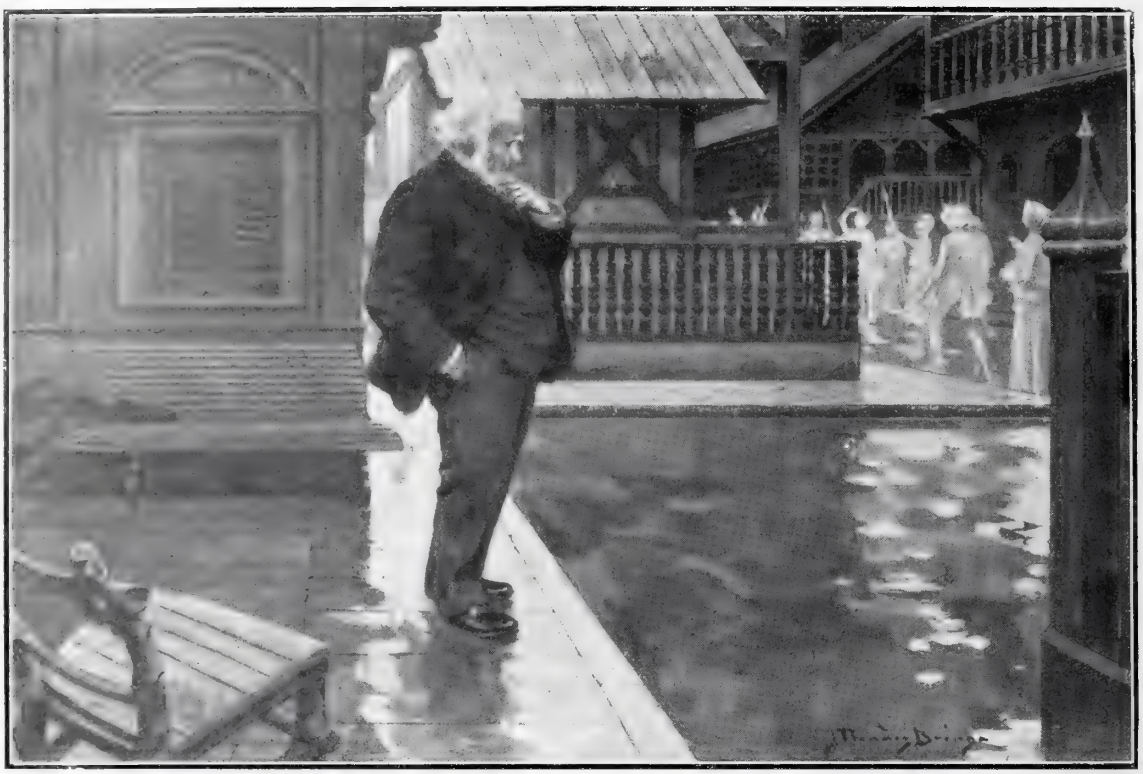
El anuncio principiaba con mayúsculas gordísimas: «¿Queréis ser reyes por poco dinero?» y debajo de esta sugestiva pregunta se leía lo siguiente: «El día 6 de Marzo se subastará en el estudio del notario Joshua Hals, la villa de Westonia, situada en el Estado de ..... Dicha ciudad se compone de doscientas treinta y cuatro casas, de tres iglesias, metodista, reformada y católica, de un mercado, un teatro y dos circos de gallos. Todas estas construcciones son de madera y se hallan en buena conservación. La villa de Westonia, situada en medio de magníficos bosques, disfruta de gran salubridad, gracias á las constantes brisas del Oeste, que á más de darla nombre, la sanean y ventilan durante todo el año. ¡Animarse, millonarios, y no despreciéis ocasión tan magnífica para demostrar á la vieja Europa que un americano se hace rey con sólo quererlo! Tipo de tasación: 380.000 dollars.»

Lo que el anuncio no decía era que los fundadores de Westonia habían tenido que abandonarla, después de haber intentado hacer de ella una villa agrícola, pues aquellas brisas del Oeste tan sanas, secaban todas las cosechas, y fuera de las encinas de los bosques vecinos, ningún vegetal podía crecer bajo el latigazo perenne del viento. Por tal causa se deshacían de la ciudad, vendiéndola como si fuese un mueble viejo.

Mas esto no era inconveniente para Harry Smithson; al contrario. El opulento inventor deseaba desde hacía mucho tiempo retirarse á un lugar apartado para dedicarse á sus estudios de mecánica y á la construcción de sus maravillosos autómatas, sin temor á ser interrumpido por visitas y preguntas Westonia reunía todas las cualidades soñadas por el mecánico. Estaba lejos de ferrocarriles, de otras villas, y á nadie se le ocurriría visitar población tan poco interesante. Así, cuando el abogado de Smithson le participó que era ya dueño de la ciudad de madera, el inventor liquidó todos sus asuntos, compró víveres y conservas en abundancia, encajonó instrumentos, máquinas, substancias desconocidas, aparatos eléctricos é infinidad de vaciados y reproducciones de estatuas antiguas, y cerrando su casa se marchó completamente solo á Westonia. Aquel rey iba á su reino de incógnito y ningún súbdito le esperaba.

Una vez posesionado de sus dominios, Harry Smithson despidió á los custodios de Westonia, instaló su laboratorio en el teatro, y encerrándose en él dejó la ciudad en poder de las brisas del Oeste, que pasando raudas sobre su ahijada, silbaban en las calles desiertas, se filtraban por los balcones cerrados, y al alejarse, encorvando los árboles de las selvas cercanas, arrastraban entre sus remolinos guedejas de humo violáceo arrancado al penacho que temblaba constante sobre el laboratorio.

De la ebullición de los más diversos cuerpos nacía aquel humo. En inmensos matraces, en panzudas redomas, en alambiques, en hornillos, hervían líquidos extraños, que pasaban de unos en otros, cambiando de color y de densidad. En un rincón del escenario zumbaba una rueda dentada, y la tira de una correa sin fin se perdía en la alta sombra de las bambalinas, mientras las barras de cristal de un aparato eléctrico lucían en la orquesta, y junto á la concha, una mesa sustentaba infinidad de cajitas llenas de tornillos, tuercas, clavos, goznes, ruedecillas, muelles y otros herrajes menudos. Y vigilando



todo, Harry Smithson iba y venía, sin más espectadores de sus movimientos que unos seres inmóviles que ocupaban los palcos, las butacas, el anfiteatro, llenando toda la sala con sus cuerpos blancos.

Aquella multitud estaba silenciosa, y en ella los rostros eternizaban una sola expresión inalterable; las manos y los brazos permanecían quietos, petrificando un gesto, un ademán. Allí había hombres y mujeres en la fuerza del vivir, de facciones serenas, purísimas, impecables, armónicas; augustos viejos de barbas fluviales y expresión orgullosa; máscaras terribles de hembras hermosísimas que se coronaban con amenazadoras cabelleras de serpientes; olímpicas cabezas desligadas de la tierra. Aquí y allá surgían de entre la gloriosa multitud de las estatuas, algunos rostros de líneas universalmente conocidas.

En un ángulo, la Venus de Milo derramaba la serenidad indiferente de sus ojos profundos, llenos de pensamientos ignorados. Apoyándose en la maza, Hércules reposaba con la expresión bondadosa de quien no teme, mientras Diana, alzando el brazo sobre su espalda virgen, extraía un dardo de su carcaj de cazadora, Mercurio se cernía sobre sus sandalias aladas, Agripina sonreía enigmática bajo la torre de sus cabellos y el Fauno danzaba saltarín, sobre sus pies capríneos.

Las manos de Harry Smithson habían moldeado todas aquellas esculturas, y formaron las estatuas con planchas de metal esmaltado, que adaptándose unas á otras, reproducían las divinas formas de los mármoles y ocultaban el prodigioso mecanismo de sus movimientos.

En fuerza de estudios, tanteos y ensayos, el inventor había conseguido crear unos autómatas maravillosos que andaban y se movían sin la rigidez propia de los aparatos mecánicos. Salvo la palabra, aquellos muñecos eran hombres. Los resortes, espirales y muelles que llenaban sus cráneos latían como cerebros, gobernando desde allí los movimientos del cuerpo todo.

La ingeniosidad de Smithson había descubierto un motor económico en el perenne huracán del Oeste que silbaba sobre Westonia, y todos los autómatas tenían en el costado una hendidura que absorbía el viento y lo empleaba como fuerza motriz. Los ensayos hechos por el mecánico le permitían contar con el éxito de su obra.

Así, cuando al anochecer de una tarde de invierno, colocó todos los autómatas en plena calle y el aire se introdujo en aquellos armazones de metal, Smithson no se sorprendió ante un resultado previsto. Apenas el viento empezó á mover las ruedecillas, las estatuas se movieron con ademanes rítmicos y flexibles. Sólo los rostros no cambiaron de expresión.

Lentamente unos, presurosos otros, según la velocidad respectiva de sus mecanismos, los autómatas se desperdigaron por la ciudad, poblándola de blancas siluetas clásicas. Cual si obedeciesen al espíritu que un día las animara, aquellas formas buscaron durante la noche lugar adecuado á su hermosura, y cuando el día nació, Diana reposaba junto á un bosque, entre cuyas ramas reía el Sátiro, mientras la Venus manca esperaba en una plaza el homenaje del pueblo y su hermana, la de Médicis, tanteaba con el pie, pudorosa y estremecida, el agua mansa de un estanque público.

II

En el silencio de la noche, Harry Smithson reflexionaba, sentado en su despacho. Desde que los autómatas anduvieron por primera vez, habían transcurrido algunos meses. Durante ellos, el inventor sólo tuvo motivos de júbilo, pues las estatuas, obedientes á su mecanismo, se movían silenciosas, suaves, tan armoniosamente bellas, como imágenes de un sueño realizado.

Pero desde hacía algún tiempo, aquel callado pueblo parecía intranquilo. Por dos ó tres veces Smithson tuvo que detener en sus autómatas gestos inquietos que rompían el ritmo divino de sus for-

mas. Aquella misma tarde había tropezado en una calle apartada con la estatua de Agripina, y el autómata de la emperatriz le detuvo echándole una mano al hombro y apretándoselo con fuerza inmensa. Al fin pudo desasirse, y mientras la sombra augusta desaparecía en una revuelta, pasaron corriendo Diana y el Sátiro, que huían del bosque.

Aquellos sucesos inquietaban al mecánico, quien se perdía en suposiciones sobre la causa que los podría originar.

Pensando que algo desconocido trastornaba los antes perfectos mecanismos, se absorbió haciendo cálculos en un papel. Pero por más que trataba de descubrir la falta, no lo conseguía. Los cálculos estaban bien hechos. La fuerza media del viento producía tantas y cuantas revoluciones en las ruedecillas del cerebro, y á aquéllas correspondían movimientos previstos, ademanes amables, en los que no entraban ni la presión amenazadora de Agripina ni la fuga desordenada de los dioses silvanos.

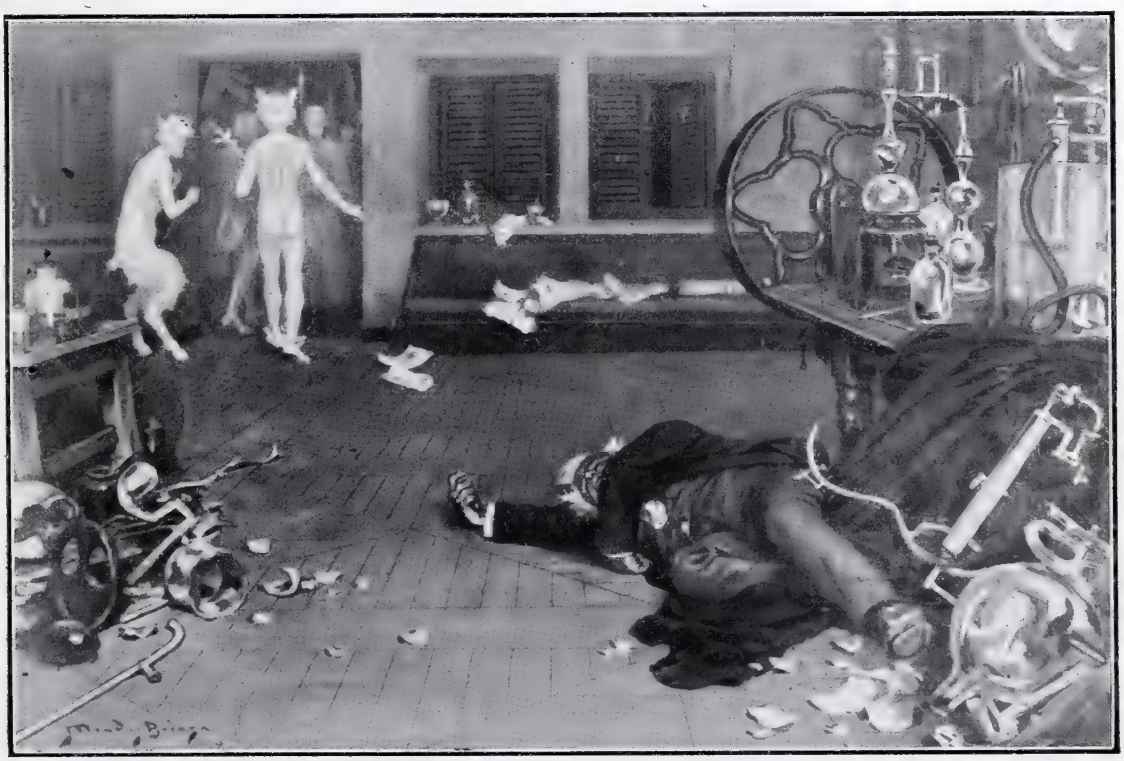
Cuando más abstraído estaba en sus cálculos, el viento silbó en la plaza. Su impulso balanceó una de las persianas del balcón del inventor, y empujándola la cerró con golpe seco, que repercutió en el cuarto. Smithson levantó los ojos, y al mirar la persiana cerrada dió un grito. La hoja empujada por el aire no era la izquierda: era la derecha. La ráfaga venía del Este. El constante viento de Westonia había cambiado. Tal vez en remotas comarcas cayeron bosques enteros, se alzaron montes y mientras para las brisas del Oeste nacieron obstáculos, para las del Este se allanó el camino. Smithson calculó inmediatamente el trastorno que tal mudanza iba á producir en su pueblo.

Semejante cambio explicaba la inquietud de los autómatas. Como todos sus movimientos se habían reglamentado á una fuerza que los regía y ordenaba, la aparición de una energía contraria había de producir efectos contrarios también. Los autómatas que habían sido dóciles con un viento, se tornarían rebeldes con otro. La permanencia en Westonia podía ser peligrosa. Por un movimiento instintivo, Smithson se fué á la puerta y corrió el cerrojo. En aquel instante sonó rumor de pisadas en la escalera. El inventor, oyéndolas, empalideció intensamente. El rumor se acercaba, convirtiéndose en un ruido mecánico, isócrono, seco, semejante al producido por el acompasado andar de un ejército, creció, y al fin se detuvo ante la puerta trancada.

Hubo un instante de silencio, luego el batiente de madera crujió bajo una presión poderosa, igual, que no desfallecía un instante, y Smithson, de pie junto á su mesa, vió cómo el cerrojo se doblaba, se retorcía y saltaba fuera de su enganche. Las manos del inventor acariciaron un revólver para volverlo á dejar. Después el picaporte se alzó, giró la puerta y las estatuas entraron. Agripina y el Fauno venían los primeros. Tras ellos blanqueaban las espaldas de los demás, y cien brazos se extendían, estremeciendo millares de dedos afilados.

Ante el avance inevitable de los autómatas, Smithson retrocedió hasta la pared. Agripina y el Fauno le siguieron. El cuarto se llenó de dioses y de diosas que se empujaban hacia el inventor y que, acorralándole contra el muro le hicieron caer sentado en un sillón.

Con movimiento pausado, la Emperatriz extendió entonces sus manos hermosísimas, y apretando con ellas el cuello de Smithson, apretó la carne con una fuerza irresistible y tranquila, que cerraba poco á poco sus dedos férreos, incrustándolos implacablemente en la piel. La asfixia nubló los ojos del me-



cánico, y sus pupilas, antes de cegar para siempre, vieron cómo el autómata homicida le soltaba una vez terminado aquel movimiento de su mecanismo, y salía del cuarto, sereno, tranquilo, siguiendo á sus compañeros, cuyas huecas pisadas resonaban sobre los escalones.

DIBUJOS DE MÉNDEZ PRINGA

MAURICIO LOPEZ ROBERTS

AGUA SOTERRADA

Perdida en el desierto
la errante caravana,
con vacilante paso
recorre las arenas abrasadas.

En la extensión inmensa
se pierde la mirada,
y ni un eco responde
á la voz que se extingue en la distancia.

Rendidos y agobiados
por la insufrible carga,
los pacientes camellos
con lentitud desesperante marchan.

y los hombres caminan
con la siniestra calma
de aquellos que han perdido,
antes que la existencia, la esperanza.

Nada el calor mitiga,
nada templa ni aplaca
la sed devoradora
que reseca y consume sus entrañas.

Hasta que, al fin, no hallando
ni la sombra ni el agua,
tras penosa agonía,
al par su vida y su tormento acaban.

***

En la sombra escondida
la fuente soterrada
de la caliza roca
inagotable y rumorosa mana.

A los dolientes sones
de su lira de plata,
en su cárcel obscura,
como en su celda el prisionero, canta.

y al fluir eternamente
de la peña agrietada,
con suplicantes voces
á los sedientos, amorosa, llama,

y parece decirles:
—«¡Los que sentís las ansias
de la sed infinita,
venid, que inagotables son mis aguas!»—

Pero nadie la escucha,
y por siempre ignorada,
ni fecunda la tierra,
ni el cielo copia, ni la sed apaga.

***

¡Quién pudiera, Dios mío,
acortar la distancia
que la sedienta boca
del inexhausto manantial separa!

Manuel DE SANDOVAL.

BAJO-RELIEVE DE COULLAUT-VALERA

MALATS

Joaquín Malats es una figura artística de primer orden. Su fama se ha extendido rápidamente entre las aclamaciones de los amantes de la música.

El gran pianista es joven, es español y ha triunfado en París entre competidores formidables y bajo el fallo de jueces poco benévolos. Contendía entonces para lograr el premio *Dièmer*, que es el doctorado supremo de los pianistas. Siendo Malats español y luchando con franceses y alemanes, ¿qué grados de mérito no supone esa victoria? La ha logrado, no obstante, nuestro compatriota, y con ella la fama universal, las pingües contratas. En lo sucesivo, tocará en teclado de oro, y cada arpegio será un *cheque*.

La vil materialidad ambiente obliga á graduar el ingenio por su producto, como si fuesen cantidades homogéneas el arte y el dinero. Los americanos, que se llevan de Europa, para enriquecerlos, á nuestros artistas, han marcado esa escala y han grabado ese troquel. Se cotiza el genio como una acción de empresa mercantil.

Por si de algo sirve para los indoctos, para los vulgares y para los groseros estimadores del esfuerzo humano, basta con que se sepa que este español ilustre, este pianista admirable, Joaquín Malats, no ha venido á Madrid en busca de una fortuna que tiene asegurada en París, en Berlín, en América. Ha venido á darse el puro y noble gusto de que le oigamos y á proporcionarnos el supremo deleite de oirle.

Después de oir á Malats, y apenas recobrado el espíritu de la impresión, apelo á mi memoria de aficionado ignorante. No advierto en ella ninguna ausencia insustituíble. Por allí han pasado Paderewski, Planté, Rosenthal, la Carreño, otros dominadores del teclado. Se fueron... pero aquí está Malats. El lo llena todo. El basta para que la imaginación, estremecida por el hondo y conmovedor deleite estético, se anegue en el goce de lo presente, con ese bárbaro y feliz olvido de los pueblos desmemoriados, á quienes el caudillo triunfante del día hace olvidar toda una larga historia de heroísmos. Así es como se vence en arte. El vencedor borra de la pizarra cuantas líneas en ella se habían escrito, para grabar su nombre con rasgo luminoso.

Joaquín Malats confunde en el teclado todos los estilos, los mezcla y hace de ellos algo personal y único. Ya es violento y duro, recio y vibrante, tempestad armónica, avalancha de notas que cae con abrumadora impetuosidad, como torrente sobre dique; ya es dulce, suave y tranquilo, como clara fuente que nace entre juncos. Así, ejecuta con igual maestría los delirios inverosímiles con que Chopin quiso detener ante barrera infranqueable á los pianistas sus sucesores, y las tiernas poesías de Schumann, en que el pentagrama desaparece para dejar al soñador la libre amplitud de la página blanca no sujeta á ritmo ni á medida.

Pero ante todo tiene Malats una cualidad: es claro como la luz del mediodía. Ve y hace ver lo intrincado y lo confuso, y su ejecución realiza el milagro de que la profundidad se convierte en sencillez. Obras que os parecían inextricables en su prolija sabiduría, las convierte Malats en enunciados asequibles al menos competente. Esa es la línea genial de los grandes artistas. Así, los creadores del Renacimiento sacaron la belleza eterna del arte griego á través de la tenebrosa confusión medioeval.

Un poeta diría que Malats adopta, al expresar con los sonidos las ideas, todas las formas de la naturaleza y del arte. A veces, la múltiple aglomeración de notas forma una columna que surge bella é ingente como en Propileos; á veces se desparraman ellas como los puntos y tramas del encaje en aéreos y mal definidos contornos; á veces se distienden en curva como la ola al llegar á la orilla... Y entre estas mutaciones de la expresión da el pianista su valor á cada concepto, resultando la obra completa en su totalidad estética.

Malats va á emprender por el mundo su viaje de gloria y de fortuna. Va á recoger el aplauso de hombres de otras razas. Aquí le esperamos, para que al volver de sus expediciones triunfales salude á la patria, haciendo sonar en el teclado un acorde de genio y de amor.

J. ORTEGA MUNILLA

FOT. AUDOUARD

S.M. EL REY E

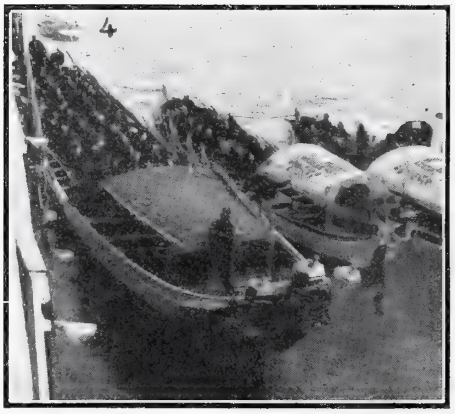
1. SS. MM. LOS REYES DE ESPAÑA Y PORTUGAL DIRIGIÉNDOSE DESDE LA ESTACIÓN Á PALACIO

2. D. ALFONSO XIII Y S. A. EL PRÍNCIPE HEREDERO D. LUIS FELIPE DE BRAGANZA

3. S. M. EL REY DE PORTUGAL DESCENDIENDO LA ESCALA DEL «CARLOS V»

4. GALEONES REALES CONDUCIENDO A SS. MM. Y AA. DESDE EL PUERTO AL «CARLOS V»

5. S. M. LA REINA AMELIA Y EL REY DE ESPAÑA Á BORDO DEL ACORAZADO ESPAÑOL



EN LISBOA

6. SS. MM. LA REINA DOÑA AMELIA, LA REINA MADRE DOÑA MARÍA PÍA Y EL REY D. CARLOS DE PORTUGAL

7. LOS REYES DE PORTUGAL Y DE ESPAÑA ATRAVESANDO LAS CALLES DE LISBOA EN LA CARROZA REGIA

8. ASPECTO GENERAL DE LA BAHÍA DE LISBOA EN EL MOMENTO DE DIRIGIRSE LOS REYES AL «CARLOS V»

9. SS. MM. LLEGANDO AL PALACIO DEL AYUNTAMIENTO

Fotografías Asenjo

LOS ÚLTIMOS ESTRENOS

«LA REINA MORA». CUADRO PRIMERO. ESCENA VI

NIÑO.—Dios se lo pague á quien tiene er corazón mejó que la cara.

Dos muy importantes se han verificado en la semana pasada: el del sainete lírico *La reina mora*, original de los hermanos Alvarez Quintero, con música del maestro José Serrano, en el teatro de Apolo; y en el Español el del drama en cuatro actos, original de D. José Echegaray, *La desequilibrada*.

La obra de los Quintero es, sin duda, una de las más regocijadas y simpáticas que han escrito tan afortunados autores, y á su acierto y felicidad en el asunto ha respondido el joven maestro Serrano componiendo una música alegre y ligera, de singular encanto.

La obra del insigne Echegaray ha obtenido un gran éxito, y aunque el último acto no produjo gran entusiasmo, conviene la crítica en que el drama es digno del genio de su autor.

«LA DESEQUILIBRADA». ACTO PRIMERO. ESCENA IX

MAURICIO (Sr. Díaz de Mendoza).—Estábamos intranquilos por su tardanza

FOTOGRAFÍAS MUÑOZ DE BAENA

EL ARCO IRIS

LLUEVE... Un cielo bajo y plomizo se abate sobre la ciudad enguachirnada. El agua monótona cae como el estribillo de una vieja canción; cae obsesionante, implacable, fastidiosísima... Los labradores estarán muy contentos, pero acá nos morimos de tedio detrás de los cristales.

Hemos hecho mal en reñir anoche... Si yo sé que iba á hacer hoy este día, no hablo... Pero, señor, ¡por qué hemos de tomar las cosas tan en serio!... ¡Decimos *para siempre* con una facilidad...! Yo creo que manejamos esas palabras como los cobardes las armas de fuego: que las disparan de puro miedo. «Para siempre...» lo mismo al empezar que al acabar... Así no hay medio de volver atrás... Digo... yo no puedo arrepentirme... Sería entregarme, quedar á merced de su capricho, perder toda autoridad... En cambio, ella... A las mujeres todo les está bien... Si me escribiese... Pero yo sé bien que no lo hará... Las mujeres cambian cuando les da la gana... y siempre contra el viento, al revés que las veletas... para vengarse de la comparación...

Si yo pudiera pasear solamente, creo que me curaría de esta impaciencia... ó lo que sea. Tomaría el camino de su casa, ya lo sé... pero no subiría. Pasar una vez de largo por su puerta, creo que me dejaría completamente curado... porque no lo he hecho nunca...

Ahora estará ella al piano, tocando quizás su rapsodia favorita... la mejor música del mundo... después de sus palabras... O habrá llamado á las amigas. ¡Sí, eso, las mujeres se entienden, se comunican mejor que nosotros y se consuelan que es un primor!... O habrá cogido una novela sentimental... para distraerse...

¿Y si yo hiciera lo mismo? Sí. A ver la prensa de la mañana. *Noticias... La crisis... Extranjero...* Pero si no me interesa lo que pasa á la gente... En cambio, lo que me pasa á mí... Y eso no puede ponerse en los periódicos. Bueno, pues ya sé por qué no los leo... Algo es algo... La última novela de France... Una hoja doblada... Aquí quedé... Lo anterior, lo anterior se me ha olvidado todo. ¡No, pues volver á empezar...! Aquí lo dejé para ir á verla ayer... á estas horas, sobre poco más ó menos. ¡Daría yo cualquier cosa por saber lo que estará haciendo á estas horas...! Tal vez se asoma detrás de los visillos para ver si llega este gran hombre, todo voluntad, que está aquí sufriendo como un condenado por el principio de autoridad, y empeñando consigo mismo el más hermoso y el más estúpido de los combates... ¡Oh voluntad, voluntad! Sin duda que es gran cosa querer uno lo que no quiere y salirse con ello. Pero la cara que se le queda á uno después de estas victorias tiene algo de ridícula...

¡Y á fe que ayuda el tiempo! No se puede mirar al cielo... ni al suelo. Y me consta que no ha salido.

Aquellos ojazos negros se pasean por la penumbra de la salita, donde todo le habla de mí... ¡Que sufra! Después de todo, ¿qué trabajo le costaba escribirme dos letras... como la otra vez? Sí; aquí está la carta: «Necesito mis retratos... pero ven á traerlos tú mismo.» Hoy, nada; fuí yo el que dijo: «Para siempre».

Pasa una hora... Estoy triste como un sauce llorón, pero decidido á ser fuerte. Olvidaré... me distraeré... le haré la corte á Julia, su amiga más íntima, la que primero ha de decirme que sí.

¡Llueve siempre! ¡No! Allí parece que quiere clarear... El sol está todavía muy alto, Si tuviera fuerzas, me las daría á mí; este cuarto me es insoportable.

Sobre los negros algodones de las nubes, un magnífico galón policromo acaba de pintarse: es el Arco Iris.

A toda prisa me preparo á salir. Salgo, y mis pasos toman un camino conocido, que parece marcado por las pinceladas de luz filtrada entre jirones de nubes. Aún llueve, pero una vaga claridad alegre se extiende en el aire, y el gran arco se me aparece al doblar de las calles.

¡Pero este camino...! ¡Y yo que esperaba al sol para vencer en la lucha!

.....

—¡Cuánto has tardado hoy...!

—Mujer... con este tiempo...

Pero ahora las nubes se repliegan desgarradas sobre el horizonte. Crece la gran turquesa del cielo, y el sol, allí en medio, sonríe bonachón como un bobo que no se entera de lo que pasa.

DIBUJO DE J. FRANCÉS

MANUEL MACHADO

Una carga á la Vicaría

Ayer se casó la hermana segunda; hace un mes que se casó la hermana mayor; hoy se mudan de casa la mamá, las hermanas tercera y cuarta, y puede decirse que los novios de éstas, porque vienen todos los días: el uno, para amar bajo techado; el otro, para pasear por la acera de enfrente.

Vale la pena de meter en cuatro líneas lo que en el espacio de un mes me ha hecho aprender esta familia, cuyo sofá, seis sillas, espejo y dos butacas forradas sin duda de recuerdos indelebles, veo cargar en un carro de mudanzas de cuarenta reales.

Una mamá de aspecto señoril y simpático; cuatro chicas de veintiséis, veintitrés, veinte y diecisiete años que, como se ve, han venido al mundo marcando el paso; un chico de catorce; la memoria del pobre papá, que se pierde en la noche de los tiempos; siete mil duros en el Banco ó en las catacumbas de Roma, para el caso es lo mismo, porque las hijas se van casando, pero á los *siete mil* no se toca; son para que sigan viviendo la mamá y las solteras: he aquí los elementos materiales de la familia, su descripción anatómica.

Pero su fisiología, su modo de funcionar, de vivir, de casarse, en una palabra, eso es lo admirable, lo maravilloso, ¡lo gallego!

Porque si alguna vez entra aquí la táctica alemana, los mejores soldados serán los gallegos, por ser más disciplinados; y se necesita ese paso tranquilo, firme, decidido de la raza, para que desfilen por la Vicaría, con seguridad tan envidiable, cuatro señoritas que viven con siete mil reales.

¡Y cómo no han de casarse, si es pura ciencia y táctica pura lo que emplean!

Es frecuente que vengan á ser nuestros vecinos, gentes que al cabo de algún tiempo tienen una pérdida de familia, y á los quince días nos visitan vestidas de luto para despedirse, «porque no pueden ya soportar la casa». Y parece que le dejan á uno un tanto ajado como inquilino.

Pero estas vecinas que vinieron hace dos meses, llenando la escalera de encuentros agradables, porque son tan guapas como honradas, y un día se casa una, y otro día otra... yo casero, les hubiera perdonado el alquiler.

En fin, vamos al caso, y perdonen ustedes el desaliño del estilo: estas cosas hay que contarlas como un chismorreo de vecindad; tal como se las cuenta á uno la familia durante la sobremesa.

Pues verán ustedes: estas chicas (las dos mayores) tenían novio; pero un día de procesión, las vecinas de arriba, cuya casa estaba llena de gente, les dijeron:—¿Porqué no subís?—Por que no estamos arregladas.—No importa; ya hemos dicho que sois muy guapas.—Pues ahora menos.—Andad, subid, que hay aquí unos chicos paisanos vuestros que quieren conoceros...

Esto de que había gallegos las decidió. También los toreros prefieren los toros andaluces.

Bueno. Subieron, y la una gustó al arquitecto y la otra al rico hacendado. A los dos días, novios. Los otros que tenían fueron despachados. Serían empleados ó pasamaneros.

La hermana tercera también tenía novio, y yo me figuro que, en consejo de novias, fué decretado su *pase á Ultramar* por unos cuantos meses, y que las mayores dirían á la tercera:—No seas tonta, que en cuanto vea que nosotras nos casamos, vuelve por ti á escape.

Y es verdad que ha vuelto el hombre con un palmo de lengua fuera, y diciendo que se quiere casar en seguida.

El objeto era dividir el ejército enemigo, porque los hombres juntos resisten más tiempo solteros; y además, una casa que sirve de reunión á tres novios, parece una colmena en que todos son zánganos. Ello es que la chica tercera, sin romper las relaciones, alejó al pretendiente.

Las otras dos dividieron entonces á sus novios; no les convenía que fueran amigos.

—Oye, monín: ¿es verdad que una vez te caiste al pozo por abrazar á la criada de tu casa?

—Esó no puede haberlo contado más que el majadero de Pachín (el otro novio), y yo no he dicho nada de él todavía.

—Dime, dime algo para hacer rabiar á mi hermana.

Y tanto dirían uno y otro, que á los pocos días no se hablaban y se miraban como dos moros que se odian. Hubo un acuerdo: el arquitecto amaba de dos á cuatro y el hacendado de cinco á siete. Cada uno se confesaba con su novia, la cual le contaba los preparativos de la boda del otro, y así, los dos se daban la mayor prisa que podían.

Entretanto, las dos hermanas hilaban el amor honestamente, sí; pero sin esa ñoñez que á todas horas hace pensar en el pecado; ni menos esa hosquedad española que hace pasar á las muchachas por donde hay hombres como pasa el ganado por la feria. Había que ser amables para dar idea de una dicha mayor y aun aparentar cierto abandono, que demuestra absoluta confianza y hace al hombre rechazar toda idea de traición. En fin, melosas, pero en el balcón, á la vista de los vecinos.

Y como los vecinos sabíamos que se iban á casar... y como además no nos importaba... y porque no se creyera que era envidia... Nada; pequeñeces.

Se casó la mayor, y se dió permiso al tercero para que volviera. Y habían ustedes de ver cómo entraban en funciones las hermanitas menores. En cuanto venía el novio tercero, bajaban las dos á la plaza y paseaban con el muchacho; la una, amando; la otra, aprendiendo.

Y todo esto con la puntualidad, con el afán, con la seriedad de militares que operan en campaña ó de oficinistas en días de crisis; como quien está penetrado de que hace lo suyo, y que es preciso hacerlo bien.

En fin, ayer al salir de casa, vi á un monigote de dieciséis años, con su gorrilla de visera blanca, muy plantado, muy resuelto, haciendo señajos á la menor. Porque ellas no desdeñan nada, y hacen bien, que no están los tiempos para desdenes. Ya lo dejará, si se presenta un catedrático.

Días atrás estuvo en casa la pequeña á pedirnos *novelas de amor*, y hablaba con gracia tan natural, y daba unos meneos á la magnífica trenza de sus cabellos rubios, que mi chico ponía la boca en forma de O sin darse cuenta de ello, y á ratos la miraba como si fuera á tener una cuestión con ella.

¡Ay, niñas! Dicen ustedes que eso de casarse no está muy mollar... Razón de más para estudiarlo como una ciencia.

Estas galleguitas hacen con los novios lo que los gallegos con los cuartos: *los ganan*, los cuentan, los acarician, cambian veinte reales en perras por un duro en plata, y acaban por fundar una sociedad *limited*.

Ya se marcha el carro de mudanzas; suena la campanilla; escondamos ésto: son las *restantes* que vienen á despedirse. ¡Dios las bendiga!

F. SERRANO DE LA PEDROSA

DIBUJOS DE CILLA

UNA SESIÓN DE GRAMOPHONE

POR ATIZA

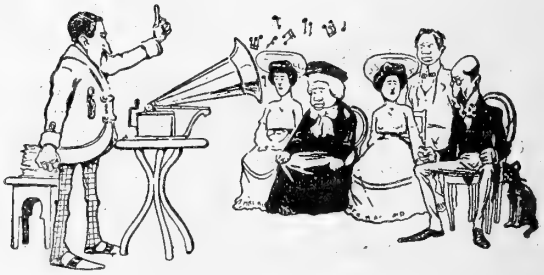
1. Empieza la audición. Suplico el silencio, ¿eh?

2. «Marcha fúnebre».

3. ¡Señores, qué impresión!

4. «Vals azul».

5. Veo que nos animamos con el «Boston».

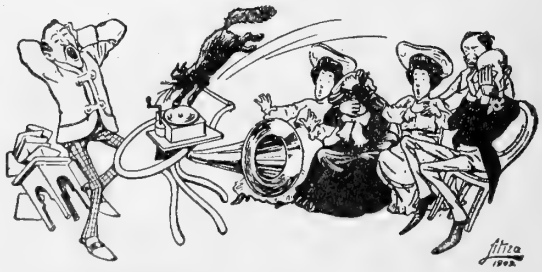


6. ¡Oído! *Hugonotes*, «la conjura».

7. ¡Allá va...! «La risa».

8. Ahora, el mejor: «Imitación de pájaros».

9. ¡Vaya un canario! ¿eh...? ¡Esto es un canario!

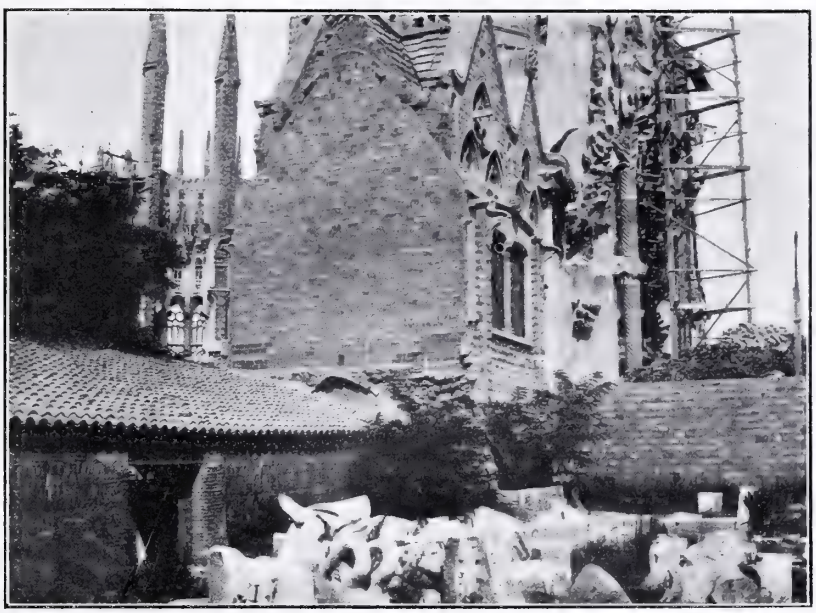


10. ¡¡¡Canarioooooo!!! digo... ¡¡¡¡Socorrooooo!!!!

La iglesia de la Sagrada Familia

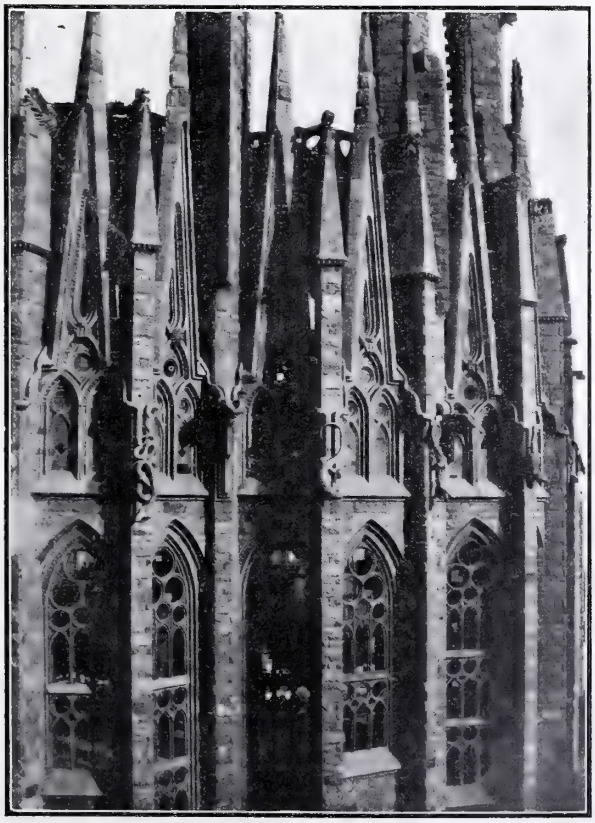
EN BARCELONA

En San Martín de Provensals, es decir, en el barrio más industrial y manufacturero de Barcelona, va alzándose poco á poco, por entre las humeantes chimeneas de las fábricas, una catedral gótica, lenta y trabajosa en su trazado y en su construcción, como lo fueron las grandes catedrales de la Edad Media, á cuya obra concurrian todos los entusiasmos del pueblo enfervorizado y toda la sabiduría de los doctos y toda la inspiración de los artistas.



VISTA PARCIAL DE LAS OBRAS

La iglesia de la Sagrada Familia no es ni un templo gótico francés de alfeñique y pastaflora como los que suelen idear y construir por contrata en cuatro ó seis meses los arquitectos modernos, al mismo tiempo que trazan un palacete Luis XV ó una columnata neoclásica. No es tampoco una fría y erudita resurrección como las ideadas por el maestro Viollet-le-Duc. Ni obedece á un plan académico ni á un fin mercantilista, ni son capaces de comprender su belleza los burgueses habituados á la prosa de la construcción civil ordinaria, ni tampoco se puede formar idea de ella por cuatro ó seis fotografías de pormenor. Pero lo que



OJIVAS Y PINÁCULOS

UN VENTANAL

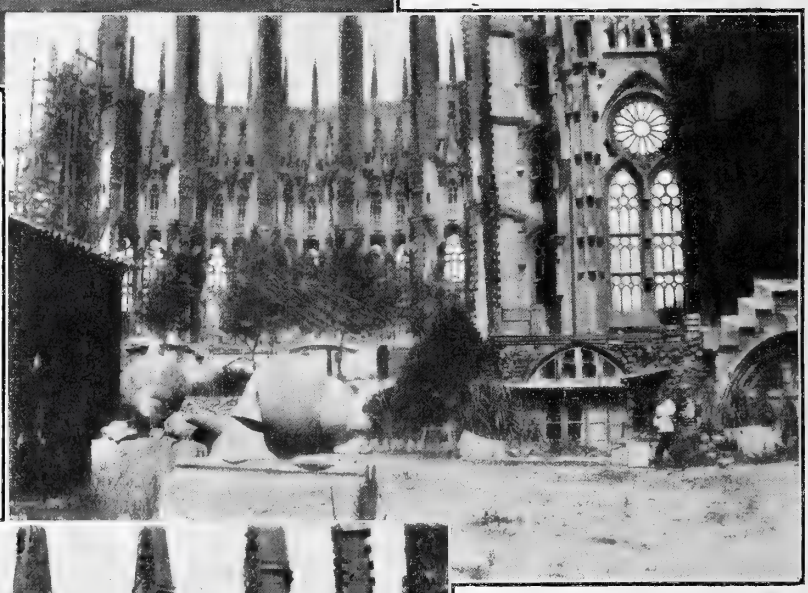
NAVES EN CONSTRUCCIÓN

como el ilustre maestro Pedro Pérez que trazó y dirigió la Catedral de Toledo, piensa y dirige, dibuja y manda, proyecta y ejecuta.

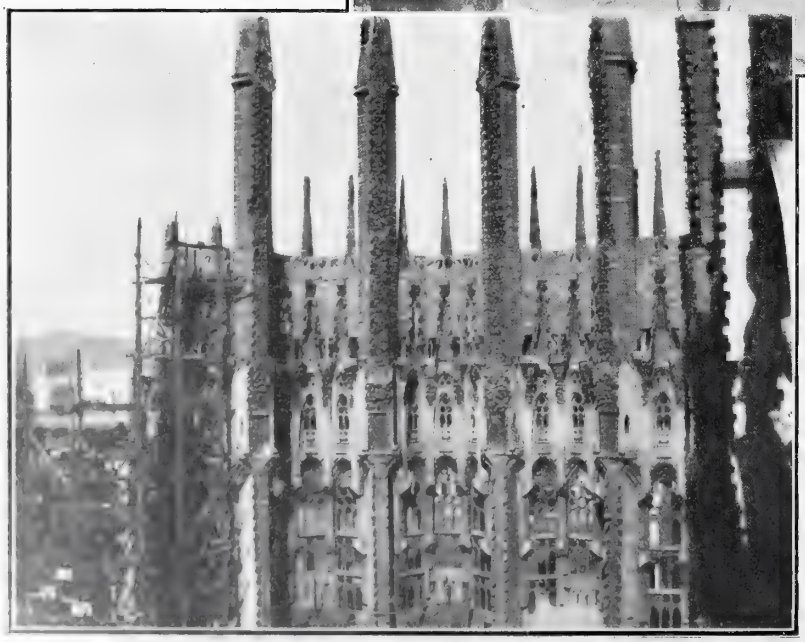
Y como á los buenos maestros del arte ojival, las formas orgánicas y particularmente animales le seducen como elementos decorativos. El genial arquitecto aspira á que en todas las partes de su Catedral, en vez de verse líneas secas y descarnadas de geométrica precisión, se presenten al espectador imágenes de la vida, trepando por aristas y botareles, arrimándose á las ventanas, colgando de cornisamentos y frisos.

La obra se costea con limosnas y no se ha interrumpido ni un día: los primeros millares de ladrillos de un horno nuevo, las primeras toneladas de cemento de una fábrica, el trabajo personal de quien no puede ofrecer otra cosa, todo contribuye á alzar esta hermosa obra de la España nueva, siguiendo el camino marcado por la vieja España.

FOTS. DE S. GARCÍA



DETALLES DE ESCULTURA



UN LIENZO DE MURO

sí puede asegurarse es que en lo terminado hay ya partes arquitectónicas de una originalidad potente y de un brío extraordinario.

Los hombres de poco más ó menos que contemplan las obras y ven tallar en piedra ingentes caracoles, lagartos gigantescos y colosales mariposas que después han de ser miembros de la construcción, se ríen, tal vez se burlan como quizá se burlarían los hombres de la Edad Media cuando viesen en el suelo los fantásticos pajarracos, reptiles, endriagos y vestiglos de inusitadas formas que adornan gárgolas y canecillos, pináculos y agujas en las antiguas catedrales góticas.

En medio de sus obreros en una barraca, el arquitecto Gaudí,

ENTRADA DE UN HUERTO,
POR SERAFÍN AVENDAÑO

RUINAS DE LA ANTIGUA ROMA

LA FONS JUTURNAE

El suelo de la Ciudad Eterna puede considerarse como un archivo lleno de recuerdos históricos, que van descubriéndose cada día merced á pacientes y sabias excavaciones.

Las que se practican desde hace años en el Foro Romano y en la *Summa Vía Sacra*, dirigidas por el ilustre arqueólogo Giacomo Boni, han dado, en estos últimos años, maravillosos resultados muy útiles para la investigación histórica referente á los obscuros y casi ignorados orígenes de la antigua Roma.

En la misma Vía Sacra se descubrió el año pasado una necrópolis etrusca, con todos los vasos, sepulcros, urnas incineratorias y demás adminículos propios de semejante sitio. Pero este descubrimiento, muy importante desde el punto de vista etnográfico é histórico, no lo es tanto, bajo el respecto artístico, como los realizados en el suelo que en tiempos de la República ocupara el Foro Romano.

Cuéntase entre ellas el sagrario del templo de Vesta, una de las divinidades más antiguas de la Roma arcaica, y el llamado lago de Giuturna ó *Fuente Juturna*, que aparece en el dibujo de Hermenegildo Estevan que ilustra esta plana. Estos monumentos, según el testimonio del sabio Boni, son los más antiguos de Roma, de la vieja Roma de los pastores, de la Roma palatina ó de los Reyes. De tan venerables piedras se desprenden testimonios históricos de la mayor importancia relativos á las épocas más interesantes de los orígenes de la ciudad, á las no estudiadas por Tito Livio ni por los muchos historiadores que le siguieron.

DIBUJO DE H. ESTEVAN

AÑO TRECE Y NUMERO 660 MADRID DIA 26 DE DICIEMBRE DE 1903

BLANCO Y NEGRO

ACTUALIDADES

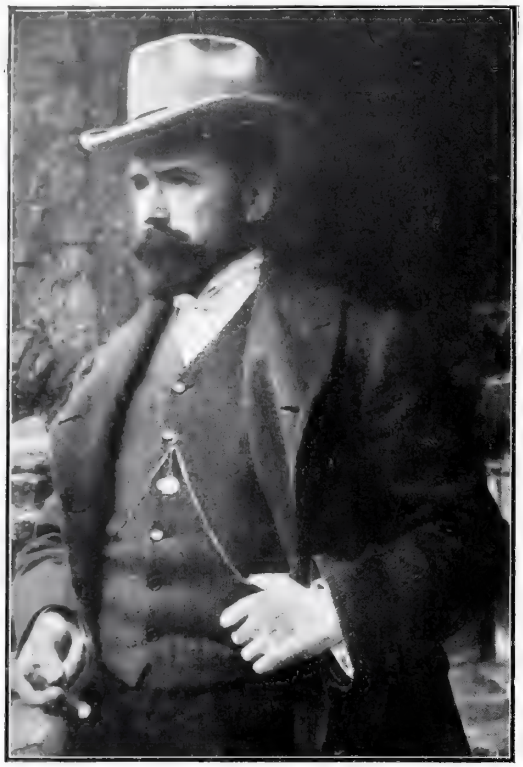
PROYECTO DE PUENTE MONUMENTAL SOBRE EL RÍO URUMEA, EN SAN SEBASTIÁN

SAN Sebastián, la hermosa capital guipuzcoana, progresa de día en día. Recientemente ha convocado un concurso internacional para construir un puente sobre el río Urumea. Entre los catorce proyectos presentados, ha merecido con toda justicia premio el firmado por el ingeniero de Caminos D. José Eugenio Ribera y por el arquitecto D. Julio Zapata. Tendrá el nuevo puente 88 metros de longitud y 20 de anchura. Costará 500.000 pesetas, y los autores se comprometen á ejecutar las obras en cinco meses. Este verdadero *tour de force* de velocidad débese principalmente al empleo del nuevo sistema de construcción de cemento armado, que el Sr. Ribera ha introducido en España con grandísimo éxito. Espérase que S. M. pueda inaugurar el puente el verano próximo.

ENTRADA DEL «URUGUAY» EN EL PUERTO DE BUENOS AIRES CON LOS INDIVIDUOS DE LA EXPEDICIÓN NORDENSKJOLD. EL CAPITÁN IRIZAR

Fot. del «Diario de Buenos Aires»

De Buenos Aires recibimos interesantes fotografías que representan la entrada en aquel puerto del buque de guerra *Uruguay*, mandado por el bizarro capitán Irizar, al volver de recoger entre los hielos del Polo antártico la expedición sueca del explorador Nordenskjold, perdida en aquellas regiones. Es una hazaña gloriosa para los bravos marinos que en ella han tomado parte.



JOSÉ BENLLIURE

Muy acertado nos parece el nombramiento de José Benlliure para la dirección de la Academia de Roma. El ilustre artista nació en el Grao (Valencia) el año de 1856. Fué discípulo de Domingo y Marqués, y á los catorce años alcanzaba ya los primeros premios en su arte en las Exposiciones de Sevilla y Valencia. Uno de sus éxitos fué el retrato del famoso *Angel I*, premiado y adquirido en Sevilla.

Don Amadeo, que había visto algunas obras de Benlliure, le encargó el retrato de su hijo el Príncipe de Asturias, quedando tan complacido de la pintura como maravillado de que un jovencillo de poco más de quince años produjera ya obras tan apreciables. La admiración de Don Amadeo se tradujo en una pensión que disfrutó el artista hasta la abdicación de aquél.

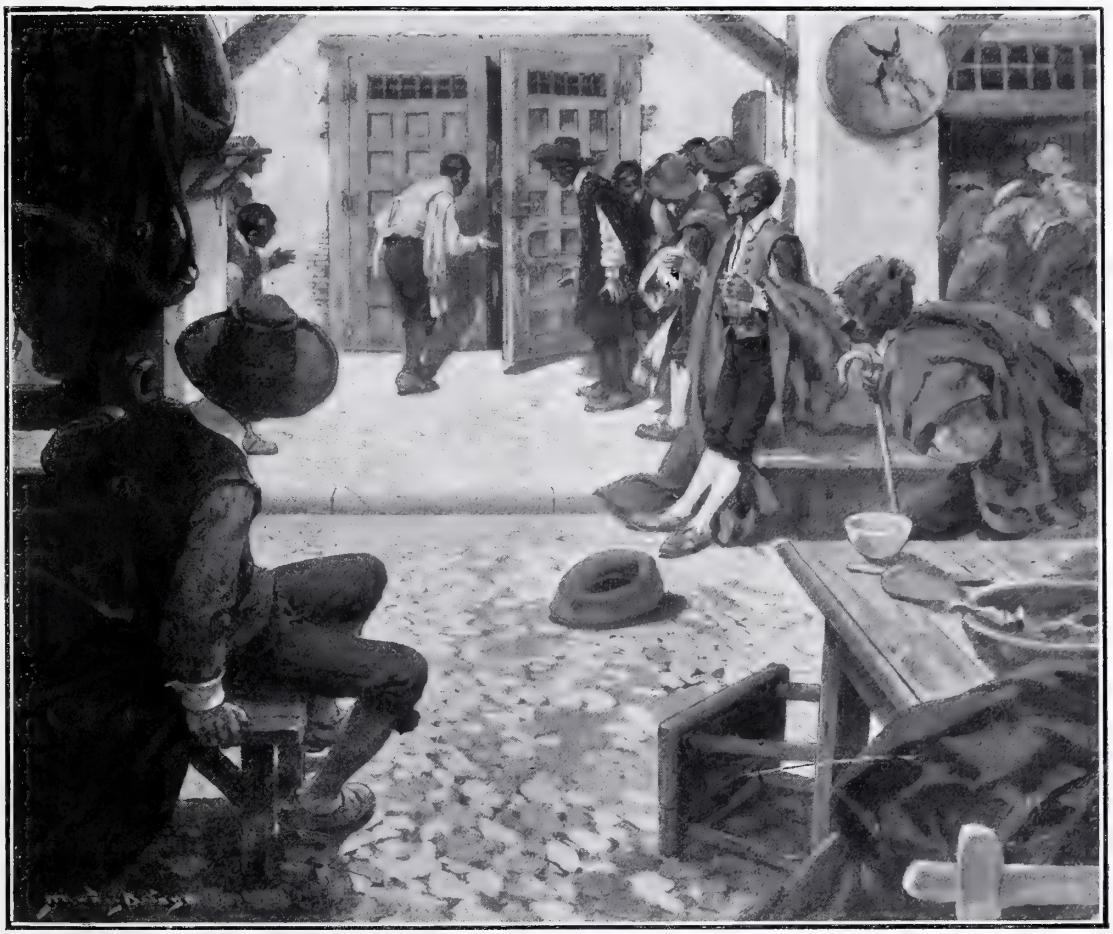
Por aquella época, un rico norteamericano le encargó varios lienzos por valor de *treinta mil duros*. Para poder realizar los nuevos trabajos y vivir en un ambiente artístico universal, se trasladó á Roma, á donde llevó á sus hermanos Juan Antonio y Mariano. A la sazón José Benlliure no contaba aún dieciocho años. Desde entonces el éxito de sus pinturas fué tan grande, que no pudo dedicar su pincel más que al cuadro de caballete. En Inglaterra, Alemania, los Estados Unidos y en la misma Italia, se pagaban á precios elevadísimos sus obras.

Todos los grandes premios que cuenta el nuevo director de la Academia de España en Roma, los obtuvo en Munich, Berlín, Dusseldorf, Viena, etc., con cuadros hechos para el mercado y que hoy figuran en los principales Museos de Europa. Unicamente la primera medalla de Madrid y la gran Cruz de Isabel la Católica, le fueron concedidas á un lienzo *ad hoc*, *La visión del Coloseo*. Benlliure es, además, académico de la de Bellas Artes de Munich, de la de San Lucas de Roma entre otras, y está en posesión de varias condecoraciones extranjeras.

No terminaremos esta gacetilla sin hacer notar la gran afluencia de pavos que este año, como los anteriores, ha habido por las calles y plazas de esta Muy Heroica y virolenta Villa. Si las autoridades han tomado alguna resolución acerca de esos apreciables huéspedes, cosa es que ignoramos. Otras veces se ha cuidado con mucho escrúpulo de sujetar á examen y cuarentena á los pavos, de quienes se asegura que son excelentes conductores de la viruela. Ahora, el pavo circula sin obstáculos ni dificultades... y la viruela también. Y esta última se propaga en proporciones aterradoras, gracias á la deliciosa y chinesca impasibilidad de nuestros gobernantes. Somos el único país europeo que padece ya de viruela en las casas, de langosta en los campos... y como consecuencia lógica, indeclinable de lo que tal estado de cosas supone, padecemos además los peores Gobiernos de Europa. Unos se mueren á causa de la langosta, otros por culpa de la viruela, y otros á causa y por culpa del Gobierno. Total, que no salimos de plagas. Dios nos libre de ellas en el año entrante! Amén.

ENTRADA DE PAVOS EN MADRID POR LA ESTACIÓN DE LAS DELICIAS
Fot. Baglietto

DON RUPERTO



PASARSE DE LISTO

(CUENTO DE HÁ MAS DE DOS SIGLOS)

I

SALVO el parche de tafetán verde que tapaba á aquél un ojo, y algún otro detalle de escasa monta, lo mismo que una gota de agua á otra gota se parecía á Ginesillo de Pasamonte el redomado truhán que había tenido más de dos horas con la boca abierta á cuantos viandantes llevó la suerte del posadero á hacer noche á la fementida venta.

Esta, que tanto de ello como de posada ó de mesón tenía, estaba situada en el camino que va desde Toledo á Illescas, y sin duda, por ser aquel tiempo de feria, no en uno sino en varios pueblos del contorno, estaba, á pesar de su falta de comodidades, tan repleta de viajeros como si allí se hubieran de hallar muy otras holguras de las que en realidad podía prometerse nadie.

Cierto es que la condición de los más, que eran trajineros ó traficantes en ganado, no pedía ni holandesas sábanas en el lecho, ni alemaniscos manteles en la mesa; pero tan pocos y duros eran los primeros y tan mal provista se hallaba la segunda, que algo hubiera dado el dueño de la posada, venta ó lo que fuese, porque el titiritero hubiera seguido con sus bufonadas y brujerías, siquiera no fuera más que para que las risas y asombros no dejaran parar mientes en lo que se le fué la mano al bautizar el vino, que por ágrio y mal embocado mejor estuviera para aderezar ensaladas que no para hacer pasar el encebollado de macho cabrío, que era el más grato manjar que preparaba á sus huéspedes.

Tal vez por ello, aunque nadie anduvo escaso en reir las socarronerías, que eran muchas y bien sazonadas del farsante, tan á la mano les fué á todos el ventero en celebrarlas y encarecerlas, que cuando llegó el momento de la colecta, todos creyeron que les iba á dejar chicos en punto á rumbosidad, echando en el ratonado bonete del juglar lo que menos un real de á cuatro, amén de advertirle que para nada se curara de la costa de la colación.

Sin embargo, de otra suerte lo quiso la negra del regocijado huésped. En el momento en que más embebecido estaba recogiendo unos cuantos maravedís segovianos, unos descompasados golpes dados en la portalada y unas no más compuestas voces gritando «Abran á la Santa Hermandad», hicieron tal efecto en el posadero y en el de los títeres, que uno y otro, pálidos como difuntos, no supieron por el pronto qué partido tomar.

El dueño de la posada fué, no obstante, el que más pronto logró reponerse, y haciendo de la necesidad virtud, se apresuró á abrir la puerta antes de que los de afuera la echaran abajo—que de ello llevaban camino,—para decir, aflautando la voz á fin de disimular el miedo, y dirigiéndose al jayán que hacía de cabo de los cuadrilleros:

—Bien venida sea á esta su casa la justicia del Rey nuestro señor.

Pero aún no había acabado el concepto, cuando fijándose en las facciones del recién venido hubiera añadido algo, y en bien distinto tono, al saludo, si una significativa mirada del cuadrillero no hubiera puesto un candado á su boca. Por suerte, de ello no pudo percatarse nadie. El ilustre senado, en el que había cuatreros hasta por juro de heredad, apenas enterado de con quién se las había, se disolvió como por conjuro, no siendo por cierto el último en hacer eclipse de su persona el juglar, titiritero, saltimbanquis ó como al pío lector le viniere en mientes llamarle.

Por cierto que á éste fué al único que siguió con la vista el posadero, que no pareció tranquilo hasta ver que se encerraba en el camaranchón que le había diputado por alojamiento.

II

Cuando solos quedaron el mesonero y el jefe de los cuadrilleros, que ya puedo asegurar que de ello tenía tanto como su interlocutor de honrado, y esto ya se habrá comprendido que no era mucho, dijo el último sin ambages ni rodeos:

—No ensanche usarcé el pecho, que si mis porquerones no son menos fingidos que los gatos que en los guisos hace pasar por recién cazadas liebres, pisándome los talones vienen otros de cuya autenticidad no tardará en tener pruebas, que no olvidará en los años de su vida, por largos que la merced de Dios se los conceda,

—¿Y qué puede buscar la Santa Hermandad en mi casa?—preguntó el dueño del mesón poniéndose pálido como difunto.

—Busca lo que yo no tardaría en encontrar, si mi interés no estuviera en todo lo contrario. Vuesamerced sabe mejor que yo que hace días escapó de las garras de la Inquisición de Lisboa cierto caballero, á quien lo encumbrado de sus títulos nobiliarios no quita para que sea más observante de los preceptos del Talmud hierosolimitano, que no los de la Santa Romana Iglesia. El prófugo, que sólo trata de salvar las fronteras de España para reunirse en Flandes con su grande amigo y no menos judaizante el poeta Antonio Enríquez Gómez, según soplo dado á la Santa, ha debido hacer noche aquí, ocultándose bajo un disfraz villanesco, y á buscarle á él y á sus bien recompensados encubridores es á lo que no tardarán en llegar los verídicos cuadrilleros.

—Y yo os juro por mi conciencia, sea lo honrada que quiera—replicó el posadero,—que aunque, como vos sabéis, aviso tengo de la llegada del tal sujeto, ni de él ni de su moneda he visto hasta la presente ni brizna.

—Yo es á mí á quien tales razones hais de dar—repuso el falso cuadrillero con no disimulado amostazamiento.—Demás hice con daros cañuto de lo que ocurre, y no es poco lo que expongo el gaznate mío y los míos, con estos arreos que escogimos para escoltar á cierta dama á la que importa tanto

ponerse en cobro como reunirse con el fugitivo, cayéramos en las garras de los que hasta el presente, y Dios por ello sea ensalzado, no tienen noticia de nuestra superchería.

—¿Y si yo os dijera—añadió con socarronería el ventero—que antes supe curarme en salud?

—¿Cómo?

—Delatando yo mismo al judaizante.

—¿Pudísteis cometer tal vileza?

—Aunque lo merecía el que por lo visto no se fió de mí, no hice tal, sino jugar con cartas marcadas.

—No os comprendo, por vida de todos los santos á que os encomendáis á cada hora, no creyendo en ellos más que el hidalgo portugués.

—Pues es muy sencillo: la ventura trajo esta tarde á mi casa á un titiritero, que, á falta de cosa mejor, bien puede servir de presa á la justicia. Allí le tengo seguro, añadió el maese señalando el pajar; y mientras prueba su inocencia y que no es quien se supone, el verdadero pájaro habrá tenido tiempo de tender el vuelo, no digo á Flandes, sino al fin de la tierra.

III

Cuando media hora más tarde, libre ya la venta de los falsos cuadrilleros, entraban en ella otros de mejor ley y no tan hechizos, el posadero abrió con aire de triunfo la puerta de un camaranchón para que pasaran los esbirros.

Pero ¡oh decepción y decepción de las más horribles! Allí donde creía tener escondido su tesoro el redomado posadero, no había nada, absolutamente nada. Es decir, había algo. Ese algo era una cuerda atada á una ventana señalando el sitio por donde el fingido titiritero había huído, y aún otra cosa de más valor y de no menos elocuencia. Sobre una bolsa no mal repleta de cruzados portugueses se veía un papel que decía así:

«Si bien hice en no descubrirme á usarcé por temor á que sin querer me vendiera, mal haría en no pagar el servicio que sin saberlo me prestáis. El Dios que sacó á su pueblo de la cautividad de Babilonia, os saque de donde á mi pesar os dejo.»

Y excusado es decir que todo fué á dar en poder de la Santa, excepción hecha por de contado de la bolsa y los cruzados que contenía, circunstancia á la que hay que atribuir el que á falta del portugués, que tranquilamente fué á reunirse con el enrevesado poeta su amigo, otro pagara todos los vidrios rotos.

Ese otro fué el posadero, que si no miente la fama, salió muy galano con su sambenito y coroza correspondiente en cierto solemne auto de fe, de que da menuda y circunstanciada cuenta un mamotreto que obra en el Archivo Nacional de Alcalá de Henares, con otros muchos de los enlegajados con el rótulo de «Inquisición de Toledo».

ANGEL R. CHAVES

DIBUJOS DE MÉNDEZ BRINGA

Limosna de Nochebuena

(DE FRANCISCO COPPÉE)

Dió fin la Misa del Gallo.
En el cielo, ¡cuánta estrella!
Está helando; vamos pronto.
¡Qué inclemente Nochebuena!
Todos, para guarecerse
del cierzo, atrancan la puerta;
mal calentando la cama,
todos aprisa se acuestan.
Encapuchadas de nieve,
las casas el lomo arquean;
ya no brillan resplandores
en los vidrios de la iglesia.
¡Qué quietud y qué silencio
en la solitaria aldea!
Algo nos dicen los astros,
que sin cesar parpadean.
¡Chitón! Va á bajar el ángel,
y no hay hogar que no tenga
los zapatos de los niños
junto á la apagada leña.
El celeste mensajero
viene, y con pródiga diestra,
tortas, confites, juguetes,
vierte por la chimenea.
Cuando al cielo se remonta,
ve, por la nieve cubierta,
á un extremo del villorrio
humilde y tosca vivienda.
Esa es la única del pueblo
en que no dejó su ofrenda.
¡Lo ha repartido ya todo!
¡Nada en la falda le queda!
Vive allí una viejecita,
pálida y flaca hilandera,
que á un pequeñuelo biznieto
penosamente sustenta.
Son tan pobres, que no tienen
ni un pan duro en la alacena,
y el niño sus zuecos puso
en el hogar, que no humea.
Los ángeles nunca tienen
dinero en la faltriquera.
¿Es posible que éste pase
sin socorrer la indigencia?
¿Podrá el Señor consentirlo
El ángel al cielo vuela,
y un lucero brillantísimo
toma en la cerúlea esfera.
En sus manos el lucero
en onza de oro se trueca,
y en el pobre hogar del huérfano
caritativo la deja.
Vuelve luego al Paraíso,
y confuso se presenta
ante la Virgen María,
que al Dios Niño en brazos lleva.
El Dios Niño, alzando el brazo,
toma el astro que destella
más viva luz de su Madre
en la celeste diadema,
lo pone en manos del ángel
con infantil gentileza,
y «Ve—le dice;—en su sitio
ponlo antes de que amanezca».
Los sabios que el firmamento
en noches claras contemplan,
no atinan por qué más que antes
brilla al presente esa estrella.

TEODORO LLORENTE

DIBUJO DE VARELA

EL FRESCO DE NAVIDAD

DESCARGANDO LAS CAJAS

QUÉ casa ni qué mesa carecen en estos días del tradicional y apetitoso besugo que, para su mal, hizo plato obligado de Navidad algún perverso Montiño?

Por muy humilde que sea la familia, aun cuando no hubiere otro manjar, el clásico besugo con sus *sardinetas* de limón, no falta en noche de Nochebuena.

Es la cena española por tradición, como son sus inseparables compañeros el turrón y la sopa de almendra.

Si estará generalizada esta cena en la vigilia del Nacimiento del Hijo de Dios, que Madrid sólo consume en los tres días más señalados de Navidad tres ó cuatro veces más de los que ordinariamente llegan al mercado.

En esos tres días hallan cómodo ó incómodo asiento en el estómago de este vecindario de 36.000 á 40.000 besugos.

Los hay desde 750 gramos hasta de dos kilos, pero de estos respetables peces se cuentan pocos, dicho sea en honor á la verdad.

Los besugos proceden de Bermeo, Motrico, Lequeitio, Santander y Castro Urdiales, y la mayoría de los que envían á Madrid son de Vigo y la Coruña.

EL PESO EN EL MUELLE

Suelen estar al alcance de todas las fortunas, si es abundante la pesca; años hay en que se puede comprar á peseta el kilo, es decir, más barato que de ordinario; mas cuando escasea, no es raro que haya que pagarlo á cuatro pesetas.

El besugo constituye en las clases populares la base y aun el todo de la cena por Nochebuena; en las pudientes, es un plato más de rúbrica en esa noche.

Y mucha gente que no se acuerda del pobre besugo en toda la temporada desde que comienza su captura en el Can-

¡ VAYA UN PEZ !

tábrico, aun cuando se harte de verlo en las pescaderías, el día de Nochebuena le busca y le codicia como si fuera manjar de los dioses.

Júzguese de su desconsuelo si en esos días, por la escasez en la pesca, se vende á tres ó cuatro pesetas y tiene que quedarse sin gustarlo.

Cuando aún no existía el mercado de los Mostenses y el pescado se vendía pesado por arrobas en la plaza del Conde de Barajas, llegó á pagarse un año por Navidad á dieciséis duros la arroba de besugo. Es decir, á veintisiete reales la libra próximamente.

«Hoy *los trenes* adelantan que es una barbaridad;» hay vapores de pesca no sólo españoles, sino franceses, y abarrotan los puertos de toda clase de peces, que en muy pocas horas (en menos podía ser) los traslada el tren á Madrid.

Hay quien por no carecer en día tan señalado para la gotonería del apetecido besugo, sería capaz de hacer cualquier sacrificio: hasta el de no cenar á la noche siguiente.

Y luego que ese pez es tentador; con sus mejillas y su lomo ruborosos, sus expresivos ojos negros y sus dientes menuditos, parece incitar al transeunte.

¡Dichosos de los que pueden comerlo en paz y en gracia de Dios sin tener que recordar bajas en su hogar alegre y risueño!

ROBERTO DE PALACIO

DESCAMANDO EL BESUGO

EN EL MERCADO

FOTS. MUÑOZ DE BAENA Y ASENJO

LA LEYENDA DE CLARIANA LA DESAMORADA

...y Clariana presidió y dirigió á la comunidad...

Nadie conoció á los padres y ascendientes de Clariana, que, siendo niña de pocos meses, quizás de pocos días, fué hallada, envuelta en riquísimos pañales y sin que se pudiera averiguar quién la había depositado allí, al pie de una mata de azucenas, que era el más lindo ornamento del monasterio de Salum, junto al Bósforo, cerca de Bizancio.

Las cándidas é inocentes religiosas de Salum no dudaron ni un instante que la niña aquella era un presente del cielo. Podéis imaginaros lo que sería el criar y educar una niña que á angel trascendía, en un convento rico y linajudo: porque si en toda mujer existen los instintos maternales, no hay que decir cuán fácilmente se desarrollan y crecen cuando la maternidad es un goce prohibido, y cómo llenarían el alma de las bonísimas religiosas que podían, por casualidad y buena ventura, disfrutar ese goce en virtud de especial permisión celeste y sin ofender á Dios ni faltar á la regla.

Clariana fué la mejor joya del monasterio. Todas las reclusas eran á mimarla, á pulir su cuerpo y enaltecer su espíritu, enseñándola cuantas habilidades, artes y ciencias poseían y pueden poseer las doncellas recoletas en un claustro. Clariana supo el arte de cultivar los jardines y de cuidar los animales domésticos, el de iluminar y estofar manuscritos, el de preparar y aliñar toda suerte de golosinas y confituras... y también supo tañer con

mucha suavidad el monocordio, la cítara ó forminge, el xilocordio, la lira de once cuerdas, y aun el odrecillo que alegra con sus populares desafinados sones las fiestas pascuales... y también supo más altas y nobles disciplinas, como las contenidas en el *trivio* y en el *quadrivio*, y fué doctísima en Gramática, Retórica y Dialéctica... y ¿cómo no? habiéndose criado en el imperio bizantino, alcanzáronsele muy brillantes reflejos de las disputas teológicas á que los sabios de tal época estaban entregados, aquellas polémicas utilísimas que traían revuelto al mundo.

Aconteció que el día de los Santos Inocentes, festividad que se celebraba con muy honestos solaces en la Iglesia y en el claustro, las religiosas de Salum quisieron consagrarle á la más inocente criatura que había en el Monasterio, á Clariana. Bizarramente la vistieron blanco brial de tisú recamado y flotante velo azul celeste; diéronla como cetro una rama de hermosas azucenas que en el invernadero se conservaran para tal ocasión, y Clariana, con el mismo digno y autoritario continente que la abadesa, presidió y dirigió á la comunidad, que con grande y beato contentamiento la seguía, la seguía... hasta que, súbitamente, sin decir palabra y como dominada por extraño acceso de locura, la engalanada mozuela llegó ante una puerta herrumbrosa y rechinante del claustro, golpeóla suavemente, y la puerta giró sobre sus mohosos goznes, descubriendo á los ojos de las espantadas religiosas un cuadro de campo verde y de cielo azul que jamás vieran. Y desde entonces, en el monasterio de Salum no se ha vuelto á saber ni una jota de la fugitiva Clariana, cuya historia mandaron representar las religiosas en los recuadros del coro, que pintó al encausto el gran artista Panselinos.

...y se dejó caer en un diván.

El extraño poder que había forzado á Clariana á abandonar el claustro, no era sino lo que en castellano solemos llamar la fuerza de la sangre. Clariana sabía ya á los diecisiete años cuanto en aquellos tiempos era dable saber, y aspiraba con noble anhelo á conocer la única ciencia ignorada por ella y por sus preceptoras: la ciencia del mundo. Vago presentimiento la hizo andar, andar, andar, hasta llegar á una suntuosa morada. De pórfido eran sus cimientos, de mármoles purísimos sus paredes, de veteados jaspes sus columnas. En los basamentos de las columnas, en los rodapiés de las escaleras y en los zócalos de patios y habitaciones, los grandes lotos egipcios abrían sus misteriosas corolas. En ventanas y claraboyas, cachazudos artistas venidos de la remota Samarcanda ó de la olvidada Susa, habían hecho calados y transparentes atauriques para filtrar la luz con sabia mesura. Los techos eran de dorados y rojos alfarjes, de multicolores mosaicos los pavimentos.

Clariana penetró en el palacio como si conociera todos sus aposentos y rincones. Servidores mudos y oficiosos y lindas y listísimas doncellas apresuráronse á recibirla. Clariana, que estaba fatigadísima, llegó á un aposento, que sin duda era el suyo, y se dejó caer en un diván. Las solícitas doncellas la desnudaron, la lavaron, la perfumaron, la peinaron, la vistieron holgada y suntuosa túnica á la oriental, realzada con ricos broches de ataujía delicadísima, entre cuyas filigranas se veía brillar piedras preciosas de valor incalculable.

Ninguno de aquellos inesperados acaecimientos pareció sorprender á Clariana, que era de esos seres superiores y casi perfectos á quienes suceso alguno coge de nuevas. No obstante, al descalzarla una de las doncellas, Clariana sintió dolor agudo en el pie izquierdo. El blanco zapatito picudo que le calzaron las religiosas de Salum, con tanto caminar se había roto, y la delicadísima planta de Clariana estaba herida.

Entonces comprendió por qué la habían reconocido como dueña y señora del palacio. Miró al suelo y vió el rastro de sangre que sus pasos dejaran.

Y la sangre no era roja, sino azul, de color de zafiro.

...y pasaba muchos ratos abrazada á él.

El palacio de Clariana era una mansión de encantamiento. Allende los mármoles y los jaspes, los oros y los bronces, los nácares y las maderas finas, los esmaltados aliceres y los bordados tapices, todo él estaba lleno de amuletos á cual más preciosos y eficaces; pero de ellos, los que más fuertemente impresionaban y seducían á Clariana, eran una numerosísima y lucida colección de sapos de todos los tamaños, formas y colores, que poblaban todas las cuadras, salas y aposentos.

Nadie ignora que el sapo es un animal benéfico y amigo del hombre, y que su presencia é inmixtión en nuestros asuntos debe diputarse por agüero excelentísimo. Tal virtud débese á la cualidad que poseen esos animalitos de llevar un diamante oculto entre los sesos, por la parte trasera del cráneo.

Quien hallándose en estado de perfecta inocencia toca el diamante consabido, gozará en toda su vida la fortuna más inestimable de todas: la de no verse jamás sujeto á las tristezas y malandanzas que el implacable amor acarrea á los mortales.

Clariana que, como buena teóloga bizantina, conocía este curioso pormenor, como sabía otras muchísimas cosas, no pudo reprimir su contento al verse rodeada de tan gratos y simpáticos bichos, y se recreaba grandemente en contemplarlos, porque aun cuando era muy refinada en sus gustos, no le dió nunca por los remilgos y melindres que en nuestros días hacen á ciertas señoritingas apartarse de los pequeños y dulces animalitos de Dios para caer quizás en manos de otros animales peores.

Había, pues, en el palacio sapos, sapitos y sapazos de todas las formas y materias: los había de bronce esmaltado, de madera esculpida y barnizada con lacas peregrinas del obscuro país de Zipango, de tierra verde cocida al horno, de oro repujado, con los ojos de rubíes y las ancas cu-

bierras de esmeraldas. Mas por uno sólo sentía Clariana especial predilección, y pasaba muchos ratos del día abrazada á él, con el fin de poner á prueba su maravillosa virtud. Era un gran sapo de porcelana verde, grave, autorizado, majestuoso, casi casi pedantesco. Su piel era lustrosa, lene y fría como la de los sapos de veras. Repantigaba su enorme vientre sobre el pedestal, desparrancando cuanto podía las patas, y parecía aspirar el fuerte perfume de las calas, que emergían del estanque y tendían hacia él sus amarillos espádices olorosos y sus grandes corolas blancas.

Si Clariana hubiese caído en la cuenta, no habría dejado de comprender que aquel animalucho venía á ser la representación simbólica del egoísmo.

Pero Clariana, que sabía todas las ciencias de Bizancio, ignoraba esto, y cada vez con más fe y con más candoroso entusiasmo abrazaba al monstruo verde, procurando tocarle siempre el punto donde los sapos tienen el misterioso diamante recóndito.

De donde, como es consiguiente, sucedió que vino Clariana á quedar desamorada para toda su vida.

Y al quedar desamorada, perdió aún el dulce recuerdo de las buenas religiosas que la criaron y educaron, y al desarraigarse de su pecho hasta aquel sencillo y apacible amor, la figura de Clariana fué empalideciéndose y clarificándose mucho más que hasta entonces lo había estado. Por bajo de su finísimo cutis se veían correr los hilos de la sangre, que ya no era de color de zafiro, sino más clara, mucho más clara, de color de turquesa, porque aquella sangre ya no alimentaba afectos humanos. Y Clariana, que no podía querer á los hombres, amó las flores raras y los animalículos extraños. Y en su camarín, vestido de sedas orientales, se amontonaban las modestas clemátidas y las altivas anémonas, y junto á las saxífragas y hortensias, las flores de la hierba húmeda, los blancos asfodelos, flores sin hoja, y los cálices nivosos de las nínfeas.

Más tarde, al amor de las flores peregrinas sucedió en su corazón el de las joyas, y después el de las sedas, y por último el de los mosaicos; y Clariana, como tenía la sangre cada vez más clara y el corazón cada vez más frío, vivió muchos, muchos años... quizás viva todavía en su palacio de encantamento, adorando al gran sapo verde.

Pero lo que la leyenda se calla es que Clariana no fué feliz en su vida, y esa es la única y la mejor enseñanza que del cuento se puede y se debe desprender. Y no fué feliz Clariana por una razón en la que no dieron los sabios bizantinos: porque le faltó la ciencia del amor, que no le habían enseñado las religiosas de Salum y que ella no quiso aprender en el mundo, y faltándole el amor, la sangre que antes fué roja se le trocó en azul de zafiro, y de azul de zafiro en azul de turquesa, y de azul de turquesa en blanca, y la sangre blanca podrá hacer seres inmortales pero no seres felices.

Y ésta es la ejemplar leyenda de Clariana la desamorada, y Dios os libre, amadas lectoras mías, de tropezar en este mundo con el diamante que el sapo verde tiene en la parte de atrás de la cabeza, aun cuando sabios muy tontos quieran explicaros que el diamante se llama *experiencia* y al sapo verde *desengaño*.

FRANCIS DE MASEL

...Y en su camarín, vestido de sedas orientales, se amontonaban...

El árbol de Noel

ACABAS con el árbol, ó te hago yo concluirlo de arreglar más que de prisa...!

Con tal dureza salió esta orden de la boca del mayordomo una de las veces que asomó su calva de senador y sus patillas de banquero por la entreabierta puerta, que el muchacho, aterrado, dejóse de contemplar los fascinadores chirimbolos y prosiguió con rapidez su tarea de acomodarlos en aquel frondoso pino enhiesto en medio del dorado salón, y quizás tan preocupado como el chico de verse sobre el reluciente mármol, con sus extrañas bellotas encima. La labor del rapaz no fué, sin embargo, muy rápida. Las oscilaciones de su mano denotaban un pulso trémulo, un corazón latiendo terriblemente. Y á la verdad, el árbol de Noël ofrecíase tentador hasta lo irresistible. Como si hubieran llovido en su copa los objetos, pendían de las ramas fusiles, cartucheras, sables, roses, establos, vacas, pierrots, muñecas, cacerolas, coches, tranvías: un bazar entero trasladado de las vitrinas de la tienda á los brazos del simbólico tejo, por entre la fronda del cual asomaban las peritas eléctricas de una instalación provisional, prometiendo un doble deslumbramiento cuando una hora después rodeara la turba infantil el soñado tronco.

El criadito era antes que nada un niño, y seducido por aquellas preciosidades que contemplaba al blanco resplandor de una única lámpara, había concluído por olvidarse de su deber, y sin el acento de trompeta apocalíptica del mayordomo, hubieran concluído los juguetes del árbol por arreglarse solos. A punto estuvo de rodar desde lo alto de la escalerilla en que se hallaba empinado al oir la dura conminación. Sin embargo, su instinto de criatura extasiada ante los juguetes, y aguzada por la imposibilidad de conseguirlos, pudo más que el miedo al déspota, con ese despotismo de las altas servidumbres. Las patillas de banquero y la calva de senador habían desaparecido, ausentadas por alguna urgente última mano en otra parte exigida por la inmediata fiesta infantil, y el criadito se durmió despierto en presencia de aquel frondoso pino de cuento de Andersehen, que acaso también sentía sus nostalgias norteñas arrancado á su clima nebuloso y húmedo. Y á pesar de su terror y de la probable despedida por la reincidencia, la mano arregladora tornó á permanecer quieta y el rapaz prosiguió soñando, con un triste sueño de desheredado, que todo aquello que á su alcance se hallaba le pertenecía, y hasta llegaron á entablarse en su alma súbitas luchas y vacilaciones por si escogería un fusil, ó un sable, ó un estoque de torero, las tres más lindas cosas que excitaban su codicia.

Unos pasos próximos le sacaron bruscamente de su ensimismamiento; volvióle la conciencia del peligro, y varias ramas estuvieron á punto de romperse y rodar con sus juguetes á tierra ante la preci-

pitación con que la débil mano excitada llegó á brujulear en el árbol. Terminó felizmente la operación, y las pisadas repercutieron más cerca. Eran, efectivamente, la calva de senador y las patillas de banquero que llegaban.

II

—¡Si sobrara algún juguete y no lo notaran!

El pensamiento del pobre criadito se agarró á esta débil esperanza una de las veces en que atisbó desde el antesalón, ocultándose él tras de uno de los portieres de terciopelo, la escena que se desarrollaba en la dorada estancia en torno al árbol de Noel, rodeado de chiquillos. ¡Qué noche! Ahí, al lado, el tumulto de los niños convidados al reparto, la turba de los privilegiados, la ola de alegría, que no cesaba en su estruendo de risas, de voces, de exclamaciones, de palmadas; la felicidad lloviendo á granel sobre los señoritos, sus preciados dones, y teniéndole tan cerca, nada para él: ni un reflejo, ni una gota, ni una limosna siquiera, sin considerar que no obstante su condición humilde, dentro de su dormán con triple hilera de botones y alamares negros, bajo su librea, escondíase otra criatura con sus catorce años y su corazón lleno de anhelos, tan rapazuelo é infantil en su pobreza como los muchachos ricos á quienes la suerte, siempre olvidadiza de los pobres, favorecía con su hartura. ¡Era su condición y se resignaba; pero si al fin quedara algún juguete inadvertido en el pino!

Al cabo terminó el suplicio de fiera enjaulada; los «señoritos» se marcharon cada cual con su juguete, y cuando á las altas horas pudo entrar á recoger, clavó anhelante sus ojos en la copa del árbol buscando el mísero chirimbolo escapado á la voracidad infantil que esperaba de la suerte. A través de sus lágrimas investigó las ramas todas. ¡Nada! ¡Sí! ¡Un solo juguete colgaba, uno solo, roto, y que por eso nadie había sin duda querido!

Ese era el suyo: el desperdicio, la sobra de la mesa, la migaja del desheredado, un arlequín de cabeza movible al que en la algarabía traída en torno del árbol por las niños ricos, que tenían donde escoger y que desdeñaban de cargar con nada que adoleciese del menor desperfecto, había tocado algún recio palo, abriéndole un buen boquete en el cráneo de pasta. Pero á pesar del destrozo, el pobre payaso conservaba íntegra la cara y en ella sus dos ojos, no de cristal, las dos bolitas de vidrio que relucen en la faz de los muñecos, sino dos pupilas tristes, dos pupilas provistas de mirada, de una mirada honda y llena de lágrimas clavada en la puerta que acababa de separar sus hojas, y en la que surgía la figura doliente del otro desheredado.

Nadie había en la estancia en aquel momento; indudablemente era á él á quien el arlequín miraba con esos ojos tristes y llenos de preguntas que se clavan en un compañero de desgracia, presintiendo un consuelo al propio infortunio y á la vez sintiéndose un alivio á la ajena infelicidad. ¡Roto, mas al cabo juguete! Estaba acostumbrado á aprovechar las sobras. Vaciló un punto, siempre amedrentado por el recuerdo de la calva de senador y las patillas de banquero, pero pensó que nadie reclamaría el payaso destrozado, y golpeándole el corazón plantóse junto al pino, agarró el muñeco con mano trémula, y ocultándolo bajo el dormán se lanzó fuera de la habitación. como si temiera que las figuritas modernistas de las mesas se lo fueran á quitar...

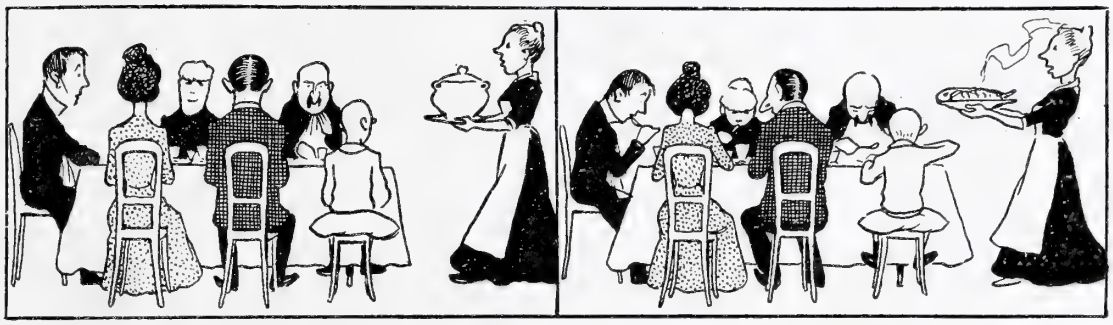
¡Oh Dios bueno, Dios de los niños pobres! ¿No es verdad que fuiste tú el que abrió la cabeza de un pobre arlequín?

ALFONSO PÉREZ NIEVA

DERECHOS DE REGISTRO

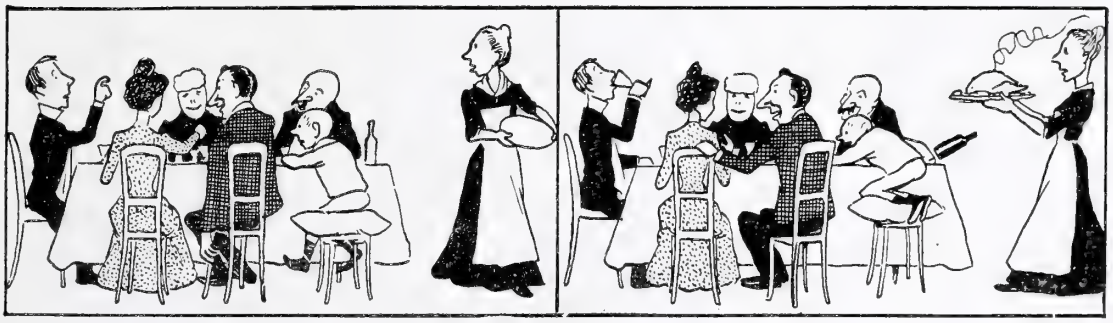
LA CENA DE NAVIDAD, ó ¡SE HA LUCIDO LA PETRA!

POR XAUDARÓ



—La sopa.—¡Santa palabra!
—¡Y qué bien la hace la Petra!

—El besugo.—Es un besugo
de los de primera fuerza.

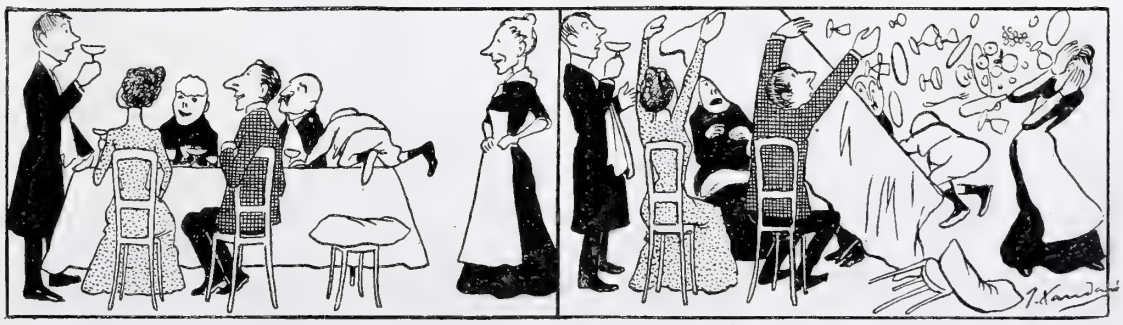


—Como que para el besugo
no hay otras manos como éstas.

—El pavo.—¡Qué pavoo...roso
porvenir el que le espera!

—¡Venga el Champagne, que tenemos
todos la garganta seca!

—¡El descorche!—¡Huy, qué canguelo!
¡Que va á saltar! ¡Que ya suena!



—¡Petra, para tí los postres!
¡Eres la gran cocinera!

El chico.—¡Eso sí que no! ¡Protesto
y. .!—¡Se ha lucido la Petra!

CHILDE-HAROLD

(Pensamiento de Heine)

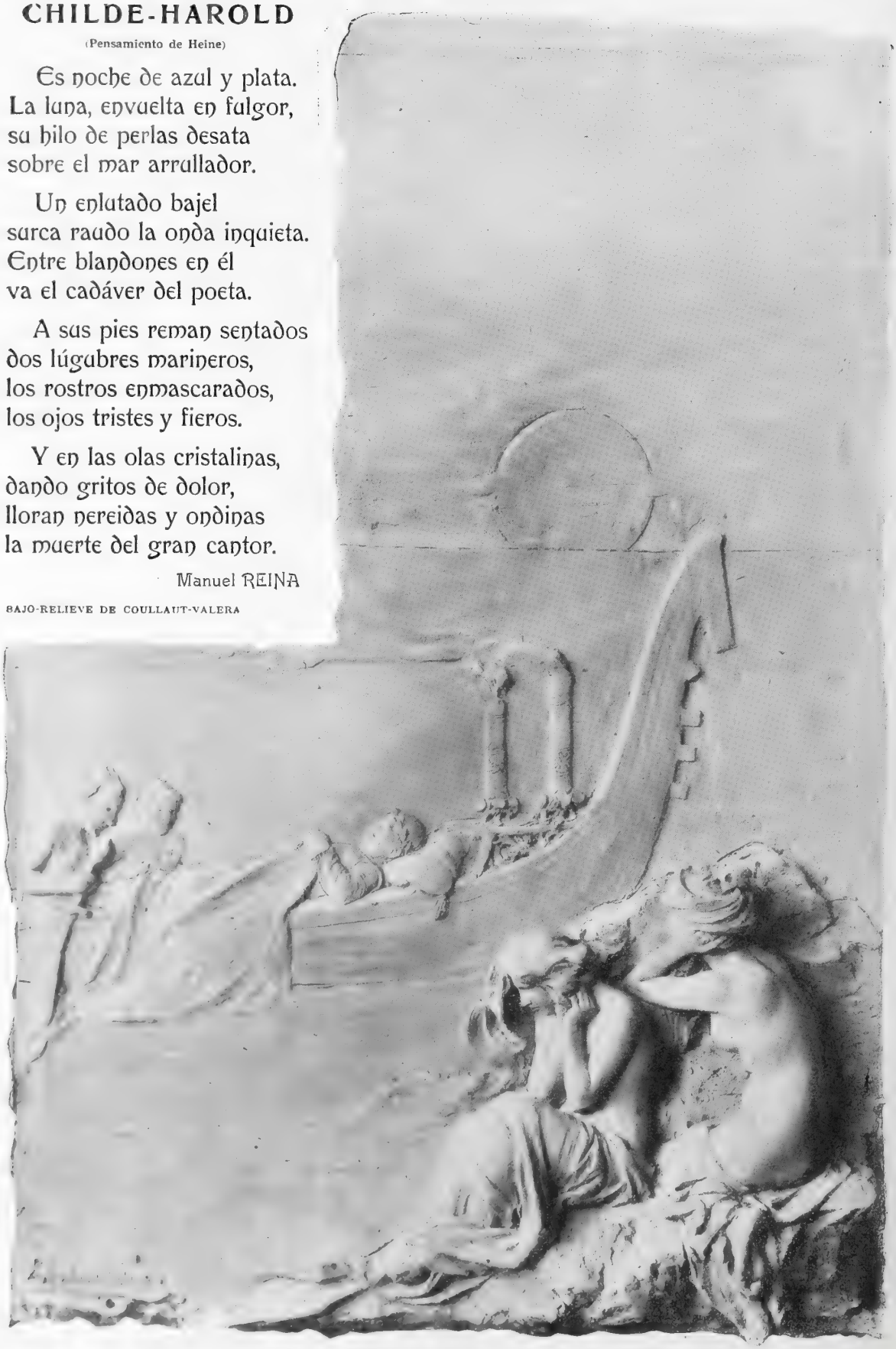
Es noche de azul y plata.
La luna, envuelta en fulgor,
su hilo de perlas desata
sobre el mar arrullador.

Un enlutado bajel
surca raudo la onda inquieta.
Entre blandones en él
va el cadáver del poeta.

A sus pies reman sentados
dos lúgubres marineros,
los rostros enmascarados,
los ojos tristes y fieros.

Y en las olas cristalinas,
dando gritos de dolor,
lloran nereidas y ondinas
la muerte del gran cantor.

Manuel REINA

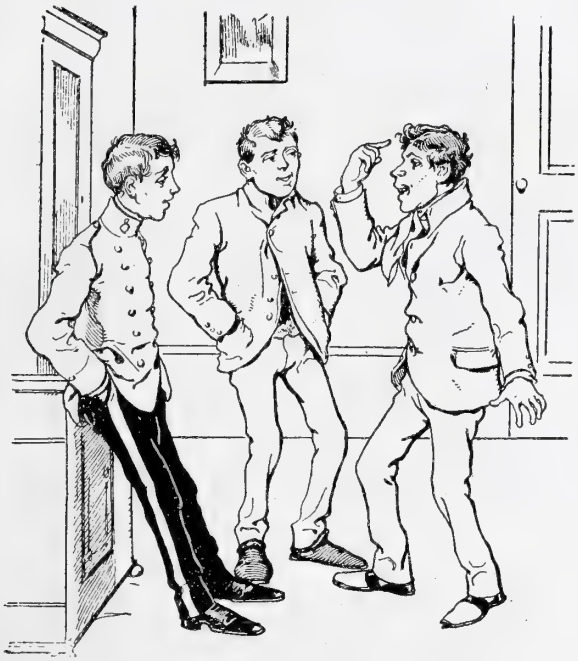


BAJO-RELIEVE DE COULLAUT-VALERA

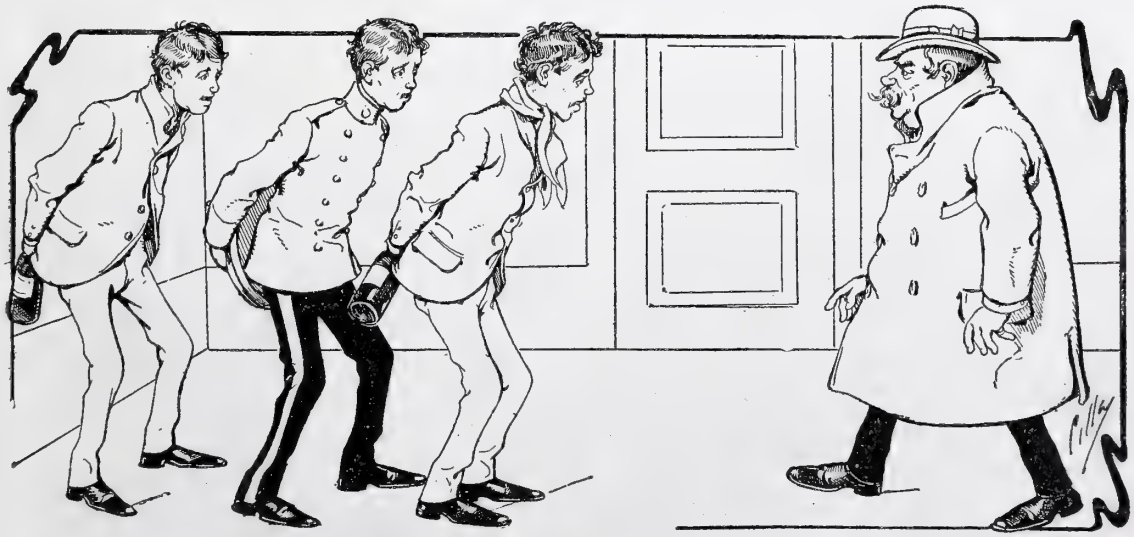
UNA NOCHEBUENA

RECUERDO DE MI VIDA DE ESTUDIANTE

Se acercaba la Pascua de Navidad, fecha fatídica, cruel efeméride para el infeliz besugo, que sucumbe sin la menor protesta, á pesar de ser uno



de los individuos de más agallas que cruzan los mares; se avecinaban los días solemnes en los que otra víctima no menos candorosa, el pavo, inmola su bien cebado vientre en honor del hombre, que después de estar durante un año prodigándole solícitas atenciones, le sacrifica en el altar de su gula, y tres modestos estudiantes que se preparaban para el ingreso en la Academia de Segovia discurrían mil cábalas para salir de formidables apuros de dinero en época tan tentadora de apetitos. La mensualidad que habíamos recibido de



nuestros respectivos padres ó encargados se había convertido en piadoso recordatorio, y era necesario á todo trance agenciarse dinero. ¿Pero cómo? ¡Ecco il problema morrocotudo! A vuelta de discurrir proyectos, Arturo, que siempre era de los tres el hombre de las soluciones, dióse una fuerte palmada en la frente, y dijo interrumpiendo nuestra abstracción:

—¡Estamos salvados! ¡Yo estoy muy malo!

—¿Cómo? ¿de qué?

—Veréis. Yo me finjo enfermo. Escribidle á mi buen tío pintándole con negros colores mi dolencia, la gravedad de mi situación, lo que cuesta el tratamiento facultativo, y mi tío, que ocupa el número uno en el escalafón de las buenas personas, vendrá á Segovia inmediatamente.

—¡Magnífica idea! Pues manos á la obra; venga pluma y tintero... Querido tío...

—No, hombre, que no es tío vuestro.

—¡Ah! es verdad. Bueno. Pues... «Respetable señor D. Eleuterio...» ¡Mira que Eleuterio! Hay nombres que deben ponerse á fuerza de recomendaciones. Ea, ya estás servido. Ahora, sin perder un minuto, al correo. Se acordó que en tanto llegaba el respetable D. Eleuterio, Arturo no comiera en dos días, para que adquiriese cierta palidez convincente, á lo que se resistió nuestro amigo, que encontraba excesiva la prueba. Como fundadamente esperábamos, á las dos tardes recibimos un telegrama que decía: *Sorpresa desagradable; salgo primer tren.—Eleuterio.*

—¡Ya está aquí! No hay que perder momento.

—A la patrona—dijo Arturo—hay que advertirla que siempre que éntre en la habitación hable en voz baja y ande de puntillas.

—A mí—exclamó Pepe—dejadme el papel de médico; veréis con qué seguridad receto y te diré: «¡Veamos ese pulso!» ¡Ah! y antes que se me olvide: ¿qué enfermedad es más de tu agrado?

—Yo creo que una congestión pulmonar; ¿no os parece?—interrumpió la víctima propiciatoria.

—Justo; congestión: sangre, exceso de sangre.

—Tú, Pepe: tapa esa ventana como en *La bohemia;* le diremos al tío que el sol te hace mucho daño; después de todo, te levantas siempre de noche; aquí la escupidera; hay que echar agua y vino, color de sangre.

—¿Para qué?

—Hombre, para que cuando yo éntre vea los esputos. ¿No quedamos en que soy el médico?

Golpe de campanilla. Arturo, sin darle tiempo á

prepararse, vestido y todo se zambulló más que aprisa en la cama.

—¿Dónde está? ¿dónde está esa criatura?

—¡Chist!—advirtió Pepe al tío, que tan bruscamente se presentaba en escena. ¡Más bajo! ¡Una emoción fuerte podría comprometer su vida!

—¿Pero tan malo está?

—Mire usted, el deber de un médico es decir siempre la verdad: le encuentro muy postrado.

—Pero un muchacho tan fuerte, tan sano...

—Esa es la vida, amigo mío. Ya ve usted, hoy es la tercera visita que le hago. Vamos á ver, ¿cómo está el enfermo?—dijo en alta voz Pepe acercándose á Arturo, que pugnaba por contener la risa debajo del embozo. A ver ese pulso. ¡Hum! Esta pícara calentura no quiere ceder. ¿Ha tosido mucho? ¡Mire usted los esputos!—advirtió con cierto gesto Pepe al bueno del tío.

—Hombre, sí que es un color raro.

—Vamos, hoy le encuentro un poquito mejor. Aquí tiene usted á su tío, por el que tanto ha suspirado estos días. Le quiere á usted mucho.

Arturo hizo ademán de incorporarse; pero recordando Pepe que estaba vestido, dijo apresuradamente:

—¡No, eso no, nada de sacarme las manos fuera! ¡Quietecito!

Don Eleuterio, ya del todo convencido, llamó aparte al *médico* y le preguntó:

—En confianza: usted, por lo que se ve, se toma especial cuidado por mi sobrino; pero como supongo que andará muy mal de dinero, le participo que por eso no deje de visitarle; yo corro con todos los gastos, y por dinero no lo deje.

—De perlas celebro su cariñoso aviso, porque ya sabe usted que cuando escasean los recursos, los médicos no podemos recetar ciertos medicamentos caros. Por lo pronto, para que respire con facilidad, habrá que traer cinco ó seis balones de oxígeno, que costarán aproximadamente á veinte duros cada uno.

—¡Hombre, tan caro! Yo tengo idea de que en una ocasión...

—Sé lo que va usted á decirme. Pero el aire se ha subido considerablemente, se ha hecho raro. ¿No ha oído usted hablar del aire *enrarecido*? Además, se trata de aire de Mediodía, que siempre cuesta mucho más que el del Norte.

—Bien, lo que usted diga... Ahí van, por lo pronto, quinientas pesetas.

—¡Ah, sois un modelo...!

El bondadoso tío encareció muy mucho que Pepe no se apartara un momento de la cabecera, y pidiéndonos permiso, porque un asunto urgente le obligaba á marcharse por breves horas, se despidió de nosotros, haciéndonos mil recomendaciones.

No hizo el tío más que desaparecer por el foro, cuando Arturo, dando saltos en la cama y envolviéndose triunfante con la colcha á modo de túnica, exclamó:—¡Viva la juerga! ¡A mí besugos! ¡A mí turrones y delicados mazapanes! ¡Venga Cordon rouge!

Y comenzamos una espantosa danza macabra alrededor de las quinientas pesetas que *palpitaban* sobre la mesa. Tan furiosa danza fué interrumpida por la llegada del tío, á quien se le había olvidado el paraguas, y al ver el pintoresco cuadro, la estupefacción más soberana se pintó en su semblante.

—Muy bien, muy bien, ya veo que el enfermo hace prodigios,—agregó después de una pausa.

—¡Cómo se entiende!—dijo Pepe recobrando la serenidad;—¡desobedecerme á mí! ¡A la cama inmediatamente, á la cama he dicho! ¡Ay, no sabe usted qué rato nos ha dado, querido don Eleuterio; quería matarse, tirarse por el balcón; ha pedido su ropa, se ha vestido. ¡Un horror, amigo mío, un horror! Nada, se ha vestido amenazándonos á todos, y no hemos podido convencerle, ¡qué día, señor, qué día!

El tío, que ya estaba sobre el seguro y sabía á qué atenerse respecto á la enfermedad de su sobrino, llamando aparte á Pepe, le dijo haciendo un expresivo gesto:—¿No le parece á usted que en vez del aire traigan algo más sólido?

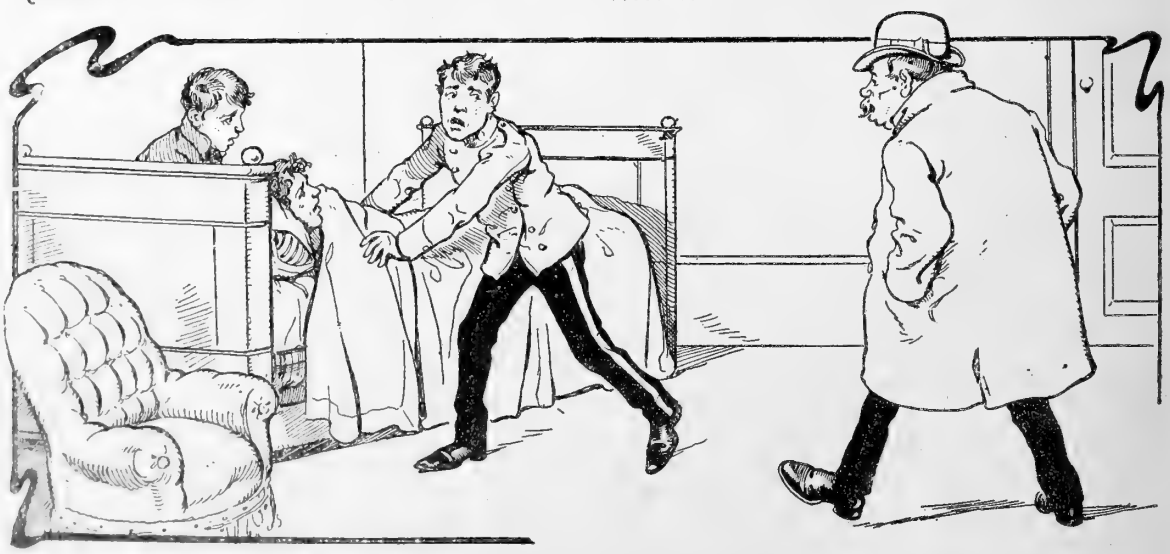
—¡Ah! Sin embargo, la terapéutica...

—Déjeme usted á mí de tantarantanes; de las quinientas pesetas, la mitad para una canilla al aire; la otra parte, para pagar á la patrona. ¿Hace? ¿Soy ó no soy un tío con toda la barba?

La proposición quedó aceptada por unanimidad. Un ¡viva don Eleuterio! estremeció la casa, á tiempo que la patrona, fiel á la consigna, llegaba muy quedito á preguntar cómo seguía Arturo.

—No se moleste usted más—interrumpió el tío sonriente.—*Aquí estamos todos en el secreto.*

.....



Algunas Nochebuenas han pasado desde entonces, pero ninguna tan feliz como aquélla de mis tiempos de estudiante.

En el troquel de las familias no se acuñan ya tíos como don Eleuterio.

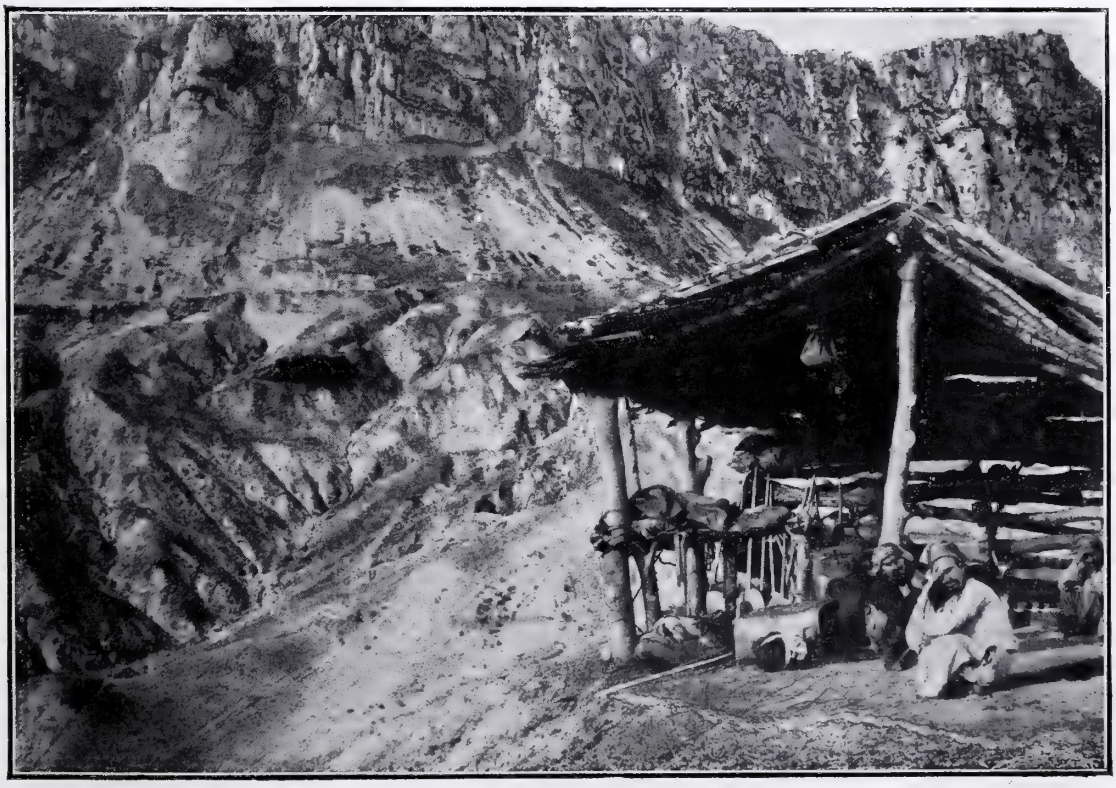
LUIS GABALDÓN

DE CILLA

LOS INGLESES EN EL TIBET

Al Norte de la India, al Oeste del Imperio chino, es decir, en el centro del continente asiático, existe una inmensa región misteriosa y casi inexplorada: el Tibet, territorio montañoso en parte, en parte formado por extensas altiplanicies, de una extensión mayor que la de España y Francia unidas. En él van á poner su planta ó la han puesto ya á estas horas los soldados ingleses, deseosos de ganar para la influencia militar y comercial británica todo el terreno occidental de China, mientras los rusos avanzan por el Norte del Celeste Imperio. Grandes peligros encierra la expedición inglesa: la comarca es abrupta y salvaje, fría y desamparada. Los tibetanos del campo forman constantemente hordas ó tribus de bandidos sin ley ni freno. En cambio, los tibetanos de las ciudades son, según se dice, gente culta, con la antediluviana cultura de los budistas. Hay muchos conventos de religiosas y religiosos ó lamas, que se creen poseedores de la ciencia teológica más antigua del mundo. Pero si la expedición inglesa va bien dirigida y organizada, tanto les servirán á los tibetanos las teologías refinadas, como á los boers les sirvieron los versículos de la Biblia.

VISTA DE LHASSA, CAPITAL DEL TIBET



CABAÑA DE TIBETANOS NÓMADAS EN LAS MONTAÑAS DEL ALTO HIMALAYA

Fots Gribayedoff

EL RETRATO DE DON QUIJOTE

La hermosa y oportuna iniciativa de Mariano de Cavia al proponer que España entera festeje el centenario de la fecha en que se publicó el mejor libro escrito en lengua castellana, ha encontrado en todas partes, como era de esperar, eco simpático y calurosa resonancia. Corporaciones é individuos, periódicos y revistas han entablado ya noble competencia para discurrir los más adecuados medios de realizar dignamente la apoteosis del libro inmortal. Siendo Blanco y Negro una revista predominantemente gráfica y artística, cree la mejor manera de contribuir á esta obra no ya sólo nacional, sino universal, convocar un concurso internacional artístico para resolver un problema estético y gráfico de tanto interés como el de la representación plástica del Ingenioso Hidalgo: El retrato de Don Quijote, en suma.

Era «un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor... Frisaba su edad con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza». En estos sobrios conceptos y en otros que por el divino libro andan esparcidos retrató el inmortal Cervantes á Don Quijote. Y ellos pueden servir de base á los artistas para llevar á cabo este empeño, tantas veces acometido, de retratar el tipo más nacional y castizo de nuestra literatura.

Blanco y Negro se dirige á todos los artistas del mundo, españoles ó extranjeros, pintores, dibujantes, escultores ó fotógrafos, invitándoles á que expresen, por los medios plásticos que reputen mejores, CÓMO ERA DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

Para ello pueden escoger los concursantes todos los procedimientos que puedan ser reproducidos por el fotograbado: pueden pintar, dibujar, esculpir ó fotografiar la figura de Don Quijote en la forma y situación que les parezca más característica y expresiva.

CONDICIONES DEL CONCURSO

1.ª Blanco y Negro ofrece un premio de **CINCO MIL PESETAS** al artista que presente un retrato de Don Quijote de la Mancha trazado con la mayor exactitud estética y la más fiel adecuación al tipo descrito por Cervantes en su inmortal libro.

2.ª Para admitir ó rechazar las obras y juzgar, escoger y proponer las que deban publicarse, se constituirá un Jurado compuesto de personas de notoria competencia en artes plásticas y en literatura.

3.ª Una vez elegidas y designadas dichas obras, serán reproducidas por el fotograbado y publicadas en un número especial de Blanco y Negro. A dicho número acompañará un boletín de sufragio para que el público decida por mayoría de votos cuál es la obra que merece el premio.

4.ª Los trabajos presentados al Concurso deben llevar un lema é ir acompañados de un sobre con otro lema igual. Dentro del sobre cerrado y lacrado, se contendrá un papel con el nombre del autor y señas de su domicilio. La Dirección de Blanco y Negro entregará á cada concurrente un recibo, con el cual podrá recoger el premio, si fuese el agraciado, ó su obra si ésta no fuere admitida ó resultara sin premio. La obra premiada quedará de propiedad de Blanco y Negro.

5.ª Con los dibujos, fotografías, esculturas y cuadros presentados al Concurso, se formará una Exposición pública, si el número é importancia de los trabajos lo hiciera necesario y oportuno, á juicio del Jurado.

6.ª Para dar unidad al concurso, el tamaño de los dibujos, fotografías y cuadros no excederá de **65 centímetros** de altura por **30 centímetros** de ancho, y el de las esculturas no pasará de un metro de alto. Las obras que no tengan estas condiciones no serán admitidas.

7.ª El plazo para la admisión de obras terminará el día 30 de Octubre de 1904, á las doce de la noche.

Madrid 26 de Diciembre de 1904.

EL DIRECTOR.

TORCUATO LUCA DE TENA

NOTA. Los autores de provincias ó del extranjero que deseen tener recibo de su envío y guardar el incógnito, se servirán mandarnos un sobre en el que indiquen:

PROVINCIA (Ó PAÍS)

Sr. Tenedor de la cédula ó depósito núm. (número de la cédula ó depósito)

Lista de Correos

POBLACIÓN...

GETTY CENTER LINRARY
3 3125 00674 5505

F.V.